FRANCISCO ERICE (DIR.)

Un siglo de comunismo en España II

Presencia social y experiencias militantes



FRANCISCO ERICE (DIR.)

Un siglo de comunismo en España II

Presencia social y experiencias militantes



Akal / Universitaria / Serie Historia contemporánea / 389

Francisco Erice (director)

David ginard (coordinador)

Un siglo de comunismo en España II

Presencia social y experiencias militantes


akal
ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO

▪

El 14 de noviembre de 1921 nacía el Partido Comunista de España, fruto de la fusión del Partido Comunista Español (conocido como «el de los cien niños») y del Partido Comunista Obrero Español. A lo largo del siglo de existencia que ahora cumple, el comunismo español ha vivido etapas y situaciones muy diversas, casi nunca fáciles. De hecho, la mitad de ese periodo se corresponde con años de represión y clandestinidad. El nuevo partido sobrevivió a duras penas a una primera década de persecuciones, aislamiento y estéril voluntarismo. Maduró bajo la República, prácticamente se «refundó» como gran partido nacional aferrado a las banderas del Frente Popular y llegó a ser la columna vertebral de la resistencia antifascista durante la Guerra Civil. Derrochó un heroísmo sin horizontes políticos claros durante el episodio guerrillero y se convirtió en el «partido del antifranquismo» en la tenaz y dilatada lucha por el restablecimiento de la democracia. Vivió la transición postfranquista entre la esperanza, el desencanto y el desgarro interno. Hubo de adaptarse a la crisis y desaparición del «socialismo real» en la Europa del Este y a los efectos corrosivos de la larga noche neoliberal, manteniendo sus siglas y su identidad, pero implicándose a la vez en proyectos políticos más amplios y renovando partes sustanciales de su vieja cultura política.

«Cometimos errores, pero los cometimos luchando», decía Marcos Ana de los comunistas; un siglo de historia y de lucha que merece ser narrado y estudiado.

El presente volumen ofrece un conjunto de textos que conforman el más actualizado análisis historiográfico de la historia del comunismo y el Partido Comunista de España.

▪

Diseño de portada

RAG

Motivo de cubierta: «Dolores Ibárruri y Rafael Alberti del Grupo Parlamentario del PCE. “Dolores Ibárruri presidente de las Cortes”», Ch. Spengler / SYGMA (13/07/1977). Fondo fotográfico Mundo Obrero (Archivo Histórico del PCE).

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-5161-9

INTRODUCCIÓN

Francisco Erice

El conjunto de textos agrupados en el presente libro viene a completar un proyecto general cuya primera parte, publicada en otro volumen, recorre cronológicamente las distintas etapas, procesos y episodios que jalonan la historia del comunismo español, de sus orígenes a la actualidad. Quienes, desde la Sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM), diseñamos el plan de trabajo que conduce finalmente a esta edición en letra impresa, pensamos que un análisis cabal y una visión completa del campo temático abordado hacían recomendable combinar la presentación por periodos con el tratamiento monográfico de otras dimensiones referentes al desarrollo y las experiencias de los y las comunistas a lo largo de este dilatado espacio de tiempo. Completada ahora esa tarea, recomendamos a los lectores aproximarse a ambos volúmenes conjunta o sucesivamente, pero es cierto que también pueden ser leídos o consultados de manera independiente.

A despecho de la primera impresión que pudiera extraer un observador poco avezado, los trabajos contenidos en este libro no configuran una simple miscelánea (en el sentido de «revoltijo» o «mezcla de cosas inconexas») ni constituyen una mera acumulación arbitraria. Forman parte, evidentemente, de un plan de conjunto, pese a que las inevitables incidencias de un proyecto en el que participan tantos historiadores e historiadoras hayan podido modificarlo en algunos aspectos. En todo caso, lo que caracteriza a esta muestra de estudios es la diversidad de temas y de autores. Aquí se habla, en efecto, de la historiografía del comunismo español, la memoria, los arquetipos y las representaciones militantes; del papel de la juventud, los estudiantes, el movimiento obrero o los campesinos; de la presencia de intelectuales, escritores y cineastas; de la propaganda; del protagonismo de las mujeres; de la experiencia de la guerrilla o los efectos de la represión franquista; de los debates sobre la religión o la «cuestión nacional»; o acerca de la impronta de otras maneras de entender el comunismo diferentes de la que representaba la organización mayoritaria, antes y después de la Guerra Civil. Se trata, pues, de un conjunto de cuestiones

amplio, pero que ni siquiera agota las posibilidades de abordar un campo eminentemente poliédrico como es el de las formas de militancia y la presencia de los y las comunistas en la historia de nuestro país. Por citar algunas posibles ausencias, se ha evitado integrar trabajos de temática exclusivamente local y regional, y apenas se encuentran referentes específicos (salvo un caso muy particular en la literatura) al exilio y la diáspora europea y latinoamericana. Los primeros, aunque habrían servido para ilustrar con mayor cercanía las aportaciones concretas de los comunistas a la historia de las clases o los movimientos populares, desbordarían los límites de un libro ya sobradamente extenso en caso de su tratamiento sistemático, o generarían inevitables agravios comparativos si se optase por algún tipo de selección. La escasez de miradas monográficas al exterior nos priva seguramente, entre otras cosas, de una visión más pormenorizada de la aportación humana e intelectual de los expatriados españoles a sus lugares de acogida, de la percepción de múltiples nexos con la izquierda de otros países, de la importante contribución de los combatientes españoles a la lucha antifascista internacional o del trabajo, interesante y no muy conocido, del PCE y otros grupos comunistas entre la emigración económica de los años cincuenta y sesenta. En cualquier caso, no faltan alusiones a todas estas cuestiones, que aparecen, obviamente, diluidas o diseminadas en los diversos trabajos que aquí se presentan o los que forman parte del volumen I.

Para abordar, en definitiva, la amplia gama de asuntos que sí se tratan, se ha contado con un variado plantel de historiadores e historiadoras que, más allá de su acreditada solvencia profesional, son conocidos especialistas en los temas que analizan. En la nómina de los 32 autores de trabajos de este volumen (a los que hay que sumar los 9 del primer tomo), no es difícil reconocer a veteranos con una amplia trayectoria a sus espaldas, pero también figuran investigadores jóvenes, aunque ya suficientemente experimentados. Sus contribuciones, en conjunto, reflejan bien las nuevas perspectivas políticas, sociales y culturales que caracterizan, en las últimas décadas, el estudio del comunismo en nuestro país: tanto los actuales desarrollos como algunas de las vías abiertas a la investigación.

Quien se aproxime, aunque solo sea externa y superficialmente, a este volumen, podrá comprobar que cualesquiera otros añadidos que hubieran podido legítimamente incorporarse habrían hecho muy difícil, casi imposible, su edición en papel. Y los que además buceen en su interior comprobarán que, si bien no ha sido factible incluir todas las líneas de investigación existentes, sí se encuentran las más significativas; o, al menos, todo lo que aparece en el texto tiene

suficiente interés como para justificar plenamente su presencia.

Cuando, aprovechando la conmemoración del centenario, nos planteamos el proyecto cuyos frutos ahora ven la luz, a veces sin necesidad siquiera de verbalizarlo y otras discutiendo acerca de los posibles contenidos, éramos conscientes de varias cuestiones, que esperamos que la lectura del libro (de los libros) dejen meridianamente claras. La primera es que no se puede hacer la historia de un partido o de un movimiento político, como bien señalaba Gramsci, en términos endógenos, limitándose a sus conflictos o dinámicas internas, sin tener en cuenta los grupos sociales a los que se dirige o intenta organizar, así como la influencia que proyecta sobre la historia de su país[1].

En segundo lugar, tanto los capítulos generales como, muy especialmente, los trabajos monográficos de este volumen II ponen de relieve que, sin negar ideas comunes y horizontes compartidos, como bien señalaban hace dos décadas los impulsores del libro colectivo Le siècle des communismes, el comunismo no es una esencia o un «principio constitutivo» que se despliega de manera homogénea en contextos históricos diversos, tal como se imaginan quienes lo demonizan de manera más o menos burda o quienes lo apologizan acríticamente. Por el contrario, se trata de una realidad multidimensional y diversa, cuyo alcance y función debe entenderse en dichos contextos variables[2]. Del mismo modo que, por extensión, también es plural y heterogénea la izquierda de la que forma parte, como señalaba recientemente Traverso; es decir, el conjunto de movimientos «que lucharon por cambiar el mundo con el principio de igualdad en el centro de su programa», y que representaron históricamente la intersección –en terminología de Koselleck– entre «espacio de experiencias» y «horizonte de expectativas» revolucionarias[3].

Esa diversidad de experiencias militantes, incluso de sus resultados asociativos, es uno de los factores que otorga particular atractivo a la historia social y cultural de los comunismos. El otro gran ingrediente, en relación con este, es el activismo históricamente desplegado por la militancia, unido al sentido exacerbado de la disciplina y la organización, rasgos que tan agudamente ha destacado Hobsbawm en la vieja cultura comunista de la que participó en su juventud, y que si bien se fueron amortiguando con el paso del tiempo, en España pervivieron, al menos parcialmente, en la tensión de la lucha antifranquista[4]. A diferencia de la metáfora marxiana del topo permanentemente socavando las bases del sistema, sobre todo si la interpretamos de manera simplista, la imagen dominante que arroja la intervención práctica de

los comunistas, al menos en sociedades donde nunca han accedido al poder ni ha habido una revolución triunfante, es la de una permanente actividad movilizadora y organizativa, tal como recordaba Doris Lessing de su experiencia en Rhodesia del Sur:

La gente se apasiona demasiado acerca del comunismo o, más bien, acerca de sus propios partidos comunistas, y no reflexiona sobre un tema que un día será terreno abonado para los sociólogos. Me refiero a las actividades sociales que se producen como resultado directo o indirecto de la existencia de un Partido comunista, es decir a la gente o grupos de gente que sin darse cuenta han sido inspirados, animados o infundidos con una nueva racha de vida gracias a un Partido comunista[5].

Por último, es cierto que este libro no se plantea como una simple «historia desde abajo» ni se centra en lo meramente experiencial, prácticas con evidente interés historiográfico, pero que a menudo derivan con facilidad en la identificación empática o en el debilitamiento de los nexos explicativos. Sin embargo, es difícil obviar en él la presencia de muchas stories dentro de la gran history, o, como decía Vázquez Montalbán, de tantos miles de «vidas intervenidas por la Historia»[6]. Más allá de los necesarios análisis «estructurales», de la lectura del libro emergen también multitud de retratos de comunistas de carne y hueso. Y eso, junto con las formulaciones doctrinales, los esquemas organizativos y las propuestas políticas, también forma parte –y no es la menos importante– de la trayectoria del comunismo.

---

[1] Antonio Gramsci, Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno, Madrid, Nueva Visión, 1980, pp. 31-32.

[2] Michel Dreyfus y otros (dirs.), Le siècle des communismes, París, Les Éditions de l’Atelier, 2000, pp. 9-25.

[3] Enzo Traverso, Melancolía de izquierda. Después de las utopías, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019, pp. 23-56.

[4] Eric Hobsbawm, Años interesantes, Barcelona, Critica, 2003, pp. 125-145.

[5] La escritora británica atribuía este dinamismo «constructivo» al hecho de que «una fe consagrada a la humanidad produce una sucesión de ondas de gran alcance en todas direcciones». Citado en Francisco Erice (coord.), Los comunistas en Asturias, 1920-1982, Gijón, Trea, 1996, p. 22, nota 22.

[6] Manuel Vázquez Montalbán, «Prólogo» a Irene Falcón, Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria, Madrid, Temas de Hoy, 1996, p. 14.

I

LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA SOBRE EL COMUNISMO DE LOS ORÍGENES A LA ACTUALIDAD (1920-2020)

David Ginard i Féron

La investigación española sobre el comunismo ocupó hasta muy recientemente una posición muy modesta en el conjunto de la historiografía europea relativa a esta corriente política. La causa fundamental de dicho atraso se debía a las peculiares vicisitudes del siglo XX español, con sus implicaciones a nivel académico y político, las cuales acentuaron las notables dificultades que, por definición, presenta la labor de historiar cualquier partido comunista. Paradójicamente, el punto de arranque de la historiografía científica sobre el movimiento comunista en España no tuvo lugar hasta la última década del siglo XX, en coincidencia con el declive máximo de dicha ideología y se ha consolidado plenamente en la etapa en la que el propio Partido Comunista de España (PCE) ha ido cediendo su soberanía a Izquierda Unida, el movimiento social y político en el que se enmarca.

En las páginas siguientes se intentará ofrecer una síntesis del origen y desarrollo de la historiografía sobre el fenómeno comunista en España. El análisis, que no pretende ser exhaustivo, se centrará en la historiografía sobre las corrientes «oficiales» del comunismo. Para ello, se ha estructurado el trabajo en seis apartados. En el primero, se realizará un rápido repaso de la escasísima producción bibliográfica (que no historiográfica) aparecida sobre el tema desde sus orígenes hasta el final de la Guerra Civil. En segundo lugar, se tratará de la época franquista, en la que aparecen, sobre todo en la década de los sesenta, las obras más representativas de la literatura propagandística favorable y contraria al PCE. En tercer lugar, se tratarán los años de la transición democrática y la década de los ochenta, en los que se produce una primera irrupción de la investigación científica específica sobre el fenómeno comunista. En cuarto lugar,

se analizará el periodo 1989-2001, marcado por la creciente accesibilidad de los archivos nacionales e internacionales tras el derrumbe del modelo soviético, la cual resultará decisiva para que se asista a una normalización historiográfica de la cuestión que nos ocupa. En quinto lugar, se tratará sobre la etapa comprendida entre el cambio de siglo y la actualidad; una fase, sin duda, de consolidación caracterizada por la ampliación temática, cronológica y geográfica y el establecimiento de unos canales de difusión y trabajo en equipo de los que se han beneficiado, en particular, las nuevas generaciones de historiadores formados en la época posfranquista. Para acabar, se apuntarán unas conclusiones acerca del alcance y límites de esta renovación historiográfica, así como sobre los principales retos pendientes en cuanto a métodos y enfoques.

ANTECEDENTES 1920-1939

La historiografía social y obrera española generó en las primeras décadas del siglo XX una producción amplia y diversa, a cargo principalmente de activistas políticos y sindicales que centraban su atención en las organizaciones en las que militaban y su entorno (Juan José Morato, Manuel Buenacasa, Max Nettlau, Manuel Reventós, Juan Díaz del Moral, Anselmo Lorenzo, Manuel Núñez de Arenas, etc). De manera significativa, la presencia de la historia del PCE en esos trabajos precursores fue muy inferior a la del socialismo y el anarcosindicalismo, en consonancia con su escasa incidencia social y política antes de la Guerra Civil. De este modo, los comunistas españoles se incorporaron muy tardíamente a la construcción de una historiografía militante semejante a la que, por ejemplo, se desarrolló desde 1930 en Italia. Pese a disponer de una editorial propia, las publicaciones promovidas por el PCE en la etapa republicana y en la Guerra Civil eran de una extrema simplicidad, y dedicaban muy poca atención a su propia historia; tal vez debido a la percepción de que los años veinte y primeros treinta distaban de ser una época gloriosa para el comunismo español. Es llamativo que, sin embargo, la editorial de este partido tuviera una colección titulada «vidas y episodios revolucionarios», que se centraba en la historia reciente de la Unión Soviética. Circunstancialmente, algún folleto perteneciente a la serie «los problemas de la revolución española» proporcionaba una interpretación del PCE sobre los conflictos internos del comunismo español, como la escisión que dio lugar a la formación del Bloque Obrero y Campesino.

Además, durante la Guerra Civil se editó una breve biografía de Dolores Ibárruri «Pasionaria»[1].

Paralelamente, ya en aquellas décadas previas a la dictadura de Franco surgió una peculiar literatura sobre el fenómeno comunista extremadamente hostil hacia este movimiento político. Estas obras implicaron la puesta en circulación de algunas de las principales líneas argumentales del anticomunismo de la época franquista; en particular, que, pese a su escasísima afiliación, el PCE constituía una enorme amenaza potencial para España debido al apoyo soviético, su singular capacidad para trabajar en la clandestinidad y atraerse a los segmentos más ignorantes de las clases desposeídas, y la influencia que ejercían sus ideas sobre el espacio político y sindical socialista. Debe tenerse en cuenta que desde 1918 el «peligro comunista» –entendido este último término en un sentido muy laxo– había desempeñado un rol central en el discurso político de la derecha española. Aunque en España la fuerza de los comunistas en los años veinte era extremadamente limitada, las noticias y propaganda procedentes del extranjero y algunos testimonios sobre la Unión Soviética a cargo de viajeros y periodistas habían servido para difundir el pánico antibolchevique. Tras la proclamación de la Segunda República, algunos publicistas ultraconservadores teorizaron sobre las derivaciones hispánicas de una fantasmal conspiración comunista internacional y sus conexiones con el judaísmo y la masonería. El representante más significativo fue el policía Mauricio Carlavilla –«Mauricio Karl»–, quien entre 1932 y 1935 publicó tres obras de este pelaje, a las que se sumó otra más en plena Guerra Civil[2]. Precursor de la línea que posteriormente desarrollará Eduardo Comín Colomer, Karl señalaba que la escasa relevancia política del PCE en la época republicana se había visto subsanada por el rol determinante de la tendencia caballerista del PSOE y de los agitadores a sueldo de Moscú en la supuesta revolución preparada por la Internacional Comunista para el verano de 1936.

Esta labor se vio complementada con las aportaciones de antiguos dirigentes del PCE que, una vez abandonada la organización, elaboraron ásperos alegatos contra la ideología y los métodos del comunismo. A destacar, Óscar Pérez Solís, cofundador del partido, que durante su encarcelamiento bajo la dictadura de Primo de Rivera se convirtió al catolicismo por influencia del célebre sacerdote José Gafo Muñiz, iniciando una evolución ideológica que lo llevaría a combatir en el ejército franquista durante la Guerra Civil. En 1929 publicó sus memorias con la finalidad de «hacer bien a mi conciencia» mediante una «confesión general» que serviría como reparación mínima «del mal que sin quererlo haya

podido hacer yo». La expiación tenía uno de sus momentos culminantes en el capítulo «a las órdenes de Moscou», en el que denunciaba la penosa vida cotidiana del militante de base y la práctica generalizada del pistolerismo, al tiempo que describía las nefastas impresiones de su viaje a la Unión Soviética[3]. Seis años más tarde, ya en el tramo final de la Segunda República, el antiguo dirigente juvenil Enrique Matorras, también pasado al sindicalismo católico, se despachaba igualmente contra su antiguo partido, asociando el comunismo a la deshumanización del individuo: «en el interior del partido el individuo no cuenta para nada; se reduce a un simple elemento más que, por causa de la férrea disciplina, está obligado a realizar cuanto le ordenen»[4].

BAJO EL FRANQUISMO, 1939-1975

Durante el régimen franquista, se articularon dos tipos principales de publicaciones sobre el comunismo español. Por un lado, trabajos de carácter apologético, promovidos por la dirección del PCE. Por otro, panfletos denigratorios elaborados por miembros de la policía política. Hubo que esperar al tramo final de la dictadura para que aparecieran los primeros estudios con planteamientos académicos.

En cuanto a las obras procedentes del propio partido, en las décadas de los cuarenta y los cincuenta se limitaron fundamentalmente a textos ocasionales aparecidos en la prensa del exilio y a alguna biografía. Es destacable, la dedicada por el dirigente kominteriano italoargentino Victorio Codovilla al secretario general del PCE José Díaz poco después de su fallecimiento. El título del libro, José Díaz. Ejemplo de dirigente obrero y popular de la época staliniana, es muy ilustrativo de la función hagiográfica de un texto ubicado en pleno apogeo del culto a los dirigentes de las distintas secciones nacionales de la Internacional Comunista, a imagen de lo que sucedía con Stalin. El volumen trazaba en buena medida la línea argumental desplegada posteriormente en la historia oficial del partido: la crítica a la acción de gobierno del primer bienio republicano; los ataques «al grupo sectario-oportunista» de José Bullejos –supuestamente único responsable del carácter raquítico del PCE en los inicios de la República–; el perfil de «Partido de todo el pueblo» adquirido por la formación durante la Guerra Civil; el rol atribuido al Quinto Regimiento de Milicias Populares como

germen del ejército popular, etc[5].

Hubo que esperar a la década de los sesenta para que tuviera lugar el despliegue de las obras más representativas de la historiografía oficial del PCE. Su máximo exponente estuvo constituido por la Historia del Partido Comunista de España (versión abreviada) (Éditions Sociales, París, 1960) redactada por una comisión presidida por Dolores Ibárruri e integrada por los miembros del Comité Central Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cordón, Irene Falcón y José Sandoval. El libro se inscribía plenamente en la tradición historiográfica del comunismo soviético. Debe tenerse en cuenta que en la cosmovisión comunista el Partido asumía una posición central, por lo que el estudio de su historia servía para articular un canon interpretativo del pasado reciente. De hecho, desde el triunfo de la Revolución Soviética se habían creado en Rusia distintas instituciones historiográficas, uno de cuyos principales cometidos era la investigación sobre la trayectoria del partido de Lenin. El referente fundamental de esta práctica era el célebre Curso breve de la historia del Partido Comunista (Bolchevique) de toda Rusia (1938), elaborado por una comisión del Comité Central del PCUS con presencia testimonial de historiadores y supervisada personalmente por Stalin. Con una estructura sencilla y pretendidamente didáctica, articulada en 12 capítulos, el Curso breve incurría en una evidente tergiversación de la historia al servicio de la burocracia soviética a partir de algunas ideas fuerza; a saber: la permanente fidelidad del Partido a su proyecto original, la continuidad histórica Lenin-Stalin, y el reforzamiento constante de los bolcheviques a través del combate contra sus adversarios internos y externos. El texto se convirtió hasta 1956 en una pieza fundamental del catecismo bolchevique. Omnipresente en la URSS, fue traducido a una docena de idiomas y se imprimieron más de 40 millones de ejemplares[6].

El modelo del Curso breve fue seguido, con ciertas variantes, por los distintos Partidos Comunistas. En concreto, el volumen dirigido por Ibárruri proporcionaba una versión oficial de la historia del comunismo español, estructurada en cuatro grandes partes cronológicas, en las que se justificaba la necesidad histórica del surgimiento del PCE en función de las condiciones concretas del proletariado español, los cambios de estrategia desarrollados durante la República, su intenso despliegue durante la Guerra Civil y su protagonismo en la lucha contra el franquismo. El enlace entre el espíritu que informaba ambos proyectos queda de manifiesto en que la aparición del coordinado por Pasionaria coincidió con la de la traducción española de una nueva edición de la historia del PCUS, cuya elaboración había sido acordada en

el XX Congreso de ese partido y que, aunque pretendía impugnar los aspectos más hagiográficos del Curso breve, mantenía buena parte de sus planteamientos y rasgos estilísticos.

Es conveniente describir brevemente el proceso de elaboración de la Historia del Partido Comunista de España (versión abreviada), pues ayuda a entender muchas de sus carencias. La idea de elaborar un compendio de la historia del comunismo español surgió a finales de 1958 del grupo de dirección del PCE en Francia en el marco de los preparativos para la celebración del 40 aniversario de la fundación del Partido (que se fijaba en el 15 de abril de 1920) y el relevo de Ibárruri por Santiago Carrillo en la secretaría general. A Pasionaria se le asignaría una presidencia del Partido, con atribuciones más bien honoríficas, centradas en personificar la memoria colectiva del comunismo español. El tiempo disponible (poco más de un año) era muy escaso, por lo que se elaboró un plan de trabajo que incluía la consulta de bibliografía, prensa y documentación archivística y la realización de algunas entrevistas con dirigentes históricos. Los miembros de la comisión residirían en Moscú, pues era donde se hallaban las mejores fuentes, y se dedicarían durante unos meses en exclusiva a esta labor. A lo largo de 1959 se fue avanzando a marchas forzadas en la redacción del texto, con el objeto de presentar una primera versión en el VI Congreso del PCE (Praga, enero de 1960). Una carta de Dolores Ibárruri a Santiago Álvarez, fechada el 1 de junio de 1959, confirma el protagonismo absoluto de los dirigentes comunistas en la elaboración del texto, si bien revela que en un capítulo se habría consultado a «algunos de nuestros jóvenes historiadores», proporcionando estos «alguna información»[7]. En el congreso praguense, en el que la intervención de Pasionaria tuvo un carácter marcadamente histórico, se ratificó la iniciativa y se recomendó a la comisión que acelerara sus trabajos para disponer de la versión definitiva en torno al aniversario de la fundación del Partido. Esta fue ultimada en mayo siguiente, después de algunas modificaciones planteadas por el Comité Ejecutivo. Tras su impresión parisina, fue objeto de varias reediciones en el exilio y pronto se introdujo clandestinamente en el interior; al parecer ya a principios de 1961 se elaboró una versión de tamaño reducido y en papel biblia para poder sortear los controles policiales. De este modo, a lo largo de los años siguientes ejerció su función de manual de formación de la militancia del PCE[8].

El proyecto de editar una versión ampliada, que incorporara documentos originales y tuviera en cuenta las críticas planteadas, no se llevó nunca a cabo. De este modo, el discreto texto de Éditions Sociales quedaría para la posteridad

como el único manual oficial sobre la historia del PCE. Pero paralelamente, desde la dirección comunista se impulsaron otros proyectos de mayor enjundia. Así, el mismo 1960, Pasionaria publicó de manera simultánea en ruso y castellano el primer volumen de sus memorias, que abarcaba desde su infancia hasta el final de la Guerra Civil[9]. A este trabajo, seguirían otros similares a cargo de Enrique Líster, Antonio Cordón, Juan Modesto, e Ignacio Hidalgo de Cisneros[10]. Pero, sobre todo, la comisión encargada de la Historia del Partido Comunista de España –reforzada por otros colaboradores– redactó entre 1966 y 1977 los cuatro volúmenes de Guerra y Revolución en España 1936-1939. Aunque la obra presentaba un tono marcadamente épico, su valor documental es poco discutible; sustentada en un amplio material inédito procedente de los archivos soviéticos, combinaba fenómenos políticos, militares y culturales proporcionando elementos clave para conocer el punto de vista del PCE sobre el conflicto bélico. Se articulaba de manera cronológica; el primer volumen abarcaba desde la proclamación de la Segunda República hasta el gobierno de José Giral; en el segundo se analizaba la actuación del anarcosindicalismo, el gobierno de Francisco Largo Caballero, la defensa de Madrid y la batalla de Guadalajara; el tercero versaba sobre el segundo año de la guerra, la crisis de mayo de 1937, las dificultades en el plano internacional, la caída del Norte y la ofensiva de Belchite; y en el cuarto se trataba desde la batalla de Teruel hasta el final de la contienda[11].

El contrapunto de la historiografía oficial comunista fue representado por algunos trabajos coetáneos a cargo de funcionarios de las fuerzas de seguridad del régimen. Ubicados en la bibliografía promovida desde 1936 para justificar el golpe de Estado contra el gobierno del Frente Popular, criminalizaban al comunismo pero también sobredimensionaban su rol en la España republicana. El interés de esta literatura policial reside en que los autores pudieron consultar sin restricciones los monumentales fondos archivísticos que había generado la represión franquista. Ya en la posguerra y en los años cincuenta se editaron informes sobre la resistencia armada comunista, en los que se propugnaba la naturaleza foránea y criminal del fenómeno guerrillero, así como algunos folletos de la serie divulgativa «publicaciones españolas»[12].

La aportación más representativa de esta corriente es la monumental Historia del Partido Comunista de España, publicada entre 1965 y 1967 por el miembro de la Brigada Político-Social Eduardo Comín Colomer[13]. La obra constaba de tres documentados volúmenes que abarcaban desde la fundación del PCE al estallido de la Guerra Civil. Sus tesis centrales consistían en atribuir la implantación y

desarrollo del PCE a una simple ejecución mecánica de las consignas de la URSS, al tiempo que se otorgaba un papel clave al llamado «proceso de bolchevización» del PSOE y la UGT en el complot revolucionario que, supuestamente, se preparaba para el verano de 1936. Lo cierto es que, al margen de sus evidentes fines propagandísticos, la obra de Comín Colomer aportaba un volumen notable de documentación, lo cual permitió promocionarlo en términos de réplica triunfal frente al modesto manual dirigido por Dolores Ibárruri.

La bibliografía propagandística más tosca del régimen dio paso, a partir de los años setenta, a trabajos que presentaban una cierta base académica. Para este tipo de estudios, relativos principalmente a las dimensiones bélicas de la Guerra Civil, se acuñó en su momento el concepto de «escuela neofranquista», cuyo máximo representante fue Ricardo de la Cierva. Por extensión, puede utilizarse el mismo concepto para todo el conjunto de libros sobre el siglo XX español que elaboraban funcionarios del régimen y que tenían por objeto contrarrestar el creciente desgaste de imagen que padecía este en Europa. Para la cuestión que nos ocupa, podrían citarse algunos volúmenes de miembros de las fuerzas de seguridad franquistas como Francisco Aguado o Ángel Ruiz Ayúcar que versaban en particular sobre aspectos concretos de la historia de la resistencia a la dictadura en los que el movimiento comunista había tenido una presencia notable, como los de la lucha guerrillera de los años cuarenta y la agitación obrera y universitaria del tardofranquismo[14].

De las contadísimas contribuciones procedentes de investigadores profesionales en aquellos años, la más destacada fue la del politicólogo francés Guy Hermet. Se trataba de un análisis de conjunto sobre la organización, el programa y la imagen pública del PCE de principios de la década de los setenta, precedido de una breve síntesis histórica que arrancaba desde la fundación del Partido. Por motivos obvios, en los medios académicos españoles resultaba impensable por entonces publicar una monografía semejante. Es cierto, de todos modos, que la relativa liberalización de la época final de la dictadura permitió que desde finales de los sesenta el público lector tuviera acceso a distintas publicaciones que incluían referencias a la historia del comunismo español anterior a la Guerra Civil. Así, aparecieron estudios territoriales como los de David Ruiz para Asturias y Pere Gabriel para Mallorca y trabajos sobre el pensamiento socialista y anarquista (Manuel Pérez Ledesma, Antonio Elorza, Jordi Maluquer, Luis Gómez Llorente, etc.); al tiempo que se editaban en España obras confeccionadas por Manuel Tuñón de Lara desde el exilio. Incluso dos meses antes de la muerte de Franco pudo leerse ya una tesis doctoral dedicada al

troskismo español a cargo de Pelai Pagès, de la Universitat de Barcelona[15].

TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA Y DÉCADA DE LOS OCHENTA (1975-1989)

Tras el fallecimiento del dictador, la historiografía española sobre el siglo XX experimentó un indudable impulso. Este avance se explica tanto por las mayores facilidades que el nuevo contexto político concedía a la investigación, como por la demanda creciente de conocimientos sobre las causas y consecuencias de la Guerra Civil a cargo de amplios segmentos de la población española. Por otra parte, muchos jóvenes historiadores habían militado en el antifranquismo, por lo que se sentían singularmente concernidos para abordar la historia reciente española. Sin embargo, la significativa influencia del PCE en los medios historiográficos y universitarios no redundó en un boom de publicaciones sobre la historia de este partido; tal vez por celo profesional o por el escaso prestigio y tradición de la estasiología en España. Además, el estado de las fuentes para el estudio del movimiento obrero era todavía deplorable; tanto por lo que se refiere a los archivos de las propias organizaciones como a los de los organismos institucionales encargados de la represión.

Tal vez por este motivo, los primeros pasos en la conformación de una historiografía científica sobre el comunismo español se centraron en el periodo 1920-1936, utilizando la prensa de las organizaciones obreras como fuente documental básica. Así, durante la segunda mitad de la década de los setenta se publicaron algunas importantes monografías dedicadas a los antecedentes y primeras etapas del movimiento comunista español, destacando, en este sentido, las contribuciones de autores como Carlos Forcadell, Pelai Pagès y Gerald Meaker[16]. En cambio, su trayectoria durante la guerra y la dictadura franquista continuó siendo territorio de muy difícil penetración para los historiadores. La mayor parte de la escasa bibliografía sobre la clandestinidad y el exilio comunistas que se publicó en estos años tenía un carácter periodístico o autobiográfico. A destacar, la aparición de memorias de dirigentes o exdirigentes de primer nivel como Dolores Ibárruri, Santiago Carrillo, Enrique Líster y Jorge Semprún y el pionero trabajo de recuperación de testimonios de antiguas presas, muchas de ellas comunistas, emprendido por autoras como Giuliana di Febo y

Tomasa Cuevas.

Desde los inicios de la década de los ochenta, se experimentaron los primeros indicios de una cierta regularización del estudio del Partido Comunista de España en el ámbito universitario. Por lo que respecta al periodo anterior a la Guerra Civil, la principal aportación historiográfica de la década la constituyó la magnífica tesis del politicólogo Rafael Cruz sobre el PCE entre 1931 y 1936. En este trabajo se abordaban la organización interna, la ideología y la cultura política de los comunistas españoles de la época republicana, poniendo de relieve las enormes deficiencias del proceso de construcción de un partido bolchevique[17].

Pero sobre todo, por aquellas fechas fue abriéndose paso lentamente entre los investigadores universitarios la idea de la necesidad de estudiar el exilio republicano y la resistencia política al franquismo. Prueba de ello es la aparición de algunos estudios generales sobre la oposición clandestina y emigrada de la década de los cuarenta, con importantes referencias al papel desempeñado por los comunistas; a destacar en particular el libro del historiador alemán Hartmut Heine, que utilizó los archivos diplomáticos británicos y numerosos testimonios orales, y también los trabajos de Joan Estruch Tobella y David Wingeate Pike. Paralelamente, se editaron un buen número de estudios locales dedicados al análisis de agrupaciones guerrilleras que practicaron la lucha armada en los primeros años de la dictadura. Finalmente, y por lo que se refiere a la historia de los comunistas catalanes, descolló la tesis de Miquel Caminal sobre Joan Comorera, que además inauguraría una línea de trabajo que se ha relevado con el tiempo muy fructífera: el estudio de las disidencias internas[18].

Aun así, una gran parte de los libros publicados en aquellos años procedieron todavía del periodismo de investigación. El más emblemático fue sin duda el de Gregorio Morán sobre el periodo 1939-1985[19]. Morán tuvo la virtud de ser el primer autor que usó ampliamente –aunque sin citarlos– los ricos fondos del archivo del PCE, complementados por el recurso a numerosos testimonios orales anónimos. El tono fustigador del libro explica que fuera recibido con desagrado entre una parte de los dirigentes y militantes del partido. Sin embargo, no parece casual que, al poco de su publicación, la dirección comunista rehabilitara a algunos relevantes disidentes de la primera clandestinidad. Por otra parte, en 1980 el PCE renunció formalmente a elaborar en el futuro cualquier historia oficial del Partido y organizó un ciclo de conferencias por su 60 aniversario, con participación de prestigiosos historiadores[20].

La celebración, en 1986, del cincuentenario del estallido de la Guerra Civil, contribuyó indudablemente a la popularización de este episodio central de la historia contemporánea de España y, por extensión, influyó positivamente en el estudio de todo el siglo XX español. Sin embargo, no llegó a acometerse una seria renovación temática ni metodológica y, por lo que respecta a la cuestión que nos ocupa, el impacto fue muy limitado. La bibliografía sobre los aspectos políticos de la Guerra Civil continuó dejando de lado el estudio del desarrollo de cada una de las formaciones que integraban el bando republicano y centrándose de manera muy prioritaria en el sempiterno debate entre guerra y revolución. No debería olvidarse, en este sentido, el efecto negativo del severo cuestionamiento al que estuvo sometida la historia política del movimiento obrero durante aquellos años. Además, pasado el cincuentenario, el impulso historiográfico sobre el periodo 1936-1939 remitió durante un tiempo.

ENTRE LA CAÍDA DEL MURO Y EL BOOM DE LA MEMORIA HISTÓRICA (1989-2001)

Durante la década de los noventa se abrió paso una nueva concepción de la investigación sobre el comunismo español, sustentada fundamentalmente en criterios científicos. Los avances metodológicos de la historiografía española, el acceso a nuevas fuentes y una creciente desideologización del tratamiento del tema abrió vías prometedoras que permitían hablar ya de la normalización historiográfica de una temática polémica por excelencia. Es también significativo que, por primera vez, se observara un claro predominio de la producción procedente de historiadores profesionales, incluso en el tratamiento del periodo 1939-1977. Todo ello sin perjuicio de que persistiera a buen ritmo la publicación de libros de memorias de veteranos dirigentes que habían vivido la Segunda República, la Guerra Civil y el franquismo (Santiago Carrillo, Marcelino Camacho, Santiago Álvarez, Manuel Azcárate, Simón Sánchez Montero, Sixto Agudo, etc).

Sin duda la crisis final del llamado socialismo real marcó profundamente la investigación histórica, cuanto menos durante la primera mitad de la década. La generalización de la idea de que el comunismo había desaparecido como movimiento político fomentó la publicación de un buen número de estudios que

pretendían establecer un balance de la trayectoria y de la ideología de los partidos comunistas. En Francia, se generó un intenso debate historiográfico. Autores como François Furet, Stéphane Courtois, Alain Besaçon, o Alain de Benoist definían el comunismo como una «funesta ilusión» que propició un sistema criminal análogo al nazismo. Otros historiadores, como Bruno Groppo, Bernard Pudal, Michel Dreyfus, Jean Vigreux, o Serge Wolikow apelaban a su carácter complejo y plural, y tildaban de monocausales y esencialistas las posiciones de Courtois[21].

El Libro negro del comunismo es, sin duda, la obra más representativa de la época. Dirigida por Stéphane Courtois, evaluaba el fenómeno comunista a partir de ideas como su naturaleza violenta y totalitaria. El capítulo «La sombra del NKVD proyectada en España», redactado por él mismo y Jean-Louis Panné e incluido en el bloque «Revolución mundial, Guerra Civil y terror», ejemplifica algunos de los rasgos más cuestionables del volumen[22]. De entrada, resulta cuanto menos muy llamativo que se ubicara a la España republicana en guerra dentro de la categoría de los «regímenes comunistas». El texto se centraba en la represión estalinista contra el POUM a partir del uso de una bibliografía escasa, anticuada y marcadamente ideológica. En el recuento de víctimas mortales del comunismo en el mundo se achacaban a este movimiento político unas cifras estimativas del conjunto de la violencia desarrollada en la retaguardia republicana (que situaba entre 38.000 y 85.000 fallecidos).

Por otra parte, y a diferencia de otros países europeos, la apertura de los antiguos archivos soviéticos a partir de 1991 no implicó un impulso serio a la investigación sobre el comunismo español. De manera puntual, algunos investigadores realizaron incursiones en los centros documentales de Moscú durante el quinquenio de mayor accesibilidad, propiciando la elaboración de algunos meritorios documentales divulgativos, como Operació Nikolai (1992), dedicado al asesinato del dirigente del POUM Andreu Nin. Documentos de los archivos de la KGB y de la Internacional Comunista relativos a la intervención soviética en la España republicana fueron depositados en el Centre d’Estudis Històrics Internacionals-Pavelló de la República, de Barcelona. Asimismo, la documentación del Centro Español de Moscú sobre el exilio comunista en la URSS, se incorporó en el 2001 al Arxiu Nacional de Catalunya (Sant Cugat del Vallès). Pero no cuajaron otras iniciativas que pretendían una reproducción sistemática de la documentación de los archivos rusos alusiva a España.

La efímera apertura de los antiguos centros documentales soviéticos tuvo como

principal fruto la aparición de un importante libro de Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo dedicado a la intervención de la Internacional Comunista en España hasta 1939[23]. La nueva documentación permitía a los autores reforzar la tesis de la fuerte supeditación del comunismo español a los intereses exteriores de la Unión Soviética en el periodo comprendido entre la fundación del PCE y el final de la Guerra Civil. La obra apuntaba, de todos modos, las dificultades del centro de decisiones del «partido mundial de la revolución» para controlar el día a día de la actuación de una sección nacional periférica, como la española.

Por otro lado, en aquellos años se desarrollaron otras investigaciones relevantes fundamentadas en el uso de documentación española. Por lo que respecta a la etapa anterior a 1936, descuella la monografía consagrada por Juan Avilés Farré al influjo de la revolución soviética en la España de los veinte. Junto a la explicación de los orígenes y primeros pasos del comunismo español, el libro de Avilés profundizaba en el impacto del mito soviético en la cultura obrera[24]. En cuanto a la Guerra Civil, la política militar comunista y, en especial, la construcción del Quinto Regimiento de Milicias Populares, fueron estudiadas por Juan Andrés Blanco Rodríguez en su tesis doctoral[25]. Mención aparte merecen las numerosas biografías de Dolores Ibárruri aparecidas en aquellos años, entre las que destacó la de Rafael Cruz[26].

Respecto al periodo posterior a 1939, fueron abriéndose ámbitos de trabajo que se desplegarían con intensidad en el siglo XXI, como el relativo a las mujeres comunistas[27]. Pero sobre todo, cabe reseñar que la segunda mitad de la década implicó una primera ola de publicaciones procedentes de una generación de historiadores nacidos en los sesenta que se centraron en el estudio de la resistencia política y sindical al franquismo en el ámbito territorial. La celebración, desde 1990, de los Encuentros de Investigadores del Franquismo, organizados por la red de archivos de Comisiones Obreras, sirvió como catalizador de un conjunto de iniciativas individuales que, a menudo, habían recibido escaso apoyo desde las respectivas universidades[28]. La contribución más señera en esa década la constituyó el libro colectivo sobre los comunistas asturianos, coordinado en 1996 por Francisco Erice, pero también podrían citarse algunos estudios sobre Castilla-La Mancha, Cataluña, Andalucía, Extremadura y las Islas Baleares[29].

ENFOQUES RECIENTES (2001-2020)

Las primeras décadas del siglo XXI han permitido consolidar plenamente el impulso historiográfico sobre el comunismo español iniciado en los noventa. Debería valorarse, en particular, el impacto del proceso de recuperación de la memoria histórica sobre la Segunda República, la Guerra Civil y el franquismo. Desde la sociedad civil, se han impulsado distintas asociaciones que reivindican a los vencidos en la guerra y a los resistentes a la dictadura, a menudo en relación con la memoria comunista. Desde el entorno del PCE se han promovido iniciativas como el Foro por la Memoria, creado en el 2002. Por supuesto, este activismo cívico constituye un fenómeno complejo que se sustenta sobre unos objetivos y parámetros diferentes a los de la ciencia historiográfica, pero es indudable que su labor ha resultado beneficiosa para la popularización de los estudios sobre la historia del siglo XX, incluyendo los relativos a la trayectoria de organizaciones políticas como el PCE. De manera muy singular, se ha generado un interés por recuperar y difundir las trayectorias de activistas de base y/o hasta hace poco desconocidos. Pueden servir de ejemplo los homenajes a las Trece Rosas o al poeta Marcos Ana. Las vicisitudes de la propia memoria comunista se han convertido en un ámbito de investigación por parte de los historiadores españoles, dando lugar a renovadores estudios como los de José Carlos Rueda Laffond[30].

Este interés creciente por la Guerra Civil y el franquismo explica, en buena medida, que a lo largo de estos veinte años la gran mayoría de los libros sobre la historia del comunismo en España se refieran a dichos periodos históricos. De todos modos, se han publicado algunos trabajos que abordan transversalmente el conjunto de la historia del PCE. Nos puede servir como ejemplo la tesis de Diego Díaz relativa a la posición de los comunistas españoles frente al debate sobre las cuestiones nacionales y regionales, con una cronología amplia que aborda desde la fundación del Partido hasta el final de la transición, así como algunos volúmenes centrados en un territorio concreto[31]. Además, las etapas anteriores a 1936 no han sido del todo olvidadas; a destacar en este sentido algunos estudios territoriales y otros trabajos dedicados al impacto de la Revolución Soviética en España, a la década de los veinte, a la política cultural del PCE desde la fundación hasta el final de la Guerra Civil, a dirigentes como José Díaz, Cayetano Bolívar y Óscar Pérez Solís, a la movilización juvenil de la década de los treinta y a la articulación del Frente Popular en el periodo republicano[32].

El conflicto bélico de 1936-1939 era, sin duda, una de las grandes asignaturas pendientes de la investigación sobre el PCE. Las investigaciones de Fernando Hernández Sánchez nos han permitido conocer mucho mejor la evolución del partido en cuanto a organización política durante esos años decisivos, en los que el liderazgo de los comunistas a la hora de enarbolar la bandera del antifascismo, su salto organizativo y el apoyo soviético los convertirá en pieza central en la toma de decisiones políticas y militares en la España republicana. Pueden destacarse también los estudios de Josep Puigsech, quien gracias a la documentación soviética ha avanzado decisivamente en el conocimiento de las tensas relaciones del PSUC con el PCE y con la Internacional Comunista durante la Guerra Civil, las de Lisa A. Kirschenbaum en torno a las Brigadas Internacionales desde un enfoque cultural y biográfico, y las dedicadas por Laura Branciforte al Socorro Rojo Internacional. Por otra parte, se ha conseguido mejorar notablemente el conocimiento del sentido y la entidad de la intervención soviética a favor del bando republicano; tal vez uno de los temas que hasta ahora había permanecido más oscuro dentro del conocimiento sobre la Guerra Civil. En conexión con esta cuestión, también se ha avanzado en el debate sobre las responsabilidades de los comunistas rusos y españoles en la represión contra el POUM. Sirvan como ejemplo las monografías de Stanley G. Payne, Daniel Kowalsky, Ferran Gallego y Ángel Viñas, o la documentación editada y comentada por Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov en el volumen España traicionada. En otro orden de cosas, las aportaciones del profesor Viñas y del propio Fernando Hernández, sustentadas en una amplísima documentación diplomática, han permitido desmontar algunos mitos sobre las decisiones tomadas por el gobierno Negrín, con el apoyo del PCE, en el tramo final de la guerra. Aunque el anticomunismo ha sido insuficientemente estudiado, ha aparecido algún valioso trabajo sobre la imagen del conjunto del bando «rojo» en la zona franquista durante la guerra[33].

La dictadura franquista ha sido, con diferencia, la etapa más trabajada en las dos últimas décadas por los investigadores del comunismo español. A través de un enfoque a menudo microtemático, estos estudios han confirmado el rol clave desempeñado por el PCE en la resistencia clandestina. Los títulos que han abordado la acción política comunista en toda España (Fernando Hernández Sánchez, Carlos Fernández Rodríguez, Pere Ysàs, Carme Molinero, Francisco Erice, etc.) han podido, así, incorporar referencias al despliegue alcanzado en las zonas más insospechadas[34]. Es igualmente significativo el interés creciente por el estudio de la militancia comunista en su conjunto, superando una de las carencias tradicionales de la historiografía obrera española. A efectos prácticos,

y sin duda con una considerable dosis de arbitrariedad, podríamos agrupar las investigaciones desarrolladas en los siguientes ejes temáticos principales:

1) Estudios relativos a la línea política del PCE bajo el franquismo: sin ser muy abundantes, los trabajos sobre este ámbito han caracterizado los sucesivos debates y virajes ideológicos conocidos por el comunismo español. Destacan al respecto aportaciones como las de Jesús Sánchez Rodríguez y Enrique González de Andrés, quienes han abordado las intensas polémicas del final del franquismo y la primera transición, marcadas por la disyuntiva reforma-ruptura, la crisis económica, la movilización social y el impacto del eurocomunismo. Otros trabajos se han centrado en episodios más concretos, como la polémica que enfrentó a la dirección del PCE con Jorge Semprún y Fernando Claudín y el impacto de la Primavera de Praga en sus relaciones internacionales, así como el surgimiento y despliegue de las escisiones ortodoxas[35].

2) El movimiento guerrillero: la producción historiográfica, literaria y divulgativa de los últimos tiempos ha sido amplísima. Si bien tradicionalmente se había centrado en aspectos anecdóticos y descriptivos, la investigación reciente ha avanzado en el análisis de la guerrilla como acción colectiva[36].

3) La prensa y la radio clandestinas: pese a su indudable protagonismo en la lucha contra la dictadura, son relativamente escasos los estudios sobre los medios de información y propaganda comunistas. De todos modos se han publicado algunos libros en los que se abordan los aspectos técnicos y de contenido de las publicaciones antifranquistas. Deben destacarse también los trabajos sobre Radio España Independiente –«La Pirenaica» –, la emisora que, entre 1941 y 1977, radió desde Moscú y Bucarest información para el interior. La bibliografía reciente ha subrayado la enorme riqueza de la información proporcionada por las cartas de los oyentes, auténtico memorial de agravios sobre la España sometida a la dictadura[37].

4) El movimiento obrero: es muy significativo el avance obtenido en el conocimiento de las relaciones entre el PCE y el obrerismo antifranquista entre la década de los cincuenta y los inicios de la transición, en particular gracias a investigaciones como las de Emanuele Treglia. A destacar también los libros coordinados por Rubén Vega sobre las huelgas de 1962 y los nuevos estudios –fundamentalmente de carácter territorial– sobre Comisiones Obreras[38].

5) Las biografías: en las dos últimas décadas se han editado nuevas monografías relativas a dirigentes destacados del PCE y el PSUC, como Dolores Ibárruri, José Díaz, Santiago Carrillo, Julián Grimau, Jorge Semprún, Jesús Hernández, Javier Pradera, Ramón Ormazábal o Antoni Gutiérrez Díaz. También han aparecido algunas biografías de relevantes disidentes internos y de cuadros medios y activistas de base[39].

6) Las mujeres comunistas: el auge de los estudios de género en España ha tenido su reflejo en trabajos relativos a las cárceles femeninas durante la guerra y la posguerra, en las que las comunistas desempeñaron un rol significativo debido a su capacidad organizativa. Mucho menos corriente ha sido la investigación sobre la participación de las mujeres del PCE en la oposición clandestina a la dictadura[40].

7) El exilio comunista: se trata de un tema insuficientemente estudiado, en gran parte debido a la enorme dispersión de las fuentes documentales. La investigación de las últimas décadas se ha focalizado en las vicisitudes de los militantes del PCE refugiados en Francia, el bloque socialista del Este de Europa, y la Unión Soviética. También se ha otorgado una cierta atención al trabajo de los comunistas entre la emigración económica del segundo franquismo[41].

8) Los estudios territoriales: es este sin duda el ámbito en el que la actividad clandestina de los comunistas ha sido tratada de manera más amplia. Pueden citarse a manera de ejemplo los nuevos estudios sobre Madrid, Galicia, Andalucía, y el País Valenciano. Mención aparte merece la amplia investigación desarrollada sobre el PSUC, objeto de numerosas obras individuales y colectivas que abordan aspectos muy variados, desde su línea estratégica a la militancia de base, pasando por su política de alianzas o su penetración en el ámbito laboral[42].

La etapa posterior a la muerte de Franco presenta un panorama menos favorable. La Transición Democrática (1975-1982) ha sido a menudo tratada a manera de simple epílogo en trabajos dedicados al estudio de la oposición comunista al franquismo. Se han publicado también algunas relevantes investigaciones sobre la legalización del PCE y su evolución ideológica desde 1977. Para la etapa 1982-2019, junto a los trabajos de politólogos sobre la evolución electoral del

PCE y de la coalición Izquierda Unida, se han efectuado aproximaciones históricas al impacto de la posguerra fría en el comunismo español, a la figura de Julio Anguita, y a la participación del PCE en la acción sindical y el movimiento antiatlantista durante los gobiernos de Felipe González[43].

El análisis de la producción historiográfica reciente sobre el comunismo en España sería incompleta sin una referencia a la plataforma de apoyo que ha supuesto la sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM), coordinada sucesivamente por Manuel Bueno, Francisco Erice y Julián Sanz. A destacar, la edición desde 2016 de la revista Nuestra Historia (de la que hasta el primer semestre de 2020 se han publicado nueve números) y los dos congresos de historia del Partido Comunista de España celebrados respectivamente en 2004 (Universidad de Oviedo) y 2007 (Universidad Complutense de Madrid). En el I Congreso, que abarcaba el análisis de la historia del PCE desde la fundación hasta 1977, se presentaron cinco ponencias y 86 comunicaciones, destacando el elevado número de aportaciones de ámbito local referentes a los orígenes del PCE y a la etapa posterior a la muerte de Franco. El encuentro se centró en el desarrollo de las grandes etapas de la historia del PCE como organización, dejándose al margen los aspectos sociales y culturales[44]. Como complemento, el II Congreso se consagró al análisis de la memoria, identidad, cultura, vida cotidiana, creencias, símbolos, mitos e imaginarios colectivos de la militancia comunista durante el franquismo y la transición, así como a su presencia en los movimientos sociales vinculados a la oposición al régimen, con una particular atención a la perspectiva de género[45].

El contrapunto a esta investigación con criterios académicos lo representaría la persistencia de una propaganda ultraconservadora de escasísimo vuelo, pero enorme impacto mediático. Autores como Pío Moa y César Vidal han sido considerados exponente máximo de la llamada «corriente revisionista» sobre la Guerra Civil y el franquismo, una de cuyas señas de identidad es precisamente la recuperación de los viejos mitos de la propaganda franquista y, muy en especial, la descripción del PCE en tanto que organización criminal y pieza básica de la supuesta bolchevización de la Segunda República. Ciertamente, el término «revisionista» se ha convertido en una moneda de uso excesivamente frecuente, pues no parece razonable situar en el mismo plano las obras de François Furet y de Pío Moa. El caso de Federico Jiménez Losantos y su inefable Memoria del comunismo. De Lenin a Podemos (Madrid, La Esfera de los Libros, 2018) constituiría un ejemplo extremo de la hiperideologización y carencias metodológicas de una práctica literaria, comercial y de agitación política que no

se fundamenta por lo general en la consulta de fuentes documentales inéditas.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

En un balance de la historiografía relativa al comunismo latinoamericano realizado en 2007 se señalaba que, pese al final de la Guerra Fría, este continuaba constituyendo un espacio para la confrontación de las posiciones políticas[46]. En contraste, en el caso español puede afirmarse que en las últimas décadas el tema se ha abordado con unos criterios básicamente profesionales, configurando una línea de investigación sumamente dinámica. De manera progresiva, se han ido corrigiendo las carencias metodológicas; en especial, la tendencia inicial a aplicar de manera prioritaria enfoques político-institucionales positivistas y narrativos, en perjuicio de la metodología y de la interpretación. Los avances experimentados para periodos, zonas y ámbitos concretos de la historia del comunismo español son evidentes; los casos de Asturias, de la resistencia clandestina de los años cuarenta y de las mujeres comunistas serían, en este sentido, paradigmáticos. Por otra parte, el perfil de los estudiosos sobre la historia del PCE se ha transformado de manera notoria en los últimos veinte años. Actualmente, las aportaciones principales proceden de historiadores con formación universitaria que no han conocido la época franquista en edad adulta. En general, los especialistas sobre la trayectoria del comunismo español no limitan sus investigaciones a este movimiento político, sino que las enmarcan en proyectos de historia social y política mucho más ambiciosos. Se observa, además, una tendencia creciente a la interdisciplinariedad, gracias a aportaciones procedentes de otras ciencias cercanas a la historiografía; no solamente del periodismo de investigación, sino también de la politología, de la sociología, de la antropología, y de la historia de la literatura.

Para acabar, pueden apuntarse también algunas sombras, comunes en su mayoría al conjunto de la historiografía española sobre el movimiento obrero:

1) La investigación sobre el PCE ha utilizado enfoques cronológicos muy fraccionados, tomándose normalmente como marco de referencia la periodización tradicional de la historia del siglo XX en España. Este enfoque ha

sido útil para abordar los virajes estratégicos experimentados por el partido, así como su intervención en los principales acontecimientos históricos de la centuria. Sin embargo, para determinadas temáticas podría ser más eficaz afrontar el estudio de periodos más largos que, por otra parte, facilitarían el análisis comparado con otros comunismos europeos.

2) Persisten algunas relevantes lagunas historiográficas, las cuales han dificultado hasta el presente los esfuerzos por realizar una síntesis de conjunto. Entre los ámbitos que requerirían un tratamiento más a fondo podemos señalar periodos como la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) y la Consolidación Democrática (1982-2020) y aspectos transversales como las relaciones internacionales del PCE[47]. Debe lamentarse también la práctica ausencia de obras instrumentales (guías bibliográficas y de fuentes, cronologías, diccionarios biográficos, etc.)[48].

3) El predominio del enfoque territorial ha contribuido, sin duda, a acceder a nuevas fuentes primarias y a retratar con acierto la enorme diversidad del fenómeno comunista en España. Como es lógico, ha tenido como contrapartida una cierta dispersión de los resultados de la investigación, fenómeno agravado porque muchos trabajos se publican en pequeñas editoriales locales.

4) Aunque el mundo académico ha asumido un tratamiento historiográfico normalizado del comunismo español, es poco frecuente todavía que se dediquen tesis doctorales al tema. Pero sobre todo, los resultados de las investigaciones académicas sobre el PCE tienen una presencia insuficiente en los manuales de historia política española del siglo XX y prácticamente nula en las síntesis generales sobre el fenómeno comunista en Europa[49], si bien algunos autores de otros países han realizado aportaciones importantes al estudio del comunismo español (Andrew Durgan, Tim Rees, Lisa A. Kirschenbaum, Luiza Iordache, Laura Branciforte…). En cualquier caso, la constante renovación metodológica y la creciente relación con la investigación del resto de Europa –incluyendo la contribución de autores españoles al conocimiento del eurocomunismo y de los regímenes del llamado socialismo real–[50] permite afrontar con prudente optimismo el conjunto de retos planteados.

---

[1] Los renegados del comunismo en España, Barcelona, Edeya, 1932; Biografía. Dolores Ibárruri (Pasionaria), Madrid, Prensa Obrera, 1938.

[2] El más difundido fue El comunismo en España, Madrid, Imprenta Sáez Hermanos, 1932, que alcanzó cuatro ediciones.

[3] Óscar Pérez Solís, Memorias de mi amigo Óscar Perea, Madrid, Renacimiento, 1929, pp. 12-13 y 272-343.

[4] Enrique Matorras, El comunismo en España. Sus orientaciones. Su organización. Sus procedimientos, Madrid, s.e., 1935, p. 8.

[5] Victorio Codovilla, José Díaz. Ejemplo de dirigente obrero y popular de la época staliniana, Buenos Aires, Anteo, 1942.

[6] Gabriel Higueras, Historia y Perestroika. La revisión de la historia soviética en tiempos de Gorbachov (1987-1991), Huelva, Universidad de Huelva, 2015, pp. 41-49; José Carlos Rueda Laffond, «Fábricas de comunistas: escuelas de Partido y estrategias orgánicas en los años treinta», Historia y Política 40 (2018), pp. 282-283; David Brandenberger y Mikhail Zelenov (eds.), Stalin's master narrative. A critical edition of the history of the Communist Party of the Soviet Union (Bolsheviks): short course, New Haven, Yale University Press, 2019.

[7] «Carta de Dolores Ibárruri a Santiago Álvarez», 1 de junio de 1959, Dirigentes, carpeta 16, Archivo Histórico del Partido Comunista de España [AHPCE].

[8] Dirigentes, carpeta 16, AHPCE; Mundo Obrero, número extraordinario 15 de febrero de 1960, pp. 3 y 5; junio de 1960), p. 2; octubre de 1960, p. 3; Horitzons, 2 (1 de enero de 1961), pp. 72 y 73.

[9] Dolores Ibárruri, El único camino, Moscú, Progreso, 1960.

[10] Desde un planteamiento diametralmente opuesto, también publicaron en aquellos años sus memorias relevantes disidentes del PCE como Enrique Castro Delgado, Jesús Hernández, José Antonio Balbotín, José Bullejos, y Valentín González «El Campesino». En algunos casos, estas obras fueron objeto de ediciones piratas en España, promovidas por la administración franquista.

[11] Guerra y revolución en España, 4 vols., Moscú, Progreso, 1966-1977.

[12] Cfr. por ejemplo: Tomás Cossías, La lucha contra el maquis en España, Madrid, Editora Nacional, 1956; Eulogio Limia Pérez, Reseña general del

problema del bandolerismo en España después de la guerra de liberación, Madrid, Dirección General de la Guardia Civil, 1957; Eduardo Comín Colomer, El comunismo en España (1919-1936), Madrid, Publicaciones Españolas, 1951.

[13] Eduardo Comín Colomer, Historia del Partido Comunista de España, 3 volúmenes, Madrid, Editora Nacional, 1965-1967.

[14] Francisco Aguado Sánchez, El maquis en España, Madrid, San Martín, 1975 y El maquis en sus documentos, Madrid, San Martín, 1976; Ángel Ruiz Ayúcar, El Partido Comunista. 37 años de clandestinidad, Madrid, San Martín, 1976, y Crónica agitada de ocho años tranquilos 1963-1970, Madrid, San Martín, 1974.

[15] David Ruiz, El movimiento obrero en Asturias: de la industrialización a la Segunda República, Oviedo, Amigos de Asturias, 1968; Guy Hermet, Los comunistas en España. Estudio de un movimiento político clandestino, París, Ruedo Ibérico, 1971; Manuel Tuñón de Lara, El movimiento obrero en la historia de España, Madrid, Taurus, 1972; Pere Gabriel, El moviment obrer a Mallorca, Barcelona, Curial, 1973; Pelai Pagès, «Dissidències comunistes en el si de la III Internacional: l'Esquerra Comunista d'Espanya», tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 1975.

[16] Pelai Pagès, Historia del Partido Comunista de España (desde su fundación en abril de 1920 hasta el final de la dictadura de Primo de Rivera, abril de 1930), Barcelona, Hacer, 1978; Gerald Meaker, La izquierda revolucionaria en España 1914-1923, Barcelona, Ariel, 1978; Carlos Forcadell, Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español 1914-1918, Barcelona, Crítica, 1978; Joan Estruch Tobella, Historia del PCE 1920-1939, Barcelona, El Viejo Topo, 1978. Sobre la Segunda República: Ricard Vinyes, La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas 1934-1936, Madrid, Siglo XXI, 1978, y José Luis Martín Ramos, Els orígens del Partit Socialista Unificat de Catalunya (1930-1936), Barcelona, Curial, 1977. También puede citarse la síntesis de Víctor Alba, Historia del Partido Comunista en España. Ensayo de interpretación histórica, Barcelona, Planeta, 1979.

[17] Rafael Cruz, El Partido Comunista de España en la Segunda República, Madrid, Alianza, 1987.

[18] Hartmut Heine, A guerrilla antifranquista en Galicia, Vigo, Xerais de

Galicia, 1980, y La oposición política al franquismo. De 1939 a 1952, Barcelona, Crítica, 1983; Joan Estruch Tobella, El PCE en la clandestinidad (1939-1956), Madrid, Siglo XXI de España, 1982; Eusebio Mujal-León, Communism and Political Change in Spain, Bloomington, Indiana UP, 1983; David Wingeate Pike, Jours de gloire. Jours de Honte. Le parti communiste d'Espagne en France depuis son arrivée en 1939 jusqu'à son départ en 1950, París, SEDES, 1984; y: In the service of Stalin: The Spanish Communists in exile 1939-1945, Oxford, Clarendon, 1993; Daniel Arasa, Años 40: los maquis y el PCE, Barcelona, Argos Vergara, 1984; Miquel Caminal, Joan Comorera, 3 volúmenes, Barcelona, Empúries, 1985; Fernanda Romeu, Más allá de la utopía: la Agrupación Guerrillera de Levante, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1987; Secundino Serrano, La guerrilla antifranquista en León (1936-1951), Madrid, Siglo XXI de España, 1988.

[19] Gregorio Morán, Miseria y grandeza del Partido Comunista de España (1939-1985), Barcelona, Planeta, 1986 (hay reedición del 2017).

[20] Juan Trías Vejarano, «Presentación», en Contribuciones a la historia del PCE, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004, p. 8.

[21] Bruno Groppo y Bernard Pudal, «Une réalité multiple et controversée», en Le siècle des communismes, París, Les Editions de l'Atelier, 2000, pp. 20-21; Roberto Ceamanos, «La historiografía francesa sobre el PCF. Controversias científicas y polémicas», Historia del Presente 16 (2010), pp. 97-112.

[22] Stéphane Courtois y otros, El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión, Madrid, Espasa - Planeta, 1998, pp. 377-398.

[23] Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939, Barcelona, Planeta, 1999.

[24] Juan Avilés Farré, La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931), Madrid, Biblioteca Nueva - Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1999. Cfr., también, Rafel Cruz, El arte que inflama. La creación de una literatura bolchevique en España. 1931-1936, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

[25] Juan Andrés Blanco Rodríguez, El Quinto Regimiento en la política militar del PCE en la Guerra Civil, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1993.

[26] Rafael Cruz, Pasionaria. Dolores Ibárruri. Historia y Símbolo, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999. También se publicó una biografía sobre José Díaz (María Victoria Fernández Luceño, José Díaz Ramos. Aproximación a la vida de un luchador obrero, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992).

[27] Fernanda Romeu, El silencio roto… Mujeres contra el franquismo, Oviedo, edición de la autora, 1994.

[28] Algunos de estos autores participaron en el libro dirigido por David Ruiz, Historia de Comisiones Obreras (1958-1988), Madrid, Siglo XXI de España, 1993.

[29] Los comunistas en la Historia de Albacete 1920-1979, Albacete, Partido Comunista de España, 1990; Francisco Moreno Gómez, La última utopía. Apuntes para la historia del PCE en Andalucía, Córdoba, Comité Provincial del PCA, 1995; José Hinojosa Durán, «El PCE en Extremadura durante la II República», Memoria de Licenciatura, Universidad de Extremadura, 1995; Carme Cebrian, Estimat PSUC, Barcelona, Empúries, 1997; Francisco Erice (coord.), Los comunistas en Asturias, 1920-1982, Gijón, Trea, 1996; David Ginard, L'oposició antifranquista i els comunistes mallorquins (1939-1977), Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1998.

[30] José Carlos Rueda Laffond, Memoria roja. Una historia cultural de la memoria comunista en España, 1931-1977, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2018; Antonio Gómez y Ulrich Winter (eds.), Cruzar la línea roja. Hacia una arqueología del imaginario comunista ibérico (1930-2017), Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2017; Mario Amorós, El hilo rojo. Memorias de dos familias obreras, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2012. Entre las memorias de militantes de base, a manera de ejemplo: Rodrigo Moreno, Memorias de comunista, Lleida, Milenio 2002; Luis Villagarcía, Una juventud truncada. Memorias de un comunista, Alicante, Club Universitario, 2002; Marcos Ana, Decidme cómo es un árbol, Barcelona, Umbriel, 2007; Ildefonso Jiménez, Memorias de un comunista, Córdoba, Puntoreklamo, 2007; Alejandra Soler, La vida es un río caudaloso con peligrosos rápidos. Al final de todo… sigo comunista, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009.

[31] Diego Díaz Alonso, Disputar las banderas. Los comunistas, España y las cuestiones nacionales (1921-1982), Gijón, Trea, 2019; Luis Segura, Comunistas

en tierra de olivos. Historia del PCE en la provincia de Jaén, 1921-1986, Jaén, Universidad de Jaén, 2019. También se han publicado trabajos de síntesis para el conjunto de España, como: Joan Estruch, Historia oculta del PCE, Madrid, Temas de Hoy, 2000; Eudaldo Casanova, El Partido Comunista de España 1920-1991, Zaragoza, Saberes Inútiles, 2018; José Luis Martín Ramos, Historia del PCE, Madrid, Catarata, 2021.

[32] Mayte Gómez, El largo viaje. Política y cultura en la evolución del Partido Comunista de España, 1920-1939, Madrid, Ediciones de la Torre, 2005; Víctor Santidrián Arias, Comunismo y sindicalismo en la España del siglo XX (1920-1936), Madrid, Fundación 1.o de Mayo, 2006; Encarnación Barranquero, Cayetano Bolívar. Su trayectoria política, Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 2006; Sandra Souto, Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República española, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2013; Alejandro Sánchez Moreno, José Díaz. Una vida en lucha, Córdoba, Almuzara, 2013; Steven Forti, El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras, Santiago de Compostela, Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, 2014; José Manuel Puente Fernández, El guardián de la Revolución. Historia del Partido Comunista en Cantabria (1921-1937), Torrelavega, Librucos, 2015; José Luis Martín Ramos, El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España, Barcelona, Pasado y Presente, 2016; Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds.), 1917. La Revolución rusa cien años después, Madrid, Akal, 2017; Pelai Pagès y Pepe Gutiérrez Álvarez (dirs.), La Revolución Rusa pasó por aquí, Barcelona, Laertes, 2017; David Ginard (dir.), Les revolucions de 1917. Europa, Espanya, Illes Balears, Palma, Lleonard Muntaner editor, 2019; José M. Faraldo (ed.), Collapsed Empires. The consequences of 1917 in the Mediterranean and the World, Zúrich, Lit, 2020.

[33] Gerald Howson, Armas para España. La historia no contada de la Guerra Civil española, Barcelona, Península, 2000; Josep Puigsech, Nosaltres, els comunistes catalans. El PSUC i la Internacional Comunista durant la Guerra Civil, Vic, Eumo, 2001; y Entre Franco y Stalin. El difícil itinerario de los comunistas en Cataluña, 1936-1949, Barcelona, El Viejo Topo, 2009; Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov (eds.), España traicionada. Stalin y la Guerra Civil, Barcelona, Planeta, 2002; Daniel Kowalsky, La Unión Soviética y la Guerra Civil española: una revisión crítica, Barcelona, Crítica, 2003; Stanley Payne, Unión Soviética, comunismo y revolución en España

(1931-1939), Barcelona, Plaza y Janés, 2003; Francisco Sevillano Calero, Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil, Madrid, Alianza 2007; Ferran Gallego, Barcelona, mayo de 1937. La crisis del antifascismo en Cataluña, Barcelona, Debate, 2007; Ferran Aisa, Contrarevolució. Els fets de Maig de 1937, Barcelona, Edicions de 1984, 2007; Ángel Viñas, El escudo de la República. El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937, Barcelona, Crítica, 2007; Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, El desplome de la República, Barcelona, Crítica, 2009; Frank Schauff y Guillén Sans, La victoria frustrada. La Unión Soviética, la Internacional Comunista y la Guerra Civil española, Barcelona, Debate, 2008; Fernando Hernández Sánchez, Guerra o Revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil, Barcelona, Crítica, 2011; Laura Branciforte, El Socorro Rojo Internacional (1923-1939). Relatos de la solidaridad antifascista, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011; Pelai Pagès, Andreu Nin. Una vida al servicio de la clase obrera, Barcelona, Laertes, 2011; y Perseguint Andreu Nin. Informes, telegrames i confidències de la policia espanyola, Barcelona, Base, 2019; Lisa A. Kirschenbaum, International Communism and the Spanish Civil War. Solidarity and Suspicion, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.

[34] Fernando Hernández Sánchez, Los años del plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953), Barcelona, Crítica 2015; Carme Molinero y Pere Ysàs, De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982), Barcelona, Crítica 2017; Francisco Erice, Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista (1956-1963), Gijón, Trea, 2017; Carlos Fernández Rodríguez, Los otros camaradas. El PCE en los orígenes del franquismo (1939-1945), Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020.

[35] María José Valverde, «Continuidad o renovación: El PCE 1956-1965» (Tesis doctoral, Universidad de Málaga 2003); Jesús Sánchez Rodríguez, Teoría y práctica democrática en el PCE. 1956-1982, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004; Enrique González de Andrés, La economía franquista y su evolución. Los análisis económicos del Partido Comunista de España, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014; y ¿Reforma o ruptura? Una aproximación a las políticas del Partido Comunista de España entre 1973 y 1977. Programa, discurso y acción sociopolítica, Barcelona, El Viejo Topo, 2017; Emanuele Treglia, «El PCE y el movimiento comunista internacional (1969-1977)», Cuadernos de Historia Contemporánea 37 (2015), pp. 225-255; José M. Faraldo, «Entangled Eurocommunism: Santiago Carrillo, the Spanish

Communist Party and the Eastern Bloc during the Spanish Transition to Democracy, 1968-1982», Contemporary European History 26(4) (2017), pp. 647-668; Eduardo Abad, «El otoño de Praga. Checoslovaquia y la disidencia ortodoxa en el comunismo español (1968-1989)», Historia Contemporánea 61 (2019), pp. 971-1003. Para el rol de los intelectuales en el PCE bajo el franquismo: Manuel Aznar, «Los intelectuales y la política cultural del Partido Comunista de España (1939-1956)», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros los comunistas», pp. 367-389.

[36] A modo de ejemplo: Secundino Serrano, Maquis: historia de la guerrilla antifranquista, Madrid, Temas de Hoy, 2001; Francisco Moreno Gómez, La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla. El Centro-Sur de España, de Madrid al Guadalquivir, Barcelona, Crítica, 2001; Josep Sánchez Cervelló (ed.), Maquis: el puño que golpeó al franquismo. La Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA), Barcelona, Flor del Viento, 2003; Mercedes Yusta, Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón, 1939-1952, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2003; Ramón García Piñeiro, Fugaos. Ladreda y la guerrilla en Asturias (1937-1947), Oviedo, KRK, 2007; y Luchadores del ocaso: represión, guerrilla y violencia política en la Asturias de posguerra (1937-1952), Oviedo, KRK, 2015; Julio Aróstegui y Jorge Marco (eds.), El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008; Jorge Marco, Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista, Granada, Comares, 2012; José María Azuaga, Tiempo de lucha: Granada-Málaga. Represión, resistencia y guerrilla (1939-1952), Granada, Alhulia, 2013; David Baird, Historia de los maquis. Entre dos fuegos, Córdoba, Almuzara 2016.

[37] Gabriel Santullano, La prensa clandestina en Asturias, Oviedo, KRK, 2006; Luis Zaragoza Fernández, Radio Pirenaica. La voz de la esperanza antifranquista, Madrid, Marcial Pons, 2008; Armand Balsebre y Rosario Fontova, Las cartas de la Pirenaica. Memoria del antifranquismo, Madrid, Cátedra, 2014; Mario Amorós, El correo del exilio. Cartas a Radio España Independiente (1962-1964), Madrid, Fundación Domingo Malagón, 2014.

[38] Encarna Ruiz, Historia de las Comisiones Obreras de Sevilla. Primera parte. De la dictadura franquista a la legalización, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2002; Alfonso Martínez Foronda (coord.), La conquista de la libertad. Historia de las Comisiones Obreras de Andalucía (1962-2000), Puerto Real, Fundación

de Estudios Sindicales, 2003; Alberto Gómez Roda, Comisiones Obreras y represión franquista: Valencia 1958-1972, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004; Rubén Vega (coord.), Hay una luz en Asturias… Las huelgas de 1962 en Asturias, Gijón, Trea, 2002; y El camino que marcaba Asturias. Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional, Gijón, Trea, 2002; Antoni Lardín, Obrers comunistes. El PSUC a les empreses catalanes durant el primer franquisme (1939-1959), Cossetània, Valls 2007; Juan Moreno, Comisiones Obreras en la Dictadura, Madrid, Fundación 1.o de Mayo, 2011; Emanuele Treglia, Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero, Madrid, Eneida, 2012.

[39] Manuel Martorell, Jesús Monzón: el líder comunista olvidado por la historia, Pamplona, Pamiela, 2000; David Ginard, Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España (1931-1942), Madrid-Palma, Compañía Literaria-Documenta Balear, 2000; Antonio Gascón Ricao, Beltrán, El esquinazau, Jaca, Pirineum, 2002; Pedro Carvajal, Julián Grimau. El último muerto de la Guerra Civil, Madrid, Aguilar, 2003; Pepe Gutiérrez, Elogio de la militancia. La historia de Joan Rodríguez, comunista del PSUC, Barcelona, El Viejo Topo, 2004; Norberto Ibáñez y José Antonio Pérez, Ormazábal. Biografía de un comunista vasco (1910-1982), Madrid, Latorre Literaria, 2005; Juan Avilés Farré, Pasionaria: la mujer y el mito, Barcelona, Plaza y Janés, 2005; Fernando Hernández Sánchez, Comunistas sin partido. Jesús Hernández. Ministro en la Guerra Civil, disidente en el exilio, Madrid, Raíces, 2007; Francisco Martínez Hoyos, La cruz y el martillo. Alfonso Carlos Comín y los cristianos comunistas, Barcelona, Rubeo, 2009; Paul Preston, El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo, Madrid, Debate, 2013; Santos Juliá, Camarada Javier Pradera, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2013; Benito Díaz, Jesús Bayón: Un asturiano al frente del PCE. De la secretaría general a guerrillero en el centro de España (1936-1946), Toledo, Almud, 2015; Felipe Nieto, La aventura comunista de Jorge Semprún, Barcelona, Tusquets, 2014; Soledad Fox Maura, Ida y vuelta. La vida de Jorge Semprún, Barcelona, Debate, 2016; Txema Castiella, Antoni Gutiérrez Díaz, el Guti. L'optimisme de la voluntat, Barcelona, Edicions 62, 2020.

[40] Cfr., entre otros: Ricard Vinyes, Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas, Madrid, Temas de Hoy, 2002; Fernando Hernández Holgado, Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas: de la República al franquismo, 1931-1941, Madrid, Marcial Pons, 2003; Carlos Fonseca, Trece rosas rojas. La historia más conmovedora de la Guerra Civil, Madrid, Temas de

Hoy, 2004; David Ginard, Matilde Landa. De la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas, Barcelona, Flor del Viento, 2005; y Aurora Picornell. Feminismo, comunismo y memoria republicana en el siglo XX, Granada, Comares, 2018; Claudia Cabrero Blanco, Mujeres contra el franquismo (Asturias 1937-1952). Vida cotidiana, represión y resistencia, Oviedo, KRK, 2006; Mercedes Yusta, Madres coraje contra Franco. La Unión de Mujeres Españolas en Francia, del antifascismo a la Guerra Fría, Madrid, Cátedra, 2009; Irene Abad, En las puertas de prisión De la solidaridad a la concienciación política de las mujeres de los presos, Barcelona, Icària, 2012; Mónica Moreno, «A la sombra de "Pasionaria". Mujeres y militancia comunista (1960-1982)», en Dolores Ramos, Tejedoras de ciudadanía: culturas políticas, feminismo y luchas democráticas e España, Málaga, Universidad de Málaga, 2014, pp. 257-282; Francisco Arriero, El Movimiento Democrático de Mujeres. De la lucha contra Franco al feminismo, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016.

[41] Alicia Alted, Encarna Nicolás Marín y Roger González Martell, Los niños de la guerra de España en la Unión Soviética. De la evacuación al retorno (1937-1999), Madrid, Fundación Largo Caballero, 1999; María José Devillard, Álvaro Pazos, Susana Castillo y Nuria Medina, Los niños españoles en la URSS (1937-1997): narración y memoria, Barcelona, Ariel, 2001; Jordi Guixé, L'Europa de Franco. L'esquerra antifranquista i la «caça de bruixes» a l'inici de la guerra freda. França 1943-1951, Barcelona Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2002; Natacha Lillo, La petite Espagne de la Plaine-Saint-Denis: 1900-1980, París, Autrement, 2004; Daniel Arasa, Los españoles de Stalin. La historia de los que sirvieron al comunismo durante la Segunda Guerra Mundial, Barcelona, Belacqua, 2005; Luiza Iordache, En el Gulag. Españoles republicanos en los campos de concentración de Stalin, Barcelona, RBA, 2014; Aurelie Denoyer, L'exil comme patrie. Les réfugiés communistes espagnols en RDA (1950-1989), Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2017; Matilde Eiroa, Españoles tras el Telón de Acero. El exilio republicano y comunista en la Europa socialista, Madrid, Marcial Pons, 2018; Fernando Hernández Sánchez, La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco (1944-1950), Barcelona, Pasado y Presente, 2018.

[42] Cfr., entre otros: Víctor M. Santidrián Arias, Historia do PCE en Galicia (1920-1968), La Coruña, Do Castro, 2002; Carlos Fernández Rodríguez, Madrid clandestino. La reestructuración del PCE, 1939-1945, Madrid, Fundación Domingo Malagón, 2002; José Luis Martín Ramos, Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947, Barcelona, Edhasa, 2002; Carme Molinero-Pere

Ysàs, Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981), Barcelona, L'Avenç, 2010; Francisco Moreno Sáez, El Partido Comunista en la provincia de Alicante, Alicante, Compas, 2011; Giame Pala, El PSUC. L'antifranquisme i la política d'aliances a Catalunya (1956-1977), Barcelona, Base, 2011; y Cultura clandestina. Los intelectuales del PSUC bajo el franquismo, Granada, Comares, 2016; María Candelaria Fuentes y Francisco Cobo, La tierra para quien la trabaja. Los comunistas, la sociedad rural andaluza y la conquista de la democracia (1956-1983), Granada, Universidad de Granada, 2016; Josep Puigsech y Giame Pala (eds.), Les mans del PSUC: militància, Barcelona, Memorial Democràtic, 2017; Vega Rodríguez Flores, Fer país. Comunismo valenciano y problema nacional (1970-1982), Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2018.

[43] Luis Ramiro, Cambio y adaptación en la izquierda: la evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000), Madrid, Siglo XXI de España, 2004; Juan Andrade, El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político, Madrid, Siglo XXI de España, 2015; Fernando Nistal, El papel del Partido Comunista de España en la Transición, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2015; Julio Anguita y Juan Andrade, Atraco a la memoria. Un recorrido histórico por la vida de Julio Anguita, Madrid, Akal, 2015; Alfonso Pinilla, La legalización del PCE. La historia no contada 1974-1977, Madrid, Alianza, 2017; Sergio Gálvez, La gran huelga general El sindicalismo contra «la modernización socialista», Madrid, Siglo XXI de España, 2018; Joan Gimeno, «Situar el hoy en el mañana. Comisiones Obreras en la transición y la democracia 1976-1991», tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2019; Emanuelle Treglia, «Contra el nuevo orden mundial. El comunismo español ante la posguerra fría», Pasado y Memoria 19 (2019), pp. 127-155.

[44] Manuel Bueno, José Hinojosa y Carmen García (coords.), Historia del PCE. I Congreso 1920-1977, 2 vols., Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007.

[45] Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (coords.), «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Sevilla, Atrapasueños / Fundación de Investigaciones Marxistas, 2009. Por otra parte, también se han celebrado dos congresos de Historia del PSUC (2006 y 2016).

[46] Horacio Crespo, «Para una historiografía del comunismo: algunas

observaciones de método», en Elena Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo, El comunismo. Otras miradas desde América Latina, México, UNAM, 2007, p. 71.

[47] Respecto a esta última cuestión: Magdalena Caballero, Compañeros de viaje. Historia y memoria de las asociaciones de amistad hispano-soviéticas, Murcia, Editum, 2009. Marco del Búfalo, «Las relaciones entre el PCE y el PCI (1962-1981), en el contexto de la crisis del movimiento comunista internacional», tesis doctoral, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2017.

[48] Estas se reducen fundamentalmente a: Victoria Ramos, Catálogo de los fondos del Archivo Histórico del Partido Comunista de España, 2 vols., Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1997-2000.

[49] Cfr., a manera de ejemplo, las limitadísimas referencias a España en David Priestland, Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo, Barcelona, Crítica, 2010.

[50] Giaime Pala y Tommaso Nencioni (eds.), El inicio del fin del mito soviético. Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga, Barcelona, El Viejo Topo, 2008; José María Faraldo, Las redes del terror. Las policías secretas comunistas y su legado, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2018; Luis Zaragoza, Las flores y los tanques. Un regreso a la Primavera de Praga, Madrid, Cátedra, 2018; Andreu Mayayo y Javier Tébar (eds.), En el laberinto. Las izquierdas en el sur de Europa (1968-1982), Granada, Comares, 2018.

II

EL PESO DE LA HISTORIA. MEMORIA COLECTIVA Y REPERTORIOS SIMBÓLICOS EN UN SIGLO DE COMUNISMO

[1]

José Carlos Rueda Laffond

Escribió Santos Juliá que coincidió, en cierta ocasión, con Santiago Carrillo en un curso dedicado a la Segunda República. En su conferencia, el viejo dirigente comunista explicó como democrática la política desplegada por el PCE durante aquellos años, hasta que Juliá acabó preguntándole que, de ser así, qué quedaba entonces de la memoria comunista entendida como la «de quienes habían dado su vida luchando por el comunismo»[2]. Lo que en opinión de Santos Juliá era tensión contradictoria se trastocó, por el contrario, en acoplamiento en la reseña que Mundo Obrero dedicó a Julián Grimau en mayo de 1975, al conmemorarse el aniversario de su ejecución[3]. Concebida según el añejo esquema de la biografía heroica –un género con notable peso en la producción literaria comunista desde finales de los años veinte–, la semblanza le ensalzaba como comunista y demócrata, además de como quintaesencia de compromiso o sacrificio y como nutriente «no solo [de] la memoria de los comunistas, sino de los pueblos». Un par de años después, y en frontal contraste con dicho tono hagiográfico, esa «memoria de los comunistas» fue tildada de simple «desmemoria» en el desacralizador ejercicio llevado a cabo por Jorge Semprún en su Autobiografía de Federico Sánchez. Selectiva y pragmática, la memoria de partido «no consiste en recordar el pasado, sino en censurarlo», escribió Semprún en un pasaje después citado con insistencia desde posiciones anticomunistas, apostillando finalmente que «no es una memoria histórica, testimonial, [sino] ideológica»[4].

Las referencias que acaban de apuntarse señalan el carácter poliédrico del sintagma memoria comunista. Ha englobado desde relecturas del pasado en clave presentista a relatos sobre la legitimidad orgánica, discursos de apelación histórica o claves de reconocimiento –incluyendo ciertos lugares, momentos o nombres propios– que formaron parte de la cultura militante. Lenguaje e imágenes, ritos y liturgias, símbolos y emblemas… Todo ello ha permitido sustanciar un vasto conjunto de narrativas, centrales en las cosmovisiones comunistas, que recorrieron el siglo XX. Como acaba de sugerirse, dichas prácticas operaron en distintos niveles de las estructuras partidarias y también en la esfera pública, en ocasiones con decidido sentido sentimental o bien con fines proselitistas. Identidad, comunidad e idiosincrasia: semejante triada actúa de frontispicio donde ubicar la virtualidad adquirida por la memoria comunista por lo que tuvo de exaltación de la pertenencia, de distinción entre lo inclusivo y lo excluyente y de apreciación sobre el sentido del tiempo, la conciencia histórica y el sentido finalista asignado a su ideal sociopolítico.

Este capítulo desea proponer una perspectiva integrada de algunos rasgos de la memoria colectiva comunista española y de sus repertorios simbólicos en el siglo XX[5]. La categoría de memoria colectiva por supuesto nos retrotrae a la consideración seminal de Maurice Halbwachs que aquí se interpretará en clave de memoria de partido, orgánica o patrimonial[6]. En este sentido, resulta pertinente retomar algunas consideraciones sugeridas por Marie-Claire Lavabre cuando apuntó la necesidad, no solo semántica, de distinguir entre memorias de los comunistas y memoria comunista[7]. Las primeras se habrían registrado a través de un vasto inventario de fuentes testimoniales. En cambio, según Lavabre, la memoria comunista podría interpretarse como unidad de pensamiento –aunque dinámica y dúctil en su devenir histórico–, representaciones sobre el pasado y apelación de voluntad o afirmación. Aunque debe subrayarse también que no estamos ante compartimentos estanco, sino ante dimensiones susceptibles de una retroalimentación entre lo que Paul Ricoeur tildó de mirada exterior (memoria colectiva) e interior (memoria individual)[8]. Es indudable que la memoria oficial de partido jugó un papel axial en la conformación de las memorias de los comunistas, además de en la articulación de una conciencia común sobre el pasado. Pero esa misma memoria resulta incomprensible si no se tienen en cuenta las experiencias individuales y sus formas de politización, la casuística de las prácticas militantes o la incidencia de vectores como la memoria nacional. El peso adquirido durante décadas por el egodocumento de partido –un corpus donde se ubicaron autobiografías, verificaciones, informes personales o autocríticas– evidencia el valor del

testimonio en la documentación orgánica. Al tiempo, tales materiales actuaron como barómetros a la hora de testar la asimilación de ciertos cánones doctrinarios, actitudinales, morales e incluso lingüísticos[9].

Otro aspecto a tener en cuenta ante el estudio de la memoria comunista deriva de su doble sesgo local e internacional. La cultura comunista fue fruto de la confluencia, si bien con intensidades variables, entre el influjo soviético, el vector internacionalista y los marcos geográficos donde esta se inscribió, incluyendo el contexto intelectual y sentimental de la desterritorialización y el exilio. Consideraremos que tal hibridación fue propia del rol glocal –global/local– del proyecto comunista, así como de la potencialidad de su memoria para erigirse en espacio de unificación transnacional, asumiendo prácticas como la indigenización o el sincretismo en las coordenadas propias de una globalización desde abajo[10]. Un rasgo compartido en la cultura comunista internacional fue la certeza de que conocer adecuadamente el pasado permitía comprender el presente y descodificar el futuro. Asimismo se consideró que los relatos de memoria proveían de ejemplos morales, de parábolas pedagógicas o de modelos existenciales para la (auto)construcción consciente del militante como sujeto comunista, necesariamente derivado de una subjetividad específica.

MEMORIA DE PRIMERA HORA

La historia oficial del PCE (1960) dedicó un breve espacio al primer decenio de vida del partido en el que presentó un retrato compuesto por la abnegación y la combatividad, pero también por la debilidad y el infantilismo ideológico, desde una mirada en realidad fraguada en los años treinta[11]. Las viejas etiquetas de oportunismo, sectarismo e izquierdismo aún definían en 1960 a José Bullejos (secretario general entre 1925 y 1932), mientras que otros nombres fundacionales apenas sí fueron mencionados. De hecho, ese oscuro periodo se venía presentando tradicionalmente en la narrativa comunista como una suerte de contra-imagen que permitía legitimar el presente, como un contraste en negro frente a las ideas de dirección fuerte (representada por el tándem José Díaz/Dolores Ibárruri) o de colectivo disciplinado (bolchevizado), con aspiraciones de convertirse en organización de masas.

Empero, el complejo nacimiento del PCE –fruto de dos escisiones del tronco socialista en abril de 1920 y abril de 1921, fusionadas en noviembre de aquel año y desde entonces en situación de ilegalidad– fue también el escenario en que tomaron forma diversas claves que jugarían una importante función identitaria en el futuro. Así, los simbólicos «cien niños» que encarnaron la ruptura en la Federación de Juventudes Socialistas en 1920 y constituyeron un Partido Comunista cuyo «único fin [sería] la revolución social» fueron interpretados, cincuenta años después, como nueva criatura –partido de nuevo tipo, según la fórmula leninista–, a un tiempo fruto, alternativa y superación de una socialdemocracia caduca y agotada[12]. La portada del primer número de su órgano de prensa –El Comunista, una cabecera así llamada para interpelar y superar alegóricamente a El Socialista– añadió otra seña que acabaría por hacerse tópica: la hoz y el martillo cruzados en su empuñadura y enmarcados por unas espigas sobre un horizonte donde centelleaba el sol del amanecer[13]. Otra portada del mismo rotativo y de la misma fecha vitoreó al 1.o de Mayo («Nuestra fiesta») mediante un grabado sincrético que aunaba influencias clásicas y estética obrera –dos pétreos colosos que protegían a una Victoria de Samotracia–, junto a la estrella de cinco puntas y la hoz y el martillo. La misma importación bolchevique se reiteró en la portada de los Estatutos y tesis (1922) del recién creado PCE, ya con la composición clásica (el martillo cruzado por el arco de la hoz y esta orientada a la izquierda). Y asimismo fue en este momento inaugural cuando se asumieron el culto a la Rusia soviética y a 1917 como razón de ser del nuevo proyecto. «La revolución rusa ha abierto una nueva época en la historia», rezó una proclama de finales de 1919[14]. Incluso antes de la ruptura en el PSOE, el grupo que constituyó la revista Nuestra Palabra, encabezado por Mariano García Cortés, había conmemorado con un mitin el primer aniversario de los sucesos de octubre[15]. Con idéntica celeridad se asumió la memoria como mártires fundacionales de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, lo cual permitió enfatizar aún más las distancias frente a la socialdemocracia[16].

El prosovietismo contrastaba con el imaginario apocalíptico que pronto pobló las páginas de la prensa, de la liberal a la integrista. «El comunismo ya no es un libro, es una nación», escribiría en 1920 Rafael Gasset[17]. Poco antes, el retrato efectuado por Sofía Casanova de «Trocky» (Trotsky) movilizó todo un arsenal retórico llamado a amplificarse en el futuro al dibujarle como «tipo israelita [de] espesa melena revolucionaria», con perilla y cejas negras «a modo de pinceladas mefistofélicas en el rostro cetrino»[18]. Pero la grandilocuencia de la narrativa anticomunista no se correspondía con el peso real del PCE de finales de los años veinte, una organización que ha sido tildada de «solitario aparato de directores y

agitadores»[19]. Su discurso se caracterizó por el fervor anticapitalista, la exaltación insurreccional, las invocaciones populistas y un beligerante rechazo a la burguesía, etiqueta que incluía desde los socialistas a Primo de Rivera. Un escrito aparecido bajo un seudónimo épico para la cultura comunista transnacional –Espartaco– sintetizó tales aspectos. «La época de las conspiraciones pequeño-burguesas ha pasado», afirmaba, y «las clases medias no pueden ya desempeñar un papel director». Como alternativa solo cabía un frente único dirigido por el Partido Comunista[20].

La lógica de la política de clase contra clase conllevó a una forzada lectura del 14 de abril. La fecha acabó oficializada en una resolución de la Internacional Comunista (IC), inspirada por Dmitri Manuilsky, como «momento más importante de la revolución» y antesala para la reproducción de la secuencia de 1917, algo que debería producirse en España mediante el choque entre la «contrarrevolución» –la acción republicana de gobierno– y los soviets, indispensable instrumento para que «la revolución [realice] su voluntad»[21]. Aunque ese talismán nunca tomó forma, su invocación se mantuvo hasta 1934 en unos relatos que enhebraron la recapitulación histórica y las expectativas de futuro. Esa argumentación crono-política evidencia el recurso a unos usos de memoria con carga simbólica. Así pasó en un texto posterior a los comicios de noviembre de 1933, obra del hombre fuerte de la IC en España, Vittorio Codovilla[22]. En él comentaba la irrupción nazi en Alemania, pero con el objeto de justificar la estrategia de los comunistas alemanes y ofrecer un abigarrado cuadro de la reacción en España donde coparticipaban la CNT, Gil Robles, la izquierda republicana o la verborrea de un Largo Caballero ya declarado «campeón de la Dictadura del Proletariado». La imagen resultante era, entonces, la de un fascismo que «brota por todas partes».

Tales afirmaciones coincidieron con la creciente movilización antifascista en las filas del comunismo transnacional. Fue el caso de las campañas a favor de la libertad del dirigente alemán Ernst Thälmann y del búlgaro Georgi Dimitrov, acusado del incendio del Reichstag. Dimitrov llegó a Moscú en febrero de 1934 donde fue recibido como «León» o «Vencedor de Leipzig», convirtiéndose en icono y metáfora del antifascismo. En ese momento se produjeron también las muestras pioneras del culto a Stalin en el PCE. En un lateral de la portada de Mundo Obrero del 17 de noviembre de 1933 figuró con gran relieve una fotografía que le presentaba como jefe de la revolución mundial. Su efigie asimismo ocupó un lugar prominente en las escenografías del partido, como evidencian los materiales que decoraron la III Conferencia de la sección gaditana

del partido (1933) o el II Congreso de las juventudes (1934), dominadas por retratos monumentales de Dimitrov, Thälmann, Stalin y Lenin.

Se ha considerado, no obstante, que la exaltación de Thälmann en la Alemania de Weimar coincidió –e incluso antecedió– a la de Stalin en la URSS. Ello problematiza la comprensión del culto a la personalidad como mera exportación soviética, así como la categoría de estalinización como etiqueta omnicomprensiva capaz de explicar, por sí sola, los cambios vividos en las organizaciones comunistas[23]. Más bien habría que subrayar la notable asimilación de un vector antropológico en la cultura comunista transnacional, en una dinámica con indudable ascendente soviético y cominterniano, pero donde también operaron las particularidades locales. La multiplicación de las prácticas autobiográficas o de las verificaciones personales dan cuenta de la extensión de una clara pulsión mnemónica y biocrática en las estructuras orgánicas. Ello coincidió con la proliferación de relatos personales de tono heroico en la cada vez más abundante publicística pedagógica, unos textos que, sin duda, sirvieron de canon para el trabajo biográfico de militantes y cuadros, al tiempo que evidenciaban el peso de lo que Jochen Hellbeck ha llamado la «conciencia biográfica intensificada» en la cultura comunista[24].

Su influjo se dejó sentir en el PCE desde inicios de los años treinta en verificaciones confeccionadas como relatos históricos, como ocurrió en la de José Díaz redactada por Codovilla al ser cooptado a la secretaría general[25]. Por su parte, la autobiografía del propio Díaz, escrita en Moscú durante el VII Congreso de la IC, evidenció las lógicas dominantes en este tipo de reflexiones que solían incluir la exaltación de la veta obrerista, del activismo militante o de la autoconstrucción consciente[26]. Otra muestra la hallamos en la autobiografía de Manuel Adame para la sección de cuadros de la IC. En ella remarcó sus raíces –«comencé a trabajar a la edad de trece años»– o tipificó a su grupo familiar –«mi compañera es una obrera que ha estado en una delegación en la URSS», «mi padre es pequeñoburgués y explota a dos o tres obreros»–, en coherencia con un enfoque afín a lo que comenzó a llamarse el espíritu de partido[27]. Una variante más estuvo compuesta por las autocríticas, auténticas autobiografías en negro multiplicadas desde finales de los años veinte en la Escuela Internacional Leninista de Moscú y, poco después, en los partidos europeos[28]. Su primera adaptación en el PCE se produjo a raíz de la defenestración del equipo encabezado por Bullejos a finales de 1932, e incluyó desde la evidencia de fricciones no resueltas en la dirección que destilaba un ambiguo escrito autocrítico de Dolores Ibárruri a la descarnada autoinculpación de algunos

cuadros[29].

MEMORIA ÉPICA

El 2 de junio de 1935, en el madrileño Monumental Cinema, José Díaz convocó a socialistas, republicanos y anarquistas a confluir con un «programa sencillo» en una «concentración popular antifascista»[30]. La propuesta evocaba como raíz octubre de 1934. Otro tanto ocurrió en agosto, en su discurso ante el VII Congreso de la IC, en el que apeló a un «bloque popular». En aquella ocasión aseguró que lo acaecido en Asturias no fue una insurrección –se quería presionar para «constituir un Gobierno republicano-socialista o socialista»– y lo interpretó como victoria, pues logró «que el fascismo no se haya consolidado aún en España»[31]. No obstante, la primera versión del relato que vinculaba los hechos de 1934 con un vasto entendimiento definido como «frente popular antifascista» había aparecido en un texto anterior, del mes de abril, en el que colaboraron varios responsables del secretariado de la IC –Stepan Mínev (Stepanov), Manuilsky o Togliatti–, y que abogaba por la restauración de «las libertades democráticas» o, incluso, por «un gobierno revolucionario provisional»[32].

En cualquier caso, octubre de 1934 representó el primer gran lugar vernáculo de memoria en la cultura comunista española. Muertos y presos se erigieron en símbolos de un movimiento emancipador y en mártires de la redención popular. En idénticas coordenadas trascendentales se emplazó la categorización sobre el pasado –en enero de 1936 el discurso del partido empezó a usar la expresión bienio negro– o la iconografía sobre la represión y los llamados verdugos de octubre, institucionalizada gracias a la emblemática colección de estampas de Helios Gómez[33]. La campaña comunista para las elecciones de febrero de 1936 asimismo pivotó en ese tipo de motivos. Uno de sus carteles más conocidos, obra de Ramón Puyol, apelaba a romper los barrotes de una cárcel antropomórfica encarnada por la reacción y la plutocracia[34]. Sin embargo, aquella imagen no era inédita: se había empleado para ilustrar una significación inversa ya que fue ideada contra el gobierno republicano-socialista[35].

No fue aquel el único ejemplo de transferencia. El 9 de febrero de 1936, en el Salón Guerrero, Díaz manejó una retórica populista que oponía dos Españas que

acabaría traspasándose, en pocos meses, al lenguaje bélico. Señaló, de una parte, a la España feudal y de Torquemada, «de los sátrapas y los caciques», de la represión de Asturias. Y de otra, a la «revolucionaria», a la patriota y culta. La de los «buenos españoles», la que luchó en Asturias[36]. Ya en agosto se publicó un folleto con un manifiesto de urgencia que incluía la primera muestra de memoria del PCE sobre la guerra recién iniciada. Su leitmotiv más visible consistió en presentarla como lucha nacional contra la felonía de los generales sublevados. Traición, se afirmaba, que ha provocado que «las cenizas del obispo Don Opas y del conde don Julián se [hayan] estremecido de júbilo»[37]. Desde ahí se conformó una narrativa que enfatizaba el alma combativa del pueblo español. Ese fue el eje de un artículo del soviético Ilia Trainin en Bolshevik en el que identificaba las guerrillas de 1808 y la movilización de 1936, con unas potencias fascistas trastocadas en sosias de José Bonaparte y unas clases reaccionarias españolas que reencarnaban a los afrancesados colaboracionistas[38]. Lo mismo se remarcó en el cartel de Josep Renau De nuevo por nuestra independencia (1938), construido a través de un esencialismo gráfico que ligaba las manos del combatiente, la bandera tricolor y las fechas gemelas de 1936 y 1808. Otra obra de Renau con parecidos ingredientes asoció, como patrimonio comunista, tres momentos dispares del calendario republicano (11 de febrero, 14 de abril y 16 de febrero)[39]. Los programas formativos de las escuelas de cuadros comunistas o para comisarios incorporaron, por su parte, un idealizado relato de la tradición decimonónica. Así figuró en el texto didáctico Historia del movimiento liberal y revolucionario de España hasta el 18 de julio, que ofrecía una visión esencialista de la nación definida por el secular enfrentamiento entre pueblo y elites y por una tradición insurreccional cuyas raíces llegaban a Sagunto o Numancia[40].

El culto a la memoria nacional-popular española se combinó con una exaltada conmemoración del pasado soviético que alcanzó su clímax al celebrarse el vigésimo aniversario de octubre de 1917. Sobre todo fue activada por la Asociación de Amigos de la Unión Soviética (AUS), una de las principales organizaciones de masas situadas en lo que se ha llamado la «galaxia PCE», la densa red de ramificaciones propagandísticas ligadas al partido[41]. Su plasmación pública reflejó una decidida españolización de las marcas soviéticas combinadas con la simbología frentepopulista. Madrid fue uno de los espacios que exhibió esta iconografía híbrida. En grandes paneles o bien en modestas arquitecturas efímeras, se reiteró por toda la ciudad la equivalencia simbólica: el hermanamiento de las banderas nacionales, el liderazgo de los partidos soviético y español, la monumentalización de los dirigentes soviéticos con sus retratos en

los vanos de la Puerta de Alcalá o la reconversión de piezas religiosas en laicas, como ocurrió en el templete del puente de San Isidro redecorado con emblemas de la AUS y con banderines republicanos. A ello se sumó una exposición sobre la construcción socialista que incluía una selección de regalos que se enviarían a la Unión Soviética, como la primera bandera de las Brigadas Internacionales, un jersey de punto para Stalin o un traje de luces de Pepe Bienvenida[42].

Otro ámbito donde proliferaron las hibridaciones entre lo global y lo nacional fue el de las biografías heroicas que incluían distintas variantes del arquetipo comunista[43]. En paralelo, se enfatizó el ejemplo y la emulación, como resaltó Pasionaria en la apertura del pleno ampliado de marzo de 1937 al glorificar a los caídos comunistas y exaltar al Madrid resistente y mártir[44]. La capital fue comparada al Petrogrado sitiado durante la Guerra Civil rusa, como dos lugares de memoria hermanados en su devenir histórico[45]. Y la propia Ibárruri se erigió en epítome transnacional gracias a diversas biografías[46]. Al hilo de la edición de la escrita por Stella Blagoeva, responsable de la sección de cuadros mediterráneos de la IC, Pravda la glosó como paradigma global mediante una encendida retórica mística («exalta a los audaces, devuelve el valor a los fatigados y transfigura a los tímidos»). En cambio, para Keenia Sukovskai, la actriz encargada de llevarla a los escenarios soviéticos, Pasionaria representaba la quintaesencia del patriotismo[47]. Su iridiscencia se acrecentó todavía más en la afectividad comunista tras la guerra. En 1940 un interbrigadista le escribió una carta desde Lvov, en la Polonia soviética –donde «soy un hombre libre, libre de explotación»–, en la que entrelazaba su autobiografía con una vibrante exaltación de la dirigente española[48].

Se ha señalado que Ibárruri ofreció durante la Guerra Civil un cambiante rol de género que transitó desde una imagen viril al papel alegórico de madre[49]. En todo caso, el carácter modélico que desprendía su figura se proyectó intensamente sobre el ideal femenino comunista. Un ideal que Irene Falcón sustanció en que la afiliada fuese «la más activa, la más trabajadora, la más abnegada [y] la última en reclamar comodidades personales». Aurora Arnáiz señaló la necesidad de que la comunista madrileña se mirase en Pasionaria al implicarse en el esfuerzo de guerra o al trabajar en la retaguardia, en las labores domésticas y en la vida de partido. Solo así, afirmaba, los temores o la ingenuidad femeninas, «las antiguas conversaciones sin contenido práctico, el eterno no saber cómo matar el tiempo, [irán] desapareciendo»[50]. Valores equiparables –estoicismo, abnegación o autodidactismo– compusieron los rasgos resaltados en otras reflexiones autobiográficas emanadas desde abajo, como la

redactada por Luisa Montoro, una valenciana de solo diecinueve años. Afirmaba ser «una muchacha de la hora presente [que] levanta el puño duro». Había ganado un premio convocado por Ahora, el órgano de las Juventudes Socialistas Unificadas, con un relato presentado bajo el seudónimo de otro emblema de la memoria comunista femenina, Lina Odena. En él ofrecía un diálogo introspectivo y coloquial con sus hermanas. «La vida de las muchachas», escribió, «hoy por hoy, trabajar. […] Pero el asunto resulta complicadísimo». En la conversación imaginaria se desgranaban la imagen femenina ideal fruto de la guerra o las desigualdades que percibía la muchacha. Se necesitaba una mujer de «líneas escuetas; gesto sereno, audaz, grave; indumentaria sobria, sin adornos superfluos […]. Nada de complicaciones, es el momento de la sinceridad». Y debía superarse la desigualdad cotidiana apreciable en los pequeños detalles, como estar «harta de que llamen a la Ibárruri diputado por Asturias. Siempre el género masculino, como el aceite; eso es vieja política»[51].

MEMORIA FRÍA

Entre finales de 1938 y mediados de 1939 se multiplicó la producción memorial en las estructuras comunistas. A la primera fecha corresponde un informe anónimo que, en puridad, constituyó una pionera historia orgánica del PCE[52]. La reflexión asumía un doble sentido: incorporaba y culminaba las prácticas de exacerbación de memoria e historización de la guerra presentes en la publicística comunista desde agosto de 1936, y, por otro lado, componía un ejercicio prosopográfico con una serie de hitos que serían retomados en futuros ejercicios de memoria oficial. El documento ofrecía una visión organicista del partido acompasada por las metáforas del alumbramiento desde 1917, infancia hasta 1932 y maduración desde aquel momento y hasta 1936. Para glosarlo incorporaba marcas de autopercepción ya plenamente socializadas, por ejemplo sobre el sectarismo del grupo de Bullejos o respecto al carácter de octubre de 1934 como «movimiento histórico de incalculables consecuencias». El relato que hacía de la guerra asimilaba diversas fuentes: directrices emanadas de la IC o del Buró Político, textos de Dimitrov y Togliatti u otros materiales de coyuntura. El resultado era una crónica fundada en un crescendo histórico sobre la sedimentación del partido, su conversión en fuerza hegemónica en el campo republicano o sobre la necesidad de pasar del frentepopulismo a una política de

resistencia y «unión nacional».

La memoria orgánica comunista se amplificó aún más tras la derrota. De hecho, la primavera y el verano de 1939 estuvieron dominados por una pulsión que generó abundantes testimonios personales, documentos más panorámicos –como los informes de Stepan Mínev (Stepanov) o de Togliatti sobre el final de la guerra[53]–, así como resoluciones de la dirigencia del partido o producidas desde las instancias ejecutivas de la IC[54]. Ese alud de papeles se ajustaba a una mecánica procesal en absoluto nueva en las estructuras cominternianas, como era el recabar información y someterla a debate con los responsables de una sección nacional. Sin embargo, aquellos escritos acabaron asumiendo también un doble sentido en la cultura de memoria del PCE. Su redacción se vio sometida a fluctuaciones de interpretación fruto de los críticos vaivenes de esos meses (fractura de las estructuras frentepopulistas, fin de la táctica antifascista, Pacto Ribbentrop-Molotov e inicio de la II Guerra Mundial). En cambio, en el largo plazo constituyeron el corpus fundacional para una prolongada reflexión sobre la guerra, auténtico eje y nudo gordiano en la producción de memoria del partido durante décadas. Una muestra de esa naturaleza híbrida, a caballo entre los requerimientos de coyuntura y una función más estructural, la encontramos en una de las resoluciones presentadas por la dirección española al secretariado de la IC[55]. El informe manejaba marcas que serían recuperadas en el futuro –guerra nacional-revolucionaria por la independencia, naturaleza popular y antifascista de la lucha, desprendida solidaridad soviética, protagonismo del partido en la conformación de una república de «nuevo tipo», resistencia desbaratada por la traición casadista…–, junto a una durísima lectura fruto de un diagnóstico de estricta actualidad. En ella se responsabilizaba de la derrota a un conglomerado anticomunista compuesto por «la infiltración trotskista» («el grupo de Largo Caballero y sus amigos»), los «bandidos faístas», «los líderes reaccionarios y capituladores de la socialdemocracia» y por una «coalición de fuerzas de la reacción internacional» donde figuraban británicos, franceses y estadounidenses.

Tales alusiones conectaban con las versiones más radicalizadas del comunismo autárquico de inicios de los años veinte o del periodo de «clase contra clase». Desde septiembre de 1939 se neutralizó en el vocabulario comunista el término antifascista al tiempo que se producía una visible sovietización en las interpretaciones del conflicto español, algo que reflejaba la necesidad de legitimar la decisión del pacto con la Alemania nazi. Así, el folleto de Díaz Las enseñanzas de Stalin, guía luminoso para los comunistas españoles reiteraba la

imagen de guerra patriótica de independencia y resistencia, pero acompasándola con varias citas del dirigente soviético hasta resignificarla como proyecto de revolución obrera contra la reacción socialdemócrata. Que se apostase por el Frente Popular fue consecuencia, se decía, de la estrategia del PCE para ganar aliados circunstanciales. Al tiempo, la política de no intervención desvelaba «la naturaleza esencial de las democracias burguesas como una forma de dominio capitalista»[56]. La invasión de la Unión Soviética, en junio de 1941, propició, en cambio, una acelerada recuperación del lenguaje y de la simbología antifascista en la narrativa de memoria española. Y no solo eso. Frente a la sovietización discursiva vivida desde finales de 1939, se produjo la dinámica contraria: la españolización de la guerra en la URSS a través de un juego de espejos fundado en que ambos conflictos compartían una misma naturaleza –patriótica y por la democracia–, o en la consideración de la Guerra Civil como preámbulo a la II Guerra Mundial.

Aunque las noticias sobre el maquis poblaron la prensa comunista en Francia –Mundo Obrero comenzó a editarse legalmente desde febrero de 1946–, lo cierto es que apenas fue objeto de retrospectivas. En alguna ocasión se glosó la historia de la guerrilla conectándola con 1936 o con la memoria republicana[57]. Más relieve presentaron, en cambio, los relatos conmemorativos sobre el 14 de abril entendida como fecha fundacional del antifascismo español. Como recordó Ibárruri después, «creímos que la caída de Hitler entrañaría la caída de Franco. Yo llegué a Francia [en 1945] con [esa] convicción». En cambio, a inicios de los cincuenta Pasionaria pensaba que aquella decisión sobrevaloró los efectos de la estrategia guerrillera y minusvaloró «los objetivos de los imperialistas anglonorteamericanos». Pero entonces «vivíamos deslumbrados con el espejuelo de la unidad de la lucha contra el hitlerismo de las grandes potencias»[58]. Tales palabras reflejaban el punto de inflexión vivido en la cultura comunista transnacional desde mediados de 1947. De nuevo, los condicionantes externos explicaron el viraje en el PCE, esta vez hacia lo que sería una memoria fría prolongada durante años. El giro se oficializó en octubre en un discurso de Pasionaria donde contrapuso el imperialismo anglonorteamericano a la Unión Soviética[59]. Sin embargo, la asimilación del lenguaje de la Guerra Fría se manifestó con especial claridad en la narrativa de memoria, en relación con la noción de «república de nuevo tipo». Un texto conmemorativo del 18 de julio de 1947 la retrotrajo a la matriz liberal-popular, tan querida en el relato antifascista. En cambio, al conmemorarse el 7 de noviembre, se adecuó ya a los nuevos vientos de Guerra Fría. Partiendo de unas palabras de Pasionaria sobre el deber de memoria –si alguien olvidaba 1936 «hasta las piedras se levantarían para

recordárselo»–, se identificó «república de nuevo tipo» con democracia popular, oponiendo ambas a la tradición liberal, a «República blandengue y verbalista; o a República reaccionaria y de cuellos duros, entregada al imperialismo»[60].

Los efectos de este giro fueron perceptibles en el rigorismo de finales de los cuarenta e inicios de los cincuenta. El trigésimo aniversario de la creación del PCE certificó el papel medular de la Guerra Civil en la memoria oficial al tiempo que evitaba mencionar el pacto germano-soviético o fijaba la legitimidad de origen del liderazgo de Ibárruri en los años veinte, presentándola como fundadora del partido[61]. De hecho, su figura se vio apuntalada por una enardecida retórica donde confluyeron los ecos del culto a la personalidad tardoestalinista, su significación como emblema transnacional y también la sincera admiración por la estatura moral e histórica del personaje, algo acrecentado por la situación de exilio y clandestinidad de los comunistas españoles. Un proyecto de biografía en 1946 reflejó esas características[62]. Consideraba que era imposible resumir a quien, desde «su tierna infancia», se entregó «en cuerpo y alma a la redención de los humildes y los explotados». «Firme como una roca», «dotada de una inteligencia natural», el texto rememoraba 1934, cuando salvó «a cientos de perseguidos de las garras de las jaurías fascistas». O, por supuesto, la guerra, cuando Pasionaria se convirtió ya en «algo casi legendario».

MEMORIA ANTIFRANQUISTA

Durante la dictadura, la cultura y la afectividad comunistas mantuvieron sus señas de identidad y sus lugares referenciales de memoria. Dos álbumes ilustrados regalados a Pasionaria en 1945 y 1954, confeccionados por los enfermos y el personal de un sanatorio de Lourdes y por las células del PCE en Burdeos, evidencian tal constelación simbólica. El primero, titulado Madrid heroico, ensalzaba los aniversarios de la revolución soviética y de la defensa de la capital en 1936, el apoyo de la URSS y apelaba a reconquistar la República. El segundo presentaba al partido y a Ibárruri como un todo. Reunía composiciones basadas en portadas de Mundo Obrero que hablaban de la unidad patriótica, retratos de Díaz y Pasionaria o dibujos sobre actos de resistencia popular contrapuestos a las sombrías imágenes de la represión franquista.

También combinaba las banderas rojas y las tricolores o recurría al ya popularizado motivo de la paloma picassiana. Además, recogía sentidas declaraciones que afirmaban no cejar en la lucha por la independencia, con «los yanquis en sus casas y el felón Franco castigado». El álbum denotaba el orgullo y la confianza en el triunfo final. Entre sus motivos ya no figuró Stalin, aunque Pasionaria todavía fue mencionada como clarividente maestra de la ciencia del marxismo-leninismo-estalinismo[63].

En contraste a Ibárruri, las figuras de Franco y su régimen encarnaban la alteridad radical. La épica del antifranquismo constituyó el gran hilo conductor de la identidad comunista durante décadas, nutrida, desde 1939, por el imaginario del heroísmo frente a la represión. Su dureza alimentó, además, la aspereza militante. «Ningún miembro del Partido debe olvidar», se declaró en octubre de 1961 en un pleno del Comité Central, «que si los palos hacen daño, en cambio, comportarse indignamente ante la policía es un estigma que envenenará toda su vida»[64]. Los relatos o la iconografía igualmente contrastaron la épica de memoria frente a la oscuridad franquista. Así, por ejemplo, el 18 de julio de 1956 el partido llamó a redefinir el sentido de aquella fecha como «jornada de reconciliación nacional», aunque resaltando que para nada era «un abrazo con los que todavía siguen empeñados en esclavizar a nuestro pueblo». La proclama se acompañó con una ilustración de Renau que confrontaba un pasado que se hundía (Franco y Falange) y el que emergía de las aguas: masas que cubrían un cementerio con pancartas que exigían universidad libre, salario mínimo y que los yanquis se marchasen de España[65].

La acción antifranquista se canalizó no solo desde la creación, también desde la destrucción. La prensa clandestina está plagada de noticias y rumores sobre desafíos iconoclastas, con retratos de Franco que volaban por los aires o cuadros que desaparecían quedando solo el marco con «el dibujo de un cadalso con un pelele ahorcado»[66]. En otra ocasión se destrozó una fotografía al grito de «¡Libertad…, libertad!», y en otra más su efigie acabó ardiendo coincidiendo con la aparición de «un gran mural con la toma de la Bastilla»[67]. Numerosas cartas de oyentes a La Pirenaica sirvieron, por su parte, de contra-campaña frente a los fastos de los XXV Años de Paz (1964). Algunas evocaron «las salvajadas cometidas por los moros», «los hombres arrastrados por caballos» o las casas incendiadas «con sus moradores dentro», obra de «un gallego mequetrefe con más cuernos que un miura del Conde de Veragua»[68]. Tales misivas pueden leerse, pues, como prácticas de contra-memoria, o de memoria subversiva, frente a las significaciones oficiales. Otra más, llegada desde la prisión de Burgos,

anhelaba «echar a Franco», algo en lo que «todos los españoles estamos interesados […] por medios pacíficos, sin nuevos derramamientos de sangre»[69]. Lo mismo se suscitó coincidiendo con el aniversario de 1936, cuando los reclusos prepararon materiales propagandísticos y algunas agrupaciones de base organizaron encuentros con colectivos cristianos para defender la amnistía como «cancelación de la Guerra Civil» frente a un régimen considerado la consecuencia viva de aquel conflicto[70].

Durante los años sesenta se manifestaron las diferencias, pero igualmente los puntos de encuentro, entre las generaciones de memoria que cohabitaban en el PCE. A partir de 1962, a raíz de la confección de Guerra y revolución en España, un estudio concebido como historia oficial de la Guerra Civil, la comisión responsable de su redacción fue recabando una importante masa documental compuesta por testimonios de la generación más veterana que permanecía en el exilio. Aquellos recuerdos se plasmaron en una amplia diversidad de formatos: breves apuntes, amplios informes o escritos de carácter técnico. Otros se redactaron en forma de autobiografías, advirtiendo algunos autores –César Astor, José Antonio Uribes, Francisco Abad, Manuel Espada o Francisco Ciutat– de la fragilidad de su memoria personal[71]. Otros militantes del interior, como Simón Sánchez Montero, también registraron a través de la autobiografía de partido su toma de conciencia o la interiorización de sus experiencias sobre la clandestinidad y la cárcel. Su relato (1954) evocó las duras condiciones de su entorno familiar –una «vida sin horizontes, sin perspectivas»– o el descubrimiento del PCE en vísperas del 18 de julio. Ese momento se resolvía enfatizando la sensación de luz existencial. «Yo iba adquiriendo, cada día más, la convicción de que había encontrado el camino», escribió. «Pensaba en mis padres, en el pueblo, en la vida que allí llevaba». «Qué aquella vida mísera, sin perspectivas, que a mí me angustiaba en el pueblo, era la vida de muchos millones de hombres, de mujeres, que sufrían esa misma angustia. […] Y empecé a sentirme ligado a todos ellos»[72].

A lo largo de los años sesenta –y más en los primeros setenta– llegó al PCE una importante cohorte de nuevos militantes, generacional y culturalmente distinta del viejo afiliado. Trabajadores cualificados, técnicos o profesionales compusieron una parte notable de esa renovada afiliación asociada con unas subculturas laborales o de ocio diferentes a las de los años treinta o a las de la posguerra. A la captación de nuevo capital humano se dirigió la denominada «Promoción Lenin». Retomaba el símbolo más reconocible de la tradición comunista, pero en un momento de tensión entre el PCE y el partido soviético

por los sucesos de Checoslovaquia de 1968. La campaña se producía, además, cuando parecía disiparse la vieja omnipresencia de la Guerra Civil en la publicística del partido. De hecho, el aniversario de 1969 fue la última ocasión en que se hizo retrospección pública del conflicto. En tales coordenadas, el recurso a Lenin no pretendía ser un simple homenaje. «Para nosotros no se trata ni de fechas ni de mitos», se dijo en un informe de 1970, sino «de extraer todo el significado» posible de su figura para reforzar el partido. La campaña se acompañó de diversas iniciativas: actos de movilización, ventas de Mundo Obrero o una «jornada roja» en la que los militantes debían aportar un día de salario. Pero, ante todo, quiso evidenciar unas señas más abiertas y flexibles sobre el ser comunista, propias de un partido de masas de composición heterogénea articulado desde la apelación antifranquista como gran eje cohesivo y desde la explícita invocación a una «transición a la democracia»[73].

EPÍLOGO: GIROS DE MEMORIA

En su intervención en la Fiesta del PCE de 1996, Julio Anguita explicó en clave de constante cesión la historia del partido[74]. «Nuestra historia está llena de propuestas de acuerdo o de pacto para consolidar un marco democrático», argumentó. Ahí se insertaban antecedentes como la reconciliación nacional, el Pacto por la Libertad o la Junta Democrática. También la cesión se impuso «en las horas difíciles de la Transición Española, en aras del consenso para que el Estado Social y Democrático de Derecho estuviese contemplado en la Constitución». Sin embargo, según Anguita, había llegado la hora de retomar y trasladar a un primer plano la reivindicación republicana.

Tal afirmación, solemnizada en el encuentro periódico de masas más importante del PCE, tenía notable valor. Representó el aldabonazo de salida más visible en una dinámica de reformulación de las políticas de memorias desplegada entre la segunda mitad de los noventa y la primera década del siglo XXI, en la que igualmente confluyó la interiorización de la categoría memoria histórica, de reciente socialización, que culminaría ya en 2002 con la constitución de Foro por la Memoria, una iniciativa impulsada por la Comisión de Memoria Histórica del partido. Todos estos hitos se emplazaron en una secuencia de profunda revisión o, si se quiere, de (re)construcción de un imaginario de memoria con

notabilísimo valor identitario. Su base fue la crítica al pasado más cercano y una idealización no exenta de «utopía retrospectiva» del periodo republicano y, en menor medida, de 1917 como constructo postsoviético[75]. De entre los partidos relevantes en la Transición, probablemente fue el PCE el que sometió a mayor relectura crítica aquel momento. En su XIV Congreso (1995) reconoció el fracaso de las previsiones contempladas en el Manifiesto Programa (1975) y de la estrategia de ruptura democrática como consecuencia del excesivo pragmatismo, de la presión sistémica y de las divisiones en el antifranquismo. Como resultado, se reforzaron los poderes económicos, tuvo lugar la continuidad de los aparatos del Estado y se institucionalizó la monarquía. Dicha narrativa revisionista debe relacionarse con varios elementos de coyuntura, como las críticas a la derechización del PSOE o el objetivo del sorpasso. Pero también constituyó una clara reacción frente al discurso de memoria del Partido Popular, lanzado ya a rentabilizar un recuerdo positivo y finalista de la Transición. Todo ello –junto a otros factores, como la renovación en el espacio político-cultural de la izquierda– acabó desembocando en la crítica al «pacto constitucional» (2008) [76].

Esa dinámica se ha explicado muchas veces como recuperación de la vieja memoria del partido y de alguno de sus símbolos más señeros. Sin embargo, tal apreciación corre el riesgo de pecar de una excesiva simplificación que obvie, al menos, dos cuestiones relevantes: lo que tuvo aquella recuperación de «invención de la tradición»[77], y el riesgo de someter a la Transición a un encapsulamiento marcado por la homogeneidad histórica y por la sensación de radical desmemoria en el PCE.

No es este el lugar para desarrollar ambos aspectos. Pero sí pueden apuntarse algunas observaciones que consideramos pertinentes como cierre de este capítulo pues permiten ejemplificar ciertos rasgos estructurales de la memoria comunista del siglo XX. Peter Burke ha destacado que las operaciones elusivas sobre el pasado nunca son casuales y que las prácticas de invisibilidad exigen que nos cuestionemos «la organización social del olvido, las normas de exclusión, supresión o represión»[78]. Al igual que la recuperación memorial comunista posterior a 1996 posee un notable valor identitario, otro tanto puede plantearse respecto a la Transición o ante cualquier coyuntura anterior. La memoria oficial, como había ocurrido en el pasado, se adecuó (y tendió a reforzar) las modulaciones presentes en el discurso oficial. Además, en la segunda mitad de los años setenta se produjo una estratificación de relatos de memoria en un contexto marcado por el protagonismo de la actualidad y de las

expectativas de futuro[79]. Ahí confluyeron unas pulsiones de recuerdo muy selectivas, dirigidas a la esfera pública, que reactualizaron el vocablo de la reconciliación nacional, insistieron en el vector antifranquista como credencial democrática y subrayaron las distancias frente al ascendente soviético, culminando en 1978 con la renuncia al leninismo. Su envés se escenificó, en la reunión del Comité Central del 14 de abril de 1977, mediante la renuncia al republicanismo y al reconocimiento del derecho a la autodeterminación, si bien ambas demandas se habían relativizado notablemente antes de 1975.

Al tiempo, asimismo cabe hablar de otras manifestaciones. No cabe duda que el recuerdo traumático, así como los violentos exabruptos de memoria de tono involucionista, incidieron en esa relativización de la memoria comunista. Pero ello se combinó con otros imaginarios, como el reivindicado en lo que cabría llamar la memoria legitimadora del eurocomunismo, con lecturas selectivas de Rosa Luxemburgo, Gramsci, Togliatti o la experiencia del Frente Popular. De otra parte, igualmente pervivió una memoria orgánica en escuelas de cuadros caracterizada por una visión compacta y triunfalista –pero petrificada– de la historia del partido[80]. Y en el éxito del desmontaje del leninismo también intervinieron variables legitimadoras que enraizaron con sólidas percepciones de memoria, como las que encarnaba Simón Sánchez Montero, el portavoz de la ponencia oficial[81]. Todo ello ayuda a complejizar la visión unívoca de un PCE amnésico. Aún más: en él Pasionaria siguió actuando como gran eje en la encarnación del orgullo y el autorreconocimiento comunista. Su figura, erigida en tótem de memoria, se mantuvo en los momentos orgánicos más traumáticos, como evidencia el biopic cinematográfico Dolores (José Luis García Sánchez y Andrés Linares, 1981), que retomaba algunos leitmotiv de las viejas biografías heroicas. También pervivió durante la crisis del sistema del socialismo real, pautada entre el número especial de Mundo Obrero por su 90.o aniversario (1985) y su multitudinario sepelio en Madrid, poco después de la caída del Muro de Berlín (1989). Y no se perdió tampoco en el pasado más cercano, esta vez incluso como protagonista de un cómic plagado de citas simbólicas (Pasionaria. Una leyenda que se podía tocar, 2014)[82].

---

[1] Resultado del Proyecto ref. PID-2020-116323GB-100, Programas Estatales de Generación de Conocimiento y Fortalecimiento Científico y Tecnológico, MICINN.

[2] Santos Juliá, Elogio de Historia en tiempos de Memoria, Madrid, Marcial Pons, 2011, p. 201.

[3] «Julián Grimau, siempre entre nosotros», Mundo Obrero, 4.a semana abril de 1975, p. 6.

[4] Jorge Semprún, Autobiografía de Federico Sánchez, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 240-241.

[5] La memoria comunista ha sido abordada en Rafael Cruz, «Como Cristo sobre las aguas. La cultura política bolchevique en España», en Antonio Morales Moya (coord.), Ideologías y movimientos políticos, Madrid, Nuevo Milenio, 1992, pp. 190-191; Gina Herrmann, Written in Red. The Communist Memoir in Spain, Chicago, University of Illinois Press, 2009; Francisco Erice, «El orgullo de ser comunistas. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles», en Manuel Bueno y Sergio Gálvez (eds.), Nosotros, los comunistas. Memoria, identidad e historia social, Madrid, Atrapasueños-FIM, 2009, pp. 138-184; David Ginard, «La madre de todos los camaradas. Dolores Ibárruri como símbolo movilizador de la Guerra Civil a la transición postfranquista», Ayer 90/2 (2013), pp. 189-216; Francisco Erice, «Memoria colectiva de los comunistas españoles bajo el franquismo. Alcance y mecanismos de construcción de una memoria clandestina», en Actas del XII Congreso de la AHC, Madrid, AHC, 2014, pp. 3789-3814, o José Carlos Rueda, Memoria roja. Una historia cultural de la memoria comunista en España (1931-1977), Valencia, PUV, 2018.

[6] Maurice Halbwachs, La memoria colectiva, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2004.

[7] Marie-Claire Lavabre, Le fil rouge. Sociologie de la mémoire communiste, París, FNSP, 1994, y «Cadres de la mémoire communiste et mémoires du communisme», en Claude Pennetier y Bernard Pudal (eds.), Autobiographies, autocritiques, aveux dans le monde communiste, París, Belin, 2002, pp. 293-310.

[8] Paul Ricoeur, La memoria, la Historia, el olvido, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 162-163.

[9] Claude Pennetier y Bernard Pudal (eds.), Autobiographies; Brigitte Studer, Berthold Unfried e Irène Herrmann (eds.), Parler de soi sous Staline. La construction identitaire dans le communisme des années trente, París, Maison

des sciences de l’homme, 2002; o Claude Pennetier y Bernard Pudal (dirs.), Le sujet communiste. Identités militantes et laboratoires du «moi», Rennes, Presses Universitaires, 2014.

[10] Sobre la noción de globalización desde abajo, Caroline Nagel, «Nations Unbound? Migration, Culture, and the Limits of the Transnationalism-Diaspora Narratives», Political Geography 20 (2001), pp. 247-258; Sabine Dullin y Brigitte Studer, «Communism + Transnational: the Rediscovered Equation of Internationalism in the Comintern Years», Twentieth Century Communism 14 (2018).

[11] Historia del Partido Comunista de España (versión abreviada), Varsovia, Ediciones Polonia, 1960.

[12] Al proletariado español, Madrid, s.e. y s.f. [1920] y Amaro del Rosal, «Cincuentenario del PCE. Anécdotas y recuerdos», Nuestra Bandera, 4.o trimestre 1970, p. 43.

[13] El Comunista, 1 de mayo de 1920.

[14] Hacia la revolución, Madrid, Imprenta de Felipe Peña, s.f. [1919].

[15] «Conmemorando la revolución rusa», El Socialista, 11 de noviembre de 1918, p. 2.

[16] «El Partido Comunista a los socialistas españoles», Suplemento a El Comunista, junio de 1920.

[17] Hugo García, «Historia de un mito político: el peligro comunista en el discurso de las derechas españolas (1918-1936)», Historia Social 51 (2005), p. 5.

[18] «En el antro de las fieras», ABC, 2 de marzo de 1918, p. 4.

[19] Rafael Cruz, El Partido Comunista de España en la II República, Madrid, Alianza, 1987, p. 111.

[20] «La situación política de España y las tareas del partido», julio de 1928: 495/32/196, RGASPI.

[21] «Moscou, 21.V.31»: 495/2/185, RGASPI.

[22] «Informe de España»: 495/32/142, RGASPI.

[23] Norman LaPorte y Kevin Morgan, «Kings among their Subjects? Ernst Thälmann, Harry Pollitt and the Leadership Cult as Stalinization», en Norman LaPorte y otros (eds.), Bolshevism, Stalinism, and the Comintern. Perspectives on Stalinization, Londres, Palgrave, 2008 pp. 124-145.

[24] Jochen Hellbeck, «Galaxy of Black Stars: the Power of Soviet Biography», American Historical Review 114/3 (2009), pp. 615-624.

[25] «Caro amigo. 28 feb. 1933»: 495/32/218, RGASPI.

[26] «Mi nombre, José Díaz Ramos», 18 de julio de 1935, Dirigentes: 8/2/2, Archivo Histórico del PCE (AHPCE).

[27] «Autobiografía de Manuel Adame»: 495/220/16506, RGASPI.

[28] José Carlos Rueda, «Autocrítica: prácticas y estrategias en la cultura comunista, 1927-39», Historia Social 98 (2020), pp. 39-59.

[29] Dolores Ibárruri, «Contestación a una carta abierta al camarada Hurtado y a todo el partido», Mundo Obrero, 5 de diciembre de 1932, p. 1, y La lucha por la bolchevización del partido, Madrid, Baños y Aguilar, s.f., [1933], pp. 43-45.

[30] José Díaz, Tres años de lucha, Barcelona, Laia, 1978, I, pp. 35-64.

[31] José Díaz, «Las luchas del proletariado español y las tareas del Partido Comunista», La Internacional Comunista XII (1935), pp. 75-93.

[32] «A los obreros socialistas, comunistas, anarquistas y sindicalistas de España»: 495/32/224, RGASPI.

[33] Helios Gómez, ¡Viva Octubre! Dessins sur la Revolution Espagnole, Bruselas, Bolyn, 1936.

[34] Ramón Puyol, «Por la amnistía, votad al Frente Popular», Sección Político-Social, Carteles: 407, Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH).

[35] ¡Abrid las cárceles! La lucha del Partido Comunista por la amnistía de clase, s.l., s.f. [1933]. Documentos, 17, AHPCE.

[36] José Díaz, Tres años, I, pp. 40-44, 74-75, 83, 86-89 y 106-111.

[37] Balance de un mes de lucha, s.l., s.f., [1936], p. 8.

[38] Ilia Trainin, «El pasado revolucionario del pueblo español», noviembre de 1936, Tesis, Manuscritos y Memorias: 59, AHPCE.

[39] Sección Político-Social, Carteles: 2, CDMH.

[40] Historia del movimiento liberal y revolucionario de España hasta el 18 de julio, 545/2/84, RGASPI.

[41] Fernando Hernández Sánchez, Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 300-306.

[42] «Semana de Homenaje a la URSS», noviembre de 1937, Cultura: 33F, 04070, 56180-001, 56183-001 y 56182-001, Archivo General de la Administración (AGA), y Mundo Obrero, 9 de octubre de 1937, p. 2.

[43] A título de ejemplo pueden recordarse las dedicadas a Stalin (Mundo Obrero, 7 de noviembre de 1937, p. 1); Gramsci (Mundo Obrero, 29 de abril de 1937, p. 3) o «La semana de las tres eles: Lenin-Liebknech-Luxenburgo» (Nuestra Palabra, 21 de enero de 1938, p. 1).

[44] Dolores Ibárruri, Un pleno histórico, s.l., Ediciones del Partido Comunista de España, 1937, pp. 5-7.

[45] «Madrid en estos días», Mundo Gráfico, 11 de noviembre de 1936, p. 1; Mundo Obrero, 7 de noviembre de 1936.

[46] La Pasionaria, París, Bureau d'Éditions, 1937 y Biografía. Dolores Ibárruri. «Pasionaria», Madrid, Prensa Obrera, 1938.

[47] El Sol, 31 de agosto de 1937, p. 1 y «La figura de Pasionaria en el teatro soviético», Ahora, 3 de noviembre de 1937, p. 4.

[48] «Queridissima camarada»: 545/6/692, RGASPI.

[49] Miren Llona, «La imagen viril de Pasionaria. Los significados simbólicos de Dolores Ibárruri en la II República y la Guerra Civil», Historia y Política 36

(2016), pp. 263-287.

[50] Irene Falcón, «Reclutamiento de mujeres para nuestro Partido», Frente Rojo, 24 de febrero de 1938, p. 1; Aurora Arnaiz, «La mujer en Madrid. Yo soy comunista, ¿y tú?», Estampa, 5 de junio de 1937, pp. 8-10.

[51] «Nuestro concurso», Ahora, 17 de agosto de 1937, p. 6.

[52] «Historia del PCE, desde su fundación hasta 1938», Tesis, Manuscritos y Memorias, 77/10, AHPCE.

[53] Palmiro Togliatti, «Informe de Alfredo», 21 de mayo de 1939: 495/12/93, RGASPI. El informe de Stepanov, en Tesis, Manuscritos y Memorias: 57/1, AHPCE.

[54] Una selección de estas fuentes en el apéndice de Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, El desplome de la República, Barcelona, Crítica, 2010.

[55] «Las enseñanzas de la guerra por la independencia del pueblo de España», 14 de julio de 1939: 495/18/1288, RGASPI.

[56] José Díaz, Las enseñanzas de Stalin, guía luminoso para los comunistas españoles, México, Editorial Popular, 1940.

[57] Un año de lucha guerrillera en Levante, Mundo Obrero, s.l., s.e., s.f., [1947-48].

[58] Dolores Ibárruri, «Al camarada Vicente Uribe, a todos los camaradas del Buró político», 28 de junio de 1952, Dirigentes: 31/13/2, AHPCE.

[59] Dolores Ibárruri, «Reforcemos el frente de la democracia y de la paz», Nuestra Bandera, octubre de 1947, pp. 845-877.

[60] Jesús Izcaray, «A los 11 años del 18 de Julio», Nuestra Bandera, julio de 1947, pp. 559-566 y Félix Montiel, «España fue una República Popular: y volverá a serlo», Nuestra Bandera, diciembre de 1947, pp. 1028-1036.

[61] Carta del CC a todas las organizaciones del partido ante el 30 aniversario del PCE, s.l., s.e., s.f. [1950], pp. 9 y 13-15.

[62] «Las mujeres españolas prefieren ser viudas de héroes que mujeres de cobardes», Dirigentes: 17/1, AHPCE.

[63] «Madrid heroico» y «Libro homenaje en su 59.o aniversario», Dirigentes: 17/5/1 y 20/1, AHPCE.

[64] Francisco Erice, Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista (1956-1963), Oviedo, Trea, 2017, p. 155.

[65] «Hagamos del 18 de Julio una jornada de reconciliación nacional», España Popular, 13 de julio de 1956, p. 1.

[66] «Repetidas manifestaciones y huelgas de los estudiantes a favor de sus compañeros detenidos», Mundo Obrero, 15 de marzo de 1962, p. 4.

[67] «Combatividad extraordinaria de los estudiantes españoles», España Republicana, 5 de junio de 1967, p. 16 y «Los estudiantes, junto a los obreros», Mundo Obrero, 15 de mayo de 1971, p. 4.

[68] Correo de La Pirenaica: 185/1, 186/5 y 184/4, AHPCE.

[69] Correo de La Pirenaica: 184/10, AHPCE.

[70] «Discusión del plan con vistas a la organización del XXX aniversario del 18 de julio», junio de 1966, Nacionalidades-Madrid: jacq. 136, AHPCE.

[71] «Nota de Uribes a Ibárruri», s.f., Dirigentes: 145/1/6, AHPCE o «Carta de Abad a Balaguer», 31 de mayo de 1966, Emigración Política. 99/2/3, AHPCE.

[72] «Autobiografía de (1)», Dirigentes: 26/14/1, AHPCE.

[73] «Por un Partido Comunista de masas para acelerar la transición a la democracia», Cuadernos Promoción Lenin, abril de 1967, Documentos: 48, AHPCE.

[74] Julio Anguita, Mitín Fiesta del PCE ’96, s.l., s.e., s.f. Disponible en: http://archivo.juventudes.org/textos/Julio%20Anguita/Mitin%20Fiesta%20PCE9

[75] Sobre la noción de «utopía retrospectiva», Alejandro Gómez López-Quiñones, La guerra persistente, Madrid, Iberoamericana, 2006, pp. 197-283.

[76] PCE, Manifiesto de la Secretaria de Movimientos Sociales ante el 30 aniversario de la Constitución española, Madrid, s.e., 2008.

[77] Eric Hobsbawm, «Introducción», en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), La invención de la tradición, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 7-21.

[78] Peter Burke, Formas de historia cultural, Madrid, Alianza, 2000, p. 82.

[79] Como paradigmas de esas expectativas deben recordarse dos textos de Santiago Carrillo: Después de Franco, ¿qué?, París, Éditions Sociales, 1965 y Hacia el post-franquismo, París, Ebro, 1974.

[80] Forja de comunistas. 24 lecciones para una escuela de cuadros, Albacete, Flores, 1978.

[81] Juan Antonio Andrade, El PCE y el PSOE en (la) transición, Madrid, Siglo XXI de España, 2012, p. 289.

[82] Mundo Obrero, diciembre de 1985; Pasionaria. Una leyenda que se podía tocar, Madrid, Atrapasueños, 2014, con ilustraciones de Joaquín López Cruces, guion de Felipe Alcaraz y textos de Marcos Ana, Julio Anguita y José Luis Centella.

III

AUTORREPRESENTACIONES, MODELOS Y CONTRAMODELOS DE LA MILITANCIA COMUNISTA ESPAÑOLA (1930-1960)

David Ginard i Féron

Desde el inicio del llamado «proceso de bolchevización» y hasta la década de los sesenta del siglo XX, militar en un partido comunista implicaba contraer un grado de compromiso muy superior al que demandaba una formación política convencional. «El Partido» daba sentido al conjunto de la existencia del adherente, asumiendo hasta cierto punto características propias de una institución total según la terminología acuñada por Erving Goffman; es decir, un sistema organizativo en el que un colectivo humano se socializa mediante una vida minuciosamente reglada y se aísla del mundo exterior. Quien se inscribía en el comunismo interiorizaba una serie de principios básicos, en buena medida heredados de la caracterización del activista revolucionario trazada por Lenin en ¿Qué hacer? (1902); entre otros: el centralismo democrático como forma de organización interna; el estudio y asimilación –aunque fuera de manera muy elemental– del marxismo-leninismo; el apoyo indeclinable a la Unión Soviética; la sacralización de los líderes nacionales e internacionales y la creencia en una futura sociedad igualitaria a partir del modelo que representaba la URSS.

El militante comunista asumía un intenso compromiso con las tareas encomendadas en el Partido y en las organizaciones sociales y, en consecuencia, era corriente que su vida cotidiana estuviera marcada por un estado permanente de apremios y tensiones. El medio exterior era a menudo hostil, no solo por la situación de clandestinidad o semiclandestinidad a la que muchas veces se enfrentaban los comunistas, sino por sus tirantes relaciones con otras organizaciones políticas y sindicales de izquierdas. Esto obligaba a los activistas comunistas a extremar la vigilancia revolucionaria y, sin duda, reforzaba el sentimiento gregario. Al igual que otros colectivos humanos, pero de manera

mucho más acentuada, los comunistas poseían una memoria colectiva; un metalenguaje característico («el Partido», «la célula», «la troika», «la dictadura del proletariado», «los trotskofascistas»…); unos mecanismos internos de solidaridad; y un universo simbólico y ritual que incluía efemérides, libros sagrados, himnos, mártires, herejes, liturgias, gratificaciones y condenas. «Ser comunista» constituía una parte central de su identidad personal, hasta el punto de que la expulsión del Partido era percibida en términos dramáticos más allá de las consecuencias económicas, profesionales o legales que pudiera acarrear en determinadas situaciones específicas[1].

Por supuesto, el modelo descrito presenta unas ciertas dosis de simplificación e incluso de caricatura. Dada la diversidad que caracteriza el fenómeno comunista, la cultura militante clásica presenta numerosos matices en función de los periodos, las áreas geográficas y las circunstancias concretas. En las páginas siguientes se señalarán algunos rasgos de su aplicación por parte del PCE en el periodo 1930-60, con particular atención a las décadas de los cuarenta y los cincuenta, y centrándose en algunas dimensiones concretas de la identidad comunista como la autorrepresentación, los modelos referenciales y los contramodelos. Esta elección responde al hecho indudable de que este fue el periodo en el que se moldeó la estructura organizativa y los comportamientos de la militancia comunista española; desde la limitación extrema de los mecanismos de contacto entre las estructuras superiores e inferiores, hasta la segmentación de las responsabilidades, pasando por el uso de «nombres de guerra» o la adopción de todo tipo de precauciones en relación a los horarios, las relaciones personales o la indumentaria precisa para evitar las detenciones.

SER MILITANTE

Desde sus orígenes, la autorrepresentación comunista se fundamentaba en el principio de que militar en el PCE constituía un signo de prestigio y una gran responsabilidad frente al conjunto de la clase trabajadora. En consecuencia, el militante comunista se sentía objeto de una singular admiración. En palabras de una mujer encarcelada al final de la Guerra Civil, entrevistada por Tomasa Cuevas: «Las mujeres comunistas hemos sido admiradas por nuestra disciplina y dignidad. Nunca insultaron a nuestro grupo, como hemos oído a los carceleros

hacerlo con otras presas que llegaron más tarde. Detuvieron a tres mujeres de la Junta Casadista. Tenían más miedo a nuestra reacción que a la de los franquistas»[2].

Los comunistas tenían que ser percibidos por sus vecinos y compañeros de trabajo como hombres y mujeres modélicos, no solo por su valor y conciencia políticas, sino también por su laboriosidad, honradez y conducta moral, según los cánones tradicionales. En consecuencia, era habitual que en los informes internos se incorporasen comentarios sobre la indumentaria, el entorno social, las prácticas sexuales o las aficiones de militantes concretos. Así, un escrito de enero de 1947 relativo a un activista comunista madrileño indicaba: «De origen pequeño-burgués, tiene los defectos de su origen, agravados por el hábito de la bebida, particularmente en el ambiente tabernil barrio bajero. Abandonado en el vestir, más bien sucio, como si así fuese más proletario»[3]. Otro, de 1963, relativo a un militante de las Baleares, rezaba: «Paseando con su familia o solo es un verdadero burgués por su aspecto; en las reuniones también. Cuando habla, aparte de un cierto deje de sus años en Cuba, da la impresión de que se escucha él mismo con satisfacción. Y, por último, se colorea las canas de azul»[4].

La significación otorgada a la condición de militante comunista durante el periodo analizado queda de relieve en la sacralización del acto de adhesión. Ingresar en el Partido era considerado como un segundo nacimiento, «el acontecimiento más importante en la vida de una persona», pues implicaba comprometerse a luchar junto a «los combatientes de vanguardia de la clase obrera» a partir del «ejemplo luminoso de la Unión Soviética», donde las «geniales» ideas de Marx-Engels-Lenin y Stalin habían triunfado definitivamente. En consecuencia, el nuevo afiliado se sometía a un rito de iniciación, que precisaba un padrino –el avalador–, la introducción en la doctrina y la historia del Partido, el establecimiento de vínculos fraternales con los camaradas, y la asunción del estilo de vida característico de los comunistas. En la época de clandestinidad, era particularmente imprescindible garantizar, mediante una entrevista personal, la fiabilidad del aspirante[5]. Establecida una ruptura con el pasado, el nuevo militante debía ser objeto de una remodelación en su identidad personal y social. A menudo procedía del PSOE, de la CNT, de la UGT, o de partidos republicanos, por lo que conservaba hábitos de trabajo diferentes a los del PCE. Por ello, era esencial que los veteranos le prestasen la ayuda necesaria para que asimilase «los conocimientos y la conciencia comunista»[6].

Se han señalado distintas tipologías de adhesión al comunismo francés, como la adhesión emocional –estimulada por un episodio concreto, como una huelga–, la adhesión-regularización –formalización de una vinculación previa–, la adhesión-impregnación –derivada de la familia o los compañeros laborales– o la de los intelectuales[7]. En el caso español, es obvio que estos modelos son solo válidos parcialmente, pues variaron mucho en función de las épocas concretas. Durante la Guerra Civil, por ejemplo, muchas personas en la zona republicana se afiliaron al PCE como mecanismo de supervivencia y/o por percibir que era la formación que garantizaba el orden en la retaguardia. Otras se politizaron intensamente a raíz de su incorporación al ejército popular de la República. En cambio, bajo la dictadura franquista fue esencial el efecto «acción-represión»; era corriente que individuos que habían sido objeto de detención por una colaboración puntual con el Partido, solicitaran el ingreso en el PCE tras ser objeto de malos tratos: «Yo me hice comunista a porrazos en el calabozo de la guardia civil», decía un joven militante entrevistado por Nuestra Bandera en 1967[8].

En todo caso, la tradición familiar, el ambiente laboral, la percepción de la dureza de las condiciones de vida de los trabajadores y la admiración por el referente soviético resultaron motivaciones clave en toda la etapa comprendida entre la Segunda República y las primeras décadas del franquismo. Manuel Pérez Aroca, un campesino cordobés encarcelado en 1963 en la prisión provincial de Cáceres, explicaba en un informe: «La miseria y la imposibilidad de asociación en un sindicato libre me han empujado a pertenecer al Partido Comunista desde los 18 años de edad»[9]. Isidora P., una joven que en 1967 ejercía como sirvienta en Francia, decía: «Fueron mis patronos quienes me llevaron al Comunismo, porque cuando les servía la mesa a ellos y a sus invitados, que eran igualmente ricos, siempre tenían que meterse con los rusos; de todo les echaban la culpa a los rusos»[10].

El Partido Comunista era concebido por sus militantes como una «familia». Algunos comunistas encarcelados usaban en sus comunicaciones términos ambivalentes para referirse simultáneamente a su compañera o compañero, a sus hijos o al resto de los militantes de la organización. Así, por ejemplo, una activista de la época franquista ensalzaba a Matilde Landa por usar el mismo nombre para referirse a su hija y al Partido, considerando que esto era indicativo del amor que sentía hacia ambos[11]. Julián Grimau, en una carta a su mujer, se quejaba de que «la familia le envía demasiados paquetes, teniendo en cuenta sus dificultades financieras»[12].

Debe reseñarse igualmente el rol de las autobiografías, práctica tradicional de la cultura comunista[13]. Asumido el principio de que solo ingresaban en el Partido aquellos que podían demostrar una trayectoria previa ejemplar, era esencial que el aspirante la describiese mediante un sencillo escrito autobiográfico, que seguía unos patrones muy característicos. Partiendo de una referencia a sus orígenes sociales y familiares, explicaba su vida escolar, incorporación al mundo laboral, contactos con la realidad política y social, lecturas… hasta culminar en la toma de conciencia que le había conducido a solicitar el carné del Partido. Además, el militante señalaba sus capacidades y reconocía sus defectos. Entre los primeros: conocimientos culturales, políticos y militares; capacidad para establecer relaciones personales; resistencia física; buena disposición hacia la crítica y la autocrítica… Entre los segundos: problemas de carácter y vicios como la pereza o la afición al tabaco, la bebida y el sexo. Un militante conquense señalaba en febrero de 1947:

Soy de carácter firme y no me dejo influenciar con facilidad por nadie. No soy dominante pero me gusta defender la razón ante no importa quien, y sin desconfiar de las gentes que me rodean, tomo mis precauciones para no ser engañado. Acepto con agrado la ayuda y consejos de los camaradas, así como la crítica y la autocrítica. Por la clase de trabajo que realizo no tengo relaciones con más personas que los camaradas del Partido. Por esto no sé cómo seré en las discusiones con otras gentes ya que no he discutido nunca, además yo comprendo que no estoy muy preparado para discutir. No obstante soy nervioso o de genio fuerte especialmente en el trabajo. No soy ni perezoso ni dormilón, y me gusta ser ordenado en mis cosas. Me gusta el vino en las comidas, pero me puedo privar de él con facilidad. En cuanto al tabaco, no he fumado nunca. Las mujeres me gustan como a todo hombre normal, pero cuando las obligaciones del Partido exigen el estar alejado de ellas, también sé y puedo aguantarme[14].

No era conveniente, por supuesto, que el militante alardease en su escrito de méritos y contactos que transmitiesen deseos de encumbrarse en la jerarquía organizativa. Como en cualquier grupo humano, esta actitud podía pasar factura en el futuro. Un informe de la década de los cuarenta sobre un militante encarcelado en el Penal del Dueso le achacaba un exceso de protagonismo que habría venido precedido por una autobiografía petulante:

A su llegada fue acogido con la natural alegría con que se acoge a todo camarada del Partido del que se tiene las mejores referencias de nuestra guerra de liberación. Se le pone al frente del departamento de celdas como secretario general. En esta situación el camarada Miró comienza a realizar una labor poco clara de crítica a la dirección local y a todo el trabajo del Partido, desplegando una actividad poco responsable y en la cual no dejaba de aparecer ante todos los camaradas con los cuales hablaba como «él iba a cambiarlo todo». Toda esta labor iba precedida de una autobiografía desmedida y siempre tendente a mostrar una extensa relación con camaradas del C. Central y miembros del Buró Político[15].

LA PATRIA DEL PROLETARIADO

La admiración encendida hacia la experiencia soviética fue, desde sus orígenes, una de las principales señas de identidad de los comunistas españoles. Este apoyo acrítico, que persistiría hasta finales de la década de los sesenta, implicaba ciertamente contradicciones flagrantes. Nos puede servir de ejemplo el deslumbramiento de dirigentes y militantes ante la rigurosa cultura castrense, propia de los ejércitos de los países socialistas, mientras en la España de la Segunda República el PCE sintonizaba con una cierta tradición antimilitarista. La espectacularidad de unas paradas en las que los soldados conscriptos se desenvolvían como autómatas al paso de la oca no parecía generar ningún tipo de reflexión crítica. En estas circunstancias, los virajes estratégicos del PCE en función de los intereses de la política exterior soviética que se llevarían a cabo en las décadas de los treinta y los cuarenta serían asumidos sin demasiados reproches por el grueso de la militancia.

La propaganda sobre los éxitos de la nueva sociedad establecida en Rusia constituía un mecanismo proselitista mucho más eficaz que la difusión del propio programa del PCE. En las décadas de los veinte y los treinta entidades como la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, revistas como La URSS en construcción y Rusia Hoy, y emisoras como la Radio Central de los Sindicatos de la URSS difundieron entre los militantes del Partido la imagen de

una sociedad soviética en la que se había suprimido la explotación capitalista y emprendido la construcción del hombre nuevo, en un contexto de intenso desarrollo económico. Además, los viajes de delegaciones de obreros españoles a Moscú, casi siempre acompañadas de declaraciones posteriores en tono encomiástico, permitían reforzar esta percepción[16]. Era corriente que durante la Segunda República los militantes comunistas eligiesen para sus hijos nombres rusos o alusivos a líderes soviéticos como Lenin, Katiuska, Natalia o Krupskaya. Durante la Guerra Civil, el mito soviético experimentó una espectacular expansión debido al apoyo de Stalin al bando republicano y su utilización por la propaganda comunista. En palabras de Constancia de la Mora, «españoles que apenas habían oído hablar de la URSS se dieron cuenta, en aquellos días de agosto [de 1936], cuando nos dejaron abandonados o nos traicionaron casi todas las naciones del mundo, de dónde nos llegaban el aliento y la ayuda para perseverar en nuestra lucha por la democracia y la independencia de nuestra Patria»[17]. Tras la derrota de 1939, la imagen épica de la Gran Patria del Socialismo alcanzó su punto culminante gracias a la acogida de refugiados comunistas, el aplastamiento de la Wehrmacht por el Ejército Rojo, y el establecimiento de las llamadas democracias populares en el Este de Europa.

En pleno franquismo, los padecimientos de los militantes del PCE sometidos a la persecución del régimen policial o a las estrecheces del exilio contribuían a soslayar las dudas. En prisión o en la clandestinidad era imposible contrastar a fondo las informaciones sobre la vida soviética, y desde luego resultaban más creíbles las transmitidas por Mundo Obrero que las de la prensa franquista. Además, la perspectiva de la existencia del paraíso en la tierra resultaba más imprescindible que nunca. En un artículo publicado en abril de 1952, Mundo Obrero señalaba que el «cariño ilimitado hacia la Unión Soviética» y la fidelidad a Stalin constituían «una de las características más acusadas el Partido Comunista de España», pues en las cárceles y tribunales franquistas y ante el pelotón de ejecución, los comunistas españoles y el resto de los trabajadores «expresan su amor a Stalin, su confianza y su fe en la Unión Soviética»[18]. Quince años más tarde, Nuestra Bandera recurría a una argumentación similar: «Mientras haya en el mundo un solo país dominado por el capitalismo, donde sean perseguidos y torturados los que luchan por derrocarlo, se escribirá en las paredes de los presidios y de los calabozos policíacos: “VIVA LA UNIÓN SOVIÉTICA”; se morirá gritando frente el pelotón de ejecución “VIVA LA UNIÓN SOVIÉTICA”»[19]. Durante su encarcelamiento, muchos presos comunistas y sus familias se beneficiaban de la solidaridad del campo socialista. Tras ser liberados, en ocasiones viajaban o pasaban a residir a la URSS o a la

República Democrática Alemana, siendo recibidos por las autoridades y/o atendidos en los centros hospitalarios. Su percepción al llegar a la tierra de promisión, por fuerza, tenía que ser positiva. Fue el caso del poeta Fernando Macarro «Marcos Ana», quien tras 22 años de cárcel viajó a Moscú en julio de 1962 para participar en el Congreso Mundial por la Paz y el Desarme: «No explico a alcanzar lo que sentí al pisar por primera vez la tierra soviética. Fue un sentimiento casi religioso, creí que allí había comenzado la verdadera redención humana»[20].

La admiración por el ejemplo soviético se podía fundamentar en los supuestos éxitos de la construcción socialista en la economía, la educación o los derechos de los trabajadores y de las mujeres, pero también en la carrera espacial, la competición deportiva o el ballet. El lanzamiento del Sputnik al espacio, el 4 de octubre de 1957, concitó el orgullo de los presos comunistas de Burgos por la superioridad de la «ciencia socialista» sobre la capitalista y la «conquista del Cosmos» por Yuri Gagarin, cuatro años más tarde, demostró de manera patente «la superioridad del hombre comunista»[21]. Manuel L., un joven obrero especializado, afirmaba en 1967: «Yo llegué al Comunismo "por culpa" de Gagarin. El día que hizo aquello no sabía yo gran cosa de la URSS aparte, eso sí, de que allí vivían sin patronos. Camino del trabajo vi su retrato en primera página del diario y cuando llegué a la fábrica aquello era una verbena. Nunca vi tanta alegría en los talleres. Nos abrazábamos como si hubiéramos sacado el "gordo" y los más viejos lloraban". Por su parte, el soldador Rafael L, señalaba: "Los primeros soviéticos de carne y hueso que vi en mi vida fueron los del Moisseiev, que los aplaudí a rabiar dos noches seguidas en Madrid. Para mí, la Unión Soviética es ese clamor madrileño gritando ¡Viva la URSS! a dos pasos de la cueva de Franco"»[22].

El encandilamiento hacia la URSS se extendió tras la Segunda Guerra Mundial a todos los países del bloque socialista. Así, en la década de los cincuenta era frecuente la aparición en Mundo Obrero de reportajes sobre los éxitos económicos y sociales en las democracias populares del Este de Europa y en la China popular[23]. La ampliación del campo socialista permitía vislumbrar que el triunfo a nivel mundial era inevitable e inminente. En palabras del informe del VI Congreso del PCE (1960), «hoy existe el poderoso campo del socialismo en el que entran países de tan decisiva importancia para la economía mundial como la Unión Soviética y China, junto a la pequeña Albania, y Bulgaria, Rumanía, Hungría y Polonia, la Checoslovaquia y la Alemania industriales, Mongolia, Corea y Vietnam del Norte. El socialismo triunfa en la competición con el

mundo capitalista y cada vez está más próxima la victoria del socialismo en el mundo»[24].

De todos modos, la presencia en aquellos años de un numeroso grupo de militantes comunistas exiliados en los países socialistas implicó, en muchos casos, revisar a fondo sus ideas acerca del mito soviético. Los refugiados llegados en 1939 a la URSS padecieron los rigores en cuanto a vivienda o alimentación característicos de la vida cotidiana soviética, lógicamente incrementados por culpa de la invasión nazi de 1941. Pero también algunos de ellos sufrieron las purgas estalinistas. Según las investigaciones de Luisa Lordache, 345 republicanos españoles pasaron por los campos soviéticos entre 1940 y 1956[25]. Algo parecido sucedió en la Europa oriental, donde se establecieron otros pequeños núcleos de españoles desde principios de la década de los cincuenta. En países como Checoslovaquia, Hungría o la RDA la carencia de productos de consumo básico, los problemas lingüísticos o la vigilancia ejercida por las autoridades locales y por la propia dirección del PCE dibujaron un cuadro gris que generó no pocos desencantos[26]. Carmen López Landa, exiliada en Praga entre 1951 y 1960, resumía así su experiencia: «Ya desde el principio vi que había algo que chirriaba. Al venir de Praga a España yo me hartaba de decir: Sí, sí, yo estoy por el socialismo, pero no un calco de aquello. La vida no era fácil ni cómoda, pero comprendíamos o creíamos que así lo requería la construcción del socialismo. Quizá para algunos fuera un exilio dorado con calefacción central incluida, pero para muchos [otros] no lo fue en absoluto, como no lo era para muchísimos checos»[27].

Para otros muchos militantes del interior o del exilio el choque se produjo a raíz de la divulgación, en febrero de 1956, del informe secreto de Kruschov en el XX congreso del PCUS. Tres meses más tarde, el Buró Político del PCE emitió una declaración al respecto, que abriría el paso a un peculiar proceso de desestalinización que entroncaría con la adopción de la política de reconciliación nacional y la preparación de los cambios en la dirección del Partido. La noticia era tan sorprendente que los presos comunistas de la cárcel de Burgos la atribuyeron inicialmente a una falsificación de los servicios secretos de los Estados Unidos. Tal y como ha señalado Francisco Erice, la lectura desde España del XX Congreso asumió mejor las ideas de coexistencia y vía pacífica al socialismo que las críticas a Stalin[28]. Al menos hasta 1968, el acendrado filosovietismo del PCE persistiría en formas muy semejantes a las tradicionales. Tras la intervención en Hungría, en noviembre de 1956, el Buró Político del Partido elogió la acción de «los obreros revolucionarios y las tropas soviéticas»

para frustrar las «maquinaciones imperialistas» de las «fuerzas fascistas y contrarrevolucionarias, sostenidas y alentadas por las potencias imperialistas»[29]. Incluso la condena de Carrillo a la invasión de Checoslovaquia, doce años más tarde, generó algunas tensiones internas, particularmente en el interior. En todo caso, a medida que avanzaba la década de los sesenta la admiración hacia la Unión Soviética fue dejando progresivamente de constituir la razón última para incorporarse al Partido.

EL CULTO A LOS DIRIGENTES

Uno de los rasgos notorios de la cultura comunista entre las décadas de los treinta y los sesenta del siglo XX fue la idealización extrema de sus máximos dirigentes y, en particular, de Iosif Stalin. La sacralización del líder pretendía reforzar el sistema ideológico articulado por los partidos comunistas a través de su plena identificación con la persona que, supuestamente, encarnaba e interpretaba perfectamente la doctrina de la organización, al tiempo que reunía las virtudes atribuidas al conjunto de la militancia y de la clase obrera. Esta mitificación enlazaba las tradiciones políticas de la Rusia zarista y posrevolucionaria; se ha aludido en alguna ocasión a la «psicología monárquica» del pueblo ruso para explicar que el secular culto al zar fuese reemplazado por una cuasi-religiosa adhesión a dirigentes como Kerenski, Kornilov, Lenin o Stalin[30]. Pero no debe olvidarse tampoco que la construcción mítica de dirigentes políticos es perceptible, en mayor o menor medida, en todas las corrientes ideológicas de la época contemporánea.

En la época estaliniana se articuló el paradigma máximo de la adhesión al supremo dirigente. A partir de su consolidación como máxima figura del estado soviético, Stalin se inscribió en el imaginario comunista como el heredero de Lenin, dotado de poderes sobrehumanos que le permitían enfrentarse con éxito a cualquier reto mediante la interpretación certera del marxismo-leninismo. La victoria contra el nazismo en la Segunda Guerra Mundial llevó la mitología estaliniana al paroxismo. La labor laudatoria de Stalin incluyó todo tipo de realizaciones artísticas tales como películas, canciones y poemas. Sus retratos adornaban comercios, koljozes, fábricas y centros educativos. La concepción del compromiso comunista en términos de gran familia armoniosa dirigida por un

padre amado se manifestaba de manera patente con motivo de los cumpleaños del líder, ocasión que servía para acentuar los rasgos más sentimentales de la práctica militante. Es paradigmática la celebración del 70 cumpleaños de Stalin, el 21 de diciembre de 1949, ejemplo máximo de la conmemoración ritualizada del dirigente comunista[31].

El PCE, como el resto de las secciones nacionales de la Comintern, desarrolló derivaciones imitativas y adaptadas del «culto a la personalidad». Para los comunistas españoles, contar con un gran dirigente de referencia mundial era un activo de primera magnitud que les singularizaba frente al resto de las corrientes obreras. El culto estaliniano español alcanzó en las décadas de los cuarenta y los cincuenta unas dimensiones superiores a las de partidos como el francés o el italiano debido a la situación de clandestinidad y exilio. Puede servir como ejemplo la contribución a la glorificación de Stalin por parte de escritores españoles de la talla de Jorge Semprún, Rafael Alberti, María Teresa León, Juan Rejano, Pedro Garfias, y César María Arconada.

Además, el PCE participó activamente en las celebraciones del 70 aniversario del jefe amado de todos los pueblos. En el solemne acto central desarrollado en el teatro Bolshói, de Moscú, intervino Pasionaria y se comunicó que en Sevilla un grupo de comunistas españoles habían proclamado orgullosamente su devoción a la Unión Soviética, al Partido Bolchevique y a Stalin ante el tribunal que los condenó a muerte[32]. Desde la prensa comunista se impulsó en las semanas previas una intensa movilización para promover el envío de obsequios al «mejor amigo del pueblo español, el glorioso jefe de los pueblos soviéticos, y de los trabajadores de todo el mundo»[33]. Así, desde España o el exilio fueron enviados a Stalin dibujos, orlas, álbumes, cofres, banderas, condecoraciones, pañuelos pintados o bordados, pisapapeles, relojes, anillos, botijos, pipas, palomas, muñecos vestidos con trajes regionales españoles, lámparas de mineros, etc. Los presos de las cárceles franquistas remitieron artículos artesanales que habían confeccionado, como un cuadro con el mapa de España en relieve y una gaviota labrada sobre asta de toro. Stalin recibió también múltiples obsequios que pretendían reflejar los principales episodios de la lucha antifranquista, como un cinturón que había pertenecido al guerrillero Cristino García, o escarapelas de antiguos deportados en campos nazis[34].

Uno de los objetivos de la gran celebración de 1949 era el de preparar a la militancia para el fallecimiento de Stalin. Al producirse este hecho, el 5 de marzo de 1953, fue percibido como una inmensa tragedia por los comunistas

españoles. Según Mundo Obrero, la noticia generó conmoción entre la población madrileña: «La terrible verdad no ofrecía duda. ¡Quien con Lenin forjó el glorioso Partido Comunista de la Unión Soviética, el constructor del socialismo, el maestro y guía de los trabajadores del mundo había muerto! Al conocer esta terrible noticia, que nos desgarraba el alma, hemos visto llorar a muchas mujeres y no solo a mujeres…»[35]. Jorge Semprún escribiría aquellos días su «juramento español en la muerte de Stalin» en el que lloraba la desaparición del «padre», «camarada», «Jefe», «maestro», «Capitán de los pueblos», «Ingeniero de las almas sencillas» y «Arquitecto del comunismo en obras gigantescas»[36]. La dirección del PCE remitió a los presos comunistas de Burgos un escrito con el objeto de consolarles por la pérdida[37].

La inmoderada admiración hacia el líder no tuvo únicamente como destinatario a Stalin, sino también a los principales dirigentes españoles del periodo, si bien con unas dimensiones más modestas. Podría describirse un catálogo tipo de méritos propios del alto dirigente del PCE, presente en la mayor parte de las necrológicas de los líderes fallecidos en las décadas posteriores a la Guerra Civil, en las que se destacaban por lo general sus orígenes populares, abnegación y tenacidad; su conocimiento de los clásicos socialistas; su combate contra una burguesía cerril y explotadora; su atención a la vigilancia revolucionaria y capacidad organizativa; su vida modesta, etc.[38] Los destinatarios más significativos de este culto fueron José Díaz y Dolores Ibárruri «Pasionaria», convertidos desde la década de los treinta en pilares centrales del Partido. La circunstancia de que, hasta 1932, ningún líder comunista español hubiera conseguido consolidarse, propició que fueran percibidos como los verdaderos fundadores del PCE y –en consecuencia– objeto muy preferente de emblematización.

José Díaz, era conceptuado en la publicística del PCE como el prototipo de trabajador honesto que, gracias a su tesón, había conseguido llegar a ser el jefe indiscutible de los proletarios españoles y uno de los grandes dirigentes internacionales del movimiento obrero. Nacido de las entrañas del proletariado, jamás había olvidado sus orígenes. Admirador insobornable de la Gran Patria del Socialismo y de Stalin, era en cambio implacable con los enemigos. Según Victorio Codovilla se trataba del ejemplo paradigmático de «dirigente popular y proletario de nuevo tipo» propio de la época estalinista: «La fe que José Díaz inspiraba a la clase obrera y al pueblo español provenía del hecho de que supo demostrar en la práctica, su temple estalinista, firme como una roca»[39].

Las cartas enviadas al líder sevillano por los niños y jóvenes españoles refugiados en la Unión Soviética con motivo de sus dos últimos cumpleaños en vida (1940 y 1941) son muy ilustrativas del fuerte proceso de simbolización articulado en torno a su figura. Los textos aludían a su delicado estado de salud, a los padecimientos de su infancia, a las persecuciones de las que había sido objeto por su compromiso por la clase obrera y a su tenaz labor al frente del Partido. Así, por ejemplo, los alumnos del primer piquete de la clase 5 A de la Casa de Niños Españoles escribían: «Usted ha sido el hombre más sacrificado por la lucha de la clase obrera. Gracias al heroísmo del Partido Comunista, educado por Vd., la lucha por la independencia de nuestro país se mantuvo cerca de 3 años. Vd. fue el que desenmascaró a los trotsquistas y a los agentes de la “quinta columna” y Vd. ha sido el que durante toda su vida ha llevado una política justa y defensora de la clase obrera»[40]. Las cartas indican el rol de Pepe Díaz como modelo referencial de los muchachos españoles, hasta el punto de ser percibido por ellos como un segundo padre; le informaban de sus calificaciones, se autocriticaban por no haberse esforzado suficientemente y prometían esmerarse en el futuro con el objetivo de alcanzar la conveniente preparación para contribuir eficazmente a la liberación de España: «No seríamos buenos compañeros si le engañásemos y como consecuencia debemos descubrir nuestros defectos. La colonia en el trimestre pasado no tuvo más que un 83 por 100 de aprobados. Hubo 70 alumnos con malas notas de los cuales excepto dos o tres todos son capaces de estudiar pero hacen el vago»[41].

El fallecimiento en Tiflis (Georgia), el 21 de marzo de 1942, robusteció el rol de Pepe Díaz en la cosmovisión comunista. En su discurso fúnebre, Dolores Ibárruri resaltó la inquebrantable fidelidad a Stalin y a la Unión Soviética del «máximo dirigente del pueblo Español»: «José Díaz veía en la lucha del pueblo soviético el camino para la liberación de todos los pueblos sojuzgados por el fascismo. José Díaz veía en la lucha del ejército rojo el camino de la liberación de nuestra España. ¡Camarada José Díaz, en nombre del partido que tú forjaste, yo te prometo, que nosotros continuaremos la lucha que tú dirigiste! ¡Camarada José Díaz, yo te prometo que nosotros seguiremos el camino estalinista!».

Mucho más conocida es la sacralización de Dolores Ibárruri, articulada a través de un largo proceso de construcción mítica como el estereotipo por excelencia de mujer comprometida políticamente[42]. Las cualidades personales de Pasionaria y el impacto internacional de la Guerra Civil española propiciaron la aparición y desarrollo de un símbolo que se ha ido reformulando hasta nuestros días. Su intensa actividad política, sobre todo después de la Revolución de Octubre de

1934, y su enorme capacidad oratoria la convirtieron en una figura enormemente conocida ya en 1936. Con el estallido de la Guerra Civil, Dolores fue promovida como símbolo de la resistencia republicana a partir de su célebre llamamiento del 19 de julio de 1936, en el que proclamó que «el fascismo no pasará». El mito se potenció extraordinariamente tras el conflicto bélico, sobre todo en el periodo 1945-55. En este sentido, resultó clave la caída en combate, durante la batalla de Stalingrado, de su hijo Rubén, encuadrado en el Ejército Rojo. Tal suceso trágico propició la identificación de Dolores con otros miles de españoles de izquierdas víctimas de la Guerra Civil, del franquismo y de la Segunda Guerra Mundial.

Sin duda, Pasionaria constituía un símbolo particularmente eficaz e imprescindible para estimular el ánimo combatiente de los resistentes del interior. Sus alocuciones en Radio España Independiente eran el plato fuerte de la programación, y su imagen se reproducía a menudo en periódicos clandestinos que circulaban en el interior. La prensa del PCE la describía como la mayor heroína nacional, estableciendo paralelismos con Agustina de Aragón y Mariana Pineda. Escritores como Juan Rejano, Rafael Alberti, César María Arconada y Jorge Semprún publicaron poemas en su honor. Según la propaganda del Partido, muchos activistas condenados a la máxima pena pedían como última voluntad que se le transmitiese un determinado mensaje. Para los activistas detenidos, los insultos que los policías torturadores solían lanzar contra Pasionaria constituían la peor ofensa.

El cumpleaños de «Pasionaria» era una efeméride central del calendario del PCE. Cada felicitación se adaptaba a la coyuntura del momento, aludiéndose a debates de actualidad, circunstancias internacionales, o a la política de alianzas. La épica del Partido sostenía que era celebrado como una gran fiesta popular y revolucionaria en prisiones, fábricas y campos españoles. Los organismos y secciones remitían escritos de felicitación y se publicaban en Mundo Obrero emocionadas cartas de militantes y simpatizantes. Un pasquín distribuido por los comunistas valencianos con motivo de su 50 aniversario ejemplifica el tono de estos textos: «Pasionaria es una obrera del pueblo. Pasionaria es una madre cariñosa. Pasionaria es una militante del Partido Comunista. Pasionaria se pone al frente de la lucha. Pasionaria es nombrada diputado. Pasionaria visita los frentes. Pasionaria es secretario general del Partido Comunista. Pasionaria es dirigente del mundo democrático. Pasionaria es la mejor defensora de la unidad. Pasionaria es la incansable luchadora contra el régimen franco-falangista. ¡Que su cumpleaños nos sirva de ejemplo en la lucha por la recuperación de la República y contra Franco!»[43]. Al igual que Stalin, Pasionaria recibía

obsequios de militantes anónimos; a veces objetos muy personales con una tremenda carga afectiva para su propietario. Curiosamente, a causa de que las fechas de los cumpleaños de Ibárruri y Stalin eran muy próximas (el 9 y el 21 de diciembre, respectivamente), en ocasiones los mensajes de felicitación se elaboraban simultáneamente.

El viraje tomado por el comunismo internacional con la desestalinización afectó lógicamente a estas prácticas conmemorativas, que dejaron de efectuarse anualmente y suprimieron sus trazos más hagiográficos. En la resolución del pleno del Comité Central de noviembre de 1956 el PCE reconoció que también había incurrido en el culto a la personalidad de sus máximos dirigentes, aunque puntualizando que «esto se hacía contra la voluntad de José Díaz y Dolores Ibárruri, a cuya modestia repugnaba dicha propaganda»[44]. Así, el 65 aniversario de Pasionaria –celebrado en 1960–, fue celebrado de manera relativamente discreta; no solo porque Dolores Ibárruri había dejado la Secretaría General del PCE, sino porque el nuevo contexto político había propiciado una redefinición del símbolo. Las adoraciones fetichistas hacia el secretario general soviético o español habían pasado ya a la historia, aunque sin duda la jerarquización continuaría siendo uno de los rasgos de la cultura comunista.

HEROÍSMO Y MARTIROLOGIO

El comunismo tradicional construyó también un amplio conjunto de héroes y mártires de base; personas comunes que habían destacado en alguno de los principales frentes de lucha en los que estaba concentrado este movimiento político, a menudo al precio de su propia vida, y que eran presentados como modelos referenciales de los militantes y del conjunto de los ciudadanos. Para el caso soviético, nos pueden servir de ejemplos: Vasili Chapáyev, soldado del ejército rojo fallecido en combate durante la Guerra Civil rusa; Pavlik Morózov, el pionero de 13 años que, según la narrativa oficial, habría sido asesinado en 1932 por su familia después de haber denunciado a su padre como enemigo del Estado; Alekséi Stajánov, minero de Donetsk que, en 1935, batió todos los récords de producción; y Vassili Zaitsev, el francotirador de la batalla de Stalingrado, convertido en mito de la resistencia soviética frente a la invasión

hitleriana. Algunos de estos personajes legendarios fueron divulgados en España durante la Segunda República y la Guerra Civil, particularmente por la prensa y radio del PCE y por el cine soviético, y marcaron una pauta iconográfica que impactaría profundamente en el imaginario del comunismo español[45].

En la España de los años treinta, cuarenta, cincuenta y sesenta se difundieron un cierto número de figuras míticas autóctonas, vinculadas al activismo político desarrollado por el PCE en la Segunda República, la Guerra Civil y la resistencia antifranquista. Militantes de base o cuadros medios como Aida Lafuente, Lina Ódena, Julián Grimau, Cristino García, Ramón Vía, José Cazorla, las Trece Rosas, Matilde Landa… simbolizaban la extrema dureza de la lucha en la que estaba enfrascado el Partido Comunista. Sus biografías ejemplificaban el comportamiento exigible a los miembros del Partido, tanto en el desempeño de las obligaciones militantes como en el ámbito laboral y familiar, pues «la vida de los comunistas no les pertenece personalmente sino que pertenece al Partido y a la lucha revolucionaria libertadora de nuestro pueblo»[46].

La trasposición de elementos propios de la cultura católica al repertorio simbólico antifascista se aprecia, por ejemplo, en la aplicación de categorías tales como la del mártir dispuesto a padecer tortura y muerte antes que a renunciar a sus ideales; es el caso de Matilde Landa, cuyo suicidio en prisión en septiembre de 1942, se debió a su negativa a bautizarse. Sobre Juanita Corzo, se decía: «Los falangistas, viendo el temple de esta mujer del pueblo, pretendieron ganarla para sus sindicatos, pero ella rechazó indignada tan innobles proposiciones, prefiriendo pasar eternamente la vida en la prisión que traicionar a su pueblo y a su partido comunista»[47]. El nacionalismo español y el liberalismo del siglo XIX también propiciaban paralelismos, de tal manera que en ocasiones se equiparaban las cualidades de activistas procedentes de las distintas etapas históricas: «Nuestras heroínas –María Pita, Agustina de Aragón, Mariana Pineda, Lina Odena, Manuela Sánchez, y tantas y tantas más– se agigantan y nos marcan el camino para hacernos dignas de una España gloriosa, grande, luminosa»[48].

Estas emblematizaciones respondían a unas necesidades objetivas. Dado el terror policiaco imperante en la España de posguerra, el miedo constituía un obstáculo mayúsculo para un despliegue efectivo de la lucha antifranquista. Por tanto, resultaba imprescindible apelar a la referencia moral representada por unos militantes particularmente perseverantes: «El ejemplo de muchos héroes de nuestro Partido demuestra que la disciplina de los comunistas resiste a los más

feroces ataques del enemigo. Los comunistas permanecen fieles a la disciplina del Partido incluso en las salas de tortura donde sus cuerpos son despedazados por las hienas falangistas»[49].

Los héroes comunistas españoles eran descritos como personas honestas, sencillas y discretas, que amaban por encima de todo al Partido y a la clase obrera, y que habían desarrollado una tenaz labor antifranquista. Julián Grimau, por ejemplo, se caracterizaba por «la modestia y la paciencia», no se preocupaba demasiado de sus éxitos personales ni exteriorizaba satisfacción por su propio trabajo, pues para él lo esencial eran «el éxito del Partido y los aciertos de sus camaradas». Además, era paciente, tolerante, educado y sencillo en el trato; escuchaba con respeto las opiniones y críticas; y tenía como norma de conducta convencer, explicar, argumentar y crear «un clima de confianza que facilitase la comprensión y el acuerdo»[50]. En un escrito de los presos comunistas de Cáceres se subrayaba que «nos ha enseñado mucho nuestro Julián, el Julián de todo el pueblo. Nosotros nos hemos prometido emular noblemente con él y acercar distancias en el estilo sereno y viril con que Julián ha defendido las más sagradas aspiraciones de los españoles, los intereses de todos los trabajadores, el ideal de la fraternidad nacional sin secuelas de explotación del hombre por el hombre»[51].

Pero la prueba de fuego de los héroes comunistas consistía en plantar cara a los interrogatorios policiales o padecer la reclusión en las cárceles franquistas. Un informe de 1954 indicaba que el paso por la Dirección General de Seguridad constituía la piedra de toque que probaba «el temple de los camaradas», saliendo la mayoría de ellos fortalecidos de ese envite. Frente a la policía, los comunistas debían estar dispuestos a reivindicar orgullosamente su militancia, pues se trataba por encima de todo de salvar el honor del Partido: «Le miré fijamente a la cara y le dije: “Muy bien, yo soy Santiago Álvarez, el Comisario de Líster, del glorioso Partido Comunista de España, ese es el más alto título que tengo. […]. No lograréis que eche una mancha en la bandera de mi Partido”»[52]. Pasionaria había proclamado que a los comunistas se les podía romper, pero no doblar, y en consecuencia un militante de referencia como Gregorio López Raimundo se había mantenido en 1952 «como una columna de granito» frente a los torturadores y asesinos[53]. Lo mismo cabía esperar, lógicamente, de «las mujeres del pueblo»: «En el curso de los interrogatorios, Antonia Sánchez, digna y valiente como siempre, se negó a delatar a sus camaradas de lucha […]. Los falangistas quisieron abatir a fuerza de golpes y torturas la entereza de esta joven del pueblo, pero no lo lograron; se volvió loca durante los martirios, pero

conservó limpio su honor de revolucionaria y de española»[54].

Esta actitud de férrea resistencia debía adoptarse igualmente ante los tribunales franquistas, siguiendo la pauta de conducta de Georgi Dimitrov en el proceso de Leipzig por el incendio del Reichstag. Celestino Uriarte o Narciso Julián, por ejemplo, defendían ante los jueces la política del PCE, al tiempo que denunciaban el terror franquista: «Ante el tribunal, el camarada Celestino Uriarte se convirtió en un acusador implacable de los bárbaros métodos de terror empleados por la Policía en la Comisaría de Gijón»[55]; «Narciso Julián, de acusado se convirtió en acusador. Con valentía y firmeza ensalzó la lucha heroica de la clase obrera y del pueblo por la democracia y la paz, defendió con audacia la política del Partido Comunista»[56]; «Los camaradas hicieron constar que los comunistas estamos también en la vanguardia del patriotismo y que luchamos por el progreso, la libertad y el bienestar para España»[57].

Los héroes y los mártires constituían un instrumento de movilización que removía conciencias y ayudaba a popularizar internacionalmente la causa del antifranquismo. Fuera de España, eran objeto de actos públicos de homenaje. Se les dedicaban poemas, canciones y libros. Algunos militantes bautizaban a sus hijos con el nombre de alguno de los héroes, o los usaban para dotarse de una identidad clandestina; Antoni Gutiérrez Díaz, por ejemplo, era conocido por «Julià», en homenaje a Julián Grimau. También las células del Partido y los grupos de apoyo a las víctimas podían denominarse como alguno de los héroes o mártires comunistas. Algunos ayuntamientos comunistas franceses les dedicaban calles. Todas estas prácticas contribuían sin duda a salvar la vida de militantes perseguidos, pero también a potenciar la imagen del Partido y a desgastar al régimen franquista. Este se vio forzado, de hecho, a organizar contracampañas en algunos casos como los de Cristino García y Julián Grimau[58].

LOS COMUNISTAS HEREJES

Junto a los referentes positivos, el PCE dispuso de algunos contramodelos, entre los que destacaba el representado por los antiguos militantes expulsados del Partido por sus posiciones heterodoxas. Aunque cada conflicto respondiera a circunstancias específicas, es obvia su conexión con la naturaleza jerárquica y

centralizada propia del comunismo estalinista. En cierto modo, las campañas contra los disidentes españoles constituían derivaciones periféricas de las célebres purgas conocidas por la URSS en 1936-38 o las que afectaron a los partidos comunistas de la Europa del Este en la década de los cincuenta. Moshe Lewin ha caracterizado el síndrome de la heterodoxia en el estalinismo, poniéndola en relación con los rituales de confesión y arrepentimiento propios del cristianismo; los núcleos comunistas disidentes, al igual que las herejías medievales, eran en ocasiones fomentados artificialmente para legitimar un sistema de poder que requería de chivos espiatorios[59]. No hay que olvidar que, desde muy temprano, la militancia comunista fue socializada en unas prácticas políticas que promovían la vigilancia permanente frente a las posibles infiltraciones del enemigo. Además, el PCE fue posiblemente una de las secciones europeas de la Komintern en las que la disidencia interna alcanzó un mayor despliegue, como prueba la implantación del Bloque Obrero y Campesino y del POUM durante la Segunda República y la Guerra Civil y los numerosos episodios de lucha interna desplegados después de 1939[60].

Centrándonos en la posguerra, el rechazo por parte de algunos militantes del interior como Heriberto Quiñones, Jesús Monzón, Joan Comorera, Baldomero Fernández Ladreda o Luis Montero Álvarez «Sabugo» a las estrategias marcadas por la dirección originaron el surgimiento de los llamados «ismos»: el quiñonismo, el monzonismo, el comorerismo, el ladredismo, y el sabuguismo. En el exilio, se añadieron en ocasiones factores complementarios, como las rivalidades personales, la lucha por el control del aparato, o el disgusto por las experiencias vividas en la Unión Soviética. El exministro Jesús Hernández Tomás y los antiguos comisarios del Quinto Regimiento Valentín González «El Campesino» y Enrique Castro Delgado fueron los casos más representativos, dándose la circunstancia de que redactaron libros-denuncia que fueron groseramente manipulados por la publicística franquista para reforzar la imagen del comunismo cono fenómeno criminal[61].

Las depuraciones solían seguir un mismo patrón. El militante contestatario, en especial el del interior, atribuía a los dirigentes un desconocimiento de la situación en España. Estos comenzaban por reprocharle su indisciplina, pero pronto emprendían una escalada de acusaciones contra el disidente, al que si en un principio se le achacaban actitudes personalistas y sectarias, con el tiempo podía recibir calificativos como los de traidor, provocador, espía, agente policial, renegado, o chivato. Desde el punto de vista disciplinario, se pasaba de una amonestación y un relevo de ciertas responsabilidades orgánicas, a la expulsión

del PCE. En cualquier caso, la disidencia era percibida en términos dramáticos, transmitiéndose a los militantes que había puesto en riesgo la supervivencia del Partido y que sus perniciosos efectos persistirían durante una larga temporada. Así, algunos informes de principios de la década de los cincuenta atribuían a los residuos del quiñonismo y del monzonismo la débil implantación del Partido Comunista en el interior[62].

El proceso de depuración interno utilizaba a menudo acusaciones formuladas a partir de una reconstrucción arbitraria del pasado. El disidente podía ser acusado sin ninguna base de ser trotskista, titista, o nacionalista pequeñoburgués o involucrado en alguna ignominia personal. Cualquier anécdota o circunstancia de su pasado podía servir: sus orígenes familiares, sus costumbres personales, su vida laboral, su círculo de amistades, su militancia anterior al PCE… Jesús Monzón era sospechoso de espía o desafecto por proceder de una familia pudiente. Heriberto Quiñones fue acusado de pertenecer a los servicios secretos británicos por su afición al tabaco inglés. Baldomero Fernández Ladreda, de colaborador con el franquismo porque un informe judicial elogiaba su comportamiento. Que el hereje fuera fusilado por el régimen no demostraba que las acusaciones de traición fueran falsas, pues –se sostenía– desde tiempos inmemoriales las fuerzas contrarrevolucionarias se desembarazaban de los chivatos tras utilizarlos. Culminada la excomunión, rara vez había rectificación o readmisión. El disidente era atacado sin piedad en informes internos y artículos de la prensa del PCE. Los militantes, sobre todo si se hallaban en prisión, aceptaban mayoritariamente la versión de la dirección del Partido, pues no había posibilidad de contrastarla. Se establecía un riguroso vacío hacia el disidente y sus partidarios, y los afiliados debían adoptar una posición inequívoca pues de lo contrario podían ser objeto de serios reproches: «Su actitud ante el último conflicto ha sido la de querer estar bien con el P., pero seguía sus relaciones íntimas con las del “grupito”. El P. la desenmascaró y la obligó a que definiera su postura y se sitúa al margen»[63].

La protección frente a la amenaza que representaban el disidente «y su banda» interpelaba al conjunto de los resistentes a la dictadura. En tanto que vanguardia de la clase obrera, el PCE y el PSUC tenían que involucrar en la lucha contra los traidores y saboteadores a todos los antifranquistas y, en particular, a los trabajadores cenetistas y socialistas «honestos». Así, al producirse la expulsión de un destacado militante comunista podía lanzarse una advertencia al conjunto de las fuerzas políticas republicanas, para evitar que se vieran afectadas por las actividades del hereje. Así, en un informe de Dolores Ibárruri de 1951 se

elogiaba a los militantes comunistas de un determinado lugar por haber denunciado públicamente la «actividad criminal» representada por Joan Comorera, José del Barrio y Jesús Hernández. Como consecuencia, «los antifranquistas, alertados por nuestro Partido, hicieron el vacío y manifestaron su asco y su desprecio hacia los chivatos y provocadores titistas. Estos, dándose cuenta de que las cosas se les ponían mal, a pesar de tener a su lado a la policía, cerraron bastante el pico y se vieron obligados a camuflar mucho más su labor de zapa»[64].

Textos como el anterior se inscriben en el contexto de los primeros tiempos de la Guerra Fría y del enfrentamiento soviético-yugoslavo de 1948-56, que marcaron uno de los momentos de mayor sectarismo en la historia del comunismo europeo. Los partidos dirigentes de la Europa del Este emprendieron una intensa campaña de depuraciones –procesos contra Rudolf Slansky en Checoslovaquia, Laszlo Rajk en Hungría, Władysław Gomulka en Polonia, etc.– que también tuvieron su reflejo en occidente; así el Partido Comunista Francés (PCF) vivió el affaire Marty-Tillon, que afectó a los antiguos miembros de las Brigadas Internacionales André Marty y Charles Tillon; según Michel Dreyfus con esta depuración los máximos dirigentes del PCF reforzaron su autoridad, eliminaron dos rivales potenciales y silenciaron a testimonios sobre periodos poco gratificantes de la historia del Partido[65]. La prensa del PCE elogió la reacción de las democracias populares, señalando que procesos como el de Praga señalaban el camino a seguir[66]. Desde Mundo Obrero se atacó al gobierno republicano en el exilio por tener tratos con Tito y se atribuyó incluso a antiguos combatientes de las brigadas internacionales caídos en desgracia la condición de enemigos del pueblo español ya en tiempos de la Guerra Civil: «Esa banda de espías y provocadores titistas son los más pérfidos enemigos de nuestro pueblo. Algunos de ellos estuvieron, como estuvo el traidor Rajk, en las filas republicanas durante la guerra, pero estuvieron luchando contra la causa de la República y la democracia española. Si entonces no pudieron, como tenían encomendado, quebrantar la resistencia popular, fue por la magnífica unidad y la sólida combatividad de millones de españoles. Pero demostrado está ya que los espías troskistas yugoslavos y húngaros fueron a España a luchar desde las filas republicanas contra la causa por la que se batía nuestro pueblo»[67].

En casos extremos, los militantes herejes podían llegar a ser ejecutados por orden del Partido, sobre todo si eran acusados de trabajar para la policía. Pueden citarse a este respecto los casos de Pere Canals y Gabriel León Trilla –derivaciones de la herejía monzonista–, del dirigente asturiano Luis Montero

Álvarez, «Sabugo», y del activista gallego Víctor García Estanillo, «O Brasileño». Debe matizarse, en cualquier caso, que las liquidaciones de antiguos militantes practicadas por el PCE no respondían siempre a purgas internas, sino que también afectaron a agentes franquistas reales introducidos en las filas del Partido. Las infiltraciones policiales no eran solo delirios producto de la paranoia, sino un problema de primer orden al que los comunistas debieron hacer frente en circunstancias sumamente dramáticas.

La contundente actuación de la dirección del PCE contra la disidencia interna en las primeras décadas del franquismo contrasta con la reacción, mucho más comedida, frente a la divergencia de Jorge Semprún y Fernando Claudín en 1964-65. Un reflejo, sin duda, de lo sucedido en la URSS a partir de la desestalinización, como quedaría ya de relieve en la crisis del «Grupo Anti-Partido» de 1957. El establecimiento de nuevos estilos de trabajo se hará imprescindible avanzada la década de los sesenta por los cambios conocidos por el movimiento comunista internacional y la renovación generacional en la militancia, particularmente perceptible en el interior. En los últimos tiempos de la dictadura, el PCE se convertirá en un auténtico crisol de sensibilidades antifranquistas plurales, fenómeno que sin duda contribuye a explicar tanto su formidable expansión organizativa de los setenta, como la terrible crisis interna que sacudió al Partido en la década siguiente.

---

[1] Marc Lazar, «Au service du Parti», Communisme 5 (1984), pp. 138-142; y «L'invention et la désagrégation de la culture communiste», Vingtième Siècle, 44 (1994), pp. 9-18; y «Le parti et le don de soi», Vingtième Siècle 60 (1998), pp. 35-42. Claude Pennetier y Bernard Pudal, «Du parti bolchevik au parti stalinien», en Michael Dreyfus y otros, Le siècle des communismes, París, Les Éditions de l'Atelier, 2000, pp. 333-358; y «Les mauvais sujets du stalinisme», en Brigitte Studer y Josette Bouvard (eds.), Parler de soi sous Staline: La construction identitaire dans le communisme des anées trente, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 2002, pp. 65-95. Brigitte Studer, The Transnational World of the Cominternians, Basingstoke, Palgrave Mc Millan, 2015, pp. 22-39.

[2] Tomasa Cuevas, Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004, p. 164.

[3] «Datos sobre algunos militantes», enero de 1947, Informes sobre camaradas: jacq. 574, Archivo Histórico del Partido Comunista de España [AHPCE].

[4] «Algunos datos y apreciaciones personales de (1) sobre los miembros del (2) [Comité Provincial] de (3) [Baleares]2», Biografías-Expedientes, Baleares-Canarias, AHPCE.

[5] Según el testimonio de Francisco Fernández Buey, en 1963 fue sometido en el PSUC a una prueba de ingreso que consistió en responder a las siguientes preguntas: «¿Crees en la dictadura del proletariado?» y «¿Crees en el centralismo democrático?» (comunicación personal, noviembre de 2007).

[6] «Prestemos la máxima atención a los nuevos afiliados», Mundo Obrero, 1 de mayo de 1952, p. 4.

[7] George Lavau, À quoi sert le Parti communiste français?, París, Fayard, 1981, pp. 103-111.

[8] Nuria Pla [Teresa Pàmies], «Octubre y juventud», Nuestra Bandera 55 (octubre de 1967), p. 74.

[9] Represión Franquista: caja 39, carpeta 7.3, AHPCE.

[10] Nuria Pla, «Octubre y juventud», Nuestra Bandera, 55 (octubre de 1967), p. 70.

[11] Ascensión Sanz de Arellano, «Yo no la conocí personalmente…», Archivo personal de Carmen López Landa.

[12] Julián Grimau: el hombre, el crimen, la protesta, París, Éditions Sociales, 1963, p. 109.

[13] Claude Pennetier y Bernard Pudal (eds.), Autobiographies, autocritiques, aveux dans le monde communiste, París, Belin, Source, 2002; José Carlos Rueda Laffond, «Autorretratos en rojo: explorando la autobiografía comunista», Journal of Spanish Cultural Studies 19/4 (2018), pp. 407-426.

[14] «Autobiografía de Marcos González Gómez», 14 de febrero de 1947, Informes sobre camarada, jacq. 47, AHPCE. Sobre la función de la autocrítica en la cultura comunista: José Carlos Rueda Lafont, «Autocrítica: prácticas y

estrategias en la cultura comunista, 1927-1939», Historia Social 98 (2020), pp. 39-59.

[15] «Informe sobre el camarada Miró y sobre su conducta en el Penal del Dueso», Informes sobre camaradas: jacq. 398-400, AHPCE.

[16] Rafael Cruz, El Partido Comunista de España en la II República, Madrid, Alianza, 1987, pp. 90-99; Juan Avilés Farré, La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931), Madrid, UNED-Biblioteca Nueva, 1999, pp. 69-96.

[17] Constancia de la Mora, Doble esplendor, Madrid, Gadir, 2004, pp. 333-334.

[18] «En el décimo aniversario», Mundo Obrero, 1 de abril de 1952, p. 2.

[19] «Octubre y juventud», Nuestra Bandera, 55 (octubre de 1967), p. 65.

[20] Marcos Ana, Decidme cómo es un árbol, Barcelona, Umbriel, 2007, p. 223.

[21] Ibid., p. 201; Eduardo García, «Contra la provocación policiaca, vigilancia de masas», Nuestra Bandera, 31 (julio-agosto de 1961), p. 66.

[22] Nuria Pla, «Octubre y juventud», Nuestra Bandera, 55 (octubre de (1967), p. 71.

[23] Cf., por ejemplo, «En los países donde el pueblo es dueño», Mundo Obrero, 15 de septiembre de 1954, p. 8; «República Popular China, a los cinco años de su constitución», Mundo Obrero, 30 de septiembre de 1954, p. 9.

[24] VI Congreso del Partido Comunista de España. 40 años del Partido Comunista de España, sus raíces, su base ideológica, sus actividades. Informe presentado por la camarada Dolores Ibárruri, Praga, Ediciones Boletín de Información, 1960, p. 58.

[25] Luiza Iordache, En el Gulag. Españoles republicanos en los campos de concentración de Stalin, Barcelona, RBA, 2014.

[26] Matilde Eiroa, Españoles tras el Telón de Acero El exilio republicano y comunista en la Europa socialista, Madrid, Marcial Pons, 2018; Aurelie Denoyer, L’exil comme patrie. Les réfugiés communistes espagnols en RDA

(1950-1989), Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2017.

[27] Entrevista a Carmen López Landa (Madrid, 22 de marzo de 1993).

[28] Francisco Erice, «El Partido Comunista de España, el giro de 1956 y la lectura selectiva del XX Congreso», Nuestra Historia 2 (2016), pp. 66-88.

[29] «Declaración del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de España sobre la situación internacional», Mundo Obrero, noviembre-diciembre de 1956, p. 13.

[30] Orlando Figes y Boris Kolonitskii, Interpretar la revolución rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917, Madrid, Biblioteca Nueva-Universitat de València, 2001, pp. 101-138.

[31] Cfr. Zhores Medvedev y Roy Medvedev, El Stalin desconocido, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 209-228; Robert Service, Stalin. Una biografía, Madrid, Siglo XXI de España, 2006, pp. 355-364; Jeffrey Brooks, Thank You, comrade Stalin! Soviet public culture from Revolution to Cold War, Cambridge, Cambridge University Press, 1997; Bronislaw Backo, «La fabrication d'un charisme», Revue européene des sciences sociales 57 (1981), pp. 29-44; Klaus Heller y Jan Plamper (eds.), Personality cults in Stalinism, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2004; David Brandenberger, «Stalin as a symbol: a case study of the personality cult ans its construction», en Sarah Davies y James Harris (eds.), Stalin. A New History, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 249-270; Jacques Le Bourgeois, «Le culte du chef à travers l'image de Staline Ou un exemple de construction d'un mythe», Cahiers de Psychologie Politique 12 (2009), pp. 105-129; Jean Marie Goulemot, Pour l'amour de Staline. La face cachée du communisme français, París, CNRS, 2009; Jan Plamper, The Stalin cult. A study in the alchemy of power, Yale, Yale University Press 2012; Daniel Leese, «The Cult of Personality and Symbolic Politics», en Stephen A. Smith (ed.), The Oxford Handbook of the History of Communism, Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 339-354; Kevin Morgan, International Communism and the Cult of the Individual: Leaders, Tribunes and Martyrs under Lenin and Stalin, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2016; David Brandenberger y Mikhail Zelenov (eds.), Stalin's master narrative. A critical edition of the history of the Communist Party of the Soviet Union (Bolsheviks): short course, New Haven, Yale University Press, 2019.

[32] Mundo Obrero, 29 de diciembre de 1949, p. 1.

[33] Mundo Obrero, 15 de diciembre de 1949, p. 6.

[34] «Los regalos», Mundo Obrero, 29 de diciembre de 1949, p. 2.

[35] «Ante la muerte del camarada Stalin. Nuestro pueblo en duelo», Mundo Obrero, 15 de marzo de 1953, p. 1.

[36] Felipe Nieto, La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura, Barcelona, Tusquets, 2014, pp. 165-167.

[37] «Carta de la dirección del PCE a los camaradas de Burgos sobre la muerte del camarada Stalin. Actividades políticas que han de desarrollar los familiares de los presos (1953)», Represión Franquista, jacq. 432, AHPCE.

[38] Cfr., por ejemplo, «Pedro Checa. Ejemplo de dirigente revolucionario», Mundo Obrero, 15 de agosto de 1951, p. 1.

[39] Victorio Codovilla, José Díaz. Ejemplo de dirigente obrero y popular de la época staliniana, Buenos Aires, Anteo, 1942, pp. 10-11. Cf., también, «José Díaz», Nuestra Bandera 5 (abril de 1950), p. 243; «En el décimo aniversario», Mundo Obrero, 1 de abril de 1952, p. 2; Alejandro Sánchez Moreno, José Díaz. Una vida en lucha, Córdoba, Almuzara, 2013, pp. 288-291.

[40] Centro Español de Moscú: caja 203, Arxiu Nacional de Catalunya (Sant Cugat del Vallès).

[41] Ibid.

[42] Cfr. Rafael Cruz, Pasionaria. Dolores Ibárruri, historia y símbolo, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999; Juan Avilés, Pasionaria. La mujer y el mito, Barcelona, Plaza y Janés, 2005; David Ginard, «“La madre de todos los camaradas”. Dolores Ibárruri como símbolo movilizador, de la Guerra Civil a la transición posfranquista», Ayer 90 (2013), pp. 189-216.

[43] Nuestra Bandera 61 (1 de junio de 1946), pp. 61-62.

[44] Mundo Obrero, noviembre-diciembre de 1956, p. 13.

[45] Inmaculada Colomina, «La influencia de la iconografía soviética en el imaginario colectivo de la izquierda española en los años 30», Espacio. Tiempo y Forma. Serie V. Historia contemporánea 21 (2009), pp. 101-116. Para Pavlik Morózov, cfr. Catriona Kelly, Comrade Pavlik: the rise and the fall of a Soviet boy hero, Londres, Granta books, 2005.

[46] «En el tercer aniversario de la muerte de Diéguez, Larrañaga y demás camaradas», Nuestra Bandera 1 (enero de 1945), p. 85.

[47] «Algunos datos biográficos de Juanita Corzo», Represión franquista, caja 49, carpeta 2.8, AHPCE.

[48] Mujeres españolas 19 (enero 1954), p. 16: cfr. también, Mujeres Españolas 1 (agosto de 1951), p. 6; Irene Falcón, «Heroínas de nuestro pueblo», Mundo Obrero, 1 de mayo de 1946, p. 5.

[49] «Nuestra disciplina», Mundo Obrero, 15 de septiembre de 1954, p. 5.

[50] «En recuerdo de Julián Grimau», Nuestra Bandera 59 (3er trimestre de 1968), p. 7.

[51] «Llamamiento de los presos políticos del penal de Cáceres», Represión Franquista: caja 39, carpeta 7.2, AHPCE.

[52] «Informe de Santiago Álvarez al Buró Político del PCE (octubre de 1954)», Represión Franquista: caja 40, carpeta 24.2, AHPCE.

[53] Mundo Obrero, 15 de abril de 1952, p. 2.

[54] «Datos biográficos de Antonia Sánchez», Represión Franquista: caja 49, carpeta 3.3, AHPCE.

[55] «Los comunistas ante los tribunales franquistas. Celestino Uriarte acusa», Mundo Obrero, 23 de octubre de 1947, p. 1.

[56] «¡Libertad para Narciso Julián!», Mundo Obrero, mayo-junio de 1956, p. 3.

[57] «También los comunistas acusaron desde el banquillo», Mundo Obrero, 1 de enero de 1961, p. 1.

[58] ¿Crimen o castigo? Documentos inéditos sobre Julián Grimau García, Madrid, Servicio Informativo Español, 1963; El poeta «Marcos Ana» (páginas de un proceso), s.l., s.e., s.f.

[59] Moshe Lewin, El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 51-55.

[60] Andrew Charles Durgan, BOC 1930-1936. Bloque Obrero y Campesino, Barcelona, Laertes, 1996.

[61] Para el caso de Jesús Hernández, cfr. Fernando Hernández Sánchez, Comunistas sin partido. Jesús Hernández. Ministro en la Guerra Civil, disidente en el exilio, Madrid, Raíces, 2007.

[62] «Informe de Santiago Álvarez al Buró Político del PCE (octubre de 1954)», Represión Franquista, caja 40, carpeta 24.2, AHPCE; «Hay que aprender a luchar mejor contra la provocación», Nuestra Bandera 4 (1 de febrero de 1950), pp. 117-118.

[63] «Informe de la cárcel de Segovia (10-10-53)», Represión Franquista, caja 40, carpeta 18.4, AHPCE.

[64] «Denunciemos a los provocadores comoreristas y titistes», Mundo Obrero, 15 de marzo de 1952, p. 7.

[65] Michel Dreyfus, PCF. Crises et dissidences de 1920 à nos jours, Bruselas, Éditions Complexe, 1990, p. 107.

[66] «La experiencia de Checoslovaquia debe acrecentar la lucha implacable contra los espías tito-fascistas», España Popular 640 (2 de enero de 1953), p. 4.

[67] «Eso es caer en brazos del enemiga», Mundo Obrero, 1 de diciembre de 1949, p. 2. Cf., también, Dolores Ibárruri, «Por la paz, la independencia nacional y la democracia. Informe pronunciado el 25 de octubre de 1951 ante un grupo de dirigentes del Partido», Nuestra Bandera 7 (febrero de 1952), pp. 31-32; «Los saboteadores del movimiento de la paz», Mundo Obrero, 1 de diciembre de 1951, p. 1.

IV

EL PCE Y EL MOVIMIENTO OBRERO

José Gómez Alén y Víctor Santidrián Arias

LOS ORÍGENES DE LA POLÍTICA SINDICAL DEL PCE

La Internacional Comunista (IC), nacida dos años después de la Revolución de Octubre, llamó a la escisión de los sindicatos que se proclamasen comunistas. Poco después, el reflujo del impulso revolucionario de 1917 provocó que la IC abandonase las tácticas «escisionistas». En julio de 1921, el congreso constitutivo de la Internacional Sindical Roja (ISR) elaboró un programa de acción en el que se leía que no había que fraccionar y disolver los sindicatos existentes: se trataba «de conquistarlos»[1].

De estas organizaciones y de sus «virajes» nacen las tesis sindicales del PCE, pero lo hicieron en un costoso y prolongado proceso en confrontación con las tradiciones locales. Se trata de una organización sindical unitaria, de trabajadores de todas las tendencias; que es un instrumento de la lucha de clases, por lo que atiende inicialmente a las reivindicaciones inmediatas de la clase obrera sin abandonar los objetivos políticos, por lo que está supeditada al Partido Comunista; que debe nacer del centro de trabajo de forma que agrupe a los obreros en torno a federaciones de industria; cuyas formas de acción son múltiples, aunque utilice la huelga como elemento fundamental. La debilidad organizativa del PCE contrastó este modelo con las tradiciones sindicales existentes en España, representadas por la UGT y la CNT. Los comunistas españoles carecieron de sindicato propio y no fueron capaces de penetrar en el tejido proletario con la fuerza suficiente para convertirse en hegemónicos, lo que se convirtió en su auténtico «talón de Aquiles»[2]. El I Congreso del PCE

(marzo de 1922) aprobó su «tesis sindical»: no se trataba de provocar escisiones sino de trabajar en el interior de esas centrales a través de grupos comunistas. Quizá por el origen socialista de una parte de los fundadores del comunismo español, los comunistas intentaron inicialmente copar la UGT. En noviembre de 1922 los sindicatos rojos fueron expulsados.

También en la CNT pintaban bastos para el comunismo español. Tras el ingreso en la IC y el posterior debate sobre su permanencia en la Internacional, la CNT optó por abandonarla en junio de 1922. No podemos olvidar que Andreu Nin y Joaquín Maurín, en el futuro líderes del POUM, fueron militantes del PCE y tuvieron responsabilidades en la CNT. Andreu Nin fue, además, funcionario de la ISR. En vísperas del II Congreso de esta Internacional Maurín envió una carta a Nin en la que exponía que la permanencia en CNT era puramente táctica: su objetivo era atraer a los sindicalistas al terreno de la IC para, posteriormente, pasar al comunismo político[3].

La dictadura de Primo de Rivera colocó a las dos centrales tradicionales en una coyuntura crítica; en el caso de la UGT por su colaboración con la dictadura y, en el de la CNT, por su práctica disolución[4]. Los comunistas intentaron aprovechar esa crisis para hacerse con el control de la Confederación y activaron un Comité de Reconstrucción de la CNT, idea recogida en una resolución del Presidium de la IC el 7 de enero de 1927[5].

La táctica de «reconstruir» la CNT supuso un recrudecimiento del conflicto entre anarquistas y comunistas, que fueron expulsados de varias organizaciones confederales en los primeros años de la década de los treinta[6]. En esos momentos, el modelo ugetista se vio favorecido por la presencia del socialista Francisco Largo Caballero en el Ministerio de Trabajo. Sin margen de maniobra, el PCE apostaría por la creación de una nueva central, aunque manteniendo plataformas de oposición sindical dentro de CNT y de UGT[7]. La carta abierta de la Internacional de mayo de 1931 vislumbraba este nuevo rumbo.

Pocos meses después de su elección en el IV Congreso del PCE (abril de 1932), la dirección fue acusada de «pasividad inadmisible» en el trabajo sindical y substituida por otra encabezada por José Díaz, como secretario general, y Antonio Mije, como responsable sindical. Ambos eran antiguos militantes de la CNT sevillana.

Fueron ellos quienes culminaron el proyecto de la Unidad Sindical, cuya

Conferencia (30 de junio, 1 y 2 de julio de 1932) fue promovida por el núcleo sevillano y por la Federación Local de Sociedades Obreras de San Sebastián[8]. Parece ser que pocos días antes del encuentro, el PCE había recibido una carta en la que la IC ordenaba la constitución de la Confederación General de Trabajadores Unitaria (CGTU)[9]. En su primer congreso (26 y el 30 de abril de 1934) un 86 por 100 de los delegados eran comunistas y el resto, anarquistas, republicanos, socialistas y sin partido.

Las consecuencias del fracaso revolucionario de Octubre de 1934 ayudaron a profundizar las posturas unitarias. Las resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista (agosto de 1935) dieron un espaldarazo a la política de frentes populares y a los proyectos de fusión de las organizaciones proletarias. Y, efectivamente, el proceso de unidad de la CGTU y la UGT se hizo realidad en los meses siguientes, pero las condiciones fueron distintas a las deseadas por los comunistas, que aspiraban a que los sindicatos se unificaran manteniendo la proporcionalidad en sus comités según la fuerza de cada organización. La realidad se impuso porque, en 1935, se produjo no la fusión sino la absorción de la CGTU por la UGT.

La presencia del PCE en UGT se prolongó durante la Guerra Civil, en la que las organizaciones sindicales mantuvieron una actitud de colaboración con los organismos gubernamentales, por lo menos la UGT[10]. En sus órganos de dirección, con un funcionamiento nacional debilitado, actuaron los comunistas, fundamentalmente en la llamada «Ejecutiva de la escalera», de la que quedó fuera el sector encabezado por Largo Caballero. Es muy significativo el caso de la UGT de Cataluña, encabezada por José del Barrio y Antonio Sesé, ambos de procedencia comunista. En menor medida, en otros territorios y en algunas federaciones también estuvo representado el PCE.

La política del PCE tras la derrota en la Guerra Civil fue errática. La represión que se abatió sobre la militancia comunista, la falta de preparación del aparato del PCE para la clandestinidad, las no siempre satisfactorias relaciones entre los miembros de los órganos de dirección dispersos entre varios países, las tensiones entre el interior y el exilio, la evolución de la Guerra Mundial y de la URSS están detrás de los cambios comunistas[11]. Como ejemplo de las dificultades en la que se desarrollaba la acción clandestina comunista, se puede decir que hasta el año 1941 existieron en Madrid cuatro organismos autotitulados «comité provincial»[12]. No es de extrañar el comentario de Heriberto Quiñones: «Más fácil que reorganizar hubiera sido organizar un Partido nuevo, dentro del

descalabro que hemos heredado»[13].

La derrota de la clase obrera española en 1939 es indudable. La Guerra Civil fue una guerra total, compleja. También fue, por lo tanto, de clases; y lo había sido desde el principio como quedó de manifiesto en el bando de declaración del estado de guerra del 18 de julio de 1936 de Queipo de Llano, que decía que serían «juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas los directivos de los sindicatos cuyas organizaciones vayan a la huelga o no se reintegren al trabajo»[14].

La derrota de la clase obrera se prolongó durante años por la represión y por la «necesidad imperiosa de afrontar la inmediata supervivencia física», lo que no impidió el rechazo hacia la dictadura[15]. Ya en octubre de 1940, Gerardo Salvador Merino, primer Delegado Nacional del sindicato vertical, reconocía que la actitud de los trabajadores hacia los sindicatos franquistas era de «hostilidad manifiesta»[16]. Hostilidad, aunque fuese pasiva e individual, porque la huelga estaba entre las «transgresiones» consideradas delito de rebelión militar, según decretó la Ley de 2 de marzo de 1943.

La brutalidad represiva no llegó a consumar la limpieza ideológica, como demuestra una cierta continuidad organizativa entre el movimiento obrero de los años republicanos y los grupos clandestinos de los años cuarenta[17]. Este hecho se produjo en empresas estratégicas necesitadas de mano de obra especializada[18]. Un escrito enviado el 25 de febrero de 1943 por el ministro de Marina al almirante de Ferrol reconocía que «en los talleres y oficinas del Consejo Ordenador de Construcciones Navales y Militares de El Ferrol de El Caudillo, existe un ambiente de permanente enemiga al régimen, debido a los numerosos elementos rojos que en él trabajan». Esta situación, según el mismo escrito, se debía a que «la depuración no ha seguido un riguroso criterio político-social», de forma que «los mejores operarios, y por serlo, necesarios en las factorías, no son siempre los de ideas más sanas»[19].

Los documentos de la dirección comunista en los años inmediatamente posteriores a la derrota en la Guerra Civil marcan como orientación de trabajo en el movimiento obrero «que los comunistas y obreros revolucionarios ingresen en las organizaciones de masas creadas por el fascismo, con el fin de utilizar las posibilidades legales que ellas ofrecen»[20]. No podemos olvidar que Lenin en La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo (1920) había recomendado actuar dentro de las organizaciones sindicales por más

reaccionarias que fueran.

Las «normas de organización flexibles y generales para el trabajo del P. en el interior» del secretario de organización comunista, Pedro Checa, apuntaban la necesidad de favorecer el «trabajo en los sindicatos de Falange»[21]. En 1940, los comunistas madrileños hablaban «de procurar un ejemplar de los estatutos del sindicato vertical (CNS) para examinar qué posibilidades» tenían para actuar desde dentro del sistema[22]. En febrero de 1941, la llamada Comisión Central Organizadora insistía en «la necesidad de que algunos camaradas pudieran introducirse en la Central Nacional sindicalista o Sindicatos Verticales»[23], algo que era compatible con encuadrar «incluso sindicalmente, a los obreros, a base de una central única que abarque a la UGT, CNT e inorganizados»[24]. La policía alertaba en noviembre de 1942 de que el PCE intentaba apoderarse de la UGT[25].

Durante el periodo de la Unión Nacional se mantuvo la consigna de reorganizar los sindicatos clandestinos, que tampoco fue modificada después del fracaso de la invasión del valle de Arán, la llegada de Santiago Carrillo y la instalación del centro director del PCE en Francia con el consiguiente envío de nueva delegación al interior[26].

El Partido Comunista siguió apostando por la reorganización en el interior de la UGT[27]. En una circular de la Secretaría Sindical del Comité Provincial del Baleares del 25 septiembre de 1946 se podía leer: «Es bien sabido que nuestra central sindical es la UGT en la que hemos batallado y batallaremos sin descanso»[28]. «Nuestra querida UGT», «entrañable organización sindical» se puede leer en las páginas de Nuestra Bandera[29]. No olvidemos que en los primeros años de posguerra se mantuvieron en el exilio las divisiones que la UGT había sufrido durante la Guerra Civil. Los comunistas mantenían presencia en la «Ejecutiva de la escalera», que se instaló en México en 1940. Por otro lado, la UGT-Junta Central llegó a celebrar tres congresos en Francia y fue dirigida en 1946 por tres comunistas[30].

El PCE hablaba de unidad con los socialistas dentro de la UGT, pero también con la CNT, que vivía un periodo de divisiones. Algunos cenetistas ingresaron en el PCE y se llegó a crear una Agrupación de Cenetistas de Unión Nacional, lo que supuso su expulsión de la central. Aunque el grupo se disolvió en junio de 1945, «el problema de los “tránsfugas” hacia las organizaciones comunistas fue un problema nunca resuelto»[31].

En el Madrid de los años 1944-45 varios sindicatos de UGT empezaban a organizarse[32]. Sabemos que se creó la UGT-Junta Central encabezada por José Satué Malo, responsable del trabajo sindical hasta su detención en 1947, cuando cayó toda la Comisión Ejecutiva de UGT[33]. Pero también sabemos que en la relación de «militantes que constituían el núcleo esencial del Partido», elaborada por Fernando Claudín en 1947, ninguno está dedicado explícitamente a funciones sindicales, posiblemente escondidas bajo la etiqueta de «trabajo político»[34]. Significativo.

Conocemos unos primeros brotes de conflictividad entre 1945 y 1947, que coinciden con el final del Segunda Guerra Mundial. Están localizados en Cataluña y en el País Vasco, pero también en otros territorios como el País Valenciano, Andalucía o Galicia[35]. Aunque la prensa clandestina comunista recogiera estas manifestaciones de descontento como auténticos temblores de los pilares de la dictadura, la documentación interna reconocía la escasa incidencia comunista en los conflictos. Fue el caso de la llamada «huelga del aceite», en la Bazán de Ferrol que carecía de una «sólida dirección unificada»[36]. Era un conflicto caracterizado casi como una huelga de subsistencia: «no comemos, no podemos trabajar» son inequívocas frases que reproduce Mundo Obrero[37].

A pesar de todas las declaraciones de buena voluntad, el mismo PCE reconocía que el Partido «no estaba enclavado en lugares de trabajo» y que el trabajo sindical era «la mayor laguna del Partido»[38].

EL GIRO ESTRATÉGICO Y LOS CIMIENTOS DEL NUEVO MOVIMIENTO OBRERO

A la altura de 1948, el escenario internacional había variado sustancialmente la situación de la España franquista. Las potencias vencedoras de los fascismos comenzaron a ver en el general Franco un potencial aliado en el contexto de la Guerra Fría que ya estaba condicionando las relaciones internacionales y, sobre todo, los intereses geoestratégicos de los Estados Unidos. La misma percepción y una sorprendente reunión llevaron a la dirección del Partido Comunista a optar por un cambio estratégico en la lucha contra la dictadura. La reunión entre Dolores Ibárruri, Francisco Antón y Santiago Carrillo y una delegación soviética

encabezada por Stalin, acompañado de Molotov, Suslov y Voroshilov, fue determinante para convencer a los dirigentes comunistas de la necesidad de participar en las estructuras sindicales de la dictadura y trabajar con las masas obreras, siguiendo la ya mencionada táctica entrista defendida por Lenin en el pasado y que el líder soviético aconsejó en aquel encuentro[39]. El giro estratégico se confirmó en un pleno del Buró Político celebrado en un castillo francés, en octubre de 1948, en el que participaron cuadros del PCE y el PSUC y una representación de guerrilleros y militantes de Euskadi y Galicia. La decisión de trasladar el escenario de la lucha contra la dictadura de los montes a los centros de trabajo industrial colocaba a la clase obrera en primer plano de aquella lucha[40]. Aprobada la propuesta del Buró Político, Santiago Carrillo, sin mencionar la reunión con Stalin, defendería en Nuestra Bandera el trabajo en los sindicatos verticales, porque «tenemos que trabajar de manera que nuestros militantes se sientan sostenidos y cubiertos por las masas»[41].

La nueva estrategia suponía combinar el trabajo ilegal de las organizaciones comunistas en las factorías con las posibilidades legales que ofrecía la integración de sus militantes en las estructuras de la OSE, lo que requería participar en las elecciones de enlaces. Para aplicar esas tácticas era imprescindible disponer de organización estable en las factorías y dotar a los militantes de medios de propaganda, en un contexto terriblemente represivo, cuando el temor aún atenazaba el reagrupamiento de los restos de la militancia, la captación de nuevos militantes o simplemente la reutilización de lo que quedaba de la guerrilla en retirada, para una guerra sociolaboral y política, muy diferente de lo que habían protagonizado en los montes durante la primera década de la posguerra[42]. El PCE, que durante años había bombardeado a sus militantes con consignas contra el verticalismo, planteaba participar en sus estructuras y «colaborar» con aquellas «organizaciones fascistas». Convencer de este cambio a los militantes del interior sería una tarea larga y complicada por las dificultades prácticas que implicaba y el peligro de la represión que suponía.

Desde 1949, la dirección del Partido Comunista se esforzó en explicar desde Mundo Obrero y Nuestra Bandera los rasgos de la nueva estrategia y la necesidad de atender las aspiraciones salariales y reclamaciones de las masas obreras, y hacerlo con un sentido unitario y sin actitudes sectarias, junto a los trabajadores socialistas, anarquistas y católicos de la HOAC y las JOC. Sin embargo, el debate sobre el entrismo no estaba cerrado. Unos dirigentes, defendían las posiciones acordadas en octubre de l948 desde Nuestra Bandera y se insistía en la unidad de la clase obrera mientras defendían la creación de un

modelo de organización unitaria de los trabajadores, los Consejos de Resistencia, «formas flexibles de organización, órganos de unidad cuya misión es defender las reivindicaciones obreras (…) La unidad (…) ya la estamos realizando en muchos lugares con los trabajadores socialistas y cenetistas, con los obreros católicos y otros trabajadores antifranquistas»[43].

Al mismo tiempo, Dolores Ibárruri publicaba una carta en Mundo Obrero en la que la secretaria general criticaba la línea editorial del periódico y dudaba del trabajo en los sindicatos verticales porque esas «organizaciones fascistas» difícilmente podían permitir la elección de «verdaderos dirigentes sindicales» y el franquismo no permitiría que desde ellos se movilizara «a las masas obreras en defensa de sus reivindicaciones». La misiva cuestionaba la participación en las elecciones de enlaces y dio pie, durante 1950, a la aparición de numerosos textos que llamaban a boicotear las elecciones, si bien se insistía en la necesaria ligazón con las masas[44].

El doble mensaje y las dudas del núcleo de dirección dificultaron la recepción de las consignas y los militantes actuaron por intuición. La falta de recursos materiales y humanos y de conexión orgánica explica también la lentitud con que avanzó la línea estratégica entre los militantes veteranos, que no se implicaban en una actividad que suponía evidentes riesgos. Muchos de ellos, recién salidos de la cárcel, se sentían vigilados por la policía y no mostraban suficiente disposición a participar en la reactivación de las células de fábrica.

Por otro lado, el marco de relaciones laborales apenas dejaba margen de maniobra para que los militantes pudieran mostrar la utilidad de los enlaces y del sindicato vertical. El modelo no ofrecía vías para plantear reivindicaciones salariales colectivas porque el alza de los salarios era facultad exclusiva del Ministerio de Trabajo y las reclamaciones de primas, pluses o condiciones de trabajo tenían que ejercerse de forma individual, ante las instancias de las empresas o ante las magistraturas de trabajo y cualquier tipo de interrupción de la producción implicaba sanciones o podía ser duramente reprimida.

La primera evidencia de las dificultades para concretar el avance de la nueva estrategia en las empresas llegó con las elecciones sindicales de 1950. En algunas fábricas la militancia optó por boicotearlas y, en las que participaron, los resultados fueron poco alentadores, con unos pocos enlaces en Madrid, y solo en Cataluña consiguieron un número apreciable en las factorías que habían formado candidaturas unitarias, más por iniciativa propia de los militantes del PSUC que

por seguir las consignas de Treball[45].

A comienzos de los años cincuenta, la situación de la clase obrera se agravó con el descenso de los pluses y primas y el encarecimiento de los racionamientos[46]. El descontento social crecía en las grandes ciudades y la dirección del PCE, que intuía un escenario socialmente explosivo, trataba de incrementar la agitación en los centros industriales ante la posibilidad de desencadenar un movimiento movilizador, que se confirmaría con el estallido de protesta social que tuvo su epicentro en Barcelona. En febrero de 1951 la subida en el precio del billete de los tranvías originó un boicot que alcanzó su mayor incidencia en la primera semana de marzo. El conflicto alarmó a las autoridades franquistas, que respondieron con medidas represivas, lo que finalmente desembocó en una convocatoria unitaria de huelga general para los días 12 y 13 de marzo contra las detenciones y el incremento del coste de vida. Por primera vez se utilizaron los locales de la OSE para realizar asambleas con la participación activa de los militantes y enlaces del PSUC[47]. La convocatoria, seguida masivamente en las principales industrias de la ciudad, el comercio, cines y restaurantes, se extendió a otras ciudades del cinturón industrial. Los promotores del boicot consiguieron paralizar el alza de precios, pero el resultado de las movilizaciones no resultaría gratis y la represión se centraría en los activistas obreros, entre ellos 75 miembros de la CNT y 34 del PSUC[48].

El eco de las movilizaciones catalanas llegó hasta la oposición clandestina en el País Vasco, que unitariamente convocó una huelga por la subida de salarios y contra el incremento del coste de vida. La convocatoria tuvo un amplio respaldo en Vizcaya y Guipúzcoa los días 23 y 24 de abril, y pocos días después también se produjeron diversas protestas en Victoria y Pamplona. Finalmente, en el mes de mayo el PCE trato de repetir en Madrid la experiencia de Barcelona y lanzó un boicot a los transportes en Madrid que, a pesar del escaso seguimiento, alarmó aún más al Gobierno, que focalizó la represión en los comunistas madrileños[49].

Más allá de la importancia de la conflictividad de 1951, lo que sí fue una evidencia es que el éxito y el alcance de las movilizaciones influiría en la dirección del PCE, que entendió la huelga general de Barcelona como la demostración del acierto estratégico de las tácticas entristas. En una reunión de la dirección, Dolores Ibárruri modificaba su posición anterior y defendía «trabajar donde estén las masas, aunque estas se encuentren afiliadas forzosamente en las organizaciones dirigidas por los falangistas»[50]. El

discurso se difundió en un folleto y en Mundo Obrero, mientras la dirección preparaba un documento destinado a convertirse en la guía estratégica del trabajo de los comunistas[51]. De su redacción se encargó Santiago Carrillo que adelantaba algunas ideas del documento definitivo, la Carta a las organizaciones y militantes del Partido[52].

La Carta se apoyaba en el informe de la Secretaria General para realizar algunas consideraciones generales sobre los errores en la aplicación práctica de la línea política del partido, pero iba mucho más allá. Destacaba la importancia de la lucha ideológica como una forma de combatir el paternalismo y la doctrina franquista. También orientaba sobre los métodos de trabajo y la necesidad de crear células en las factorías, fortaleciendo la relación de amistad con los trabajadores que mostrasen inquietudes sociales o afinidad de ideas para incorporarlos paulatinamente a las tareas de la lucha y cooptarlos para la organización. Ese trabajo de concienciación social prestigiaría a los comunistas para poder acceder a puestos de enlaces y desde ellos contribuir a la conquista de sus aspiraciones laborales. También se refería a la posibilidad de celebrar asambleas legalmente y a la importancia de ese instrumento que se convertiría en una de las señas de identidad de nuevo movimiento obrero. Criticaba el voluntarismo y aconsejaba ir más allá de la convocatoria de huelgas como la única arma y a prestar más atención a los problemas laborales para fortalecer «la ligazón con las masas» y ligar sus reivindicaciones a las necesidades concretas de la vida diaria. Una tarea para la que se requería nuevos militantes, comités del Partido en las fábricas y medios propios de propaganda para difundir Mundo Obrero e imprimir octavillas, panfletos, pasquines y cualquier otro medio de agitación[53].

Para poner en marcha toda estrategia, la dirección del PCE consideraba imprescindible disponer de un modelo de organización obrera abierta e ideológicamente plural, desde la que combinar el trabajo legal con el ilegal:

El Partido Socialista Unificado de Cataluña llama a todos los hombres y mujeres patriotas a crear Comisiones y Comités de unidad en las fábricas y talleres, en la universidad, en todos los lugares de trabajo… una Comisión de unidad que dirija la lucha…[54].

Los documentos del PCE se refieren a esas incipientes comisiones para construir la unidad de las masas obreras en la acción reivindicativa concreta. Se trataba de un modelo que aparecía esporádicamente en las factorías y el PCE intuía su utilidad para actuar desde la legalidad franquista y aplicar las tácticas entristas desde los órganos de representación social de las empresas, que hasta entonces estaban controlados por el Sindicato Vertical. El Comité Central llamaba a captar a sus miembros:

En las fábricas y lugares de trabajo los obreros designan a diario, actualmente, centenares de comisiones encargadas de presentar y defender sus reivindicaciones, comisiones para las que suelen elegir a obreros de diversas tendencias. Existe la posibilidad, allí donde hay un grupo de Partido, o simplemente un comunista activo, de transformar estas comisiones en órganos permanente de unidad obrera, encadenando los innumerables motivos para presentar demandas con una labor de esclarecimiento y de orientación política[55].

La Carta oficializaba la posición de la dirección del PCE, daba sentido al giro estratégico iniciado en 1948, aportaba propuestas y objetivos que confirmaría en 1954 en el V Congreso y clarificaba, sin duda, la importancia que se dio a aquellas comisiones de obreros.

La tarea de organizar la militancia en las empresas durante los años cincuenta presentaba dificultades similares a los años anteriores. Las penosas condiciones de vida que soportaban las familias obreras no invitaban a asumir riesgos. Sin embargo, algunos militantes veteranos, alentados por la propaganda de REI y la llegada regular de Mundo Obrero, comenzaron a participar en las protestas laborales que llegaban a los comités de seguridad e higiene y a las comisiones de repartición del plus de cargas familiares en las grandes factorías y mantenían contactos con trabajadores de la HOAC y las JOC, independientes y algunos cenetistas para preparar candidaturas en las elecciones de enlaces[56]. A pesar de las dificultades, los comunistas consiguieron estabilizar las células de fábrica, difundir su propaganda y apoyar las, cada vez más frecuentes, comisiones de obreros. Todos estos factores cimentaron socialmente el surgimiento de un nuevo movimiento obrero y los militantes comunistas estarían en la primera línea de

ese proceso.

A finales de 1953, se iniciaba en el País Vasco una «oleada» de conflictividad que llegaría hasta 1958. Las protestas comenzaron en la Babcock Wilcox y desencadenaron un gran estallido en Euskalduna, donde la empresa decidió suprimir las horas extras y suspender la paga extraordinaria para los obreros. De manera espontánea, unos 3000 trabajadores iniciaron una huelga que duró varios días, que originó paros de solidaridad en la Constructora Naval, en astilleros del Nervión y en algunas localidades guipuzcoanas como Azpeitia, Azcoitia o Tolosa[57]. Durante los primeros meses del año, en el contexto electoral de 1954, las páginas de Mundo Obrero se referían al éxito de la huelga para resaltar el papel de los enlaces, motivar la lucha por un salario mínimo vital y la necesidad de mejorar la organización de las protestas[58].

La experiencia electoral de 1950 no había dado resultados positivos, pero la situación del PCE en 1954 había mejorado. Mientras en el III Congreso de la UGT se decidía no participar en las elecciones y rechazar cualquier colaboración con la estrategia de los comunistas[59], REI, Mundo Obrero o Treball llamaban a los militantes comunistas a contactar con trabajadores de otras tendencias para preparar candidaturas unitarias y se presentaban las últimas huelgas en el País Vasco como la demostración práctica de las posibilidades que ofrecían los cargos sindicales[60]. El mismo Santiago Carrillo activaba la campaña para recordar el papel de los enlaces del PSUC en el éxito de la huelga de 1951 y llamaba a participar en defensa de las candidaturas obreras[61].

Los resultados electorales no fueron mejores que en 1951. La respuesta de los trabajadores fue desigual, tanto por la participación como por el número de enlaces conseguidos. Las dificultades para formar candidaturas unitarias y las irregularidades de la OSE incrementaron la abstención en Asturias, Cataluña o en el País Vasco, pero se consiguieron enlaces en empresas madrileñas del sector de panadería o en Telefónica, en Valencia, Cataluña, Asturias y en Andalucía en el Marco de Jerez[62]. La valoración de las fuerzas políticas fue dispar: mientras el PSOE y la UGT limitaban considerablemente el alcance de la participación, la prensa comunista hacía una lectura positiva, justificaba el boicot donde no se presentaron candidaturas alternativas al verticalismo y destacaba, en otros casos, la elección de «obreros honrados que (…) se enfrentan no solo a los grandes explotadores capitalistas sino también con los jerarcas de los sindicatos verticales»[63]. Las elecciones fueron el primer examen social para las propuestas entristas y, a pesar de los moderados resultados, el PCE entendía que

la actitud de los trabajadores confirmaba el acierto de su estrategia. De ahí que, durante el segundo lustro de los años cincuenta, continuaron difundiendo las directrices del programa reivindicativo con la mirada en la siguiente cita electoral; consolidaron las líneas teóricas en el V Congreso y dedicaron su atención a la organización de las comisiones de obreros en un contexto de conflictividad laboral. Desde la difusión de la citada Carta, el PCE venía defendiendo el modelo de las comisiones y entendía que las elecciones sindicales podrían impulsar su estabilidad y durante la década los comunistas caminaron en esa dirección con trabajadores católicos, cenetistas e independientes para luchar por la libertad de asociación[64].

Las comisiones aparecían esporádicamente pero no eran espontáneas, respondían a las necesidades de cada momento y a una conciencia social. Había en ellas bastante de militancia, «no salían de la nada», eran iniciativa de trabajadores ligados a las diferentes tendencias ideológicas que pervivían en las factorías y que «tomaban la palabra para hablar en nombre de sus compañeros»[65]. Y los comunistas trataban de trasladar las orientaciones de acción a la realidad diaria de las empresas, mirando hacia los nuevos trabajadores para cooptarlos y «reclutar a los mejores…, a los obreros de vanguardia y formarlos políticamente» para la militancia[66]. Al margen de la mayor o menor diversidad ideológica, ningún grupo social o político puso tanto empeño como los comunistas en promover aquella forma de organización del movimiento obrero, ni consumió tanta tinta, ni tanto esfuerzo militante para extenderlas por las factorías y ciudades. Confluían con trabajadores anarcosindicalistas, independientes, socialistas del FOC o católicos de la HOAC y las JOC, en torno a la defensa de un programa que la práctica diaria había convertido en común: el salario mínimo vital; la jornada de ocho horas; a igual trabajo igual salario, contra la inferioridad de mujeres y jóvenes y la reducción a 6 horas la jornada diaria de los aprendices. La reivindicación del salario mínimo había saltado, incluso, al III Congreso Nacional de Trabajadores organizado por la OSE a mediados de 1955, a propuesta de los militantes de la HOAC y las JOC que habían asistido al evento[67].

En un contexto industrial de malestar obrero, se inició en abril de 1956 una nueva fase de conflictividad por reclamaciones salariales. Comenzó con una huelga general en Pamplona, que se extendió al País Vasco y por algunas empresas de Cataluña, Madrid y Andalucía[68]. En Bilbao se formó una comisión en cada fábrica y otra con representantes de todas las factorías para coordinar el conflicto[69]. En 1957 los conflictos resurgieron con fuerza en la

minería asturiana, en Vizcaya, en el Marco de Jerez, Valladolid, Alcoy y con un nuevo boicot a los tranvías en Barcelona. En marzo de 1958 los mineros asturianos volvían a la huelga contra las bajas retribuciones de los destajos y hubo nuevas repercusiones en Guipúzcoa y Barcelona. El Gobierno respondía al descontento social alternando las subidas salariales con el estado de excepción para Asturias y la detención de cientos de huelguistas, entre ellos numerosos comunistas, la desposesión de encargos de enlaces y un importante número de desterrados[70].

Por su parte, la dirección del PCE analizaba el desarrollo de las huelgas y trataba de superar las deficiencias observadas, y Carrillo insistía en la necesidad de darle a la Comisiones Obreras un «carácter más estable (…) que no se disuelvan y que actúen a la cabeza de los trabajadores permanentemente»[71]. En aquel marco de relación laboral individualizada, el malestar obrero se manifestaba también con otro tipo de conflictividad, de menor repercusión social que las huelgas, que podía terminar en las Magistraturas de Trabajo y que, si bien no se proyectaba fuera de las factorías, si contribuiría a fortalecer la conciencia de clase y la disposición a participar en los conflictos colectivos y ampliar la base social de las protestas[72].

En medio del movimiento huelguístico de estos años, las elecciones sindicales del otoño de 1957 volverían a poner a prueba la consistencia de la estrategia entrista del PCE, que ya disponía de militantes y organizaciones con cierta estabilidad en la minería asturiana, el País Vasco, Madrid, Barcelona, Valencia, Alicante Andalucía o en Galicia y otras regiones. Después de una reunión en París con militantes del interior para preparar las elecciones, una vez más se alentaba desde Mundo Obrero la participación y las candidaturas unitarias[73]. En esta ocasión, la actitud de los trabajadores fue más receptiva. Animados por las huelgas pasadas, las diferentes formas de protesta laboral contribuyeron a mejorar los resultados. Las elecciones fueron el primer éxito de las tácticas entristas en la minería asturiana, en la construcción, químicas, artes gráficas, metal o Telefónica en Madrid, en Sevilla y en el Marco de Jerez donde se repetían los buenos resultados de 1954 y en Galicia, Valencia o el País Vasco también se consiguieron algunos enlaces[74].

Los límites de la economía autárquica obligaron a un cambio de Gobierno y los ministerios económicos quedaron en manos de los tecnócratas del Opus Dei, que comenzaron a introducir las medidas liberalizadoras, antesala del Plan de Estabilización de 1959. En ese escenario político, la dirección comunista realizó

una lectura muy optimista del movimiento huelguístico de los últimos años y optó por la huelga general como el instrumento pacífico que debería conducir al final de la dictadura. Con ese objetivo convocó dos movilizaciones generales de carácter político con la idea de sumar a todas las fuerzas de la oposición. La primera, una Jornada por la Reconciliación Nacional contra la carestía de la vida, por la amnistía y las libertades políticas (5 de mayo de 1958) y, la segunda, la Huelga General Pacífica (18 de junio de 1959). En ambas convocatorias se enviaron al interior cuadros y dirigentes como Ignacio Gallego para promover la huelga y los militantes trabajaron disciplinadamente para difundir la consigna y paralizar el país, pero el seguimiento fue mínimo y aunque la dirección del PCE realizó una valoración triunfalista de las movilizaciones, solamente consiguió alarmar al Gobierno, que respondió con la detención de numerosos comunistas[75]. Sin embargo, mantuvo la estrategia. para la que encontraba nuevos argumentos en las perspectivas que abría la lucha contra el Plan de Estabilización y las elecciones de los nuevos jurados que deberían protagonizar la negociación de los convenios colectivos a partir de 1960.

La política económica del nuevo Gobierno obligaba a introducir cambios en el marco de relaciones laborales. En 1958 promulgó la Ley de Convenios Colectivos, complementada con las Normas de Obligado Cumplimiento que intermediarían entre trabajadores y empresarios cuando fuese necesario. Los cambios requerían un nuevo reglamento de enlaces y jurados de empresa, que debían garantizar la representación de la parte social en la negociación colectiva. La estrategia entrista del PCE y de las organizaciones católicas encontraba una nueva vía de penetración en la OSE, porque la posibilidad de negociar los salarios y las condiciones de trabajo daba a los enlaces jurados una nueva dimensión, pues permitiría la visualización de la utilidad práctica de las tácticas entristas y la importancia de las elecciones de enlaces.

En enero de 1960, el VI Congreso del PCE confirmaba la línea de las huelgas políticas y aprobaba un programa de lucha que incluía la subida de salarios y la recuperación de las primas y pluses anteriores a la aplicación del Plan de Estabilización y «a igual trabajo igual salario» para mujeres y jóvenes, junto a reivindicaciones sociopolíticas como la salida de los empresarios de la OSE; el derecho de reunión; garantías para los enlaces y vocales jurados, el derecho de huelga y la amnistía[76]. Por cuarta vez en poco más de diez años los comunistas trataron de formar candidaturas unitarias y garantizar la presencia de sus militantes, mientras en las grandes empresas crecían las protestas obreras en un escenario ya tensionado por la negociación de los primeros convenios y la

lucha contra las consecuencias de la estabilización.

Desde la OSE se intervino activamente en el proceso electoral. El ministro Solís Ruiz prometía liberar al verticalismo de su carga política ideológica para convertirlo en un Sindicato de participación y sus jerarcas contrarrestaban la propaganda comunista difundiendo consignas para los enlaces, «elementos indispensables en el mantenimiento de la paz social, y no, como algunos creen o fingen creer, delegados de la hostilidad sindical para la perturbación del trabajo»[77]. Por su parte el PCE engrasaba su maquinaria electoral llamando a participar y defender las candidaturas unitarias; publicitaba el programa general; daba indicaciones a los enlaces elegidos para la segunda fase y alentaba la formación de comisiones de obreros para organizar unitariamente la campaña electoral en las factorías en las que habían estabilizado su organización, caso de las cuencas mineras y la siderometalurgia asturiana, gracias al trabajo de cuadros como Eduardo Rincón y Horacio Fernández Inguanzo[78]. Algo similar ocurría en el marco de Jerez en Andalucía, donde ya existían enlaces elegidos en anteriores convocatorias aplicando las tácticas entristas, más por propia iniciativa y por la necesidad de disponer de instrumentos para defender sus demandas laborales, que por las consignas que recibían desde REI. A finales de 1960 los comunistas disponían de células estables en Trebujena, Sanlúcar, Puerto de Santa María y otras localidades del Marco; trabajadores como Emilio Fábregas, Manuel Romero Pazos, el anarquista Juan Rodríguez Galán o Francisco Cabral se habían convertido en líderes de prestigio y estaban en condiciones de encabezar las candidaturas para asaltar el segundo nivel del Sindicato vertical[79].

También en los grandes astilleros de Vigo y Ferrol los comunistas disponían de células estables y militantes, veteranos y jóvenes, dispuestos a participar en las candidaturas. En la Empresa Nacional Bazán se había consolidado un núcleo de comunistas, encabezado por Julio Aneiros, Francisco Fernández Filgueiras y Francisco Fernández Vidal, con los que contactó Amador Martínez Ramón, un cuadro enviado por la dirección de París para reorganizar el Partido en Galicia. Esa conexión facilitó la preparación de las elecciones, a las que llegaron con cerca de cien militantes, un aparato de propaganda propio y células en diferentes secciones del astillero, lo que posibilitó una candidatura de comunistas, católicos e independientes. Algo similar ocurría en los astilleros vigueses, en Barreras y sobre todo en Vulcano, donde los comunistas ya habían conseguido varios enlaces en 1957, donde también confluyeron jóvenes trabajadores con militantes veteranos como Manuel Rey, Enrique Grandal, Antonio Abalo Nieto y Ventura

Areal, que escuchaban REI y distribuían Mundo Obrero[80]. En otras regiones industriales como Cataluña o Madrid, el rejuvenecimiento de la militancia y la reorganización de las células permitió a los comunistas presentar candidaturas unitarias con trabajadores de la HOAC, sobre todo en el sector del metal madrileño donde Marcelino Camacho, Víctor Díaz Cardiel y otros comenzaban a ejercer posiciones de liderazgo.

Los resultados mejoraron sensiblemente los de anteriores convocatorias. Fueron excelentes en el Marco de Jerez, en la minería asturiana, en la Bazán de Ferrol o en Vulcano. También en Cataluña o en el País Vasco los resultados invitaban al optimismo del PCE. Los enlaces elegidos, los comunistas entre ellos, iban a ser actores esenciales en las luchas laborales que enmarcaron la negociación colectiva como antesala de las huelgas de 1962[81].

El descontento obrero se agudizó con la tensión social que generaba el inicio de la negociación de los convenios y la introducción de métodos de organización científica del trabajo que definían, entre otros factores, los tiempos para cada tarea. La aplicación de modelos tayloristas como el Bedaux o el Gombert intensificaron la explotación de la fuerza de trabajo por los ritmos impuestos y por su naturaleza sancionadora, lo que daría lugar a numerosas protestas y a una conflictividad colectiva que se iba a prolongar durante toda la década[82]. Los enlaces, comunistas, independientes y de la HOAC, dinamizaron los jurados y los comités de seguridad e higiene en el sector del metal, en la construcción naval y en Asturias, donde la insatisfacción de los mineros se agudizó por las condiciones de trabajo y por el agravio comparativo que supuso la subida salarial conseguida en el convenio provincial del sector sidero-metalúrgico[83]. El ambiente de profundo malestar que los comunistas habían contribuido a crear, estallaría finalmente en la primavera de 1962 con una fuerza e intensidad que no se vivía desde 1934. La chispa que encendió la huelga, a principios de abril, fue el trabajo a turnos impuesto en el grupo Nicolasa de Mieres y la negativa de la dirección a subir el valor de los destajos. Los mineros respondieron ralentizando el ritmo de trabajo hasta abandonarlo. A la inmediata suspensión de empleo y sueldo respondieron extendiendo el paro en la empresa que, a su vez, respondía con la rescisión de los contratos. A partir de ese momento la huelga se extendió por las cuencas mineras y otros sectores productivos convirtiéndose en una huelga general de manera imparable[84]. Después de dos meses, los trabajadores se reincorporaron al trabajo entre el 4 y 7 de junio, habiendo conseguido una subida salarial y reclamando la libertad de los 356 detenidos. El terremoto huelguístico tendría una réplica de menor intensidad a mediados de agosto en la

cuenca del Caudal [85]. Y, una vez más, la minería asturiana abría la espita del movimiento huelguístico y su eco se difundió, con más o menos intensidad, desde Galicia a Madrid, desde Andalucía a Cataluña, Valencia, Aragón, el País Vasco, las dos Castillas o Baleares[86]. Los trabajadores vieron reconocidas sus reclamaciones, pero también la represión llevó a la cárcel a cientos de obreros, que recibían manifestaciones de apoyo y la solidaridad de diferentes sectores profesionales de España y diversos países europeos.

Las huelgas de 1962 tuvieron otras consecuencias, tanto para la dictadura como para la oposición política y las organizaciones obreras. El Gobierno comprobó la debilidad de las estructuras de la OSE para contrarrestar las tácticas entristas y su incapacidad para garantizar la concordia social y, rebasado por las comisiones de obreros, tenía que reconocerlas como interlocutoras. El intento de silenciar las huelgas también fue superado por los instrumentos propagandísticos del Partido Comunista en una batalla mediática que sorprendió a la dictadura, incapaz de acallar las emisiones de Radio España Independiente[87]. El dictador se vio obligado a mencionarlas, aunque solo como «incidentes laborales» producto de la subversión comunista y demás enemigos exteriores. También el ministro Solís Ruiz se esforzó por reducir sus efectos y visitaba algunas provincias defendiendo el papel mediador de la OSE como representación del verdadero sindicalismo[88]. Y en julio, la remodelación del Gobierno afectaba a los ministros de Trabajo, Información y Turismo e Industria; se aprobaba una ley para regular los conflictos en las relaciones laborales y posteriormente se creaba un tribunal especial, el TOP, para juzgar los delitos derivados de la conflictividad laboral[89].

La oposición social y política salía reforzada de unas huelgas que valoraba de formas muy diferente. PSOE y UGT minimizaban el papel de los comunistas y sus planteamientos entristas y el PCE confirmaba el acierto de su estrategia y el papel determinante jugado por las comisiones obreras y los enlaces[90]. Desde Asturias se promovía «la creación de comisiones obreras unitarias de la Oposición Sindical y el reforzamiento de las ya existentes (…) elaborar las reivindicaciones de cada mina y empresa, organizando y dirigiendo la lucha por su consecución y estableciendo entre ellas una coordinación de tipo local y provincial». En esa misma dirección apuntaban otras regiones como Galicia después de reunirse con la dirección del Partido en París[91].

Desde 1962 los militantes obreros del Partido Comunista trabajaron en el desarrollo del movimiento obrero en un contexto marcado por la conflictividad

laboral, las elecciones sindicales y algunas confusiones internas relacionadas con la articulación social de la clase obrera en la lucha contra la dictadura. Las huelgas fortalecieron sus organizaciones en las factorías con la entrada de jóvenes obreros fogueados en ellas y la dirección apostaba por las Comisiones Obreras. Las reuniones con los cuadros obreros permitieron dar forma teórica a los rasgos sociopolíticos y organizativos que las caracterizarían, a pesar de las confusiones que generó, entre la militancia, el término «oposición obrera», que apareció en una reunión del Buró político a finales de 1958. Utilizado para definir las diversas formas de lucha del Partido, en principio apenas tuvo eco en las resoluciones ni en la información publicada por Nuestra Bandera y Mundo Obrero. Sin embargo, se hicieron eco de ella los militantes madrileños que en enero de 1959 publicaban el boletín Lucha obrera, autotitulado Portavoz de la oposición obrera[92]. El VI Congreso, que eligió a Carrillo como secretario general, tampoco dedicó gran atención al tema. Sus documentos destacaban la importancia de las Comisiones y la necesidad de crear una red de comités del Partido en las factorías en el camino hacia la Huelga General Pacífica[93]. Mundo Obrero alentaba la creación de comisiones o comités permanentes de oposición sindical para aprovechar el «ambiente favorable a la lucha de los obreros», o se identifican como la misma organización al hablar de formar «las Comisiones de unidad, es decir de la oposición obrera» para combinar el trabajo legal de los jurados con las acciones extralegales y para contactar con otras comisiones de unidad[94]. Incluso, en algunas organizaciones, se entendió que la «oposición obrera» era el modelo sindical que proponía el Partido a pesar de la publicación de textos aclaratorios sobre la organización de los trabajadores[95].

Poco después, Santiago Carrillo en el Pleno del Comité Central, se refería a la Oposición Obrera y a los comités unitarios, pero en ningún momento hablaba de un modelo de organización sindical. En ese mismo Pleno, Fernando Claudín, miembro del Secretariado y del Comité Ejecutivo, teorizaba sobre las Comisiones de obreros, «esporádicas, pero no espontáneas», porque después de los conflictos no desaparecían, sino que «duermen», hasta que volvían a reactivarse cuando la conflictividad lo «hace absolutamente necesario» [96]. Nuestra Bandera, al mismo tiempo que publicaba los textos del pleno del Comité Central, ponía en marcha una encuesta sobre la cuestión y Carrillo utilizó la publicación de los resultados para definir la Oposición Obrera como el conjunto de luchas producto de la estrategia y las tácticas del entrismo: «esto lo venimos haciendo desde hace muchísimos años (…) combinando las posibilidades legales con el trabajo ilegal y así se ha ido desarrollando un amplio movimiento de Oposición Sindical iniciado e impulsado por los comunistas» en el que

participaban los católicos de la HOAC, aunque en su caso desde la legalidad que amparaba la Iglesia para penetrar en los sindicatos verticales «sin riesgos». Criticaba la posición de las direcciones de la CNT y la UGT para rechazar la división sindical del pasado y centrarse en la aparición y evolución en el tiempo de las Comisiones obreras que consideraba «la base de la Oposición Sindical (…). En un periodo anterior estas Comisiones surgían en ocasión de una reivindicación para disolverse cuando esta era obtenida, tenían un carácter accidental (…). A medida que la lucha obrera se eleva estas Comisiones van adquiriendo un carácter permanente (…) sus miembros son delegados directos de la masa de obreros (…)». Repetía argumentos ya explicitados por Claudín sobre su formación y organización en las empresas, sobre la necesidad de formar una Comisión que coordinase a todas las demás y sobre su papel en las juntas sociales, para lo cual se necesitaba que el «grado de organización de las Comisiones obreras se eleve; de que surjan y se desarrollen más arriba del nivel de la empresa» y del trabajo que deberían realizar los grupos de la Oposición Sindical[97].

La confusión y la doble denominación se mantuvo hasta mediados de los años sesenta, con los boletines de diferentes provincias y algunos documentos utilizando indistintamente la denominación de «comisiones obreras» y «Oposición Sindical Obrera»[98]. Finalmente, las reuniones celebradas en Francia entre la dirección del PCE y los cuadros obreros pusieron el punto final a aquella confusión. En el coloquio de 1965 aún se hacían referencias a la Oposición Obrera, aunque las intervenciones se centraron en la formación de las comisiones obreras y en comunicar los avatares de su organización en las diferentes provincias; resaltar su presencia en la sociedad e incluso la relación con personalidades del régimen y algunos ministros o sobre la formación de la Comisión Provincial de Madrid, en la que eran mayoría los comunistas. Ya en la reunión de septiembre de 1966, se reconocía la confusión y se ponía punto final a la cuestión:

Parece claro que los camaradas habían confundido la Oposición Sindical que es un movimiento amplio que abarca a todo el mundo… lo habían confundido con un sindicato… es más incluso le habían dado ya hasta la forma esa, cuando la forma real de la Oposición Sindical eran las Comisiones Obreras…[99].

A pesar de esas dudas teóricas, desde 1962 la mayor parte de los cuadros obreros del PCE dedicaron sus esfuerzos a promover la creación de comisiones en las factorías en las que disponían de células estables, coordinándose más allá de los centros de trabajo para ir constituyendo comisiones provinciales, en un contexto de conflictividad laboral y a pesar de las numerosas detenciones que sufrieron en esos años. Desde la Comisión Obrera Provincial de Vizcaya en 1963, fueron apareciendo en Barcelona, Madrid, Asturias, Galicia, Andalucía, Castilla la Mancha, Aragón, Valencia y, con otro nivel de organización en el resto de las provincias. El proceso de estabilización determinó también la composición ideológica de las comisiones, que los comunistas compartían con católicos de la HOAC y las JOC, socialistas de Tierno Galván (PSI), del Front o del MSC en Cataluña y algunos nacionalistas vascos e independientes. Los comunistas las hegemonizaban en Asturias, Madrid, Galicia, Valencia, Castilla la Mancha, Andalucía o Aragón, mientras que en Cataluña y el País Vasco eran más equilibradas y plurales[100].

El VII Congreso del PCE mantuvo las conocidas propuestas de trabajo para el movimiento obrero, y los cuadros obreros de todas las provincias se reunían de nuevo en Francia para analizar las perspectivas del movimiento de las Comisiones Obreras y para diseñar la campaña y el programa electoral ante las elecciones sindicales. En esa reunión Carrillo valoraba el salto cualitativo alcanzado, insistía en la independencia de las Comisiones, propugnaba unificar las reclamaciones laborales e integrar las reivindicaciones políticas en el programa electoral y decidir las tácticas frente a la burocracia sindical. Las intervenciones mostraron que las confusiones anteriores se habían solventado y la única referencia de organización eran las Comisiones Obreras. En la reunión se debatió y aprobó la plataforma reivindicativa, se propuso realizar una declaración nacional sobre las elecciones y se avanzaron los rasgos sociopolíticos que definirían a las Comisiones Obreras porque «estaban en condiciones de dar un salto cualitativo». Decidieron dar la batalla en las elecciones para ganarlas, enfrentarse a las tácticas del Vertical y preparar las candidaturas, pero sin ocupar todos los puestos por los militantes «…para dejar una parte para el trabajo político en las fábricas» y, ante las propuestas de lanzarse a formar una Comisión Nacional, el secretario general mostraba sus reticencias para no dar pretexto a la OSE para dificultar o rechazar las candidaturas de las Comisiones[101].

Las elecciones de 1963 se habían celebrado bajo el impacto de las huelgas de 1962, y sus consecuencias represivas habían dividido a los comunistas ante ellas.

En Asturias y Vizcaya fueron boicoteadas por el riesgo de las prácticas entristas y como respuesta a la negativa a liberar a los trabajadores detenidos. En Andalucía, en Madrid, en el contexto de la negociación del convenio del metal y la formación de su comisión provincial, decidieron participar con aceptables resultados. En Barcelona y su área consiguieron un buen número de enlaces[102]. En otros lugares como Galicia la actitud fue diversa, en Ferrol los militantes comunistas se abstuvieron, mientras en Vigo avanzaron posiciones en el sector de la construcción naval[103].

El escenario en que se celebraron las elecciones de 1966 era muy diferente. Los militantes comunistas estaban en condiciones de volcarse en una campaña electoral cuyas líneas generales se habían diseñado en el VII Congreso y en el coloquio del movimiento obrero de ese año en Francia. A pesar de que tenían numerosos militantes detenidos, pusieron en marcha todos sus recursos de movilización social y realizaron asambleas y reuniones en localidades y empresas para elegir a los trabajadores que formarían las candidaturas de las Comisiones Obreras, que formalizaron con católicos de la HOAC y las JOC, independientes y algunos cenetistas y socialistas que se decidían a participar en contra de las directrices abstencionistas que mantenían aun las direcciones de la UGT y la CNT[104].

Si, para la dirección del PCE, la batalla electoral era fundamental para el futuro del movimiento obrero y para su estrategia de oposición a la dictadura, también la OSE entendía su importancia. El ministro Solís Ruiz se implicaba en la campaña mediática poniendo en marcha el eslogan «Vota al mejor» al tiempo que prometía un sindicalismo renovado, más abierto y participativo y una nueva Ley Sindical. Se aprobaba un nuevo reglamento y la elección de todos los cargos por sufragio libre y secreto e invitaba a las organizaciones sindicales internacionales para que asistieran a las elecciones. Por otro lado, las estructuras provinciales de la OSE ponían en marcha todos sus medios de propaganda electoral, editaban folletos para promover a sus candidatos, ponían todo tipo de trabas para la presentación de las candidaturas de las Comisiones y dificultaban el acceso a los locales sindicales para la celebración de asambleas.

A pesar de esa campaña obstruccionista la confrontación abierta con el verticalismo y los resultados electorales fueron el comienzo de un cambio que sería imparable. En aquel clima de confrontación electoral y con la presencia de una delegación de sindicalistas europeos invitada por las Comisiones Obreras, la asistencia a los colegios electorales fue masiva, en muchos centros industriales

con porcentajes entre el 83 por 100 y el 90 por 100 del censo electoral (Barcelona y Galicia). El triunfo de las candidaturas obreras fue total en las grandes empresas de algunos sectores como el metal en Barcelona, el Bajo Llobregat, Sabadell, Tarrasa o en Madrid y las grandes factorías industriales de Vigo, Ferrol, Coruña y Lugo (Bazán, Barreras, Vulcano, Fenya, Pebsa…)[105]. Los resultados eran similares en Sevilla, Málaga, Cádiz, Valencia o Zaragoza. Un número importante de los elegidos eran jóvenes militantes del Partido Comunista (en Barcelona el 75 por 100 eran menores de treinta años) y parte de esos resultados se repitieron en la segunda fase de las elecciones, donde los candidatos de las Comisiones Obreras conquistaron numerosos puestos en las secciones sociales e incluso con presidentes y vicepresidentes[106].

LAS COMISIONES OBRERAS Y LA CONFRONTACIÓN SOCIOPOLÍTICA CONTRA EL ESTADO FRANQUISTA (1967-1975)

Los resultados de las elecciones abrieron una nueva etapa para las Comisiones Obreras y permitirían un salto cualitativo para su organización, expansión y coordinación y también para la estrategia política del Partido Comunista. El Gobierno, leyó los resultados en clave política y entendió el peligro que suponía la mayoritaria presencia de las Comisiones Obreras en las factorías españolas, e iba a abandonar las tácticas dialogantes y de relativa tolerancia del ministro Solís. La abundante información que proporcionaba la BPS de la propaganda comunista confiscada, permitía cotejar los propuestas y programas del Partido Comunista y las Comisiones y daría suficientes argumentos al Gobierno para establecer una relación directa entre ambas organizaciones e incrementar la presión judicial sobre los militantes obreros.

Desde 1964 los recursos presentados contra las sentencias del Tribunal de Orden Público ofrecían al Tribunal Supremo la posibilidad de ir creando jurisprudencia hasta que finalmente a comienzos de 1967 emitía una sentencia (39, II 1967) que declaraba ilegales a las Comisiones Obreras, por ser «una organización consagrada a la lucha social y al desorden», por su irregular constitución y atentar contra la Ley de Unidad Sindical de 1940 y por su analogía con los objetivos del PCE. Hasta el final de la dictadura fue la organización contra la que más sentencias dictaron el TOP y el Tribunal Supremo[107].

Las elecciones colocaron a la mayoría de los cuadros obreros comunistas en la primera línea de la negociación colectiva, convertida a partir de ese momento en el más importante instrumento en la estrategia de lucha contra la dictadura. Los cargos sindicales podrían convocar reuniones y asambleas para preparar las plataformas reivindicativas, conocer las reclamaciones de los trabajadores y pulsar su disposición para la presión social en defensa de sus reivindicaciones durante la negociación de los convenios. Los enlaces y líderes obreros comunistas utilizaron las reuniones, las asambleas y los instrumentos de presión social para fortalecer su posición en los jurados de empresa, ampliar la base social de apoyo a las Comisiones y para captar nuevos cuadros. La dirección del PCE veía a las Comisiones Obreras como el principal instrumento de lucha política contra la dictadura y las reuniones de los cuadros comunistas les permitieron diseñar y conciliar los instrumentos y la estrategia de confrontación con la línea ya decidida a finales de los años cincuenta. Estas directrices fraguarían definitivamente en la primera reunión general que trazaría un camino hacia la Huelga General Nacional, al mismo tiempo que la practica asamblearia facilitaría la coordinación de las Comisiones en los diferentes niveles territoriales[108].

En junio de 1967 celebraban en Madrid la Primera Asamblea Nacional con asistencia de representantes de numerosas provincias, en la que consolidaron los rasgos sociopolíticos que los cuadros obreros comunistas habían comenzado a diseñar en los encuentros de 1963, 1965 y 1966 y confirmados en el VII Congreso del PCE. También aprobaron un programa de reivindicaciones laborales, salariales y sociales en línea con los que ya venían defendiendo desde las elecciones sindicales pasadas, rechazaban el contenido de la Ley Sindical de Solís Ruíz y asumían como alternativa el anteproyecto elaborado por las Comisiones de Madrid, que deberían enriquecer las organizaciones provinciales e incluir «las reivindicaciones nacionales que fuesen decididas unitaria y democráticamente por las Comisiones Obreras del País Vasco, Cataluña o Galicia»[109]. Además, constataban el «enorme impulso aportado a la lucha de las Comisiones Obreras por los núcleos de mujeres integrados dentro de las mismas» y el crecimiento de trabajadores jóvenes por lo que decidían crear núcleos específicos de estos sectores.

El trabajo de los cuadros comunistas en las Comisiones contribuyó también a incrementar los niveles de militancia, y su base social incluía a los trabajadores de las Juventudes Comunistas, que sobre todo en el sector del metal constituyeron las Comisiones Obreras Juveniles, algo similar a los que también

hicieron las trabajadoras que formaron grupos específicos de mujeres en algunos sectores industriales[110].

Las reuniones generales continuaron perfilando aún más los rasgos teóricos que ya habían tomado cuerpo en los primeros documentos de alcance general: Ante el futuro del sindicalismo y ¿Qué son las Comisiones Obreras? Las asambleas incluyeron las reivindicaciones políticas y los derechos y libertades de las nacionalidades históricas del País Vasco, Cataluña y Galicia que eligieron sus propias coordinadoras y direcciones nacionales. También confirmaban su apuesta por la unidad y el pluralismo ideológico, la independencia y el funcionamiento democrático[111]. La dirección del PCE compartía esa visión unitaria «en el terreno del progreso político social y material, en el terreno de la libertad, España solo puede ganar si marchamos por esa vía de colaboración entre católicos y marxistas»[112]. Si bien, en el trabajo cotidiano, los cuadros comunistas encontraban dificultades para colaborar con los militantes católicos, porque no tenían la misma visión estratégica[113].

Los comunistas, que llevaban años dando estabilidad y solidez teórica a las Comisiones Obreras y enviando cuadros cualificados al interior y aportando sus bases militantes más activas[114], también aportaron otros recursos esenciales para el movimiento obrero. Desde los años cincuenta los trabajadores recurrían a algunos abogados para presentar las demandas individuales en las magistraturas de trabajo y sus servicios jurídicos eran necesarios en los consejos de guerra, aunque en este caso solo como asesores de las defensas militares. Ante esas necesidades procesales, a finales de los cincuenta, algunos cuadros obreros del PCE conectaron con los militantes que estaban organizados en el Colegio de Abogados de Madrid para convencerles de la necesidad de disponer de un grupo estable que asesorase laboralmente y amparase jurídicamente a los presos políticos. La necesidad se incrementó con las huelgas de 1962 y sus procesos, en 1963, María Luisa Suarez, Antonio Rato y Amandino Rodríguez Armada, que asistieron a un seminario en Arrás, volvieron con la decisión de montar un despacho laboralista en Madrid que comenzaría a funcionar en 1965. El despacho de Cruz 16, formado finalmente por María Luisa Suárez, Antonio Montesinos y José Jiménez de Parga, se unía a los que ya tenían Antonio Rato y José Manuel López, además de los de otros como Rodríguez Armada, Luis Castillo, Carrasco Masdeu, Flórez Plaza, Gregorio Ortiz y los que, desde años antes, tenían abiertos en Barcelona Josep Solé Barberá y August Gil Matamala. Aquella iniciativa tuvo un efecto inmediato en los militantes que planearon extenderla al resto de las provincias[115].

El bufete de Cruz 16 se convirtió en el principal centro de formación del laboralismo del PCE, donde realizaban las prácticas jóvenes licenciados como Manuela Carmena, Cristina Almeida, José Luis Núñez, Juan José del Águila, M.a Teresa García, Juan Hernández, Jesús García y otros de las siguientes generaciones de laboralistas del PCE. Cruz 16 fue el origen de una red que se extendió rápidamente por Madrid: Modesto Lafuente, Españoleto, Atocha, Getafe y otras localidades de la periferia. También en Barcelona se creaban el despacho de Luis Salvadores, el de Albert Fina y Monserrat Avilés, una vez afiliados al PSUC y otros con los nuevos letrados que estos iban formando. La expansión fue similar en el resto de las regiones, Andalucía, Canarias, Valencia, Alicante, Asturias, Aragón o Galicia, donde los abogados comunistas, en ocasiones con independientes, fueron organizando sus propios despachos[116]. La importancia del trabajo de los abogados iba más allá de la defensa procesal en las magistraturas o ante el Tribunal de Orden Público y el resto de las instancias judiciales de la dictadura. Los letrados promovían documentos denunciando las torturas y malos tratos a sus defendidos o en demanda de la amnistía, visitaban a los presos en las cárceles, etc. Y, sobre todo, esos despachos se convirtieron en espacios de libertad, pues su función en el asesoramiento en la negociación de los convenios ofrecía cobertura legal para las reuniones de los trabajadores y enlaces sindicales, lo que era posible por la conexión política que los abogados mantenían con la dirección del Partido[117]. Los despachos fueron además verdaderas escuelas de derecho del trabajo y las clases las impartían los laboralistas fuera del horario normal o en los fines de semana. Esa tarea de información y de formación jurídico laboral la realizaban también con la edición de hojas informativas en cada despacho y con diferentes boletines. El primero, Ecos del Foro, impreso clandestinamente, desaparecería con la detención de su máximo responsable, el abogado Gregorio Ortiz Ricol. Años después, en Cruz 16 decidieron publicar el Boletín de Información Jurídico Laboral, que finalmente sería cerrado por el Ministerio de Información y Turismo en 1967. Y ya en 1970, los letrados comunistas de Madrid y otras regiones españolas decidieron la creación de una revista de las Comisiones Obreras: Gaceta de Derecho Social[118]. Todo ese trabajo militante atrajo también la atención y la vigilancia de la BPS y en consecuencia la represión. Cuarenta y seis letrados fueron procesados en el TOP y otras instancias, entre ellos muchos militantes del PCE[119].

El otro recurso imprescindible para el movimiento obrero fue el aparato de propaganda que igualmente aportaban las organizaciones del PCE y el PSUC. En este caso, el celo con que se respetaba su seguridad era máximo, pues constituía

uno de los principales objetivos de la Brigada Político Social[120]. Sus responsables, de acuerdo con la dirección del Partido, decidían el lugar más seguro para construir su localización, generalmente en propiedades de militantes que no participaban en actividades de riesgo. Unos recogían y elaboraban la información, otros preparaban los clichés que trasladaban al lugar donde se imprimía y después el responsable la distribuía gracias a una red de militantes y colaboradores. También era necesario disponer de una red de comercios y librerías amigas, en muchos casos propiedad de miembros del Partido que proporcionaban el papel, la tinta o las multicopistas. Su funcionamiento era la garantía de estabilidad para la organización y fundamental durante los grandes huelgas y conflictos, en los que la toma de decisiones era difundida diariamente[121].

Los militantes comunistas también utilizaron recursos legales, asociaciones culturales o los clubs de amigos de la UNESCO, que ofrecían la coartada legal para realizar reuniones, distribuir propaganda y consignas durante los conflictos laborales. Funciones que también realizaban desde las asociaciones de vecinos o las comisiones de barrio. Por ultimo los líderes comunistas fueron capaces de crear redes de aliados influyentes en la prensa legal o en otros ámbitos que colaboraban en la organización de las protestas o en la difusión mediática de los conflictos[122].

Desde 1967, el Estado franquista, apoyado en las sentencias citadas y los estados de excepción, incrementó las detenciones y juicios en el TOP y la presión policial para encontrar los aparatos de propaganda, dificultar la expansión de las Comisiones y debilitar la presencia de sus enlaces en los jurados. En esos años, el Gobierno para privarles de sus instrumentos de movilización social, bloqueó la negociación colectiva y aplazó las elecciones sindicales de 1969, una medida destinada a evitar que sustituyeran a los enlaces detenidos o desposeídos de sus cargos. Sin embargo, el movimiento obrero se retroalimentaba con la misma conflictividad laboral y, a pesar de la represión, fortalecía la organización de las Comisiones Obreras. En la segunda mitad de los años sesenta, la crisis económica, los topes salariales y los expedientes de crisis agravaron la situación de las familias obreras, lo que desencadenó una oleada de conflictos en diferentes regiones industriales. La continua caída de militantes no impidió que los conflictos afloraran en empresas como MACOSA; en otros casos como Madrid fueron de menor intensidad, o en Cataluña, donde el debate interno dificultó la organización de protestas laborales. En la minería asturiana se mantuvieron los niveles de protesta, lo mismo que en Andalucía. En el País

Vasco, la conflictividad alcanzó su mayor intensidad con la huelga de Laminación de Bandas de Echevarri, desde finales de 1966 hasta mayo de 1967, y mantuvo una línea creciente en los años siguientes con conflictos en la Babcock Wilcox, General Eléctrica o La Naval. También en Galicia se inició un ciclo huelguístico en varios sectores industriales que fue creciendo hasta su culminación en 1972: en las empresas pesqueras de PEBSA en A Coruña y PYSBE en Ferrol, en la Empresa Nacional Bazán y en los astilleros de Vigo. Esta marea de conflictividad evidenció la capacidad movilizadora de las Comisiones Obreras para mantener las huelgas, que, en el caso gallego, consiguieron evitar los despidos, aunque sus líderes, en su mayor parte comunistas de la Bazán, fueron sancionados con la suspensión de cargos sindicales y juzgados en el TOP, algo que también ocurriría en el resto de las provincias, sobre todo en Valencia y en Vizcaya[123].

En el contexto de esa conflictividad se fueron consolidando otros rasgos teóricos que ya estaban presentes en experiencias anteriores y teorizadas por los cuadros comunistas en sus reuniones parisinas y en las generales de las Comisiones. Uno de esos aspectos fue el funcionamiento democrático que tenía en las asambleas el principal instrumento de participación y debate. Por otro lado, la notable presencia de comunistas en los jurados de empresa favoreció la construcción de sus liderazgos, lo que también suponía asumir los riesgos que comportaban, porque los convertía en objetivos prioritarios de despido y de la atención policial. De ahí las continuas detenciones que culminarían en procesos como el 1001 y el de «los 23 de Ferrol»[124].

Los líderes obreros utilizaban las asambleas para cohesionar a los trabajadores, aglutinar sus fuerzas y medir su capacidad de presión a la hora de decidir la acción colectiva, que podía llegar a la huelga. Presión social y negociación fueron convirtiéndose en los pilares del modelo de acción sindical y de movilización colectiva de las Comisiones Obreras. Esos líderes dieron coherencia teórica al movimiento de las Comisiones y contribuyeron a madurar sus instrumentos de lucha sociolaboral, y formaron parte de su base social, el recurso más importante que el PCE aportó al movimiento obrero que a comienzos de los años setenta ofrecía un variado nivel de compromiso. En una primera línea se situaban los líderes, enlaces y vocales jurados, que asumían las responsabilidades arriba mencionadas[125]; en un segundo nivel estaban otros cuadros que iban formándose al calor de los conflictos y las movilizaciones, que organizaban la distribución de la propaganda e incluso sustituían a los detenidos en los momentos de necesidad, lo que sería una constante a partir de esta etapa.

Y, en la base, un tercer nivel de militancia, con menor carga de compromiso, que apoyaba los paros y las huelgas, participaba en las manifestaciones, difundía las reivindicaciones y las consignas, colaboraba en la extensión de la solidaridad o en la tarea de distribuir la propaganda y la prensa clandestina y muchas veces pasaba a asumir tareas de mayor compromiso. Junto a ellos los trabajadores de otras tendencias ideológicas, que asumían un nivel menor de riesgo, salvo excepciones.

A pesar del incremento de la represión facilitada por el estado de excepción de 1969, los trabajadores y las Comisiones Obreras fueron preparando el terreno para una confrontación directa con la dictadura y, desde 1970, intensificaron las protestas y las movilizaciones de carácter político laboral. En Sevilla y Granada en el sector de la construcción; en La Maquinista Terrestre y Marítima, SEAT, Harry Walker, Hispano Olivetti y otras empresas del Bajo Llobregat en Cataluña; en el Metro y la construcción de Madrid; en los largos conflictos de Peninsular Maderera y MEGASA de Ferrol en la minería asturiana y la metalúrgica en el País Vasco. Los conflictos generaron una marea de movilización social que no pudieron contener ni las detenciones ni la dureza de la policía, que incluso ocasionó la muerte de tres trabajadores en Granada y la de Pedro Patiño, importante dirigente comunista de la construcción, en Madrid. También se convocaron jornadas de lucha política por la amnistía el 30 de abril y el 1.o de mayo, y el año finalizaba con las manifestaciones, huelgas, paros y encierros en iglesias y catedrales contra el proceso de Burgos[126].

En ese contexto de protesta obrera se celebraron las elecciones sindicales de 1971 en las que, a pesar de la ofensiva policial y la gran cantidad de enlaces detenidos y sancionados con suspensión de cargos, las Comisiones fueron capaces de incorporar otros muchos y renovar sus candidaturas con nuevos cuadros[127]. Sus candidaturas consiguieron excelentes resultados, si bien no en todas las provincias. En algunas como Valencia, Andalucía o Asturias, flojearon a causa del debate sobre la participación por la represión sufrida y la elevada abstención y en el País Vasco había disparidad de participación y de resultados. En Madrid y Cataluña fueron muy buenos y en Galicia, mientras en Lugo y Coruña eran aceptables, en las grandes empresas de Ferrol y Vigo el triunfo fue absoluto[128]. Los resultados confirmaron las posiciones de los enlaces de las Comisiones y los colocaban en un escenario óptimo para enfrentarse a la negociación colectiva con la mirada puesta en la huelga general, que después del escaso éxito de las convocatorias anteriores, se entendía ya como un proceso creciente de conflictos y huelgas generales de carácter local o comarcal. La idea

fue madurando en las reuniones generales a la par de la conflictividad de principios de los años setenta, y en un contexto de negociación colectiva y de la lucha por la amnistía y las libertades políticas y contra la Ley Sindical. Una estrategia que venía planteando la dirección del PCE, que se confirmaba en su VIII Congreso (julio de 1972), con el que se iniciaba el camino hacia la creación de la Junta Democrática[129].

En ese escenario parecía inevitable la confrontación política con el Estado y tanto las Comisiones Obreras como el Gobierno pusieron en marcha sus instrumentos para la conflictividad que se intuía en el horizonte político inmediato. El Ministerio de Trabajo, desde la información que le proporcionaban los gobiernos civiles y la BPS, tenía una idea aproximada de la situación organizativa de las Comisiones Obreras y de su relación con el Partido Comunista y sus programas reivindicativos. Con esa información elaboró un amplio informe confidencial. El informe analizaba la situación social y económica para alertar sobre la conflictividad que intuía ante la renovación de determinados convenios en sectores como la construcción y el metal, con mención expresa de empresas como SEAT, la Bazán, Altos Hornos de Vizcaya, Babcock Wilcox, Astilleros españoles o la Empresa Municipal de Transportes de Madrid. También informaba sobre las altas exigencias salariales con las que los nuevos jurados iban a plantear la negociación de los convenios y en algunos casos se refería a la jornada laboral. Se alertaba del incremento de la actividad de agitación de los militantes del PCE y las Comisiones Obreras en torno a la suspensión de sanciones laborales, la libertad de los detenidos y la demanda de amnistía. Sobre ese análisis, se daban criterios a los empresarios para enmarcar la negociación de los convenios y consejos tácticos de hasta donde podían llegar sus concesiones salariales y para adelantarse e iniciar la negociación antes de que expirasen los convenios vigentes o no alargarla para «arrebatar banderas movilizadoras a las organizaciones ilegales». Se instaba a los miembros de la OSE y a los delegados de trabajo a mantener el control sobre todas las partes negociadoras. Y, ante la previsión de una explosión de conflictividad, se daban instrucciones precisas a los gobiernos civiles para reprimirla y adelantarse a la subversión del PCE y las Comisiones para darles la batalla evitando las asambleas y reuniones y activando todos los instrumentos represivos con detenciones preventivas. Se insistía, sobre todo, en perseguir sus aparatos de propaganda y, al mismo tiempo, mantener bajo control la información que debía dar la prensa legal para evitar la difusión de las movilizaciones y las huelgas, «objetivo que persiguen en todo conflicto laboral» para politizarlo e influir sobre la opinión pública… que es un objetivo primario del PC y de Comisiones

Obreras… deberá incluirse con carácter preferente en los próximos meses que se silencien o se reduzcan al máximo la mayor parte de las noticias sobre los conflictos». Y se alertaba de la batalla política que se planteaba al régimen porque «un conflicto laboral es siempre un problema político y de Orden Público»[130].

El PCE y las CCOO también sabían de antemano qué mecanismos represivos y tácticas utilizarían la OSE, los empresarios y los gobiernos civiles, porque conocían las instrucciones del citado documento. De ahí que difundían instrucciones entre sus militantes sobre la seguridad para los aparatos de propaganda, para las reuniones o cómo defenderse de las acusaciones en comisaría o a ante los malos tratos y la tortura[131].

Las previsiones del Gobierno se confirmaron meses después en los sectores y empresas mencionadas en el documento del Ministerio. En las ciudades industriales se inició una marea de conflictividad que, con algunos altibajos por la dureza represiva, iba a mantener un proceso creciente de huelgas y movilizaciones sociopolíticas hasta 1976. En el País Vasco la conflictividad social que se inició contra el proceso de Burgos se prolongaría hasta 1973; en Barcelona aun continuaba el conflicto de la SEAT, y se desencadenaba el de la Harry Walker y se extendían en el sector del textil y el metal en toda la provincia. En Madrid, tal como preveía el Gobierno, la conflictividad afectaba a los transportes, Standard, Barreiros, Perkins o CASA y en Galicia, también las previsiones del Gobierno acertaban y se ponía en práctica la teoría de la mancha de aceite. Como se preveía, todo se inició en septiembre con la denuncia del convenio de Bazán por un jurado copado por los comunistas de las Comisiones. Durante meses mantuvieron un pulso laboral y político con la empresa de construcción naval militar, es decir con el Ministerio de Marina y la OSE. Los trabajadores, conscientes de su fuerza contractual en la factoría ferrolana, plantearon la firma de un convenio de factoría, que la máxima autoridad de la OSE, Rodolfo Martín Villa, denegó, a pesar de las negociaciones de la Comisión en Madrid y de las medidas de presión de los más de seis mil trabajadores y la solidaridad de la comarca. Manifestaciones, boicot a las horas extras y a la jornada de 12 horas, paros intermitentes y las huelgas del mes de marzo, con asambleas de miles de trabajadores en la explanada de astillero, culminaron con la entrada de la compañía de la policía venida de Valladolid para desalojar brutalmente a más de 3000 trabajadores el 9 de marzo, y la durísima represión policial contra la manifestación de más de 4000 obreros que el día siguiente se dirigían al astillero de ASTANO para solicitar su solidaridad. La manifestación

solo se disolvió tras el ametrallamiento de los trabajadores, dejando en las calles dos muertos y más de cuarenta heridos, algunos muy graves. El astillero permaneció cerrado casi dos semanas, mientras la solidaridad extendía las huelgas y los paros por toda Galicia y muchas ciudades españolas. Cuando se reabrió la factoría faltaban más de cien despedidos, decenas de detenidos en la comarca y en Galicia y todos los líderes comunistas de las Comisiones en la cárcel de Coruña, además de un consejo de guerra contra varios vocales jurados y otros enlaces del PCG, varios procesos en el TOP y el juicio de los 23 de Ferrol[132].

A pesar de la dureza de la represión, la conflictividad fue creciendo en intensidad en Vigo. En marzo fueron las huelgas de solidaridad con Ferrol y durante los meses siguientes los paros y las protestas por la denuncia de los convenios de los grandes astilleros y en otros sectores por la negociación de sus convenios, como era el caso de Citroën. La experiencia de Ferrol y la conflictividad en otras ciudades españolas merecieron la atención de la dirección del PCE en su VIII Congreso, para pensar en la posibilidad de repetir la experiencia. Los dirigentes comunistas de las Comisiones en Vigo también tenían esa percepción. Podían garantizar el seguimiento de los grandes astilleros y de la mayoría de empresas donde disponían de células activas y controlaban sus jurados, pero la huelga no sería general sin Citroën. El Comité local del PCG valoraba que sus 9.000 trabajadores, con menor experiencia de lucha, no se incorporarían a una huelga de solidaridad. De ahí que la única posibilidad era que se iniciase en ella y disponían de la chispa laboral que podía encenderla: la reclamación de la jornada de 44 horas, ya que era la única de las grandes factorías que no la tenía porque la dirección se negaba a aceptarla. La huelga se puso en marcha el 9 de septiembre con una culebra que recorrió las secciones y fue llevando a la factoría al paro. La respuesta, esperada por el comité de huelga, fue fulminante y nueve trabajadores fueron despedidos, pero, también como preveían los líderes del PCG, la solidaridad llevó a la huelga a más de 30.000 trabajadores de 33 empresas de una comarca que se paralizó durante quince días, hasta que la intercomisión y el comité de huelga decidieron el repliegue. Como había sucedido en Ferrol, el aparato de propaganda funcionó perfectamente sacando una octavilla diaria, con noticias de las detenciones para extender la solidaridad ciudadana y fueron capaces de realizar asambleas y reuniones en el monte para programar las manifestaciones y protestas. Cuando decidieron la reincorporación al trabajo, las Comisiones quedaban mermadas orgánicamente por los cientos de despedidos y las detenciones y con numerosos procesos judiciales en marcha[133].

A partir de finales de 1972 se inició un breve repliegue del movimiento obrero causado por la represión. Se iniciaba una fase de reagrupamiento para relanzar su actividad con la incorporación de nuevos cuadros que sustituyeron a los represaliados, incluso en el nivel más alto de la organización de las Comisiones Obreras, ya que, entre los dos conflictos gallegos, fueron detenidos los miembros de la Coordinadora Nacional en una reunión en la que solo faltaban los representantes catalanes por un error horario y los gallegos porque todos estaban en prisión.

En ese tiempo, el PCE celebraba su VIII congreso y desde las experiencias huelguísticas y con una referencia a Ferrol, mencionado en el informe de Carrillo, decidía mantener las líneas de lucha en el camino hacia la unidad de las fuerzas políticas frente a una dictadura que daba muestras de la crisis que comenzaba a resquebraja el Estado. Eran los primeros pasos para la constitución de la Junta Democrática, y el nuevo movimiento obrero que representaban las Comisiones, ya recuperadas de la crisis temporal, jugaría un papel fundamental en la conflictividad laboral. Las calles de las ciudades españolas fueron ocupadas por los manifestantes que reclamaban la amnistía y las libertades políticas y también la libertad de los presos del 1001 y los 23 de Ferrol.

Las Comisiones Obreras, apoyaron la iniciativa del PCE, se adhirieron a la Junta Democrática en su constitución parisina y se fueron incorporando a todas las que se iban formando en las nacionalidades históricas y regiones. Fueron, durante la crisis del franquismo y los primeros momentos de la Transición, la fuerza de choque que alimentaba la agitación militante y las manifestaciones que convocaba la Junta Democrática, al mismo tiempo que mantenían la lucha por los convenios colectivos, en los que siempre incluían las reivindicaciones políticas y la amnistía.

La muerte del dictador, la lucha política de la Transición, las estrategias unitarias del PSOE y el PCE, el debate sobre reforma y ruptura enmarcaron una fase de auge de la conflictividad sociolaboral hasta las primeras elecciones generales. Los dirigentes comunistas del movimiento obrero mantenían su ya tradicional estrategia, con la mirada en el futuro inmediato y los debates tendrían que resolver sobre la unidad sindical; la independencia de la CCOO y su relación con el PCE y, en el interior, el pluralismo y la diversidad de partidos políticos que se habían integrado en las Comisiones y que discutían la evidente hegemonía de los comunistas. La mayoría de la militancia y de sus líderes, en libertad o aún en la cárcel, estaba preparados para dar el salto organizativo y teórico que se

necesitaba después del triunfo de las candidatura unitarias y democráticas en las elecciones sindicales de 1975. Todas esas cuestiones se definirían definitivamente, ya con todos los dirigentes de las Comisiones en libertad, en el proceso que culminaría en la Asamblea de Barcelona en el verano de 1976.

---

[1] Para la ISR, véase Drizdo Losovsky, La Internacional Sindical Roja, Madrid, Akal, 1978, p. 139. Es imprescindible Reiner Tosstrofff, The Red International of Labour Unions (RILU), 1920-1937, Chicago, Haymarket Books, 2018.

[2] Manuel Tuñón de Lara, El movimiento obrero en la historia de España, Madrid, Taurus, 1972, p. 892.

[3] Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939, Barcelona, Planeta, 1999, p. 41.

[4] Antonio Elorza, «El anarcosindicalismo español bajo la dictadura (1923-1930). La génesis de la Federación Anarquista Ibérica (I)», Revista de Trabajo 44-45 (1972), pp. 315-453 y Antonio Elorza, «La CNT bajo la dictadura (1923-1930) (II)», Revista de Trabajo 39-40 (1973), pp. 123-218.

[5] A. Elorza y M. Bizcarrondo, Queridos camaradas, p. 67.

[6] José Manuel Macarro Vera, La utopía revolucionaria. Sevilla en la 2.a República, Sevilla, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla, 1985, pp. 100 y ss. La valoración comunista en Hacia la unidad de lucha de clase. Plataforma de acción de los partidarios de la unidad sindical, Barcelona, Ediciones Unidad Sindical, 1932.

[7] Alexander Losovsky, Crisis económica y luchas obreras. Crisis mundial y deberes del movimiento sindical revolucionario. Informe presentado al 5.o Congreso de la Internacional Sindical Roja. Moscou, sept. 1930, Biblioteca de la Internacional Sindical Roja, 1930, pp. 64-65. Los sindicatos en la revolución española, Barcelona, Publicaciones Edeya, 1932. Los documentos a los que nos referimos son Al Comité Central del Partido Comunista de España (Carta Abierta de la I.C. Mayo 1931); Resolución del CE de la ISR sobre las luchas proletarias, la actividad y las tareas de los partidarios de la ISR en España, 1931; Discurso de Manuilski. Noviembre 1931; Carta abierta de la Internacional

Comunista (A los miembros del PCE. Enero 1932).

[8] Federación Local de Sociedades Obreras de San Sebastián, A las organizaciones obreras y a todos los trabajadores de España. Reproducido en Mundo Obrero, 22 de diciembre de 1931. Federación Local de Sociedades Obreras de San Sebastián: Proyecto de plataforma que presenta a la conferencia nacional pro unidad sindical de lucha de clases, la Comisión Nacional de Unidad, Barcelona, Ediciones Frente Único, 1932. Tesis, manuscritos y memorias, 24/14, AHPCE.

[9] Para la CGTU: Informe. 8 de septiembre de 1932, Microfilm V, 81, AHPCE. Plan de trabajo a realizar por la CGTU. 8 de septiembre de 1932, Movimiento obrero, AHPCE. Confederación General de Trabajadores Unitaria. 1932. Plataforma de lucha aprobada por el primer congreso de la Confederación General del Trabajo Unitaria, celebrado en Madrid los días 26, 27, 28, 29 y 30 de abril de 1934, Madrid, 1934. Situación de la clase obrera, Microfilm IX, 126, AHPCE. Circular de CGTU, de 31 de octubre de 1934, en la que se marcan las normas de trabajo de unidad sindical (ISR, Caja 135/4, AHPCE).

[10] Para la UGT, Pere Gabriel, Un sindicalismo de guerra, 1936-1939. Historia de la UGT. Vol. 4, Madrid, Siglo XXI de España, 2011. Para la UGT de Cataluña, David Ballester, Els anys de la guerra. La UGT de Catalunya (1936-1939), Barcelona, Fundación Josep Comaposada, 1998. Véase también David Ginard, Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España (1931-1942), Madrid, La Compañía Literaria-Documenta Balear, 1991.

[11] Para la inmediata posguerra, «Informe de Pedro Checa», Activistas 93/49/0, AHPCE; e Informe de Pedro Checa sobre la situación del país del Partido. Noviembre 1940, Activistas 93/49/0, AHPCE. Fernando Hernández Sánchez, Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953), Barcelona, Crítica, 2015; Carlos Fernández Rodríguez, Los otros camaradas. El PCE en los orígenes del franquismo (1939-1945), Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020; también Ángel Ruiz Ayúcar, El Partido Comunista. 37 años de clandestinidad, Madrid, San Martín, 1976 y Gregorio Morán, Miseria y grandeza del Partido Comunista de España (1939-1985), Barcelona, Planeta, 1986.

[12] Harmut Heine, La oposición política al franquismo. De 1939 a 1952, Barcelona, Crítica, 1983, p. 67.

[13] «Anticipo de orientación política (hasta que se redacte el anteproyecto de tesis)», 1941, reproducido en Fundación Nacional Francisco Franco, Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco, tomo II-2, Madrid, 1992, pág. 279.

[14] Julián Casanova, «Rebelión y revolución», en Santos Juliá (coord.), Víctimas de la Guerra Civil, Madrid, Temas de Hoy, 1999, p. 101.

[15] David Ruiz, «De la supervivencia a la negociación. Actitudes obreras en las primeras décadas de la dictadura (1939-1958)», en David Ruiz (1993) (coord.), Historia de Comisiones Obreras (1958-1988), Madrid, Siglo XXI de España, 1993, p. 52.

[16] Carme Molinero y Pere Ysàs, Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista, Madrid, Siglo XXI de España, 1998, p. 26.

[17] Véase, por ejemplo, David Ginard i Féron, L’oposició antifranquista i els comunistes mallorquins (1939-1977), Barcelona, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1998.

[18] José Babiano Mora, Paternalismo industrial y disciplina fabril en España (1938-1959), Madrid, CES, 1998, p. 28.

[19] Enrique Barrera Beitia, Ferrol, 1931-1951. De la República a la posguerra, Ferrol, Embora, 2005, p. 201.

[20] «La situación en España y las tareas actuales del Partido (Resolución del B.P. del P.C. de España)». 8 de julio de 1939, AHPCE.

[21] «Informe de Pedro Checa sobre la situación del país. Noviembre 1940», Activistas, 93/49/0, AHPCE.

[22] H. Heine, La oposición política, p. 64. En estos primeros años de dictadura, los comunistas hablan de «la repulsa infinita por las elecciones a los sindicatos verticales» (Luis Delage, «Algunas experiencias de las huelgas de 1947. Un año de continuas luchas de la clase obrera», Nuestra Bandera 25, marzo de 1948, p. 176).

[23] C. Fernández, Los otros camaradas, p. 278.

[24] «Documentos inéditos», pp. 186-294. Véase «Consejos para la organización del Partido en el interior del País», documento recuperado por C. Fernández, Los otros camaradas.

[25] Ibidem, pp. 700 y ss. Según ese informe, la dirección comunista había dado orden de «entorpecer el resultado de las elecciones sindicales de la Central Nacional Sindicalista en aquellos lugares donde no hubieran llegado a tiempo las órdenes de no votar».

[26] «Comunicado de la reunión ampliada de la Delegación del Comité Central del Partido Comunista de España, celebrada en octubre de 1943», Caso Monzón, jacq. 109-110, AHPCE.

[27] «Delegación del Comité Central del PCE, A todas nuestras organizaciones», Caso Monzón. Jacq. 68, AHPCE. Sobre la reorganización de UGT: «Nuestras tareas en orden al trabajo sindical», Orientación. Boletín Interno del Comité de Galicia del P. Comunista, 2, agosto 1946. Véase, también, «La reconstrucción de los sindicatos clandestinos, tarea de honor para la clase obrera», Mundo Obrero. Comité de Galicia del PCE, 15 de diciembre de 1946.

[28] La circular, procedente del AHPCE, está íntegramente reproducida en David Ginard i Féron, La resistència antifranquista a Mallorca (1939-1948), Palma, Documenta Balear, 1991, pp. 115-119.

[29] Luis Cabo Giorla, «Con la vista puesta en España celebramos el 2.o Congreso de la Junta Central de la U.G.T. en Francia», Nuestra Bandera, 6, abril-mayo de 1946, p. 56; y «1946. Un año de luchas y de experiencias políticas», Nuestra Bandera 6, enero de 1947, p. 12.

[30] Abdón Mateos, Contra la dictadura franquista, 1939-1975. Historia de la UGT. Vol. 4, Madrid, Siglo XXI de España, 2008, p. 9.

[31] Para la CNT, véase Ángel Herrerín López: La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975), Madrid, Siglo XXI de España, 2004, pp. 47 y ss.

[32] Simón Sánchez Montero, Camino de libertad. Memorias, Madrid, Temas de Hoy, 1997, p. 162.

[33] Para conocer la evolución de esta fracción de la UGT: III.o Congreso de la

Unión General de Trabajadores de España en Francia. Junta Central. Memoria, París, 17-20 de julio de 1947, Fondo Manuel Bravo Silvares, Archivo Histórico Fundación 10 de marzo (AHF10M). También L. Cabo, «Con la vista puesta», pp. 53-59.

[34] F. Hernández, Los años de plomo, pp. 192 y ss.

[35] C. Molinero y P. Ysàs, Productores disciplinados, pp. 26 y ss. Para estos primeros conflictos, D. Ruiz, «De la supervivencia a la negociación», pp. 45-68; José Gómez Alén, As CC.OO. de Galicia e a conflictividade laboral durante o franquismo, Vigo, Xerais, 1995, pp. 29 y ss.; Víctor Manuel Santidrián Arias, Historia do PCE en Galicia (1920-1968), Sada, Ediciós do Castro, 2002, pp. 376 y ss.

[36] «La huelga del Arsenal del Ferrol. Ejemplo y estímulo para la clase obrera y el pueblo», Mundo Obrero. Comité de Galicia del PCE. Agosto de 1946.

[37] «Huelga de brazos caídos en Vigo. Victoria de los obreros de la fábrica de vidrios Álvarez e Hijos», Mundo Obrero. Comité de Galicia del PCE. 15 de septiembre de 1946; «Una huelga en Galicia», Mundo Obrero, 47, 1 de enero de 1947.

[38] «Informe de Galicia. Agosto de 1946», Filme Galicia 508-513, AHPCE, e «Informe del Comité Regional de Galicia al Comité Central del Partido sobre la situación de aquella Región y trabajos realizados por todo el Partido. Enero 1948», Film Galicia 526, AHPCE.

[39] Santiago Carrillo, Memorias, Barcelona, Planeta, 1993, pp. 420-422. Carrillo repasa el contenido de la citada reunión para señalar que Stalin solamente habló de trabajar con las masas obreras dentro de los sindicatos franquistas y en ningún momento planteó el abandono de la lucha guerrillera, decisión exclusiva de la dirección del PCE. Idea que también recogían Dolores Ibárruri, Memorias de Pasionaria, 1939-1977, Barcelona, Planeta, 1984, pp. 126-127 y Fernando Claudín, Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 95-99. Los historiadores que han tratado el contenido de la reunión aportan visiones más matizadas: David Ruiz, «De la guerrilla a las fábricas. Oposición al franquismo del Partido Comunista de España (1948-1962)», Espacio, Tiempo y Forma 13 (2000), pp. 105-124; Rubén Vega García, «Las fuerzas del trabajo: los comunistas en el movimiento obrero

durante el franquismo» en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad social e historia social, Madrid, FIM-Atrapasueños, 2009, pp. 312-313; Emanuele Treglia, Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero, Madrid, Eneida, 2012, pp. 36-41; Miguel Muñoz Rubio, «“Tierpenec”. La construcción táctica del “infiltracionismo” del PCE», Investigaciones Históricas 39 (2019), pp. 645-702.

[40] D. Ibárruri, Memorias, pp. 128-129 y F. Claudín, Santiago Carrillo, pp. 97-98.

[41] Santiago Carrillo, «Sobre las experiencias de dos años de lucha», Nuestra Bandera 31, noviembre-diciembre de 1948.

[42] Ramón García Piñeiro, Los mineros asturianos bajo el franquismo (1937-1962), Madrid, Fundación 1.o de Mayo, 1990, pp. 304-305 se refiere a la llegada de militantes del exterior para reagrupar a los comunistas en las cuencas mineras y tratar de convencerles de la nueva estrategia de lucha política y social. Los historiadores han destacado la importancia del cambio estratégico y en algunos centros industriales los militantes comunistas sin conexión orgánica aplicarían las tácticas entristas por propia iniciativa. Véase entre otros, Sebastian Balfour, Dictatorship, workers, and the City. Labour en Greater Barcelona since 1939, Oxford, Clarendon Press, 1989, p. 15; Fernando Claudín «El nuevo movimiento obrero español», en Lucio Magri y otros, Movimiento obrero y acción política, México, Era, 1975, p. 88.

[43] Antonio Mije, «Por la paz, la República y la independencia nacional. La unidad de la clase obrera es un arma fundamental», Nuestra Bandera 3, enero de 1950, pp. 25-47. Véase también Antonio Mije, «El Partido Comunista en la lucha contra el fascismo y por la unidad de la clase obrera y las masas populares» Nuestra Bandera 5, abril de 1950, pp. 331-355 o los editoriales de los primeros años cincuenta.

[44] Dolores Ibárruri, «Carta de la camarada Dolores Ibárruri a la Redacción de Mundo Obrero», Mundo Obrero, 17 de noviembre de 1949, p.1. La secretaria general, además de las dudas sobre el entrismo, también estaba pensando en clave interna, consciente del papel que ejercía Santiago Carrillo dentro de la dirección, según F. Claudín, S. Carrillo, pp. 100-103. E. Treglia, Fuera de las catacumbas, pp. 41-44 y M. Muñoz, Tierpernec, pp. 668-670, se refieren a las cartas e informes de los militantes que desconfiaban de las tácticas entristas y a

los textos publicados en Mundo Obrero durante 1949 y 1950 con el mismo sentido.

[45] E. Treglia, Fuera de las catacumbas, pp. 43-44; José Babiano, Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977), Madrid, Siglo XXI de España, 1995, p. 217; S. Balfour, Dictatorship, workers, pp. 44-46 y F. Claudín, «El nuevo movimiento», p. 89.

[46] Véase S. Balfour, Dictatorship, workers, p. 46; Carme Molinero, Pere Ysás, Patria justicia y pan. Nivell de vida i condicions de treball a Catalunya, 1939-1951, Barcelona, La Magrana, 1985, pp. 16-26.

[47] E. Treglia, Fuera de las catacumbas, pp. 44-46, destaca el papel de los enlaces católicos, comunistas e independientes, y S. Balfour, Dictatorship, workers, pp. 30 señala que el Gobierno atribuía el conflicto a la subversión y a la actividad de los enlaces comunistas.

[48] Véase Felix Fanés, La vaga de tramvies de 1951, Barcelona, Laia,1977; S. Balfour, Dictatorship, workers, pp. 22-30. También Gemma Ramos Ramos, «Tranvías y conflictividad social en Barcelona (marzo de 1951): actitudes políticas y sociales de una huelga mítica», en Historia contemporánea 5 (1991); C. Molinero y P. Ysàs, Productores disciplinados, pp. 37-39, y E. Treglia, Fuera de las catacumbas, pp. 44-48.

[49] Sobre la huelga en el País Vasco, Pedro Ibarra «Bases y desarrollo del nuevo movimiento obrero en Vizcaya, (1951-1967)», en Javier Tusell, Alicia Alted, Abdón Mateos (coords.), La oposición al Régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación, T. I vol. 2, pp. 43-44; Manuel Tuñón de Lara, «El poder y la oposición», en José Antonio Biescas y Manuel Tuñón de Lara, España bajo la dictadura franquista (1939-1975), Barcelona, Labor, 1980, pp. 275-279; J. Babiano, Emigrantes, cronómetros y huelgas, p. 205; C. Molinero, P. Ysàs, Productores disciplinados, pp. 37-39.

[50] Dolores Ibárruri. «Por la paz, la independencia nacional y la democracia », Nuestra Bandera 7, febrero de 1952, p. 30 y el editorial del mismo número «Sobre nuestra táctica», pp. 3-11, repetía los argumentos que la revista ya venía defendiendo en números anteriores.

[51] «En ayuda a la discusión del informe de la camarada Dolores»; «Los

comités del partido deben dirigir la discusión del informe de la camarada Dolores» o «Estudiar y discutir mejor: analizar en profundidad el informe de Dolores», Mundo Obrero 15, febrero, 1 de abril y 15 de agosto de 1952 respectivamente. También los dirigentes aportaban textos en defensa de la línea decidida, véase entre otros, Antonio Mije, «Para mejorar aún más la ligazón con las masas», Mundo Obrero, 1 de febrero de 1952; «Declaración del Comité Central del Partido Comunista de Euzkadi», Mundo Obrero, 15 de abril de 1952; «Manifiesto del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Cataluña a los trabajadores y al pueblo catalán», Treball, marzo de 1952, edición especial en castellano.

[52] Santiago Carrillo, «Al año de las grandes luchas de Barcelona», Mundo Obrero, 16 marzo de 1952. Santiago Carrillo, Memorias, pp. 437-439 y 444. También F. Claudín, Santiago Carrillo, pp. 102 y 103. Ambos dirigentes se referían a la importancia de la Carta, aunque se centraban en el burocratismo, el funcionamiento del partido y los problemas con Francisco Antón.

[53] Comité Central, «Carta a las organizaciones y militantes del Partido», julio de 1952, Archivo Fundación 10 de Marzo. Fondo Enrique Veira Pino.

[54] La aparición de esas comisiones obreras se constataba meses antes de la difusión de la Carta en el documento «Manifiesto del Partido Socialista Unificado…», p. 7; en S. Carrillo, «Al año de…», y posteriormente en otros artículos como «Important activitat d’una comissio d’unitat» y «Reunión de enlaces exigen aumento de salarios», en Treball, 148, julio de 1953, p. 4 y 149, agosto de 1953.

[55] La importancia de la Carta para el movimiento obrero fue resaltada por José Gómez Alén, As Comisións Obreiras, pp. 57-59, y reproducida parcialmente en José Gómez Alén y Víctor Santidrián Arias, Historia de Comisións Obreiras de Galicia nos seus documentos, Sada, Ediciós do Castro, 1996, pp. 31-33.

[56] Sobre las dificultades para estabilizar las organizaciones locales y la actitud de los militantes veteranos, R. García Piñeiro Los mineros asturianos, pp. 287 y 305-308; para el caso de Galicia, José Gómez Alén, As Comisións, pp. 31-34; Eduardo Bragado Rodríguez, Pedro Lago Peñas, «Acción política e sindical e interacción estratéxica en Galicia. O caso do estaleiro Vulcano (1936-1966)», Grial 151 (2001), pp. 469-474. Testimonio de Julio Aneiros, 1991, AHF10M; J. Babiano, Emigrantes cronómetros, pp. 217-219; S. Balfour, Dictatorship.

Workers, pp. 30-32.

[57] M. Tuñón, España bajo la dictadura, pp. 282; Pedro Ibarra Güell, Chelo García Marroquín, «De la primavera de 1956 a Lejona 1978. Comisiones Obreras de Euskadi», en D. Ruiz (dir.), Historia de Comisiones, p. 122, y José Antonio Pérez, Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao (1958-1977). Trabajadores, convenios y conflictos, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pp. 235 y 236. El relato de las protestas y la huelga puede seguirse en Mundo Obrero, 26 de octubre; 15 y 31 de noviembre y 15 y 31 de diciembre de 1953.

[58] «Un año de luchas y esperanzas» y «Experiencia y perspectivas de las luchas de los trabajadores de Vizcaya», Mundo Obrero, 15 enero y 15 de abril de 1954.

[59] Abdón Mateos, «Comunistas, socialistas y sindicalistas ante las elecciones del "Sindicato Vertical"», Revista de la Facultad de Geografía e Historia 1 (1987), pp. 379-411.

[60] «Ante las elecciones sindicales», Mundo Obrero, enero de 1954. S. Sánchez, Memorias, p. 226, y J. Babiano, Emigrantes, cronómetros, p. 224, habla de militantes comunistas tratando de montar candidaturas unitarias con los trabajadores de la HOAC en Madrid.

[61] Santiago Carrillo, «Cómo utilizar las llamadas "elecciones sindicales"», Mundo Obrero, 15 de febrero de 1954, pp. 1-2. Véase también «Convertir les eleccions d'enllaços sindicals en una gran batalla per les reivindicacions», Treball, enero 1954, pp. 4-5.

[62] «"Las elecciones de enlaces sindicales". Ejemplos y experiencias de la lucha sostenida por los trabajadores», Mundo Obrero, 15 de mayo de 1954, y «Las elecciones de los jurados de empresa. Una derrota política del franquismo», Mundo Obrero, 30 de abril 1954. Sobre las elecciones R. G. Piñeiro, Los mineros asturianos, pp. 152 -153; J. Babiano, Emigrantes, cronómetros, pp. 209, 216 y 223-224; Alfonso Martínez Foronda, «Historia de las CCOO de Andalucía: Desde su origen hasta la constitución como Sindicato», en Varios autores, La conquista de la libertad. Historia de Comisiones de Andalucía 1962-2000, Cádiz, FES, 2005, pp. 58-59 y 81; y Abdón Mateos, «Comunistas, socialistas y sindicalistas», pp. 379-411.

[63] «Abajo los sindicatos verticales. ¡Viva la libertad sindical!», Mundo Obrero, 15 de junio de 1954.

[64] Véase «Reforcemos la unidad de la clase obrera»; «La utilización de las posibilidades legales»; «Las Comisiones Obreras»; «Abajo los sindicatos»; «El enlace sindical y las Comisiones Obreras» en Mundo Obrero, 31 de mayo y 15 de junio de 1954; 15 de mayo de 1955 y enero de 1956 respectivamente. «Manifiesto del Comité Central», Mundo Obrero, octubre de 1955.

[65] Carlos Forcadell y Laura Montero, «Del campo a la ciudad: Zaragoza en el nuevo sindicalismo de CCOO», en D. Ruiz (dir.), Historia de Comisiones Obreras, p. 318.

[66] «Los nuevos cuadros», Mundo Obrero, 15 de junio de 1954, p. 5.

[67] Mundo Obrero, 15 de julio y octubre de 1955.

[68] F. Claudín, «El nuevo movimiento», pp. 91-92; M. Tuñón, «El poder y la oposición», pp. 279-289; «Huelga general en Pamplona», Mundo Obrero, 5 de abril de 1956; «La situación política a la luz de las huelgas de la primavera» y «La lucha por el salario mínimo vital continua», Mundo Obrero, 6 de mayo y junio de 1956.

[69] M. Tuñón, «El poder y la oposición», pp. 288-290, y J. A. Pérez, Los años del acero, p. 237.

[70] Carme Molinero y Pere Ysàs, El Règim franquista, Feixisme, modernització i consens, Vic, Eumo, 2003, 112-114; R. G. Piñeiro, Los mineros asturianos, pp. 309-310 y 341-343; M. Tuñón, «El poder y la oposición», pp. 320-324; Rubén Vega García, Begoña Serrano Ortega, Clandestinidad, represión y lucha política. El movimiento obrero en Gijón bajo el franquismo, (1937-1962), Gijón, Ayuntamiento de Gijón, 1998, 184-189.

[71] Santiago Carrillo, Informe al pleno del Comité Central del PCE, París, Partido Comunista Francés, 1956, pp. 3 y 39-43, Santiago, Fondo Enrique Veira, AHF10M.

[72] Sobre el tipo de reclamaciones de primas, pluses, categorías profesionales o condiciones de trabajo véase José Gómez Alén, «La nueva conflictividad industrial. La experiencia de Galicia», en Isidro Sánchez, Manuel Ortiz y David

Ruiz (coords.), España franquista. Causa general y actitudes sociales ante la dictadura, Albacete, Universidad de Castilla la Mancha, 1993. pp. 215-219. Para la minería asturiana, R. García Piñeiro, Los mineros asturianos, pp. 156, 282 y ss., y Carmen Benito, La clase obrera asturiana durante el franquismo, Siglo XXI de España, Madrid, 1993, pp. 343-375; para Madrid, José Antonio Mingo Blasco, «La resistencia individual en el Trabajo, Madrid, 1940-1975», en Álvaro Soto (dir.), Clase obrera. Conflicto laboral y representación sindical. Evolución sociolaboral de Madrid, 1939-1991, Madrid, GPS, 1994, pp. 143-163, y J. Babiano, Emigrantes, cronómetros, pp. 211-217; Teresa M. Ortega López, Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza. Granada, 1936-1977, Granada, Universidad de Granada, 2003, pp. 237 y ss.

[73] R. García Piñeiro, Los mineros asturianos, pp. 327-328. Desde 1955, Mundo Obrero publicó numerosos artículos sobre las plataformas unitarias, la importancia de los enlaces sindicales y la formación de las comisiones obreras como «Ante las próximas elecciones al jurado de empresa», 5 abril de 1956; «El enlace sindical y las Comisiones Obreras», 2 enero de 1956.

[74] R. García Piñeiro, Los mineros asturianos, pp. 153, 327 y 341-342; J. Babiano, Emigrantes, cronómetros, pp. 224-226; J. A. Pérez, Los años del acero, pp. 253-256.

[75] Carme Molinero y Pere Ysàs, De la hegemonía a la destrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982), Barcelona, Critica, 2017, p. 20.

[76] Documentos y programa del VI Congreso, 31 enero 1960, fondo Enrique Veira, AHF10M, y Lucha Obrera, 10, agosto de 1960; «La batalla del 24», en Mundo Obrero, 1 de septiembre de 1960 y «Llamamiento a los trabajadores con motivo de las elecciones sindicales», Comité Ejecutivo PCE, Nuestra Bandera 28, octubre 1960, pp. 173-177.

[77] F. Ballesteros, El enlace sindical, Madrid, Centro de Estudios Sindicales Organización Sindical de FET y de las JONS, 1958.

[78] «Llamamiento a los trabajadores con motivo de las elecciones sindicales», Comité Ejecutivo del PCE, agosto de 1960, Nuestra Bandera 28, octubre, 1960, pp. 173-177 y Mundo Obrero, 16 de septiembre de 1960; R. García Piñeiro, Los mineros asturianos, pp. 311, 314 y 327.

[79] A. Martínez Foronda, «Historia de las CCOO de Andalucía», pp. 108-111.

[80] J. Gómez Alén, As Comisións, pp. 68-69. E. Bragado y P. Lago, Acción política, pp. 474 ss., y V. Santidrián, Historia do PCE, pp. 466 y ss.

[81] «Declaración del Partido Comunista sobre los resultados de las elecciones sindicales y la organización de la lucha de la clase obrera», Nuestra Bandera 29, enero de 1961; J. Gómez Alén, As Comisións, pp. 68-70, y A. Martínez Foronda, «Historia de las CC. OO. de Andalucía», p. 109.

[82] «Reactivación de las luchas obreras», Nuestra Bandera, 30 de abril de 1961, pp. 88 y ss.; y «Algunas experiencias de las últimas acciones obreras», Mundo Obrero, 1 julio de 1961; R. García Piñeiro, Los mineros asturianos, pp. 332 y 346; J. A. Pérez, Los años del acero, pp. 253-256; J. Gómez Alén, As Comisións, pp. 70-76.

[83] R. García Piñeiro, Los mineros asturianos, pp. 332, 345-346. La situación de otros sectores industriales en Francisco Erice Sebares, «Condición obrera y actitudes ante el conflicto. Los trabajadores asturianos a comienzos de la década de 1960», en Rubén Vega García, Hay una luz en Asturias… Las huelgas de 1962 en Asturias, Gijón, Trea, 2002, pp. 99 y ss. y R. Vega y B. Serrano, Clandestinidad, pp. 196-202.

[84] Ramón García Piñeiro «Hojas de calendario», en R. Vega (coord.), Las huelgas de 1962, pp. 63-91.

[85] La policía reconocía 264 huelguistas, 65 comunistas, 5 del FELIPE y 4 socialistas, listado de detenidos y deportados en R. García Piñeiro, «Hojas de calendario», p. 89.

[86] Rubén Vega García (coord.), Las huelgas de 1962 y su repercusión internacional, Gijón, Trea, 2002.

[87] José Gómez Alén, «La Pirenaica: la subversión de las ondas», en R. Vega (coord.), Las huelgas de 1962, pp. 93-142, y José María Moro, «Información y propaganda», en R. Vega (coord.) Las huelgas de 1962 en Asturias, pp. 257-279.

[88] Discurso de Franco en Garabitas (Valencia) en ABC, 29 de mayo y 19 de junio de 1962.

[89] Ley de procedimiento de conciliación y arbitraje en las relaciones colectivas de Trabajo, BOE, 24-XI- 1962.

[90] Declaración del Comité Ejecutivo del PCE en R. Vega, Las Huelgas de 1962 en Asturias, p. 511.

[91] Ibidem, Comité Provincial de Asturias del Partido Comunista, noviembre de 1962, pp. 513-517; «Propuestas con carácter resolutivo concernientes a las cuestiones del trabajo en Galicia», 14 de octubre de 1962, Galicia-León, jacq. 22, AHPCE; y Sixto Agudo Blanco Memorias, 1962- 1996, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998, pp. 43-48. También José Manuel García Iglesias y Víctor Manuel Santidrián Arias, A autoridade na palabra. Biografía do comunista Paco Filgueiras, 1920-1976, Santiago, Fundación 10 de Marzo, 2006, pp. 105-106 y José Gómez Alén, «Galicia 1962. El eco del silencio», en R. Vega, Las Huelgas de 1962, pp. 298-300.

[92] «Nuestra misión», Lucha Obrera, 1, enero de 1959, p. 3.

[93] «Resolución Política del VI Congreso», Mundo Obrero, número extraordinario, 15 febrero de 1960.

[94] Véase «Una necesidad imperiosa: organizar la Oposición Sindical» y «Algunas experiencias de las últimas acciones obreras», Mundo Obrero, 12 de junio y 14 de julio de 1961.

[95] Eduardo García, «La organización de las masas», Nuestra Bandera 27, julio, 1960, pp. 21-28; o Fernando Claudín, «La elevación del nivel político y de organización de las masas», Nuestra Bandera 32, septiembre de 1962, pp. 43-53.

[96] Ibidem.

[97] Santiago Carrillo, «En torno a la encuesta sindical de Nuestra Bandera», Nuestra Bandera 35, IV trimestre de 1962, y Nuestra Bandera 33 y 34, 1962.

[98] Sobre la cuestión de la oposición sindical obrera, Madrid, diciembre de 1963 en Movimiento Obrero, Caja, 89, AHPCE.

[99] Actas Coloquio obrero, septiembre, 1966, Movimiento Obrero, caja 90, AHPCE. Véase también Actas «La clase obrera y la oposición sindical», 1965 caja 91. La cuestión de la OSO ha generado una diversidad de interpretaciones;

véase una acertada clarificación en Francisco Erice, «La política sindical del PCE en los orígenes de las Comisiones Obreras: las confusiones en torno a la OSO», en Manuel Bueno, José Hinojosa y Carmen García (coords.), Historia del PCE I Congreso 1920-1977, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, t. II, 2007, pp. 107-119. También en E. Treglia, Fuera de las catacumbas, pp. 89-96.

[100] Marcelino Camacho y Julián Ariza recorrieron diversas provincias españolas para alentar la organización de los trabajadores, Asturias, Valencia, Barcelona, Zaragoza o Sevilla entre ellas y sobre la consolidación de las Comisiones Obreras en las diferentes comunidades véase D. Ruiz (dir.), Historia de CCOO.

[101] Actas Coloquio obrero, 1966, Movimiento Obrero, caja, 90, AHPCE.

[102] A. Martínez Foronda, «Historia de las CCOO de Andalucía», p. 134 y Abdón Mateos, «Comunistas, socialistas», pp. 398-399.

[103] «Roberto» (Rafael Pillado) en Actas Coloquio, «La clase Obrera y la Oposición Sindical», 1965, Movimiento Obrero, caja, 91, AHPCE.

[104] «La batalla de las elecciones sindicales», Nuestra Bandera 49-50, mayo-junio de 1966; «Ante el futuro del sindicalismo», enero 1966; «Programa de las Comisiones Obreras de Bazán», en J. Gómez Alén y V. Santidrián, Historia de Comisións Obreiras de Galicia nos seus documentos, pp. 58-66 y Sebastian Balfour, Dictatorship, workers, pp. 83-92.

[105] S. Balfour, Dictatoship, workers, pp. 88-89, da una participación entre el 86 por 100 y el 95 por 100 para el área de Barcelona, Sabadell, Bajo Llobregat y Tarrasa y buenos resultados electorales; J. Gómez Alén, As Comisións, pp. 88-96, sitúa la participación cercana al 90 por 100 y excelentes resultados en empresas como Bazán, Barreras, Vulcano, Pebsa, Fenya y otras. El caso de Madrid en J. Babiano Emigrantes, cronómetros, pp. 276-280.

[106] A. Martínez Foronda, «Historia de las CCOO de Andalucía», pp. 156-166; C. Molinero, P. Ysàs, Productores disciplinados, pp. 158-160; J. Gómez Alén, As Comisions, pp. 95-96; J. A. Pérez, Los años del acero, pp. 286 y ss; Alberto Gómez Roda, Comisiones Obreras y represión franquista: Valencia 1958-1972. Valencia, PUV, 2004, pp. 93-99; Xavier Domènech, Clase obrera, antifranquismo y cambio político, Pequeños, grandes cambios, 1956-1969,

Madrid, Libros de la Catarata 2008, pp. 157 y ss.; E. Treglia, Fuera de las catacumbas, pp. 149-159.

[107] Francisco Bastida, Las sentencias del Tribunal Supremo, Barcelona, Ariel, 1986, pp. 173-179. Sobre el Tribunal de Orden Público véase Juan José del Águila, EL TOP. La represión de la libertad (1963-1977), Madrid, Fundación Abogados de Atocha, 2020.

[108] Santiago Carrillo, en «Actas Coloquio obrero», 1966, Movimiento Obrero, caja 90, AHPCE.

[109] Comunicado final de la Asamblea Nacional de las Comisiones Obreras, junio 1966, en fondo Comisiones Obreras clandestinas, 1963-1977 en AHCCOOA.

[110] S. Carrillo en «Actas coloquio obrero», 1966, p. 544; Declaración de la Asamblea Nacional de las Comisiones Obreras, junio de 1967; «Llamamiento de las mujeres de las Comisiones Obreras y Programa reivindicativo de las Comisiones Obreras Juveniles», en J. Gómez Alén y V. Santidrián, Historia de Comisións Obreiras de Galicia nos seus documentos, pp. 88-91. Sobre las CCOO Juveniles véase Juan Moreno, Comisiones Obreras en la Dictadura, Madrid, Fundación 1.o de Mayo, 2011, pp. 299-324.

[111] Declaración de la II y III Asamblea Nacional de las Comisiones Obreras, junio 1966 y agosto 1968 en Documentos Movimiento Obrero, fondo Comisiones Obreras clandestinas, 1963-1977 en AHCCOOA. Sobre la estabilidad de las Comisiones Obreras y sus rasgos sociopolíticos véase E. Treglia, Fuera de las catacumbas, pp. 160-187; J. Gómez Alén, As Comisións, pp. 115-130.

[112] Santiago Álvarez, «Los comunistas y la colaboración con los católicos», Nuestra Bandera 47-48 (1966), pp. 71-81; y Reflexiones pastorales en Javier Domínguez, Organizaciones obreras cristianas en la oposición al franquismo, 1951-1975, Bilbao, Ediciones El Mensajero, 1985, p. 180

[113] «Actas, La clase obrera», 1965, pp. 44 y ss. y «Actas, Coloquio obrero», 1966, pp. 275 y ss.

[114] Sirva como referencia el caso de Galicia, a donde llegaron Amador Martínez Ramón, Sixto Agudo Blanco, Carlos Núñez Jorge, Nicasio Mourón,

Anselmo Hoyos Antonio y Luis González Ferreiro para desarrollar tareas específicas en J. Gómez Alén, As Comisións, pp. 68 y 93 y V. Santidrián, Historia do PCE, pp. 489.

[115] Véase Irene Díaz, José Gómez Alén y Rubén Vega, Cruz 16: un despacho histórico de la abogacía democrática. 1965-1977, Madrid, Fundación Abogados de Atocha, 2015, y «Actas coloquio obrero», 1966, pp. 534-539 y 583.

[116] Sobre la red de despachos, véase Claudia Cabrero, Irene Díaz, José Gómez Alén y Rubén Vega, Abogados contra el franquismo, Memoria de un compromiso ético, 1939-1977, Barcelona, Critica, pp. 188-216.

[117] Entrevista a Víctor Díaz Cardiel, 2015; Simón Sánchez Montero, Memorias, pp. 281-282 y C. Cabrero y otros, Abogados contra el franquismo, pp. 188-216.

[118] I. Diaz, J. Gómez Alén y R. Vega, Cruz 16, pp. 70-80 y C. Cabrero y otros, Abogados contra el franquismo, pp. 214-216 y 219-237.

[119] Juan José del Águila, El TOP, p. 263. Fueron procesados Carlos Suarez, Manuel Morales, Juan José del Águila, Rafael Bárez, Montserrat Avilés, Ascenciò Solé, Albert Fina, Jose Manuel López, además de Alberto García Esteve, Josep Solé Barberá entre otros, en C. Cabrero y otros, Abogados contra el franquismo, pp. 131 y ss.

[120] Las torturas sufridas por Luis González Ferreiro, responsable de propaganda en Galicia en 1969, ejemplifican el interés de la policía en desmantelar los aparatos de propaganda, en Xesús Alonso Montero, Intelectuais marxistas e militantes comunistas en Galicia (1926-2006), Vigo, Xerais, 2007, pp. 336-347.

[121] Sirva como ejemplo la huelga general de Vigo en la que más de 30.000 trabajadores de treinta empresas de la comarca estuvieron informados durante los quince días que se mantuvo. El aparato de propaganda fue capaz de poner en circulación por toda la ciudad una octavilla diaria con las consignas decididas por la intercomisión y el comité de huelga y los mismo ocurrió meses antes en el conflicto laboral de la Bazán de Ferrol. En ambos casos, a pesar de los esfuerzos policiales y la represión no lograron desmantelar los respectivos aparatos. Sobre la importancia del aparato de propaganda del PCE para las Comisiones Obreras en S. Balfour, Dictatorship, workers, pp. 159-160; Carlos Gordon, «Prensa

clandestina y movimiento obrero en el franquismo», en Varios autores, Amordazada y perseguida. Catálogo de la prensa clandestina y el exilio. Hemeroteca de la Fundación 1.o de Mayo, Madrid, Fundación 1.o de mayo, 2005, pp. 267-297; Gabriel Santullano, La prensa clandestina en Asturias, Oviedo, KRK, 2006, pp. 304-307; 310-314 y 340-342 y 386; José Gómez Alen y Víctor Santidrián Arias, Catálogo Exposición A prensa clandestina no franquismo, Santiago de Compostela, Fundación 10 de Marzo, 2000; y José Gómez Alén y Víctor Santidrián Arias, «Vigo Obreiro. O primeiro periodico das CCOO de Vigo», Vigo Obreiro. Edición facsímile, Santiago Fundación 10 de Marzo, 1997, pp. 15-31.

[122] Sobre los recursos de movilización y la red de aliados influyentes véase Pedro Lago Peñas, La construcción del movimiento sindical en sistemas políticos autoritarios. Las Comisiones Obreras de Galicia (1966-1975), Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, pp. 122-141.

[123] J. A. Gómez Roda, Comisiones Obreras, pp. 126-130, 141 y ss.; C. Molinero, P. Ysàs, Productores disciplinados, pp. 164-175; J. Babiano, Emigrantes, cronómetros, pp. 284 y ss; J. A. Pérez, Los años del acero, pp. 292-299 y J. Gómez Alén, As Comisións Obreiras, pp. 97-109.

[124] Podemos mencionar a Marcelino Camacho, Víctor Díaz Cardiel y Julián Ariza en Madrid; Manuel García Otones, Mario Huerta y Gerardo Iglesias en Asturias; Ángel Rozas Cipriano García y José López Bulla en Cataluña, Eduardo Saborido y Fernando Soto en Andalucía; David Morin, Jose Unanue y Tomás Tueros en el País Vasco, Julio Aneiros, Francisco Fernández Filgueiras, Rafael Pillado, Manuel Amor Deus y Jose M.a Riobó o Waldino Varela en Galicia entre otros muchos y cuya libertad se reclamaba. Véase Declaración de la II y III Reunión General de Comisiones Obreras, 1968; José Gómez Alen, «Conflicto obrero y protesta política en Galicia. Las ciudades de Vigo y Ferrol, 1960-1980», en Javier Tebar Hurtado (ed.) El movimiento obrero en la gran ciudad, Barcelona, El Viejo Topo, 2013, pp. 252-254 y J. Gómez Alén y V. Santidrián Arias, Historia de Comisions, pp. 223-231.

[125] Del total de procesados en el TOP, los militantes del PCE/PSUC y las CCOO formaban el colectivo más numeroso. Todas las sentencias en Juan José del Águila TOPDAT una base de datos para explotar, Madrid, Fundación Abogados de Atocha, 2007. Véase también, Carlos Fuertes y Alberto Gómez Roda, El Tribunal de Orden Público en el país valenciano, Valencia,

FEISCCOOPV, 2011, pp. 262-314; Javier Tebar Hurtado (ed.), Resistencia ordinaria. La militancia y el antifranquismo catalán ante el Tribunal de Orden Público, (1963-1977), Valencia, PUV, 2012, p. 76; Alfonso Martínez Foronda, Pedro Sánchez Rodrigo y Eloísa Baena Luque, La resistencia andaluza ante el Tribunal de Orden Público en Andalucía (1963-1977), Sevilla, FES, 2014, pp. 97 y 143-147, y Francisco Xavier Redondo Abal, Arelas de liberdade na Galiza. Galegos perante o tribunal de Orde Pública (TOPGAL, 1964-1976), Santiago, Laiovento, 2017, pp. 74-75.

[126] Carme Molinero, Javier Tebar y Pere Ysàs, «Comisiones Obreras de Cataluña» en D. Ruiz (dir), Historia de Comisiones Obreras, pp. 91-95, y J. Gómez Alén, As Comisións Obreiras, pp. 132-142.

[127] S. Balfour, Dictatorship, workers, pp. 145.

[128] Informe Comisiones Obreras, Gobernación, 1971, pp. 10, en AHCONC, Los resultados en C. Molinero y P. Ysàs, Productores disciplinados, pp. 242-244; J. A. Gómez Roda, Comisiones Obreras, p. 147; J. A. Pérez, Los años del acero, pp. 349 y ss.; J. Babiano Emigrantes, cronómetros, pp. 331-337 y J. Gómez Alén, As Comisións Obreiras, pp. 142-146 y Nova Galicia 20-21, tercer trimestre de 1971.

[129] Comunicados de la III y VI Reunión General de las Comisiones Obreras, julio 1968 y octubre de 1971 en AHCCOOA, fondo Comisiones clandestinas; «Huelga Nacional y pacto por la libertad» hacia el gran enfrentamiento con el Estado, en Nuestra Bandera 68, enero de 1972. VIII Congreso PCE.

[130] Ministerio de Trabajo, Criterios ante una posible situación conflictiva, octubre de 1971, Fondo Santos Costa, AHF10M. Pere Ysàs, Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1970-1975, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 102-109; y José Gómez Alén y Víctor Santidrián Arias, O dez de Marzo, Unha data na historia, Santiago, Noroeste ensaio, 1997, pp. 26-31.

[131] «Normas prácticas a tener en cuenta por todos los militantes del movimiento obrero», en Fondo Santos Costa, AHF10M.

[132] C. Molinero y P. Ysàs, Productores disciplinados, pp. 194 y ss.; J. Babiano, Emigrantes, cronómetros, pp. 293 y ss.; J. Gómez Alén y V. Santidrián, O dez de Marzo.

[133] José Gómez Alén, «Vigo and Ferrol 1972. Two Strikes, one Strategy», en Antonio Simoes do Paço, Raquel Varela y Sjaak van der Velden (coords.) Strikes and Social Conflicts. Towards a Global History, Lisboa, Universidade Nova de Lisboa, 2012, pp. 187-194. También en Mario Domínguez Cabaleiro, José Gómez Alén, Pedro Lago Peñas y Víctor Santidrián Arias, Organización e movilización dos traballadores durante o franquismo. A Folga Xeral de Vigo, do año 1972, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 2001.

V

COMUNISTAS EN EL SINDICATO, SINDICALISTAS EN EL PARTIDO. SINDICATO Y PARTIDO DURANTE EL CAMBIO POLÍTICO (1975-1982)

Joan Gimeno i Igual y Javier Tébar Hurtado

El uso de la figura retórica que da título a este texto la atribuyó José Luis López Bulla, a la sazón secretario general de las CCOO catalanas, al dirigente comunista Alfonso Carlos Comín. Así se recoge en una carta redactada durante el primer trimestre de 1983, a altas horas de la madrugada, y dirigida a Isidor Boix, otro relevante cuadro político y sindical catalán. La afición de Comín por el quiasmo, del que ya había hecho uso frecuente con anterioridad[1], hace probable la autoría de la frase, pero lo esencial en este caso es que para López Bulla reflejaba la ansiedad de los comunistas que desarrollaban su actividad en aquel ámbito de trabajo, dando cuenta de la «realidad» de los «comportamientos sectarios dentro de los comunistas españoles en torno a la cuestión sindical»[2].

En efecto, en la carta había un reconocimiento, aunque fuera de manera indiciaria, del nivel de tensión alcanzado entre dos importantes componentes del movimiento obrero: por un lado, el PCE y en Cataluña el PSUC y, por el otro, la Confederación Sindical de las Comisiones Obreras, una de las dos principales centrales sindicales del país. Aunque existiera de forma larvada en los años precedentes y resultara azuzado durante el proceso de tránsito a la democracia, este enfrentamiento, que por aquel entonces se había exacerbado, evidenciaba no solo las diferencias en materia organizativa y político-estratégica, sino el proceso de cristalización de los contornos de dos identidades políticas tendencialmente diferenciadas. Este proceso contribuirá al progresivo distanciamiento entre ambas organizaciones que, al mismo tiempo, atravesaban también notables diferencias en su interior. Pero, sobre todo, se tradujo en la consolidación y relevancia del sindicato frente al papel más bien modesto –y hasta inane en

algunos periodos de la historia de la democracia– del partido.

A pesar de la trascendencia de este asunto, este conflicto no ha merecido una atención historiográfica que abunde en su genealogía y desarrollo. De hecho, la actividad de los comunistas en el movimiento sindical, salvo honrosas excepciones[3], constituye parafraseando al que fuera el secretario general de las CCOO, Marcelino Camacho, el «pariente pobre» del campo más vasto de los estudios sobre los y las comunistas españolas[4], que han experimentado un importante desarrollo desde que se detectaran los primeros avances en su proceso de «normalización historiográfica» hace ya década y media[5].

Este clamoroso silencio bebe, a nuestro parecer, de dos fuentes fundamentales. Por un lado, subyace una circunstancia más bien endémica: el reciente desarrollo de la producción científica sobre la historia de los comunistas en nuestro país que, asimismo, ha puesto el foco sobre lo que en otras latitudes se ha calificado como los periodos «heroicos de la militancia»[6]; aunque a diferencia de otras historiografías, y precisamente por este desfase temporal, se ha podido conjurar con notable éxito toda reificación o enfoques obreristas, no así cierto relato épico en torno a la conflictividad[7]. En segundo lugar, y desde una perspectiva más amplia, el interés histórico que ha suscitado la cuestión sindical ha transcurrido en paralelo a la evanescencia o el ocaso del sujeto obrero en cuanto que actor político y objeto de estudio; aunque, en un sentido contrario, haya irrumpido en momentos puntuales en los que el movimiento sindical parecía desafiar el fin de la Historia[8]. El relato sobre la «parábola sindical», que iniciaría su descenso en la década de los ochenta[9], ha tenido un evidente correlato como demuestra el carácter demodé de la historiografía obrera y sindical.

El propósito de este capítulo es aprehender la tumultuosa relación entre comunistas, en parte mistificada por la metáfora de la «correa de transmisión» partido-sindicato, dado que resulta una cuestión insoslayable para aproximarnos a la trayectoria de esta cultura política y los avatares dentro de los espacios en los que los comunistas desarrollaron su activismo social y político.

«NUESTRO PROBLEMA EN LOS SINDICATOS»

Palacio del Pardo, mayo de 1975. Apenas medio año antes del deceso de Franco,

este, acompañado de Arias Navarro, conversa con Gerald Ford y el secretario de estado Henry Kissinger. Su anterior visita había tenido lugar con motivo de los fastos de Estado a raíz del asesinato en diciembre de 1973, a manos de ETA, de Carrero Blanco. Una voladura que tuvo lugar el mismo día que daba comienzo el conocido como Proceso 1001, en el que la cúpula de CCOO era sentada en el banquillo del Tribunal de Orden Público. Con la revolución en Portugal de trasfondo y el espectro de la «teoría del dominó» vagando por Europa meridional, los interlocutores coincidían en mostrar una tímida inquietud ante el incremento del fenómeno huelguístico, azuzado por un movimiento sindical clandestino en el que los comunistas eran «muy activos»[10]. Este interés compartido, volvió a relucir tiempo después, ya durante los primeros gobiernos de la monarquía. En esta ocasión, los mismos interlocutores por la parte estadounidenses se encontraban con Juan Carlos de Borbón y el entonces titular de exteriores, José M.a de Areilza. En los estertores del gobierno Arias, los estadounidenses ofrecían una reunión con el dirigente sindical George Meany. La lacónica respuesta del monarca resultaba harto significativa: «That should be very helpful. He is anti-Communist, and this is our problem in the unions»[11].

En efecto, si bien su origen fue harto plural, los comunistas habían conseguido hegemonizar el movimiento sindical clandestino[12] sin, por ello, comunistizar sus bases[13]. De hecho, estos activistas habían actuado como una suerte de «mediadores evanescentes»[14]. Esto es, como agentes que desorganizaron los espacios y asociaciones preexistentes a través de su participación en ellos, rearticulándolos en una nueva totalidad antagonista opuesta al franquismo. Sin embargo, su efectividad no se debió tanto a su «criptocomunismo», condición necesaria pero no suficiente en un contexto dictatorial, como a una praxis sindical apegada al terreno y capaz de metabolizar los cambios que alumbrarían al nuevo movimiento obrero.

En resumen: no solo fueron necesarias las originales fórmulas organizativas ad hoc encarnadas por las comisiones obreras, en minúsculas, sino que hubo que dotarlas de una creciente estructuración, una táctica que no desechaba los estrechos mecanismos legales al alcance, y, por último, una orientación política democrática. No obstante, esta última, si bien podía ser más o menos explícita, resultaba el corolario casi natural del activismo sindical: partía de «ampliar el combate obrero» a partir de demandas y reivindicaciones concretas para, de esta manera, ensanchar el campo de lucha por la conquista de los derechos fundamentales (de asociación, de expresión, de huelga, etc.) cuando los conflictos evidenciaban los límites estructurales impuestos por la dictadura[15].

La apuesta por la democratización de las relaciones laborales y por la superación del «sindicalismo de sumisión» –sometido a los intereses del Estado, sin autonomía de las partes ni el reconocimiento de intereses opuestos[16]–, a través de las mejoras concretas constituyó un modelo exitoso que consiguió catalizar la lucha obrera aun bajo la represión del régimen. Su actividad fue vaciando de contenido y deslegitimando la estructura con la que la dictadura había pretendido encuadrar a los trabajadores españoles. Tanto era así que, a principios de la década de los setenta, en un informe remitido al delegado provincial de Sindicatos de Barcelona, José M.a Socías Humbert, se lamentaba de que los dirigentes de CCOO habían atesorado una amplia experiencia en cuanto a la «guerra social»[17], apareciendo en muchos casos como los mejores representantes de los trabajadores.

Durante el tardofranquismo, en definitiva, cristalizaría una cultura sindical compartida en términos generales por buena parte de los cuadros comunistas activos en el sindicato, que tuvo poco de consigna de partido y bastante de elaboración práctica a partir de las experiencias concretas en tajos, fábricas y barrios. Una cultura en parte sincrética, capaz de sintetizar y reivindicar la CNT de Salvador Seguí, la defensa de las libertades nacionales catalanas, el sindicalismo francés de la CGT y, sobre todo, el italiano encarnado por la CGIL y su evolución después del autunno caldo[18]. Este último caso, especialmente presente entre los comunistas catalanes, aunque no exclusivamente, se presentaba como el nuevo paradigma sindical tanto en términos organizativos (por ejemplo por su apuesta por una articulación desde abajo a partir de los delegados y los consejos) como sobre todo por la impugnación de la clásica «división de tareas» partido-sindicato y de una autonomía sindical relativa.

La división de tareas respondía a una concepción heredada de la tradición socialista[19] consistente en la rígida atribución de las cuestiones políticas al partido y de las sociolaborales o «concretas» al sindicato; perspectiva que ya hacia finales de la década de los cincuenta fue cuestionada por importantes exponentes de la tradición comunista italiana[20].

Una de las piedras de toque del modelo sindical promovido por los comunistas españoles, cuyo reverso necesario era la autonomía o independencia sindical, era la firme apuesta unitarista que recorre buena parte de los textos de una tradición que, aunque no fuera ágrafa, por motivos obvios no era dada a la elaboración teórica. Esto es, la defensa y organización de todos los trabajadores independientemente de su adscripción ideológica. En este sentido, el sindicato se

concebía como un espacio de concienciación obrera, de elevación, ahora sí en términos teleológicos y con regusto leninista, de la conciencia de clase hacia una nítidamente socialista. Por ello, casi como correlato necesario, la acción sindical debía sintetizar pragmatismo y firmeza, presión y negociación, conscientes de lo necesario de las victorias parciales y, en sentido contrario, del desastre que suponían las derrotas. Reconociendo, en fin, el arduo trabajo de construcción de una fuerza sindical plural y de la diversidad de posiciones de inicio, lo que obligaba a tener en cuenta el papel de lo que en la época se denominaba vanguardia, debiendo esta «tirar» de la clase con delicadeza para que no se rompiera su unidad, por utilizar una expresión acuñada más tarde por Marcelino Camacho[21].

¿DE ESCUELA DE DEMOCRACIA A ESCUELA DE COMUNISMO?

El enfoque sindical que acabamos de resumir huía tanto de perspectivas «izquierdistas» opuestas a todo compromiso, como de las «derechistas» en las que el acuerdo tendría efectos casi taumatúrgicos, aplazando toda transformación estructural[22]. Por otro lado, encontraba notables elementos de sintonía con un producto político-ideológico, cuya génesis se situaría a caballo entre los sesenta y setenta, como fue aquella «tercera vía» entre la socialdemocracia clásica y el socialismo realmente existente y que adquiriría el nombre de «eurocomunismo». Un producto genuino, propio de una coyuntura imbuida de cierto optimismo histórico[23], que trataba de reconciliar la tradición comunista con el liberalismo y pluralismo políticos y la defensa de los derechos fundamentales, apostando por una estrategia gradualista de transición al socialismo por la vía de la profundización democrática[24].

Así las cosas, la sociedad civil articulada en oposición al régimen franquista (del que el germen de movimiento sindical democrático que constituían las comisiones obreras formaba parte), había de apuntar, bajo la hegemonía comunista, hacia la conquista de las libertades democráticas como antesala a un avance ulterior, pasando por la democracia política y social, hacia el socialismo, ahora con el apellido «en libertad». El movimiento sindical constituía, en definitiva, un importante espacio de socialización democrática dentro de este entramado; o por utilizar la expresión del que devendría responsable de finanzas

de CCOO, una «escuela de democracia»[25].

La tarea de zapa dentro del Sindicato Vertical, de su paulatina infiltración por parte de los militantes de CCOO, culminó con la victoria de las Candidaturas Unitarias y Democráticas en las elecciones sindicales de mediados de 1975. Esta guerra de posiciones, sin embargo, habría convivido con el horizonte estratégico del derrocamiento de la dictadura a través del momento cuasi catártico de la «Huelga General y de Huelga Nacional». El «cambio cualitativo», cuando las condiciones estuvieran maduras[26] (esto es, cuando existiera una masa crítica suficiente para forzar el cambio). Con todo, este momentum mantenía una relación paradójica con el proceso de acumulación de fuerzas, perdiendo actualidad conforme este último avanzaba y propiciando debates al respecto entre los cuadros y los dirigentes[27]. Era en la valoración acerca de la proximidad y oportunidad de este momento eminentemente político sobre el que el partido tenía preeminencia, ungido como intelectual colectivo[28].

En este sentido, resultó paradigmática la reunión de cuadros realizada a escasas semanas de la muerte del dictador y última en el exterior. En ella se dieron cita una setentena de cuadros de CCOO y se sintetizó, aunque en términos generales, la orientación y la práctica sindicales de los comunistas en una organización que, según el secretario general Santiago Carrillo, constituía «sin ambages […] el instrumento más poderoso que posee la clase obrera hoy»[29]. Del análisis precedente, se colegía la enorme responsabilidad de la que habrían de hacer gala aquellos que se encontraban en puestos de dirección de tan poderosa herramienta. Máxime en un momento en el que los objetivos políticos, es decir la conquista de la democracia, adquirían un carácter preeminente. Evitar, en definitiva, la «huelgomanía» y «cuantificar con inteligencia nuestras reivindicaciones», conjurando «el vanguardismo “comisionobrerista”», fueron algunas de las consignas lanzadas[30].

Los contenidos de la intervención de Carrillo entroncaban con la práctica sindical previa de los comunistas, aunque pudiera generar alguna suspicacia en un contexto marcado por los primeros efectos de la crisis económica de 1973, perceptibles en forma de un pujante paro obrero que en 1976 cruzó la barrera del 5 por 100. El acento puesto por parte del secretario general en la negociación, por cuanto pudiera referir a «pacto social», producía un auténtico prurito entre los sindicalistas, acostumbrados como estaban a una acción reivindicativa orientada a tratar de mejorar las condiciones de trabajo y los salarios. En efecto, el concepto «pacto social» equivalía a cargar las crisis sobre las espaldas de los

trabajadores imponiendo renuncias a estos para «salvar la economía». La tensión era evidente: si bien resultaba necesario sostener la política reivindicativa y la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, evitando un «pacto social» de efectos desmovilizadores, también había que temperar la lucha con el fin de no fragmentar el bloque político y social, eminentemente interclasista, que había de conquistar la democracia. Esto suponía el tránsito por un estrecho sendero entre precipicios, mientras se lanzaban consignas relativas a «no hacer miedo» y mantener el «equilibrio»[31]. De esta manera, la Acción Democrática Nacional formulada ahora por la dirección comunista debía convertirse en un proceso de lucha de masas más amplio y sostenido por la democracia, periclitando la mística de la huelga general[32].

A pesar de los diferentes planteamientos y posibles matices en cuanto a la acción sindical, así como los indicios de disputa o desacuerdos, la moderación aparecería, en boca del secretario general de las Comisiones Obreras catalanas, incluso como una «virtud revolucionaria»[33]. Desplegar esta acción pragmática y responsable, pero a su vez firme y resuelta, en CC.OO. devenía el mejor activo en el tour de force para la legalización del partido, convertida la «cuestión comunista» en la cuestión democrática tout court. En este sentido, la inclusión de los comunistas en el nuevo régimen democrático implicaba, también, hacer lo propio con las movilizaciones de masas, planteamiento al que no querían renunciar en favor de «acuerdos por arriba»[34].

Esta tensión resultó palpable en el contexto de las importantes huelgas acontecidas durante 1976, sobre todo en su primer trimestre, dando lugar a algunas declaraciones desafortunadas, como por ejemplo con Camacho refiriéndose a la huelga del metro de Madrid como una «provocación»[35]. Aunque rápidamente matizada, la sobreexposición mediática de sus dirigentes, ahora en un contexto de mayor tolerancia, supuso quizá el principio del desgaste de determinadas figuras hasta entonces imbuidas de un aura heroica.

El empuje movilizador, como es sabido, abortó la posibilidad de un franquismo sin Franco, favoreciendo el acceso a la presidencia de Suárez en julio de 1976[36]. Poco después la Coordinadora General de CCOO decidía, el 17 de octubre, avanzar hacia su construcción orgánica. Bajo la popular fórmula, que pretendía insistir en las continuidades, «La CS de CCOO = las Comisiones + carnet + perfeccionamiento organizativo»[37], la organización abandonaría su carácter proteiforme adaptado a la clandestinidad, aunque mantenía sus señas de identidad a través del modelo de «sindicato de nuevo tipo». Fórmula un tanto

general –que ponía el acento en las asambleas, los comités, la apuesta sociopolítica, la no discriminación entre afiliados y no, etc.– con la que sublimaba el aplazamiento sine die de la construcción de una central democrática y unitaria.

Aunque la celebración en Madrid del Congreso de la UGT a mediados de abril de 1976 certificaba que el pluralismo sindical era un hecho (favorecido, además, por intereses contrarios a unas CCOO fuertes), componentes minoritarios promovieron escisiones partidistas ante lo que entendieron como una renuncia al horizonte unitario por parte de la dirección de la central in nuce. Como consecuencia de estas rupturas y la creación de nuevos sindicatos el pluralismo se resintió al tiempo que, como correlato lógico, la presencia comunista en los órganos de dirección de las CCOO aumentaba.

A pesar del gran esfuerzo movilizador desplegado[38], su último aldabonazo tenía lugar con la huelga general unitaria convocada para el 12 de noviembre de 1976 que, aunque convocada por motivos sociolaborales, tenía un evidente trasfondo político de rechazo a la iniciativa de Suárez en forma de Ley para la Reforma Política. Los límites de aquella huelga general, la «correlación de debilidades», resultaron pronto evidentes, propiciando un necesario viraje hacia la ruptura pactada con el régimen. No obstante, los comunistas sí consiguieron conquistar su propia legalización a mediados de abril de 1977, para júbilo de la militancia y «el suspiro de alivio» de una oposición que temía la capitalización de esta condición de partido proscrito por parte del PCE[39]. Hacia finales del mismo mes corría igual suerte CCOO. Las renuncias que ello comportó no fueron objeto de rechazos destacables, consideradas más bien de orden simbólico y supeditadas a la necesidad de conquistar «unas libertades reales y no ficticias»[40].

La legalización supuso un importante cambio de escenario, obligando a la readaptación del espacio comunista. Asimismo, desde la prensa se favoreció el control hegemónico sobre el proceso de cambio por parte de las élites políticas y mediáticas en detrimento de otros agentes sociales[41]. Los partidos políticos y la arena electoral devinieron los actores y el espacio privilegiado de la acción política. En este sentido, buena parte de la dirección del sindicato se volcó en los comicios convocados para el 15 de junio de 1977. Fue en este nuevo contexto cuando, ante la implicación de destacados cuadros sindicales, el relato de la «correa de transmisión», de la falta o falsa autonomía de las centrales, experimentó un nuevo auge. Aunque la Coordinadora General emitiera un

comunicado orientando el voto hacia las candidaturas «obreras y democráticas»[42] y hubo candidatos en diferentes listas, la mayoría lo fue por las del PCE-PSUC, consiguiendo algunos de ellos el acta, lo que favoreció la instalación del marco de «sindicato comunista». Esta es una perspectiva que, con alguna excepción[43], también se arrastra hasta hoy en el campo la historiografía, evidenciando de alguna manera la resiliencia de lo que se ha llamado «lentes de Guerra Fría»[44] en la aproximación al fenómeno eurocomunista.

Las elecciones que dieron lugar a las Cortes que devendrían constituyentes, sirvieron para sopesar la influencia del espacio comunista. Los resultados, sin embargo, no correspondieron a las expectativas, en buena medida generadas por la propia dirección[45], lo que abrió la puerta al desencanto entre la militancia; aunque, sobre todo, comenzaron a evidenciar el desigual prestigio, peso social y, en definitiva, político entre partido y sindicato. Esta realidad inquietó a dirigentes del PCE[46], máxime cuando comenzó a popularizarse, también en las propias filas comunistas, aquello de «el partido no preocupa, la central sindical sí»[47].

El apocamiento del partido frente al sindicato no hizo sino acrecentarse con la confirmación de CCOO como el primer sindicato del país en los primeros comicios sindicales democráticos en la primavera de 1978. La importancia que estos revistieron en términos de lucha por la hegemonía en el campo de la izquierda era atestiguada por Nicolás Redondo, secretario general de la UGT, cuando afirmaba que aquellas elecciones sindicales revestían mayor importancia para la familia socialista que las que habían tenido lugar el 15 de junio[48].

La dirección del PCE, por su parte, a pesar del escrupuloso respeto a la autonomía de los movimientos sociales («viejos» y «nuevos») que pretendía representar la apuesta eurocomunista, comenzó a acariciar la idea de tratar de capitalizar políticamente el peso social y el prestigio de la central sindical en construcción y en cuya dirección sus militantes constituían una abrumadora mayoría. La idea, en fin, no solo de nutrirse en términos electorales, sino de hacer valer su ascendencia sobre la poderosa organización para obtener rédito político.

No obstante, este planteamiento que se abriría camino en determinados segmentos del partido cuestionaba un modelo sindical que pretendía conjurar tanto una concepción de la «correa de transmisión», como las tendencias

«anarcosindicalistas»[49]; acercándose a una concepción leninista clásica –y descontextualizada– en la que los sindicatos resultarían más bien una suerte de «escuelas de comunismo»[50]. Con todo, esta apuesta generó suspicacias en el sindicato, tomando cuerpo, como una profecía autocumplida, las advertencias realizadas en el congreso en el que se reafirmó la independencia del sindicato con respecto a los «peligros» que acechaban tras la separación entre los comunistas sindicalistas y el resto de militancia[51]. Esta desazón se detectaba ya en el IX Congreso del PCE en abril de 1978, célebre por afirmar el abandono del leninismo, al caracterizar la relación de partido y sindicato como de «real, compleja y en ocasiones contradictoria»[52].

EL CONSENSO: ¿GÉNESIS DEL MALESTAR SINDICAL?

Quedando totalmente descartada la ruptura democrática en los términos concebidos por la oposición y con una nueva legitimidad expresada en las Cortes constituyentes, la resituación política de los actores resultaba una necesidad perentoria. En este sentido, emulando a sus homólogos italianos, el PCE ensayaba una suerte de compromesso storico apostando por el entendimiento de las fuerzas democráticas en aras de apuntalar y volver irreversible el cambio político. Aunque la operación incorporara a los socialistas, la lucha por la hegemonía en el campo de la izquierda lastraría su desarrollo. Por otro lado, como se ha insistido frecuentemente, la Transición arrancó en paralelo a los inicios de lo que devendría una grave crisis económica, ejerciendo esta una notable presión sobre la agencia de los actores implicados[53]. El «cambio político», por tanto, se entrelazaba con una crisis de características novedosas que combinaba estancamiento económico, aumento del desempleo e inflación.

La urgencia por dar respuesta a una grave coyuntura que, por aquel entonces, se preveía de corta duración, combinado con la voluntad de los actores políticos por consolidar una legitimidad de ejercicio, condujo hacia los grandes acuerdos políticos y socioeconómicos conocidos como Pactos de la Moncloa, firmados el 25 de octubre de 1977. Estos combinaban medidas democratizadoras con un plan de ajuste macroeconómico que hiciera frente a los desequilibrios más lacerantes. Asimismo, aunque contemplaban contrapartidas orientadas a la democratización de las relaciones laborales, su dimensión salarial supuso una cesura con la

cultura reivindicativa previa basada en los aumentos salariales lineales y sobre la inflación pasada. El nuevo método de cálculo supuso, prima facie, la moderación de los aumentos salariales. Aunque CCOO había comenzado a cuestionar los aumentos lineales por cuanto entendían que disgregaban a los trabajadores, alienando al sector que entendían más pujante, los técnicos y profesionales, categoría en proceso de «proletarización» como consecuencia de lo que era llamado «revolución científico-técnica», este cambio de paradigma fue visto como un trágala para determinados sindicalistas comunistas, aún minoritarios.

Si bien el pacto fue rubricado por el partido, la central sindical se volcó en su defensa. Con más entusiasmo, ciertamente, desde la dirección confederal que desde las periferias de la organización. En este sentido, el secretario general de las CCOO catalanas recogía cierto malestar con respecto a una lectura «triunfalista» y «asindical» del acuerdo, omitiendo los propios órganos del sindicato un análisis desde esta perspectiva. El cierre de filas en este sentido comprometía, según López Bulla, la imagen de independencia del sindicato, lo que constituía una «peligrosa conclusión»[54].

En su entusiasta defensa de los pactos, la dirección del partido los había caracterizado como un paso en la dirección del «socialismo en libertad», lo que, cuanto menos, se alejaba del dictum gramsciano-lassalliano según el cual decir la verdad es siempre revolucionario. Esto debe de entenderse dentro de las dinámicas del cambio político, en el que los diferentes actores políticos bregaban por consolidarse como opciones que demostraran altura de Estado y de gobierno que, para el caso del espacio comunista, implicaba la necesidad de un esfuerzo adicional para combatir décadas de propaganda anticomunista y tratar de quebrar los marcos bipolares propios de la Guerra Fría. Así como también una búsqueda de sus nuevas legitimidades en el cambio de contexto que se abría en el país.

El viaje a la moderación, pero también la búsqueda de la centralidad política, tuvo otro hito importante con la defensa de la Constitución, a la que CCOO se sumó activamente con una campaña de explicación de la carta magna en tajos y fábricas. Elocuentes resultaban las declaraciones del dirigente del sindicato en Madrid, Fidel Alonso, que ilustraban la confluencia de intereses durante la transición cuando afirmaba querer «un sindicato autónomo, independiente de nuestro partido, pero, por supuesto no independiente ni autónomo de la política del PCE»[55]. Impelidos por una ética de la responsabilidad, consciente por ende de las consecuencias previsibles de la propia acción, los comunistas, también en el sindicato, trataban de evitar que su práctica política exacerbara las

contradicciones políticas y sociales, que las llevara al paroxismo, favoreciendo así la involución hacia formas predemocráticas. Consolidar la democracia constituía un objetivo primordial. Esta actividad tildada de «superestructural», en un contexto de crisis, tensionaba las bases del sindicato que en ocasiones se quejaban en reuniones de cuadros sindicales de que «la Constitución, y la Generalidad no están a la hora del bocadillo en la fábrica»[56]; evidenciando cuán alejadas de su cotidianidad percibían las metas que se fijaba el partido.

Con todo, la disciplina y responsabilidad, junto con una no menos importante dosis de desconcierto frente a los derroteros de la crisis, cuya principal manifestación, el paro obrero, constituían una novedad inquietante, resultaron suficientes para ahormar la orientación sindical al cuadro político y social de finales de la década de los setenta sin excesivos sobresaltos.

Algunos de los puntos contenidos en los acuerdos de la Moncloa resultaron incumplidos, contrastando con su notable éxito a la hora de atajar la inflación. Poco después, se produjo el naufragio, a finales de 1978, de las llamadas «jornadas de reflexión» propiciadas por el vicepresidente segundo económico Abril Martorell de cara a una eventual repetición de un acuerdo de concertación, esta vez con los agentes sociales, dando así inicio a la turbulenta historia del diálogo social en nuestro país.

Sin embargo, no radicaron en estos acontecimientos las tiranteces más destacadas entre los militantes comunistas sindicalistas y de estos con la dirección del partido. El año 1979 supuso, en muchos aspectos, un punto de no retorno. Antes de la aprobación de la Constitución, bajo los gobiernos de la monarquía, ya había tenido lugar un desarrollo legislativo que supuso un avance en determinadas materias (como por ejemplo el reconocimiento de los conflictos colectivos) aunque el Gobierno mantenía el control sobre la negociación colectiva[57]. En sentido contrario, en periodo de sesiones de las Cortes, fracasaron las diferentes propuestas para dotar a las relaciones laborales de una regulación netamente democrática. Este fue el caso de las proposiciones presentadas por la oposición, especialmente la del Código de Derechos de los Trabajadores de CCOO, defendida por su secretario general y diputado comunista Marcelino Camacho. Suerte parecida corrió el Proyecto de Ley de Acción Sindical, «cepillado» en sus aspectos más progresistas por la presión patronal y rechazado, después, por las centrales sindicales[58]. En este sentido, 1979 estuvo caracterizado, desde la perspectiva sindical, por la batalla del Estatuto de los Trabajadores, cuyos contenidos iban a determinar qué modelo

sindical iba a ser capaz de plasmarse en el ordenamiento jurídico democrático.

Si algo caracterizó el primer año de vigencia de la Constitución fue la conflictividad laboral, equivalente a que cada asalariado efectuara dos jornadas y cuarto de paro. El enorme estallido huelguístico de aquel año ha sido caracterizado como eminentemente defensivo, agudizado fundamentalmente por la presión de la crisis y los cierres de empresas. Este lugar común, sin embargo, difumina el carácter de año bisagra en términos de conflictividad. Siendo la de los primeros meses del año eminentemente ofensiva, enmarcada en la negociación colectiva y con el objetivo explícito de rebasar el tope salarial fijado por decreto ante el fracaso del diálogo social[59]. En este sentido, el 70 por 100 de las horas no trabajadas tuvieron como motivo la negociación colectiva[60]. Con todo, si bien es cierto que se pretendió mantener el pulso movilizador durante todo el año, esto no fue posible, acusando los primeros síntomas de desgaste en la primavera, producto de la pinza formada por la crisis económica cada vez más evidente y la degradación del clima político, por un lado, y, no menos importante, por la explícita voluntad –fruto de la conciencia de la excepcionalidad del momento– de la patronal de resistir el envite obrero, de ganar la ofensiva lanzada por CCOO «fábrica a fábrica», para desgastar a los sindicatos y romper su unidad de acción; ambos fueron objetivos alcanzados.

La constatación del reflujo en la conflictividad estuvo mediada por los resultados de sendos procesos electorales, las generales en marzo y las primeras municipales democráticas en abril. En este sentido, las legislativas parecieron una foto fija con respecto a las de 1977, a excepción de un modesto aumento de votos para las candidaturas comunistas. Si comicios y huelgas se habían solapado, en lo que mereció el calificativo de «tres meses peligrosos»[61], a la percepción de fortaleza inicial siguió, como expresara Camacho, otra en sentido contrario según la cual pareciera que «la clase obrera pierde terreno»[62].

Aunque el análisis precedente se encontraba fuertemente mediado por el cuadro político, aquel año dio inicio también el declive de la corta parábola dibujada durante el cambio político. El boom sindical inscrito en la efervescencia política general, con una CCOO que en su primer congreso de verano de 1978 afiliaba a dos millones de trabajadores, languidecería y pronto parecería la imagen de un pasado tan remoto como mítico.

En las elecciones municipales, numerosos cuadros de CCOO resultaron elegidos concejales, añadiendo a sus tareas sindicales ahora las de representación

institucional, lo que no siempre resultó fácil de compaginar y actuó en detrimento de las primeras. De la misma manera, pronto surgirían algunos conflictos entre uniones locales y los nuevos gobiernos municipales, incluso con alcalde comunista, a menudo producto de la distancia existente entre una gobernanza constreñida por límites institucionales o presupuestarios y unos programas electorales marcadamente progresistas.

Pero las elecciones generales fueron las que tuvieron mayores implicaciones, por cuanto los resultados de los comunistas rompieron la mística del consenso en la que la imagen de responsabilidad y moderación era la otra cara del avance electoral. Rota esta relación, buena parte de las transacciones, simbólicas y materiales, realizadas hasta entonces se antojaron fútiles. Aumentaron las suspicacias, que estallarían poco después, hacia las direcciones del PCE y del PSUC por haber seguido estas lo que se percibía como una orientación innecesariamente moderada[63]. Un malestar que también comenzó a extenderse entre las bases, redoblando así la presión sobre unos cuadros sindicales que habían adoptado, con mayor o menor convicción, la línea general del partido y que, a los ojos de los trabajadores, aparecían de manera indiferenciada como militantes comunistas.

Un episodio destacado de aquel año, que afectó de forma fundamental a la relación partido y sindicato, tuvo que ver con el tour de force que CCOO lanzó en esta ocasión con motivo de la elaboración del Estatuto de los Trabajadores. El proyecto del Gobierno fue recibido con desagrado por el sindicato, sobre todo por cuanto veían cómo el modelo sindical de UGT, basado en las secciones sindicales, era el que se abría paso. Una enorme prevención y temor se instalaron en la dirección confederal al producirse el acercamiento UGT-CEOE, plasmado en la firma del Acuerdo Básico Interconfederal, cuyos contenidos, poco favorables a los intereses de CCOO hacían presagiar el rumbo que tomaría la elaboración de aquel Estatuto. No se trataba de un temor infundado. Al menos eso parecía desprenderse de un despacho confidencial, en vísperas de la firma del acuerdo, en el que el dirigente ugetista Manuel Chaves aseguraba que el Gobierno y la CEOE tenían la voluntad de apoyar a UGT para minar las posiciones conquistadas por CCOO en el seno del movimiento sindical[64].

El carácter de la respuesta que debía darse ante la situación fue objeto de debate en la dirección de Comisiones, pero la idea de una huelga general (o bien de otro tipo de acción contundente) contra el Estatuto fue abriéndose paso. En un ambiente ciertamente poco propicio, se perfiló un proceso de acciones que había

de culminar en la convocatoria de una huelga general aprovechando una gran concentración de delegados sindicales programada en Madrid para octubre.

«Sota, caballo, rey» era la metáfora de este proceso de explicación y movilización que debía culminar con la acción generalizada. El principal obstáculo que aparecía era una unidad de acción imposible con la UGT. Esto atemperó lo que por otro lado se asemejaba más bien a una huida hacia adelante, imbuida de cierto espíritu soreliano, que parecía remitir a los planteamientos de los últimos años de la dictadura. Como es sabido, el 14 de octubre tuvo lugar una de las mayores movilizaciones sindicales del periodo, con decenas y quizás cientos de miles de trabajadores y delegados sindicales dándose cita, a pesar de la intensa lluvia, en la Casa de Campo madrileña. En aquel momento, la esperada convocatoria de huelga no tuvo lugar. Según un dirigente del sindicato, cercano a Santiago Carrillo, este tildó la posible convocatoria de «locura»[65] y fue un lugar común considerar que la dirección comunista estuvo por abortar el órdago de CCOO. Para otros dirigentes, en cambio, se trató de una intervención del partido del todo innecesaria[66], puesto que desde el sindicato mismo se estaba llegando a conclusiones semejantes sobre, por un lado, la dificultad para impulsar una acción de estas características y, en segundo lugar, en cuanto al criterio de oportunidad, atendiendo a una coyuntura política marcada por signos desestabilizadores. Sea como fuera, el naipe del rey jamás tocó el tapete.

Para la misión diplomática estadounidense en Madrid, la maniobra que había dejado a CCOO «cantando bajo la lluvia» había sido una «anécdota», una maniobra comunista «de manual» que buscaba proyectar aquella imagen de responsabilidad. Sin embargo, siempre según los estadounidenses, la finalmente ofrecida había sido más bien, y por primera vez desde la muerte de Franco, añadían, de desorientación política[67]. En este caso, los diplomáticos norteamericanos contaban con información de primera mano. Unos días antes de la concentración, el miembro del Comité Central Enrique Curiel había mantenido un encuentro con ellos. El dirigente comunista habló con honestidad. No habría huelga general, el PCE no deseaba mostrar una «actitud antisistema»; Camacho se había «excedido», pero habría sido «puesto en su lugar». El partido, afirmaba, actuaba como «acelerador y freno» de la movilización social, manteniendo, sin embargo, la convocatoria del 14 de octubre puesto que no se iban a «tragar cualquier cosa en nombre de la democracia española»[68].

En todo caso, Camacho valoró en aquel momento presentar ipso facto su dimisión como diputado[69] pero, finalmente, y por responsabilidad, decidió

conservar el acta debido a la importancia de las cuestiones sociolaborales que iban a ser tratadas en las Cortes. Con todo, la ruptura del líder sindical con Santiago Carrillo parecía absoluta e irreversible.

A través de la figura de su secretario general, algunos comunistas sindicalistas pudieron constatar, en toda su magnitud, el choque de lealtades entre partido y sindicato. En una reunión del Pleno del Comité Central, aparentemente tensa, en la que participaban numerosos comunistas sindicalistas, la cuestión salió a relucir nuevamente. Camacho lanzó una arenga a favor de «luchar artículo por artículo» el ET en la comisión parlamentaria, recordando que «los trabajadores esperan más» del partido; este planteamiento comportó que el redactado final no fuera tan adverso a la central al restaurarse el papel de los comités de empresa. Por su parte, el secretario general de CCOO de Catalunya, evidenciando de nuevo las distancias que se abrían en el curso del debate, pedía al partido que secundara las iniciativas de los sindicatos con respecto al ET. En apoyo a los dirigentes sindicales intervino Jordi Solé Tura, quien atestiguaba que «[e]stamos desarrollando la Constitución en una correlación de fuerzas desfavorable» mientras proponía un giro en la política de alianzas para acercarse al PSOE[70]. Aquello, sin embargo, representaba aliarse con una opción política que pretendía consolidar el bipartidismo y se vislumbraba como alternativa de gobierno, para lo que tenía, además, que arrinconar la fuerza de CCOO.

Así las cosas, la desorientación y las escasas alternativas marcaban el fin de una época imbuida de un optimismo exacerbado. El anhelo de un inmediato progreso gradual, de una profundización democrática paulatina que la política de consenso había de posibilitar, se esfumaba. No fue esta apuesta estratégica en sí, si no falta de correspondencia con resultados tangibles en medio del agravamiento de la situación económica y social, aquello que precipitó el conflicto entre partido y sindicato.

Algunas intervenciones efectuadas en aquel pleno del Comité Central conectaban con ciertos anhelos de los cuadros sindicales. En este sentido, la Secretaría de Movimiento Obrero de Barcelona expresaba su decepción con un proceso de cambio que, atendiendo a la correlación de fuerzas, se había visto caracterizado por que «en el terreno social no se haya avanzado un ápice». Es más, «la democracia política alcanzada» se había «detenido a las puertas de los centros de trabajo». En este sentido, se abogaba por «proponer opciones de mayor contundencia a nivel de todo el estado» para, desde la unidad, crear una situación favorable «a la negociación de una política de solidaridad nacional […]

o política de austeridad como la denominan los comunistas italianos»[71]; esto es, una política de esfuerzo compartido para salir de la crisis, manteniendo la unidad de la clase obrera y transformando las estructuras económicas y sociales. Es decir, tal y como CCOO había propuesta en su primer congreso y el PCE, con alguna discrepancia y previo desarrollo por parte del sindicato, había terminado por aceptar. No es de extrañar que influyera en esta asunción el prestigio del que gozaban las alternativas propuestas por CCOO entre los trabajadores, como atestiguaba ya entonces algún estudio sociológico[72].

¿Sindicalistas contra el partido?

Aquello que Carrillo había tratado de limitar, a saber, que el sindicato apareciera como un sujeto no solo político, sino portador de unos planteamientos más justos y, por ende, con más capacidad de interpelación social que los del partido, más apegados al terreno y a la vida de los trabajadores, parecía reforzarse para cada vez más sectores de la militancia. Asimismo, la baza de su ascendencia sobre la central parecía puesta en cuestión, fruto de las más que notorias discrepancias, difuminándose la desproporcionadamente larga sombra del partido con las que se habían identificado las CCOO. De hecho, los desencuentros fueron en aumento como consecuencia de diversos acontecimientos.

En primer lugar, el partido se mostraba crítico con los resultados de la movilización sociolaboral de 1979, cuyos resultados decepcionantes habían supuesto, por ejemplo, la primera disminución del poder adquisitivo de los salarios pactados en convenio en función del método sobre la inflación prevista contemplado en los Pactos de la Moncloa. Con el conflicto del Estatuto todavía candente, CEOE y UGT habían dado otra vuelta de tuerca más a su estrategia de concertación, pactando el Acuerdo Marco Interconfederal. Este pacto de rentas, que contemplaba algunas contrapartidas sindicales, redundaba aún más en el aislamiento de CCOO, lo que alarmó al PCE por sus posibles implicaciones políticas.

En efecto, el aislamiento, sin ser buscado de manera voluntaria, era recibido, según la dirección del Partido, con cierto alivio en las filas de CCOO. Esto sería producto, según Carrillo, de cierto «complejo de los Pactos de la Moncloa».

Aunque tampoco abogaba por la firma del AMI, para el máximo dirigente comunista, sin embargo, el aislamiento de la central mereció el calificativo de «insuceso»[73]. Desde su punto de vista, el error radicaba, sobre todo, en el hecho que ponía en cuestión la capacidad de negociación de un sindicato que afirmaba representar el término medio virtuoso entre esta y la movilización.

Sin embargo, fue la premonición con respecto a las elecciones sindicales aquello que terminó por encender todas las luces de alarma. CCOO comenzaba a cosechar reveses electorales en empresas punta de lanza como SEAT, lo que hacía prever un posible sorpasso por parte de UGT en las elecciones de 1980. Aunque no terminó produciéndose, con los resultados ofrecidos a principios del año siguiente, la ventaja y el espejismo de la mayoría sindical de CCOO se esfumaba.

Estos indicios hicieron que el PCE optara entonces por convocar una reunión de cuadros sindicales comunistas para mediados de mayo. Lo que se conocería como «golpe de timón» fue un llamamiento a la adaptación de la orientación sindical al contexto de crisis económica y, por lo tanto, de inhibición de la voluntad movilizadora de los trabajadores. Hacia finales de 1979, como hemos dicho con anterioridad, el desgaste resultaba evidente, lo que sumado a ciertos análisis relativos al comportamiento electoral, coadyuvó a reforzar la percepción de la sociedad española como «moderada» y la pérdida de agencia revolucionaria por parte de la clase obrera industrial[74]. El informe que Carrillo elaboró contenía una implícita crítica a la dirección del sindicato y a lo que consideraba como síntomas de «radicalización ultraizquierdista» e idealización obrerista; por el contrario, sostenía que UGT se habría mostrado mucho más consciente de la mentalidad «conservadora» de los trabajadores, adaptando su acción sindical con éxito. Asimismo, el dirigente comunista denunciaba lo que entendía como intentos de invertir la correa de transmisión, invistiendo al sindicato del papel de «partido dirigente» y al PCE como de una suerte de «sindicato dirigido»[75].

La reunión del «golpe de timón» también sirvió para que determinados cuadros sindicales arrojaran aceradas críticas contra el secretario general, lo que prefiguraba acontecimientos que se encontraban a la vuelta de la esquina. El resultado del encuentro fue, en términos generales, paradójico. Si pretendía terminar con el disenso, lo catalizó. También profundizó la brecha de forma notable con los cuadros dirigentes catalanes. Asimismo, buscando homogeneizar la política de los comunistas en el sindicato, aquella vieja tarea pendiente,

consiguió, en el sentido que terminamos de expresar, favorecer la dispersión. Y, por último pero no menos importante, dañó considerablemente la imagen de autonomía o independencia del sindicato.

Pronto terminarían por precipitarse los acontecimientos. A principios de 1981, los resultados de las elecciones sindicales confirmaban los malos augurios y el V Congreso del PSUC suponía el aldabonazo que anunciaba su implosión. Pocos días antes de la intentona golpista del 23F, Camacho abandonaba su acta como diputado, lo que, a pesar de los esfuerzos, aparecía como una señal clara de distanciamiento de la orientación del grupo dirigente comunista. Todo ello a pesar incluso de aquellos acontecimientos que, en principio, podían parecer positivos, como la firma del Acuerdo Nacional de Empleo, primero suscrito entre Gobierno y agentes sociales, Comisiones incluida, conjurando su arrinconamiento, y que contenía un compromiso explícito relativo a la creación de empleo. CCOO podía, además, presentarlo como un avance en la política de solidaridad que el sindicato propugnaba. Aquel acuerdo, sin embargo, se consumió nuevamente pasto de los incumplimientos y la escasa convicción con respecto a su necesidad y oportunidad por parte del resto de actores políticos y sociales; movidos por intereses electoralistas en el marco de la crisis del Ejecutivo de UCD.

Poco después de su firma, CCOO celebraba un II Congreso marcado por la división. «No me gusta el lugar de donde vengo. No me gusta el lugar adonde voy», rezaban los versos de Bertolt Brecht que un delegado habría recitado a Camacho durante la sesión de apertura[76]. Con menos afiliados que el cónclave anterior y con un ambiente precongresual enrarecido y tenso –además del X congreso del PCE en el horizonte– la dirección comunista trataba de impedir que CCOO se convirtiera en un «trampolín afgano»[77]; esto es, que sirviera de plataforma a los sectores más críticos, aunque minoritarios, con la dirección, identificados como «prosoviéticos».

Volviendo a la situación de los comunistas catalanes, algún observador, de una forma un tanto maniquea, consideraba el resultado del V Congreso del PSUC como una suerte de irrupción plebeya contra la dirección eurocomunista de políticos profesionales[78]. Sin embargo, más bien parecía tratarse de un toque de atención por parte de la militancia de extracción obrera, que no estaba dispuesta a más concesiones, ya fueran en el orden simbólico o en lo relativo a las condiciones de vida[79]. Esto se expresó, en términos sindicales, en lo que el nuevo miembro del Ejecutivo de los comunistas catalanes y dirigente

metalúrgico de CCOO Juan Ramos, calificó de una política de «resistencia». Es decir, de superación de la crisis negando cualquier compromiso o sacrificio[80]. La crisis del espacio político de los comunistas catalanes parecía irreversible.

Otro tanto ocurriría en el País Vasco, donde los militantes del EPK aprobaban confluir con Euskadiko Ezkerra en enero de 1981, precipitando el conflicto entre los comunistas vascos y anticipando la que enfrentaría a Carrillo con los llamados «renovadores», partidarios de profundizar en la línea eurocomunista y de un aggiornamento de las estructuras del partido. El caso vasco provocó una reacción en clave obrerista, encabezada por militantes históricos y algunos cuadros del sindicato, en la que la cuestión de cuál debía ser el referente o los referentes sindicales de los camaradas vascos, caracterizada por un observador como la más compleja[81], estaba sobre la mesa.

Si después del II Congreso del sindicato resultó posible construir una dirección con todos los sectores, críticos y favorables a la dirección del PCE, incluso con exmilitantes de USO, el partido no corrió la misma suerte. El cuestionamiento de la trayectoria reciente del mismo, así como de los métodos de dirección o su relación con los movimientos sociales, tuvo un destacado episodio en el X Congreso del partido, celebrado en julio de 1981.

Sin embargo, Carrillo no tuvo dificultades para neutralizar el envite de los «renovadores» recurriendo a menudo a una retórica obrerista y enarbolando las esencias comunistas. Un obrerismo táctico, en definitiva, que pretendía restaurar el privilegio ontológico clasista del que el eurocomunismo de los «renovadores», así como los italianos, que lo tildaban de «primitivismo y de infantilismo sindical»[82], se habían comenzado a distanciar, reivindicando otros sujetos encarnados por los «nuevos» movimientos sociales y aspirando a construir un partido más transversal. Asimismo, poco antes del congreso, los «renovadores» madrileños, entre los que había también obreros y dirigentes sindicales, realizaban una crítica a la intervención del partido en la central durante las jornadas del «golpe de timón», recogida en el «Documento de los 250». Los firmantes no censuraban su conveniencia, sino el hecho que los llamamientos al realismo sindical, si bien se apreciaban como acertados, resultaron «inútiles por su generalizado incumplimiento»[83]. Este planteamiento no pudo más que profundizar en la división entre los sectores «renovadores» e importantes sectores obreros igualmente críticos con la dirección, favoreciendo la derrota de los primeros.

En aquel congreso Camacho fue, por su parte, uno de los candidatos que recibió más apoyos en las votaciones al Comité Central, por detrás de Dolores Ibárruri y seguido de Nicolás Sartorius. La relevancia del secretario general de las CCOO era evidente, identificado por algunos observadores tanto como un representante del «ala izquierda» del partido[84], como atestiguando su evolución hacia un «eurocomunismo sin carrillismo»[85]. Su prestigio en el partido resultaba inversamente proporcional a la simpatía de la que resultaba merecedor por parte de Santiago Carrillo. Este enfrentamiento tan solo pudo ir en aumento atendiendo a la actitud generosa que Camacho mantuvo hacia algunos expulsados del PCE, fueran «renovadores» o «prosoviéticos». En este sentido –aunque no sabemos si por mera formalidad, por una voluntad expresa de remarcar la independencia o por el enfrentamiento entre ambos– las comunicaciones entre Camacho y Carrillo, en orden de tratar aspectos relativos al ámbito político o sindical, se producían de forma epistolar.

Si en el X Congreso se reafirmaba el compromiso con CCOO, difícilmente puede leerse la expresión «su sindicato» en su literalidad y con todas las implicaciones, como se ha he hecho en alguna ocasión[86]; esto es, en un sentido patrimonial. De hecho, como terminamos de ver, las tesis en materia sindical deben interpretarse más como un anhelo que como una realidad; máxime teniendo en cuenta cómo se habían malogrado las relaciones, con una mayoría de cuadros sindicales comunistas en posiciones que iban desde el rechazo a la crítica más o menos explícita hacia la línea del partido y de su injerencia en el sindicato.

Poco tiempo después, en Catalunya, parecía que lo que el máximo dirigente de las CCOO catalanas caracterizó de «batalla lingüística» en torno al término eurocomunismo[87], comenzaba a superarse. En efecto, el sector encabezado por la dirección que dimitió en el V Congreso restañó sus relaciones con el «leninista» o «eurocomunista de izquierdas», articulando de esta manera una nueva mayoría en el partido. Este movimiento precipitó, no obstante, la ruptura del PSUC, la expulsión y formación de una escisión «prosoviética» que abanderaba la crítica contra el ANE y abogaba por una política de resistencia frente a la crisis[88]. Todo ello haciendo gala de sus cargos sindicales, vulnerando así no solo el principio de independencia, sino haciendo temer que el riesgo de ruptura alcanzara al sindicato.

A pesar de cierta pacificación, la imagen de los comunistas había quedado profundamente dañada. En el caso de los catalanes la restitución de la dirección

que había dimitido como consecuencia del V Congreso resultó en una «victoria pírrica», incapaz de devolver el prestigio al «tercer partido comunista de Europa occidental»[89]. El sindicato consiguió amortiguar las tensiones, no así el hecho de resultar enmarcado como el principal bastión de oposición a Carrillo, quien, como señalaba Camacho, hacía eurocomunismo pour la galerie mientras mantenía un férreo control sobre el partido[90].

En esta situación el PCE hubo de afrontar sendos procesos electorales, las andaluzas en mayo y unas legislativas anticipadas en octubre de 1982. Ante la percepción que la CEOE pretendía provocar una «espiral conflictiva» para perjudicar electoralmente a la izquierda, tanto CCOO como UGT decidieron inhibirse[91]. No obstante, la debacle de los comunistas no se evitó, constatándose no solo cómo el PSOE había capitalizado el voto moderado, sino que había conseguido también el apoyo de cuadros y militantes de CCOO. Acertando en su prospección, Camacho señalaba que la «única garantía frente a un gob[ierno] socialista» iba a ser el sindicato[92].

Como consecuencia de los primeros comicios autonómicos en Andalucía Carrillo presentó su dimisión, aunque fue rechazada por el Ejecutivo. En su intervención ante el Central defendió con ahínco la orientación del partido en el periodo precedente, arrogándose la paternidad de la estrategia eurocomunista. Asimismo no escatimó en críticas hacia la dirección de CCOO; quien, en su opinión, se habría mostrado impaciente y habría acusado a la dirección que él encabezaba de no haber respetado la independencia sindical. Acto seguido, sin embargo, realizaba un reconocimiento implícito de su concepción patrimonial con respecto al sindicato cuando recordaba su postura al inicio del cambio político; momento en el que se había abogado, en reconocimiento de la «diversidad» de la clase obrera, por un «sindicato independiente de verdad». El informe no estaba exento de mistificaciones cuando afirmaba haber «suprimido […] toda forma de actividad del Partido en el movimiento sindical», abandonándola por completo «al libre albedrío de los cuadros del Partido en Comisiones»[93]. Más bien el partido se había mostrado, y se mostraría, impotente en este sentido. En lugar de elaborar colectivamente una política sindical compartida, lo que se produjo fue una confluencia espontánea y natural de intereses.

El cortafuegos instalado por Camacho y la dirección de CCOO tuvo un inmediato impacto sobre la relación partido-sindicato. En este sentido, el veterano dirigente había defendido que «[l]as elecciones y las luchas políticas de

los militantes de CCOO [quedaran] fuera» del sindicato. Más aún, el secretario general de CCOO, citando al dirigente italiano Bruno Trentin, reivindicaba la síntesis de las diferentes orientaciones, al tiempo que rechazaba los personalismos y los sambenitos con que se atacaba a los adversarios. Asimismo, realizaba un defensa de la autonomía del sindicato como garantía de la unidad, negando «cualquier instrumentalización por el cuadro político contingente» y, como correlato, la existencia de una transferencia del voto de CCOO al PCE[94]. Censuraba, además, cualquier relación basada en la imposición en lugar de en la hegemonía, para lo que recurría a un paralelismo de actualidad al ironizar sobre lo «absurdo» de las prerrogativas que los comunistas polacos del POUP trataban de arrogarse sobre Solidarnosc. El paralelismo con Polonia ya había sido sacado a relucir por Camacho con anterioridad, refiriéndose al «pecado original» comunista que emanaba de la metáfora de la «correa de transmisión» leninista[95]. Con todo, no negaba el papel del partido, antes todo lo contrario, asumiendo la primacía política derivada de su papel constitucionalizado en el nuevo marco democrático. Ahora bien, sí rechazaba las acusaciones que era posible leer relativas a la existencia de un supuesto «pansindicalismo de raíces anarquistas» y de una correa de transmisión invertida[96]. Estas críticas dejaban entrever una imagen claramente instrumental del sindicato por parte del PCE, que lo concebía como granero de votos y dique contra el bipartidismo.

Resulta difícil pensar en una iniciativa capaz de cambiar el curso de los acontecimientos. Convocadas las elecciones en agosto de 1982, afectados por una grave crisis orgánica, los comunistas se dirigían directos hacia el desastre. El PSOE obtuvo una mayoría holgada absoluta y capitalizó ideas fuerza como la del «socialismo democrático» o la de la «solidaridad» como estrategia para superar la crisis. Los socialistas supieron representar el anhelo, en definitiva, de cambio; aunque este fuera moderado, como recordaría Camacho en la reunión del Comité Central en el que Carrillo presentó, esta vez sí, su dimisión irrevocable. Al frente del partido le sucedería un dirigente comunista que también lo era de CCOO, Gerardo Iglesias. Unos meses antes, Julián Ariza, dirigente cercano al secretario general comunista, aún había tratado, en un ambiente impregnado de tensión y con aires premonitorios de la victoria socialista, de persuadir a la dirección del sindicato aduciendo que «[s]i la expresión mayoritaria de los trabajadores fuera al PSOE, se cuestionaría nuestra forma de hacer sindicalismo»[97]. Finalmente no fue así y, aunque UGT dio el sorpasso a la central en las elecciones sindicales de aquel año, CCOO mantuvo e incluso mejoró su representación en términos relativos. La central, con su defensa de un proyecto autónomo, pudo evitar que la «correa de transmisión» se

convirtiera en una cadena que, llegado el momento, ligara su suerte a la de un partido condenado a un papel testimonial.

CONCLUSIONES: UNA RELACIÓN CAMBIANTE Y COMPLEJA

En las páginas precedentes hemos tratado, en primer lugar, de problematizar la relación partido-sindicato, tratando de impugnar interpretaciones unívocas o mecanicistas. El éxito inicial de las Comisiones estribó en su carácter unitario, posibilitado por el aggiornamento de la cultura política comunista y, más tarde, por la estrategia eurocomunista que superaba una relación anteriormente dominada por una estricta concepción basada en la división de tareas, en la sumisión del sindicato (en cuanto que organización de defensa de los intereses inmediatos de la clase trabajadora) a la vanguardia encarnada en el partido.

Esta relación de «correa de transmisión» se transformará en otra, podríamos decir, de tipo dialéctico, de influencia mutua: si previo a la definitiva conquista de las libertades, los comunistas actuaron políticamente a través de las Comisiones, estas se beneficiaron y también se fortalecieron gracias a la capacidad política y organizativa de los militantes del partido.

Con el inicio de la Transición, el carácter vertiginoso de los acontecimientos y los cambios característicos de procesos de tal densidad histórica añadirán, paradójicamente, tensiones que en el periodo clandestino habían permanecido ausentes o soterradas. A pesar del «contra-ritmo» que caracterizó el desenvolvimiento del sindicalismo en nuestro país[98], consecuencia fundamentalmente de los cuarenta años de dictadura, la idea de los sindicatos en calidad de agentes sociales fundamentales en el marco del pacto social fordista todavía prevalecía, aunque resultara tempranamente cuestionado, por lo que constituían actores (y activos) políticos de primer orden.

Asimismo, la coyuntura marcada por la crisis económica y la transición política condicionó de forma notable la agencia de las organizaciones. En este sentido, las primeras tensiones aflorarían como consecuencia del peso desigual de los dos componentes: el incuestionable poder social del sindicato que, sin embargo, en el marco de una nueva configuración democrática que confirió un papel fundamental a los partidos, hubo de apoyarse en el menguado peso político del

PCE y del PSUC en Catalunya, otrora partidos hegemónicos en el antifranquismo.

La práctica de CCOO se había caracterizado por su pragmatismo, por medir bien las luchas en aras de no desmovilizar a los y las trabajadoras como consecuencia de eventuales derrotas o de los elevados costos represivos. El marco político y social favoreció esta dinámica transaccional en una lógica semejante a la de una suerte de «intercambio político» en diferido; esto es, una moderación reivindicativa que facilitara el avance de las opciones progresistas, especialmente la representada por los comunistas, como garantía de ulteriores disposiciones favorables a los trabajadores una vez que devinieran fuerzas de gobierno.

En el marco de la propuesta estratégica eurocomunista, que compartían ambas direcciones y buena parte de los cuadros, hubo una convergencia fundamental que engrasó las relaciones. Con todo, este enfoque no estuvo exento de una tensión no siempre explícita, por cuanto implicaba la asunción de sacrificios inmediatos en un contexto de crisis, al tiempo que comprometía la imagen de independencia sindical trabajosamente labrada. En efecto, el PCE comenzaría, además, a concebir la central como un potencial reservorio de votos comunistas, como el puntal de contención a una posible instauración de un sistema bipartidista y como un medio para amplificar su limitada representatividad política.

Responsabilidad y altura de Estado, así como una apuesta concertada y solidaria de superación de la crisis, constituían una primera respuesta a una situación económica que presentaba características novedosas y a las que el movimiento obrero no se había enfrentado con anterioridad. Ahora bien, la predisposición a la negociación también era el resultado del desarrollo político y del proceso acumulación de fuerzas previo, que había alumbrado, como destacaba Vázquez Montalbán a través de uno de sus personajes de El Pianista, «una vanguardia hecha a la medida de la situación y débil que ha pactado cuando tenía que pactar».

En muchos aspectos 1979 fue un parteaguas, rompiendo la ya por entonces precaria unidad sindical, mostrando los límites de la capacidad de movilización bajo el peso de la crisis y cortocircuitándose, al parecer de numerosos dirigentes, cuadros y militantes, el círculo virtuoso entre moderación y responsabilidad y auge electoral del espacio comunista. Todo ello coadyuvó al relativo

distanciamiento entre el partido y la central sindical, con un sindicato que, en contacto con los trabajadores, dejó de percibir de forma diáfana la convergencia de intereses con el partido, decantándose más bien hacia la protesta por lo que entendían la subordinación de los propios a las necesidades del cuadro político hegemonizado por la política de partidos. Percepción que alimentaría, verbigracia, el epítome de los sindicatos como «parientes pobres de la Transición». En sentido contrario, la dirección del partido redobló los esfuerzos, hasta entonces infructuosos, por contribuir de forma clara al establecimiento de la orientación y política sindicales, tratando de curvar lo que entendía como una acción radicalizada y sin perspectivas que dañaba la imagen que pretendía proyectar hacia la opinión pública. Lo que, en realidad, no dejaba de sublimar, en parte, una externalización de las responsabilidades políticas por la crisis de su propia estrategia.

Las desavenencias crecientes entre partido y sindicato contribuyeron de forma importante a cuestionar algunos axiomas de la estrategia eurocomunista. Esto respondió tanto a la problemática relación con este movimiento social (aunque en proceso de institucionalización) como a los giros obreristas producidos en el sindicato y alentados también en el seno y desde el PCE como maniobra tacticista contra los críticos con la dirección comunista. Todo ello contribuyó de forma importante a la crisis orgánica del partido, vislumbrándose, ahora sí, una clara correa de transmisión del malestar, cuyo origen se encontraba, sobre todo, en el sindicato y cuyo motor era lo que los cuadros sindicales comunistas entendían como una innecesaria vulneración de la autonomía sindical. Pero esta crisis no afectó de forma destacable a la central, quien había conseguido construir lealtades propias, así como articular una alternativa ad hoc a la crisis –aunque terminara siendo frustrada– y, no menos importante, se había constituido como una pieza clave de todo proyecto político a la izquierda del PSOE.

La victoria de Felipe González en octubre de 1982 en el marco de otros triunfos electorales socialistas a nivel internacional que contrastaban con el declive comunista (y en los que algunos observadores creyeron ver una temprana impugnación «del llamado neoliberalismo»[99]) abría una nueva coyuntura. No obstante, determinados sectores de la izquierda sociológica pronto se sintieron defraudados con el proceso de cambio político y la propuesta modernización de los socialistas. El sindicato devendría, como observara Camacho, en el bastión de esa otra izquierda que se encontraba fragmentada y enfrentada.

Ya por entonces, la parábola del sindicato había iniciado su curso descendente en

la mayoría de países de Europa occidental en los que el pacto social de posguerra había estado vigente, encontrándose también en declive la conciencia obrera y el «socialismo realmente existente». Sin embargo, aquella temprana defensa de la autonomía de CCOO y la construcción de una cultura sindical propia por parte de la mayoría de los sindicalistas comunistas consiguió establecer una suerte de cordón sanitario, permitiendo a este sujeto sociopolítico no solo sobrevivir al diluvio de la instauración neoliberal y el fin de las utopías, sino permanecer como una de las principales fuerzas sociales del país con las que tratar de hacerle frente.

---

[1] Alfonso Carlos Comín, «Comunistas en la Iglesia, cristianos en el partido el marxismo, los cristianos y la praxis política», El Ciervo: revista mensual de pensamiento y cultura 297 (1976), pp. 19-21, y Cristianos en el partido, Comunistas en la Iglesia, Barcelona, Laia, 1977.

[2] Carta de José Luis López Bulla a Isidor Boix, s/f (seguramente entre finales de 1982 y principios de 1983), Fons López Bulla, s/p, AHCONC.

[3] Sin ánimo de exhaustividad, cabe destacar Emanuele Treglia, Fuera de las catacumbas, Madrid, Eneida, 2012 y, por el espacio dedicado al activismo sindical, Carme Molinero y Pere Ysàs, Els anys del PSUC: El partit de l’antifranquisme (1956-1981), Barcelona, L’Avenç, 2010; y De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982), Barcelona, Crítica, 2017. La cuestión también es objeto de una aproximación en Álvaro Soto Carmona, «Comisiones Obreras en la transición y consolidación democrática. De la asamblea de Barcelona a la Huelga General del 14-D», en David Ruiz (dir.), Historia de Comisiones Obrera (1958-1988), Madrid, Siglo XXI de España, 1993, pp. 451-521.

[4] Paradigmático resulta en este sentido el, sin embargo, imprescindible estudio de Josep Puigsech Farràs (dir.) y Giaime Pala (coord.), Les mans del PSUC. Militància, Barcelona, Memorial Democràtic, 2017. Un volumen que destaca las militancias en los diferentes movimientos de masas por parte de los miembros del PSUC y en el que, en cambio, el movimiento sindical no cuenta con un apartado específico.

[5] Por utilizar la expresión acuñada en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez

Biesca, «Un paso más en el proceso de «normalización historiográfica» de la historia del PCE», Cuadernos de Historia Contemporánea 27 (2005), pp. 317-322.

[6] Bernard Pudal, «Los enfoques teóricos y metodológicos de la militancia», Revista de Sociología 25 (2011), pp. 17-35.

[7] José Babiano, «El mundo del trabajo durante el franquismo. Algunos comentarios en relación con la historiografía», Ayer 88 (2012), p. 238.

[8] Javier Tébar Hurtado, «Prólogo», en Javier Tébar Hurtado (ed.), El movimiento obrero en la gran ciudad: de la movilización sociopolítica a la crisis económica, Barcelona, EIC-El Viejo Topo, 2011, pp. 15-16.

[9] José Babiano Mora y Javier Tébar Hurtado, «La parábola del sindicato en España. Los movimientos sindicales en la Transición "larga" a través del caso de CCOO (1975-1986)», en Damián Alberto González Madrid, Manuel Ortiz Heras y Juan Sisinio Pérez Garzón (eds.), La Historia: lost in translation. Actas del XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Cuenca, UCLM, 2017, p. 1472.

[10] Cable de la Embajada de Madrid al Departamento de Estado, «The Presidents visit: some thoughts on Spain today and our approuch to its future», 21 de mayo de 1975, Wikileaks, 1975MADRID03443_b.

[11] «Eso debería ser de gran ayuda. Él es anticomunista, y este es nuestro problema en los sindicatos», Bureau of European and Eurasian Affairs, «Memoranda of Conversation», 2 de junio de 1976, Gerald Ford Library, 1553461.

[12] Carme Molinero y Pere Ysàs, De la hegemonía a la autodestrucción, p. 47.

[13] E. Treglia, Fuera de las catacumbas, p. 263.

[14] Para el concepto y su aplicación a la militancia comunista, véase Etienne Balibar: «Communism as Commitment, Imagination, and Politics», en Slavoj Zizek (ed.), The Idea Of Communism, Londres, Verso, 2013, pp. 34-35; así como en Slavoj Zizek, «Remembering, Repeating, and Working Through», Lenin 2017, Londres, Verso Books, 2017, pp. I-LXXX.

[15] Fernando Soto Martín, A ras de tierra, Madrid, Akal, 1976, p. 71 y ss.

[16] José Antonio Sagardoy Bengoechea y David León Blanco, El poder sindical en España, Barcelona, Planeta/IEE, 1982, p. 44.

[17] «Informe CCOO», 1970-1971, C. 179, Exp. Delegación Provincial de Sindicatos, AGDGC.

[18] Estas influencias pueden reseguirse en algunas de las obras sobre estrategia y organización sindical editadas durante el tardofranquismo, véase Varios autores, La estrategia sindical, Barcelona, Nova Terra, 1968; Nicolás Sartorius, El resurgir del movimiento obrero, Barcelona, Laia, 1975, y El sindicalismo de nuevo tipo. Ensayos sobre Comisiones Obreras, Barcelona, Laia, 1977.

[19] Richard Hyman, Understanding European Trade Unionism. Between Market, Class & Society, Londres, Sage, 2001, p. 20.

[20] Véase al respecto, Iginio Ariemma, La izquierda de Bruno Trentin, papeles en campo abierto, septiembre de 2014 [https://encampoabierto.files.wordpress.com/2014/10/brunotrentin_eca.pdf] (consulta: 30 de julio de 2020), p. 28; Bruno Trentin, La ciudad del trabajo. Izquierda y crisis del fordismo, Madrid, Fundación 1.o de Mayo, 2012, p. 111 y ss. o Pietro Ingrao, «Movimientos sociales y transformación del Estado», Nuestra Bandera 102 (enero-febrero de 1980), p. 18.

[21] «Resumen del informe general, realizado por…», Cuadernos de Gaceta Sindical 1 (1981), p. 36.

[22] Marcelino Camacho, «Algunas consideraciones sobre los convenios colectivos; sobre un buen convenio», en Charlas en la prisión, Barcelona, Laia, 1976, pp. 84-87.

[23] Véase al respecto Nicos Poulantzas, Las crisis de las dictaduras. Portugal, Grecia, España, México, Siglo XXI de España, 1976, y Fernando Claudín, Eurocomunismo y socialismo, Madrid, Siglo XXI de España, 1977.

[24] Una perspectiva crítica del eurocomunismo como sublimación de la apuesta por la transformación radical de la sociedad, en Juan Andrade Blanco, El PCE y el PSOE en (la) transición. Evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político, Madrid, Siglo XXI de España, 2012, p. 44. Para un

planteamiento, a nuestro parecer exitoso, por su conversión en una categoría analítica histórica, véase Victor Strazzeri, «Forging socialism through democracy: a critical review survey of literature on Eurocommunism», Twentieth Century Communism 17 (2019), pp. 26-66.

[25] Carlos Elvira, «Las elecciones sindicales. Sus repercusiones en el movimiento obrero y en la situación del país», Nuestra bandera 53 (primer trimestre de 1967), p. 36.

[26] Anónimo «Informe a la dirección del partido», 1969, Fons del Centre de Treball i Documentació, PSUC, C. 59, Exp. 1, AHCONC.

[27] Giaime Pala, «El militante total. Identidad, trabajo y moral de los comunistas catalanes bajo el franquismo», Cahiers de Civilisation espagnole contemporaine 10 (2013), p. 38.

[28] Javier Tébar Hurtado, «Sindicalismo y política. La polémica comunista sobre la unidad sindical en la transición española», en António Simoes do Paço, Raquel Varela y Sjaak Van der Velden (coords.), Strikes and Social Conflicts. Towards a global history. Lisboa, International Association Strikes and Social Conflicts, 2012, pp. 152-161.

[29] «Reunión del Comité Ejecutivo con los camaradas del movimiento obrero», París, 3 de octubre y 2 de noviembre, 1975, Fondo Dirigentes: Santiago Carrillo, Caja 6, Exp. 2/21, p. 29, AHPCE.

[30] Ibid., pp. 33 y 42

[31] Ibid., p. 69.

[32] José Babiano Mora, José Antonio Pérez y Javier Tébar Hurtado, «La Huelga general en el siglo XX español: retórica, mito e instrumento», Annales littéraires de l’Université de Franche-Comté 703 (2015), pp. 243-246.

[33] «Entrevista a José Luis López Bulla», El Maresme, c. 1978, p. 19, Fons López Bulla, C. Secretaría general doc JLLB 1979 1994, AHCONC.

[34] Jordi Solé Tura, «La cuestión comunista como cuestión política general», en Enrico Berlinguer, La «cuestión comunista», Barcelona, Fontamara, 1977, p. 13.

[35] Bureau of European and Eurasian Affairs, «Developing views of PSOE leader Felipe González», 29 de enero de 1976, 1976MADRID00696_b.

[36] Relación causal que ya es objeto de un consenso historiográfico. Ante la falta de espacio, tan solo citaremos una de sus primeras formulaciones en Carme Molinero y Pere Ysàs, «Movimientos sociales y actitudes políticas en la crisis del franquismo», Historia Contemporánea 8 (1992), pp. 269-280.

[37] Julián Ariza, La Confederación Sindical de Comisiones Obreras, Madrid, Avance, 1977, p. 39.

[38] Entre 1976 y 1979 el volumen de conflictividad (entendida esta como la multiplicación de su frecuencia, duración y tamaño) equivalió a veintiún veces la experimentada entre 1963 y 1975, véase David Luque Balbona, Las huelgas en España, 1905-2010, Alzira, Germania, 2013.

[39] Manuel Vázquez Montalbán, Crónica sentimental de la transición, Barcelona, Debolsillo, 2010, pp. 133-134.

[40] Marcelino Camacho, Confieso que he luchado. Memorias, Madrid, Temas de Hoy, 1990, p. 410.

[41] Véase al respecto Núria Simelio, Prensa de información general durante la transición política española (1974-1984): pervivencias y cambios en la representación de las relaciones sociales, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2007.

[42] «Por un voto obrero y democrático», Gaceta de derecho social, 1977 (junio de 1977), p. 3.

[43] Á. Soto Carmona, «Comisiones Obreras en la transición», pp. 493 y 520.

[44] V. Strazzeri, «Forging socialism through democracy», pp. 31-33.

[45] Sergio Calvo Romero, «El PCE ante la prueba de las urnas», Ayer 86 (2012), p. 198.

[46] C. Molinero y P. Ysàs, De la hegemonía a la autodestrucción, p. 282.

[47] Manuel Vázquez Montalbán, Asesinato en el Comité Central, Barcelona,

Planeta, 1981, p. 125.

[48] Bureau of European and Eurasian Affairs, «Visit of AFL-CIO's Irving Brown», 6 de octubre de 1977, Wikileaks, 1977MADRID07387_c, p. 3.

[49] Nicolás Sartorius, El resurgir del movimiento obrero, pp. 53-56.

[50] Vladimir Ilich Lenin, Acerca de los sindicatos, Madrid, Akal, 1975.

[51] PCE, Hacia la libertad. Octavo Congreso del Partido Comunista de España, París, Éditions Sociales, 1972, p. 88

[52] PCE, 9.o Congreso del Partido Comunista de España. 19/23 abril de 1978. Resoluciones, Madrid, Mundo obrero, 1978, p. 19.

[53] José María Marín Arce, «Condicionantes económicos y sociales de la transición», en Carme Molinero (ed.), La transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y la consolidación de la democracia, Barcelona, Península, 2006, pp. 81-116.

[54] José Luis López Bulla, «Algunas consideraciones sindicales en torno a los Pactos de la Moncloa», 4 de enero de 1978, Fons López Bulla, Quaderns sindicals, AHCONC.

[55] El País, 14 de octubre de 1980.

[56] «Reunión de cuadros obreros del PSU de Cataluña», notas manuscritas, s/l, 14 de enero de 1978, Fons López Bulla, C. Debat Leninisme PSUC, 1978-Doc. PSUC, 1978-1985, AHCONC.

[57] Ángeles Barrio Alonso, Por la razón y el derecho. Historia de la negociación colectiva en España (1850-2012), Granada, Comares, 2014, p. 212.

[58] Francisco Pérez Amorós, «Estudio preliminar», en María Jesús Espuny Tomás y Olga Paz Torres (coords.), El Proyecto de Ley de Acción Sindical en la Empresa de 1978, Barcelona, Servei de Publicacions UAB, 2006, pp. 33-37.

[59] Real Decreto-ley 49/1978, de 26 de diciembre, sobre política de rentas y empleo, BOE, n.o 309, de 27 de diciembre de 1978, pp. 29187-29189.

[60] Ministerio de Trabajo, Datos estadísticos de 1979, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1979, pp. 23-44.

[61] «Elementos para la discusión del Consejo Confederal de los días 11 y 12 enero 1979», Consejo, C. 1, Exp. 13, p. 2, AHT.

[62] «Reunión del Secretariado 29-5-79», Secretariado, C. 2, Exp. 40, p. 2, AHT.

[63] C. Molinero y P. Ysàs, De la hegemonía a la autodestrucción, p. 364.

[64] Bureau of European and Eurasian Affairs, «UGT Clearly Rejecting Unity of Action With Communists», 6 de julio de 1979, Wikileaks, 1979MADRID09458_e.

[65] Entrevista a Julián Ariza Rico, Biografías Obreras y Militancia Sindical en CCOO, BIO 08, AHT.

[66] Entrevista a Antonio Gutiérrez Vergara, Biografías Obreras y Militancia Sindical en CCOO, BIO 52, AHT.

[67] Bureau of European and Eurasian Affairs: «The Workers Comissions: Chanting in the Rain», 16 de octubre de 1979, Wikileaks 1979MADRID14450_e.

[68] Bureau of European and Eurasian Affairs: «PCE Leader Comments on Political Situation», 10 de octubre de 1979, Wikileaks, 1979MADRID14224_e.

[69] M. Camacho, Confieso que he luchado, p. 427.

[70] Miguel Núñez, «Sobre la situación política…» [Notas manuscritas del Pleno del Comité Central del PCE de los días 10 y 11 de noviembre de 1979], Fons PSUC, Caixa 531, Carp. 5873, ANC.

[71] Secretaria de Moviment Obrer del Comitè de Barcelona del PSUC, «Las tareas de los comunistas hacia la clase obrera en Barcelona», 1979, Fons PSUC, Caja 489, Carp. 5377, p. 2, 9 y 10, ANC.

[72] Víctor Pérez Díaz, Clase obrera, partidos y sindicatos, Madrid, Fundación INI, 1979, pp. 52-53.

[73] Santiago Carrillo, «Informe al Comité Central», 2 y 3 de febrero de 1980, Comité Central, C. 391, Exp. 3, p. 27, AHPCE.

[74] Ante la falta de espacio, nos remitimos a Joan Gimeno Igual, «Crisis y moderación, ¿correlato o relato?», en «Situar el hoy en mañana. Comisiones Obreras en la Transición y la Democracia, 1976-1991», Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2019, pp. 100-110, y «Comisiones Obreras ante las actitudes políticas de la clase trabajadora española: entre el cambio posible y el cambio necesario (1980-1986)», Nuestra Historia 6 (2018), pp. 69-90.

[75] PCE, Los comunistas en el movimiento obrero. Reunión de militantes obreros comunistas. Madrid 17-18 de mayo, Madrid, Comisión de Propaganda del PCE, 1980, pp. 14 y 19.

[76] «Informe General y resoluciones aprobadas», Cuadernos de Gaceta Sindical 1 (1981), p. 36.

[77] Pedro Vega y Peru Erroteta, Los herejes del PCE, Barcelona, Planeta, 1982, p. 162.

[78] Manuel Sacristán, Pacifismo, ecologismo y política alternativa, Madrid, Diario Público, 2009, p. 74.

[79] Joaquim Sempere, «Un malestar en busca de coordenadas», Nuestra Bandera 106 (febrero de 1981), p. 31.

[80] «Resolució del Congrés. Un Congrés autocrític», Treball 658 (22 a 28 de enero de 1981), p. 2.

[81] Manuel Azcárate, Crisis del eurocomunismo, Barcelona, Argos Vergara, 1982, p. 258.

[82] «La vida interna y el funcionamiento de la CGIL. 10.o Congreso de la CGIL. Temas para el análisis y la orientación», Suplemento n.o 14 de 9-4-1981 de Rasegna Sindacale, Fondo Camacho, Caja. 49, Exp. 2, AHT.

[83] «Documento de los 250», Madrid, mayo de 1981, en P. Vega y P. Erroteta, Los herejes del PCE, p. 311.

[84] Ernest Mandel, Crítica del eurocomunismo, Barcelona, Fontamara, 1978, p.

57.

[85] Fernando Claudín, Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general, Barcelona, Planeta, 1983, p. 322.

[86] Luis Ramiro Fernández, Cambio y adaptación en la izquierda. La evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000), Madrid, CIS, 2004, pp. 295-298.

[87] José Luis López Bulla, «¿Qué pasa con el partido?», Barcelona, 16 de diciembre de 1981, Fons PSUC, C. 222, Exp. 3459, p. 4, ANC.

[88] «Por un congreso democrático, de participación y de unidad del PSUC», diciembre de 1981, Fons López Bulla, C. Secretaría General, Documentos, José Luis López Bulla, 1978-1988, AHCONC.

[89] M. Vázquez Montalbán, Crónica sentimental de la transición, p. 262.

[90] César Alonso de los Ríos, «Carrillo, en la recta final», La Calle, 190 (10-16 de noviembre de 1981), p. 18.

[91] «Comunicado conjunto…», 4 de mayo de 1982, Secretariado, C. 4, Exp. 28, AHT.

[92] «Acta del Secretariado Confederal», 1 de junio de 1982, Secretariado, C. 4, Exp. 30, s/p., AHT.

[93] «Intervención de Santiago Carrillo en la reunión del Comité Central celebrada el 7 de junio de 1982», en Santiago Carrilllo, Memoria de la transición, Barcelona, Grijalbo, 1983, pp. 220-221.

[94] Guion informe de Camacho, reunión Consejo Confederal del 8 y 9 de marzo de 1982, Consejo Confederal, C. 1, Exp. 19, AHT.

[95] Transcripción de la intervención de Marcelino Camacho en la sesión del Comité Central de los días 9 y 10 de enero de 1982, Comité Central, C. 393, Exp. 4, p. 11, AHPCE.

[96] Héctor Maravall y Enedina Álvarez, «Militancia comunista y democracia sindical», Nuestra Bandera 113 (julio de 1982), p. 10.

[97] «Acta del Secretariado Confederal», 7 de septiembre de 1982, Secretariado, C. 5, Exp. 6, s/p., AHT.

[98] Javier Tébar Hurtado, «El movimiento obrero durante la transición y en democracia», en Carme Molinero y Pere Ysàs, Las izquierdas en tiempos de transición, València, PUV, 2016, pp. 169-194.

[99] Manuel Azcárate, «Prólogo», en Adam Schaff, El comunismo en la encrucijada, Barcelona, Crítica, 1983, p. 15.

VI

EL PCE EN BUSCA DE UNA AGENDA SINDICAL PROPIA (1977-1983)

Sergio Gálvez Biesca

Yo creo camaradas que el problema es el siguiente, deberíamos discrepar más con la política en aquello que haya que discrepar entiéndase, que pueda hacer Comisiones Obreras, discrepar más en términos políticos si es que hay diferencias, porque aquí tiene una responsabilidad el Partido también. Es decir, no tratar de asegurar solo y exclusivamente a través de una aplicación mecánica mediante la presencia de los comunistas en Comisiones Obreras la política del Partido, el Partido también tiene que hablar ante la sociedad y el Partido también tiene que influir como Partido en los trabajadores, también tiene que ir a hacer asambleas los centros de trabajo o delante de los centros de trabajo y a los barrios y a los sitios (Gerardo Iglesias, secretario general del PCE, marzo de 1983).

Santiago Carrillo exploró y explotó todos los límites imaginables, posibles e infranqueables ante, frente e inclusive contra el movimiento obrero de clase. Dentro de la lógica de la supremacía de lo político frente a lo sindical y lo social que lo impregnó todo en la larga Transición (1977-1986) −a la que hizo alusión Marcelino Camacho cuando habló de «los sindicatos como los parientes pobres»[1]−; el Partido Comunista de España, pese a su inicial musculatura militante e intelectual, no solo fue a la zaga frente a sus rivales por la izquierda sino que tendió a evidenciar una falta de proyecto autónomo en este campo. Un error histórico que pagó muy caro la organización que se autoconstituyó como el representante natural de la clase obrera[2].

¿Contribuyó el PCE a la desmovilización obrera «desde arriba» tras los Pactos

de la Moncloa en octubre de 1977? Estamos ante un debate abierto y sujeto a múltiples controversias. Frente a tal hipótesis nuestras preguntas de partida son en apariencia menores: ¿cuáles fueron sus prioridades sindicales en aquellos años? ¿Se dotó de un modelo sindical propio? O, sin ir más lejos, ¿todo se confió en controlar y externalizar a las Comisiones Obreras las tareas sindicales del Partido?

Existió un antes y un después de Carrillo frente a la Secretaría General. Ese mismo antes se reconstruye en los dos primeros epígrafes de este capítulo: primero, desde octubre de 1977 a marzo de 1980. Un periodo marcado por dos acontecimientos fuerza en las relaciones Capital-Trabajo: los Pactos de la Moncloa y la aprobación del Estatuto de los Trabajadores. El segundo, abarca desde mayo de 1980, cuando tuvo lugar un relevante encuentro de cuadros sindicales comunistas, y se cierra con la salida forzada de Carrillo de la Secretaría General en un Comité Central en noviembre de 1982, tras el batacazo histórico electoral del 28 de octubre. El tercer apartado examina un inmediato después, hasta la salida del XI Congreso en diciembre de 1983, en donde Gerardo Iglesias, quien ocupó la máxima responsabilidad política de la organización, no solo tuvo que superar la oposición interna de los carrillistas, sino que afrontó la reconstrucción del PCE desde la insignificancia política y apostó por el restablecimiento de unas relaciones normalizadas −en tanto estaban fracturadas desde finales de la década de los setenta− con Comisiones Obreras. No más de seis años, pero de gran intensidad y atravesados por tres duros Congresos (IX, X, XI), decenas de Comités Ejecutivos (CE) y Comités Centrales (CC). Un tiempo marcado por unas dinámicas tóxicas que condujeron a que la organización se encerrara en sí misma.

Este capítulo se reconstruye, principalmente, por medio de la documentación procedente del «Fondo de la Transición» del Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE)[3]. Antes de continuar vaya, por delante, como en el estado de la cuestión también ha predominado lo político frente a lo sindical. Si hasta 1977 existen referencias consolidadas en torno a la política sindical del PCE, desde entonces escasas son las mismas. Otro tanto sucede con el espacio dedicado en los libros generalistas o en las memorias de los dirigentes comunistas[4]. ¿Por qué? Hace tiempo lo definimos como la «extraña derrota», de cara a explicar la crisis sistemática de la historiografía social obrera[5]. Avanzan los años y persiste una situación de parálisis, aunque con notables excepciones; lo anterior, pese al buen momento que vive la historiografía del comunismo a nivel nacional e internacional[6].

EL MODELO PARTIDO-SINDICATO QUE NUNCA EXISTIÓ (OCTUBRE DE 1977-MARZO DE 1980)

El compromiso histórico del Partido con los acuerdos fundacionales de la Transición, que conllevó el intento del control de la calle de cara a que la conflictividad laboral y social no los hiciera descarrilar, no se vio recompensado en el terreno mayormente deseado: ni en un impensable Gobierno de concentración nacional ni a nivel de los resultados electorales. Las dos primeras elecciones generales certificaron su papel secundario, así como el liderazgo del PSOE en la izquierda: 9,33 por 100 y 20 diputados el 15 de junio de 1977; 10,77 por 100 y 23 diputados el 1 de marzo de 1979.

La contracara llegó a través de las elecciones sindicales donde la Confederación Sindical de las Comisiones Obreras venció en las de 1978 (34,5 por 100 de los votos) y por poco en las de 1980 (30,9 por 100), a pesar de todas las dificultades, presiones y demás conspiraciones contra el sindicato, quien afrontó, además, numerosos retos políticos y organizativos en un pequeño margen de tiempo. En julio de 1978 tendría lugar su I Congreso Confederal en Madrid: 1.840.441 afiliados presentó el que, entonces, era el primer sindicato del país por trayectoria, capacidad y penetración en el mundo del trabajo[7]. En sus Estatutos se definió como un «sindicalismo de nuevo tipo» cuyos principios quedaban asentados en los siguientes valores: «reivindicativo y de clase», «unitario», «democrático e independiente», «sociopolítico» e «internacionalista»[8]. Entre 1977 y 1978, no pocos cuadros, militantes y afiliados comunistas tuvieron que decidir entre el trabajo político o sindical en un reparto de tareas que casi nunca fue tal y que tendió a la acumulación de cargos.

* * *

En un documento interno de la Unión de Centro Democrático (UCD) titulado «Observaciones sobre el IX Congreso del PCE», se deslizó la siguiente observación:

Con frecuencia, los mayores aplausos iban dirigidos a líderes de Comisiones Obreras. Es manifiesta la popularidad de casi todos sus dirigentes. Camacho, de los más aplaudidos, cede sin embargo ante Nicolás Sartorius, cuya estrella se considera en claro ascenso, en tanto Marcelino Camacho parece haber decepcionado −por carecer de talla ideológica− a un sector relevante del partido[9].

En la apertura del IX Congreso −cuyo lema fue «Un debate comunista para la democracia y el socialismo» y que se celebró entre el 19 al 23 en abril de 1978− el Partido presentó con orgullo cómo tenía 201.740 militantes. En su balance de resultados defendió el haber sido co-coparticipe de los principales acuerdos que sustentaron la Transición a la democracia con mención especial a los Pactos de la Moncloa[10].

Empezó fuerte un miércoles 19 de abril de 1978 con el «Informe del Comité Central al 9.o Congreso». «[N]os reunimos para hacer política, porque somos ante todo un Partido político de la clase obrera y de todos los trabajadores manuales e intelectuales y porqué aún apegados a nuestra historia nos preocupa sobre todo el presente y el porvenir», señaló el secretario general a mitad del discurso en referencia a la identidad del Partido.

En el Congreso se evidenció la obsesión del PCE por convertirse en el mayor defensor de los Pactos de la Moncloa y que tantas críticas internas le acarreó, añadido a una mala prensa en la izquierda del PCE. Unos Pactos que, además, de suponer el primer gran acuerdo antiinflacionista supuso un llamado a la desmovilización obrera[11]. «Los Pactos de la Moncloa, que en el momento de ser elaborados y firmados, solo fueron defendidos con calor y popularizados por el PCE», argumentó Carrillo. En su obsesión permanente justificativa afirmó: «La clase obrera los acogió con gran sentido de la responsabilidad»[12].

Los principales pesos del Partido en la posterior discusión al informe en el Pleno del 20 de abril apenas se salieron de guion ratificando, a la postre, cómo aquellos Pactos pasaban a formar parte del legado histórico del Partido. El informe fue aprobado por 898 votos a favor, 37 en contra y 51 abstenciones[13]. No finalizó ahí el debate, en tanto, se les dedicó la Tesis IV a la «Significación de los

Acuerdos de la Moncloa». «Los acuerdos de la Moncloa representan un éxito para la política de concentración democrática nacional propugnada por el Partido Comunista», se apuntó[14]. No llegarían en tardar, más pronto que tarde, las primeras críticas ante sus constantes incumplimientos.

Como sucedería en otros tantos congresos del PCE, la política sindical quedó en un plano secundario. En aquella ocasión fue desplazada por el denominado «proceso de cambio» y el abandono del leninismo. Pese a ello la Tesis VII «Política Sindical» fue la que mayor número de enmiendas a la totalidad acaparó (170) y otras tantas parciales (41). El ponente sería el destacado dirigente catalán José López Bulla y, a su vez, estaría presidida por Marcelino Camacho[15]. Más allá del desarrollo del debate sí es interesante subrayar cómo en la Acta Oficial del IX Congreso se realizaron varias afirmaciones que ofrecen no pocas pistas de la separación estética así como forzada entre el Partido y el Sindicato. Por ejemplo, se señaló: «todos los integrantes de nuestra comisión se han situado en su condición de dirigentes políticos, soslayando cualquier posible vicio de lo que pudiéramos llamar deformación sindicalista». La ponencia oficial de la Tesis VII fue aprobada por mayoría con tan solo 10 votos en contra y 46 abstenciones[16].

La Tesis VII se dividió en dos apartados. El segundo estuvo dedicado a la «importancia de los técnicos y profesionales en el desarrollo de las fuerzas productivas» y otros colectivos, previa defensa de su particular Estatuto de los Trabajadores: «Código de Derechos y obligaciones de los trabajadores». Pero fue en la primera parte de aquel documento en donde quedó estructurado el «(no) modelo sindical» del PCE en base a tres puntos de apoyo: a) Un modelo de Partido-Sindicato no obligatorio: «El PCE ha preferido la opción por la libertad sindical», siempre bajo la egida de la «unidad sindical y obrera». b) No obstante, la opción primera y última sería el trabajo sindical en las CC.OO.: «En este contexto de libertad y pluralidad sindical, el P.C.E. apoya a la Confederación Sindical de CC.OO.». c) Si algo había evidenciado la «neta victoria en las recientes elecciones sindicales» por parte de CCOO era una estrategia sustentada en una «nueva consideración del papel del sindicato». ¿Cuál era entonces el papel del Partido en los centros de trabajo? Repasados los criterios de unidad sindical llegó el punto clave de aquella Tesis VII: «CC.OO. es la Central Sindical donde miembros del Partido Comunista de España y de otros partidos […] exponen y defiende sus puntos de vista»[17].

Queda evidenciado −en nuestra opinión− tres realidades de largo alcance: a) la renuncia explícita del Partido a una estrategia sindical propia en la confianza de

mantener el control desde afuera y desde dentro del sindicato; b) La consiguiente externalización de funciones del Partido al Sindicato se ha de encuadrar en un reparto de campos de actuación; c) La superación por la vía de los textos congresuales del tradicional modelo socialdemócrata de colaboración Partido-Sindicato.

¿Se controló al sindicato desde el Partido? O ¿viceversa? ¿Cuál era el margen real de autonomía de CCOO frente al PCE? ¿Existió o no una «correa de transmisión» entre el Partido y el Sindicato? Faltan testimonios, sin embargo, entre las escasas evidencias documentales que se han localizado sobresale el dossier «Propuesta de candidatos»: junto los nombres propuestos para el Comité Central hay numerosas notas manuscritas de «CCOO» o «CCOO le propone»[18].

* * *

Desde la salida del IX Congreso −garantizada una amplia mayoría para el equipo de Santiago Carrillo− hasta la aprobación de la Constitución y, de forma concreta, las elecciones generales celebradas un jueves 1 de marzo de 1979, la estrategia diseñada, con mayores o menores dificultades, fue adecuándose a la coyuntura del momento. Ahora bien, con la constitución a finales de febrero de 1979 del segundo Gobierno de Adolfo Suárez; el equipo económico de la UCD pondría en marcha su particular piloto automático, de cara a profundizar, a marchas aceleradas, en medidas tendentes a la reforma del régimen económico. Ya sin la necesidad de acuerdos y componendas y dando por superado aquel episodio excepcional que rompió la regla general y que no fueron otros que los Pactos de la Moncloa.

A partir de entonces, el PCE iría a remolque, con más voluntarismo que táctica como si su tiempo político se hubiera quedado parado. Fue acumulando errores, lo que le condujo a enfrentarse con su «propio» sindicato en relación a la estrategia para frenar los efectos más nocivos de aquella política −ya claramente tecnocrática-liberal− e intentar amortiguar los aspectos más negativos del futuro Estatuto de los Trabajadores. En apenas un año, entre febrero de 1979 a marzo de 1980, la inicial crisis del PCE empezó a tomar forma y contenido.

«A ocho meses de su entrada en vigor, los Acuerdos de la Moncloa arrojan un balance contradictorio. De un lado, resultados positivos en el frente de la inflación, de la balanza comercial y del mantenimiento del poder adquisitivo de la masa salarial» se afirmó en el «Proyecto de Resolución» del primer Pleno del Comité Central tras el IX Congreso −17 y 18 de junio del año 1978−. Por otro lado, se aseveró cómo «la aplicación unilateral de los acuerdos debido a la falta de un órgano de seguimiento y control, reiteradamente pedido por el PCE, ha conducido al incumplimiento de medidas de contenido transformador […]». Con todo, «[e]l P.C.E. sigue considerando esencial el cumplimiento de los Acuerdos de la Moncloa en todos los aspectos»[19]. Apenas un año después en el informe de Santiago Carrillo al Comité Central que se celebró en Córdoba −entre el 18 al 20 de mayo− aquel inicial convencimiento empezó a debilitarse: «La política de concentración democrática era la que correspondía y corresponde a las condiciones internas de nuestro país […]. Sin embargo, los factores externos han pesado más y están dificultando esa política […]».

En Córdoba un Carrillo en pleno subidón por los resultados electorales de marzo y abril −las primeras elecciones municipales desde la Segunda República− examinó las dificultades derivadas de la acumulación de cargos, centrándose en cuestiones organizativas internas y en donde el qué hacer con el Sindicato empezó a asomar: «¿Cuáles son las vías principales por las que se han formado los actuales militantes del Partido? La primera ha sido sin duda el frente sindical: Comisiones Obreras. Porque este ha sido el sector al que durante años el Partido ha prestado más atención […]». Incluso reconoció un fenómeno que formaba parte de las iniciales herencias del IX Congreso: «hemos visto fenómenos de otro tipo, como el utilizar Comisiones Obreras, en la práctica, como un instrumento de presión para decidir la candidatura o delegación; en definitiva, la decisión del Partido en un momento dado»[20].

Desde la primavera de 1979 hasta principios de 1980, el Partido no entendió que con la Constitución aprobada y la formación del segundo Ejecutivo de Adolfo Suárez, la política de acuerdos políticos había quedado clausurada. A medida que los Pactos de la Moncloa evidenciaban su principal utilidad −contener la inflación y los salarios de los trabajadores− la calle se fue calentando hasta el punto de que 1979 marcó uno de los hitos de conflictividad más potentes de nuestra reciente historia. A calentar la calle contribuyó como otros pocos Fernando Abril Martorell, vicepresidente del Gobierno y ministro de Economía desde febrero de 1978. Primero ante el fracaso que representaron las conocidas «jornadas de reflexión» en el otoño de 1978. Segundo, con la aprobación del

RD-L 49/1978 en donde lejos de falsos dilemas se implantó por la vía de urgencia la congelación salarial. Y, en tercer lugar, ante la presentación del Programa Económico de UCD al año siguiente cuando se planteó la tesis del «ajuste pasivo». Coincidentes estos movimientos con las elecciones legislativas y municipales entre marzo y abril, fueron las principales organizaciones sindicales las que frenaron –una vez más– la creciente radicalización obrera. A la salida del ciclo electoral, la estrategia para el cierre de la primera fase de la Transición en términos de economía política −en términos de clase− quedó evidenciada: el 1 de junio de 1979 el Consejo de Ministros aprobó el proyecto del futuro del Estatuto de los Trabajadores; el 10 de julio UGT y CEOE acordaron el Acuerdo Básico Interconfederal (ABI); y el 14 de agosto de 1979 se publicó en el BOE el Real Decreto 1955/1979 «sobre revisión del criterio salarial de referencia establecido en el artículo primero del Real Decreto-ley 49/1978»[21]. Aquí el condicionante del posible éxito de esta hoja de ruta de la reestructuración del capitalismo español pasó, sí o sí, por limitar el poder movilizador de las Comisiones Obreras: el único actor capaz de garantizar la paz social y laboral en el país. En esta labor, las élites económicas y hasta la propia UCD pudieron contar con la colaboración de la CEOE y de una UGT en busca de reconocimiento político sindical y que apenas se sostenía organizativamente.

Por este camino, Comisiones Obreras inició una fuerte campaña de movilizaciones que tendría su culmen el 14 de octubre de 1979 con una concentración en la Casa de Campo de Madrid en donde reunió a más de 400.000 trabajadores. Toda una demostración de fuerza. La posibilidad de convocar una huelga general se llegó a plantear con fuerza dentro de la Ejecutiva del sindicato, tanto de cara a evidenciar su rechazo ante el proyecto del Estatuto de los Trabajadores como por la situación de crisis económica y paro obrero.

Lo que sucedió es bastante conocido: tal operación sería desactivada por los sectores carrillistas dentro de Comisiones Obreras y por el aparato del PCE en lo que se conoció popularmente como la jugada de «Sota, Caballo y Rey». Conviene advertir como entre el Sindicato y el Partido no existían diferencias políticas o jurídicas en lo referente a un proyecto compartido sobre el denominado Código de los Trabajadores; la discrepancia era táctica: cómo afrontar su negociación y frenar aquella ofensiva destinada a aislar a los comunistas dentro y fuera del Parlamento[22].

A lo máximo que llegó la dirección del Partido fue a enviar un pequeño mensaje de «apoyo» desde la Comisión Permanente (CP) al «Consejo Confederal de

CC.OO. y a todos los trabajadores» aquel 14 de octubre en un ejemplo de obscenidad política máxima: «Saludamos igualmente vuestro esfuerzo por unir en ese empeño a todos los trabajadores y a sus centrales sindicales, porque una negociación sin unidad de acción, ya de entrada, beneficiaría a los empresarios que, ellos sí, acudirán unidos»[23].

Existieron dos momentos en extremo delicados: primero, el CE del 9 de noviembre y el CC de los días 10 y 11 de aquel mismo mes[24]. Reuniones en donde la dirección del Partido se conjuró para frenar un escenario de conflictividad obrera. Por otro lado, la reunión entre dirigentes y diputados del Partido y una delegación de la Ejecutiva de CCOO en el Grupo Parlamentario comunista por aquellas mismas fechas: a partir de ahí se abrió un enfrentamiento cuyos efectos y recuerdos perduraron años[25]. Desde entonces, el «problema con Comisiones Obreras» constituyó una de las principales crisis abiertas a las que se sumarían otras tantas −Madrid, PSUC, Euskadi…−.

Tres son las posibles claves interpretativas: a) La posición de la dirección del PCE evidenció la todavía capacidad de condicionar desde el Partido la estrategia sindical ante el riesgo de una potencial derrota, que podría agravar el aislamiento y la presión contra el sindicato; b) La intervención del Partido constituyó la enésima evidencia de cómo el PCE se había convertido en un «factor de estabilización» del naciente Régimen del 78, aunque fuera a costa de invitar a un auto suicidio de clase a las Comisiones Obreras al apostar por la desmovilización «desde arriba»; c) Sí algo evidenció aquella crisis fue la aversión del carrillismo ante las huelgas generales −nunca era el momento−[26]. De la misma se probó el serio problema de Carrillo y su equipo con la democracia interna dentro y fuera del Partido, pero que sobre todo ejemplificó cómo la externalización de las funciones sindicales en Comisiones Obreras había errado.

La firma un 5 de enero de 1980 del Acuerdo Marco Interconfederal (AMI) −otro pacto entre CEOE y UGT− como antesala de la aprobación del Estatuto de los Trabajadores −un 27 de febrero de 1980− y con un PCE en busca de un desesperado pacto con el PSOE en los pasillos del Congreso que nunca llegó, certificaron el error histórico de la estrategia carrillista en términos políticos y sindicales.

En el Comité Central celebrado los días 2 y 3 de febrero de 1980, Carrillo, fiel a su estilo, no reconoció ningún error. Pasó a la ofensiva. Dio por terminado «los pactos, el consenso y la cooperación» afirmando: «Esa política no es la nuestra,

no es la de los pactos de la Moncloa». Fue mucho más allá en términos de sentencia política:

Ahora bien me parece que también entre nosotros podríamos equivocarnos al valorar lo sucedido con el Estatuto de los Trabajadores y el acuerdo marco […]. Yo diría por el contrario que es un insuceso serio, y lo que me preocupa es que ese insuceso haya podido ser acogido con alivio, con euforia, casi como un éxito por camaradas del Partido, fundamentalmente dentro de Comisiones Obreras. Quizá como una liberación del «complejo de los Pactos de la Moncloa». El hecho que nos hayamos quedado solos «duros y puros», quizá lleve a la idea infantil de que así hemos recuperado nuestra «identidad» revolucionaria, de clase […].

De la misma forma, preocupado se mostró por un «endurecimiento» de determinados sectores del Partido y de CCOO en relación a «declaraciones no bastante medidas». ¿Podría todavía empeorarse la situación?:

Seguro que hemos hecho bien no firmando el acuerdo marco y manifestando nuestra oposición al Estatuto de los Trabajadores, pero no puedo negar que algunas veces me he preguntado y me pregunto si hemos hecho todo lo que era posible para tratar de obtener un resultado menos desfavorable.

Lo decía quien había impedido la huelga general, previa notificación por parte del dirigente comunista Enrique Curiel a la Embajada de Estados Unidos días antes de que nada se movería en tal camino; y con recordatorio incluido de cómo se llevaba frenando desde hacía tiempo a las Comisiones Obreras[27].

Al día siguiente, domingo 3 de febrero de 1980, tras las duras intervenciones en contestación al secretario general, que revelaron cómo aquella fractura abierta lejos de ser cosida se había abierto en canal, Carrillo cerró a su manera el CC dinamitando cualquier puente de entendimiento: «nunca nos hemos planteado el problema de ir a por todo en relación con el Estatuto», pues, «la correlación de

fuerzas nos era adversa». Un destructivo Comité Central que se cerró con un recado para Marcelino Camacho y por ende para la dirección de Comisiones Obreras: «la lucha sindical es negociación y presión, presión y negociación, y que no se puede renunciar de ninguna manera a la negociación, si no nos decimos a entrar por el camino de la acción directa […]»[28].

DE DERROTA EN DERROTA HASTA LA SALIDA DE SANTIAGO CARRILLO DE LA SECRETARÍA GENERAL (MAYO DE 1980-NOVIEMBRE DE 1982)

Apenas dos años y medio son los que mediaron entre un decisivo encuentro de cuadros sindicales comunistas organizados por el Partido en mayo de 1980 y la salida forzada de Carrillo en noviembre de 1982. Un tiempo marcado por crisis políticas múltiples, enfrentamientos en el Grupo Parlamentario y en el interior del Partido, conflictos y desencuentros con la dirección confederal de Comisiones Obreras y un sinfín de capítulos que volvieron a evidenciar que, pese a la priorización teórica del «frente sindical», las miserias internas se antepusieron como principio de realidad[29].

En este epígrafe, nos centraremos en los esfuerzos del equipo dirigente del Partido a la hora de readaptar su particular «no» política sindical, a través del cuestionamiento de la autonomía sindical de Comisiones Obreras. De hecho, lo que sucedió en los siguientes años tuvo tanto o mayor intensidad que la anterior etapa: desde el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 y el posterior Acuerdo Nacional de Empleo (ANE) −casi acogido con el mismo entusiasmo que los Pactos de la Moncloa− los acuerdos del II Congreso Confederal de CCOO en junio de 1981 y el X Congreso del PCE, pasando por la derrota en las elecciones sindicales de Comisiones Obreras y en 1982 el hundimiento electoral del PCE de aquel mismo año.

Si algo no puede achacársele al Partido Comunista de España fueron la falta de las reuniones públicas/privadas y/o generales/sectoriales. A agregarse todo tipo de conspiraciones de las que apenas han quedado rastro documental. Uno, dos, tres o incluso más días duraban las reuniones de los CE y de los CC. Pese a todo no hay prácticamente rastro de actas oficiales de los órganos de dirección. En el

mejor de los casos han quedado notas manuscritas −buena parte de las mismas inteligibles− si exceptuamos las valiosas actas de los congresos del PCE[30]. Miles son las páginas de las transcripciones mecanografiadas de las intervenciones de los dirigentes comunistas en todos y cada uno de los CE y CC −y esta es una historia del comunismo español y de sus élites− y en donde se puede adivinar, en ocasiones, las ideas-fuerzas en juego.

El 17 y el 18 de mayo de 1980 se celebró el encuentro «Los comunistas en el movimiento obrero». El Partido publicó un pequeño texto con lo más granado de cada intervención[31]. En su momento aquella reunión se conoció como el «golpe de timón» cuyo fin implícito no era otro que avanzar en el control del Sindicato. Todo lo que pudo salir mal, salió mal: la distancia con CCOO empezó a ser insalvable y el Partido continuó sin política sindical propia. Carrillo monopolizó, para variar, un debate por él propiciado −afirmando cómo los problemas «hay que ventilarlos en el Partido y no el Sindicato, y menos aún utilizar el Sindicato […] sus estructuras dirigentes, para contrarrestar la orientación aprobada por el Partido»−. Tuvo, eso sí, el detalle de reconocer ante los «suyos» cómo el PCE había frenado la huelga general en la reunión del Ejecutivo en noviembre del año pasado: «[E]n aquel momento una huelga general de Comisiones hubiera sido políticamente un tremendo error»[32].

Un mes después, en el Comité Central de los días 15 y 16 de junio de 1980, el Partido terminó por reconcentrase en sí mismo, convencido que la estrategia de negociación frente a la movilización seguía constituyendo la mejor vía para avanzar. El CC aprobó una larga Resolución producto de la reunión de los cuadros sindicales comunistas y que se mantuvo en términos políticos inclusive más allá del X Congreso. Se avisó que a nada conducía la radicalización, manifestando su total rechazo «a las tendencias "obreristas" o de "fabrilización" del sindicato». De ahí vendría la exposición de una agenda sindical tendente a la negociación y a una «salida progresista a la crisis» −palabra por palabra coincidente con la estrategia del PSOE− y que renegaba de la violencia[33].

De nuevo, lo que separaba al Partido y al Sindicato no eran las líneas maestras de la política sindical sino la estrategia, los tiempos y la apuesta por la negociación frente a la movilización. Más, el Partido volvió a defender que su política sindical era la de CCOO sustentada, a su vez, en el «plan general de solidaridad contra el paro». A partir de ahí, se afirmó cómo el

C.C. con el fin de preservar la independencia del sindicato, considera necesario: a) La participación más activa de los cuadros sindicales en la vida interna del Partido, a los diferentes niveles; b) Eliminar de raíz el que los órganos de CC.OO. se diriman querellas de Partido y, lo que es igualmente grave, que se utilice a CC.OO. como instrumento de presión para invertir desde el sindicato, la política del Partido.

Se subrayó, asimismo, la necesidad de «[c]combatir la idea de que CC.OO. es una especie de prolongación obrera del PCE, que refleja a la "clase" mientras que este, por ser "heterogéneo", adopta posiciones consideradas "interclasistas"». Para cualquier otro problema se aplicaría el «centralismo democrático». Junto al apoyo a CCOO en las elecciones sindicales de aquel año, el Partido decidió crear una «comisión sindical» de cara a la «elaboración y esclarecimiento de [dicha] política» y que nunca tuvo un funcionamiento real[34].

«Ningún comunista debe negarse a ser candidato o delegado si sus compañeros lo eligen. Todos los miembros del Partido deben apoyar las candidaturas presentadas por CC.OO. para conseguir su triunfo», se podía leer en la Resolución de la reunión del CE de los días 8 y 9 septiembre de 1980[35]. Mucho se jugaron las Comisiones Obreras en unas elecciones sindicales claramente marcadas por la coalición CEOE-UGT y los denominados «señores de los maletines». «[L]os resultados de las Elecciones Sindicales demuestran que la CS de CC.OO. sigue manteniendo la mayoría en el campo sindical y que con la UGT los sindicatos de clase consiguen una amplia mayoría hegemonía», se afirmó en el CC del 8 de diciembre de 1980[36].

El año 1981 fue terrible en general para el país y, en concreto, para el PCE. A menos de dos semanas del golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, en el CC del 10 de febrero Carrillo advirtió de su posibilidad y recalcó cómo el Partido no podía continuar desangrándose en sus problemas internos[37]. Aquel día Marcelino Camacho había dejado su acta como Diputado en el Congreso de los Diputados en medio de una situación insostenible hacía tiempo. Nada de ello mencionó el secretario general del PCE.

Del enclaustramiento ideológico, político y estratégico de la organización el secretario general del PCE dio cuenta en el CC del 5 de marzo, después del

shock traumático del 23-F. En su discurso de apertura volvió insistir en cómo la política seguida por el Gobierno de Adolfo Suárez de marginar a los comunistas «no es la nuestra, no es la de los Pactos de la Moncloa». En el cierre y resumen de aquel Comité Central Carrillo dejó apuntado tres consignas que volvieron a definir la «no» política sindical del carrillismo. Primero, reconfirmó su aversión a las huelgas generales con golpe de Estado de por medio: «Yo creo que si hubiera habido condiciones para una huelga general, no habría ninguna duda, habría que haber hecho la huelga general». Segundo: sobre «pacificar a Comisiones Obreras» a Carrillo le parecía una estupidez. Tercero, CCOO y el Partido compartían una misma política: «Por consiguiente yo creo que el proyecto de solidaridad nacional para afrontar el paro y la crisis, elaborado por la Confederación Sindical de Comisiones Obreras, se convierte hoy en algo central de toda nuestra lucha política»[38].

* * *

Con un Partido abierto en canal por diversas crisis, la estrategia adoptada por la mayoría de la dirección ante la preparación del X Congreso, desde finales de 1980, no aventuró una salida en positivo. Desde la anterior cita congresual el PCE no solo es que hubiera perdido musculatura política, ideológica o militante, sino que se había confinado en sí mismo tal y como se evidenció en el CC para la preparación del Congreso celebrado los días 1, 2 y 3 de noviembre de 1980. En un tono triunfalista Carrillo, en su informe, se limitó a reconocer «algún error» en lo referente a los Pactos de la Moncloa y a la política de no movilización (o desmovilización), dedicando exclusivamente dos párrafos a la política sindical del Partido: apuesta por CCOO y defensa de la Resolución del CC de junio de ese mismo año[39].

La cuestión organizativa a resolver por el Congreso fue el margen de control de la vieja-nueva dirección del Partido. A nivel político: cómo y de qué forma se continuaría con la política de concentración democrática y el eurocomunismo. Sin embargo, la aparición de sectores críticos −las denominadas «corrientes»− aventuraron que la falta de unidad dentro del PCE era una realidad constatable. Ocho fueron los meses pre-congresuales caracterizados por una tensión máxima y en donde, a su finalización, se salió en falso tal y como reconocerían al poco

tiempo todos sus responsables[40].

Previamente tendría lugar el II Congreso Confederal de CCOO −entre el 18 al 21 de junio de 1981− en el que se se instaló un «cortafuegos [por parte de] de Camacho y la dirección de CCOO [que] tuvo un inmediato impacto sobre la relación partido-sindicato»[41]. El Sindicato tampoco pasaba por sus mejores momentos tras el proceso de desmovilización social y obrera que caracterizó el cierre de la década de los setenta. Gracias a la determinación de su dirección, con Camacho al frente, se evitó que la crisis del PCE pudiera haber arrastrado a la Conferencia Sindical. Un II Congreso que volvió a remarcar su apuesta por el denominado «Plan de Solidaridad y la Crisis» y que modificó «los estatutos para establecer la incompatibilidad entre formar parte de los órganos ejecutivos de los partidos, o bien ocupar un escaño en el Parlamento, y formar parte de los órganos de dirección del sindicato»[42].

Un mes después se celebró el X Congreso del PCE −los días 28 al 31 de julio bajo el eslogan «Un Partido para la Paz Civil, la Democracia y el Socialismo»−. Una cita donde no se ofreció ningún dato oficial sobre el número de militantes[43]. Por su parte, los porcentajes de las votaciones frente al informe de la dirección saliente dan cuenta de lo ya apuntado: el Partido aunque unido formalmente estaba dividido internamente[44]. Una situación que quedó reflejada en las discusiones sobre los cambios en los Estatutos −de la mano de Jaime Ballesteros− de cara, precisamente, a evitar las citadas corrientes y mantener la disciplina[45]. A los Pactos de la Moncloa apenas se le dedicó atención[46].

Otra vez la política sindical quedó fuera del foco central por similares razones a lo que aconteció en el anterior Congreso, por más que Mundo Obrero insistiera en que todo se debió a «un esfuerzo de síntesis que facilitó el debate». Bien es cierto que no existieron enmiendas mayoritarias ni minoritarias. 672 votos a favor, 6 en contra y 25 abstenciones fue el resultado de las votaciones a la Tesis V, «La política sindical del PCE». No hubo pesos pesado en tal Tesis −los portavoces fueron Manuel Cámara y Enrique López Carrasco− pese a el continuo qué hacer con CCOO[47].

En aquella ocasión, lo que sí hubo fue un mayor esfuerzo de elaboración teórica, como quedó reflejado en los epígrafes «El papel del sindicato», «Un Sindicalismo de masas, de clase y participativo» y «Unidad de acción y pluralismo sindical». No obstante, el objetivo central de la Tesis V fue el

establecimiento de un protocolo de colaboración entre Partido-Sindicato. En el apartado «Los comunistas en el sindicato» se comenzó afirmando: «La independencia de los movimientos de masas con respecto al Partido no deben interpretarse como inhibición del Partido a la hora de opinar cual debe ser la política y la actuación de los movimientos de masas y, en este caso, los sindicatos». ¿Cómo garantizar la autonomía del sindicato? Para el PCE esta venía «garantizada por el funcionamiento democrático de todos sus órganos [de CCOO]». Por lo demás, se volvió a insistir en la Resolución aprobada por el CC en junio del 1980.

En la segunda parte de la Tesis V el PCE recalcó cómo «valora y asume los acuerdos del II Congreso de la CS de CC.OO. y el Plan de Solidaridad Nacional contra el Paro y la Crisis», aunque mostrándose partidario de negociar antes que movilizar. El sí o sí con CCOO pasaba por su «fortalecimiento afiliativo, organizativo y de implantación», tal y como quedó evidenciado en el epígrafe «El fortalecimiento de la CS de CC.OO.»[48]. El PCE, en modo alguno renunciaba a dar la batalla dentro del sindicato en el enésimo ejemplo de la «no» política sindical del Partido.

* * *

No tardaron en llegar los previsibles efectos de aquel Congreso. Entre septiembre de 1981 a noviembre de 1982 se subió un nuevo peldaño en la interminable crisis del PCE. Nos situamos tanto en la antesala de la salida de Carrillo de la Secretaría General como ante un escenario de degradación de la vida política e interna del PCE. Otro tanto ocurrió con el «problema con CC.OO.»: los intentos de influir y controlar al sindicato de cara a las batallas internas del Partido, pero también con el fin de proseguir con la política de moderación dentro del movimiento obrero, prosiguieron.

El primer síntoma de lo inevitable llegó a no más tardar: la aprobación por unanimidad del informe presentado por el propio Carrillo en el CC del 14 de septiembre de 1981: un Secretariado hecho a su medida y en donde no hubo cesión alguna a CCOO[49]. De igual forma, en el mes de noviembre la dirección elaboró un conjunto de extensos −y delicados− «informes sobre la organización

del trabajo del Comité Central del PCE y sus Comisiones, de acuerdo con la resolución tomada en la reunión del CC de los días 10 y 11 de noviembre de 1981». En primer lugar, apareció la «Comisión Problemas de Trabajo». Sus tres primeros puntos (a.1; a.2.; a.3.) buscaban desarrollar «la política del PCE aprobada en el X.o Congreso, y contribuir a su desarrollo». En el punto cuarto directamente se habló de «ayudar a resolver los problemas que surjan en la C.S. de CC.OO. que tengan origen y causa en el partido». ¿Dónde empezaba y termina el Partido dentro del sindicato? Un interrogante que seguía sin resolverse. De hecho, los integrantes de la comisión eran en su mayoría activos de CCOO: «Amor Deus, Ariza, Antonio Gutiérrez, J. L. Núñez, Félix Pérez, Saborido, Setién, Tueros, Cámara, L. Bulla, César Llorca». El responsable fue Sartorius y el coordinador Paco Mata[50].

A principios de 1982 un PCE sin Carrillo era inimaginable; a finales de aquel año un PCE sin Carrillo se convirtió en condición histórica para su supervivencia[51]. Con o sin X Congreso, las viejas prácticas seguían ahí. Las purgas, dimisiones, sanciones, seguían ahí. El «problema con CCOO» seguía ahí. Con el Gobierno de Calvo-Sotelo en fase terminal, con unas elecciones previsibles en donde el PCE podía enterrar todo lo acumulado, un PSOE con un proyecto prometedor −la denominada «modernización socialista»− y un movimiento obrero en fase de estabilización como consecuencia del 23-F que condujo al ANE; la organización auto implosionó a mediados de aquel año ochenta y dos[52].

Los pobres resultados obtenidos en las primeras elecciones autonómicas de Andalucía −8 escaños con el 8,57 por 100 de los votos− junto con las acusaciones de malas praxis durante la campaña, condujeron a que Carrillo presentara su dimisión, a la que se sumó la de Nicolás Sartorius (con poca convicción) en el CE de los días 7, 8 y 9 de junio, tras solicitarlo Marcelino Camacho, a quien se le machacó a continuación. El CE terminó rechazando la dimisión de Carrillo, pero el Partido sumó una nueva fractura, tal y como se evidenció en el CC de los días 10, 11 y 12 de aquel mismo mes[53].

El «problema con CC.OO.» estuvo más que presente en dicho CC que se cerró con la dimisión de Camacho del Ejecutivo, la caída de Sartorius como posible secretario general en un futuro inmediato y el reforzamiento temporal del combo: Carrillo, eurocomunismo y política de concentración nacional. Una salida de mínimos condicionada por la proximidad de unas elecciones generales inminentes. Minimizar los daños fue la consigna tal y como quedó reflejado en

la Resolución finalmente aprobada y que fue objeto de numerosas versiones. «1.o.- Solicitar del camarada Santiago Carrillo que retire su dimisión y continúe como Secretario General del PCE»; «2.o.- Ratificar la identificación de este Comité Central con las resoluciones del X.o Congreso del Partido y con sus estatutos, reafirmando la política de colaboración democrática y la estrategia eurocomunista», he aquí la segunda y tercera pata del citado combo[54]. En quinto lugar apareció el problema, al parecer, irresoluble a ojos de la dirección del Partido con el Sindicato: «Al mismo tiempo que ratifica el respeto y la defensa de la independencia de CC.OO., decida adoptar aquellas iniciativas que permitan el desarrollo y clarificación sindical del Partido, aprobada en el X.o Congreso». En el penúltimo punto −el décimo− se anunció la salida de Camacho del CE «atendiendo sus deseos de una mayor dedicación a las tareas sindicales»[55].

Un conflicto que se fue calentando desde las primeras reuniones del Secretariado, una vez conocidos los resultados de las elecciones andaluzas que tuvieron lugar el 23 de mayo. A partir de ahí, los principales dirigentes del Partido se dijeron en el CE lo que tenían guardado dentro desde hacía mucho tiempo y se lo volvieron a decir más claro y alto en dicho CC. Vuelta de los «sancionados», cuestionamiento del eurocomunismo como «dogma», «defender la independencia sindical» porque si no se es «correa de transmisión», recordar el grave error de no haber convocado la huelga contra el Estatuto de los Trabajadores, Dolores Ibárruri como Presidenta de Honor, Carrillo como presidente y Sartorius como secretario general: fueron parte las propuestas de Camacho[56].

El principal interesado, por su parte, defendió «su» Secretaría General con todo. Anunció que con su salida −pues en ningún caso pensaba ser un «Secretario General interino»− no se podría asegurar «más la unidad del Partido», pese a que según él «la crisis [del PCE] estaba prácticamente cerrada en la dirección del Partido». Para Carrillo, según el informe interno que elaboró José María Coronas, el Partido siempre había «defendido la independencia del sindicato». Se trataban de infundios con el objeto de «confundir deliberadamente independencia del sindicato, y [las] obligaciones de los comunistas en el sindicato». Y, por ende, «[e]stamos contra la utilización del sindicato como trampolín político, de posturas personales en el Partido». ¿El origen? Lo sucedido en la campaña andaluza en donde hubo una «falsa concepción de la independencia sindical». Que ningún camarada se equivocara, él estaba por «por reorientar al sindicato», lo que no podía ni debía confundirse con que existiera la

más mínima duda «contra la independencia de CC.OO.». Había una conspiración no del Partido contra el sindicato sino al revés con el fin de «luchar contra la política del Partido y de la dirección». «[Q]ue nadie piense que el PCE va a crear problemas a CC.OO., sino a ayudar», sentenció. A continuación presentó un extenso pliego de condiciones de cara a aceptar «continuar»[57].

En adelante, todo siguió igual en apariencia, condicionando cualquier movimiento a no levantar mayor ruido y a preparar las elecciones generales para sortear el previsible desastre. Los días 2 y 3 de julio el CC se volvió a reunir con el objeto de intentar reforzar el Partido y con una Resolución muy medida en la que todo seguía sonando igual. Por si el panorama no resulta ya de por sí complicado en la agenda político-sindical figuraban las elecciones sindicales y en donde el Partido pidió que se apoyarán «resueltamente las candidaturas de la C.S. de CC.OO.»[58].

En el último Comité Central antes de las elecciones generales del 28 de octubre −y que tendría lugar los días 14 y 15 de septiembre− Carrillo tiró adelante con el Partido: «El voto auténticamente útil en estas condiciones concretas para que haya un cambio de verdad en este país, para que no haya una nueva frustración que cree las condiciones de una involución radical hacia la derecha, es el voto al Partido Comunista de España». Cerró su última intervención en un CC como secretario general con las siguientes palabras: «Nosotros vamos a esa batalla con entusiasmo, con confianza y sin triunfalismo alguno»[59].

Diez días después tendría lugar la prometida y postergada «Asamblea de cuadros sindicales comunistas» −los días 25-26 de septiembre−. No se ha conservado el informe introductorio de Adolfo Piñedo −responsable del encuentro y de la Comisión Sindical dentro del Secretariado− pero sí las intervenciones de Camacho, Ariza, Carrillo y del propio Piñedo, entre otros tantos destacados camaradas. Una asamblea en donde participaron más de 300 cuadros sindicales y dirigida a pedir el voto obrero, el de los militantes de CCOO al Partido y ofrecer (al menos) una imagen de unidad. Las intervenciones fueron más calmadas que en anteriores ocasiones y ante todo estuvieron enfocadas a examinar las promesas electorales de los socialistas. Lo que no evitó roces ni malas interpretaciones.

En cada elección a Cortes, Comisiones Obreras nunca pidió el voto a ninguna candidatura concreta, aunque sí planteaba una orientación de voto a determinados partidos en donde observara defendidos sus presupuestos

programáticos. Camacho reivindicó cómo fue él quien encabezó tal decisión, pero siendo consciente que su primera labor como secretario general de la Confederación Sindical de las Comisiones Obreras pasaba por mantener la «cohesión de Comisiones Obreras en un momento difícil, en el que desgraciadamente nos han llegado muchos y muy graves problemas de fuera». Defensa de la independencia del Sindicato como primer dirigente del sindicato y petición de voto al PCE como miembro del Comité Central. Recordó en aquel encuentro algo que pareció olvidarse y que tanto daño hizo a las relaciones Partido-Sindicato: «No, nuestro Partido ha acordado defender la independencia sindical. O es que, cuando dicen que es un sindicato comunista Comisiones Obreras, es para halagarnos a los comunistas». Continuó: «No, camaradas, no lo dicen para halagarnos, no podemos enorgullecernos de que se nos diga que somos el sindicato comunista. Porque lo que tratan de hacer es restringir nuestra influencia en las masas». Casi al final de su segunda intervención se sinceró con respecto a la reunión que hubo en el Grupo Parlamentario del PCE y una delegación de la dirección de CCOO en relación al Estatuto de los Trabajadores: «sentí vergüenza de aquella reunión. Vergüenza, de cómo se me trato a mí, por algún compañero».

Piñedo cerró una Asamblea que consideró «positiva», pese a las «tensiones» que se vivieron. Así pues, se había intentado, con mayor o menor éxito, «homogeneizar nuestras posiciones» en la elaboración de una «política sindical». Matizó cómo aquel encuentro estaba pensado para «resolver» los problemas de siempre: «Camaradas yo creo que tenemos que hacer un esfuerzo por romper con la interiorización y relacionar todos nuestros problemas con el mundo exterior». «Lo que sería un error monumental es que nosotros abriéramos ningún tipo de batalla en el interior de los órganos de dirección de Comisiones Obreras». ¿Por qué? «Sencillamente porque eso se traduciría en un perjuicio electoral para nosotros»[60].

Casi mil millones de pesetas se gastó el PCE en las elecciones generales del 28 de octubre de 1982. El partido paso de 23 a 4 diputados, perdiendo el 56,3 por 100 de los votos de las elecciones de 1979. Los peores resultados del PCE desde el inicio de la Transición y que marcaron el fin de Carrillo y de toda una forma de entender, hacer y deshacer en Política en mayúsculas.

ENTRE LA LIQUIDACIÓN DEL CARRILLISMO Y LA ELABORACIÓN DE

UNA POLÍTICA SINDICAL «PROPIA» (NOVIEMBRE DE 1982-DICIEMBRE DE 1983)

Desde la salida obligada de Carrillo de la secretaría general del Partido Comunista de España hasta su derrota política en el XI Congreso trascurrió menos de un año. Un tiempo en donde se hace obligatorio agarrar un bisturí de cara a diseccionar lo que fue, por un lado, la guerra interna dentro del Partido y, por otro, la elaboración, por vez primera, de una agenda sindical autónoma que normalizó −en su justa medida− las relaciones con el Sindicato. Todavía más, pues, con el nombramiento de Gerardo Iglesias como secretario general del PCE, el carrillismo se auto inmoló al fracasar en su intento de tutelaje. Su procedencia, un obrero dirigente de CCOO, influyó sobresalientemente en todas y cada una de sus decisiones[61].

El nuevo secretario general asumió la dirección del Partido en una complicada coyuntura: la primera legislatura socialista (1982-1986) en donde el adversario a batir de cara a asegurar la viabilidad del proyecto de la «modernización socialista», fueron, nuevamente, las Comisiones Obreras. Todo ello en una coyuntura en donde el destrozo del Partido parecía no tener fin. Un dato revelador: el PCE presentó poco más de 84.600 militantes en el XI Congreso en diciembre de 1983.

Un manual de supervivencia se escribió sobre la marcha. Desde finales de 1982 Iglesias y su inicial equipo −en donde el cupo de lealtades nunca estuvo del todo claro y aquí los dirigentes comunistas procedentes de CCOO mucho ayudaron− pasaron por una auténtica yincana. Lo que sucedió en el XI Congreso, junto con decenas de CE y CC previos y otras tantas batallas, evidencian, en cualquier caso, la capacidad de resistencia del Partido Comunista de España frente a cualquier enemigo interno o externo.

* * *

Casi 72 horas de reuniones seguidas en el Comité Ejecutivo −los días 2, 3, 5 y 7 de noviembre[62]− a sumarse otras 48 horas de maratón los días 6 y 7 de

noviembre del Comité Central −y ese día hubo doblete pues se reunió el nuevo CE− concluyeron con 64 votos a favor, 15 abstenciones, 3 votos en contra y 3 en blanco a favor de la elección de Gerardo Iglesias como nuevo secretario general[63]. Sencillamente, se impuso la lógica de la conservación política.

Comenzó, entonces, la configuración lenta y visible de una nueva división en un partido que ya estaba dividido. Iglesias fue claro en su intervención en el CC del 7 de noviembre sobre lo que había acontecido en el anterior Congreso: «Yo al menos me quedé con una profunda insatisfacción en relación con la preparación del X Congreso». Reconoció el fracaso absoluto electoral, indagó sobre las causas que condujeron a que los obreros votaran al PSOE y hasta se preguntó por el estado de salud del eurocomunismo. Anunció que removería todo el Partido así como evitó el auto suicidio: no adelantó el XI Congreso aunque sí programó una necesaria Conferencia Nacional en formato de actualización y parche de seguridad de la organización en su conjunto[64].

Mientras tanto, el Gobierno socialista pisó el acelerador. Su equipo económico con un Miguel Boyer en plena forma empezó con el andamiaje del futuro Plan Económico a Medio Plazo (PEMP). Sin olvidarnos de una UGT segura y lanzada tras los resultados de las elecciones sindicales −que ganaría por la mínima− y unas CC.OO. que pese a su digno resultado electoral −subió casi 3 puntos más que dos años antes (33,4 por 100)− quedó en segunda posición en el ejemplo sumo de «guerra sucia» sindical en su contra.

El nuevo PCE sin Carrillo echó a andar. Pronto las formas, los métodos y los contenidos se fueron modificando sin grandes aspavientos. Así se pudo comprobar en la reunión del 14 de diciembre del CC con un objetivo claro: presentar un estado de la cuestión acerca de la salud política de la organización en el informe previo a la Conferencia Nacional del PCE que se celebraría unos días después[65]. Pocas novedades hubo en el terreno político e ideológico. Se reafirmó la «estrategia eurocomunista» y se habló de los «errores del Partido» −nunca antes se hizo de forma tan abierta− que procedían del pleno del CC en Córdoba y del X Congreso: «falta de homogeneidad interna; incomunicación entre dirección y organizaciones; pérdida de contacto con la sociedad […]». Por lo demás, se marcó en negrita como el primer gran debate sería el de la «política sindical y económica»[66].

Un segundo síntoma de rectificación del PCE lo constituyó la citada Conferencia Nacional −celebrada los días 17, 18 y 19 de diciembre de 1982− bajo el título:

«La situación política y el Partido. Las elecciones municipales». No se produjo un giro de 180°, pero sí se asentó una reflexión teórica-programática sobre la «alternativa a la crisis» del PCE de la mano de Sartorius. «Las medidas económicas del Gobierno y la negociación colectiva» fue una de las resoluciones aprobadas mostrando su preocupación «por la orientación que respecto a la política económica expresan las primeras medidas tomadas por el Gobierno». No faltó el respectivo apoyo total y sin condiciones a «CC.OO.» y a modo de novedad a «otros sindicatos representativos». A su finalización Carrillo cuestionó aquellos acuerdos[67].

Si en 1981 el proceso pre-congresual se alargó nueve meses, el XI Congreso duró casi un año. A pesar de esta guerra de guerrillas dentro del CE y del CC, el PCE ejemplificó que podía tener una política sindical autónoma y mantener unas relaciones cordiales con CC.OO. Del «problema con CCOO» pronto se pasó al «problema con Carrillo». Con otra novedad de calado: fue Adolfo Piñedo −hombre de confianza del anterior secretario general y que venía de dirigir a la poderosa Federación del Metal de CCOO hasta 1981− quien al cargo de la Comisión Sindical dio este vuelco más que considerable. ¿Dónde estaba, entonces, el problema?

Vayamos paso a paso. El primer síntoma de que Iglesias no pensaba dejarse maniatar fue en el primer CE de 1983, de los días 17 y 18 de enero de 1983. ¿La razón? La remodelación del Secretariado −y en donde Carrillo quedaría fuera para su indignación− y del Ejecutivo que se aprobaría por la mínima. Una lógica matemática que se mantendría en adelante: 13 votos a favor, 10 en contra y 3 abstenciones ante la propuesta elaborada por el secretario general. Previa bronca, Ballesteros y Curiel pasaron a ser vicesecretarios generales[68]. Por doce votos −44 frente a 32− Iglesias salvó una nueva bola de partido en el CC que tuvo a continuación −los días 19 y 20− y en donde las acusaciones de todo tipo subieron otro escalón. En la intervención inicial del secretario general algo empezó a sonar diferente: ante la dura negociación colectiva de 1983 llamó a la «presión, a la movilización, no solo dentro, a través de los camaradas a través del sindicato, sino el p. como tal»[69].

No se perdió mayor tiempo de cara a romper las inercias del pasado y poner al Partido, al menos, a elaborar teóricamente una política sindical propia y autónoma, alejada de los modelos previos fracasados. El 12 de febrero desde el Secretariado bajo la responsabilidad política Piñedo se envió un primer borrador del documento titulado «Política Sindical y Económica» para discutirse en el CE

del 17 de aquel mismo mes. En la redacción del documento participaron, entre otros, Andreu Claret y Paco Mata. En primer lugar, se procedió a «[a]nalizar las perspectivas de la política de solidaridad y el modelo sindical en la situación que se crea tras el 28-0»; en segundo lugar, se definieron «las tareas del Partido hacía el movimiento obrero en el próximo periodo». Dicho y hecho: después de mucho tiempo hubo un posicionamiento claro frente a la política económica y laboral del Gobierno. Un «paso adelante importante» en palabras del propio Piñedo[70].

De inmediato se convocó un CC monográfico y ampliado para los días 11 y 12 de marzo de 1983 sobre la denominada «situación económica» y, de forma concreta, sobre «la política sindical de los comunistas»[71]. De la relevancia política que se le otorgó −en términos de apertura de una nueva etapa en las relaciones Partido-Sindicato− da cuenta su publicación por parte del PCE de un cuadernillo no con las intervenciones sino con el texto aprobado[72]. A dicho CC estuvieron invitados «los miembros de la comisión redactora del documento base de la discusión; los responsables de política sindical en las organizaciones del Partido de nacionalidad y región; los responsables de las Agrupaciones del Partido de las 40 empresas más importantes» así como «los camaradas de la Comisión Ejecutiva de la Confederación Sindical de CC.OO.».

Nunca se avanzó tanto en esta singular historia como aquel fin de semana de marzo. ¿Qué apuntaba el documento? Cuestiones básicas, muchas de ellas repetidas y otras que proporcionaron una corriente de oxígeno a las deterioradas relaciones entre el Partido y el Sindicato. Así se pudo comprobar, en primer lugar, en el epígrafe «La política de solidaridad en la nueva situación» en donde se volvió a reafirmar y asumir como propia la estrategia de CCOO, pero advirtiendo cómo la presión del movimiento obrero «también hay que dirigirla hacia el propio gobierno». En relación al apartado «El modelo sindical» se esbozó una propuesta autónoma a la par que respetuosa con la independencia de CCOO. Después del repaso a lo sucedido tras el 28 de octubre, el todos contra CCOO, las elecciones sindicales y el reforzamiento de UGT, se elaboró un plan de actuación que, «antes de a corto plazo», se concretó en torno a tres ejes fundamentales: «potenciación de los sindicatos», «desarrollo legislativo sindical y laboral» y «participación institucional».

Llegó el primero de los apartados claves: «La recuperación de la influencia comunista en el movimiento obrero». Bajo la consigna aprobada en la Conferencia Nacional de «reinsertar el Partido en la sociedad y en los movimientos sociales» tocaba «recuperar la influencia en el movimiento

obrero». En esta especie de tabla rasa se siguió reconociendo obviedades como la «notable […] debilidad (salvo excepciones) de la actividad del PCE en los centros de trabajo» o la más palpable de todas: «Y aún dentro de CC.OO. hay que constatar tensiones muy serias en su interior que se expresan en divergencias, y, aún, en confrontación muchas veces entre miembros del PCE […]». Avanzar en aquella dirección condujo a que el legado carrillista quedara puesto en cuestión:

La formulación de la «política por arriba» y no «política por abajo» se ha traducido en un alejamiento del conjunto del partido de los problemas del movimiento obrero. Así, se ha ido produciendo un empobrecimiento paulatino del debate de los problemas sociales y económicos y, de otro lado, la inorgacidad de una gran parte de los cuadros sindicales comunistas. Como colofón, se produjo, en la práctica una especie de división del trabajo entre el partido y CC.OO. de modo que el partido «delegaba» en CC.OO. su relación con los trabajadores y «asumía» los análisis de CC.OO. respecto a los problemas del movimiento obrero.

Un párrafo que resume todo lo dicho hasta aquí. Todavía más, se dijo alto y claro: «La disolución de las comisiones sindicales ratificada en el IX Congreso y luego parcialmente corregida ha contribuido no poco a que el partido, durante un largo periodo, careciese de una política sindical digna de tal nombre». Tres iniciativas se acordaron para subsanar lo desandado: «Programa de trabajo comunista hacia el movimiento obrero para el próximo periodo»; «Algunas definiciones orgánicas en el interior del partido»; y, «El papel de los cuadros sindicales comunistas». Una guía de actuación que implicaba sacar al Partido de su enclaustramiento. El punto de arranque serían las futuras negociaciones sindicales, las cuales deberían estar precedidas de una «amplia movilización de los trabajadores».

«Los comunistas en CC.OO.» fue el último epígrafe y en donde se introdujeron reflexiones de gran valor. Se habló de «debate y, en algunos casos de tensiones» para referirse a las relaciones entre comunistas en el interior de CC.OO.». Reconociéndose, a renglón seguido, el doble problema de todos conocido: por un lado, las permanentes intromisiones de la dirección del Partido en CC.OO. y,

por otro, la utilización del sindicato para dirimir cuestiones orgánicas en el PCE. En términos de autocrítica por lo hecho se limitó a señalar: «la debilidad del debate sindical en el partido en este periodo hace que la interpretación de la política general del partido en el plano sindical se haga a título individual por cada camarada que trabaja en el sindicato». Peor aún, «[c]uando, además, sobrevienen las crisis del partido, que entrañan diferencias políticas, estas aparecen en el sindicato […]». No eran propiamente «divergencias» sino «confrontaciones entre camaradas» que «han ido creciendo sin que se encontrará un cauce orgánico del partido, para darle salida». Se dio otro paso histórico más: hubo un reconocimiento directo del daño causado por el Partido acerca de cómo «todas las fases de la crisis del PCE» se habían trasladado al «sindicato».

Se buscaron soluciones en plural: «La superación de estos problemas está, pues, en el partido y desde el Partido». No existían fórmulas mágicas. De ello eran muy conscientes los redactores de aquel documento cuando realizaron una propuesta consistente en cinco puntos y en donde el primero sintetizó la cruda realidad: «1.- El partido debe tener una política sindical, no solo una política general […]». Rectificar lo hecho y volver al punto de partida previo al IX Congreso es en parte lo que se planteó. Si se quería relanzar el trabajo del «partido hacia el movimiento obrero, especialmente, a nivel de las agrupaciones de empresa», tal cuestión pasaba por los «comités del partido a todos los niveles» para recuperar la «tradición de ocuparse del movimiento obrero como una cuestión prioritaria».

Tres abstenciones hubo en la votación de aquel documento[73]. Dirigentes y cuadros tanto del Partido como del Sindicato debatieron y discutieron durante horas en torno al que, probablemente, sea el documento clave de este tiempo histórico. Se habló con claridad, con lealtad y con memoria. Iglesias en su intervención inicial insistió en algo tan básico como perentorio: «normalizar las discrepancias»[74]. Por su parte, Camacho cerró filas con el «camarada Gerardo», marcando su posición frente a la futura «batalla por el XI.o Congreso»: «no hay que librar más batallas que las de CC.OO., que en CC.OO. no hay ninguna batalla en el partido»[75].

A la vuelta del citado CC, Santiago Carrillo empezó a marcar distancias públicas con la nueva dirección a través de una sonada intervención en el Cine Europa en Madrid −con reivindicación del leninismo incluida−. El Partido se puso en alerta[76]. La obsesión pero también la necesidad de una unidad que todavía se veía posible se antepuso a cualquier posible salida del enclaustramiento del PCE.

Desmentir cada crisis diaria, cerrar filas y evitar cualquier filtración se convirtió en una tarea cotidiana para el Secretariado y el CE.

En esta situación de huida hacia adelante incluso se habló de una «etapa de recuperación del PCE» como una «realidad incuestionable» por parte de Gerardo Iglesias, una vez analizados los resultados de las elecciones autonómicas y municipales del 8 de mayo de 1983. ¿Optimismo? El justo. Lo único que se sacó en claro tanto en el CE del 16 de mayo y en el CC de los días 17 y 18 de mayo era la cada vez mayor oposición frente a la política económica del Gobierno comandada por Miguel Boyer[77].

En el verano de aquel año dio inicio oficialmente el XI Congreso del PCE. Lo que aconteció en el CE del 22 y el 23 de junio de 1983, en parte, adelantó los resultados de la cita congresual. La primera versión del informe del CC al XI Congreso sería aprobado por 13 votos a favor, 7 en contra y 2 abstenciones[78]. Después de ciertas iniciales dudas muy duro se mostró Iglesias en el CC de finales de junio −27 y 28 de junio− en donde se produjo una nueva discusión sobre el informe al XI Congreso. Los viejos vicios seguían presentes: «Lo que estoy planteando […] es que se termine con situaciones como las que se producen todavía en este Partido y recientemente, donde órganos de dirección del Partido se reúnen para discutir y cambiar documentos aprobados formalmente por organismos de Comisiones Obreras». El secretario general evidenció una férrea voluntad de cara a acabar con este tipo de problemas: «[…] la debilidad del Partido al carecer en muchos momentos de política sindical […] no los suplamos mecánicamente haciendo de nuestros militantes correa de transmisión de lo que se acuerda en los órganos de dirección […]»[79].

Los meses previos al XI Congreso fueron terribles. En las agrupaciones y en los comités con la elección de los delegados, en el CE y el CC con las permanentes declaraciones del sector de Carrillo intentando dinamitar el Partido antes del Congreso. Ejemplo de ello fueron las tres reuniones del CE en octubre los días 3, 14 y 28. En la del día 3 −pese al momento de movilizaciones obrera− la consigna quedó reflejada en el título de la resolución final «interna» aprobada: «La unidad del Partido, objetivo irrenunciable del XI Congreso» (11 votos a favor y 9 votos en contra)[80]. En la del día 14 se discutió la dimisión de Ignacio Gallego, obligando al CE a realizar una declaración para ratificar su «línea de actuación» y «defender la legalidad democrática del Partido» (15 votos a favor, 5 en contra, 1 abstención)[81]. Y en la del día 28 de octubre Sartorius presentó el núcleo inicial del documento sobre «Críticas al programa económico del PSOE»[82].

A poco más de un mes del XI Congreso, la situación aparentemente parecía igualada entre ambos sectores: no tanto a nivel de la dirección sino en lo relacionado con la elección de delegados al Congreso. Pero, en realidad, no era así: los carrilllistas no las tuvieron todas consigo e intentaron que se aplazara el Congreso en el CE del 6 de noviembre. Hubo sus grandes momentos en aquella reunión y sobre todo una nueva votación ganada a favor del informe del equipo de Iglesias (17 votos a favor, 5 en contra y 2 abstenciones)[83].

Ni medio milímetro se cedió en el último CC antes del Congreso los días 8 y 9 de diciembre. Allí se fue, antes que a discutir, a votar el reglamento, el programa de normas y trabajo para el Congreso; pero sobre todo los miembros de las comisiones de las seis Tesis políticas del Congreso. En todas y cada de las votaciones −como sucedió en la Comisión n.o 2 sobre la «La situación política después del día 28» con Marcelino Camacho frente a Juan Francisco Pla y que se decidió por 52 votos frente a 51, respectivamente[84]− el sector de Iglesias se impuso por la mínima: enésima evidencia de que si no había voluntad de integración el Partido quedaría dividido en dos de forma irreconciliable. En ese punto Carrillo mostró su faceta más cínica: «El Partido no está al borde de la catástrofe, de la ruptura […]. Yo aceptaré lo que salga […]»[85].

* * *

Mala señal cuando en una cita congresual del Partido Comunista de España la atención recae sobre la Comisión de Garantías y Control −a cargo de dos pesos históricos como fueron Lucio Lobato y Melquisidez Rodríguez Chaos− y se cuestiona la limpieza de todo el proceso[86]. Otro tanto sucede cuando buena parte del debate se centra en la reforma de los Estatutos, tal y como había ocurrido en el X Congreso. El PCE era un partido agotado política, organizativamente y mentalmente. Los datos hablan por sí mismos: en el XI Congreso −celebrado entre los días 14 al 18 de diciembre bajo el lema «Por la Paz, el Socialismo y la Libertad»− más del 60 por 100 de su militancia había dejado el PCE desde 1978[87].

Volvamos brevemente al verano de 1983. Los días 29 y 30 de julio se celebró otro caldeado CC en donde se aprobó la versión definitiva del «Anteproyecto de

Documento Político del XI Congreso». Una vez más la política sindical quedó en un segundo lugar. Ni siquiera tuvo un apartado monográfico al integrarse en la Tesis II «La situación política después del 28 de octubre» en su último epígrafe. Al cargo de su redacción estuvo Marcelino Camacho. La autocrítica a lo largo del anteproyecto no faltó en momento alguno: «Se trata de profundizar y completar las consideraciones hechas ya por el Comité Central y por la Conferencia Nacional. Sin reservas: yendo al fondo de los errores cometidos».

Si miramos para atrás el PCE a golpe de crisis, de derrotas, había ido generando un amplio corpus teórico sobre su «no» política sindical y que sentaron las bases del breve epígrafe integrado en la Tesis II. De este modo, se reprodujeron no pocos párrafos del texto aprobado en marzo. Lo que quedaba claro es que para la «superación de esta situación perjudicial para el sindicato y negativa para el desarrollo de una práctica sindical homogénea por parte del Partido, exige avanzar en la definición de una política sindical del PCE». De ese bucle aparentemente indescifrable no se salió tampoco en aquella ocasión. Lo más novedoso que allí se dijo −y no lo era tanto− fue su último párrafo:

La actuación de los comunistas vendrá dada por la relación dialéctica entre el respeto a la independencia, al pluralismo y a la potenciación de la democracia interna del sindicato, con la necesidad de que los militantes de un mismo partido, como somos los comunistas, defendamos en el sindicato la política del partido, respetando a su vez los acuerdos democráticos del Sindicato[88].

En el caso concreto del XI Congreso se hace obligado recurrir a su Acta Oficial ante la estrechez en los resultados en todas las votaciones, el cuestionamiento permanente de la limpieza del proceso por parte de los carrillistas y el enorme ruido mediático no exento de manipulaciones por todos los sectores. Un Acta que estuvo a cargo de Julio Anguita −presidente−, Pedro Marset −vicepresidente −, Antonio Romero y Carlos Barros −secretarios−[89]. El Informe del CC saliente presentado por Iglesias cosechó los siguientes resultados: «A favor: 386. En contra: 376. Abstenciones: 25». Unos resultados muy similares a los obtenidos en la Tesis II: «A favor de la tesis: 393. En contra: 370. Abstenciones: 6»[90].

En una de sus crónicas que hizo Mundo Obrero se puede constatar la dureza −más allá de la frialdad del Acta− de lo acontecido en aquella Comisión. Piñedo fue implacable y acusó a la dirección de los errores de su lectura frente al 28 de octubre, subrayando cómo «efectivamente el acceso del PSOE al Gobierno ha supuesto un avance en el proceso de transición». Poco o nada se habló de política sindical. Como denunció Camacho, imposible así era avanzar ante actitudes «defensivas», en tanto se corría el riesgo de todavía «bunkerizar» más al Partido[91].

Se cerró aquel traumático Congreso con una victoria bastante más holgada de la inicialmente pensada por parte del equipo de Iglesias: 69 votos a favor, 31 en contra y 2 abstenciones en el CC de cara a su elección como secretario general[92]. De la misma forma, hay que destacar cómo hubo una renovación del 40 por 100 de los miembros del Comité Central, incorporándose treinta y siete nuevos camaradas: doce de ellos dirigentes de CCOO[93]. En el primer CC celebrado tras el XI Congreso −el propio 18 de diciembre− los carrillistas fueron barridos sistemáticamente de todos y cada uno de los órganos empezando por el Secretariado y el Comité Ejecutivo. Carrillo lo dijo bien claro: con tal propuesta no concluía la «crisis que no cerró el X C[ongreso]»[94].

Un XI Congreso que dejó para la posterioridad una paradoja que resume, en gran medida, la historia del PCE en relación a su «(no) política sindical» entre 1977 y 1983: fue donde menos se habló y se discutió de política sindical; y, sin embargo, la fotografía más recordada y relevante a su final fue el abrazo entre Camacho e Iglesias. Una imagen fuerza que inauguró una etapa que rompió, en parte, unas dinámicas envenenadas entre el PCE y CCOO y que abrió un camino a reencuentros necesarios y posibles.

CONCLUSIONES

Este capítulo de la historia del Partido Comunista de España fue protagonizado por poco más de una docena de hombres, adultos y con culo de acero. Una historia hipermasculinizada en donde la procedencia social y de clase, junto a la pertenencia a una de las dos generaciones en juego, constituyen factores explicativos de primer orden. Marcos interpretativos determinantes para

adentrarse en cómo los comunistas españoles ante, entre o frente a sus propios camaradas, disputaron una larga batalla político-ideológica a partir de unos proyectos sindicales, si bien no antagónicos, sí en lo referente a cuestiones centrales sobre cómo y de qué como forma gestionar el poder sindical. He aquí una posible explicación a parte de resultados finales de Transición a la democracia en términos de clase.

No son dos sino tres los legados históricos en juego. El representado por Carrillo y su equipo, el de Iglesias y su equipo y el de Comisiones Obreras bajo la dirección de Camacho. ¿Cuál ha pervivido y resistido mejor el paso del tiempo? La respuesta es obvia. Ahora bien, no se puede dejar de plantear otro hecho elemental: más allá de nombres y apellidos, el debate, las críticas cruzadas y el enfrentamiento entre las élites del PCE y de las Comisiones Obreras en torno a una misma política sindical compartida a fin de cuentas refleja lo que, en buena medida, fue la historia del comunismo español en el tramo final de la década de los setenta y los primeros años ochenta. Es decir: crisis permanente, falta de unidad y destrucción de cualquier posibilidad de alternativa de gobierno.

Hace tiempo Francisco Fernández Buey habló de la necesidad de «escribir algún día el libro blanco del comunismo» como parte de un «proceso de aprendizaje»[95]. Cierto es que este capítulo del Partido Comunista de España no es en absoluto ejemplificante, aunque sí forma parte de ese mismo «proceso de aprendizaje». Pese a los desaciertos entre quienes lideraron el PCE y las Comisiones Obreras, aquel cúmulo de experiencias tienen un indudable valor: ayudan a comprender la configuración del movimiento obrero en la España del último tercio del siglo XX. En fin: cualquier libro blanco de un Partido Comunista debería empezar sus páginas con los errores y fracasos, pero también los aciertos (que los hubo) de sus dirigentes para entender su aportación a la historia contemporánea.

---

[1] Marcelino Camacho, Confieso que he luchado, Sevilla, Atrapasueños, 2016.

[2] Título I. Del Partido. Artículo 1: «El Partido Comunista de Espala es una organización política de vanguardia de la clase obrera […]». Partido Comunista de España, Estatutos del Partido Comunista de España. Aprobados en el 9.o Congreso. 19/23 abril de 1978, Madrid, Iberdos, 1978, p. 1.

[3] «Fondo Partido Comunista de España (1978-1991)», Madrid, Archivo Histórico del Partido Comunista de España, 2019.

[4] Sobre todas estas cuestiones reflexionamos en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca, «Por una historia social del comunismo. Notas de aproximación», en M. Bueno y S. Gálvez (coords.), «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Sevilla, Fundación de Investigaciones Marxistas / Atrapasueños, 2009, pp. 9-39.

[5] Sergio Gálvez Biesca, «La “extraña” derrota del movimiento obrero», en S. Gálvez (coord.), La clase trabajadora, después del Estatuto de los Trabajadores y sus reformas, dossier monográfico Papeles de la FIM 26-27 (2008), pp. 7-28.

[6] Nos remitimos aquí al actualizado estado de la cuestión dentro del volumen primero de esta obra colectiva de David Ginard, «Historiografía española sobre el Comunismo: de los orígenes a la actualidad (1920-2020)». Agradecemos al autor la consulta preliminar de su trabajo.

[7] Sobre esta cuestión, véase el extraordinario trabajo de Joan Gimeno i Igual, «Situar el hoy en el mañana. Comisiones Obreras en la transición y la democracia, 1976-1991», tesis doctoral, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2019.

[8] «Estatutos de la Confederación Sindical de Comisiones Obreras aprobados en el Primer Congreso», Madrid, Secretaría de Información y Publicaciones de la C.S. de CC.OO, 1978, pp. 3-4.

[9] Unión de Centro Democrático, «Observaciones sobre el IX Congreso del PCE», 1978, exp. 372/1, AHPCE.

[10] El propio Partido publicó un libro a todo lujo para explicar y defender su posición: Partido Comunista de España, El Pacto de la Moncloa, Madrid, Comisión de Información y Propaganda del Comité Provincial del P.C.E. [1977].

[11] Obligatorio sigue siendo acercarse a Robert M. Fischman, Organización obrera y retorno a la democracia en España, CIS / Siglo XXI de España, 1996; y más recientemente, Emmanuel Rodríguez López, Por qué fracaso la democracia en España. La Transición y el régimen del ´78, Madrid, Traficantes de Sueños, 2015.

[12] IX Congreso, «Informe del C.C. al 9.o Congreso presentado por Santiago Carrillo», Madrid, abril de 1978, exp. 373/1, AHPCE.

[13] Partido Comunista de España, Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos. Madrid 19-23 de abril de 1978, Madrid, Ediciones PCE, 1978, p. 140.

[14] Partido Comunista de España, Noveno Congreso del Partido Comunista de España. 19-23 de abril de 1978, Barcelona, Crítica, 1978, pp. 71-81.

[15] Poco tiempo después, el propio Camacho defendería vivamente la Tesis VII como un paso que «va a ayudar a consolidar la independencia y reforzar la UNIDAD del movimiento sindical», Marcelino Camacho, «Principios y praxis de la política sindical del PCE», Nuestra Bandera 94 (1978), pp. 30-32.

[16] Partido Comunista de España, Noveno Congreso, pp. 153-154. Igualmente debe tenerse presente el documento sobre política sindical que publicó, probablemente, a principios de 1977 la organización en la que se estableció una especie de guion de actuación de los comunistas en el Sindicato: Partido Comunista de España, Ponencia sobre política sindical del Partido. 1977, Madrid, Conferencia Provincial de Madrid del Partido Comunista de España, 1977.

[17] Partido Comunista de España, Noveno Congreso, pp. 96-103.

[18] AHPCE. IX Congreso, «Propuestas de Candidatos», Madrid, abril de 1978, exp. 373/2. Mantuvieron Vega y Erroteta como las listas para los congresos de CCOO se confeccionaban en Santísima Trinidad (sede del Comité Central): Pedro Vega y Peru Erroteta, Los herejes del PCE, Barcelona, Planeta, 1982, pp. 159-167.

[19] CC, «Proyecto de resolución», Madrid, 18 de junio de 1978, exp. 391/1, AHPCE.

[20] CC, «Informe de Santiago Carrillo al Comité Central», Córdoba, 18, 19 y 20 de mayo de 1979 exp. 391/2, AHPCE.

[21] Sobre este contexto histórico, Sergio Gálvez Biesca, «Modernización socialista y reforma laboral (1982-1992)», tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2013.

[22] Desde Argumentos se llamó a la movilización de cara a evitar el aislamiento de los comunistas en una situación «tremendamente delicada». Editorial «El movimiento obrero, en la encrucijada», en Argumentos 29 (1979), p. 3.

[23] CP, «Al Consejo Confederal de CC.OO. y a todos los trabajadores», Madrid, 14 de septiembre de 1979, exp. 417/4, AHPCE. Por su parte, el PCE publicó un pequeño cuaderno con las principales intervenciones de los diputados comunistas en el Congreso: Partido Comunista de España, El P.C.E. informa. El Estatuto de los Trabajadores. Debate en el Congreso, Madrid, Edissa, 1980.

[24] CE, «Transcripción de las intervenciones», Madrid, 9 de noviembre de 1979, exp. 402/1; y exp. 391/4, AHPCE. Véase al respecto, el relevante balance sobre estos importantes momentos realizado por Carme Molinero y Pere Ysàs, De la hegemonía a la autodestrucción: el Partido Comunista de España, 1956-1982, Barcelona, Crítica, 2017, pp. 278-279.

[25] Una crónica de lo acontecido por parte de CCOO en «El empleo, objetivo prioritario de la acción sindical», Gaceta Sindical 9 (1981), pp. 6-7.

[26] Al respecto, Sergio Gálvez Biesca, La gran huelga general. Los sindicatos contra la «modernización socialista», Madrid, Siglo XXI de España, 2017.

[27] A partir de un clave de WikiLeaks Gimeno y Tébar constataron cómo Curiel señaló que «Camacho se había “excedido” pero habría sido “puesto en su lugar”». Consúltese el trabajo de Joan Gimeno e Igual y Javier Tébar Hurtado en este mismo volumen: «Comunistas en el sindicato, sindicalistas en el Partido. Sindicato y partido durante el cambio político (1975-1982)». Agradecemos a los autores la posibilidad de haber consultado su capítulo.

[28] CC, «Intervención de Santiago Carrillo (Resumen)», Madrid, 3 de febrero de 1980, exp. 391/3, AHPCE.

[29] Para todo lo aquí expuesto la referencia la sigue constituyendo Juan Andrade Blanco, El PCE y el PSOE en (la) Transición. La evolución ideológica de izquierda durante el proceso de cambio político, Madrid, Siglo XXI de España, 2012. Y, asimismo, Gregorio Morán, Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985, Barcelona, Planeta, 1995, pp. 565 y ss.

[30] Las notas manuscritas por José María Coronas, José García Meseguer y Andreu Claret, a falta de actas oficiales, son de un gran valor histórico.

[31] Partido Comunista de España, Los comunistas en el movimiento obrero. Reunión de militantes obreros comunistas. Madrid, 17-18 de mayo de 1980. Resumen de las intervenciones, [Madrid], Comisión de Propaganda del PCE, [1980].

[32] Sobre aquel histórico encuentro, véase el análisis de José Babiano Mora y Javier Tébar Hurtado, «La parábola del sindicato en España. Los movimientos sindicales en la Transición "larga" a través del caso de CCOO (1975-1986)», en Damián Alberto González Madrid, Manuel Ortiz Heras y Juan Sisinio Pérez Garzón (eds.), La Historia: lost in translation. Actas del XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Universidad de Castilla-La Mancha, 2017, pp. 1471-1484.

[33] En este sentido véase Entrevista, «Julián Ariza. La crisis entra en Comisiones», La Calle 121 (1980), pp. 16-18.

[34] CC, «Sobre algunas cuestiones actuales de la política sindical del Partido Comunista de España. Resolución del Comité Central», Madrid, 15 y 16 de junio de 1980, exp. 391/5, AHPCE.

[35] CE, «Resolución», Madrid, 8 y 9 de septiembre de 1980, exp. 392/17, AHPCE.

[36] CC, «Resolución», Madrid, 8 de diciembre de 1980, exp. 391/7, AHPCE. Ejemplo de las intromisiones del Partido en el sindicato fue lo que sucedió en el II Congreso de la Comisiones Obreras de Madrid. Véase: «Resolución del Comité Provincial sobre la actividad de los Comunistas de Madrid en el Movimiento Obrero y Sindical», Madrid, octubre de 1980. Documento localizable dentro del mismo expediente.

[37] «Informe de Santiago Carrillo», Madrid, 10 de febrero de 1981, exp. 409/10, AHPCE. Un Comité Central en donde también se instó al «Secretario del Partido la preparación de una Conferencia de militantes comunistas que trabajan en el movimiento sindical en el plazo más adecuado». «Conferencia de comunistas del movimiento sindical», Mundo Obrero, 10 a 17 de febrero de 1981.

[38] CC, «Resumen de la discusión en el Comité Central. Intervención de Santiago Carrillo», Madrid, 5 de marzo de 1981, exp. 409/11, AHPCE.

[39] CC, «Informe del CE presentado por Santiago Carrillo», Madrid, 1, 2 y 3 de noviembre de 1980, exp. 415/1, AHPCE.

[40] «II Congreso de la Confederación Sindical de CC.OO. La acción sindical de CC.OO. ante la crisis y el paro», Cuadernos de Gaceta Sindical 3 (1981).

[41] Frase recogida en el capítulo de Joan Gimeno i Igual y Javier Tébar Hurtado previamente citado en la nota 27.

[42] Carme Molinero y Pere Ysàs, De la hegemonía, p. 287. Otra vez más resulta fundamental la visión de Marcelino Camacho, Confieso, pp. 355-356. Véase también «II Congreso de la Confederación Sindical de CC.OO. Estatutos», Cuadernos de Gaceta Sindical 2 (1981).

[43] El País estimó entre 100.000 y 160.000 el número de militantes. «La mayoría de los delegados al X Congreso del PCE parecen favorables a la continuidad de Santiago Carrillo», El País, 28 de julio de 1981.

[44] 1.019 votos, 689 a favor, 64 en contra, 266 abstenciones. X Congreso, «Acta Oficial del X.o Congreso del Partido Comunista de España», Madrid, 28-31 de julio de 1981, exp. 377, AHPCE. Un acta a cargo de Rosalía Sender Begué, José Luis Lobato, Ángel Enciso, Manuel Anguita y Julio Pérez de la Fuente.

[45] De cara a entender la honda preocupación por el problema de la unidad y la disciplina dentro del Partido, resulta imprescindible acercarse al X Congreso, «Comisión de Estatutos. Reuniones. Anotaciones manuscritas de Armando López Salinas», exp. 376/1, AHPCE.

[46] «Tesis I a VI. Las enmiendas no modificaron el fondo», Mundo Obrero, edición especial X Congreso del PCE, 4 (1981), p. 8.

[47] El autor intelectual de aquella tesis fue Julián Ariza quien recogió una primera versión en «Sobre política sindical», Cuadernos Nuestra Bandera 2 (1980).

[48] «La política sindical del PCE», en Tesis aprobadas en el X Congreso del PCE, Mundo Obrero, número especial (1981), pp. 27-30.

[49] CC, «Resolución del Pleno del CC», Madrid, 14 de septiembre de 1981,

exp. 409/13, AHPCE.

[50] CC, «Organización del trabajo del C.C. y sus comisiones», Madrid, 10 y 11 de noviembre de 1981, exp. 391/1, AHPCE.

[51] Clarificador de todo lo que se ha expuesto fue, Editorial, «La crisis del Partido se resuelve en la sociedad», en Nuestra Bandera 110 (1982), pp. 5-8.

[52] Remitimos aquí a Sergio Gálvez Biesca, «Del socialismo a la modernización: los fundamentos de la «misión histórica» del PSOE en la Transición», Historia del Presente 8 (2006), pp. 199-218.

[53] CE, «Transcripción de las intervenciones», Madrid, 7, 8 y 9 de junio de 1982, exp. 403/4, AHPCE.

[54] Sobre aquella propuesta de «concentración democrática», véase José Luis Martín Ramos, Historia del PCE, Madrid, Libros de la Catarata, 2021.

[55] CC, «Resolución del Comité Central del PCE», Madrid, 10, 11 y 12 de junio 1982, 394/2, AHPCE.

[56] CC, «Resumen de la intervención de Marcelino Camacho en el CE», Madrid, 10, 11 y 12 de junio 1982, exp. 394/2, AHPCE.

[57] Los informes junto con la resolución de aquel CC en exp. 394/2, AHPCE.

[58] CC, «Resolución política del Comité Central», Madrid, 2 y 3 de julio de 1982, exp. 395/1, AHPCE.

[59] CC, «Intervención de Santiago Carrillo en la reunión del Comité Central», Madrid, 14 y 15 de septiembre de 1982, exp. 395/3, AHPCE.

[60] Secretariado, «Asamblea de cuadros sindicales comunistas», Madrid, 25 y 26 de septiembre de 1982, exp. 390/2, AHPCE.

[61] A este denso periodo Carrillo le dedicó todo un capítulo en sus Memorias: «Mi dimisión de la Secretaría General y la posterior expulsión del PCE» (pp. 889-912). Santiago Carrillo, Memorias, Barcelona, Planeta, 2006. Sobre este tiempo nos remitimos a Sergio Gálvez Biesca, «La “construcción” de Santiago Carrillo (1983-2013)», Historia del Presente 24 (2014), pp. 77-92.

[62] CE, «Anotaciones manuscritas de las sesiones», Madrid, 2, 3, 4 y 7 de noviembre de 1982, exp. 404, AHPCE.

[63] CC, «Información sobre el Pleno. Notas manuscritas de José García Meseguer», Madrid, 6 y 7 de noviembre de 1982, exp. 392/23, AHPCE; y CC, «Informe de Santiago Carrillo presentando su dimisión como Secretario General del PCE», Madrid, 6 de noviembre, exp. 395/4, AHPCE.

[64] CC, «Intervención Gerardo Iglesias», Madrid, 7 de noviembre de 1982, exp. 395/5, AHPCE.

[65] CC, «Proyecto de informe al Comité Central. Guion para los miembros del Comité Central», Madrid, 14 de diciembre de 1982, exp. 395/5, AHPCE.

[66] CC, «Informe al Comité Central», Madrid, diciembre de 1982, exp. 395/5, AHPCE.

[67] Partido Comunista de España. Conferencia Nacional, «La situación política y el partido. Las elecciones. Resoluciones. 17, 18 y 19 de noviembre de 1982», Madrid, Partido Comunista de España, 1983. Localizable en exp. 390/1, AHPCE.

[68] CE, «Propuesta de remodelación del Secretariado y de nuevas incorporaciones al Comité Ejecutivo», Madrid, 17 y 18 de enero de 1982, exp. 405/1, AHPCE.

[69] CC, «Resumen del camarada Gerardo Iglesias en la reunión del Comité Central», Madrid, 19 y 20 de enero de 1983, exp. 396/1, AHPCE.

[70] Comité Ejecutivo, «Anotaciones manuscritas de José María Coronas», Madrid, 17 de febrero de 1983, exp. 405/3, AHPCE.

[71] La primera versión con numerosas correcciones puede localizarse en exp. 396/2, AHPCE. Por lo demás, «Informe Gerardo Iglesias al Comité Central. Por la recuperación del voto comunista», Mundo Obrero 220 (1983), pp. 5-11.

[72] Partido Comunista de España, La situación económica y las propuestas del PCE. La política sindical de los comunistas. 11 y 12 de marzo de 1983, Madrid, Partido Comunista de España, 1983. Un amplio extracto del citado documento en Mundo Obrero 220 (1983), pp. 12-20.

[73] CC, «Anotaciones manuscritas de José María Coronas», Madrid, 11 y 12 de marzo de 1983, exp. 396/2, AHPCE.

[74] CC, «Intervención de Gerardo Iglesias en el Comité Central», Madrid, 11 y 12 de marzo de 1983, exp. 396/2, AHPCE.

[75] CC, «Intervenciones», Madrid, 11 y 12 de marzo de 1983, exp. 396/2, AHPCE.

[76] CE, «Notas manuscritas por Andreu Claret sobre "Mitin Santiago Carrillo"», Madrid, 16 de marzo de 1983, exp. 405/4, AHPCE.

[77] Remitimos a las anotaciones manuscritas que pueden localizarse sobre el CE del 16 de mayo en exp. 406/1, AHPCE. Sobre el CC celebrado a continuación, CC, exp. 396/5, AHPCE.

[78] CE, «Anotaciones manuscritas de Andreu Claret», Madrid, 22 y 23 de junio de 1983, exp. 406/2, AHPCE.

[79] CC, «Resumen de Gerardo Iglesias en la reunión del Comité Central», Madrid, 27, 28, 29 y 30 de junio de 1983, exp. 397, AHPCE.

[80] CE, «Resolución. La unidad del Partido, objetivo irrenunciable del XI Congreso», Madrid, 3 de octubre de 1983, exp. 406/6, AHPCE.

[81] CE, «Resolución del Comité Ejecutivo del PCE», Madrid, 14 de octubre de 1983, exp. 406/7, AHPCE.

[82] CC, «Anotaciones manuscritas de José María Coronas», Madrid, 1 de noviembre de 1983, exp. 398/2, AHPCE. En dicho expediente se localiza la primera versión completa del mismo. Un documento que fue actualizándose y que terminó por constituir la alternativa económica del Partido. Así fue avalado en la Conferencia Nacional del PCE celebrada entre el 29 al 31 de marzo de 1985 bajo el título: «Una propuesta comunista para una alternativa política de izquierdas». Véase Conferencia Nacional del PCE, exp. 420, AHPCE; y, Partido Comunista de España, Una alternativa a la crisis. Las propuestas del PCE, Barcelona, Planeta, 1985 con introducción del propio Sartorius.

[83] CE, «Anotaciones manuscritas de José María Coronas», Madrid, 6 de diciembre de 1983, exp. 406/9, AHPCE.

[84] Fundamental resulta leer con detenimiento Marcelino Camacho, «El cambio posible y el cambio necesario», Gaceta sindical 43 (1982), pp. 4-5; idem, «Aliados posibles y aliados necesarios», Gaceta sindical 24 (1983), pp. 4-5.

[85] CC, «Resultados de las votaciones en relación a la organización y distribución de mesas y responsabilidades en el XI Congreso», Madrid, 8 y 9 de diciembre, exp. 398/3, AHPCE.

[86] XI Congreso. Comisión Central de Garantías y Control, «Dictamen. Elección delegados. XI Congreso», Madrid, 3 de septiembre de 1983, exp. 379, AHPCE.

[87] Mundo Obrero 260 (1983), pp. 63 y 76.

[88] CC, «Anteproyecto de documento político para el XI Congreso», Madrid, julio de 1983, exp. 379, AHPCE.

[89] XI Congreso, «Acta Oficial del XI.o Congreso del Partido Comunista de España», Madrid, 14-18 de diciembre de 1983, exp. 381/1, AHPCE.

[90] La versión final puede consultarse en, «Documentos políticos aprobados por el XI Congreso», Mundo Obrero, 266 (1984) [separata].

[91] XI Congreso, «Acta Oficial del XI.o Congreso del Partido Comunista de España», Madrid, 14-18 de diciembre de 1983, exp. 381/1, AHPCE. Por lo demás, véase la crónica ofrecida en «Comisión II. La postura ante el Gobierno», Mundo Obrero, edición especial XI Congreso, suplemento número 3, sábado 17 de diciembre de 1983.

[92] XI Congreso, exp. 381/1, AHPCE.

[93] «Gran aumento de dirigentes de CCOO en el Comité Central», Diario 16, 20 de diciembre de 1983.

[94] CC, «Anotaciones manuscritas de José María Coronas», Madrid, 18 de diciembre de 1983, exp. 398/4, AHPCE. Lúcidas fueron las reflexiones sobre aquel escenario por parte de Simón Sánchez Montero, Camino de libertad. Memorias, Madrid, Temas de Hoy, 1997.

[95] Francisco Fernández Buey, «Cinco calas en la historia del comunismo del

siglo XX. Para el libro blanco del comunismo», Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Social 152 (2020-2021), pp. 101-114.

VII

¿BUSCANDO UN LUGAR EN EL MUNDO? JÓVENES Y COMUNISMO EN LA EUROPA DE ENTREGUERRAS[1]

Sandra Souto Kustrín

Eran los hijos de la guerra, como tales se habían criado. (…) Habían pasado sus primeros años de vida en cuartos sin calefacción, habían sido enviados a la calle con cartillas de racionamiento para el pan, la leche o el azúcar, para que hiciesen cola, horas enteras (…). La derrota de 1918 no significó para ellos el comienzo de una nueva época. Para ellos solo seguía imperando el desorden, las esperas interminables ante una tienda de ultramarinos, el primitivo comercio de trueque con todo tipo de objetos de uso, el acaparar y hacer contrabando; lo que entonces era común. Y cuando se hicieron obreros era difícil encontrar trabajo, cada vez más difícil[2].

LOS JÓVENES Y EL SURGIMIENTO DEL MOVIMIENTO COMUNISTA

Estas palabras de Ernst Fischer reflejan perfectamente la situación de los jóvenes socialistas tras la Primera Guerra Mundial, que había provocado una profunda división y una gran crisis en la socialdemocracia europea, «desarmada», en expresión de Geoff Eley, por la aparente universalidad del patriotismo de 1914. Por el contrario, las organizaciones juveniles socialistas fueron las principales exponentes del rechazo a estas posiciones. Ya en 1915, a iniciativa de Willi Münzenberg, se celebró un congreso en Berna (Suiza) en el cual los jóvenes socialistas opuestos a la guerra se organizaron como Centro Internacional de Organizaciones Juveniles Socialistas, que declaró formalmente su independencia

de la Internacional Socialista en agosto de 1917. La relación entre las organizaciones juveniles socialistas y sus partidos se complicaría aún más con el triunfo bolchevique en Rusia, el proceso revolucionario que vivió Europa central tras el final de la guerra mundial y la creación de la Internacional Comunista (IC), Tercera Internacional o Comintern, que, a partir de dicho centro, creó su propia internacional juvenil, bajo la dirección de Münzenberg[3].

En el congreso en Berlín que, en noviembre de 1919, creó la Internacional Juvenil Comunista (IJC) se produjo un gran debate entre Münzenberg y el representante ruso sobre la relación que debían tener las organizaciones juveniles con los partidos, aprobándose la tesis del primero de que las relaciones se regirían por la independencia de las juventudes, el estrecho contacto y la ayuda mutua. En dicho congreso se aprobó también una teoría de ofensiva revolucionaria, pero el fracaso de las revoluciones de 1918-1921, el fin de la Guerra Civil en Rusia y el establecimiento de la Nueva Política Económica hicieron que este llamamiento no fuera aceptado por sus mayores: para Lenin y Trotski era necesario consolidar la revolución soviética y frenar, temporalmente al menos, los movimientos revolucionarios, mientras que para muchos jóvenes, incluida gran parte de la dirección de la Internacional, la acción revolucionaria seguía siendo posible. La mayoría de los jóvenes comunistas occidentales veían a la organización juvenil «como una élite, una organización política que se ocupaba, en primer lugar y sobre todo, de los problemas estratégicos y tácticos de la inminente revolución», en un debate que continuó oficialmente hasta el segundo congreso de la IJC, celebrado en 1921. Así, especialmente entre 1919 y 1921, los jóvenes comunistas de Europa Occidental fueron de lo más radical y revolucionario del movimiento comunista. Los dirigentes juveniles, favorecidos en muchos casos por la debilidad de unos partidos comunistas todavía en formación, veían a la juventud como la fuerza principal para desarrollar la revolución y la misma Comintern aceptó, en un principio, esta posición del movimiento juvenil. Se puede hablar, por tanto, de vanguardismo de los jóvenes en la lucha por la dictadura del proletariado en esos años[4].

En este proceso no hay que ver solo un mayor radicalismo de las organizaciones juveniles por la edad de sus militantes ni la influencia de una cultura de consumo «corruptora» y de una «moral inadecuada» con las que la prensa socialdemócrata alemana intentó explicar la alta participación de jóvenes en la revuelta espartaquista de 1919[5]. Entre otros factores –aparte del efecto obvio ejercido en jóvenes y no tan jóvenes por lo que se consideró la primera revolución obrera triunfante–, influyeron la catástrofe que supuso la Primera Guerra Mundial, la

independencia lograda durante el conflicto bélico por la juventud, el fracaso de la Internacional Socialista para promover la solidaridad internacional ante la Gran Guerra y su asunción de las posturas nacionalistas de los diferentes países, y el papel dado a los jóvenes por el naciente comunismo.

En este contexto, las juventudes socialistas fueron en casi todos los países europeos el origen de los partidos comunistas, por ejemplo, en España, Francia, Italia, Alemania, Bélgica, Dinamarca o Suecia, pero tras la oleada revolucionaria de posguerra, las organizaciones comunistas fueron ilegalizadas en muchos países, como Polonia, Bulgaria, Rumanía, Yugoslavia, Lituania, Finlandia o Estonia, a la vez que se extendieron a los movimientos comunistas europeos los enfrentamientos internos entre los bolcheviques rusos. En el segundo congreso de la Internacional Juvenil Comunista –«trasladado» de Jena a Moscú tras agrios debates entre los jóvenes comunistas occidentales, por una parte, y los soviéticos, apoyados por la IC, por otra–, se aprobó la subordinación de las organizaciones juveniles comunistas a los partidos y a la internacional[6]. Sin embargo, no se negaba la participación de los jóvenes en la política. Así, los estatutos de la IJC mantuvieron que era «una sección de la Internacional Comunista, reconoce su programa y estatutos y subordina su actividad a la de la IC y su comité ejecutivo», pero que «la juventud obrera debe ser educada y organizada sobre la base de su activa participación en el movimiento revolucionario del proletariado y en sus luchas contra el capitalismo, y particularmente, contra las guerras imperialistas», y la organización juvenil internacional declaró explícitamente tras su cuarto congreso (1924), que «la juventud comunista rechaza con decisión el lema hipócrita de la burguesía y la socialdemocracia: la juventud debe mantenerse alejada de la política»[7].

Desde ese mismo congreso, las organizaciones juveniles participaron activamente en la lucha contra los «desviacionismos» de todo tipo en los partidos comunistas de Alemania, Francia, Italia, Polonia, Checoslovaquia o Bélgica, aunque se reconocieron también conflictos internos en algunas organizaciones juveniles, como la holandesa, y, ya en 1926, se eliminó a los seguidores de Trotsky de la dirección de la internacional juvenil. Se produjo una supeditación de las organizaciones internacionales comunistas a los intereses de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y el aislamiento político de los comunistas occidentales a partir del quinto congreso de la IC, celebrado también en 1924 y, especialmente, tras el sexto (1928), con el establecimiento de la política de clase contra clase y la definición de la socialdemocracia como socialfascismo. La IJC defendió claramente esta política y ya en 1924 definió a

las organizaciones de la reconstituida Internacional Juvenil Socialista (IJS) como «traidoras», a las que se debía negar el derecho a llamarse proletarias ya que mostraban una tendencia para desarrollarse «ideológica y organizativamente hacia el fascismo»[8].

Hubo también una supeditación de las organizaciones juveniles a la Internacional Comunista antes que a sus respectivos partidos. El pleno del Comité Ejecutivo de la IJC de noviembre-diciembre de 1926 aprobó que, «en los casos en los que la línea de este o de otro partido difiriera o se desviara de la de la Comintern, la IJC no puede ni debe estar ligada por la disciplina de partido»: «La disciplina hacia la Comintern obliga más» que aquella. Y, en palabras de quien fue un joven comunista, y, con el tiempo, un historiador contemporaneísta fundamental, «las ligas comunistas juveniles eran el principal instrumento de la Comintern para presionar a los a menudo reluctantes dirigentes adultos de los partidos para llevar hasta el extremo la política de clase contra clase»[9].

Además, una cosa era la teoría y otra la práctica. El paso de una estrategia de revolución mundial a la aceptación de la búsqueda de la consolidación del socialismo en la Rusia soviética no fue aceptado rápidamente ni sin conflictos por las organizaciones juveniles. Ya en 1924, desde la IJC se dijo que «la revolución mundial ha empezado» pero que era «una lucha larga que es equivalente a toda una época en la historia de la humanidad», por lo que, previo a la toma del poder, las juventudes comunistas lucharían por la mejora de las condiciones de vida de los jóvenes y el fortalecimiento de sus organizaciones, ya que los comunistas consideraban que las revoluciones de 1918-1921 habían fracasado no solo por la traición de la socialdemocracia sino también por la ausencia de partidos comunistas fuertes[10].

En 1929, la Young Communist League (YCL, Liga Comunista Juvenil) británica, reconoció que el principio de subordinación política de las organizaciones juveniles a los partidos se había aprobado en el II congreso de la IJC «después de una larga lucha» que, posteriormente, hubo de llevarse a cabo también en las organizaciones nacionales, donde encontró «gran resistencia» por la idea de la juventud como «vanguardia». El hecho de que todavía en la ejecutiva de la internacional juvenil de noviembre-diciembre de 1926 se insistiera en la necesidad de someterse a la dirección de los partidos y de la Internacional Comunista parece también dar a entender que el establecimiento de esta subordinación no fue fácil ni rápido[11].

Así, especialmente, desde 1924 y hasta los primeros años treinta, las organizaciones juveniles comunistas europeas languidecieron, con más que escasas excepciones, entre las cuales destaca Alemania. Además de los conflictos internos, en el nuevo movimiento comunista influyeron el reflujo revolucionario provocado por las derrotas producidas en los años posteriores a la Gran Guerra y la estabilización y la parcial recuperación económica europea, que incluyó el ascenso de partidos socialistas a responsabilidades de gobierno. La reorganización de la Internación Juvenil Socialista fue acompañada de la de sus diferentes organizaciones estatales, disueltas por la guerra o por su conversión en organizaciones comunistas: por ejemplo, la juventud socialista francesa y la Labour League of Youth (Liga de la Juventud Laborista, LLY) británica. Las organizaciones juveniles socialistas, tras la experiencia del periodo 1915-1919, fueron puestas bajo un estrecho control por parte de los partidos respectivos y se intentó volver a limitarlas al papel educativo que se les había dado desde su surgimiento, que había creado tensiones sobre su autonomía en las diferentes organizaciones y en la misma IJS, y que ahora contrastaba con un mundo en el que los jóvenes cobraban cada vez más importancia como grupo social diferenciado y eran reclamados desde diferentes sectores ideológicos para que jugaran un papel activo en el cambio social[12].

Sin embargo, el apoyo comunista a los movimientos de independencia en las colonias parece que permitió a su internacional juvenil tener una mayor extensión geográfica, con organizaciones en bastantes países de América, en China, Corea, Turquía, y hasta en Australia y Japón, mientras que, en Europa, solo mantuvo organizaciones importantes en Alemania, Francia y Suecia. Se produjo una probablemente inevitable superioridad numérica de la organización soviética: así, a mediados de 1928, se hablaba de algo más de cien mil afiliados a las organizaciones juveniles comunistas fuera de la URSS y de más de dos millones de militantes en el KOMSOMOL (Kommunisticheski Soyuz Molodioshi, Unión Comunista de la Juventud) soviético[13].

Y, sobre todo, las organizaciones comunistas siguieron dando un papel políticamente más activo a los jóvenes y la IJC también elaboró pronto programas de reivindicaciones específicas e inmediatas para los jóvenes[14], lo que produciría cierta atracción en algunos de sus homólogos socialistas. Por ejemplo, una joven dirigente local de la Guild of Youth británica –organización juvenil del Partido Laborista Independiente, uno de los grupos fundadores del Partido Laborista británico que, en 1932, se separaría de este– destacó que se sintió atraída por la juventud comunista –a la que se incorporó poco después de

la huelga general de 1926– porque «solo los comunistas publicaban periódicos obreros juveniles llenos de material real relativo a los problemas de los jóvenes» y por «la autonomía de que disfrutaba y su enorme libertad para organizar y dirigir sus propios asuntos», aunque hubiera una estrecha conexión entre la dirección de la YCL y la del Partido Comunista de Gran Bretaña (Communist Party of Great Britain, CPGB). Similares diferencias se establecen entre las organizaciones juveniles francesas, hablando de «libertad vigilada» de la juventud comunista, que era «llamada al orden» cuando el partido creía que abusaba de su autonomía, y destacando que su programa estaba muy centrado en los problemas de los jóvenes[15]. Este elemento tendría una gran influencia cuando la situación cambiase radicalmente con la crisis económica de 1929 y el ascenso de los movimientos fascistas.

UNA LARGA TRAVESÍA DEL DESIERTO EN ESPAÑA

En nuestro país, quizá porque se había mantenido neutral en la Gran Guerra y a pesar de la aliadofilia declarada del PSOE, o por la mayor debilidad de la Federación de Juventudes Socialistas (FJS) frente a otras juventudes socialistas europeas, la ruptura con el socialismo no se produjo hasta después de la formación de la Internacional Comunista, a la que la Juventud Socialista Madrileña (JSM) expresó su adhesión con motivo del manifestó lanzado por la IC por su congreso fundacional (marzo de 1919), aunque se habla de la temprana vinculación establecida por las juventudes socialistas, y especialmente por la JSM, con el centro juvenil dirigido por Münzenberg[16].

En el V Congreso de la FJS, celebrado en diciembre de 1919, los jóvenes socialistas decidieron, casi por unanimidad, sumarse a la Tercera Internacional y establecieron un nuevo comité nacional en el que predominaban los partidarios de dicha adhesión, entre ellos, Ramón Merino Gracia, Rito Esteban o Luis Portela. El 15 de abril de 1920, una asamblea de la JSM aprobó convertirse en Partido Comunista Español, frente a los terceristas del PSOE, que querían esperar al congreso extraordinario del partido y consideraron esta decisión precipitada. Así, dicho acuerdo fue obra principalmente del comité nacional de la FJS y del comité de la JSM. Esto hizo que fueran llamados por sus detractores, precisamente por su juventud, «los cien niños». El órgano de

expresión de la FJS, Renovación, se convirtió en El Comunista, cuyo primer número se publicó en mayo de 1920. En su manifiesto fundacional rechazaron el reformismo y condenaron el apoyo del PSOE a los aliados en la Primera Guerra Mundial por tratarse de una guerra imperialista. Se envió una delegación a Moscú al II Congreso de la Internacional Comunista, en julio de 1920, mientras que el Congreso Extraordinario de la FJS, celebrado en Valladolid en ese mismo mes, mantuvo el apoyo al ingreso en la IC[17].

El Partido Comunista Español celebró su primer congreso en marzo de 1921, eligiendo un comité central en el que estaban, entre otros, Vicente Arroyo y con Ramón Merino Gracia, maestro y antiguo miembro del Comité Nacional de la FJS, como primer secretario general. Y es que. aunque la mayor parte de los aproximadamente 2.000 miembros eran obreros, su dirección y el principal grupo inspirador estaba integrado, en parte, por intelectuales o trabajadores no manuales: Luis Portela era tipógrafo; Gabriel León Trilla era licenciado en Filosofía y Letras y José Bullejos, empleado de telégrafos. Este partido sería el que crearía posteriormente la primera organización juvenil comunista: la Unión de Juventudes Comunistas[18].

Significativamente, frente a los lugares en que tenía fuerza la FJS, que eran Asturias, Andalucía y el País Vasco, el grueso del pequeño Partido Comunista Español estaba en Madrid, con algunos focos en puntos de Valencia y Alicante y efectivos menores repartidos por Córdoba, Eibar, Burgos, Santander y Salamanca. Y, según recordó posteriormente uno de sus entonces jóvenes miembros, «desde el primer momento el partido sufrió la más arbitraria y sistemática persecución. Su órgano de expresión, El Comunista, aparecía muchas semanas con la mayor parte de sus columnas en blanco, censuradas. Los militantes, bajo el pretexto de detenciones “preventivas”, pasaban más tiempo en la cárcel que en libertad»[19].

En un nuevo congreso extraordinario, las juventudes socialistas que no se habían sumado en 1920 al Partido Comunista Español, ratificaron el ingreso de la organización en la Internacional Comunista y decidieron unirse al Partido Comunista Obrero Español (PCOE), que había sido formado por la escisión producida en el PSOE tras su congreso extraordinario de abril de 1921 y que decidió seguir en la Internacional Socialista. Este grupo de jóvenes se constituyó en Federación de Juventudes Comunistas.

El Partido Comunista Español, que se ha definido como más izquierdista,

precisamente por su carácter juvenil, y el PCOE, más moderado y con más experiencia sindical, se fusionaron, tras la intervención de la Internacional Comunista, en una conferencia celebrada en Madrid entre el 7 y el 14 de noviembre de 1921, dando lugar al Partido Comunista de España (PCE)[20], lo que supondría también la fusión de las dos organizaciones juveniles, formando la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE) tras la Conferencia Nacional de Unidad celebrada el 22 de diciembre de 1921, que fijó el límite de edad de los miembros de la organización en los 25 años.

Luis Arranz habla de que la política del PCOE predominó en el unificado PCE frente al antiparlarmentarismo táctico, el radicalismo vanguardista, el elitismo revolucionario y el voluntarismo, que «convierte a la revolución en una cuestión de valor y decisiones personales, un problema de elites», del Partido Comunista Español, pero, como hemos visto anteriormente, estas eran las posiciones entonces de los jóvenes comunistas occidentales, con los que él mismo indica que se relacionaba[21].

Poco después de que, en el verano de 1923, se celebrase el segundo congreso del PCE, se produjo el golpe de Estado que inició la dictadura de Miguel Primo de Rivera, lo que llevó a las organizaciones comunistas a la clandestinidad, haciendo imposible su vida regular. Como consecuencia, el PCE no pasó de ser una fuerza meramente testimonial hasta los años treinta y su organización juvenil solo tuvo unos centenares de afiliados durante la dictadura, en lo que influyó también la cooptación de los jóvenes procedentes de la juventud socialista para un PCE escaso en militantes y sin cuadros destacados[22].

Y, según algunos testimonios, como el de Vicente Uribe, al igual que en el resto de Europa, en España la juventud comunista actuó «como el brazo ejecutor de la política más radical del partido». Esto se reflejaría también en el hecho de que fuera José Bullejos el que escribió en un artículo en la edición francesa de La correspondance Internacionale, en mayo de 1930, que «durante la dictadura de Primo de Rivera el Partido Socialista ha realizado su transformación en socialfascismo»[23].

Sin embargo, ya el 1 de mayo de 1927, El Joven Obrero, órgano de la UJCE, publicó un llamamiento a la juventud que contenía reivindicaciones que la afectaban muy directamente, como la prohibición del trabajo de los menores de 16 años, del trabajo nocturno para los menores de 18 y del trabajo en las industrias insalubres a los menores de 21, mayores posibilidades de aprendizaje,

jornada de seis horas para los menores de 18 años sin reducción del salario, vacaciones anuales pagadas, higienización de los talleres, creación de grupos deportivos o plenitud de derechos políticos desde los 18 años, en lo que se puede considerar un programa juvenil que, por ejemplo, la FJS no empezó a elaborar hasta su congreso de 1929[24].

La proclamación de la República, con la recuperación de las libertades políticas, abrió más posibilidades de actuación a la UJCE –que, como sucedía en otros casos europeos, en algunos lugares, como Vizcaya, tenía más militantes que el partido–[25], pero los ataques al nuevo régimen y la defensa de la realización de una revolución bolchevique frente a la República aislaron a los comunistas españoles, mientras que el rechazo a las reformas del primer bienio republicano, el mantenimiento de la política de clase contra clase y los choques con la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo (CNT) les enfrentaron con las demás fuerzas obreras e impidieron un crecimiento destacado de sus organizaciones. Hay que tener en cuenta también que fue en 1931 cuando se consumó la ruptura con el PCE de la Federación Comunista Catalano-Balear, dirigida por Joaquín Maurín, que crearía un partido, el Bloc Obrer y Camperol, con su propia organización juvenil, la Juventud Comunista Ibérica, lo que también afectaría a la UJCE.

La expulsión del PCE del grupo de Bullejos en 1932 supuso también un cambio en la dirección de la UJCE, de la que pasó a ser secretario general Jesús Rozado. Manuel Tagüeña, que ingresó en la Juventud Comunista de Madrid (JCM) en el último trimestre de 1932, recordaba como «al principio todo fueron reuniones pesadas y poco atrayentes; para anatemizar a la antigua dirección recién expulsada, se discutía la nueva línea menos sectaria y se tomaban medidas de agitación: pintar letreros, pegar carteles, vender la prensa, repartir octavillas, organizar un mitin relámpago a la salida de una fábrica o participar en alguna manifestación», pero que tenían preferencia los temas internacionales «sobre los que se referían a nuestro propio país». Destacaba también que «había una gran fluctuación de afiliados, que constantemente llegaban para desaparecer a los pocos días». Sin embargo, en junio de 1933 la UJCE decía contar con algo más de 11.000 militantes, concentrados principalmente en Andalucía, donde había más de 4.000, la región «vasco-navarra» y Asturias, con unos 1.300 en cada una[26].

La organización empezó a preparar un nuevo congreso nacional, para el que se planteaba tratar de salir del ghetto político creando «oposiciones fuertes» en las

demás organizaciones, especialmente en las juventudes socialistas, y mediante la atracción de los jóvenes parados[27]. El ascenso de Hitler al poder en 1933 hizo a la UJCE empezar a colaborar con otras organizaciones. En octubre de ese año se formó en Madrid el Comité Nacional de Jóvenes contra la Guerra y el Fascismo, en el que participaron las organizaciones juveniles republicanas y algunos militantes de las juventudes socialistas. La FJS, que rechazaba este tipo de organismos porque «contra el fascismo (…) solo puede luchar una organización netamente clasista», reconoció que algunas de sus secciones habían entrado a formar parte de él[28]. La creación del Bloque Escolar de Oposición Revolucionaria dentro de la Federación Universitaria Escolar (FUE) dio a la UJCE una cierta presencia en los ámbitos estudiantiles. Sin embargo, todavía en mayo de 1934, cuando finalmente logró celebrar su segundo congreso, la organización juvenil comunista estableció oficialmente que el objetivo de la organización era «la conquista de los jóvenes socialistas y anarquistas y el rompimiento de sus organizaciones». Aunque el año 1934 sería cuando la UJCE comenzara a salir de su aislamiento político, no había cambiado sus formas de trabajo: Tagueña recuerda que, tras incorporarse a las milicias socialistas en los primeros meses de 1934, se le ordenó abandonarlas haciendo una crítica pública a las juventudes socialistas y, al negarse a esto último, quedó al margen de la organización juvenil[29].

El Buró Político de la UJCE aprobó un programa de reivindicaciones juveniles, recogiendo todas las planteadas anteriormente, aunque, cuando ya se veía la radicalización de las juventudes socialistas, se decía que todos los jóvenes «quieren la revolución», y se definía un programa «máximo» a realizar por un «gobierno obrero y campesino» y un programa «mínimo» de reivindicaciones inmediatas. No hay demasiadas novedades con respecto al de 1927, aunque en el programa «del gobierno obrero» se le daba una mayor importancia a la educación y al deporte, incluyendo la defensa de la «enseñanza en el idioma nacional en Catalunya, Vizcaya y Galicia» –lo que era un planteamiento completamente distinto al de la FJS– y la «protección y desarrollo del deporte obrero y de la cultura física». Las organizaciones obreras buscaron extender el deporte frente al carácter elitista que tenía en muchos casos y con el objetivo declarado de alejar a los jóvenes de las influencias culturales burguesas en su tiempo libre. Ya en 1920 se había creado la Asociación Internacional para el Deporte y la Cultura Física que, en 1927, pasó a llamarse Internacional Deportiva Obrera Socialista. La Internacional Comunista creó la Internacional Deportiva Roja en 1921. En 1928 cada una de ellas agrupaba a unos dos millones de miembros, lo que convertía al movimiento deportivo en el mayor

movimiento cultural de la clase obrera, aunque en España su desarrollo fue más tardío y, en un primer momento, de carácter local, tanto entre las juventudes socialistas como entre las comunistas, aunque estas, ya en 1933, crearon la FCDO (Federación Cultural Deportiva Obrera)[30].

Entre las reivindicaciones inmediatas destacaban algunos temas nuevos, probablemente respuesta al desarrollo de la legislación republicana en tres aspectos importantes: el derecho de voto de la mujer, los estatutos de autonomía y la ley de reforma agraria. Así, se pedía un seguro de maternidad con el salario íntegro pagado por los patronos y el Estado, una baja por maternidad seis semanas antes y después del parto o el derecho al aborto y la liberación de «las jóvenes trabajadoras encarceladas por tal motivo». Se reclamaba el «derecho a la autodeterminación hasta la separación total, del Estado imperialista de España, de los pueblos oprimidos, como Catalunya, Vasconia y Galicia», la «retirada de las tropas de Marruecos y las demás colonias», y que los jóvenes participaran activamente «en el apoderamiento inmediato de las tierras de los grandes terratenientes y de la Iglesia». Se continuaba tratando un tema que era tradicional en todas las organizaciones juveniles obreras desde su surgimiento: el servicio militar. Así, se reivindicaba el «derecho a cumplir el servicio militar en su respectiva región o punto de residencia», la «abolición del saludo obligatorio» y la «supresión de las maniobras y marchas nocturnas». Se mantenía también la reivindicación de los derechos sindicales y políticos de los más jóvenes, lo que ahora llevaba a definir como «fascista» la Ley de Asociaciones de 1932, que establecía que solamente podían ingresar en las «asociaciones profesionales obreras» los trabajadores mayores de 16 años, que los menores de 18 años solo tenían voz, pero no voto, en las juntas generales de sus sindicatos, y que, para ser miembro de las juntas directivas de las sociedades obreras, se debía ser mayor de 21 años[31].

FRENTE AL ENEMIGO COMÚN, ¿UNIDAD DE ACCIÓN?

La crisis de 1929 golpeó especialmente a los jóvenes, no solo porque fueron uno de los sectores más afectados por el desempleo sino también porque las respuestas a dicha crisis les afectaron directamente ya que, por ejemplo, muchas familias tuvieron que retirar a sus hijos de los centros de enseñanza y los

gobiernos recortaron sus presupuestos para educación y/o becas. Por otra parte, la subida de Hitler al poder en enero de 1933 supuso el fracaso de uno de los modelos por excelencia de la socialdemocracia europea, el Partido Socialdemócrata Alemán (Sozialdemocratische Partei Deutschlands, SPD), pero también del gran partido comunista de Europa Occidental, el Partido Comunista Alemán (KPD, Kommunistische Partei Deutschlands). Igual de importante fue la derrota de la socialdemocracia austríaca, el otro gran referente socialista de Europa Occidental en el periodo de entreguerras, en su tardía insurrección frente al autoritarismo de Engelbert Dollfuss en febrero de 1934, que se produjo casi a la vez que la movilización popular en Francia contra las ligas de derechas.

Estos procesos aumentaron la influencia de la izquierda socialista en casi todos los países europeos, especialmente entre los jóvenes, y aquella empezó a plantearse la necesidad de cambiar las formas de organización, tácticas y estrategias de las organizaciones obreras. En este contexto, la influencia de la Unión Soviética creció enormemente en dichas organizaciones: la URSS parecía ser libre de la crisis económica que azotaba a los países europeos y se consideraba que era la única que podía frenar al fascismo, a pesar de ser los años treinta el momento del inicio de las purgas estalinistas.

Las organizaciones comunistas parecieron ver muy claro también el papel otorgado por los movimientos fascistas a los jóvenes y la importancia de los segundos en la fuerza adquirida por los primeros: «En los países donde reina la dictadura fascista, y en primer lugar en Alemania, (…) han conseguido ganar para su causa y su obra contrarrevolucionaria masas imponentes de jóvenes» diría Raymond Guyot, dirigente de la Juventud Comunista Francesa, en el VII Congreso de la IC[32].

Como había reconocido la Internacional Juvenil Socialista, la política de frente único desde abajo propuesta por la IC tuvo escaso eco entre las organizaciones socialistas, pero el «viraje» iniciado en 1934 por los comunistas, con la aceptación de la creación de frentes únicos desde arriba, favoreció el desarrollo de acuerdos de unidad de acción entre las organizaciones juveniles socialistas y comunistas –en Francia, Letonia, Lituania, Bélgica, Italia y Austria– sin informar a la internacional[33].

El giro en las relaciones entre las juventudes socialistas y comunistas francesas se produjo entre 1933 y 1934, cuando se desarrolló en las primeras una corriente que exigía la rápida unificación de las fuerzas de la izquierda obrera y,

principalmente, de los jóvenes, para combatir las ligas fascistas, mientras que, desde 1934, la juventud comunista propuso crear una «federación única antifascista y revolucionaria de la juventud» para luchar contra la guerra y el fascismo, aunque esta propuesta fue criticada a finales de dicho año por la IJC como reflejo de «tendencias oportunistas de derecha». Sin embargo, hubo numerosos acuerdos unitarios entre la juventud socialista y la comunista: ya el 20 de mayo de 1934, 25 secciones de la juventud socialista de la región parisina enviaron representantes al Congreso Nacional de la Juventud contra la Guerra y el Fascismo, organizado por las comunistas. Este proceso se vio favorecido por la firma del pacto de unidad de acción entre el Partido Comunista Francés (PCF) y la SFIO (Section française de l'Internationale ouvrière, el partido socialista) el 27 de julio de 1934. El 16 de noviembre, las federaciones de la región parisina de ambas organizaciones juveniles concluyeron un acuerdo de unidad de acción. El 22 de marzo de 1935, Raymond Guyot y René Dumon, en nombre de las direcciones nacionales de la juventud comunista y la socialista, firmaron un acuerdo de nueve puntos que llamaba a la juventud a luchar contra la guerra y a apoyar a la URSS y a los refugiados de los regímenes fascistas, y que estableció un comité nacional de coordinación. Ya el 14 de julio del mismo año se creó el Comité du Rassemblement Populaire de la Jeunesse, que reunía una decena de organizaciones, entre ellas, las juventudes comunistas y socialistas, las Juventudes Laicas y Republicanas y las Juventudes Radical Socialistas[34].

En una nueva reunión de la ejecutiva internacional juvenil socialista, en agosto de 1934, italianos y belgas defendieron iniciar negociaciones con la Internacional Juvenil Comunista. En lo que parece una solución de compromiso se rechazó cualquier contacto directo entre ambas internacionales, pero se autorizó a cada federación nacional a actuar «según sus necesidades». En el congreso que la IJS celebró en agosto de 1935, la delegación francesa propuso introducir la dictadura del proletariado como la más inmediata tarea de las organizaciones socialistas, mientras que, junto con la delegación belga, presionó para una mayor cooperación con los comunistas, ante lo que no hubo acuerdo, dado el rechazo de algunas organizaciones, encabezadas por la danesa, a dicha colaboración. La resolución adoptada reconocía la necesidad de la unidad obrera en la lucha contra el fascismo y contra la amenaza de guerra y decía que «el congreso toma nota de que las organizaciones de la juventud socialista de algunos países han llevado a cabo negociaciones con las organizaciones comunistas», insistiendo en que la ejecutiva de la Internacional Juvenil debía ser informada y se recordaba que la iniciativa política correspondía a la Internacional Obrera Socialista (IOS)[35].

Este congreso de la IJS se produjo casi al mismo tiempo que las organizaciones comunistas cambiaban oficialmente su política por la de Frente Popular en el VII Congreso de la Internacional Comunista (25 de julio a 21 de agosto de 1935); y poco antes del VI Congreso de la Internacional Juvenil Comunista (finales de septiembre y principios de octubre de 1935), que aplicó y adaptó dicha política a las relaciones entre las organizaciones juveniles. La política de Frente Popular, independientemente de que también tuviera otros objetivos como la defensa de la URSS o la potenciación de su política exterior –que comenzó a buscar una acción común con las democracias occidentales para frenar al fascismo en lo que se llamó política de seguridad colectiva–, y de que su defensa de la democracia fuera bastante instrumental, permitía un ámbito de encuentro con otras fuerzas políticas para establecer una estrategia antifascista amplia y mantener los derechos democráticos, conformados conscientemente de forma moderada: aunque no se renunciaba al objetivo último de dictadura del proletariado, este era «pospuesto en el futuro previsible» y en países como Francia, Gran Bretaña o Estados Unidos «hizo aparecer a los comunistas como los más sinceros oponentes del fascismo». Esta política, además, contrastaba con la parálisis de la IOS, que, desde su conferencia de París, en agosto de 1933, en que se rechazó una propuesta de la izquierda socialista de iniciar negociaciones con la IC, no volvió a elaborar ninguna estrategia común[36].

La estrategia de Frente Popular podía verse, además, como cimiento de la necesaria unidad de la izquierda ante el enemigo común y como una forma de recuperar la unidad perdida por el movimiento obrero en los años veinte, y tuvo un gran atractivo para los jóvenes socialistas europeos que, quizá precisamente por no haber participado en los enfrentamientos producidos por entonces, estuvieron más predispuestos a la realización de acciones unitarias que los adultos, como se refleja en los recuerdos de dirigentes juveniles que pasarían por las organizaciones comunistas durante un breve periodo, precisamente en los años treinta[37].

Hablando en términos generales, se puede decir que las posiciones unitarias estuvieron más extendidas entre los jóvenes socialistas de países con democracias no consolidadas y/o aquellos en que la experiencia socialista en el gobierno no había dado los resultados que se esperaban y en los que estaban sufriendo dictaduras de derechas, mientras que, ya desde 1934, los acuerdos con las juventudes comunistas fueron rechazados especialmente por las organizaciones juveniles de los países escandinavos, en los que la democracia no estaba amenazada.

Se ha destacado que los miembros del SPD que permanecieron activos tras el ascenso de los nazis al poder eran principalmente jóvenes y que eran grandes defensores de la unidad de acción con el partido comunista. Fueron también los cuadros comunistas más jóvenes los más activos en defender y promover la política frentepopulista. Aunque la Liga Juvenil Comunista (Kommunistischer Jugendverband Deutschlands, KJVD) hizo a finales de 1935 un llamamiento a la Sozialistische Arbeiter-Jugend (SAJ, Juventud Socialista Obrera) para trabajar juntos y formar una única organización juvenil, no se llegó a firmar ningún acuerdo entre las direcciones, aunque la KJVD tuvo éxito en establecer contactos y realizar acuerdos locales no solo con jóvenes socialistas, sino también con nacionalistas y católicos, a pesar de los más que graves conflictos habidos anteriormente entre ambas organizaciones y de las resistencias no solo de la dirección de las organizaciones socialistas en el exilio sino también de la del KPD[38].

Las Jóvenes Guardias Socialistas (JGS) belgas iniciaron a partir de 1934 un acercamiento a las minoritarias juventudes comunistas. El 11 de agosto de 1934 se firmó un acuerdo de frente único entre las juventudes socialistas, las comunistas oficiales y las trotskistas por la solidaridad internacional, contra la represión y la militarización y por demandas específicamente juveniles. Los jóvenes trotskistas se integraron en las JGS, aunque pronto fueron expulsados, lo que favoreció la unificación de socialistas y comunistas oficiales en diciembre de 1936, con el nombre de Jóvenes Guardias Socialistas Unificadas[39].

Críticos de la actitud cautelosa del Partido Laborista británico durante sus cortos periodos de gobierno, después de su derrota electoral en 1935, en la Labour League of Youth surgió un grupo aglutinado en torno al periódico Advance!, dirigido por Ted Willis, que apoyaba entusiásticamente la idea de un frente popular contra el fascismo con comunistas y otros sectores políticos y sociales. El grupo demostró tener un amplio apoyo en la LLY y, en 1936, logró la mayoría de los cargos elegibles por los jóvenes y no nombrados por el partido en el comité nacional asesor. En una reunión en julio de 1936, este comité aceptó una oferta para unirse con la Young Communist League. La continua labor en común con los comunistas, organizando mítines, marchas y concentraciones antifascistas, hizo que el Partido Laborista eliminara varias veces las estructuras nacionales de la liga, lo que llevó a Willis, en julio de 1939, a ingresar en la YCL, llamando a los militantes a hacer lo mismo. Muchos dirigentes y miembros de base lo hicieron y la organización juvenil laborista, seriamente dañada, se desintegró con el inicio de la guerra mundial[40].

También las juventudes socialistas y comunistas de Italia, Austria y Letonia llegaron a acuerdos de unidad de acción sin informar las primeras a su organización internacional. Como escribió Willis, por encima de todo estaba presente la amenaza del fascismo y fueron conscientes de que «tenían demasiado en común y demasiado que jugarse para permanecer divididos»[41]. Y los jóvenes comunistas y socialistas fueron parte muy activa de los grupos de jóvenes uniformados y armados que marcharon por las calles de las principales ciudades europeas, de las organizaciones paramilitares de sus respectivos partidos y/o de los enfrentamientos callejeros violentos con grupos fascistas o considerados fascistas, ya fueran los nazis, las ligas francesas de derechas o la British Union of Fascists (Unión Británica de Fascistas, BUF). Un antiguo miembro de la Young Communist League declararía posteriormente que «en cualquier lugar que estuvieran los fascistas, nuestro grupo de la YCL estaba allí también. Yo fui expulsado del Albert Hall, participé en las "manis" anti-Mosley [principal dirigente de la BUF] junto al Olympia y en Hyde Park, y estuve en Cable Street ayudando a levantar barricadas». El carácter militar de la extensión del uso del uniforme, incluso aunque no se formaran milicias, y la naturaleza fundamentalmente masculina de muchos deportes favorecían valores como la dureza, la disciplina y la camaradería, pero también lo que se podría denominar dominación masculina. Las jóvenes ocuparon, así, un lugar subordinado en las organizaciones juveniles obreras[42].

El Pacto de Múnich, que sacrificó Checoslovaquia y la Segunda República Española, dividió profundamente a la IJS, que fue incapaz de aprobar una resolución de condena, y fueron principalmente las organizaciones juveniles que ya estaban en la clandestinidad las que defendieron resistir el expansionismo nazi por un acuerdo entre los estados democráticos de Europa, la URSS y Estados Unidos, política a la que se opusieron especialmente los jóvenes franceses, que lograron que el más que suave y ambiguo comunicado presentado por su representante, fuera el que aprobase la ejecutiva de la internacional en la reunión que celebró en diciembre de 1938. En Francia, aunque en el freno al proceso unitario influyeron factores internos de ambas organizaciones, el papel de la situación internacional fue fundamental, especialmente la postura de no intervención de Leon Blum en la Guerra Civil española y la firma del Pacto de Múnich, justificadas por la Juventud Socialista[43].

LAS JSU ¿ORGANIZACIÓN FRENTEPOPULISTA?

En España fueron también los enfrentamientos violentos con miembros de otras organizaciones los que iniciaron el acercamiento entre la FJS y la UJCE. A esto se sumó la acción en muchos casos conjunta durante la insurrección de octubre de 1934 y en la actividad clandestina posterior. Aunque las bases de unificación que darían lugar a la Juventud Socialista Unificada (JSU) se firmaron en marzo de 1936, estas no suponían el final del proceso de unidad, sino su comienzo. La Comisión Nacional de Unificación establecida entonces debía organizar un congreso nacional –que no llegó a celebrarse debido al comienzo de la Guerra Civil– mientras comisiones de unificación locales, provinciales y regionales organizarían previamente congresos de fusión en sus diferentes ámbitos. Pocos de estos últimos se celebraron antes del golpe de estado del 17-18 de julio de 1936 y en ellos ya surgieron conflictos, especialmente en cuanto al carácter y a la política de alianzas de la nueva organización, en los que parece que, a cambio de una defensa a ultranza de la izquierda del PSOE, a la que entonces apoyaban, los jóvenes socialistas aceptaron la organización de nuevo tipo propuesta en el VI Congreso de la IJC, en la que se buscaba expresamente la participación de jóvenes sin militancia unidos principalmente por su antifascismo, y los jóvenes comunistas no insistieron en la defensa del Frente Popular. Sin embargo, todavía en octubre de 1936 se seguía hablando de grupos y células como «organizaciones de base» de la juventud unificada[44].

Se puede decir que hasta la Conferencia Nacional de la Juventud que se celebró en Valencia los días 15, 16 y 17 de enero de 1937, la JSU no se convirtió oficialmente en una verdadera organización frentepopulista, con la defensa de una república democrática con contenido social, rechazando explícitamente en sus publicaciones establecer una república socialista, y la asunción definitiva de los principios organizativos del VI Congreso de la IJC. Según recuerda Cecilio Arregui, fue después de dicha conferencia cuando la JSU se convirtió en «una autentica organización juvenil de masas. Se liquidaban las viejas formas sectarias de trabajo, que limitan nuestra acción a trabajar entre jóvenes socialistas y comunistas, (…) excluyendo a la masa de juventud (…) Nos costó, a unos más, a otros menos, adaptarnos al nuevo estilo político y organizativo de la nueva línea de JSU»[45]. Esta nueva política, además, tuvo una gran influencia en el enfrentamiento entre la dirección de la JSU y lo que se presentó como vieja guardia de la juventud socialista, en su mayoría perteneciente a la izquierda socialista, que, tras la Conferencia de Valencia y, especialmente, tras la crisis de gobierno de mayo de 1937, acusó a la ejecutiva juvenil de acabar con el

«espíritu marxista» y el carácter obrero de la organización y que se rebeló desde muy pronto contra dicha política.

Al adoptar este nuevo carácter, las organizaciones de base de la Juventud Socialista Unificada pasaran a ser, oficialmente, las casas de la juventud y los clubs de educación del soldado. Pero no parece que esta nueva forma de organización se lograra completar, como refleja una carta de la ejecutiva de la JSU a la Federación Regional de Aragón, posterior a agosto de 1937 y que se reenvió a todas las federaciones provinciales porque exponía «problemas que no solo existen en Aragón»: «Los grupos de la JSU generalmente no se reúnen, no tienen local para recibir a los muchachos», trabajando «estrecha y sectariamente». Un informe sobre las Juventuts Socialistes Unificades de Catalunya (JSUC) de Barcelona, por su parte, indicaba que los casals de la juventut no estaban en contacto con los jóvenes y tenían un programa alejado de estos[46].

Por su parte, la supuesta «organización amplia» de la JSU en el Ejército Republicano a través de los clubes del soldado, que creó una gran polémica por su carácter proselitista –y por ser contraria al marxismo, según la oposición interna de la organización– ni se defendió desde el comienzo de la guerra ni caló en las organizaciones regionales, provinciales y locales con facilidad. Por lo menos hasta diciembre de 1936 lo que se propuso fue que los afiliados de la JSU se organizasen en el ejército en «células de compañía», y, en los casos necesarios, «crear comités coordinadores de las células». Tampoco se hicieran referencias a los clubes del soldado en la Conferencia de Valencia. El cambio organizativo no se produjo hasta el pleno nacional de la organización de septiembre de 1937: en palabras de Santiago Carrillo, «ninguna célula, ningún grupo, ningún comité de la JSU debe funcionar dentro del Ejército Popular regular». Sin embargo, el debate en la Comisión Nacional de Educación del Soldado (CNES) de la organización juvenil, el 17 de febrero de 1938, mostró que, en general, esta nueva forma de organización amplia ni se había comprendido ni se había aplicado. En el Ejército de Centro había «un gran número de jóvenes descontentos, por creer que la nueva organización de nuestra Federación tendía a evitar toda discusión política», en el de Levante todavía no se habían constituido clubes, al igual que en Extremadura, y en Andalucía se seguía funcionando como antes[47].

La nueva organización amplia se intentó trasladar también a niños y mujeres jóvenes a través de la organización de Pioneros y de la Unión de Muchachas –la

Aliança Nacional de la Dona Jove en Cataluña–, pero también se encontraron con dificultades. En el último trimestre de 1938, la JSU transformó la Federación de Pioneros en Cometas, tras criticar el «sectarismo» de la anterior federación, que había «trabajado como un partido en pequeño», lo que había supuesto un «escaso desarrollo»[48].

Se defendió claramente el mantenimiento de la mujer en la retaguardia, en un primer momento especialmente en labores tradicionalmente femeninas: cuidado de los niños y heridos, elaboración de ropa para el frente… El alargamiento del conflicto bélico llevó a aumentar los llamamientos a la incorporación de la mujer a la producción, mientras que la continua marcha de hombres jóvenes al frente –una circular de la JSU de Asturias, por ejemplo, cifraba en un 70 por 100 el porcentaje de sus militantes en los frentes– llevaría a que en los organismos locales y regionales cada vez más cargos fueran ocupados por mujeres, como destacaron años más tarde Lourdes Jiménez, que fue responsable de las JSUC de Barcelona, y Felipe Muñoz Arconada, que lo había sido de la de Madrid. Unión de Muchachas jugó un papel importante en la movilización de las jóvenes sin partido y católicas en la retaguardia, como queda ejemplificado en la evolución y la militancia de las Trece Rosas, fusiladas en Madrid por los franquistas y de las cuales, 10 eran militantes de la JSU y tenían entre 18 y 19 años cuando se afiliaron a la organización juvenil[49].

A pesar de estas limitaciones y, posiblemente, por este nuevo carácter de la organización, la JSU jugó un más que importante papel en la movilización republicana en todos los frentes, en primer lugar, en el militar, aunque el número de muertos, heridos y desaparecidos entre las filas juveniles –muchas veces, además, «nuevos» militantes– es imposible de establecer. Muchos dirigentes juveniles provinciales y locales cayeron en la represión que siguió a la sublevación en las zonas dominadas por los rebeldes en las primeras semanas de la guerra. Del comité provincial de Zaragoza de la JSU murieron cuatro de sus seis miembros: Julián Campillo y José María Tamames (exmiembros de la UJCE) y José Antonio Baras (procedente de la FJS) fueron fusilados en Zaragoza; mientras que Francisco Félix, exmilitante de las Juventudes Socialistas, se suicidó en el cuartel zaragozano en que estaba haciendo el servicio militar. Junto a Andrés Martín, que había sido miembro del Comité Central de la UJCE y era secretario general de la Federación Cultural Deportiva Obrera, fusilado en Cáceres cuando, mandando el batallón Pasionaria de la JSU, fue hecho prisionero por la Sexta Brigada del Tercio. Fueron fusilados también, según Tagüeña, «todo un grupo de milicianos» que habían caído prisioneros con

él. El congreso de unificación asturiano empezó sus sesiones recordando a quienes «faltaban» de la comisión provincial de unificación «debido al movimiento fascista»: José María Castro, Bonifacio Fernández, Juan Alonso Cima y Alipio Marilla; desde la organización unificada de Santander se recordó a Rogelio Blanco, que había caído en octubre de 1936, Juan Pastrana, que había sido hecho prisionero por los franquistas –y posteriormente había sido asesinado–, Santiago Monzón, Fidel Santamaría, Ramiro Diestro, José Salmón o Francisco Sevares, casi todos muertos luchando en Asturias. Desde León se citó a Fernando Blanco, que había sido director del periódico de la JSU leonés. En junio de 1937 se anunció la muerte en el frente de un miembro del Comité Nacional de la JSU de Euskadi: Juan Ibáñez. Ese mismo año murió Antoni Lago, aviador y miembro del Comité Nacional de las JSUC. En Brunete murió Luis Ciria, del que se dijo que era «militante de la Juventud» desde 1931[50].

La JSU planteó que «el núcleo fundamental del pueblo en armas lo forman los jóvenes de todas las ideologías antifascistas». Desde las juventudes libertarias se dijo que «los oficiales, jefes y comisarios de nuestro Ejército Popular son jóvenes en su mayoría»; mientras que Tagüeña escribiría posteriormente que, al organizarse dicho ejército, «el 50 por 100 de la oficialidad eran jóvenes de poco más de 20 años». Ramón Lamoneda, secretario general del PSOE, declaró que la juventud era «la masa más importante de combatientes». Como escribió Helen Graham, analizando los informes de la Comandancia de Milicias, «el reclutamiento, lejos de derivar del «pueblo en armas» como un todo o del proletariado organizado, provenía principalmente de sectores de hombres jóvenes, no cualificados y previamente no movilizados»[51].

Los jóvenes ocuparon unos cargos probablemente demasiado importantes para su edad y, sin duda, impensables unos años antes también en la retaguardia. Dejando aparte la muy conocida presencia de dirigentes de la JSU en la Junta de Defensa de Madrid y aunque las situaciones locales y provinciales fueron variadas, parece que la organización juvenil unificada tuvo representación en todos los consejos municipales de los pueblos en que contaba con secciones. Este fue el caso de Asturias o de Almería, por ejemplo[52].

Pagaron también un alto precio por su compromiso, en forma de represión y/o exilio. Tras la caída de Barcelona salieron hacia Francia unos 50.000 militantes de la JSU, a la mayoría de los cuales las autoridades galas ya no dejaron volver a la península. Solo el Tribunal de Responsabilidades Políticas de Almería condenó a 13 miembros de la JSU por «rebelión militar», a 84 por «adhesión a la

rebelión» y a 33 por «auxilio a la rebelión», aprobando 16 condenas a muerte –y otras 9 que fueron conmutadas–, 64 cadenas perpetuas, 6 penas de 20 años y un día y 35, de 20 años. Se puede recordar también, por poner un último ejemplo, el caso de Francisco Expósito Prieto, que había nacido en Andújar (Jaén) en enero de 1920 y había ingresado oficialmente en la UJCE el 1 de agosto de 1934. Fue vicepresidente local de la JSU de Andújar y miembro de la 157 Brigada de la 57 División del XIV Cuerpo del Ejército. Detenido al final de la Guerra Civil, fue condenado a muerte el 5 de octubre de 1939. Conmutada la pena a 20 años de prisión, se escapó en enero de 1945 y se incorporó a una guerrilla. En 1948, junto a otros tres guerrilleros, partió a pie desde Aldeaquemada (Jaén) hasta Francia, a donde llegaron cuarenta días después[53].

A pesar de las limitaciones del carácter frentepopulista de la JSU y de sus problemas, como la total identificación de sus dirigentes con el PCE y las divisiones internas que esto provocó, la extrema dureza, en consonancia con la política estalinista, de sus ataques a la Juventud Comunista Ibérica del Partido Obrero de Unificación Marxista o el culto a la personalidad desarrollado en torno a Carrillo, no se puede negar que jugó un papel fundamental en la lucha republicana durante la Guerra Civil. Probablemente, además, fue la mayor representación en Europa de la política establecida en el VI Congreso de la IJC, además de la organización juvenil obrera más grande de Europa Occidental y de la Internacional Juvenil Socialista, en la que había pedido el ingreso –aceptado con la autorización de la Comisión Ejecutiva del PSOE–, en abril de 1937, con el objetivo declarado de lograr una internacional juvenil única, «como única arma eficaz en la lucha contra el fascismo»[54]. En último término, aunque hay elementos propios y distintivos de cada país que explicarían las diferencias nacionales y que solo se llegara a la unificación de las organizaciones juveniles en España, Bélgica y el Reino Unido, el proceso de acercamiento entre los jóvenes comunistas y socialistas tuvo un carácter transnacional y unos factores comunes.

EPÍLOGO

El último congreso que la Internacional Juvenil Socialista celebró antes de la Segunda Guerra Mundial, en Lille (Francia), entre el 30 de julio y el 2 de agosto

de 1939, supuso la total ruptura con toda forma de acercamiento a los comunistas por parte de la IJS, al expulsar a las organizaciones unificadas: la JSU, la Joven Guardia Socialista Unificada y la Federación Internacional de Estudiantes Socialistas que había formado, junto al Secretariado Internacional de Estudiantes Comunistas, la Alianza Internacional de los Estudiantes por el Socialismo[55].

El pacto entre Hitler y Stalin de 23 de agosto de 1939 acabó con toda posibilidad de acuerdo: en Alemania, los impulsos que quedaban para la unidad «fueron enterrados en la gran explosión de anticomunismo» que siguió a la firma de dicho pacto; en Italia, el acuerdo de unidad de acción, que había logrado sobrevivir al Pacto de Múnich –rechazado por los socialistas–, no superó el pacto germano-soviético; en Gran Bretaña, la integración de los jóvenes laboristas en la juventud comunista no superaría los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial, que, a su vez, supuso el declive definitivo del partido comunista británico y la reconstrucción del laborismo[56].

Desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y hasta la entrada de la URSS en el conflicto bélico, la mayoría de los comunistas, jóvenes y adultos, definieron el conflicto bélico como «guerra imperialista» y se opusieron a él. Y aunque quizá el caso más destacado sea el francés, se puede recordar también la posición de la Juventud Socialista Unificada, que, desde su exilio en México, llamó a luchar contra la «guerra imperialista», recordando que «los gobernantes anglofranceses han sujetado vilmente al pueblo español para que fuese mejor apuñalado». Y, si bien es cierto que el papel de la Unión Soviética en el mantenimiento de esta posición fue importante, no hay que olvidar que los archivos soviéticos parecen mostrar que, en muchos casos, la represión de Stalin se centró en aquellos que priorizaron el internacionalismo frente a la raison d’état, y dejan claro también que muchos comunistas estaban dispuestos a aceptar «las oportunidades revolucionarias que la guerra ofrecía» o tenían reservas propias para apoyar el conflicto bélico, bien por experiencias recientes –como indica la JSU–, o por razones que se retrotraían en el tiempo: «Después de todo ¿no era esto [la guerra] lo que Lenin había condenado en 1914?». Y es que el recuerdo de la Primera Guerra Mundial estaba presente no solo entre los comunistas sino también entre los socialistas, como se refleja en el hecho de que las juventudes socialistas de algunos de los países que se mantuvieron neutrales al iniciarse la Segunda Guerra Mundial también defendieron la idea de que era una guerra imperialista[57].

Como ha escrito Geoff Eley, la consecuencia más desastrosa de la escisión del movimiento obrero en los años veinte fue que impidió dar una respuesta unida al auge del fascismo, aunque, entre 1943 y 1945, «en toda Europa los comunistas, los socialistas, los radicales de muchas tendencias, los liberales y los cristianos se mostraron dispuestos a enterrar sus enemistades en la causa superior» de luchar contra el fascismo. En la resistencia al nazi-fascismo jugaron un papel muy importante los jóvenes: «El recurso a los jóvenes fue la última carta jugada por todos los regímenes en el encuentro entre fascismo y antifascismo». Hay que agregar, además, que en el campo antifascista los comunistas estaban más preparados para la resistencia por haber luchado ya en nuestra guerra, como los jóvenes españoles exiliados pero también los jóvenes miembros de las Brigadas Internacionales, y /o porque estaban más habituados al trabajo clandestino, especialmente sus jóvenes, como muestra el caso del héroe de la resistencia francesa Pierre Georges (el colonel Fabien), militante de la juventud comunista del país vecino que había nacido precisamente el año en que se había creado la Internacional Juvenil Comunista[58].

Y desde el surgimiento del movimiento comunista se planteó la relación entre edad y militancia, tanto entre protagonistas como entre historiadores: durante la misma Gran Guerra, Willi Münzenberg consideraba la lucha en la socialdemocracia como un conflicto de generaciones en la que los jóvenes seguidores de las tesis de Lenin eran los únicos verdaderamente socialistas, a los que los mayores debían seguir si no querían ser barridos. Ya en 1939 Franz Borkenau relacionó la radicalización del pequeño USPD alemán (Unabhängige Socialdemokratische Partei Deutschlands, Partido Socialdemócrata Independendiente de Alemania) –formado en 1917 de una escisión de izquierdas del SPD y que sería posteriormente uno de los grupos que formara el KPD– con la afluencia de jóvenes a aquel tras la revolución alemana de 1918. En 1954, otro estudio concluyó que un alto porcentaje de los dirigentes de los partidos comunistas de Italia y Francia se habían incorporado a movimientos de protesta o a los mismos partidos comunistas muy jóvenes: en torno a un 50 por 100 lo habían hecho siendo menores de 18 años[59].

Como ya se había destacado en 1953, diferentes estudios han mostrado que los miembros del SPD tendían a ser mayores que los del KPD, que tenían una media de edad de 30 años en 1933. Se ha llegado a decir que este último «emergió como un partido que representaba a la joven clase obrera desempleada en los principales centros urbanos e industriales de Alemania». Por poner un ejemplo, casi el 60 por 100 de quienes se sumaron al KPD en Berlín entre 1929 y 1933

eran menores de 30 años. Fue clara, además. la pérdida de afiliados de la organización juvenil socialista alemana, la SAJ, durante la República de Weimar[60].

Según se desprende de los estudios más recientes, los comunistas británicos eran principalmente hombres y en su mayoría jóvenes. Se destaca la relativa juventud de sus dirigentes cuando alcanzaron posiciones de liderazgo y que la mayoría de los delegados a sus congresos tenía menos de 30 años. Pero la gran diferencia en el número de miembros entre el Partido Laborista y el Partido Comunista de Gran Bretaña hace difícil confirmar la dicotomía entre comunistas jóvenes y socialistas de mediana edad que se plantea sobre Alemania. Incluso se ha planteado que en el PCE primaban los dirigentes jóvenes sobre los «maduros», con una media de edad de 29 años en 1932[61].

Como recordaba Ernst Toller en 1938, la juventud regresó de la Primera Guerra Mundial con desesperación: «Ninguno de sus grandes y audaces sueños se habían realizado. La juventud de Europa sufrió el derrumbamiento de las viejas normas. Vivía, pero no sabía por qué. Quería trabajar, pero las puertas de las fábricas estaban cerradas. Añoraba la realización de sus sueños, y era consolada con tópicos»[62].

---

[1] Este trabajo ha sido posible gracias al proyecto HAR2015-65115-P, La violencia política de 1936 y el 18 de julio como punto de ruptura. Un análisis micro y a la participación en GVPrometeo 2020/050.

[2] Ernst Fischer, Recuerdos y reflexiones (prólogo de Fernando Claudín), Madrid, Siglo XXI de España, 1976, p. 233. Político, escritor y periodista, Fischer, que había nacido en 1899, fue miembro del Partido Socialdemócrata Obrero Austríaco (Socialdemokratische Arbeiterpartei Österreichs, SDAP), pero en 1934 se incorporó al Partido Comunista Austríaco (Kommunistische Partei Österreichs, KPÖ), en el que militó hasta 1969.

[3] Geoff Eley, Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000, Barcelona, Crítica, 2003, p. 133. Patrizia Dogliani, La «Scuola della reclute»: l’Internazionale giovanile socialista dalla fine dell’Ottocento alla prima guerra mondiale, Turín, Einaudi, 1983, pp. 265-313; Helmut Gruber, «Willi Munzenberg’s German Communist Propaganda Empire 1921-1933», The

Journal of Modern History 38/3 (septiembre 1966), pp. 278-297; véanse pp. 281-283; Radomir Luza, History of the International Socialist Youth Movement, Leyden, A. W. Sijthoff, 1970, pp. 24-42. Münzenberg había nacido en Erfurt, Alemania, pero era dirigente de la Juventud Socialista Suiza y llegó a ser miembro de la ejecutiva del Partido Socialdemócrata de Suiza. Fue deportado por este país a Alemania en noviembre de 1918.

[4] Babette Gross, Willi Münzenberg. Una biografía política, Vitoria, Bilbao, IKUSAGER, 2007 (original alemán de 1967), p. 13, y Programme of the Young Communist International, Londres, The Young Communist League of Great Britain, 1929, p. 9. El conflicto, en Richard Cornell, Youth and Communism: An Historical Analysis of International Communist Youth Movements, Nueva York, Walker, 1965, pp. 23-26, y Richard Cornell, Revolutionary Vanguard: The Early Years of the Communist Youth International 1914-1924, Toronto-Buffalo-Londres, University of Toronto Press, 1982, pp. 154-213, la cita en p. 166. Münzenberg dejaría su puesto en la IJC para dirigir, por encargo de Lenin, la primera organización de ayuda internacional comunista, The International Workers' Relief.

[5] Las características «psicológicas» de la juventud, en R. Cornell, Revolutionary Vanguard, p. 292; las citas, en Eve Rosenhaft, «Organising the "Lumpenproletariat": Cliques and Communists in Berlin during the Weimar Republic», en Richard J. Evans (ed.), The German Working Class 1888-1933: The Politics of Everyday Life, Londres, Croom Helm, 1982, pp. 174-219, p. 178.

[6] R. Luza, History of the International, p. 28. R. Cornell, Revolutionary Vanguard, pp. 32 y ss. y 97 y ss. The Young Communist International between the Fourth and the Fifth Congresses, 1924-1928, Londres, Communist Party of Great Britain, 1928, p. 144. Este muestra que había 17 organizaciones ilegales entre las secciones de la IJC. The results of two congresses: The Fifth Congress of the Communist International and the Fourth Congress of the Y.C.I., s.l (Suecia), Executive Committee of the Young Communist International, 1924, p. 3. B. Gross, Willi Münzenberg, pp. 151-152; H. Gruber, «Willi Munzenberg's», p. 283.

[7] Los estatutos de la IJC están reproducidos en The Young Communist International, las citas en p. 233. The draft programme of the Young Communist International, Londres, Publishing House of the Young Communist International, 1925, p. 54. Ver también Programme of the Young Communist International, pp.

10-11.

[8] R. Cornell, Youth and Communism, pp. 44-45, es el que habla de trotskistas. The Young Communist International, pp. 21-23 y 129, donde, frente a aquel, se habla de «desviación socialdemócrata» de los expulsados en 1926. Resolutions Adopted at the 4th Congress of the Young Communist International, s.l, s.e. (Comité Ejecutivo de la IJC), s.f., p. 79; Programme of the Young Communist International, pp. 79-80.

[9] The Young Communist International between, p. 129, y Eric Hobsbawm, Interesting Times. A Twentieth-Century Life, Londres, Abacus, 2003, p. 69 [ed. cast.: Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Barcelona, Crítica, 2003].

[10] The draft programme, pp. 46-47; Programme of the Young Communist International, p. 21.

[11] Programme of the Young Communist International, p. 10. La insistencia de 1926 en The Young Communist International between, p. 129, que en p. 203 reconocía que hasta junio de 1925 la Juventud Comunista Italiana no había aceptado el liderazgo de la IC y del Partido Comunista Italiano.

[12] R. Luza, History of the International, pp. 24-42; Heinrich Eppe, La fuerza de la solidaridad. Ochenta años de Internacional Socialista de Juventudes, Bonn, International Union of Socialist Youth, 1987, pp. 47-55. Sandra Souto Kustrín, «“El mundo ha llegado a ser consciente de su juventud como nunca antes”: Juventud y movilización política en la Europa de entreguerras», en Manuela Marín (ed.), «Jóvenes en la historia», Mélanges de la Casa de Velázquez 34/1 (2004), pp. 179-215.

[13] The Young Communist International between, pp. 143-145: en total, había 17 organizaciones ilegales y 25 legales, y, de las legales, solo 14, incluyendo Islandia, estaban en Europa, donde la organización comunista contaba con 25 organizaciones.

[14] El primer programa se elaboró ya en el IV Congreso, de 1924: véase The draft programme. Un programa más amplio fue adoptado por el V Congreso de la organización juvenil en 1928 (Programme of the Young Communist International, pp. 15 y ss.) No es cierto, por tanto, lo que dice R. Cornell, Youth and communism, p. 41, de que la organización no se preocupaba por los problemas de la juventud.

[15] Margaret McCarthy, Generation in Revolt, Londres, William Heineman Ltd., 1953, pp. 75 y 77-78. Françoise Tétard, «Jeunesse: sujet ou objet de politiques? La dimension politique de la jeunesse en France, de la première a la deuxième guerre mondiale», en Dieter Dowe, (Ed.), Jugendprotest und Generationenkonflikt in Europa im 20. Jahrhundert. Deutschland, England, Frankreich und Italien im Vergleich, Bonn, Verlag Neue Gesellschaft, 1986, pp. 179-188, véase p. 185.

[16] Aurelio Martín Nájera, «Tomás Meabe Bilbao: Fundador de las Juventudes Socialistas», en Enrique Moral (coord.), Tomás Meabe, Fundador de las Juventudes Socialistas (En el centenario de su fallecimiento, 1915-2015), Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2015, pp. 151-168, pp. 163-164. Luis Arranz, «Los "cien niños" y la formación del PCE», en Contribuciones a la historia del PCE, Madrid, FIM, 2004, pp. 95-173 (véanse p. 127 y nota en p. 128).

[17] L. Arranz, «Los "cien niños"», pp. 128 y 136; Luis Segura Peñas, Comunistas en tierra de olivos. Historia del PCE en la provincia de Jaén, 1921-1986, Jaén, UJA, 2018, p. 28.

[18] L. Segura Peñas, Comunistas, p. 28.

[19] L. Arranz, «Los "cien niños"», p. 138 y Amaro del Rosal, «Consideraciones y vivencias sobre la fundación del PCE y sus primeros años», en Contribuciones a la historia del PCE, pp. 73-93 (véase p. 80).

[20] L. Segura Peñas, Comunistas, p. 30.

[21] L. Arranz, «Los "cien niños"», p. 103 y cita en p. 121. En p. 137 recoge que la IJC reconoció al Partido Comunista Español como único representante de la juventud comunista española y le instó a crear rápidamente una organización juvenil (remite a El Comunista, 1/6/1920).

[22] Monografías, 26/1, Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Segis Álvarez, La Juventud Socialista Unificada de España. Sus orígenes, actividades, Moscú, 1962 (texto mecanografiado), p. 19. Vicente Uribe, Memorias de un ministro comunista de la República (edición, prólogo y notas de Almudena Doncel López y Fernando Hernández Sánchez), Sevilla, Renacimiento, 2019, p. 30, indica que en 1927-1928, el número de afiliados a la juventud comunista en Vizcaya era de menos de 100.

[23] Vicente Uribe, Memorias, p. 12. El artículo de Bullejos se cita en Manuel Tuñón de Lara, «De la dictadura de Primo de Rivera al Congreso de Sevilla», en Contribuciones a la historia del PCE, pp. 175-204 (véase p. 190).

[24] Monografías, 26/1, AHPCE; Segis Álvarez, La Juventud, pp. 25-26. Renovación, 20 de mayo de 1929, pp. 4-5.

[25] V. Uribe, Memorias, p. 84.

[26] Manuel Tagueña, Testimonio de dos guerras, México, Oasis, 1973, pp. 33-34, las citas en p. 34. Los datos en film VI (197), informe sobre la situación orgánica de la UJCE, AHPCE. Se pueden ver en Rafael Cruz, «La organización del PCE (1920-1934)», Estudios de Historia Social 31 (octubre-diciembre 1984), pp. 223-312 (véase p. 297).

[27] Plan de choque de la Unión de Juventudes Comunistas de España. ¡¡Por su realización antes del II Congreso!!, (Madrid), Juventud Roja, s.f., p. 11. En la misma página se definía la ideología de las anarcosindicalistas juventudes libertarias como «pequeño-burguesa».

[28] Esto no impedía las críticas de las juventudes comunistas a las juventudes republicanas, «sirvientes leales de las hordas fascistas» (¿Qué dará el gobierno obrero y campesino a la juventud trabajadora? Programa del Gobierno Obrero y Campesino para la juventud. Plataforma de reivindicaciones inmediatas, Madrid, Juventud Roja, 1934, p. 6). Circular reproducida en Federación de Juventudes Socialistas de España, Memoria del V Congreso, Madrid, Gráfica Socialista, 1934, pp. 83-84.

[29] El Joven Leninista, 4 de junio de 1934, cit. por Rafael Cruz, El Partido Comunista de España en la II República, Madrid, Alianza, 1987, p. 196. M. Tagüeña, Testimonio, pp. 44 y 48.

[30] ¿Qué dará el gobierno obrero?, pp. 8-10; David A. Steinberg, «The Workers' Sport Internationals, 1920-28», Journal of Contemporary History 13/2 (abril de 1978), pp. 233-251; Patrizia Dogliani, «Lo sport operaio tra le due guerre. L'Ufficio Internazionale del Lavoro e il tempo libero», Ludus. Sport & Loisir 1/1 (abril de 1992), pp. 51-61.

[31] ¿Qué dará el gobierno obrero?, pp. 10-13. Ley de 8 de abril de 1932, Asociaciones Profesionales Patronales y Obreras, en Antonio Martín Valverde y

otros, La legislación social en la Historia de España. De la revolución liberal a 1936, Madrid, Congreso de los Diputados, 1987, pp. 736-741 (véanse pp. 736 y 739).

[32] Raymond Guyot, «Le Front de la Jeune Generation», Intervención en el VII congreso de la IC, 9 de agosto de 1935, en La jeunesse et le communisme. Choix de textes marxistes présentés par Léo Figuères, París, Éditions Sociales, 1963 (2.a ed.), pp. 115-121 (véase p. 115). Véase también Michael Wolff, «Unamos las fuerzas de la nueva generación», Informe presentado al VI Congreso de la Internacional Juvenil Comunista, Bilbao, Editorial Joven Guardia, s.f., p. 13.

[33] R. Luza, History of the International, p. 46, nota 13. M. Wolf, «Unamos las fuerzas», p. 25, habla también de acuerdos entre las organizaciones juveniles comunistas y socialistas en Polonia, Suiza, Bulgaria y Rumania.

[34] F. Tétard, «Jeunesse: sujet», p. 186; Christian Delporte, «Les jeunesses socialistes dans l'entre-deux-guerres», Le mouvement social 157 (octubre-diciembre 1991), pp. 33-66, pp. 50-54; y Jacques Varin, Jeunes comme J. C. Sur la Jeunesse Communiste. Tome I, de 1920 à 1939, París, Éditions Sociales, 1975, pp. 193-196, la cita en p. 198.

[35] El comunicado, que se puede ver en L'Internationale de la jeunesse socialista. Son développement et son activité pendant les années de 1935 à 1938, París, Secrétariat de l'Internationale de la Jeunesse Socialiste, 1939, p. 51, más que una aceptación de las negociaciones de las organizaciones nacionales, de que habla R. Luza, History of the International, pp. 46-47, parece un reconocimiento de hechos consumados.

[36] Santos Juliá, «La Internacional Comunista: de la ofensiva revolucionaria al Frente Popular», en Mercedes Cabrera, Santos Juliá y Pablo Martín Aceña (comps.), Europa en crisis, 1919-1939, Madrid, Editorial Pablo glesias, 1991, pp. 287-317. Las citas en Tim Rees y Andrew Thorpe, «Introduction», en Idem, International Communism and the Communist International,1919-1943, Manchester y Nueva York, Manchester University Press, 1998, pp. 1-14 (véase p. 6). Gerd-Rainer Horn, European Socialists Respond to Fascism. Ideology, Activism and Contingency in the 1930's, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 35, 41 y 134.

[37] Véanse, por ejemplo, las memorias de Ted Willis, uno de los máximos

dirigentes de la juventud laborista británica que acabaría volviendo al laborismo y hasta siendo miembro de la Cámara de los Lores británica: Edward H. Willis, Whatever Happened to Tom Mix? The story of one of my lives, Londres, Cassell, 1970.

[38] Allan Merson, Communist Resistance in Nazi Germany, Londres, Lawrence and Wishart, 1985, pp. 28, 76, 82 y 161 y ss.; Gerd-Rainer Horn, «The Social Origins of Unity Sentiments in the German Socialist Underground, 1933 to 1936», en David E. Barclay y Eric D. Weitz (eds.), Between Reform and Revolution. German Socialism and Communism from 1840 to 1990, Nueva York-Oxford, Berghahn Books, 1998, pp. 341-355 (véanse pp. 342-343 y 349-350); R. Cornell, Youth and Communism, pp. 60-61.

[39] G.-H. Horn, European Socialists, p. 67; C. Delporte, «Les jeunesses socialistes», p. 65. Probablemente en la JGS influyeron las decisiones tomadas en 1935 por los socialistas belgas de votar en contra de la realización de una huelga general y de formar una coalición con los demócrata-cristianos (G. Eley, Un mundo que ganar, p. 242).

[40] Zig Layton-Henry, «Labour's Lost Youth», Journal of Contemporary History 11 2/3 (julio 1976), pp. 275-308 (véanse pp. 279 y ss.); John Springhall, «"Young England, Rise up, and Listen!": The Political Dimensions of Youth Protest and Generation Conflict in Britain, 1919-1939», en D. Dowe (ed.), Jugendprotest und Generationenkonflikt, pp. 151-163 (véanse pp. 160-161); Pat Sirockin, The story of Labour Youth, [London], Scarr, [1960?], pp. 1-8; y E. H. Willis, Whatever Happened, pp. 148 y ss. y 164 y ss.

[41] Wolff dijo en 1935 que las juventudes comunistas y socialistas austríacas habían actuado juntas en varios momentos y que estaban negociando la unificación. M. Wolff, «Unamos las fuerzas», pp. 30-31. E. H. Willis, Whatever Happened, p. 170.

[42] Sandra Souto Kustrín, «Jóvenes, marxista y revolucionarios», en Fernando del Rey Reguillo y Manuel Álvarez Tardío, Políticas del odio. Violencia y crisis de las democracias en el mundo de entreguerras, Madrid, Tecnos, 2017, pp. 115-165; Richard Baxell, «Cable Street: the Road to Spain», conferencia inédita, s.f. [http://www.academia.edu/10765448/Cable_Street_-_the_road_to_Spain], la cita en p. 16. Tim Curry, «Varda Burstyn, The Rites of Men: Manhood, Politics and the Culture of Sport», Contemporary Sociology 30/5 (septiembre 2001), pp. 496-

497. George L. Mosse, The Images of Man. The Creation of Modern Masculinity, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1998, pp. 119-132. Sandra Souto Kustrín, «Tradición, modernidad y necesidades bélicas: organización y movilización de la mujer joven en la República en guerra», en Laura Branciforte y Rocío Orsi (eds.), Ritmos contemporáneos. Género, política y sociedad en los siglos XIX y XX, Madrid, Dykinson, 2012, pp. 119-147.

[43] L'Internationale de la jeunesse socialiste, pp. 19-21, reunión del bureau ampliado de 2/10/1938, y p. 25, reunión de la ejecutiva de diciembre de 1938. C. Delporte, «Les jeunesses socialistes», pp. 56 y 61-63; J. Varin, Jeunes comme J.C., pp. 234-235.

[44] Sobre las acciones unitarias hasta las elecciones de febrero de 1936, véase Sandra Souto Kustrín, «Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?». Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936), Madrid, Siglo XXI de España, 2004, pp. 86-101, 253-283, 343-368 y 376-380. El proceso de unificación hasta el comienzo de la Guerra Civil en Sandra Souto Kustrín, Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española, Valencia, Publicacions Universitat de València, 2013, pp. 95-112. Una breve síntesis en Sandra Souto Kustrín, «Una unificación inacabada: la formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (verano 1934-verano 1936)», Nuestra Bandera 250, número especial Un siglo de comunismo en España (primer trimestre de 2011), pp. 229-239. Boletín interno de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas Unificadas de España, 15 de octubre de 1936, sin paginar, «A nuevas situaciones nuevos métodos de trabajo», que, a pesar del título, planteaba que los militantes de la JSU se organizaran en células.

[45] Sobre la conferencia de Valencia, S. Souto Kustrín, Paso a la juventud, pp. 123-131. La cita, en Cecilio Arregui, ¡Por rojo! Memorias, Bilbao, Estudios Gráficos, 1983, p. 141. Arregui había sido secretario de la Federación Provincial de Juventudes Socialistas de la provincia de Madrid y después lo fue de la JSU. Al acabar la guerra, siendo también militante del PCE, estuvo internado en el campo de Gurs (Francia).

[46] Político Social (PS) Madrid 2434, legajo 4365, Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH). La introducción de la editorial al texto de M. Wolff, «Unamos las fuerzas», recoge las tensiones que había en la JSU sobre este tema (p. 5).

[47] Circular conservada en PS Aragón 121/2, expte. 93, f. 1, CDMH. Juventudes Socialistas Unificadas, La J.S.U. en el Ejército Popular, s.l., Comisión Nacional de Educación del Soldado (JSU), s.f., p. 4. El acta de la reunión de la CNES, en PS Madrid 2434, leg. 4365, CDMH, la cita en p. 1.

[48] S. Souto Kustrín, Paso a la juventud, sobre los niños, pp. 240-250, sobre las mujeres, pp. 254-264; Juventud, Boletín de Orientación del Comité Provincial de Madrid de la JSU, 15 de octubre de 1938, sin paginar y Espartaco, Boletín de la JSU de España, noviembre de 1938, sin paginar.

[49] PS Gijón F 94, expte. 12, y PS Bilbao 121, expte. 4, doc. 78, circular n.o 1 del secretariado femenino nacional de las JSU, CDMH. La circular de la JSU asturiana, en PS Gijón G 1, expte. 4, CDMH. Ministerio de Presidencia-Fundación Primero de Mayo, Catálogo. Colección Jóvenes en Libertad. Testimonios Orales, Madrid, s.e., 2010, pp. 178-180. Carlos Fonseca, Trece Rosas Rojas. La historia más conmovedora de la Guerra Civil, Madrid, Temas de Hoy, 2004.

[50] Fernando Gracia y Gabriela Sierra, Abanderados del socialismo. Historia de las Juventudes Socialistas en Aragón, Zaragoza, Amarga Memoria, 2010, pp. 130-132; Mundo Obrero, 3 de septiembre de 1936, p. 4; Juventud, órgano de la Comisión Nacional de Unificación-FJS, 5 de septiembre de 1936, contraportada; Tesis, Manuscritos y memorias, 60/2, Manuel Tagüeña, «Recuerdos de la lucha de la juventud española», pp. 17-18, la cita en p. 17, AHPCE. PS Gijón F 91, expte. 12, «Pleno de unificación de juventudes en Gijón», CDMH; Nueva Ruta, Santander, 26 de diciembre de 1936, p. 8; 2 de enero de 1937, contraportada; n.o especial del primero de mayo, p. 18; Avance, Caspe, 10 de abril de 1937, p. 6; Iskra, León, 20 de marzo de 1937, p. 1, «Recordando a nuestros muertos»; Joven Guardia, Bilbao, 5 de junio de 1937, p. 1; Wenceslao Colomer, III.a Conferència Nacional. Unim la Joventut Catalana en una Federació Nacional Popular Revolucionària (Barcelona), Secretariat d'Agitació i Propaganda de les Joventuts Socialistes Unificades, s. f., sin paginar. Darío, La juventud en la defensa de Madrid. 9 Crónicas de Guerra, Valencia, Editorial Alianza de la Juventud, 1938, pp. 31-33.

[51] Boletín interno de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas Unificadas de España, 15 de octubre de 1936, sin paginar, «Dirección única y problemas de la unidad»; Juventudes Libertarias. Comité Regional de Centro, Rutas juveniles, Madrid, Gráficas Aurora, 1937, p. 17; Tesis, Manuscritos y

memorias, 60/2, Manuel Tagüeña, «Recuerdos de la lucha», AHPCE, p. 22; Ahora, 21 de octubre de 1938, p. 1, «Unas declaraciones de Lamoneda»; Helen Graham, The Spanish Republic at War, Cambridge, Cambridge University Pres, 2002, p. 176 (ed. en castellano: La República española en guerra, 1936-1939, Barcelona, Debate, 2006). Manuel Azcárate y José Sandoval, 986 días de lucha, Moscú, Progreso, 1965, p. 58, ya hablaban de la juventud como «masa fundamental de las milicias y del Ejército Popular». Sobre los batallones formados por la JSU, S. Souto Kustrín, Paso a la juventud, pp. 330-335.

[52] PS Gijón F 94, expte. 2, CDMH. Antonio López Castillo, Las Juventudes Socialistas Unificadas de Almería, Almería, Editorial Universidad de Almería, 2016, pp. 93-106.

[53] Tesis, Manuscritos y memorias, 60/2, Manuel Tagüeña, «Recuerdos de la lucha», AHPCE, p. 31; A. López Castillo, Las Juventudes Socialistas, pp. 111 y 113. Habría indultos y reducciones de penas posteriormente. Menos uno, todos eran hombres. L. Segura Peñas, Comunistas, pp. 421-422.

[54] PS Extremadura 3, expte. 6, «Informe del camarada Santiago Carrillo, Secretario General de las Juventudes Socialistas Unificadas de España, al Comité Ejecutivo de la Internacional Juvenil Socialista», CDMH, p. 6. R. Luza, History of the International, p. 311.

[55] R. Cornell, Youth and Communism, p. 62; J. Varin, Jeunes comme J.C., p. 197.

[56] R. Luza, History of the International, p. 48; A. Merson, Communist Resistance, p. 207; Paul Guichonnet, «El socialismo italiano», en Jacques Droz (dir.), Historia General del Socialismo. De 1918 a 1945, Barcelona, Destino, 1985, pp. 242-275, p. 271; Andrew Thorpe, «The Communist Internacional and the British Communist Party», en T. Rees y A. Thorpe, International Communism, pp. 67-86.

[57] Federico Melchor, Movilización de la Juventud contra la guerra, México D.F., Ediciones «Juventud de España» (JSU), s.f., pp. 17 y 20; Kevin McDermott y Jeremy Agnew, The Comintern. A History of Internacional Communism from Lenin to Stalin, Basingstoke y Londres, Macmillan Press, 1996, pp. 153-154 y cita en p. 198; T. Rees y A. Thorpe, «Introduction», la cita en p. 6. Sandra Souto Kustrín, «Democracia, antifascismo y revolución. Las

juventudes obreras en la Europa de entreguerras», en Aurora Bosch, Teresa Carnero y Sergio Valero (eds.), Entre la reforma y la revolución. La construcción de la democracia desde la izquierda, Granada, Comares, 2013, pp. 69-87 (véanse pp. 83-85).

[58] Las citas en G. Eley, Un mundo que ganar, p. 235, y Patrizia Dogliani, Storia dei Giovani, Milán, Bruno Mondadori Editore, 2003, p. 142. Sandra Souto Kustrín, «La juventud y el Eje durante la Segunda Guerra Mundial: Compromiso, disidencia y resistencia. Los casos alemán, italiano y francés», en Encarna Nicolás y Carmen González, Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy, Murcia, EDITUM, 2008. Léo Figuères, La jeunesse militante. Chronique d'un jeune communiste des années 30-50, París, Les Éditions Sociales, 1971, p. 278.

[59] Willi Münzenberg, «Die Jungen und die Alten», Jugend-Internationale, 1/12/1915, p. 8, cit. por H. Gruber, «Willi Munzenberg's», p. 282; Franz Borkenau, The Communist International (1939), cit. por Robert F. Wheleer, «German Labour and the KOMINTERN. A Problem of Generations?», Journal of Social History 7/3 (primavera de 1974), pp. 304-321 (p. 304). Robert T. Holt, «Age as a Factor in the Recruitment of Communist Leadership», The American Political Science Review 48/2 (junio de 1954), pp. 486-499 (p. 491).

[60] Lewis J. Edinger, «German Social Democracy and Hitler's "National Revolution" of 1933: A Study in Democratic Leadership», World Politics 5/3 (abril de 1953), pp. 330-367 (véanse pp. 333 y 335); A. Merson, Communist Resistance, p. 17; Peter D. Stachura, «The Social and Welfare Implications of Youth Unemployment in Weimar Germany, 1929-1923», en Peter D. Stachura (ed.), Unemployment and the Great Depression in Weimar Germany, Londres, Macmillan, 1986, pp. 121-148, p. 140, de donde es la cita; R. Luza, History of the International, pp. 35-36; Richard J. Evans, Eric Hobsbawm. A Life in History, Londres, Abacus, 2019, p. 32; Arnold Klöne y Matthias von Hellfeld, Die Betrogene Generation: Jugend in Deutschland unter dem Faschismus: Quellen und Dokumente, Colonia, Pahl-Rugenstein, 1985, p. 17; y Peter Merkl, The Making of a Stormtrooper, Princeton (New Jersey), Princeton University Press, 1980, p. 67.

[61] Andrew Thorpe, «The Membership of the Communist Party of Great Britain, 1920-1945», The Historical Journal 43/3 (septiembre de 2000), pp. 777-800. R. Cruz, El Partido Comunista de España, p. 46.

[62] Ernst Toller, Entre la II República y la Guerra Civil española (traducción y edición de Ana Pérez), Granada, Comares, 2019, pp. 141-145, discurso en el congreso de escritores, París, 25/7/1938, p. 142. Toller había sido miembro del USPD y del consejo revolucionario de la República Soviética de Baviera, por lo que estuvo cinco años en la cárcel, de la que salió con 30 años. Exiliado en 1933, cuando sus libros fueron quemados públicamente en Alemania, se suicidó el 22 de mayo de 1939, con 45 años, tras haber apoyado a la República Española.

VIII

LOS ESTUDIANTES COMUNISTAS Y LA MOVILIZACIÓN UNIVERSITARIA DURANTE EL FRANQUISMO

Jordi Sancho Galán

La Universidad y en especial los estudiantes fueron desde antes de la Guerra Civil uno de los sectores sociales en los que el falangismo encontraría, en primer lugar, mayor adhesión y, después, a partir de un Sindicato Español Universitario (SEU) convertido en sindicato estudiantil único y finalmente obligatorio, también poder. Además, una vez asentado el régimen del 18 de julio, exilio, depuración y amaño de cátedras mediante, la universidad se convertiría durante un largo tiempo en un espacio indiscutido para el régimen franquista. Un elemento considerado clave para la renovación de sus elites y, por ende, para su pervivencia como régimen. Un pretendido espacio de creación de hegemonía. El cual, al mismo tiempo, conformaba una universidad –reflejo de su sociedad– elitista, jerárquica, centralizada, patriarcal y falta tanto de recursos materiales como intelectuales.

En el marco de las victorias aliadas en la Segunda Guerra Mundial, empezarán, sin embargo, a (re)aparecer las primeras organizaciones disidentes y/o antifranquistas entre los estudiantes. El otoño de 1944, justo después de la liberación de París, en Barcelona diversos estudiantes provenientes mayormente del nacionalismo católico catalán, encabezados por Josep Benet y Joan Sansa, contactarán con los hermanos Casassas, provenientes de una tradición catalanista liberal, y con Lluís Torras, quien en enero de 1945 participará en la formación del Moviment Socialista de Catalunya (MSC). De los hermanos Casassas, Lluís, entrará en ese mismo momento a formar parte de la reconstituida dirección nacional de las Joventuts Socialistes Unificades de Catalunya (JSU), vinculadas al PSUC[1]. En diciembre de 1944, en una celda del monasterio de Montserrat, formaron el Front Universitari de Catalunya (FUC), el cual se planteaba como

una suerte de frente de resistencia de carácter pluralista en la Universidad, abierto a todos los partidos políticos «genuinamente catalanes» y especialmente interesado en el «redreçament nacional de Catalunya»[2]. En la primavera de 1946 los estudiantes del FUC participarán en la reconstrucción de la Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya (FNEC), la que había sido la principal organización de los estudiantes catalanes durante la República[3]. En su reconstrucción formaran parte también, inicialmente, tanto las JSU –en el interior–, así como un pequeño núcleo comunista en Toulouse.

En la Universidad de Madrid, recién acabada la Guerra Mundial, reaparecerá a instancias del Partido Comunista la Federación Universitaria Escolar (FUE), la que había sido la principal organización estudiantil durante la República. La reconstrucción de la FUE en el interior estará encabezada por Manuel Tuñón de Lara –prontamente enfocado en el trabajo en la Unión de Intelectuales Libres (UIL)– y, especialmente, por Ricardo Muñoz Suay, quien había sido el último dirigente de la Unión Federal de Estudiantes Hispánicos (UFEH), la federación que agrupaba las FUE[4]. Del mismo modo que el FUC, la FUE y la UFEH se presentaban como una organización abierta a todas las tendencias republicanas y demócratas para «crear una organización combativa y profesional de todos los estudiantes españoles, sin distinción de ideas políticas o religiosas, que luchen unidos por una Universidad libre e independiente» incidiendo en que, «para presentar batalla a Franco, se tiene que ganar la batalla de la unidad»[5].

Será desde de finales de 1945 y durante la primera mitad de 1946 cuando, con la esperanza que la liberación de París y Berlín tuviese continuidad en Barcelona y Madrid, ambas organizaciones centrarán sus esfuerzos en la agitación en el interior, a partir de publicaciones, lanzamiento de pasquines, pintadas, etc. Su actuación se enmarca en el repertorio de acción de disidencia ciudadana típica de la posguerra, enfocado a mostrar el disentimiento antifranquista tanto en el interior, rompiendo los «tiempos de silencio» que caracterizarán la década, así como hacia la opinión pública internacional ante las dubitaciones de los gobiernos aliados sobre la «cuestión de España». Rotas finalmente las esperanzas de una intervención aliada, la vida tanto de la FUE como de la FNEC entrará en punto muerto con dos motivos añadidos: la represión y el inicio de la Guerra Fría, que aislaría políticamente a los comunistas también a nivel estudiantil.

A finales de 1946 la policía franquista detendrá a diversos miembros de la FUE, entre ellos Muñoz Suay, mientras que Tuñón de Lara partirá al exilio. Unos

meses después caerán, también, en el Liceo Francés de Madrid, dieciséis estudiantes y profesores, algunos de ellos juzgados por un tribunal militar y severamente condenados. En el caso de Manuel Lamana, Nicolás Sánchez-Albornoz y Ignacio Faure serán recluidos en el campo de trabajo de Cuelgamuros, donde se estaba construyendo el Valle de los Caídos y del cual protagonizarán una épica fuga[6]. En la Universidad de Barcelona la represión la aplicará, sin necesidad de tribunal alguno, directamente el SEU en su local presidido por los retratos de Franco, Hitler y Mussolini. Ante el desconocimiento de quienes eran los responsables de los actos «separatistas» tomaron represalias, con puños y pistolas, contra todos aquellos estudiantes que por sus apellidos no podían esconder su linaje catalanista. Fue el caso, entre otros, de Ramon Folch i Camarassa, Josep Maria Espinàs o Josep Carrasco (hijo de Manuel Carrasco i Formiguera)[7].

«LUCHAR CONTRA EL DIABLO CON LA ESPADA DEL DIABLO»

Entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la aparición de la oposición estudiantil en 1956, hay para la Universidad, y en cierto modo para el antifranquismo, una fecha bisagra, 1951, cuando en Barcelona tiene lugar la huelga de tranvías, seguida de una huelga general convocada desde los mismos enlaces del sindicato vertical[8]. En el caso de la huelga de tranvías –aunque es una movilización con un alto grado de espontaneidad, en la que se entrecruzan el malestar ciudadano por la carestía de la vida, con el descontento de las bases falangistas de la ciudad que se negaron a intervenir para romper con el boicot[9]–, hay pocas dudas de que uno de los centros en los que empezó la cadena llamando al boicot fue en la Universidad y uno de sus actores básicos durante todo el ciclo de protestas fueron los estudiantes. La plaza de la Universidad se llenará de octavillas y serán constantes las manifestaciones estudiantiles, tirando petardos a los tranvías, poniendo pequeños artefactos explosivos en las vías, rompiendo los cristales y produciéndose enfrentamientos con la policía que llevarán a levantar una barricada frente a la Facultad de Medicina y al encierro de los estudiantes en el edificio de la Universidad central para evitar su entrada en el recinto académico[10]. La huelga de tranvías representa la primera aparición pública de un sustrato juvenil, aún sin una conciencia claramente política ni antifranquista, pero críticos con la situación

social y con una clara disposición para la movilización. Un disentimiento juvenil y una disposición a la protesta de la que el Partido Comunista tomaría buena nota[11].

Para los comunistas, la huelga de tranvías y la huelga obrera posterior les confirmaba en el cambio táctico adoptado en 1948 –abandonando la lucha guerrillera y apostando por constituir un frente de masas en el interior a partir del movimiento obrero–. Hacía pública la disponibilidad para la protesta entre la ciudadanía y, también, las posibilidades que podía dar utilizar las vías legales que ofrecían las organizaciones de encuadre de masas. Mostraba, al mismo tiempo, la disponibilidad para la movilización de nuevas capas de la población más allá de los obreros, revelando dos nuevos elementos que el partido tendría muy en cuenta en la década siguiente: el componente generacional y estudiantil de la protesta. La existencia, aún muy incipiente, de una generación fuertemente insatisfecha con la realidad social, económica y cultural de España. Lo que se hizo visible en la gran participación de los jóvenes tanto en el boicot a los tranvías como en la huelga obrera posterior. Además, esta generación con predisposición para la movilización se había mostrado transversal, «no limitándose a la juventud trabajadora, sino que [abarcando] también los jóvenes provenientes de capas pequeñoburguesas e intelectuales»[12].

Atendiendo a la existencia de este sustrato estudiantil e intelectual, desde principios de la década, el PCE había intentado retomar los contactos con el mundo intelectual y universitario del interior a partir de diversos enviados desde París o de estudiantes que viajaban al Colegio español en la capital francesa, con el objetivo de «consolidar una organización amplia, presente en los núcleos de lucha y resistencia activos»[13]. Los primeros contactos entre intelectuales y universitarios del interior y la dirección en París los realizarán nombres como los de Cirilo Benítez, Virgilio Garrote, Emilio García Montón o Julián Gallego[14]. Pero quien sistematizó ese trabajo fue Jorge Semprún, bajo el seudónimo de Federico Sánchez. A partir de su llegada a España en 1953 como instructor del partido y de recorrerse prácticamente toda su geografía en busca de esos núcleos intelectuales, conseguirá establecer una primera organización intelectual de la que formará parte el estudiante Enrique Múgica. Será a partir de Múgica, trasladado a Madrid el curso 1953-1954 para estudiar cuarto de Derecho, que se establecerá la primera célula de estudiantes comunistas en el interior, a la que se integrarán en un primer momento Julián Marcos y Jesús López Pacheco y, algo después, también Julio Diamante. Quedando esta primera célula definitivamente constituida en la fecha simbólica del 1 de abril de 1954. A lo largo de este curso

y del siguiente, la célula se ampliará con la incorporación de nuevos estudiantes como Jaime Maestro, Fernando Sánchez Dragó, Alberto Saoner, Javier Muguerza, Eduardo Punset y, especialmente, Javier Pradera y Ramón Tamames[15].

En el caso de Barcelona, los primeros viajes y contactos establecidos por los enviados de la dirección del PCE y por Jorge Semprún no lograrán establecer ningún contacto solido ni tampoco conectar con ningún grupo estudiantil o universitario[16]. De hecho, el proceso de formación de las primeras células del PSUC en la Universidad de Barcelona será mucho más autónomo, siendo un grupo de estudiantes previamente conformado e identificado con el marxismo quien decide buscar al partido. En el centro de este grupo, inicialmente de amigos, y en su viaje hacia el PSUC, serán elementos centrales, tanto Octavi Pellissa, el más claramente politizado e identificado con el comunismo, como el Seminario Boscán.

En este grupo de estudios liderado por Josep María Castellet participaban intelectuales como los hermanos Juan y José Agustín Goytisolo, Jaime Gil de Biedma, Gabriel Ferrater o Carlos Barral, quienes realizaban sesiones de análisis y estudio sobre la literatura española y en el que leerán a Simone de Beauvoir, Camus, textos de Marx y, especialmente, Sartre. Conformando un espacio de reflexión en torno a un marxismo heterodoxo[17]. El paso desde esta toma de conciencia, de los «sentimientos de rebeldía y desafección» y las «simpatías a un marxismo revisado e interpretado por Sarte»[18], que compartían los contertulios del Seminario Boscán, a la militancia en el Partido Comunista, lo dará solamente el sector más joven, el grupo de amigos en torno a Octavi Pellissa. Concretamente, en un primer momento, Octavi Pellissa, Luis Goytisolo, Salvador Giner y Joaquím Jordá. A los que se añadirán poco después Jordi Solé Tura, Francesc Vallverdú y August Gil Matamala. Todos ellos estudiantes de Derecho.

El primer contacto con el PSUC les llegará a través de un maestro de pueblo conocido de Octavi Pellissa, quien les conectará con Miguel Núñez, constituyéndose formalmente el primer núcleo universitario del PSUC la primavera de 1956, al que el resto se añadirá progresivamente durante el curso siguiente[19]. Jordi Solé Tura explica que fue Octavi Pellissa quien les comentó

que quizá había llegado el momento de dar un paso adelante y organizar algo serio. Nos confesó que él ya había tenido algún contacto con un dirigente clandestino del PSUC y nos sugirió que quizá sería interesante que nosotros también le viésemos. […] a los pocos días nos encontramos en el Parque Güell con un personaje sencillo, simpático y coherente llamado Miguel Núñez. Nosotros éramos cinco o seis y durante una hora paseamos inquietos por el parque mientras Miguel Núñez nos explicaba la situación política, la «Reconciliación Nacional» preconizada por el PSUC y el PCE, la necesidad de unir esfuerzos y la inminencia de un gran movimiento que terminaría con el franquismo. […] La verdad es que Miguel Núñez me fascinó. […] Aquel héroe sencillo y asequible nos abría la puerta que nos parecía inmensamente lejana y ponía a nuestro alcance la posibilidad de ser protagonistas reales de un gran movimiento colectivo[20].

El curso siguiente quedará conformada una nueva célula en Filosofía y Letras, formada por Anna Sallés, Feliu Formosa, Marcel Plans, Joaquim Vilar, Joaquim Marco, María Rosa Borràs y Juliana Joaniquet. A la que a partir de 1958 se sumarán también Josep Termes y Marisa Torrents. Y Ricardo Bofill en Arquitectura. En el caso de esta segunda célula y en la formación política y organizativa de todo el grupo universitario en Barcelona, será clave Manuel Sacristán, llegado como profesor en 1956 y quien a partir de este año se convertirá en la figura de referencia de los comunistas en la Universidad de Barcelona[21].

En la conformación de estos primeros núcleos comunistas en las universidades de Madrid y Barcelona, resulta interesante preguntarnos por qué estos estudiantes, educados y socializados plenamente en el franquismo y politizados en un marxismo más o menos heterodoxo, toman partido como militantes comunistas. Más allá del fundamental papel de persuasión y proselitismo que juegan Múgica, Semprún, Pellissa, Núñez y Sacristán hay como mínimo tres factores más a destacar. En primer lugar, representan una generación politizada claramente a la izquierda de la socialdemocracia. Además, para los que tomarán militancia comunista cabe destacar como factor determinante el prestigio del comunismo en la lucha antifascista. En la misma dimensión, hay que remarcar también la propaganda anticomunista del régimen, apuntando a los comunistas como sus principales enemigos y acusando de ser causa de un complot comunista cualquier mínima muestra de disentimiento y, por lo tanto, la

constatación de su presencia en la sociedad. No puede resultar extraño, por lo tanto, que en el momento en que estos universitarios buscaron una relación política más allá de los grupos de estudio y culturales existentes en la Universidad, lo hicieran buscando el contacto de aquellos a quien el franquismo situaba como su principal enemigo ideológico, pero, también, su principal oposición. Además, cabe destacar, por último, la Política de Reconciliación Nacional y una estrategia antifranquista con la que esta generación conectará. En conjunto, el Partido Comunista les ofrecía una vinculación con un pasado de prestigio en la lucha antifascista, un programa de profunda transformación social y política y, especialmente, un marco desde el qué luchar contra la dictadura. Además, les abría las puertas a vincular su lucha universitaria con otra de extrauniversitaria y que consideraban mucho más determinante, el movimiento obrero.

Para Jorge Semprún el trabajo en la universidad de estas primeras células comunistas no debía consistir en la creación de asociaciones estudiantiles que actuaran en la clandestinidad, como había sido la FUE, ni tampoco en la transformación del SEU; sino en aprovechar las posibilidades legales que el régimen ofrecía principalmente en dos sentidos: creando revistas culturales a partir de las cuales tratar temas que pudiesen conectar con el sentir mayoritario de los estudiantes y hacerlo, además, con un lenguaje que, a diferencia de la prensa comunista oficial, pudiese ser fácilmente comprendido por estos. Por lo tanto, revistas controladas en la medida de lo posible por los comunistas sin identificarse como tales. Y, en segundo lugar, infiltrando a estudiantes comunistas o antifranquistas en las organizaciones legales, especialmente el SEU. Algo que las organizaciones de oposición estudiantil tradicionalmente habían rechazado. Como expresaba el propio Semprún se trataba de «luchar contra el diablo con la espada del diablo; luchar contra el SEU (o lo que salga) dentro del SEU; desenmascarar las jerarquías; crear nuestros grupos; difundir nuestra ideología; preparar nuevas batallas políticas por las libertades democráticas, por la independencia nacional»[22].

Muy prontamente, además, se hará patente la capacidad de movilización estudiantil en dos sentidos. En primer lugar, en solidaridad como colectivo estudiantil ante la represión y la censura del régimen, incluso aunque no compartieran el origen primigenio de la protesta. Es el caso de las movilizaciones estudiantiles de enero de 1954 en Madrid, motivadas originalmente por el propio SEU reivindicando la españolidad de Gibraltar, una protesta que contó con reducido apoyo estudiantil, pero en la que la represión

policial desatará una nueva protesta en la que esta vez sí se conseguirá una amplia movilización universitaria. En segundo lugar, Semprún será también consciente de las posibilidades de movilización por cuestiones culturales y en torno a la calidad científico-educativa de la Universidad. En torno a la cuestión cultural girarán los primeros trabajos de infiltración del grupo clandestino del PCE en la Universidad de Madrid, iniciando los preparativos de un Congreso de Escritores Jóvenes que acabarán estallando en febrero de 1956[23]. Se trata, para Semprún y estos primeros estudiantes comunistas, de hacer política a partir de aprovechar todas las posibilidades existentes, todas las fisuras que deja el régimen para la infiltración, ya fuesen actos culturales, homenajes o la base representativa del SEU. En primer lugar, convirtiendo lo cultural en político. Politizando todo aquello susceptible de ser politizado y, a partir de aquí, intentar configurar la Universidad como un frente de oposición al régimen más allá de los pequeños grupos opositores existentes. Además, en cuanto estas actividades conectaran con las ansias de crecimiento científico-cultural de buena parte de los estudiantes, rozando los bordes de la limitada permisividad del régimen en la Universidad, su censura contribuirá a agrandar la distancia entre los estudiantes y la dictadura.

También en la Universidad de Barcelona, donde las principales acciones culturales y movilizaciones estarán encabezadas hasta ese momento por estudiantes monárquicos, carlistas y nacionalistas, la consigna básica que moverá la actuación de las primeras células comunistas, junto a la infiltración y la creación de revistas culturales, será la de estar presentes en todo aquello que se moviese en la Universidad, ya fuese una algarada o una misa. Como ellos mismos dirán, «hay que impulsar cualquier clase de trabajo, no frenar ninguna actividad, no desdeñar ninguna iniciativa sea la de rezar una “salve” “para solucionar bien los asuntos”, sea la de lucha directa con la policía», intentando aprovecharlo para movilizar a los estudiantes en un sentido antifranquista[24].

Mediante los trabajos para la celebración del Congreso Universitario de Escritores Jóvenes, que, como decíamos, había nacido y estaba controlado por la célula de estudiantes comunistas en Madrid –en cierta medida, en un inicio, sin ser del todo conscientes de la potencialidad política que acabaría teniendo–, los estudiantes del PCE conseguirán tensionar hasta hacerlas estallar las fisuras entre el Ministerio de Educación y el SEU, siendo claves en la principal crisis política del régimen desde el final de la guerra mundial[25]. Como resultado de la revuelta estudiantil se aplicará por primera vez el estado de excepción[26].

Tanto el ministerio como el SEU, en un principio, habían avalado la celebración del congreso, pero en la medida que el sindicato falangista verá cuestionado su control sobre la Universidad irá poniendo cada vez más trabas, que acabarán con el asalto a la Facultad de Derecho de los grupos falangistas y con el choque posterior en las calles entre los falangistas y los estudiantes que protestaban por el asalto ultra. Los jóvenes falangistas del SEU actuarán en esta ocasión como dignos representantes del régimen franquista, acabando con los cantos de sirena de la representatividad tan buen punto esta amenazará sus posiciones en la Universidad. Ya había ocurrido en 1953 ante las primeras elecciones a delegados de curso[27] y, ahora, en 1956, cuando el plan de los estudiantes comunistas, proponiendo un Congreso Nacional de Estudiantes con delegados elegidos democráticamente, amenazará íntegramente a un SEU en crisis, este volverá a la que había sido su esencia, los puños y las pistolas.

Para el PCE y para el PSUC los sucesos de 1956 serán la confirmación de una idea política que venían madurando desde principios de la década de los cincuenta y, especialmente, a partir de 1954. La idea que existía, de forma significativa en la Universidad y entre los intelectuales, una nueva generación que no había vivido de forma consciente la Guerra Civil y que ya no respondía a las divisiones políticas establecidas en la contienda. Estos jóvenes, hijos muchas veces de familias vencedoras, no solo ya no se identificaban con el régimen franquista, sino que cada vez en un número mayor, a partir del desencanto, frustración o apatía iniciales, ante su deseo de crecimiento científico-cultural y una profunda conciencia social y los choques físicos e ideológicos que esto producía con el régimen, estaban pasando rápidamente al disentimiento activo y en otros casos, aún los menos, directamente a la oposición. Esta actitud de los jóvenes e intelectuales representaba, para los comunistas, las posibilidades de ampliar el campo de la oposición al régimen entre «la llamada “clase media”» incluso entre aquellos que en la guerra habían podido simpatizar o directamente formado parte del bando franquista y que «consideran en este momento con severo ojo crítico los errores del Régimen y aspiran a una solución mejor»[28].

Como rezaba el manifiesto estudiantil del 1 de febrero de 1956 –encabezado por «Nosotros, los hijos de los vencedores y de los vencidos» y escrito por Jorge Semprún[29]–, entre los estudiantes más significados en las movilizaciones y entre los militantes de las células comunistas universitarias en Madrid y Barcelona era clara la presencia tanto de vencidos como de vencedores. Encontraremos, por ejemplo, en Madrid, a Javier Pradera, huérfano de guerra, con su padre y su abuelo –insignia del tradicionalismo vasco– asesinados por los

republicanos; junto a Jorge Semprún, nieto de Antonio Maura, exiliado junto a la familia Semprún-Maura, miembro de la resistencia e internado en el campo de Buchenwald, antes de su vuelta a España como dirigente comunista[30]. También en la Universidad de Barcelona, en la primera célula comunista, encontraremos tanto a un Goytisolo descendiente de la más alta burguesía de la ciudad o Joaquim Jordá, quien entre las convicciones germanófilas de su padre y las católicas de su madre acabará estudiando en los jesuitas al ver que los alemanes iban perdiendo la guerra. Al mismo tiempo que a Salvador Giner, hijo de Ricardo Giner pedagogo republicano, depurado y miembro de la Institución Libre de Enseñanza, o August Gil Matamala, hijo también de un maestro republicano, afiliado al PSUC durante la guerra y guerrillero comunista hasta 1945, cuando fue detenido y encarcelado[31].

Los hechos de febrero de 1956 en Madrid y la composición social y política de sus protagonistas serán claves para la formulación por parte del PCE de la Política de Reconciliación Nacional[32]. En ella, el PCE consideraba la existencia de una «nueva situación, en la que la pasada Guerra Civil deja de ser la línea divisoria entre los españoles y en primer plano, ante estos, [aparecían] los problemas de las libertades, de la soberanía nacional y del desarrollo económico del país». Esta «nueva situación» se basaba, para los comunistas, en la aparición de nuevas «fuerzas considerables», sociales y políticas, que hasta el momento habían constituido «la base social de la dictadura», pero que ahora se alejaban de ella «mostrando su discrepancia con una política que mantiene vivo el espíritu de la Guerra Civil». Entre estas fuerzas que en otro tiempo integraron el campo franquista se resaltaban monárquicos, democristianos y el «movimiento liberal», en el que se destacaban ciertos nombres provenientes de Falange que en febrero de 1956 habían apoyado a los estudiantes frente al SEU. Especialmente se referían a Dionisio Ridruejo –quien había participado en la División Azul– y Pedro Laín Entralgo –aún militante falangista–. Se trataba, sin embargo, mayormente, de posicionamientos individuales más que de actores colectivos, en algunos casos de personas efectivamente con una gran significación. Pero, de hecho, en el único caso en que realmente se podía hablar en ese momento de «fuerzas considerables», era en el de los estudiantes.

Después de los sucesos de Madrid, en octubre de 1956 la movilización estudiantil estallará en Barcelona con unas primeras manifestaciones convocadas a tenor de la ocupación soviética de Hungría, lo que será aprovechado por los estudiantes para manifestarse contra la «dictadura roja y la dictadura azul»[33]. Una movilización en la que participaron los estudiantes del PSUC, siguiendo la

lógica de estar presentes en todo aquello que se moviese en la Universidad, pero, también, en muy buena medida, por convencimiento[34]. Las movilizaciones estudiantiles se irán incrementando en número y combatividad, con la inestimable «ayuda» represiva del vicerrector García Valdecasas y con la entrada por primera vez de la policía en el recinto universitario. El ciclo de movilización del curso 1956-1957 en Barcelona, acabará con la ocupación masiva del Paraninfo por parte de los estudiantes y con una nueva Huelga de Tranvías, esta vez convocada por el PSUC y según Miguel Núñez con mayor significación política que la de 1951[35].

La euforia desatada entre los comunistas por las movilizaciones estudiantiles en Madrid y Barcelona, unida a la crisis económica, a los avances del movimiento obrero en las elecciones sindicales y a la división en el seno del «Movimiento» expuesta públicamente a partir de la crisis de febrero de 1956, mostraban para el PCE todos los signos de una crisis de régimen. Lo que, para el PCE, abría la posibilidad de dar un certero golpe que aproximase la «inevitable» caída de la dictadura. Con tal intención se convocará la Jornada de Reconciliación Nacional (JRN), con la que se pretendía, a modo de plebiscito, que todas las movilizaciones sectoriales y geográficamente dispersas que habían aparecido en los últimos años se mostraran al unísono en un día determinado[36]. La JRN significará para los estudiantes comunistas, que se volcarán en su preparación, el primer choque entre el deseo y la realidad, entre el optimismo de la dirección (y el propio) y el fracaso de la Jornada visto por ellos mismos en primera persona. Una experiencia iniciática en el antifranquismo extrauniversitario decepcionante que desatará las primeras dudas de los estudiantes hacia la dirección que, en cambio, valoraba la Jornada como un éxito[37]. Esta tensión entre los estudiantes en el interior y dirección se mantendrá durante toda la década siguiente y aparecerá claramente en la crisis de 1964. Aunque es de justicia decir que el «optimismo de la voluntad» no será en absoluto una prerrogativa exclusiva de la dirección y que, en la década siguiente, en más de una ocasión serán los estudiantes quienes, en contra del «realismo» de la dirección, se dejarán llevar por él. Y, de hecho, ese mismo «optimismo» sobreponiéndose al campo de «lo posible», a las «posibilidades existentes», será también clave para la consecución de uno de los mayores éxitos del movimiento estudiantil durante la dictadura, la ruptura con el SEU y, especialmente, la creación de los Sindicatos Democráticos de Estudiantes.

UN MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE MASAS POR UNA UNIVERSIDAD DEMOCRÁTICA

Para el Partido Comunista, más allá de la formación de un frente universitario y de las actividades de agitación y propaganda y la participación en las jornadas de lucha organizadas por el partido, la actividad de los estudiantes comunistas se planteaba que podía ser de utilidad también en el terreno extrauniversitario, al menos, en tres sentidos: divulgando las ideas comunistas y antifranquistas en el ejército, durante el tiempo que estos estuviesen realizando el servicio militar, y también en el campo, a partir del Servicio Universitario de Trabajo (SUT). Dos territorios de difícil acceso para los comunistas y en los que tampoco los estudiantes lograrán realizar un trabajo efectivo en cuanto a proselitismo. De hecho, el SUT será siempre más un espacio de politización estudiantil al conocer de primera mano las condiciones de vida y trabajo de las clases populares, que no de concienciación antifranquista de estas últimas. Más efectivos fueron, en cambio, en cuanto a las relaciones de unidad con el resto de fuerzas políticas. Será en las universidades de Madrid y Barcelona, con la creación de los Comités de Coordinación Universitarios (CCU) y después de la FUDE y el INTER/ADEC que los comunistas conseguirán salir por primera vez, desde el inicio de la Guerra Fría, de su aislamiento político, al menos a nivel universitario. Además, en Cataluña la creación de la Taula Rodona de forces polítiques, la cual reuniría por primera vez a toda la oposición catalana y será el germen de la Assemblea de Catalunya, estuvo directamente relacionada con el impulso antifranquista de la Capuchinada, como se conoció la Asamblea constituyente del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB)[38]. En segundo lugar, como había predicho Jorge Semprún, la organización estudiantil será un elemento esencial, junto a Comisiones Obreras, para la aparición pública de la protesta antifranquista que marcará la última década de la dictadura. Objetivo largamente perseguido por los comunistas y que no se conseguirá de forma continuada y masiva hasta la segunda mitad de la década de los sesenta.

Para los comunistas, a partir de 1958 y hasta el final del SEU, el trabajo esencial en la Universidad sería la infiltración en el sindicato franquista, logrando desde un primer momento en las facultades más politizadas el control de las cámaras de facultad, que les permitiría contar con las plataformas de prensa del SEU para organizar actos culturales que se convertirían desde muy pronto en verdaderos

«espacios de libertad» –como el partido posteriormente los llamaría–, en contraposición a la Universidad y a la sociedad franquistas y, en consecuencia, en lugares básicos de politización estudiantil. En la primera mitad de los años sesenta resultará ya evidente tanto para el Régimen como para la oposición que las condiciones en la Universidad habían cambiado a favor de estos últimos. De los reducidísimos núcleos de oposición existentes en 1956 y 1957 se había pasado a un movimiento amplio, con asambleas de facultad y de distrito en las que los estudiantes se contarían por miles y que conectaba con buena parte del estudiantado, mayoritariamente anti-SEU y, cada vez más, claramente antifranquista. Este cambio substancial en la actitud política estudiantil, que tenía relación con el aumento del número de estudiantes y con el inicio de su «des-elitización», estaba a todas luces ligado a la práctica política que los partidos antifranquistas y los estudiantes demócratas habían desarrollado en la Universidad.

Este frente de oposición en la Universidad que las primeras células universitarias del PCE y del PSUC se proponían crear, a principios de la década de los sesenta era ya una firme realidad en la que los comunistas tanto en Barcelona como en Madrid actuaban como partido dirigente (que no siempre mayoritario). En el caso de Madrid, a tenor de las crisis de 1963 y 1964, con escisiones importantísimas, primero de estudiantes pro-chinos y después claudinistas[39], este papel dirigente estará compartido y en disputa con el Frente de Liberación Popular (FLP). Aunque el PCE conseguirá reconstruir una organización de nuevo influyente a partir de la vuelta como dirigente de Jaime Ballesteros y con Pilar Brabo de responsable del comité universitario. En Barcelona, el PSUC actuará claramente como partido dirigente hasta 1967.

La dirección política ejercida por los estudiantes comunistas y la extensión de partidos marxistas en la Universidad, junto a la difusión de estas ideas entre la amplia gama de estudiantes politizados, no nos puede llevar a la conclusión que esto representaba una consecuencia directa de la extensión o adopción del comunismo entre la mayoría de los estudiantes. Como han expresado tanto Joaquim Boix como Francisco Fernández Buey, ambos militantes comunistas y delegados estudiantiles en la asamblea constituyente del SDEUB: «Un comunista representando a varios miles de jóvenes más de derechas que de izquierdas solo se explica por el buen funcionamiento de la democracia estudiantil (las asambleas eran el lugar de las decisiones y los resultados de las votaciones eran siempre respetados). También se explica por el miedo de los estudiantes menos comprometidos políticamente a asumir una representación

que podía llevar a la cárcel»[40]:

Los estudiantes comunistas fueron los principales protagonistas del SDEUB no solo porque fueran los más dispuestos a arriesgarse y porque estaban organizados, como se ha dicho a veces, sino también por otras dos circunstancias a las que se ha prestado menos atención: primero porque, por lo general, eran los mejores estudiantes de cada Facultad (con expedientes académicos brillantísimos, […] y esto les otorgaba la confianza de la mayoría (incluidos los profesores), y en segundo lugar por su comportamiento limpiamente democrático, es decir, respetuoso de lo que se decía en las asambleas. Este punto es muy importante y explica un hecho que hoy en día puede parecer difícil de explicar: el que a pesar de la feroz propaganda anticomunista del régimen de entonces, la mayoría de los estudiantes universitarios barceloneses de aquella época, con independencia de sus ideas políticas, identificara comunismo y lucha en favor de la democracia[41].

En todo este proceso de politización universitaria, si algo destaca al Partido Comunista del resto de grupos políticos en la Universidad y si hay un elemento a resaltar de la impronta comunista en el movimiento estudiantil de los sesenta y, en parte, también de los setenta, es la importancia dada a la organización, sin menoscabar la movilización como objetivo prioritario, pero incluso en ocasiones al nivel de esta. Son los comunistas los principales responsables que el movimiento estudiantil de los sesenta se desarrolle dando una importancia primordial a la organización estudiantil a nivel de partidos, de facultades, de distrito y entre distritos, compensando la tendencia a la «algarada», a actos de estallido estudiantil a menudo espectaculares, pero sin continuidad, inherente en cierto modo al movimiento estudiantil. De hecho, ello a menudo ha llevado a la consideración que los comunistas eran contrarios a este tipo de movilizaciones; nada más lejos de la realidad. Tanto para el PCE como para el PSUC la movilización estudiantil será un objetivo básico en su actuación. Si algún grupo había deseado desencadenar una amplia movilización social y se había frustrado todas las veces que proponiéndoselo no lo había conseguido, estos habían sido los comunistas. Pero siempre se priorizará que esta movilización conecte con el sentir mayoritario de los estudiantes, con sus reivindicaciones y represente un avance y consolidación del movimiento estudiantil como frente de oposición.

Ello no quiere decir que no existiese durante todos estos años una tensión constante entre los estudiantes comunistas y la dirección en relación al binomio organización/movilización. Y que, de los dos, casi siempre fuese la dirección la más proclive a consolidar los avances organizativos conseguidos y los estudiantes los más entusiastas de la movilización, de la algarada o los choques con la policía y los más interesados en conectar sus movilizaciones con las del movimiento obrero.

La máxima representación de la conjunción entre organización y movilización la representará la creación de los Sindicatos Democráticos de Estudiantes, seguramente, el proyecto más directamente ligado a los estudiantes comunistas de los que tuvieron lugar en la Universidad durante el franquismo. A menudo se ha explicado la creación de los Sindicatos Democráticos como una consecuencia directa y en cierto modo inevitable de la desaparición del SEU o, también, como el objetivo último de la movilización y de las organizaciones antifranquistas en la Universidad desde 1956, que, por lo tanto, una vez desaparecido el SEU llevaba espontáneamente a la creación del SDE; pero difícilmente se puede considerar así. Desde 1956 el objetivo último de las organizaciones antifranquistas en la Universidad y de los comunistas había sido la celebración de un Congreso Nacional de Estudiantes en el que todos los delegados estuviesen elegidos democráticamente y que, por ende, supondría la apropiación de los órganos de representación estudiantil. Además, por parte de los comunistas, se había sido especialmente contrario a la creación de sindicatos paralelos al SEU, a la institucionalidad franquista, considerando que en tanto que clandestinos su actividad se vería reducida a la agitación y propaganda, perdiendo el contacto directo con los estudiantes y dejando los resortes de representación estudiantil a los estudiantes franquistas. Entre ambas opciones, el trabajo en el interior del SEU y la clandestinidad, el Sindicato democrático e independiente aparece a finales de 1964 (aun sin ninguna previsión de desaparición del SEU) como una tercera opción, en un principio claramente vinculada a lo que se estaba haciendo en el movimiento obrero. De hecho, la primera propuesta en este sentido la hace Gregorio López Raimundo al comité de estudiantes del PSUC justo después de la creación de la Comisión Obrera Provincial de Barcelona, proponiendo a los estudiantes comunistas que se plantearan si «¿sería posible proponerse ya la celebración de una Asamblea abierta de Cámaras de Facultad del Distrito y a continuación, de los diversos Distritos? Nos gustaría que penséis sobre ello y que cuando tengáis ocasión pidáis la opinión de vuestros colegas de Madrid y otros Distritos». Entendiendo que «si los obreros libran ya esta batalla “abiertamente”, exigiendo la libertad

sindical y sindicatos independientes, en las asambleas a que les convocan los jerarcas, con mayor motivo, ha de hacerse así en la Universidad»[42].

Será a partir de esta petición de la dirección del PSUC, que el comité de estudiantes y después ADEC y, finalmente, la II Reunión Coordinadora de Representantes de universidades adoptaran en su plan de trabajo la creación de un Sindicato democrático e independiente. Aun sin una fecha concreta y en un primer momento, sobre todo, como un elemento de movilización en la Universidad, que venía a complementar y substituir la que hasta el momento había sido la principal consigna de la movilización, la lucha anti-SEU[43]. En este momento, como expresaba el delegado barcelonés ante una asamblea estudiantil en Madrid, ya no se trataba de «democratizar el SEU. El SEU está ya superado. Lo que queremos es un sindicato nuestro, independiente, democrático»[44]. Ya no se trataba solamente de dar la batalla de la representatividad sino de situar como elemento central que los estudiantes debían disponer de su propio sindicato y que este debía ser plenamente democrático, lo que iba más allá de representativo, e independiente de todo poder político o académico, un sindicato de y para los estudiantes. Además, como se argumentaba en el Manifiesto fundacional del SDEUB, escrito por Manuel Sacristán, se relacionaba el Sindicato Democrático con la necesidad de superar la dictadura hacia una democracia social y política[45].

La propuesta de un sindicato independiente y democrático se hacía inicialmente sin una perspectiva clara de realización. De hecho, en un primer momento, la respuesta del comité universitario del PSUC a López Raimundo había sido que «mientras haya Franco habrá SEU»[46]. Pero rápidamente conectará ampliamente con los estudiantes participes en el movimiento estudiantil, por lo que, como dirá Albert Corominas, llegados al curso 1965-1966 «se trataba de escoger entre dar un paso adelante, constituir el SDEUB, o dos atrás, sustituir el marco del SEU por el de las APE [con las que el régimen pretendía substituir al SEU]. Esto último ni se nos ocurrió ni creo que hubiéramos podido sobrevivir políticamente en caso de proponerlo»[47]. De nuevo, en ese paso adelante que representaría ir a la constituyente del Sindicato Democrático de Estudiantes, serán los estudiantes comunistas los principales responsables. Sobreponiéndose al miedo de la dirección del partido a un descarrilamiento del movimiento estudiantil, ante el clima de agitación que el sindicato democrático e independiente había creado[48].

La creación de los Sindicatos Democráticos de Estudiantes supondrá no solo un

éxito por parte de los estudiantes, logrando vencer al régimen en su intento de dividir al movimiento estudiantil y de imponer las APE; sino, también, un salto adelante tanto en la participación estudiantil como en la movilización universitaria y extrauniversitaria, en prácticamente todos los distritos. En Valencia y Bilbao, quienes se habían separado del SEU juntamente con Barcelona, los estudiantes crearán también sus propios sindicatos[49]. Como expresaban los representantes estudiantiles de los diferentes distritos en una reunión coordinadora: en Bilbao, después de haberse separado del SEU, se encontraban en un momento de anquilosamiento, «entonces ocurrieron los sucesos de Barcelona y fue el detonante de toda la acción», elaborando, «un proyecto de Estatutos muy parecido al de Barcelona»; lo mismo ocurrió en Guipúzcoa, declarándose el Sindicato Libre. Del mismo modo, la creación de los Sindicatos Democráticos de Estudiantes tendrá impacto en los distritos medianos y pequeños. En Oviedo, expone su representante cómo «había grandes dificultades en conseguir, por ejemplo, una adhesión al Sindicato Libre, costaba bastante trabajo convencer a la gente para que actuase […]. Hoy día se consigue, incluso con hechos aislados y esta gente se radicaliza hasta tal punto que a veces hay que frenarlos». O en Sevilla, donde su delegado consideraba que no tenía «mucho que informar, ya que prácticamente no se ha hecho nada», aunque «se habla mucho de la constitución del Sindicato, de asambleas, pero esto está muy lejos de nosotros»[50]. Y en distritos donde no había apenas organización estudiantil el Sindicato Libre y la Reforma democrática de la Universidad actuarán como un primer elemento de politización. En Valladolid, por ejemplo, se informaba cómo «no se ha manifestado ninguna conciencia política, ninguna reivindicación en ningún tipo de campo», aunque últimamente, «existe una disposición por parte de los universitarios hacia una reforma democrática»[51].

En el caso de Madrid, si bien en un principio se había coordinado con Barcelona para la creación de los respectivos sindicatos, a principios del curso 1965-1966 no consiguió celebrar elecciones libres anticipándose a las oficiales, por lo que el movimiento estudiantil se dividió entre los partidarios de participar en las oficiales y los contrarios. Está división tuvo lugar, también, entre los militantes del PCE; mientras la dirección universitaria defendió la primera opción, diversos comités de facultad optaron por la segunda[52]. Esta situación producirá «un pesimismo y una desmoralización tremenda» que «también prendió en los grupos más avanzados, en los grupos políticos», sin embargo «a raíz de la asamblea de Barcelona» y de la movilización que desencadenará, «que fue un auténtico elemento acelerador y clarificador para el distrito de Madrid»[53] se producirá un salto en la presentación de plataformas en los cursos que llevarán a

la constitución del Sindicato Democrático en abril de 1967, en una asamblea con más de tres mil estudiantes e igualmente inmerso en un momento de importante movilización universitaria[54].

La creación de los Sindicatos Democráticos de Estudiantes será catalizadora, especialmente en Barcelona y Madrid, pero también otros distritos como Valencia, Bilbao o Santiago de Compostela, de la mayor incidencia social y política de los estudiantes durante la dictadura y representará un salto en cuanto a la movilización universitaria y extrauniversitaria. En Barcelona, desde el mismo momento en que se tuvo conocimiento del cerco policial a la Asamblea Constituyente del SDEUB se multiplicarán las movilizaciones en la ciudad, caracterizadas por la transversalidad social de sus participantes, desde obreros a clérigos. La más importante de las inmediatamente posteriores a la Capuchinada, se producirá el día 17 de marzo, con una convocatoria unitaria por primera vez de todas las fuerzas sociales y políticas de «de la oposición antifranquista» y con un nivel de participación sin precedentes en la ciudad. Lo que según Josep Salas (dirigente del PSUC) había creado «una situación totalmente nueva en Barcelona, en cuanto a nivel y profundidad alcanzada por la lucha de masas en defensa de las libertades democráticas»[55]. Además, a partir del curso 1966-1967, se volverán recurrentes las convocatorias de jornadas de movilización obrero-estudiantil sacando a las calles a miles de participantes e iniciándose un ciclo de movilización que llegaría hasta el final de la dictadura. Una dinámica de movilizaciones obrero-estudiantiles se extenderá también en Madrid a partir de las movilizaciones del 27 enero de 1967. Según Mundo Obrero, ese día habían salido a las calles más de cien mil obreros llamados por las Comisiones Obreras de Madrid, acompañados por una importante presencia estudiantil. En la ciudad universitaria, presidida por un cartel en el que se podía leer: «OBREROS Y ESTUDIANTES; TODOS UNIDOS», la policía había intervenido disolviendo una asamblea de más de mil estudiantes, produciendo importantes choques con la policía; «muchos se defienden a pedradas (…) desde el piso superior arrojan ladrillos y piedras y gritan: “¡DICTADURA NO; DEMOCRACIA SÍ! ¡OBREROS Y ESTUDIANTES, UNIDOS!”». Los enfrentamientos con la policía continuarán al día siguiente improvisando los estudiantes «una barricada desde la cual se defienden con gran energía de los ataques policiacos»[56]. El movimiento estudiantil tomará a partir de ese momento un carácter mucho más político y directamente antifranquista.

La conjunción de la efervescencia estudiantil con una incesante represión, magnificada a partir del estado de excepción de 1969[57], llevará a una

radicalización exponencial de los estudiantes más politizados[58], que les conectará con las movilizaciones estudiantiles que alrededor del mundo se estaban produciendo en torno a los sesentayochos[59]. Si hasta el momento, aunque existiese entre los partidos políticos en la Universidad disputa ideológica, la línea de actuación política que había impulsado y caracterizado al movimiento estudiantil había sido la desarrollada por los comunistas, entorno a los movimientos de masas, la Reconciliación Nacional y con el objetivo prioritario de una democracia social y política. La movilización estudiantil impulsada por la nueva izquierda radical se constituirá en muy buena medida y, especialmente en un inicio, como contraposición a la línea política anterior. Inspirados, en muy buena medida, por el Mayo francés, por los aires guerrilleros y antiimperialistas que llegaban de Vietnam y por el ideal del revolucionario representado por el Che Guevara. Se centrarán en defensa de la violencia revolucionaria (siempre más teórica que práctica)[60], por reivindicaciones que no se asimilasen a problemáticas sectoriales concretas sino a planteamientos directamente políticos que apuntaban una transformación radical y revolucionaria inminente, con un mayor culto a la vanguardia y a la espontaneidad y apostando por la democracia directa en contraposición de la representatividad. Además, la ocupación permanente de las principales universidades por parte de la policía llevará a una clandestinización del movimiento estudiantil en las principales universidades, funcionando, a partir de 1969, como una caja de resonancia de las movilizaciones que se producen en el exterior. A diferencia de como había sucedido en la década anterior dejarán de ser los estudiantes uno de los principales elementos generadores de esa conflictividad y movilización social más allá de la Universidad. Aunque la movilización estudiantil se mantendrá hasta el final de la dictadura, especialmente con un carácter antirrepresivo[61]. En los últimos años de la dictadura, además, las universidades serán un dinamizador del antifranquismo en ciudades universitarias en las que hasta el momento la oposición no había tenido una presencia relevante.

Como bien ha destacado Fernández Buey, «cuando se haga la historia detallada de esos años, habrá que empezar destacando la superior visión política de los comunistas, esto es, la capacidad del PCE-PSUC para resaltar varios elementos embrionarios en los movimientos nacientes y que habrían de tener una trascendencia general»[62]. Una visión política que había sembrado sus semillas en la década de los cincuenta –tanto en el movimiento estudiantil como en el obrero– y que aun con sus idas y venidas, en forma a veces de optimismo y otras de frustración e incluso de crisis, los comunistas habían conseguido mantener

constante en las décadas siguientes, pasando, en el caso de la Universidad, de los actos puntuales de rebeldía estudiantil a la constitución de un movimiento estudiantil sostenido en el tiempo, que llegaría a ser uno de los actores fundamentales de la guerra de trincheras que el PCE se planteaba contra la dictadura. Lo que contribuirá a convertir a los comunistas en el principal intelectual colectivo de la oposición al Régimen, en el partido del antifranquismo, siendo determinantes en la movilización social antifranquista y en la crisis final de la dictadura[63].

---

[1] Jordi Amat, Com una pàtria. Vida de Josep Benet, Barcelona, Edicions 62, 2017, pp. 50-54.

[2] «Suplement», ORIENTACIONS. Front Universitari de Catalunya, (diciembre 1944); ORIENTACIONS. Front Universitari de Catalunya, I (febrero 1945).

[3] «Editorial», ORIENTACIONS. Front Universitari de Catalunya, año III, XV (marzo 1946); «Editorial», ORIENTACIONS. Front Universitari de Catalunya, XVI (abril 1946); «Manifest de la FNEC», ORIENTACIONS, Front Universitari de Catalunya, XVI (abril 1946).

[4] Felipe Nieto, La aventura comunista de Jorge Semprún, Barcelona, Tusquets, 2014, pp. 86-89.

[5] «Editorial», UFEH. Órgano de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos, I (15 de mayo de 1946); «Nuestra Lucha», UFEH. Órgano de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos I (15 de mayo de 1946).

[6] F. Nieto, La aventura comunista, pp. 88-89.

[7] «Repressió falangista contra els estudiants catalans», ORIENTACIONS, Front Universitari de Catalunya, any III, XV (marzo 1946); J. Amat, Com una pàtria, pp. 73-74.

[8] Fèlix Fanés, La Vaga de tramvies del 1951. Una crónica de Barcelona, Barcelona, Laia, 1977, pp. 38-57.

[9] Michel Richards, «Falange, autarquía i crisis. La vaga general de 1951 a Barcelona», Segle XX. Revista catalana d'història 3 (2010), pp. 95-124.

[10] «Información sobre las luchas en Barcelona», 1951, Nacionalidades y Regiones, Cataluña: jacq. 518, AHPCE; «Desarrollo de la huelga en Barcelona», julio de 1951, Nacionalidades y Regiones, Cataluña: jacq. 514, AHPCE; F. Fanés, La Vaga de tramvies del 1951, pp. 38-57.

[11] «Desarrollo de la huelga en Barcelona», julio de 1951, Nacionalidades y Regiones, Cataluña: jacq. 514, AHPCE.

[12] «Informacions de Catalunya», 1951, Documentos PSUC: jacq. 520-521, AHPCE.

[13] F. Nieto, La aventura comunista, pp. 161-164.

[14] Ibid., pp. 153-160.

[15] Ibid., pp. 268-269.

[16] «Informe sobre mi viaje a España», setiembre 1952, Fuerzas de la Cultura: jacq.1, AHPCE; Jorge Semprún, Autobiografía de Federico Sánchez, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 36-44.

[17] «Entrevista a August Gil Matamala», Fons moviment estudiantil: CEDID-UAB; Joan Manuel García Ferrer y Martí Rom, Joaquín Jordá, Barcelona, Associació d'Enginyers Industrials de Catalunya, 2001, pp. 27-28; Jordi Solé Tura, Una historia optimista. Memorias, Madrid, Aguilar, 1999, pp. 90-93; Juan Goytisolo y Manuel Vázquez Montalbán, «Recordando a Octavi Pellisa», Mientras Tanto 55 (septiembre-octubre 1993), pp. 84-93.

[18] Juan Goytisolo, Coto Vedado, Madrid, Alianza, 1985, p. 247.

[19] J. M. García Ferrer y M. Rom, Joaquín Jordá, p. 28; «Informe sobre la situación del grupo universitario», septiembre de 1957, Nacionalidades y Regiones, Cataluña: jacq. 975, AHPCE.

[20] J. Solé Tura, Una historia optimista, pp. 90-93.

[21] «Entrevista a Rosa María Borràs», Col·lecció Biografies obreres: Fonts

orals i militancia sindical (1939-1978): Fundació Cipriano García-AHCCOO.

[22] «Carta-informe de J. Semprún», 24 de febrero de 1954, Fuerzas de la cultura: jacq. 82, AHPCE; «Carta de Jorge Semprún», 2 de febrero de 1954, Fuerzas de la cultura: jacq. 81, AHPCE.

[23] Miguel Ángel Ruiz Carnicer, El Sindicato Español Universitario (SEU) 1939-1965, Madrid, Siglo XXI de España, 1996, pp. 301-305.

[24] «Trabajos y actividades que pueden desarrollarse en la Universidad», diciembre de 1957, Nacionalidades y Regiones, Cataluña: jacq. 910, AHPCE.

[25] Carme Molinero y Pere Ysàs, La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 26-34.

[26] Pau Casanellas, Morir matando, El franquismo ante la práctica armada, 1968-1977, Madrid, Catarata, 2014, p. 33.

[27] José Álvarez Cobelas, Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970), Madrid, Siglo XXI de España, 2004, pp. 54-56.

[28] «Informe de como concienciar políticamente a la parte del pueblo español que, a pesar de haber hecho la guerra con Franco, no defendían ningún interés personal», 1954, Fuerzas de la cultura: jacq. 31, AHPCE.

[29] Fue revisado por el grupo comunista en la Universidad y por la recién creada Asociación Socialista Universitaria; F. Nieto, La aventura comunista, pp. 318-320.

[30] Jordi Gracia, Javier Pradera o el poder de la izquierda. Medio siglo de cultura democrática, Barcelona, Anagrama, 2019, pp. 9-11; F. Nieto, La aventura comunista, pp. 19-77.

[31] Luis Goytisolo, Estatua con palomas, Barcelona, Destino, 1992, p. 30; J. M. García Ferrer y M. Rom, Joaquín Jordá, p. 19; David Fernández y Anna Gabriel, August Gil Matamala. Al principi de tot hi ha la guerra, València, Sembra Llibres, 2017, pp. 66 y 102.

[32] Carme Molinero y Pere Ysàs, De la hegemonía a la autodestrucción. El

Partido Comunista de España (1956-1982), Barcelona, Planeta, 2017, pp. 20-26.

[33] «Informe de Andrés [Miguel Núñez]», noviembre de 1956, Nacionalidades y Regiones, Cataluña: jacq. 837, AHPCE; J. M. García Ferrer y M. Rom, Joaquín Jordá, pp. 28-31.

[34] Luis Goytisolo, Cosas que pasan, Madrid, Siruela 2009, p. 67; J. M. García Ferrer y M. Rom, Joaquín Jordá, pp. 28-31.

[35] María Coll i Pigem, Al Paranimf! La primera revolta estudiantil, Barcelona, Base, 2017; Carme Molinero y Pere Ysàs, Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981), Barcelona, L'Avenç, 2010, p. 24.

[36] «Comunicado del II Pleno de Comité Central del Partido Comunista de España. Informe de la camarada Dolores Ibárruri», septiembre 1957, Documentos PCE: c. 38, AHPCE; «Resolución sobre la jornada de reconciliación nacional», agosto 1957, Documentos PCE: c. 38, AHPCE.

[37] Manolo López, Mañana a las once a la Plaza de la Cebada, Albacete, Bomarzo, 2009, p. 409; J. Solé Tura, Una historia optimista, pp. 107-117.

[38] Giaime Pala, El PSUC. L'antifranquisme i la política d'aliances a Catalunya (1956-1977), Barcelona, Editorial Base, 2011, pp. 31-32.

[39] Jesús Sánchez Rodríguez, Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982), Madrid, FIM, 2004, pp. 80-82.

[40] «Entrevista a Joaquim Boix», en S. López Arnal (Ed.), Universidad y Democracia. La lucha estudiantil contra el franquismo, Barcelona, El Viejo Topo, 2016, p. 24.

[41] Francisco Fernández Buey, Por una universidad democrática, Barcelona, El Viejo Topo, 2009, pp. 19-20.

[42] «Carta de Blasco [Gregorio López Raimundo]», 12 de noviembre de 1964, Nacionalidades y Regiones, Cataluña, Correspondencia: c. 55, AHPCE; «Carta de Blasco [Gregorio López Raimundo]», 10 de diciembre de 1964, Nacionalidades y Regiones, Cataluña, Correspondencia: c. 55, AHPCE.

[43] «Informe de los estudiantes de Barcelona del PCE sobre la Universidad»,

diciembre de 1964, Fuerzas de la Cultura: jacq. 214-215, AHPCE; «Declaración conjunta de las delegaciones de: Arquitectura, Ciencias, Comercio, Derecho, Económicas, ESADE, Farmacia, Filosofía, Ingenieros industriales, Ingenieros de Tarrasa, IQS, Medicina», curso 1964-1965, Fons DU Sèrie Documents Universitat (Subsèrie Arxiu 1): 1964.1, comunicats conjunts, CRAI-Pavelló de la República. [Aunque está catalogada en 1964, la declaración es de marzo de 1965]; «Informe sobre la primera reunión con el camarada Alex» (mayo de 1965), Nacionalidades y Regiones, Cataluña, correspondencia: c. 56, AHPCE,

[44] Elena Hernández Sandoica; Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Marc Baldó Lacomba, Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, p. 239.

[45] «Por una universidad democrática» (marzo 1966), Dossier d'informes i crides diverses (1964-1972): c.1935, ANC-PSUC; F. Fernández Buey, Por una universidad democrática, p. 21.

[46] «Carta de Alex», 15 de noviembre de 1964, Nacionalidades y Regiones, Cataluña, Correspondencia: c. 55, AHPCE.

[47] «Entrevista a Albert Corominas», en S. López Arnal (ed.), Universidad y democracia, p. 62

[48] «Entrevista a José Luis Martín Ramos», en ibidem, pp. 92-94.

[49] Para el caso de Valencia, véase Sergio Rodríguez Tejada, Zonas de Libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia, Valencia, PUV, 2009, vol. II, pp. 25-111.

[50] Para el caso de Sevilla, véase Alberto Carrillo-Linares, Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977), Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2008.

[51] «Transcripción de una reunión coordinadora nacional», 1966, PSUC, Comités d'estudiants del PSUC: 976(II), ANC.

[52] J. Álvarez Cobelas, Envenenados de cuerpo y alma, pp. 173-174; «Entrevista a José Luis Martín Ramos», en S. López Arnal (ed.), Universidad y democracia, pp. 94-95.

[53] «Transcripción de una reunión coordinadora nacional», 1966, PSUC, Comités d'estudiants del PSUC: 976(II), ANC.

[54] J. Álvarez Cobelas, Envenenados de cuerpo y alma, p. 178.

[55] «Carta de Emilio» [Josep Salas], 19 de marzo de 1966, Nacionalidades y Regiones, Cataluña, correspondencia, c. 56, AHPCE.

[56] «Más de 100.000 manifestantes el 27 de enero en Madrid», Mundo Obrero, 1.a quincena de febrero de 1967; «La Universidad contra la dictadura», Mundo Obrero, 1.a quincena de febrero de 1967.

[57] Pere Ysàs, Disidencia y Subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 29-34.

[58] El inicio de ese proceso de radicalización en Barcelona estará marcado por la escisión del «grupo unidad», llevándose prácticamente la totalidad del Comité Universitario del PSUC, quienes formarán finalmente el PCE(i); véase José Luís Martín Ramos, «Los orígenes de una nueva formación», en José Luís Martín Ramos (coord.), Pan, Trabajo y Libertad. Historia del Partido del Trabajo de España, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 19-66.

[59] Jordi Sancho Galán, «"Nuestro 68 fue el 66". El movimiento estudiantil de Barcelona en el marco global de los sesentayochos (1965-1969)», Historia del Presente 34 (2019), II época, pp. 161-176.

[60] Pau Casanellas, «"Hasta el fin". Cultura revolucionaria y práctica armada en la crisis del franquismo», Ayer 92 (2013), pp. 21-46.

[61] Javier Errázuiz, «El movimiento estudiantil madrileño durante el curso 1975-1976: auge y agotamiento de un actor fundamental en la lucha contra el franquismo», Ayer 99 (2015), pp. 199-224.

[62] F. Fernández Buey, Por una universidad democrática, pp. 27-28.

[63] Carme Molinero y Pere Ysàs, La transición. Historia y relatos, Madrid, Siglo XXI de España, 2018, pp. 20-86.

IX

POLITIZAR EL DESCONTENTO.

ORGANIZACIÓN, MOVILIZACIÓN Y CONSTRUCCIÓN DE ALTERNATIVAS EN LA ESPAÑA RURAL (1959-1977)[1]

Cristian Ferrer

A primeros de marzo de 1977, cuando el Movimiento Nacional y los sindicatos verticales aún estaban en pie y el Partido Comunista era una fuerza ilegal, numerosas carreteras españolas amanecían diariamente bloqueadas por millares de tractores. Era la primera huelga general agraria que se producía, como tal, en la historia de España. La movilización campesina se inició a finales del mes de febrero en la Rioja, después que se suspendiera el congreso constituyente de la Unión de Agricultores y Ganaderos de la región por orden gubernativa. En respuesta, el 19 de febrero los agricultores de Santo Domingo de la Calzada decidieron salir con sus tractores, arrastrando tras de sí a los campesinos riojanos que llamaron a la solidaridad de las otras uniones sindicales campesinas de España. El movimiento se expandió como una mancha de aceite por casi toda la geografía agraria: de Logroño a Pamplona, Palencia, Vitoria y Burgos, por todo el norte peninsular; de Huesca y Zaragoza, recorrió el valle del Ebro hasta Lleida, Tarragona o Castellón, en el noreste. Desde Valencia hacia el centro, extendiéndose la movilización por Albacete, Ciudad Real o Cuenca y alcanzando Segovia y Valladolid.

En Galicia, las nacionalistas Comisións Labregas lideraban el movimiento; la Unió de Pagesos lo hacía en Cataluña y las Baleares; en el País Valenciano, la opción del campesinado democrático era la Unió de Llauradors. En algunas regiones, como Aragón o Murcia, los organismos campesinos se llamaban Unión o Asociación de Agricultores; en otros lugares, como Andalucía o Extremadura, se denominaban Comisiones Campesinas. La mayoría de ellas formaban parte de

una organización confederal de ámbito español y de carácter unitario en proceso de construcción, que había llamado a la movilización general el 26 de febrero. En términos globales, la bautizada por la prensa como «guerra de los tractores» alcanzó a un total de veintiocho provincias, movilizó de 40.000 a 80.000 vehículos agrícolas, según gobierno y convocantes, y a un número igual o superior de agricultores que demandaban libertad sindical, el desmontaje de las estructuras agrarias del franquismo y una profunda revisión de precios[2].

El hecho revelaba los intensos cambios que se habían producido en el campo español a lo largo del franquismo. De entrada, la movilización desvelaba un extendido malestar entre la gente que vivía de la tierra. Por otro lado, tal abrumadora presencia de tractores en las carreteras solo era posible después de un profundo proceso de mecanización de la agricultura, que había propiciado un incremento de la productividad del trabajo en un agro falto de manos y cada vez más orientado hacia la exportación. De que aquel no fuera un proceso reducido a unas pocas regiones es muestra la referida movilización general del campo que, pese a sus muchas diferencias internas, tenía problemáticas compartidas.

La movilización fue auspiciada por uniones sindicales campesinas, en un momento que estas eran aún asociaciones ilegales –aunque, ciertamente, más toleradas que sus homólogas obreras–, lo que nos indica que el campesinado español había conseguido dotarse de organizaciones propias y que desafiaban el ordenamiento político del franquismo sin Franco. Además, habían inventado originales formas de lucha, como la misma tractorada, que eran comunes entre el campesinado español y que les conectaban con las nuevas corrientes reivindicativas del mundo urbano. Particularmente, con el movimiento obrero, con quienes compartían el uso de los espacios del sindicalismo vertical en el campo, las Hermandades de Labradores y Ganaderos. La finalidad de la «infiltración» sindical era aprovechar los cauces legales de participación y, haciendo uso de los espacios de reunión, establecer contacto con el conjunto del campesinado, y no solamente con los sectores más politizados, muchos ya organizados en los partidos antifranquistas.

Los comunistas fueron una organización fundamental en todo aquel proceso de politización y organización del malestar en el campo. No sin dificultades, el PCE se adaptó a las mutaciones experimentadas en el sector primario después del Plan de Estabilización de 1959, que conectó la economía española a la ola de crecimiento de Europa occidental. A pesar de su firme defensa de los sectores más vulnerables del campo, los jornaleros, el PCE trató de aunar sus

reivindicaciones con las del pequeño campesino que, pese a disponer de su tierra en propiedad, vería cómo le eran enajenados los medios productivos –desde semillas a fertilizantes– y pasaban a ser económicamente dependientes de las grandes empresas transformadoras. Algunas de las demandas del movimiento campesino que los comunistas contribuyeron a construir lograron ser abordadas durante la negociación de los Pactos de la Moncloa de 1977, aunque no siempre con los resultados deseados.

MUNDO RURAL Y ANTIFRANQUISMO

Hace décadas quedó atrás la visión de una transición conducida por las élites políticas en el contexto de un país de clases medias, modernizado durante el franquismo, que ansiaba entrar en Europa y que precisaba dejar atrás las obsoletas estructuras políticas de la dictadura. La historiografía más solvente sobre los orígenes de la democracia en España destaca la crisis de la dictadura como elemento central que permite comprender el fracaso de los proyectos continuistas tras el fallecimiento del dictador. Se destacan distintos factores en la crisis del franquismo, pero sobre todo se subraya el papel clave de las movilizaciones sociales, que vendrían a profundizar otros elementos que la dictadura estaba enfrentando: desde el agotamiento del ciclo de crecimiento económico tras el shock de 1973 y su efecto sobre los beneficios patronales, a la división de la élite política ante un escenario cada vez más complejo[3]. Que la España de 1976, un país donde la huelga era todavía duramente sancionada, ocupara el tercer lugar en horas no trabajadas de los países de la OCDE, da muestra de la dimensión de las movilizaciones de aquel entonces[4].

Hasta bien recientemente, las miradas hacia la España rural durante el periodo se despachaban con adjetivos como «apatía» o «desmovilización», sobre todo si se ponía ante el espejo del polvorín urbano e industrial. Hasta cierto punto, se asumía la imagen que el franquismo proyectaba sobre el campo: un lugar armónico y sin antagonismos sociales. Un entorno definido por su oposición a las ciudades, espacios intrínsecamente problemáticos, conflictivos y, desde un punto de vista católico-integrista, carentes de moralidad. El campo, por el contrario, era identificado en el imaginario franquista como el depositario de las esencias patrias, en la línea de la tradición conversadora, y que el ruralismo

fascista recuperó[5].

Sin embargo, en el último ventenio se han cuestionado los paradigmas de la atonía ciudadana en los medios rurales. La línea de investigación que más fructífera se ha mostrado al respeto ha sido la del estudio de las actitudes sociales, que ha permitido valorar tanto los mecanismos de generación de consentimiento hacia las instituciones del régimen como rastrear muestras de disenso. Esto ha hecho posible certificar las grietas permanentes a la hegemonía social del franquismo, las cuales pueden situarse en la base del arraigo de organizaciones antifranquistas[6]. Estudios de carácter regional han venido a demostrar que, tras una tranquilidad solamente aparente, en realidad se estaban produciendo procesos de politización y movilización que, en muchas ocasiones, carecían de un contexto proclive para poder saltar a la arena pública. Pero ello no implica que no se produjeran desafíos al régimen, sus instituciones y su personal político, en un proceso de revalorización de «los pueblos» en el cambio político[7].

No es completamente cierto que el campo no hubiera gozado de atención por parte de la historiografía anterior, pero sí lo es que durante largo tiempo se priorizó el estudio de la conflictividad y las organizaciones jornaleras, en tanto que sujeto mejor equiparable al obrero industrial. También es cierto que los escritos sobre las asociaciones campesinas tendieron a focalizar en aquellas más directamente comparables a sus correlativas industriales, como las Comisiones Obreras Agrícolas o el Sindicato Obreros del Campo, haciendo de Andalucía, por ello, el principal marco geográfico analizado[8]. Estudios en este ámbito contribuyeron, sin embargo, a situar la existencia de conflictos agrarios que darían pie a investigaciones en otras latitudes y sobre otros grupos sociales. En buena medida, el recorrido empezó analizando la historia de las asociaciones agrarias que vehicularon aquellos conflictos. Ahí ya quedaba en evidencia el papel preponderante que tuvo el PCE, no solamente en las regiones jornaleras, sino también en donde predominaba la pequeña propiedad, aunque también se iría recuperando el rol de fuerzas nacionalistas en algunos territorios[9].

EL TRABAJO EN EL CAMPO

Los comunistas plantearon su trabajo político en un campo en profundo proceso de transformación. Ello implicaría variaciones sustanciales en su concepción de los problemas campesinos. Si bien el PCE había destacado en su compromiso por la pequeña propiedad durante de la Guerra Civil, siguió priorizando la movilización de los sectores campesinos más asimilables a la clase obrera industrial hasta avanzados los años sesenta[10]. En un informe interno de 1946, se decía: «Debemos dedicar especial atención a la rápida organización de la Federación de Trabajadores de la Tierra (UGT) y hacer de ella una gran y poderosa organización de masas, por ser la más proletaria y por lo tanto, la más consecuentemente combativa contra Franco y Falange y por la democracia»[11]. La reorganización de la FTT-UGT debía repercutir en la adhesión de los trabajadores agrícolas a la lucha armada, pues, el «movimiento guerrillero sin la participación en masa de los campesinos en la lucha, siempre será un movimiento raquítico»[12]. Ello da muestra de hasta qué punto se desconfiaba de las posibilidades de organizar a otras capas populares campesinas, aparentemente menos consecuentemente antifranquistas.

Sería a partir de la formulación de la Política de Reconciliación Nacional en 1956, y de los cambios económicos que se empezarían a dejar sentir a partir de aquella década, que el PCE empezaría a reformular su política de masas en el campo. Los comunistas entendían que el crecimiento agrícola registrado era de base especulativa y que estaba generando cambios en las alianzas sociales fundantes del régimen, enajenando al pequeño campesinado católico que había dado la bienvenida al franquismo. Por lo tanto, junto a aparceros y trabajadores agrícolas, se apelaba a la movilización de pequeños propietarios, pero supeditando su acción a los primeros[13]. No sería hasta los años sesenta que entre los análisis aparecía más claramente la voluntad de constituir un gran frente sin subordinaciones entre jornaleros, pequeños campesinos y arrendatarios. En un informe de 1966, se apuntaba:

Los campesinos de Castilla, de Navarra, de Galicia, de parte de Extremadura y Andalucía que estaban en las filas de Franco, ¿no eran acaso pueblo? ¿No eran también las gentes de la clase media que estaban en el mismo campo? ¿Se puede concebir una política popular, en la España de hoy, sin contar con esas partes tan importantes de nuestro pueblo?[14].

Los comunistas se acercarán al campo con unos moldes trasladados del mundo industrial, por lo que su planteamiento fundamental para la acción política consistirá en favorecer la infiltración en las organizaciones de masas del régimen y en la creación de comisiones de campesinos a la imagen de las Comisiones Obreras. Al igual en las fábricas, el PCE canalizará el activismo de sus militantes en los entornos rurales hacia las Hermandades, pues estas «son, por el momento al menos, el mejor vehículo de que disponemos para ligarnos a las masas, despertar su conciencia de clase y movilizarlas»[15]. A menudo se ha identificado la traslación de esta estrategia de infiltración, de la desde las urbes a los pueblos, como acrítica y artificial. Sin embargo, cabe destacar que son numerosos los casos de militantes comunistas que a inicios de los cincuenta habían sido elegidos ya vocales o enlaces sindicales en Hermandades por toda la geografía española y que la misma formación de Comisiones se produjo en paralelo en la minería asturiana y en la vendimia gaditana[16].

Los comunistas no estarían solos en la organización política del campesinado, pues a su lado había sectores católicos organizados en el Movimiento Rural Cristiano y, muy especialmente, su rama juvenil, las JARC, las Juventudes de Acción Rural y Católica. Ambos grupos contaron con la colaboración inestimable de técnicos y universitarios, ya fueran peritos, ingenieros agrónomos o científicos sociales, que tuvieron un papel crucial en la conexión permanente entre dos mundos aparentemente tan antagónicos: el rural y el urbano. Cuando se empezaran a extender las Comisiones Campesinas, en la segunda mitad de los años sesenta, técnicos y universitarios vinculados al mundo agrícola formarían también parte de este nuevo movimiento campesino, aportando sus conocimientos económicos y asesorando a nivel técnico a los representantes antifranquistas en el aparato sindical del régimen. Esa conexión no era extraña o artificiosa, pues, en muchos casos, técnicos y universitarios provenían de aquellos entornos rurales. Para muchos de estos, la universidad fue una etapa de toma de conciencia política y de adquisición de compromisos antifranquistas[17]. Los comunistas eran conscientes de estas conexiones e intentaron canalizarlo políticamente, pues organizar el partido en sus poblaciones de origen era «deber de todo militante comunista» de cualquier «gran ciudad, que por razones familiares o de relaciones de amistad, tienen contactos o conocimientos con otros lugares»[18].

La consigna de infiltrarse en las Hermandades propuesta por el PCE no tenía que ver tanto con el papel que estas pudieran tener en la mejora de las condiciones laborales o en la negociación de los precios agrícolas, pues esas cuestiones

dependían de instituciones vinculadas al Ministerio de Agricultura como el Fondo de Ordenación y Regulación de Producciones y Precios Agrarios (FORPPA), sino con las posibilidades de usar las reuniones plenarias o de sección como foros desde los que difundir consignas antifranquistas. Igualmente, aquellos eran buenos espacios desde los que recoger las demandas más sentidas, que luego eran trasladas a la dirección del partido.

La presentación de militantes o simpatizantes del PCE a las elecciones sindicales, particularmente importante como estrategia a partir de 1966, se complementó a menudo con la «captación» de individuos que habían sido elegidos enlace o miembro de un jurado con anterioridad y que habían destacado por su «representatividad», como ellos lo llamaban, es decir: por su capacidad de iniciativa o liderazgo local. Los números avalaban esta estrategia, pues se estimaba que en Valencia «más del 60 por 100 de los presidentes no fueron reelegidos y algo parecido ocurrió en otras provincias». No significaba que todos fueran antifranquistas, ni mucho menos, pero había que «apreciar como un hecho positivo la voluntad de renovación que se ha manifestado entre los campesinos». Esa predisposición por el cambio debía llevar a utilizar los «puestos conquistados […] en las Hermandades […] para combatir más eficazmente de lo que se ha hecho hasta aquí la política anti-campesina del régimen»[19].

Sin embargo, las posibilidades de participación en las organizaciones verticales eran muy limitadas y siempre estaban a merced de que se autorizaran las reuniones sindicales. Un buen ejemplo lo encontramos en un escrito hecho público por un representante de los aparceros canarios:

Nosotros hemos pedido en muchas ocasiones en los últimos años que se nos permitiera reunirnos en la Sindical para discutir nuestros problemas y nombrar a nuestros representantes. La única vez que lo pudimos conseguir en el año 1967 en una asamblea de aparceros, uno de los que esto firma fue elegido, los demás han ido abandonando poco a poco la aparcería aburridos de tropezar siempre con el mismo muro. Como aquella elección no fue respetada, volvimos a pedir nuevas reuniones y elecciones. El año pasado [1966] se nos prometió una reunión en un cine de Sardina del Sur para elegir a nuestros representantes. El día de la reunión cuando todos esperábamos en la puerta se suspendió el acto sin más explicaciones. Después de todos estos detalles y muchos más, que sería muy

largo terminar de contar aparece esta Junta Social que nadie sabe quiénes son, lo que piensa, lo que hace y por qué[20].

Así pues, siempre fue necesario alterar los cauces legales, de reuniones a través de las Hermandades allá donde fuera posible, con reuniones ilegales, a menudo en el campo o en casas particulares. Los principales objetivos a corto plazo de aquel movimiento campesino en ciernes variaban según territorios, de acuerdo con sus bases sociales mayoritarias, aunque los de largo plazo coincidieran. Así, en zonas de predominio jornalero, donde primero se dieron muestras de protesta, predominaron reivindicaciones de tipo salarial, por la contratación o los convenios de cultivo y el foco de sus acciones tendía hacia las Hermandades. Destacaron, por su pronta organización, áreas de agriculturas muy capitalizadas y con necesidad de abundante mano de obra asalariada, como la región vinícola gaditana y diversos municipios a lo largo del valle del Guadalquivir. Sería particularmente en el Marco de Jerez (Cádiz) donde saldrían aprendizajes de valor para la organización del movimiento y que contribuirían a consolidar la idea de las Comisiones Obreras del campo.

Martínez Foronda explica que en inicio ni los propios militantes del PCE acababan de comprender la necesidad estratégica de fundar una organización sindical al margen del partido. Pero la experiencia de la fracasada huelga gaditana de 1964, larvada en el seno de las estructuras sindicales en el contexto de una negociación colectiva, que contó con la solidaridad de otros campesinos modestos en principio ajeno al conflicto, convenció a los comunistas de la necesidad de consolidar y extender espacios más amplios que los del partido –como lo eran las comisiones de campesinos– con el fin que los implicados en los conflictos pudieran discutir abiertamente y, así, legitimar las protestas[21]. La difusión de lo que en Andalucía se llamaron Comisiones Obreras Agrarias y Campesinas (COAC) los años siguientes consiguió notables resultados en la infiltración en las secciones sociales de diversas Hermandades en unas pocas cabeceras comarcales en las elecciones sindicales de 1966. La Voz del Campo Andaluz y Radio España Independiente, tanto en Andalucía como en general, fueron dos elementos de difusión fundamentales para que extensión del movimiento[22]. Buscando una mayor coordinación de las distintas Comisiones locales o comarcales, en 1968 se celebraría en Sevilla la primera reunión general de las CC.OO. Agrícolas e Industriales andaluzas, las llamadas «comisiones mixtas», que si bien se impulsaron por todo el territorio español, sus éxitos

fueron escasos y acabaron constituyéndose como organizaciones separadas.

Similar fue otro caso pionero en la provincia de Toledo. En la conocida como Villa de Lenin –en realidad Villa de Don Fadrique– el PCE tenía una arraigada tradición que se remontaba a los años veinte. Tras la durísima posguerra, los vendimiadores fadriqueños empezaron a plantear demandas salariales a partir de 1952, fecha desde la que el PCE logró reorganizarse en la comarca. La notable capacidad de infiltración de campesinos de adscripción comunista, tanto en la Hermandad como en la cooperativa local, llevó a que se lograra elegir a un vecino como alcaldable por el tercio sindical a propuesta del PCE que, sin embargo, topó con el rechazo del gobernador civil. Sería a partir de 1966, cuando el PCE se hizo fuerte en la sección social de la Hermandad, que nacerían las Comisiones Campesinas (CC.CC.) en la provincia de Toledo, desde dónde se planteaban demandas salariales y por mejorar las condiciones de trabajo de los jornaleros ante los representantes de la sección económica[23].

LA PUGNA POR LAS COOPERATIVAS

Si el foco de actuación en las regiones jornaleras tendió a priorizar la infiltración sindical y las demandas de tipo salarial, en zonas donde predominaba la pequeña propiedad y en las que anteriormente existía una arraigada tradición cooperativista, como Cataluña, País Valenciano o amplias zonas de las Castillas, las principales preocupaciones campesinas estuvieron, en cambio, relacionadas con las amenazas de lo que Bernal ha llamado la «reconversión agraria» de las explotaciones familiares[24]. Las cooperativas, debido a su función técnica y suministradora de inputs agrarios –fertilizantes, semillas y, muy particularmente, créditos a bajo coste– eran fundamentales para el porvenir del campesinado más modesto, necesitado de sus servicios. La victoria fascista en la Guerra Civil había supuesto la clausura de centenares de cooperativas, por su supuesta vinculación izquierdista. En Andalucía, Extremadura y Cataluña, se calcula que solamente sobrevivieron dos de cada diez cooperativas agrícolas, y los bienes e inmuebles de las clausuradas fueron a parar a las nuevas instituciones agrarias del régimen[25]. El proceso reforzó la dependencia de los pequeños agricultores hacia los grandes propietarios en la posguerra, pero las necesidades productivas en el campo favorecerían la apertura de nuevas cooperativas agrícolas en la

década de 1960, hecho que reforzaba la política de disputarlas a los representantes del régimen.

El PCE jugaría un rol destacado en orientar protestas que, en distintos puntos del territorio, se estaban produciendo de manera autónoma y desorganizada. La necesidad de formar y extender cuadros políticos en el campo se puso sobre la mesa tras el VI Congreso, de 1959-1960. A lo largo de los sesenta el PCE nombraría responsables del partido de las zonas rurales, cuyo fin sería reorganizar los maltrechos comités existentes que apenas mantenían vida política. En Cataluña, por ejemplo, la reorganización de la mayoría de comités locales en las comarcas se da entre 1964 y 1968, en los cuales siempre se nombraba un responsable de movimiento campesino[26]. Las reuniones con grupos católicos se multiplicaron durante aquel periodo, procurando sumar a las reuniones campesinas a exmilitantes del sindicalismo de época republicana, ya fuera socialistas o anarcosindicalista, junto, claro está, a otros campesinos que no formaban parte de ninguna cultura política definida. Los tempos de aquel esfuerzo organizativo variarían dependiendo de los territorios, pues en Cataluña los trabajos de organización en el mundo rural se iniciaron a partir de 1963, mientras que en Aragón la «constitución de un equipo de camaradas especialistas y dedicados en exclusiva al trabajo del Partido en el campo» no se da antes de 1970, al igual que en las provincias de Castilla y León[27].

Del mismo modo que sucedía con el nuevo movimiento obrero, aquellos campesinos organizados políticamente necesitaban romper el aislamiento propio de su trabajo e ir más allá de su círculo de confianza para entrar en contacto con el conjunto del campesinado, mayoritariamente receloso ante cualquier iniciativa de acción estrictamente política. Esto solo era posible sobre un programa que los movilizara a partir de cuestiones concretas, que conectaran con sus expectativas y experiencia acumulada, así como que, ineludiblemente, partiera de la actuación a través de las propias organizaciones de encuadramiento del régimen en el campo: las cooperativas locales y las Hermandades. Las potencialidades no eran pocas, tal como constataban las autoridades franquistas sobre los cooperativistas: «No son siempre de fiar sus mandos, existiendo algunos que tuvieron actividades izquierdistas»[28]. El malestar estaba ahí y solamente hacía falta organizarlo, tal como destacaba un informe comunista en 1964:

[…] la reunión reciente que se ha realizado en la Unión de Cooperativas de las

Comarcas Tarraconenses [… en la que] asistieron representantes del Sindicato Agrícola de los pueblos de aquellas comarcas […] fue convocada como consecuencia del malestar de los payeses de aquellas comarcas, fundamentalmente por los productos de vino y avellanas. […] Uno de los acuerdos fue el compromiso de que ninguna bodega cooperativa efectuaría la venta del vino a menos de 32 ptas. Hectolitro […]

[…] la lucha [que] ya se está desarrollando es necesario que tenga un nivel más elevado y más generalizado, los ejemplos que he dado son bastante significativos y pienso yo, que son el primer paso en la actual situación que permitirán dar otros y de un nivel más elevado […] pero es necesario que nosotros podamos ayudar más[29].

Por los mismos motivos que las cooperativas se situaron en un lugar privilegiado de la acción opositora, eran de igual forma espacios muy codiciados por los grandes tenedores, a menudo también propietarios de empresas de transformación, que se inscribían como cooperativistas para evitar que estas estuvieran al servicio de los grupos sociales más vulnerables. Las conexiones entre los gerentes y los poderes políticos locales eran evidentes. Como ejemplo podría citarse la cooperativa arrocera de Amposta, en el delta del Ebro, que desde 1960 estuvo dirigida por un empresario conservero que era primo del alcalde de la localidad. Su presidente era solo la cara más visible de un grupo de poder, popularmente conocidos como Los Soneca, cuyas conexiones se extendían también a la empresa envasadora de la zona y, por supuesto, a la Hermandad Sindical[30]. Similar situación se denunciaba en la comarca castellano-leonesa de La Armuña, donde las Hermandades de los municipios de Gomcello, La Vellés, Pedrosillo el Ralo y Castellanos de Moriscos compartían el mismo presidente, que era su vez alcalde de uno de estos municipios[31].

Un caso paradigmático de la pugna vivida en las cooperativas es el de Villamalea (Albacete). En 1960 algunos militantes del PCE constituyeron una plataforma legal para presentarse a las elecciones de renovación de la junta directiva de la cooperativa local, con un programa de denuncia de la situación del campo y de la ineptitud de los gerentes, vinculados a los intereses bodegueros. Las autoridades impedirían que un campesino –militante comunista– fuera nombrado secretario de la cooperativa, debido a sus antecedentes políticos, pero el año siguiente este logró postularse para presidirla y logró ser elegido por los

socios[32]. La importancia de las cooperativas para los sectores dominantes quedó en evidencia cuando los vinculados a la junta saliente se escindieron y crearon una nueva cooperativa al margen. Las nacientes CC.CC. manchegas tendrían en el municipio albaceteño un punto de referencia fundamental y, en el presidente de la cooperativa de Villamalea, su representante en los encuentros campesinos de ámbito estatal a partir de 1970. Desde la cooperativa de Villamalea se liderarán las protestas contra la entrega vínica obligatoria a partir de 1971, lo que acarrearía multas de casi un millón y medio de pesetas, que finalmente serán drásticamente reducidas y, en 1976, condonadas[33].

LAS COMISIONES DEL CAMPO

Los procesos de creación de las Comisiones Campesinas fue paralelo a la extensión y coordinación de CC.OO., dos movimientos que se veían como parte constitutiva de uno solo. El PCE sería un agente de primer orden en el proceso que se abriría para hacer converger las reivindicaciones campesinas con la política general de oposición al franquismo, al tiempo que fue el máximo interesado en la construcción de organizaciones que permitieran hablar de movimientos campesinos realmente existentes, y no solo de protestas aisladas. En ese proceso serían también fundamentales las organizaciones del cristianismo social, que habían hecho posible la presencia de antifranquistas en importantes cooperativas en Lleida, Lugo o Valencia, que habían «llegado a caer en manos de hombres enemigos del régimen actual»[34].

Fue a partir de experiencias como aquellas, junto con la presencia en las secciones sociales de las Hermandades, que las comisiones del campo, igual que sus homólogas industriales, tomarían una dimensión estable, tal y como se explicita en el fragmento siguiente:

La creación de Comisiones Obreras y Campesinas se vio como una necesidad ineludible […] Se pudo constatar un hecho que se está dando en muchos pueblos y que tiene iguales características que el que se dio en las zonas industriales urbanas cuando el nacimiento de las CC.OO., las comisiones agrícolas aparecen al calor de una reivindicación cualquiera […]. Estas comisiones no deben

desaparecer, hay que mantenerlas y popularizarlas[35].

Los objetivos propuestos por el naciente movimiento campesino solían ser modestos. Y aunque había un malestar latente, que no pasaba desapercibido a los ojos de las autoridades, rara vez los conflictos se producían de manera abierta. No hace falta insistir en las dificultades para expresar protestas públicas en entornos rurales, donde todos los miembros de la comunidad son de sobra conocidos. Sin embargo, ello no implicó que en ocasiones no estallaran protestas públicas. El PCE observó con mucho interés, y participó allá donde le fue posible, las protestas campesinas, jornaleras y ganaderas durante los últimos años de la década de 1960 en muchos otros territorios más allá de Andalucía y Extremadura, como Ourense, Asturias, Aragón, Canarias –de una particular intensidad el de los aparceros tomateros en Gran Canaria– o en el País Valenciano[36].

El mismo proceso organizativo surgido a raíz del conflicto puede observarse en tantas otras latitudes españolas. En casi todas ellas se formarían Comisiones del Campo de alguna manera vinculadas a las experiencias de «infiltración» en las Hermandades a partir de 1966 o en las cooperativas (o en ambas), en la que no solamente participan campesinos comunistas. De hecho, en regiones como Asturias, Murcia o Aragón, los grupos católicos progresistas serían los predominantes y los comunistas, unos compañeros más. Sin embargo, la participación del PCE será clave en el proceso de coordinación regional de estas experiencias atomizadas iniciado en 1967. En Canarias, el PCE impulsó una Asamblea de Campesinos de Las Palmas, que bebía de las experiencias del duro conflicto aparcero en torno a la recolección del tomate de aquel año. En Cataluña las reuniones culminarán en la conformación de la Comissió Nacional de Pagesos de Catalunya en el verano de 1968[37]. Las COAC de Andalucía lo harían en septiembre de 1968, en un encuentro conjunto con CC.OO. Otras tantas experiencias similares no pasarán de un ámbito local, comarcal o, a lo sumo, provincial, como en algunas zonas de La Mancha –principalmente en Toledo, Albacete y Ciudad Real– o la huerta de Valencia.

Puede que el PCE no fuera la fuerza predominante en todos los territorios donde se conformaron Comisiones del Campo, pero no hay duda de que fueron los comunistas quienes mayor impulso la coordinación de aquel movimiento multiforme. La finalidad del PCE será lograr hacer converger los movimientos

campesinos con el conjunto del antifranquismo. Ese empeño provocaría roces con los grupos cristianos de base, cuya aproximación al campesinado estaba menos madurada –o menos ideologizada– que la del PCE. La praxis puramente asamblearia de los católicos progresistas jugó en contra de acelerar los procesos de coordinación en aquel periodo, lo que comportó frecuentes críticas a los comunistas por estar, a su parecer, instrumentalizando el movimiento campesino.

Los comunistas impulsaron los encuentros campesinos de ámbito regional a finales de la década anterior, dejando constituidas organizaciones campesinas en Andalucía, Aragón-Rioja, Toledo, Albacete, Ciudad Real, Valencia, Galicia, Asturias, Murcia, Euskadi y Cataluña. En mayo de 1970 se encontraron en Madrid delegados de estas nacionalidades y regiones con el fin de coordinar el movimiento campesino a nivel español. El programa que se trazó en ese primer encuentro de las llamadas Comisiones Obreras Agrícolas y Campesinas estaba nítidamente atravesado por la cuestión jornalera, con propuestas fuertes en contra del paro agrario, por un seguro de desempleo y con firmes apuestas por el reparto de la tierra y la reforma agraria[38].

La orientación fundamental de las COAC iba en la línea de la política comunista para el campo: impulsar organizaciones de base de ámbito local o comarcal, que congregaran a cuantos campesinos fuera posible. Pero también se apostaba por impulsar agrupaciones sectoriales de jóvenes, mujeres y parados con la finalidad de, al lado de las cuestiones productivas, reivindicar un salario social en forma de prestación por desempleo, acceso a la cultura, a la educación y el derecho al ocio. De acuerdo con la praxis de CC.OO., se instaba a actuar a la luz pública –para lo que las huelgas de Marco de Jerez representaban una experiencia a imitar– a través de las Hermandades, cooperativas o, en caso de no ser posible, en las plazas públicas o en el campo[39].

EXPERIENCIAS DE BASE EN UN CONTEXTO DE GRAN MOVILIZACIÓN

La verdadera extensión del movimiento fueron los años setenta, al calor de un creciente malestar campesino. Tres fueron los elementos de politización del campesinado familiar en la década de 1970: los precios bajos de las cosechas, la

política de importaciones del gobierno y la cuestión de los seguros sociales[40]. Todos venían ya de la década anterior, pero sería a partir de la crisis internacional iniciada en 1973 que tomarían fuerza. La crisis iba a tener un gran impacto en la agricultura, debido a la subida del precio de los carburantes, abonos o productos fitosanitarios, que eran fundamentales en la nueva agricultura industrial. Por lo que se refiere al campo jornalero, la novedad de la época –compartida con el mundo obrero– fue el aumento del paro agrícola de carácter estructural. El final de la emigración exterior, debido a la recesión económica, eliminaba la tradicional válvula de escape ante el desempleo, que en algunas regiones se volvió muy apremiante. La política de liberalización de precios hizo que estos evolucionaran a la baja, haciéndolos cada vez menos remuneradores. En paralelo, el gobierno siguió fijando los precios de algunos productos por debajo del valor de mercado. En un campo en pleno proceso de capitalización, el estancamiento económico supuso un duro revés para las rentas campesinas y también jornaleras.

La errática política de importaciones del gobierno estuvo en la base de muchas demandas campesinas, que precedieron a la crisis de 1973. El gobierno no renunció a la importación de productos agrarios, como el azúcar cubano, si ello repercutía en el mantenimiento de las exportaciones de mayor valor añadido, como maquinaria agrícola. Ello afectaba a los remolacheros castellano-leoneses, de lejos, los principales productores de azúcar en España. En 1973 el FORPPA trató de ajustar el precio de la remolacha a la escasa cantidad demandada, pero manteniéndola por debajo del valor de mercado. Para los remolacheros era evidente que «el objetivo de la política agraria del gobierno consiste en hacer que nosotros los campesinos estemos pagando y sosteniendo el desarrollo industrial capitalista»[41].

Los años setenta se iniciaron con un antifranquismo cada vez más movilizado, como lo había demostrado la vasta extensión de las protestas contra el Proceso de Burgos, y con una conflictividad socio-laboral que cada vez alcanzaba a más regiones, otrora desmovilizadas. De hecho, en 1970, el número de trabajadores en provincias españolas donde anteriormente no se habían producido prácticamente conflictos superaron a las tradicionalmente más conflictivas[42]. Las regiones agrícolas no se mantuvieron al margen del crecimiento general de la conflictividad. Las movilizaciones jornaleras en los años sesenta consiguieron notables incrementos salariales y que, a partir de 1969, se estableciera por ley un salario mínimo y una regulación del marco laboral en el campo. Ello no frenó nuevas reivindicaciones salariales en los setenta. Pero a partir de 1973 se

experimentó una notable ampliación de las reclamaciones jornaleras y, especialmente en Extremadura y Andalucía, tomaron fuerza las demandas de un mayor desarrollo de medidas de protección social, en un contexto de creciente desempleo y en el que era palmario el desigual desarrollo de las medidas asistencial en el mundo rural respeto al urbano[43].

Uno de los conflictos que tomó fuerza en aquellos años fue el relativo a la Seguridad Social Agraria (SSA). Iniciado a finales de la década anterior, tomaría nueva fuerza a partir de 1971. En zonas de predominio de la pequeña propiedad, como Galicia o Cataluña, el malestar por las abusivas cuotas de la SSA, sirvió como aglutinante del movimiento campesino en aquellos territorios. El problema venía de cómo se calculaban los pagos. Se definía como empresario a todo agricultor que superase las 5.000 pesetas de líquido imponible, que les obligaba a abonar la cuota empresarial de la SSA. El modelo de cotización se basaba en las «peonadas teóricas», que se calculaban sobre la información deficiente del catastro rústico y el que elaboraban las Hermandades locales; la riqueza rústica y pecuaria de las explotaciones se fraccionaba entre el número de sujetos pasivos que las trabajaban y, después, se multiplicaba por un valor x. El monto total se dividía por municipios y por explotaciones, en función de parámetros como el tipo de cultivo, lo que generaba un reparto tributario que no se correspondía con la realidad de muchas explotaciones[44].

Esta disparidad puede verse, por ejemplo, con el caso de Girona. Pese a contar solamente con 4.653 jornaleros, las cotizaciones a la SSA de la provincia igualaban a las del Cádiz, dónde había nada menos que 46.111 asalariados agrícolas. Las campañas para boicotear los pagos a la SSA se alentaron a través de la prensa mediante cartas colectivas enviadas por los afectados, en los que se argumentaba que el pago por peonadas teóricas, «por injusta, debe ser derogada»[45]. En las comarcas gerundenses los boicots, iniciados ya en el ciclo 1968-1969, fueron secundados por más de 3.000 payeses[46]. La problemática de los pagos a la SSA por parte de los pequeños propietarios hizo despertar una gran solidaridad popular entre otros segmentos sociales ajenos al trabajo de la tierra, ya que «estos deseos no son ya exclusivos de los campesinos. Han saltado a todos los hombres progresistas, a todo el pueblo»[47].

En Albatàrrec (Lleida) la solidaridad de los vecinos impidió que veintinueve payeses que se habían negado a abonar las cuotas correspondientes a la SSA fueran detenidos y embargados por las autoridades en 1972, en una campaña de recogida de firmas impulsada por comunistas y católicos de base[48]. En la

comarca gallega de Verín (Ourense), parroquias enteras se negaron a pagar la cuota empresarial de la SSA, llegando el impago al 63 por 100 del monto total. El boicot, impulsado por los comunistas gallegos a través de CC.CC. junto con las nacionalistas Comisións Labregas, alcanzó a municipios donde nunca antes se había planteado conflicto alguno, como San Millán, Arzádegos, Bande, Paderne o Merca[49].

Otro importante conflicto fue el propiciado por la llamada entrega vínica obligatoria (EVO), decretada por el gobierno a partir de la campaña 1971-1972. El Ministerio de Agricultura perseguía minimizar la importación de vino y alcohol, por lo que decretó la entrega del 10 por 100 de la cosecha. Para los viticultores, la EVO significaba un descenso notable en sus ingresos, pues los precios que pagaba el gobierno eran un 40 o 50 por 100 menores a los del mercado.

El conflicto se inició en Villamalea (Albacete). La cooperativa agrícola local, donde un militante del PCE había logrado retener la presidencia desde 1961, impulsó una campaña pública contra la entrega vínica obligatoria. La campaña coincidió con un año de malas cosechas en el que, además, se hizo público que la EVO no había evitado que siguieran importándose derivados alcohólicos de otros países mediterráneos. Según cálculos propios, la entrega obligatoria hasta 1975 suponía pérdidas de más de nueve millones de pesetas para los cooperativistas. La junta de la cooperativa presentó diversos escritos a la Hermandad Nacional y a la prensa en demanda de precios justos, la equiparación de la SSA a la general, subvenciones públicas y créditos blandos para ayudar a la mecanización y también una nueva ley de cooperativas que no privara a los organismos de su dimensión económica –la ley de 1942 las consideraba organizaciones sin ánimo de lucro– y que estableciera un sistema interno democráticos[50].

El conflicto liderado por Villamalea estimuló la movilización campesina en lugares aparentemente tan inconexos como la Rioja o el Empordà gerundense. Pero donde el movimiento cobró verdadero impulso fue en las comarcas de Tarragona en 1973, donde el PSUC logró canalizar el conflicto a través de la Unión de Cooperativas provincial, alcanzándose tasas de no entrega del 80 por 100 de las cooperativas tarraconenses[51].

Los comunistas no solamente estuvieron presentes en estos conflictos, sino que fueron un elemento fundamental para su desarrollo y, sobre todo, para estimular

su emulación en otros lugares. Sin embargo, la sensación general que transmite la documentación de las CC.CC. del momento es la de unas organizaciones aparentemente coordinadas a nivel estatal que, no obstante, eran incapaces de canalizar el conjunto de movimientos de descontento campesino que se estaban produciendo desde la base. Al mismo tiempo, se lamentan de la imposibilidad de movilizar a sectores amplios más allá de los acólitos. En un informe de 1970 se reconocía la incapacidad del partido por cumplir con su «papel dirigente» en el campo, con el fin de que las protestas mantuvieran «su carácter revolucionario»:

nuestras lagunas organizativas en el campo impiden coordinar la organización de asociaciones campesinas; nuestra estructura organizativa (sectorial) dificulta la coordinación política de las organizaciones y restringe la tarea política del [Partido]; la inexistencia de algunas normas elementales del centralismo democrático, compatibles con las medidas de seguridad en el actual periodo de clandestinidad, han venido incapacitando a amplios sectores de nuestra organización hacia las tareas políticas dentro y fuera del [Partido], han posibilitado el desarrollo de planteamientos liquidacionistas[52].

El crecimiento de la conflictividad en los medios rurales se tradujo en un incremento de nuevas altas en el partido, identificado como la herramienta más eficaz para desafiar a la dictadura. La presencia en entornos rurales y pequeñas poblaciones de un partido con un gran peso urbano como el PSU catalán, por ejemplo, crecía en el campo a un ritmo proporcionalmente mucho mayor de lo que lo hacía en las ciudades[53]. Los debates sobre una mayor autonomía de las organizaciones de base y, particularmente, de aquellos camaradas que participaban en los movimientos sociales junto con otras organizaciones políticas, se puso entonces encima de la mesa. Se optó por adaptar las fórmulas organizativas del partido a las realidades sobre las que actuaba y no al revés, por lo que en las pequeñas poblaciones se disolvieron unos frentes sectoriales carentes de sentido. Esto dio mayor capacidad de iniciativa a los militantes comunistas, que trataron de afianzar los vínculos con las otras tendencias del movimiento campesino y hallar vías de colaboración más allá de los conflictos en marcha. La insistencia en no trasladar de manera automática planteamientos generales que difundía el partido a través de sus órganos de expresión, que podían no funcionar en contextos locales concretos, fue una constante hasta la

legalización[54].

Las múltiples experiencias de lucha de inicios de los setenta y esta mayor autonomía de las organizaciones de base del PCE propició el surgimiento de nuevos liderazgos locales y de agrupaciones a menudo carentes de organización formal. De hecho, muchas de las experiencias que el PCE llamaba Comisiones Campesinas, como ha advertido Ortiz Heras para el caso castellano-manchego, «no tienen una clara atribución nominal» y a menudo no se llamaron a sí mismas así antes de 1970[55]. Muestra de esta disparidad de actores y movimientos de base, con distintos grados de participación del PCE, son los constantes llamamientos a la «unidad» del movimiento campesino hecho desde las filas comunistas. Las CC.CC. de Aragón y Rioja consideraban que «la unidad y la lucha del Movimiento Campesino es vital y sagrada» y proponían «a todos los militantes activistas, a cuantos católicos y marxistas, demócratas y progresistas, grupos u organizaciones que estén interesados en la problemática y la lucha campesina» encontrar «formas posibles de unidad y coordinación del Movimiento Campesino»[56].

Pero la dinámica del movimiento campesino en buena parte de España estaba muy centrada en demandas de tipo económico y no tan nítidamente políticas –aunque realizar dicha distinción resulta intrincado en un régimen como el franquista, donde el mero hecho de asociarse en defensa de los propios intereses era considerado un desafío político–[57] y su esfera de actuación era mayormente local o comarcal. Entonces, ¿por qué necesitaban los campesinos organizarse en fórmulas como las COAC de ámbito español? En la práctica, el proceso de coordinación a nivel estatal iniciado en 1970 se vio desbordado por el dinamismo desde abajo. Lo mismo ocurrió en una gran parte de territorios donde el PCE había impulsado la coordinación de CC.CC. de ámbito local o comarcal en organizaciones regionales.

En Cataluña, por ejemplo, donde desde 1968 existían unas Comisiones Payesas de ámbito nacional catalán en la que formalmente participaban comunistas, socialistas y católicos, era evidente que estas no agrupaban a cuanto se movía en el campo. Los socialistas del MSC –que habían abandonado su anticomunismo primerizo– apostaron por buscar nuevas fórmulas organizativas hacia 1973, que reflejaran en el campo el proceso unitario representado por la Assemblea de Catalunya[58]. Para ello, decían, debían tenerse «en consideración los trabajos hechos en el intento de organizar las comisiones de payeses, las aportaciones de diferentes grupos comarcales de orientación socialista, y muy especialmente las

experiencias vinculadas a las luchas campesinas de los últimos años»[59]. Es decir, no se negaba el hecho de que solamente había un movimiento campesino de ámbito catalán, y este era el de Comisiones Payesas que impulsaban los comunistas junto con otros grupos, pero pedían a los comunistas que no se llamaran al engaño y que reconocieran que Comisiones había fracasado como propuesta puramente unitaria. Se iniciaría entonces un proceso que culminaría, entre 1974 y 1976, en la fundación de la Unió de Pagesos[60]. Un proceso similar se recorrería en otros rincones de la geografía española durante el último año de vida de Franco.

HACIA LA COORDINACIÓN DEL MOVIMIENTO CAMPESINO

Ante la imprevisibilidad de los acontecimientos políticos hacia 1975 –y tratando también de aprovechar la presencia de campesinos demócratas, tanto en las secciones sociales como económicas, de numerosas Hermandades en distintos puntos del país tras las elecciones sindicales de aquel año– el PCE impulsó los Encuentros de movimientos campesinos de ámbito estatal. El proceso se alargó todo un año y pretendía vertebrar un movimiento sindical agrario democrático, aunando bajo un mismo paraguas las numerosas y diversas experiencias asamblearias y organizativas promovidas por todo el país. La rápida reorganización de uniones sindicales de agricultores y ganaderos entre 1975 y 1976 desgajó de estas, en la mayoría de los casos, a los sectores jornaleros, que tendieron a agruparse en las Comisiones de Obreros Agrícolas que promovía el PCE, en las Comisiones Jornaleras –después Sindicato de Obreros del Campo– vinculadas al Partido del Trabajo o en la recientemente reconstituida Federación de Trabajadores de la Tierra de la UGT socialista[61].

El primero de estos nuevos encuentros campesinos se celebró en noviembre de 1975 y fue de carácter puramente aproximativo. En los dos encuentros siguientes, celebrados en enero y abril de 1976, se estableció una hoja de ruta conducente hacia alguna fórmula de coordinación. En los de 1976 se dejó sentir una mayor polarización política, particularmente intensa entre los representantes del PCE y del PTE, pero también con los del PSOE. El foco de tensión más acuciante giró en torno a la cuestión jornalera y fue protagonizada mayoritariamente por los delegados andaluces. Sin embargo, esta tensión se vio

amortiguada por la cada vez mayor presencia de uniones campesinas de carácter unitario de distintos territorios, cuyas bases eran mayoritariamente pequeños propietarios, algunos de los cuales realizaban también faenas agrícolas como temporeros. El PCE, siguiendo el modelo italiano, planteaba una separación orgánica de las asociaciones jornaleras, que deberían federarse en CC.OO., mientras que el PTE apostaba por que los sindicatos jornaleros fueran una federación más en la naciente confederación agraria[62].

El IV Encuentro, celebrado el 14 de noviembre de 1976, sentó las bases organizativas para la confluencia y coordinación de los distintos movimientos campesinos de toda España. Se reunieron ciento cincuenta representantes de veintiuna organizaciones campesinas –entre las que destacaban la Unió de Pagesos catalana, la Unión de Agricultores y Ganaderos de Aragón, las Comisiones Campesiñas gallegas o el Movimiento Reivindicativo del Campo del País Valenciano– junto con otras tantas que todavía no habían celebrado sus congresos constituyentes, pero que lo harían en los próximos meses, como las de Logroño, Navarra, Asturias, La Mancha, Murcia, Sevilla, Jaén, Extremadura, Zamora o Valladolid[63]. En beneficio del acuerdo, se obvió la cuestión jornalera. De hecho, ni las COAC de Andalucía que impulsaba el PCE ni las maoístas Comisiones Jornaleras asistieron al encuentro.

Los tres puntos fundamentales del acuerdo fueron la constitución de una Coordinadora «regular y estable» formada por representantes elegidos de manera democrática en cada una de las uniones participantes. Siendo conscientes de los rápidos movimientos de los jerarcas sindicales y del personal político vinculado a la dictadura por constituir organizaciones campesinas de corte conservador, los participantes se instaban a potenciar los procesos unitarios en el territorio con el fin de fortalecer la naciente unión democrática campesina. Por último, se posicionaban en contra de la reforma sindical del gobierno y «todos los intentos que se están realizando para perpetuar el actual sindicalismo vertical, que durante cuarenta años únicamente ha representado a los monopolios»[64].

La articulación de los diversos movimientos campesinos respondía al impulso de partidos como el PCE, que lo consideraban imprescindible para que los trabajadores del mundo rural mejoraran sus medios de vida[65]. Pero, sobre todo, derivaba de la necesidad campesina de ofrecer resistencia a los intentos gubernamentales por mantener las estructuras del verticalismo agrario en el nuevo marco político que se estaba dibujando. Aquella Coordinadora de Organizaciones Campesinas pasó a constituirse, en el contexto de la huelga

general agraria de 1977 con la que abríamos este texto, en la Coordinadora de Organizaciones de Agricultores y Ganaderos, una unión sindical de tinte confederal y no vinculada a partido político alguno. La COAG fracasaría como experiencia sindical unitaria, al igual que la mayor parte de intentos en este sentido en la época. Pero su nacimiento sería de gran valor para dialogar con los gobiernos democráticos venideros en nombre de los agricultores. Poco después de la tractorada de 1977, el gobierno reconocería el derecho de libertad sindical, pero el nuevo movimiento campesino tuvo que hacer frente a los intentos continuistas, que fueron muy relevantes en el campo.

CONTRA LAS PRETENSIONES CONTINUISTAS

El reconocimiento de la libertad sindical no era, en sí mismo, algo que dificultara los planes del ejecutivo. Desde 1976 los dirigentes de la Hermandad Nacional, particularmente su presidente Luis Mombiedro de la Torre, habían comprendido la necesidad de renovar las estructuras sindicales en el campo. Fueron constantes los intentos de los jerarcas por encabezar manifestaciones campesinas de la época, una pretensión que cabe inscribirla en una estrategia para recuperar el prestigio de las anquilosadas estructuras sindicales franquistas entre el campesinado[66]. Los verticalistas siguieron intentando apropiarse del malestar campesino, de sus luchas, e incluso de sus sindicatos. En un artículo en Pueblo, los falangistas acusaban a las fuerzas políticas de la oposición de haber instrumentalizado la desazón campesina, «intentando manipularles y cambiar la orientación de su organización, puesto que estas personas [de la oposición] han convocado reuniones a lo largo de la geografía catalana empleando como bandera el nombre de la Unió de Pagesos»[67].

Esta estrategia por despolitizar y apropiarse de la protesta se complementaba con el despliegue represivo por parte de Gobernación, que advertía a los gobernadores civiles afectados por la tractorada de 1977 de la actuación de «piquetes dirigidos a mantener por medio de la coacción la situación actual de estacionamiento de los tractores en las carreteras y otras vías públicas», por lo que se les exhortaba: «deberá proceder enérgicamente contra todos los integrantes de los piquetes y en particular contra los promotores», es decir, contra aquellos que estaban organizados en las uniones sindicales agrarias[68].

El mayor problema del continuismo que representaban unas y otras actuaciones no era su desprestigio social, sino que sus propuestas chocaban con las reivindicaciones últimas del movimiento campesino, que no eran meramente económicas –como los jerarcas las identificaban–, sino centralmente políticas. Los sindicatos reclamaban la libertad sindical, la seguridad social equiparada con otros oficios y la revisión de los precios de los productos agrarios. Pero por encima de todo, en las carreteras, lo que se exigía era el reconocimiento de los sindicatos democráticos como mediadores para resolver las demandas de los agricultores.

La Hermandad Nacional elaboraría una reforma destinada a canalizar la recientemente reconocida libertad sindical en el seno de una nueva organización corporativa en el campo, que reproduciría los tres niveles del sindicalismo vertical franquista: local, provincial y estatal. Aquellas corporaciones serían la «representación genérica de los intereses agrarios / comunes, y [actuarían] como organismos unitarios y dialogantes con la Administración del Estado»[69]. Que la representación campesina recayera sobre las nuevas Hermandades y no sobre el sindicalismo democrático no era una cuestión menor. Ciertamente, una interlocución como la propuesta en el proyecto de Mombiedro podía permitir una representación más directa de algunas agriculturas, pero no de los intereses sociales de los segmentos más vulnerables en ella. Por todo ello, las organizaciones agrarias democráticas, así como las organizaciones políticas participantes en su seno, rechazaron las propuestas que no fueran el desmontaje de las instituciones franquistas en el campo.

El proyecto de Mombiedro era extemporáneo. El movimiento campesino en España reclamaba a las alturas de 1977 una mejor política de precios y una seguridad social equiparable a la general, pero sobre todo reivindicaba libertad sindical como vía de representación de sus intereses como grupo social. Es decir, particularmente rechazaba la representación mediada por organismos de tipo corporativo como en tiempos de la dictadura. Este hecho provocaba tensiones en la cultura política de quienes estaban en el gobierno. Un ejemplo representativo de la actitud del ejecutivo ante la emergencia de las demandas de intermediación directa por parte del campesinado es la anécdota del fugaz ministro de Agricultura, Fernando Abril Martorell, quién se negó entrevistarse con un grupo de campesinos del Almendralejo (Badajoz) tras unas heladas en Extremadura:

[…] hay que hacerles entender que existe un camino normal y civilizado de hacer la cosas, de presentar las reclamaciones. Si acepto la coacción, no solo me han derrotado a mí sino han derrotado a todo el sistema, y mañana tendrás aquí a los del azafrán y pasado a los del tomate. Y así unos tras otros. Hay una autoridad y hay que respetarla, incluso en democracia [sic]. Y esa autoridad también tiene sus problemas, y tiene su agenda. Ellos no pueden dictar mi agenda y presentarse aquí cuando les plazca. Se puede llamar, se pueden escribir cartas, se pueden pedir visitas… ¡No voy a recibirles![70].

En definitiva, existían unos canales oficiales de representación campesina y poco o nada importaba que no fueran democráticos. Bajo estos moldes, se publicó el Real Decreto 1336/77 por el cual se creaban las Cámaras Agrarias como corporaciones de derecho público en sustitución de las Hermandades[71]. El proyecto de Mombiedro entraba en vigor el mismo día que se celebraban las primeras elecciones libres desde la Segunda República. El movimiento campesino mostró su contrariedad al decreto, pues las Cámaras asumían funciones representativas, reivindicativas y de negociación con la administración, lo que entraba en competencia –si no en abierta contradicción– con la función de los sindicatos agrarios ya legalizados. La publicación del decreto levantó un gran revuelo, con acusaciones al gobierno de intentar perpetuar el sindicalismo vertical en el campo.

Durante la labor constituyente, gobierno y oposición negociaron un conjunto de medidas de carácter jurídico, político y económico que culminaron en los denominados Pactos de la Moncloa, suscritos en octubre de 1977 por el gobierno, su grupo político, los socialistas, comunistas y nacionalistas vascos y catalanes, mientras que Alianza Popular se desmarcaba de los acuerdos políticos y firmaba solamente los económicos. El capítulo primero del título octavo se refería a la «política agrícola», en cuyo acuerdo trataron de mediar los diputados vinculados a las organizaciones campesinas democráticas.

En lo referido a los derechos sociales de los agricultores, se estableció que las organizaciones patronales y sindicales agrarias participarían en la ordenación de cultivos y en la política de precios. Se confeccionarían, también, índices de renta agrarios para establecerlos sobre baremos fiables. Como conquista sindical significativa, se establecieron las bases para el desarrollo de una Ley de Arrendamientos Rústicos, una medida complementaria a la política de precios

que las resistencias patronales hicieron que no fuera aprobada hasta el último día de 1980[72]. Otra de las grandes demandas del sector era, como hemos visto, la Seguridad Social. En los Pactos de la Moncloa no se estableció plazo de ejecución y fue muy vaga su formulación, lo que daría pie a que siguieran las campañas de impago de la cuota empresarial[73]. La Ley de Seguros Agrarios Combinados, que sería aprobada poco antes de terminar la primera legislatura, otorgaría su gestión a las Cámaras y no al Instituto Nacional de la Seguridad Social[74]. La batalla contra las Cámaras Agrarias marcaría buena parte de los conflictos sindicales agrarios de 1978 en adelante, consiguiendo finalmente su supresión a mediados de los años noventa[75].

EPÍLOGO

El movimiento campesino siempre tuvo tiempos de actuación propios. Si bien resulta incuestionable que sus reivindicaciones políticas generales se construyeron acorde con las del grueso de la oposición, cabe señalar que sus demandas específicas y su propio modelo de conflictividad –ligado a la especificidad de las condiciones laborales en el campo– lo desligaba de los tempos que otros movimientos sociales, como el estudiantil o el vecinal, podían hacer coincidir con la punta de lanza del antifranquismo: el movimiento obrero.

Diversas organizaciones políticas integraron a militantes campesinos en sus listas para las elecciones de junio de 1977. En las candidaturas comunistas, se decía con orgullo, «no hay solo dirigentes políticos que ocupan cargos de dirección, sino, sobre todo, auténticos dirigentes del movimiento obrero, de los campesinos, de los barrios populares, intelectuales reconocidos»[76]. Resulta evidente que el notable resultado electoral cosechado en las principales barriadas obreras españolas –con un voto comunista que podía oscilar entre el 30-40 por 100– tenía que ver con la representatividad de aquellas candidaturas, además del hecho que el PCE se había constituido en las siglas de quienes, durante tantos años, habían dado la cara contra las injusticias.

Aunque no aportara un peso electoral tan elevado como el voto urbano, cabe destacar que de los 59 municipios españoles en los que las candidaturas comunistas rebasaron el apoyo de un tercio de los votos válidos en las elecciones

generales de 1977, solamente en tres de ellas –Montilla (Córdoba), Sant Joan Despí y Cornellà de Llobregat, ambas en Barcelona– sobrepasaban los 20.000 habitantes. De hecho, si se observan los municipios con mayor concentración de voto comunista de España en 1977, se constata que este se dio en municipios de menos de 10.000 habitantes, aunque no homogéneamente repartidos por el territorio.

Entre los municipios donde las candidaturas del PCE cosecharon más del 40 por 100 de los votos, destacan poblaciones andaluzas como Iznalloz (Granada, 40,6 por 100), Casariche (Sevilla, 40,7 por 100), Casabermeja (Málaga, 48,5 por 100), las poblaciones cordobesas de Espejo, Fernán-Núñez, Montemayor y Montalbán de Córdoba (entre el 52,4 y el 60,5 por 100), Arenas (Málaga, 58,8 por 100) y Trebujena (Cádiz, 67 por 100). En Castilla la Nueva, el voto comunista se concentró en unos pocos municipios de la provincia de Albacete, como la roja Villamalea (40,9 por 100) y Madrigueras (51,8 por 100), así como en el municipio de Puerto de San Vicente (46,5 por 100), en Toledo. En Cataluña, las candidaturas del PSUC obtuvieron mayores apoyos en las ciudades medianas del área metropolitana y, entre los pequeños municipios, en los pueblos vinícolas de la provincia de Tarragona, como Porrera (41,8 por 100) y Pratdip (46,8 por 100). Otros casos reseñables son el extremeño Torre de Miguel Sesmero (Badajoz, 55,6 por 100), Fuenterrobles (Valencia, 41,7 por 100) o el pequeño municipio agrícola-ganadero de Arbatzegi-Gerrikaitz (Vizcaya), donde la candidatura del EKP se hizo con el 76,8 por 100 de los sufragios[77].

Estos resultados electorales de los comunistas en la España rural se debían, sin duda, a cuestiones que iban más allá del movimiento campesino. De hecho, solamente las candidaturas de Cáceres, Albacete, Murcia y Pontevedra iban encabezadas por un representante del movimiento campesino, ninguno de los cuales lograría salir elegido diputado[78]. Pero en unos espacios, los rurales, y en un tiempo, el del franquismo, en los que el movimiento campesino fue el único cauce democrático para expresar la disconformidad de muchos con lo existente, el PCE ponía nombre a los rostros que estuvieron allí antes. A los que demandaron mejores precios en las cooperativas, a quienes plantearon demandas en las Hermandades y reivindicaron avances en ocio y cultura en los pueblos. Los comunistas habían sido quienes, prácticamente solos y con absolutamente todo en contra, conectaron con las necesidades de mucha gente en los entornos rurales, algunos de los cuales avalaron después su programa y otros no. El PCE fue el agente fundamental para organizar el descontento en el campo, el que posibilitó la existencia de un renovado movimiento campesino, que fue

condición fundamental para incorporar las demandas de los habitantes del mundo rural a las del antifranquismo y, con él, hacerlas valer en la naciente democracia.

---

[1] Las condiciones derivadas de la pandemia de la COVID-19 han limitado la consulta de documentación primaria imprescindible para dotar de mayor solidez a mi investigación. He fundamentado este estudio en investigaciones precedentes, en archivos ya previamente consultados (especialmente de Cataluña, aunque no exclusivamente) y en el acceso a hemerotecas online, que si bien han permitido dibujar un panorama general, hacen de este texto una primera aproximación a la temática. Vaya mi agradecimiento a Patricia González-Posada, del archivo histórico del PCE, por sus atenciones durante los difíciles meses del confinamiento, y a toda la gente que se ofreció a echar una mano, en particular a Illán Holgado.

[2] La cifra es elevada a 108.550 tractores por Alicia Langreo, «Del campesino al empresario agrario: los conflictos actuales del medio rural», en Maria Antonia García de León (coord.): El campo y la ciudad. Sociedad rural y cambio social, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1996, p. 62.

[3] Pere Ysàs, «La crisis de la dictadura franquista», en Carme Molinero (ed.), La Transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia, Barcelona, Península, 2006.

[4] Xavier Domènech, Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Luchas de clases, dictadura y democracia (1939-1977), Barcelona, Icaria, 2012.

[5] Gustavo Alares, «El vivero eterno de la esencia española. Colonización y discurso agrarista en la España de Franco», en Alberto Sabio (coord.), Colonos, territorio y Estado. Los pueblos del agua de Bardenas, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010; Andrea Di Michelle, «I diversi volti del ruralismo fascista», Italia Contemporánea 199 (1995), pp. 243-267.

[6] Miguel Ángel del Arco, «“Los auténticos representantes del campo español”: Hermandades Sindicales de Labradores y generación de adhesión y consentimiento hacia el franquismo», Historia Social 84 (2016), pp. 93-112; Ana Cabana, «De imposible consenso. Actitudes de consentimiento hacia el

franquismo en el mundo rural (1940-1960)», Historia Social 71 (2011), pp. 89-106; Claudia Hernández Burgos, Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura, 1963-1976, Granada, EUG, 2013; Carlos Fuertes Muñoz, Vivir la dictadura. La evolución de las actitudes sociales hacia el franquismo, Granada, Comares, 2017.

[7] Una buena muestra son las contribuciones a la obra colectiva a cuidado de Rafael Quirosa-Cheyrouze y Emilia Martos (eds.), La transición desde otra perspectiva. Democratización y mundo rural, Madrid, Sílex, 2019. Podría citarse también el influyente libro de Óscar Martín, A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977, Madrid, Catarata, 2008.

[8] Alfonso Martínez, «Historia de Comisiones Obreras de Andalucía: desde su origen hasta la constitución como sindicato», en Alfonso Martínez Foronda (coord.), La conquista de la libertad. Historia de las Comisiones Obreras de Andalucía (1962-2000), Cádiz, Fundación de Estudios Sindicales, 2003; Rafael Morales, «Aproximación a la historia del Sindicato de Obreros del Campo de Andalucía», en Manuel González de Molina y José Antonio Parejo (coord.), Historia de Andalucía a debate. Campesinos y jornaleros, vol. 1, Sevilla, Anthropos, 2004.

[9] Andreu Mayayo, De pagesos a ciutadans. Cent anys de sindicalismo i cooperativisme agraris a Catalunya (1893-1994), Catarroja, Afers, 1995; Alberto Sabio, Labrar democracia y sembrar sindicalismo. La Unión de Agricultores y Ganaderos de Aragón (1975-2000), Zaragoza, UAGA, 2001; Alba Díaz-Geada, O campo en movemento. O papel do sindicalismo labrego no rural galego do tardofranquismo e da transición (1964-1986), Santiago de Compostela, Publicaciones de la USC, 2011; M.a Candelaria Fuentes y Francisco Cobro Romero, La tierra para quien la trabaja. Los comunistas, la sociedad rural andaluza y la conquista de la democracia (1956-1983), Granada, EUG, 2016.

[10] Fernando Hernández Sánchez, Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil, Barcelona, Crítica, 2008. Para la evolución del discurso agrario comunista, véase M.a Candelaria Fuentes y Francisco Cobo Romero, La tierra, pp. 55-87 y 153 y ss.

[11] Informe de la Secretaría Agraria al Comité Central del PSUC, julio de 1946, Fondo Nacionalidades y Regiones (NR), Catalunya, jacq. 326, Archivo Histórico

del Partido Comunista de España (AHPCE).

[12] «A los camaradas Antonio y Grande», octubre de 1947, NR, Levante, jacq. 587, AHPCE.

[13] «Llamamiento del CE a los trabajadores agrícolas», abril de 1961, Documentos PCE, AHPCE. Véase también la alocución de Ignacio Gallego en Radio España Independiente sobre movimiento campesino, dirigida a los viticultores y cerealistas, 1963, Fondo Dirigentes, caja 10, carpeta 2.1.1, AHPCE.

[14] «Informe de Castillo», septiembre de 1966, NR, Andalucía y Extremadura, jacq. 378, AHPCE.

[15] Informe, 1959, NR, Andalucía y Extremadura, jacq. 73, AHPCE. Recogido en M.a Candelaria Fuentes y Francisco Cobo Romero, La tierra, p. 139.

[16] Antonio Miguel Bernal: «Sindicalismo jornalero y campesino en España (1939-2000)», en Ángel Luis Villaverde y Manuel Ortiz Heras (coords.), Entre surcos y arados. El asociacionismo agrario en la España del siglo XX, Cuenca, Ediciones UC-LM, 2001, p. 35.

[17] Jordi Sáncho, «El PSUC y la universidad. Organización, movimientos y movilización universitaria durante el franquismo, 1956-1977», tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2021.

[18] Josep Román (Josep Serradell): «Informe de R. sobre organització», II Congreso del PSUC, agosto de 1965, NR, Catalunya, caja 50, carpeta 1/2, AHPCE.

[19] «El desarrollo del movimiento campesino», Nuestra Bandera 53 (primer trimestre 1967), p. 27, suplemento.

[20] Diario de las Palmas, 10 de junio de 1967, cit. Víctor Martín, Luana Studer y Luis Jerez, «Algunos apuntes sobre la cuestión agraria en Canarias durante el tardofranquismo y la transición: las luchas aparceras en Gran Canaria», en Aarón León Álvarez (coord.), La Transición en Canarias, La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 2018, p. 325.

[21] Alfonso Martínez Foronda, «Historia de Comisiones», especialmente las pp.

234-247; M.a Candelaria Fuentes y Francisco Cobro Romero, La tierra, pp. 197-200.

[22] Gloria Román, «“Queridos camaradas”. Resistencias cotidianas en el mundo rural alto-andaluz de los sesenta a través de las cartas de “La Pirenaica”», en Gloria Román y Juan A. Santana (coord.), Tiempo de dictadura. Experiencias cotidianas durante la guerra, el franquismo y la democracia, Granada, EUG, 2018.

[23] Isidro Sánchez, «El asociacionismo agrario en Castilla-La Mancha», en Ángel Luis López y Manuel Ortiz Heras (coords.), Entre surcos, pp. 192-193.

[24] Antonio Miguel Bernal, «Sindicalismo», p. 28.

[25] Borja de Riquer, La dictadura de Franco, Barcelona/Madrid, Crítica/Marcial Pons, 2010, pp. 156-157.

[26] Cristian Ferrer, «La fase expansiva del antifranquismo, 1962-1976. Presencia, espacios y redes del PSUC en comarcas», Nuestra Historia 3 (2017), pp. 18-38.

[27] «Informe del campo», diciembre de 1970, NR, Aragón, jacq. 342, AHPCE; Héctor Álvarez, Tomás Sarmiento y David Martínez, «La reconstrucción del PCE en la provincia de León: 1965-1975», en Manuel Bueno, José Hinojosa y Carmen García (coords.), Historia del PCE. I Congreso, 1920-1977, vol. 2, Madrid, FIM, 2007, pp. 250-251.

[28] Informe sobre el impacto de las huelgas de 1962 en la provincia de Tarragona, 12 de julio de 1962, Fondo del Gobierno Civil, caja 4367, Arxiu Històric Provincial de Tarragona (AHPT).

[29] Josep Pardell, «Carta d’en Sitges», 19 de noviembre de 1964, NR, Catalunya, caja 55, carpeta 13, AHPCE.

[30] Cristian Ferrer, Lluitadors quotidians. L’antifranquisme, el canvi polític i la construcció de la democràcia al Montsià (1972-1979), Lleida, Edicions de la UdL, 2014.

[31] «Aprendamos a luchar en las Hermandades», Unión Campesina [Salamanca], núm. 1, mayo de 1973.

[32] «Informe de (1)», marzo de 1961, NR, Castilla-Rioja-Centro, jacq. 183, AHPCE.

[33] Isidro Sánchez, «El asociacionismo agrario», pp. 190-193.

[34] Cita en «Situación del Partido y del movimiento de masas en (1) (2) (3)», noviembre de 1967, NR, Levante, jacq. 183, AHPCE. El caso de Lleida en Josep Pardell: «Carta d'en Sitges», 14 de octubre de 1966, NR, Catalunya, caja 56, carpeta 4, AHPCE; el de Lugo en Víctor M. Santidrián, Historia do PCE en Galicia (1920-1968), Coruña, Castro, 2002, p. 533.

[35] «Comunicado de la Primera Reunión Regional de Comisiones Obreras Agrícolas e Industriales de Andalucía», septiembre de 1968, cit. Rafael Morales: «Aproximación a la historia», p. 182.

[36] Ana Cabana y Daniel Lanero, «Movilización social en la Galicia rural del tardofranquismo (1960-1977)», Historia Agraria 48 (2009), pp. 111-132; Alba Díaz-Geada, O campo; Ramon García Piñeiro, «Organizaciones agrarias y movilizaciones campesinas en la Asturias franquista», en Manuel Ortiz Heras (coord.), Memoria e Historia del franquismo, Cuenca, UC-LM, 2005.

[37] Cristian Ferrer, «El PSUC y el trabajo en el campo. El movimiento campesino entre el franquismo y la transición», en Daniel Lanero (ed.), El disputado voto de los labriegos. Cambio, conflicto y continuidad política en la España rural (1968-1982), Granada, Comares, 2018, pp. 116 y ss.

[38] Sobre la primera asamblea de la COAC, M.a Candelaria Fuentes y Francisco Cobo Romero, La tierra, pp. 184-194.

[39] «Acuerdos de la primera Asamblea General de las Comisiones Obreras Agrícolas y Campesinas», mayo de 1970, caja 1552, carpeta 128, Fondo PSUC, Arxiu Nacional de Catalunya (ANC).

[40] Alberto Sabio, «Tractores no amarillos. Protesta y politización de la explotación familiar agraria en España, 1970-1980», en Rafael Quirosa-Cheyrouze y Emilia Martos (eds.), La transición, pp. 217 y ss.

[41] «Algunas consideraciones sobre la contingentación de la remolacha», Unión Campesina [Salamanca] 1, mayo de 1973.

[42] Ministerio de Trabajo: «Informe sobre conflictos colectivos de trabajo, 1970», 1971, p. 171. Archivo Central del Ministerio de Trabajo.

[43] Alberto Sabio: «Tractores», p. 216; Antonio Herrera: «¡Derechos para todos! Las luchas por un estado de bienestar para el mundo rural» y Manuel Ortiz Heras: «Políticas sociales en la España rural desde el tardofranquismo a la transición: la sanidad en tiempos de mudanza y protesta», ambos en Rafael Quirosa-Cheyrouze y Emilia Martos (eds.), La transición, pp. 53-72 y 121-147.

[44] Daniel Lanero y Ana Cabana: «Movilización social», pp. 111-132; Víctor M. Santidrián, «Resistencia fiscal y "guerras agrarias". La movilización del campesinado gallego ante la lógica industrializadora», en Daniel Lanero (ed.), Por surcos y calles. Movilización social e identidades en Galicia y el País Vasco (1968-1980), Madrid, Catarata, 2013.

[45] Carta abierta enviada por los payeses de Artesa de Lleida (Lleida) en solidaridad con los de Albatàrrec (Lleida), «Las cuotas de la Seguridad Social Agraria», La Vanguardia Española, 10 de mayo de 1972.

[46] Datos sobre los pagos a la SSA extraídos de «Extractes de documents de la Coordinadora de Comissions de Pagesos del Camp de Catalunya», s.f. [1968], caja 1552, carpeta 128, Fondo PSUC, ANC. Sobre los impagos a la SSA en Girona, véase «Un exemple a Seguir», La Veu del Camp Català 3 (abril de 1968); «Clam de protesta al camp català» y «Les quotes de la Seguretat Social Agrària», ambos en La Veu del Camp Català 5 (octubre de 1968).

[47] «Acuerdos de la primera Asamblea General de las Comisiones Obreras Agrícolas y Campesinas», mayo de 1970, caja 1552, carpeta 128, Fondo PSUC, ANC.

[48] «A las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos de la Provincia de Lérida», s.f. [mayo de 1972], caja 1620, carpeta 131, Fondo PSUC, ANC. Andreu Mayayo, De pagesos, p. 200.

[49] V. L. Alonso y otros, Crisis agrarias y luchas campesinas, 1970-1976, Madrid, Ayuso, 1976, pp. 166-167.

[50] Isidro Sánchez, «El asociacionismo agrario en Castilla-La Mancha», en Ángel Luis López y Manuel Ortiz Heras (coords.), Entre surcos, pp. 192-193. Óscar Martín, A tientas, pp. 81-95; V. L. Alonso y otros, Crisis agrarias, p. 153.

[51] «No a l’entrega a l’Estat del 10% de la collita de vi», La Veu del Camp Català (septiembre de 1973); Informaciones Campesinas, s.f. [finales 1974]; Cristian Ferrer, «Espais d’oposició al franquisme més enllà de la Gran Barcelona», tesis doctoral, UAB, 2018, pp. 276 y ss.

[52] «Autonomía de organizaciones de masas y papel dirigente del Partido», 1970, Fondo PSUC, núm. 407, caja 15, ANC.

[53] Mientras uno de cada tres catalanes vivía en el área industrial de Barcelona en los años setenta, el PSUC en las comarcas pasó de incorporar uno de cada cuatro nuevos ingresos en 1970 a prácticamente la mitad de las nuevas altas en 1973. Cálculos a partir de Josep Pardell: Intervención de «Serós» en el Pleno del Comité Ejecutivo del PSUC (notas manuscritas), 3 de enero de 1970, Fondo NR, Catalunya, caja 51, carpeta 1, AHPCE; Josep Román: «Algunos problemas del trabajo de organización. Modificaciones a los Estatutos», III Congreso del PSUC, enero de 1973, Fondo NR, Catalunya, caja 62, carpeta 6/3, AHPCE.

[54] «La actividad de los comunista en el campo», Mundo Obrero 2 (12 de enero de 1977).

[55] Manuel Ortiz Heras, «Aproximación a las Comisiones Campesinas en Castilla-La Mancha (1939-1988)», en Ángel Luis López y Manuel Ortiz Heras (coord.), Entre surcos, p. 217.

[56] «Una necesidad: la coordinación y la unidad de acción del movimiento campesino de Aragón», Ebro. Boletín de las Comisiones Campesinas de Aragón y Rioja 30 (mayo-junio de 1973).

[57] Xavier Domènech, «El problema de la conflictividad bajo el franquismo: saliendo del paradigma», Historia Social 42 (2002), pp. 123-144.

[58] Sobre esta, véase Giaime Pala: El PSUC. L’antifranquisme i la política d’aliances a Catalunya (1956-1977), Barcelona, Base, 2011. Sobre el MSC, Jaume Muñoz: Perseguint la llibertat. La construcción de l’espai socialista a Catalunya (1945-1982), Barcelona, L’Avenç, 2019.

[59] Consell General del Moviment Socialista de Catalunya: «Per una acció Pagesa», verano de 1973, cit. Andreu Mayayo, De pagesos, p. 201.

[60] Cristian Ferrer y Guillem Puig, «Vivir de la tierra. Organización, conflicto y

cambio en la Cataluña agraria: la Unió de Pagesos, 1973-1979», Investigaciones Históricas 40 (2020), pp. 85-112.

[61] Javier García Fernández, Tierra y libertad. Sindicato Obreros del Campo, cuestión agraria y democratización del mundo rural en Andalucía, Barcelona, Icaria, 2017; Antonio Herrera, La construcción de la democracia en el campo (1975-1988). El sindicalismo agrario socialista en la Transición española, Madrid, Ministerio de Agricultura, 2007.

[62] Eduardo Moyano, Corporatismo y agricultura. Asociaciones profesionales y articulación de intereses en la agricultura española, Madrid, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios, 1984, pp. 200-202.

[63] Una panorámica del proceso desde Valladolid en Jesús Ángel Redondo, «Lluvia de siglas en el campo: el sindicalismo agrario en la provincia de Valladolid durante la transición (1975-1980)», Historia y Política 44 (2020), pp. 337-368.

[64] «Constituida la Coordinadora de Organizaciones Campesinas», El País, 16 de noviembre de 1976. Véase una crónica en «IV Encuentro: unificación de movimientos campesinos», Triunfo 721, 20 de noviembre de 1976.

[65] «Los movimientos campesinos se consolidan», Mundo Obrero 17 (2-8 de mayo de 1977).

[66] Nicolás Sartorius y Alberto Sabio, El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España (noviembre de 1975-junio de 1977), Madrid, Temas de Hoy, 2007, p. 227.

[67] «No a los manejos», Pueblo, 23 de febrero de 1977.

[68] Dirección General de Política Interior: Mensaje n.o 265, 3 de marzo de 1977, Fondo Gobierno Civil, caja 1795, Arxiu Històric Provincial de Lleida.

[69] Hermandad Nacional de Labradores y Ganaderos: «Encuesta», agosto de 1976, Fondo Cámara Oficial Sindical Agraria, caja 58, AHPT.

[70] Antonio Lamelas, La Transición en Abril. Biografía política de Fernando Abril Martorell, Barcelona, Ariel, 2004, p. 92.

[71] BOE, 15 de junio de 1977.

[72] BOE, 30 de enero de 1981.

[73] Unió de Pagesos 2, febrero de 1979.

[74] BOE, 11 de enero de 1979.

[75] Antonio Herrera, La construcción, p. 342.

[76] «La presentación dels candidats: réflex d'allò que el partit és», Treball 482, 23-29 de mayo de 1977.

[77] Datos del Ministerio del Interior.

[78] «Candidaturas para el Congreso de diputados», Mundo Obrero 16, 25 de abril-1 de mayo de 1977.

X

COMUNISMO Y ANTIFASCISMO EN FEMENINO: DE MUJERES ANTIFASCISTAS A LA UNIÓN DE MUJERES ESPAÑOLAS

Mercedes Yusta Rodrigo

En agosto de 1946, en la ciudad francesa de Toulouse, tenía lugar un multitudinario Congreso de mujeres españolas en el exilio en presencia de Irene Falcón y bajo el patronazgo de Dolores Ibárruri. Se trataba del primer congreso de la recién creada Unión de Mujeres Españolas, organización que, en palabras de Irene Falcón, «nació en Francia, en la clandestinidad, en el fuego de la lucha contra los invasores hitlerianos, los mismos enemigos odiados que asolaron nuestra patria y asesinaron a nuestros niños». Pero las raíces de la organización se hundían aún más lejos: en realidad, proseguía Irene Falcón, se trataba de reanudar con la Agrupación de Mujeres Antifascistas creada en España en 1934 por impulso de Dolores Ibárruri y que durante la Guerra Civil había canalizado la participación en el esfuerzo bélico republicano de decenas de miles de mujeres. Y a la vez, el objetivo de la nueva organización era crear un puente con las mujeres antifranquistas que seguían combatiendo en España y así «ver renacer una poderosa organización de mujeres antifascistas que agrupe a todas las mujeres de España que desean vivir en una patria libre y democrática donde no sea posible el renacer de la tiranía ni el desencadenamiento de nuevas agresiones ni guerras»[1].

Las mujeres comunistas en el exilio eran supervivientes de una larga historia de lucha marcada por la identificación con los ideales y objetivos de la cultura política antifascista, una cultura política que desbordaba tanto los límites geográficos nacionales como las estrictas delimitaciones partidarias. Dicha historia comenzaba en los años treinta y había permitido a las mujeres del Partido Comunista de España alcanzar un grado de organización e influencia entre masas considerables de mujeres que era impensable a principios de la

década. El contexto político de la Segunda República, con la consecución de la ciudadanía política para las mujeres, y el marco internacional, determinado por el ascenso de Hitler al poder en 1933 y por la formación de un movimiento antifascista a nivel europeo impulsado por la Internacional Comunista –pero acompañado por numerosas personalidades pertenecientes a un espectro político mucho más amplio–, así como la amplitud de la reacción antifascista ante el golpe de Estado de 1936, explican en gran medida que una organización política que en agosto de 1929 contaba en las filas de sus militantes con una sola mujer, Dolores Ibárruri, consiguiera movilizar durante la Guerra Civil a más de 50.000[2]. De esta forma, la particularidad de esta movilización femenina antifascista es que, al mismo tiempo que desbordó los límites del PCE, permitió a este extender su influencia entre masas de mujeres que, por sí solo, probablemente no hubiese logrado alcanzar.

ANTIFASCISMO Y FEMINISMO A COMIENZOS DE LOS AÑOS TREINTA

No deja de ser paradójico que, en una formación política cuya cabeza visible durante décadas ha sido una mujer, la militancia femenina haya tenido tantas dificultades para organizarse y crear estructuras propias dentro del partido. En efecto, desde su fundación hasta la proclamación de la Segunda República en abril de 1931, las mujeres fueron extremadamente minoritarias en el PCE y no lograron estructurar un Secretariado Femenino que, sin embargo, estaba previsto en sus Estatutos[3]. Los esfuerzos solitarios de la veterana militante y sindicalista Virginia González, única mujer en formar parte del Comité Central hasta el nombramiento de Dolores Ibárruri en 1930, fueron infructuosos: su muerte en 1923, junto con el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera ese mismo año, pusieron fin a esos primeros intentos organizativos. La cuestión del lugar de las mujeres en la organización comunista no volvió a plantearse hasta la llegada a Madrid, procedente del Comité Provincial de Vizcaya, de una dinámica militante vasca que iba a marcar de manera definitiva la historia del PCE. Nombrada al Comité Central por José Bullejos, que deseaba renovar la dirección del partido, Dolores Ibárruri llegó a Madrid en 1931 para incorporarse a la redacción de Mundo Obrero: su encuentro con la joven periodista Irene Falcón, que integró la redacción del periódico en 1932 y que procedía de un medio militante e intelectual con ramificaciones entre las redes feministas

madrileñas, marca el punto de partida para la puesta en marcha de la organización de las mujeres en el seno del partido, cuestión a la que Pasionaria consagró numerosos escritos durante esos primeros años republicanos. Así, Dolores Ibárruri entró en el Buró Político del Partido en el marco del Congreso de Sevilla de 1932 como responsable del Secretariado Femenino, entonces una estructura formal sin apenas contenido ni relevancia política, pero que constituiría el germen de una movilización femenina cuya amplitud futura no se vislumbraba todavía en aquel momento[4].

El encuentro entre Ibárruri y Falcón, que tanta relevancia tuvo en las biografías de ambas, también fue providencial en lo que se refiere a la organización de las mujeres en el seno del PCE. Dolores Ibárruri siempre manifestó una fuerte sensibilidad hacia las problemáticas femeninas, planteó la movilización de las mujeres como un objetivo primordial del partido y reprochó en numerosas ocasiones a los camaradas su falta de sensibilidad hacia las cuestiones que interesaban a las mujeres. En cuanto a Irene Falcón, fue socia del Lyceum Club Femenino de Madrid, importante núcleo de reflexión feminista desde su fundación en 1926, y había tenido la ocasión de tejer amistad con importantes figuras del feminismo madrileño, en particular Carlota O’Neill, Margarita Nelken y la hermana de esta última, Magda Donato, todo lo cual nos permite confirmar su sensibilidad a la cuestión feminista[5]. En todo caso, a partir de ese momento siempre encontraremos el tándem Ibárruri/Falcón a la cabeza de todas las organizaciones femeninas impulsadas desde el PCE.

La efervescencia de organizaciones femeninas creadas al calor de la proclamación de la República y la consecución del voto femenino representaron sin duda un acicate suplementario para dar un impulso al tratamiento de la cuestión femenina en el seno del PCE. Si a partir de 1931 aparecen numerosas organizaciones femeninas de carácter republicano y progresista, como la Unión Republicana Femenina lanzada por Clara Campoamor en octubre de 1931, la Asociación Femenina de Educación Cívica creada por María Lejárraga en enero de 1932 o las Agrupaciones Femeninas Republicanas que aparecieron en Valencia durante el verano de 1931, también fue notable la rapidez con la que surgieron numerosas y activas organizaciones femeninas conservadoras y católicas, o bien como secciones femeninas de los partidos políticos de la derecha, o como organizaciones católicas que se declaraban apolíticas. Y si las asociaciones republicanas tenían un marcado carácter pedagógico y se proponían formar a las mujeres para el ejercicio de sus nuevos derechos, especialmente a «(…) las mujeres de clase media, mucho más dormidas e ignorantes que las del

pueblo» en palabras de María Lejárraga[6], las católicas canalizaban una movilización femenina que ya era activa y visible desde los años veinte y que reflejaba un intenso proceso de politización a través del cual estas mujeres se proponían, frente a las políticas republicanas, «[defender], hasta la muerte si es preciso, la Religión y la Patria»[7].

En contraste con esta movilización desde el republicanismo y, sobre todo, desde las organizaciones católicas y conservadoras, las organizaciones del movimiento obrero, tanto partidos como sindicatos, eran marcadamente más reticentes a promover la militancia de las mujeres, por no hablar de permitirles el acceso a puestos de responsabilidad. Con particular lucidez, Pasionaria señalaba los peligros que encerraba el abandonar a las masas femeninas frente al interés de las organizaciones de derechas por la movilización electoral de las mujeres:

La concepción (sic) del derecho al voto a la mujer ha servido para movilizar a las fuerzas de la reacción, que siempre fueron los enemigos más recalcitrantes de la intervención de la mujer en la política, en busca de la adhesión de ésta a sus doctrinas y a sus credos, que no son otros que la perpetuación de la esclavitud del proletariado y la sumisión de este a sus explotadores.

Es preciso rectificar esta conducta de abandono de la mujer [por parte del Partido Comunista] que es fácil presa de sus mayores enemigos[8].

Pero el impulso definitivo para la creación de una organización femenina en el seno del PCE está principalmente relacionado con la coyuntura política internacional y con la aparición de un movimiento antifascista, impulsado desde la Comintern, que trataba de estructurar las diferentes sensibilidades políticas que reaccionaban contra el ascenso de líderes autoritarios y fascistas en diferentes naciones europeas. La llegada al poder de Hitler en enero de 1933, con la consiguiente represión del movimiento obrero en Alemania y particularmente de los comunistas, había sensibilizado a las organizaciones obreras, pero también a amplios círculos de intelectuales de izquierdas, acerca de los peligros concretos del ascenso del fascismo. La apertura de los partidos comunistas a integrar intelectuales en sus filas y la estrategia de «frente único por la base» se vieron favorecidas por esta coyuntura y en 1932 y 1933 vieron la

luz grandes reuniones antifascistas internacionales celebradas bajo el impulso de la Comintern, pero en las que participaron numerosos militantes e intelectuales que representaban un espectro ideológico más amplio que el de la estricta militancia comunista. De dichas reuniones, celebradas respectivamente en Ámsterdam y París, surgió un Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo que impulsaría y coordinaría diferentes movilizaciones antifascistas en los países que aún no habían caído bajo la férula de regímenes autoritarios. En España, este impulso se reflejó en la formación en abril de 1933 de un Comité Español de lucha contra la guerra imperialista y el fascismo, que en febrero de 1934 comenzó a publicar el periódico Frente Antifascista. Los acontecimientos austriacos, en particular el aplastamiento de la insurrección socialista en Viena por parte del gobierno conservador y católico del canciller Dollfuss, así como las manifestaciones antiparlamentarias de las ligas de extrema derecha en París el 6 de febrero de 1934, tuvieron una influencia considerable en la dirección de los partidos comunistas, incluyendo el PCE, y alimentaron la convicción de la necesidad de una amplia alianza antifascista, en el marco de la cual se contemplaba también la movilización de los jóvenes y las mujeres[9].

La cuestión de la instrumentalización del antifascismo por parte de la Internacional Comunista ha hecho correr ríos de tinta. Es evidente que la IC influyó en la articulación del movimiento antifascista, en particular en la formación del Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo, a través principalmente del muy activo cominterniano Willi Munzenberg, que gozaba de amplias conexiones con el mundo de la cultura. La iniciativa visible del movimiento, en efecto, recayó sobre dos escritores franceses, grandes admiradores de la Unión Soviética y pacifistas militantes: Henri Barbusse, que de hecho militaba en las filas del PCF, y Romain Rolland. El Comité Mundial, también conocido como «Comité Ámsterdam-Pleyel», formaría parte así de una serie de «organizaciones tapadera», como la Organización Internacional de Escritores Revolucionarios o los Amigos de la Unión Soviética, utilizadas por la Internacional Comunista para suplir la escasez de relaciones diplomáticas de la Unión Soviética, impulsar la propaganda prosoviética o recabar información acerca de la situación política, social y cultural de los diferentes países en que actuaban estas organizaciones[10]. Pero en realidad, el movimiento antifascista desbordaba los intereses de la Comintern y no es reductible a una manipulación orquestada por la URSS, sino que también corresponde a un trabajo previo de articulación de redes políticas que tiene su origen en el exilio antifascista italiano y en el esfuerzo de las izquierdas europeas por «desarrollar un lenguaje unificador a través de las fronteras nacionales» frente a un fascismo percibido

como enemigo común[11].

La movilización antifascista tuvo muy pronto su vertiente femenina, tanto a nivel internacional como en España. Desde finales de 1932, la militante feminista, pacifista y «compañera de ruta» del PCF Gabrielle Duchêne, presidenta de la sección francesa de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad (LIMPL) y colaboradora del movimiento Ámsterdam-Pleyel, había recibido el encargo de constituir un comité femenino en el seno del Comité Mundial contra la guerra y el fascismo. Poco después del Congreso de París de 1933, Duchêne lanzó el proyecto de constituir una organización antifascista internacional femenina, centrada a la vez en los aspectos políticos del antifascismo y en la defensa «de la mujer contra el fascismo» desde la óptica feminista y pacifista de la LIMPL. Gabrielle Duchêne, de ese modo, representaba una vía alternativa del antifascismo que introdujo las problemáticas, lenguajes y reivindicaciones del feminismo burgués en una movilización antifascista que hasta el momento se dirigía principalmente a las masas proletarias[12]. Y esas mismas características las volveremos a encontrar en la forma en la que se articuló en España el movimiento de mujeres antifascistas, en la encrucijada de la movilización feminista, pacifista y obrera.

A principios de 1934, y en parte como respuesta a las manifestaciones de extrema derecha que tuvieron lugar en París en febrero de ese año, Gabrielle Duchêne impulsó la creación de un Comité de Iniciativa encargado de organizar un Congreso de mujeres en París ese mismo verano. En el marco de los contactos que se llevaron a cabo en aquellos momentos entre organizaciones antifascistas femeninas, las comunistas españolas recibieron la visita de una delegada francesa del Comité de Iniciativa, con la propuesta de enviar delegadas al futuro Congreso que iba a celebrarse con el objeto de poner en pie una organización internacional de mujeres antifascistas[13]. En 1932 las españolas habían logrado al fin organizar una Comisión femenina del PCE compuesta de Dolores Ibárruri, Irene Falcón, Encarnación Fuyola, Elisa Uriz y Carmen Loyola, coincidiendo con una profunda reestructuración del partido que se saldó con la expulsión de José Bullejos y su grupo, la llegada a la secretaría general de José Díaz y la promoción política de Dolores Ibárruri[14]. La propuesta de las francesas llegaba en el momento oportuno para respaldar la creación de una organización femenina de masas impulsada desde el PCE y esta organización, como su homóloga francesa, se construiría en la encrucijada de las culturas políticas comunista, feminista y pacifista.

En realidad, esa encrucijada ya existía como espacio político y de sociabilidad desde los primeros momentos de la proclamación de la Segunda República: se había construido en gran medida a través de las redes feministas por las que circulaban mujeres de ámbitos y culturas políticas diversas que compartían proyectos culturales y espacios de sociabilidad. Proyectos como el semanario Nosotros, el grupo de Teatro Proletario del mismo nombre (empresas culturales ambas promovidas por el escritor César Falcón, en las que tuvo una decisiva influencia su compañera Irene Lewy, más conocida como Irene Falcón, y apoyadas por el PCE) o la revista femenina Nosotras, fundada y dirigida por Carlota O'Neill y en la que también participaron las comunistas, fueron lugares de encuentro y de difusión de una cultura política compartida[15]. Algunas eran empresas directamente promovidas, e incluso financiadas, por el PCE y la Comintern, como las iniciativas culturales promovidas por la pareja Falcón –y en las que Irene tuvo una influencia mucho mayor de la que ha recogido tradicionalmente la historiografía–, pero otras, como la revista Nosotras, representan un feminismo de izquierdas con raíces en el feminismo pacifista, republicano y laicista promovido desde finales del siglo XIX por mujeres como Rosario de Acuña o las hermanas Carvia. En su primer número, el único que hemos podido localizar, Nosotras se proclama «portavoz del trabajo femenino» y apela a las «mujeres todas que trabajáis en la vida», señalando a la vez que «no es un periódico de partido, aunque nuestra bandera enarbola las palabras de Rosa Luxemburgo: "Siempre a la izquierda"»[16]. En sus páginas publican artículos desde la feminista, anarquista y sindicalista Regina de Lamo, madre de Carlota O'Neill, hasta las comunistas Dolores Ibárruri y Encarnación Fuyola, pasando por la famosa propagandista Hildegart Rodríguez. Podemos ver en esta revista un espacio de expresión común a diversas tendencias de la izquierda con el nexo común del compromiso feminista, una prefiguración de un lenguaje y una cultura política compartidos que se materializará en la organización de mujeres antifascistas a partir de 1934.

DE 1934 A 1936: HACIA UN «FRENTE POPULAR» DE LAS MUJERES

El éxito del antifascismo como discurso movilizador de mujeres de amplios sectores políticos y sociales (socialistas y comunistas, republicanas y feministas, obreras, intelectuales y amas de casa…) se explica teniendo en cuenta el

contexto político tanto nacional como internacional en el que tuvo su origen y se estructuró el movimiento, así como las conexiones entre las mujeres españolas que lo componían y sus homólogas en otros países, en particular las francesas, con las que la comunicación era muy fluida. En el plano nacional los acontecimientos del año 1933, en particular la fundación del partido fascista Falange Española y la victoria electoral de la CEDA, percibida como filofascista por las organizaciones obreras, en las elecciones generales de noviembre, encontraron un eco que explica la rapidez de la reacción antifascista. Al tiempo que, en Francia, Gabrielle Duchêne lanzaba el Comité de iniciativa para la organización en París de un Congreso del Comité de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, en España el periódico Frente Antifascista anunciaba en febrero de 1934 la creación de una comisión femenina para participar en dicho Congreso. Las mujeres que formaban parte de esta comisión representaban un amplio abanico político: de ella formaban parte socialistas como María Lejárraga (más conocida por el apellido de su marido, el escritor y crítico literario Gregorio Martínez Sierra), radical-socialistas como Victoria Kent, comunistas como Irene Falcón o intelectuales no encartadas como Rosa Chacel. Ese mismo mes de febrero, la insurrección socialista de Viena, que trataba de resistir a la deriva autoritaria del gobierno del canciller Dollfuss, era reprimida de manera sangrienta, utilizando incluso la artillería contra las viviendas de los obreros vieneses. Y esta situación era explícitamente citada para movilizar a las masas femeninas en defensa, no ya de una hipotética paz mundial, sino de la concreta supervivencia en el caso de que Gil Robles llegase a alcanzar el poder: «Dollfuss y Gil Robles marchan paralelos en su política católica-fascista. Gil Robles también nos cañonearía en nuestras viviendas si pudiera (…) No debemos vacilar ni un minuto más. Si somos antifascistas, unámonos todas, obliguemos a los hombres a que se unan también, y todos juntos, luchemos contra nuestros feroces enemigos, el fascismo y la guerra». «Defender tu hogar» de la guerra y el fascismo se convirtió desde ese momento en la consigna movilizadora dirigida a las mujeres desde el movimiento antifascista[17].

En un informe sin firma y sin fecha, probablemente redactado a principios de 1935, en el que se da cuenta a la dirección del PCE del trabajo hacia las mujeres, se explicita que, si bien la organización femenina había nacido como una sección del Frente Antifascista, siguiendo instrucciones de París esta se independizó para pasar a depender directamente del Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, lo cual indica una voluntad de presentar el movimiento femenino como autónomo con respecto a cualquier organización partidista y atraer así a mujeres de un abanico político y social amplio, objetivo que parece haberse

conseguido en los primeros momentos de la organización[18]. Las mujeres del PCE mantenían de este modo un difícil equilibrio entre la radicalidad de un discurso orientado a las mujeres trabajadoras –y susceptibles de militar en las filas del PCE–, tal y como se manifiesta por ejemplo en el periódico ¡Compañera! Órgano de las mujeres trabajadoras de la ciudad y el campo, publicado por el secretariado femenino del PCE desde comienzos de 1934, y la apertura hacia mujeres provenientes de otras clases sociales y cultura políticas[19]. Así, en las páginas de ¡Compañera! la jornada del 8 de marzo de 1934 se convierte en «una verdadera jornada de lucha de Frente Único revolucionario, donde todas las mujeres trabajadoras expresemos claramente nuestra firme voluntad de pelear hasta el fin, hasta instaurar en España el régimen de los Soviets, que al igual que en la URSS emancipe política y económicamente a las masas populares femeninas»[20]. Consignas que, si por un lado manifestaban una voluntad de unidad de la izquierda previa incluso a las consignas oficiales de la Comintern, por otro difícilmente podían convenir a las feministas republicanas de clase media que, sin embargo, sí suscribieron a la movilización antifascista. Como otros antifascistas no comunistas, las feministas percibieron el antifascismo como un punto de encuentro de diferentes sensibilidades políticas frente a un enemigo común cuyos contornos no siempre estaban nítidamente definidos y, sobre todo, como una causa que defendía explícitamente la emancipación femenina frente a un fascismo que significaba claramente la regresión de los derechos de las mujeres[21].

El primer Congreso de la organización femenina antifascista española se celebró finalmente el 14 y 15 de julio de 1934, al mismo tiempo y en el mismo local que el Congreso de Jóvenes contra la Guerra y el Fascismo. Asistieron 70 delegadas «de Madrid y provincias» y en él se nombró un Comité director que reunía a mujeres de diversas tendencias políticas, como la republicana y feminista Isabel Oyarzábal de Palencia, entonces presidenta del Consejo Supremo Feminista, o las socialistas María Lejárraga, Veneranda Manzano y Matilde de la Torre, junto con las comunistas Encarnación Fuyola, Irene Falcón y María Teresa León. La presidencia de honor fue ocupada por la republicana Catalina Salmerón, la hija del presidente de la Primera República. Pero el control del PCE en el movimiento era evidente: la iniciativa partía de las mujeres comunistas y la presidencia efectiva era ocupada por Dolores Ibárruri[22]. Unas semanas después, el 8 de agosto, tenía lugar el congreso de París, al que las mujeres antifascistas españolas enviaron una delegación de 8 mujeres entre las que se contaban Irene Falcón, Carmen Loyola y Elisa Uriz (comunistas), Victoria Kent (Izquierda Republicana), Dolors Bargalló (Esquerra Republicana de Catalunya)

o Veneranda Manzano (PSOE). El congreso de París dio nacimiento oficial al Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo (CMF), también conocido como Rassemblement Mondial des Femmes, que en septiembre comenzó a editar su boletín Les Femmes dans l’Action mondiale. La presidencia del Comité recayó en Gabrielle Duchêne, mientras que la activa militante comunista Bernadette Cattanéo, responsable de la organización de las mujeres en el Parti Communiste Français (PCF), asumió la secretaría general y por tanto el trabajo orgánico. Cattanéo representa el lazo estrecho entre el CMF y el PCF, y también los lazos con la Comintern: de hecho, ya en 1934 había recibido instrucciones de Dimitrov para organizar un congreso mundial de mujeres contra la guerra[23]. La doble dirección del CMF representa de este modo la argamasa de comunismo, pacifismo y feminismo constitutiva del antifascismo femenino.

Mundo Obrero se hizo eco de la constitución de la organización internacional de mujeres a través de la pluma de Dolores Ibárruri; en la crónica que esta hizo del Congreso se destaca a la vez la heterogeneidad de las mujeres allí reunidas, el sincretismo entre llamadas a la emancipación femenina y a la lucha contra la guerra imperialista y el fascismo, pero sobre todo la preeminencia de la versión comunista de la lucha antifascista, interpretada como lucha contra el capitalismo y por la revolución social:

La solución contra el fascismo y la guerra, contra la explotación colonial y en las metrópolis, la daban las comunistas. Y no eran las reformas, ni la defensa de la democracia burguesa, ni el retorno al cristianismo primitivo, ni el pacifismo a todo trance, ni la resistencia al mal; sino la lucha intensa, dura, activa, contra todas las formas de dominación capitalista, ya que es el capitalismo el promotor de las guerras, ya que es la burguesía la que necesita explotar y esclavizar a los trabajadores, hombres y mujeres, para seguir viviendo, para subsistir, nutriéndose con la vida y el trabajo de las grandes masas trabajadoras de la ciudad y el campo[24].

En realidad, a ojos de la dirección del PCE y de sus militantes, el movimiento femenino antifascista era una organización de combate que proporcionaba, por un lado, una plataforma unitaria para atraer a la acción política a mujeres previamente no movilizadas, y por otro, un instrumento de agitación para luchar

contra la política regresiva del gabinete Lerroux, que estaba dando marcha atrás en numerosas conquistas sociales del primer bienio. La movilización antifascista femenina se enmarcaba así, ya desde sus inicios, en un contexto político cada vez más polarizado y violento, marcado por la represión gubernamental de los movimientos sociales y por la aparición de las primeras formaciones paramilitares entre las organizaciones políticas, en particular Falange Española y las Juventudes de los partidos socialista y comunista[25]. En ese contexto, la movilización femenina antifascista, que recuperaba los eslóganes pacifistas del feminismo para adaptarlos a la lucha contra el fascismo, representaba claramente una alternativa de movilización particularmente adaptada a las mujeres frente a la vía violenta elegida por ciertas organizaciones.

Las primeras acciones del movimiento femenino se dirigieron a luchar contra la movilización de reservistas del Ejército para su envío a Marruecos ordenada por un decreto del Gobierno en agosto de 1934. En un contexto europeo de creciente militarización, escalada armamentística y conflictos coloniales, esta orden del gobierno se interpretó por parte de las organizaciones obreras y antifascistas como un preparativo para participar en lo que estas denominaban de forma genérica «la guerra imperialista», calificativo que designaba una amenaza bélica todavía imprecisa que se cernía a la vez sobre Europa y en los escenarios coloniales. Las mujeres antifascistas protagonizaron manifestaciones multitudinarias en Madrid y Zaragoza, de las que Mundo Obrero destacó la composición interclasista, y finalmente el decreto debió ser retirado. El movimiento femenino antifascista se hacía así visible en un contexto de creciente descontento y movilización política, que culminaría en los acontecimientos revolucionarios de 1934[26].

La llamada «Revolución de Octubre», que en Asturias tomó la forma de una insurrección armada protagonizada por comités de mineros, principalmente socialistas y anarquistas, marca un punto de inflexión en la historia de la Segunda República, y también en la de la organización de mujeres. No consta que la organización de mujeres antifascistas, como tal, tomara parte en la insurrección de octubre, aunque en esos momentos existía un comité local en Gijón (que se suma a los 16 comités de iniciativa presentes en aquel momento en diferentes ciudades y provincias)[27]. Pero ello no impidió que la organización sufriera las consecuencias de la reacción gubernamental. A la durísima represión física (incluyendo detenciones, torturas y ejecuciones extralegales) con la que el gobierno de Lerroux respondió a la violencia insurreccional se unió así la ilegalización de dichas organizaciones, incluyendo al Comité de Mujeres contra

la Guerra y el Fascismo. Dolores Ibárruri y Veneranda Manzano, en aquel momento diputada por Asturias, que se habían dirigido allí para ayudar a las familias de mineros afectadas por la represión, fueron encarceladas. Margarita Nelken, diputada por Badajoz, acusada de alentar la revolución (a pesar de la baja incidencia que esta tuvo en Extremadura) tuvo que abandonar el país y se exilió a Francia y posteriormente a la Unión Soviética[28]. Ante la imposibilidad de continuar sus actividades, las líderes comunistas del movimiento, con la ayuda del Socorro Rojo Internacional y del Socorro Obrero Español, crearon el Comité Pro Infancia Obrera, cuyo objetivo inmediato era recaudar fondos para la ayuda a los huérfanos de la represión asturiana (que había provocado más de mil muertos incluyendo las ejecuciones sumarias) y buscarles familias de acogida, pero que también tenía el propósito de mantener viva la organización femenina en espera de tiempos mejores[29].

La revolución de Asturias fue también la primera ocasión en la que se activó una solidaridad internacional con las víctimas del fascismo en España en la que las redes femeninas antifascistas tuvieron un papel central[30]. El 30 de octubre se celebraba en París un mitin de apoyo del Comité Mundial de Mujeres Antifascistas a las mujeres españolas, en el curso del cual se aprobó una resolución de solidaridad con el pueblo español en lucha, se reclamó el derecho de asilo para las víctimas de la represión y se constituyó un fondo de ayuda a las viudas y los hijos de los antifascistas españoles. La Sección Francesa del CMF declaraba así su solidaridad ideológica y material con la Revolución de Asturias y respondía a la «llamada de sus hermanas españolas»:

Las mujeres trabajadoras, reunidas por la llamada del Comité Nacional de mujeres contra la Guerra y el Fascismo, saludan al pueblo español en lucha por su libertad. Esta lucha es la nuestra. Y nos sentimos estrechamente solidarias de los combatientes valerosos contra los cuales el fascismo ha desencadenado su campaña de exterminación. Aprobamos sin reserva la iniciativa del Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo para la constitución de un «Fondo de ayuda a las viudas y a los niños de los antifascistas españoles» para venir en ayuda a las víctimas de la represión sangrante de Lerroux y de Gil Robles. Alrededor de este Fondo de Ayuda (…) vamos a comenzar una amplia campaña de colecta y vamos a hacer todos nuestros esfuerzos (sic) para ayudar nuestras hermanas españolas y sus niños comprometidos en el más severo combate contra la reacción (…)[31].

La Revolución de Asturias aparece así en el discurso de las mujeres antifascistas, a nivel internacional, como un primer enfrentamiento contra el fascismo en suelo español, en la continuidad de los acontecimientos de Alemania y Austria[32]. Pero, ante todo, octubre de 1934 constituye un punto de inflexión en la movilización de las mujeres antifascistas, ya claramente identificadas con un proyecto de lucha activa contra el fascismo en el que la impronta del PCE será cada vez más visible e importante. Cuando la organización reaparezca en 1936, la memoria de las «heroicas mujeres de Asturias», pioneras en el combate contra el fascismo, será invocada para llamar a la movilización a las mujeres de la organización, tanto en el marco de la campaña electoral como tras la victoria del Frente Popular[33].

Tras más de un año de actividad semiclandestina, la organización femenina reapareció al calor de la campaña electoral de 1936 como Agrupación de Mujeres Antifascistas. La experiencia acumulada desde 1934, en particular la constitución de un amplio frente femenino que desbordaba barreras ideológicas y de clase, permite ver a la organización como una prefiguración del Frente Popular en femenino. En los meses que precedieron la campaña electoral las mujeres antifascistas habían sido particularmente activas en la solidaridad con los presos de la represión de octubre, en la ayuda a las familias, en las peticiones de amnistía, en la sensibilización y movilización de redes internacionales antifascistas que se reactivarían de nuevo, de manera mucho más amplia, a partir del golpe de Estado de 1936. Estas actividades redoblaron de energía durante la campaña electoral que desembocó en la victoria del Frente Popular en febrero de 1936. Y si la historiografía aún debate el peso del voto femenino en la victoria de la coalición derechista en 1933, también deberíamos preguntarnos cuál fue el papel de la movilización femenina antifascista en la victoria de las izquierdas en 1936[34].

DEL FRENTE POPULAR A LA GUERRA CIVIL, LOS COMBATES DE LAS MUJERES ANTIFASCISTAS

Durante los meses que transcurrieron entre la victoria electoral del Frente

Popular y el estallido de la Guerra Civil, la Agrupación de Mujeres Antifascistas se transformó en una verdadera organización de masas. En la primavera de 1936 había comenzado a editar su revista Mujeres y, según las cifras aportadas por Mary Nash, en julio de 1936 contaba con 50.000 afiliadas. Esta misma historiadora ha documentado la existencia durante la guerra de 255 Agrupaciones locales de la organización, que además contó con dos Comités nacionales (uno en Madrid y otro en Bilbao hasta 1937) y 13 Comités provinciales. Sin minusvalorar el efecto galvanizador del golpe de Estado en la militancia femenina, como también lo tuvo en la masculina, y la actividad incesante del Comité nacional durante la guerra para promover la creación de Agrupaciones locales y Hogares de la Mujer, una movilización de esas dimensiones solo puede explicarse teniendo en cuenta el trabajo previo de sensibilización y de organización llevado a cabo durante los años precedentes. También fue decisiva la influencia de la experiencia revolucionaria de Asturias y del papel representado en ella por las mujeres, convenientemente publicitado en las publicaciones femeninas del PCE, en la formación de una conciencia antifascista entre las masas femeninas[35].

Durante los dos años de actividad de la organización previos al estallido de la guerra, una parte de los cuales transcurrió en la clandestinidad, la organización de mujeres antifascistas había prefigurado la política unitaria de los Frentes Populares que la Comintern solo empezó a impulsar abiertamente a partir de 1935. En su seno se configuró una cultura política que combinaba elementos de la ideología comunista con otros discursos y tradiciones, particularmente procedentes del feminismo, lo que le permitió atraer a sus filas tanto a mujeres que militaban en otras organizaciones de izquierdas, pero que se reconocían en el discurso feminista y pacifista de la organización, como a mujeres no politizadas. Así, siguiendo las directrices de la Comintern, el fascismo era presentado como un último avatar del capitalismo, estrechamente emparentado con la «guerra imperialista» cuyo objetivo era afianzar la explotación de la clase obrera y la dominación colonial, pero en el caso de las mujeres también aparecía como el mayor enemigo de la emancipación femenina. De hecho, las reivindicaciones feministas habían ocupado una posición preponderante en el origen de la movilización antifascista femenina: en el Congreso de París de agosto de 1934 se había aprobado una Charte des Droits de la Femme que proclamaba como el primero de ellos el derecho «a una igualdad completa con los hombres en todos los campos: social, económico, político, cultural». La lucha activa contra el avance del fascismo y contra la guerra era presentada como la manera de hacer avanzar la emancipación femenina[36]. En el discurso de las mujeres

antifascistas, de este modo, la lucha contra el fascismo y contra la guerra se convertían en objetivos del combate feminista.

Esta narración enlazaba con una línea discursiva tradicional en el feminismo que emparentaba la movilización femenina con la defensa de la paz, presentando a las mujeres, por sus características maternales (se concretasen estas en una maternidad real o no) como naturalmente inclinadas a la defensa de la vida y del débil frente a la escalada militarista de Estados percibidos y presentados como «viriles». De este feminismo diferencialista, que se apoyaba en la reivindicación de la maternidad como fuente de derechos y de legitimidad política para las mujeres, el antifascismo femenino retomó el discurso pacifista, lo que se reflejó en un maternalismo que impregnó fuertemente la cultura política antifascista en femenino. El objetivo de este tipo de discurso era atraer a las mujeres no politizadas al movimiento, presentándolo, en palabras de Pasionaria, como «la lucha para defender algo, tan íntimamente suyo, como son sus hijos, sus maridos, sus hermanos y su propia existencia y dignidad, de los ataques de la bestia fascista y de la guerra, cuyo peligro se cierne cada día con más claridad sobre todos los pueblos»[37]. El antifascismo femenino presentó así desde sus orígenes un marcado carácter de género, desarrollando un discurso y unas formas de movilización específicamente dirigidas a las mujeres y apelando a menudo a su condición de madres, y ello se explica tanto por el carácter heterogéneo del movimiento como por la evolución de los discursos comunistas orientados a las mujeres, que en los años treinta experimentaron un notable giro maternalista y familiarista a escala global[38].

Desde el primer momento, en la organización de mujeres antifascistas alternan dos líneas discursivas que construyen dos modelos diferentes de la movilización femenina antifascista y que corresponden a dos líneas políticas e ideológicas que cohabitan, a veces de forma contradictoria, en el interior de la organización. Por un lado, una línea acorde con el discurso tradicional comunista, que llama a la movilización revolucionaria recurriendo a un lenguaje de clase y al repertorio ideológico clásico de la izquierda obrera. Y por otro, un discurso maternalista que se dirige de manera genérica a las mujeres, en particular apelando a su condición de madres. La revista Mujeres, órgano de la AMA que empezó a publicarse poco después del triunfo del Frente Popular, refleja bien esta doble apelación a las mujeres, en tanto que trabajadoras susceptibles de una movilización revolucionaria y combatiente, por un lado, y en tanto que madres preocupadas por el bienestar de sus criaturas, por otro. Así, en su número de mayo de 1936 la revista se dirige a las mujeres en su condición de madres

proponiendo como eslogan para la movilización del primero de Mayo «Pan para nuestros hijos, alegría para nuestro hogar». Pero en el mismo número, Dolores Ibárruri plantea una serie de reivindicaciones claramente feministas («el derecho al trabajo; la igualdad de salarios; la protección a la madre; la investigación de maternidad; el divorcio, sin ninguna traba jurídica ni económica; el derecho al aborto (…) y el derecho a ocupar cargos en lícita competencia con el hombre») para finalmente expresar su exhortación a un primero de mayo que fuese «el primer jalón que nosotros coloquemos en el camino de la conquista de la mujer para la revolución»[39]. El doble llamamiento a las mujeres, como revolucionarias y como madres, iba a ser una constante en toda la historia de la organización[40].

En el momento del golpe de Estado de julio de 1936 y el comienzo de la guerra, la AMA contaba con una amplia red de comités, una publicación quincenal y una influencia innegable entre amplias masas de mujeres. Su Comité nacional reunía a mujeres de varias tendencias políticas de la izquierda y por tanto podía presentarse como una organización unitaria capaz de movilizar a las mujeres de la zona republicana en el esfuerzo bélico. Esta capacidad fue sancionada por el Gobierno republicano en agosto de 1936 con el nombramiento de una Comisión de Auxilio Femenino directamente ligada al Comité nacional de la AMA y compuesta por varias de sus miembros: Dolores Ibárruri, Encarnación Fuyola, Emilia Elías (estas dos últimas, sucesivamente, secretarias generales de la organización), Yveline Kahn, Anunciación Casas, María Sirval, Isabel de Palencia y Victoria Kent. En julio de 1938, Margarita Nelken fue también nombrada miembro de la Comisión[41]. La función de este organismo era coordinar la participación femenina en el esfuerzo bélico, en particular «la producción de artículos que deben consumir los combatientes, y cuya fabricación sea propia del elemento femenino»[42]. Pero, según señala Mary Nash, la desconfianza de los ministerios de Guerra y de Industria, de los que dependía dicha comisión, con respecto a la participación femenina en el esfuerzo bélico disminuyó la eficacia de esta[43]. Y por otra parte, si dicha Comisión reflejaba una cierta diversidad ideológica, durante la guerra la AMA fue claramente asimilada a la línea política del PCE y utilizada por este para popularizar sus consignas entre la población femenina, principalmente para promover una movilización femenina cuyo objetivo principal era el de organizar la vida en la retaguardia, asegurando los servicios básicos a la población, y cubrir el «frente de la producción» para reemplazar a los milicianos que combatían en el frente. La AMA reflejaba de este modo una división de género de los espacios bélicos que se materializó en el popular llamamiento de Dolores

Ibárruri, «los hombres al frente, las mujeres a la retaguardia»:

Es preciso –todas lo sentimos– la victoria rápida, que todos los hombres útiles vayan al frente: nosotras, mujeres antifascistas, aseguramos que los puestos de la retaguardia estarán cubiertos. Nosotras decimos a los hombres que vayan a batirse: que su comida y su ropa están asegurados; que sus hijos estarán atendidos; que nuestra acción, cada día mejor, en la retaguardia, será la base segura de las victorias de la vanguardia[44].

Estas consignas han sido tradicionalmente interpretadas como prueba de una posición tradicional (incluso contrarrevolucionaria) de la AMA, y por supuesto del PCE, con respecto al reparto de funciones de hombres y mujeres en el contexto de la guerra, frente a la cual otras organizaciones de mujeres, en particular las Mujeres Libres anarquistas, representarían una posición revolucionaria y, sobre todo, netamente feminista. Pero lo cierto es que ninguna organización femenina del bando republicano, tampoco las Mujeres Libres, llamó explícitamente a las mujeres a tomar las armas para defender la República –si bien muchas de las milicianas que lo hicieron eran efectivamente anarquistas–. Por otro lado, si bien la AMA promovió explícitamente durante la guerra una actividad femenina acorde con las funciones tradicionales –maternales– asignadas a las mujeres, también dio publicidad y cobertura en sus publicaciones a aquellas que combatieron en el frente con las armas en la mano. De hecho, la figura de Lina Odena, dirigente de las JSU, vestida con mono de miliciana, con su distintivo de Aviación o posando frente a su avión, fue uno de los más populares reclamos iconográficos en las publicaciones de la AMA dirigidas a las mujeres. Convertida en un verdadero mito tras su suicidio en el frente de Granada para evitar caer en manos de los franquistas, Lina Odena es la heroína comunista por antonomasia, presentada como modelo a las jóvenes antifascistas, y su imagen está en las antípodas del modelo maternal que podría representar una figura como Dolores Ibárruri[45]. Una maternidad, por otro lado, activa e incluso «combativa», como la caracteriza Mary Nash, que en ningún caso significa pasividad[46].

No se debería minusvalorar, por otra parte, el impacto de la actividad promovida por las agrupaciones locales de la AMA, que no se limitaron a organizar el

trabajo femenino en hospitales, comedores y talleres sino que también realizaron una labor de capacitación femenina a través de la creación de Hogares para la mujer en numerosas localidades, donde se impartían formaciones profesionales y cursos de alfabetización y cultura general, y de una escuela de enfermeras en Valencia. Y, sobre todo, realizaron una amplia campaña de propaganda y movilización, principalmente entre las mujeres jóvenes, para la «guerra total» en la que se convirtió la contienda civil[47]. La creación en 1937 de la Unión de Muchachas, el organismo femenino de las Juventudes Socialistas Unificadas, y el impulso dado ese mismo año a la organización antifascista femenina catalana, la Unió de Dones de Catalunya, gracias a la creación del PSUC, también influyeron considerablemente en el alcance y la eficacia de esta movilización femenina. La densidad de la red de agrupaciones locales de Mujeres Antifascistas que se constituyeron en ciertas provincias, como Valencia (67 agrupaciones locales) o Asturias (50 agrupaciones), también da una idea de la capacidad de movilización desarrollada por los Comités nacionales y provinciales en lugares con una fuerte tradición asociativa y sindicalista. De hecho, la región valenciana tuvo incluso su propio órgano de prensa, la revista Pasionaria[48]. De esta forma, los años de la guerra significaron una amplia socialización de las mujeres en el antifascismo y además, para muchas mujeres «que nunca salieron de su hogar y del cuidado de sus hijos»[49], una experiencia que las sacó del espacio privado y les hizo sentir que participaban en un esfuerzo colectivo de lucha en el cual sus tareas, aunque diferentes de las de los hombres, eran tan dignas y necesarias como las de estos. Una movilización, en fin, que se realizó también apelando a la defensa de la emancipación femenina frente a un fascismo «que las convierte en esclavas del Estado y del marido»[50]. Aunque lo cierto es que, en el contexto de la guerra, las reivindicaciones feministas quedaron en un segundo plano frente al objetivo prioritario de la victoria, de la misma forma que el PCE no apoyó, o incluso reprimió, los proyectos de revolución social que se pusieron en marcha en la zona republicana.

EPÍLOGO EN EL EXILIO: LA UNIÓN DE MUJERES ESPAÑOLAS

De la misma forma que las mujeres antifascistas compartieron con los hombres el esfuerzo y el compromiso en la lucha contra el fascismo durante la Guerra Civil, también compartieron las consecuencias de la derrota. Así, tanto la

amplitud de la represión franquista (que en ciertas zonas comenzó de hecho el 18 de julio de 1936) como la oleada del exilio desarticularon las agrupaciones de mujeres antifascistas, que en el interior de España solo se reorganizarían de manera clandestina y puntual. Dramas como el fusilamiento de las conocidas como las «Trece Rosas», militantes de las JSU menores de edad, o como el suicidio en prisión de Matilde Landa, abogada y dirigente del Socorro Rojo Internacional en España, detenida en abril de 1939 tras haber recibido del Buró Político el encargo de reorganizar la dirección del PCE en Madrid, fueron difundidos en la prensa militante y dan una idea de la violencia de la represión y de las dificultades extremas a las que se enfrentó la reorganización de la militancia, tanto femenina como masculina[51]. Haber sido «mujer antifascista» designaba a las militantes como objetivos de una represión implacable, tal y como lo atestigua la superpoblación de las cárceles femeninas en los primeros años de la posguerra[52]. Y si periódicamente continuaron apareciendo folletos clandestinos firmados por agrupaciones de mujeres antifascistas en diferentes puntos de España, en el interior la organización dejó de existir como tal tras la derrota de abril de 1939.

La reconstrucción en el exilio de las organizaciones de mujeres antifascistas tuvo que esperar el final de la contienda mundial y también, como ya sucedió con la creación de la organización en 1934, el impulso recibido de una organización internacional. Desde 1943 existía en México una asociación de mujeres del exilio republicano, el Grupo Femenino Mariana Pineda[53], pero no es sino en 1945 cuando las dirigentes de la organización antifascista, dispersas en varios países (principalmente Francia, México y la Unión Soviética), lanzaron oficialmente la Unión de Mujeres Españolas (que en México se fusionó con el grupo Mariana Pineda), la cual celebraría su primer Congreso en Toulouse en agosto de 1946 –el Congreso con el que abríamos este capítulo–, en el curso del cual Irene Falcón estableció la filiación con la organización de las Mujeres Antifascistas de los años treinta, tejiendo un puente que enlazaba República y exilio, España y Francia.

Para que esta refundación tuviese lugar, dos acontecimientos son fundamentales. El primero de ellos, obviamente, es la reconstrucción de las redes militantes del PCE en el exilio, que de hecho comenzó desde 1940 en los campos de internamiento del sur de Francia en los que fueron recluidos decenas de miles de españoles desde su llegada a suelo francés en el invierno de 1939[54]. El segundo es la fundación de una organización femenina antifascista internacional, la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM), en el curso de un

Congreso internacional de mujeres celebrado en París en diciembre de 1945 y que recuerda en muchos aspectos al que dio origen al Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo en 1934[55]. El Congreso de 1945 se celebró a iniciativa de la Union des Femmes Françaises, organización femenina ligada al PCF cuya presidenta era la prestigiosa científica y resistente Eugénie Cotton (la cual, sin embargo, como ya sucedió con su predecesora Gabrielle Duchêne en los años treinta, nunca tuvo el carnet del partido). El Congreso reunió principalmente a mujeres procedentes de 37 países que habían participado en sus lugares de origen en la resistencia contra el fascismo y la ocupación alemana. Su objetivo era crear una organización internacional capaz de impulsar la participación de las mujeres antifascistas a la reconstrucción del mundo de posguerra, asegurándose en particular de la desfascistización y desnazificación de las sociedades europeas. Además, la naciente organización femenina se presentaba como competidora de las grandes organizaciones feministas internacionales y declaraba como uno de sus objetivos principales la defensa de los derechos de las mujeres como «madres, trabajadoras y ciudadanas», en un orden que no tenía nada de casual. El maternalismo político, junto con una decidida defensa de los interesas de la Unión Soviética, identificada como principal defensora de la paz mundial frente a sus antiguos aliados, Gran Bretaña y los Estados Unidos, de nuevo designados como «potencias imperialistas», serían las principales señas de identidad política de la nueva organización[56].

Eugénie Cotton, elegida en el curso del Congreso como presidenta de la Federación, expresaba en su discurso inaugural esa voluntad de participación política, favorecida por el acceso al voto de las mujeres en varios países al final de la guerra (en particular en Francia), y situaba la organización, como ya sucediera en los años treinta, en la encrucijada del antifascismo, el feminismo y el pacifismo:

En un mundo resuelto a cambiar el estado de cosas que ha conducido a los hombres a dos horribles guerras en menos de veinticinco años, el elemento de novedad y de poder que representa la acción masiva de las mujeres en la vida pública puede y debe ser de una gran importancia.

Trabajar por el restablecimiento de la democracia, por la paz, por la felicidad de sus hijos, son tareas que las mujeres solo podrán llevar a buen puerto si tienen el poder para ello. Es decir, si obtienen, según la justicia, la igualdad con respecto a

los hombres en todos los aspectos[57].

Las comunistas españolas, y en particular Dolores Ibárruri, tuvieron un papel fundamental en la recién creada Federación. Aureoladas por su larga experiencia de lucha contra el fascismo, y por el hecho de encontrarse aún inmersas en la lucha contra una dictadura de carácter fascista, las mujeres españolas ocuparon diversos cargos de responsabilidad en el seno de la nueva organización. Dolores Ibárruri ocupó una de las vicepresidencias y Teresa Andrés un puesto en la secretaría general, mientras que Irene Falcón integraba el Comité ejecutivo. La Federación, que retomó el carácter y el discurso unitario de las organizaciones femeninas antifascistas de los años treinta, dio el impulso definitivo a la reconstrucción de la organización de mujeres españolas, al pedir explícitamente la formación de Comités nacionales y funcionar, de hecho, como una «organización paraguas». Como declaró en un informe redactado en 1960 una de las históricas dirigentes de las Mujeres Antifascistas, Elisa Uriz, que durante años representó a la UME en el Consejo de la FDIM, «durante los diez primeros años, la Federación alimentó la vida de la mayor parte de sus organizaciones con sus iniciativas y orientaciones»[58].

La Unión de Mujeres Españolas, nombre que adoptó en el exilio la organización de mujeres antifascistas, tuvo su epicentro en Francia hasta 1950, año en que fueron ilegalizadas las organizaciones comunistas extranjeras en suelo francés. Pero también estuvo presente en otros lugares del exilio republicano español, muy particularmente en México, donde había encontrado refugio buena parte del Comité nacional de las mujeres antifascistas: allí se encontraron Encarnación Fuyola, Emilia Elías, Isabel Oyarzábal de Palencia, Trinidad Arroyo, Matilde Cantos o Veneranda Manzano[59]. En el Congreso fundador de Toulouse la organización declaraba contar con 5.000 afiliadas; en el curso de dicho Congreso, presidido por Irene Falcón en ausencia de Dolores Ibárruri (elegida presidenta de honor de la organización), se eligió un Consejo Nacional de 21 miembros y un secretariado (en realidad, el verdadero órgano ejecutivo) en el que figuraban Irene Falcón como secretaria general de la organización, Petra Granda (socialista), Elisa Uriz y la periodista Rosa Vilas, que se ocuparía de la publicación de la organización, el periódico Mujeres Antifascistas Españolas, que comenzó a editarse en París en noviembre de 1946[60].

La historia de la organización de las mujeres antifascistas españolas en el exilio

está inextricablemente unida a la de la Federación Democrática Internacional de Mujeres, que le proporcionó directrices políticas, medios materiales y, sobre todo, una formidable caja de resonancia internacional para la denuncia de la dictadura franquista. En efecto, en palabras de Eugénie Cotton, presidenta de la Federación, «En la lucha contra el fascismo, España sigue siendo el punto neurálgico del mundo»[61]. Al mismo tiempo, la organización de mujeres españolas se impuso como tarea principal prolongar desde el exilio el trabajo unitario realizado durante los años treinta. En el contexto de la lucha contra la dictadura de Franco, con la militancia dispersa entre la clandestinidad y el exilio, esta tarea consistía concretamente, por una parte, en organizar la solidaridad con la resistencia interior, y por otra, en movilizar y concienciar a las mujeres del exilio, muchas de ellas no politizadas, convenciéndolas de la importancia de colaborar con la organización, la única que representaba a las mujeres del exilio republicano. Así, la Unión de Mujeres Españolas reproducía discursos y modalidades de movilización que ya habían sido ensayadas en los años treinta, en particular el recurso al pacifismo y al maternalismo como discurso de legitimación de la acción política femenina, pero de forma aún si cabe más acentuada, puesto que el pacifismo fue abiertamente adoptado como estrategia discursiva por la Federación Democrática Internacional de Mujeres en el marco de la guerra fría[62].

Aunque la UME se presentaba como una organización que no dependía de un partido político concreto, su ligazón con el PCE era más que evidente y su discurso prosoviético se fue acentuando cada vez más, en particular a partir de 1948: su publicación Mujeres Antifascistas Españolas acabó convirtiéndose en gran medida, más de lo que lo habían sido las publicaciones antifascistas femeninas de los años treinta, en una correa de transmisión de las orientaciones comunistas tanto a nivel nacional como internacional, a través de las directrices proporcionadas por la FDIM. Esta ligazón fue pretexto en septiembre de 1950 para ilegalizar ambas organizaciones en Francia, en el curso de la operación denominada «Bolero-paprika» que tuvo como objeto la prohibición de las organizaciones comunistas extranjeras en suelo francés y la represión de sus militantes, lo que significó la expulsión y la deportación de muchos militantes comunistas españoles, hombres y mujeres[63]. A partir de ese momento el eje de la organización femenina se trasladó a México, desde donde se siguió editando el periódico, sobriamente llamado a partir de ese momento Mujeres Españolas. Dolores Ibárruri e Irene Falcón, que habían dirigido las organizaciones femeninas antifascistas desde principios de los años treinta, pasarían la mayor parte del exilio en la Unión Soviética. Y a partir de los años sesenta, una nueva

generación de mujeres antifranquistas del interior elaboraría nuevas formas de militancia y nuevas alianzas en el marco de lo que más tarde se denominaría el Movimiento Democrático de Mujeres.

* * *

Desde comienzos de los años treinta hasta finales de los años cincuenta, el antifascismo fue el eje en torno al cual se organizó la actividad política de las mujeres del PCE, una actividad que desbordó los propios límites de la militancia del partido y permitió la emergencia de una verdadera organización femenina de masas durante la Guerra Civil. Para la estructuración de dicha organización durante los años treinta, y su refundación en el exilio, fueron fundamentales el impulso y las conexiones procedentes del ámbito internacional, sin las cuales no se explica ni el éxito de la movilización, ni el origen de los discursos y prácticas militantes que, adaptados por supuesto al contexto nacional y local, movilizaron las mujeres antifascistas. Se trata de una historia relativamente mal conocida, a pesar de los esfuerzos realizados principalmente por la historiadora Mary Nash[64], y sobre la que aún queda mucho por decir, en particular con respecto a la hipótesis que hace de la movilización femenina antifascista una suerte de prefiguración de los Frentes Populares, tanto en España como en Francia. En ese sentido, nos parece fundamental señalar la contribución de la militancia femenina al enriquecimiento de la cultura política comunista, a la cual aportaron la construcción de un discurso basado en el pacifismo y el maternalismo que, a pesar de sus ambigüedades con respecto a los objetivos feministas que también reivindicaba la organización, supusieron un formidable instrumento de movilización femenina. Una movilización que resultó fundamental tanto para la estructuración del antifascismo en los años treinta como para mantener la solidaridad y la esperanza en una victoria final durante los largos años de la dictadura y el exilio. Y si el dictador acabó muriendo en la cama, la silueta de una anciana Dolores Ibárruri en la Mesa del Congreso en 1977, casi 40 años después de haber ganado su acta de diputada, parece hacer eco a sus palabras publicadas en 1949 en Mujeres Antifascistas Españolas:

No dudéis jamás, amigas y camaradas inolvidables, que cualesquiera que sean las fluctuaciones del combate que libremos, nosotros seremos los vencedores[65].

---

[1] Irene Falcón, «Ante el primer Congreso de Unión de Mujeres Españolas. Hacia una poderosa organización de mujeres antifascistas», Mundo Obrero, 1 de agosto de 1946.

[2] Marta del Moral, Acción colectiva femenina en Madrid (1909-1931), Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2012, p. 325.

[3] PCE, Estatutos y Tesis, Madrid, M. Tutor, 1922, pp. 6, 10, 35-36, cit. en Marta Del Moral, Acción colectiva femenina en Madrid, p. 319.

[4] Irene Falcón, Asalto a los cielos. Mi vida con Pasionaria, Madrid, Temas de Hoy, 1996, p. 93; Rafael Cruz, Pasionaria, Dolores Ibárruri, historia y símbolo, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, p. 91.

[5] Irene Falcón, Asalto a los cielos. Sobre las redes femeninas y feministas en torno a las cuales gravitó Irene Falcón antes de su entrada en el PCE ver también Shirley Mangini, Las modernas de Madrid: las grandes intelectuales españolas de la vanguardia, Barcelona, Península, 2001.

[6] Luz Sanfeliu, «La enseñanza de lo público. El asociacionismo feminista progresista durante la II República», Historia Social 82 (2015), pp. 149-166, cita en p. 154.

[7] Rosa Ana Gutiérrez Lloret, «¡Hagámoslo por Dios y por la patria! La organización de las mujeres católicas en las elecciones de noviembre de 1933», Historia Constitucional 19 (2018), pp. 251-285, cita en p. 258.

[8] Dolores Ibárruri, «La mujer, factor decisivo en la lucha contra la burguesía», Mundo Obrero, 29 de abril de 1933.

[9] Mayte Gómez, El largo viaje: política y cultura en la evolución del Partido Comunista de España, 1920-1939, Madrid, Ediciones de la Torre, 2005, pp. 157-158. Las alusiones a Austria y a Francia en Frente Antifascista, 14 de febrero de

1934. Ver también Fernando Hernández Sánchez, «El PCE en la Guerra Civil», tesis de doctorado, Madrid, 2010, p. 87; Danielle Tartakowsky, Les Manifestations de rue en France: 1918-1968, París, Publications de la Sorbonne, 1997.

[10] Así lo mantiene por ejemplo Daniel Kowalski, La Unión Soviética y la Guerra Civil española, Barcelona, Crítica, 2004, p. 135. Acerca del papel de los intelectuales en España en relación con la Internacional Comunista, en particular con la Organización Internacional de Escritores Revolucionarios, ver Natalia Kharitonova, «La Internacional comunista, la Organización Internacional de Escritores Revolucionarios y el movimiento de artistas revolucionarios españoles», en Institut d'Études Européennes - IEE - Documento 37 (01/2005), p. 4, http://www.uclouvain.be/cps/ucl/doc/euro/documents/Kharitonova37.pdf (consultado el 16/12/2020).

[11] Bruno Groppo, «L'antifascisme dans la culture politique communiste», en Jean Vigreux et Serge Wolikow (dirs.), Cultures communistes au XXe siècle: entre guerre et modernité, París, La Dispute, 2003; Kasper Braskén, «Making Anti-Fascism Transnational: The Origins of Communist and Socialist Articulations of Resistance in Europe, 1923-1924», Contemporary European History 25/4 (novembre 2016), pp. 573-596; Gerd-Rainer Horn, European socialists respond to fascism: ideology, activism and contingency in the 1930s, Oxford, Oxford University Press, 1996.

[12] Emmanuelle Carle, «Gabrielle Duchêne et la recherche d'une autre route: entre le pacifisme féministe et l'antifascisme», tesis de doctorado, Montreal, McGill University, 2005, p. 265.

[13] En El único camino Dolores Ibárruri da la fecha de «primavera de 1933» como momento de la visita de la delegada del Comité Mundial femenino, y por tanto momento fundacional de la organización de mujeres en España, y en muchas publicaciones historiográficas se recoge 1933 como fecha de creación de la Agrupación de Mujeres Antifascistas (que, por cierto, no se denominará así hasta 1936). Pero esta fecha es altamente improbable, por no decir imposible, puesto que el Comité de Iniciativa para la organización de dicho Comité mundial no se creó hasta principios de 1934. Dolores Ibárruri, El único camino, Madrid, Castalia-Instituto de la Mujer, 1992, p. 265.

[14] Irene Falcón, Asalto a los cielos, pp. 96-98. Ver también Dolores Ibárruri,

El único camino, pp. 265 y siguientes; Mary Nash, Mujer y movimiento obrero en España, 1931-1939, Barcelona, Fontamara, 1981, p. 189.

[15] Antonio Plaza, «El Teatro Proletario en Madrid. Del grupo Nosotros a la compañía de teatro proletario de César Falcón (1931-1934)», Kamchatka. Revista de análisis cultural 14 (2019), pp. 137-147.

[16] «A vosotras», Nosotras, 1, noviembre de 1931, p. 1.

[17] «Ante el próximo Congreso femenino contra la guerra y el fascismo», Frente Antifascista, 16 de febrero de 1934. Una comparación entre las insurrecciones de 1934 en Madrid y Viena en Sandra Souto Kustrín, «De la paramilitarización al fracaso: las insurrecciones sociales de 1934 en Viena y Madrid», Pasado y memoria 2 (2003), pp. 193-220.

[18] «Mujeres contra la guerra y el fascismo», s.f. (1935 ?), Documentos del PCE, Film XIV, apartado 173, AHPCE.

[19] Irene Falcón, Asalto a los cielos, p. 98.

[20] ¡Compañera! Órgano de las mujeres trabajadoras de la ciudad y el campo 6, 4 de marzo de 1934, p. 3.

[21] Mercedes Yusta, «The Strained Courtship between Antifascism and Feminism: From the Women's World Committee (1934) to the Women's International Democratic Federation (1945)», en Hugo García y otros (coords.), Rethinking Antifascism. History, Memory and Politics, 1921-1945, Londres/Nueva York, Berghahn Books, 2016, pp. 167-184. Ver también Hugo García, «Was there an Antifascist Culture in Spain during the 30's?», en Hugo García y otros, Rethinking Antifascism, pp. 92-113.

[22] Ahora, 17 de julio de 1934.

[23] Bernard Pudal y Claude Pennetier, Le souffle d'octobre 1917: L'engagement des communistes français, Ivry-sur-Seine, Éditions de l'Atelier / Éditions ouvrières, 2017, p. 167. Ver también Jasmine Calver, The Comité Mondial Des Femmes Contre La Guerre et Le Fascisme. Anti-Fascist, Feminist, and Communist Activism in the 1930s, Newcastle, University of Northumbria, 2019, p. 65.

[24] Dolores Ibárruri, «Una lección viva», Mundo Obrero, 21 de agosto de 1934.

[25] Sandra Souto. Paso a la juventud: movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española, Valencia, Universitat de València, 2013; Eduardo González Calleja, En nombre de la autoridad. La defensa del orden publico durante la Segunda República española (1931-1936), Granada, Comares, 2014.

[26] «¡Abajo la guerra imperialista! Imponente manifestación de mujeres contra la guerra y el fascismo», Mundo Obrero, 25 de agosto de 1934.

[27] «Informe sobre la organización de mujeres contra la guerra y el fascismo», s.f. (1935?), Documentos del PCE, Film VII, apartado 103, AHPCE.

[28] Pelayo Jardón, Margarita Nelken: del feminismo a la revolución, Madrid, Sanz y Torres, 2013, pp. 56-57.

[29] «Comité de mujeres contra la guerra y el fascismo y comité pro infancia», s.f. (1935?), Documentos del PCE, Film XIV, apartado 173, AHPCE.

[30] Roberto Ceamanos Llorens, «Solidaridad antifascista francesa y Octubre de 1934», Cahiers de civilisation espagnole contemporaine [En ligne] (2020), https://journals.openedition.org/ccec/10296, consultado el 25 de enero de 2021.

[31] «Avec les Espagnols : Contre le fascisme, aide et droit d'asile», Les femmes dans l'action mondiale, 3, noviembre de 1934 (T. de la A.).

[32] Ibidem.

[33] «Las mujeres antifascistas de Madrid dedican un emocionante recuerdo a las heroicas mujeres asturianas», Mundo Obrero, 3 de febrero de 1936.

[34] Alejandro Camino. «La influencia de las mujeres españolas en los resultados de las elecciones generales de 1933», Revista Historia Autónoma 11 (2017), pp. 179-197.

[35] Mary Nash, Mujer y movimiento obrero en España, p. 244; Carmen Sánchez Ortiz de Zárate, «Mujeres Antifascistas», http://lahistoriaenlamemoria.blogspot.com/p/asociacion-de-mujeres-antifascistas.html, consultado el 26 de enero de 2021.

[36] «Charte des Droits de la Femme votée au Congrès Mondial des Femmes contre la Guerre et le Fascisme, 4-7 août 1934», Fonds français de l'Internationale Communiste, Documents du Congrès International des Femmes contre la Guerre et le fascisme, 543_2_1, Pandor (https://pandor.u-bourgogne.fr/).

[37] Dolores Ibárruri, «El Congreso Nacional de mujeres, gran jornada de victoria», Mundo Obrero, 25 de agosto de 1934.

[38] Josette Trat, «Aux racines de l'idéologie "familialiste" du PCF», en Christine Delphy y Sylvie Chaperon (dirs.), Cinquantenaire du Deuxième Sexe: Colloque International Simone de Beauvoir, París, Syllepse, 2002, pp. 380-386.

[39] Dolores Ibárruri, «Organicemos a la mujer para la lucha», Mujeres, 3, 1 de mayo de 1936.

[40] Ver también el llamamiento «A todas las mujeres. A todas las madres» publicado en el periódico socialista Claridad, dirigido por Luis Araquistáin, y firmado por mujeres comunistas, socialistas e intelectuales sin partido. «A todas las mujeres. A todas las madres», Claridad, 16 de mayo de 1936.

[41] «Decreto del 29 de agosto creando el Comité de Auxilio Femenino», Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas, n.o 6, 2 de septiembre de 1936, p. 8. «Nombramiento como miembro de la Comisión de Auxilio Femenino», 1938, DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS,3243,N.35, Archivo Histórico Nacional.

[42] «Decreto del 29 de agosto creando el Comité de Auxilio Femenino», cit. en Carmen Sánchez Ortiz de Zárate, «Mujeres Antifascistas».

[43] Mary Nash, Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil, Madrid, Taurus, 1999, p. 199.

[44] Dolores Ibárruri, «Mujeres antifascistas», Mundo Obrero, 4 de septiembre de 1936.

[45] Dicha imagen ocupa la portada del n° 8 de la revista Mujeres, el órgano de la AMA, del 1 de octubre de 1936. Ver también Lina Odena, heroina del pueblo, Madrid, Editora España-América, 1936; Ángel Estivill, Lina Odena: la gran heroina de las juventudes revolucionarias de España, Barcelona, Maucci, 1936. Una biografía reciente en Antonio Gascón y Manuel Moreno, Lina Odena. Una

mujer, Barcelona, Comissió d'Alliberament de la Dona Lina Odena - PCC/Caepisa, 1996.

[46] Mary Nash, Rojas, pp. 99-104.

[47] Ángela Cenarro, «Movilización femenina para la guerra total (1936-1939): un ejercicio comparativo», Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales 16 (2006), pp. 159-182.

[48] Carmen Sánchez Ortiz de Zárate, «Mujeres Antifascistas».

[49] Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, «A las mujeres antifascistas», Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas 6, 2 de septiembre de 1936, p. 8.

[50] «Después de nuestra conferencia unamos nuestros esfuerzos», Muchachas, n.o 3, 5 de junio de 1937, p. 2.

[51] Los casos de las Trece Rosas y de Matilde Landa son evocados en la primera publicación editada por las mujeres antifascistas en el exilio francés: «¡No había una familia del pueblo que no tuviera alguien en la cárcel y pocos quedaron que no tuvieran que llorar fusilados!», Unión de Mujeres. Boletin interior, 9, septiembre de 1946. Ver también David Ginard, Matilde Landa. De la Institution Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas, Barcelona, Flor del Viento, 2005.

[52] Ricard Vinyes, Irredentas: las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas, Madrid, Temas de Hoy, 2001.

[53] Acerca de las organizaciones femeninas del exilio en México ver Pilar Domínguez Prats, De ciudadanas a exiliadas. Un estudio sobre las republicanas españolas en México, Madrid, Cinca, 2009.

[54] Sixto Agudo, En la «Resistencia» francesa. Memorias, Zaragoza, Anubar, 1985, pp. 35-38.

[55] Acerca de esta organización ver Francisca de Haan, «Aspirations for a Better World: The Early Years of the Women's International Democratic Federation (1945-1950)», Feministische Studien 27/2 (2009), pp. 241-257; Mercedes Yusta, «Mujeres para después de una guerra mundial. La Federación

Democrática International de Mujeres, empoderamiento femenino a comienzos de la guerra fría (1945-1951)», en Henar Gallego, Carmina García Herrero (eds.), Autoridad, poder e influencia. Mujeres que hacen historia, Barcelona, Icaria, 2018, pp. 129-155.

[56] Mercedes Yusta, «Réinventer l'antifascisme au féminin: la Fédération Démocratique Internationale des Femmes et le début de la Guerre Froide», Témoigner entre histoire et mémoire. Revue pluridisciplinaire de la Fondation Auschwitz 104 (2009), pp. 91-104.

[57] «Discours d'ouverture de Mme Cotton», en Fédération Démocratique Internationale des Femmes, Congrès International des Femmes: compte rendu des travaux du Congrès qui s'est tenu à Paris du 26 novembre au 1er décembre 1945, París, 1945, pp. xvii-xviii (trad. de la autora).

[58] Informe de Elisa Uriz al Comité Ejecutivo del PCE, Berlín, 3 de abril de 1960. «Organizaciones de mujeres», caja 117, legajo 1/5, AHPCE.

[59] Pilar Dominguez Prats, Voces del exilio, p. 240.

[60] Mercedes Yusta, Madres Coraje contra Franco. La Unión de Mujeres Españolas en Francia, del antifascismo a la guerra fría, Madrid, Cátedra, 2009, pp. 120-121.

[61] Eugénie Cotton, «Participación de la mujer en la defensa de la paz y en la lucha contra la intensificación de las actividades de las fuerzas del fascismo», informe presentado al Comité Ejecutivo de la FDIM, Moscú, septiembre de 1946, «Organizaciones de mujeres», carpeta 116, legajo 10, AHPCE.

[62] Mercedes Yusta, «Femmes d'acier. Les communistes espagnoles et la Federation Democratique Internationale des Femmes (1945-1950)», Hispania Nova 18 (2020), pp. 599-628.

[63] Aurélie Denoyer, L'exil comme patrie. Les réfugiés communistes espagnols en RDA (1950-1989), Rennes, PUR, 2017.

[64] En particular Mary Nash, Mujer y movimiento obrero en España, y Rojas: las mujeres republicanas en la Guerra Civil.

[65] Dolores Ibárruri en Mujeres Antifascistas Españolas 27, abril de 1949, p.

16.

XI

SER MUJER Y COMUNISTA EN LA ESPAÑA DE FRANCO. LOS ELEMENTOS DE UNA DEMONIZACIÓN

Irene Abad Buil

INTRODUCCIÓN

¿Sirvió la violencia extrema contra las mujeres como venganza contra quienes durante la Segunda República osaron «burlar» el orden patriarcal establecido[1]?, ¿pueden considerarse los mecanismos de violencia utilizados contra la mujer como «represión sexuada»? ¿Es dicha represión una aplicabilidad más de la violencia estructural sobre la que se apoyó el franquismo? E ideológicamente hablando, ¿ser mujer comunista influyó en el endurecimiento de los mecanismos de represión? Además, ¿se convirtieron los cuerpos de las mujeres en campos de batalla ideológica?

Todas estas son algunas de las muchas cuestiones que nos vienen a la cabeza al tratar de dedicar un artículo a la represión que el franquismo destinó a las mujeres comunistas. Tratar de responderlas será su objetivo, a partir del análisis de todos los instrumentos de represión, los legislados y los no sujetos a ley, utilizados durante el franquismo para castigar por motivos ideológicos y de género. En este entramado represor, las mujeres comunistas fueron diana de una violencia política, sexual, social, económica y discursiva que se readaptó a la evolución dictatorial con la finalidad de tenerlas siempre como víctimas.

Evidentemente, un análisis cuantitativo de la violencia podría darnos una clara solución a muchas de estas preguntas; sin embargo, la ausencia de datos al respecto nos impide llevarlo a cabo. Existen aproximaciones y resultados

sectoriales de las cifras de la represión, pero insuficientes para poder operativizar la represión sexuada en términos generales. El acceso a fondos documentales todavía guardados bajo la llave del ocultismo potencia esta carencia de datos numéricos. De hecho, un estudio pormenorizado de los distintos Tribunales Militares existentes entre 1936 y 1958 nos daría cifras aproximadas sobres los distintos mecanismos oficiales de la represión hacia la mujer o un proyecto global centrado en archivos municipales sacaría a la luz documentos encargados de registrar hechos locales vinculados a la represión como el localizado por Sescún Marías en el Archivo Municipal de Fuendejalón (Zaragoza) y en el que se especifica que el 28 de agosto de 1936, en pleno «terror caliente», fueron rapadas 39 mujeres de la localidad[2].

A pesar de las dificultades, encontramos estudios específicos que nos permiten realizar ciertas afirmaciones. Por ejemplo, el trabajo de Elena Franco centrado en el análisis del Tribunal de Responsabilidades Políticas en Huesca ofrece, además de cifras específicas (la autora tuvo en cuenta una gran variedad de criterios para cuantificar las dimensiones de la represión aplicada por esta institución: profesiones, estado civil, edad, fecha del proceso, procedencia y sexo[3]), incorpora una lista nominando a todas las incautadas por «responsabilidad política». Desde una perspectiva local, permite sacar conclusiones de los niveles de la represión franquista en un ámbito territorial concreto y, en este caso, gracias a los expedientes consultados, comprobamos que muchas de las incautadas por el Tribunal lo fueron por el conocido como «delito consorte»: ser mujer de. Otros autores han hecho aproximaciones cuantitativas en este campo aportando interesantes datos. Ginard establece que las mujeres constituyeron solo el 5 por 100 de las personas procesadas en relación a la Guerra, mientras que el porcentaje aumenta a un 10 por 100 por participar en la oposición de posguerra. Datos que permiten establecer la participación política como el criterio fundamental para ejercer la represión, por encima de otros criterios también utilizados. Por su parte, Eiroa expone que las ejecutadas suman aproximadamente un 3 por 100 del total de los ajusticiamientos llevados a cabo durante el franquismo. Cifra que determina que existió una mayoritaria represión hacia los hombres que hacia las mujeres, lo cual sigue corroborando la relevancia de la «participación o implicación política» como principal motivo «para el castigo». Diferencia en las cifras que no influye en la intensidad o crueldad de las prácticas represivas. La crueldad fue indistinta bien fuese dirigida a víctimas hombres o mujeres. Según Vinyes, a principios de los años cuarenta, 50.400 españolas malvivían en las cárceles por delitos políticos y Dreyfus-Armand expone que entre finales de 1939 y principios de 1940 residían

en Francia unas 45/50.000 mujeres y niños aproximadamente, de un total de 170/180.000 refugiados. Las cifras vinculadas a la «participación o implicación política» resultaban mucho más elevadas para la victimización masculina que para la femenina. Diferencia que también podía apreciarse en la intensidad de las prácticas de violencia aplicadas sobre los hombres que las ejercidas sobre las mujeres, y es que también se castigó la transgresión de los roles culturales según el género. La implicación política de las mujeres, por mínima que fuera debida en muchos casos a su carácter estrictamente familiar o asistencial, representaba la superación de los muros de la domesticidad. La intensidad expresada por esta doble represión sobre la mujer (ideológica y de género) se convierte en elemento transversal a diversos espacios bélicos, llevando a la consideración por parte de algunos historiadores de que en épocas de guerra (directa e indirecta) se generaliza la «violencia sexual» por exponerse como la forma más extrema y efectiva del control patriarcal[4].

Se trata de cuantificaciones específicas y clasificadas según las categorías establecidas por la propia represión: procesadas, ejecutadas, presas y exiliadas. Son aproximaciones numéricas aportadas por investigaciones de los distintos fondos documentales del franquismo, que permitirían un constante avance en este sentido. Sin embargo, resulta imposible cuantificar a las víctimas de violaciones, de rapaduras de pelo, de la obligación de limpiar la sangre dejada por las torturas a sus familiares, de verse obligadas a ingerir aceite de ricino para hacerse sus necesidades encima y de un sinfín de estrategias no oficiales inmersas en lo que hemos venido a llamar la «represión horizontal». A Ángeles González, mujer de Victoriano Díaz-Cardiel (preso en la cárcel de Fuensalida, Toledo) la llevaron a pintar el cuartel de la Guardia Civil, a blanquear los techos, a pintar las líneas de los zócalos. Un modelo de represión cercano a lo cotidiano y, por tanto, fuera del control oficial de la dictadura, además de contar con un alto componente comunitario, es decir, con altos efectos ejemplificantes sobre la comunidad a la que pertenecía la víctima. De ahí que la principal fuente para recoger esta última información sean los testimonios, a pesar de la dificultad que conlleva el recuerdo de la represión. Son testimonios vinculados a la cotidianidad, al transcurso diario de la mujer española de posguerra y a los roles culturalmente asignados a su género. Sagrario Medina, testimonia en el libro de Fernada Romeu que su madre tuvo que ir a limpiar la sangre de los detenidos durante las torturas, que obligaban a las mujeres que tenían al marido en la cárcel a limpiar todo aquello que habían hecho. Vinculaban un rol de género (limpiar) con un elemento del castigo (sangre). Pero no se les represalió únicamente a través de acciones a realizar, sino aplicando sobre sus cuerpos

prácticas contra su voluntad, dolorosas y estigmatizantes. La misma Sagrario Medina recuerda que le cortaron el pelo por ser la hija de un «rojo». Violentaron sus cuerpos con la finalidad de deshumanizarlas y restarles identidad de género[5].

La violencia, manifestada no solo en represión sobre los cuerpos de las mujeres sino también a través de obligadas acciones contra su voluntad, pretendía erradicar, desde la raíz, la identidad de género e ideológica de las mujeres sometiéndolas al poder dictatorial. Desde el mismo momento en que los militares sublevados comenzaron a ganar territorios al gobierno legítimo de la República, arrancó todo un engranaje legislativo, judicial, militar y civil que establecía la violencia como carta de presentación de un modelo de Estado que acabaría instaurándose el 1 de abril de 1939 con la victoria franquista. Dentro del complejo marco represivo que avalaba la aceptación obligada del nuevo régimen existió un claro objetivo: erradicar la época anterior (la republicana), pasar la escoba por el pasado inmediato para borrar todas sus huellas, las culturales, las sociales, las legislativas, las políticas… Se aplicaron mecanismos de represión que persiguieron este fin: fusilamientos, detenciones y encarcelamientos, exilios, depuraciones…Y, aunque todos ellos tenían como clara finalidad acabar con una época a través de la violencia hacia sus individuos representantes, dentro de dicho marco represivo también se incluían los métodos destinados a represaliar a la mujer. Por tanto, estudiar la represión sexuada conlleva analizar al mismo tiempo las dimensiones globales de la violencia estructural del franquismo. Y si, a grandes rasgos, esta última tenía como finalidad erradicar una ideología, la represión sexuada se centró también en la erradicación del modelo de mujer anterior para la posterior construcción de uno nuevo a partir del cual redefinir las nuevas relaciones de género[6].

LA ESPAÑA FRANQUISTA Y SU VIOLENCIA ESTRUCTURAL

Surgen también en este punto cuestiones a resolver: ¿constituye la victoria franquista la causa fundamental para tener que elaborar todo un corpus represor destinado a perpetuar su poder a través de la erradicación del otro? o, por el contrario, ¿la práctica de la violencia se sostenía sobre una ideología que llevaba intrínseca el uso de la misma?, ¿fue algo coyuntural o algo deliberado? Una

respuesta taxativa no se ajustaría realmente a la que fue la construcción de la represión franquista, y concretamente la dirigida hacia la mujer, puesto que el discurso franquista sustentaba una sublevación dispuesta a acabar con la República impuesta por las urnas y, por lo tanto, emanaba con la pretensión de erradicar lo anterior. Esa idea inicial sería el aval para convertir en motivo de castigo algunos de los avances políticos y civiles experimentados y desarrollados por la mujer gracias a la Constitución republicana de 1931. El carácter retroactivo que subyacía en el corpus legislativo represor del franquismo penaba las participaciones políticas durante la época anterior y en el ámbito de la República.

De 1931 a 1936 las mujeres avanzaban en cuanto a participación política (pasaron a militar en partidos políticos y sindicatos e incluso crearon sus propias agrupaciones políticas femeninas como la Agrupación de Mujeres Antifascistas o Mujeres Libres), en formación académica y en derechos civiles. Con este panorama, la Segunda República es considerada una época feminizada, puesto que asigna a la mujer una serie de oportunidades para que esta comience su camino hacia la igualdad. A pesar de que el discurso androcéntrico del momento conducía a los distintos partidos políticos a considerar a la mujer como «arma de voto» y a lanzar distintas consignas para atraerlas. Se abría, por tanto, un camino en el que quedaba mucho trecho por recorrer y cuyos primeros pasos, aquellos dados gracias a la legislación republicana, pronto fueron retrocedidos cuando en julio de 1936 empieza a tener cada vez más impacto en el territorio español los efectos de un fallido golpe de Estado militar y su consecuente Guerra Civil.

El conflicto bélico que se desarrolló desde 1936 hasta 1939 enfrentó dos modelos de Estado diferentes. Y cada uno de ellos su correspondiente modelo de mujer. Entraban en confrontación dos culturas políticas contrapuestas en cuanto a definir la ciudadanía femenina y las identidades género: la cultura conservadora y la cultura progresista. ¿Qué interés existe en dichas culturas por construir un modelo determinado de mujer? En un sistema patriarcal imperante, mucho. Como exponen Laura Branciforte y Rocío Orsi, la acción de las mujeres ha sido percibida como una persecución incesante de los distintos ritmos de la modernización. Para evitar ver dicha acción como una amenaza, mejor tener control sobre la misma a través de modelos construidos desde el propio poder. Cada una de las culturas políticas proyectaría sus propios valores a partir de los cuales se fueran formando las identidades individuales. De hecho, según la teoría marxista y planteándolo en términos básicos, la conciencia individual, al no ser innata, se va construyendo a partir de su contacto con la conciencia colectiva

(entendiendo esta como el resultado de distintos elementos como la educación y la cultura). Según Erice, aludiendo a Althusser, la ideología interpela a los individuos convirtiéndolos en sujetos y amoldándolos a las estructuras. La cultura republicana (con sus experiencias y dialéctica) favoreció, en palabras de Ana Aguado, el pensamiento igualitario, acciones colectivas y, entre otras proyecciones, el feminismo. La cultura republicana (como simbiosis de diversas culturas: socialista, anarquista, comunista…) tuvo un carácter igualitario e identitario. De ahí que sea realmente interesante ver cómo se han ido construyendo las identidades de género dentro de la órbita cultural. Recurrimos a Aguado, cuando expone que las mujeres republicanas de comienzos del siglo XX, herederas de la cultura feminista librepensadora y republicana, enlazaron en los años veinte con las mujeres (y las organizaciones femeninas) sufragistas (entre las que había antiguas librepensadoras, masonas, republicanas y socialistas). Se estaba tejiendo un hilo conductor de la acción femenina en el que confluían las herencias culturales y los contextos históricos (que servían o bien para establecer necesidades de acción, como ocurrió durante la Primera Guerra Mundial, o bien para consolidar los discursos igualitarios como ocurrió durante el gobierno progresista de la Segunda República). Este hilo conductor construyó acciones sociales que, poco a poco, se filtraron en la vida cotidiana de diversos sectores sociales[7].

De ahí que cuando, en el corpus represor franquista, se articularon las dimensiones de la violencia, todas estas proyecciones de la cultura republicana se convirtieron en objetivo a castigar y a erradicar, invirtiendo igualmente gran parte de sus esfuerzos en amoldar a la mujer a sus intereses de Estado patriarcal y nacional-católico. Aquellas cuya vida (de manera directa según la acción política o de manera indirecta a través de la «acción consorte») se vinculaba a la cultura republicana, se convirtieron en víctimas de los diversos mecanismos represores del franquismo. Por lo tanto, la represión hacia la mujer fue el proceso a partir del cual destruir un modelo de mujer (y, por tanto, era un ataque directo a la ideología y políticas republicanas) para, posteriormente, construir otro nuevo (en este segundo paso de construcción también se detectaron elementos represores aplicados a través del nuevo sistema educativo y sus mecanismos de reeducación). En cualquiera de estas fases, la represión fue el hilo conductor de todo este proceso basado en la idea no de construir un nuevo modelo a partir de herencias, sino a partir de erradicaciones. Se quería eliminar toda la huella anterior para que no quedase memoria de él, para no ejercer ningún riesgo al nuevo modelo de mujer impuesto.

Así, en este artículo, podemos encontrar dos líneas fundamentales. Por un lado, el de la destrucción y, por otro, el de la construcción. En el primero de ellos, nos topamos con numerosas muestras de represión (en todas sus dimensiones: discursivas, legislativas, aplicaciones de la violencia…) poniendo especial énfasis en la ideología comunista, como habían especificado las teorías eugenésicas de Vallejo Nájera en el intento por acabar con el «gen rojo» o, en propias palabras del psiquiatra, de erradicar al «delincuente marxista femenino». Y en el segundo de ellos, la construcción encontrará en la educación su principal aliada, una educación ideologizada, politizada y, al mismo tiempo, represora puesto que reduce a la mujer a un segundo plano de la ciudadanía (ya lo especificó la mismísima Pilar Primo de Rivera cuando en la revista Consigna resumía claramente los objetivos del sistema educativo falangista: «el niño mirará al mundo, la niña mirará al hogar»).

Entre los dos modelos de mujer confrontados, subyacía una «conciencia femenina» que, según Telma Kaplan, surgía de garantizar la supervivencia familiar como consecuencia de los roles de género impuestos comúnmente por el patriarcado. Una supervivencia familiar que, atacada directamente por la violencia estructural del franquismo, se acabaría convirtiendo en el motor de arranque de una movilización pública que transformaba a la mujer en sujeto activo en la esfera de la oposición política al franquismo y, por tanto, en posible víctima de su represión[8].

Podemos concluir, por tanto, que los mecanismos de represión franquista hacia la mujer republicana van a castigar tanto la implicación política femenina antes (por representar el apoyo al legítimo gobierno republicano) y durante la dictadura franquista (por quedar inmersas en el ámbito de la oposición política al régimen). Dentro de este planteamiento, encontramos otro nivel de concreción: la represión a la mujer comunista, que se va a ver intensificada por la demonización del comunismo dentro del discurso franquista.

LOS ELEMENTOS DE LA REPRESIÓN PARA DESTRUIR EL MODELO DE MUJER REPUBLICANA

La represión iniciada por el bando sublevado se manifestó, desde el primer

momento, de dos maneras. Una primera consistente en arrasar de manera arbitraria, indiscriminada y descontrolada la retaguardia republicana. Recordemos, por ejemplo, como escalofriante episodio de este modelo de violencia, la masacre llevada a cabo en la plaza de toros de Badajoz. El 14 de agosto de 1936 llegaba a la ciudad extremeña la temida Columna de la Muerte, dirigida por el teniente Yagüe. Comenzaron a producirse detenciones de todo ciudadano susceptible de estar cercano a la República en cualquier de sus expresiones (activismo político, empatía ideológica o pertenencia a la clase trabajadora por considerarse el campo de cultivo de apoyo a la República). Miles de personas fueron conducidas a la plaza de toros de la ciudad y allí fueron víctimas de ejecuciones. Habían creado un callejón sin salida, metáfora del modelo represor que buscaba el franquismo. Una segunda manera de represaliar era aplicar sobre la población civil el Código de Justicia Militar (pero el de 1890), que regula una jurisdicción especial. ¿A qué nos referimos al hablar de jurisdicción especial? A aquella que cuenta con tribunales específicos, juzgados propios y procedimientos que siguen pautas de actuación ajena a la justicia ordinaria y que se aplica a una situación de excepcionalidad. Los tribunales militares encargados de impartirla se denominaban consejos de guerra y para que estos últimos pudieran celebrarse se instruían los sumarios que se abrían con la detención y las denuncias contra el encartado y se cerraban con la sentencia y su consecuente ejecución. La excusa de cualquiera de las modalidades de rebelión era suficiente para llevar a cabo la denuncia y detención, acciones estas últimas que estaban abiertas a cualquier persona afín al régimen franquista.

Estas posibilidades expandían las dimensiones de la represión, sobrepasando los límites de lo político y filtrándose en el ámbito de lo cotidiano. De ahí que conviviesen dos estrategias de represión complementarias. Una de carácter vertical, la oficial, avalada por la legislación franquista y controlada por sus informes generados. La otra, no oficial, descontrolada y no regida por ninguna legislación, respondía a una dirección horizontal. De ahí que esta última tuvo unos tentáculos alargados y profundos.

Centrándonos en la primera de ella, la vertical, la establecida desde el poder, hay que decir que la política represiva del franquismo se articuló a partir de una serie de jurisdicciones especiales con autoridad o poder para juzgar: Jurisdicción de Guerra, Jurisdicciones Especiales de Responsabilidades Políticas (Ley 9 de febrero de 1939) y Jurisdicción de la Masonería y el Comunismo (Ley 1 de marzo de 1940). Según Del Águila, de todas las jurisdicciones, la de Guerra, fue la más importante cualitativa y cuantitativamente con respecto a la represión

utilizada, ya que en ella se incluía la Justicia Castrense o la que empleaban frecuentemente los tribunales militares. Los mecanismos de represión de la Jurisdicción de Guerra se fueron utilizando con soportes jurídicos diferentes a lo largo del franquismo. El primer bando de guerra inaugura esta Jurisdicción de Guerra y a partir de ese momento comienzan a celebrarse una gran cantidad de Consejos de Guerra. El avance paulatino por todos los territorios en los que triunfa la insurrección suponía la expansión de dicha jurisdicción y su paralela supresión de libertades y derechos establecidos en la Constitución todavía vigente, la de 1931, además del establecimiento de Auditorías de Guerra nutridas de las información que les llegaba desde las Capitanías Generales, las cuales, a su vez, contaban con la inestimable colaboración de Falange, Guardia Civil, requetés o miembros de Acción Ciudadana, que recorrieron diversos municipios con la finalidad de recoger los datos a partir de los cuales funcionar y represaliar[9].

Esta lealtad a la insurgencia manifestada a partir de informes respondía a un carácter plenamente subjetivo, puesto que se elaboraban sobre acusaciones que, incluso, trascendían a aspectos de la vida diaria de las personas, como el mero hecho de asistir a la misa dominical o no (tal como demuestran documentos como el aparecido en el Archivo Diocesano de Barbastro y perteneciente a la parroquia de Ponzano, en la provincia de Huesca, en el que se listaba a todos los vecinos del pueblo y su frecuencia con respecto a la asistencia a la iglesia).

Siguiendo a Arnabat, sabemos que esta red de información se vio implementada por la colaboración que el Ministerio de Orden Púbico de Valladolid comenzó a partir de finales de 1937 con una comisión de la Gestapo alemana encabezada por Heinz Jost. De esta colaboración nacería una ingente cantidad de información política procedente de los documentos requisados a las asociaciones republicanas. Otra importante fuente de información sería la Delegación del Estado para la Recuperación de Documentos (DERD) creada a finales de abril de 1938 con la finalidad de recabar, almacenar y clasificar toda la documentación de los partidos políticos, las organizaciones y las personas hostiles y desafectas al Movimiento Nacional, a fin de facilitar su localización y aplicar el pertinente castigo[10]. La justicia franquista partía de la consideración de que todos los acusados eran culpables si no se demostraba lo contrario. La tipología de la acusación fue muy amplia a lo largo de toda la existencia del franquismo. Durante los años de guerra y la inmediata posguerra abundaron aquellos vinculados a las modalidades de Rebelión Militar: Adhesión, Auxilio y Excitación. Modalidades que llevaban implícitos diversos castigos, según los

artículos 238 y 240 de dicho Código de Justicia Militar. Pero claro, ¿cómo demostrar la inocencia dentro de un sistema en el que el derecho de defensa brillaba por su ausencia?

Esta extensa red de información necesitaba de un corpus legislativo que diera salida a todas las denuncias. La justicia militar inaugurada con la Guerra Civil estuvo vigente hasta 1948 y se completó con una serie de leyes: la de Responsabilidades Políticas (febrero de 1939), la de represión de la Masonería y el Comunismo (marzo de 1940), la Causa General (abril de 1940), la Ley de Seguridad del Estado (abril de 1941), el Código Penal franquista (enero de 1945) y la Ley de Represión del Bandidaje y Terrorismo (abril de 1947). De todas ellas, las que más afectaron a las mujeres fueron la Ley de Responsabilidades Políticas y la de represión de la Masonería y el Comunismo.

La Ley de Responsabilidades Políticas tenía sus raíces en el Decreto-ley de 10 de enero de 1937, en virtud del cual se creó la Comisión Central Administrativa de Bienes Incautados por el Estado y, a su vez, se establecían las bases para crear en cada provincia una Comisión Provincial de Incautaciones de Bienes, hasta que finalmente en 1939 nacía una ley cuyo objetivo era castigar cualquier actuación (directa o subsidiaria) generada a partir de la oposición al triunfo del Movimiento Nacional. Esta perspectiva tan generalizada incluía acciones presentes y pasadas, por lo que la ley tuvo un claro carácter retroactivo y se prolongó hasta 1945 con el objetivo tanto de frenar actos de oposición a la ya instalada dictadura y desposeer totalmente a los vencidos con la finalidad de abrir una brecha insalvable no solamente en lo político y en lo social, sino también en lo económico. Las mujeres de destacados republicanos (encarcelados, huidos o, incluso, ya ejecutados) se convirtieron también en víctimas de este proceso de castigo, puesto que fueron las receptoras de las incautaciones de propiedades familiares como método de multa. Por tanto, la periferia a la que esta ley sometió a las mujeres la convirtió en una de las más temidas entre el pueblo español, puesto que las sentencias de su tribunal, sumadas al contexto global político-económico del país, afectaron negativamente a toda la población republicana. Una población a la que se sumaría, como una losa, la Ley de la Represión de la Masonería y el Comunismo.

Siguiendo la estela de los regímenes autoritarios que le precedieron tras la I Guerra Mundial, Franco también dejó patente su claro anticomunismo. Siguiendo este planteamiento, surge en 1940 esta última ley, que contenía un

carácter retroactivo y presentaba un alto alcance punitivo hacia conductas heterodoxas que transitaban desde la masonería hasta las asociaciones clandestinas pasando por el comunismo. La amplitud de disidencia se asemejaba a la amplitud de castigos, pero construía un aval más para sostener legalmente las detenciones, las torturas, los encarcelamientos y los fusilamientos. Castigos que eran extensibles tanto a hombres como mujeres que, especialmente, quedasen vinculados al comunismo. Pero a esta generalización del castigo por la acción política, hay que sumarle la aplicación de métodos que trataban de «curar» la presunta patología que representaba la disidencia para un régimen que había adoptado las conclusiones de la experimentación del psiquiatra Vallejo Nájera. Según este último, «si la mujer es habitualmente de carácter apacible, dulce y bondadoso, se debe a los frenos que operan sobre ella; pero como el psiquismo femenino tiene muchos puntos de contacto con el infantil y el animal, cuando desaparecen las inhibiciones frenatrices de las impulsiones instintivas, entonces despierta en el sexo femenino el instinto de crueldad y rebasa todas las posibilidades imaginadas, precisamente por faltarles las inhibiciones inteligentes y lógicas».

Su visión de la mujer era demoledora: incapaz de controlar sus impulsos, dependiente de los agentes externos para adquirir un carácter apacible, infantilizada y animalizada, con una esencia cruel solo controlada por agentes externos. Y, ¿cuáles eran esos agentes que podían frenar esas «impulsiones instintivas»? Una educación destinada a ser «buena esposa y madre», a silenciar sus instintos y deseos, a secundar la voluntad del hombre, a mantener siempre su presencia en un segundo plano. Y un adoctrinamiento liderado por la Iglesia católica en aras de conseguir un modelo de mujer sumisa. Por tanto, si además la mujer era comunista, los planteamientos de Vallejo Nájera se endurecían notablemente, considerando la ideología comunista una patología que actuaba fuertemente sobre ellas por la «inestabilidad propia de las mujeres»[11].

El mencionado psiquiatra quiso demostrar sus teorías aplicando experimentos sobre un muestreo de 50 presas de la cárcel de Málaga, todas ellas con expedientes abiertos de carácter político y con un abanico de edad muy amplio, de los 15 a los 60 años de edad. De sus «presuntas» participaciones políticas durante la República se deducían diversas conclusiones: que gran parte de las mujeres «marxistas» mostraban «temperamentos degenerativos» y que respondían a un coeficiente intelectual bajo, además de escasa o nula instrucción educativa. Afirmaba taxonómicamente el psiquiatra que era prácticamente común que todas ellas tuvieran antecedentes familiares de «anormalidad

psíquica», y además de la gran variedad de trastornos psicológicos que podían presentarse, incluía dentro de la «anormalidad» los «antecedentes revolucionarios familiares o matrimoniales». El cientifismo de su estudio era altamente cuestionable, pero servía de aval perfecto para un franquismo que consideraba el comunismo como una patología a «curar» a través de métodos violentos y deshumanizadores. Esta «degeneración psicológica» que se les asignaba las incapacitaba, según el discurso oficial del Régimen, para desempeñar el papel de madre según los cánones del franquismo. De ahí que los significados de la maternidad representaron, al mismo tiempo, otro mecanismo de represión. Como ya he publicado anteriormente, «el subrayado respeto que para las mujeres afines al régimen suponía dicha capacidad femenina contrastaba con el denigrante tratamiento que la dictadura hacía sobre la maternidad de las mujeres republicanas»[12]. Las comisarías, donde se ejercieron numerosas torturas a las detenidas, registraron prácticas violentas contra la maternidad republicana: golpes en el vientre con el fin de causar daños en el sistema reproductor femenino o de provocar el aborto en el caso de que la detenida estuviera embarazada. Golpes que, como recuerdan testimonios de la época, solían venir acompañados de la frase «un rojo menos». Una frase que evidenciaba la intención dictatorial por erradicar la disidencia desde la raíz, además de minimizar al máximo la maternidad republicana. Una anulación de la maternidad republicana que se extendía al estadio posterior de las comisarías: las cárceles.

El testimonio de Nieves Waldener, detenida el 8 de mayo de 1939 por haber pertenecido a la Agrupación de Mujeres Antifascistas, recuerda que dio a luz en la cárcel y que a la media hora de nacer su hijo se vio plagada de chinches. Situaciones análogas a la de Nieves pueden encontrarse en el trabajo de recuperación de memorias de represión realizado por la que también fuera presa y mujer de preso del franquismo, Tomasa Cuevas[13]. La memoria de quienes fueron víctimas de diversas prácticas represivas vigentes en la cotidianeidad de las cárceles franquistas trae al presente lo ocurrido en el interior de dichos centros penitenciarios, algo que, sin embargo, en esos momentos no trascendía de los mismos. Al contrario, se proyectaba una imagen totalmente edulcorada de lo que ocurría y se publicitaba un tratamiento «ejemplar» de la maternidad. Ejemplaridad que parecía ser demostrada con bautizos (contra la voluntad de la madre) y apadrinamiento de niños en las cárceles por funcionarios de la misma, regalos publicitados mediante fotografías y artículos en la revista Redención, publicación oficial de Instituciones Penitenciarias.

Por un lado, mostraban solidaridad y protección que bien podía ser confundida con el control absoluto tras la desnaturalización absoluta de la víctima. Los niños nacidos en espacios de control franquista parecían pertenecerles, incluso para reeducarlos al margen de la ideología de sus progenitores (por la que estaban cumpliendo condena, al menos la madre). En otras ocasiones, las dimensiones de control sobre los niños llevó a separarlos de sus propias madres y ser conducidos a centros de reeducación u orfanatos del Patronato Central de la Merced. Institución esta última que también ejercía control sobre los hijos que, sin estar dentro de los centros penitenciarios, contaban con alguno de sus progenitores en la cárcel. Este patronato tenía una serie de «visitadoras» que, regularmente y con la excusa de entregar a las «mujeres de preso» el dinero conseguido por los encarcelados gracias a los trabajos de redención, llegaban hasta los domicilios de estas mujeres sometiéndolas a un exhaustivo control. Ya lo expuso el mismísimo José Antonio Pérez del Pulgar, jesuita que ejerció una importante influencia en la aplicación de la redención de penas en el sistema carcelario franquista, al argumentar, en 1939, que el Patronato Central de la Merced nacía, entre otras cosas, «para acometer la ingente labor de arrancar de los presos y de sus familias el veneno de las ideas de odio y antipatria, sustituyéndolas por la de amor mutuo y solidaridad estrecha entre los españoles».

Una nueva vía a través de la cual se demonizaban las ideologías republicanas a través de su vinculación con el odio y la antipatria y a partir de la cual se buscaba la reeducación para alcanzar los valores que parecía enarbolar el franquismo: amor y solidaridad entre españoles.

A las Delegaciones Locales del Patronato les correspondía la responsabilidad de ejercer una vigilancia tutelar sobre las familias de los reclusos y sobre los liberados provisionalmente, hacer llegar a las familias las asignaciones que les correspondían por los trabajos de los presos, cerciorándose de cuantas circunstancias de orden familiar pudieran tener repercusión en el derecho a percibir dichas cantidades monetarias y recogiendo, al mismo tiempo, el recibo del subsidio en el cual se acreditaba que este había sido efectivo, fomentar la creación o ampliación de colegios, centros benéficos, asilos, etc., para que en ellos pudieran ser educados los hijos de los reclusos. Todo este proceso de control y reeducación sometió a una presión constante a las mujeres que recibían a las «visitadoras», las cuales llegaban con la clara consigna de «evitar todo cuanto pudiese parecer una investigación policiaca», además «con la discreción necesaria debe el visitador informarse de los medios de vida con que cuenta la familia, nombres y apellidos, número de hijos e hijas, si van o no a escuelas o

talleres, domicilio, si tienen o no prácticas religiosas»[14].

Las mujeres fueron consideradas las responsables de mantener la ideología en el interior de los hogares, de ahí que cualquier indicio de oposición o de falta de lealtad percibido en ellos sería motivo de castigo para ellas. Escondieron a huidos, ejercieron una labor solidaria-asistencial con los presos políticos, llevaron comida y mensajes a los maquis que transitaban los montes, ocultaron y trasladaron documentación, escucharon bajo la oscuridad de la noche Radio España Independiente, mantuvieron vivo el recuerdo del padre fusilado o encarcelado y realizaron tímidas oposiciones que permitieron que la represión se colase en su cotidianeidad ya no como «delito consorte» sino también por su actitud hacia con el régimen.

En esa esfera de la cotidianeidad es donde actuó de manera incontrolada la denominada represión horizontal, la que bajo la excusa de un verdadero politicidio consiguió imponer una temida higienización social. Las mujeres fueron sacadas de sus casas para conducirlas a espacios públicos donde proyectar la represión. Se les despojó de ropas, se les afeitó el pelo, se les purgó en un proceso de purificación corporal que las deshumanizaba y les restaba dignidad como mujeres y como personas. Del silencio en el que habían permanecido en su hogar, pasaban a la proyección pública de la disidencia y se hacía con una clara violencia sobre los cuerpos. Según Joly[15], el cuerpo de las mujeres, en momentos de conflicto, representa un frente político y sexuado, que se convirtió en el receptáculo de los mecanismos punitivos procedentes tanto de la violencia político-social del franquismo aplicada a otros grupos de población como de la dimensión sexuada de los castigos en tiempo de guerra.

De las anteriormente nombradas 39 mujeres de Fuendejalón (Zaragoza) a las que se les rapó el pelo, 22 de ellas fueron posteriormente obligadas a ingerir medio litro de aceite de ricino cada una, pasearse por las calles del pueblo mientras se hacían sus necesidades y eran obligadas a gritar «Viva Cristo Rey» y «Viva Falange». Carmen Tolosa lo recordaba así: «A mí me llevó la Guardia Civil, me sacó de mi casa a los dos días de cortarme el pelo y me dijeron: di 100 veces “Viva Falange”». Y, ¿qué había hecho para merecer eso? Simplemente, en cierta ocasión, cantar el Himno de Riego. Pero cualquier motivo era suficiente para alterar la cotidianeidad implantando el terror. A una vecina de Carmen, con 70 años de edad, también la raparon por el mero hecho de llevar un pañuelo colorado atado al cuello[16].

Son muchos los casos que se han ido localizando de mujeres rapadas a lo largo y ancho de la geografía española. Se convirtió en la «carta de presentación» de la disidencia y venía acompañada de otras muchas agresiones como la desnudez, el sometimiento a limpiar o a decir cosas de manera obligada, a ingerir aceite de ricino, a pasearse por el pueblo con sus propias ropas manchadas de heces. Era el ensañamiento extremo sobre sus cuerpos como castigo por su ideología. Un ensañamiento que alcanzó todos los ámbitos de la represión.

En las comisarías de policía fueron maltratadas, vejadas y torturadas cientos de mujeres. En esos espacios de violencia, alejados de la esfera pública, los agentes no dudaban en torturar a algunas detenidas para sonsacarles todo tipo de información. Unas prácticas estas últimas que se llevaron a cabo desde el inicio de la guerra, pero que se volvieron tremendamente habituales una vez finalizada la contienda bélica, a medida que se conformaban los grupos de oposición política y armada al franquismo. Recuérdese el caso de Carmen Casas. Bajo el sobrenombre de Elisa se encargó de reorganizar el PCE en Zaragoza, mientras trabajaba de camarera en el café Ambos Mundos. Una delación acabó conduciéndola a comisaría, donde sufrió unas duras torturas que le dejaron atrofiados músculos del abdomen[17].

Las comisarías silenciaron atrocidades que únicamente han llegado gracias al recuerdo de quienes las sobrevivieron. María Valés es uno de esos casos, según recogió Tomasa Cuevas en su obra recopilatoria de memorias. Cuando iba a ser interrogada en las dependencias del Gobierno Civil de Madrid fue despojada de sus ropas por cinco hombres y la arrojaron sobre un somier. Pensó que la iban a violar e intentó zafarse de los agentes. Ante la resistencia de la detenida, la violación fue sustituida por una enorme sucesión de golpes con porras sobre piernas, glúteos y a la altura del pecho.

La violencia ejercida contra los cuerpos de las mujeres se realizaba, en muchas ocasiones, para lastimar sus órganos sexuales, los atributos que marcaban su feminidad. Porque la violencia de carácter sexual ejercida sobre el vencido representaba la expresión máxima de su victoria. Las habían despojado de sus bienes económicos, les había quitado la libertad, las querían apartadas de sus ideologías y lo único que les quedaba bajo su poder eran sus cuerpos. También de esta propiedad fueron desposeídas a través de la represión, el dolor y la humillación, incluso aún después de fusiladas. Una reciente investigación, realizada por Laura Muñoz-Encinar ha destapado las vejaciones sobre las mujeres llevadas a cabo postmortem. Los datos recogidos por esta arqueóloga y

antropóloga forense evidencian que esa represión específica contra las mujeres no se dio únicamente en vida, sino también, después de la muerte y ha certificado que, en las distintas fosas comunes analizadas, existía un patrón diferencial entre hombres y mujeres, tanto en los procesos de ejecución como de enterramiento. Conclusiones a las que ha llegado, entre otros criterios, por la orientación de los cuerpos de ellas (hacia el oeste; los hombres estaban orientados hacia el este), al igual que por estar localizados al sur del depósito. Estudio que incide, al mismo tiempo, que varias mujeres fueron enterradas desnudas entre dos varones, con un alto componente simbólico[18].

A MODO DE RESPUESTA A LAS PREGUNTAS INICIALES

La violencia extrema contra las mujeres consiguió imponer el miedo y, con él, el silencio. Cualquier actividad política previa al inicio de la contienda civil, el mínimo comportamiento que durante los tres años de guerra hubiera podido considerarse de «adhesión o auxilio a la Rebelión» o la mirada, palabra o acto que pudiera manifestar cierta desafección al Movimiento fue silenciado, fue llevado a la clandestinidad y a una pretendida ocultación para evitar convertirse en víctimas de la represión. Además, el nuevo modelo de mujer impuesto por el victorioso Movimiento Nacional imponía la reclusión femenina a la privacidad, la subyugación al poder masculino, la omisión ideológica, el «ver, oír y callar», la responsabilidad de «buena esposa y madre de familia» tratando de mantener viva la lealtad al nacionalcatolicismo. El franquismo tenía su propio discurso de género basado en los principios del decoro la virginidad, la intimidad o la lealtad por la clara influencia de la doctrina católica.

El miedo y la imposición, ambas presentes en la vida de las mujeres, consiguieron que los valores aprendidos y experimentados durante la Segunda República quedasen relegados al olvido y demonizados, consiguiendo que se filtrase en las mentalidades el nuevo orden patriarcal. La represión fue en este sentido una clara inversión de futuro para el franquismo, puesto que se consolidó la cultura de la sumisión femenina, consiguiendo que muchas actitudes posteriores fuesen consideradas «propias» o «impropias» de las mujeres respondiendo a los cánones de género construidos por el patriarcado asumido por el Estado franquista. La participación política, el placer sexual, la libertad de

pensamiento, la igualdad en cuanto a presencia pública y en cuanto a derechos fueron, entre otros, comportamientos de los considerados impropios, y de difícil superación para la ciudadanía femenina.

Diversos trabajos sobre el tema han permitido ir reconstruyendo los aspectos que confluyen en el concepto «represión sexuada». Sus características y sus dimensiones interpretativas la insertan como una represión específica dentro de la violencia desplegada por los rebeldes durante la Guerra Civil y el franquismo. Su aplicabilidad se circunscribió en los ámbitos de la oposición política al franquismo y se construyó desde el discurso político del mismo. Los objetivos que perseguía eran la erradicación ideológica y la construcción de un nuevo modelo de mujer bajo un Estado virilizado. Y sus efectos se proyectaron sobre quienes fueron sus víctimas a partir de sus mecanismos legislativos, físicos, sociales e incluso culturales). Así pues, esta «represión sexuada», física, psicológica, social, económica y educativa, formó parte de todo el entramado violento que el franquismo usó no solamente, pues, para castigar a aquellas que habían osado «burlar» el orden patriarcal establecido sino también para erradicar la disidencia. Los niveles de ciudanía, y por ende de participación política que la mujer había alcanzado durante la Segunda República quedaban totalmente erradicados en las pretensiones que de una Nueva España tenían los militares sublevados. Desde 1931 a las mujeres se les empezaron a abrir las puertas hacía el espacio público de la política, adquirido unos derechos que comenzaban a igualarla en ciudadanía al hombre. Se habían superado las paredes del hogar para implicarse en otros ámbitos que hasta entonces siempre habían quedado reservados para el hombre. El objetivo perseguido por la sublevación militar era superar el anterior sistema político, con lo cual, en materia mujer, se presuponía la recuperación de una total hegemonía masculina. Había que construir un Estado viril, en el cual los hombres ocuparían la primera y única fila del poder y del espacio público, mientras que la mujer quedaría relegada a la privacidad, a la obligación de colaborar en el engrandecimiento del varón y la Patria y a la única de la reproducción. Pero, al mismo tiempo, esta separación de espacios o trabajos según el sexo quedaba tangencialmente atravesada por un claro posicionamiento político que delimitaba la condición de víctima y verdugo. El franquismo nacía con el firme propósito de desarmar ideológicamente al pueblo y, desde esa perspectiva, la mujer se convertía en un blanco fácil que frenar su avance como ciudadana, políticamente o bien intentar convertirla en pilar sobre el que reposa el nuevo régimen o bien neutralizarla, y desde el ámbito social convertirla en un ser pasivo, inofensivo e incapaz de tomar determinadas decisiones.

La erradicación del «rojo» entraba dentro de los criterios de creación de una sociedad donde solo se tuviesen en consideración los valores auspiciados por el sistema autoritario de Franco. Las ideologías opuestas eran estimadas como la antítesis de la pureza moral y política que se pretendía con el nacional-catolicismo y como sinónimos de oprobio social. Aplicándole a este rango de degradación la valoración que según el sexo se atribuía a las relaciones entre hombres y mujeres. Lógicamente estas últimas iban a ser las que peor parte se iban a llevar. Ser «rojo» tenía que ser castigado, pero, si además se era mujer, la represión adquiría un carácter doble, ya que quedaban conjugados dos factores de poder fundamentales: el poder político y el poder de género. Un plus que se veía incrementado si la vinculación ideológica era con políticas comunistas. Entonces, el propio discurso franquista teorizaba sobre una práctica represiva que tuviera como finalidad «curar» lo que consideraban una patología. Había que demostrar ante estas mujeres, por un lado, quiénes eran los vencedores, quiénes imponían las normas y de quiénes dependían a todos los niveles de la vida y, por otro lado, había que proyectar sobre ellas la virilidad que los sublevados establecían como un valor fundamental de su política[19].

La obsesión de los Estados totalitarios por el comunismo ya había quedado demostrada en las políticas fascista y nazi, así que no iría muy a la zaga el franquismo. Demonizó dicha ideología y la patologizó buscando las excusas necesarias para justificar la represión ejercida sobre ella. Si además de ser comunista, se era mujer se producía una combinación que para el régimen dictatorial requería de una atención especial. Y lo haría atacando a lo que consideraban que era la máxima aportación femenina: la maternidad. Una maternidad que no solamente conllevaba la pervivencia de la especie sino también la transmisión de una cultura política. La primera de ellas se erradicaría con la violencia directa hacia los cuerpos. La segunda, con la reeducación.

De ahí que el término que nombra la violencia específica sobre la mujer en tiempos de guerra sea el aquí utilizado de manera constante: «represión sexuada» y que fue aplicado por primera vez por Maud Joly en su estudio sobre las mujeres rapadas en Francia durante la Segunda Guerra Mundial[20]. La agresión física de cortarles el pelo al cero conllevaba una dimensión cultural evidente, ya que, por un lado, trataba de atacar a un rasgo definitorio de la feminidad (cabello) y, por otro, imponía sobre las «perdedoras» el poder y el control de los «vencidos». El cuerpo de las mujeres se convertía en un frente político y sexuado puesto que sufría los mecanismos punitivos procedentes tanto de la violencia político-social del franquismo como de la dimensión sexual de

los castigos en tiempos de guerra. Según Koulianou-Manolopoulou y Fernández, en todos los conflictos se establece la violencia bélica «de género» como elemento común, existiendo una clara asociación patriarcal del cuerpo femenino con la tierra o la propiedad y convirtiéndose este último en causa de litigio. El control patriarcal será el que domine dichas «propiedades» y su forma más extrema será la violación. Según Virgile, algunas prácticas violentas cometidas en tiempos de guerra tienen como objeto de ataque el sexo, entendiendo como tal tanto los órganos sexuales como las partes del cuerpo que nuestras sociedades consideran relacionadas con la sexualidad o con la pertenencia sexual[21].

A pesar de las enormes «garras» represoras practicadas sobre las mujeres desde el inicio de la sublevación militar, estas continuaron asistiendo a los presos políticos, transportando arriesgadamente documentación, subiendo clandestinamente a los montes para facilitar la subsistencia del movimiento guerrillero, escuchando casi en susurros Radio España Independiente para recibir consignas. Siguieron construyendo desde la clandestinidad y el silencio todo un entramado de oposición que, poco a poco, iría adquiriendo mayor visibilidad. A partir de 1945, con la reorganización en el exilio de la Unión de Mujeres Antifascistas Españolas, las mujeres en el interior de España comenzaron a recibir el refuerzo de la organización, la invitación a la unión, a la sororidad y a la necesidad de seguir luchando. Esta reorganización en el exilio representó, al mismo tiempo, el canal de denuncia de la represión acontecida en su país. Que todo el mundo supiera que «jamás las madres españolas han vivido tantas calamidades, ni circunstancias como las que hoy se dan bajo el franquismo, que cierra todos los caminos a la mujer, al poder trabajar y dar pan a sus hijos»[22].

La visibilización de la represión en el extranjero representó un apoyo importante a nuevas actitudes de oposición que, poco a poco, fueron tomando fuerza hasta que en 1952 se convirtieron en cabeza visible de la campaña pro-Amnistía lanzada por el Partido Comunista. A partir de entonces, surgían nuevas estrategias de oposición que las convertía en sujetos políticos activos y, por tanto, en objetivo de los mecanismos violentos del régimen dispuesto a continuar hasta el final erradicando la disidencia. Unos mecanismos que, desde la verticalidad del poder, estarían a partir de 1963 pivotados por el Tribunal de Orden Público y, desde la horizontalidad, dejaría de tener una dimensión tan comunitaria como había tenido en décadas anteriores para quedar reducida a las múltiples atrocidades que las mujeres comunistas tuvieron que vivir en las comisarías españolas.

Todas estas prácticas represoras más allá del interés por la erradicación y el silencio impuesto por el miedo, se convirtieron en motor de arranque de la movilización política de las mujeres, de la acciones de denunciada de esa prolongada violencia, de la reivindicación de la amnistía y de la toma de conciencia de otro frente de lucha en el que tendrían que batallar: el del feminismo.

---

[1] Este interrogante lo utiliza Juan Miguel Baquero como afirmación en su artículo de elDiario.es (julio 2019) para defender la idea de que «la España de la conspiración golpista nunca perdonó que las mujeres rompieran durante la Segunda República las reglas del juego patriarcales», sustentándose, entre otras, en la idea que muchos sindicatos de izquierdas se opusieron al trabajo femenino abogando, en un momento en que se hablaba de progreso para la mujer, por la presencia femenina en el hogar. Esta consideración reafirmaba la posterior represión franquista como mecanismo de castigo para aquellas que habían transgredido los patrones de género [https://www.eldiario.es/andalucia/violencia-extrema-venganza-machista-franquismo_1_1434972.html].

[2] Los nombres de las mujeres rapadas son: Felisa Rodríguez, Ángeles Chueca, Antonia Aznar, Adoración Rodríguez, Eulogia Sanjuán, Victoria Pérez, Rufina Sanjuán, Emerita Gómez, Benita Gómez, Consolación Gil, Avelina Gil, Francisca Tapia, Palmira Rodríguez, Cándida Rodríguez, Carmen Chueca, Catalina Laborda, Pura Laborda, Anuncia Laborda, Adoración Chueca, Vicenta Aznar, Carmen Contreras, Ascensión Enciso, Concepción Laborda, Aurelia Aranda, Fabiola Navascués, Luisa Gregorio, María Tolosa, Engracia Gómez, María Ruberte, Epifanía García, Gregoria Torres, Araceli Rodríguez, Josefina Aznar, Pilar Gómez, Resurrección Aranda, Teodora Cuartero, Carmen García, Eulalia Villa y Quiteria Cuartero. Archivo Municipal de Fuendejalón (Zaragoza). Legajo 3.10, 28 de agosto de 1936. Documento cedido por Sescún Marías Cadenas.

[3] Según este criterio, Franco establece que de los 1699 expedientes que constituyen el fondo de responsabilidades políticas del Archivo Histórico Provincial de Huesca, tan solo un 6,8 por 100 son procesos iniciados contra mujeres, es decir, 117 expedientes. Elena Franco, Denuncias y represión en años de posguerra. El Tribunal de Responsabilidades Políticas en Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2005, p. 52.

[4] Los estudios locales representan una fuente de investigación muy útil para la investigación específica de la represión. Véase Cristina Sánchez, «Purificar y purgar. La Guerra Civil en las Cinco Villas desde una perspectiva feminista», Filanderas. Revista Interdisciplinar de Estudios Feministas 4 (2019), pp. 7-25. David Ginard i Feron, «La represión contra los vencidos y los resistentes en la posguerra española (1939-1948)», en Margalida Capellà y David Ginard (coords.), Represión política, justicia y reparación. La memoria histórica en perspectiva jurídica (1936-2008), Palma, Documenta Balear, 2009 pp. 71-73. Matilde Eiroa, «Represión, restricción, manipulación: estrategias para la ordenación de la sociedad y del Estado», Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea 6 (2006). Ricard Vinyes, Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas, Madrid, Temas de Hoy, 2002, p. 31. Genevieve Dreyfus-Armand, El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la Guerra Civil a la muerte de Franco, Barcelona, Crítica, 2000, p. 79. Liz Kelly, «Wars against Women: Sexual Violence, Sexual Politics and the Militarised States», en Susie Jacobs, Ruth Jacobson y Jennifer Marchbank, States of Conflict: Gender, Violence and Resistance, Nueva York, Zed Books, 2000, p. 45. Antonio Peiró, Eva en los infiernos. Las mujeres asesinadas en Aragón durante la Guerra Civil y la posguerra, Zaragoza, Comuniter, Zaragoza, 2018.

[5] Irene Abad, En las puertas de prisión. De la solidaridad a la concienciación política de las mujeres de los presos del franquismo, Barcelona, Icaria, 2012, pp. 54-55. Fernanda Romeu, El silencio roto: las mujeres contra el franquismo, Barcelona, El Viejo Topo, 2002, pp. 111-112.

[6] Resulta interesante la distinción que sobre estas dimensiones de la represión establece Beatriz García Prieto en su TFM «La represión franquista sobre las mujeres leonesas (1936-1950)», dirigido por el profesor José Javier Rodríguez en el curso académico 2015-2016. La autora de dicho trabajo (resulta innovador recurrir a estos trabajos porque siempre intentan aportar luz a líneas de investigación ya abiertas) habla de dos tipos de represión: la genérica (afecta tanto a hombres como a mujeres y utiliza métodos como los fusilamientos, los encarcelamientos, la limitación de residencia, la represión económica o la represión laboral) y la específica (aplicada únicamente sobre las mujeres y destinada a atacar a sus características de género utilizando métodos como las violaciones, las rapaduras de pelo, la ingestión obligada de aceite de ricino, las continuas humillaciones públicas asociadas a su sexo, la obstaculización de la maternidad, la separación de los niños de sus madres…). Estos métodos ya han sido especificados en el artículo que publiqué en 2009 en la Revista de historia

Jerónimo Zurita bajo el título «Las dimensiones de la "represión sexuada" durante la dictadura franquista» (pp. 65- 86). Esther Gutiérrez, La represión sexuada del franquismo, Tarragona, Universitat Rovira i Virgili, 2012, también establece diferencias entre la represión hacia los hombres y hacia las mujeres tanto en los objetivos, en el funcionamiento y en las consecuencias.

[7] Laura Branciforte y Rocío Orsi (eds.), La guillotina del poder. Género y acción socio-política, Madrid, Plaza y Valdés, 2015, pp. 11-12; Francisco Erice, «Combates por el pasado y apologías de la memoria, a propósito de la represión franquista», Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea 6 (2006); Ana Aguado, «Identidades de género y culturas políticas en la Segunda República», Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea 7 (2008), pp. 123-141.

[8] Temma Kaplan, «Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona, 1910-1918», en James S. Amelang y Mary Nash (eds.), Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990. pp. 267-296.

[9] Juan José Del Águila, «La represión política a través de la jurisdicción de guerra y sucesivas jurisdicciones especiales del franquismo», Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea 1 extr. (2015), pp. 211-242.

[10] Ramón Arnabat, «La represión: el ADN del franquismo español», Cuadernos de Historia 39 (2013).

[11] Antonio Vallejo Nágera, Eugenesia de la hispanidad y regeneración de la raza, Burgos, Editorial Española, 1937. Resulta interesante también el estudio que aplica la teoría de Vallejo Nájera a la metodología del rapado de pelo: Enrique González Duro, Las rapadas. El franquismo contra la mujer, Madrid, Siglo XXI de España, 2012.

[12] Irene Abad, «Las dimensiones de la represión sexuada», p. 76. Planteamientos paralelos son los publicados igualmente en Irene Abad Buil, Sescún Marías Cadenas e Iván Heredia Urzaiz, «Castigos "de género" y violencia política en la España de Posguerra. Hacia un concepto de "represión sexuada" sobre las mujeres republicanas», en Alejandra Ibarra (coord.), No es país para jóvenes. Encuentro de jóvenes investigadores en Historia Contemporánea, Granada, 2012.

[13] Tomasa Cuevas, Testimonio de mujeres en las cárceles franquistas, edición

de Jorge Montes, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004, p. 91.

[14] Delegación Provincial en Barcelona del Patronato Nuestra Señora de la Merced, Instrucciones para realizar las visitas, caja 46, ANC.

[15] Maud Joly, «Posguerra y represión "sexuada": las republicanas rapadas por los franquistas (1936-1950)», en Enfrontaments civils: posguerres i reconstruccions, Lleida, Actas del II Congreso de la Asociación Recerques: Historia, Economía y Cultura, 2002, p. 95.

[16] Testimonio de Carmen Tolosa, entrevista realizada en Fuendejalón el 22 de agosto de 2006 por Sescún Marías Cadenas y cedida para los diversos estudios realizados sobre «represión sexuada».

[17] Irene Abad e Iván Heredia, Leandro Saún y Carmen Casas. Organización política clandestina en la Zaragoza de los años 40, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2008.

[18] Tesis doctoral en abierto de Laura Muñoz Encinar, «De la exhumación de cuerpos al conocimiento histórico. Análisis de la represión irregular franquista a partir de la excavación de fosas comunes en Extremadura (1936-1948)», Cáceres, Universidad de Extremadura, 2016.

[19] Irene Abad, En las puertas de prisión.

[20] Maud Joly, «Posguerra y represión "sexuada": las republicanas rapadas por los franquistas (1936-1950)», p. 95.

[21] Panagiota Koulianou-Manolopoulou y Concepción Fernández Villanueva, «Relatos culturales y discursos jurídicos sobre la violación», Athenea Digital: revista de pensamiento e investigación social 14 (2008), pp. 1-20; Fabrile Virgile, «Le sexe blessé», en François Rouquet, Fabrile Virgile y Danielle Voldmann, Amour, guerres et sexualité, 1914-1945, Gallimard BDIC/Musée de l'Ármée, 2007, pp. 89-90. Véase también, Esther Gutiérrez, «La represión sexuada del franquismo».

[22] Intervención de la responsable de la Unión de Mujeres Antifascistas Españolas en el Congreso de la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM), en Moscú, 1949.

XII

LAS MUJERES COMUNISTAS EN LA LUCHA ANTIFRANQUISTA: VIEJOS Y NUEVOS FRENTES PARA UNA MILITANCIA PLURAL

Claudia Cabrero Blanco

De los partidos y organizaciones políticas que desplegaron su actividad en la clandestinidad impuesta por la dictadura, el Partido Comunista fue el que llevó a cabo un mayor esfuerzo por avanzar en el tratamiento de la cuestión femenina y por integrar a las mujeres en condiciones de igualdad. En términos generales, el discurso marxista puede considerarse liberador para las mujeres, pero su tratamiento de la problemática femenina presenta también importantes contradicciones[1]. Entre los comunistas españoles el análisis de la condición de la mujer siguió las pautas establecidas por la tradición marxista, dando por sentado que la explotación femenina desaparecería con el establecimiento del socialismo e instando a las mujeres a concentrarse en la lucha política global. Tras la derrota republicana en la Guerra Civil, la instauración del Franquismo hizo que, para el Partido Comunista, la necesidad de luchar por la consecución de la democracia se situara por delante de cualquier problemática específica. Sin embargo, contemplar la evolución del PCE durante la dictadura revela también que este no permaneció impasible a las reivindicaciones de las mujeres, sino que, al contrario, se esforzó por adaptar sus esquemas teóricos al progresivo aumento, sobre todo a partir de los años sesenta, del protagonismo femenino en la lucha política e incluso al surgimiento, en la etapa final del régimen, de las nuevas ideas feministas.

LAS MUJERES EN EL COMUNISMO DURANTE EL PRIMER FRANQUISMO: RECONSTRUCCIÓN, RESISTENCIA Y SOLIDARIDAD

Hablar de militancia femenina dentro del PCE durante los años del Primer Franquismo supone hacer referencia a una realidad compleja en la que aparecen grados distintos de implicación con el Partido, maneras diferentes de «hacer política» y perfiles diversos de mujeres comprometidas. Sin embargo, si hay una característica común al conjunto de ellas es la de su versatilidad dentro de la organización, un rasgo que se hizo evidente ya en los momentos iniciales de la postguerra. Entonces, el objetivo prioritario del PCE era reconstruirse y articular la resistencia forjando redes de solidaridad interna, canalizando ayudas a presos y perseguidos, sosteniendo a los huidos y procurando mantener el ánimo a través de la relación tanto en el interior como con el exterior. Y en estos focos de reconstrucción las mujeres jugaron un papel fundamental. Por sus teóricas cualidades para el cuidado, se revelaron como especialmente aptas para la realización de tareas de solidaridad en unas organizaciones primigenias cuyo carácter era, básicamente, asistencial. Pero, además, en un contexto de desorganización marcado por la ausencia de cuadros y dirigentes masculinos, ellas tuvieron un papel protagonista en el establecimiento de los contactos y enlaces necesarios para mantener una mínima estructura. Así, en la práctica totalidad del país fueron mujeres las que llevaron a cabo los intentos de reactivación de las redes comunistas tras la derrota en la guerra. En el caso asturiano, por ejemplo, el primer grupo comunista organizado de la región se constituyó en Gijón, a finales de 1938, gracias a la labor de dos mujeres, Maruja Camblor y Consuelo Peón, quienes se encargaron de proporcionar escondites a los perseguidos, reunir fondos para los presos y consolidar, en colaboración con Cantabria y el País Vasco, una cadena de evasión por todo el norte para la evacuación de los militantes más comprometidos[2]. En otros lugares como Andalucía, Cataluña, Galicia, Aragón o Madrid, fueron también mujeres las que establecieron contactos entre las prisiones y la dirección del Partido, actuaron de enlaces entre los comités o prestaron ayuda a los perseguidos[3]. Pero su labor no se quedó ahí y, pasados los momentos iniciales, continuaron desempeñando tareas básicas para la supervivencia de la organización en la postguerra. En primer lugar, se ocuparon mayoritariamente de la confección y distribución de la prensa clandestina, así como de la recaudación de dinero para sostener el aparato de propaganda del Partido. Pero, además, a través de su actividad común, crearon toda una red de solidaridad destinada al apoyo de los militantes comunistas, tanto de los que estaban cumpliendo condena en las cárceles como de los que se encontraban huidos o perseguidos. El hecho de que la imagen de género propia del discurso de la domesticidad convirtiera a las mujeres en menos

sospechosas de activismo político hacía que fueran, una vez más, especialmente apropiadas para este tipo de trabajo clandestino, a pesar del peligro físico y material que conllevaba su actividad y del alto riesgo que para su imagen pública suponía la mínima ruptura con el código de comportamiento establecido. Mantener el contacto con las cárceles era prioritario para asegurar la subsistencia del Partido en la postguerra y en este terreno la labor de las mujeres de los presos resultó, sin duda, decisiva. Si bien esta se remontaba a los primeros meses de guerra, fue en la década de 1940-1950 cuando el aumento de la población penal llevó a aquellas que tenían familiares en la cárcel a organizarse y poner en marcha campañas de apoyo. Mejorar la situación de los presos se convirtió en la causa común que creó vínculos entre ellas y en el estímulo que las fue empujando, de forma progresiva, hacia una movilización política más organizada, aunque el peso de la represión hizo que durante la postguerra su labor se caracterizara por ser una batalla individual o canalizada a través de pequeños grupos[4]. Entre estas mujeres, las comunistas eran no solo las más numerosas sino también las que tenían una mayor organización interna y las que ejercían, por ello, una labor de liderazgo entre las demás. Así, muy especialmente a partir de 1945 y 1946, mujeres de toda España comenzaron a crear pequeños grupos para asistir a los presos políticos y a sus familiares. Se reunían de forma clandestina para preparar las visitas a la prisión, recaudaban dinero y se organizaban para recoger firmas. Pero su labor no se limitaba a proporcionar a sus familiares alimentos y ropa, sino que iba mucho más allá, encargándose también de introducir en las cárceles propaganda o información del exterior o, al revés, sirviendo de enlace entre el interior de los presidios y los militantes en libertad. Consciente de la importancia del papel de estas mujeres y de la fuerza simbólica de su imagen pública, el Partido no dudó en multiplicar los llamamientos a la población femenina y en redoblar los esfuerzos por canalizar su labor en beneficio de la organización[5]. Si la labor femenina fue central para los presos en las cárceles también lo fue para los huidos, desde el mismo momento en que estos empezaron a echarse al monte. En la mayor parte de los casos, entre las mujeres que se implicaron en el sostenimiento de los guerrilleros existía también una vinculación de tipo familiar o afectivo, que hacía que interpretaran su actividad como una obligación derivada de este nexo de unión. Sin embargo, el hecho de que el régimen hubiera dado sobradas muestras de su intención de acabar con el apoyo social que recibía la guerrilla hizo que las mujeres tomaran conciencia de la significación inequívocamente política de su labor, poniendo de manifiesto la difusa frontera que separaba el parentesco del compromiso militante[6]. Proporcionar cobijo y bases de ocultación para los guerrilleros, ceder sus casas como estafeta y ocuparse de las labores de

suministro, fueron algunas de las principales tareas que desempeñaron las mujeres desde el llano. Pero, además, se involucraron en otro tipo de actividades cuyo grado de compromiso político era aún más evidente. Así, se encargaron de proporcionar informes a los guerrilleros, de identificar a los confidentes de la Guardia Civil o de ocultar en sus casas armas o documentos; participaron en acciones de transporte y entrega de propaganda o correspondencia y actuaron de guías con dirigentes o afiliados recién llegados; por último, un gran número de documentos internos del PCE hacen pensar que la labor de facilitar contactos para asegurar la salida al exterior de guerrilleros a finales de los años cuarenta, fue también habitualmente asumida por mujeres[7].

En un momento en que el Partido comenzaba a reconstruirse sus mujeres tuvieron un papel protagonista desempeñando actividades esenciales para la supervivencia de la organización y para que la resistencia se mantuviera durante la posguerra. Así lo percibió, de hecho, el régimen, que persiguió a quienes las realizaron. Sin embargo, al tratarse de manifestaciones de oposición protagonizadas por mujeres que actuaban en la mayor parte de los casos movidas por estímulos derivados de la afectividad y a través de estructuras informales, fueron consideradas a menudo secundarias o «de apoyo» restándoles potencial político. El propio PCE seguía situando a un lado a las mujeres y sus obligaciones domésticas y a otro, la conciencia y el compromiso político, lo que llevaba no solo a una infravaloración de la labor de estas sino también a la minimización de los riesgos que corrían[8]. Sin embargo, tras este discurso, los comunistas se encontraron en la práctica con unas mujeres activas y conscientes de su compromiso y, por ello, cuando hubo que fortalecer la lucha o aumentar el potencial de sus filas, recurrieron a ellas. Resulta casi obvio decir que, a este respecto, fueron muchas menos, respecto a los hombres, las mujeres que vieron recompensada su labor con tareas de mayor «responsabilidad» dentro de la organización. Sin embargo, esto no quiere decir que no las hubiera. En este sentido, la época de la Unión Nacional fue uno de los momentos en los que hubo mayor presencia femenina dentro del PCE. Aunque su papel tuviera un carácter más teórico que práctico, al lado de Dolores destacó la función de Carmen de Pedro[9]. En Asturias, por ejemplo, sobresalió la figura de Mercedes Cotto Díaz, dirigente de la Unión Nacional en 1944[10]. A la altura de 1946, aparecen al menos tres mujeres en el Comité Regional del PC asturiano y del de Andalucía formaba parte, en 1947, Carmen Díaz (Josefa) quien ya había protagonizado la reconstrucción tras la guerra[11]. Otros nombres como los de Manuela Sánchez o Enriqueta Otero, maestra nacional, dirigente del PCE en Lugo y creadora de las «escuelas de campaña» para alfabetizar a los guerrilleros, merecen ser

destacados[12]. Y, por supuesto, Dolores Ibárruri, ascendida a secretario general y presidente de todos los comunistas y convertida en modelo de perfecta trayectoria militante y encarnación de los valores de la madre tradicional española[13]. Pasionaria fue siempre reverenciada y las madres y esposas a las que ella representaba eran un ejemplo digno de admiración, pero la actitud del Partido y de sus integrantes con el conjunto de las mujeres fue, en estos años, diferente, lo que favoreció la invisibilidad femenina en el interior de la organización.

Precisamente por ello desde la dirección del Partido se insistía, cada cierto tiempo, en la necesidad de corregir esta situación, un propósito que se repitió en los documentos internos, especialmente durante la segunda mitad de los años cuarenta. En un informe redactado en 1946 sobre la organización del trabajo del Partido Comunista en Asturias se insistía, por ejemplo, en la necesidad de ayudar a las mujeres en sus tareas, de tener en cuenta sus problemas específicos y de deshacerse de los prejuicios que sobre ellas recaían, poniendo énfasis en la importancia que estas tenían en la vida política del país[14]. En ese mismo año, al enunciar las «Normas generales para el trabajo de las mujeres en el Partido» se afirmaba que la mayoría de las comunistas permanecían aún al margen de la organización y se reconocía que era el propio PCE el que tenía la responsabilidad de corregir tal situación, para lo cual era primordial realizar entre ellas una buena labor de organización. En las consignas generales del PCE se aseguraba que las mujeres tenían grandes cualidades que ofrecer a la lucha antifranquista siempre que estuvieran «bien dirigidas y con objetivos claramente especificados»[15]. El primer propósito del PCE en lo referido a las mujeres era, por tanto, aglutinar, canalizar y dirigir las energías femeninas hacia la lucha general de todo el pueblo español, mediante la creación de comités de mujeres antifranquistas. El proceso de reconstrucción de estas agrupaciones no tuvo, sin embargo, el mismo ritmo ni la misma intensidad en todas las regiones. En el caso asturiano no hay, por ejemplo, constatación de que se hayan hecho muchos esfuerzos en este sentido, mientras sí se ha documentado la formación de grupos de estas características, especialmente a partir de 1946, en lugares como Andalucía o el País Vasco, donde mujeres antifascistas de distintas tendencias se organizaron para poner en práctica un trabajo común de oposición al régimen[16]. En la práctica parece que los avances llevados a cabo en este sentido fueron aún escasos y en la década de los cincuenta las mujeres pasaron a tener en el Partido una presencia apenas testimonial. El preocupante estado de la militancia femenina explica el interés por subsanar las deficiencias en este terreno que se puede apreciar tanto en la propaganda del Partido como en sus

documentos internos, en especial desde 1951. El protagonismo de las mujeres en las acciones populares de la primavera de ese año había llevado a la dirección comunista a extraer importantes lecciones acerca de la necesidad de contar con ellas en su lucha contra el régimen. Es más, tanto en el informe presentado por Dolores Ibárruri ante el Comité Central del PCE (1951), como en la Carta de este Comité a sus organizaciones y militantes (1952), se reconocía que uno de los principales problemas con los que contaba el comunismo era la debilidad de su militancia femenina. Por ello, en el comienzo de una nueva etapa en la que el PCE se proponía ensanchar la lucha contra la dictadura a todos los ámbitos posibles, intensificar el trabajo entre las mujeres era una de las prioridades[17]. Las líneas maestras que debía seguir su actuación en este terreno quedaron perfiladas en algunos de los artículos que recogió la prensa comunista durante estos años[18]. El objetivo prioritario era corregir la extendida actitud de subestimación de las capacidades de las mujeres, que frenaba su acceso a los puestos de dirección y generaba una discriminación que se consideraba inadmisible en el Partido. Para ello los comunistas debían esforzarse por conocer la situación real de las mujeres y educarlas políticamente, siguiendo las directrices tradicionales, para sumarlas a la lucha general. De esta forma se lograría hacer del mayor número de ellas cuadros destacados del Partido y elevarlas a puestos de responsabilidad, al tiempo que su formación contribuiría a prepararlas como dirigentes de masas capaces de organizar y encabezar los grupos femeninos antifranquistas. Dado que lo conveniente era orientar la lucha unitaria de los grupos femeninos antifranquistas, se hacía un llamamiento a las militantes para que actuaran en colaboración con mujeres de otras organizaciones o sin orientación política concreta siguiendo las directrices que habían sido definidas en la segunda mitad de los años cuarenta por la Unión de Mujeres Antifascistas Españolas (UMAE)[19]. Teniendo presente este objetivo, el PCE definía también los ámbitos preferentes hacia los que creía que debían dirigirse los esfuerzos de las militantes multiplicando los llamamientos a su movilización en torno a tres consignas principales: la amnistía y la solidaridad con los presos políticos, la lucha contra la carestía de la vida y la defensa del pacifismo. La campaña a favor de la amnistía fue una de las primeras medidas que el PCE puso en marcha como parte de su nueva estrategia política al comenzar la década de los cincuenta. Desde 1952 sus esfuerzos se volcaron en obtener para ella el mayor respaldo social, institucional y político posible y, en este sentido, uno de principales colectivos cuya colaboración era imprescindible solicitar era el de las mujeres de los presos que, en la etapa más dura de la represión habían logrado poner en funcionamiento toda una red de solidaridad con los presos y sus familias. Por ello, cuando en 1952 el Partido pasó del

discurso de la amnistía a la práctica, la presencia femenina estaba llamada a ser un elemento fundamental en el éxito de la campaña[20]. La maternidad y el parentesco les daba a las mujeres de los presos legitimidad pública, pero, además, como madres o esposas afectadas por la represión su implicación en la campaña era total. Si en el discurso del PCE la solidaridad era uno de los campos más indicados para la militancia de las mujeres, la lucha contra la carestía de la vida fue también, durante estos años, otro de los considerados específicamente femeninos. Ya desde los momentos iniciales de la postguerra las dificultades cotidianas habían llevado a las mujeres a protagonizar protestas contra el régimen y su actuación había permitido al PCE comprobar que la movilización en defensa de la vida era un espacio privilegiado de confluencia entre la protesta espontánea y la militancia femenina[21]. Precisamente por ello, reconducir las actitudes de rebeldía que se manifestaban entre las mujeres y utilizarlas como apoyo a los planteamientos políticos del Partido fue, también en esta etapa, un objetivo prioritario[22]. Sin embargo, si hubo en estos años una campaña en la que el Partido redobló sus esfuerzos por involucrar a las mujeres fue la promovida para la preservación de la paz. Partiendo de la premisa de que esta lucha podía movilizar a mujeres de distintas tendencias, los llamamientos a la responsabilidad de las madres como garantes de un porvenir en paz se repitieron en los documentos del Partido y pasaron a ocupar un lugar central en la propaganda comunista, especialmente en la procedente de las organizaciones de mujeres del exilio. Apelando a la especificidad femenina como argumento de autoridad, pero también de movilización, el PCE logró convertir un discurso maternalista y pacifista en un instrumento al servicio de su estrategia política[23]. Pero, además, la constante apelación a la responsabilidad de madres y esposas, especialmente en la prensa, tenía también el propósito de instruir políticamente a las mujeres y transmitir valores y ejemplos militantes, algo que adquiría especial importancia en una etapa como esta, en la que la relación con la militancia femenina era especialmente frágil.

La insistencia en la necesidad de corregir los errores que se cometían con la militancia femenina fue constante en declaraciones, informes y artículos de prensa a lo largo de los años centrales de la década de los cincuenta, poniendo de manifiesto la pervivencia, en el interior de la organización, de una cultura fuertemente masculinizada[24]. De hecho, a pesar de los buenos propósitos, las militantes sufrieron, durante estos años, las consecuencias del recelo de los responsables de sus organizaciones, que en más de una ocasión cuestionaron la conveniencia de contar con ellas debido a su supuesta falta de discreción y a los riesgos que esta conllevaba. Se consideraban típicamente femeninos rasgos

como la imprudencia, la charlatanería o la falta de lealtad e incluso llegaba a achacarse a la presencia de mujeres la caída de algunos militantes varones o la desarticulación de comités[25]. Es cierto que la preocupación por el acoso policial despertó en estos años actitudes de excesiva prudencia, pero en el caso de las mujeres parece que esta conducta ocultaba también un intento de justificar el mantenimiento de la jerarquía sexual del trabajo y orientarlas así a la realización de tareas que se consideraban más apropiadas para ellas. Todo ello, sumado al acusado obrerismo que caracterizó a la organización en esta etapa, condicionó significativamente las posibilidades de participación de las mujeres en el Partido. Las preocupaciones por la práctica ausencia de militancia femenina se verán, de hecho, plasmadas en el Programa del V Congreso, celebrado en 1954, en el que podían apreciarse ya las nuevas orientaciones que culminarán con la adopción, en 1956, de la Política de Reconciliación Nacional[26]. En el Programa se insistía en que solo mediante la estricta aplicación del principio de «a trabajo igual, igual salario» se lograría combatir «la irritante desigualdad» que colocaba a las mujeres en condiciones de inferioridad y se criticaba que aún hubiera comunistas «hasta con cargos responsables» que menospreciaban a las militantes, que tenían de ellas «un concepto medieval» y que no querían «darles permiso» para que ingresaran en sus filas, salvo cuando se trataba de «utilizarlas» en cuestiones secundarias, consideradas insignificantes[27]. El cambio de estrategia que comenzó a observarse en el V Congreso introdujo modificaciones en el discurso respecto a las mujeres, que se hicieron especialmente evidentes a partir de 1956, cuando los esfuerzos organizativos comenzaron a dirigirse a la creación de un gran bloque antifranquista que permitiera incorporar a la lucha por la democracia a nuevos grupos y sectores sociales. Potenciar la actividad del colectivo femenino e intensificar el trabajo no solo entre las trabajadoras sino también entre las amas de casa de los barrios obreros y las jóvenes en las universidades se convirtió, a partir de entonces, en uno de los ejes prioritarios de la nueva estrategia del Partido[28]. Además, el interés se dirigió, de forma especial, hacia la situación de las trabajadoras, insistiendo en que la incorporación de estas a la lucha debía realizarse, ya sin reservas, por el camino de la defensa abierta de sus reivindicaciones, de la acción común con ellas y de su representación en delegaciones y comisiones obreras[29]. En estos años de transición hacia el Segundo Franquismo, se habían ido añadiendo, en lo relativo a la situación de las mujeres en el Partido, reivindicaciones específicas y, tímidamente, se habían introducido ciertos cambios. Las tesis comunistas incluían ya, a la altura de 1956, un amplio catálogo de reivindicaciones favorables a los derechos de las mujeres, entre las que destacaban la igualdad civil y política, el reconocimiento

de la función social de la maternidad y la conquista de la equiparación salarial y laboral. Sin embargo, el núcleo del discurso de género seguía sin transformarse. A pesar de los intentos por corregir los errores cometidos, las críticas continuaban planteándose de forma contradictoria, poniendo de manifiesto el peso que el discurso tradicional de género tenía aún en el interior del Partido. El trabajo entre las mujeres se planteaba como un ejercicio de difícil equilibrio entre unidad y autonomía, entre dependencia e independencia y, como consecuencia, los dirigentes comunistas seguían moviéndose entre la exaltación de los valores femeninos y el reconocimiento de la incapacidad de los organismos responsables para aprovechar su potencial. Sin embargo, a lo largo de toda esta etapa las mujeres del Partido dieron muestras de una incuestionable habilidad para la lucha clandestina. Su trabajo codo con codo en estos años ayudó a identificar problemas comunes y a establecer unos lazos de unión que harán que, en el inicio de la etapa siguiente, cuando un nuevo ciclo de conflictividad laboral dé nuevas oportunidades a la acción femenina, su lucha se transforme en una auténtica movilización política conjunta y coordinada que tendrá en la solidaridad su principal objetivo.

VIEJOS Y NUEVOS FRENTES DE MILITANCIA FEMENINA EN EL COMUNISMO DURANTE EL SEGUNDO FRANQUISMO (1957-1975)

A lo largo del Segundo Franquismo se produjeron, tanto en el contexto nacional como en el del propio Partido, importantes transformaciones que introdujeron modificaciones en los principios de la cultura comunista clásica. En términos generales el planteamiento sobre la organización de las mujeres en el Partido se enmarcó, durante esta etapa, dentro del discurso puesto en marcha para canalizar la oposición al régimen buscando una mayor presencia pública y un mayor apoyo social, con el objetivo de convertirse en un auténtico partido de masas[30]. Esta nueva estrategia política y la diversificación que experimentaron tanto la base militante como los frentes de lucha se tradujeron, también, en la mayor heterogeneidad de la militancia femenina en el comunismo en estos años. A la actividad de mujeres veteranas, que tenía como principal objetivo reactivar y ampliar los focos del antifranquismo con movilizaciones en los frentes tradicionales de militancia, se sumará la incorporación, a través de nuevos frentes de lucha, de generaciones de mujeres por lo general más jóvenes, con

mayor formación y con una cultura política diferente. La convivencia de reivindicaciones que se ajustaban a los planteamientos de género más tradicionales con la llegada de una nueva militancia femenina generará ciertos conflictos y tensiones, pero el intercambio de experiencias llevará también a enriquecer y fortalecer la presencia de las mujeres en el Partido. Cuando un sector de estas militantes comience a plantear, ya en los últimos años de la dictadura, cuestiones relacionadas con la necesidad de liberación femenina, el PCE no podrá permanecer impasible a sus demandas. Al contrario, las nuevas prácticas políticas y sociales introducidas por las mujeres y los debates teóricos que se generaron en el seno del Partido acabaron insertando el feminismo en la agenda política y favoreciendo el replanteamiento de las relaciones de género en la cultura comunista[31].

LA REACTIVACIÓN DE LOS FRENTES TRADICIONALES DE MILITANCIA FEMENINA EN EL MOVIMIENTO OBRERO: DE LAS PRIMERAS HUELGAS A LA CONQUISTA DEL ESPACIO PÚBLICO

La reanudación de los conflictos laborales en la década de los sesenta supuso también, en el ámbito del PCE, la recuperación de un papel protagonista por parte de las mujeres del entorno de la militancia obrera. La lucha reivindicativa de estas empezó a hacerse visible, de hecho, ya en 1957, cuando la huelga iniciada por los mineros asturianos dio paso a una fase de conflictividad en la que los comunistas llevaron la voz cantante. En 1958 el movimiento huelguístico se reprodujo en Asturias, pero también en el País Vasco y Cataluña, y la dictadura respondió con una durísima represión[32]. Cuando acababa de cumplirse un año del inicio del ciclo huelguístico y desde la tribuna de Mundo Obrero, Dolores Ibárruri evocaba las movilizaciones de 1957 destacando uno de sus rasgos más significativos: la ampliación del círculo de personas comprometidas en su sostenimiento al conjunto de la comunidad minera y, especialmente, a las mujeres[33]. Militantes comunistas como Ana Sirgo o Celestina Marrón, cuyo activismo estaba estrechamente ligado a la represión y al parentesco, se situaron a la cabeza de la movilización conjunta que protagonizaron las mujeres del entorno minero, dando muestras de un compromiso con la lucha antifranquista que se mantendrá intacto hasta el final de la dictadura. Desde el inicio de las huelgas, grupos de ellas se transformaron

en piquetes que dirigieron su actuación contra los esquiroles y organizaron concentraciones en las puertas de las minas para prestar su apoyo a los trabajadores. Así, durante el tiempo que duró el encierro de los mineros en el Pozo María Luisa, las inmediaciones de este fueron escenario de la acción reivindicativa femenina[34]. El 26 de marzo de 1957 un grupo de mujeres e hijos de los mineros interrumpieron durante horas el tráfico rodado entre Sama y Langreo mientras, de forma simultánea, en minas como las de El Fondón, Carbones Asturianos, Carbones La Nueva o La Modesta, se iniciaba un movimiento femenino de solidaridad con ellos. El 21 de abril se produjeron nuevos encierros y por la noche empezaron a llegar las familiares de los detenidos. La afluencia de mujeres y niños fue en aumento hasta cortar el acceso a la carretera general de Oviedo a Campo de Caso[35]. La contribución de las mujeres de las comunidades mineras al éxito de las movilizaciones fue reconocida por el PCE en sus documentos oficiales y ocupó un lugar central en los órganos de prensa comunistas, especialmente en los números de Mundo Obrero[36]. Pero, sin duda, si hay una fecha clave en la movilización de las mujeres del Partido es el año 1962. La oleada de acciones obreras que sacudió la región asturiana durante la primavera dio lugar a la mayor explosión de conflictividad laboral a la que se había enfrentado el régimen hasta entonces y también a la más importante manifestación del poder y la autonomía de la acción colectiva femenina en los años de la dictadura. Militantes comunistas como Celestina Marrón, Ana Sirgo o Constantina Pérez, fueron, de nuevo, las que, desde el mismo momento en que se iniciaron los paros, empezaron a planificar la resistencia y decidieron poner en marcha acciones destinadas a sostener la huelga y a extender el conflicto[37]. Su presencia se dejó sentir ya entre las esposas e hijas de mineros que a finales de abril se personaron cada mañana en los pozos para, mediante abucheos e insultos, tratar de impedir la entrada de los trabajadores y lograr el fin de la actividad laboral[38]. Pero su actuación fue especialmente contundente en el mes de mayo: tras una intensa labor de concienciación previa entre las vecinas, en la madrugada del día 2 llegaron a repartirse por los centros hulleros del Nalón casi un millar de ellas para evitar la entrada al trabajo de los esquiroles[39]. Del liderazgo de estas mujeres daban cuenta los documentos policiales y su protagonismo tuvo como respuesta la dureza con la que las fuerzas del régimen procedieron contras ellas[40]. Pese a la actuación policial, acciones colectivas y coordinadas se repitieron los días siguientes y la labor femenina se extendió, incluso, a otras iniciativas que permitieron la prolongación en el tiempo del conflicto, como la recaudación y distribución de ayudas económicas entre las familias de los huelguistas[41]. Además, las mujeres comunistas pusieron en práctica otra serie de iniciativas

destinadas a dar visibilidad a la huelga, como la elaboración y reparto de propaganda, la realización de pintadas, la actuación como corresponsales de REI o la visita a las autoridades para plantear sus reclamaciones[42]. Asimismo, se ocuparon de reforzar su presencia en espacios tradicionalmente femeninos, como los mercados o las puertas de las cárceles, lo que se convirtió en un factor clave para involucrar en la lucha a un número hasta entonces desconocido de mujeres, gran parte de ellas de otras tendencias o sin partido, que se sumaron a las manifestaciones y concentraciones[43]. Cuando a mediados de agosto un nuevo conflicto volvió a paralizar las cuencas asturianas, provocando la deportación de 126 mineros, fueron ellas las encargadas de distribuir la ayuda económica, de organizar campañas de recogida de firmas y de formar comisiones para gestionar con las autoridades civiles y eclesiásticas la libertad de los detenidos[44]. En 1963, otra oleada de conflictividad sacudió a la región, alcanzando a las minas de León, y de forma inmediata la presencia de las mujeres se hizo nuevamente visible en el entorno de las huelgas. Las represalias sobre las líderes de las protestas no se hicieron esperar y, cuando intentaban movilizar a un grupo de mujeres, Ana Sirgo y Constantina Pérez fueron detenidas y puestas a disposición del Gobernador Civil de la Provincia[45]. Los vejámenes cometidos contra ellas fueron de tal magnitud que pasaron a simbolizar la crueldad de la represión franquista y despertaron una oleada de solidaridad que alcanzó dimensiones desconocidas hasta entonces[46].

Si ya en los conflictos laborales de finales de los cincuenta la participación de las mujeres había sido significativa, a partir de 1962 esta se convirtió en un auténtico desafío para el régimen. La movilización femenina contribuyó de forma decisiva a consolidar y extender los conflictos y sus protagonistas se convirtieron en ejemplo para estimular la resistencia en el interior y la solidaridad en el exterior. Las mujeres del entorno de las minas contribuyeron a extender la huelga y por ello, tanto desde Mundo Obrero como desde la Pirenaica, se las animó a que siguieran movilizándose. La confluencia de mujeres sin ideología política definida con las líderes de la protesta, que representaban la estructura orgánica del Partido, permitió, asimismo, sentar las bases para que este se nutriera de nuevas militantes. La protesta femenina puso en escena a mujeres que no solo se habían ganado el respeto de sus compañeros de partido y, más aún, de sus compañeras, sino también el respaldo de otros sectores de la población. Además, las represalias sufridas por las mujeres sirvieron para poner en evidencia que en la actitud de las autoridades respecto a las detenidas por causas políticas se estaban operando cambios significativos. El contraste entre la determinación de estas y la cobardía de quienes se enfrentaban

a ellas con la fuerza, fomentó la creación de un modelo de mujeres fuertes y valientes que respondían a la brutalidad policial alardeando de los hechos que habían cometido y que mostraban una energía inagotable para la lucha[47]. El papel clave que la movilización de las mujeres tuvo para prolongar la resistencia obrera llevó a que en el PCE se apreciara un significativo cambio de actitud respecto a la militancia femenina. Así, a raíz de los grandes conflictos se llevaron a cabo esfuerzos reales por compensar la labor de algunas de las mujeres que habían dado muestras de mayor combatividad y, tras la celebración del VII Congreso del Partido, en 1965, Ana Sirgo y Constantina Pérez fueron ascendidas al Comité Central del PCE[48]. En el caso de Tina, además, su delicado estado de salud, agravado por las consecuencias de la represión, añadía aún más crueldad al episodio de 1963, a partir del cual la promoción que el Partido hizo de su figura como modelo de militancia femenina fue constante. Es cierto que, aunque la propia irrupción de las mujeres en el espacio público suponía un desafío, en ningún caso se estaba conculcando aún el modelo de la domesticidad, que simplemente se adaptó a patrones de respetabilidad proletaria[49]. Tanto en el entorno social como en la vida familiar, las mujeres aceptaron el principio de la diferencia sexual y cuando ocuparon las calles lo hicieron motivadas por lo que culturalmente se entendía como propio de su género[50]. Y el hecho de que el interés por ellas residiera en su autoridad moral como madres y esposas, llevó a que su movilización siguiera interpretándose como una prolongación de sus virtudes domésticas más que como expresión de un compromiso político. Ahora bien, la movilización colectiva fue también trascendental para las propias mujeres. Por un lado, la percepción del cambio de actitud que se estaba operando en su Partido en lo relativo a su presencia pública supuso un estímulo para alentar su resistencia[51]. Pero, por encima de todo, la capacidad transformadora de sus acciones residió en la fuerza de la unión de mujeres de distintas tendencias que permite hablar de una auténtica reorganización femenina a partir de este momento. Al igual que en ocasiones anteriores, el sentimiento de identidad relacionado con su conciencia femenina se tradujo ahora en el fortalecimiento de su compromiso antifranquista, el encuentro en espacios de sociabilidad contribuyó a asentar el poder de la comunidad femenina y las redes de contactos resultantes facilitaron la acción colectiva futura[52]. La experiencia de participación en movimientos masivos permitió, por ejemplo, que en esos años hubiera mujeres comunistas hablando en público a los trabajadores para pedir su solidaridad con las huelgas o la liberación de los detenidos. La protesta femenina había alcanzado la autonomía necesaria como para generar sus propios liderazgos y la persistencia del activismo femenino ponía de manifiesto que no había sido fruto de una

coyuntura determinada, sino que había llegado a un punto de madurez organizativa suficiente como para dar continuidad a las luchas en otros contextos. Así, partiendo de estas experiencias, la acción colectiva femenina se prolongó a lo largo de toda la dictadura, siempre con el objetivo prioritario de apoyar las luchas de los varones. Tras la experiencia colectiva de los grandes conflictos mineros, la militancia de las mujeres del Partido siguió vinculada a tareas de solidaridad con los trabajadores y en todo el país, junto a otras mujeres, crearon comisiones para visitar a las autoridades, se encerraron en edificios públicos y se organizaron para realizar colectas en beneficio de las familias de los despedidos o para reclamar la amnistía para los presos políticos. De hecho, la década de los sesenta comenzó con una acentuación de la movilización proamnistía en todo el territorio y la organización de las primeras acciones colectivas y de las campañas de solidaridad corrió también en estos años de su cuenta. Los órganos de propaganda comunistas se hicieron eco de ello, prestando especial atención a la manifestación organizada por un grupo de mujeres en Madrid, en el mes de julio, cuya repercusión se dejó sentir prácticamente en todo el país[53]. En Asturias, por ejemplo, comisiones de mujeres, encabezadas por militantes comunistas, presentaron ante las máximas autoridades provinciales instancias solicitando gestiones encaminadas a conseguir una amnistía que pusiera en libertad a todos los presos políticos españoles[54]. Estas iniciativas se compaginaron, además, en todo momento, con otro tipo de muestras de apoyo como el brindado a los detenidos y procesados por el Tribunal de Orden Público mediante la presencia en sus juicios[55]. Desde finales de la década las acciones individuales o en pequeños grupos se fueron combinando con otras más coordinadas y organizadas y sobre todo más plurales, y el mejor ejemplo de ello fueron los encierros en catedrales o iglesias que numerosos grupos de mujeres llevaron a cabo en todo el país como protesta por la represión que se seguía viviendo en España[56].

A lo largo de esta etapa, por tanto, la actividad que las mujeres comunistas desempeñaron en los frentes tradicionales de militancia femenina se centró en el apoyo al movimiento obrero, así como en la participación en las distintas protestas promovidas por el Partido dentro de su estrategia de salir a la superficie. En este sentido, las mujeres del PCE participaron, durante estos años, en movilizaciones más numerosas que encajaban en la estrategia comunista de dar visibilidad a su labor opositora, como las manifestaciones del Primero de Mayo que tuvieron lugar a partir de la segunda mitad de los años sesenta. Una constante en ellas fue la presencia de veteranas militantes comunistas junto a otras más jóvenes para quienes estas manifestaciones se convirtieron en una

forma de comenzar a adquirir experiencia política[57]. Pero la labor femenina no se quedó ahí y, al igual que había ocurrido en los años del Primer Franquismo, las militantes continuaron desempeñando, de forma paralela, tareas que fueron básicas para que la organización pudiera mantener su estructura organizativa, como el establecimiento de contactos para reconstruir las estructuras tras los reveses represivos o la protección a los militantes perseguidos. Así ocurrió, por ejemplo, en Asturias cuando, tras el conflicto de 1958 la actividad se vio prácticamente limitada a la recogida de firmas y la ayuda económica a los detenidos, tareas que fueron asumidas por mujeres del Partido; o en 1961, cuando, con la organización nuevamente descabezada y la dirección recluida en prisión, las mujeres fueron una pieza clave en los intentos de reorganizar la resistencia desde el interior de la misma[58]. Ahora bien, si hubo un terreno en el que las mujeres adquirieron una muy notable presencia, mayor aun de la que habían tenido en el Primer Franquismo, fue en el relacionado con la propaganda. En Asturias, por ejemplo, a comienzos de la década de 1960, el Partido disponía de varias casas consideradas seguras, entre ellas la de Celestina Marrón, y ella y otras compañeras como Anita Sirgo se encargaron de reactivar la red de militantes femeninas para organizar el reparto de propaganda[59]. A medida que avanzaba la década de los setenta, esta tarea iba contando con un mayor trabajo de planificación previa y en los momentos finales de la dictadura la lucha por la visibilidad condujo a la venta en las calles, lo que hizo aún más arriesgado el activismo militante. Una vez más en esta labor desempeñaron un papel protagonista grupos de mujeres comunistas como las que, según se recogía en las páginas de Verdad, habían conseguido vender alrededor de tres mil ejemplares de esta cabecera en diciembre de 1976[60]. Lógicamente, la prudencia y la discreción que exigían las labores de propaganda se multiplicaban en aquellas casas en las que había instaladas imprentas clandestinas. En el caso asturiano fue una mujer, Sara Fresno, la que desde 1964 estuvo a cargo del principal centro impresor del Partido. Su testimonio, plagado de alusiones a traslados, renuncias, soledad y aislamiento, es también el relato de la falta de reconocimiento que recibieron este tipo de trabajos en los que el protagonismo femenino fue evidente[61]. Además, en esta etapa no solo creció significativamente el número de mujeres involucradas en estas tareas sino que su labor experimentó una importante diversificación y, desde mediados de los años sesenta, empezó también a ser habitual la aportación femenina a la redacción de periódicos y propaganda escrita. La amplia participación de mujeres obreras en los grandes conflictos huelguísticos, por un lado, y la penetración de los comunistas en los medios universitario e intelectual, por otro, explican la cada vez mayor presencia de mujeres en la redacción de artículos o como corresponsales de los distintos

boletines. En este sentido, resulta especialmente interesante el protagonismo que tuvieron las mujeres en Radio España Independiente (REI), no solo como corresponsales encargadas de redactar notas, hacer entrevistas y escribir artículos sino también como destinatarias de la propaganda emitida[62]. El hecho de que, tanto en las secciones dedicadas a las mujeres como en las generales, fueran las propias corresponsales las que se dirigían al resto, multiplicaba la eficacia de los llamamientos. El discurso de REI y su estrategia informativa tenían en la población femenina uno de sus principales objetivos y el ejemplo más claro de ello se pudo apreciar en las huelgas de 1962, en las que las mujeres se presentaron como un vínculo fundamental, en los conflictos, entre la comunidad y la clase[63].

A lo largo de esta etapa las mujeres del Partido desempeñaron una labor decisiva en los frentes tradicionales de militancia del movimiento obrero y su movilización, de forma paulatina y no exenta de dificultades, comenzó a hacerse cada vez más compleja, visible y autónoma. Al calor de la evolución de la sociedad y de las formas de oposición, la militancia femenina –y la visión de la misma– irá experimentando, no obstante, ciertos cambios. A los viejos frentes de lucha se irán añadiendo otros nuevos y a las militantes «veteranas» comenzarán a unirse nuevas generaciones de antifranquistas que aportarán una mayor heterogeneidad a la militancia femenina.

EL SURGIMIENTO DE NUEVOS FRENTES PARA LA MILITANCIA FEMENINA Y EL PROGRESIVO ACERCAMIENTO DEL PCE AL FEMINISMO

La visión general que sobre la problemática de la mujer mantuvo el PCE en los años sesenta se puso de manifiesto ya en su VII Congreso, celebrado en 1965. En sus actas, publicadas en 1967, se resaltaban las discriminaciones laborales y educacionales que sufrían las mujeres, el relegamiento al hogar y el peso de la tradición. En este sentido, se reconocía que la cuestión femenina debía ser afrontada como un auténtico problema de naturaleza socioeconómica que presentaba rasgos específicos, pero las medidas propuestas para resolverlo se limitaban a la igualdad ante la ley y la incorporación al trabajo productivo[64]. También en la Resolución de abril de 1967 del Comité Ejecutivo se incluían

consideraciones acerca del trabajo entre las mujeres, aludiendo a la necesidad de rentabilizar la influencia social de las mujeres de los presos[65]. Pero, además, para lograr el propósito de convertirse en el primer partido de masas del antifranquismo, se aseguraba que el PCE debía contar también con los millares de muchachas y mujeres de diversos grupos sociales que simpatizaban con las ideas del Partido. Este planteamiento será reiterado en el informe al pleno del Comité Central del verano de 1967, en el que se aseguraba que una parte vital del gran movimiento de masas era el naciente movimiento femenino. La elaboración teórica definida ahora, que se mantendrá hasta entrada la década de los setenta, tuvo su plasmación práctica en la orientación del trabajo del Partido entre las mujeres en una triple dirección: por un lado, se buscará favorecer su encuadramiento dentro del organigrama partidario con la creación de células de mujeres, o con formas más flexibles de integración; por otro lado, se tratará de fomentar el trabajo entre las masas, especialmente entre las mujeres trabajadoras, las amas de casa y las asociaciones vecinales y culturales; y por último, con el objetivo de insertar la lucha femenina en la más amplia lucha contra el franquismo el PCE impulsará, en 1965, la creación del Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), que se convertirá, ya en la década de los setenta, en la principal vía para articular su presencia en el movimiento feminista.

Para las propias mujeres comunistas, la diversificación tanto de la base militante como de los frentes de lucha favoreció la apertura de nuevos espacios de actuación. Así, en el conjunto del país, las Juventudes supusieron para ellas, al menos en el plano teórico, la posibilidad de intervenir en un entorno menos cerrado que el propio Partido, con una estructura más flexible para su promoción a tareas de dirección o de responsabilidad. En Asturias, Honorina Álvarez Marrón y Etelvina Braña, las hijas de Celestina Marrón y Anita Sirgo, formaron parte del grupo que dio origen a las Juventudes, compuesto básicamente por los hijos e hijas de veteranos militantes, de extracción eminentemente obrera[66]. De igual manera, el movimiento universitario resultó ser no solo uno de los principales vehículos para el ingreso de mujeres en el Partido sino también un terreno más libre en el que podían aspirar a sentirse ellas mismas y una vía de acceso a responsabilidades políticas que el movimiento obrero clásico no les proporcionaba. Así, por ejemplo, en el primer núcleo comunista estable que se formó en la Universidad de Oviedo, en 1965, había una mujer, Carmen Mourenza y en el primer Comité Universitario, formado en 1968, dos. En las protestas estudiantiles aparecían con frecuencia universitarias que se habían ido incorporando a la organización comunista en los distintos cursos, cuya proporción crecerá sensiblemente con los años dibujando trayectorias en las que

la actividad estudiantil se combinaba con la solidaridad y la agitación partidista[67]. Asimismo, el movimiento asociativo se reveló como una plataforma privilegiada para la participación de las mujeres del PCE. Con su trabajo en el interior de las asociaciones estas desempeñaron una importante labor de concienciación entre las mujeres de los barrios obreros y contribuyeron, al mismo tiempo, al reconocimiento político por parte del Partido de cuestiones relacionadas con la gestión de la vida cotidiana[68], Pero, además, dentro de la perspectiva de lucha general por una sociedad democrática, reforzar la presencia entre las masas femeninas se convirtió en parte importante de la nueva estrategia política y, así, en 1965, se creó en Madrid el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM) concebido como un frente amplio de lucha contra el franquismo a través del cual el PCE buscaba incorporar la cuestión femenina a su discurso[69].

El MDM –primera organización femenina, tras la reconstrucción de las AFA, creada en el franquismo– nació con vocación de convertirse en un movimiento autónomo, aunque su planteamiento coincidió, en sus primeros años de existencia, con el objetivo del PCE de agrupar a las mujeres en su diversidad, para avanzar en la lucha por la democracia[70]. Su puesta en marcha respondía al propósito de constituir una organización de mujeres específica concebida sobre bases amplias, pluralistas e interclasistas. El MDM defendió, en todo momento, la existencia de una línea de acción propia, decidida a través de la discusión abierta y colectiva, e insistió en su independencia de los partidos políticos, de las organizaciones sectoriales y del Estado[71]. Sin embargo, pese a sus esfuerzos por no hacer explícita su relación con el PCE, las tensiones provocadas por el «dirigismo» comunista fueron una constante en el Movimiento[72]. Desde su origen el MDM se definía como «un movimiento de masas cuyo campo específico de acción es la masa femenina», pero cuyo trabajo estaba indisolublemente ligado a la lucha sociopolítica general del país contra el franquismo y por una sociedad sin clases[73]. En consonancia, las reivindicaciones que planteaba iban desde la movilización por la carestía de la vida a la lucha por la amnistía y la libertad; desde la formación en los derechos de las amas de casa y consumidoras a la educación sexual; desde la organización autónoma de las mujeres a la participación con los hombres en los partidos políticos democráticos. Poco a poco el MDM se fue extendiendo y a partir de 1970 tuvieron lugar encuentros de ámbito nacional que pusieron de manifiesto su intención de configurarse como una organización de carácter estatal[74]. La Primera Reunión General del MDM tuvo lugar en Madrid, en 1970. La visión imperante en este primer encuentro insistía en la demanda de los derechos

laborales por encima de los civiles y combinaba reivindicaciones políticas y sociales generales con otras específicas que aún se definían muy tímidamente[75]. Si estos eran los objetivos, el MDM se propuso utilizar las estructuras que estaban funcionando legalmente, a consecuencia de la Ley de Asociaciones franquista de 1964, como medio a través del cual canalizar su labor y llevar a cabo sus actividades. Unas eran de tipo teórico y tenían el objetivo de favorecer el debate entre las mujeres acerca de cuestiones como su situación en la familia y la sociedad, la carestía de la vida, los problemas de la escuela o la sanidad. Otras eran de tipo práctico, como la organización de manifestaciones, la redacción de documentos destinados a las autoridades, la formación de comités de solidaridad, la realización de encierros en iglesias, las acciones en los mercados contra la carestía de la vida o el envío de comisiones a los ayuntamientos[76]. Gracias a estas actividades se favoreció la extensión de las luchas en los barrios y se produjo un aumento considerable del número de asociaciones de amas de casa que se revelaron, por su legalidad y el número de socias con el que contaban, como un cauce privilegiado para llegar al mayor número de mujeres posible. Para hacer más efectivo su trabajo, el Movimiento contó también con un aparato de propaganda propio, el boletín mensual, La mujer y la lucha, que, a partir de 1967, se reprodujo y distribuyó en los lugares en los que logró implantarse[77]. A medida que avanzaba la década de los setenta, el relevo generacional que se estaba produciendo en el seno del PCE, con la incorporación de una nueva generación de mujeres jóvenes, en la mayor parte de los casos universitarias, llevó a la definitiva transformación del MDM, que pasará a convertirse en una organización específicamente feminista[78]. El cambio de perspectiva quedó reflejado ya en la II Reunión General del Movimiento, que tuvo lugar en 1971 y en la que se planteó la necesidad de llevar las reivindicaciones de las mujeres más allá de las tareas de solidaridad, combinado las acciones desde plataformas legales con acciones propias[79]. El objetivo final era concienciar al mayor número posible de mujeres de los barrios de la importancia de plantear el futuro con un diseño democrático en el que ellas participaran y en el que estuvieran contemplados sus derechos.

El MDM se convirtió en un espacio autónomo de reflexión y de confluencia y ahí residió, precisamente, su fuerza, que se debió tanto al apoyo del PCE y a la labor de sus militantes como a la experiencia adquirida por las mujeres en la lucha por la vida cotidiana y en solidaridad con los varones[80]. Además, al tiempo que su desarrollo impulsó la lucha en los barrios, la formación política y cultural de las mujeres más jóvenes enriqueció las experiencias de las más veteranas, que fueron tomando conciencia de su discriminación en las leyes, en

la sociedad y en el hogar[81]. Si en la segunda mitad de los sesenta las reivindicaciones feministas se planteaban aún con mucha cautela, a partir de los setenta el peso de estas se hizo cada vez mayor y esta nueva realidad provocó no pocos enfrentamientos. Mientras para el PCE y para las comunistas más veteranas las preocupaciones feministas llevaban a alejarse de lo prioritario, para una minoría, era la supeditación a la lucha antifranquista y a los intereses del Partido lo que lastraba sus objetivos. Pero las dificultades procedían también de las discrepancias entre militantes del PCE y otros grupos de la nueva izquierda, como el PTE, la ORT o el MCE, que empezaban a involucrarse en la lucha de las mujeres y a generar escisiones en el seno del Movimiento. Como consecuencia de estas tensiones, la composición del MDM experimentó en estos años importantes transformaciones, que se concretaron en la redacción, en 1976, de un nuevo programa como Movimiento Democrático de Mujeres/Movimiento de Liberación de la Mujer, definido ya claramente como un movimiento feminista. Aunque el MDM se propuso mantener su carácter pluralista y unitario, la difícil convivencia entre posiciones enfrentadas limitó considerablemente sus posibilidades de actuación durante estos últimos años[82]. Si desde el comienzo de los años setenta habían surgido fuertes tensiones, el nuevo giro agravará la situación llevando, finalmente, a la dirección nacional del PCE a considerar que la existencia del MDM no tenía razón de ser en democracia.

Pese a los desengaños, la mayor parte de las mujeres que colaboraron con el MDM, y muy especialmente sus cabezas más visibles, guardaron una huella imborrable de su experiencia. Desde principios de los setenta, aquellas que habían adquirido una conciencia de género clara, lucharon por encontrar un lugar dentro del espacio político y por reivindicar el debate feminista en el ámbito público. Y, aunque el camino que quedaba por recorrer era aún largo, la labor realizada en los años finales de la dictadura fue importante en la lucha por la consecución de una España democrática. El MDM consiguió generar sus propios referentes y transmitir sus propios valores sociales, culturales y políticos y su mayor éxito consistió, precisamente, en su capacidad para convertirse en foco de construcción de una nueva subjetividad femenina en el comunismo, a través de la negociación y la convivencia de tradiciones y orígenes diferentes. A pesar de las divergencias, mujeres veteranas y otras más jóvenes compartían referencias provenientes de su cultura política comunista y, además, para estas últimas, las veteranas eran ejemplos a los que no estaban dispuestas a renunciar. Ese sentimiento de poder colectivo y de autonomía impulsó el activismo, animando a muchas mujeres a involucrarse en iniciativas que, desde la politización de lo cotidiano, se enfrentaban a la moralidad y respetabilidad estrechas que el

régimen pretendía imponer a colectivos como el femenino. El hecho de formar parte de un movimiento autónomo permitió a un gran número de ellas poner en práctica una capacidad de actuación política y social que tanto el régimen como, en ocasiones su propia organización, les habían negado y que, consecuentemente, ellas mismas desconocían. Además, el MDM proporcionó a un sector de la militancia, apartado tradicionalmente de las tareas de dirección, un espacio de discusión, actividad y contacto donde esbozar un principio de cierta autonomía política. Aunque no todas las mujeres del MDM participaban de la misma ideología, ni compartían los objetivos del feminismo, su trabajo en un espacio de actuación política definido y dirigido por mujeres, les llevó a descubrir la fuerza de una complicidad y solidaridad de género que a su vez les mostró el camino de la lucha política o incluso, en algunos casos, feminista. A través de la acción colectiva femenina, problemas sociales de la vida cotidiana de las mujeres de la clase trabajadora se enlazaron con otras cuestiones políticas de carácter más general dando al rol de ama de casa y de madre de familia una nueva dimensión[83]. Pero, además, la experiencia del MDM introdujo cambios también en el propio Partido Comunista. El hecho de que participaran también en él mujeres independientes fortaleció al propio PCE, ya que algunas acabaron integrándose en el Partido por esta vía. Pero, además, la convivencia de comportamientos y estilos militantes y las fuertes contradicciones que esto generó en el seno del Movimiento, llevó también a transformar la cultura política comunista[84]. De hecho, las contradicciones introducidas en el discurso tradicional por esta nueva generación de mujeres y la aparición de los primeros debates próximos al feminismo hicieron que la cuestión de la liberación de la mujer fuera incorporándose cada vez con más fuerza, forzando al Partido a adaptar su discurso y su práctica política a los nuevos retos introducidos por la movilización de las mujeres. Muestra de ello fue el VIII Congreso del Partido, que tuvo lugar en 1972 y en el que se enunció la necesidad de dar un giro de 180 grados sobre el problema de la mujer[85]. En el informe presentado al Comité Central, Santiago Carrillo hacía autocrítica, destacando la labor del MDM para reconocer que, si en algo tenían que dar los comunistas españoles «un viraje ideológico de 180 grados», era en su actitud hacia «la mujer». Carrillo recordaba la doble explotación que esta sufría y reconocía que uno de los principales obstáculos para avanzar en este terreno seguía siendo la escasa presencia en puestos de responsabilidad de mujeres, que seguían sufriendo los prejuicios que históricamente habían recaído sobre ellas[86]. Mientras Carrillo centraba su denuncia en la doble explotación, Ignacio Gallego insistía, en su intervención, en la necesidad de facilitar la incorporación de mujeres al Partido mediante la flexibilización de las formas de encuadramiento y de conseguir su promoción a

puestos de responsabilidad en todos los niveles, algo que tendría que ser precisado en los estatutos[87]. Un año después, en 1973, el Manifiesto-Programa volvía a insistir en la necesidad de adoptar medidas para «hacer realidad la igualdad de oportunidades entre la mujer y el hombre, el salario igual, la eliminación de todo tipo de discriminación en el estudio, la vida política y social y en el campo del derecho civil»[88]. Una vez más se centraba la atención en las reivindicaciones de derechos laborales, poniendo de manifiesto que, pese a los cambios y a los nuevos propósitos en el tratamiento de la cuestión femenina, hasta bien entrados los años setenta el PCE siguió desarrollando un discurso ambiguo. No obstante, no conviene subestimar los avances que experimentó el comunismo en esta materia, ni los logros y los esfuerzos de las militantes para cambiar la percepción que sus camaradas tenían de su actividad política y social. El debate con el feminismo enriqueció y forzó la autocrítica del discurso del PCE, logrando que se replantearan algunas posiciones tradicionales asumidas hasta entonces como la última palabra sobre la cuestión[89]. Pese a las cautelas, los comunistas empezaban a aceptar que las aportaciones del feminismo debían ser incorporadas y no eternamente pospuestas en aras de un objetivo superior, y es en esta época cuando se encuentran los posicionamientos más francos de colaboración con las corrientes feministas. Así, en la II Conferencia Nacional del Partido, celebrada en 1975, se llegó a afirmar que el PCE era el Partido de la Liberación de la Mujer, reconociendo la inexistencia de una relación automática entre socialismo y liberación femenina[90].

La experiencia de las mujeres en el comunismo durante las distintas etapas de la dictadura franquista revela la existencia de una realidad plural, en la que coexistieron distintos perfiles de mujeres, variados repertorios de protesta y unos objetivos de lucha que fueron adaptándose con el tiempo, dibujando procesos de continuidad y de cambio. Esta evolución está determinada por la general de la resistencia antifranquista, pero presenta también rasgos específicos derivados de la configuración de las relaciones de género. La estrecha vinculación existente entre las obligaciones cotidianas y la oposición al régimen; el papel central de las relaciones familiares en la formación de la conciencia política y de género o la importancia de las redes de solidaridad femenina y de la coincidencia en espacios de sociabilidad propios en la construcción de una identidad común, son algunas de las cuestiones que atravesaron las experiencias de las mujeres y que condicionaron su relación con la lucha política[91]. Pero la especificidad de su compromiso está también determinada por la especificidad de los obstáculos que

tuvieron que superar, desde la particular marginación y represión a las que fueron sometidas por parte del régimen hasta las limitaciones a las que tuvieron que hacer frente dentro y fuera de sus casas para redefinir sus relaciones con la sociedad y entre los géneros. En unas ocasiones, las mujeres encontraron frenos a su actividad política en sus propias casas, en las responsabilidades familiares y en su entorno social. En otras, tuvieron que batallar contra la incomprensión de los militantes varones, viéndose obligadas, además, a ejercer de conciencia crítica cuando aspiraban a alcanzar la igualdad sexual dentro y fuera de las mismas. Partir de la existencia de estas limitaciones es fundamental para analizar la militancia femenina en una estructura política como el PCE, aún muy masculinizada. Sin embargo, este planteamiento resulta insuficiente para comprender las formas de movilización, los discursos y las implicaciones de la acción militante de las mujeres en su cultura política[92]. Una lectura compleja de la relación entre las representaciones y las prácticas de vida de las mujeres comunistas pone de manifiesto cómo ni fueron simples receptoras de los discursos hegemónicos ni se enfrentaron a ellos solo como víctimas, sino que en ocasiones se apropiaron de ellos, reelaborándolos, utilizándolos o transgrediéndolos en función de sus intereses[93]. A pesar de las limitaciones que se encontraron en el camino, fueron capaces de hacer frente a los obstáculos incluso cuando procedían de su entorno más cercano. Y no solo se involucraron en la resistencia sino que además demostraron una gran capacidad de transformación, que se dejó sentir tanto en lo relacionado con la vida pública como en la privada, poniendo de manifiesto una habilidad notable para conectar la lucha política con la social e introduciendo cambios no solo en su propia cultura política sino también en la sociedad y en las relaciones de género[94]. El recién nacido impulso feminista puso en evidencia la necesidad de redefinir profundamente las relaciones entre los géneros y fue decisivo para que se empezaran a abordar algunas de las insuficiencias de la democracia en materia de género. En algunos casos, la lucha de las mujeres comunistas se limitó al franquismo, en otros la experiencia adquirida en la clandestinidad se proyectó en la democracia y en aquellas ocasiones en las que la experiencia política llevó a la conciencia de la discriminación, se buscó la alternativa en organizaciones abiertamente feministas.

---

[1] Encarnación Barranquero Texeira, «Ángeles o demonios: representaciones, discursos y militancia de las mujeres comunistas», Arenal 19/1 (enero-junio

2012), pp. 75-102 (véase p. 76).

[2] Claudia Cabrero Blanco, Mujeres contra el franquismo. Asturias, 1937-1952. Vida cotidiana, represión y resistencia, Oviedo, KRK, 2006, pp. 361-368.

[3] En Andalucía fue Carmen Díaz, Josefa, quien trató de reorganizar el Partido; en Barcelona Soledad Real, Isabel Imbert y Clara Pueyo, militantes de las JSUC, tuvieron un papel protagonista en el intento de recomponer el partido y las juventudes catalanas; en Aragón destacó Carmen Casas, en Galicia Enriqueta Otero, en Alicante Carmen Caamaño y en Madrid Matilde Landa. Véase: Inmaculada Cordero Olivero y Encarnación Lemús López, «La malla de cristal: actividad política y vida de las comunistas andaluzas en la clandestinidad de los años cuarenta», Spagna contemporanea 15 (1999), pp. 101-120; Fernando Hernández Holgado, Soledad Real, Madrid, Ediciones del Orto, 2001, y «Manolita del Arco Palacio (1920-2006). Reseña biográfica, bibliografía y testimonios seleccionados», Hispania Nova: Revista de historia contemporánea 6 (2006); Mercedes Yusta, «Sujetos femeninos en espacios "masculinos": la resistencia al franquismo de las mujeres aragonesas, 1940-1950», en V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. El siglo XX: balance y perspectivas, Valencia, Fundación Cañada Blanch, 2000, pp. 257-264; Encarna Nicolás y Alicia Alted, Disidencias en el franquismo (1939-1975), Murcia, Editora Regional de Murcia, 1982, pp. 114-121; David Ginard i Féron, Matilde Landa. De la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas, Barcelona, Flor del Viento Ediciones, 2005.

[4] Irene Abad Buil, «Breve aproximación al análisis del republicanismo de las mujeres de preso del franquismo. De la solidaridad a las peticiones de amnistía. Proceso de reafirmación», en Claudia Cabrero Blanco y otros (eds.), La escarapela tricolor. El republicanismo en la España contemporánea, Oviedo, Universidad de Oviedo y KRK, 2008, pp. 567-578. Pedro Checa, «Informe sobre la situación del Partido en España», 13-11-1940, Sección Activistas, caja 93, carpeta 49/0, AHPCE.

[5] «Normas generales de organización para el trabajo del Partido, de acuerdo con el informe de Dolores», 6-V-1946, Sección Nacionalidades y Regiones (Asturias), jacq. 669-670, AHPCE.

[6] Mercedes Yusta, «Rebeldía individual, compromiso familiar, acción colectiva: las mujeres en la resistencia al franquismo durante los años cuarenta»,

Historia del Presente 4 (2004), pp. 63-92 (en especial, p. 66 y p. 80).

[7] C. Cabrero Blanco, Mujeres contra el franquismo, pp. 283-316.

[8] Rita Thalmann, «L'oubli des femmes dans l'historiographie de la Résistance», Clio: Histoire, femmes, societés 1, pp. 21-35; Anna Bravo, «Mujeres y Segunda Guerra Mundial: estrategias cotidianas, resistencia civil y problemas de interpretación», en Mary Nash y Susanna Tavera (eds.), Las mujeres y las guerras. El papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea, Barcelona, Icaria, 2003, pp. 245-246.

[9] Secundino Serrano, Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista, Madrid, Temas de Hoy, 2001, p. 219.

[10] «Expediente de Robustiano López y Mercedes Cotto Díaz», Sección Gobierno Civil, Informes, 1945 (II): caja 531, leg. 327, expediente n° 32.322, Archivo Histórico de Asturias (en lo sucesivo AHA); «Experiencias sobre el trabajo de masas en Asturias-León-Santander», Sección Nacionalidades y Regiones (Asturias): sign. 38/6, AHPCE.

[11] I. Cordero Olivero y E. Lemús López, «La malla de cristal», pp. 108-109.

[12] S. Serrano, Maquis, p. 222.

[13] David Ginard I Féron, «"La madre de todos los camaradas". Dolores Ibárruri como símbolo movilizador, de la Guerra Civil a la transición posfranquista», Ayer 90 (2013-2), pp. 189-203. Sobre la construcción del culto a Pasionaria como Mater Dolorosa véase también Mercedes Yusta, Madres Coraje contra Franco. La Unión de Mujeres Españolas en Francia, del antifascismo a la Guerra Fría (1941-1950), Madrid, Cátedra, 2009, pp. 263-267.

[14] «Normas generales de organización para el trabajo del Partido, de acuerdo con el informe de Dolores», 6-V-1946, Sección Nacionalidades y Regiones, Asturias, jacq. 669-670, AHPCE.

[15] «Normas generales para el trabajo de las mujeres en el Partido», 29-IV-1946, Sección Nacionalidades y Regiones, Asturias, jacq. 671, AHPCE.

[16] La reaparición, en el interior, de los grupos de Mujeres Antifascistas en Fernanda Romeu Alfaro, El silencio roto. Mujeres contra el franquismo, Oviedo,

Gráficas Summa, 1994, pp. 41-44.

[17] Historia del Partido Comunista de España. Redactada por una comisión del Comité Central del Partido, formada por la camarada Dolores Ibárruri, que la ha presidido, y por los camaradas Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cordón, Irene Falcón y José Sandoval, París, Éditions Sociales, 1960.

[18] «El Partido y el trabajo entre las mujeres», Mundo Obrero, 1 de agosto de 1952.

[19] «Más preocupación por el trabajo entre las mujeres», Mundo Obrero, 28 de febrero de 1954. Véase M. Yusta, Madres Coraje, pp. 17-21 y pp. 103-144 y también Geneviève Dreyfus-Armand, El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la Guerra Civil a la muerte de Franco, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 241-242.

[20] «Amnistía para los presos políticos de España», Represión Franquista, Solidaridad con los represaliados, Llamamientos, caja 40, carpeta 24, AHPCE; «Las mujeres en las primeras filas de la lucha por la amnistía», Mundo Obrero, 15 de octubre de 1952.

[21] La integración de las mujeres en estas acciones se hacía a partir de la «conciencia femenina» de la que hablaba Temma Kaplan en su conocido artículo sobre Barcelona a principios del siglo XX (Temma Kaplan, «Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona, 1910-1918», en James S. Amelang y Mary Nash [eds.], Historia y Género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea, Valencia, Alfons el Magnánim, 1990, pp. 267-295). Ejemplos de estas «rebeldías cotidianas» en C. Cabrero Blanco, Mujeres contra el franquismo, pp. 449-474 y, de la misma autora, «Tejiendo las redes de la democracia. Resistencias cotidianas de las mujeres durante la dictadura franquista», en Mercedes Yusta e Ignacio Peiró (coords.), Resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 197-217; Irene Murillo Aced, En defensa de mi hogar y mi pan, estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de posguerra, 1936-1945, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013 y, de la misma autora, «Dignidad, supervivencia y luto. Agencias y resistencias de mujeres aragonesas de guerra y posguerra», en M. Yusta e I. Peiró, (coords.), Resistencias femeninas, pp. 149-174.

[22] Así, por ejemplo, en 1952 el Comité Provincial invitaba «al pueblo entero de Asturias a preparar la huelga general de 48 horas» e instaba a las mujeres «a crear COMITÉS DE MUJERES ANTIFASCISTAS que organicen, simultáneamente a la huelga, manifestaciones CONTRA LA CARESTÍA en los mercados y entre las cuevas de ladrones que son las oficinas de abastos: "¡A los mineros, a los trabajadores, a todos los demócratas y patriotas! ¡Al pueblo heroico de Asturias!"», 1953, Octavilla, Documentos del PCE: carpeta 34, AHPCE.

[23] La defensa del pacifismo fue una de las principales estrategias políticas que pusieron en marcha las organizaciones de mujeres antifascistas creadas en la postguerra mundial. Véase para estas cuestiones M. Yusta, Madres Coraje, pp. 145-175.

[24] Entre 1953 y 1955 los documentos del Partido insistían en que los esfuerzos para incorporar mujeres a la lucha contra el régimen eran insuficientes. Mundo Obrero publicaba el 30 de junio de 1953 un informe sobre la «Declaración de los Derechos de la Mujer», que tenía el objetivo de reivindicar la igualdad de hombres y mujeres en el disfrute y ejercicio de los derechos políticos. Poco después, artículos como «Las mujeres en el Partido» (Mundo Obrero, noviembre de 1953) o «Más preocupación por el trabajo entre las mujeres» (Mundo Obrero, febrero de 1954) repetían las autocríticas en este terreno.

[25] En un informe de 1952 sobre la situación en Asturias se atribuía la desarticulación del Comité Comarcal del PCE en Gijón a la mujer de un conocido militante de la que se aseguraba que estaba «liada con un elemento de la policía» y ante la cual su marido no había sabido guardar discreción sobre los asuntos del Partido: «Informe sobre el viaje a Asturias», Sección Nacionalidades y Regiones (Asturias), caja 79, sign. 3/2, AHPCE. La alusión a la mujer de un militante como causa de la caída aparecía también en la intervención del «camarada Julián», representante de la delegación de Asturias en el V Congreso del Partido, celebrado en 1954: «Intervención del camarada Julián», Actas del V Congreso del PC de España (IV vols.), 1954, Documentos del PCE, Vol. III, AHPCE.

[26] «Programa del Partido Comunista de España. En la lucha por la independencia y la democratización de España, por el mejoramiento radical de las condiciones de vida del pueblo español. V Congreso del Partido Comunista de España (Praga, septiembre de 1954)», Actas del V Congreso del PC de

España (IV vols.), 1954, Documentos del PCE. Vol. I, AHPCE.

[27] «Informe sobre el Programa del Partido», Actas del V Congreso del PC de España (IV vols.), 1954, Documentos del PCE. Vol. I, AHPCE; «Informe sobre Problemas de organización y los estatutos del Partido», Actas del V Congreso del PC de España (IV vols.), 1954, Documentos del PCE. Vol. I, AHPCE.

[28] Irene Abad Buil, «Reivindicaciones y movilizaciones femeninas desde el PCE durante el segundo franquismo», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Sevilla, Fundación de Investigaciones Marxistas / Atrapasueños, 2009, pp. 231-252 (véanse pp. 240-241).

[29] «La participación de las mujeres trabajadoras en la lucha», Mundo Obrero, febrero de 1956.

[30] Irene Abad Buil, «Reivindicaciones y movilizaciones femeninas», pp. 240-241.

[31] Mónica Moreno Seco, «Compromiso político y feminismo en el universo comunista de la Transición», Cuestiones de género: de la igualdad y la diferencia 8 (2013), pp. 43-60.

[32] Carme Molinero y Pere Ysàs, «El partido del antifranquismo (1956-1977)», en Manuel Bueno, José Hinojosa y Carmen García (coords.), Historia del PCE. I Congreso 1920-1977, Volumen II, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004, pp. 13-32.

[33] «Asturias es España puesta en pie», Mundo Obrero, 15 de abril de 1958.

[34] Entrevista a Celestina Marrón, Gijón, 2002, Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias (en lo sucesivo AFOHSA); Entrevista a Ana Sirgo, Lada, 2006, Archivo de Historia del Trabajo, Fundación 1.o de Mayo.

[35] La intervención de las mujeres en la huelga de 1957 se describe en la emisión de REI del 26 de mayo de 1962 y en los números de Mundo Obrero del 30 de abril de 1957, 31 de mayo de 1957 y 15 de abril de 1958. Véase también Claudia Cabrero Blanco, «Asturias. las mujeres y las huelgas», en José Babiano Mora (ed.), Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo, Madrid, Catarata, 2007, pp. 189-244; Ramón García Piñeiro, Los

mineros asturianos bajo el franquismo (1937-1962), Madrid, Fundación 1° de Mayo, 1990, pp. 340-341 y Andrés Saborit Colomer, Asturias y sus hombres, Oviedo, KRK editores / Fundación José Barreiro, 2004, pp. 628-629.

[36] «Intervención del camarada Esteban (Asturias)», Actas del VI Congreso del PCE (25 a 31 de diciembre de 1959), III Sesión, Vol. 16, pp. 226-227, Documentos PCE, Actas Congresos, AHPCE. Mundo Obrero, 30 de abril de 1957; 15 de abril de 1958; 30 de abril de 1958.

[37] Testimonio oral de Anita Sirgo, Sama de Langreo, 2002, AFOHSA; Entrevista a Ana Sirgo, Lada, 2001, AFOHSA.

[38] «30-IV-1962. Descripción de la situación en las minas de la cuenca de Langreo y Gijón», Gobierno Civil, Secretaría Particular: carpeta 30 de abril de 1962, caja 22619, AHA; Ramón García Piñeiro, «Mujeres En Huelga», en Rubén Vega García (coord.), Las huelgas de 1962 en Asturias, Gijón, Trea / Fundación Juan Muñiz Zapico, 2002, pp. 242-256 (véase p. 244).

[39] Testimonio oral de Anita Sirgo, Sama de Langreo, 2002, AFOHSA; Entrevista a Celestina Marrón, Gijón, 2002.

[40] «Copia de una ficha policial de Anita Sirgo Suárez» y «Copia de una ficha policial de Constantina Pérez Martínez», Sección Gobierno Civil, Serie Secretaría Particular, Notas sobre conflictos laborales, carpeta de 5 de septiembre de 1963, caja 22624, AHA. En la documentación emitida por la Brigada Regional de Investigación Social aparecen 24 mujeres encarceladas, once de ellas comunistas o familiares de comunistas. (Gobierno Civil, Secretaría Particular, caja 22621, AHA).

[41] «Informe de la Guardia Civil. 18-V-1962», Gobierno Civil, Orden Público, caja 22.619, AHA; Entrevista a Amor Gutiérrez Fernández, «Morita», El Campello (Alicante), 2006, Fondo Mujeres, cárceles y exilio. Memoria del antifranquismo, sign. MUJ. 09, Archivo Fundación 1° de Mayo; Entrevista a Ana Sirgo, Lada, 2006, Archivo Fundación 1.o de Mayo. Entrevista a Celestina Marrón, Gijón, 2002; Entrevista a Eufrasia Albes García, Gijón, 2012; Víctor Manuel Bayón García, Crónica de una lucha. Mi actividad en el Partido Comunista de España, León, Partido Comunista de León, 2011, pp. 60-62.

[42] Es el caso de la Delegación que visitó en Oviedo al Gobernador Civil para exigir la solución del conflicto y el aumento de salarios que reclamaban los

trabajadores: «Las mujeres y la huelga de Asturias», Emisión de REI del 2 de mayo de 1962, Serie Correo de la Pirenaica, AHPCE.

[43] Entrevista a Celestina Marrón, Gijón, 2002. Víctor Bayón recordaba cómo su mujer, Tina, y Feli, la mujer de Gallardo, organizaron una manifestación hasta la puerta de la cárcel, apoyadas por cientos de mujeres de presos, y expresaron su decisión de constituirse en asamblea permanente ante la puerta del presidio para oponerse a que se sacara a sus esposos a nuevas diligencias a Comisaría. El temor a un posible escándalo llevó al director de la prisión y al Juez Militar a no autorizar la entrega de los presos al Jefe Superior de Policía. V. M. Bayón García, Crónica de una lucha, p. 28.

[44] R. García Piñeiro, «Mujeres en huelga», pp. 253-254; «Acciones de las mujeres asturianas», REI 27 de mayo de 1963, Serie Correo de la Pirenaica, AHPCE.

[45] Testimonio oral de Anita Sirgo, Sama de Langreo, 2002, AFOHSA; «Extracto resumen de una información verbal», Notas sobre conflictos laborales, Gobierno Civil, Secretaría Particular: caja 22624, carpeta 5 de septiembre de 1963, AHA; «Copia de una ficha policial de Anita Sirgo Suárez» y «Copia de una ficha policial de Constantina Pérez Martínez», Sección Gobierno Civil, Serie Secretaría Particular, Notas sobre conflictos laborales: carpeta de 5 de septiembre de 1963, caja 22624, AHA

[46] Sobre el alcance de la solidaridad: Irene Díaz Martínez, Vanguardia obrera e insurrección firmada. La huelga minera de 1963 y las contradicciones de la dictadura franquista, Gijón, Ateneo Obrero de Gijón, 2006. La prensa internacional se hizo eco de las torturas y las emisiones de REI de septiembre de 1963 se convirtieron en el altavoz para denunciar la represión que habían sufrido Anita y Tina.

[47] Miren Llona «Género e identidad de clase. La construcción de la clase obrera vizcaína durante el primer tercio del siglo XX», Historia Social 54 (2006 (I)), pp. 95-111 (véanse las pp. 96 y 105).

[48] Santiago Carrillo (prol.), Un futuro para España: la democracia económica y política, París, Colección Ebro / Éditions de la Librairie du Globe, 1967, pp. 205-210. Ya en el VI Congreso (1959), se había asumido la responsabilidad de la dirección en la escasa presencia femenina en la organización, acompañando la

autocrítica del propósito de corregir los errores cometidos y cambiar la actitud hacia las mujeres («Intervención del camarada Esteban (Asturias)», Actas del VI Congreso del PCE (25 a 31 de diciembre de 1959), III Sesión, Vol. 16, p. 226-227, Documentos PCE, Actas Congresos, AHPCE).

[49] María Dolores Ramos Palomo, «Feminismo y acción colectiva en la España de la primera mitad del siglo XX», en Manuel Ortiz Heras, David Ruiz González e Isidro Sánchez Sánchez (coords.), Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pp. 379-403, y Temma Kaplan, «Luchar por la democracia: formas de organización de las mujeres entre los años cincuenta y los años setenta», en Ana Aguado (ed.), Mujeres, regulación de conflictos sociales y cultura de la paz, Valencia, Institut Universitari d'Estudis de la Dona/ Universitat de Valencia, 1999, pp. 89-107.

[50] Temma Kaplan, «Social movements of women and the public good», en Cristina Borderías y Mercè Renom (eds.), Dones en moviment (s). Segles XVIII-XXI, Barcelona, Icaria-Editoria/Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2008, pp. 19-47.

[51] I. Abad Buil, «Reivindicaciones y movilizaciones femeninas», pp. 236-238.

[52] Temma Kaplan, «Luchar por la democracia», p. 92; Sidney Tarrow, Poder en movimiento, Madrid, Alianza Editorial, 2004, p. 28.

[53] «Sobre la concentración de mujeres por la amnistía», Boletín de Información del PCE, 1961, Mayo-diciembre, Información 1, 22 de julio de 1961, AHPCE. En el mismo número aparece otra descripción de la manifestación de las mujeres, que lleva por título «Colisión y manifestación en Madrid para pedir la amnistía». Como «Emocionante manifestación de centenares de mujeres pidiendo la libertad de los presos políticos» se refería a ella Mundo Obrero en 1961.

[54] «Manifestaciones de mujeres proamnistía en Asturias», Asturias, 2-8-1961, Boletín de Información del PCE, 1961, mayo-diciembre, Información 1, 12 de agosto de 1961, AHPCE.

[55] Ya en los años previos algunas comunistas habían protagonizado episodios de este tipo. En 1963, Anita Sirgo y Tina Pérez, con 22 mujeres más, asistieron al Consejo de Guerra contra Eduardo Rincón, durante el cual se dedicaron a lanzar besos al procesado como muestra de aliento. «Copia de una ficha policial

de Anita Sirgo Suárez» y «Copia de una ficha policial de Celestina Pérez Martínez», Sección Gobierno Civil, Serie Secretaría Particular, Notas sobre conflictos laborales: carpeta de 5 de septiembre de 1963, caja 22624, AHA. En años posteriores, otras comunistas repetirán este comportamiento. Eufrasia Albes contará entre sus antecedentes políticos haber asistido al juicio contra la Comisión Provincial Obrera de Asturias (celebrado ante el TOP en 1968) y al celebrado en Gijón contra Florentino Menéndez en 1973 («Informe dirigido por la Brigada de Investigación Social al Gobernador Civil», 12 de junio de 1976, Gobierno Civil; caja 23991, AHA). También con motivo de los juicios a Horacio Fernández Inguanzo numerosas mujeres se desplazaron a Madrid (Mundo Obrero, 5 de diciembre de 1969, y Mundo Obrero, 12 de junio de 1970).

[56] En Asturias, en 1969 y en 1970 algunas de las más activas comunistas se encerraron en la catedral de Oviedo y expusieron sus reivindicaciones al arzobispo. «Memoria del Gobierno Civil», emitida por la Brigada de Investigación Social de la Jefatura Superior de Policía de Oviedo perteneciente a los años 1964-1969, Fondo Gobierno Civil, caja 25004, AHA; «Informe dirigido por la Brigada de Investigación Social al Gobernador Civil», 12 de junio de 1976, Gobierno Civil, caja 23991, AHA.

[57] Entrevista a Eufrasia Albes García, Gijón, 2012. Oficio de la Jefatura Superior de Policía dirigido al Gobernador Civil denunciando a participantes en la manifestación del 1.o de Mayo de 1968 celebrada en Gijón así como diligencias con motivo de la misma (con fecha de 29 de julio de 1968), Gobierno Civil, Orden Público, expedientes 1968-1969, caja 19494, expedientes n.o 399/68 y n.o 404/68, AHA.

[58] «Informe», Nacionalidades y Regiones, Asturias y Cantabria, jacq. 41, AHPCE. Una de las comunistas que desempeñó un papel más destacado en este terreno fue Tina Pérez. En 1961, cuando su marido fue detenido, Tina asumió un papel de primer orden en la reorganización del Partido y mientras la dirección comunista estuvo presa en Oviedo fue el principal contacto de sus miembros con la organización, dedicándose a transmitir la información y las orientaciones de la dirección al exterior. V. M. Bayón García, Crónica de una lucha, p. 24.

[59] Entrevista a Celestina Marrón, Sección Huelgas de 1962, AFOHSA; Entrevista a Anita Sirgo, Lada, 2006, Archivo Fundación 1.o de Mayo. En estos años se repitieron los casos de mujeres que sufrieron registros domiciliaros por su implicación en las tareas de propaganda.

[60] Verdad. Órgano del Comité Regional de Asturias del PCE, n.o de diciembre de 1976.

[61] El caso de Sara Fresno es especialmente representativo por tratarse de una mujer sola a la que, por sus responsabilidades dentro del aparato de propaganda, visitaban un número considerable de hombres. Los rumores sobre su reputación, la separación de su marido y las discusiones con la familia por su entrega total a la militancia, fueron motivo permanente de desesperación para ella que, en alguna ocasión, se planteó incluso renunciar a su compromiso. Entrevista a Sara Fresno, Gijón, 2012.

[62] Ejemplos de ello en Asturias son mujeres como Celestina Marrón y su hermana Carmen, Encarna Álvarez u Honorina Álvarez Marrón, todas ellas corresponsales habituales de REI.

[63] José Gómez Alén, «La Pirenaica: la subversión en las ondas», en Rubén Vega García (coord.), Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional, Gijón, Trea / Fundación Juan Muñiz Zapico, 2002, pp. 93-142.

[64] S. Carrillo (prol), Un futuro para España, pp. 205-210.

[65] «Por un Partido Comunista de masas para acelerar la transición hacia la democracia». Resolución del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España, Documentos del PCE, carpeta 48, AHPCE.

[66] Entrevista a Honorina Álvarez Marrón, Gijón, 2005; Entrevista a Amor Gutiérrez Fernández, «Morita», El Campello (Alicante), 2006, Fondo Mujeres, cárceles y exilio. Memoria del antifranquismo, sign. MUJ. 09, Archivo Fundación 1° de Mayo.

[67] «Memoria del año 1965», Jefatura Superior de Policía de Oviedo, Sección Gobierno Civil, caja 25000, AHA; «Sumario 143/69. Informando del titulado Comité Universitario del Partido Comunista», Oviedo, 26 de marzo de 1969, Gobierno Civil, Secretaría Particular, Correspondencia, caja 22.631, AHA.

[68] Claudia Cabrero Blanco, «Género, antifranquismo y ciudadanía. Mujeres y movimiento vecinal en la Asturias del desarrollismo y el tardofranquismo», Historia del Presente 16 (2010/2), pp. 9-26; Pamela Radcliff, «Ciudadanas: las mujeres de las Asociaciones de Vecinos y la identidad de género en los años setenta», en Víctor Pérez Quintana y Pablo Sánchez León (eds.), Memoria

ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008, Madrid, Catarata, 2008, pp. 54-78.

[69] En la segunda mitad de los sesenta, se formaron grupos del MDM en Barcelona, Zaragoza, Valencia, el País Vasco, Galicia y Asturias; a finales de la década, en Castellón, Alicante, o Málaga y, a partir de 1971, en Albacete, Valladolid o Logroño. Dulcinea Bellido, Aurora Villena, Vicenta Camacho o Isabel Pérez están entre las fundadoras del Movimiento. En Galicia, el Movemento Democrático de Mulleres Galego, contó con el impulso de Concha Lago, Pilar García Jiménez o Dolores Giráldez. En el País Vasco destacó Visi Odriozola, en Zaragoza, Maruja Cazcarra y Concha López y en Andalucía, Encarna Ruiz y Rosa Benítez. En Madrid, la Asociación de Amas de Casa contó con Merche Combella o Queta Bañón y en Valencia destacó Rosalía Sénder. En Barcelona, en la creación del MDM estuvo Giulia Adinolfi, pero su existencia se vio frustrada por las divergencias con los partidos de izquierdas, en especial el PSUC, que llevarán a su desaparición en 1969. En Asturias la primera dirigente del MDM (1966-1969) fue Amelia Miranda. Tras 1970 el Movimiento pasó a estar dirigido, hasta 1979, por Marisa Castro, miembro del grupo de estudiantes del PCE en la Universidad de Oviedo.

[70] Irene Abad Buil, «Movimiento Democrático de Mujeres. Un vehículo para la búsqueda de una nueva ciudadanía femenina en la transición española», en Actes del Congrés La Transcició de la dictadura franquista a la democracia, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2005, pp. 245-252.

[71] «¿Qué es el MDM?», s/f., Organizaciones de Mujeres, MDM, Propaganda: caja 117, carpeta 2/1, AHPCE.

[72] Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 2006.

[73] Amparo Moreno Sardá, Mujeres en lucha. El movimiento feminista en España, Barcelona, Anagrama, 1977, pp. 108-114.

[74] Vicenta Verdugo Martí, «El Movimiento Democrático de Mujeres: el compromiso político por una ciudadanía democrática», en Ana Aguado y Luz Sanfeliu (eds.), Caminos de democracia. Ciudadanías y culturas democráticas en el siglo XX, Granada, Comares, 2014, pp. 115-132.

[75] «Carta de Ana», 22-II-1971, Organizaciones de Mujeres, MDM: caja 117, carpeta 2, AHPCE; «Primera Reunión general de las Mujeres Demócratas de

España», Boletín de Información, Tomo 31 (sin número, pero correspondiente al 1.179), 30 de abril de 1970, AHPCE.

[76] Sara Iribarren, La liberación de la mujer, París, Colección Ebro, 1973, p. 127.

[77] Nota informativa de REI sobre la aparición de La mujer y la lucha, 8 de abril de 1968, Ministerio de Información y Turismo, Gabinete de Enlace, Expedientes informativos del Gabinete de Enlace (1962-1977): caja 643.CO. 00.800. Documentación relativa al Movimiento Democrático de Mujeres (1966-1975), Sign. 66.885, AGA. Tras la aparición de La mujer y la lucha, se editaron boletines en otras ciudades: es el caso de A Nosa Loita y Muller na loita (a partir de 1970) en Vigo y Coruña, Nuestra Voz, en Málaga o Avanzando (n° 1, marzo de 1975) en Valencia. En Asturias comenzó a publicarse en 1968 Mundo Femenino, inicialmente como «Boletín Informativo de las Mujeres Asturianas» y, a partir de 1970, como «Portavoz del Movimiento Democrático de Mujeres». Las dos etapas por las que atravesó este boletín a lo largo de la dictadura son un buen reflejo de la evolución y las contradicciones que vivió el Movimiento en el conjunto del país.

[78] V. Verdugo Martí, «El Movimiento Democrático de Mujeres», p. 117 y p. 126.

[79] «Segunda Reunión General del Movimiento de Mujeres Democráticas, mayo de 1971», Organizaciones de Mujeres, MDM, Informes, caja 117, carpeta 2/2, AHPCE.

[80] Francisco Arriero Ranz, «El Movimiento Democrático de Mujeres: de la lucha antifranquista a la conciencia feminista (1964-1975)», en Actes del Congrés La Transicició de la dictadura franquista a la democràcia, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2005, pp. 253-263 (p. 254).

[81] Clara-Carme Parramon, «Dones, inmigració, moviments veïnals i benestar (1970-1980)», en C. Borderías, y M. Renom (eds.), Dones en moviment (s). Segles XVIII-XXI, pp. 117-133.

[82] «Programa del Movimiento Democrático de Mujeres/Movimiento de Liberación de la Mujer Madrid, octubre de 1976», Folleto publicado por el MDM/MLM, Organizaciones de Mujeres, Movimiento Democrático de Mujeres, Programas 1976, caja 117, carpeta 2/1, AHPCE. El 12 de mayo se presentó a los

medios informativos de Madrid el Movimiento Democrático de Mujeres-Movimiento de Liberación de la Mujer, en una rueda de prensa («Presentación del Movimiento Democrático de Mujeres-Movimiento de Liberación de la Mujer. Independiente de los partidos políticos», El País, 14 de mayo de 1976).

[83] T. Kaplan, «Luchar por la democracia» pp. 89-107, Celia Valiente Fernández, «Movimientos sociales y Estados: la movilización feminista en España desde los años sesenta», Sistema 61 (2001), pp. 31-58.

[84] Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 2006.

[85] Mónica Moreno Seco, «A la sombra de Pasionaria. Mujeres y militancia comunista (1960-1982)», en XIII Coloquio Internacional de la AEIHM. La Historia de las Mujeres: Perspectivas actuales, Barcelona, 19-21 de octubre de 2006, Edición CD-Rom, p. 11.

[86] «Hacia la libertad. Informe del CC presentado por Santiago Carrillo», Actas VIII Congreso del Partido Comunista de España, 1972, pp. 71-72.

[87] Ignacio Gallego, «Problemas de organización y modificaciones a los estatutos», Actas VIII Congreso del Partido Comunista de España, 1972, pp. 295-296.

[88] «Manifiesto-Programa del PCE», 1973, Documentos del PCE, carpeta 54, AHPCE.

[89] Mónica Moreno Seco, «Mujer y culturas políticas en el franquismo y el antifranquismo», en Ana Aguado y. M. Teresa Ortega, Mujeres y culturas políticas, Pasado y memoria. Revista de Historia Contemporánea 7 (2008), pp. 165-185 (véase p. 176). Estos cambios se observan, por ejemplo, en la organización y propaganda asturianas. El órgano del comunismo regional, Verdad, comenzó a insertar en sus páginas, desde finales de la primera mitad de los setenta, análisis teóricos de la condición social de la mujer en un estilo que hasta entonces solo había practicado, entre los comunistas, Mundo Femenino: se comenzó a hablar de «emancipación» referida a las mujeres y al espacio familiar, se desvinculó la acción colectiva femenina del apoyo a las luchas de los trabajadores, se dio relevancia a la información dedicada a las asalariadas y se abordaron de forma novedosa cuestiones aún tan delicadas como la maternidad, función que el PCE había utilizado ampliamente como instrumento para incentivar la lucha femenina antifranquista.

[90] M. Moreno Seco, «A la sombra de Pasionaria», p. 11.

[91] Mercedes Yusta, «Las mujeres en la resistencia antifranquista», p. 8.

[92] Giaime Pala, «Entre paternalismo e igualitarismo. El PSUC y la cuestión de la mujer en los años del tardofranquismo», Mientras Tanto 97 (2005), pp. 133-148 (en particular, pp. 138-139).

[93] Ana Aguado «La Historia de las mujeres como Historia Social», en M. I. del Val Valdivieso, M. Santo Tomás Pérez, M. J. Dueñas Cepeda y C. de La Rosa Cubo, La historia de las mujeres: una revisión historiográfica, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004, pp. 57-72 (véase pp. 59-60), Kathleen Canning, «El género y la política de formación de clase social: nuevas reflexiones sobre la historia del movimiento obrero alemán», Arenal. Revista de Historia de las Mujeres 2 (junio-diciembre 1995), Vol. 2, pp. 175-218 y «La història feminista después del gir lingüístic. Historiar el discurs i l’experiència», en Ana Aguado (ed.), Les dones i la història. Afers 33-34 (1999), pp. 303-341.

[94] Temma Kaplan, «Luchar por la democracia», p. 98.

XIII

MILITAR EN EL «PARTIDO DE LA LIBERACIÓN DE LA MUJER». LAS COMUNISTAS, EL PCE Y EL FEMINISMO EN LA TRANSICIÓN

Mónica Moreno Seco

INTRODUCCIÓN

En la campaña electoral de junio de 1977, el eslogan «Partido comunista, mujer protagonista» fue coreado en algunos mítines del PCE[1]. En este texto nos proponemos trazar un panorama sobre la experiencia de las militantes en el que se denominó «el Partido de la Liberación de la Mujer» durante la Transición, para calibrar quiénes eran, cuál era su sistema de valores y sus expectativas ante los cambios políticos, cómo evolucionó su identidad como comunistas y como mujeres, en qué actividades y debates intervinieron, y qué protagonismo alcanzaron en su formación y en la vida política. En ese sentido, se inserta en un enfoque relativamente reciente que prima la atención sobre la militancia, frente a trabajos anteriores que se centraban en los líderes y dirigentes, obviando la capacidad de opinar y actuar de manera autónoma de la militancia de base[2]. Aunque ocultas muchas veces por la imagen poderosa de Dolores Ibárruri, las comunistas no solo participaron en estos años de cambio político, sino que eran mujeres «en transición», que experimentaron destacadas transformaciones en sus vidas, de la mano de su compromiso político y, en ocasiones, feminista[3].

Entre 1975 y 1982, el PCE atravesó una etapa muy intensa de rápidos y bruscos vaivenes: en un primer momento, hubo una eclosión del activismo entre las militantes del PCE, continuando las iniciativas desplegadas en los últimos años de la dictadura. A partir de la legalización en abril de 1977, el partido incrementó sus filas con numerosos ingresos, sobre todo de jóvenes, y la actividad pública

de las militantes se multiplicó en distintos ámbitos sociales (sindical, vecinal, educativo, cultural, feminista). Se planteó entonces el debate sobre cómo aplicar la teoría eurocomunista de la vía democrática al socialismo y cómo gestionar el posible acceso a las instituciones[4]. En lo que respecta a las mujeres, la actividad parlamentaria y sobre todo municipal permitieron que algunas militantes pusieran en práctica nuevas políticas, en que la agenda feminista ocupó un espacio notable. Pero a pesar de la incesante actividad de la militancia y su gran capacidad de movilización, los conflictos internos se acrecentaron y se convirtieron en una profunda crisis a partir de 1981, que se tradujo en numerosas bajas del partido.

Otro elemento definitorio del PCE en la Transición fue la convivencia de distintas culturas o subculturas políticas sustentadas en la disciplina o el debate interno, de diversas generaciones y de militantes que regresaban del exilio o que habían impulsado el antifranquismo en el interior. No obstante, según Erice, habría que hablar más de mezcla y de diversidad que de rígidas dicotomías entre estos colectivos, sin negar las tensiones[5]. En estos años las comunistas ofrecen una gran variedad de experiencias y de opciones políticas, que permite establecer una serie de perfiles, aunque no fijos ni inamovibles. Dicha pluralidad y el contacto con los movimientos sociales permitieron que el PCE fuera un espacio de debate político y de encuentro, que contribuyó a una evolución de sus planteamientos, y de desencuentros. A partir de la presión de las militantes, del deseo de integrar a mujeres en el partido y del auge del movimiento feminista, creció el interés por el feminismo en el PCE y se dio un cambio en el discurso oficial, de la jerarquización a la igualdad en las relaciones de género. Además, estos debates favorecieron un cambio en el modelo militante, al revalorizar lo privado y unas relaciones personales horizontales tanto en el partido como en la vida cotidiana, lo cual afectaba tanto a las camaradas como a sus compañeros, cambios sin embargo que no siempre se interiorizaron[6].

Las complejas relaciones entre el PCE y las mujeres han dado lugar a diferentes interpretaciones. Aunque en un primer momento se insistió en el interés instrumental del partido en la movilización de mujeres, en la actualidad se centra la atención en la capacidad de las militantes de cuestionar el sujeto comunista, definido en términos masculinos, y de introducir las tesis y los lenguajes feministas en el seno del partido, con límites[7]. De manera acertada, se ha señalado la falta de coherencia entre discursos igualitarios y prácticas militantes que desplazaban a las mujeres de los puestos de responsabilidad[8]. El estudio de la Transición permite constatar la pervivencia de esta contradicción cuando el

partido pudo comenzar a funcionar en una situación de legalidad. Una paradoja, por otra parte, que no era privativa del PCE, sino que fue moneda común en todos los partidos progresistas, tanto de la nueva izquierda, donde se desarrolló un discurso feminista muy definido y avanzado, como del PSOE, formación en que se daban fuertes reticencias hacia el feminismo[9].

HETEROGENEIDAD DE PERFILES MILITANTES

En 1976 se filmó un documental para la televisión sueca titulado Mujeres en lucha, en el que se entrevistaba a activistas de diferentes edades, víctimas de la represión o vinculadas a distintos movimientos sociales, pertenecientes en su mayoría, si no en su totalidad, al PCE[10]. Es una buena muestra de la diversidad de identidades y de iniciativas de las comunistas[11]. Esta pluralidad de perfiles cuestiona tanto los prejuicios anticomunistas como los mitos que durante mucho tiempo describieron con trazo grueso a las mujeres vinculadas al comunismo[12]. Entender esta complejidad de identidades requiere incorporar la interseccionalidad entre el género y otras categorías, como la clase y la edad.

El origen de tal diversidad provenía de la política de reconciliación y la apertura a los movimientos sociales impulsadas por el PCE desde finales de los años cincuenta, giro que para las mujeres significó continuar con viejos frentes de lucha, como la solidaridad con los presos políticos o la difusión de propaganda, e incorporar otros nuevos, en especial la participación en sindicatos, organizaciones vecinales y grupos feministas[13]. Como han señalado Molinero e Ysàs, cuando comenzó la Transición, el PCE estaba compuesto por veteranos que compartían una cultura política tradicional y mantenían una relación emocional con la URSS, aunque algunos deseaban avanzar en el eurocomunismo; por militantes recién llegados al partido, con frecuencia obreros, que tenían una formación política elemental y aceptaban las directrices que emanaban de la cúpula; por activistas que provenían de los movimientos sociales, habituados a la confrontación de ideas y a la participación de las bases y, por último, por profesionales e intelectuales que defendían una cultura política renovada y un partido con vocación de gobierno[14].

Por tanto, esta heterogeneidad de intereses y vivencias puede articularse en torno

a varios ejes de encuentro y de desencuentro, a partir de diversas identidades y de distintas corrientes políticas, en unos años de fuertes controversias entre prosoviéticos y eurocomunistas primero, y renovadores y oficialistas después. Aunque en ocasiones todo ello dio lugar a fuertes tensiones, también permitió un gran dinamismo de los debates políticos y de la experiencia militante, proceso en que tomaron parte las comunistas.

Obreras, estudiantes y profesionales

El PCE fue un espacio en que coincidieron mujeres de distintas procedencias sociales, debido a una vocación igualitaria que intentaba borrar las diferencias de clase entre militantes. No obstante, aunque se defendía la alianza de la Cultura y del Trabajo, también estaba muy presente una cosmovisión que ensalzaba la figura del obrero. Según recuerda Pilar Pérez Fuentes, como el discurso predominante en el PCE era el de la democracia, más que el de clase, fue posible la convivencia; en su opinión, cuando las universitarias de clase media renunciaban al «tono panfletario de la joven feminista que tiene la verdad, la complicidad y el entendimiento funcionaban» con mujeres de extracción obrera. A su juicio, más importantes fueron las tensiones entre la cultura masculina y la presencia de mujeres que querían participar plenamente en el proyecto comunista, por «la desconfianza y el temor de los camaradas obreros a que llegásemos a sus esposas» y el desconocimiento por parte de los intelectuales de la realidad de las mujeres de clase trabajadora[15]. Sin embargo, para otras militantes de origen popular, las diferencias perduraron con quien se definía como «feministas, señoritas, de otra clase social»[16].

Un colectivo muy importante en la militancia comunista estuvo compuesto por obreras y sindicalistas, vinculadas en su mayoría a CCOO. Algunas dirigentes destacadas del sindicato fueron Natividad Camacho, líder en el textil, Salce Elvira en el metal, ambas e integrantes además del Comité Central del partido, o Pamela O'Malley en la enseñanza. Como ha estudiado Nadia Varo, a pesar de participar de un mundo masculinizado, muchas sindicalistas primaban la identidad de clase sobre la identidad de género, y estaban poco interesadas por el feminismo, porque compartían la cultura obrerista que lo percibía como una iniciativa burguesa o por la imposibilidad de dedicar tiempo a un nuevo frente de

actividad[17]. Así, Milagros Hernández Calvo recuerda que no se implicó en el movimiento feminista porque en su opinión le faltaba el componente de clase[18].

Sin embargo, en algunos casos sí se sintieron concernidas por el feminismo, interés que precisamente desarrollaron durante la Transición. Hacia 1977, Begoña San José se implicó en la Comisión para la Liberación de la Mujer del partido, experiencia que vivió como un gran aprendizaje, pues allí participó en intensos debates sobre las relaciones entre marxismo y feminismo. Además formó parte del Comité Central y estuvo al frente de la Secretaría de la Mujer de CCOO[19]. En 1980 insistía en que el feminismo había dejado de ser un fenómeno exclusivo de profesionales y universitarias, pues «las mujeres trabajadoras han entrado en él con voz propia»[20]. También Rosario Arcas combinó la militancia en el partido y el sindicato. Afirma que a partir de mediados de los setenta le llegaron los primeros discursos feministas,

Y tengo que decir que me despertaron, me despertaron inquietudes, porque yo hasta ese entonces nunca había oído esos discursos. Yo había oído hablar del amor libre y no sé cuántas cosas más, pero no tenía nada que ver con aquello. Empecé a escuchar reivindicaciones de mujeres […], me voy dando cuenta de un montón de cosas y empiezo a adquirir también un compromiso[21].

Las estudiantes, que procedían de familias de clase media, contaban con una experiencia que en términos generales consideraban poco discriminatoria. Lila Thomàs, estudiante en Palma, fue candidata por el PCE en las elecciones de 1977, noticia que escandalizó a la buena sociedad mallorquina, a la que pertenecía su familia. A partir de la legalización entró en contacto con obreros, pues su militancia anterior se había circunscrito a la célula de estudiantes[22]. Por tanto, la legalización permitió una mayor convivencia entre clases, pero no siempre fue sencilla. La admiración por los obreros como sujeto político por excelencia hizo que en ocasiones las jóvenes universitarias recibieran una escasa valoración en el partido, como recuerda Amparo Ferrando, estudiante en la Universidad de Valencia[23].

El PCE también estaba compuesto por profesionales. Las abogadas pertenecían a

uno de los colectivos más significados en la oposición comunista a la dictadura y aquellas que eran laboralistas estaban en estrecho contacto con el mundo del trabajo. Manuela Carmena, que dirigía el despacho de la calle Atocha que en enero de 1977 fue asaltado por un grupo de extrema derecha, asesinando a cinco personas, fue candidata por el PCE en ese año, aunque por desavenencias con el aparato del partido lo abandonó en 1979[24]. La defensa de presos políticos y de trabajadores dio a conocer asimismo a Cristina Almeida, quien en la Transición ocupó cargos de responsabilidad en el PCE y fue elegida concejala de Madrid en 1979. En estos años se significó por su defensa de los derechos de las mujeres:

tengo que mantener también las luchas internas en el partido porque ellos no veían bien el que una se dedicara más a hablar de las mujeres. Es más, me decían: «Mi mujer no me la toques, que la tengo muy tranquila en casa». Porque eran todos más burros que un arado. Por muy rojos que fueran, a la hora de ser machistas eran como el que más, vamos[25].

Junto con ellas, también militaban en el PCE médicas y farmacéuticas. Silvia Díaz se incorporó al partido en Alicante después de cursar estudios de Farmacia, con un grupo de profesionales, como la también farmacéutica Josefina Rodríguez Clavel y la médica Rosa Polo. Cuando el Comité Provincial del partido, al que Díaz pertenecía, fue detenido en bloque en 1974, no fue molestada por la policía, trato de favor que explica por su extracción social. A finales de los setenta, las tres abandonaron la militancia, debido a las tensiones internas y a la sensación de que su activismo político ya no era tan necesario con la llegada de la democracia[26].

Una importante tarea desempeñaron las periodistas, como Ana Cari, conocida locutora de radio en Valencia[27], o Anabel González, que trabajaba en Mundo Obrero y que en 1979 publicó un libro que dio a conocer el feminismo del momento, donde recogía las opiniones de Manuela Carmena y Dolors Calvet, entre otras[28]. La también periodista Margarita Sáez estuvo viviendo una larga temporada en Ginebra y mantenía contacto con el feminismo que provenía de Italia y Francia[29].

Otro colectivo de extracción social media y alta estaba compuesto por las

intelectuales, como la profesora universitaria Eulàlia Vintró, diputada por Barcelona. De origen noble y especialista en la poesía de la Guerra Civil, Natalia Calamai fue integrante del Comité Central y participó de manera activa en el debate feminista dentro del partido. También cabe recordar a las escritoras Felicidad Orquín y Teresa Pàmies. Para el PSUC fue notable la aportación teórica de la profesora Giulia Adinolfi, que a finales de los setenta teorizó sobre la revalorización de lo que denominaba valores de la «subcultura femenina», como la sensibilidad o la mediación[30]. Por último, muchas artistas ingresaron en el PCE. Al margen de las simpatías hacia el partido que mostraron Concha Velasco o Pepa Flores, mantuvieron una vinculación más clara las cantautoras Elisa Serna y Rosa León, que intervinieron en numerosos actos públicos comunistas. De todas ellas, no obstante, la más famosa fue Ana Belén, conocida entonces como «la sonrisa del PCE», que entre otras iniciativas actuó en las fiestas del partido, pero también participó en actividades políticas.

Ancianas, adultas y jóvenes

Una característica que distinguía la militancia del PCE de aquella que integró los partidos de la nueva izquierda, compuestos casi en exclusiva por jóvenes, era la convivencia entre militantes de muy diferentes edades. En primer lugar, incluía mujeres bastante mayores, cuya identidad comunista se había forjado en la época de la guerra, el exilio y la clandestinidad. La más célebre, Dolores Ibárruri, representó con su regreso la reconciliación de la sociedad española. La mitificación de Pasionaria, que provenía de los años treinta, se prolongó durante la Transición[31]. En las primeras elecciones fue elegida diputada por Asturias, tras una campaña en que aludió con frecuencia al pasado. En la inauguración de las Cortes, su saludo a Suárez o su presencia en la mesa de edad junto con Alberti respaldaron su imagen legendaria, aunque su presencia pública fue declinando. Según Montserrat Roig, «tratada como bruja y demonio, por la derecha, la izquierda tradicional la ha idealizado, ha sido el gran útero, Madre, Tierra a la vez»[32]. Otras, como Irene Falcón o Esperanza Rodríguez Lara, después de un largo exilio en diversos países, también pudieron volver a España. Rodríguez describe su dura experiencia así: «lo tomábamos con entusiasmo, con optimismo, pensando que era necesario, era el camino que habíamos elegido», parafraseando el título de las memorias de Ibárruri[33]. Algunas «niñas de la

guerra», que habían regresado a mediados de los años cincuenta, continuaron vinculadas emocionalmente a la URSS y militando en el PCE, aunque con frecuencia de manera poco activa[34].

Entre las ancianas, un colectivo pequeño pero significativo eran las antiguas presas, como Juana Doña y Tomasa Cuevas, que en estos años mostraron un gran interés por dar a conocer la experiencia de las cárceles de mujeres. Doña, que pasó 18 años en prisión y estuvo exiliada en Francia, consiguió publicar en 1978 Desde la noche y la niebla[35]. Definida por Vázquez Montalbán como «la segunda dama roja del comunismo», fue candidata al senado en 1979, aunque su militancia también transitó por la ORT y el PCPE, y por el feminismo[36]. Una trayectoria hasta cierto punto parecida tuvo Cuevas, cuyo primer volumen de escritos vio la luz en 1982[37]. Había desarrollado un intenso trabajo en la clandestinidad, que provocó diferentes encarcelamientos y el exilio en París y Praga. En 1977, militante de base en el PSUC, afirmaba: «me doy cuenta de que el tipo de labor que entonces hacía, ahora que estamos en la legalidad, no tiene ya motivo de existir y yo, de hecho, me siento políticamente inexistente», prueba de las dificultades de algunas de estas veteranas para adaptarse al nuevo contexto político[38].

La experiencia de la clandestinidad y la represión de posguerra muchas veces no contó con la comprensión de las jóvenes, más interesadas en los problemas del intenso presente de la Transición. Lila Thomàs recuerda:

cuando hubo la legalización, aparecieron cantidad de gente que había estado escondida, que había escuchado la Pirenaica y que pedía el carné del partido. Y entonces, nosotros les llamábamos los veteranos, era la gente que te contaba historias de la República, historias de los primeros años de la posguerra, y que nosotros los considerábamos un peñazo. Te lo digo en serio, porque, claro, te contaban historias, tú decías: «¿Pero dónde estabas?» Que después lo entiendes, cuando pasan los tiempos lo entiendes (…) Y [con] esta gente sí que tuvimos muchos conflictos o muchas discusiones sobre cómo adaptar el partido a la realidad [39].

Por otro lado, en el PCE había una diferencia bastante delimitada entre las

adultas, cuya identidad militante estaba con frecuencia relacionada con sus parejas y su historia familiar, y las jóvenes[40]. Además, con la legalización muchas adultas abandonaron el activismo político desarrollado en la clandestinidad para dedicarse a la familia o a labores consideradas menores, como el movimiento vecinal. Un caso claro en este sentido es el de Blanca Bayón Pérez, hija de la mítica dirigente asturiana Tina Pérez y casada con el máximo coordinador del PCE en Alicante, activa militante y mujer de preso, que a partir de 1977 dejó todo el protagonismo a su esposo[41].

Además, aunque la relación entre veteranas y jóvenes solía ser buena, en términos generales tenían una distinta concepción de la militancia: las primeras mostraban una fidelidad incondicional a la organización y las segundas ofrecían una actitud más crítica[42]. Según Pilar Pérez Fuentes, mientras la juventud «tenía[n] la democracia metida hasta las tripas», en las y los veteranos no solo «los discursos eran antediluvianos, sino que sus prácticas y sus experiencias políticas no tenían nada que ver con las nuestras». Pero insiste en que también existía una gran rigidez entre los jóvenes, por la influencia del pensamiento marxista estructuralista, hasta que el eurocomunismo comenzó a difundirse en el partido[43]. A juicio de Cita Reig Cruañes, joven militante entonces[44]:

El partido sufrió demasiados cambios con la democracia y tras su legalización, pero no supo cambiar en algunos aspectos organizativos y políticos que lo hubieran adaptado a los nuevos tiempos y lo hubieran abierto a la gente, pero a gente más diversa, diferente al militante clandestino generoso, disciplinado y obediente. Disentir, por ejemplo, no estaba muy bien visto y yo creo que ya no había excusas, ya no éramos clandestinos ¿por qué no debatir y cuestionar cosas? ¿por qué tanto acto de fe?

Además, muchas de estas jóvenes se identificaban con la juventud contestataria posterior al 68 y mostraban una estética alejada de los patrones femeninos convencionales, vestían a lo hippie y mantenían unas relaciones libres, no exentas de contradicciones, pero que rompían con la tradicional moral comunista. Valores y actitudes que también se daban entre las militantes de la Unión de Juventudes Comunistas de España, cuya experiencia estuvo muy marcada por la rebeldía, incluso ante el partido, y por la importancia concedida a

las relaciones personales; según Francisca Aragonés, «mezclábamos un poco la militancia con lo personal»[45].

No obstante, algunas adultas e incluso ancianas con posiciones abiertamente feministas y modernas eran percibidas como referentes por las jóvenes. Es el caso de Pilar Soler, Margarita Sáez o Juana Doña. Según Begoña San José, Pilar Soler, quien a su regreso del exilio a Valencia se había integrado y en el frente de mujeres del Comité Central del PCPV, era una iconoclasta, decía que había entrado en el PCE porque defendía el amor libre[46]. Las posiciones de Sáez, con destacados contactos con feministas europeas, eran muy vanguardistas. De Doña se apreciaba su independencia de criterio y su apoyo al feminismo, con el que contactó durante el exilio en París. Estas vidas militantes revelan la complejidad de la categoría de edad, que debe cruzarse con otros ejes identitarios, para evitar interpretaciones estereotipadas. Además, muestran que el contacto con el extranjero, a través de viajes o del exilio en la Europa occidental, supuso una apertura a nuevas ideas.

Identidades en transición: ¿qué mujeres? ¿qué feminismo?

La heterogeneidad de perfiles de las comunistas se sustenta también en la diversidad de opiniones en torno a la especificidad de las mujeres o al feminismo, ideas y percepciones que en muchos casos fueron modificándose, por el impacto del movimiento feminista. En primer lugar, no faltaban militantes de diversas edades y formación que no percibían su identidad de género como algo destacable ni el feminismo como una prioridad. Esta actitud obedeció a diversas razones: algunas no habían sentido discriminación en su vida política, como le sucedió a Blanca Bayón, quien creía que si una mujer tenía aptitudes no encontraba problemas para alcanzar cargos de responsabilidad, influida por la experiencia de su madre, que había sido integrante del Comité Central en los años sesenta[47]. En el PCE mallorquín, la figura de Francisca Bosch, que durante la Transición fue líder indiscutida del partido, influyó en una interpretación similar entre las militantes de base de la zona[48].

Otras integrantes del PCE consideraban que las mujeres necesitaban mejoras en sus condiciones socioeconómicas y que el feminismo insistía en demandas

alejadas de sus intereses. En su opinión, las feministas manifestaban preocupaciones «pequeño burguesas»[49]. Camino Remiro creía que algunos de los planteamientos feministas eran «una frivolidad» y no compartía otros, como el cuestionamiento de la vocación maternal, que para ella era un elemento fundamental de su identidad personal[50].

En segundo lugar, muchas comunistas partieron de los presupuestos anteriores, pero evolucionaron hacia un creciente feminismo. Eran mujeres, en su mayoría de mediana edad, que se organizaron en torno a la solidaridad con los presos y la lucha por la amnistía política, y a partir de la legalización, en las asociaciones de amas de casa, el movimiento vecinal y el Movimiento Democrático de Mujeres[51]. De las denominadas por Giuliana Di Febo «mujeres de preso» se esperaba un espíritu de sacrificio, abnegación y fidelidad[52]. A la altura de 1977 se alzaron algunas voces críticas con esta exigencia, cuestiones que en la clandestinidad era difícil plantear[53]. Por tanto, muchas se ajustaban al modelo de «virgen roja», ideal promocionado por el partido[54].

Con frecuencia tenían una militancia previa en el partido, pero la experiencia del encarcelamiento de sus maridos las impulsó a organizar políticamente a otras mujeres en grupos pro amnistía y a veces en el MDM. Cabe mencionar los nombres de Josefina Samper, esposa de Marcelino Camacho, o de Carmen Rodríguez, compañera de Simón Sánchez Montero, aunque quizá fue Dulcinea Bellido uno de los rostros más conocidos de este colectivo. Afiliada al PCE muy joven, se casó con Luis Lucio Lobato, quien pasó más de 25 años en prisión. Ella misma fue detenida en varias ocasiones. Pero además Bellido representa la evolución de muchas de estas militantes hacia posiciones feministas. Fue destacada impulsora del MDM e integrante del Comité Central del partido. En 1976, en el documental sueco citado, relata su experiencia: «Me parece que no he hecho nada extraordinario, nada que no hubiera hecho otra mujer en mi misma circunstancia», si bien insiste en que:

A la vez que la lucha política, para mí se fue iniciando otra cosa que es muy importante, y que en ningún momento la diluyo en mi opción política, y es la lucha de la mujer por su dignificación, por su liberación. Es decir, que, junto con la lucha política, para mí la búsqueda de la dignificación de la mujer, la búsqueda de su propia identidad, esto me parece que iba cobrando cuerpo cada vez más[55].

Otra «mujer de preso» que desarrolló una vida política propia y fue adquiriendo conciencia feminista fue Rosalía Sender, esposa del principal responsable del partido en Valencia. Tras la experiencia de la campaña de solidaridad con los encarcelados a finales de los sesenta, decidió continuar su actividad política con mujeres y se convirtió en dirigente del MDM en la localidad, alcanzando además puestos de responsabilidad en el PCPV. En sus memorias, se define como comunista y feminista[56]. Un caso diferente fue el de Mercedes Comabella, que ingresó en el PCE a principios de los años setenta e impulsó el «entrismo» en las asociaciones de amas de casa. Importante dirigente del MDM, fue parte del Comité Central del partido[57].

Las tres representan, junto con muchas otras, un feminismo que se dirigía a las amas de casa de barriadas populares interesadas por mejorar las condiciones de vida de sus familias. Pero también reclamaron reivindicaciones básicas del movimiento feminista de esos años. Por ejemplo, Comabella defendía en noviembre de 1977 la urgencia de una ley de divorcio[58]. Un año después, Bellido definía el feminismo como elemento revolucionario, porque cuestionaba la familia como aparato ideológico de la sociedad capitalista[59].

Por último, un tercer grupo de militantes comunistas abrazó con entusiasmo el proyecto de renovar el discurso del PCE sobre las mujeres y el feminismo. En su mayoría eran intelectuales y jóvenes con formación universitaria, que fueron descubriendo y asumiendo los elementos más novedosos del feminismo, interesándose no solo por la situación material de las mujeres, sino también por introducir lo privado en la política. En ese sentido, Natalia Calamai afirmaba que como marxistas no podían desatender los asuntos privados, que vinculaba a las superestructuras[60]. Dolors Calvet, sostenía en 1978 que «es preciso tener en cuenta que también lo personal es político y que solo la consideración global de la persona, en sus condicionantes individuales, colectivos y de relación, posibilitará la incorporación masiva de la mujer»[61].

Si el grupo anterior trabajó con intensidad en el MDM, muchas de las intelectuales feministas compartieron activismo con mujeres de otras procedencias en organizaciones como el Frente para la Liberación de las Mujeres o en la Librería de Mujeres, por ejemplo. Sender creía que «era posible tener por un lado a un grupo de comunistas profundizando la teoría, actuando de forma vanguardista, y por otro, a camaradas ocupándose en los movimientos de masas

con niveles más bajos», pero reconoce que esta disparidad condujo a enfrentamientos[62].

Estas opciones identitarias se condensaron en dos representaciones contrapuestas que reproducían modelos extremos: la adulta sobria, frente a la joven «progre». En su propaganda, el PCE recurrió a una u otra, lo cual revela la tensión entre la necesidad de mostrar una imagen respetable para contrarrestar la propaganda anticomunista de muchos años y el deseo de reflejar la modernidad de su proyecto político. Por ejemplo, en los comicios de 1977, los carteles dirigidos a un electorado amplio mostraban un discurso moderado. Muchos reproducían la fotografía, el nombre y la profesión de las candidatas: así, Cristina Almeida figuraba como «abogado laboralista» y Dulcinea Bellido como «modista», mientras la pintora y dirigente del MDM Mercedes Pintó aparecía como «ama de casa». Sin embargo, aquellos carteles que pedían el voto a un sector feminista arrojaban una imagen más juvenil y transgresora, como los que reproducían el lema «Partido Comunista de España. El partido de la liberación de la mujer» con una joven en primer plano coreando consignas y sonriendo, rodeada de mujeres de mediana edad, hombres y niños.

LA EXPERIENCIA MILITANTE DE LAS MUJERES EN EL PCE

Con sus actividades y sus demandas, las mujeres cuestionaron el sujeto militante comunista, definido en masculino, aunque no siempre obtuvieron reconocimiento en la vida interna del partido. Participaron de las experiencias y emociones más extendidas entre la militancia: el miedo en la clandestinidad, la indignación ante la actuación represora de las autoridades, el entusiasmo por las movilizaciones colectivas[63]. Su intervención en movilizaciones sociales, como la lucha sindical y feminista, provocó emociones que tenían un carácter transgresor de género[64]. Vivieron junto con sus camaradas los hitos fundamentales que atravesó el partido, que pueden interpretarse como acontecimientos emocionales de gran impacto. Entre los hechos que más huella dejaron, cabe destacar la tristeza por la matanza de Atocha en enero de 1977; como ha relatado Cristina Almeida: «para mí fue el hecho más doloroso que he vivido en mi vida»[65]. Incluso el miedo:

Aquello fue impresionante. Recuerdo sobre todo el silencio en el que transcurrió la tarde, después de las primeras manifestaciones de estupor, de rabia y de incredulidad. Recuerdo los días posteriores, (…) sinceramente sentí miedo al constatar una vez más lo que eran capaces de hacer[66].

A los pocos meses, la alegría inundó las sedes ante la legalización del partido en abril, como rememora Berta Sáiz en Alicante:

allí con banderas, con todo, todos cantando y todos contentos, bueno, aquello fue… Yo llorando, porque pensaba que mi madre no había podido vivir para conocer todo aquello, pero en fin, una alegría tremenda, tremenda, tremenda. Eso fue… algo que…, yo creo que mientras vivamos tendremos muy presente esa fecha para siempre [67].

El entusiasmo se prolongó durante la campaña de las primeras elecciones, que despertaron grandes expectativas, pero se trocó en una profunda decepción por los resultados electorales, que se creía que no correspondían con el esfuerzo desplegado en el tardofranquismo. Dicho desánimo se agudizaría con las crecientes tensiones internas: «La verdad es que yo recuerdo aquellos años como muy traumáticos, porque hubo mucha, mucha polémica interna»[68].

En términos generales, cuando rememoran el activismo político durante la Transición, suelen aludir a la solidaridad, la esperanza ante el futuro y la ilusión por la construcción de un régimen democrático. No obstante, otras emociones menos positivas surgieron ante situaciones que solo afectaron a las mujeres, al percibir que su trabajo no siempre era valorado o que pervivían prejuicios entre sus compañeros. El fin de la dictadura y sobre todo la legalización del PCE introdujeron cambios sustanciales en la forma de vivir la militancia. Si en la clandestinidad muchas jóvenes tuvieron una amplia sensación de igualdad, de compañerismo, e incluso a veces coordinaron células, a partir de 1977 los puestos de poder y las candidaturas fueron ocupados en su gran mayoría por hombres. Así, Felicitas Velázquez, que empezó a militar con otros jóvenes en la

dictadura, recuerda: «Yo nunca h[abía] notado la diferencia, ¡fíjate! Luego ya, cuando ya vas viendo, pues la distribución de cargos de responsabilidad y eso, sí»[69].

Vivir situaciones de discriminación en la militancia afianzó su insatisfacción. En ese sentido, Carmen Santoro, afiliada tras la legalización, recuerda:

Ni en mi familia, ni nada, ni mi formación ha tenido nada que ver con el feminismo, pero yo siempre tenía esa cosa ahí. Por ejemplo, los primeros años de la militancia, en las reuniones, con los compañeros, yo siempre [tenía] esa cosa de que hablaban y que nosotras no pintábamos para nada en las cosas importantes, no nos tenían en cuenta. A mí eso me molestaba muchísimo[70].

Además, las dificultares para hacer compatible la acción política y la vida cotidiana mostraron, a ojos de muchas comunistas, que «lo personal es político». En vidas tan entregadas al compromiso, muchas militantes jóvenes compartían con sus parejas su dedicación al partido. Pero en otros casos, solo militaba el varón:

ya con la legalización, empezamos a conocer a mujeres de camaradas, a partir de la legalización. Y veías cómo [ellos] podían ser grandes líderes o grandes comunistas, y después en casa, la pata quebrada, ¿sabes? […] es una de las cosas que a mí siempre me ha rebelado, ¿no? Cómo es posible que lo que tú crees después no lo lleves en tu casa, […] que después eso no lo transmitieran en la casa y no hicieran que su mujer compartiera las ideas. Esto es lo que siempre me ha sorprendido[71].

La maternidad introducía dificultades añadidas a la actividad política. A veces las militantes madres pudieron seguir adelante con el apoyo de sus parejas o familiares, pero resultó muy difícil o imposible cuando no existía la corresponsabilidad:

Todo lo de compartir era de puertas para afuera, en la casa nada, en mi caso nada. Yo por eso tuve que dejar [la militancia], yo mientras seguía trabajando, eso lo tenía claro, yo no podía dejar de trabajar. Entonces la niña iba a la guardería, pero a la hora de recogerla, él, por el trabajo, algunos días podía, otros no. Los días que podía a veces tenía otras cosas, entonces yo tuve que dejar de militar[72].

Por otro lado, para deslegitimar a algunas dirigentes, a veces se recurría a murmuraciones fundadas en la moral más convencional. Así, el compañero de Pilar Brabo era denominado Antón en algunos círculos, en recuerdo del juicio moral al que habían sido sometidos Ibárruri y su pareja en la URSS. En el X Congreso se extendieron rumores acusando a Manuel Azcárate de sustentar tesis feministas porque tenía una relación sentimental con una de las representantes de la Comisión para la Liberación de la Mujer[73].

Las denuncias de estos problemas y obstáculos fueron un punto de partida importante en la reflexión feminista dentro del partido. A finales de 1975, Sara Iribarren exponía algunas situaciones concretas de las militantes que revelan esa vivencia diferenciada de la militancia:

tareas prácticas de las que se ocupan durante largo tiempo hasta que se cansan, escasa promoción a los puestos de responsabilidad, subestimación de las camaradas, desconfianza en sus capacidades, recelo ante su activismo, falta de costumbre de escucharlas (muchos camaradas aceptan mal una voz femenina), actitud autoritaria o en el mejor de los casos «condescendiente», supeditación de la militancia de la mujer a la del compañero, olvido de su formación, etc.[74]

Las críticas continuaron apelando tanto a un cambio en el funcionamiento del partido, como a una nueva actitud de los camaradas dentro y fuera de la acción política:

Las mujeres comunistas tenemos que hacer nuestra una emancipación que estamos lejos de poseer, venciendo la pasividad ante el hombre, buscando actos y tareas de responsabilidad, exigiendo a nuestros compañeros plena igualdad respecto al hombre. […] Nuestro trabajo comunista entre las masas femeninas, nuestra labor política, comprende una parte considerable del trabajo educativo entre los hombres[75].

El propio discurso oficial del partido insistió una y otra vez en la necesidad de aumentar la participación de las mujeres y cambiar la actitud renuente de parte de la militancia. En el IX Congreso del PCE, celebrado en abril de 1978, se indicó que «no hemos conseguido aún que en nuestro partido se haya asumido la responsabilidad feminista (…). Esto no ha sido comprendido por nuestros militantes y ni siquiera por la totalidad de las mujeres que militan en nuestras filas»[76]. Todavía en 1982 se vuelve a reconocer el escaso avance en este sentido[77]. Esta constante podía en ocasiones interpretarse como una coartada o recurso retórico ante una cuestión considerada menor[78].

A pesar de estas reclamaciones y de las reiteradas autocríticas oficiales, a lo largo de toda la Transición pervivió una presencia minoritaria de las mujeres en la militancia y una escasa participación en puestos de representación. En 1977 se registraba un 10 por 100 de militantes, porcentaje que al parecer en 1980 había ascendido al 30 por 100[79]. Pero este relativo cambio no se correspondió con un creciente peso en los órganos internos: en el Comité Central, se pasó de 19 mujeres en 1978 a solo 10 en 1982 y en el Comité Ejecutivo de 3 en 1978 a ninguna en 1981[80]. Entre quienes alcanzaron esos puestos, además de Dolores Ibárruri, cabe mencionar a las diputadas Pilar Brabo, Dolors Calvet y Eulàlia Vintró, y a dirigentes como Dulcinea Bellido, Cristina Almeida o Leonor Bornao, responsable de la Comisión Internacional del PCE. En otros ámbitos, destacaron la sevillana Amparo Rubiales, la vasca Pilar Pérez Fuentes, la valenciana Rosalía Sender o la mallorquina Francisca Bosch. Pero al margen de estos nombres y algunos más, pocas mujeres ocuparon cargos destacados. Además, con frecuencia tuvieron que hacer frente a una valoración muy estricta de su actuación y en ocasiones proyectaron una imagen ambigua, que hiciera aceptable su presencia en puestos de poder[81]. Los avances en los discursos, que trataremos a continuación, no se correspondieron con la práctica interna.

DEBATE SOBRE EL FEMINISMO EN EL PARTIDO

Durante la Transición, la reflexión sobre las propuestas feministas el seno del PCE fue muy intensa y permitió superar el recelo de la cultura política comunista hacia el feminismo, hasta entonces considerado un movimiento burgués, y admitir que la revolución social y la igualdad eran proyectos paralelos, por lo que si las mujeres necesitaban al socialismo para su liberación, la revolución también requería la acción de las mujeres[82]. Este debate había comenzado en los últimos años de la dictadura, pero cobró impulso a partir de septiembre de 1975, cuando el PCE se definió como «el Partido de la Liberación de la Mujer» en su II Conferencia Nacional. En sus conclusiones, se insistió en que la implantación de una verdadera democracia precisaba la supresión de la discriminación de las mujeres y se afirmó que el PCE coincidía con el movimiento feminista en el objetivo de lograr la igualdad[83].

La incorporación de tesis y lenguajes feministas en el partido fue posible en buena cuenta por la labor desarrollada por destacadas militantes, que contaron con aliados como Manuel Azcárate o Carlos París. La creación de la Comisión del Comité Central para la Cuestión Femenina (luego para la Liberación de la Mujer), en adelante CLM, fue un hito fundamental en este sentido[84]. Fue instituida en mayo de 1976, con militantes como Dulcinea Bellido, Rosalía Sender, Mercedes Comabella o Manuel Azcárate[85]. Su composición fue variando, en función del peso progresivo que fueron adquiriendo las feministas más vanguardistas, como Dolors Calvet, Margarita Sáez, Begoña San José, M.a Ángeles Merced o Pilar Pérez Fuentes, que coordinó la CLM entre 1979 y 1981. Le sustituyó la abogada Carmen Roney. Además, se contó con la colaboración de Felicidad Orquín y de Natalia Calamai, entre otras. De forma paralela, surgieron comisiones similares en distintos territorios, como Madrid, Cataluña y el País Valenciano.

En el seno de la CLM afloraron las diferencias entre las dos concepciones del feminismo que ya hemos expuesto. La CLM fue asumiendo las tesis más transgresoras del movimiento de segunda ola, a partir de lecturas de teóricas marxistas, pero también del feminismo de la diferencia, por medio de traducciones de textos italianos y franceses que proporcionaba Margarita Sáez; en ese sentido, la influencia de las feministas del PCI fue destacada[86]. Según Pilar Pérez Fuentes, la CLM acabó convirtiéndose en un elemento crítico dentro

del PCE[87]. Una evolución que no compartían otras dirigentes como Lucía García, quien en 1980 afirmó que la comisión «se cuece en su salsa», desatendiendo a mujeres con una identidad feminista poco marcada[88].

La CLM convocó varias Conferencias que impulsaron el debate interno. En octubre de 1976 tuvo lugar la Primera, en la cual se concluyó que la liberación de las mujeres era uno de los objetivos centrales de la lucha de los comunistas por la libertad y el socialismo. Asumiendo la agenda feminista del momento, se reclamó el fin de la discriminación legal, el divorcio, la legalización de los anticonceptivos y la regulación del aborto, la igualdad de salario o la coeducación, entre otras medidas[89].

A través de Mundo Obrero, la Comisión planteó la necesidad de avanzar en una legislación igualitaria, pero también de abrir un debate sobre cuestiones como la sexualidad, la contracepción y el aborto[90]. La reflexión impulsada por la CLM se plasmó en el libro Aportaciones a la cuestión femenina de 1977, dirigido a un público amplio. En ella se reproducían las principales reivindicaciones del movimiento de mujeres y se pedía que este fuera autónomo, no correa de transmisión de los partidos. Además, se planteaba la necesidad de una renovación del discurso clásico del marxismo sobre las mujeres, al recordarse que la situación de los países socialistas demostraba que no se podían reducir las dificultades de las mujeres a los problemas meramente económicos[91].

En el IX Congreso del partido, que tuvo lugar en abril de 1978, se aprobó la Tesis 8.a, sobre «La liberación de la mujer», que fue presentada por Calvet. En ella se admitía que «el marxismo tiene hoy un evidente retraso al abordar los nuevos aspectos que reviste el problema de la liberación de la mujer», por lo que, superando las concepciones economicistas, desde el eurocomunismo el PCE se comprometía a erradicar toda forma de discriminación de las mujeres, pues se subrayaba que existían dos contradicciones: de clase y «entre los sexos», que requerían cambios estructurales, pero también culturales. Por ello, el partido debía apoyar al movimiento feminista, ya que «su fuerza liberadora enriquecerá la lucha común de todos los que aspiran a transformar la sociedad.» También se reclamó el fin de la doble moral y el derecho a la elección sexual y a una afectividad libremente escogida[92].

A partir de dichos presupuestos, la CLM elaboró un Proyecto de programa del PCE sobre la cuestión. Proponía «la articulación dialéctica entre la lucha específica de las mujeres por su liberación y la lucha de clases». Como se

entendía que «la cuestión femenina» no era un problema privado sino político, de acuerdo con el lema de «lo personal es político», se concluía que la lucha por la liberación de las mujeres tenía un componente revolucionario. Dicha revolución cultural «será producto de una prolongada lucha contra todas las estructuras, instituciones, aparatos ideológicos y costumbres opresoras»[93]. En concreto, se planteaba que la política feminista del PCE debía contemplar una triple acción: en primer lugar, dentro del partido, para convencer a la militancia de la importancia de esta lucha, lo que incluía «las normas elementales de comportamiento del comunista hacia la mujer, ese "privado" de los individuos que tradicionalmente ha sido soslayado por los partidos comunistas»; también suponía incrementar la militancia de las mujeres y su promoción a puestos de responsabilidad. En segundo lugar, el PCE debía plantear alternativas políticas concretas a las masas desde el eurocomunismo, lo que implicaba superar «ciertas telarañas dogmáticas». Por último, en tercer lugar se debía apoyar al movimiento feminista, tanto a su vanguardia como a iniciativas que contribuyeran a elevar la conciencia feminista[94].

Estas propuestas se aprobaron, en buena cuenta, en la Segunda Conferencia sobre la Cuestión Femenina del PCE, celebrada en diciembre de 1978. En ella, se propuso «construir una experiencia distinta de militancia que no sea (…) el modelo masculino», lo cual permitiría una mayor implicación de las mujeres en el partido, y se manifestó la intención de promover la participación de las mujeres en la vida democrática del país y de las comunistas en el movimiento feminista[95]. En ese sentido, se decidió que el partido no apoyara en exclusiva al MDM, sino al movimiento feminista en general, a propuesta de las universitarias, que militaban en el FLM, AUPEM y otros grupos[96].

La consolidación de esta orientación se plasmó en el Encuentro sobre feminismo y política, organizado por la CLM y la FIM, que tuvo lugar en marzo de 1981. Además de integrantes de la CLM, como Pilar Pérez Fuentes, tomaron la palabra Manuel Azcárate, Carlos París y representantes del movimiento gay. Las ponencias, con un alto contenido teórico, abordaron los vínculos entre movimiento obrero y feminismo, el trabajo doméstico y la participación política de las mujeres. En relación a esta última cuestión, se insistía en la interrelación entre patriarcado y capitalismo, y la necesaria síntesis entre marxismo clásico y teoría feminista radical; además, se afirmaba que el movimiento feminista convertía a las mujeres en sujetos revolucionarios al margen de su clase social y se señalaba que el eurocomunismo contemplaba la incorporación de nuevos sujetos a la política. En sus conclusiones, el Encuentro subrayó que la política

debía incluir no solo asuntos institucionales, sino también cuestiones relacionadas con la sociedad civil y lo privado, y que en la lucha contra el patriarcado capitalista había que tender puentes con el movimiento obrero y con el movimiento gay[97].

Poco después, en la preparación del X Congreso del partido, la CLM reclamó una atención preferente de la militancia hacia el movimiento feminista y pidió la erradicación del patriarcado[98]. En sus conclusiones, el Congreso formuló una crítica a la familia patriarcal, que se consideraba básica para el mantenimiento de las clases sociales y la jerarquía de sexos, y hubo un reconocimiento a la labor del feminismo. Además se indicó que la acción feminista «enriquece el concepto tradicional de política al introducir la esfera de lo personal y cotidiano en la lucha política»[99]. Por tanto, el partido integró las propuestas más vanguardistas de la CLM, aunque pronto muchas de sus integrantes abandonaron el partido, debido a las tensiones internas.

LA AGENDA FEMINISTA DE LAS COMUNISTAS

De forma simultánea a este debate en el partido, las feministas comunistas mantuvieron un estrecho contacto con el movimiento de mujeres, intentaron trasladar sus posiciones al mismo y se vieron claramente influidas por él. Al igual que apuntan Molinero e Ysàs con otros movimientos sociales, el PCE no contribuyó a desmovilizar del feminismo cuando obtuvo la legalización, sino que intentó redefinir su relación con el mismo[100]. Cabe tener en cuenta que, una vez alcanzado el objetivo del fin de la dictadura, otras cuestiones políticas como esta pudieron desarrollarse, en un momento además de auge de la segunda ola feminista.

Estas integrantes del PCE se adscribieron a la corriente del feminismo socialista, que defendía la doble militancia (política y feminista), y la necesidad de vincular los derechos de las mujeres con la transformación socioeconómica de la sociedad, por lo que era necesaria una doble acción paralela, sin priorizar la lucha de clases frente a la feminista. Se distinguía así del marxismo clásico y también del feminismo radical, partidario de la militancia única y de centrar la atención en los problemas de las mujeres, al desconfiar de los partidos, a quienes

acusaba de intentar controlar al movimiento de mujeres[101]. En ese sentido, en 1977, Dulcinea Bellido proclamaba: «Tan erróneo es dejar todo al “triunfo del socialismo” como creer que la lucha feminista ha de hacerse al margen de la lucha de clases»[102]. Dos años después, Rosalía Sender seguía insistiendo en que era «necesario seguir militando en los partidos porque eran una herramienta de transformación de la sociedad, pero sin dejarnos manipular»[103].

En el seno del feminismo socialista, no obstante, existían distintas corrientes. Por ejemplo, las comunistas defendieron el voto afirmativo en el referéndum de la Constitución, junto con las socialistas, pero quienes militaban en partidos de extrema izquierda como el MC o la LCR rechazaron el proyecto constitucional. Así, Calvet se mostró favorable al mismo, a pesar de que reconocía algunas lagunas, como el lenguaje machista y la discriminación en la sucesión de la corona[104]. Por otra parte, a medida que fue pasando el tiempo, como hemos visto, las feministas vanguardistas fueron asumiendo algunas de las propuestas del feminismo radical, como la importancia concedida a lo privado.

A pesar de las diferencias, las feministas del PCE participaron con el resto en los principales encuentros y campañas del movimiento de segunda ola. Lo hicieron como representantes del partido o de otras organizaciones, como el MDM, el FLM o las vocalías de mujer en las asociaciones vecinales. Precisamente en 1976 la primera pasó a denominarse MDM-MLM (Movimiento de Liberación de las Mujeres), adquiriendo un abierto programa feminista como el divorcio o el aborto[105]. No obstante, comenzó su decadencia, pues con la consolidación de las libertades surgieron nuevas organizaciones, algunas de sus integrantes se centraron en la militancia política y otras más jóvenes se decantaron por agrupaciones auspiciadas por la extrema izquierda o por el feminismo radical[106].

Las comunistas contribuyeron de forma decisiva a la organización de las I Jornadas de la Liberación de la Mujer, desarrolladas en Madrid a principios de diciembre de 1975. Este encuentro supuso el punto de partida del feminismo de segunda ola y, por influencia precisamente de las integrantes del PCE, concluyó con una resolución en que se vinculaba la lucha de las mujeres con la lucha por la democracia, frente a las opiniones de las feministas radicales[107]. Unos meses después, en mayo de 1976 tuvieron lugar las Jornades Catalanes de la Dona en Barcelona, que mostraron el creciente empuje del movimiento. Una vez más algunas comunistas como Dolors Calvet tuvieron una importante presencia en la convocatoria y en los debates, pero para la mayoría de las asistentes

comunistas este encuentro supuso un gran impacto y una toma de conciencia, y reveló sus carencias teóricas[108]. El tercer encuentro significativo del feminismo de la Transición se celebró en Granada a finales de 1979. En estas II Jornadas de Liberación de la Mujer, intervinieron Begoña San José, Rosalía Sender y Dolors Calvet. En un balance sobre las Jornadas, esta última dirigente destacaba que «no puede existir ya más esta divergencia entre lo personal y lo político. Pero a partir de aquí hay que entender que este cambio hay que hacerlo en colectivo, no en privado»[109]. Unas palabras que reflejan la evolución de las feministas comunistas. También estuvieron presentes en las conmemoraciones del 8 de marzo, tanto en actos unitarios como en manifestaciones. O en las campañas por el divorcio o el aborto; en este último caso, figuras conocidas como como Pilar Brabo, Dolors Calvet, Eulalia Vintró o Cristina Almeida se autoinculparon por haber abortado[110].

En cuanto a la acción política del partido, aunque no siempre tuvo lugar al ritmo que las feministas deseaban, debe resaltarse que el PCE incorporó muchas de las reivindicaciones de la segunda ola, no solo en sus programas, sino también en sus iniciativas parlamentarias. Fue por tanto una de las pocas voces del feminismo en los debates electorales y en el congreso, frente a un PSOE todavía bastante remiso a aceptar las reivindicaciones de algunas de sus diputadas. Por otra parte, la izquierda extraparlamentaria acusó al PCE de moderar sus demandas feministas en su afán por alcanzar el poder[111].

En las elecciones de 1977, la situación de las mujeres ocupó un espacio en la campaña del PCE. En los folletos propagandísticos, se incluyeron cuestiones demandadas por el movimiento feminista: la coeducación, el reparto de las tareas familiares y la extensión de servicios colectivos, la planificación familiar y la legalización de anticonceptivos, una ley de divorcio justa y el control de la publicidad que convertía a las mujeres en objeto de consumo[112]. Algunas candidatas también concedieron importancia a un asunto que parecía despertar inquietud en algunos sectores del partido, al menos en esta primera época: el aborto. Según Dulcinea Bellido, «pedimos que este fenómeno sea tratado en profundidad y que se estudie la regulación jurídica del aborto, ya que su prohibición y condena solo hacen agravar las condiciones en que aquellos se realizan» [113].

Se imprimieron carteles ad hoc, con el lema «Votar comunista es votar democracia. Por la liberación de la mujer» y con fotografías de las candidatas. De hecho, se celebró un «Mitin por la liberación de la mujer», en Madrid, con

asistencia de más de 20.000 personas. Intervinieron Dulcinea Bellido, Cristina Almeida, Begoña San José, Mercedes Comabella y Ana Belén, que «destacó la necesidad de conseguir un país democrático en el que se reconozca la libertad de la mujer como ciudadana». El slogan que más se coreó en el acto fue «Partido Comunista, mujer protagonista»[114]. Hubo otro en Sevilla, con las candidatas Amparo Rubiales y Aurora León, entre otras[115].

Los resultados electorales se saldaron con 20 escaños y únicamente tres fueron ocupados por mujeres: Dolores Ibárruri (Asturias), Pilar Brabo (Alicante) y Dolors Calvet (Barcelona). De ellas, la última destacó por su insistente labor en defensa de los derechos de las mujeres[116]. Presentó un proyecto de ley de amnistía de los delitos de adulterio, aborto y difusión de anticonceptivos, y más adelante una enmienda a la Constitución que incluía la legalización de los anticonceptivos y el aborto; en Mundo Obrero contestó a las suspicacias que despertaba este último, afirmando que era un asunto de gran interés para las mujeres como demostraba el alto número de abortos clandestinos, y que el partido debía ser vanguardia que impulsara transformaciones revolucionarias[117]. El grupo comunista propuso además un proyecto de ley de divorcio en junio de 1978. En la rueda de prensa en que se hizo público, participaron Cristina Almeida, Dolors Calvet, Asunción Sellés y Pilar Brabo, quienes sostuvieron que era una medida que contribuía a la normalización de las relaciones sociales y por tanto a la consolidación democrática[118]. Dos años después, cuando se debatió en el parlamento el proyecto de ley de UCD, el grupo comunista presentó una enmienda a la totalidad, en un sentido progresista, al incluir la voluntad de los cónyuges como causa y un precio módico para los trámites[119].

En la campaña electoral de 1979, se afirmaba que «el PCE asume las principales reivindicaciones del movimiento feminista, que ha defendido y defenderá en el Parlamento» y se pedían «más votos femeninos para el partido más feminista»[120]. Juana Doña, como candidata al senado, se definía «como comunista y como comunista Feminista», y solicitaba el voto de las mujeres «como voto que se va a poner a trabajar por esas reivindicaciones»[121]. A pesar de estos discursos, del total de 23 diputados elegidos, solo obtuvieron escaño Pilar Brabo (Alicante) y Eulalia Vintró (Barcelona). Por otro lado, ante las elecciones municipales de 1979, la CLM propuso la necesidad de ampliar los equipamientos colectivos para que las mujeres se incorporaran a la vida productiva y participaran en la vida social[122].

Además, en 1980 se presentó un proyecto de ley de interrupción voluntaria del embarazo de plazos, en consonancia con las demandas del movimiento feminista. Al anunciar la propuesta, Pilar Pérez Fuentes defendía que «el derecho de la mujer sobre su propio cuerpo es un derecho humano que está por encima de cualquier concepción moral» y recordaba que los abortos clandestinos afectaban sobre todo a las mujeres de las clases trabajadoras[123]. En 1981 se volvió a plantear una ley de plazos, con apoyo de Santiago Carrillo, Enrique Curiel y Eulalia Vintró[124]. Aunque la ley que finalmente salió adelante ya con el primer gobierno socialista fue mucho más moderada, pues se limitó a contemplar algunos supuestos, no pueden olvidarse estas iniciativas.

Por último, en las elecciones de 1982 se advertía de la necesidad de incorporar a más candidatas y se proponía aplicar una «discriminación positiva»[125]. En el programa, se reclamaban la despenalización del aborto y una ley contra la violencia sexual, entre otras cuestiones[126]. Militantes que se definían como «comunistas feministas», como Mercedes Comabella, Enriqueta Bañón o Rosa Pardo, pidieron el voto a las mujeres recordando que el PCE había estado en la vanguardia de la lucha feminista[127]. En la campaña, se organizaron algunos actos específicos, como una «fiesta de la mujer», con la intervención de Carmen Roney, candidata por Madrid, un mensaje de Dolores Ibárruri y un recital de Rosa León[128]. Ninguna mujer consiguió acta de diputada en esta ocasión, en que el PCE, en plena crisis, solo logró cuatro escaños.

El fuerte auge del PCE en los años setenta supuso, como hemos visto, una extendida presencia en la movilización social y una apertura hacia nuevos planteamientos. Esta gran pluralidad, según Rueda Lafond se convirtió en «factor de dispersión según se diluía el elemento aglutinador antifranquista»[129]. Los nuevos aires entraron además en conflicto con una tradición organizativa jerárquica. Silvia Díaz apunta que algunas formas de proceder de la cúpula eran poco respetuosas con la diferencia: «tenía dudas, pero sentía que no podía expresarlas, había cierto machaque de la gente que no pensaba igual, no era tratada igual que los fieles»[130]. Según Molinero e Ysàs, la «autodestrucción» del partido provino también de factores como el desconcierto de la militancia ante diversos giros estratégicos adoptados sin debate previo, la institucionalización de la política y el fin de las expectativas de cambio[131].

En el X Congreso del PCE, celebrado en julio de 1981, el enfrentamiento entre el sector oficial y el renovador se saldó con la derrota de este último, que

desembocó en la expulsión o la salida voluntaria del partido de numerosos dirigentes y militantes, entre quienes se contaban Pilar Brabo, Cristina Almeida, Pilar Pérez Fuentes o Begoña San José. En palabras de Cita Reig:

Pronto empecé a ver cosas que no me gustaban. Convertir en anatema las simples ideas y en traición las disensiones me incomodaba mucho. Cuando el partido empezó a reaccionar ante los diferentes planteamientos de los comunistas vascos, independientemente de que fueran o no acertados, y se produjeron las expulsiones de Roberto Lertxundi y Cristina Almeida, decidí que yo me iba también. […] La noche que entregamos los carnets en la sede de Pintor Murillo me sentí fatal[132].

CONCLUSIONES

Analizar la evolución del PCE en estos años de Transición desde la perspectiva de las militantes revela una nueva mirada sobre esta etapa contradictoria, en que el partido fue capaz de abrirse a nuevas ideas, si bien no siempre incorporó prácticas políticas coherentes con ellas. Aunque las feministas de esta formación contribuyeron a reformular la identidad comunista en clave igualitaria, en especial entre la militancia más joven y formada, no puede olvidarse la contradicción entre discurso igualitario y la exclusión de mujeres de los espacios de poder, una constante que se dio en todos los partidos de izquierda del momento, pero que no puede ser obviada.

Por otro lado, con frecuencia existe una visión uniforme de las militantes, obedientes y disciplinadas, pero muchas participaron en fuertes controversias, y existió una gran diversidad de situaciones. Si pueden establecerse algunos perfiles en función de la clase, la edad o la opción política y feminista, cabe insistir en que se trata de rasgos flexibles, como revela la experiencia de adultas caracterizadas por su actitud transgresora o la identificación plena de mujeres de clase popular con el feminismo. Para muchas, haber militado en el PCE durante la Transición se convirtió en un hito destacado en sus vidas, al conocer a gente generosa y entregada, o tomar parte en el debate intelectual interno. En palabras de Lila Thomàs, «para mí ha sido un enriquecimiento, nunca un sacrificio»[133].

De hecho, no es extraño el caso de quien afirma que haber sido comunista ha sido un elemento determinante de su identidad personal. Rosalía Sender, aunque dejó al partido en 1986, insiste en que «me moriré comunista»[134].

En otro orden de cosas, la actividad de las mujeres contribuyó a la difusión capilar del partido, con su movilización en sindicatos, actividades culturales, asociaciones vecinales o agrupaciones feministas. Participaron en las iniciativas y proyectos de su formación política, como los hombres, pero también tuvieron una experiencia propia y diferenciada, marcada por las resistencias a incorporar la igualdad en la vida cotidiana y en el activismo, y por el contacto con el movimiento de mujeres de segunda ola. En suma, las comunistas impulsaron de forma definitiva el dinamismo de la sociedad civil, trasladaron sus propuestas a las instituciones y colaboraron de manera decisiva a la consolidación y ampliación de la democracia. Con contradicciones y límites, fueron protagonistas de la Transición.

---

[1] Esta investigación se enmarca en el proyecto «Género, compromiso y transgresión en espacios transnacionales e intergeneracionales. Siglo XX» (PID2020-118574GB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

[2] Juan Antonio Andrade Blanco, «Con su propia voz. Los militantes de base ante el cambio ideológico del PCE y el PSOE en la etapa central de la Transición española», Historia Social 73 (2012), pp. 123-143. Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros, los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Sevilla, FIM-Atrapasueños, 2009.

[3] Mónica Moreno Seco, «A la sombra de Pasionaria. Mujeres y militancia comunista (1960-1982)», en María Dolores Ramos (ed.), Tejedoras de ciudadanía. Culturas políticas, feminismos y luchas democráticas en España, Málaga, Universidad de Málaga, 2014, pp. 257-282. Tomo la expresión de mujeres «en transición» de Mary Nash, Dones en Transició. De la resistència política a la legitimitat feminista, les dones en la Barcelona de la Transició, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2007.

[4] Juan Antonio Andrade Blanco, El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político, Madrid, Siglo XXI de España, 2012.

[5] Francisco Erice Sebares, «El "orgullo de ser comunista". Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles», en M. Bueno Lluch y S. Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros, los comunistas», pp. 178-179.

[6] Mónica Moreno Seco, «Sexo, Marx y nova cançó. Género, política y vida privada en la juventud comunista de los años setenta», Historia Contemporánea 54 (2017), pp. 47-84. Laura Cruz Chamizo, «La influencia del feminismo en el ideal del militante comunista en la transición a la democracia (1975-1982)», Comunicación presentada al IX Encuentro de Investigadores del Franquismo, Granada, 10 y 11 de marzo de 2016.

[7] Insiste en la primera interpretación M.a Teresa López Hernández, «El PCE y el feminismo en España (1960-1982)», Investigaciones Feministas 2 (2011), pp. 299-318. En la segunda, Mónica Moreno Seco, «Parti communiste et féminisme. De l'antifascisme à la transition démocratique en Espagne», Vingtième Siècle 126 (2015), pp. 133-146.

[8] Claudia Cabrero Blanco, «Militancia, resistencia y solidaridad. Las mujeres comunistas y la lucha clandestina del primer franquismo», en M. Bueno Lluch y S. Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros, los comunistas», p. 217.

[9] Mónica Moreno Seco, «Género, transgresión y militancia en la izquierda radical de los años setenta», en Teresa María Ortega, Ana Aguado y Elena Hernández (eds.), Mujeres, dones, mulleres, emakumeak. Estudios sobre la historia de las mujeres y del género, Madrid, Cátedra, 2019, pp. 287-301. Giulia Quaggio, «La cuestión femenina en el PSOE de la Transición: de la marginación a las cuotas», Arenal 24/1 (2017), pp. 219-253.

[10] Mujeres en lucha, 1976, https://www.youtube.com/watch?v=XcunfB2Nj_E (consulta: 15 de septiembre de 2020).

[11] Como se puede comprobar también en las breves biografías recogidas por Soledad Bengoechea Echaondo, Les dones del PSUC, Barcelona, Els arbres de Farenheith, 2013.

[12] Según Encarnación Barranquero, «Ángeles o demonios. Representaciones, discursos y militancia de las mujeres comunistas», Arenal 19/1 (2012), pp. 103-140.

[13] Francisco Erice Sebares, «Mujeres comunistas. La militancia femenina en el comunismo asturiano, de los orígenes al final del franquismo», en Los comunistas en Asturias (1920-1982), Gijón, Trea, 1996, p. 334.

[14] Carme Molinero y Pere Ysàs, De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982), Barcelona, Crítica, 2017, p. 304.

[15] En M.a Antonia García de León, Rebeldes ilustradas (La otra Transición), Barcelona, Anthropos, 2008, pp. 132-133 y 156.

[16] Entrevista a Camino Remiro Ayón, 9 de junio de 2006.

[17] Nadia Varo Moral, Las militantes ante el espejo. Clase y género en las CC.OO. del área de Barcelona (1964-1978), Alzira, Germania, 2014.

[18] Entrevista a Milagros Hernández Calvo (BIO 102), Fundación 1.o de Mayo. Archivo de Historia del Trabajo.

[19] Entrevista a Begoña San José, 5 de octubre de 2020.

[20] Gloria Otero, «Más feministas, menos feminismo», Mundo Obrero 76 (22 a 28 de mayo de 1980).

[21] Entrevista a Rosario Arcas, Seminario de Fuentes Orales (Madrid).

[22] Entrevista a Lila Thomàs, 2 de octubre de 2019.

[23] Entrevista a Amparo Ferrando, https://feministasvalencianas.wordpress.com/amparo-ferrando/ (consulta: 10 de septiembre de 2020).

[24] Irene Díaz, José G. Alén y Rubén Vega, Cristina, Manuela y Paca. Tres vidas cruzadas, entre la justicia y el compromiso, Barcelona, Península, 2017, pp. 278 y 282-285.

[25] Entrevista a Cristina Almeida, 31 de enero de 2013.

[26] Entrevista a Silvia Díaz, 15 de junio de 2006.

[27] Entrevista a Ana Cari, https://feministasvalencianas.wordpress.com/ana-

rodriguez/ (consulta: 10 de septiembre de 2020).

[28] Anabel González, El feminismo en España, hoy, Madrid, Zero-Zyx, 1979.

[29] Autora (con pseudónimo) del conocido texto: Sara Iribarren, La liberación de la mujer, París, Ebro, 1973.

[30] Elena Grau Biosca, «Giulina Adinolfi. Un pensamiento vivo», en Joan Benach, Xavier Juncosa y Salvador López Arnal (eds.), Del pensar, del vivir, del hacer. Escritos sobre «Integral Sacristán» de Xavier Juncosa, Barcelona, El Viejo Topo, 2006.

[31] Rafael Cruz, Pasionaria. Dolores Ibárruri, historia y símbolo, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999. David Ginard i Féron, «“La madre de todos los camaradas”. Dolores Ibárruri como símbolo movilizador, de la Guerra Civil a la transición posfranquista», Ayer 90 (2013), pp. 189-216.

[32] Mundo Obrero,112 (30 de marzo de 1979).

[33] En Mujeres en lucha, 1976, https://www.youtube.com/watch?v=XcunfB2Nj_E (consulta: 15 de septiembre de 2020).

[34] Entrevista a Concha Jarabo Barruetabeña, 4 de abril de 2007.

[35] Juana Doña, Desde la noche y la niebla (Mujeres en las cárceles franquistas). Novela-testimonio, Madrid, De la Torre, 1978.

[36] Fernando Hernández Holgado, «Juana Doña y el manantial de la memoria. Memorias de las cárceles franquistas de mujeres (1978-2007)», Arenal 22/2 (2015), pp. 283-309.

[37] Tomasa Cuevas Gutiérrez, Mujeres en las cárceles franquistas, Madrid, Casa de Campo, 1982. La trilogía completa apareció en dos volúmenes: Cárcel de mujeres 1939-1945 y Mujeres de la resistencia, Barcelona, Siroco, 1985-1986.

[38] En Giuliana Di Febo, Resistencia y movimiento de mujeres en España, 1936-1976, Barcelona, Icaria, 1979, p. 121.

[39] Entrevista a Lila Thomàs, 2 de octubre de 2019.

[40] Como se observa, por ejemplo, en «Los comunistas y su por qué», Mundo Obrero 15 (10 de abril de 1977).

[41] Entrevista a Blanca Bayón Pérez, 2 de junio de 2006.

[42] Entrevista a Silvia Díaz, 15 de junio de 2006.

[43] En M. A. García de León, Rebeldes ilustradas, pp. 130 y 153.

[44] Cuestionario de Cita Reig Cruañes, 2010.

[45] Entrevista a Francisca Aragonés, Fundación 1 de Mayo. Archivo del Trabajo. Sobre género y militancia juvenil, ver Kostis Kornetis, «"Let's get laid because it´s the end of the world": sexuality, gender and the Spanish Left in late Fracoism and the Transición», European Review of History 22/1 (2015), pp. 176-198 y Mónica Moreno Seco, «Sexo, Marx y nova cançó».

[46] Entrevista a Begoña San José, 5 de octubre de 2020. Emilia Bolinches, Pilar Soler. Rebelde con causa, Valencia, PUV, 2013.

[47] Entrevista a Blanca Bayón Pérez, 2 de junio de 2006.

[48] David Ginard i Féron, «Francisca Bosch (1932-1992), dirigente del PCE de las Baleares en la clandestinidad», Nuestra Historia 5 (2018), pp. 184-188. Entrevista a Lila Thomàs, 2 de octubre de 2019.

[49] Entrevista a Blanca Bayón Pérez, 2 de junio de 2006.

[50] Entrevista a Camino Remiro Ayón, 9 de junio de 2006.

[51] El MDM fue una organización impulsada por el PCE, pero con una composición diversa, que comenzó reclamando mejoras en las condiciones de vida de las mujeres. Ver Francisco Arriero Ranz, El Movimiento Democrático de Mujeres. De la lucha contra Franco al feminismo, Madrid, La Catarata, 2016.

[52] G. Di Febo, Resistencia y movimiento, p. 91. Han sido estudiadas por Irene Abad Buil, En las puertas de prisión. De la solidaridad a la concienciación política de las mujeres de los presos del franquismo, Barcelona, Icaria, 2012.

[53] G. Di Febo, Resistencia y movimiento, p. 87.

[54] Según expresa Begoña San José, en entrevista de 5 de octubre de 2020.

[55] Mujeres en lucha, 1976, https://www.youtube.com/watch?v=XcunfB2Nj_E (consulta: 15 de septiembre de 2020).

[56] Entrevista a Rosalía Sender Begué, 25 de febrero de 2008. Rosalía Sender Begué, Luchando por la liberación de la mujer. Valencia, 1969-1981, Valencia, PUV, 2006.

[57] Entrevista a Mercedes Comabella, 28 de abril de 2008.

[58] Mercedes Comabella, «Ley sobre el divorcio. ¡Pronto! ¡Ya!», Mundo Obrero 45 (10 a 16 de noviembre de 1977).

[59] Dulcinea Bellido, «Una actividad feminista consecuente», Mundo Obrero 7 (16 al 22 de febrero de 1978).

[60] Natalia Calamai, «¿Trabajo “femenino”, o trabajo “feminista”?», Mundo Obrero 5 (2 al 8 de febrero de 1978).

[61] Dolors Calvet, «Prólogo», en G. Di Febo, Resistencia y movimiento, pp. 10-11.

[62] R. Sender Begué, Luchando por la liberación, pp. 159 y 169.

[63] Como recogen Magdalena Garrido y Carmen González, «El Puente a la Transición y su Resultado Final. Actitudes del PCE y de la militancia comunista en la Transición Española», Revista de Historia Actual 6 (2008), pp. 71-87.

[64] David Beorlegui, «Expectativas de género en las luchas obreras del tardofranquismo y la Transición: feminismo y memoria en el Gran Bilbao (1975-1979)», Historia Social 88 (2017), pp. 47-62. Mercedes Arbaiza, «Dones en Transició: El feminismo como acontecimiento emocional», en T. M. Ortega, A. Aguado y E. Hernández (eds.), Mujeres, dones, mulleres, emakumeak, pp. 267-286.

[65] Entrevista a Cristina Almeida, 31 de enero de 2013.

[66] Cuestionario de Cita Reig Cruañes, 2010.

[67] Entrevista a Berta Sáiz Cáceres, 17 de abril de 2007.

[68] Entrevista a Lila Thomás, 2 de octubre de 2019.

[69] Entrevista a Felicitas Velázquez, 31 de junio de 2017.

[70] Entrevista a Carmen Santoro, 30 de junio de 2017.

[71] Entrevista a Lila Thomás, 2 de octubre de 2019.

[72] Entrevista a Carmen Santoro, 30 de junio de 2017.

[73] Según el blog de Juan Irigoyen, «La exclusión de la memoria histórica de Pilar Brabo», http://www.juanirigoyen.es/2015/09/la-exclusion-de-la-memoria-historica-de.html (consulta: 5-V-2016). Entrevista a Pilar Pérez Fuentes, en M. A. García de León, Rebeldes ilustradas, pp. 156-157.

[74] Sara Iribarren, «Acerca de la militancia femenina», Mundo Obrero 36 (10 de noviembre de 1975).

[75] «La mujer en la prensa del partido», Mundo Obrero 38 (1 a 7 de noviembre de 1976).

[76] PCE, 9.o Congreso del Partido Comunista de España. 19/23 abril 1978. Resoluciones, Madrid, 1978, p. 20.

[77] Carmen Roney, «El programa de las mujeres», Mundo Obrero 197 (8 al 14 de octubre de 1982).

[78] F. Erice Sebares, «Mujeres comunistas», p. 314.

[79] Mundo Obrero 45 (10 a 16 de noviembre de 1977) y 64 (29 de febrero a 6 de marzo de 1980).

[80] Mundo Obrero 17 (23 de abril de 1978) y 147 (16 a 22 de octubre de 1981). C. Molinero y P. Ysàs, De la hegemonía, pp. 411-416. En el PSUC, aunque en 1980 las mujeres suponían un 18 por 100 de militancia, también era muy exigua su presencia en el Comité Central de 1981: un 9 por 100 (Carme Cebrián, Estimat PSUC, Barcelona, Empúries, 1997, pp. 301 y 418-419).

[81] Como sucedió con Pilar Brabo, según Mónica Moreno Seco, «Entre la disciplina y la transgresión. Pilar Brabo, dirigente y diputada comunista en la Transición », Spagna Contemporanea 55 (2019), pp. 83-102.

[82] Joaquín, «Informe», sf, Organizaciones de Mujeres: caja 117, carp. 12/1, AHPCE.

[83] Segunda Conferencia Nacional del Partido Comunista de España, Manifiesto programa del Partido Comunista de España, PCE, 1975, pp. 151-156.

[84] También existió un Seminario Feminista en el Instituto de Estudios Comunistas, que debatía textos sobre la situación de las mujeres, como consta en la Caja Comisión de la Mujer, carp. IEC.SF, AHPCE.

[85] Mundo Obrero 42 (24 de noviembre de 1976).

[86] Sobre la evolución del feminismo en el PCI, Maria Teresa Silvestrini, «Trasformare la società. Pratiche politiche e percorsi di donne nel partito comunista a Torino, 1943-1990», en Maria Teresa Silvestrini, Caterina Simiand, Simona Urso (eds.), Donne e politica: La presenza femminile nei partiti politici dell’Italia repubblicana: Torino, 1945-1990, Milán, Franco Angeli, 2005, pp. 181-350. En el PCF, la resistencia a incorporar el debate feminista fue notable, según Geneviève Dermenjian y Dominique Loiseau, «Itinéraires de femmes communistes», en Olivier Fillieule y Patricia Roux (eds.), Le sexe du militantisme, París, Presses de Sciences Po, 2009, pp. 93-113.

[87] En M. A. García de León, Rebeldes ilustradas, p. 133.

[88] Mundo Obrero 102 (21 al 27 de noviembre de 1980).

[89] PCE, Hacia la liberación de la mujer. Informe aprobado en la I Conferencia del PCE sobre la cuestión femenina, Madrid, 1976.

[90] «Hacia la liberación de la mujer», Mundo Obrero 43 (1 de diciembre de 1976) e «Iniciativas de la Comisión de la Mujer», Mundo Obrero 50 (15 a 21 de diciembre de 1977).

[91] Natividad Álvarez, Dulcinea Bellido, María José Castro, Mercedes Comabella, Emilia Graña, Rosa Pardo, Pilar Pérez, Margarita Sáez, Aportaciones a la cuestión femenina, Madrid, Akal, 1977.

[92] PCE, 9.o Congreso del Partido Comunista de España. 19/23 abril 1978. Resoluciones, Madrid, 1978, pp. 20-22. Ver además documentación sobre el Congreso en Fondo Rosalía Sender Begué: caja 7-3, AHPCE. También Nuestra Bandera 93 (mayo-junio de 1978).

[93] PCE. Comisión de la Mujer, La liberación de la mujer: proyecto de programa del PCE-Comisión de la mujer del Comité Central, Madrid, 1978, pp. 4, 15 y 25.

[94] Ibidem, pp. 27-29.

[95] Nuestra Bandera 97 (enero de 1979) y Mundo Obrero 82 (23 de febrero de 1979). PCE, Por la liberación de la mujer. Manifiesto del Partido Comunista de España, Madrid, 1978.

[96] Según Begoña San José, «Feminismo y sindicalismo durante la transición democrática española (1976-1982)», en Carmen Martínez Ten, Purificación Gutiérrez López y Pilar González Ruiz (eds.), El movimiento feminista en España en los años 70, Madrid, Cátedra, 2009, p. 353.

[97] FIM-Comisión por la Liberación del PCE, Encuentros sobre feminismo y política. Marzo 81, Madrid, 1981, pp. 37-39 y 60-62. Diversa documentación sobre el encuentro en Fondo Rosalía Sender Begué: caja 8-3, AHPCE.

[98] En Mundo Obrero 131 (26 de junio al 2 de julio de 1981) y 132 (3 al 9 de julio de 1981).

[99] Mundo Obrero 147 (16 a 22 de octubre de 1981) y Comisión de la Mujer. «X Congreso», Organizaciones de Mujeres: caja 117, carp. 12/2, AHPCE.

[100] C. Molinero y P. Ysàs, De la hegemonía, p. 302.

[101] Mercedes Augustín Puerta, Feminismo: identidad personal y lucha colectiva. Análisis del movimiento feminista español en los años 1975 a 1985, Granada, Universidad de Granada, 2003. Gahete solo señala la tesis clásica marxista, que las militantes de los partidos abandonaron muy pronto, en Soraya Gahete Muñoz, «¿Sexo contra sexo o clase contra clase? El género y la clase en los debates del feminismo español (1975-1980)», Kamchatka. Revista de análisis cultural 14 (2019), pp. 245-266.

[102] Dulcinea Bellido, «Feminismo y clase obrera», Nuestra Bandera 90 (octubre-diciembre de 1977).

[103] En las Jornadas de Granada (cit. en R. Sender Begué, Luchando por la liberación, p. 151).

[104] «Votaré sí como mujer y como ciudadana», Mundo Obrero 14 (6 de diciembre de 1978).

[105] MDM, Programa del MDM-MLM, 1976, Organizaciones de Mujeres: caja 117, carp. 2/2, AHPCE.

[106] Algunos de estos problemas se citan en «Conferencia provincial por la Liberación de la Mujer, Valencia, 1976», Nacionalidades y Regiones: caja 77, carp. 2/1, AHPCE. F. Arriero Ranz, El Movimiento Democrático de Mujeres.

[107] Valoraciones positivas del trabajo realizado por las militantes en Informe, sf, Organizaciones de Mujeres: caja 117, carp. 2/3, AHPCE y en Informe, sf, Nacionalidades: caja 75, carp. 1/1, AHPCE.

[108] «Les Jornades Catalanes de la Dona des del PSUC», en El feminisme al PSUC. Els anys setenta i vuitanta del segle XX, PSUC, 2010, pp. 42-53, en http://elfeminismealpsuc.adpc.cat/quisom.html (consulta: 16 de octubre de 2020).

[109] Anabel González, «Jornadas feministas. Entrevista a Dolors Calvet», Mundo Obrero 54 (20 a 26 de diciembre de 1979).

[110] Mundo Obrero 46 (25 a 31 de octubre de 1979) y 47 (1 a 7 de noviembre de 1979).

[111] Mónica Moreno Seco, «Compromiso político y feminismo en el universo comunista de la Transición», Cuestiones de Género 8 (2013), pp. 43-60.

[112] PCPV, Votar comunista es votar democracia. Por la liberación de la mujer, 1977.

[113] En «Partido Comunista de España (PCE). Plena igualdad», Pueblo, 2 de junio de 1977.

[114] Mundo Obrero 22 (6 de junio de 1977). El País, 29 de mayo de 1977.

[115] Cartel en la Biblioteca Nacional de España, AHC/139892.

[116] Julia Sevilla, Asunción Ventura, M.a del Mar Esquembre, Margarita Soler y M.a Fernanda Del Rincón (coords.), Las mujeres parlamentarias en la legislatura constituyente, Madrid, Cortes Generales-Ministerio de la Presidencia, 2006.

[117] M.a Dolores Calvet i Puig, «Los comunistas y el aborto», Mundo Obrero 14 (6 a 12 de abril de 1978).

[118] Mundo Obrero 21 (8 a 14 de junio de 1978).

[119] PCE, El PCE informa: Proyecto de Ley de Divorcio, Madrid, 1980.

[120] Mundo Obrero 64 (2 de febrero de 1979) y 82 (23 de febrero de 1979).

[121] Mundo Obrero 80 (21 de febrero de 1979).

[122] PCE. Comisión de la Mujer, La liberación de la mujer: proyecto de programa del PCE-Comisión de la mujer del Comité Central, Madrid, 1978, pp. 30-32.

[123] En Mundo Obrero 76 (22-28 de mayo de 1980). Ver también Comisión por la Liberación de la Mujer. PCE, Propuestas sobre aborto y contracepción, Madrid, 1980.

[124] Mundo Obrero 131 (16 de junio al 2 de julio de 1981). Material abundante en la Caja Comisión de la Mujer, carp. Comisión por la Liberación de la Mujer. Proposición de ley «Regulación Interrupción Voluntaria Embarazo» y carp. Comisión de la Mujer, AHPCE.

[125] Mundo Obrero 193 (10 al 16 de septiembre de 1982) y 197 (8 al 14 de octubre de 1982).

[126] PCE, Para que no se encoja tu vida no te quedes parada. Vota PCE, Organizaciones de Mujeres: caja 117, carp. 12/3, AHPCE.

[127] Mundo Obrero 197 (8 a 14 de octubre de 1982).

[128] Mundo Obrero 200 (29 de septiembre al 4 de octubre de 1982).

[129] José Carlos Rueda Laffond, «Perder el miedo, romper el mito. Reflexión mediática y representación del Partido Comunista entre el Franquismo y la Transición», Hispania LXXV/251 (2015), p. 854.

[130] Entrevista a Silvia Díaz, 15 de junio de 2006.

[131] Carme Molinero y Pere Ysás, «La izquierda en los años setenta», Historia y Política 20 (2008), p. 41.

[132] Cuestionario de Cita Reig Cruañes, 2010.

[133] Entrevista a Lila Thomàs, 2 de octubre de 2019.

[134] Entrevista a Rosalía Sender Begué, 25 de febrero de 2008.

XIV

LOS INTELECTUALES COMUNISTAS DURANTE LA DICTADURA FRANQUISTA

Felipe Nieto y Giaime Pala

En el presente texto nos proponemos ofrecer una síntesis de la trayectoria de los intelectuales comunistas españoles en los años del régimen franquista. Concretamente, de los intelectuales madrileños del Partido Comunista de España (PCE) y de los intelectuales barceloneses del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC). Entendámonos: Madrid y Barcelona no fueron las únicas ciudades de España donde operaron intelectuales y profesionales comunistas. Pero fueron los únicos lugares en los que se formaron «comités de intelectuales», es decir, organismos específicamente encargados de impulsar, coordinar y difundir la labor cultural de estos partidos. Más allá de los contactos personales entre sus miembros, los dos núcleos no mantuvieron una relación orgánica y desarrollaron sus actividades por separado. Lo cual no quiere decir que no existieran similitudes y convergencias políticas. Todo lo contrario. Sus historias siguieron en el fondo la misma pauta: la de un crecimiento político y organizativo hasta 1964-1965 y de un estancamiento –cuando no crisis– en los años posteriores. Porque ambos comités se vieron afectados por la crisis «Claudín-Semprún» de mediados de los sesenta, que, además de ser una discusión acerca de la estrategia política del PCE/PSUC, fue también una delicada discusión sobre el papel que habían de ejercer los intelectuales comunistas dentro de sus partidos. Por este motivo, aunque aquí hayamos analizado la vida de las organizaciones culturales del PCE y del PSUC en apartados casi siempre diferentes, creemos que la de los intelectuales comunistas clandestinos es una historia básicamente unitaria. Una historia de iniciativas, publicaciones propias y modelos de militancia que explicaremos en las páginas que siguen.

EL PCE Y LA CULTURA: DE LA RESISTENCIA DE POSGUERRA A LA ACCIÓN CULTURAL (1939-1963)

La derrota de los republicanos en abril de 1939 no anuló la voluntad de luchar contra el vencedor. Desde la primera hora, tanto en el exilio como en la España interior brotaron actos de resistencia y sabotaje y se crearon redes organizativas con las que impedir la plena dominación franquista y en las que siempre participaron intelectuales del PCE. Al respecto, una de las primeras iniciativas se produjo en la Valencia de 1940, donde varios militantes republicanos –entre los cuales hay que mencionar a los comunistas Ricardo Muñoz Suay, Ricardo Orozco, Romeu Peris y Vicente Marco Orts– pusieron en pie la Federación Universitaria Escolar (FUE). A causa de la vigilancia de las fuerzas de orden público, la organización se limitó a realizar tareas de propaganda y acciones de solidaridad con los represaliados. Con todo, y al calor del optimismo que acompañó la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial, el también comunista Manuel Tuñón de Lara invitó a este grupo valenciano a desplazarse a Madrid y reconstituir, junto a otros cuadros de la Juventud Socialista Unificada, la Unión Federal de Estudiantes Hispanos (UFEH); un objetivo al fin abortado por una serie de redadas policiales que acabaron con el encarcelamiento en Alcalá de Henares de la mayoría de los susodichos militantes comunistas.

Fue precisamente en la prisión de Alcalá donde estos comunistas encontraron a un nutrido grupo de estudiantes republicanos que habían realizado pintadas contra el Sindicato Español Universitario (SEU), amén de imprimir y difundir propaganda de la UFEH desde su centro de operaciones en el Liceo Francés de Madrid. Incluso habían publicado un libro de poemas, Pueblo cautivo, firmado por Carlos del Pueblo, seudónimo de Eugenio García de Nora, pocos años después colaborador estrecho del PCE. Ambos grupos decidieron unir sus fuerzas y dar vida a una nueva organización que al fin no pudo concretarse por las largas condenas carcelarias que les fueron infligidas y por la dispersión consiguiente[1].

En 1944, nació la Unión de Intelectuales Libres (UIL), fruto de la fusión de tres organizaciones de características similares. La UIL representaba, tal y como se afirmó en el primer número de Independencia, quincenal de la organización

editado en París, la cultura republicana más genuina y más resistente de España. Su núcleo propulsor fue la Federación Estatal de Trabajadores de la Enseñanza, organización de maestros y profesores fundada en los años de la República y que difundía sus ideas a través de revistas clandestinas como Demócrito, Cuadernos de Estudio (dirigida por Tuñón de Lara) y Nuestro Tiempo (editada en Valencia). La UIL era apartidista pero no apolítica y, si bien en su dirección convivieron activistas de diferentes partidos clandestinos, el PCE ejerció en ella un rol influyente. En sus mejores momentos, llegó a tener a unos 2000 afiliados, de ellos 700 solamente en Madrid, y encuadró a escritores, artistas y profesionales liberales (abogados, médicos y arquitectos). La desactivación de todas estas organizaciones por la represión policial, unida a los cambios en la coyuntura internacional y a la consolidación del franquismo, llevó al «fin de la esperanza»[2] acerca de un cambio político inminente. Igual que en los otros espacios de la sociedad, el antifranquismo advirtió que también en el sector cultural era urgente adoptar nuevos métodos de lucha para dar vida a un movimiento más robusto y fructífero.

De esto también se dieron cuenta los comunistas españoles, quienes, siguiendo las recomendaciones que les dio Stalin a sus dirigentes en una reunión celebrada en el Kremlin en 1948, pusieron lentamente en práctica un «giro estratégico» que incluyó también el mundo intelectual. Desde comienzos de la nueva década, la dirección comunista modificó su visión de la cultura que se hacía en España, en el sentido de que, pese a lo que decía incluso la prensa del partido, empezó a considerar que no todo lo que se producía en el país era deleznable[3]. Además, el PCE creó algunas revistas culturales en París (Cultura y Democracia y Cuadernos de Poesía) o en México (Nuestro Tiempo), de vida ciertamente efímera, pero en las que se prestó más atención a la producción literaria española. En virtud de esta nueva sensibilidad cultural, el partido decidió ampliar la información sobre el terreno. En 1953 fue enviado a España Jorge Semprún para sondear el estado de la cultura española y planificar la acción del PCE en todos los campos posibles. Las informaciones que Semprún acumuló y sistematizó en sus informes a la dirección permitían pensar en inéditas posibilidades de intervención cultural en España en el marco de la nueva política comunista del «Frente Nacional Antifranquista». El optimismo se reveló fundado: el PCE consiguió crear en Madrid una buena infraestructura cultural dirigida por Semprún, que solía pasar largas temporadas en la capital, y por su hombre de confianza, Ricardo Muñoz Suay, recientemente recuperado para el partido. Dicha agrupación fue integrada por escritores y poetas como Gabriel Celaya, Blas de Otero, Eugenio García de Nora y Luis Landínez, pensadores

como Eloy Terrón, artistas como José Ortega y Juan Antonio Bardem y por varios profesionales liberales y estudiantes. Igual que lo que iban haciendo sus camaradas obreros en el mundo sindical, los intelectuales comunistas empezaron a utilizar las vías, instituciones y organizaciones legales para tratar de dirigirlas o dinamitarlas desde dentro (como dijo Semprún a propósito del SEU, se había de «matar el diablo con su propia espada»). Asimismo, se propusieron construir plataformas propias, como revistas, editoriales e incluso una productora cinematográfica. El objetivo era estar presente en todas las actividades culturales del país[4].

Los resultados de esta estrategia se vieron pronto: el PCE amplió su presencia en todos los espacios culturales donde no actuaba ninguna fuerza política antifranquista, y difundió un «Mensaje a los intelectuales patriotas» que, pese al lenguaje arcaico y a una cierta prolijidad, mostraba un renovado interés por los problemas de los intelectuales españoles[5]. El que Jorge Semprún, alias «Federico Sánchez», tuviera un protagonismo destacado en el V Congreso del partido de 1954, corroboraba la idea de que el partido estaba decidido a ampliar su influencia en el mundo cultural. A partir de esta premisa se comprende el importante papel que jugaron los intelectuales del PCE en las «Conversaciones de cine de Salamanca», organizadas por el cineclub del SEU de esa ciudad en mayo de 1955, y sobre todo en la universidad de Madrid, donde, a partir de la constitución de la primera célula comunista en 1954, el partido creció en diferentes facultades, protagonizó actos culturales como las Aulas de Poesía, propuso la organización de un Congreso Nacional de Escritores y fue capaz de competir electoralmente con las candidaturas oficiales del SEU. En esto contó también con la ayuda del rector Pedro Laín Entralgo, del equipo aperturista del ministro de Educación Joaquín Ruiz Jiménez, que dejó hacer a sus inquietos estudiantes.

El Congreso Nacional de Escritores, tras año y medio de aplazamientos, quedó pospuesto sine die por orden de la Jefatura Nacional del SEU. El pretexto aducido fue el homenaje civil rendido por los jóvenes universitarios madrileños, sin permiso de la autoridad académica, a «su maestro», el filósofo Ortega y Gasset, fallecido el 18 de octubre de 1955. De modo que los militantes comunistas decidieron convocar un Congreso Nacional de Estudiantes mediante un manifiesto, suscrito y apoyado entusiásticamente por miles de estudiantes de orientación política plural –falangistas, monárquicos, católicos, liberales, comunistas, etc.–, en el que se manifestaba su decepción con el régimen y con una academia que precisaba cambios de calado, empezando por unas elecciones

libres. Estas se celebraron a primeros de febrero de 1956 y las habrían ganado los candidatos enfrentados al SEU de no haber sido por la interrupción violenta del proceso electoral por parte de grupos falangistas de la capital. Los enfrentamientos entre estos y los estudiantes demócratas se prolongaron durante todo el día 9 de febrero fuera de la universidad. Por su parte, la policía, que no persiguió a los provocadores, arrestó a los que consideraba como los propulsores del manifiesto y de las protestas estudiantiles: Dionisio Ridruejo, Javier Pradera, Enrique Mújica, Ramón Tamames, Gabriel Elorriaga, Miguel Sánchez-Mazas, José María Ruiz Gallardón, Julio Diamante, Julián Marcos, María del Carmen Diago, Jaime Maestro, Jesús López Pacheco, José Luis Abellán y Fernando Sánchez Dragó. No solo esto: el rector Laín presentó su dimisión y, días después, el régimen cesó al ministro de Educación, Ruiz Jiménez, y al secretario general del Movimiento, Fernández Cuesta, además de suspender dos artículos del Fuero de los Españoles. En definitiva, los «sucesos de febrero» causaron la primera gran crisis política de la dictadura franquista.

A pesar de la represión, la lucha estudiantil continuó. La aparición de nuevos grupos políticos, como la Agrupación Socialista Universitaria, condujo a la redacción de un nuevo manifiesto conjunto con el PCE, dado a conocer el primero de abril de 1956, día de la victoria franquista: en nombre de los universitarios, «los hijos de los vencedores y de los vencidos», se proclamaba el fracaso del régimen a los veinte años del comienzo de la Guerra Civil y su incapacidad para «reconciliar» a todos los españoles[6]. En el fondo, se trataba del mensaje central de la política de «Reconciliación Nacional» que pregonaría el PCE muchos años. Hasta finales de los años cincuenta, el PCE fue el motor de la oposición estudiantil, si bien es cierto que su crecimiento cuantitativo se frenó durante unos cuantos años y que, con la excepción de grupos minoritarios católicos y del Frente de Liberación Popular (FLP), las demás fuerzas políticas de oposición tendieron a marcar distancia de los comunistas a partir de 1957.

Lo que sí logró el PCE fue crear una nueva revista para sus intelectuales y simpatizantes. Hablamos de Nuestras Ideas, fundada en 1957 y de la que se publicaron catorce números hasta 1961. En su presentación, la revista invitó a los intelectuales a sumar sus fuerzas al servicio de la lucha del pueblo español contra el franquismo, por la reconciliación nacional, la conquista de las libertades –tan necesarias para los creadores– y la amnistía. Como paradigma estético, proponía el «realismo socialista», el único capaz de resaltar la aportación de los intelectuales y de los creadores artísticos a la causa de la transformación social. De hecho, la insistencia en divulgar este modelo condujo

a la revista a centrarse mayoritariamente en la cultura humanista, sobre todo a través de una aguerrida crítica literaria y con numerosos escritos sobre teatro, cine y artes plásticas. En cuanto al pensamiento y la actualidad política, se destinaba la primera parte de cada número a desglosar la doctrina de los clásicos del pensamiento marxista–leninista y a presentar las realizaciones de la primera sociedad socialista de la historia, la soviética; ambos eran considerados como referentes obligados para la intelectualidad española e instrumentos con los que lidiar con la cultura franquista y sus epígonos liberales y democristianos[7].

Con el final de la década, los intelectuales comunistas se volcaron también en una de sus iniciativas más queridas: el homenaje en Collioure al poeta Antonio Machado, a los veinte años de su muerte. Por primera vez se encontraron en la localidad francesa intelectuales de España y los de la España exiliada, como prueba fehaciente, según el PCE, del deseo de reconciliación que expresaba el país. Ese año se organizó también un homenaje poético y artístico a Cuba en el año de su revolución. Ambos fueron recogidos en sendos libros editados por la nueva editorial del exilio, Ruedo Ibérico[8].

En el cambio de década, la organización de los intelectuales del PCE llegó a su cénit, con cerca de un centenar de miembros, militantes y compañeros de viaje. Sus miembros solían asistir semanalmente a la tertulia del Café Pelayo de Madrid, en la que se pergeñaban iniciativas junto a intelectuales independientes, como los homenajes citados, actividades legales como la elaboración y/o recogida de firmas para cartas de protesta, o actividades ilegales como la creación y difusión de propaganda para las convocatorias comunistas de Jornadas de protesta o de huelga general. Algunos militantes clandestinos, como los escritores Antonio Ferres, Armando López Salinas y Juan Eduardo Zúñiga, recopilaban y elaboraban información para Radio España Independiente[9]. Huelga decir que ningún otro partido logró convocar a un número semejante de intelectuales.

Con todo, fue precisamente a principios de los años sesenta cuando en la organización de intelectuales comunistas de Madrid aparecieron los primeros síntomas de cansancio político. Fue entonces cuando Javier Pradera formuló las primeras críticas acerca de la viabilidad de la política del PCE de llegar a la ruptura con el franquismo mediante convocatorias de huelga general[10], y cuando Muñoz Suay abandonó la productora cinematográfica comunista Uninci, para luego salir del partido y trasladarse a Barcelona[11]. Además, el paradigma del realismo socialista estaba perdiendo capacidad de atracción incluso entre los

mismos intelectuales del PCE, y no es un detalle casual que Nuestras ideas echara el cierre a finales de 1961. Si a eso le sumamos un cierto agotamiento de la estructura universitaria comunista, que no había conseguido estabilizar un Comité de Coordinación Universitaria que fomentara la lucha antifranquista en la universidad de Madrid, entendemos por qué entre los intelectuales del PCE cundiera una desazón política que influyó en la manera en que afrontaron la crisis de 1964-1965, antes de analizar la cual hemos de detenernos en los intelectuales del PSUC.

NACIMIENTO Y DESPLIEGUE DEL COMITÉ DE INTELECTUALES DEL PSUC (1939-1963)

El Partit Socialista Unificat de Catalunya tardó más que el PCE en entablar una relación con los intelectuales del «interior» en los años del franquismo. La historia, como siempre, nos ayuda a entender las causas de ello. De entrada, recordemos que el PSUC no nació como una organización comunista, sino que, como sugiere su nombre, fue el fruto de la unión de cuatro partidos de la izquierda socialcomunista y nacionalista de Cataluña que, después de la represión gubernamental de las revueltas populares de 1934 en Asturias y Barcelona, y bajo la inspiración de la línea frentepopulista sancionada en 1935 por la Internacional Comunista, se propusieron formar una suerte de «Partido Único del Proletariado de Cataluña»[12]. Hablamos, pues, de un partido que, pese a proclamar su adhesión a los principios ideológicos del Comintern, no se definió como comunista sino genéricamente marxista y revolucionario. El hecho de que su constitución finalizara justo cuando se produjo el alzamiento militar de julio de 1936, y que tuviera una militancia procedente mayoritariamente del trabajo manual, le impidió articular un trabajo cultural digno de tal nombre[13]. Más claro todavía: desde sus inicios, el PSUC fue una organización de la clase trabajadora catalana exclusivamente centrada en afrontar la guerra que no tuvo el tiempo ni los hombres para formular propuestas culturales robustas. Las cosas no cambiaron a partir de 1939, cuando en el exilio el partido empezó un proceso de bolchevización que conllevó la expulsión de dirigentes no comunistas y autorizó una estéril política de enfrentamiento armado con la dictadura que absorbió sus energías y costó años de prisión y la vida a muchos de sus mejores cuadros[14]. Fue sobre todo después de la expulsión en 1949 del secretario general Joan

Comorera, contrario a la fuerte unión programática y funcional del partido catalán con el PCE que impusieron los otros dirigentes[15], cuando el PSUC maduró la conclusión de que la ruptura con la dictadura iba a requerir mucho más tiempo y un contacto más orgánico con la sociedad catalana.

En general, en la primera mitad de los años cincuenta el PSUC consiguió realizar un trabajo eficaz solo en las fábricas del área metropolitana de Barcelona[16]. En cuanto al objetivo de introducirse en los debates y espacios culturales, considerado como esencial de cara a construir un antifranquismo solvente, los resultados fueron decepcionantes: en 1954-1955 el partido hizo una primera tentativa con Cultura Nacional, una publicación cultural elaborada en el exilio que, amén de revelar un evidente desconocimiento de la vida cultural del «interior», aún resaltaba una concepción de la cultura con fuertes arraigos en el humus ideológico estalinista[17]. Lógicamente, la revista fue cerrada después de la crítica al estalinismo pronunciada por Nikita Jruschov en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética de febrero de 1956.

En definitiva, a la altura de 1956 el PSUC no estaba preparado para atraer a la intelectualidad progresiva catalana ni tenía en sus filas a militantes como Jorge Semprún, cuyo talento organizativo y olfato cultural permitió al PCE construir en Madrid la fuerte agrupación cultural de la que ya se hablado en estas páginas. En Barcelona, este problema fue resuelto por la sencilla razón de que fueron los intelectuales barceloneses quienes buscaron y encontraron al partido, y no viceversa[18]. ¿Por qué lo hicieron? Básicamente por dos factores, identificables en sus textos autobiográficos y que determinaron su politización activa. El primero lo encontramos en su contacto con los países de Europa Occidental; en el periodo que va de 1952 a 1956, casi todos ellos realizaron viajes por Europa (Jordi Solé Tura) o estancias en Francia (Octavi Pellissa, Francesc Vicens, Arnau Puig, Luis Goytisolo), Gran Bretaña (Josep Fontana) y República Federal de Alemania (Manuel Sacristán), en donde pudieron constatar la diferencia entre vivir en un país democrático y hacerlo en la asfixiante España de la época[19]. De modo que volvieron de estas experiencias en el extranjero convencidos de la necesidad de luchar por un cambio político en su país.

El segundo factor fue la participación en iniciativas culturales que ampliaron sus inquietudes políticas y los llevaron a chocar con las autoridades de la dictadura. Por ejemplo, la primera célula universitaria del PSUC −que crearon Octavi Pellisa, Salvador Giner, Joaquín Jordá y Luis Goytisolo− se formó en el «Seminario Boscán» de literatura organizado por el crítico antifranquista Josep

Maria Castellet y al fin clausurado por el gobierno; por su parte, Francesc Vicens, Alfons García Seguí y Arnau Puig maduraron una exigencia de libertad cultural en las actividades que desplegaron en, respectivamente, los cineclubs del Instituto Francés y del Sindicato Español Universitario y el grupo artístico «Dau al Set»; y el filósofo Manuel Sacristán abandonó su falangismo juvenil y se hizo antifranquista por la censura que ejerció el Gobierno Civil de Barcelona contra las revistas de las que fue redactor (Quadrante, Estilo, Laye)[20].

El hecho es que, a lo largo de 1956, todos estos jóvenes consiguieron entrar en contacto con el responsable del Comité de Barcelona, Miguel Núñez, y fueron encuadrados por el PSUC en un Comité de Intelectuales aprobado y constituido en el I Congreso de agosto de 1956[21]. Hasta finales de la década de los cincuenta, su trayectoria fue accidentada y obstaculizada por las numerosas detenciones policiales que azotaron al partido y comportaron el arresto de Francesc Vicens, primer responsable del Comité, y el exilio de su sucesor en el cargo, Jordi Solé Tura[22]. Además, y aunque pueda extrañar, en sus primeros años de militancia los intelectuales del PSUC no mostraron entusiasmo por realizar un trabajo de tipo cultural. Más bien pidieron ser incorporados a las células obreras de Barcelona para trabajar junto a los que consideraban como los verdaderos sujetos que llevarían a cabo la ruptura política con el franquismo[23]. Como admitieron en el II Congreso del PSUC de 1965, esta tendencia obrerista se hizo notar hasta principios de los años sesenta, y «fue la dirección de Partido la que tuvo que evitar la liquidación de la organización de intelectuales»[24].

En efecto, fue el partido quien obligó a los intelectuales a ejercer como tales en la organización, lo cual se tradujo tanto en un trabajo práctico como en una labor más cultural. En cuanto al trabajo práctico, hay que decir que, sin la actividad de los intelectuales comunistas, no se pueden entender las recogidas de firmas de los intelectuales demócratas de Cataluña para los manifiestos de protestas contra la represión policial y cultural que fueron entregados a las autoridades franquistas entre 1960 y 1963[25]. Del mismo modo, fueron ellos los que más contribuyeron a la preparación del acontecimiento más importante en la historia intelectual de Cataluña desde 1939, es decir, el Congreso de Cultura Catalana, que se celebró clandestinamente en diciembre de 1964 y se propuso hacer un gran repaso de la situación de la cultura autóctona con vistas a delinear nuevas vías de discusión científica[26]. Además, algunos miembros del Comité de Intelectuales tuvieron un papel destacado en los contactos que el PSUC estableció con los demás partidos clandestinos para dar vida a una política unitaria contra el régimen que cuajó a partir de 1967[27]. Otros, en cambio, se

volcaron en iniciativas importantes como la Semana por la Paz de 1963, patrocinada por la Asociación Amigos de la ONU, y en organizar las primeras candidaturas democráticas en los colegios profesionales de Abogados, Arquitectos y Médicos[28].

Dicho activismo, acompañado por el buen trabajo que hizo el partido entre los estudiantes universitarios, que por norma se incorporaban a las células intelectuales una vez finalizada la carrera, no tardó en dar sus frutos. A partir de 1960, el Comité de Intelectuales experimentó un notable crecimiento[29] que, a su vez, conllevó su reforma en 1962. Hacía tiempo que el partido había notado que, para mejorar su trabajo militante, los intelectuales tendían a agruparse oficiosamente por disciplina académica y artística. En consecuencia, la dirección del PSUC subdividió el Comité en células basadas en el criterio de la especialización profesional −llamadas también «células homogéneas»−, por lo que fueron creadas células de economistas, enseñantes, médicos, maestros, historiadores, abogados y de teatro y cine. Al hacer esto se pensaba, con razón, que los militantes pudieran discutir los problemas de su ámbito profesional con conocimiento de causa y, para citar las palabras de Gregorio López Raimundo, moverse «metódica y organizadamente para movilizar a toda su “especie” intelectual en la defensa de sus intereses»[30]. Fue así como, en 1963, el Comité llegó a sumar a 64 militantes divididos en las susodichas células y en otros tres núcleos dedicados al trabajo de impresión, a la propaganda para Radio España Independiente y a la labor entre las mujeres[31].

El otro aspecto a destacar de la militancia de estos años de los intelectuales del PSUC es, como se decía antes, su labor cultural. Ya en otoño de 1956, los intelectuales estuvieron preparando una revista dirigida a los círculos intelectuales de la ciudad condal que al final naufragó por las detenciones de 1957-1958[32]. Solo en 1959 pudieron retomar el proyecto con Quaderns de cultura catalana, una pequeña publicación ciclostilada de la que salieron cuatro números y que sirvió a la dirección para entender la urgencia de dar vida a una revista mucho más elaborada para incidir en la batalla de las ideas en Barcelona[33]. Es por esto por lo que, en abril de 1960, el partido autorizó la creación de Nous Horitzons, que en sus primeros años fue dirigida por Pere Ardiaca, entonces miembro del Comité Ejecutivo residente en París, y los intelectuales exiliados Jordi Solé Tura y Francesc Vicens[34].

Si se realiza un vaciado de los contenidos de los primeros números, se distinguen dos líneas de interés político-cultural que atrajeron principalmente la atención

del partido[35]. La primera era lo que en la terminología de la época se definía «la cuestión nacional catalana». Para una organización que se había propuesto ser el eje vertebrador del movimiento de recuperación del autogobierno catalán, era de fundamental importancia ofrecer directrices que solucionasen el siempre delicado encaje de Cataluña con el resto de España. Por eso, la revista hizo hincapié en conceptos como la autodeterminación y la defensa de un federalismo republicano que promoviera una unidad de España basada en la valoración de sus diferentes territorios y el estudio de las tradiciones jurídicas y políticas catalanas que habría de reinstaurarse después de veinte años de opresión franquista.

El segundo gran bloque de artículos versó sobre temas histórico-literarios, partiendo del redescubrimiento de autores que dignificaron con su obra la lengua propia y desempeñaron un papel en la valorización de la política y la cultura catalanas antes de 1939: los ensayos que la revista publicó sobre Joan Maragall, Carles Riba, Antoni Rovira i Virgili, Joan Salvat-Papasseit, Pere Calders y Francisco Pi y Margall, tenían la finalidad de entroncar la lucha cultural antifranquista con intelectuales y literatos procedentes del federalismo progresivo, del anarquismo y del nacionalismo democrático; de esta manera, se quería enhebrar una línea «nacional-popular» de sabor gramsciano de la que el partido comunista sería el último y más coherente intérprete[36].

Naturalmente, también hubo artículos sobre otras cuestiones como los problemas que padecía el sector agrario catalán, el Plan de Estabilización y el marco jurídico de la represión, la coexistencia pacífica entre las dos superpotencias de la Guerra Fría, amén de algunas interesantes pinceladas sobre filosofía y el debate político entre los varios sectores de la oposición. Sin embargo, la mayor atención fue dedicada a los dos ámbitos señalados y no le faltaba razón a la escritora comunista Teresa Pàmies cuando avisó al partido de que la revista estaba demasiado escorada hacia las ciencias humanas[37].

Esta primera fase de Nous Horitzons se cerró entre 1962 y 1964, cuando el responsable de la redacción de París, Pere Ardiaca, pasó la frontera para hacerse cargo del Comité de Barcelona y, en el PCE/PSUC, estalló la que se dio en llamar «crisis claudinista».

LA CRISIS DE 1964-1965

En el año 1964 se produjo la mayor crisis en el PCE desde la Guerra Civil. Crisis que se venía gestando desde años atrás y que tuvo repercusiones también en el PSUC. Una de sus primeras manifestaciones fue una carta de Javier Pradera al partido de abril de 1960, en la que expresaba dudas y formulaba críticas a la estrategia comunista, concretamente a la pasada convocatoria de la huelga nacional pacífica, fracaso palmario a su juicio. Federico Sánchez, obligado a responder por decisión de Carrillo, se mostró ortodoxo y nada condescendiente con su camarada y amigo. En una segunda carta de mayo Pradera amplió sus argumentos críticos[38], razón por la cual fue amonestado severamente, obligado a retractarse ante la dirección y apartado por un par de años de la organización de los intelectuales de Madrid. A finales de 1962 se produjo la retirada de Semprún del trabajo clandestino en Madrid por decisión unilateral de Carrillo, lo que provocó el distanciamiento entre los dos dirigentes y opiniones disconformes entre los intelectuales madrileños, quienes rechazaron a los dos nuevos responsables del sector, José Sandoval y Armando López Salinas, y manifestaron su voluntad de constituirse en organismo ideológico con capacidad para tomar decisiones políticas. El Comité Ejecutivo del PCE contratacó con la creación de una comisión mixta exterior-interior más afín a sus propósitos y con la propuesta de convocar un seminario que se dedicaría, entre otros asuntos, a la educación filosófica y política de los intelectuales y que se celebraría en la ciudad francesa de Arras en el verano de 1963.

Pocos meses antes del verano de 1963, estalló también la discusión sobre la «cuestión agraria», que en el Comité Ejecutivo del PCE se cerró por primera vez sin la habitual unanimidad. El hecho es que la mayoría de la dirección se propuso recuperar la vieja consigna de los años de la Guerra Civil, esto es, «la tierra para el que la trabaja». Fernando Claudín, Semprún y Tomás Gómez rechazaron la idea alegando que esa política antifeudal carecía ya de sentido en la coyuntura capitalista del momento, que enajenaría aliados al partido y que posiblemente alentaría actos violentos y contrarios al espíritu de reconciliación nacional. Como expresó Claudín en su voto particular, al que se adhirió Semprún, lo importante era saber «qué» tierras y «a quiénes» serían expropiadas[39].

A mayor abundamiento, el seminario de Arras, lejos de calmar los ánimos, dejó más patentes todavía las diferencias políticas entre los dirigentes del PCE. Durante una de sus sesiones, Carrillo atacó públicamente tanto a Semprún, por

su insistencia en criticar el estalinismo y el viejo dogmatismo marxista, como a Francesc Vicens, miembro del Comité Ejecutivo del PSUC, que había mostrado interés por el arte abstracto. En el debate posterior, Claudín tomó partido por los criticados y defendió el derecho de los comunistas a expresar ideas estéticas o filosóficas autónomas, porque, en cuestiones como aquellas, un secretario general carecía de autoridad. A una parte de los asistentes al seminario tampoco gustó que Carrillo impidiera la lectura pública de las dos ponencias filosóficas que había enviado Manuel Sacristán desde Barcelona[40]. Al fuego de todos estos puntos de discrepancia se añadió más leña con la publicación, sin conocimiento de la dirección, del texto de Claudín de su conferencia en Arras y uno de Semprún sobre la confrontación entre el comunismo soviético y el chino en la nueva revista del partido, Realidad, editada en Roma y de la que «Federico Sánchez» era el responsable[41]. Dado que en Arras no se alcanzaron acuerdos entre las diferentes posturas, el Comité Ejecutivo del PCE llegó a la conclusión de que tenía que apuntalar su autoridad sobre los intelectuales. Es por ello por lo que, a sugerencia de Carrillo, acordó suprimir la autonomía de la que gozaba el Comité de Intelectuales madrileño y someterlo a una «Orientación» en cuestiones estéticas y políticas. En suma, la dirección decidió controlar a sus intelectuales de cerca[42]. Como resultado de todos estos incidentes no resueltos quedó claro que en la dirección del PCE se habían formado dos grupos: el mayoritario, que giraba en torno al secretario general, y el de los críticos Claudín y Semprún.

Un Comité Ejecutivo ampliado se reunió en París a finales de enero de 1964 para estudiar la situación española a partir de un informe presentado por el secretario general que había de enviarse a Moscú a la presidenta el partido, Dolores Ibárruri. El buen clima de entendimiento no impidió que afloraran diferencias entre el –a juicio de los críticos– trazado excesivamente negativo de la situación económica española que presentaba el informe y su visión, abierta a reconocer ciertas mejoras en la economía española reciente. Varios de los presentes aseveraron que tamaña discrepancia dejaba entrever diferencias políticas aún más graves en lo tocante al papel del partido en la lucha antifranquista, al liderazgo del secretario general, a la unidad interna frente a corrientes y fracciones y a la disciplina, incluso para publicar artículos en un órgano del partido. Solo una reunión de todo el Comité Ejecutivo podía resolver todas las cuestiones conflictivas[43].

Y así fue. El Comité Ejecutivo del PCE se reunió al completo en Praga a finales de marzo de 1964. El primero en tomar la palabra fue Claudín, quien explicó sus

posiciones sobre la coyuntura socioeconómica española y la correspondiente política del partido en un largo documento de 53 páginas. Del análisis de la evolución económica a partir del Plan de Estabilización, Claudín deducía, en contra de la percepción dominante en el partido, que España no estaba ante una crisis social del capitalismo ni la dictadura era tan débil como se afirmaba en los documentos comunistas. Un análisis realista de la correlación de fuerzas tenía que llevar al partido a admitir que no se daban las condiciones para una acción revolucionaria y que era bien posible que se produjera una salida política «oligárquica» que diera paso a un marco político con posible ejercicio de derechos y libertades. En esos momentos, pues, la tarea de la revolución española era la liquidación de la forma fascista-franquista de dominación política del capital monopolista. Lo cual, para el PCE, significaba descartar la consigna de la huelga general política y orientarse hacia un trabajo de acumulación de fuerzas y de mayor organización de cara una política centrada en reformas más graduales y pacíficas[44].

Semprún, además de reivindicar su historial de militante, suscribió los análisis de Claudín, enriqueciéndolos con sus propias experiencias, su conocimiento de España y con sugerencias sobre la necesidad de cambiar una estrategia rupturista que ya no daba resultados. El resto de los presentes, por el contrario, se lanzó contra los críticos con una catarata de descalificaciones y acusaciones de oportunismo, revisionismo o desviacionismo de derechas: todos ellos, rasgos propios de intelectuales alejados de las masas, que habían perdido la fe en la clase obrera, en el partido y en la Unión Soviética. En su opinión, Claudín y Semprún planteaban una lucha gradual y de larga duración porque eran incapaces de ver tanto la creciente debilidad del franquismo como la mayor combatividad de las masas españolas.

En la reunión se habló también de otro importante asunto, el del culto a la personalidad y de la posible supervivencia de métodos estalinistas en los partidos comunistas. Los dos críticos incidieron en ello como ya hicieron en Arras y mencionando el artículo de Semprún publicado en Realidad, que irritó sobremanera a Carrillo. En realidad, su pretensión no era cuestionar el liderazgo del secretario general, como este mismo llegó a sospechar, sino reafirmar el derecho a la libre discusión y que no prevaleciera por sistema la opinión del máximo responsable de la organización. Pero la mayoría del Ejecutivo calificó estas posiciones de «fraccionalismo». Con posiciones tan distanciadas, a los minoritarios, que no se apeaban de las suyas, solo les cabía esperar la exclusión del Ejecutivo: medida aprobada provisionalmente hasta la decisión definitiva

una vez oído resto del Comité Central. En el PSUC, corrieron una suerte similar Francesc Vicens (alias Joan Berenguer) y Jordi Solé Tura (alias Fabra), que en París se posicionaron del lado de Claudín y Semprún[45].

La sentencia se fue dictando y aplicando por fases. La dirección del partido envió todos los materiales de la discusión a los miembros del Comité Central para que se pronunciaran. La práctica totalidad de los consultados se inclinó por secundar la decisión del Ejecutivo, por lo que Claudín y Semprún fueron excluidos también del Comité Central[46]. Nuestra Bandera publicó al fin el documento de Claudín de forma troceada y con letra menor a la de las notas aclaratorias con que los dirigentes del PCE acompañaron el texto[47]. Con ello se llegó al último acto del proceso, es decir, la expulsión del partido de los dos dirigentes críticos en abril de 1965[48].

La crisis sirvió de poco, escribió Josep Fontana[49], por más que fue un intento «de algunos dirigentes por introducir un mínimo de sensatez en el análisis de la situación». De hecho, en 1964-1965 se perdió una oportunidad para introducir, de forma consensuada y racional, rectificaciones necesarias tanto en la estrategia como en los usos y hábitos del comunismo español. De resultas de la crisis, abandonaron el partido una cifra difícil de precisar (en torno al centenar) de militantes de la universidad y del sector de los intelectuales de Madrid[50]. En Barcelona, donde la totalidad de los intelectuales comunistas exigió en vano una discusión más profunda y serena de las tesis de Claudín y Semprún, las expulsiones y los abandonos fueron escasos pero el Comité de Intelectuales fue al fin disuelto por la dirección del PSUC con la intención de reconstituirlo sobre bases nuevas y, desde luego, partiendo de una mayor disciplina ideológica[51].

LOS INTELECTUALES DEL PCE EN EL FINAL DEL FRANQUISMO (1965-1977)

Después de la crisis de 1964-1965, la dirección del PCE abordó sin demora la recomposición del sector de los intelectuales, que afectó tanto al aparato dirigente parisino como al del interior. En el exterior, el virtual número dos de la jerarquía, Claudín, no tuvo reemplazo y Santiago Carrillo asumió todo el trabajo de dirección y de coordinación del partido. Manuel Azcárate, dirigente relegado

a un segundo plano desde hacía tiempo y ajeno a la crisis claudinista, se incorporó al núcleo directivo con responsabilidades en el ámbito de los problemas internacionales, que simultaneó con las tareas culturales. En concreto, sucedió a Semprún en la dirección de Realidad, editada y difundida con regularidad hasta 1968, y siguió la cuestión del diálogo cristiano-marxista, favorecido por el clima creado por el Concilio Vaticano II y al que el PCE siempre prestó mucha atención por ser un elemento que reforzaría la lucha antifranquista tanto en el mundo obrero como en el mundo cultural (por ejemplo a través de Cuadernos para el Diálogo, revista fundada por el democristiano Joaquín Ruiz-Giménez y abierta a la colaboración con todas las fuerzas políticas democráticas y no confesionales)[52].

En España, la detención en 1964 del responsable de los intelectuales, José Sandoval, obligó al PCE a una reorganización completa del sector: se designó como único responsable a Armando López Salinas, un hombre que abandonó su actividad literaria por la de «profesional del partido», implicado por entero en tareas como la redacción de cartas, la recogida de firmas, la confección de información y propaganda que llegaba al exterior y se distribuía a militantes y simpatizantes, y la representación del partido ante otras fuerzas. Junto a él, en el VII Congreso del PCE de 1965 fueron ascendidos al Comité Central Manuel Sacristán, también dirigente del PSUC, y el escritor Alfonso Sastre, militante desde 1963 pero cercano al PCE desde tiempo atrás. El domicilio de este último, en el barrio de la Concepción de Madrid, fue un punto de encuentro habitual de comunistas y simpatizantes. Promovido en buena medida para hacer olvidar con su prestigio a la figura de Semprún, su contribución política como militante, aparte de un viaje propagandístico por la URSS, fue poco menos que inédita. Por razones diferentes, en poco más de un lustro ambos personajes se alejarían de la dirección y unos años más tarde del partido. Sastre lo hizo en 1975. En el VIII Congreso de 1972, aceptó no ser reelegido como miembro suplente del Comité Central y se conformó, como escribió a Carrillo, con ser «militante de base». Pero después de la reacción del partido ante las detenciones suya y de su mujer (Eva Forest) de finales de 1974, en su opinión «vilmente vinculadas al atentado de la calle Correo», decidió dejar el PCE[53].

Si hablamos de los creadores, en el PCE la importancia de los intelectuales fue reduciéndose paulatinamente. Los escritores Ángel González y Juan García Hortelano continuaron en el partido hasta que la invasión de Praga de 1968 les empujó a dejar una organización cuya actividad ya era menor y un tanto dispersa. A finales de los años sesenta, el núcleo de la militancia más

estrictamente cultural quedó reducido al ya citado Eloy Terrón, a los poetas Carlos Álvarez y Gabriel Celaya, a los escritores José Esteban y Javier Alfaya, al polifacético Miguel Ángel Bilbatúa, a los artistas Ricardo Zamorano y Juan Genovés y a los cineastas Juan Antonio Bardem, Benigno «Nino» Quevedo, Andrés Linares y Manuel Revuelta[54]. De ahí que, en el trabajo del sector de intelectuales, casi fuera más importante el número de colaboradores no militantes, es decir, los que prestaban casas, transportaban propaganda o personas clandestinas y participaban en muchas de las actividades promovidas por el partido. Estos colaboradores disponían de algunas instituciones legales, como el Club de Amigos de la Unesco, donde se reunían, organizaban conferencias, presentaban libros y celebraban ciclos de cine[55]. Además, en aquellos años el PCE buscó sobre todo a un tipo de intelectual diferente del intelectual humanista en torno al cual construyó su sector cultural en 1953-1963: nos referimos al profesional que ponía sus saberes al servicio del partido en actividades políticas más prácticas. Los importantes despachos de abogados laboralistas comunistas –como el de María Luisa Suárez Roldán– o penalistas –como el de Manolo López–, a los que pronto se sumarían otros nutridos por una nueva generación de letrados, representaron el ejemplo más evidente de la nueva importancia del profesional dentro del partido. A ellos se añadieron los arquitectos, los médicos y los profesores de todos los niveles de enseñanza.

Con todo, el partido siguió en su empeño de impulsar cuantas iniciativas culturales fuera posible. Por ejemplo, junto al Club de Amigos de la Unesco invitó a sus militantes y simpatizantes a realizar un homenaje a Machado en Baeza el día 22 de febrero de 1966, con el pretexto de la instalación de un busto de gran tamaño, obra de Pablo Serrano. La organización fletó tres autobuses y otros muchos viajaron por su cuenta en coche. Pero ni unos ni otros pudieron entrar en Baeza, ya que el acto fue suspendido por la autoridad gubernativa. Lo cual, dada la negativa de los participantes a acatar la orden, produjo una batalla campal con las fuerzas de orden público por las calles y plazas de la ciudad. Una vez más, se evidenció que el régimen franquista respondía con sus métodos expeditivos habituales a cualquier actividad organizada por los grupos opositores.

Asimismo, el PCE consiguió, después de años de dilaciones, poner en marcha una editorial propia con sede en París. Se llamó Ebro y arrancó su andadura con la publicación de Cambio de rumbo, es decir, las memorias del general Hidalgo de Cisneros. En años sucesivos editaría poesía, novela social, documentos políticos del partido y libros escritos por sus dirigentes. En 1966 la editorial fue

reorganizada por acuerdo del Comité Ejecutivo, que nombró como director a Jesús Moya, asistido por Melque (Melquesidez Rodríguez Chaos), Napoleón Olásolo y Andrés Sorel. Además de un consejo de dirección, de carácter político, se estableció un «Comité de lectura» integrado por Eugenio de Nora, Rafael Alberti, Jesús Izcaray, Carlos Álvarez, Víctor Mora, José Miguel Ullán, Armando López Salinas, José Esteban, José Antonio Parra y Manuel Azcárate[56].

También en España se puso en pie una nueva editorial, Ciencia Nueva, que no era del partido, pero sí era financiada y gestionada por jóvenes militantes comunistas en busca de su primer modus vivendi: Jesús Munárriz, Lourdes Ortiz, Rafael Sarró, Alberto Méndez y José Esteban. La editorial contó con el innovador diseño gráfico de Alberto Corazón y el apoyo del dirigente comunista Jaime Ballesteros, quien puso a su disposición la logística de transporte y de distribución del PCE[57]. Surgida con voluntad de difundir el pensamiento marxista en los campos de la filosofía, la historia, la economía y el arte a través de títulos de autores nuevos y clásicos, Ciencia Nueva abrió una grieta más en el panorama de la cultura oficial española y chocó en más de una ocasión con la censura del ministerio de Información, que al fin consiguió su cierre tres años después de su creación.

En 1965, el PCE se propuso también recomponer su organización en la universidad de Madrid, muy afectada por la crisis claudinista y necesitada de renovación por el natural relevo de la militancia. Se trata de un tema que conviene tocar porque, respecto al PSUC, donde el Comité de Intelectuales y el Comité Universitario se mantuvieron como organismos muy separados, en el PCE la colaboración entre estudiantes e intelectuales fue más orgánica. La reorganización fue obra de Jaime Ballesteros, ascendido a los Comités Central y Ejecutivo en el VII Congreso y desde entonces hombre fuerte de Carrillo en Madrid. Bajo su supervisión se reconstruyeron las células de Económicas (Alfredo Tejero, Jorge González Aznar, Antonio Gallifa y Daniel Lacalle) y de Filosofía (Lourdes Ortiz, Carlos Piera, Alberto Méndez, Jesús Munárriz, Manuel Gutiérrez Aragón). Con la suma de militantes de las facultades de Derecho y de Ciencias se formó el nuevo Comité Universitario, dirigido por Juan Francisco Pla, Fernando López Agudín y sobre todo Pilar Brabo, firme y ortodoxa dirigente llamada a altos destinos políticos en el partido pese a su juventud.

Igual que en el periodo 1956-1964, el movimiento estudiantil continuó siendo uno de los pilares de la lucha de los comunistas contra la dictadura. Su objetivo

prioritario fue la participación de los estudiantes en la gestión académica mediante organizaciones representativas con candidaturas libremente elegidas. Todo ello sin dejar de lado asuntos como la mejora de la deficiente y arcaica enseñanza, sobre todo en lo que concernía a sus métodos y contenidos. Por eso los activistas universitarios promovieron conferencias y seminarios al margen de los programas oficiales. En sus asambleas y reuniones, siempre precarias por la amenaza policial, contaron con la ayuda de no pocos profesores, algunos de los cuales –José Luis López Aranguren, Enrique Tierno Galván y Agustín García Calvo– pagaron su compromiso con la pérdida de sus cátedras.

La lucha estudiantil consiguió en 1965 la liquidación definitiva del SEU, una estructura política ya inservible incluso para los jerarcas del régimen. Igual rechazo sufrió su epígono, las Asociaciones Profesionales de Estudiantes[58]. Para ese tiempo la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE), fundada por el antifranquismo estudiantil en 1961 y caracterizada por una acción forzosamente clandestina, había dejado de ser la organización adecuada, no solo a juicio del PCE. La aspiración máxima del movimiento estudiantil era la celebración de un Congreso Nacional de Estudiantes[59]. A finales de enero de 1967, representantes de la mayoría de los distritos universitarios se reunieron en Valencia para prepararlo. Pese a la prohibición del encuentro por las autoridades académicas y gubernativas, se logró celebrar algunas sesiones de discusión en las que los representantes mostraron su rechazo a toda organización impuesta a los estudiantes y acordaron crear su propio sindicato con el Congreso Nacional como máximo órgano representativo. Al fin, la policía asaltó la universidad y practicó numerosas detenciones. En la dirección comunista estas noticias fueron recibidas con gran interés y como prueba de la madurez de los estudiantes[60]. Cuatro meses después, el 26 de abril de 1967, en asamblea libre se constituyó en Madrid el Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios (SDEUM), siguiendo los pasos del Sindicato Democrático de Estudiantes de Barcelona, nacido un año antes. El objetivo de los estudiantes antifranquistas de canalizar la representación estudiantil a partir de la elección de representantes en asambleas libres chocaba con la hostilidad de la autoridad académica y, lo que era peor, con la represión de la policía, que violaba los recintos universitarios, practicaba detenciones de los líderes estudiantiles y forzaba el desalojo y cierre de facultades.

En la segunda mitad de los sesenta se asistió a un incremento notable de la actividad represiva en la universidad madrileña. Aquellos fueron años en que la organización comunista, aunque fue siempre la más organizada, compartió

protagonismo con otras siglas: en primer lugar, con el Frente de Liberación Popular, pero también con grupos extremistas de tendencia maoísta, trotskista y anarquista surgidos a partir de 1968. Bajo el impulso de estos grupos, que tachaban de revisionista al PCE, se pusieron en práctica métodos más radicales de acción como la ocupación de espacios simbólicos (decanatos, el rectorado y las aulas) y los juicios críticos a determinados profesores. Por todo ello la universidad madrileña entró en una dinámica de «acción–represión–reacción» que alteró por completo la actividad académica. Excepcionalmente, en mayo de 1968 se pudo celebrar, en el gran vestíbulo de la facultad de Económicas, el recital de Raimon ante varios miles de asistentes, con emoción contenida y ausencia de incidentes. A la salida, más allá del recinto universitario, se produjeron concentraciones y manifestaciones disueltas por la policía que practicó unas cien detenciones[61].

En enero de 1969, un hecho trágico rompió definitivamente la vida académica madrileña, esto es, la muerte de Enrique Ruano, un estudiante de Derecho que había sido arrestado en aquellos días junto a otros estudiantes del FLP. Es muy probable que Ruano muriera a manos de la policía mientras se procedía al registro de un piso que el joven tenía a su cargo para actividades clandestinas. Sin embargo, se le acusó de cometer suicidio arrojándose por la ventana del séptimo piso. El hecho de que se destruyeran pruebas y se prohibiera cualquier investigación sobre la actuación de la policía en el momento de los hechos, ha impedido hasta hoy que quede establecida una verdad concluyente[62]. Aun así, en aquellos días, las protestas de los estudiantes fueron inmediatas y generalizadas y llevaron al gobierno a declarar el estado de excepción en toda España. Como consecuencia de ello, unos 300 estudiantes fueron detenidos y se decretaron más de 200 confinamientos de profesores y estudiantes en pueblos y aldeas de la España peninsular e insular. A partir del estado de excepción, la policía fue autorizada a instalarse permanentemente en las facultades hasta el final del franquismo. Si bien la agitación en la universidad no se detuvo, desde luego la acción de los estudiantes antifranquistas quedó mermada en tanto que se volvió clandestina, intermitente y menos masiva[63].

En la primera mitad de los años setenta, el PCE siguió defendiendo –cuando menos como línea estratégica– la idea del sindicato de estudiantes como organización de masas necesaria para afrontar los problemas universitarios. Y consideró que el movimiento estudiantil debía unir su acción a las de las clases populares y enmarcar sus objetivos concretos en la lucha general por la democracia en España, por las libertades y por la amnistía; en definitiva, por la

«alternativa democrática» y el «Pacto para la libertad» que entonces propugnaban los comunistas para acabar con la dictadura. A la vista de los problemas que había para crear una organización estudiantil representativa, el partido reorientó su táctica y recomendó tomar el ejemplo exitoso de las Comisiones Obreras y crear en los claustros unas «comisiones estudiantiles», más ágiles en su funcionamiento y menos fáciles de detectar por el aparato represivo. Finalmente, la dirección comunista no dejó de recordar a sus estudiantes el sentido último de su lucha, a saber: el combate mundial contra el imperialismo, que englobaba tanto la lucha vietnamita en Indochina como la de los demócratas españoles para liberarse de las bases militares americanas[64].

Para impulsar a todas las fuerzas intelectuales y estudiantiles progresivas, el PCE formuló en el VIII Congreso en 1972 su última propuesta antes de la legalización, es decir, la «Alianza de la Fuerzas del Trabajo y de la Cultura», ya anunciada por Carrillo en 1967. Según el secretario general, se trataba de una suerte de bloque social democrático en el que se tendrían que haber integrado segmentos sociales y organizaciones sociopolíticas plurales. Por su fuerza y por el empuje de las masas, la alianza habría conducido al fin de la dictadura y a la conquista del poder[65]. El papel de los hombres de la cultura en esta «alianza» fue desarrollado en los años posteriores. El PCE hizo diferentes llamamientos a los intelectuales para que se organizaran en torno a objetivos comunes como la libertad de expresión, un derecho que interesaba y beneficiaba a toda la sociedad, porque era «difícil medir la riqueza de valores que aportan al proceso creador de esa alianza, al avance democrático de España, los escritores y los artistas de sentimientos progresistas»[66]. Específicamente, el PCE remarcó en sus documentos la importancia de la universidad y de la educación a raíz de la «revolución científico-técnica» que se estaba produciendo en todo el mundo[67]. Este concepto, puesto en circulación a finales de los años sesenta, estuvo muy presente en las reflexiones de quienes estaban al frente de las fuerzas de la cultura en el PCE. Concretamente, Jaime Ballesteros afirmó que la ciencia era ya la fuerza productiva más importante en muchos países desarrollados y cada día ocupaba a mayores porcentajes de población activa con el rasgo peculiar de su proletarización creciente. De modo que había que contar con las aportaciones de los científicos y de los técnicos en las tareas de la revolución democrática que afrontaba el país. Ahora bien, añadía Ballesteros, los intelectuales que se incorporaban a la lucha en las filas del PCE debían hallar las mejores condiciones para realizar sus trabajos. El partido tenía que concederles libertad plena para extraer sus conclusiones en sus respectivos campos de investigación: «El Partido en cuanto tal no debe tomar posición oficial en las polémicas propias

de estas (la economía, la historia, la ciencia…) (…) la clase obrera está objetivamente interesada en el libre y amplio desarrollo de la ciencia, la técnica, el arte y la literatura… El Partido no hace de crítico estético»[68]. Palabras audaces, sin duda, que se separaban de una larga tradición de dirigismo político en lo que atañía al arte y a la ciencia (tradición común a otras fuerzas políticas e instituciones, dicho sea de paso).

Pero todo esto, con ser mucho, se limitaba a los trabajos de los intelectuales en cada una de sus esferas. En cuanto a la elaboración política, en los últimos años del franquismo, cuando ya se navegaba a velocidad de crucero hacia el inminente final de la dictadura, la intervención de los intelectuales del partido fue realmente poco relevante y la estrategia del partido fue elaborada en su totalidad por el Comité Ejecutivo. La dirección se limitó a resaltar a las figuras de los técnicos y profesionales, sin duda útiles para difundir en la sociedad española el programa del PCE pero incapaces de debatir sobre las características del socialismo en un país de capitalismo avanzado como ya era la España de los años setenta. La verdad es que, a pesar de las muchas iniciativas que protagonizó el sector cultural comunista, en 1965-1977 el PCE no volvió a ensayar los debates, ciertamente dramáticos pero de gran altura política, del periodo 1963-1964.

REORGANIZACIÓN Y FINAL DEL COMITÉ DE INTELECTUALES DEL PSUC (1965-1977)

Después de la crisis claudinista, el PSUC confió la supervisión de la reconstitución de su Comité de Intelectuales a Manuel Sacristán, que también fue cooptado para el Comité Ejecutivo. La dirección pensó la reorganización partiendo de la disolución de las «células homogéneas» por unas nuevas células formadas por militantes de distintas profesiones y especialidades académicas. Oficialmente, se justificó tal medida con el argumento de querer evitar un excesivo corporativismo profesional en las discusiones internas y dar al militante intelectual una visión más amplia e interdisciplinaria de los problemas de su sector[69]. En realidad, y como admitió el mismo Sacristán en 1967, detrás del cambio se escondía la idea de «separar y aislar a los claudinistas, concentrados sobre todo en dos de las viejas células de tipo homogéneo (historiadores y

médicos)»[70]. Es decir, el partido reorganizó a sus intelectuales sobre la desconfianza y la voluntad de romper las afinidades políticas creadas en las viejas células e impedir así el surgimiento de nuevas tendencias «fraccionalistas».

Los resultados de esta decisión fueron totalmente negativos: los intelectuales del PSUC se vieron encuadrados en células en las que no podían dialogar acerca de los problemas concretos de su gremio ni ponerse de acuerdo sobre cómo desplegar un programa de intervención cultural real. Ya en octubre de 1966, Sacristán comunicó a la dirección de París que la acción del Comité estaba perdiendo eficacia entre los intelectuales antifranquistas de Barcelona y que «la nulidad política y práctica de las células de hoy, elefantiásicas y heterogéneas, deprime a los militantes. Varios de ellos ven esas células como pesadillas que tienen que soportar por una disciplina aplicada a objetivos incomprensibles. Esta situación será, si se prolonga, muchos más destructiva que la acción de un regimiento de claudinistas»[71].

No solo esto: en los informes del filósofo barcelonés y de otros miembros del Comité, aparecen numerosas críticas al tipo de militancia que el partido les estaba exigiendo. En efecto, el intelectual comunista de los sesenta era una persona a la que, además de las labores que ejercía en su Comité, se le encomendaban tareas de contacto con los otros partidos políticos, de control del aparato de propaganda, de montar cursillos de formación para la base y de asistir a las reuniones de los varios comités de la organización del área metropolitana de Barcelona. En estas cosas, no se diferenciaba del militante obrero[72]. Sin embargo, la característica del Comité de Intelectuales del PSUC es que, hasta la crisis de 1964-1965, siempre pudo desplegar una actividad en los terrenos que le eran propios. Para ello se creó en 1956. A partir de mediados de los sesenta, y paralelamente a la disolución de las células homogéneas, los intelectuales notaron que su militancia se había vuelto indistinguible de la del resto del partido. Dicho de otro modo: que se esfumaba la idea de promover una acción sectorial determinada, lo cual producía en ellos la irresistible «sensación de frustración intelectual»[73]. Nada impidió a la dirección disolver definitivamente el Comité en 1965. Pero si se optaba por conservarlo, no había motivos para negarle la posibilidad de seguir realizando un trabajo específico en el frente cultural[74]. De ahí la insistencia de los intelectuales del PSUC en recalcar la urgencia de remodelar a un sector que ya se movía en un «desgaste en el vacío»[75]. La solución propuesta para frenar este declive era la «admisión plena, para los camaradas que hayan de quedar por ahora en intelectuales, del

principio de especialización del trabajo de Partido», disolviendo las células heterogéneas y volviendo a células homogéneas «que reúnan en sí el carácter de organismo regular de Partido más la posibilidad de un trabajo de masas»[76]. Puesto que la dirección hizo oídos sordos a estas recomendaciones, ya en 1968 la actividad del Comité estaba –por decirlo con las palabras de Miguel Núñez, que en ese año había vuelto a hacerse cargo del Comité de Barcelona– «deteriorada»[77].

Bien mirado, los únicos intelectuales del PSUC que pudieron escaparse de esta espiral de militancia desenfrenada y estéril fueron los que en 1967 intentaron relanzar Nous Horitzons, que desde 1964 apenas salía y cuyo nivel había bajado considerablemente[78]. Formada por Sacristán, los historiadores Josep Fontana y Josep Termes, el editor Xavier Folch, el lingüista Francesc Vallverdú y la hispanista italiana Giulia Adinolfi, esta nueva redacción proporcionó la mayoría de los contenidos de los números que van del 10 de 1967 al 23 de 1971. Respecto a la primera fase de la revista (1960-1963), la nueva redacción redujo el espacio dedicado a la literatura y la cuestión nacional, incrementó su interés por la filosofía política –con ensayos sobre Gramsci, Lenin y Lukács– y por la política interna, formulando una estrategia a seguir en los movimientos obrero y estudiantil tras las crisis que afectaron a las Comisiones Obreras y al Sindicato Democrático de Estudiantes de Barcelona en el bienio 1967-1968. Asimismo, dedicó más espacio a política internacional (Guerra de Vietnam, Cuba, los movimientos revolucionarios en Estados Unidos y la oposición griega al régimen de los coroneles, la Primavera de Praga, etc.), e hizo un atento seguimiento de los planes económicos franquistas y de los cambios jurídicos que llevó a cabo el gobierno para «legalizar» la represión. Y se abrió al diálogo con los católicos y a analizar los problemas de la mujer en la sociedad contemporánea[79].

Si bien la calidad intelectual de esta segunda etapa de Nous Horitzons fue superior a la del resto de publicaciones culturales del PCE, hay que decir que se trató de una tentativa cultural breve y sustancialmente malograda. Sobre todo porque el trabajo de la redacción fue obstaculizado por repetidas injerencias de la dirección en el exilio bajo la forma de censuras de textos, imposición de artículos acríticos con los países del socialismo real y decisiones editoriales cuestionadas en el interior[80]. Desde el mismo año 1967, el núcleo de Barcelona reclamó una completa autonomía para confeccionar los números de la revista en nombre de un análisis cultural más vinculado a la realidad catalana; algo que, en la clandestinidad, la dirección aún no estaba dispuesta a aceptar y que causó no pocas tiranteces con la redacción barcelonesa, hasta el punto de

que esta fue disuelta una vez que el partido decidió en 1972 trasladar a Cataluña la elaboración e impresión de todas sus publicaciones[81]. En definitiva, también la vía de emplear Nous Horitzons como medio para oxigenar la oferta cultural del partido quedó cerrada y fue solo a finales de 1976 cuando el Ejecutivo del PSUC reimpulsó la revista tras cuatro años de estancamiento[82].

Así las cosas, no es de extrañar que la vida del Comité de Intelectuales entrara definitivamente en crisis. Entre 1968 y 1970, se produjo una violenta fractura entre sus miembros y el médico Antoni Gutiérrez Díaz, que en 1967 sustituyó a Sacristán como responsable del Comité y al que los intelectuales acusaron de no defender sus demandas y peticiones ante la dirección[83]. Por añadidura, la invasión soviética de Checoslovaquia, cuya «no aprobación» por parte de la dirección del PSUC causó una agria crisis interna, y el estado de excepción declarado por el gobierno en enero de 1969, que permitió a la policía desarticular la organización del partido en Barcelona, impidieron ponerle remedio a la situación. Por el contrario, ambos acontecimientos contribuyeron a exasperar los ánimos de los intelectuales, que reclamaron una condena más contundente de la invasión y estigmatizaron el triunfalismo de un Comité Ejecutivo que analizó el estado de excepción como síntoma de la descomposición del régimen mientras decenas de militantes eran detenidos y torturados[84]. Al fin, en el verano de 1969 se produjo también la dimisión del carismático Manuel Sacristán del Comité Ejecutivo, sobre todo a causa del abandono en que este dejó a los intelectuales[85].

Todos estos problemas no empujaron a la dirección a formular una autocrítica acerca de cómo había dirigido al sector cultural del partido. Todo lo contrario. En una reunión del Comité Ejecutivo de enero de 1970, una buena parte de los dirigentes vio las quejas y la dimisión de Sacristán como pruebas de que los intelectuales aún no habían abandonado las tesis claudinistas[86]. La realidad es que era imposible solucionar los problemas que mermaban el trabajo de los intelectuales si los dirigentes seguían sin fiarse de su lealtad política. Es por esto por lo que el Ejecutivo aprovechó la puesta en marcha, en 1971-1972, de una reforma de la estructura organizativa del partido en el área metropolitana de Barcelona, muy maltrecha tras el estado de excepción, para disolver el Comité de Intelectuales[87]. Dicha reforma se basó en una profunda descentralización territorial por la que se crearon nuevos comités de barrios y de ciudad dotados de un amplio margen de decisión y capacitados para adaptar su labor a los territorios en los que operaban[88]. De ahí que el PSUC se convirtió en una estructura reticular y mucho menos dependiente del Comité de Barcelona, lo

cual, a su vez, permitió a la militancia desarrollar su trabajo político con más libertad respecto al pasado. Y a los intelectuales se les obligó a integrarse en estos nuevos comités territoriales, lo que hicieron con desconcierto y no sin muchas resistencias[89].

Aunque la reforma organizativa mejoró globalmente la acción del PSUC metropolitano, dándole un mayor dinamismo y más autonomía, al mismo tiempo privó al partido de las propuestas que sus intelectuales podían elaborar entre ellos para cada uno de los ámbitos científicos y culturales que afectaban a la sociedad catalana. Algo preocupante en unos años en que se atisbaba el final de la dictadura, tras el cual el partido habría necesitado presentarse con una propuesta programática fuerte de cara a unas elecciones democráticas y para afrontar la labor parlamentaria[90]. Este es un punto que el Comité de Barcelona entendió solo en 1974 y por el cual emitió en 1975 un comunicado interno en que anunciaba su voluntad de constituir una «Secretaría de las Fuerzas de la Cultura» que volviese a coordinar el trabajo cultural del partido a través de «comisiones culturales» que en mucho se parecían a las viejas células homogéneas[91]. La idea era justa pero fracasó por dos motivos: porque los intelectuales del PSUC rechazaron trabajar junto a los antiguos izquierdistas de la Organización Comunista de España (Bandera Roja), que entraron en el PSUC en 1974 tras una negociación con la dirección de la que nunca supieron nada y que dejó muchos malhumores, y también porque la disolución del Comité de Intelectuales les había dejado una gran desconfianza hacia cualquier proyecto de reorganización que procediese del Comité Ejecutivo[92]. Por ello, los 260 intelectuales del PSUC que contabilizó Jordi Solé Tura en octubre de 1975 se quedaron descolgados de todo tipo de trabajo cultural, y no es casualidad que el Projecte de Programa del PSUC fuera elaborado exclusivamente por el Ejecutivo[93]. Ante el IV Plenario del Comité Central de septiembre de 1976, Gregorio López Raimundo no pudo menos que reconocer que «entre las fuerzas de la cultura tenemos centenares de militantes. Pero no hemos encontrado aún las formas adecuadas para fundirlos plenamente en el Partido y para ayudarles organizadamente desde el Partido a convertirse en los orientadores e impulsores de la actividad de cada uno de los sectores de dichas fuerzas, tanto en el terreno profesional y cultural como en el político»[94].

Dos meses después, cuando todas las energías del partido iban dirigidas a obtener la legalización y a encarar la Reforma Política que estaba llevando a cabo el presidente del gobierno Adolfo Suárez, el Comité Ejecutivo llegó a la conclusión de que era imposible aclarar la funciones y el trabajo de sus

intelectuales sin una discusión pausada y colectiva que solo la legalidad podía propiciar[95]. De modo que fue en el IV Congreso de noviembre de 1977 donde el PSUC procedió a una nueva reforma centrada en la estricta división del trabajo de sus intelectuales como la que el Comité de Intelectuales exigió desde 1966 hasta 1971[96]. No cabe ninguna duda acerca de que la documentación que produjeron las nuevas «comisiones culturales» durante la Transición merecería un detallado estudio monográfico, porque sin la elaboración teórica de estos órganos no se entiende el trabajo de Jordi Solé Tura como ponente constitucional del PCE/PSUC ni las posiciones de los comunistas catalanes en la comisión que elaboró el Estatuto de Autonomía de Cataluña de 1979.

---

[1] «Conversación con Ricardo Muñoz Suay», sin fecha (pero posiblemente de 1953), Intelectuales y Movimiento Estudiantil: jacq. 36, Archivo Histórico del Partido Comunista de España (en adelante, AHPCE); Eduardo González Calleja, Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España Contemporánea. 1865-2008, Madrid, Alianza, 2009, pp. 226-232; Anónimo, Pueblo cautivo (1946), Madrid, Hiperión-Peralta, 1978; María Fernanda Mancebo, «Manuel Tuñón de Lara: una juventud comprometida con la causa antifascista. III. La posguerra», en José Luis de la Granja Sainz (coord.), Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1994, pp. 61-65; Nicolás Sánchez Albornoz, «Prólogo», en Manuel Lamana, Otros hombres, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, 1989, pp. 9-18; Encarna Nicolás Marín y Alicia Alted Vigil, Disidencias en el franquismo (1939-1975), Murcia, Diego Marín, 1999; Manuel Aznar Soler, «Los intelectuales y la política cultural del Partido Comunista de España (1939-1959)», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Sevilla, FIM-Atrapasueños, 2009, pp. 367-388; Nicolás Sánchez Albornoz, Cárceles y exilios, Barcelona, Anagrama, 2012, pp. 59-94.

[2] Libro publicado con el seudónimo de Juan Hermanos, El fin de la esperanza. Testimonio, Madrid, Tecnos, 1998; Nicolás Sánchez Albornoz, «Prólogo», en Manuel Lamana, Otros hombres, p. 15.

[3] Manuel Azcárate, Derrotas y esperanzas. La República, la Guerra Civil y la Resistencia, Barcelona, Tusquets, 1994, pp. 312-325.

[4] «Sobre algunos aspectos de la situación entre los intelectuales españoles (informe sobre un viaje de un mes por el Interior)», (no firmado pero redactado por Jorge Semprún), sin fecha (pero de 1953), Intelectuales y Movimiento Estudiantil: jacqs. 20-24, AHPCE; «Conversación con Ricardo Muñoz Suay», sin fecha (posiblemente de 1953), Intelectuales y Movimiento Estudiantil: jacq. 36, AHPCE; Jorge Semprún, Autobiografía de Federico Sánchez, Barcelona, Planeta, 1977; Felipe Nieto, La aventura comunista de Jorge Semprún, Barcelona, Tusquets, 2014, pp. 165-194.

[5] Partido Comunista de España, Mensaje del Partido Comunista de España a los intelectuales patriotas, México D.F., Ediciones Nuestro Tiempo, 1954; Gregorio Morán, Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 234-235; «V Congreso del PCE de España», agosto-septiembre de 1954, Documentos del PCE, Actas Congresos/tomo II, AHPCE.

[6] Roberto Mesa (ed.), Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, Ediciones de la Universidad Complutense, 1982; Pablo Lizcano, La generación del 56. La universidad contra Franco, Barcelona, Grijalbo, 1981, pp. 115-150; Antonio López Pina (coord.), Generación del 56, Madrid, Marcial Pons, 2010; F. Nieto, La aventura, pp. 269-287; «Manifiesto 1.o de abril», 1956, Fuerzas de la Cultura: caja 123, AHPCE.

[7] Los números de la revista se pueden consultar en Publicaciones periódicas: cajas 209-210, AHPCE.

[8] Varios Autores, Versos para Antonio Machado, París, Ruedo Ibérico, 1962. Varios Autores, España canta a Cuba, París, Ruedo Ibérico, 1962.

[9] Antonio Ferres, Memorias de un hombre perdido, Madrid, Debate, 2002, pp. 153-157; Ricardo Muñoz Suay, «Operación realismo», Imprevu IX (1978), pp. 175-178; G. Morán, Miseria y grandeza, pp. 349-350; José Esteban, Ahora que recuerdo. Memorias literarias, Madrid, Reino de Cordelia, 2019, pp. 150-176.

[10] Santos Juliá, Camarada Javier Pradera, Barcelona, Círculo de Lectores, 2012, pp. 113-120 y 254-302; Jordi Gracia, Javier Pradera o el poder de la izquierda. Medio siglo de cultura democrática, Barcelona, Anagrama, 2019, pp. 54-59.

[11] Esteve Riambau, Ricardo Muñoz Suay. Una vida en sombras. Biografía, Barcelona, Tusquets, 2007, pp. 366-385.

[12] Tema sobre el que hay que volver a Josep-Lluís Martín Ramos, Els orígens del Partit Socialista Unificat de Catalunya, Barcelona, Curial, 1977.

[13] José Luis Martín Ramos, «La afiliación del PSUC durante la Guerra Civil (1936-1939): volumen, distribución territorial y composición social», Revista HMiC: història moderna i contemporània 5 (2007), pp. 237-262. Sobre la política del PSUC en 1936-1939, véase la detalladísima explicación que ofrece el mismo autor en sus dos libros: La rereguarda en guerra. Catalunya, 1936-1937, Barcelona, L'Avenç, 2012; Territori capital. La Guerra Civil a Catalunya, 1937-1939, Barcelona, L'Avenç, 2015.

[14] José Luis Martín Ramos, Rojos contra Franco. Historia del PSUC (1939-1947), Barcelona, Edhasa, 2002; Josep Puigsech Farràs, Entre Franco y Stalin. El difícil itinerario de los comunistas en Cataluña, 1936-1949, Vilassar de Dalt, El Viejo Topo, 2009.

[15] Miquel Caminal, Joan Comorera. Comunisme i nacionalisme (1939-1958), Barcelona, Empúries, 1985, vol. III, pp. 247-285.

[16] Antoni Lardín Oliver, Obrers comunistes. El PSUC a les empreses catalanes durant el primer franquisme (1939-1959), Valls, Cossitània, 2007, pp. 150-242.

[17] Giaime Pala, «La sombra de Zdanov. Notas sobre la revista cultural del PSUC Cultura Nacional (1954-1955)», Cercles. Revista d'història cultural 14 (2011), pp. 201-228.

[18] Sobre cómo los intelectuales buscaron y dieron con el PSUC en 1956, véase Giaime Pala, «Teoría, práctica militante y cultura política del Partit Socialista Unificat de Catalunya (1968-1977)», Tesis doctoral, Universitat Pompeu Fabra, 2009, pp. 509-519.

[19] Jordi Solé Tura, Una història optimista. Memòries, Barcelona, Edicions 62, 1999, pp. 77-79; Javier Paniagua, Joaquim Prats, José Antonio Piqueras, «Josep Fontana, pasado y presente», Aula historia social 4 (1999), pp. 5-13; Arnau Puig, Dau al Set. Una filosofía de la existencia, Barcelona, Flor del Viento, 2003, cap. III; Josep Maria García Ferrer y Martí Rom, Joaquín Jordá, Barcelona, Col·legi d'Enginyers de Catalunya, 2001, p. 26; Josep Maria García Ferrer y Martí Rom,

Francesc Vicens, Barcelona, Col·legi d'Enginyers de Catalunya, 2003, pp. 41-43; Xavier Juncosa, Integral Sacristán, Vilassar de Dalt, El Viejo Topo, 2006, CD2; Archivo del Tribunal Militar Tercero de Barcelona, Causa 159-IV-57, declaraciones de Octavi Pellissa.

[20] Juan Francisco Marsal, Pensar bajo el franquismo, Barcelona, Península, 1978, pp. 147-148; J.M. García Ferrer y M. Rom, Francesc Vicens, pp. 37-41; X. Juncosa, Integral Sacristán, CD1; Teresa Muñoz Lloret, Josep M. Castellet. Retrat de personatge en grup, Barcelona, Edicions 62, 2006, pp. 86-94; María Francisca Fernández Cáceres, «Orígenes de una disidencia. Manuel Sacristán en las revistas Estilo y Quadrante», Historia y Política 30 (2013), pp. 225-249.

[21] «Informe de Andrés» (Miguel Núñez), octubre de 1956, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): jacq. 836, AHPCE.

[22] Un excelente análisis de estas detenciones en Francisco Erice, Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista (1956-1963), Gijón, Trea, 2017, pp. 111-129.

[23] «Informe de José Luis» (Manuel Sacristán), 15/5/1958, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): jacq. 1030, AHPCE; Libretas de los apuntes de Francesc Vicens de las reuniones del Comité Ejecutivo del PSUC (en adelante, «Libretas apuntes C.E.»), reunión de 2/10/1961, Archivo Personal de Francesc Vicens (en adelante, APFV); «Informe de los intelectuales», diciembre de 1962, Fondo PSUC: n. 608, Arxiu Nacional de Catalunya (en adelante, ANC).

[24] «II Congreso del PSUC. Informe de Lucas» (Manuel Sacristán), octubre de 1966 (en realidad, agosto de 1965), Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 50, AHPCE.

[25] Libretas apuntes C.E., reuniones de 29/6/1961, 22/12/1961, 5/1/1962, 2/8/1962, 2/2/1963, APFV; «Carta de Miró» (Josep Serradell), 14/4/1962 y «Carta de Mario» (Gabriel Arrom), 29/2/1964, ambas en Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 55, AHPCE. Sobre los manifiestos de protesta de 1960-1963, véase también: Pere Ysàs, Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 45-74.

[26] T. Muñoz Lloret, Josep M. Castellet, pp. 190-199.

[27] Giaime Pala, El PSUC. L'antifranquisme i la política d'aliances a Catalunya (1956-1977), Barcelona, Base, 2011, cap. 1.

[28] Libretas apuntes C.E., reuniones de 10/4/1961, 2/8/1962, 28/3/1963, 5/4/1963, APFV.

[29] «II Congreso del PSUC. Informe de Lucas» (Manuel Sacristán), octubre de 1966 (en realidad, agosto de 1965), Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 50, AHPCE.

[30] «Informe de Blasco» (Gregorio López Raimundo), 30/4/1962, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 55, AHPCE.

[31] Libretas apuntes C.E., reunión de 17/8/1963, APFV.

[32] «Carta de Andrés» (Miguel Núñez), octubre de 1956, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): jacq. 836, AHPCE.

[33] Sobre la creación y los contenidos de esta revista, puede leerse: Giaime Pala, «Marxisme i cultura catalana. Nota sobre els Quaderns de cultura catalana (1959-1960)», Els Marges 93 (2011), pp. 32-46.

[34] «Carta de Gregorio López Raimundo a Josep Moix», 9/4/1960, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 54, AHPCE.

[35] Para una descripción de los contenidos de los primeros años de la revista, véase: Giaime Pala, «El frente cultural. Sobre la trayectoria de la revista Nous Horitzons», Spagna contemporanea 38 (2010), pp. 85-107.

[36] Voluntad ya explicitada claramente en la «Presentació» del número 1 de Quaderns de cultura catalana, febrero de 1959, pp. 1-2.

[37] «Informe de Núria Pla» (Teresa Pàmies), 1962, carpeta «Nous Horitzons», APFV.

[38] Véase, al respecto, los documentos consultables en Intelectuales y Movimiento Estudiantil: jacqs. 106-107 y 221-222, AHPCE.

[39] Sobre esta discusión, consúltense los informes ubicados en: Divergencias, Caja 110/carpeta primera, AHPCE.

[40] G. Morán, Miseria y grandeza, p. 371.

[41] Federico Sánchez, «Observaciones a una discusión», Realidad 1 (1963), pp. 5-20; Fernando Claudín, «La revolución pictórica de nuestro tiempo», ibid., pp. 21-49.

[42] «Reunión del Comité Ejecutivo», 6 de diciembre de 1963, Documentos del PCE, jacq. 300, AHPCE.

[43] «Reunión plenaria del Comité Ejecutivo del PCE», enero-febrero de 1964, Documentos del PCE, Plenos Comité Central, AHPCE.

[44] «Reunión del Comité Ejecutivo del PCE en torno a las divergencias con F. Claudín y F. Sánchez», marzo–abril de 1964, Documentos del PCE: Plenos Comité Central, AHPCE; Fernando Claudín, Documentos de una divergencia comunista: los textos del debate que provocó la exclusión de Claudín y Jorge Semprún del PCE, Barcelona, El Viejo Topo, 1978, pp. 3-51; Jesús Sánchez Rodríguez, Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1082), Madrid, FIM, 2004, pp. 87-104; Santiago Míguez González, La preparación de la transición a la democracia en España, Zaragoza, Universidad de Zaragoza Prensas Universitarias, 1990, pp. 269-271.

[45] «Resolució del Comitè Executiu del PSU de Catalunya», 4 de noviembre de 1964, Documentos del PCE: carpeta 45, AHPCE; «Resolució del Partit Socialista Unificat de Catalunya», 18 de noviembre de 1964, Divergencias: caja 111/4, AHPCE. Sobre el caso de Solé Tura, que no formaba parte del Ejecutivo del PSUC pero trabajaba en estrecho contacto con él en París, véase también: Giaime Pala, «Nación y revolución social. El pensamiento y la acción del joven Jordi Solé Tura», Historia y Política 41 (2019), pp. 296-300.

[46] «Fernando Claudín y Federico Sánchez excluidos del Comité Central del PCE», Mundo Obrero, segunda quincena de febrero de 1965.

[47] «Documento-Plataforma fraccional de Fernando Claudín, acompañado de las notas críticas de la redacción de Nuestra Bandera», Nuestra Bandera 40 (1965), pp. 9-125.

[48] Comité Ejecutivo del PCE, «Resolución sobre la expulsión de Fernando Claudín y Federico Sánchez», Mundo Obrero, segunda quincena de abril de 1965.

[49] Josep Fontana i Lázaro, «Los comunistas en el final de la dictadura», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros los comunistas», p. 407.

[50] G. Morán, Miseria y grandeza, p. 411.

[51] Giaime Pala, «Els dubtes de l'intel·lectual. La crisi Claudín-Semprún al PSUC (1964-1965)», Afers. Full de recerca i pensament 66 (2010), pp. 463-478.

[52] Elías Díaz, Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975), Madrid, Tecnos, 1983, pp. 114-115; Javier Muñoz Soro, Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 193-198.

[53] «Carta de Alfonso Sastre a S. C. Prisión de Carabanchel», febrero de 1975, Activistas: sign. 39/8, AHPCE.

[54] G. Morán, Miseria y grandeza, p. 485; J. Esteban, Ahora que recuerdo, pp. 164-169; Andrés Sorel, Antimemorias de un comunista incómodo. De la Pirenaica a Podemos, Barcelona, Península, 2016, pp. 133-147.

[55] J. Esteban, Ahora que recuerdo, pp. 181-183.

[56] «Correspondencia de Santiago Carrillo con Dolores Ibárruri», 5 de mayo de 1964, Dirigentes: sign. 35/4, AHPCE; «Reunión del C.E.», 18 de noviembre de 1966, Documentos del PCE: carpeta 47, AHPCE. Véase también: G. Morán, Miseria y grandeza, p. 483; A. Sorel, Antimemorias, 181-182.

[57] J. Esteban, Ahora que recuerdo, pp. 176-177 y 252-253; Francisco Rojas Claros, «Una editorial para los nuevos tiempos: Ciencia Nueva, (1965-1970)», Historia del Presente 2 (2005), pp. 103-120.

[58] Miguel Ángel Ruiz Carnicer, El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo, Madrid, Siglo XXI de España, 1996, pp. 374-386.

[59] Alejandro Velázquez (Jaime Ballesteros), «Hacia el congreso nacional de estudiantes», Mundo Obrero, segunda quincena de 1965.

[60] Santiago Carrillo, Nuevos enfoques a problemas de hoy, París, Éditions

Sociales, 1967, p. 69.

[61] José Álvarez Cobelas, Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970), Madrid, Siglo XXI, 2004, pp. 165-305; Francisco Fernández Buey, «Estudiantes y profesores universitarios contra Franco. De los sindicatos democráticos estudiantiles al movimiento de profesores no numerarios (1966-1975)», en Juan José Carreras Ares y Miguel Ángel Ruiz Carnicer (eds.), La Universidad española bajo el régimen de Franco, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989, pp. 469-496.

[62] Julio Antonio García Alcalá, Historia del Felipe. (FLP, FOC, ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, pp. 245-250; Javier Padilla, A finales de enero. La historia de amor más trágica de la Transición, Barcelona, Tusquets, 2019, pp. 165-218.

[63] Sindicato democrático de estudiantes, Universidad de Madrid (S.D.E.U.M.), «La Junta de estudiantes denuncia la represión», Madrid, mayo de 1969, Archivo privado de Enrique Camacho; Nicolás Sartorius y Javier Alfaya, La memoria insumisa, Madrid, Espasa Calpe, 1999, pp. 262-274.

[64] «El movimiento estudiantil en lucha por la libertad y el socialismo» (resolución aprobada en una reunión de dirigentes universitarios del PCE y del PSUC con el Comité Ejecutivo del PCE), octubre de 1971, Documentos del PCE: carpeta 52, AHPCE.

[65] S. Carrillo, Nuevos enfoques, pp. 89-92 y 168-179.

[66] «Sobre los actuales movimientos de intelectuales, profesionales y artistas» (trabajo colectivo elaborado por una comisión del C.C. del P.C. de España), Nuestra Bandera 54 (1967), pp. 151-161.

[67] «Sobre los actuales movimientos de intelectuales, profesionales y artistas», sin fecha, Movimiento de Intelectuales: sign. 126-1/9, AHPCE; «Perspectivas del movimiento estudiantil», 1970, Documentos del PCE: carpeta 51, AHPCE.

[68] Emilio Quirós (Jaime Ballesteros), «Nuevas características y tareas del frente teórico y cultural», VIII Congreso del PCE de 1972, Documentos del PCE: Actas Congresos, AHPCE.

[69] Partit Socialista Unificat de Catalunya, PSUC. IV Congrés, amb la veu de tots, Barcelona, Laie, 1977, p. 271.

[70] «Carta de Ricardo» (Manuel Sacristán), 3/7/1967, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 57, AHPCE.

[71] «Carta de Ricardo» (Manuel Sacristán), octubre de 1966, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 56, AHPCE. Y también: «Carta de Ricardo» (Manuel Sacristán), 6/6/1966, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 56, AHPCE.

[72] Giaime Pala, «El intelectual y el partido. Notas sobre la trayectoria política de Manuel Sacristán en el PSUC», en Salvador López Arnal e Iñaki Vázquez (eds.), El legado de un maestro. Homenaje a Manuel Sacristán, Vilassar de Dalt, FIM/Ediciones de Intervención Cultural, 2007, pp. 29-38.

[73] «Carta de Ricardo» (Manuel Sacristán), octubre de 1966, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 56, AHPCE.

[74] «Escrito de la célula de Ricardo», febrero de 1966, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 56, AHPCE; «Carta de Josep Bonifaci», febrero de 1966, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 56, AHPCE; «Carta de Ramón» (Isidor Boix), abril de 1967, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 57, AHPCE.

[75] «Carta de Ricardo» (Manuel Sacristán), 3/7/1967, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 57, AHPCE.

[76] Ibíd.

[77] «Carta de Saltor» (Miguel Núñez), 2/8/1968, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 58, AHPCE.

[78] «Carta de Vernet [Francesc Vallverdú] a Joan Camí [Josep Maria Sendrós]», 24/9/1965 y «Carta de Joan Camí a Vernet», 12/12/1966, ambas consultables en Fondo PSUC: n. 609, ANC.

[79] Para una detallada descripción de los contenidos de esta fase de Nous Horitzons, véase: Giaime Pala, Cultura clandestina. Los intelectuales del PSUC bajo el franquismo, Granada, Comares, 2016, pp. 92-98.

[80] Ibid., pp. 98-106.

[81] Apuntes manuscritos de Miguel Núñez, «Cuestiones de propaganda. 1972», Fondo del Centre de Treball i Documentació, Arxiu Històric de Comissions Obreres de Catalunya (en adelante, AHCONC).

[82] «Projecte de NOUS HORITZONS. Nova època», diciembre de 1976, Fondo PSUC: n. 609, ANC.

[83] G. Pala, Cultura clandestina, pp. 131-145.

[84] Giaime Pala y Tommaso Nencioni, «La nueva orientación de 1968. El PCE-PSUC ante la Primavera de Praga», en Giaime Pala y Tommaso Nencioni (eds.), El inicio del fin del mito soviético. Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga, Vilassar de Dalt, El Viejo Topo, 2008, pp. 191-195; G. Pala, Teoría, práctica militante y cultura política, pp. 107-133.

[85] Giaime Pala, «Sobre el camarada Ricardo. El PSUC y la dimisión de Manuel Sacristán (1969-1970)», Mientras Tanto 96 (2005), pp. 47-75.

[86] «Comité Ejecutivo», 2-4 de enero de 1970, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 51, AHPCE.

[87] El plan de reforma del PSUC barcelonés se puede leer en «Reflexiones sobre organización» (no firmado pero escrito por Josep Serradell), abril de 1969, Nacionalidades y Regiones (Cataluña): caja 52, AHPCE.

[88] Giaime Pala, «El partido y la ciudad. Modelos de organización y militancia del PSUC clandestino (1963-1975)», Historia Contemporánea 50 (2015), pp. 195-222.

[89] «Las tareas políticas y de organización del Partido en Barcelona», 1973, Fondo PSUC: n. 859 (I), ANC.

[90] Necesidad abiertamente admitida en el PSUC barcelonés, como se puede constatar de los siguientes apuntes manuscritos de Miguel Núñez: «Para discutir sobre la creación de una Comisión para el trabajo del partido en Barcelona en relación con las Fuerzas de la Cultura», 22/5/1974; «Comisión para las Fuerzas de la Cultura del Comité de Barcelona», 7/6/1974; «Secretaría Fuerzas de la Cultura», octubre de 1974. Estos apuntes son consultables en: Fondo del Centre

de Treball i Documentació, AHCONC.

[91] «Comunicado del Comité de Barcelona», 1975, Fondo PSUC: caja «Comité de Barcelona», AHCONC.

[92] Argumentos esgrimidos en el informe, no firmado pero redactado seguramente por Jordi Solé Tura, «Notas sobre la situación organizativa de los sectores denominados Fuerzas de la Cultura», octubre de 1975, Fondo PSUC: n. 426, ANC. Sobre la polémica entrada en el PSUC del núcleo catalán de la Organización Comunista de España (Bandera Roja), véase también: Giaime Pala, «Una semilla de discordia. La entrada de Bandera Roja en el PSUC», Revista HMiC: Història Moderna i Contemporània 9 (2011), pp. 140-162.

[93] Como se puede constatar en los materiales conservados en Fondo PSUC: n. 30, ANC. El resultado de estas discusiones programáticas de 1975-1976 fue publicado por el partido en formato opúsculo: Partit Socialista Unificat de Catalunya, Projecte de Programa, [s.l.], PSUC, 1976.

[94] «Cataluña y la ruptura. Informe al IV Pleno del Comité Central del PSUC, presentado por Gregorio López Raimundo», septiembre de 1976, Fondo PSUC: n. 68, p. 26, ANC.

[95] Apuntes manuscritos de la reunión del Comité Ejecutivo del PSUC del día 6 de octubre de 1976, unidad de clasificación XXVIII, Archivo Personal de Josep «Román» Serradell.

[96] Esta división del trabajo se explicitó en la creación de unas «comisiones culturales» dependientes del Comité Central pero dotadas de amplia autonomía. En concreto, se crearon las comisiones de Cultura, Sanidad, Investigación, Economía, Producción Artística, Formación, Medios de Comunicación, Enseñanza y Reforma de los Aparatos del Estado. Hay abundantes materiales de y sobre estos órganos en el Fondo PSUC del AHCONC y en el Fondo PSUC del ANC.

XV

REFUNDAR UNA PATRIA DIFÍCIL. EL PCE, ESPAÑA Y LAS CUESTIONES NACIONALES: DE LA UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS IBÉRICAS A LA REPÚBLICA FEDERAL PLURINACIONAL Y SOLIDARIA

Diego Díaz Alonso

LA HERENCIA SOCIALISTA Y LIBERTARIA

Procedentes en su mayoría de las filas del PSOE, y en menor medida de la CNT, los fundadores del Partido Comunista de España trasladaron a la nueva organización la indiferencia por las problemáticas nacionales que tradicionalmente habían mostrado la mayoría de los socialistas y anarcosindicalistas españoles. Con contadas excepciones, ambas familias del movimiento obrero español habían visto en las reivindicaciones del catalanismo y del nacionalismo vasco un asunto burgués o pequeñoburgués, muy ajeno a los verdaderos intereses del proletariado, «un bonito tema de conversación para matar el tiempo en una tertulia aburrida o para distraer los ocios durante las vacaciones veraniegas»[1], como llegaría a afirmar en 1914 el socialista catalán Antonio Fabra Ribas en su polémica con Andreu Nin a propósito del socialismo y la cuestión nacional catalana.

Ciertamente, en unas condiciones muy particulares, el final de la Primera Guerra Mundial, los ecos de las revoluciones rusa y alemana, el auge de los nacionalismos sin Estado en toda Europa, el derrumbe de los viejos imperios y la crisis de la Restauración, el PSOE llegaría a aprobar en su Congreso de 1918 el derecho a la autodeterminación y la República federal. Sin embargo, un año más tarde, decepcionado con el papel de la Lliga Regionalista, en quien Julián

Besteiro y otros socialistas habían creído ver a una burguesía democratizadora, aliada para traer la República a España, el partido socialista se retractaría en un nuevo Congreso Extraordinario, celebrado en diciembre de 1919, donde se impondrían las tesis de Indalecio Prieto, quien por su procedencia vasca y su histórica mala relación con el PNV, se mostraba mucho más receloso que Besteiro en lo tocante a la relación con los nacionalistas catalanes y vascos[2]. En cuanto a la CNT, a pesar del peso de su rama catalana y su teoría y práctica federalistas, ancladas en su histórica raíz pimargalliana, el alineamiento de la Lliga Regionalista con los intereses de la misma burguesía a la que aquellos obreros libertarios combatían, y les combatía, les mantendría alejados del catalanismo en general, y más concretamente del gran movimiento por la autonomía que se daría en Catalunya entre 1918 y 1919. Movimiento que el PSOE llegaría a apoyar, pero del que la CNT se declararía tan equidistante como del centralismo monárquico. Aunque seguirían existiendo contactos o incluso alianzas entre Salvador Seguí, el llamado Noi del Sucre, y otros destacados dirigentes de la CNT y del republicanismo catalán, como Francesc Layret y Lluis Companys, el mundo libertario de los años diez y veinte sería en líneas generales mucho menos poroso al catalanismo de lo que lo había sido el de finales del siglo XIX y los primeros años del XX, cuando las fronteras entre republicanismo, catalanismo y anarquismo eran relativamente difusas, y habían llegado a existir incluso publicaciones de inspiración anarquista escritas en catalán, como La Tramontana y Avenir[3].

LA RUPTURA COMUNISTA: INTERNACIONALISMO FRENTE A «SOCIALPATRIOTISMO» Y NACIONALISMO DE ESTADO

Esa herencia política, la de un obrerismo militante, refractario a lo que se consideraban contaminaciones ideológicas burguesas y pequeño burguesas, marcaría pues los primeros pasos de un PCE en el que las tesis de Lenin sobre el derecho de las nacionalidades a la autodeterminación apenas debían ser conocidas por sus dirigentes. Así, con respecto a la forma del futuro Estado español bajo el comunismo, el primer documento programático del partido solo haría una escueta referencia a la República, y no mencionaría ni la cuestión catalana ni la vasca. Las otras herencias clave en la configuración del pensamiento político del comunismo español sobre la cuestión nacional serían el

impacto traumático de la Primera Guerra Mundial y sus diez millones de muertos, así como el recuerdo más cercano de los horrores y padecimientos de la Guerra de Marruecos. De ambas experiencias se heredaría un arraigado rechazo tanto al patriotismo de Estado, por considerarlo una forma de alienación de la clase trabajadora, como al llamado «socialpatriotismo» de los partidos de la Segunda Internacional, que en el verano de 1914 habían apoyado a sus respectivas burguesías, en lugar de combatir la guerra con la herramienta de la huelga general. España no había entrado en la guerra, pero la mayoría del PSOE se había posicionado a lo largo del conflicto abiertamente del lado de los Aliados, pidiendo incluso un enfrentamiento más abierto contra Alemania, en contra de la posición estrictamente neutralista y antiimperialista de Antonio García Quejido y el ala izquierda del partido.

Lo que tenemos por lo tanto en 1921 es un partido obrero y obrerista, completamente alejado tanto de las reivindicaciones del catalanismo, en ese momento hegemonizado por la Lliga, como de un nacionalismo vasco abiertamente reaccionario. Un partido asimismo enfrentado y opuesto al patriotismo y el militarismo español, y que, por indicación de la Internacional Comunista, hace agitación entre los «compañeros soldados» enviados a una guerra colonial que se reanuda con fuerza en torno a 1919:

¡Compañeros soldados! Vuestros enemigos no están en Marruecos, están en España. Son los jefes que os mandan, el Gobierno y los capitalistas. ¡Volved las armas contra ellos![4]

LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA Y LOS PRIMEROS CONTACTOS CON EL SEPARATISMO CATALÁN Y VASCO

Será la instauración en 1923 de la dictadura de Primo de Rivera y su persecución conjunta de comunistas, anarquistas y separatistas catalanes y vascos, la que propicie un primer acercamiento de mundos que hasta entonces habían permanecido aislados. En 1925 va a producirse en París a instancias de Francesc Macià, líder de Estat Català, el primer contacto orgánico entre el PCE y fuerzas nacionalistas de Catalunya y el País Vasco. La doctrina de la Komintern a favor

de la descolonización y el derecho a la autodeterminación de los pueblos había generado una cierta corriente de simpatía por la Unión Soviética entre los nacionalistas catalanes y vascos más radicalizados y partidarios de pasar a la acción, fascinados por los movimientos revolucionarios de Irlanda o la India, e identificados con las denuncias del imperialismo que emanaban del movimiento comunista. Así, en octubre de 1925 Maciá y José Bullejos, secretario general de un menguado PCE, partían hacia Moscú en busca del apoyo económico de la IC para el Comité que Estat Català estaba promoviendo, con vistas a impulsar un levantamiento revolucionario de los trabajadores y de las nacionalidades contra la dictadura de Primo de Rivera. Además de los comunistas, el comité parisino contaba con la adhesión de la CNT y del PNV aberriano, producto este último de la división del nacionalismo vasco en dos tendencias, una radical, independentista, y otra moderada, autonomista, Comunión Nacionalista Vasca.

Tanto la misión como el comité fracasarían, pero permitirían entrever a los dirigentes comunistas españoles las posibilidades revolucionarias que los movimientos separatistas podían jugar en el enfrentamiento contra un Estado que además de burgués era centralista. En adelante la propaganda de los comunistas se llenaría de llamamientos al derecho a la autodeterminación de catalanes y vascos, si bien puramente ornamentales y carentes de demasiada efectividad para un partido reducido a unos escasos centenares de militantes tras años de persecución y de enfrentamientos internos. A estos problemas se añadiría la crisis de la Federación Comunista Catalano Balear, que liderada por Joaquín Maurín se terminaría escindiendo en 1930 de un PCE hegemonizado por los dirigentes madrileños, sevillanos, asturianos y vizcaínos, todos ellos muy alejados de los planteamientos más federalistas y sensibles a las demandas de plurinacionalidad que manejaba la FCCB.

UN COMUNISMO FEDERALISTA Y CATALANISTA: LA ESCISIÓN DE LA FCCB Y LA FUNDACIÓN DEL BLOC OBRER I CAMPEROL

El detonante de la ruptura entre Maurín y Bullejos no sería la problemática nacional, pero la escisión del grupo catalán dejaría al PCE sin el sector que más en serio se había tomado las tesis de Lenin sobre las nacionalidades, y que de un modo más activo trataría de ponerlas en práctica. En marzo de 1931, en vísperas

de la proclamación de la República, la FCCB se fusionaría con el Partit Comunista Catalá, un grupo nacionalista de izquierdas creado en 1928, y ya en común promoverían el Bloc Obrer i Camperol. El BOC haría de la República catalana una de sus reivindicaciones centrales, defendería la creación de una confederación de repúblicas ibéricas y tendría cierto éxito atrayendo hacia el comunismo a algunos jóvenes nacionalistas de izquierdas procedentes de Estat Català, y desencantados con la moderación de Maciá tras la formación de Esquerra Republicana de Catalunya. Para Maurín la proclamación de la República catalana sería el acontecimiento que desencadenaría una rebelión general contra el Estado centralista en el resto de regiones de España. Este proceso federalista aceleraría el ritmo de la revolución democrática en todo el país, como había pasado en la revolución rusa. Catalunya debía liderar este proceso y convertirse en la locomotora de un nuevo republicanismo federal. En su opinión ni los minoritarios trotskistas de la Izquierda Comunista de España, ni sobre todo los dirigentes del PCE, habían asimilado correctamente las tesis de Lenin sobre las nacionalidades, y además minusvaloraban el papel contrarrevolucionario que había jugado en la historia de España el Estado centralista creado en el siglo XIX por la oligarquía. El BOC atacaría a Maciá por deponer la República catalana proclamada el 14 de abril de 1931 y aceptar como sustitución un Estatuto recortado por las Cortes republicanas. Para Maurín, frente a la tendencia de la burguesía catalana a entenderse con la oligarquía centralista, tal y como habían demostrado históricamente la Lliga, así como las vacilaciones de la pequeña burguesía catalanista, representada por Esquerra, sería el movimiento obrero catalán el que finalmente lograría resolver la cuestión nacional proclamando una República catalana libremente federada con el resto de pueblos de España.

EL PCE Y LA CUESTIÓN DE LAS NACIONALIDADES EN LOS PRIMEROS AÑOS DE LA REPÚBLICA: LA UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS IBÉRICAS

Las críticas al PCE por su insuficiente atención a la cuestión catalana y vasca, así como a los incipientes movimientos nacionales en Galicia, el País Valencià y otras partes de España, no vendrían solo de parte de los disidentes comunistas. La propia Komintern, muy insatisfecha con Bullejos y la dirección del PCE,

abordaría esta cuestión en una carta abierta al partido. Entre las múltiples críticas de los dirigentes de la IC, el ucraniano Dimitri Manuilski y el búlgaro Stoyán Mínev Stepanov, estaban su incomprensión de la problemática nacional y la inactividad en esta cuestión, que le llevaría a no hacer ningún esfuerzo por destruir entre los obreros españoles su «mentalidad hostil al nacionalismo, catalán, vasco y gallego», así como no aprovechar el potencial revolucionario de estos movimientos. Para los responsables de la Internacional, el partido español debía imitar a los bolcheviques, y su utilización de las cuestiones nacionales como elemento desestabilizador del imperio zarista. El PCE debía trabajar por atraer a los campesinos y trabajadores nacionalistas catalanes, vascos y gallegos, hacia un proyecto común con los campesinos y trabajadores del resto de la península: «crear sobre las ruinas del imperialismo español la libre federación ibérica de repúblicas obreras y campesinas de Cataluña, Vasconia, España, Galicia y Portugal»[5].

El Congreso de Sevilla de 1932 supondría la puesta a punto de esta estrategia. El PCE intensifica a partir de entonces su trabajo propagandístico dirigido a atraer a los obreros y campesinos nacionalistas más radicalizados. Frente a los estatutos de autonomía de la República burguesa, el partido, en coherencia con su maximalismo izquierdista, opone un programa de corte sovietizante: reconocimiento del derecho de autodeterminación y sustitución de España por una Unión de Repúblicas Socialistas Ibéricas. Del congreso sevillano saldrá también la orientación de crear partidos de nacionalidad, formalmente autónomos del PCE, para reforzar la credibilidad de las consignas en defensa de la URSI (Unión de Repúblicas Socialistas Ibéricas). El Partit Comunista de Catalunya en 1932, y el Partido Comunista de Euskadi en 1935. Ambos con órganos de prensa propios, Catalunya Roja y Euskadi Roja, y con propaganda que por primera vez usa de un modo sistemático, junto al castellano, el catalán y el euskera.

ANTIFASCISMO Y CUESTIÓN NACIONAL

El giro centralista y conservador de la República tras la victoria de las derechas en noviembre de 1933 empujará a un nuevo proceso de convergencia entre las fuerzas republicanas progresistas, obreras y nacionalistas. La Alianza Obrera de

Catalunya, impulsada a finales de 1933 por los comunistas del BOC, va a ser el laboratorio de una nueva cultura política antifascista en la que la defensa de las libertades autonómicas y democráticas se fusionan con la agenda política del movimiento obrero y las reivindicaciones campesinas. Los comunistas del PCC, a pesar de lo reducido de sus efectivos, van a apoyar la proclamación de una República catalana de los trabajadores y finalmente la rebelión de la Generalitat contra el Gobierno del Partido Radical y la CEDA. Tras el fallido levantamiento de octubre de 1934 y la represión indiscriminada gubernamental, las izquierdas comenzarían a trabajar en un nuevo proyecto común para recuperar el Gobierno de la República, liberar a los presos políticos, avanzar en las reformas sociales y la autonomía de las regiones. El PCE, en el marco del giro frentepopulista adoptado por la IC ante el avance del fascismo y la posibilidad real de una invasión de la URSS por una Alemania nazi en plena expansión, modera sus anteriores planteamientos izquierdistas, «¡Abajo la República burguesa!», adaptándolos a un momento defensivo y de búsqueda de acuerdos amplios con las fuerzas democráticas y progresistas. Así, en el plano de la cuestión nacional, el partido pasa a defender un objetivo mucho más realista y popular que la autodeterminación: la defensa de los estatutos de autonomía, empezando por la recuperación del catalán y siguiendo por la extensión del autogobierno al País Vasco y Galicia, como primer paso en la construcción de una República federal. La otra gran novedad de los comunistas en lo tocante a la mutación de su discurso político durante el periodo del Frente Popular será la adopción de un lenguaje más populista que estrictamente obrerista, así como el redescubrimiento de la tradición del nacionalismo español republicano como elemento movilizador, agregador y homonegeizador de los antifascistas. Esta orientación más interclasista, tachada de socialpatriota desde la ortodoxia obrerista del POUM, va a llegar a su cénit con la Guerra Civil, periodo en el que el PCE adoptará un ardiente patriotismo republicano que caricaturiza a Franco y los militares sublevados como títeres de la Alemania nazi y la Italia fascista.

«EL ORGULLO DE SER ESPAÑOLES»: EL DISCURSO PATRIÓTICO DEL PCE EN LA GUERRA CIVIL

Los comunistas tratarán de compatibilizar ese nuevo patriotismo español, plagado de referencias históricas a episodios de heroísmo popular, de Numancia

a los Comuneros, y del Dos de Mayo a Riego y el Trienio Liberal, con el reconocimiento de la plurinacionalidad de España y la búsqueda de una alianza estable con los nacionalistas periféricos que defendían la República[6]. Ante las tendencias separatistas, que se incrementarían con la mala marcha de los acontecimientos bélicos, el PCE presentaría la República como la única garantía real para la salvación de las libertades catalanas, vascas y gallegas. Sin embargo, la decidida apuesta del partido por reconstruir un Estado centralizado y un Ejército fuertes que pusiesen coto a la dispersión y fragmentación del poder en la zona republicana llevarían al PCE a tener que realizar delicados equilibrios entre sus principios políticos federales y su convicción de que la guerra solo se ganaría con unidad de mando. El difícil compromiso entre la reconstrucción de la autoridad del Gobierno de la República, el mando unificado del Ejército y la defensa de los gobiernos autonómicos catalán y vasco, que en la práctica funcionaban como Estados confederados con una gran tendencia al aislamiento, conduciría a frecuentes tensiones entre la dirección del PCE y el líder de los comunistas vascos, acusado de subalternidad al PNV y excesiva condescendencia con la política militar del lehendakari José Antonio Aguirre, hostil a la nacionalización de las industrias de guerra, así como a la unificación de las milicias vascas, cántabras y asturianas en un único Ejército del Norte. Asimismo, las chispas saltarían con el emergente y poderoso Partit Socialista Unificat de Calunya, el nuevo partido surgido de la fusión del PCC con la Federación Catalana del PSOE, y dos partidos socialistas y nacionalistas de izquierdas, la hegemónica Unió Socialista de Catalunya y el minoritario Partit Catalá Proletari. Al nuevo partido, dirigido por el conseller Joan Comorera, y afín a la III Internacional, también se le reprocharía en el final de la guerra una excesiva complacencia con el president Lluís Companys.

La autonomía del PC de Euskadi, al frente del que estaba el dirigente donostiarra Juan Astigarrabía, concluiría en 1937 con la caída del País Vasco en manos de los sublevados. Astigarrabía, que entre 1935 y 1937 apostaría por un partido comunista «vasquista», atractivo para las bases populares del nacionalismo, sería purgado por la cúpula del PCE y parte de los dirigentes vascos, culpado de la derrota en Euskadi, palabra que por cierto los comunistas serían los primeros en usar fuera del ámbito nacionalista. Temeroso de que el siguiente paso fuera su eliminación física, huiría a Latinoamérica. No sería rehabilitado por el partido hasta el final del franquismo. En cuanto al PSUC, sería un experimento tan exitoso como conflictivo. En cuestión de meses el nuevo partido, fundado a los pocos días del estallido de la guerra y la revolución, y autodefinido como «nacional y de clase», superaría con creces en afiliación al POUM, y estaría en

condiciones de comenzar a rivalizar con la CNT en el campo del obrerismo, y con ERC en el del catalanismo de izquierdas. A pesar de que el PSUC incorporaba a los antiguos militantes de la Federación Catalana del PSOE y que de su mano la UGT crecería hasta rivalizar con la CNT, el partido socialista español no mostraría ningún interés por mantener ninguna relación con él. La posición del PCE y de la Komintern sería distinta y mucho más hábil. Respetar formalmente la independencia del PSUC, mientras se trabajaba por su absorción, que debía ser rápida para algunos dirigentes, y lenta y progresiva para otros. El líder del partido unificado, Joan Comorera, procedente de la Unió Socialista de Catalunya, también se movería en un delicado equilibrio. Beneficiarse del prestigio político que le daban el respaldo de Moscú y la URSS, sin terminar por ello convirtiéndose en el apéndice catalán del PCE. La estrategia para ello sería ser buscar el reconocimiento del PSUC como sección nacional de la III Internacional, al margen del partido español[7]. La batalla por la independencia orgánica del PSUC se prolongaría con altibajos más allá del final de la guerra, y no concluiría hasta 1949, cuando, ya aislado en la dirección del partido catalán, sería expulsado bajo la acusación de «nacionalista» y agente al servicio de la Yugoslavia de Tito.

DE LA UNIÓN NACIONAL A LA RECONCILIACIÓN NACIONAL: EL DISCURSO PATRIÓTICO DE LA RESISTENCIA COMUNISTA

Concluida la Guerra, la retórica españolista en defensa de la independencia nacional de la patria, frente a la injerencia de los sucesivos aliados extranjeros de Franco, primero Alemania e Italia, después Gran Bretaña y Estados Unidos, seguiría presente en todos los proyectos antifranquistas impulsados por el PCE. La Unión Nacional sería el nombre del proyecto político y guerrillero del partido articulado en Francia y el interior de España por el dirigente navarro Jesús Monzón entre 1942 y 1945. Las alusiones historicistas, y muy particularmente a la Guerra de la Independencia serían una constante en la Unión, que pretendía emular a los movimientos de resistencia europeos. Reconquista de España se llamaría precisamente uno de sus periódicos. En 1948, ya con la Guerra Fría como telón de fondo, el partido lanzaría un Frente Nacional Republicano y Democrático de escaso recorrido. El manifiesto fundacional se pronunciaba por una República democrática e independiente de «tutelas extranjeras», no alineada

ni con Gran Bretaña ni con los EEUU, potencias a las que se acusaba de aprovecharse del franquismo para implementar sus planes económicos y militares en España[8].

La defensa de la patria frente al imperialismo extranjero sería la argamasa que lograría unir por encima de diferencias políticas y religiosas a los españoles deseosos de derribar la dictadura franquista y lograr una España democrática y plenamente independiente. Posteriormente, en 1956, con la distensión entre los EEUU y la URSS en marcha, estas ideas serían matizadas en una nueva orientación: la llamada Política de Reconciliación Nacional. Dos décadas después del estallido de la Guerra Civil los españoles que habían combatido en uno y otro bando debían superar las viejas divisiones y unirse para recuperar las libertades democráticas. La dictadura se presentaba como el gran obstáculo para lograr esa reconciliación nacional que permitiera resolver el llamado «problema español» y afrontar de una manera democrática y progresista los problemas sociales y económicos del país.

«LLIBERTAT, AMNISTIA I ESTATUT D’AUTONOMIA»: LOS COMUNISTAS Y EL REGRESO DE LAS CUESTIONES NACIONALES EN EL TARDOFRANQUISMO Y LA TRANSICIÓN

Las problemáticas catalana, vasca y gallega, en un segundo plano tras el final de la Guerra, van a resurgir en la segunda mitad de los años sesenta, con la reactivación de la oposición al franquismo y el relevo generacional en el ámbito del catalanismo, el galleguismo y el nacionalismo vasco. La dirección del PCE va a buscar la confluencia con estos nuevos focos de disidencia ofreciendo un proyecto de democracia y plurinacionalidad basado en la recuperación provisional de los estatutos de los años treinta, como paso previo a la construcción de una República federal que reconociera el derecho a la plena soberanía de Catalunya, Euskadi y Galicia, así como el derecho a la autonomía de las regiones que así lo desearan. Consecuentemente con esta oferta plurinacional, en 1968 se funda el Partido Comunista de Galicia, en cuya órbita van a estar algunos de los miembros del grupo musical Voces Ceibes, así como el filólogo Xesús Alonso Montero. Asimismo, en el País Vasco el PC de Euskadi, en un momento de extrema debilidad organizativa del nacionalismo, va

destacar en el impulso en 1970 a la movilizaciones obreras y populares contra el Proceso de Burgos a los militantes de ETA. Posteriormente logrará atraer al partido a algunos disidentes de ETA, que habían evolucionado del nacionalismo tercermundista al comunismo. No obstante, será el PSUC el que más fuertemente apueste por un partido nacional y de clase, y el que mayores réditos obtenga de esta política, convirtiéndose en un partido tan atractivo para los trabajadores inmigrados a Catalunya como para muchos catalanistas de izquierdas que verán en el PSUC una herramienta más eficaz de lucha que la prácticamente desaparecida ERC o el independentista y minoritario Partit Socialista de Alliberament Nacional[9].

El partido catalán va a destacar por su pedagogía de la cuestión nacional catalana entre las capas populares procedentes de la inmigración, su apuesta por el uso del catalán y de un perfil propio, diferenciado del PCE, y sobre todo por su impulso de la Assemblea de Catalunya, un espacio unitario de todo el antifranquismo catalán que popularizará el lema «Llibertat, Amnistia, Estatut d´Autonomia», y cuyo cuarto punto era precisamente la coordinación de la lucha por las libertades democráticas y catalanas con el antifranquismo español. Asimismo, la exitosa fórmula nacional y de clase del PSUC, va a obligar al PSOE y al socialismo catalanista a mover ficha y promover en 1978 la fundación de un único Partit Socialista de Catalunya con una relación federal con el PSOE análoga a la del PSUC y el PCE. Ambos partidos, PSC y PSUC, hegemonizarán la política catalana de la Transición, concitando apoyos muy transversales y relegando al nacionalismo pujolista y a ERC a un papel secundario. Las izquierdas catalanas serán las grandes vencedoras de las elecciones generales de 1977 y 1979, y hasta 1980 liderarán la movilización por la recuperación de la autonomía catalana, frente a los intentos del Gobierno Suárez de dividir el movimiento con un proyecto de descentralización administrativa por debajo de las competencias del Estatut de 1932. Asimismo, socialistas y comunistas catalanes vincularán el apoyo de Catalunya en el referéndum constitucional de 1978, uno de los más altos de España, al logro de un amplio autogobierno para Catalunya. Solo el temor a un gobierno de izquierdas en Catalunya, que al término de la Transición parecía perfectamente posible, lograría concentrar en las elecciones autonómicas de marzo de 1980 la mayoría del voto catalán conservador en Convergencia i Unió. Finalmente, la investidura de Jordi Pujol con los apoyos de dos partidos tan distintos como UCD y ERC terminaría de cerrar el paso al gobierno autonómico de socialistas y comunistas, que temían por igual las élites catalanas y españolas.

Ni en Euskadi ni en Galicia los comunistas llegarán a jugar un papel de la centralidad del PSUC, logrando la confluencia de las aspiraciones sociales, democráticas y nacionales en un único frente. En ambos territorios serían claramente superados por las nuevas formaciones nacionalistas de izquierdas surgidas en la lucha antifranquista y la Transición, y que rechazaban otra solución para sus respectivos países que no fuera la independencia o una relación confederal con el Estado español. En el caso vasco el partido no logrará hacer sombra a la rápida reconstrucción del PNV y del PSOE, y será asimismo desbordado por el fuerte impulso de la izquierda abertzale y la izquierda radical entre la juventud más politizada en los conflictivos años de la Transición. Años marcados por la acción de los grupos armados y la represión indiscriminada del Estado. La apuesta de ETA militar y ETA político-militar por continuar su actividad armada, torpedeando el proceso de transición democrática pacífica y consensuada defendido por el PCE, provocará una airada reacción antinacionalista en una gran parte de la militancia comunista. Durante la Transición el PC de Euskadi impulsará las primeras protestas ciudadanas contra la violencia y planteará, con poco éxito, un frente político por la autonomía y contra el terrorismo. Aislados en unos pocos enclaves obreros de Bizkaia y Gipuzkoa, con una muy escasa representación institucional, y únicamente con peso en CCOO de Euskadi, el sector renovador del partido, identificado con las posiciones más vasquistas, buscará a partir de 1980 aumentar su influencia mediante una rápida fusión con Euskadiko Ezkerra, la corriente más pragmática y gradualista de la izquierda abertzale, que a partir de 1981 impulsaría el abandono de las armas por parte de ETA político militar. El proyecto de un «PSUC vasco» quedará a medias por el rechazo de un sector del PC de Euskadi, respaldado por Santiago Carrillo y la dirección del PCE, a disolver el partido y unificarse con EE.

En Galicia, tras los sucesivos fracasos electorales cosechados en la Transición, los intentos de formar un «PSUC gallego» con Esquerda Galega, la rama del nacionalismo más favorable a integrarse en las instituciones autonómicas, se plantearán en términos aún más prudentes y no llegarán a cuajar. Frente al maximalismo de la mayoría del nacionalismo gallego y el relativo desinterés del PSOE por la cuestión autonómica, serán el PCG y CCOO de Galicia las organizaciones más comprometidas en la movilización social contra el estatuto de mínimos propuesto por la UCD para Galicia. Los comunistas lograrán arrastrar al PSOE gallego al frente social e institucional que lograr arrancar al Gobierno un estatuto para Galicia equiparable al vasco y al gallego. El PCG sin embargo obtendrá tan solo un diputado en las elecciones autonómicas de 1981,

viendo su crecimiento bloqueado entre el PSOE de Galicia y el nacionalismo de izquierdas representado por el Bloque Nacional Popular Galego y Esquerda Galega.

NACIONALIDADES, REGIONES, MONARQUÍA Y «DISCONFORT NACIONAL»: DE LA CONSTITUCIÓN DEL 78 A LA LOAPA

La Transición supondrá una eclosión de nuevas reivindicaciones nacionales y regionales en toda España. Esta, que ya había empezado a intuirse en torno a la formación de las juntas democráticas y los organismos democráticos a nivel territorial, alcanzará su techo después de 1977, cuando la reivindicación de estatutos de autonomía se generalice en todo el país. En aquellos lugares en los que las tradiciones nacionalistas y regionalistas eran más débiles, los comunistas y otras fuerzas de izquierdas jugarán muchas veces un papel determinante en la defensa de la autonomía y la popularización de sus señas de identidad. Así ocurriría en Andalucía, Aragón o Castilla y León. El mejor ejemplo de ese fenómeno sería Andalucía, donde socialistas y comunistas catalizarían un nuevo sentimiento andalucista, en parte reactivo, «No queremos ser más que nadie, pero tampoco menos», que se expresaría de manera rotunda en el referéndum autonómico del 28 de febrero de 1980.

El manifiesto programa del PCE aprobado en septiembre de 1975 defendía el establecimiento en España de una República federal plurinacional y plurirregional que reconociera tanto el derecho a la autodeterminación como a la autonomía de nacionalidades y regiones, distinción esta última importante, ya que daba entender la preferencia del partido por un modelo de federalismo asimétrico[10]. Esta era entonces, con algunos matices, la posición común del PCE, el PSOE y los partidos maoístas y trotskistas. De hecho, casi todos estos partidos se habían inspirado en el PCE para definir sus posiciones con respecto a la cuestión nacional. La Transición obligaría sin embargo a las izquierdas a revisar muy a la baja sus grandes expectativas rupturistas. Los comunistas tendrían que aceptar la Monarquía y la bandera, pero lograrían en cambio constitucionalizar en su artículo segundo «el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones que la integran y la solidaridad entre todas ellas», si bien con una mención expresa en el mismo artículo, impuesta por las presiones

del Ejército, a «la indisoluble unidad de la Nación española». Este sería el pacto táctico asumido por socialistas, comunistas y nacionalistas catalanes: nacionalidades a cambio de mención expresa a la unidad de España. Para el comunista catalán Jordi Solé Tura, representante del PCE-PSUC en la ponencia constitucional la Constitución de 1978, dada la correlación de fuerzas existentes, el federalismo no podría ser el punto de partida del nuevo punto sistema político español, pero si «el punto de llegada»[11]. La Constitución era lo suficientemente ambigua en opinión de Solé como para permitirlo.

La intentona golpista del 23F, motivada en gran medida por la situación en el País Vasco, la eclosión autonomista y los temores del Ejército a una disgregación del Estado, crearía las condiciones para un gran pacto entre el PSOE y la UCD encaminado a limitar y ralentizar el desarrollo autonómico bajo el pretexto de su armonización. La Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico, que en 1983 tumbaría el Tribunal Constitucional, sería, según Xavier Domènech, una medida para evitar que los estatutos fueran definidores junto con la Constitución del modelo territorial, y en cambio quedaran subordinados a la «legislación ordinaria del Estado»[12]. Aunque el PCE se terminaría oponiendo a la Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico, la posición de Carrillo a partir del 23F sería subrayar la españolidad del partido, su identificación con los símbolos oficiales del Estado, especialmente como la bandera rojigualda y su voluntad de limitar los supuestos excesos nacionalistas de algunas federaciones del PCE. Si bien este discurso se legitimaba como un nuevo intento de disputar a las derechas los símbolos y sentimientos nacionales y patrióticos, en la práctica suponía un rearme ideológico de las posiciones comunistas más conservadoras y una ofensiva contra aquellos cuadros y dirigentes que propugnaban una renovación ideológica del partido, en la que el federalismo, claro está, era un componente esencial junto con el emergente feminismo y las incipientes ideas ecologistas. La mayor sensibilidad hacia las reivindicaciones autonomistas y federalistas de los llamados «renovadores», en su mayoría jóvenes cuadros y dirigentes procedentes del mundo universitario, los servicios públicos y del sindicalismo de cuello blanco, les enfrenaría a un «carrillismo», en el que, siempre con excepciones, abundaban los militantes de mayor edad y los trabajadores industriales, defensores de un partido centralizado, identificado con las señas de identidad comunistas y orgullosamente defensor de la política de pactos y consenso. A lo largo de las sucesivas crisis territoriales que el PCE experimentaría entre 1980 y 1982, muchos de estos renovadores acabarían fuera del partido, expulsados o autoexcluidos. Bastantes de ellos acabarían en el nacionalismo de izquierdas.

Con anterioridad a su implosión en 1982, la dirección del partido se opondría a la unificación de los comunistas vascos con Euskadiko Ezkerra, se aliaría en la crisis del Partit Comunista del País Valencià con el sector enfrentado a los dirigentes más valencianistas e intervendría activamente en la crisis del PSUC, poniendo en entredicho la autonomía del partido catalán, y aliándose con el sector más socialdemócrata del partido frente a los llamados leninistas y los afganos, que reclamaban el abandono de la política de consenso y un giro a la izquierda para hacer frente a la crisis económica. Sin duda estas sucesivas crisis territoriales pesarían en el desastroso resultado del PCE y del PSUC en octubre de 1982, preámbulo al final de Santiago Carrillo como secretario general. Las elecciones de 1982 también pondrían de manifiesto que mientras para el PSOE de González y Guerra la apuesta por el patriotismo constitucional y el uso de la bandera habían sido exitosas a la hora de presentarse como un partido de orden y con sentido de Estado ante los sectores más moderados de la población, en el caso del PCE y de Carrillo el uso de esa misma retórica y esos símbolos únicamente conducía a un «disconfort nacional» que generaba en el electorado comunista más contradicciones que nuevas adhesiones.

IZQUIERDA UNIDA Y EL AUGE DE LAS IZQUIERDAS NACIONALISTAS

La creación de Izquierda Unida y los primeros años de andadura de la coalición coincidirían con el auge de formaciones nacionalistas de izquierdas en distintas comunidades. Durante los ochenta y noventa el nacionalismo de izquierdas se convertiría en un actor político que lograría atraer hacia sus filas a muchos militantes y cuadros procedentes del comunismo y la izquierda radical, así como a nuevos sectores juveniles politizados después de la Transición. En líneas generales estos partidos se presentarían como organizaciones rupturistas con los grandes símbolos y consensos de la Transición, tachados de herencias del franquismo, como la Monarquía, la Constitución o la bandera nacional, así como fuerzas políticas y sociales apegadas a los problemas del territorio, comprometidas con sus señas de identidad y contra agresiones medioambientales como centrales nucleares, embalses o grandes infraestructuras, a la vez que como organizaciones más horizontales, asamblearias y preocupadas por las reivindicaciones de las mujeres, la juventud y las minorías. La habilidad de estas formaciones para reunir bajo un mismo paraguas las reivindicaciones nacionales

con los valores de la llamada nueva izquierda bloquearía tanto la posibilidad del crecimiento de una alternativa ecologista, al estilo de los partidos verdes europeos, como el crecimiento de IU como oposición de izquierdas al PSOE de Felipe González.

La política de IU con Gerardo Iglesias como coordinador sería en principio más favorable que la de Carrillo al acercamiento de la coalición a los nacionalistas de izquierdas. Sin embargo, esta voluntad expresada por Iglesias tanto en sus documentos políticos como en sus declaraciones públicas, pocas veces se concretaría en acuerdos concretos. IU quedaría muy lejos de convertirse en la fuerza hegemónica de un frente de izquierdas plurinacional, un proyecto por que la mayoría de dirigentes tampoco apostaban. Si en el nacionalismo de izquierdas había cristalizado una cultura política muy aislacionista y autosuficiente, desdeñosa de cualquier colaboración con las izquierdas españolas, siempre tenidas por españolistas, para reformar un Estado que se daba por irreformable, en el mundo del PCE y de IU también se habían incrementado las suspicacias hacia unos movimientos nacionalistas que si en la lucha antifranquista habían sido aliados, ahora se veían como ideológicamente extraños, portadores de proyectos excluyentes e insolidarios y disgregadores de la unidad de la clase obrera española. Al mismo tiempo, en los sectores del partido más identificados con el legado «carrillista», se recelaba de formaciones que cuestionaban una Transición y una Constitución de la que muchos comunistas se sentían orgullosos y satisfechos. No obstante, en paralelo a esos recelos, también tendrían lugar experiencias de trabajo, a veces más estables, otras menos duraderas, con el nacionalismo de izquierdas en Catalunya, Canarias, las Illes Balears, el País Valencià y Andalucía, siendo quizá el andaluz uno de los casos más particulares, al asumir el PCA, ante la debilidad del nacionalismo de izquierdas, cierto papel impulsor de un andalucismo progresista alternativo al PSOE, con la creación en 1984 de la plataforma Convocatoria por Andalucía. Convocatoria respondía al planteamiento de la dirección del PCA, en aquel momento liderado por Julio Anguita, de recuperar el impulso andalucista de la Transición, apostando por un desarrollo progresista del estatuto de autonomía que abordase cuestiones como la reforma agraria, la industrialización andaluza o la presencia de bases norteamericanas. Los excelentes resultados autonómicos en 1986 de IU-Convocatoria por Andalucía, casi el 18 por 100 de los votos, propulsarían al exalcalde de Córdoba a la Secretaria General del PCE y poco tiempo después a la coordinación federal de IU. Sin embargo, el experimento andaluz quedaría ceñido a Andalucía y no se exportaría a otros territorios. Solo los dirigentes de un maltrecho PSUC tomarían nota de lo que había sido

Convocatoria por Andalucía.

En el caso de Catalunya, el crecimiento del nacionalismo de izquierdas, que había jugado un papel muy secundario en la Transición, se produciría con posterioridad a 1980, al calor de la crisis del PSUC, la lucha contra la LOAPA y la política autonómica del PSOE, y se traduciría tanto en el crecimiento de un actor político tradicional, ERC, como de otros novedosos, Nacionalistes d ´Esquerra, un potente movimiento de desobediencia civil, la Crida a la Solidaritat en Defensa de la Llengua, la Cultura i la Nació Catalanes, y algunas expresiones radicales bastante miméticas de ETA y la izquierda abertzale, como el grupo armado Terra Lliure y su aliado político, el Moviment de Defensa de la Terra. En este contexto de intensificación del debate sobre la identidad nacional catalana, los dirigentes del PSUC buscarían intensificar su perfil catalanista de izquierdas, en oposición tanto al nacionalismo conservador pujolista como a las crecientes contradicciones en el seno de un PSC dividido entre catalanistas, partidarios de marcar un perfil propio, y españolistas, plenamente identificados con el PSOE.

El PSUC apoyaría la campaña de protestas contra la LOAPA y el Gobierno de Felipe González, abriría sus listas municipales en algunas localidades a candidatos de Nacionalistes d´Esquerra y sobre todo apostaría por el llamado modelo de inmersión lingüística. Frente a la inicial preferencia de CiU por seguir el modelo vasco de ofrecer a las familias dos alternativas, escolarización en castellano con asignatura obligatoria de catalán, y escolarización en catalán con asignatura obligatoria de castellano, el PSUC sería un firme defensor de una única escuela catalana y en catalán. La apuesta del PSUC y del PSC por ese modelo sería clave de cara a variar la posición de los nacionalistas y lograr el consenso que se lograría en la Ley de Normalización Lingüística de 1983. Para los comunistas la escuela en catalán era la mejor herramienta no solo para preservar la lengua catalana, sino también para lograr la cohesión de la sociedad catalana y evitar la consolidación de dos comunidades segregadas, una de nativos, y otra de inmigrantes[13]. Santa Coloma de Gramanet, una alcaldía comunista del área metropolitana de Barcelona con abundante población inmigrada y castellano-parlante, sería en el curso 1983-1984 el banco de pruebas de la inmersión lingüística. La influencia y el prestigio que aún conservaba el PSUC en buena parte de los trabajadores castellanoparlantes de Catalunya sería clave para consolidar el modelo lingüístico catalán.

La apuesta por reforzar al PSUC como alternativa catalanista de izquierdas se

complementaría en 1986 con la creación de la Unió de l´Esquerra Catalana para las elecciones generales de 1986. Una coalición con Entesa dels Nacionalistes d'Esquerra que estaría en el origen de Iniciativa per Catalunya en 1987. Inicialmente una coalición electoral, y posteriormente un partido de ideología ecosocialista, catalanista y federalista, bajo el liderazgo de Rafael Ribó lograría recomponer cierta unidad rota en 1981 en el V Congreso del PSUC, pero quedando muy lejos de lo que había sido el partido en sus años dorados, tanto por la hegemonía del PSC en la izquierda, como por la emergencia de una ERC renovada con la incorporación de dirigentes y cuadros jóvenes del independentismo radical. Posteriormente reconvertida en Iniciativa per Catalunya Verds, el partido seguiría manteniendo relaciones federales con IU, pero cada vez más independientes y difíciles, hasta la definitiva ruptura, en el contexto de la crisis entre los «anguitistas» y Nueva Izquierda. Esta crisis conduciría a la formación de una federación catalana propia de IU, Esquerra Unida i Alternativa, con la minoría del PSUC, el llamado PSUC-Viu, que se había negado a disolver el partido comunista catalán, y que defendía, en líneas generales, una posición de mayor independencia con respecto al PSC, afín a las tesis de Anguita de disputar al PSOE el liderazgo de la izquierda.

Tras su ruptura con IU, la dirección de ICV apostaría sin demasiado éxito por construir un espacio común ecosocialista, federalista y plurinacional a nivel de toda España. Los resultados serían discretos, e ICV volvería a recomponer sus relaciones con IU y EUiA, pero aun así se convertiría en un modelo de inspiración, con desigual fortuna, en algunos territorios concretos. En Canarias ya había surgido en 1991 una efímera y fallida Iniciativa Canaria Nacionalista, que pronto rompería sus relaciones con IU, y terminaría participando en la fundación de Coalición Canaria. Más recorrido tendría una experiencia similar en el País Valencià. En 2007 se fundaba Iniciativa del Poble Valencià, partido que tomaba el relevo de Esquerra i País, una corriente interna de Esquerra Unida del País Valencià que había agrupado hasta entonces a muchos de los antiguos valencianistas del PCPV. La cuestión valenciana nunca había sido fácil en el seno de un partido comunista que a lo largo de su historia ha ido transitando por diferentes posiciones, y que ha reflejado en su seno la propia división identitaria de la sociedad valenciana[14]. IPV terminaría abandonando en 2011 la coalición de izquierdas para formar junto a sectores del nacionalismo de izquierdas la coalición Compromís, la experiencia más exitosa en la historia de una izquierda valencianista marcada sobre todo por los fracasos. En 2011 Compromís desbancaría a EUPV como tercera fuerza política, y en 2015 obtendrá en coalición con el PSPV y Podem la alcaldía de Valencia y la vicepresidencia de la

Generalitat valenciana.

La fortaleza en el País Vasco y Navarra de la izquierda abertzale, un movimiento político y social casi sin parangón en toda Europa, con medios de comunicación propios, influencia sindical, espacios de sociabilidad y todo un universo de organizaciones sociales afines con las más variadas temáticas, limitaría durante una larga década la implantación de la federación de IU en el País Vasco, sin apenas presencia fuera de CCOO de Euskadi y la margen izquierda del Nervión. El aliado natural de la pequeña coalición de izquierdas, nucleada en torno a los restos del PC de Euskadi, solo podía ser Euskadiko Ezkerra. La colaboración entre ambas formaciones sería propuesta y animada desde la dirección federal de IU, deseosa de tener algún tipo de presencia en el País Vasco, pero encontraría grandes resistencias tanto entre los dirigentes de EE como del PC de Euskadi. El crecimiento de IU, rebautizada como Ezker Batua, solo llegaría a mediados de los noventa, de la mano del nuevo liderazgo de Javier Madrazo, inicialmente también militante del PC de Euskadi, y que impulsaría un perfil propio, más vasquista. La práctica desaparición de Euskadiko Ezkerra, absorbida por el Partido Socialista de Euskadi, dejaría un espacio para el crecimiento de la coalición de izquierdas, que atraería a votantes socialistas y del nacionalismo de izquierdas. En 2007 EB llegaría incluso a presentarse en coalición con Aralar, una escisión de la izquierda abertzale contraria a la violencia, dentro de un frente electoral de izquierdas nacionalistas y federalistas que no tendría continuidad en el tiempo. Por el contrario, en 2009, el sector de EB más soberanista y partidario de estrechar vínculos con la izquierda abertzale, Alternatiba, la corriente de Oskar Matute, abandonaría la organización, y se implicaría en la construcción de una nueva coalición abertzale, Euskal Herria Bildu.

Llegados a la década de los noventa Galicia seguiría siendo la gran asignatura pendiente de IU. El experimento en 1993 de una coalición entre Esquerda Unida y Unidade Galega, el pequeño partido galleguista de izquierdas liderado por Camilo Nogueira, fracasaría estrepitosamente, y se quedaría sin representación parlamentaria, justo en un momento en el que con el liderazgo de Xosé Manuel Beiras el Bloque Nacionalista Galego lograba ensanchar la base social del nacionalismo de izquierdas, acercando al BNG a los resultados del partido socialista, al que terminaría superando en 1997, con un sorpasso sin precedentes en España. También en los años noventa va a surgir un competidor importante para IU en Aragón con la aparición de la Chunta Aragonesista. La Chunta se nutriría de cuadros y militantes del aragonesismo cultural, del movimiento ecologista, del antiguo Partido Socialista de Aragón, de la izquierda radical y del

propio PC de Aragón y de IU, como el cantautor José Antonio Labordeta. El éxito de Chunta, que entre 1999 y 2003 desbancaría a IU como fuerza alternativa de izquierdas al PSOE, sería priorizar, junto a la tradicional agenda política progresista, otros temas más particulares como la cuestión del agua de Aragón, la lucha contra los embalses y los trasvases hidrográficos, y la defensa de la identidad aragonesa como revulsivo al abandono y marginación del Estado de una de las comunidades con mayor desequilibrio territorial de España.

EL PCE E IU Y LA REVISIÓN DE LA TRANSICIÓN Y DEL ESTADO DE LAS AUTONOMÍAS

A mediados de los años noventa al debate ya abierto en España sobre las identidades nacionales, la cuestión territorial y el futuro del Estado de las autonomías, se va a sumar el inicio de una revisión autocrítica en el seno del PCE sobre el papel jugado por el partido en la Transición. En septiembre de 1996 el secretario general del partido, Julio Anguita, desataría una tormenta política al dar por muerto el pacto constitucional de 1978, sistemáticamente boicoteado por «poderes económicos, fuerzas políticas, grupos sociales y colectivos enquistados en los aparatos del Estado con prácticas anticonstitucionales»[15]. Ante el incumplimiento de las promesas constitucionales por las que el PCE había abrazado el consenso en la Transición, el partido se sentía libre para volver a reivindicar la República, el federalismo y el derecho a la autodeterminación. Las palabras de Anguita no solo motivarían las críticas de PSOE y PP, sino también de los sectores de IU partidarios de un acercamiento al PSOE, la corriente interna Nueva Izquierda, y la dirección de ICV.

Concretar la propuesta de Estado por la que abogaba IU, más allá de las genéricas referencias al desarrollo federal de la Constitución y los estatutos de autonomía, no sería tarea sencilla. El papel de las lenguas, el derecho de autodeterminación o el equilibrio entre reconocimiento de la plurinacionalidad y la necesaria solidaridad interterritorial entre comunidades prósperas y comunidades empobrecidas, serían algunos de los temas más difíciles de abordar, ya que las posiciones eran muy distintas entre las diferentes federaciones, así como en el seno de cada una de ellas. Mientras una parte del

Partido Comunista y de la coalición abogaban por el desarrollo de la apuesta federalista, otros sectores recelaban de todo aquello que supusiera abandonar el consenso constitucional y ser percibidos por la opinión pública como una fuerza de izquierda radical. Asimismo, algunos de los sectores más identificados con las posiciones republicanas y anticapitalistas y con el liderazgo de Julio Anguita, mantenían al mismo tiempo posiciones muy jacobinas en cuanto al modelo de Estado y desdeñaban en nombre del «internacionalismo» tanto las problemáticas nacionales como el acercamiento a los partidos nacionalistas. En 1998, tras varios documentos anteriores, algunos de los cuales serían rechazados, como el presentado por Jaime Pastor, de la corriente Espacio Alternativo, conformada por antiguos cuadros y dirigentes de la Liga Comunista Revolucionaria, la Secretaría Federal de Estado definiría así el modelo de organización política del país por el que abogaba IU:

IU propugna el Estado Federal, Plurinacional, Democrático y Solidario porque entiende que la federalidad del Estado, la libre unión federal de los pueblos, es la fórmula que puede dar solución a los problemas políticos derivados de la realidad plurinacional y plurirregional de España y de su diversidad cultural y lingüística; un Estado que asuma lo diversificado de su composición y sea garante de las señas de identidad de las partes, a la vez que garantice los reequilibrios territoriales, según un modelo que ahonde en la democracia y en la solidaridad; un Estado con capacidad redistributiva entre los diversos territorios y entre los diversos sectores sociales; un Estado que, contando con un bloque de competencias propias y con suficiencia financiera, haga efectivos los principios de igualdad, solidaridad y progreso[16].

Aterrizar sin embargo estos principios teóricos en el complejo terreno de juego de una realidad política en la que IU no dejaba de ser un actor secundario, no sería fácil. El llamado Plan Ibarretxe sería la prueba de fuego para el federalismo de IU. Si en 1998 la participación de Ezker Batua con los partidos nacionalistas en el Pacto de Lizarra ya había generado agrías controversias, estas se agrandarían en 2001 con la entrada de la coalición de izquierdas en un tripartito con el PNV y Eusko Alkartasuna. La presencia de Ezker Batua en el gobierno vasco sería contestada internamente por el PC de Euskadi, pero también por amplios sectores de IU a nivel federal que consideraban incompatible con los

valores de izquierdas la colaboración con el PNV. La propuesta del PNV de reformar el Estatuto vasco en un sentido abiertamente confederal, el llamado Plan Ibarretxe, se convertiría en otro quebradero de cabeza para IU en todos los niveles. Demonizado en los medios de comunicación españoles, mientras la dirección de Ezker Batua apoyaría el proyecto en el Parlamento Vasco, presentándolo como un éxito de sus tesis en defensa del «federalismo de libre adhesión», el PC de Euskadi, en minoría dentro de EB, se opondría, e IU a nivel federal, con Gaspar Llamazares al frente de la coordinación y del grupo parlamentario, votaría en contra en el Congreso de los Diputados, junto al PP, el PSOE, Coalición Canaria y la Chunta Aragonesista. Por su parte ICV se abstendría.

Tampoco estaría exenta de contradicciones la participación de ICV-EUiA en el tripartito catalán de izquierdas formado en 2003, y liderado primero por Pascual Maragall, y desde 2006 por José Montilla. En 2005 el Parlament de Catalunya aprobaría con los votos a favor de los partidos progresistas y de CiU un nuevo Estatut que pretendía ser de consenso entre federalistas e independentistas, y que solo tendría la oposición del PP. La intensa campaña de las derechas contra el Estatut, a la que se sumarían algunos importantes dirigentes de la vieja guardia del PSOE, llevarían al presidente José Luis Rodríguez Zapatero a revisar su proyecto de la «España plural», pactar, a espaldas del PSC y sobre todo de Maragall, importantes recortes en el texto, desfigurando así el carácter más federal del texto. El Estatut sería aprobado en marzo de 2006 en el Congreso de los Diputados, pero ya no contaría con el respaldo de ERC, que en el referéndum autonómico de junio haría, como el PP, campaña por el NO.

Al contrario que en el Plan Ibarretxe, IU apoyaría en el Congreso el Estatut. Solo los ataques de las derechas al estatuto catalán contribuirían a aumentar algo la identificación con un Estatuto del que muchos dirigentes de IU tenían la misma opinión que los barones del PSOE más anticatalanistas. Las principales críticas públicas vendrían de la dirección del PCE, abiertamente enfrentada a Llamazares. Desde 2.000 se daba por primera vez una bicefalia entre una IU liderada por Llamazares y un PCE encabezado por Francisco Frutos. Bajo el liderazgo de Frutos el PCE se opondría al modelo de financiación defendido en el Estatut catalán por considerarlo lesivo para las comunidades más empobrecidas, y una amenaza para la solidaridad territorial. Tanto el PCE como el PSUC se habían opuesto en la Transición a la extensión del modelo del concierto vasco-navarro. Con Frutos el partido matizaría el federalismo plurinacional de Anguita, y defendería como alternativa de país un Estado

republicano, federal y solidario, con realidades nacionales, pero sin derecho a la separación de estas. Tras abandonar la secretaria general, las posiciones de Frutos contra el soberanismo catalán se irían radicalizando hasta su controvertida participación en 2017 en Barcelona en una marcha por la unidad de España, en la que arremetería contra el papel jugado en el Procés por su partido, los Comunes y Podemos, y declararía «Soy un traidor al racismo identitario que estáis creando»[17].

CONFLUENCIA Y PLURINACIONALIDAD EN EL SIGLO XXI

En la primera década del siglo XXI una IU muy debilitada por años de enfrentamientos y crisis internas establecería algunas efímeras coaliciones con fuerzas nacionalistas de cara a algunos procesos electorales. En Asturies, uno de los tradicionales bastiones comunistas, incluso en sus peores momentos, y donde el nacionalismo de izquierdas no había logrado desarrollarse ni hacer sombra a IU, Izquierda Xunida asumiría, con el liderazgo de Francisco Javier García Valledor, un marcado perfil asturianista. IX abanderaría a nivel institucional la reivindicación de la reforma del Estatuto de autonomía y la oficialidad de la lengua asturiana, y desde sus importantes parcelas de poder institucional contribuiría a la normalización del idioma, a la que el PSOE asturiano había sido tradicionalmente reticente. Entre 2003 y 2007 IX confluiría con el Bloque por Asturies y Los Verdes, llegando a cogobernar con ellos el Principado y algunos ayuntamientos. Sin embargo, la apuesta de Valledor por hacer evolucionar la coalición hacia un nuevo partido asturianista y ecologista, aliado a nivel federal, pero independiente de IU, al estilo de ICV, no encontraría apoyos suficientes.

En 2011, en un contexto de crisis económica, decepción con los recortes sociales del PSOE y consiguiente recuperación electoral, IU, ahora con Cayo Lara como coordinador, trataría de ensanchar su espacio electoral con la coalición la Izquierda Plural, que convocaría a la Chunta Aragonesista, la antigua izquierda radical navarra, Batzarre, los Socialistas Independientes de Extremadura, y otras fuerzas menores de carácter territorial. No obstante, la experiencia más original en este sentido se produciría en Galicia, donde la coordinadora nacional de Esquerda Unida Yolanda Díaz lograría firmar de cara a las elecciones autonómicas de 2012 un insólito acuerdo con el histórico líder del nacionalismo

gallego de izquierdas Xosé Manuel Beiras. Alternativa Galega de Esquerda, una inusual plataforma de colaboración entre federalistas y soberanistas lograría transformar en votos la indignación frente a la crisis económica, la reforma laboral, los recortes, el bipartidismo y la corrupción del sistema. El momento de excepcionalidad y el carácter unitario de las movilizaciones sociales empujaban al acuerdo por encima de las diferentes sensibilidades nacionales. La coalición, propulsada por el impulso del 15M, ponía en el centro la ruptura con el Régimen del 78, y ofrecía en cuanto a la cuestión nacional gallega un punto de encuentro lo suficientemente amplio como para interpelar a amplios sectores sociales: República federal y derecho de autodeterminación. AGE obtendría el 14 por 100 de los votos y se convertiría en la tercera fuerza parlamentaria, muy cerca del PSOE, y muy por encima del BNG, que arrastraba las secuelas de la salida de Beiras y los suyos. La llamada SYRIZA gallega, en la que el politólogo Pablo Iglesias trabajaría como asesor durante la campaña electoral, sería una de las fuentes de inspiración para el lanzamiento en enero de 2014 de Podemos, un nuevo partido de izquierdas que reivindicaría abiertamente, en su manifiesto fundacional, «Mover ficha: convertir la indignación en cambio político», tanto la soberanía popular frente a los organismos internacionales, UE, FMI, BCE, OTAN, como el derecho de autodeterminación de los pueblos:

Una candidatura que, frente a unos gobiernos al servicio de la minoría del 1 por 100 reivindique una «democracia real» basada en la soberanía de los pueblos y en su derecho a decidir su futuro libre y solidariamente. La democracia no nos da miedo a las y los demócratas; estamos encantados y encantadas de que escoceses y catalanes puedan hablar y decir qué futuro desean. Por tanto, que apoya la celebración de la consulta convocada en Catalunya para el 9 de noviembre.

El partido morado, y sobre todo su líder Pablo Iglesias, exmilitante de la Unión de Juventudes Comunistas de España, reivindicaría en sus intervenciones públicas un patriotismo español alternativo, en la línea histórica del PCE del Frente Popular y de José Díaz, al mismo tiempo que hacía una defensa pública del derecho a la autodeterminación, defendiendo abiertamente un referéndum como el escocés en Catalunya. La apuesta más decidida de Podemos que de IU y del PCE por poner en el centro del tablero político la cuestión territorial, así

como por articular un amplio frente plurinacional para reformar el Estado, atraería al partido morado no solo a muchos militantes y votantes nacionalistas de izquierdas que consideraban que se había abierto una ventana de oportunidad para la transformación de España, sino incluso a pequeñas formaciones de ámbito territorial como Compromisu por Asturies o Sí se puede, de Canarias, que se integrarían al completo, en el marco de la ola de entusiasmo que el proyecto despertaría en sus primeros meses de vida, y que atraería a los círculos a personas de perfiles sociales, políticos y generacionales muy diversos.

De cara a las elecciones de diciembre de 2015, Podemos rechazaría un pacto electoral en toda España con IU, pero llegaría a acuerdos electorales en Catalunya con ICV, EUiA y Barcelona en Comú, en Galicia con las mareas municipalistas, Esquerda Unida, Anova y otros disidentes del BNG, y en el País Valencià con Compromís. IU por su parte concurriría con sus aliados territoriales, Chunta Aragonesista, Batzarre e Izquierda Castellana. La apuesta por un frente confederal y plurinacional de izquierdas se reforzaría de cara a las generales de junio de 2016 con la formación de Unidos Podemos, que integraba a IU, Equo, En Comú Podem, En Marea, Compromís, Més per Mallorca, Batzarre, Izquierda Castellana y otras formaciones menores.

La coalición obtendría 71 diputados y el 21 por 100 de los votos, siendo la fuerza más votada en Catalunya, el País Vasco y Navarra, donde muchos tradicionales votantes nacionalistas darían una oportunidad a la izquierda federalista con la esperanza de que esta operase una transformación del Estado que ahora parecía posible por la vía de una nueva mayoría conformada por las izquierdas y los partidos nacionalistas e independentistas. Tras el final de ETA, y después del referéndum escocés, la defensa del derecho de autodeterminación se normalizaba entre la opinión pública progresista española y no parecía asustar en exceso a los votantes de UP fuera de Catalunya y el País Vasco. En Madrid UP sería, con el 21 por 100 de los votos, la segunda fuerza más votada, adelantando al PSOE. Tras este resultado electoral, la coalición volvería a ofrecer al candidato socialista un pacto de gobierno para desarrollar un programa de reformas económicas, sociales y en el modelo de Estado, que incluiría un nuevo ministerio de plurinacionalidad, un referéndum de reforma constitucional en toda España y un referéndum en Catalunya para decidir su relación con el resto de España[18]. El PSOE sin embargo se escudaría en el referéndum catalán para rechazar un pacto con Unidos Podemos.

LA IZQUIERDA FEDERALISTA ANTE EL PROCÉS Y LAS CRÍTICAS EN EL PCE

La situación de bloqueo político en España, con un PSOE divido en torno al pacto o no con Unidas Podemos y los partidos independentistas, alargaría la presidencia de Mariano Rajoy hasta la moción de censura de 2018. La gran coalición PP-PSOE cerraba la ventana de oportunidad para una reforma democrática de España y reforzaba la vía unilateral del independentismo catalán, cohesionado por la creciente política represiva del Estado. Mientras la política española se estancaba, enfriando las ilusiones del periodo 2014-2016, el Procés cogía un nuevo impulso, recibiendo el apoyo de muchos de los que habían estado en las movilizaciones del 15M, las luchas contra los recortes de CiU o habían votado en 2015 y 2016 a las «candidaturas del cambio». Las leyes de desconexión aprobadas por el Parlament catalán en septiembre de 2017, el referéndum del 1 de octubre y la declaración de independencia del día 10 terminarían con la aplicación del artículo 155 de la Constitución, una durísima declaración televisiva del Rey Felipe VI y una represión sin precedentes contra un movimiento pacífico como el independentismo catalán. Las imágenes de votantes heridos por los antidisturbios abrirían las portadas de la prensa internacional, pero no se produciría la reacción europea que el independentismo esperaba. La UE no intervendría por el conflicto catalán en la política interna de España. Las mismas instituciones europeas que habían tutelado a España durante la crisis financiera de 2008 dejaban ahora la resolución de la cuestión catalana en manos de los políticos nacionales. Los intentos de buscar una solución negociada por parte de Unidos Podemos, con operaciones como la asamblea de cargos públicos convocada por la coalición en Zaragoza en vísperas del referéndum, fracasarían y no lograrían arrastrar al PSOE del apoyo al PP y al artículo 155 a una posición pro diálogo con la Generalitat. En un contexto de auge del independentismo catalán y de exaltación nacionalista española sin precedentes, con la ultraderecha extramuros del PP en pleno despegue y los balcones de media España poblados de banderas rojigualdas, la apuesta de Podemos, IU, el PCE y los Comunes catalanes por construir una tercera vía en defensa de un referéndum pactado, quedaría eclipsada en un contexto de polarización en torno a la identidad nacional que ya sacudía no solo a Catalunya, sino que se había extendido a toda España al grito de «¡A por ellos!». La crisis catalana pondría de manifiesto la incompleta democratización del imaginario de lo español tras 40 años de democracia, el ya mencionado «disconfort nacional» de las izquierdas

españolas, y la dificultad tanto para hacer creíble un patriotismo español alternativo, como para reapropiarse de la bandera rojigualda, tarea tan difícil como competir con ella y con las enseñas independentistas con los viejos símbolos de la Segunda República.

El ambiente de crispación, con una agenda política marcada durante meses por el Procés, favorecería además la aparición de divisiones internas en el seno de UP, entre los sectores anticapitalistas y soberanistas de la confederación, que simpatizaba con las movilizaciones independentistas por su componente de ruptura con el Régimen del 78, y quienes consideraban por el contrario que era necesario marcar más las distancias con el Procés a riesgo de ser percibidos como compañeros de viaje del independentismo. Históricos del PCE, como Francisco Frutos, Cayo Lara y Diego Valderas criticarían públicamente la «ambigüedad» de su partido y le exigirían una posición de mayor firmeza contra el independentismo[19]. La heterogeneidad social, ideológica y de clase del Procés, con sectores abiertamente derechistas, nacionalistas excluyentes y neoliberales, permitiría legitimar el rechazo a la vía del referéndum de una parte de la izquierda, y más concretamente del PCE, apoyándose en la denuncia del supuesto carácter burgués, insolidario y racista de todo el independentismo catalán. Pese a la existencia de esta corriente interna en el seno del partido, el 2 de octubre el PCE y el PSUC Viu harían una declaración conjunta, en la línea oficial de UP, contra la represión ordenada por el Gobierno a «quienes de forma pacífica se concentraban a la puerta de los colegios electorales», y en defensa de una salida negociada y democrática «frente a quienes están provocando la confrontación y la ruptura social»[20]. El PCE llamaba además a secundar las movilizaciones que se producirían en días siguientes por el diálogo y contra la represión. No obstante, la crisis del Procés pasaría factura al partido y en general a la confluencia catalana. Mientras Ada Colau y una parte de los comunes irían girando después del fiasco del octubre catalán hacia las posiciones tradicionales federalistas de ICV, marcando así distancias con el Procés y el independentismo, otra parte de estos, al calor de las grandes movilizaciones por la independencia y de procesos autoorganizativos como los Comités en Defensa de la República, abogaban por una confluencia de soberanistas e independentistas por la República catalana. En esta línea Joan Josep Nuet, líder de EUíA y de Comunistes de Catalunya, y Elisenda Alamany, diputada de Catalunya En Comú – Podem, impulsarían a finales de 2018 un nuevo partido, Sobiranistes, que se integraría en 2019 en las listas de Esquerra Republicana de Catalunya. Tras esta crisis, el PCE e IU, alentarían la refundación en junio de 2019 de Esquerra Unida de Catalunya.

EL PCE EN EL GOBIERNO DE LA NACIÓN, LAS CRISIS TERRITORIALES PENDIENTES Y EL RETORNO DE LA CUESTIÓN REPUBLICANA

En enero de 2020, tras cuatro elecciones generales y una moción de censura, PSOE y UP acordaban el primer Gobierno de España en coalición desde la Segunda República. Desde 1936 además dos militantes del PCE, Alberto Garzón y Yolanda Díaz, accedían a ministerios. El debilitamiento electoral de UP desde 2016 permitía a Pedro Sánchez llegar a un acuerdo en condiciones mucho más favorables para su partido. Frente a las grandes expectativas rupturistas del periodo 2014-2017 se imponía un acuerdo mucho más moderado, no solo en lo económico y social, sino también en lo territorial, con la vista puesta en recomponer las relaciones institucionales entre la Generalitat y el Gobierno de España, facilitar el final de las medidas de excepcionalidad, e ir abriendo un proceso de diálogo que permita una reforma constitucional y un nuevo pacto entre Catalunya y el Estado.

El PCE afronta su primer siglo de historia en un momento de desprestigio de la Monarquía, crisis catalana aún abierta y nueva crisis territorial en ciernes, la de la llamada España vaciada, expresada ya en movimientos como Teruel Existe, Jaén Merece Más, ¡Soria Ya! o el auge del leonesismo. Junto a la lucha política por la República federal, plurinacional y solidaria, los comunistas encaran otra batalla cultural totalmente relacionada con la del modelo alternativo de Estado, la refundación y extensión de un imaginario progresista y plurinacional de España, la superación del «disconfort nacional» heredado tras 40 años de nacionalismo español franquista y 40 años de nacionalismo español monárquico constitucional: la recomposición del vínculo sentimental y emocional con una patria difícil.

---

[1] Andreu Nin, Los movimientos de emancipación nacional, Barcelona, Fontamara, 1977, p. 16.

[2] Véase Antonio Rivera, Señas de identidad. El País Vasco visto por la

izquierda histórica, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

[3] Véase Pere Gabriel «Cultura popular democrática, lenguaje político y lengua en Cataluña», en Rafael Rodríguez Valdés, Rubén Vega y Xulio Viejo (eds.), Llingua, clase y sociedá, Uviéu, Trabe, 2008.

[4] Film I, Apartado 6, AHPCE.

[5] Documentos PCE, Film IV, 79, AHPCE.

[6] Véase Xosé Manoel Núñez Seixas, ¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la Guerra Civil española (1936-1939), Madrid, Marcial Pons, 2006.

[7] Josep Puigsech, Entre Franco y Stalin. El difícil itinerario de los comunistas en Cataluña. 1936-1949, Barcelona, El Viejo Topo, 2009.

[8] Nuestra Bandera, marzo de 1948.

[9] Véase Diego Díaz Alonso, Disputar las banderas. Los comunistas, España y las cuestiones nacionales (1921-1982), Gijón, Trea, 2019.

[10] PCE, Manifiesto Programa del Partido Comunista de España, París, Éditions de la Librairie du Globe / Ebro, 1975, p. 123.

[11] El País, 6 de diciembre de 1977.

[12] Xavier Domènech, Un haz de naciones. El Estado y la plurinacionalidad en España (1830 -2017), Barcelona, Península, 2020, p. 236.

[13] Véase Carme Cebrián, Estimat PSUC, Barcelona, Empúries, 1997.

[14] Vega Rodríguez-Flores Parra, Fer país Comunismo valenciano y problema nacional (1970-1982), Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2018.

[15] El País, 14 de septiembre de 1996.

[16] «UN ESTADO FEDERAL, PLURINACIONAL, DEMOCRÁTICO Y SOLIDARIO», Secretaria Federal de Estado, IU, Madrid, 1998, p. 28.

[17] El País, 29 de octubre de 2017.

[18] El Periódico, 22 de enero de 2016.

[19] La Vanguardia, 29 de septiembre de 2017.

[20] Mundo Obrero, 2 de octubre de 2017.

XVI

BAJO LA ESFINGE DE MAMMÓN: EL SENTIDO TRÁGICO DEL DIÁLOGO ENTRE CRISTIANOS Y COMUNISTAS

Antonio Gómez L.-Quiñones

CATOLICISMO ANTICOMUNISTA

El diálogo entre cristianismo y comunismo tiene su punto álgido en los años setenta del siglo XX. Este es un encuentro plagado de equívocos cuya explicación exige retrotraernos a la trayectoria histórica de dos fenómenos muy disímiles. Desde una perspectiva de longue durée, lo primero que llama la atención es el nexo tan asimétrico que cristianismo y comunismo mantienen con la Modernidad. Uno de sus principales filósofos, Jürgen Habermas, analiza el surgimiento de la era moderna como un proceso gradual de «diferenciación» discursiva y social. Diversas esferas de especulación y acción, como la ciencia, la moral, la economía, el arte y la religión, alcanzan sucesivas cotas de especificidad y autonomía. Esto facilita potentes avances en cada uno de estos campos y también tensiones insostenibles en sociedades cada vez más fragmentadas. Este principio de pluralidad estructural impide que un solo metalenguaje pueda erigirse como fuente última y única de legitimidad, esa perspectiva totalizadora desde la que se sanciona lo bueno, lo bello y lo cierto[1]. Este es justamente el papel llevado a cabo por la religión y, en concreto, por el Vaticano en todo el mundo católico durante varios siglos. De manera directa o través de la íntima colaboración con otros poderes (los tronos absolutistas), la matriz doctrinal de la Iglesia interfería en todas esas dimensiones que, solo posteriormente, son distinguidas y articuladas en torno a métodos y objetivos diferentes e incluso incompatibles.

Esta creciente pérdida de autoridad nos ayuda a ubicar el ataque frontal al marxismo y al comunismo en una constelación más extensa de repudios (el modernismo, el volterianismo, la democracia, el cientificismo, el liberalismo, el feminismo, el obrerismo). La Iglesia católica se inserta en la modernidad no sin fuertes dosis de fricción porque su propio estatus queda mermado. La modernidad no es anti-religiosa (no lo fueron sus pensadores fundacionales, como Descartes, Locke, Kant o Hegel), pero tampoco es confesional pues busca crear ámbitos críticos, no sometidos a la autoridad de ninguna tradición o instancia trans-histórica. A esto se debe que las dos posiciones predilectas adoptadas con frecuencia por el catolicismo hayan sido el conservadurismo y el tradicionalismo. Ambas son formas reactivas, secretamente melancólicas, pues comparten su disgusto por la apostasía moderna, por la pérdida de un orden civilizatorio milenario que esta saga de pensadores creyentes (Donoso Cortes, Joseph-Marie de Maistre, Louis de Bonald, Edmund Burke) percibe como una cesura antropológica degenerativa.

En el seno de este panorama, que abarca desde el pontificado de Pío IX (1792-1878) hasta el de Pío XII (1876-1958), debemos enmarcar las encíclicas en las que explícitamente se combate el comunismo y el marxismo en nombre de la ortodoxia neo-tomista. León XIII (1810-1903) había sancionado la escolástica en Aterni Patri (1879) como solución para los conflictos entre razón y fe, ciencia y religión: «procuren los maestros elegidos inteligentemente por vosotros insinuar en los ánimos de sus discípulos la doctrina de Tomás de Aquino, y pongan en evidencia su solidez y excelencia sobre todas las demás»[2]. Tres lustros antes, en un célebre anexo a la encíclica Quanta Cura de 1864, Pío IX hace público el Syllabus Errorum (Índice de los principales errores de nuestro siglo). Junto a las herejías del panteísmo, naturalismo, indiferentismo y racionalismo, se condenan las «pestilencias» del «socialismo, comunismo, sociedades secretas, sociedades bíblicas y sociedades clérico-liberales»[3]. En realidad, Pío IX, al que Juan Pablo II beatifica en 2000, es el auténtico pionero de la diatriba apostólica contra los nuevos movimientos proletarios. De una encíclica de 1846, Qui Pluribu, data su primera mención de «la nefanda doctrina del comunismo»: «contraria al derecho natural que, una vez admitida, echa por tierra los derechos de todos, la propiedad, la misma sociedad humana»[4].

Aquí tenemos una asociación de ideas bastante nítida. Se establece una incompatibilidad insalvable entre 1) una antropología intemporal que incluye el derecho a la propiedad, así como el modelo de organización colectiva que se funda sobre esta última, y 2) las propuestas corrosivas del comunismo. No hay

acercamiento posible con esos planteamientos que atentan contra los fundamentos más básicos de la ontología eclesial. Otro ejemplo importante de esta línea de pensamiento papal se divulga a finales del siglo XIX, cuando el problema del proletariado no puede ser ignorado y cuando, por lo tanto, León XIII se pronuncia al respecto en su famosa Rerum Novarum, de conditione opificum (sobre la situación de los obreros). Hecha pública el 15 de mayo de 1891, Rerum Novarum es un documento de gran interés por sus tensiones argumentativas. Por una parte, León XIII admite que existe un problema obrero en las sociedades capitalistas, muestra su respaldo a las uniones sindicales y promueve una solución distributiva que, de inmediato, estimula el surgimiento de la Democracia Cristiana. Por otra parte, este documento dedica su segundo párrafo a aquellos que empeoran el problema pretendiendo solventarlo: «Para solucionar este mal, los socialistas, atizando el odio de los indigentes contra los ricos, tratan de acabar con la propiedad privada […] y es además sumamente injusta pues ejerce la violencia contra los legítimos poseedores, altera la misión de la república y agita las naciones»[5].

En estas líneas se plasman otros dos caballos de batalla de la tradicional teoría social de la Iglesia: la lucha de clases y la violencia. En ambos casos se lleva a cabo una moralización de asuntos que, para el marxismo, tienen una naturaleza sistémica. Tiene sentido promover una solidaridad interclasista entre obreros y patrones a condición de que no se perciban ambos grupos en el seno de un modelo productivo basado indefectiblemente en la explotación. Por el contrario, si se adopta esta última postura, el problema dejan de ser los capitalistas, su sicología o vicios (como la usura o la avaricia). El problema es el Capital, la forma en que este organiza las relaciones sociales en función de una competitividad siempre al alza y de crisis recurrentes (usualmente de sobreacumulación). León XIII condena la violencia coherentemente en tanto que también rechaza la existencia de la lucha de clases. Hay desajustes que, al compás de unas correctas indicaciones éticas, pueden ser superadas en aras del bien común de toda la familia social. Si para el marxismo hay un radical antagonismo de origen sin el que la crudeza del capitalismo resulta incomprensible, para el cristianismo de finales del XIX no hay antagonismo capitalista que, dentro los parámetros deontológicos de la Iglesia, no pueda ser reconducido pacíficamente. Donde el catolicismo amonesta una ira anti-fraternal que conculca el Derecho de derechos (la propiedad), el marxismo, por su parte, reprueba un idealismo de tintes paternalistas que de facto refuerza el estatus quo.

Este breve repaso por los fallos pontificios quedaría incompleto sin una mención

de Divini Redemptoris (1937), en la que Pío XI (1857-1938) apuntala el repudio del comunismo. A la vez que se retoman lugares comunes como la violación bolchevique de la libertad y dignidad humana, su fobia contra la propiedad privada y su desmantelamiento de la familia tradicional, este texto añade dos apuntes de interés. En primer lugar, acusa al liberalismo de haber allanado el terreno de la descristianización a los apóstatas de extrema izquierda. Ambos forman parte de un entramado moderno que ha ido minando el poder de dirección evangélica entre las nuevas masas, especialmente las urbanas. En segundo lugar, se reconviene el «materialismo evolucionista de Marx» pues se trata de un materialismo mecanicista, un monismo «ciego» de lo físico que no «distingue ente espíritu y materia ni entre cuerpo y alma»[6]. Esta asociación de ateísmo y materialismo totalizador (pretendidamente científico) será un frente de constantes reproches: el marxismo queda anatemizado por su anti-religiosidad recalcitrante. Si el liberalismo desplaza o empequeñece a Dios, el comunismo lo niega y busca su erradicación de la conciencia humana. En plena Guerra Civil española, Pío XI dedica asimismo unas palabras a las víctimas católicas de «un odio, una barbarie y una ferocidad que jamás se hubieran creído posibles en nuestro siglo»[7]. Este léxico deja poco lugar a dudas: el fenotipo comunista responde a impulsos primitivos, impropios del siglo XX. Irónicamente, es ahora el papado quien afea a los revolucionarios españoles el no estar a la altura de los tiempos (modernos).

COMUNISMO IRRELIGIOSO

Si la crítica episcopal de las luchas obreras data de los años cuarenta del siglo XIX, Marx también propone sus primeras reflexiones sobre la religión en esa misma década. La Crítica Marxista de la Religión (CMR) es deudora, hasta el presente, de las palabras de Marx y Engels incluso si estos no llegan a fijar una posición definitiva sobre el tema. De todas formas, la cuidadosa recopilación que John Raines ha realizado de los textos y fragmentos en los que Marx confronta el tema nos ayuda a seguir el hilo conductor de su pensamiento. Marx dilucida su propio acercamiento a la religión mediante una fructífera lectura de Hegel, los jóvenes hegelianos y, en particular, Ludwig Feuerbach. Por una parte, Marx aplaude en el sistema hegeliano la conceptualización de una historia basada en las contradicciones y el movimiento, así como en el protagonismo de un sujeto

creador. Sin embargo, en un temprano ensayo de 1844, «Crítica de la dialéctica de Hegel y de la filosofía en general» (1844), también subraya que estos descubrimientos se refieren desafortunadamente a un movimiento histórico «abstracto, lógico, especulativo» y no la «historia real del hombre como sujeto dado»[8]. La dialéctica de extrañamiento y reapropiación que Hegel investiga en sus volúmenes más influyentes se evapora, según Marx, en un plano mentalista y fenomenológico. El filósofo es en verdad esa figura heroica capaz de reapropiarse, en su pensamiento y tras muchos meandros de superación dialéctica, de todo aquello que le ha sido arrebatado o de lo que se ha ido desprendiendo. En realidad, ni siquiera el filósofo es el gran hacedor o motor de la historia hegeliana sino la «autoconciencia absoluta […], Dios, el espíritu absoluto, la idea que se auto-conoce y auto-manifiesta»[9]. Los hombres reales aparecen representados como actantes, «simples predicados, símbolos» de ese Gran Sujeto que, por detrás del escenario de las apariencias, se va desplegando y perfeccionando históricamente[10].

Desde sus más tempranos ensayos, la crítica de la religión no es prioritaria para Marx. Esta forma parte de una discusión mucho más abarcadora en la que se señalan todos esos mecanismos de alienación y sublimación mediante los que el quehacer social del ser humano, su propia producción y reproducción integral, se atribuye a cualquier esfera metafísica. La religión es, sin duda, uno de esos dispositivos que separan al ser humano de sus capacidades y logros para proyectarlos en entidades supra-terrenales. A esto se debe que, en la Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel (1844), Marx asevere que la base de la crítica irreligiosa (no anti-religiosa) sea esta: «el hombre hace la religión, la religión no hace al hombre»[11]. No hay por ende una refutación de la fe espiritual en nombre de leyes económicas de hierro, sino más bien de una suerte de humanismo absoluto. Obviamente, este humanismo nada tiene que ver con el humanismo clásico de la excepcionalidad racional o cualquier otra inmutable esencia individual. Para Marx, el ser humano es radicalmente histórico, social y mundano, por lo que sus características dependen y mutan según sus relaciones en un modo de producción (entendido en un sentido no economicista). Los hombres construyen su historia con su praxis, pero en el marco de unas condiciones preexistentes que a su vez los conforman, es decir, «bajo aquellas circunstancias con que se encuentran, que existen y les han sido legadas por el pasado»[12].

Este alejamiento de posturas transcendentalistas es lo que suscita el interés de Marx por Feuerbach. Ahora bien, el materialismo de este le resulta formalista,

un materialismo estático y contemplativo, carente de un verdadero contenido intersubjetivo y práctico. En las Tesis sobre Feuerbach (1888), se cuestiona esa simple inversión de niveles mediante la que «el mundo religioso se disuelve en el secular» (Tesis IV) y la «esencia religiosa en la esencia humana» (Tesis V) [13]. La reductiva limpieza de esta trasposición pasa por alto que «toda la vida social es esencialmente práctica» (Tesis VIII) y que, por lo tanto, «el “sentimiento religioso” es el mismo un producto social» (Tesis VII)[14]. Las apostillas de Marx a Feuerbach revisten una gran importancia para distinguir sus respectivas críticas de la religión. Mientras que el segundo todavía depende de un prisma generalizador sobre un ser humano esquemático e intemporal, el primero observa en dicha humanidad la última versión quimérica (esto es, religiosa) de un materialismo deficiente. Para dejar atrás estos discursos sobre una hipotética especie humana hay que reinsertar a esta última en el tejido dinámico de una existencia sensorial y productiva que, de raíz y ab ovo, se realiza socialmente. No basta con protestar contra la alienación cristiana de la naturaleza humana y sus potencialidades. Este es un primer paso (del todo insuficiente) hacia el análisis de una sociedad concreta en la que se proyectan algunas de sus propiedades inmanentes y seculares en un más allá intangible. Esa misma proyección es un hecho social que, como tal, hay que analizar para aprehender el funcionamiento del capitalismo.

Marx supera los apriorismos de sus interlocutores pues se posiciona contra todo teísmo o ateísmo, contra los términos de dicha disputa. Lo único que finalmente se niega es precisamente esta antítesis, el binomio de creencia y descreencia, fe e incredulidad. El lugar donde Marx plasma sin ambages esta negatividad de máximos es en uno de los Manuscritos económicos y filosóficos de 1844, titulado «Propiedad privada y comunismo»: el «punto de partida [del socialismo] es la conciencia práctica y teóricamente sensorial del hombre y la naturaleza en tanto que seres humanos». Y añade de inmediato: «Es la conciencia positiva del hombre, no mediada por la abolición de la religión»[15]. Estas palabras ejemplifican la gran distancia entre la diana de sus invectivas y la de sus antepasados iluministas y enciclopedistas. El marxismo pretende ser la ciencia superadora del capitalismo y no una nueva fase del tratadismo anti-eclesiástico. Se desestima en conclusión el no-problema de lo sagrado ya que solo cuenta el funcionamiento político e ideológico de ese hecho estrictamente profano llamado religión.

Importa y mucho que el marxismo centre sus esfuerzos subversivos en el capitalismo (y no en ninguna manifestación cristiana) por dos motivos. El

primero es que Marx intuye que la modernidad trae consigo una fuerte inercia (digámoslo en los términos del sociólogo Max Weber) «desencantadora», una cierta racionalidad económica y burocrática llamada a neutralizar las religiones tradicionales, dejándolas sin efectividad real. Esto no implica la desaparición de los creyentes, pero sí de formas de convivencia masiva determinadas por un credo religioso. El segundo motivo, de mayor relevancia, es que Marx analiza, en el funcionamiento del capitalismo, eso que podríamos llamar sus «efectos religiosos». Marx nunca sugiere que el capitalismo se trate subrepticiamente de una secularización de pilares teológicos del Antiguo Régimen. Sí afirma y explica en detalle que, en el corazón mismo del capitalismo, anida un engranaje que produce efectos pseudo-religiosos y mistificadores. El principal de ellos, con cuyo análisis se inicia el primer volumen de El Capital (1867), es el del fetichismo de la mercancía: un objeto parece depositario de propiedades intrínsecas (un valor) cuando su verdadero y obscuro secreto, así como la de cualquiera de sus cualidades, no es otro que el del trabajo humano, es decir, una serie de relaciones sociales en unos medios de producción determinados. En esta trasmutación proto-milagrosa (de relaciones entre hombres a «la forma fantástica de relación entre cosas»), hallamos el misterio espectral del fetichismo de la mercancía, que otorga vida propia a los objetos que circulan en el mercado capitalista[16].

Sería un error confundir el fetichismo de la mercancía con una falsa impresión sensorial que un juicio epistemológico esté en condiciones de despejar. Alberto Toscano lo ha denominado acertadamente «una abstracción real», esto es, una «apariencia objetiva» sin cuyas maniobras fantasmagóricas se nos escapa el encantamiento que el capitalismo opera sobre el mundo animado de las cosas y el mundo invisibilizado de las relaciones de producción[17]. Contra esta magia objetual, el desenmascaramiento cognoscitivo resulta del todo insuficiente. Solo la revolución (y no un tratado de lógica perceptual) puede destruir el suplemento religioso del capitalismo. En un importante pasaje de El Capital, que prefigura el eje central del magnus opus de Weber, La ética protestante y el espíritu del capitalismo (1905), Marx recalca la afinidad histórica entre 1) la sociedad burguesa y su forma homogénea de trabajo humano, y 2) el cristianismo y su «cultus del hombre abstracto»[18]. Para combatir esta doble abstracción, se requiere una asociación libre de hombres iguales que, de acuerdo con un plan racional por todos aceptado, fabriquen bienes más allá del «velo brumoso» de la mercancía capitalista. La trasparencia del proceso material de producción que mantiene en pie una sociedad comunista disolverá los enigmas espectrales que ahora nos rodean.

En esta sociedad, las formas abstractas y espiritualistas del capitalismo y, en consecuencia, del cristianismo se quedan sin suelo histórico. Esa comunidad de hombres libres habita por fin un humus social en el que se muestra y organiza, claramente y de forma justa, el origen de los valores terrenales, el trabajo colectivo que satisface las necesidades de todos. La acción del hombre sobre la naturaleza mediante unos medios de producción (de los que él es también responsable) desbarata los mistificadores castillos de naipes que rodean al ser humano en su larga prehistoria de explotación. Esta síntesis de la CMR ofrece dos claves: 1) En el extensísimo corpus redactado por Marx, el cristianismo ocupa un lugar menor. El tipo de abstracciones ideológicas, políticas y económicas que el capitalismo articula son las que le preocupan primordialmente (el Estado y la legalidad burgueses, la democracia y los derechos formales, la filosofía como expresión de un pensamiento des-corporeizado, la disolución del trabajo concreto en mercancías conmensurables en la forma-dinero). 2) Resulta del todo inadecuado atribuir la CMR a prejuicios decimonónicos que seguían identificando el cristianismo y sus iglesias con remanentes arcaizantes. Esta apreciación no tiene en cuenta el rol conceptual que la CMR juega en el diseño general del materialismo histórico del propio Marx, en su humanismo e historicismo revolucionarios.

ESPAÑA, UNAS ESTUPENDAS MALAS RELACIONES

Sin el anterior segmento de historia intelectual resulta difícil aproximarse al siglo XIX en España, al primer tercio del XX y, por último, a la Guerra Civil española y la dictadura de Francisco Franco. Para tener una adecuada perspectiva de los desafíos que católicos y comunistas afrontan en su diálogo entre 1960 y 1980, hay que explicar cómo los desencuentros filosóficos abordados hasta ahora se materializan en España desde el siglo antepasado. Aunque usualmente se asocia el nacionalcatolicismo a las primeras décadas del régimen franquista, lo cierto es que sus orígenes son mucho más antiguos. Ya el primer texto constitucional, el mito liberal de 1812 fraguado en Cádiz, «sanciona» y «decreta» en el artículo 12 del Capítulo II que «la religión de la Nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera. La Nación la protege por las leyes sabias y justas, y prohíbe el ejercicio de cualquier otra»[19].

Si este es el pistoletazo de salida (al menos, institucional) del liberalismo español, no deben extrañarnos sus posteriores apuros para establecer un modelo que separase trono y altar. Estas aspiraciones liberales no corren la misma suerte bajo Fernando VII y durante el Trienio Constitucional (1820-23), en la década de las regencias (1833-1843) y bajo el accidentado reinado de Isabel II (1843-1868), durante el Sexenio Democrático (1868-1874) tras la Revolución del 48, la Primera República (1873-1874) o la restauración borbónica en 1875. En este movimiento pendular de gobiernos y modelos estatales, de alzamientos, pronunciamientos, guerras y golpes de Estado, los liberales culminan sin duda algunos logros. Entre estos destacan las exclaustraciones y desamortizaciones de Mendizábal (1836), Espartero (1841) y Pascual Madoz (1854), los motines de 1835, el Concordato de Bravo Murillo firmado por Isabel II y Pío IX en 1851, o la libertad de culto establecida por la Constitución de 1869 tras la Gloriosa. Incluso este ordenamiento no llega a separar del todo Iglesia y Estado pues su artículo 21 avala que la «Nación se obliga a mantener el culto y ministros de la Religión católica»[20]. La resistencia con la que estos avances se tropiezan es muy dura porque, en amplios sectores de la vida pública (como el educativo, funcionarial, judicial, notarial, asistencial), la densa infraestructura católica hace las veces de Estado subsidiario.

El liberalismo y, más tarde, el republicanismo se toparán con una tupida red de periódicos, colecciones y bibliotecas, compañías y órdenes religiosas, editoriales apostólicas y asociaciones pías que Ignacio Sánchez ha enumerado y descrito con atención[21]. El liberalismo español se abre paso a trancas y barrancas, y podemos concluir con Mónica Burguera López que «la crisis del siglo XX», en concreto la guerra del 36, emana de notorias «ausencias del siglo XIX: el fracaso de Revolución Industrial, el fracaso de la revolución burguesa, la debilidad del liberalismo español»[22]. En esta furia antiliberal se afianza un postulado, desarrollado por Menéndez Pelayo, Juan Vázquez de Mella y José Pemartín, según el cual catolicismo, monarquía y nación quedan indisolublemente confundidos y, por lo tanto, se «expulsa extramuros de la españolidad a aquellos que no son ni católicos […] ni monárquicos»[23]. Este espíritu de cruzada contra heterodoxias contaminantes se desata primero durante la Segunda República y luego, de manera extrema, entre 1936 y la década de 1950.

Sin esta violencia de hondas raíces históricas no se entienden personalidades como las de José Nakens y Pablo Iglesias Posse. El primero, periodista y agitador anticlerical, lanza empresas como El Resumen, Fierabrás y El Motín, en las que defiende un peculiar reformismo republicano para sacar a España del

seguidismo bíblico y las imposturas sacerdotales. Sirva como botón de muestra de este ideario la cita de Nakens que Víctor Arbeloa recoge en una semblanza de este: «El anticlericalismo es esencia, y la forma de gobierno accidente»[24]. El fundador del Partido Socialista Obrero Español (1879) mantiene unas pésimas relaciones con Nakens y practica un anticlericalismo distinto, fruto de sus lecturas de Marx y Engels, y de autores franceses como Jules Guesde, Paul Lafargue y Gabriel Deville. Desde las páginas de El Socialista, Pablo Iglesias vitupera contra la animosidad antimarxista que el clero disemina entre los «obreros amarillos». En la línea del propio Marx, Iglesias a menudo repite que su contraataque anticlerical no es un fin en sí mismo sino un medio hacia la consecución de una revolución socialista, de la que el catolicismo es un enconado obstáculo. Podemos traer a colación dos motivos detrás de lo que Arbeloa ha llamado la «actitud rectilínea» de este político[25]. El primero, de sobra conocido, es el determinismo económico que hereda de sus lecturas francesas y de una interpretación algo apresurada de Engels. El segundo reviste más envergadura. El maridaje de aversión anticlerical y marxismo-socialismo no es electiva, no en España. En países donde la revolución burguesa se impone de veras y la/s iglesia/s se reacomoda/n satisfactoriamente en el nuevo modelo estatal, la negatividad radical de Marx tiene plena vigencia. Malgastar esfuerzos prácticos y energías discursivas en impedimentos ya secundarios supone un retroceso a actitudes pre-marxistas. Ahora bien, en donde todavía la revolución burguesa apenas ha dejado exiguas marcas culturales e institucionales, el socialismo colisiona con un doble reto: alcanzar ciertos objetivos liberales todavía a medio hacer y espolear su propia insurrección obrera.

La plasmación más nítida de la interdependencia de estos dos retos la tenemos en el acoso sufrido por la Segunda República desde amplias huestes católicas. En la bibliografía sobre esta colisión brilla con luz propia el reciente volumen de Francisco Espinosa Maestre y José María García Márquez. Ambos concluyen que «incluso los historiadores en cuyos análisis prima la moderación […] admiten que la Iglesia representaba un peligro para la república democrática»[26]. Las primeras reuniones para tramar el descarrilamiento de la República se remontan a la misma primavera de las elecciones del 12 de abril de 1931. A estas confabulaciones asisten Ramiro de Maeztu, José Calvo Sotelo y José Antonio Primo de Rivera, entre otros. Las fechas indican además que la conjura antirrepublicana no requiere ni de la quema de conventos, ni de la revolución de octubre del 34, ni del asesinato de Calvo Sotelo. Los obispos españoles se enfrentan no solo al matrimonio civil, la ley del divorcio y a una rebaja de la asignación económica del Estado, sino también a las medidas

salariales de Largo Caballero, la reforma agraria y la autonomía de Cataluña. En definitiva, la «actitud beligerante fue llevada a los púlpitos, a los periódicos y a los partidos católicos cuando no había pasado ni un mes de la proclamación del nuevo régimen»[27].

Con estos antecedentes, lo acontecido durante la contienda y la fase más represiva de la jefatura franquista resulta poco sorprendente. Sin entrar en los detalles de esta fase, hay tres puntos que manifiestan el dramático trecho entre comunistas y católicos que, en los años setenta, relevantes sectores de ambas partes intentan salvar. En primer lugar, no se compadece con la realidad esa imagen interesada de una Iglesia víctima, una espectadora pasiva que simplemente se deja proteger por la toga nacional-fascista. Antes, durante y después de la guerra, el episcopado español se desenvuelve como un actor político de primer orden que se involucra en la desestabilización de la Segunda República y posteriormente en la lucha bélica. Los epígrafes de «reconquista» y «cruzada», tan sobrecargados de contenido histórico, denotan esa doble identificación de oponentes políticos (anarquistas, socialistas, comunistas) y de un «enemigo» espiritual mucho mayor que pone en peligro la realidad existencial de España, su ser católico.

En segundo lugar, esta toma de partido por parte de la Iglesia tiene al menos dos niveles. Por una parte, las élites franquistas y vaticanas ponen en marcha desde el inicio de la guerra diversas tomas de contacto para establecer relaciones oficiales. El arzobispo Ildebrando Antoniutti desempeñará un papel determinante desde su llegada a la Península Ibérica en 1937. En junio de 1938, es nombrado oficialmente Chargé d’Affaires ante el gobierno (golpista) de Burgos. A esta representación diplomática se le otorga finalmente el nivel más solemne, el de Nunciatura. Por otra parte, Franco logra que Pío XI acepte las credenciales de su primer embajador en Roma, José de Yanguas Messía. Esta formalización de relaciones entre «estados» se salda con la bendición eclesiástica de la causa nacional. Estas alianzas geopolíticas tienen su plasmación a ras de suelo, donde la autoridad religiosa de turno toma cartas en la denuncia e incluso enjuiciamiento de socialistas, anarquistas y comunistas. Esta violencia explícita solo constituye una cara de la moneda. La otra es el trabajo de infiltración cotidiana que empapa todo el cuerpo social. Para describir este multifacético trabajo podemos usar un término en boga, «biopolítica», que el filósofo e historiador francés Michel Foucault pone en circulación en sus célebres conferencias en el Collège de France en 1978 y 1979. La biopolítica es una forma de poder que opera a un nivel subcutáneo, creando hábitos corporales,

invisibles asunciones, marcos de entendimiento inmediatos, aspiraciones personales, y gustos experimentados como espontáneos. En la España de posguerra, se implanta una abrasiva biopolítica católica que, mediante los medios más diversos, crea un franquismo sociológico o una generalizada subjetividad franquista. En estos, el anticomunismo actúa como la clave de bóveda, el punto de fuga en el que convergen todos aquellos de los que abomina la biopolítica del régimen.

En tercer lugar y último lugar, el Franquismo no solo extranjeriza simbólicamente a comunistas y socialistas, sino que también los distancia físicamente. Mientras que la Iglesia inaugura «un nuevo ciclo de intervencionismo político en la vida española» que culmina en el Concordato de 1953, todos lo que no caben en el nuevo proyecto nacional (todos aquellos que no habían sido fusilados o encarcelados) son lanzados al exilio[28]. La ubicación del comunismo y del cristianismo no podría ser más asimétrica y menos favorable para cualquier intercambio. Mientras el segundo logra una centralidad sin parangón en el contexto europeo, el primero, más que escorarse a los márgenes, adquiere una centralidad negativa. El comunismo se vuelve una presencia ausente, no está pero no por esto deja de inspirar una aversión infinita. Hay un punto de paranoia en este anticomunismo sin comunistas, de petrificación de un enemigo al que se ha vencido, aniquilado o exiliado, pero al que hay que mantener vivo como una suerte de exterioridad constitutiva. En su transformación en un otro absoluto fuera de los límites físicos y simbólicos de la nación, se robustece un sentido excluyente de pertenencia nacional. En otras palabras, comunismo y catolicismo entablan un juego de suma-cero, cuanto más de uno menos del otro y viceversa. Esta irreconciliabilidad incluye dos dimensiones interconectadas.

Por una parte, el contexto global de la Guerra Fría a partir de 1945 no hace sino ensanchar el abismo. La condena del bloque soviético y la defensa de las iglesias cristianas (bajo el paraguas retórico de la libertad de expresión y culto) terminan por retroalimentarse. Por otra parte, no todas las víctimas devotas durante la Guerra Civil reciben el mismo tratamiento. Hay ejecuciones de religiosos en el bando nacional que complican el cuadro que hasta ahora hemos pintado. La Iglesia da carta de naturaleza al Franquismo, pero la dictadura militar también expide certificados de autenticidad católica. Solo aquellos que mueren a manos del ejército republicano o de partidas comunistas se erigen en verdaderos «mártires». Prueba de esto es que cuando uno de los protagonistas de la última fase de la Guerra Fría, Juan Pablo II, se interese por lo sucedido en España lo

hará para avivar una campaña masiva pero políticamente selectiva de beatificaciones. La Iglesia confiere legitimidad espiritual al Franquismo y el Franquismo dota de relevancia política a la Iglesia. Con esta entente cordiale se busca excluir definitivamente al comunista, fuese seglar o no. En donde lo nacional es católico y lo católico es nacional, el subtexto será indefectiblemente el anticomunismo. Este último constituye una experiencia simultáneamente religiosa y política, una vivencia teológico-política.

ENCUENTROS EN LA TERCERA FASE

Nuestro acercamiento al diálogo entre comunistas y católicos va a centrarse en los escritos que Alfonso Comín y Manuel Sacristán intercambian no sin cierta polémica. Ambos expresan los anhelos tanto de un renovado partido comunista (cercano a los cristianos) como de un catolicismo distanciado del Franquismo (simpatizante del comunismo). De todas formas, antes de sumergirnos en estos textos, y a la vista de todo lo expuesto anteriormente, vamos a explicitar el sostén histórico que vuelve viable una colaboración entre proyectos enfrentados desde comienzos del siglo XIX. Aquí se van a esbozar seis factores de diversa índole. En primer lugar, el ambiente intelectual en España comienza a virar desde finales de los años cincuenta. En 1951, arrancan las Conversaciones Católicas de Gredos en cuyo parador se reúne un ilustre plantel de creyentes más o menos aperturistas (Antonio Garrigues, Pedro Laín Entralgo, Juan Lladó, Julián Marías, José Antonio Muñoz Rojas, Dionisio Ridruejo, Luis Felipe Vivanco, Joaquín Ruiz Jiménez, Luis Rosales). En estos encuentros predominaron un espíritu ético-humanista de reconciliación, así como intervenciones por parte de pensadores, si no adeptos, al menos sí familiarizados con el marxismo, como el teólogo José María Díez Alegría (del grupo Cristianos por el socialismo) y el filósofo López Aranguren. Afirmar que la alianza Iglesia-Estado se resquebraja sería una exageración, pero es evidente que algo se mueve en círculos católicos de cierto prestigio.

A este cambio de atmósfera le da un paso más seguro el Concilio Vaticano II. A este contribuye de primera mano (el ya mencionado jesuita) Díez Alegría en calidad de asesor de varios obispos. En concreto, este sacerdote inspira influyentes reflexiones sobre la libertad de conciencia en la constitución pastoral

Gadium et Spes y la declaración Dignitatis humanae. Los movimientos sísmicos que Juan XXII y luego Pablo VI provocan con del Vaticano II, desde su convocatoria en 1959 hasta su conclusión en diciembre de 1965, escapan a las posibilidades de este ensayo. Baste citar un par de frases e imaginar el efecto que debieron tener en sectores oscurantistas de la Iglesia española. En Dignitatis humanae (1965) se afirma que «la protección y promoción de los derechos inviolables del hombre es un deber esencial de toda autoridad civil»[29]. En Gadium et Spes leemos que «quienes sienten u obran de modo distinto al nuestro en materia social, política e incluso religiosa, deben ser también objeto de nuestro respeto y amor»[30]. A la luz de estos y otros muchos pronunciamientos se entiende que, sin causar ningún aparatoso divorcio, Pablo VI iniciase un distanciamiento del Franquismo, que rechazase muchos de los candidatos oficialistas propuestos desde Madrid para puestos de responsabilidad en la Iglesia, y que, aun con las objeciones del dictador, designase a Vicente Enrique y Tarancón arzobispo de Madrid y Primado de España en 1969. La reacción del conjunto del catolicismo español ante este aggiornamento no es uniforme, pero sus núcleos más dinámicos encuentran una cobertura institucional para situarse ante el Franquismo (y ante el marxismo) de otra manera.

Un tercer elemento que altera los parámetros de la conversación entre comunistas y cristianos en España es el nacimiento de la llamada Teología de la Liberación. Esta dista de ser un clan homogéneo y, en ella, en encontramos varias generaciones. Además, el liberacionismo da pie a una eclosión de novedosas perspectivas teologales: feminismo, ecologismo, indigenismo, derechos humanos, post-colonialismo, subalternidad, pacifismo, teoría de la dependencia, altermundismo, etnografía y, por supuesto, marxismo. En el devenir de este plural movimiento se produce una decisiva escala en España. Tras la Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano (1968) y el Primer Encuentro de Teología de la Liberación (1970), ambos en Bogotá, tiene lugar en El Escorial el Primer Encuentro Internacional (1972), organizado fundamentalmente por algunos jesuitas. Si atendemos a las palabras de algunos de los teólogos de la liberación mejor conocidos, su supuesta adopción del marxismo bascula entre la confirmación entusiástica (Ernesto Cardenal) y la matización metodológica (Leonardo Boff)[31]. En general, prevalece la línea del (luego amonestado, expedientado y apartado) Boff: sin ciertos préstamos analíticos y categorías sociológicas del marxismo no se entienden libros fundacionales como Teología de la liberación, Liberación de la Teología, Iglesia: Carisma y Poder, Una teología de la esperanza humana, Religión: ¿opio o instrumento de liberación?, Cristología desde América Latina y El evangelio de

Solentiname. Como bien explica Michael Löwy, entre Marxismo y Teología de la Liberación se da una suerte de «afinidad electiva» [Wahlverwandtschaft]. Sobre la base de algunas «analogías, afinidades, correspondencias», dos «estructuras culturales» entablan un mutuo y fértil vínculo de compatibilidad[32]. Ni el marxismo es especulación teológica ni la teología puede ser, sin más, critica marxista de la pobreza… y sin embargo ambos se entrecruzan en los años setenta dejando una huella en el catolicismo español.

En cuarto lugar, en el transcurso de esta misma década cuaja en la Península Ibérica, un relanzamiento de lo que Perry Anderson denomina el «marxismo occidental». Como este mismo historiador y Eric Hobsbawm indican, la producción teórica marxista no ha sido una de las grandes contribuciones hispanas a la cultura europea del siglo XX[33]. El notable vigor del anarquismo, algunas lagunas formativas muy generalizadas (como las vistas en el caso de Pablo Iglesias), las trabas creadas por el exilio y el peso del estalinismo complican sobremanera una investigación desprejuiciada sobre cuestiones teóricas. Con todas las cortapisas impuestas por la coyuntura, el debate marxista español alcanza su mejor momento en los años setenta, no mucho antes de que subiese la marea del pensamiento postestructuralista. En esos años dorados (quizás de plata) del marxismo, llegan a Madrid, Barcelona, Córdoba, Granada, Valencia, Bilbao, Santiago y Salamanca (con frecuencia, vía sus universidades) traducciones y estudios clandestinos de autores como Theodor Adorno, Louis Althusser, Walter Benjamin, Ernst Bloch, Galvano Della Volpe, Antonio Gramsci, Max Horkheimer, Henri Lefebvre, György Lukács, Karl Korsch, Herbert Marcuse y Jean-Paul Sartre. Tanto en la versión estructuralista como en la humanista, la hegeliana, la teológico-mesiánica, la psicoanalítica o la existencialista, se divulgan heterodoxas relecturas de Marx que ponen el acento en asuntos como la subjetividad, la voluntad individual y colectiva, la estética, la cultura burguesa y la cultura popular, el estatus filosófico del materialismo histórico, el consumo de masas, los medios de comunicación, la función del intelectual y, por supuesto, la religión. En este renovado pensamiento marxista, el intelectual que mejor encarna el impulso religioso es, sin duda, Ernst Bloch.

Prueba del influjo que este tuvo en España es su recepción en la revista de cabecera del cristiano-marxista por excelencia, Alfonso Comín, y de todo el catolicismo renovador bajo el mandato franquista, El Ciervo. La consulta de los archivos de esta publicación, fundada en Barcelona en 1951, arroja un saldo muy revelador. Sobre casi todos los autores arriba mencionados hay en El Ciervo algún artículo interpretativo o columna divulgativa, pero solo a Bloch se le

dedican ocho textos, cuatro de ellos entre 1970 y 1977. Para este grupo de cultos y eclécticos católicos, Bloch personifica esa alquimia modélica, por un lado, de imaginación teológica, exploración fideísta e incluso espiritualidad mística y, por otro, de un marxismo «cálido» o, en otros términos, literario, moral y ensayístico. Precisamente porque la creativa contribución de Bloch al marxismo de posguerra está fuera de toda duda, podemos sembrar la semilla de una legítima duda sobre los motivos por los que Bloch se torna en el comunista «amable» en el que algunos católicos perciben un reconfortante aire de familia.

Dos telegráficas notas al respecto: 1) Su gran obra, El principio esperanza (1954), es un ensayo tan polifacético que el lector siempre puede encontrar aquello que busca (fenomenología, historia de las religiones, teoría del arte, análisis literarios, sociología, ecología, teología, mitología, antropología, pensamiento utópico). Esta composición centrífuga permite (si es que no fuerza a) elegir entre énfasis metodológicos y temáticos. 2) El principio esperanza se presta a una reconstrucción en clave humanista, ética y experiencial que casa bien (por ejemplo) con el personalismo cristiano y comunitarista de Emmanuel Mounier. Este anticapitalismo esperanzador de «lo-todavía-no-consciente» y del sueño contra-positivista, así como su propia textura ilusionante y positiva, contrasta con la sobriedad, el cientificismo, el mesianismo estéticamente vanguardista, la contumaz negatividad y la exigencia analítica de Gramsci, Althusser, Benjamin, Adorno y Sacristán respectivamente[34]. En definitiva, las importantes objeciones de Marx al hecho religioso (intrínsecamente conectadas con su crítica del capitalismo) pierden su relevancia en un modo argumentativo como el de Bloch, y esto facilita la buena acogida de este último en círculos católicos en España.

En quinto lugar, esta intensa alteración de lo que el marxismo europeo dice y cómo lo hace en la segunda mitad del siglo XX coincide con una mutación de calado en el Partido Comunista de España. Esta rotación comienza en 1956 debido (entre otras razones) a la evidencia palmaria de la estabilidad del Régimen. En junio de ese año se publica la declaración «Por una reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español», en la que se exhorta a «terminar con la artificiosa división de los españoles en “rojos” y “nacionales”», se sugiere un moderado programa económico en ocho puntos (todos de inspiración socialdemócrata), y se pide «el respeto a la voluntad popular expresada regularmente en elecciones libres»[35]. Este deseo de acuerdos se traduce en una estrategia de ampliación de la base social del partido, comenzando por el mundo católico y tomando como alentador precedente las

Hermandades Obreras de Acción Católica (HOAC), la Juventud Obrera Católica (JOC) y, sobre todo, las Comisiones Obreras (CC OO). Esta bienvenida oficial a los católicos se formaliza a mediados de los años setenta con los documentos sobre este asunto del Partido Comunista de Euskadi, del Partido Socialista Unificado de Cataluña y del PCE. Alfonso Comín será parte del Comité Central y del Comité Ejecutivo de estas dos últimas organizaciones, convirtiéndose en el hombre de Carrillo para la interlocución con el cristianismo afín. Finalmente, en 1977, los tres partidos comunistas más importante del sur de Europa (PCE, PCI y PCF) firman en Madrid la declaración eurocomunista que, en el caso ibérico, implica una actitud «acomodaticia, pluralista y consensual»[36].

En esta búsqueda de credenciales democrático-liberales, es probablemente el Partido Comunista Italiano el que marca el camino con mayor audacia estratégica y credibilidad programática. Como ha recontado Rafael Díaz Salazar, ya en 1954 Palmiro Toggliati «lanza un llamamiento al mundo católico para salvar la civilización del incremento del militarismo y del belicismo»[37]. Invocamos la vertiente italiana del eurocomunismo porque, bajo la tutela primero de Togliatti y luego de Enrico Berlinguer, se recrea una particular exégesis de una mitificada figura que, en la izquierda española de los setenta, se vuelve una moda. Nos referimos por supuesto a Antonio Gramsci. Si Ernst Bloch y Su principio esperanza hacen de guía para ese cristianismo que sale al encuentro del comunismo, Gramsci y sus Cuadernos de la cárcel hacen otro tanto para ese comunismo que salen al encuentro del cristianismo. Detallar cómo se confecciona un «Gramsci eurocomunista» nos alejaría del propósito de este ensayo. El nudo gordiano de la cuestión es el siguiente: un revolucionario de raigambre leninista que concibe el marxismo como el pilar de toda una nueva cultura integral de época, la del «humanismo», «historicismo» e «inmanencia absolutos»[38], sirve para justificar la renuncia a Lenin, la des-marxificación teórica, el abandono de la labor pedagógica del Príncipe Moderno (el partido), y la persecución tacticista de un gran triunfo electoral que nunca llega. En España, cierto contorsionismo semántico en torno a sintagmas gramscianos como «bloque histórico», «hegemonía cultural», «sociedad civil», «sentido común» y «clases subalternas» sirve de andamio conceptual para mantener en pie acuerdos algo desconcertantes y concesiones substanciales. Sobre estas maniobras en zigzag se quejará, como veremos de inmediato, el traductor e introductor de Gramsci en España, Manuel Sacristán.

Finalmente, es difícil aprehender este cambio de paradigma si perdemos de vista todo lo que acontece al este del Telón de Acero. En 1950, treinta años antes de la

caída del Muro de Berlín, el historiador austriaco Isaac Deutscher publica un ensayo, «La conciencia de los excomunistas», que no ha perdido ninguna actualidad. En él plantea que el anticomunismo debe gran parte de su feliz fortuna al colapso de todas las distinciones analíticas e históricas con el fin de «transportar» un complejo fenómeno «de la política a la demonología»[39]. Esta interesada pereza intelectual logra que el término «comunismo» se convierta en un referente unidimensional en el que se condensan horrores sublimes e insondables. Esta es la versión catastrofista y apocalíptica de una determinada «idea del comunismo», el definitivo contra-ideal platónico del que no importan sus idiosincrasias geográficas y temporales sino su misma esencia indeleble. Bajo este furor anticomunista, que siempre tuvo un estilo inquisitorial, de cazas de brujas, de terror estalinista a la inversa, tuvieron que operar organizaciones como el PCE o el PCI.

¿En dónde radica la efectividad de la demonología anticomunista? Ante todo, radica en el hecho de que cualquier atrocidad o fracaso en una de las múltiples trayectorias geográfico-históricas que describe eso que llamamos «comunismo» se proyecta de inmediato sobre el resto de experiencias comunistas, con frecuencia, a miles de kilómetros de distancia. El anticomunismo viaja bien porque exige pocas traducciones: es la lingua franca del conservadurismo contemporáneo. El intervencionismo soviético en Hungría (1956) y Checoslovaquia (1958) exige a muchos partidos comunistas nacionales, como el PCE, el PSUC, el PCF y el PCI a reaccionar como si de eventos (semi-)internos, de política interior, se tratasen. Como en un entramado secreto de vasos comunicantes, cualquier acontecimiento comunista en cualquier parte del mundo se adopta súbitamente como parte consubstancial del comunismo casero. A la desaparición de la Internacional Comunista a mediados de los años cuarenta le sobrevive (con mucha mayor cohesión y pujanza de las que esta última jamás tuvo) una internacional anticomunista. Como sucede en el caso del PCE, esta internacional logra poner a la defensiva todo proyecto marxista con un imaginario tan sobrecargado afectivamente como vago (en el doble sentido de la palabra) desde el punto de vista historiográfico. Tanto en los bandazos tácticos del PCE, como en el precipitado y un tanto oportunista avecinamiento al mundo católico, es un factor nada desdeñable esta ensordecedora geopolítica anticomunista.

Y LLEGÓ EL DIÁLOGO: COMÍN Y/CONTRA SACRISTÁN

Cuando Comín se suma al equipo de Santiago Carrillo para contribuir a la construcción de un partido de masas, interclasista, Manuel Sacristán ya tiene a sus espaldas un destacado prestigio en la lucha clandestina y, por su sólida formación académica, también en algunos circuitos universitarios de los años sesenta. Ambos, Sacristán y Comín, se conocían personalmente y llegan a colaborar como camaradas en el PCE y el PSUC. La cortante crítica del primero al segundo puede sonar hoy un tanto destemplada si no atendemos a los vaivenes argumentativos del propio Comín en Cristianos en el partido, comunistas en la Iglesia (1977) y, en menor medida, Por qué soy marxista y otras confesiones (1979). Por este motivo, antes de desmenuzar las causas de la frustración de Sacristán, proponemos una lectura de los libros de Comín que ilumine sus propias contradicciones. Sobre este fondo, el cortante malestar de Sacristán (pero también de Manuel Azcárate, Eladio García e Isidoro Moreno) adquiriere todo su sentido.

En primer lugar, Comín estipula la existencia de un «marxismo abierto» y otro «cerrado»[40]. Ese último se caracteriza por su «reduccionismo de la religión entendida como moral de la resignación» y por una «racionalidad unidimensional y positivista» que condena aquellos elementos supra-estructurales que distorsionan la conciencia humana[41]. A este desacierto lo denomina Comín «metafísica materialista» que desemboca determinísticamente en una «doctrina atea»[42]. Sobre los cimientos de esta metafísica, el «Partido ha aparecido durante mucho tiempo como otra Iglesia […] con sus dogmas propios»[43]. Desde una perspectiva filosófica, la protesta de Comín parece desenfocada. Hubiese o no dogmas en el PCE, la Crítica Marxista de la Religión no era una de ellas. Comín confunde la posición de Marx con la de Feuerbach, recicla vetustas demandas burguesas à la Benedetto Croce y no llega al fondo de la cuestión: la crítica de la religión es una pieza coherente dentro de un armazón argumentativo contra el capitalismo y todas sus abstracciones/sublimaciones. La CMR es susceptible de ataques frontales pero, para ello, hay que entrar de lleno en algunas concepciones de Marx sobre el fetichismo de la mercancía, el valor de intercambio, el valor de uso, la forma-dinero y los diversos niveles de la alienación. De otra manera, los términos de la polémica resultan más gestuales que substantivos.

Cuando Comín se centra en su propuesta para el acoplamiento de fe cristiana y compromiso marxista, abre un espectro terminológico amplísimo: aportación,

enriquecimiento, acercamiento, colaboración, estímulo, convergencia, compatibilidad, inspiración, coincidencias, impulso, etcétera. Estas vacilaciones léxicas son el síntoma de un rompecabezas que Comín nunca termina de completar del todo. Por una parte, ampara una separación de raigambre ilustrado-liberal, con un trasfondo idealista, entre fe y decantación política: la «autonomía» de la primera «no depende de las condiciones sociales de existencia»[44]. En un pasaje de su intervención ante el Comité Central del PCE en Roma (1976), Comín sentencia que «nuestra opción política no procede de ninguna fe […] de la fe no se deduce ningún compromiso político […] el cristiano debe elegir en función de su propia conciencia. Nosotros [los cristianos en el Partido] hacemos efectivo el pluralismo de la Iglesia al ofrecer a las masas cristianas un auténtico abanico de opciones sin límites por la izquierda»[45]. El cariz liberal de estas frases no podría ser más acentuado: 1) escrupulosa separación de ideología política y creencias religiosas; 2) inviolabilidad de la conciencia individual como ámbito de elección libre; 3) valoración de la pluralidad como ulterior valor político. La autodeterminación personal al margen de cualquier coerción exógena convierte un credo religioso en el banderín de enganche de este programa liberal, atribuible a pensadores como Kant, Benjamin Constant, John Stuart Mill, Karl Popper, Isaiah Berlin y, por supuesto, los liberales españoles del siglo XIX.

Frente a esta diversidad de opciones en esferas independientes (religión y política), Comín desanda el camino andado y confiesa que las «convicciones cristianas […] son impulso y fundamento de su militancia [comunista] y de su participación en la lucha de clases». De hecho, llega a elogiar aquellas «posiciones que se orientan claramente hacia la construcción de una sociedad socialista siguiendo las raíces cristinas»[46]. La idea espacial de dos líneas en paralelo, cuya independencia se debe proteger a toda costa, se torna ahora en algo muy distinto: «impulso», «fundamento» y «raíz». Catolicismo y marxismo, religión y política no solo no son dos líneas heterogéneas, sino que al catolicismo y a la religión se les imputa un substrato político-marxista. Es más, la apología de un pluralismo tout court, la libertad de conciencia y la elección soberana ceden el paso a algo muy distinto: el evangelio es un «mensaje de liberación» cuyo «uso como ideología de los opresores ha supuesto precisamente su prostitución»[47]. Aquí Comín atenúa sobremanera la supuesta variedad sin cortapisas que los cristianos en el PCE ejemplifican y ofrecen a otros creyentes. De la fe católica, de la verdadera fe católica, no puede ni debe desprenderse cualquier identificación partidista, como afirmaba este autor en el encuentro de Roma. Hay una palabra verdadera y usos bastardos, fe surgida de dicha palabra y

aprovechamientos espurios, un plan de acción que se desprende de esa fe genuina y extravíos capitalista-burgueses. En resumen, Comín se contradice al indicar simultáneamente a) que al marxismo no hay porqué llegar desde convicciones católicas y b) que este es el punto de llegada natural y congruente para dichas convicciones, cuando estas son bien entendidas. Religión y política son y no son universos aparte; entre ellos hay y no hay una atracción predictaminada por sus propios contenidos.

No terminan aquí los equívocos. Al describir el modo en que los cristianos se instalan en el PCE-PSUC, Comín solicita una cosa y su contraria. Por una parte, se muestra taxativo sobre la particularidad de aquellos cristianos que entran en estas dos organizaciones y sobre su reconocimiento estatutario. Esto culminaría en la existencia de «una corriente cultural cristiana en el seno del Partido». No solo se afilian ciudadanos particulares que pueden (o no) profesar una religión, sino que la fe que todos estos comparten debe tener el derecho a galvanizar una fracción interna con rasgos distintivos. Por otra parte, Comín reivindica «la posibilidad de sentirse como un militante más» ya que los comunistas cristianos no han pretendido […] constituirse en “grupo” […] dentro del Partido»[48]. Gracias a esta equiparación plena, «en materia de revolución» no hay «cristianos progresistas» en tanto que subespecie comunista, sino exclusivamente «revolucionarios socialistas o comunistas»[49]. En conclusión, los cristianos a la vez se singularizan y no se singularizan como tales, se deslindan como «corriente» pero no como «grupo», son uno más aunque los distingue una marca propia y, por ende, conforman un sub-colectivo cristiano. En resumen, Comín pide a) que las convicciones espirituales de algunos de los camaradas sean percibidas como intrascendentales y no significativas, y b) que en torno a esas mismas convicciones se formalice la presencia de un tipo especial de comunistas.

Las auto-enmiendas no concluyen aquí. Se agravan. Un año antes del abandono «formal» del corpus leninista en 1978, Comín se adentra en otra materia más espinosa, la del binomio marxismo y partido comunista. Por un lado, se hace gala de la estirpe «marxista de la opción comunista de los cristianos que no son meros socialistas utópicos»[50]. A esto se debe que la presencia de cristianos en el PCE abra «una discusión entre marxistas, no entre comunistas y cristianos»[51]. Esta es una organización, en resumen, «marxista, democrátic[a] y revolucionari[a]» contra «posiciones eclécticas»[52]. Junto a esta ratificación incondicional de la metodología de Marx, Comín da un giro de ciento ochenta grados y respalda una puntillosa segregación entre los términos del binomio

anterior: para los cristianos, «el Partido […] no exige a sus militantes ninguna “profesión filosófica o adhesión al marxismo” […] Por ello, para ser comunista no es preciso ser marxista; no es necesario que los cristianos comunistas lo sean»[53]. Y si antes se reprocha el sincretismo utópico de algunas genealogías del socialismo, ahora se incita a que el Partido se disponga a acoger todas las tradiciones progresistas de la historia, como la del cristianismo y «aquella a la que pertenecen también Buda, Sócrates, Kant y Marx»[54]. No queda claro qué comparte esta variopinta estirpe de nombres propios. En cualquier caso, la antinomia no podría ser más evidente: a) el marxismo es el sine qua non que otorga un perfil congruente a todos los que se vinculan al Partido, independientemente de su fe o ausencia de esta; pero b) el marxismo no es la base teórica el Partido porque en este debe reinar una heterogénea disparidad de influencias filosóficas. En suma, el PCE es marxista, pero ni más ni menos que socrático, budista o kantiano.

A nadie puede sorprender que, ante el peso que tomaba la presencia de Comín en el PCE y PSUC, Manuel Sacristán alzase la voz y protestase contra estos volantazos programáticos. Lo hace en una revista de referencia del momento, Materiales. Resumamos brevemente su respuesta en cuatro puntos. En primer lugar, reitera que no se debe confundir el laicismo liberal-burgués con el marxista. Uno concibe las creencias religiosas como un perímetro íntimo y separado de la vida social, mientras que el otro niega categóricamente dicha separación. Demandar la no-intromisión en ese ámbito sacralizado de convicciones privadas implica no entender el origen social e ideológico de estas. Es más, ese principio de no-intromisión es la trampa liberal-burguesa para su misma y naturalizada intromisión[55]. En segundo lugar, Sacristán se congratula de que se hayan dado expresiones de espiritualidad cristiana afines a las luchas de colectivos populares. Ahora bien, convertir la anécdota en categoría y deducir, como a veces hace Comín, que de una correcta lectura de los textos fundacionales del cristianismo solo puede extraerse un compromiso comunista, conlleva un acto de voluntarismo que la historia refuta. De manera muy contundente, Sacristán asevera que en «épocas sin más ideologías generalizadas que las religiosas, se expresan religiosamente tanto los explotados como los explotadores»[56]. Unos y otros encuentran en los mismos manuscritos de inspiración divina buenas razones para tomar partido por los primeros o los segundos.

En tercer lugar, Sacristán se hace eco de un artículo de Carlos Riba publicado en otra revista señera de la época, Nous Horitzons, para clarificar el

«confusionismo» que Comín alimenta en torno al rol del marxismo en el PCE y el PSUC. Sacristán recuerda a sus interlocutores que el marxismo no es otra ideología, cultura, cosmovisión u otro depósito de valores identitarios. El «objetivo teórico» del Marxismo, concluye Sacristán, es elaborar un análisis científico del capitalismo y, mediante estos conocimientos racionales y refutables, incitar una subversión y la posterior construcción de una sociedad comunista. En este punto, Sacristán demuestra una óptica consistente: si al marxismo no se le reconoce una categoría científica, entonces degenera en otra ideología. Este error es el que justamente consuman Riba y Comín al poner en un mismo plano y hacer fácilmente compatibles cristianismo, mesianismo, milenarismo, socratismo, kantianismo, budismo, marxismo y cualquier otros «ismo» que, en algún momento de la historia, haya cruzado su camino con alguna lucha plebeya.

En cuarto y último lugar, el término «científico» en la obra de Sacristán ha sido con frecuencia malentendido. Con este, no alude al cientificismo estructuralista que por aquellos años Althusser irradia desde París a todo el marxismo europeo y latinoamericano. Tampoco Sacristán tiene en mente teoremas puros, definitivamente demostrables como los de las versiones positivistas de la ciencia y, sobre todo, de las matemáticas pre-cuánticas. Este filósofo se refiere simplemente a que el marxismo persigue un estudio riguroso del capitalismo basado en experiencias colectivas y razonamientos controlables. Este estudio se impugna, revalida o modifica en contacto con realidades empíricas e históricas. Dicho contacto no es además el de la observación distanciada sino el de la praxis política colectiva, por ejemplo, en el Partido[57]. Por estos motivos, cuando Comín se vale del término «creencias» para justificar la mezcolanza de creencias cristianas y marxistas está sencillamente jugando con las palabras, obviando que «creer» en el marxismo poco tiene que ver con «creer» en el seno de una teodicea (es decir, creer en la existencia de un plano transcendental totalmente inasible para los sentidos).

Desde un punto de vista teórico, Sacristán reubica el debate en unas coordenadas conceptuales más exigentes. De hecho, los registros que han quedado de los famosos encuentros entre cristianos y marxistas celebrados en Salzburgo (1965) y en Marienbad, Checoslovaquia (1967), a los que asisten figuras como Jesús Aguirre, Lombardo Radice, Roger Garaudy y Erich Kellner, se salda con un comunicado final (en palabras de uno de los asistentes) «tan amplio como ineficaz»[58]. Estos escollos preliminares para tan solo estabilizar un primer intercambio entre cristianismo y marxismo prueban que promover la solidaridad

práctica es mucho más fácil que insuflarle a esta un sustento filosófico, razonarla de forma solvente. En cualquier caso, las contradicciones de Comín no son achacables a la impericia de un autor, un ensayo o una tesis. La cuadratura del círculo en la se embarca Comín, defendiendo algo y su opuesto, es el indicio textual de dos problemas históricos mucho mayores. Comín se contradice porque forma parte de un momento sumamente contradictorio (en realidad, letal) para el comunismo español.

Dos son las facetas de esta aporía comunista a finales de los años setenta. 1) ¿Para qué «transición» se preparan el PCE y el PSUC en los estertores del Franquismo? ¿Es esta una transición en alguna medida revolucionaria y rupturista, de la que el modelo económico es un aspecto irrenunciable, o bien una transición a un régimen democrático-liberal en el seno de una economía capitalista, integrada a su vez en un mercado en plena fase de globalización? En 1997, el discípulo más brillante de Althusser en España, Juan Carlos Rodríguez, en una mesa redonda con el colaborador de Sacristán, Francisco Fernández Buey, radiografía el devastador efecto de este equívoco: «Al no saber establecer una estrategia real contra el capitalismo, hemos aceptado sin más la identificación entre capitalismo y democracia»[59]. Comín parece querer prepararse para ambas transiciones, a la democrático-marxista y a la capitalista-liberal, como si entre ambas no hubiese un grado de incompatibilidad. 2) Si estos partidos se predisponen (o se ven forzados) a posponer ad aeternum la lucha contra el capitalismo tras el fallecimiento del dictador, Comín no anda descaminado (no del todo) al rebajar el ingrediente marxista de las organizaciones comunistas. Si la meta consiste en armar una fuerza electoral competitiva que, en un mercado de comicios regulares, intente ganar posiciones con la esperanza (infundada) de ir construyendo una «sociedad comunista» dentro las formas políticas de una monarquía parlamentaria, los escrúpulos ideológicos sobraban en gran medida. En esta partida, la carta que los partidos comunistas nunca logran jugar es la de una democracia que también sea socialista. Una vez que ambos designios (democracia y socialismo) quedan escindidos, inmunizados el uno contra el otro por la sacudida neoliberal de finales de los años setenta, ya con Margaret Thatcher en Downing Street y Ronald Reagan en la Casa Blanca, requiebros explicativos como los de Comín resultan comprensibles.

CONCLUSIONES. MAMMONISMO, LA FE PARA LA QUE NO HACE

FALTA FE

El encuentro entre comunistas y cristianos, entre PCE/PSUC e Iglesia católica, pierde gran parte de su relevancia en los años ochenta. Sería más riguroso afirmar que las dos partes implicadas en el diálogo son las que, de distinto modo, malogran su caudal sociopolítico. Para describir este doble desgaste tenemos que mencionar motivos de diversa magnitud. Comencemos por el marxismo y los partidos comunistas. Nadie ha interpretado tan inteligentemente el descalabro del PCE como Juan Antonio Andrade Blanco en El PCE y el PSOE en (la) Transición: ventajismo cortoplacista, necesidades disfrazadas de virtudes, ideología transmutada en marketing electoralista, escasez de debate y participación interna, dirigismo vertical, y decisiones mal razonadas y peor explicada a la opinión pública[60]. Tras la firma de los Pactos de la Moncloa (1977), la entrada en vigor de la Constitución Española (1978) y la celebración de las Elecciones Generales de 1977, 1979 y 1982, el panorama se despeja o se nubla definitivamente para este partido. De ejercer como fuerza hegemónica de la resistencia antifranquista, el PCE pasa a obtener un pírrico 4 por 100 de los votos en los mismos comicios en los que el PSOE casi alcanza el 50 por 100. De todas formas, en esta debacle podemos encontrar rasgos de un callejón sin salida con el que el comunismo español se topa sin que hubiese una auténtica vía de escape. Este queda pinzado por el siguiente dilema. Sin una operación cosmética que moderase la imagen del PCE, sin el giro liberal del eurocomunismo, este partido (como su homólogo francés o italiano) quedaba marginado en sociedades de consumo masivo, con clases medias bastante amplias, Estados sobradamente listos para frenar cualquier veleidad disruptiva, y mecanismos de gestión y subjetivación capitalista cada vez más incisivos. Ahora bien, tras esta tentativa de transformismo, se malgasta el propio legado ideológico, se confunde a la militancia y, en la arena internacional, estructuras como la OTAN y la Comunidad Económica Europea (por no hablar del FMI o el Bando Mundial) nunca perciben a los mandos comunistas como socios fiables. Sin impostar una silueta post-leninista, postrevolucionaria, postmarxista y centrista, el PCE constituye un exceso de difícil digestión. Tras esta impostación, la ganancia es exigua porque se extravía gran parte de su propia verosimilitud.

Estas penurias pueden ser leídas como el opuesto complementario de los éxitos del Partido Socialista Obrero Español. Con el apoyo económico del PSD alemán, la intervención de Estados Unidos en pos de un gobierno moderado en Madrid, y

el indudable carisma de una generación de políticos jóvenes, ligeros de equipaje, al PSOE lo engorda todo aquello que al PCE lo demacra[61]. Por una parte, el PSOE encaja como un guante en eso que podemos llamar la «teología política de la Transición», ese sentido común ambiental que consagra el nuevo non plus ultra del país: diálogo, concordia, libertad, reconciliación, democracia, modernización e integración europea. Eduardo Subirats ha diseccionado lo que en esta teología nacional-democrática se revela como superchería algo fatua y espectacularizada de una modernidad precaria[62]. En este estado de cosas, el PCE y, en consecuencia, sus conversaciones con cristianos se quedan sin fuelle histórico. De hecho, el PCE pasa a centrar sus esfuerzos en cortejar al ansiado electorado de este neo-liberalizado PSOE (no ya a los cristianos), compaginando fases de acuerdos y otras de dura oposición[63]. Por otra parte, esta teología transicional moderantista tiene su correspondiente cultural. Con la financiación de un omnipresente PSOE en diputaciones y ayuntamientos, se impone un ambiente de época joven, inofensivamente contracultural, festivo y hedonista. En este trasvase de energías de la política a la estética (vivida como un espacio individual de subversión), que muy pronto deriva en espectáculo mediático por doquier y plataforma de infinidad de objetos de consumo (es decir, en moda), las modulaciones éticas y filosóficas, un tanto sesudas, del coloquio entre marxistas y católicos envejecen a gran velocidad.

¿Qué ocurre entre la Iglesia católica y el nuevo factotum de la izquierda española, el PSOE? Conforme el PCE entra en una espiral de refundaciones y escisiones, el centro de gravedad de las preocupaciones eclesiales se desplaza en una doble dirección, el PSOE y el Partido Popular. Vistas con un poco de distancia, las relaciones de la Conferencia Episcopal con ambos partidos de gobierno no han sido malas. Mariano Sánchez Soler ha detallado la sinergia que surge entre el PP y las administraciones de José María Aznar (1996-2004). En lo substancial, los gabinetes de Mariano Rajoy (2011-2018) no altera los términos de esta ecuación. El concordato de 1979, cuya discreta negociación preceden a la entrada en vigor de la Constitución, concede holgados beneficios a la Iglesia católica en materia administrativo-jurídica, educativa y económica[64]. Por supuesto, el PP nunca cuestiona estas Conventiones inter Apostolicam Sedem et Nationem Hispanam e incluso sectores practicantes, afines al Opus Dei, pujan por ensanchar las prebendas concedidas a la Iglesia. No es menos cierto que el PSOE tampoco impugna el Concordato y que, a pesar de esto, tanto Felipe González como José Luis Rodríguez Zapatero reciben una airada contestación callejera y mediática cada vez que promueven una tibia agenda laica (ley del divorcio, leyes sobre el aborto, ley del matrimonio homosexual, ley de la

memoria histórica, leyes educativas que moderan la financiación de los centros concertados). Lo verdaderamente iluminador de estas carambolas eclesiales a dos bandas es que, cuando el PP llega a la Moncloa no desmantela (o bien solo retoca) la legislación socialista por la que previamente había crispado el debate público. Esta postura mutuamente acomodaticia en lo cardinal resta interés a libros colectivos como el editado por Ramón Jáuregui y Carlos García de Andoin, Tender puentes: PSOE y mundo cristiano, pues no queda claro ni sociológica ni ideológicamente donde está la sima que haya que saltar con esos «puentes». Socialdemocracia y cristianismo no tienen grandes diferencias que suturar filosóficamente y los desencuentros prácticos (la hemeroteca lo demuestra) no parecen requerir tanta tinta. En conclusión, esta controversia PSOE-Iglesia se inscribe en la vistosa pero sobreactuada refriega política del día a día.

Otro factor que deja fuera de juego los contactos entre marxistas/comunistas y católicos es el papado de Juan Pablo II, su freno a las reformas del Concilio Vaticano II y su terminante aversión por los movimientos de izquierda, dentro y fuera de la Iglesia. En su pronunciamiento inaugural en la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, acontecida en Puebla en enero de 1979, pronuncia unas palabras que caen como un jarro de agua fría: «Se pretende mostrar a Jesús como comprometido políticamente, como un luchador contra la dominación romana y contra los poderes, e incluso implicado en la lucha de clases. Esta concepción de Cristo como político, revolucionario, como el subversivo de Nazaret, no se compagina con la catequesis de la Iglesia»[65]. A través de la Congregación para la doctrina de la Fe, gestionada por el cardenal Ratzinger, se emiten dos censuras de la Teología de la liberación, Instrucciones sobre algunos aspectos de la «Teología de la liberación» (1984) e Instrucciones sobre libertad cristiana y liberación (1986). A estas llamadas de atención le siguen los hechos. Por una parte, se aparta de la enseñanza o se prohíbe publicar a teólogos con alguna veleidad marxista o renovadora en lo moral. Por otra, entre 1978 y 2005 Wojtyła nombra cientos de obispos hasta tejer una red de nunciaturas de máxima confianza. En España, se moldea paulatinamente una dirección en la Conferencia Episcopal (de Gabino Díaz Merchán a Antonio Rouco Varela) y en la Nunciatura (de Antonio Innocenti a Manuel Monteiro de Castro) a imagen y semejanza de los designios de Juan Pablo II y luego Benedicto XVI. Bajo la supervisión de estos se castiga a pensadores católicos como Benjamín Forcano, Marciano Vidal, Juan Masiá, Jon Sobrino, José María Castillo, Juan Antonio Estrada y José Antonio Pagola. En otro orden cosas, bajo el Plan Cóndor, el Departamento de Estado de los Estados Unidos financia

guerrillas paramilitares e impone sangrientas dictaduras en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay. El terror anticomunista hace mella en una generación politizada en el marxismo sin hacer excepciones en la Iglesia católica, como prueban el asesinato de Monseñor Romero en 1980 y la matanza de jesuitas de la UCA en 1989.

El cuadro que se van dibujando a nivel global en los años ochenta no resulta demasiado halagüeño para el (ya de por sí) intrincado encuentro entre Iglesia católica y partidos comunistas. En esta aventura tan ilusionante notamos dos clases de distorsiones que terminan por volverla imposible. En primer lugar, este acercamiento se inicia en un momento trágico, justo en los prolegómenos de una brutal derrota para la izquierda anticapitalista bajo los efectos de cuya resaca aún seguimos. Recientemente, Enzo Traverso en su brillante Melancolía de Izquierda explica que, a finales del siglo XX, se rompe esa dialéctica temporal moderna que, desde 1789, no cesa de abrir horizontes rupturistas avivados por irrupciones revolucionaras del pasado[66]. Un pesado manto de conservadurismo y mala conciencia política cae sobre toda tradición de luchas utópicas, radicales y libertadoras. La noche del neoliberalismo ha llegado: prohibido el marxismo y recordarlo nostálgicamente. En segundo lugar, nos atrevemos a proponer que, en los últimos treinta años, la única religión operativa ha sido el capitalismo mismo. Como indicase Walter Benjamin, esta es una religión «cúltica» o cultual, sin dogmas ni teologías, para la que no hay «días festivos», ni pausas ni remisiones, que no ofrece esperanza sino deudas y culpa, puramente utilitarista[67]. Este breve fragmento que Benjamin redacta en 1921, «Capitalismo como religión», ha adquirido hoy un gran poder evocador. Nadie puede negar que, en España, se inicia un proceso de secularización con la muerte del general Franco. Menos obvio resulta que, en paralelo a esta onda laica, se extiende un culto de adoradores monoteístas cuya rutina más básica se halla estructurada por la ubicua ritualidad del capitalismo.

El capitalismo crediticio y las sociedades-mercado han traído la verdadera buena nueva, la genuina revelación: nuestros actos (desde los más elaborados a los más banales), nuestra interacción con los semejantes (hermanos competidores), el imperativo del consumo y la productividad, en qué y para qué trabajamos, nuestros cuerpos y deseos, nuestros temperamentos y reflejos más primigenios, nuestros sueños diurnos y nocturnos (o incluso la privación de sueño), en resumen, la práctica totalidad de nuestro ser social ha sido cubierto por la segunda piel del turbo-capitalismo. La radicalidad del «capitalismo como religión» estriba en que justamente no la vivimos como tal, en su doble

condición de praxis absoluta y ausencia de doctrina axiomática. Slavoj Žižek, para describir esta despótica religiosidad, cita una famosa sentencia de Blaise Pascal en sus Pensées: «arrodíllate, mueve los labios en tu plegaria, y creerás»[68]. La fe capitalista no emana de un convencimiento interior, de una voluntad aquiescente o del cultivo potestativo de una espiritualidad. A la fe capitalista todo esto le resulta indiferente porque solo pide que nos arrodillemos para rezar, esto es, que acatemos y participemos en su miríada de rentables ceremonias y protocolos. Nuestra certidumbre teórica puede ser, de hecho, católica y marxista (o mejor, católica-marxista tal y como pedía Alfonso Comín), pero nuestro proceder, la verdad fehaciente de nuestros actos, comulga ortodoxamente con el culto capitalista y su ininterrumpida temporalidad. Nuestra conciencia de hecho, nuestro ethos, ha sido colonizados por el capitalismo y, en estas condiciones históricas hablar de diálogo entre marxistas y católicos deja el regusto de una vieja y perdida receta que costará mucho recuperar.

---

[1] Jünger Habermas, The Philosophical Discourse of Modernity, Cambridge (MA), MIT Press, pp. 18-22.

[2] León XIII, «Aeterni Patris», Libreria Editrice Vaticana, 4 de agosto de 1879, http://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_04081879_aeterni-patris.html (consulta: 10 de octubre de 2020).

[3] Pío IX, «Quanta Cura», Libreria Editrice Vaticana, 8 de diciembre de 1864, http://www.vatican.va/content/pius-ix/it/documents/encyclica-quanta-cura-8-decembris-1864.html (consulta: 10 de octubre de 2020).

[4] Pío IX, «Qui Pluribus», Libreria Editrice Vaticana, 9 de noviembre de 1846, http://www.vatican.va/content/pius-ix/it/documents/enciclica-qui-pluribus-9-novembre-1846.html (consulta: 16 de noviembre de 2020).

[5] León XIII, «Rerum Novarum», Libreria Editrice Vaticana, 15 de mayo de 1891, http://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum.html (consulta: 12 de octubre de 2020).

[6] Pío XI, «Divini Redemptoris», Libreria Editrice Vaticana, 19 de marzo de 1937, http://www.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_19370319_divini-redemptoris.html#_ftn10 (consulta: 10 de octubre de

2020).

[7] Ibid.

[8] Karl Marx, «Critique of Hegel's Dialectic and General Philosophy», en John Raines (ed.), Marx on Religion, Philadelphia, Temple University Press, 2002, p. 77.

[9] Ibid., p. 89.

[10] Ibid., p. 89.

[11] Karl Marx, «Critique of Hegel's Philosophy of Right (1844)», en J. Raines (ed.), Marx on Religion, Philadelphia, Temple University Press, 2002, p. 171.

[12] Karl Marx, «The 18th Brumaire of Louis Bonaparte», Nueva York, International Publishers, 2008, p. 15.

[13] Karl Marx, «Concerning Feuerbach», en John Raines (ed.), Marx on Religion, Philadelphia, Temple University Press, 2002, p. 183.

[14] Ibid., p. 184.

[15] Karl Marx, «Private Property and Communism», en John Raines (ed.), Marx on Religion, Philadelphia, Temple University Press, 2002, p. 138.

[16] Karl Marx, El Capital. Volume I, Nueva York, Penguin, 1990. p. 166.

[17] Alberto Toscano, «The Open Secret of Real Abstraction», Rethinking Marxism, 20.2 (2008), p. 273.

[18] Karl Marx, «Excerpts from Capital (1867)», en John Raines (ed.), Marx on Religion, Philadelphia, Temple University Press, 2002, p. 196.

[19] Cortes Generales, «Constitución política de la Monarquía Española. Promulgada en Cádiz a 19 de marzo de 1812», 1812, Archivo del Congreso de los Diputados de España, https://www.congreso.es/constitucion/ficheros/historicas/cons_1812.pdf (consulta: 23 de noviembre de 2020).

[20] Las Cortes Constituyentes, «Constitución de la Nación Española», 1869, Archivo del Congreso de los Diputados de España, https://www.congreso.es/docu/constituciones/1869/1869.pdf (consulta: 20 de noviembre de 2020)

[21] Isidro Sánchez Sánchez, «El Pan de los fuertes: La "Buena Prensa" en España», en Julio de la Cueva Merino y Ángel Luis López Villaverde (eds.), Clericalismo y asociacionismo católico en España: de la restauración a la transición, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2005, pp. 63-94.

[22] Mónica Burguera López y Christopher Schmidt-Nowara, «Introducción. El atraso y sus descontentos: entre el cambio social y el giro cultural», en Mónica Burguera López y Christopher Schmidt-Nowara (eds.), Historias de España contemporánea. Cambio social y giro cultural, València, Publicacions de la Universitat de València, 2008, p. 10.

[23] Manuel Suárez Cortina, Entre cirios y garrotes. Política y religión en la España contemporánea, 1808-1936, Santander y Cuenca, Editorial de la Universidad de Cantabria y Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2014, p. 118.

[24] Víctor Manuel Arbeloa: «Jesús en el anticlericalismo español», El Ciervo. Revista de pensamiento y cultura 238 (1973), p. 14.

[25] Víctor Manuel Arbeloa: «Pablo Iglesias y la Iglesia», El Ciervo. Revista de pensamiento y cultura 255 (1975), p. 19.

[26] Francisco Espinosa Maestre y José María García Márquez, Por la religión y por la patria. La Iglesia y el golpe militar de julio de 1936, Barcelona, Crítica, 2014, p. 27.

[27] Ibidem, p. 27.

[28] F. Espinosa Mestre y J. M. García Márquez, Por la religión y por la patria, p. 157.

[29] Pablo VI, «Dignitatis Humanae», Libreria Editrice Vaticana, 7 de diciembre de 1965, http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-

ii_decl_19651207_dignitatis-humanae_sp.html (consulta: 28 de octubre de 2020).

[30] Pablo VI, «Gaudium et Spes», Libreria Editrice Vaticana, 7 de diciembre de 1965, http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html (consulta: 26 de octubre de 2020).

[31] Ernesto Cardenal: «Cristianismo y comunismo. Por qué tienen más en común de lo que se cree», El Ciervo. Revista de pensamiento y cultura 746 (2014), p. 23. Juan José Tamayo, «De proceso en proceso: el calvario de Leonardo Boff», El Ciervo. Revista de pensamiento y cultura 567 (1998), p. 35.

[32] Michael Löwy, The War of Gods. Religion and Politics in Latin America, Londres, Verso, 1996, pp. 68-69.

[33] Perry Anderson, Considerations of Western Marxism, Londres, Verso, 1976, p. 28. Eric Hobsbawm, How to Change the World. Reflections on Marx and Marxism, New Haven, Yale University Press, 2011, pp. 223-224.

[34] Ernst Bloch, The principle of Hope. Volume One, Cambridge (MA), MIT Press, 1986, pp. 117-22.

[35] Partido Comunista de España, «Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español», junio de 1956, Proyecto filosofía en español, http://www.filosofia.org/his/h1956rn.htm (consulta: 25 de octubre de 2020).

[36] Eusebio M. Mujal-León, «The Domestic and International Evolution of the Spanish Communist Party», en Rudolf Tökés (ed.), Eurocommunism and Détente, Nueva York, New York University Press, 1978, p. 353.

[37] Rafael Díaz-Salazar, El proyecto de Gramsci, Barcelona, Anthropos, 1991, p. 318.

[38] Peter Thomas, The Gramscian Moment. Philosophy, Hegemony and Marxism, Chicago, Haymarket Books, 2009, pp. 441-453.

[39] Isaac Deutscher, «La conciencia de los ex-comunistas», abril de 1950, Marxist Internet Archive,

https://www.marxists.org/espanol/deutscher/1950/conciencia_ex-comunistas.htm (consulta: 3 de noviembre de 2020).

[40] Alfonso Comín, Cristianos en el partido, comunistas en la Iglesia, Barcelona, Laia, 1977, pp. 10-12.

[41] Ibidem, pp. 133 y 144.

[42] Alfonso Comín, Por qué soy marxista y otras confesiones, Barcelona, Laia, 1979, p. 72.

[43] Alfonso Comín, Cristianos en el partido, p. 77.

[44] Ibid., p. 138.

[45] Ibid., p. 181.

[46] Ibid., p. 80.

[47] Ibid., p. 127.

[48] Ibid., p. 124.

[49] Ibid., p. 123.

[50] Ibid., p. 126.

[51] Ibid., p. 98.

[52] A. Comín, Por qué soy marxista, p. 105.

[53] A. Comín, Cristianos en el partido, p. 113.

[54] Ibid., p. 165.

[55] Manuel Sacristan: «La militancia de cristianos en el Partido Comunista», Materiales 1 (1977), p. 113.

[56] Ibid., p. 104.

[57] Ibid., p. 107.

[58] Olegario González del Cardenal: «Cristianismo y Marxismo hoy», El Ciervo. Revista mensual de cultura y pensamiento 491 (1992), p. 9.

[59] Francisco Fernández Buey y Juan Carlos Rodríguez, «60 años de la muerte de Gramsci», Rebelión, 26 de Agosto de 2012, https://rebelion.org/60-anos-de-la-muerte-de-gramsci/ (consulta: 3 de noviembre de 2020).

[60] Juan Antonio Andrade Blanco, El PCE y el PSOE en (la) Transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político, Madrid, Siglo XXI de España, 2012, pp. 357-361.

[61] Alfredo Grimaldos, La CIA en España. Espionaje, intrigas y política al servicio de Washington, Barcelona, Debate, 2006, pp. 141-159.

[62] Eduardo Subirats, Después de la lluvia. Sobre la ambigua modernidad española, Madrid, Temas de Hoy, 1993, pp. 27-41.

[63] Luis Ramiro Fernández, Cambio y adaptación en la izquierda. La evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000), Madrid, CIS, 2004. pp. 319-329.

[64] Jean-Marie Villot y Marcelino Oreja, «Conventiones Inter Apostolicam Sedem et Nationem Hispanam», Libreria Editrice Vaticana, 3 de enero de 1979, http://www.vatican.va/content/dam/wss/roman_curia/secretariat_state/archivio/dc st_19790103_santa-sede-spagna_sp.html (consulta: 29 de octubre de 2020).

[65] Juan Pablo II, «Discurso del Santo Padre Juan Pablo II en la Inauguración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoameriano», Libreria Editrice Vaticana, 28 de enero de 1979, https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1979/january/documents/hf_jp-ii_spe_19790128_messico-puebla-episc-latam.html (consulta: 22 de octubre de 2020).

[66] Enzo Traverso, Left-Wing Melancholia. Marxism, History, and Memory, Nueva York, Columbia University Press, 2017, pp. 4-7.

[67] Walter Benjamin, «Capitalism as Religion», en Marcus Bullock y Michael W. Jennings (eds.). Selected Writings I 1913-1926, Cambridge (MA), Belknap Press, 2004, pp. 288-81.

[68] Slavoj Žižek, The Sublime Object of Ideology, Londres, Verso, 1989, pp.

37-39.

XVII

EL CAMPO LITERARIO COMUNISTA BAJO LA DICTADURA DE FRANCO

David Becerra Mayor

MILITANCIA Y LITERATURA

Era todavía un niño cuando acudía al «campo de las calaveras», un cementerio abandonado y devastado por la guerra, donde los muchachos jugaban al fútbol y pintaban en las paredes consignas políticas. «Viva Rusia» o «Viva la CNT-AIT», escribían en los muros que todavía se sostenían en pie. Con la llegada de la adolescencia, pero todavía sin afiliación política, esos mismos muchachos improvisaban panfletos políticos que firmaban con las siglas del Partido Comunista de España (PCE): «Seguramente diríamos las mayores rojeces y los mayores extremismos del mundo. Seguro que si alguno de aquellos panfletos cayó en manos de la organización regular del Partido pudo pensar que eran provocaciones de la policía, pero simplemente era nuestro entusiasmo en aquel tiempo por hacer cosas para acabar con la dictadura»[1].

Son palabras de Armando López Salinas[2], uno de los más insignes representantes del realismo social del medio siglo, autor de La mina (1960) y militante del PCE –llegó a ser miembro del Comité Central y subdirector de Mundo Obrero. En la rememoración de aquellos años late la conciencia de algunos jóvenes que –aunque no hicieron la guerra, sufrieron la posguerra– reconocían en el PCE la hegemonía de la resistencia y se adhirieron espontáneamente a lo que creían que eran sus consignas políticas. A pesar de la represión que sufrían los declarados desafectos por el régimen, la conciencia de saber que en la clandestinidad existía una fuerza política capaz de luchar por la

libertad y la democracia, alimentaba el entusiasmo –ese entusiasmo narrado por López Salinas– de participar y formar parte de la resistencia antifranquista. Lo que había empezado como un juego –o lo que había adquirido forma de juego– pronto se convertiría en militancia activa y en literatura.

Esos jóvenes empezaron a militar en la lucha antifranquista a mediados de la década de los cincuenta. Seguir los pasos de Armando López Salinas nos permite recorrer la trayectoria de otros escritores y militantes comunistas, y reconocer el modo en que la militancia compartida, la lucha en la clandestinidad y la resistencia, supuso un elemento clave en la configuración del campo literario comunista.

Tal y como ha sido definido por la sociología de la literatura[3], el «campo literario» lo conforma el conjunto de relaciones e instancias que confieren valor y legitimidad a un autor o a una obra literaria en una esfera restringida, que puede ser autónoma o mantener algún tipo de relación con el poder político. En este caso, esa esfera se relaciona con el poder político –y la institución literaria vinculada a este poder[4]– actuando en oposición a sus códigos y valores, por medio de su identificación con la causa y la lucha política que los y las comunistas emprendieron por la democracia y la libertad durante los años en que se inicia en la España de Franco el llamado «desarrollismo económico». La categoría de «campo literario comunista» nos permite identificar la manera en que los escritores comunistas interactúan y comparten ciertos códigos y valores, tanto estéticos como políticos. Y tal vez la historia de este «campo» encuentre su inicio en la sección Laboratorio de Ensayo de Materiales de Construcción del Ministerio de Obras Públicas, que, como diría Gregorio Morán, «posiblemente la sección de tan largo título no tenga ninguna otra razón para pasar a la historia que la de dar cobijo a dos escritores de posguerra, Armando López Salinas y un perito industrial que allí se gana el condumio, Antonio Ferres»[5], autor de La piqueta (1959).

De la mano de otro escritor, de Eduardo Zúñiga, López Salinas entra en contacto con el PCE, donde empezará a militar a partir de 1958. Su tarea como militante en la clandestinidad fue la de distribuir panfletos hasta que conoce a Francisco Barrio, jefe de redacción de Radio España Independiente, «La Pirenaica», y pasa a engrosar las filas de su «redacción interior». Como afirma Luis Zaragoza:

…desde 1956 se extendió por todo el país una red de corresponsales de los más diversos ámbitos geográficos, edades y niveles sociales y culturales […]. Unos corresponsales, contactados por el PCE, enviaban con regularidad sus crónicas para La Pirenaica por vía orgánica, es decir, las mandaban a unas direcciones (habitualmente francesas) que el Partido les facilitaba y que solo ellos conocían […]. Estos esfuerzos cristalizaron en la creación de la llamada «redacción interior», dirigida por Francisco Barrio[6].

La redacción interior de La Pirenaica contaba entre sus colaboradores a más de un centenar de periodistas, economistas, historiadores, sociólogos, etc., pero también dio cobijo a algunos de los más importantes escritores del medio siglo. Además de Armando López Salinas, colaboraron con la «redacción interior» Antonio Ferres, Andrés Sorel, Alfonso Grosso o Juan García Hortelano. La nómina de redactores bien parece un catálogo del campo literario comunista, que, como señala Luis Zaragoza, «todos estos corresponsales aportaban no solo sus vivencias de primera mano, sino su calidad literaria»[7].

Además de las crónicas en Radio España Independiente, algunos de ellos empezarían a publicar sus primeros cuentos en Sábado gráfico. Otro espacio donde se encontraban los escritores vinculados al PCE y a la lucha clandestina era el local del número 7 de la calle del Príncipe, Las Cuevas de Sésamo, propiedad de María del Carmen Ponte, esposa de Tomás Cruz, un antiguo aviador de la República. Armando López Salinas y Antonio Ferres se reunían con Jesús López Pacheco, autor de Central eléctrica (1958), y celebraban una tertulia a la que asistía Gabriel Celaya durante sus estancias en Madrid y también el pintor manchego y miembro del Comité Central del PCE Pepe Ortega. En esta tertulia se organizó el Premio Sésamo de novela corta. Jesús López Pacheco, Luis Goytisolo o Alfonso Grosso son algunos de los que obtuvieron el premio.

EL REALISMO COMO FORMA ESTÉTICA

Los lugares de reunión –donde se comparten experiencias vitales, políticas y literarias– son fundamentales para la configuración del campo. De la misma manera, las primeras publicaciones y premios, aunque fueran de relevancia

menor, contribuyeron al proceso de consagración específica del campo, al reconocimiento de sus escritores dentro de una jerarquización interna que los valida como tales. Pero el campo es constituido no solo por los agentes que en él se relacionan y se reconocen, sino también a través de los códigos estéticos que comparten. El campo literario comunista se codificará por medio del realismo como forma estética. Sin embargo, conviene definir de forma muy precisa el tipo de realismo empleado en el campo comunista en oposición con otras prácticas realistas de la época, con las que interactúan y en cierto modo compiten. La narrativa del medio siglo se bifurca en dos caminos bien delimitados: por un lado, el objetivismo, y, por otro, el realismo social, también denominado socialrealismo, realismo crítico e, incluso, en algunos casos muy específicos, realismo socialista.

El objetivismo trata de «dar cuenta de los hechos sin emitir juicios de valor; como si de una cámara cinematográfica se tratara, el novelista "filma" todo lo que aparece ante sus ojos para que la realidad pueda llegar al lector tal cual es, al margen de cualquier interpretación»[8]. Como señala Fernando Morán en su ensayo Novela y semidesarrollo: «Hay que hacer, pues, una novela de presentación de la realidad (…). Aún no es tiempo de indagar lo que puede haber tras esta primera corteza y le da sentido» [9], se trata de mostrar la «realidad bruta», «la vida cotidiana», ya que «estos escritores piensan que antes de interpretar la realidad es necesario mostrarla»[10]. Los bravos (1954) de Jesús Fernández Santos o las primeras novelas de Ana María Matute, Ignacio Aldecoa y Juan Goytisolo componen la nómina del realismo objetivista español, aunque el mayor representante del objetivismo español no es otro que El Jarama (1955) de Rafael Sánchez Ferlosio, una novela que, en gran medida, cumple con lo dicho, pues, como señalan los autores de la Historia social de la literatura española:

Sánchez Ferlosio opta por la representación objetiva, casi mecánica, de la realidad evidente en su superficie, y huyendo de todo análisis, de toda interpretación, de toda interferencia autorial, nos «reproduce» durante más de 350 páginas doce o catorce horas de una serie al parecer interminable de fragmentos triviales, anodinas, que se diría casi grabadas con un magnetofón[11].

Frente a la estética del magnetofón que propone el objetivismo narrativo, el realismo crítico o social «toma partido para agitar las conciencias y la denuncia de las desigualdades e injusticias sociales prevalece sobre cualquier otro propósito»[12]. El realismo crítico o social contiene una clara intención «implicativa»[13]. De este modo presentaba la cuestión Armando López Salinas en una carta escrita al crítico Rafael Bosch, y que este reproduce en su ensayo La novela española del siglo XX:

El término de «objetivismo» debe ser entrecomillado. En este problema del pensamiento objetivo hay mucha tela que cortar. En muchos casos nos lo han pretendido presentar como una literatura científicamente revolucionaria, cuando, así lo creo, no es más que una especie de punto culminante de la ideología literaria burguesa. Se nos pretende hacer creer que las cosas, las personas, el mundo, no es más que una realidad externa del mismo. Se trata, presumo, de una vitalización actual del behaviorismo, del conductismo. Y así, en un sentido político, consciente o inconsciente, que de todo habrá en la viña del Señor, se trata, en líneas generales, de un realismo cojo, acrítico. El mundo es así, y no se toma parte, parecen decirnos. Yo creo, aunque no sea capaz de hacerlo, en otro objetivismo, en otro realismo. Realismo que, teniendo en cuenta la realidad objetiva como única fuente de conocimiento, modifica esta realidad a través de las condiciones internas. Es el único método racional que conozco; lo otro, el objetivismo a secas, no es más que un materialismo idealizante[14].

Frente a objetivismo, lo que se trata es de «es mostrar la verdadera faz de nuestra sociedad y reflejar sus contradicciones para contribuir más eficazmente a su transformación», como así respondió el mismo Armando López Salinas a la encuesta que Olmos García realizó a los más destacados novelistas del momento[15]. Con estas declaraciones podemos observar cómo López Salinas está fijando los términos que van a definir su campo literario en oposición a otro campo, resaltando aquellos códigos distintos, aquello que les define y separa.

Una tentativa de definición del realismo social está presente en dos textos teóricos fundacionales: La hora del lector de José María Castellet, publicado en 1957, y Problemas de la novela de Juan Goytisolo, de 1959. Sobre el libro de Castellet, los autores de la Historia social de la literatura española, con voz sin

duda más autorizada que la nuestra, han dicho lo que sigue:

El libro de Castellet se apoya básicamente en ¿Qué es la literatura? de Sartre y esta ha de ser la fuente –entre otras seguramente– de una de sus ideas centrales: que la «literatura es, ante todo, un hecho social» y que, por lo tanto, al escritor se le «pide hoy responsabilidad social y [se] le exige comprometerse con su sociedad y su tiempo». En esta obra de Sartre […] queda sobradamente claro que tal «compromiso» ha de entenderse desde una perspectiva de clase, es decir, desde la conciencia revolucionaria; pero tal idea, sorprendentemente, brilla por su ausencia en la obra de Castellet y la noción de «compromiso» se reduce a que «el autor debe ser, hoy, honesto», a que debe evitar «la inautenticidad formal», etcétera, en tanto que se nos habla de la existencia de un «público medio» (que, según Sartre, es precisamente el que desaparece ante la praxis de la escritura comprometida) y de la necesidad de crear una «economía sana» para superar la distancia existente entre escritor y lector. Entre buenas intenciones quedan así diluidos tanto el existencialismo de Sartre como el peculiar neomarxismo de aquel notable texto suyo[16].

Por su lado, el libro de Goytisolo, dominado por una «enorme confusión teórica implícita» que pretende «casar "el método objetivo" de un Hemingway o un Robbe-Grillet con Lukács y Brecht»[17], contiene una intención que habría de resultar clara para los novelistas de entonces:

Se trata aquí de la «motivación social» de la creación literaria (según dice J. Goytisolo en las breves palabras introductorias); se trata de ocuparse de los «sectores más desfavorecidos» de la sociedad; y se trata, en última instancia, de ocuparse de algún modo de la lucha de clases (Lukács-Brecht-Sartre) de manera testimonial («método objetivo»). Entre la insuficiencia teórica y la censura se bastaban sobradamente para que nada quedase muy claro[18].

La deficiencia teórica que muestran tanto Castellet como Goytisolo en sus libros teóricos promueve una literatura que gozará de cierta hegemonía en el ámbito

narrativo español de la década de los cincuenta y sesenta, que será realista –incluso social y crítica– pero que estará muy lejos de contener y representar un proyecto revolucionario de transformación política o emancipación social. Solo en algunos casos, como lo son, por ejemplo, el de Armando López Salinas, Jesús López Pacheco, Antonio Ferres o Alfonso Grosso, la literatura contará entre sus objetivos participar en la lucha revolucionaria. En el resto de los autores de la generación del medio siglo –desde Sánchez Ferlosio hasta Carmen Martín Gaite, pasando por Ana María Matute, Ignacio Aldecoa o incluso Juan Goytisolo–, se observará que detrás de las «buenas intenciones», de la «honestidad» y de una noción de «responsabilidad» no atravesada por la lucha de clases, no habrá ciertamente ningún proyecto político de futuro ni ningún propósito claro de transformar la realidad. Habrá crítica, denuncia, incluso descripción de las desigualdades e injusticias, pero en ningún caso se traslucirá de sus páginas intención alguna de articular la denuncia –ese descontento retratado– en un proyecto político de futuro y de transformación revolucionaria de la sociedad.

Esta cuestión es crucial para entender en qué consiste el denominado realismo social en la literatura española y los códigos específicos que definen el campo literario comunista. Un buen punto de partida para clarificar esta cuestión puede arrancar de la pregunta que el novelista Juan García Hortelano formula: «¿por qué no lo llamamos realismo socialista?»[19] Muchas de las novelas no fueron catalogadas de realismo socialista precisamente porque no lo eran. El realismo socialista, a diferencia de otras formas de realismo social (a cuyo saco se ha tratado de meter, sin discriminación, a toda la hornada de novelistas de esta generación), parte de una concepción del mundo basada en el materialismo histórico, esto es, en que el motor de la historia es la lucha de clases y que por lo tanto toda forma de conflicto está, en última instancia, determinada por esta. El realismo socialista, a la vez que busca apelar a la conciencia del lector sobre el mundo que le rodea, trata de mostrar –evidenciar o hacer visibles– las contradicciones radicales de la sociedad en que la novela se produce, con el objeto de combatir y enfrentarse a la clase dominante, que, en su posición de dominio en una estructura basada en la explotación, sale beneficiada de las contradicciones y desigualdades que rigen la sociedad. De este modo lo definió Adolfo Sánchez Vázquez en un artículo publicado en la revista Nuestras ideas:

El realismo socialista lejos de ser un método puramente artístico es el método que permite al artista comprender que el arte se eleva tanto más cuanto más

firmemente llama a la conciencia de los hombres. El realismo socialista se ha visto sujeto también a una interpretación estrecha, vulgar, que lo reduce a la concepción del mundo o a un mero método político. Esto significa ignorar el carácter específico del arte, como forma particular de la conciencia social, que consiste en reflejar la realidad de un modo concreto y sensible. El arte, en cuanto forma de la conciencia social, tiene caracteres comunes con otras expresiones de dicha conciencia, como son la filosofía, la moral, la política, etc., pero tiene, a su vez, caracteres específicos que lo hacen irreductible a cualquiera de ellas[20].

Y ante la pregunta «¿qué significa crear hoy, en nuestro país, aplicando los principios del realismo socialista?» se ofrece la siguiente respuesta:

Significa que la universalidad de su contenido adopte una forma concreta, particular, sumergiéndose en el manantial de la realidad española y de sus vivas tradiciones nacionales artísticas. Hacer realismo socialista en nuestra España hoy, es hacer un realismo profundamente español; significa penetrar en la entraña misma de la realidad española, ver esta en su movimiento, con sus contradicciones, con todo su dramatismo y su esperanza. Y es convertirse en conciencia de ella, registrar todas las heridas que en el cuerpo de España se abren cada día, pero registrarlas cargándose de futuro, pues solo así puede verse el movimiento mismo de esa realidad. Este movimiento puede captarse en toda su plenitud y profundidad desde las posiciones del marxismo-leninismo, es decir, desde las posiciones ideológicas más profunda y consecuentemente vinculadas al movimiento mismo de lo real. Este realismo socialista atado a la realidad española ha de insertarse, a su vez, para mejor calar en ella, en una tradición nacional, en un modo peculiar, a través del tiempo, de mirarla, de tratarla[21].

Existe, pues, una diferencia clara entre el realismo socialista y el realismo social. Como señala acertadamente, desde nuestro punto de vista, Ignacio Soldevila Durante,

…bajo el título de «novela social» se ha tendido a encubrir lo que, en términos

más precisos, convendría llamar novela socialista, cuya intención, no por implícita menos real, es despertar o iluminar la conciencia frente a las injusticias de la clase dominante burguesa en el estado dictatorial[22].

Mientras que, por otro lado, la novela social

…tiene una denotación exclusivamente científica, y puede equipararse a sociológica, es decir, que responde a la sociología ajustándose a los postulados de esta ciencia […]. La novela social o sociológica, en ese sentido, será, pues, la que estudie los efectos de las condiciones sociales y económicas en un tiempo y un lugar determinados sobre los hombres y sus conductas[23].

Novelas claramente socialistas, por lo tanto, como podrían ser La mina de Armando López Salinas, Central eléctrica de Jesús López Pacheco, La piqueta de Antonio Ferres o La zanja de Alfonso Grosso, han compartido habitáculo terminológico con otras que –estas sí– pueden ser catalogadas, sin problema alguno, de sociales. De este modo, «el término social [que] se ocultó eufemísticamente durante la dictadura franquista» , por cuestiones políticas evidentes, ha contribuido a la existencia de una confusión semántica que sigue provocando, todavía hoy, un enconado debate sobre la clasificación taxonómica de la novela de los cincuenta y sesenta y, en consecuencia, una delimitación más exacta del campo literario comunista.

OBSTÁCULOS PARA LA CONSTITUCIÓN DEL CAMPO

Más allá de cómo los distintos protagonistas se van agrupando alrededor de unas ideas y valores que comparten y van elaborando los códigos de su esfera restringida, no es posible entender la noción de campo únicamente analizando los elementos que atrae, sin tener en cuenta aquellos que repele o lo rechaza, aquello que dificulta el proceso de consagración en una jerarquía externa. En

este sentido, es importante observar el modo en que el campo literario comunista iba tener que sortear, en el momento de su configuración, con por lo menos tres obstáculos: la dificultad para llegar a un lector potencial, la censura y la falta de referentes intelectuales y maestros que permitiera a los escritores del campo comunista posicionarse en el interior de una tradición literaria.

En primer lugar, hay que notar que una escritura comunista no disponía de canales por los que distribuirse en la dictadura franquista. La institución literaria franquista había constituido un campo con sus propios códigos y lenguaje, a la vez que disponía de sus canales de producción, difusión y validación literaria, a través de los cuales transmitía sus valores e ideología (España eterna, victoria heroica, etc.). Frente a el campo dominante constituido se hacía necesario disponer de canales alternativos de producción y distribución. Como ha estudiado Alejandro Civantos[24], en los años treinta, antes del inicio de la guerra, se produjo en España una auténtica revolución editorial, y revistas como Nueva España o Post-guerra, así como editoriales como Oriente, Historia Nueva, CIAP, Avance, Zeus o Cénit, resultaron fundamentales para la producción y distribución de la novela política y social –o revolucionaria–, pero también para la construcción de un nuevo mercado y para la creación de nuevos lectores, popularizando el libro y el acceso a la lectura, hasta el momento un privilegio de las élites. Pero la guerra dejó ese campo totalmente destruido. Si bien poco a poco los autores del campo comunista iban a empezar a publicar alrededor de editoriales como Seix-Barral o Destino, y asimismo su proceso de consagración en la jerarquía externa iba a llegar a través de premios o menciones como el Premio Nadal, lo cierto es que no disponían de la fuerza editorial que sí tuvieron sus predecesores en los tiempos de la Segunda República. La Guerra Civil impidió la continuidad del libro revolucionario. Había que reconstruir lo que con la guerra se había interrumpido, y empezar de nuevo.

De nuevo había que construir al lector potencial de esta literatura y los canales de distribución que con la guerra habían desaparecido. No es casualidad que lo que se le suele argüir al campo literario comunista sea su incapacidad para atraer a sus lectores potenciales, esto es, a una clase obrera que mediante la lectura pudiera tomar conciencia de su posición de clase para, desde ella, enfrentarse a la realidad, organizarse frente a la injusticia y articular un discurso político de transformación social. El problema es que el grueso de esa clase obrera a la que teóricamente iban destinadas estas novelas apenas sabía leer y escribir. Este es un argumento que esgrime, por ejemplo, Óscar Barrero:

El socialrealismo hablaba a un oyente que no escuchaba. El proceso, en buena lógica, debiera haber sido (y algún crítico ya lo advirtió en su momento) el opuesto: había que crear las condiciones favorables para el nacimiento de ese público al que dirigir después la palabra. Pero ese proceso no estaba en manos del escritor[25].

Los novelistas del campo literario comunista eran muy conscientes de este problema. El propio Armando López Salinas, en la entrevista que le concede a Ínsula en 1966, afirma que escribe asumiendo tal dificultad, pero declara que la tarea de resolverla no les corresponde a los escritores:

El primer problema que plantea el influjo de la literatura en la vida social nos lleva a un tema más amplio: el del nivel cultural. Este, más que del escritor, es un problema del Ministerio de Educación Nacional. Estimo que, de algún modo, la literatura tiene, o puede tener, una cierta influencia en las, por hoy, minorías lectoras, y es posible que en algún caso haya una verdadera toma de conciencia[26].

Pero, como asimismo respondió Armando López Salinas en la encuesta que realizó Olmos García en 1965, el problema de la recepción no se encontraba, únicamente, en el nivel cultural de sus potenciales lectores, sino también en la falta de libertad en ambos lados del proceso comunicativo, tanto en el emisor como en el receptor:

En las condiciones actuales de nuestro país, a mi juicio, el problema principal estriba en la urgente necesidad de democratización de sus instituciones. En esta necesidad general encaja, absoluta y perfectamente, la casi tragedia del escritor español. El intelectual necesita ejercer su libertad crítica. Necesita, como dice Sartre, dirigirse a la libertad de los demás[27].

Y ante la pregunta de si el autor puede contribuir a crear esas condiciones, López Salinas respondió:

La posibilidad de contribuir a crearlas, aun a pesar de estas cosas, siempre existe. Pero ello requiere del escritor una doble actividad, literaria y extraliteraria. En la literatura no planteándose un apriorístico imposibilismo y autocensura. Claro está que para sortear con mejor fortuna estos escollos sería preciso una lucha colectiva. En un sentido más amplio la obra literaria puede ayudar a crear mejores condiciones. Esto solo depende de la capacidad del autor, capacidad literaria que por supuesto está al servicio de la causa de la libertad, al mostrar y hacer partícipes a sus lectores, aunque sea a cierto número de ellos, de la problemática planteada[28].

La censura, que asoma entre las líneas de las declaraciones del autor de La mina, es uno de los principales obstáculos a los que se enfrenta el campo literario para configurarse. Como señala Jacques Dubois, la censura es una de las instancias que emplea la institución literaria para excluir del campo, negándole su legitimidad, a un tipo específico de discurso literario[29]. La novela del medio siglo no puede entenderse sin la censura, que impide la publicación de obras, que impone la tachadura de fragmentos, la autocensura o la asfixia del escritor que escribe sabiéndose vigilado[30]. Esta situación se mantuvo hasta popularmente conocida como Ley de Fraga de 1966 (Ley de Prensa e Imprenta de 18 de marzo 1966), momento a partir del cual las editoriales dejan de estar obligadas a enviar a censura, para obtener su autorización, aquellos libros que pretendían publicar, pero todo libro publicado quedaba sujeto a secuestro si atentaba contra los principios fundamentales del régimen. Ante el riesgo del secuestro,

which could bankrupt a small firm, many publishers continued to submit works for «advance consultation». Prosecutions inevitably increased under Fraga’s law (before, unacceptable material rarely reached publication); from 1963 to 1976 these came before the infamous Public Order Tribunals. Fraga exploited publishers’ insecurities through method such as «administrative silence»

(refusing comment on material submitted for advance consultation), telephone authorizations without written confirmation, or refusing to license publishers but letting them operate unofficially (Seix Barral and Edicions 62 were licensed only in 1968 and 1972). Several small publishers selling cheap Marxist texts were closed; the popular satirical magazine La Codorniz was fined six times in 1966-8. Liberalization was confined to minority publications. From 1969 the book censorship department, previously called «Bibliographical Guidance Service», was renamed «Popular Culture», showing where interests lay[31].

Este contexto dictatorial y de cesura determina el modo en que se configura el campo literario comunista. Un análisis detenido nos permitiría observar cómo la censura tachó fragmentos o directamente impidió la publicación de algunas de las obras más relevantes de este movimiento literario, como sucedió, por citar solo un ejemplo, con Año tras año de Armando López Salinas, cuya publicación estaba aceptada por la editorial Seix Barral, pero finalmente no pudo llevarse a cabo por atentar la novela «contra el régimen y sus instituciones» y por ser «claramente FILOCOMUNISTA», según registra el expediente de censura 3458-31[32]. Finalmente, la novela se publicó en París, en la editorial española en el exilio Ruedo Ibérico, en 1962, tras obtener el premio Antonio Machado.

Otra dificultad para el campo literario comunista fue la de encontrarse sin tradición. También aquí había que empezar desde cero. La Guerra Civil supuso una ruptura y los autores del medio siglo empezaron a escribir sin conocer –sin haber podido leer– las novelas sociales, y aun revolucionarias, que se publicaron en la España de los treinta. No pudieron dialogar con la generación anterior para continuar su legado, explorar los límites que aquellos habían tropezado, o seguir desafiando la literatura como herramienta para la emancipación. La respuesta de Armando López Salinas a la revista Ínsula, cuando le preguntan por sus influencias literarias, es sin duda significativa:

El capítulo de influencias de una obra literaria es siempre muy difícil de determinar. Quizá donde se me encuentre más fácilmente sea en esa tradición española, que ha caminado a saltos: «Clarín», Galdós, Baroja… En cuanto a escritores extranjeros, pienso que este grupo al que pertenezco tuvo que partir un poco de cero, como consecuencia de la ruptura que supuso nuestra Guerra Civil.

Ahora, sin embargo, a Pratolini, quizá Gorki, algún escritor norteamericano, quizá la primera época de John Dos Passos. La influencia de escritores mejicanos, argentinos y cubanos ha sido muy tardía; concretamente de la literatura cubana yo solo podría mencionar a algún escritor del siglo pasado y, entre los modernos, a Alejo Carpentier, como autores de verdadero empuje[33].

López Salinas no menciona ni una sola de las novelas políticas y sociales de los años treinta que le precedieron y con las que su novela La mina compartía no solo su temática sino también su función política. Ni una referencia a Los topos de Isidoro Acevedo ni a Engranajes de Rosa Arciniega, novelas ambas sobre el trabajo minero, publicadas en 1930 y 1931, respectivamente; tampoco a Sangre de octubre: U.H.P., una novela sobre la Revolución de Asturias, escrita por el minero asturiano Maximiliano Álvarez Suárez y publicada en la editorial CENIT en 1936; ni a Campesinos de Joaquín Arderíus, una novela de 1931 que describe la pobreza y la desigualdad en el campo español a causa de la mala distribución de la tierra, como también sucede la primera parte de La mina. Esas novelas simplemente no existían, habían sido expulsadas de la institución literaria, no formaban parte del repertorio disponible. Las novelas del campo literario comunista se inscribían en una tradición interrumpida[34].

Esta ruptura en buena manera marca la literatura de esta generación. Bertolt Brecht definía el «estilo primitivo» como aquel que no incorpora aquellas otras técnicas que contribuyeron a ampliar el realismo[35]. Como la tradición había quedado interrumpida, los autores de los años cincuenta partieron de cero, sin poder incorporar todas aquellas técnicas que habían desarrollado sus predecesores. La novela revolucionaria de los años treinta llegó a interrogarse sobre los límites de la literatura para alcanzar su objetivo revolucionario y de emancipación. A la manera que teorizaron –y también lo pusieron en práctica– Bertolt Brecht y Walter Benjamin, una obra revolucionaria no se definía ni por el tema tratado ni por la forma estética que asumía, sino por su capacidad para revolucionar los medios de producción con que se producía la obra. Había que poner en cuestión las bases sobre las que se construía la literatura, lo que codificaba y validaba un discurso como literario, desde la noción de ficción o incluso la de autor, para construir una obra capaz de «decir la verdad»[36], de forma colectiva y revolucionaria. De este modo, en los años treinta se produjo una literatura radicalmente otra, fuera de los márgenes que instituían la noción de literatura; una literatura que pretendía decir la verdad y hacerlo además desde

una voz colectiva, pasando el autor a ocupar un lugar distinto, a actuar como «productor» y, en esa nueva posición y asumiendo una función organizadora que asimismo convierta a los lectores en productores, dirigirla hacia el bien común y a experimentar su solidaridad con el proletariado[37]. Con estas características se produjo en los años treinta la literatura documental, definida por Víctor Fuentes en los siguientes términos:

…vinculación de historia y ficción, periodismo y literatura, los documentos o testimonios son, en cierto modo, manipulados novelescamente para calar en la imaginación del lector y en una verdad más profunda de la que aparece en la superficie. Asimismo, y esto es de gran importancia, la voz del narrador se funde con la de los otros y deja grandes espacios para que éstos, los subalternos, oprimidos y vejados, dialoguen directamente con el lector[38].

La literatura documental se produce en la literatura española entre 1934 y 1935 y deja títulos como Viaje a la aldea del crimen de Ramón J. Sender (1934), La revolución fue así de Manuel Benavides (1935) y Octubre rojo en Asturias de José Díaz Fernández (1935). No es tampoco casualidad que la novela de Luisa Carnés, Tea rooms (1934), acaso abriendo nuevas vías para explorar la realidad desde nuevas formas de concebir lo literario, lleve por subtítulo Mujeres obreras - novela reportaje. Esta literatura, sin embargo, no pudo influir –el diálogo fue imposible a causa de la ruptura– en la literatura de viajes de los años cincuenta que se produjo –aunque no solo– en el campo literario comunista. La «escritura de viajes» tenía por objetivo aprehender de una forma más directa y exacta la realidad de lo que la novela realista lo permitía. Era un intento de superar los límites del discurso literario y explorar la potencialidad de un discurso distinto. Con la escritura de estos reportajes sobre zonas pauperizadas de la geografía española se continuó, por otros medios, «el trabajo que supone contar España» a través del conocimiento directo de «cómo viven, piensan y trabajan los hombres de nuestro país, [para] conducirnos a una mayor y mejor comprensión social de los problemas de nuestro tiempo, en esta España que hay»[39]. Caminando por Las Hurdes, escrito y publicado por Armando López Salinas y Antonio Ferres en 1960, Por el río abajo de Armando López Salinas y Alfonso Grosso, publicado en el exilio en 1966, y Viaje al país gallego de López Salinas con Javier Alfaya de 1967, son algunos ejemplos de esta literatura que se escribió de espaldas a –y

sin incorporar las técnicas de– la generación de los años treinta. Si su realismo fue más «primitivo» lo fue a causa de la ruptura, porque no pudo seguir un legado que les había robado, que no les habían permitido continuar.

En este sentido, esta fue una generación sin maestros. Los referentes intelectuales se encontraban en las cunetas o en el exilio. No se leían, no se podían leer, habían sido condenados a una inexistencia hermenéutica. Como escribía Ricardo Domenech en 1960, «la nueva generación ha crecido y está creciendo sin maestros»[40]. También, en 1963, Pérez de las Horas habló sobre la orfandad intelectual de los escritores del medio siglo, a lo que además añadía la autarquía cultural franquista:

Nadie puede decir, pues, que hemos sido seducidos por ideologías extranjeras. Los libros y folletos que contenían esas ideologías desaparecieron de las librerías y de las bibliotecas públicas mucho antes de que nuestras mentes sintieran la necesidad de leer textos políticos. Y con ese barrido inquisitorial de letra impresa, fueron arrojados también del país hombres que eran capaces de enseñar a pensar en términos políticos. Por el contrario, toda nuestra adolescencia y nuestra primera juventud se han desarrollado en un clima mitológico, de cultura reverencial a un hombre «enviado por la Providencia para salvar a España»[41].

José María Castellet apunta que uno de los rasgos que define la narrativa de los cincuenta frente a la generación literaria precedente se detecta en el bloqueo intelectual a la que fue sometida España, por la política desarrollada por sus propios dirigentes, durante el periodo de formación de los novelistas:

… el haber crecido y vivido el periodo de su formación juvenil en el aislamiento del mundo exterior al que España estuvo sometida durante toda la década de los años cuarenta, por la Segunda Guerra Mundial, en primer lugar, y por la resolución de las Naciones Unidas de retirada de embajadores, etapa que duró de 1946 a 1950. Si añadimos el hecho ya descrito de la existencia constante de una censura previa sobre toda clase de publicaciones, acabaremos por describir la situación cultural totalmente anómala en la que estos jóvenes escritores crecieron[42].

Llama, sin embargo, la atención que un narrador de la época como fue Miguel Delibes argumentara, en un artículo publicado en 1962, que en efecto la diferencia entre las dos generaciones se encontraba en la formación recibida, pero invertía el novelista vallisoletano lo dicho por Castellet, aduciendo que la generación de medio siglo había tenido acceso a una mayor formación que los novelistas que les precedieron:

Muy distintas consideraciones nos sugiere el grupo de novelistas aparecido en España a partir de 1950. El bloqueo intelectual ha perdido su virulencia en este tiempo: las fronteras se han ido haciendo cada vez más permeables. En el país penetran vientos renovadores impulsados casi en su totalidad por la «generación perdida norteamericana», Sartre, Camus y Kafka. Los novelistas que ahora inician su carrera en España no pueden sustraerse a tan fuertes influencias[43].

Claro que cuando supuestamente llegan a penetrar esos vientos renovadores en España, el grueso de los novelistas ya ha iniciado su trayectoria literaria y en consecuencia puede inferirse que su periodo de formación ha concluido. De este modo, «faltos de una tradición novelística inmediata, los jóvenes autores españoles han recibido diversas y simultáneas influencias extranjeras que se traslucen en sus obras, quizá de un modo algo confuso y a veces gratuito, dándoles una modernidad formal, a veces un tanto artificiosa»[44]. En cualquier caso, parece evidente que estos novelistas fueron víctimas de la deficiencia cultural en la que estaba inmersa la España de posguerra. Como sostiene Francisco Álamo Felices en su estudio sobre la novela social española, fue precisamente el realismo crítico el instrumento del que se sirvió esta generación sin maestros para hacer frente «a la parálisis y al marasmo de la cultura oficial»[45]:

Sin antecedentes culturales orientadores, sin magisterio al que acudir y en el que templarse, sin interlocutores, intentando despegarse de los pegajosos hilos de araña franquista, buscando otra manera de entender la existencia, aislándose del funambulismo de otros, sin pasado y sin vislumbrar un futuro claro fueron

saliendo adelante con una formación de parches en la que, al menos, se ajustaban en esa precariedad, que luego les pasó inclemente factura, pero, de la que fueron conscientes, cuando llegó el momento de los abandonos y de las catarsis de esto que, en los cincuenta, era un deber como intelectuales[46].

ESTRATEGIAS DE DESLEGITIMACIÓN O LA CONSTRUCCIÓN DEL OLVIDO

A pesar de los obstáculos señalados hubo un proceso de consagración a través de publicaciones, premios, reseñas, entrevistas, etc. Las novelas del campo literario comunista se publicaron en editoriales como Seix Barral y Destino, recibieron la atención de revistas como Ínsula y fueron finalistas al Premio Nadal. Podemos afirmar que alcanzaron un éxito considerable en la jerarquización externa, ocupando posiciones de prestigio más allá de la consagración específica en el interior del propio campo. Pero este proceso de consagración fue interrumpido. Su código literario sufrió una devaluación posterior, incluso desde el interior del propio campo. El campo siempre está en movimiento, en transformación, y es susceptible de sufrir alteraciones. Agentes importantes en la configuración del campo como el editor Carlos Barral o el crítico José María Castellet pronto se distanciaron o incluso, podríamos decir, se posicionaron en su contra. Ese proceso interrumpido acaso explique por qué en la actualidad las obras fundamentales del campo literario comunista apenas se leen ni se conocen. Han sido relegadas a posiciones marginales, excluidas del canon. Salvo en casos muy específicos, la mayoría de estas novelas no conocen ediciones recientes, y mucho menos ediciones críticas; la mayoría de estas obras tampoco suelen aparecen en los manuales de historia de la literatura española ni forman parte de los programas universitarios. Esta literatura ha sido condenada al ostracismo, silenciada, olvidada y desplazada de lo que se suele denominar tradición literaria española. Antes de mi edición de La mina (2013), esta novela fundamental del realismo social de los cincuenta había cumplido 30 años de inexistencia (desde 1984 no conocía otra edición); lo mismo sucedió con Central eléctrica de Jesús López Pacheco y La zanja de Alfonso Grosso, cuyas últimas ediciones son igualmente de 1984. La piqueta de Antonio Ferres ha corrido mejor suerte y ha conocido, más recientemente, una edición en 2009; pero, como se observa, la tendencia es el olvido.

Para explicar las causas hay que observar algunas estrategias de deslegitimación llevadas a cabo por la institución literaria. La crítica, por ejemplo, no titubea ni un segundo a la hora de justificar la desaparición de esta literatura apoyándose en su supuestamente deficiente calidad literaria. La crítica literaria trató de convencernos –y en la práctica nos convenció– de que su literatura no merecía la pena ser leída porque estaba mal escrita. Al supeditar lo político a lo literario estos novelistas desatendieron la cuestión formal e hicieron un flaco favor a la literatura, sostuvo la crítica. Se dijo que el proyecto literario del realismo social español maltrataba el lenguaje por medio de un uso torpe y trivial, no artístico, del mismo; que su estilo se caracterizaba por una falta de técnica literaria, y que la experimentación formal brillaba por su ausencia. Incluso se llegó a afirmar que sus denuncias a la realidad social eran tan elementales que estas novelas carecían de una apropiada densidad intelectual. Estos fueron sus argumentos, asumidos sin apenas resistencia, durante el tardofranquismo y la democracia[47]. El editor y crítico literario Constantino Bértolo encuentra la explicación de este prejuicio hacia la literatura del campo comunista en el «proceso de deslizamiento político de la burguesía antifranquista hacia posiciones socialdemócratas, es decir, de renuncia del horizonte revolucionario»[48]. Para Bértolo, la transformación política de la oposición antifranquista, caracterizada por el abandono de su proyecto revolucionario, modifica, a su vez, la valorización literaria del realismo. Es en este contexto en el que se empieza a asistir «a una criba en pretendida clave de "calidad" que en realidad ocultaba un cambio ideológico que afectaba como no podía ser menos a los juicios literarios»[49]. Es entonces cuando la literatura deja de mirar la realidad para mirarse a sí misma y empiezan a circular lemas como el «compromiso de la literatura con la literatura» o «la única revolución válida para un escritor es la revolución del lenguaje». Como señala Jo Labanyi, «Sontag replaced Lukács as the guru»[50]. Una vez se pone en funcionamiento este proceso de deslegitimación, la literatura del campo comunista empieza a ser desplazada paulatinamente del espacio público literario a favor de textos más acordes con la nueva bandera ideológica que enarboló la burguesía ilustrada. Como dice Constantino Bértolo:

…se empezó distinguiendo entre el «zafio» realismo social y el voluntario realismo crítico, luego se certificó la muerte del realismo y finalmente se celebró «la libertad» de tendencias que facilitaba el mercado. Curioso también que la etiqueta (ya anatema) de realismo social caería sobre aquellos autores y aquellos

libros que habían elegido como espacio narrativo el lugar de la explotación primordial: el trabajo y sus protagonistas: el proletariado, mientras que el certificado de homologación recaía de manera positiva sobre aquellos autores u otras obras que habían elegido como espacio narrativo la alienación existencial de las clases medias[51].

Y añade:

Para entendernos: Ferres, López Pacheco, López Salinas, Grosso, Mechén, Isaac Montero, entre otros, son condenados al olvido cuando no al desprecio –la generación de la berza–, mientras que García Hortelano, Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaite se salvan de la criba en aras a la «complejidad» de su lenguaje. Efectivamente los nuevos mandarines vuelven a asumir posiciones de clase burguesa y una vez más tienden a identificar la complejidad con sus propios problemas, la psicología con su propia psicología y su lenguaje con el único lenguaje[52].

La condena al ostracismo de las novelas del campo comunista no responde únicamente a un criterio literario o estético, sino a un proceso ideológico de deslegitimación de las posturas revolucionarias por parte de una burguesía ilustrada que, en su lucha contra el franquismo, decide abandonar el horizonte rupturista y revolucionario. En tanto que clase burguesa, por muy antifranquista que sea, su enemigo de clase no es otro que el proletariado y, en consecuencia, emprende su batalla ideológica contra su adversario de clase mediante el aniquilamiento de su discurso político –«primero se trazó una frontera entre el marxismo vulgar y el no vulgar, luego se definió todo el marxismo como antigualla superada y finalmente se envió el marxismo al baúl de los recuerdos»[53]– y literario:

…el peso de la injusticia literaria recayó de manera brutal y grosera sobre el núcleo fuerte del realismo social: López Pacheco, López Salinas, Antonio Ferres, Alfonso Grosso y tal elección nada tiene de arbitraria si consideramos

que fueron ellos los que más claramente trabajaron ese territorio literario que tanto molesta a la burguesía ilustrada […]: la propiedad privada y sus efectos sobre la vida de los hombres. Ese es el realismo que incomoda a la realidad literaria. Luego llenan esa incomodidad de falsos reproches literarios: falta de complejidad, personajes previsibles, conflictos dogmáticos, argumentos politizados. Cualquiera que lea novelas como La mina, La piqueta o Central eléctrica no puede sino sonreír (y cabrearse) comprobando hasta dónde puede llegar la ignorancia interesada[54].

La reivindicación de la autonomía literaria –su independencia respecto de la política– como elemento constituyente de la buena literatura[55] sirvió asimismo para deslegitimar una literatura que –se dijo– mantenía una relación de dependencia –mermando su libertad, autonomía y calidad– respecto al Partido Comunista de España. A partir de las memorias del editor Carlos Barral, Los años sin excusa, podríamos pensar que la relación era de auténtica subordinación, que la literatura del campo literario comunista estaba complemente sometida a las directrices del Partido. Las declaraciones de Barral no parecen dejar espacio a la ambigüedad: «El Partido, colaborador imprescindible, se hacía cargo de la "operación realismo" en lo concerniente a los novelistas, al mantenimiento de su cohesión como grupo y a la vigilancia de su educación»[56].

Sin embargo, la estrategia denominada «operación realismo», que a la vez sirve para resaltar la hegemonía del PCE entre la intelectualidad española, pero que también se esgrime para acusar de falta de libertad creativa a causa de la orientación que recibirían los escritores por parte de los órganos del Partido, debe ser contrastada con los textos literarios. Una lectura atenta de La mina o Año tras año de Armando López Salinas –esta última definida por Matías Escalera Cordero como «verdadero relato mural de los derrotados y los vencidos de ayer»[57]–, pero podrían valernos otros ejemplos del campo, nos permite observar que ambas ofrecen un retrato de la España de los años de bisagra entre el abandono de la economía autárquica y los primeros pasos hacia el desarrollismo económico en la órbita del bloque capitalista con la mirada siempre puesta en el pasado, como si escribiera su autor con la convicción de que para entender el presente es preciso explicar lo que sucedió en el pasado. Cada personaje es descrito, a pesar del estilo escueto de ambas novelas, con suma precisión al indicarse, en cada instante, dónde se encontraba cada uno de

ellos entre el 18 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939. Su posicionamiento en la Guerra Civil y su condición de vencedor o vencido determinan su posición de clase en el «nuevo Estado» impuesto por los vencedores. La relevancia y significación que adquiere la Guerra Civil en la obra de Armando López Salinas entra en contradicción con la Política de Reconciliación Nacional que inicia el PCE en 1956, con la que se «propugnaba la superación definitiva de los estragos de la Guerra Civil y la consecuente división de la sociedad española en vencedores y vencidos»[58]. Comprobamos en La mina que, a pesar de la estrategia marcada por el Partido, y acaso reafirmando la autonomía de los novelistas frente a quienes sostienen la tesis de la existencia de una intransigente «operación realismo» orquestada por el PCE[59], sus protagonistas, miembros del nuevo proletariado industrial, algunos de ellos como mano de obra excedente del campo español, configuran el espacio que los vencedores han reservado a los vencidos, un espacio marcado por la explotación y la supervivencia, la pobreza y la humillación, el hambre y marginalidad. La Guerra Civil, aunque había concluido más de veinte años atrás, sigue funcionando como categorizador social en la España de Franco, y así lo cuentan las novelas, a pesar de la Política de Reconciliación Nacional del Partido Comunista de España.

Para desacreditar el realismo social y promover su cacareado agotamiento se dijo que, si bien esta estética pudo funcionar en un contexto de subdesarrollo y pobreza, como era el que definía la España de posguerra, una vez superado el retraso con la puesta en marcha del Plan de Estabilización que puso fin al fallido sistema autárquico franquista, y la economía empezó a desarrollarse según las pautas del bloque capitalista occidental, el realismo social perdió su razón de ser. Con esta afirmación la crítica demostró que, conscientemente o no, no había en verdad comprendido la función literaria y política del realismo social. Si bien es cierto que algunos textos atienden en parte a la miseria que asola la España de posguerra, sobre todo en las zonas rurales y tradicionalmente más desfavorecidas de la geografía española, cuyo retraso se debe a la falta de una profunda reforma agraria que delimitara los privilegios de los amos sobre la explotación de la tierra, no es menos cierto que estas novelas ponen asimismo el foco en las nuevas relaciones de explotación que sufre una nueva clase obrera en las nuevas condiciones sociales que son propias del nuevo capitalismo que surge de las políticas «desarrollistas» de un franquismo que aplica las recetas económicas de la OCDE y el FMI. Los protagonistas del realismo social, por lo tanto, aparecen como víctimas tempranas del moderno capitalismo que se consolida con el Plan de Estabilización del año 1959. Al contrario de lo que argüía la crítica, estas no son obras que pongan el foco en la pobreza de la posguerra, sino en la nueva

desigualdad surgida del desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas. No son, pues, obras que pierden su razón de ser con el desarrollo económico de España, como dijo la crítica literaria, sino todo lo contrario: el desarrollismo económico y sus contradicciones emergentes son su objeto literario.

Un análisis riguroso de las novelas del campo comunista, un análisis en el que no intervengan los prejuicios que han acompañado a la crítica hacia lo social en la literatura, permiten observar cómo el denominado «milagro económico» español –en estricto: la acumulación del capital y el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas– solo fue posible por medio de la explotación de esa nueva clase obrera que, huyendo de la miseria de los campos, se incorporó al sector secundario o industrial vendiendo su fuerza de trabajo a un muy bajo precio. El valor de la fuerza de trabajo descendía al ritmo que la emigración interna ofrecía al capital un ejército de reserva que se concentraba en las puertas de las fábricas. La explotación de esta nueva clase obrera, que a veces terminó pagando su derecho al trabajo con la muerte, es retratada por las novelas del campo comunista. Walter Benjamin en sus Tesis sobre la Historia definió el progreso como el permanente estado de excepción de los oprimidos[60]. Para Benjamin, la noción de progreso entraña siempre una renuncia al presente en nombre de una promesa de un futuro mejor. La ideología del progreso sostiene que el dolor del presente engendrará un porvenir más próspero, y los oprimidos asumen ese dolor con la esperanza de ver cumplida esa promesa en las generaciones venideras. La historia le reserva a los oprimidos la misión de sacrificarse para no interrumpir el continuum, la lógica del progreso, el camino lineal hacia un futuro mejor. La ideología del progreso borra siempre las huellas de quienes pagan ese alto precio, siempre con dolor y en ocasiones con la muerte.

El estado de excepción de los oprimidos es el objeto de las novelas del campo literario comunista. Un mundo en crecimiento, en vías de desarrollo, pero sin libertad, en el que el progreso económico se paga a un precio muy costoso por la clase obrera, es el que se describe, por ejemplo, en La mina (1960). Armando López Salinas sitúa el foco de su novela sobre las víctimas de este progreso, sobre el coste humano que ocasiona el desarrollo económico, el progreso, la acumulación de capital. La mina describe a una nueva clase obrera que –formada por migrantes que huyen de la pobreza y de la falta de oportunidades que ofrece el sector rural– acude a la mina en búsqueda de nuevas oportunidades para una vida más digna y mejor, pero no encontrará sino explotación y la muerte (bajos salarios y un trabajo en precarias condiciones para su salud y su seguridad, que

anticipan el desenlace trágico de una novela que termina con la muerte de los mineros a causa del hundimiento del pozo en el que trabajan). La novela de López Salinas retrata cómo sobre las espaldas de la clase obrera se edifica la nueva política económica española. El despegue económico de España, lo que permite salir de la pobreza y alcanzar niveles de bienestar social, tiene un coste. Los personajes que protagonizan La mina no son sino las primeras víctimas del «desarrollismo» económico español.

Lo mismo sucede en La piqueta de Antonio Ferres (1959), una novela protagonizada por una clase obrera que se establece en los extrarradios de Madrid con la esperanza de encontrar un futuro mejor, pero no encuentra sino el desamparo y la miseria, en una barriada de chabolas, rodeada de escombros y basura. Y finalmente el desahucio, la destrucción de una forma de vida en nombre del progreso, que impone su ley implacable, como si esta perteneciera a un orden natural y superior, sin tener en cuenta las vidas que deja por el camino. Por su parte, Central eléctrica de Jesús López Pacheco (1957), una de las obras más significativas del realismo social español y acaso pionera del género en España, describe asimismo el impacto del progreso sobre las vidas de sus protagonistas. Si bien la trama de esta novela transcurre en una aldea, en absoluto retrata la pobreza del retraso en la que vive la aldea, sino, y muy al contrario, las consecuencias que sobre ella tiene la construcción de uno de los tantos y famosos pantanos que inauguró el dictador en España para instalar en él, como el título anuncia, una central eléctrica. La llegada del progreso destroza un hábitat, desestabiliza una forma de vida arraigada a un territorio cuya desaparición se impone en nombre de la promesa de futura prosperidad. Pero en el presente, lo que llega no es sino la muerte de los trabajadores que participan en la construcción de la central. La promesa de un futuro bienestar oculta el precio que paga siempre la clase obrera, sea con la muerte, sea con la expulsión de su hogar.

La novela del campo comunista no tematizó, como sostenía el argumentario de la institución literaria, la pobreza de aquella España autárquica y de posguerra que estaba en vías de extinción cuando el «milagro económico» empieza a despegar a mediados de siglo; muy al contrario, eran novelas que trataron de objetivar las contradicciones de un mundo emergente, el nuevo capitalismo que estaba empezado a construirse por medio de la explotación y la muerte –id est, la extracción de plusvalía– de una nueva clase obrera cuya huella había que borrar para que el relato basado en el progreso no hiciera aguas. Este tema –la explotación y la muerte en el proceso de acumulación capitalista del medio

siglo– es el que atraviesa las novelas del campo literario comunista.

Frente al viento huracanado de la historia –del que también habló Benjamin[61]– que nos impide fijar nuestra mirada en los destrozos y los muertos que deja tras su paso el progreso, las novelas del campo literario comunista nos permiten seguir los pasos del estado de excepción de los oprimidos a través las huellas que borra el historicismo, que es como Benjamin denomina el relato de la historia que escriben los vencedores[62]. Son novelas que recuerdan que nunca son las clases dominantes quienes sacrifican su vida a cambio de la promesa de un futuro mejor, son las clases subalternas quienes hacen el sacrificio en su estado de excepción permanente. Son ellas quienes construyen carreteras, levantan edificios, fabrican barcos, perforan montañas y extraen minerales de las minas. Las que sienten dolor en el cuerpo y a las que en ocasiones se las lleva la muerte. Aunque nadie las recuerde, como decía Bertolt Brecht en su poema «Preguntas de un obrero ante un libro»:

Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó?

En los libros figuran los nombres de los reyes.

¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?

Y Babilonia, destruida tantas veces,

¿quién la volvió a construir otras tantas? ¿En qué casas

de la dorada Lima vivían los obreros que la construyeron?

La noche en que fue terminada la Muralla china,

¿adónde fueron los albañiles? Roma la Grande

está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió?

¿Sobre quiénes triunfaron los Césares? Bizancio, tan cantada,

¿tenía solo palacios para sus habitantes? Hasta en la fabulosa Atlántida,

la noche en que el mar se la tragaba, los habitantes clamaban

pidiendo ayuda a sus esclavos.

El joven Alejandro conquistó la India.

¿Él solo?

César venció a los galos.

¿No llevaba consigo ni siquiera un cocinero?

Felipe II lloró al hundirse

su flota. ¿No lloró nadie más?

Federico II venció la Guerra de los Siete Años.

¿Quién la venció, además?

Una victoria en cada página.

¿Quién cocinaba los banquetes de la victoria?

Un gran hombre cada diez años.

¿Quién pagaba sus gastos?

Una pregunta para cada historia[63].

El intento de ofrecer una respuesta a estas preguntas es –por encima de todo—lo que mejor define el proyecto literario y político que trataron de realizar los autores del campo literario comunista español. Encontrar esa huella borrada por la historia escrita por los vencedores, hacerla emerger al exhumar un campo que quedó enterrado en las cunetas de la historia literaria.

---

[1] Cfr. Luis Zaragoza, Radio Pirenaica. La voz de la esperanza antifranquista, Madrid, Marcial Pons, 2008, p. 216.

[2] Cfr. David Becerra Mayor, «Introducción» a Armando López Salinas, La mina, Madrid, Akal, 2013, p. 10.

[3] Véase Jacques Dubois, L'institution de la littérature, Bruselas, Labor, 1978, y Pierre Bourdieu, Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire, París, Seuil, 1998.

[4] La noción de «institución literaria» propuesta por Jacques Dubois comparte ciertas características con la noción de «campo literario» que elaboró más tarde Pierre Bourdieu en Les règles de l'art, en 1992 (aunque ya había introducido esa noción en su ensayo «Le marché de biens symboliques» de 1971, todavía esta no había alcanzado su definición definitiva). La diferencia entre ambos términos reside –y es preciso señalarlo para clarificar de qué estamos hablando en cada momento– en que, para Dubois, la noción de «institución literaria» recoge las implicaciones ideológicas de las prácticas literarias, mientras para Bourdieu el «campo literario» disfruta de cierta autonomía. En palabras del propio Dubois: «Il est significatif que, pour désigner ce système, P. Bourdieu, par exemple, recoure par prédilection au terme de champ. Cette notion lui permet sans doute d'insister sur le caractère interne et interactionnel des phénomènes de production et de reproduction propres à la « sphère restreinte », mais il l'incite à neutraliser la position du littéraire dans l'ensemble de la configuration sociale». Ibid, p. 31. Influenciado por la noción de «ideología» propuesta por Louis Althusser, Dubois define la institución de la literatura como un aparato ideológico que reproduce y legitima un orden social específico. En este sentido, las diferentes instancias que conforman la institución de la literatura –desde la industria editorial y sus canales de edición y distribución, hasta la crítica académica, que reconoce, consagra y clasifica las obras, pasando el aparato jurídico que interviene por medio de la censura (Ibid., p. 82 y ss.)–, no solo contribuyen a definir lo literario, sino que además operan en la puesta en circulación de unos valores –i.e., unos efectos ideológicos– que son funcionales al Estado. La clase dominante se apropia de un patrimonio cultural para elaborar y fijar unos valores y códigos que perpetúan su posición de poder (Ibid., pp. 79-80). Como señala Juan Carlos Rodríguez, su función no es otra que «el establecimiento de un dominio de clase "también" a nivel ideológico (…), como el mecanismo de su legitimación para alcanzar finalmente el nivel de su hegemonía» (Juan Carlos Rodríguez, La norma literaria, Granada, Diputación

Provincial de Granada, 1994, p. 19).

[5] Gregorio Morán, Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985, Barcelona, Planeta, 1986, p. 349.

[6] L. Zaragoza, Radio Pirenaica, p. 161.

[7] Ibid., p. 161.

[8] Felipe B. Pedraza y Milagros Rodríguez Cáceres, Manual de literatura española. Posguerra: narradores, Berriozar, Cénlit, 1981, vol. XII, p. 163.

[9] Fernando Morán, Novela y semidesarrollo, Madrid, Taurus, 1971, p. 353. La cursiva pertenece al original.

[10] Ibid., p. 353.

[11] Julio Rodríguez Puértolas y otros, Historia social de la literatura española, Madrid, Akal, 2000, vol. II, p. 511.

[12] F. B. Pedraza y M. Rodríguez Cáceres, Manual de literatura, p. 163.

[13] Rafael Bosch, La novela española del siglo XX, Nueva York, Las Américas, 1970, vol. II, p. 87.

[14] Ibid. p. 84

[15] Francisco Olmos García, «Novela y novelistas españoles de hoy (Introducción y encuesta)», Les langues néo-latines, 174 (octubre-noviembre, 1965), p. 43.

[16] J. Rodríguez Puértolas y otros, Historia social, p. 515.

[17] Ibid., p. 516.

[18] Ibid., p.156.

[19] Juan García Hortelano, El grupo poético de los años cincuenta, Madrid, Taurus, 1978, p. 23. Apud Francisco Álamo Felices, La novela social española. Conformación ideológica, teoría y crítica, Almería, Universidad de Almería, 1996, p. 137.

[20] Apud César De Vicente Hernando, «El realismo social en las revistas culturales comunistas de posguerra (una lectura sin conclusiones)», Revista de crítica literaria marxista, 5 (2011), p. 27.

[21] Ibid., pp. 27-28.

[22] Ignacio Soldevila Durante, La novela desde 1936, en Historia de la literatura española actual, Madrid, Alhambra, 1982, vol. II, p. 212.

[23] Ibid., p. 212.

[24] Alejandro Civantos, «La revolución editorial de El Nuevo Romanticismo», en César de Vicente Hernando (ed.), Una generación perdida. El tiempo de la literatura de avanzada (1925-1935), Miami, Stockcero, 2013, pp. 125-144.

[25] Óscar Barrero, Historia de la literatura contemporánea (1939-1990), Madrid, Itsmo, 1992, p. 132.

[26] Antonio Núñez, «Encuentro con A. López Salinas», Ínsula 230 (enero, 1966), p. 4.

[27] F. Olmos García, «Novela y novelistas», p. 53.

[28] Ibid., p. 53.

[29] J. Dubois, L'institution, p. 82 y ss.

[30] Véase Manuel Abellán, Censura y creación literaria en España (1939-1976), Barcelona, Península, 1980; Francisco Álamo Felices, La censura franquista en la novela española de postguerra (Análisis e informes), Granada, I&CILe, 2005; Fernando Larraz, Letricidio español. Censura y novela durante el franquismo, Gijón, Trea, 2014.

[31] Jo Labanyi, «Censorship or the Fear of Mass Culture», en Helen Graham y Jo Labanyi, Spanish Cultural Studies, Oxford University Press, 2010, pp. 212-213.

[32] La mayúscula pertenece al original.

[33] A. Núñez, «Encuentro con», p. 4.

[34] Véase David Becerra Mayor, «Leer desde la ruptura. Propuesta teórica para explorar el potencial político de una genealogía interrumpida», Kamchatka. Revista de análisis cultural, Universitat de València, 14 (2019), pp. 319-348.

[35] Bertolt Brecht, El compromiso en literatura y arte, Barcelona, Península, 1973, p. 233.

[36] Ibid., p. 235.

[37] Walter Benjamin, «El autor como productor», en Tentativas sobre Brecht. Iluminaciones III, Madrid, Taurus, 1991, pp. 123 y 129-130.

[38] Víctor Fuentes, La marcha al pueblo en las letras españolas (1917-1936), Madrid, De la Torre, 2006, p. 160.

[39] Armando López Salinas y Antonio Ferres, Caminando por Las Hurdes, Barcelona, Seix Barral, 1974, p. 9.

[40] Ricard Domenech, «Una generación en marcha», Ínsula 163 (junio, 1960), p. 5.

[41] E. Pérez de las Horas, «Testimonio de las jóvenes generaciones españolas», Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, 63 (agosto, 1962), p. 56.

[42] José María Castellet, «Veinte años de novela española (1942-1962)», Cuadernos Americanos, CXXVI (enero-febrero, 1963), p. 293.

[43] Miguel Delibes, «Notas sobre la novela española contemporánea», Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, 63 (agosto, 1962), p. 38.

[44] José María Castellet, «Veinte años», pp. 294-295

[45] F. Álamo Felices, La novela social española, p. 117.

[46] Ibid., p. 122.

[47] Véase David Becerra Mayor, El realismo social en España. Historia de un olvido, Roma, Quodlibet, 2017.

[48] Constantino Bértolo, «La narrativa de los “realismos”», en Varios Autores,

El realismo social en la literatura española. Homenaje a Juan García Hortelano, Málaga, Fundación Domingo Malagón/Diputación de Málaga, 2007, p. 16.

[49] Ibid., p. 16.

[50] J. Labanyi, «Censorship or the Fear», p. 297.

[51] C. Bértolo, «La narrativa», p. 17.

[52] Ibid., p. 17.

[53] Ibid., p. 17.

[54] Ibid., pp. 18-19.

[55] Véase David Becerra Mayor, «La institución literaria y el proceso de autonomización de la literatura en el franquismo», en Évelyne Ricci y Melissa Lecointre (eds.), La cultura de los vencedores: literatura y normalización. Nuevas redes culturales en la inmediata España de posguerra (1939-1945), París, en prensa.

[56] Carlos Barral, Los años sin excusa, Barcelona, Barral, 1978, p. 207.

[57] Matías Escalera Cordero, «Año tras año, una novela de los derrotados y los vencidos de ayer para los vencidos y los derrotados de hoy», Revista de crítica literaria marxista, 5 (2011), p. 76.

[58] Carme Molinero y Pere Ysàs, «El partido del antifranquismo», en Manuel Bueno y otros (coords.), Historia del PCE, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, vol. II, p. 15.

[59] Ó. Barrero, Historia de la literatura, pp. 127-128.

[60] Walter Benjamin, Tesis sobre la Historia y otros fragmentos, México, Ítaca, 2008, p. 43.

[61] Ibid., p. 44.

[62] Ibid., p. 41.

[63] Bertolt Brecht, Poemas y canciones, Madrid, Alianza, 1999, pp. 91-92.

Versión de Jesús López Pacheco a partir de la traducción de Vicente Romano.

XVIII

LOS ESCRITORES COMUNISTAS EN EL EXILIO

Mario Martín Gijón

El 9 de abril de 1955, en un momento de amplio descrédito del comunismo por las últimas purgas de Stalin antes de su muerte, Max Aub anotaba en su diario: «El que quiera estudiar ciertas letras de nuestro tiempo tendrá que hacerlo –si quiere ser íntegro– juzgando el papel que de 1936 a 1950 jugó el Partido Comunista frente a nosotros»[1]. En efecto, la idea comunista, asimilada con la «pasión revolucionaria» que describiera François Furet como una «concepción mesiánica de la política» que llevaría a la salvación por la historia[2] o aceptada como respuesta más efectiva frente a la contrarrevolución fascista, fue interiorizada por algunos de los más valiosos autores de las letras españolas.

Siguiendo las ideas de Ernst Bloch, quien en su ensayo El principio esperanza, describía las obras literarias como «pre-apariencia visible» de lo que la «conciencia anticipadora» preveía como utopía realizable[3], Charity Scribner recuerda cómo el comunismo fue el «principle of hope that inspired much of the last century's social and cultural production»[4]. No es este el lugar para pronunciarse sobre si los millones de personas asesinadas en aras de ese principio se explican, como pretende Stéphane Courtois, porque «el sistema comunista implica […] una dimensión fundamentalmente criminal» o si, según rebate Alain Badiou, de igual modo que el cristianismo no presuponía necesariamente la Inquisición, «far from being a consequence of the communist Idea, Terror actually results from a fascination with the enemy, a mimetic rivalry with it»[5].

Pero en una época en la que, a la espera de las repercusiones de la pandemia, el debilitamiento del Estado de bienestar parecía haber desacreditado cualquier visión emancipadora del trabajo y en que la desestabilización, dispersión y

relocalización de las fuerzas del trabajo colectivo, además de socavar cualquier solidaridad organizada, como señalara Scribner, había eliminado prácticamente la figura del trabajador de las representaciones culturales europeas[6], el análisis de la relación entre escritores y comunismo no puede reducirse a las habituales apologías, condenas o exculpaciones.

Asimismo, probablemente sea ya hora de arrumbar el tenaz prejuicio según el cual, la presencia de lo político degrada la estética literaria y la representación personal. En su magnífico libro sobre las autobiografías de escritores comunistas, Gina Herrmann afirmaba que «political beliefs and commitments become imbricated in the process of identity formation, thus belying the commonly held belief that intimacy and ideology are lived out in separate spheres» y, frente a la tácita asunción de que la politización conlleva una uniformización de la escritura, defiende «the diversity of rhetorical representations of the Communist experience». Para estos autores, la idea comunista fue «integral to her sense of psychological and social coherence»[7]. En este trabajo, tanto por razones de espacio como por aparecer del modo más evidente, se pretende analizar cómo esta idea se vio reflejado en otro género literario tradicionalmente considerado como la expresión más depurada y extrema del yo, a través de la trayectoria de tres poetas españoles para quienes el comunismo fue parte integral de su identidad desde los años de la República, pasando por la Guerra Civil y el exilio, donde se verían enfrentados a la disyuntiva entre fidelidad o disidencia a la ideología que les había obligado al destierro. Se trata de Rafael Alberti (El Puerto de Santa María, 1902-1999), José Herrera Petere (Guadalajara, 1909-Ginebra, 1977) y Juan Rejano (Puente Genil, 1903-México DF, 1976).

«DEL FONDO DE LA NOCHE AL CENTRO DE LA LUZ». LA SUBJETIVACIÓN DE LA IDEA COMUNISTA COMO CONVERSIÓN O EVOLUCIÓN

En su influyente ensayo sobre la «idea del comunismo», Alain Badiou afirma que esta consta de tres componentes: político, histórico y subjetivo. Badiou define esta última dimensión como «la possibilité pour un individu […] de devenir une partie d’une procédure de vérité politique» y describe este proceso

como:

une incorporation: le corps individuel et tout ce qu'il entraîne avec lui de pensées, d'affects, de potentialités agissantes, etc., devient un des éléments d'un autre corps […] dans un monde donné d'une vérité en devenir. C'est le moment ou un individu prononce qu'il peut franchir les limites (d'égoïsme, de rivalité, de finitude…) imposées par l'individualité […] tout en restant l'individu qu'il est, il devient aussi, par incorporation, une partie agissante d'un nouveau Sujet. Je nomme cette décision, cette volonté, une subjectivation[8].

Esta subjetivación tenía, para quienes habían permanecido hasta entonces ajenos a esa idea, el carácter de una verdadera conversión y una profesión de fe absoluta, cuya génesis el novicio debía explicar tanto a sus nuevos correligionarios como a sí mismo. Según Igal Halfin, «the "Communist conversion" was the centerpiece of the autobiographical narrative. The Party applicant shed his old bourgeois self and embraced the new Communist truth […]. Communist autobiographical self-revelation meant the refusal of the self and a sort of self-destruction»[9]. Por supuesto, la perspectiva de Halfin parte de un considerable prejuicio ideológico por su parte, que seguramente no aplicaría si se tratara de otro tipo de reconversiones u orientaciones personales.

En la literatura española, el caso más conocido de conversión fue el de Rafael Alberti. Reconocido desde muy joven como uno de los mejores poetas de su generación, Alberti se hallaba, a finales de los años veinte, en una grave crisis existencial, precipitada por su ruptura con la pintora Maruja Mallo, y durante la cual había escrito dos de los más enigmáticos y excelsos libros del breve surrealismo español. Alberti saldrá de esta crisis volcándose en las protestas contra la dictadura primorriverista a partir de 1929. En sus memorias reconoce que hasta entonces «poco o nada sabía yo de política, entregado a mis versos», cuando descubrió en torno a él «un clima de violencia que me fascinaba» y en el que dio salida a su angustia:

El grito y la protesta que de manera oscura me mordían rebotando en mis propias paredes, encontraban por fin una puerta de escape, precipitándose, encendidos,

en las calles enfebrecidas de estudiantes, en las barricadas de los paseos, frente a los caballos de la guardia civil y los disparos de sus máusers. Nadie me había llamado. Mi ciego impulso me guiaba. La mayor parte de aquellos muchachos sabía poco de mí, pero ya todos eran mis amigos. ¿Qué hacer? […] Ni los poemas de Sermones y moradas, aún más desesperados y duros que los de Sobre los ángeles, podían servirles. A nadie, por otra parte, se le ocurría entonces pensar que la poesía sirviese para algo más que el goce íntimo de ella. A nadie se le ocurría. Pero los vientos que soplaban ya iban henchidos de presagios[10].

La famosa interrogación de Lenin, «¿qué hacer?» se conjuga en la memoria de Alberti con una visión teleológica de la historia, simbolizada por «los vientos», que encuentran su intérprete profético en quien va a corporeizar un poeta de nuevo tipo. En cierto modo, la incorporación de Rafael Alberti al comunismo recuerda la de Louis Aragon, quien también se adhirió al PCF como salida a una grave crisis sentimental, y en quien su compromiso fue un choix de vie que se unió a la estabilización con una mujer que se convertiría en su compañera vital, olvidando a Nancy Cunard gracias a Elsa Triolet, como el poeta gaditano superaría el desgarro de Maruja Mallo gracias a su relación con María Teresa León, que le acompañará en su compromiso. En ambos poetas, la conversión al comunismo suponía, a breve o medio plazo, el abandono del surrealismo, manteniendo sin embargo los mismos enemigos, según comentara Maurizio Serra sobre Aragon, en un análisis que puede aplicarse sin apenas distinciones a Alberti: «Il peut conserver les objectifs de la révolte, en les transformant désormais en desseins révolutionnaires […] se déchainer contre la bourgeoisie pour prêcher un ordre social plus équitable, pas le désordre; dénoncer les mensonges de la religion au nom d’une foi supérieure»[11]. Aunque su adhesión al comunismo significara, en la práctica, integrarse en una élite que gozaba de comodidades muy por encima de los obreros a los que pretendían representar, y así, Alberti recordaba, sin pizca de ironía, haber estado con Aragon y Triolet en casa de la hermana de esta, donde «entre caviar, té y raros dulces orientales, se recitaron poesías»[12], lo que no le impedía componer una diatriba antiburguesa como «Al volver y empezar», al regresar de su primer viaje soviético y no encontrar todo el entusiasmo que esperaba por parte de sus compañeros literatos:

Volví, y vi cadáveres sentados,

cobardes en las mesas del café y del dinero,

cuerpos podridos en las sillas,

amigos preparados a recibir de balde el sueldo de la muerte

de los otros.

Vine aquí y os escupo.

Otro mundo he ganado[13].

Y es que Alberti presentó, incluso muchos años después, su estancia en la Rusia de Stalin como «un viaje del fondo de la noche al centro de la luz»[14], en una formulación sintética de los mecanismos conversión comunes a cristianismo y comunismo, cuyo esquema típico, según Sidonie Smith y Julia Watson, incluye «a fall into a troubled and sensorily confuse “dark night of the soul”, followed by a moment of revelation, a life and death struggle, a process of reeducation, and finally a journey to “new Jerusalem” or site of membership in an enlightened community of like believers»[15]. En su «Noticiario de un poeta en la URSS», Alberti transmitiría a los lectores del diario republicano Luz la visión idílica de unos ciudadanos eufóricos por la transformación soviética, que cantan mientras trabajan y devoran con avidez los libros en tiradas de millones de ejemplares, gozo del que «solo pueden hablarnos hoy en el mundo los escritores soviéticos»[16]. A su retorno del viaje de casi dos años, Alberti afirmaba que había comprendido, «viéndola y sufriéndola, la trágica realidad de Europa. Regresaba otro: nuevo concepto de todo, y como era natural, del poeta y de la poesía»[17]. Poéticamente, esto se traduciría en una reformulación radical de su concepción de la poesía, comenzando a elaborar su autorrepresentación como «poeta en la calle», concretada en el poemario Consignas (1933) donde opone la miseria, por ejemplo, de «los niños de Extremadura» o los «campesinos de Zorita», con el idealizado modelo soviético donde solo existe la felicidad y la abundancia. Por supuesto, ni una palabra de las hambrunas planificadas en Ucrania que costaron la vida a casi cuatro millones de personas.

El ejemplo de Alberti fue determinante en la «conversión» de su amigo José Herrera Petere, que se afilió a las Juventudes Comunistas en marzo de 1931, pocas semanas antes de la proclamación de la Segunda República.

Sintomáticamente, en un poema inédito que el gaditano dedicara a Petere, según he argumentado en otro lugar[18], se situaba «entre dos corrientes de aire», antes de dejarse llevar por el «viento» que venía del Este. Petere compartía también con Alberti su simpatía hacia el surrealismo, y había pretendido ser «el primer surrealista de España». Con su adhesión al comunismo realizaba igualmente un gesto de desacato a su padre, el coronel Emilio Herrera Linares, amigo personal de Alfonso XIII y miembro, durante un tiempo, de Acción Española, principal receptáculo de la extrema derecha monárquica. Un gesto, por otra parte, sin apenas reflexión, según nos muestran las anotaciones del cuaderno que, con el título Los hombres comunistas, Herrera Petere redactó entre junio y diciembre de 1931, y donde se trasluce su dogmático rechazo a las reformas del gobierno republicano-socialista. Así, en unas «Declaraciones políticas», tras denostar a Besteiro y Largo Caballero, quienes, según Petere, «engañan a los trabajadores», se expone la única alternativa: «Creo que se aproxima el comienzo de la nueva era y gran solución mundial […]. El proletariado por fin va a vencer. Yo soy completamente comunista. ¡Viva el comunismo!»[19] La confianza plena en la Unión Soviética suple la formación teórica, como muestra a las claras la siguiente boutade: «No hay que estudiar carrera ninguna para establecerse. Lo que hay que hacer es escaparse a Rusia a esperar a que varíe todo completamente»[20].

El convencimiento en Petere de la llegada de una nueva era, de una transformación radical de la sociedad que no puede sino producirse y de modo inminente, es sin embargo un componente ineludible de las convicciones comunistas, frente al simpatizante con otros partidos conservadores o reformistas, y ha sido analizado por Jacques Derrida como «le messianique: la venue de l’autre, la singularité absolue et inanticipable de l’arrivant comme justice»[21]. Esta llegada del Otro aparece en Petere con rasgos singularmente violentos, identificada en ocasiones con los «cosacos», según muestra un breve poema incluido igualmente en Los hombres comunistas, que no es sino una torpe glosa del «Canto del Cosaco» de José de Espronceda, y que concluye: «¡Hurra cosacos del desierto, el Comunismo os brinda espléndido botín! / La Europa os brinda espléndido botín. / El Comunismo es invencible»[22]. Esa imagen de barbarie exótica, basada en clichés orientalistas, no favorecía precisamente la imagen de nueva sociedad que pretendía transmitir la URSS, y había sido consecuentemente criticada por Pierre Naville quien ya en 1926 exhortaba a sus antiguos compañeros surrealistas a «abandonar el mito de Oriente», pues «querer ver a los mongoles campando por nuestras plazas, en lugar de los burgueses o la policía, no significa nada; solo indica una visión sentimental de la

Revolución»[23].

El exaltado sovietismo de Herrera Petere era alimentado por su amigo Alberti, que tenía en el alcarreño a uno de sus pocos amigos tras su ruptura con el medio literario, por lo que le escribía, primero desde Berlín, diciéndole que le parecía «muy bien que abandones el Tajo, fuente de toda verdadera poesía antigua, por el comunismo, fuente de toda verdadera poesía moderna» y poco después le animaba: «¿Vas a ingresar en el Partido? Yo, en Berlín, estoy muy unido a los escritores revolucionarios del partido alemán. Tú sabes que siempre soy un gran amigo tuyo y ahora, además, tu camarada»[24].

Cuando Alberti regresa a España, su llegada es acogida con expectación, y su casa, según recordaría Arturo Serrano Plaja, se convierte en «el foco principal de donde partían las iniciativas»[25], entre las que la más importante será la revista Octubre que, como sintetiza Serge Salaün, «estructura la vanguardia política española»[26] y, gracias al capital simbólico de Alberti, atrae hacia el comunismo, aunque sea de modo efímero, a autores tan distintos como el antes anarquista Ramón J. Sender o al apolítico Luis Cernuda. José Herrera Petere, igualmente, colabora en Octubre, aunque, signo de las contradicciones familiares y sociales en las que se debatía (por entonces trabajaba en la Bolsa madrileña), lo hace bajo seudónimo. Solo tras el triunfo del Frente Popular, Herrera Petere se atreverá a afirmar públicamente su militancia comunista, con la publicación del libro de cuentos La parturienta, encabezado por una célebre cita de Das Kapital: «La violencia es la partera de toda sociedad antigua que lleva en su entraña otra nueva»[27]. César M. Arconada, por entonces crítico de referencia comunista, celebraría en Petere a un «satírico original», pero le advertiría de que «nuestro camarada Petere» debía emplear su «originalidad y talento […] en finalidades más precisas y en causas más altas». Algo que, como veremos, intentaría durante la Guerra Civil, como paradigmático poeta combatiente.

Muy distinto fue el caso de Juan Rejano, en el que, en rigor, no puede hablarse de una conversión, sino de una evolución de su conciencia política que le acercará progresivamente hasta su incorporación al comunismo. Al contrario que Alberti y, sobre todo, que Herrera Petere, Rejano, criado en la Andalucía agraria, no había ignorado nunca los desequilibrios sociales, que pudo ver y le chocaron desde su infancia:

Puente Genil era algo industrial, acaso el pueblo más industrial de la provincia. No faltaban los paros estacionales entre los campesinos, a los que solía vérseles en la plaza, adustos y huraños, esperando la dádiva del «amo», y eso a mí me sobrecogía el alma. Desde niño siempre me preocupó esta injusta situación de los campesinos […]. El haber vivido ese ambiente y contemplarlo a diario y, a veces incluso ser testigo de los choques violentos de los campesinos y obreros con la guardia civil en días de huelga, llegaron a despertar en mí un interés profundo por los problemas sociales, a pesar de mis pocos años[28].

Aunque sus primeras lecturas son la de los poetas modernistas, su experiencia como soldado en la guerra de Marruecos y su convivencia, como administrativo en los ferrocarriles de Málaga, junto a obreros con una clara conciencia de clase, aumentarán su interés por la situación política. Pero Málaga también era en esos años uno de los núcleos poéticos más efervescentes del país, gracias a la imprenta Sur, que dirigía Emilio Prados, con quien Rejano trabó pronto amistad y que coincidía con él tanto en su nivel de exigencia estética como en una temprana conciencia social, aguzada en Prados por la experiencia de las condiciones de los pescadores de El Palo. Pero Rejano intentará encauzar esa mejora social dentro de una reforma que tenía como base la implantación de la República. Así, con apenas 24 años, llegó a «publicar, con otras gentes de mi edad, rebeldes ya a la dictadura de Primo de Rivera, una revista titulada Málaga liberal»[29]. Igualmente colaborará en la cordobesa Revista Popular, de la que será «secretario literario» y en la que muestra un conocimiento serio del marxismo, reseñando obras de Marx o Bujarin, amén de narradores rusos como Babel o Gorki. Trasladado durante una breve etapa en Madrid, donde fue secretario de la editorial Cénit, puerta de entrada de la literatura soviética en España, Rejano comenzará a colaborar en otras publicaciones que atacaban la dictadura, como la salmantina El Estudiante, o la madrileña Post-Guerra, donde publicará reseñas de autores comunistas, como Fedin o Istrati, además de un curioso relato, «Ventanal a la aurora» (1928), que opone la resignación de un «labriego anciano» frente a la energía de su hijo, que lidera «el oleaje de unas banderas encendidas –velámenes rojos–» y que abandona su casa y la «inútil melancolía, ansioso de unirse a las filas iluminadas». Aunque lejos de cualquier matiz autobiográfico, el relato muestra la simpatía de Rejano por el comunismo como esperanza para los jornaleros.

De hecho, la naturaleza de la actitud de Rejano hacia el comunismo en aquellos

años es difícil de dilucidar. Poco después de la proclamación de la República, será nombrado subdirector de Amanecer, diario cercano al Partido Radical Socialista y, cuando dicho periódico desaparezca, pasará a colaborar en El Popular, cercano a Unión Republicana, y del que también será subdirector. Es decir, en una ciudad conocida como «Málaga la Roja», en la que el PCE había obtenido en 1933 su único diputado, Cayetano Bolívar, que mantenía un discurso revolucionario, Rejano colaboraba en la prensa republicana de izquierdas, denostada hasta 1934 como burguesa por los comunistas y, como resumen Fernando Arcas y Luis Sanjuán, «el discurso político de sus artículos y ensayos se inscribe más en el pensamiento democrático radical con fuertes contenidos sociales de base marxista, que en el marxismo-leninismo. Las distancias con el discurso del PCE […] son muy grandes». Además, según han demostrado estos autores, Rejano pertenecía a una logia masónica de Málaga. Lo tardío de este acercamiento, resultado de una evolución gradual y, sobre todo, de las circunstancias de la guerra, impulsarían a Rejano a intentar maquillarla y, así, en el cuestionario biográfico conservado en los archivos del PCE, a la pregunta sobre su fecha de entrada en el Partido, responde: «Julio de 1936. Pero de hecho trabajo con el Partido desde 1926»[30]. Una aclaración que solo puede admitirse en el sentido de que Rejano mantuvo en gran medida una posición frentepopulista avant la lettre.

«EL EJEMPLO DE HOMBRES BRAVOS». ENTRE LA POESÍA COMBATIENTE Y LA PROPAGANDA DE RETAGUARDIA

En la memoria comunista, el papel del PCE y la Internacional Comunista en la Guerra Civil española fue mitificado para servir de legitimación de otros momentos menos gloriosos, tanto del Partido Comunista Español como otros partidos implicados en las dictaduras de la Europa oriental. El ethos comunista, abnegado y disciplinado a una causa colectiva, aumentaba la eficiencia de sus militantes frente a otras ideologías. El prestigio del comunismo aumentó durante la guerra sobre todo a partir de la llegada de las Brigadas Internacionales y la ayuda armamentística soviética frente a la «no intervención» de las democracias, pero en el campo intelectual, además, se benefició de que el Ministerio de Instrucción Pública recayera en el comunista Jesús Hernández, quien, como ha analizado en detalle Mayte Gómez, «diseñó, administró y aplicó un programa

educativo y cultural en el que el centro de atención era el pueblo y el ejército»[31], con una ebullición de iniciativas culturales que, como he analizado en otro lugar[32], articularían pronto, en la zona republicana, dos espacios de producción literaria claramente diferenciados, en el frente y en la retaguardia, que se correspondían con unas circunstancias muy distintas de escritura y comunicación. En la autorrepresentación como poeta comunista, esta división se observa netamente en la obra de José Herrera Petere y Rafael Alberti.

Voluntario de primera hora, al igual que Miguel Hernández, en una de las milicias que formarían pronto el Quinto Regimiento, Herrera Petere pasó a desempeñar pronto tareas en la sección de trabajo social, donde fue uno de los impulsores de Milicia Popular, el primero de los abundantísimos periódicos de guerra, que «tenían como receptor casi exclusivo a los soldados de una unidad militar específica, que eran también sus emisores»[33]. En este, Petere comienza a escribir romances, al igual que miles de milicianos, que recurrían a la forma más asequible, propia del folclore popular, de modo que como dijera Serge Salaün «el romance fue la forma, el molde, el vehículo sensorial e instrumental en el cual se podían encontrar unos y otros sin el menor esfuerzo»[34].

De hecho, lejos de distinguirse, el alcarreño publica sus textos de manera anónima o como «el miliciano Petere», en un gesto que pretende una desmitificación del oficio de escritor, paralela a la explosión romancística. Y es que en los frentes de guerra, durante unos meses, se cumplió en gran medida la abolición de la división del trabajo y se realizó el sueño de Marx y Engels para quienes, «en una sociedad comunista no habrá pintores sino, como mucho personas que, entre otras cosas, también pintan»[35]. Así, Petere se presentaba en la prensa como un «miliciano» que entre otras muchas labores propias de la milicia, también escribía poemas o comentarios sobre la guerra, como muchos de sus compañeros hicieron en esos tiempos. Su poesía, destinada a la recitación oral, tiene un carácter performativo, y abunda en exhortaciones y en celebraciones del «ejemplo de los hombres bravos»[36]. La imagen que quedaría de Petere sería la del «poeta combatiente del 5.o Regimiento», según lo recordaría la propia Pasionaria, cuya voz, en los días más dramáticos de la defensa de Madrid, «se eleva llamando al pueblo madrileño a prepararse para una resistencia espartana»[37].

Por otra parte, siguiendo la política de unidad frentepopulista, Herrera Petere evita menciones expresas al comunismo, salvo en su relato Cazadores de tanques, escrito en los primeros meses del conflicto, donde pueden encontrarse

ocasionales menciones al «Glorioso Partido Comunista» o afirmaciones como que «la sangre española, la sangre comunista de España es de oro puro» que, sintomáticamente, fueron eliminadas en su segunda edición[38]. Asimismo, con motivo del vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, escribió un soneto (forma más noble) «A la URSS», leído por radio en noviembre de 1937 y que terminaba: «¡Qué cerca tú, gigante, comprendiendo / hermano en altivez y gallardía / el duro gesto que mi Patria ofrece!»[39].

Por su parte, Rafael Alberti no puede considerarse, de ningún modo, como un «poeta combatiente», aunque, en compañía de María Teresa León, visitara con frecuencia los frentes para recitar sus poemas. Secretario de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, será junto a José Bergamín uno de los fundadores de la revista El Mono Azul, y participará en iniciativas gubernamentales como la evacuación de las obras del Museo del Prado. Lejos de considerarse al mismo nivel literario que los milicianos, Alberti «escribía versos para las bocas rabiosas de los combatientes»[40] y se encargaría, frente a la «riqueza espontánea y abundante» de la producción romancística, a «encauzarla, recogerla y fomentarla»[41], lo que se traduciría en una selección en la que solo los autores consagrados tenían derecho al honor de las páginas de El Mono Azul. Aunque Alberti, quizás seducido por el ejemplo de Malraux, consiguió ser adscrito al Estado Mayor del también comunista Hidalgo de Cisneros, nunca pilotó un avión, lo que no le impedía declamar sus versos con el uniforme de aviador. La mayor parte de la guerra residió en el palacio de los marqueses de Heredia-Spínola, convertido en la sede de la Alianza. La distancia que separaba a sus intelectuales de los poetas combatientes se reflejó en el rudo altercado que los Alberti tuvieron con Miguel Hernández, al reprocharles este, en febrero de 1939, por el lujo que reinaba en un «homenaje a la mujer antifascista», mientras en la capital reinaba la miseria y el hambre[42].

Tampoco Juan Rejano sería un «poeta combatiente» y, como reconocería sin ambages, «lo único, o casi lo único, que hice en la guerra fue periodismo y algunas otras actividades culturales»[43]. En efecto, Rejano, que se había adherido al PCE al estallar la guerra, permaneció en Málaga hasta la caída de esta en febrero de 1937, cuando se trasladó a Valencia, donde sería encargado de dirigir el periódico Frente Rojo. Posteriormente, ya en Barcelona, colaboraría con asiduidad en La Vanguardia, bajo el seudónimo de «Genil», mantiene una columna de comentarios en la línea política frentepopulista.

«ALGO EN NOSOTROS TENÍA QUE CRUJIR Y ROMPERSE». FIDELIDAD Y DISIDENCIA EN EL EXILIO

La derrota en la Guerra Civil fue un durísimo golpe para los comunistas españoles. Integrados en un proceso histórico que consideraban ineluctable, fueron de los últimos en reconocer la situación insalvable de la República. La ruptura que supone el exilio será asumida de distintos modos. Uno de los más comprometidos, Rafael Alberti, expondrá de manera magnífica la disyuntiva en que se encontraba en su poemario Entre el clavel y la espada. Su primera reacción es dejar atrás la «urgente gramática necesaria» de sus poemas de guerra, y buscar de nuevo «toda virgen la palabra precisa». Sin embargo, su asunción del proyecto comunista le impide abandonarse a ese esteticismo: «si mi nombre no fuera un compromiso, una palabra dada, un expuesto cuello constante, tú, libro que ahora vas a abrirte, lo harías solamente bajo un signo de flor, lejos de él la fija espada que lo alerta»[44].

Como ha analizado Gregorio Torres Nebrera, Alberti «va a dirimir en el espacio del propio libro», mediante la combinación de registros una «lucha entre el peso del pasado y el olvido en el presente»[45], que no resolverá satisfactoriamente. El gaditano combinará a partir de entonces poemarios más intimistas, como Pleamar, Poemas de Punta del Este o Baladas y canciones del Paraná, con otros más volcados hacia la situación política, como Signos del día o La primavera de los pueblos. Alberti solventaría parcialmente su autorrepresentación como orfebre de la palabra y agitador político creando su heterónimo «Juan Panadero», para sus coplas más sencillas y militantes, con el que, por ejemplo, celebra el trigésimo aniversario del PCE o envía un saludo a Pasionaria. El gaditano, que celebraría las «democracias populares», eludiría siempre, en un silencio ensordecedor, los crímenes del estalinismo, a pesar de que se hallaba en Moscú en 1956, cuando se difunde el «informe secreto» de Kruschev. María Teresa León reconocerá que «el Partido Comunista se reunía para ensayar una respiración nueva», pero mientras que ella sufrió un grave choque emocional al conocer la realidad de la «noche staliniana»[46] en la que fueron segadas las vidas de amigos como el periodista Mijail Koltsov o el general Kleber, su esposo presentará, en La primavera de los pueblos, esa visita a la URSS como la llegada a un puerto de reposo que le reafirma en sus certezas: «¡Qué absoluto descanso llegar a ti de nuevo / y dormir sin angustias en la noche sintiendo / que el sueño sigue siendo tranquilamente el sueño!»[47].

Poco después, los Alberti viajarían al nuevo gigante comunista, que ensalzarían en Sonríe China (1958) con las ya previsibles imágenes de gozosa construcción del socialismo. La fidelidad inquebrantable de Alberti le sería premiada con el Premio Lenin de 1965, y se explica por la identificación absoluta que realizara entre su autorrepresentación de poeta y el sueño comunista. Reconocer la realidad totalitaria de la URSS equivaldría a poner en cuestión la subjetivación que le salvara del suicidio casi treinta años antes, y no en vano, en su «Dialoguillo de la Revolución y el poeta» (1935), había declarado «que si yo, gloria roja, te pierdo, / gloria roja, es que yo me perdí»[48].

Por su parte, Juan Rejano, hasta entonces solo un notable periodista cultural y político, tendrá en el exilio la incitación genética para comenzar una valiosa obra como poeta. Pero Rejano, como Alberti, cultivará una doble vertiente, como poeta intimista, cuyos temas principales son la nostalgia de su tierra andaluza, en Fidelidad del sueño (1943) o El Genil y los olivos (1944), y el amor por su nueva compañera, la también escritora comunista Luisa Carnés, en el bellísimo Cantar del vencido (1954), con su autorrepresentación como fiel intérprete de la ortodoxia comunista, por ejemplo, en el ensalzamiento de la lucha armada antifranquista en Víspera heroica. Canto a las guerrillas de España (1947) o el culto a la personalidad de «la Pasionaria» en su Oda española (1949), donde la líder comunista aparece como «sustancia / del pueblo, pueblo nuestro, España mía» y es llamada, entre otros epítetos, «capitana de guerrilleros»[49].

La tensión entre un impulso hacia el recogimiento en lo onírico y el recuerdo, muy cercana a la que experimentara por entonces su amigo Emilio Prados, y su asumida responsabilidad colectiva, se tematiza en ocasiones de manera explícita, como en la «Canción tercera» de Fulgor violento: «Y por estar en mí mismo, / dejo de estar en los otros. / ¿Nunca acabará este abismo?» El error de Rejano, como analizara Edgar Morin, era creer que «los otros», la clase obrera, mantenían un «lazo ontológico» con el Partido Comunista[50] y con su líder supremo, al que por ello dedicará loas de las que el mayor ejemplo es su «Canto jubilar a Stalin», que en 238 versos lo celebra, con motivo de su septuagésimo aniversario, como «escudo y verbo de la Revolución», «creador de una edad virgen» o «brazo radiante de Octubre». Para Rejano, «nadie supo / labrar con tanto ahínco pan y luz para el hombre. / Por sus manos es nuestro el futuro. Juramos / serte fieles, maestro»[51].

Teniendo en cuenta ese juramento, puede entenderse la conmoción que sufrió Rejano al conocer el «informe secreto» de Kruschev, que como analizó Furet,

«trastorna de un solo golpe […] la posición de la idea comunista en el universo. La voz que denuncia los crímenes de Stalin ya no proviene de Occidente, sino de Moscú»[52], por lo que no puede ser rebatida, y pone en entredicho, cuando no quiebra, la fe en el orden perfecto que debía reinar en la Unión Soviética. Frente al silencio de Alberti, Rejano se librará a un doloroso ajuste de cuentas con su pasada fe que sería, además, realizado de manera pública, en el marco del Pleno del Comité Central del PCE, celebrado del 25 de julio al 4 de agosto de 1956 en la República Democrática Alemana, al abordar «las violaciones de los principios y métodos leninistas, particularmente agudizado en el culto a la personalidad». Rejano reconoce que había «tenido que luchar enconadamente conmigo mismo, y una teoría de tinieblas y relámpagos, contraponiéndose, batallando, ha desfilado por mi intimidad […]. No puede uno desprenderse con sosiego de veinticinco años de vida política, no puede uno despojarse de lo que ha sido la médula de su existencia misma, como el que se quita el traje, máxime cuando en esta ocasión no era traje sino las entrañas lo que había que mudar»[53]. Tras una pulla hacia ciertos camaradas a los que no nombra, pero que «se lo explican todo con facilidad y pasan de una situación a otra –yo diría de un mundo a otro– como el que cruza de calle», Rejano intenta analizar el «doloroso ciclo de ofuscación» que para él supuso descubrir la verdadera identidad de su ídolo:

Lo que ocurre es que Stalin no era solo el semidiós de los slogans, el fetiche y el demiurgo: era también el comunista probado en multitud de ocasiones históricas frente al enemigo, el jefe proletario que había dejado su firmeza en la vida y en los libros, el camarada amado por los obreros del mundo, y al revelársenos en una oscura y fatídica dimensión, algo en nosotros tenía que crujir y romperse arrancándonos sordos gritos de dolor y casi de desesperación. No se hunde en balde, en nuestra conciencia sensible, la memoria de una figura de tal magnitud[54].

Rejano define, con un detalle seguramente solo superado por Jorge Semprún, el proceso de «desconversión» que siguió al conocer los crímenes estalinistas: «El proceso que me ha ido acercando a la maduración de juicio en este problema ha sido […] duro, áspero, belicoso. Primero, fue el estupor, después el abatimiento, más tarde la reflexión apasionada, el soliloquio que no quiere salir de sus apretados límites; por último, el diálogo, la discusión con los camaradas»[55]. Se

puede argüir que esta vivencia llevó a una más saludable vivencia del comunismo «con los ojos abiertos». Rejano visitaría China en octubre de 1959 y esbozó el proyecto de un Diario de China, en cuyos poemas celebraba el nacimiento de «una criatura extraordinaria» donde «la tierra, liberada, multiplica sus dones». Pero si los Alberti, habían visitado China durante la «campaña de las cien flores» en la que Mao había alentado el debate en el seno del Partido, Rejano visitaba al gigante asiático durante el periodo de represión subsiguiente, que coincidía con el inicio de la «gran hambruna» que provocó entre 15 y 36 millones de muertos, lo que puede dar idea del esfuerzo para componer esos versos optimistas y explica, seguramente, la decisión final de dejarlos inéditos.

Por su parte, José Herrera Petere, considerado por sus contemporáneos como uno de los poetas más fieles a la ortodoxia comunista, sabemos, gracias a la revelación de sus cartas y apuntes manuscritos, que sufrió hasta las últimas consecuencias el desengaño que logró contener Juan Rejano. Durante los primeros años del exilio y puesto que, como ha señalado Manuel Aznar Soler, en el marco de la política de resistencia armada mantenida por el PCE, «para los escritores comunistas la experiencia guerrillera iba a constituirse en material temático de poemas, narraciones y drama»[56], Herrera Petere trata incansablemente, en verso y prosa, las hazañas de los considerados mejores hijos del pueblo español. Precursor de esa temática, Herrera Petere publicaría una segunda edición de Cumbres de Extremadura (Novela de guerrilleros), y recibiría una carta abierta de la mismísima Pasionaria, que veía realizada en esa novela una muestra lograda de que «la lucha heroica de nuestro pueblo, en sus diferentes aspectos, había de proporcionarnos, como venero inagotable, material suficiente para perpetuar, al través del tiempo y del espacio la gloria y el heroísmo de nuestros obreros y nuestros campesinos, hechos soldados y guerrilleros para defender España, y el derecho a ser y vivir libres» (Ibárruri 1946). De hecho, esta novela, Cumbres de Extremadura, sería traducida al checo, al eslovaco, y parcialmente al ruso, como he analizado en otro lugar[57].

Por otra parte, Petere había mantenido durante la Segunda Guerra Mundial, su absoluta fe en la victoria de la URSS, a la que se refiere como «la más jubilosa y triunfal aurora boreal del hombre» que ofrecía «una nueva vida de alivio y esperanza para la humanidad doliente» (1944). Herrera Petere, que se había exiliado en México, regresó a Europa gracias a la obtención de un empleo en Ginebra, desde donde quiso consolidarse como uno de los cantores oficiales del comunismo español, como demuestra su extenso «Estaba el sol. Prosa al nacimiento del Partido Comunista de España», poema en seis cantos que

presenta al PCE como destinado a realizar el «noble sueño» de un largo linaje de revoluciones frustradas, desde las «comunidades castellanas» a las «Cortes de Cádiz». Los últimos años del estalinismo son los de un militantismo más activo de Herrera Petere, que seguiría todas las consignas, por ejemplo, vilipendiando a Sartre y el existencialismo en un ensayo inédito, «La libertad negra», que quiso pronunciar como conferencia en Ginebra, y donde oponía la «libertad negra» del capitalismo a la «libertad roja» del comunismo[58]. Todo parece indicar que, para el distanciamiento de Petere, tanto o más decisivo que la revelación de los crímenes del estalinismo, fue la marginación que sufrió a partir del comienzo de la política de «reconciliación nacional» por la cual el PCE pasaba a focalizar su atención en la disidencia interior del franquismo, perdiendo así protagonismo los exiliados. En una carta a Fernando Claudín, donde protestaba porque ninguna de sus obras había recibido atención en la prensa comunista, reconocía haber caído en «una desesperación hija del abandono impotente en que me tenéis». El deseo profético del comunista, como han explicado Michael Hardt y Antonio Negri, es «tanto más poderoso cuanto más se identifica con la multitud»[59], pero finalmente, esa multitud es identificada por el militante con su restringido círculo de camaradas, que hacía posible, para los exiliados comunistas, contener su desarraigo.

Petere, a partir de ese «abandono», combinará una representación pública de fiel poeta comunista, con una disidencia privada, que se desahogará en poemas inéditos, como el titulado «A Stalin» que, aunque de escaso nivel lírico, es significativo de cómo había cambiado su visión sobre la URSS: «¡Qué bendición, que el padrecito de Rusia / extendió en las naciones del mundo! / Asesinar poetas, y bolcheviques, / en débil guerra / y traicionar a España, / pero conservar / ante todo / su puesto de mando / lleno de sangre». Profundamente decepcionado con el comportamiento de sus camaradas, Petere llegó a plantearse criticar públicamente al Partido, según atestiguan unas reflexiones con el título de «Comentario addenda a Gorz», escritas a raíz de la lectura del pensador existencialista André Gorz, y que finalmente no publicó, probablemente por el temor que expresa de entrada: «Yo sé que quizá me van a llamar renegado y traidor, que tal vez me van a difamar y a calumniar con las críticas y acusaciones más crueles y que juzguen de mayor utilidad para prevenir cobarde y burocráticamente de esto que yo considero sana crítica»[60]. Con todo, en ese breve ensayo, Petere aún confiaba en que el PCE cambiaría su rumbo y el comunismo «conquistará la tierra». Pero ya se había empezado a extender en su interior esa zona de sombra de la que habló Edgar Morin: «una zona de dudas y de tormentos sin solución», pues la marcha del Partido es imposible cuando «el

super-yo del partido se había enraizado profundamente en mi conciencia o, si se prefiere, en mi subconsciente […] hallarse fuera del partido es renunciar a transformar el mundo, es renunciar a lo mejor de sí mismo»[61]. Tras la incorporación que, en la definición de Badiou, supone la asunción de la idea comunista, la disidencia es vivida como una desmembración, tanto de la Historia como del «cálido arropamiento de los camaradas»[62] y eso no era solucionable salvo a costa de integrarse en otro proyecto político. Petere llegó hasta las últimas consecuencias de su análisis, y en su inédito «Memoria de la experiencia» no alberga ninguna ilusión respecto al sistema comunista, demostrando conocer la realidad de las «democracias populares», incluyendo «los campos de concentración y trabajo forzado para los “traidores”»:

El Comunismo está enfermo (no digo muerto, ni mucho menos) por su falta de sentido de la medida (Esto sería largo de explicar, tradición de los funcionarios de la Rusia zarista…): porque los países comunistas son industrial y militarmente muy potentes, pero los pueblos de los países comunistas viven peor que los otros pueblos, al menos en Europa (Mucha «sala-cuna» en las fábricas, muchas estadísticas, pero trabajo aplastante, viajes al extranjero imposibles, burocracia y chivatazo) […] Quizá por alguna de estas razones el Comunismo esté reducido a sus solos medios oficiales y diplomáticos, militares y atómicos, y a la heroica fidelidad de sus antiguos o nuevos adherentes[63].

Pero en el caso de Petere, sus testimonios de disidencia, difícilmente podían llegar a la esfera pública. Si en su estudio de la «literatura de los renegados», Michael Rohrwasser afirma que esta tiene tres destinatarios: «la propia conciencia, los camaradas abandonados y su nuevo público»[64], en el caso de un exiliado republicano solo podían existir los dos primeros receptores mencionados, ya que la identidad del «nuevo público» era altamente conflictiva, habida cuenta de la instrumentalización de la disidencia por un régimen como el de Franco que intentaba obtener su legitimación, precisamente, de su carácter anticomunista, a pesar de la inmensa mayoría de los «renegados» del comunismo mantuvieron la justicia de la causa republicana. La disidencia privada de Herrera Petere fue vivida, según los testimonios más cercanos, como un desgarramiento que alimentó la espiral de depresión y alcoholismo que lo conduciría a su prematuro final.

Sirva el estudio de estos tres casos concretos para evidenciar la necesidad de incluir la dimensión política como una esfera altamente personal que tuvo repercusiones tan distintas en las obras literarias de los exiliados como distintas fueron las trayectorias y sensibilidades. Una dimensión política que, en el caso de los escritores comunistas, añadía una complejidad y una tensión dialógica que aún ha de ser analizada lejos de las dicotomías y prejuicios heredados de los años de la Guerra Fría, y que en cualquier caso siguen interpelando al lector.

---

[1] Max Aub, Diarios (1939-1972), Barcelona, Alba, 1998, p. 262.

[2] François Furet, El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 15-45.

[3] Ernst Bloch, El principio esperanza, Madrid, Aguilar, 1977, vol. I, pp. 187-210.

[4] Charity Scribner, Requiem for Communism. Cambridge (MA), The MIT Press, 2003, p. 10.

[5] Stéphane Courtois, y otros, El libro negro del comunismo, Barcelona, Ediciones B, 2010, p. 45; Alain Badiou, «The Communist Idea and the Question of Terror», The Idea of Communism 2. The New York Conference, edición de Slavoj Žižek, Londres, Verso, 2013, pp. 7-10.

[6] C. Scribner, Requiem for Communism, pp. 5-6 y 165.

[7] Gina Herrmann, Written in Red. The Communist Memoir in Spain, Urbana/Chicago, University of Illinois Press, 2009, p. xii y 11.

[8] Alain Badiou, L’hypothèse communiste, París, Lignes, 2009, pp. 184-185.

[9] Igal Halfin, Terror in my Soul. Communist Autobiographies on Trial, Cambridge, Harvard University Press, 2003, pp. 51-52.

[10] Rafael Alberti, La arboleda perdida. Primero y Segundo libros (1902-1931), Madrid, Alianza, 2002, p. 306.

[11] Maurizio Serra, Les frères séparés. Drieu La Rochelle, Aragon, Malraux

face à l’Histoire, París, La Table Ronde, 2011, p. 80.

[12] Rafael Alberti, La arboleda perdida. Tercero y Cuarto libros (1931-1987), Madrid, Alianza, 2002, p. 28.

[13] Rafael Alberti, Obras completas. Poesía (1920-1938), Madrid, Aguilar, 1988, p. 525.

[14] R. Alberti, La arboleda perdida. Tercero y Cuarto libros (1931-1987), p. 26.

[15] Sidonie Smith y Julia Watson, Reading Autobiography. A Guide for Interpretating Life Narratives. Minneapolis, University of Minnesota Press, 2001, p. 192.

[16] Rafael Alberti, Prosas encontradas, Barcelona, Seix Barral, 2000, p. 120.

[17] R. Alberti, La arboleda perdida. Tercero y Cuarto libros (1931-1987), p. 72.

[18] Mario Martín Gijón, «Entre dos corrientes de aire». Sobre un poema inédito de Rafael Alberti, su crisis poética y la amistad con José Herrera Petere». Espéculo. Estudios Literarios 36 (2007) [http://www.ucm.es/info/especulo/numero36/alberti.html].

[19] Citado en Mario Martín Gijón, Entre el compromiso y la fantasía. La obra narrativa y dramática de José Herrera Petere, Sevilla, Renacimiento, 2010, p. 22.

[20] Citado en Mario Martín Gijón, Una poesía de la presencia. José Herrera Petere en el surrealismo, la guerra y el exilio, Valencia, Pre-Textos, 2009, p. 76.

[21] Jacques Derrida, Spectres de Marx. L’État de la dette, le travail du deuil et la nouvelle Internationale, París, Éditions Galilée, 1993, p. 56.

[22] Citado en Martín Gijón, Una poesía de la presencia, p. 76.

[23] Helena Lewis, The Politics of Surrealism, Nueva York, Paragon House, 1988, p. 57.

[24] Jesús Gálvez Yagüe, «Cuatro cartas inéditas de Rafael Alberti a José Herrera Petere», en José Herrera Petere. Vanguardia y exilio, Guadalajara, Diputación de Guadalajara, 2010, pp. 206-208.

[25] Manuel Aznar Soler, Literatura española y antifascismo (1927-1939), Valencia, Generalitat Valenciana, 1987, p. 375.

[26] Serge Salaün, «Las vanguardias políticas. La cuestión estética». en Javier Pérez Bazo (ed.), La Vanguardia en España. Arte y Literatura, Toulouse, CRIC, 1998, p. 215.

[27] La cita original es: «Die Gewalt ist der Geburtshelfer jeder alten Gesellschaft, die mit einer neuen schwanger geht». Karl, Marx, Das Kapital, Berlín, Dietz, 1962, p. 779.

[28] Juan Rejano, «Testimonio», en España desde México. Vida y testimonio de transterrados. Ed. Ascensión H. de León-Portilla, México, UNAM, 1978, p. 334.

[29] Juan Rejano, Artículos y ensayos, Sevilla, Renacimiento, 2000, p. 11.

[30] Fernando Arcas y Luis Sanjuán, «Juan Rejano. Periodismo y compromiso político en la II República», en El exilio literario andaluz de 1939, edición de María José Porro Herrera y Blas Sánchez Dueñas, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2011, pp. 274, 262 y 269.

[31] Mayte Gómez, El largo viaje. Política y cultura en la evolución del Partido Comunista de España. 1920-1939. Madrid, Ediciones de la Torre, 2006, pp. 219-220.

[32] Mario Martín Gijón, «La poesía durante la Guerra Civil española en el frente y la retaguardia de la zona republicana. Notas para una revisión», Monteagudo 16 (2011), pp. 181-201.

[33] Rafael Osuna, Las revistas españolas entre dos dictaduras: 1931-1939, Valencia, Pre-Textos, 1986, p. 150.

[34] Serge Salaün, «Poetas "de oficio" y vocaciones incipientes durante la Guerra de España», en François Botrel y Serge Salaün (eds.), Creación y público en la literatura española, Madrid, Castalia, 1974, p. 187.

[35] Karl Marx, Die deutsche Ideologie, Berlín, Marx-Engels-Verlag, 1932, p. 373. Traducción mía.

[36] Obras completas. Poesía I, Guadalajara, Diputación de Guadalajara, 2007,

p. 67.

[37] Dolores Ibárruri, El único camino, Barcelona, Bruguera, 1979, p. 297.

[38] José Herrera Petere, Obras completas. Narrativa I. Guadalajara, Diputación de Guadalajara, 2009, pp. 153 y 177.

[39] Citado en Mario Martín Gijón, «José Herrera Petere y el Partido Comunista de España. Historia desconocida de un distanciamiento», Laberintos 10-11 (2008), p. 68.

[40] María Teresa León, Memoria de la melancolía, Madrid, Castalia, 1998, pp. 101-102.

[41] Rafael Alberti, «Prólogo», Romancero de la guerra española, Buenos Aires, Patronato Hispano-Argentino de Cultura, 1944, p. 10.

[42] José Luis Ferris, Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta, Madrid, Temas de Hoy, 2010, pp. 451-453.

[43] J. Rejano, «Testimonio», p. 341.

[44] Rafael Alberti, Obras completas. Poesía (1939-1963), Madrid, Aguilar, 1988, p. 61.

[45] Gregorio Torres Nebrera, «Entre el clavel y la espada: Los varios registros poéticos de Rafael Alberti en la primera poesía de exilio», en Manuel Ramos Ortega y José Jurado Morales (eds.), Rafael Alberti libro a libro. El poeta en su centenario (1902-2002), Cádiz, Universidad de Cádiz, 2003, p. 239.

[46] M. T. León, Memoria de la melancolía, p. 335.

[47] R. Alberti, Obras completas. Poesía (1939-1963), p. 801.

[48] R. Alberti, Obras completas. Poesía (1920-1938), p. 537.

[49] Juan Rejano, Poesía Completa, Córdoba, Diputación de Córdoba, 2003, pp. 289 y 297.

[50] Edgar Morin, Autocrítica, Barcelona, Kairós, 1976, p. 162.

[51] J. Rejano, Poesía Completa, pp. 825-828.

[52] F. Furet, El pasado, p. 509.

[53] J. Rejano, Artículos, p. 274.

[54] Ibidem, p. 275.

[55] Ibidem, p. 274.

[56] Manuel Aznar Soler, «El Partido Comunista de España y la literatura del exilio republicano», en Manuel Aznar Soler (ed.), El exilio literario español de 1939: Actas del Primer Congreso Internacional, Barcelona, GEXEL, 1999, vol. II, p. 26.

[57] Mario Martín Gijón, «Cumbres de Extremadura de José Herrera Petere: la primera »novela de guerrilleros», Quimera. Revista de literatura 419 (2018), pp. 30-33.

[58] Citado en M. Martín Gijón, «José Herrera Petere y el Partido Comunista de España», pp. 72-73.

[59] Michael Hardt y Antonio Negri, Imperio, Barcelona, Paidós, 2002, p. 74.

[60] Citado en M. Martín Gijón, «José Herrera Petere y el Partido Comunista de España», pp. 75-76.

[61] E. Morin, Autocrítica, pp. 169-172.

[62] Ibidem, p. 172.

[63] Citado en M. Martín Gijón, «José Herrera Petere y el Partido Comunista de España», pp. 77-78.

[64] Michael Rohrwasser, Der Stalinismus und die Renegaten. Die Literatur der Exkommunisten. Stuttgart, Metzler, 1991, p. 17. La traducción es mía. Cursiva en el original.

XIX

LA RESISTENCIA SILENCIADA. EL EPISTOLARIO DEL ESTUDIANTE COMUNISTA ENRIQUE MÚGICA Y EL CONGRESO UNIVERSITARIO DE ESCRITORES JÓVENES (1954-1955)

Manuel Aznar Soler

Aquello no fue una aventura, sino una conspiración bastante bien estudiada. Como fruto de esa conspiración se produjo un «cúmulo» no precisamente de casualidades, sino de pasos que se iniciaron en 1954 y que fueron conduciendo a los sucesos de 1956. Sin el 54 y el 55 no puede entenderse el 56.

Julio Diamante, «Orígenes y desarrollo del movimiento estudiantil del 56»

En aquellos primeros años, la aportación de Enrique Múgica en las actividades del partido en los medios universitarios fue decisiva. Sin él, no hubieran sido lo que fueron ni los Encuentros de la poesía con la Universidad, ni el Congreso de Escritores Jóvenes, ni el Manifiesto universitario de febrero de 1956. Las cosas como son, como rezaba el título de un libro de poemas de Gabriel Celaya, precisamente.

Jorge Semprún, Autobiografía de Federico Sánchez.

A la memoria de Julio Diamante y Enrique Múgica, fallecidos ambos en el año

2020.

Enrique Múgica Herzog (San Sebastián, 20 de febrero de 1932-Madrid, 10 de abril de 2020), hijo de violinista vasco republicano y de madre parisina de origen judeo-polaco que tuvo que emigrar a Francia al estallar la Primera Guerra Mundial, ha descrito con precisión la trayectoria ideológica que le condujo al comunismo en su libro de memorias Itinerario hacia la libertad: «Hay otro dato importante en que se afirma mi camino al comunismo. El viaje que hago, con mi abuelo y mi hermano, a París, en 1952, para visitar a la familia»[1]. Aquel joven de veinte años visita en la capital francesa la Librería española de la rue du Seine de Antonio Soriano, en la que compra «los Mairena de Machado, publicados en Argentina por la Editorial Losada, y una edición facsímil del Canto General de Neruda. Ese viaje fue significativo. Descubrí un país en libertad y un ambiente donde las ideas de izquierda se manifestaban con pujanza, lo que supuso un paso más en mi revulsivo proceso hacia el comunismo»[2]:

Así las cosas, a finales del año 52 conozco a Gabriel Celaya. Y es a través de Celaya por el que voy a entrar en relaciones más orgánicas con el partido comunista.

Un diario de la tarde, Unidad, que publicaba una serie de colaboraciones espontáneas y cartas al director, da entrada a un Celaya anunciando el cercano cumplimiento de los diez años de la muerte de Miguel Hernández. Celaya reclama apoyos a todos los amantes de la poesía para que los restos del poeta, una vez finiquitado dicho periodo, no recayeran en la fosa común y se pudiera conseguir una sepultura a perpetuidad en el cementerio de Orihuela y para ello convocaba a una suscripción en ediciones Norte, en San Sebastián.

Yo sabía quién era Miguel Hernández y lo que significaba, y así fui a ver a Gabriel Celaya y a Amparito Gastón. Empezamos a hablar y él rápidamente intuyó mis ideas, por lo que pronto intimamos. Comencé a frecuentar la editorial Norte, en la que se publicaba a poetas importantes, entre otros a Rimbaud y Blake, conociendo a diversas personas entre ellas a un hombre más bien joven, recién rebasada la treintena, al que llamaban Federico y que resultó ser Jorge Semprún[3].

Vale la pena recordar en este punto la evocación que realiza Semprún de su encuentro donostiarra en junio de 1953 con Múgica en su Autobiografía de Federico Sánchez, publicada en 1977:

San Sebastián fue la última etapa de aquel primer viaje.

Yo había leído los libros de Celaya. Tenía una carta de presentación. Me presenté, pues, en el pisito que tenía Gabriel en Juan de Dios, en el barrio viejo. Allí tenía la oficina de Norte, una editorial que había creado. Allí tenía también a Amparo. Simpatizamos inmediatamente. A las pocas horas de conversación y de chiquiteo, me descubrí como español y como miembro del partido. Pues mejor todavía.

Una tarde, al segundo día de mi estancia en San Sebastián, mientras estaba hablando con Gabriel en el piso de Juan de Dios, se presentó un muchacho muy joven, muy nervioso, parlanchín, que pronunciaba la «erre» guturalmente, como podría pronunciarla un francés. Se puso a despotricar contra Falange, contra el régimen, ya no recuerdo con qué motivo concreto. Era Enrique Múgica. Activo, imaginativo, lleno de proyectos. Allí nos conocimos y de ahí arranca nuestra amistad. En aquellos primeros años, la aportación de Enrique Múgica en las actividades del partido en los medios universitarios fue decisiva. Sin él, no hubieran sido lo que fueron ni los Encuentros de la poesía con la Universidad, ni el Congreso de Escritores Jóvenes, ni el Manifiesto universitario de febrero de 1956. Las cosas como son, como rezaba el título de un libro de poemas de Gabriel Celaya, precisamente[4].

En efecto, desde que Múgica llegó a Madrid en octubre de 1953 para estudiar el cuarto curso de Derecho en el viejo edificio de la calle San Bernardo, su protagonismo en las iniciativas político-culturales que se desarrollaron durante los años 1954 y 1955 en la Universidad madrileña de Madrid es indiscutible. Ciertamente, el bagaje intelectual del joven Múgica, su conocimiento de la lengua francesa y sus lecturas literarias, filosóficas y políticas lo convertían en 1953 en un mirlo blanco entre cuervos nacional-católicos, cisnes falangistas del SEU y pavos reales monárquicos, es decir, entre la mayoría de sus compañeros

universitarios. Mi convicción es que Enrique Múgica fue sin duda el cerebro, el estratega y el principal impulsor del Congreso Universitario de Escritores Jóvenes (CUEJ), y creo que este protagonismo puede demostrarse a través de su epistolario de 1954 y 1955, un proceso sin el cual no se pueden entender los sucesos de febrero de 1956.

1954: LOS ENCUENTROS ENTRE LA POESÍA Y LA UNIVERSIDAD

Un hecho sorprendente ocurrido el 25 de enero de 1954, tres meses después de su llegada a Madrid, iba a desencadenar un proceso político-cultural en la Universidad madrileña en el que el protagonismo del joven Múgica fue decisivo. En efecto, el viaje a Madrid de la reina Isabel de Inglaterra fue respondido con la convocatoria por parte del Sindicato Español Universitario (SEU), el sindicato falangista al cual pertenecían forzosamente entonces todos los estudiantes matriculados en cualquier universidad española, de una manifestación de protesta en defensa de un Gibraltar español que, sin embargo, fue reprimida con violencia por orden del Ministerio de la Gobernación:

Al día siguiente las cosas también han cambiado en la Universidad. Surge un ambiente excitado de indignación y protesta, que sube de tono cuando se conocen las noticias publicadas por la prensa de Madrid, La información tendenciosa atribuye los hechos a algunos pocos levantiscos, que fueron dispersados suavemente por las fuerzas del orden[5].

El inteligente estratega político-cultural que era Múgica supo encauzar pronto esta indignación y protesta a través de la estética, de la poesía, tal y como él mismo explica en su libro de memorias:

La estética, por tanto, ofrecía un ancho cauce a la expresión de la ética no conformista, de la ética de ruptura con la situación imperante en España. Una

ética que, organizada militantemente, era la política, porque la política, al fin y al cabo, no es sino la organización funcional de la ética y, en aquellos momentos, la política democrática, la política de libertad, se tenía que manifestar a través de la ética. Así se lo expusimos a Laín Entralgo, hasta el que conseguimos llegar a través de Dionisio Ridruejo, para decirle que un grupo de estudiantes liberales, estudiantes que no estábamos de acuerdo con la situación y que no éramos falangistas, queríamos contribuir a dar a los universitarios posibilidades para debatir los temas intelectuales y, sobre todo, la poesía que entonces estaba muy de moda. (…)

Elaboramos un proyecto que fue aprobado por Laín y al que llamamos «Encuentro entre la poesía y la universidad». El propósito era el de llevar a las aulas importantes poetas vinculados a la generación del 36 que habían estado en el lado de los vencedores, como Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero, Luis Rosales, y a los hombres de la poesía social, para establecer un coloquio entre el poeta y el público a través del cual, pensábamos, como efectivamente sucedió, se expresarían actitudes críticas derivadamente políticas[6].

Múgica, «convertido ya en un mago de la estrategia, trató de sacar provecho de la pérdida de prestigio que Laín había sufrido cuando tuvo que enfrentarse a los sucesos derivados de la manifestación de Gibraltar»[7] y, en la línea de «La poesía es un arma cargada de futuro», el célebre poema de Celaya de su libro Cantos iberos (1955), consiguió que el Rector autorizara «la única actividad cultural en la Universidad al margen del SEU»[8].

Desde el 10 de febrero de 1954 participaron en estos Encuentros poéticos, «una de las más venturosas ocurrencias de Enrique Múgica»[9], los poetas «Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales, Dionisio Ridruejo, Gerardo Diego, José Hierro, y algún estudiante, como Jesús López Pacheco»[10]. Estos Encuentros no contaron sorprendentemente con la participación de Celaya, que se negó a intervenir y, a propuesta de Semprún, fue sustituido por Eugenio de Nora, ya militante comunista, quien según Felipe Nieto pronunció una conferencia sobre «poesía social y poesía revolucionaria» a las 19:30 horas del 25 de marzo de 1954 «en la sexta sesión» de estos Encuentros, cuya tarjeta de invitación decía así: «Eugenio de Nora hará una lectura poética. Poemas y comentarios. Seguida de unos coloquios con los asistentes»[11].

Estos Encuentros poéticos sirvieron para empezar a crear un público universitario, cómplice de la vinculación entre literatura y antifranquismo, que iba a ir creciendo paulatinamente a través de las diversas iniciativas culturales organizadas durante los años 1954 y 1955 por Múgica con sus camaradas y «compañeros de viaje». El entonces estudiante comunista Fernando Sánchez Dragó testimonia que estos Encuentros poéticos no lo eran «tanto de cultura cuanto de agitación antifranquista y adoctrinamiento marxista»[12], pero que, en cualquier caso, fueron «un éxito rotundo. El aula, de gran aforo, en la que se daban esos recitales, seguidos siempre por un coloquio en el que la literatura se trufaba de política, se ponía a reventar»[13].

Se iniciaba así un proceso de acoso y derribo al sindicato falangista protagonizado por estudiantes «liberales», algunos de los cuales, como el propio Múgica, desde el 1 de abril de 1954 iban a ser ya militantes comunistas.

1 DE ABRIL DE 1954: LA CREACIÓN DE LA PRIMERA CÉLULA DE ESTUDIANTES COMUNISTAS DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID

El segundo viaje clandestino de Semprún a España tuvo lugar como consecuencia del conflicto entre el SEU y los estudiantes madrileños con motivo de la visita de la reina Isabel de Inglaterra a Gibraltar. Federico Sánchez, «funcionario del Partido e instructor del comité central para el trabajo entre los intelectuales» en España[14], llega a Madrid el 3 de febrero de 1954 y permanece hasta el 2 de abril, día en que viaja a San Sebastián y dos días después, el 6, regresa a París[15]:

Semprún se dedica a formar e informar a Múgica, a razón de dos reuniones por semana. El joven estudiante, culto, apasionado, y con interés por la acción política, carece aún de experiencia, especialmente porque subestima las posibilidades reales existentes y porque no da importancia suficiente a la organización. (…) Semprún desaconseja la creación de organismos ilegales como la FUE. Le invita, por el contrario, a luchar desde dentro del SEU: «matar al diablo con su propia espada», dice Semprún, apoyado por la dirección del

PCE desde París. Semprún insiste en los objetivos de la lucha de los comunistas en ese momento: la consecución de las libertades, la independencia nacional y la crítica al pacto con Estados Unidos, y «el frente estudiantil, por sus peculiares características, puede ser uno de los sectores en que más fácilmente puede romperse la opresión franquista»[16].

En un descampado de la Ciudad Universitaria tuvo lugar el 1 de abril de 1954 la creación de la primera célula de estudiantes comunistas de la Universidad madrileña, de la que formaron parte, además de Múgica, Jesús López Pacheco y Julián Marcos.

EL CONGRESO UNIVERSITARIO DE ESCRITORES JÓVENES

Múgica afirma que la idea de organizar un Congreso Universitario de Escritores Jóvenes (CUEJ) la planteó López Pacheco en un nuevo encuentro con Semprún, quien aprobó la iniciativa y, a continuación, Múgica utilizó a Dionisio Ridruejo como intermediario para lograr entrevistarse con Pedro Laín Entralgo, Rector de la universidad madrileña:

Acudí a Pedro Laín y le sometí la idea. Le pareció bien en principio, pero consideró que rebasaba las esferas de su jurisdicción, ya que el congreso tendría carácter nacional y me puso en relación con el Ministro de Educación Nacional y con el Director General de Enseñanza, Joaquín Pérez Villanueva. (…) Y Pérez Villanueva, que era del equipo de Ruiz Giménez, mostró su interés por el aún tímido proyecto, aunque reiterara que había que contar con el SEU[17].

El ministerio de Joaquín Ruiz-Giménez intentaba entonces una tímida apertura «liberal», con Laín y Antonio Tovar en los Rectorados de las universidades de Madrid y Salamanca, respectivamente. En este contexto, la inteligente estrategia que diseñó Múgica para organizar el CUEJ fue la siguiente: primero, consiguió

el apoyo de Ridruejo, quien, por su prestigio intelectual y político, logró que el Rector madrileño apoyara tanto dichos Encuentros poéticos como el CUEJ; y después, con los avales de Laín y de Ridruejo, negoció con los falangistas del SEU, entre los cuales Múgica menciona en sus memorias a Francisco Eguiagaray, Manuel Ortuño, Jaime Ferrán y Gabriel Elorriaga, aunque el Jefe Nacional era Jorge Jordana Fuentes:

Pero nosotros fuimos los que redactamos la convocatoria que se imprimió y se repartió y el único emblema que llevaba era el escudo de la Universidad de Madrid y no el cisne falangista, siendo la primera vez que sucedía[18].

El 7 de abril de 1954 Múgica había conseguido ya un acuerdo con el SEU por el que se informaba de las características del CUEJ, así como de la composición de su Comité organizador: presidente de honor (Joaquín Pérez Villanueva), presidente (Jaime Ferrán), vicepresidente (Ignacio Sanuy) y secretaría general (Enrique Múgica Jesús, López Pacheco, Julián Marcos y José Luis Ortiz Cañabate).

El CUEJ, que «continuaba la dinámica iniciada con los "Encuentros entre la Poesía y la Universidad", constituía según Múgica "un instrumento con fines concretos, destinado a convertirse en polo de atracción para todos los estudiantes demócratas"»[19].

Por razones de espacio me limito en este capítulo a documentar el proceso de organización del CUEJ a través del epistolario inédito de Múgica con Semprún y Ridruejo.

CUATRO CARTAS INÉDITAS DE ENRIQUE MÚGICA A YVES-SEMPRÚN

Naturalmente, en una carta fechada en San Sebastián el 12 de abril de 1954, Múgica, con el lenguaje indirecto impuesto tanto por la clandestinidad comunista como por la censura franquista, comunicó inmediatamente su éxito a

su «querido amigo» francés «Yves», el nombre que el donostiarra inventó para Semprún, quien recordemos que seis días antes había regresado a París:

San Sebastián, 12 de abril 1954

Querido amigo: aquí, en España, cuando se escribe a un amigo generalmente se le dice «espero que al recibo de ésta te encuentres bien»; como ahora es un español quien se dirige a un amigo francés, hago lo mismo. Estamos en un abril espléndido, con sol arriba y con tranquilidad abajo, sin esos líos que tenéis continuamente en Francia. Todavía no comprendo cómo no te quedaste a ver la Semana Santa Sevillana ¡con lo que te hubiera gustado! Te envío junto con estas líneas algo que puede hacer caer tu desconfianza hacia nuestro Sindicato Universitario. ¿Ha hecho alguna vez la Unión Nacional de Estudiantes de Francia algo semejante a lo que preparamos?: Un congreso de escritores jóvenes para tratar de derrumbar las barreras que se oponen a la creación de sus obras. Como puedes ver, en el proyecto se ha subrayado la parte económica, ya que a Jaime Ferrán y a Ignacio Sanuy, jefe y secretario respectivamente del departamento nacional de actividades culturales del SEU, les agradaba más como hombres prácticos que son. Es una pena que siendo tan inteligentes no puedan ocuparse a fondo, debido a sus muchas actividades, de la preparación del Congreso y tenga que hacerlo todo, sin su colaboración, la secretaría general. Sería estupendo que la UNEF preparara un congreso semejante y estableciera contactos con el nuestro respecto a un intercambio económico: bolsas de estudio, etc. pero, ya no te molestes, ¿piensan los dirigentes de la UNEF en otra cosa que en su reelección?

De los amigos que aquí dejaste todos siguen igual. Julián trabajando mucho y bien. Es uno de los jóvenes más sociables que conozco: figúrate que aún tiene tiempo de tratar a los numerosos amigos que tiene. Si España no ha progresado más, creo que fue Balmes quien lo dijo, se debe a las horas perdidas en charlar.

Andrés está algo hundido en sus exámenes y en su novela; el hombre hace lo que puede. Pedro ha decidido no ir a las milicias universitarias este verano y pedir prórroga del servicio militar por estudios: me dijo que un amigo francés le había invitado para primeros de junio; él espera para ir a Francia que el amigo le invite

en forma, oficialmente. Como el mundo es tan pequeño, si va puede que os veáis. Y aquí todo sigue igual, como es costumbre decir en España incluso hasta cuando la casa se ha hundido. Sería una gran alegría que nos volviéramos a ver pronto. Hasta entonces te abrazo

Enrique[20].

Múgica, tras elogiar cínicamente a los seuístas Ferrán y Sanuy, le manifiesta a Semprún con indisimulada complacencia en esta primera carta que el CUEJ está en manos de la secretaría general, es decir, de él mismo, al tiempo que le informa del trabajo de Julián (Marcos), la situación de Andrés (acaso López Pacheco) y la voluntad de Pedro, el propio Múgica, de recibir una invitación oficial de Semprún para viajar ese mismo verano a París.

En junio de 1954 cinco estudiantes de la entonces llamada Universidad Central de Madrid (Jesús López Pacheco, Julián Marcos, Enrique Múgica Herzog, José Luis Ortiz Cañabate y Claudio Rodríguez) firmaban el manifiesto titulado «Hacia un Congreso de Escritores Universitarios», que he reproducido en un trabajo anterior junto a otros documentos del CUEJ, al que remito al lector interesado[21].

El Congreso era ya un proyecto en marcha y un eufórico Múgica, desde el despacho del Pabellón de Gobierno de la Universidad que les había cedido Laín, volvía a escribirle a su amigo francés una segunda carta para agradecerle su invitación a viajar a París y para informarle del proceso de organización del CUEJ:

Congreso de escritores universitarios –secretaría.

Madrid 10 de junio 1954

Mon cher Yves:

Recibí tu invitación: ¿será desconsiderado decirte que la acepto encantado y más

cuando me he enterado que al festival internacional de arte dramático va la compañía Lope de Vega? ¿Te acuerdas cuando aquí vimos juntos Diálogos de Carmelitas? Entonces opinaste que la puesta en escena de la obra de Bernanos estaba hecha con mucho gusto.

En mi carta anterior te hablaba de un Congreso de Escritores Universitarios que íbamos a hacer. Es casi un hecho, pero su organización –¡y cuánto lo siento!– no es la del Sindicato Español Universitario, como lo pensaba, sino de la Universidad Central, que a través de su Rectorado lo patrocina.

Lo cual es debido a que Jaime Ferrán, como Jefe nacional de Actividades culturales del SEU, no ha dicho que sí. Jaime es buen amigo, y como buen amigo nunca dice expresamente que no, pero si da largas al asunto esas largas encierran implícitamente la negativa que no se ha atrevido a manifestarla expresamente. El Congreso era interesante y por eso me puse al habla con Dionisio Ridruejo y a su través con el Rector.

Dionisio Ridruejo es un escritor y político anticomunista amigo mío. En el año 40 fue algo así como el Delfín de la Falange, el año 43 se trocó en emigrado de Falange y en el año 45 pretende ser su liquidador. En la última charla que con él tuve me dijo que había que liquidar la Falange, sus doctrinas, emblemas, símbolos y hasta el nombre de sus fundadores.

Te digo esto porque no sé si lo conocerás. Aunque amigo de España, eres francés y como buen francés tiendes demasiado a solo lo francés. Por eso espero poder hablar contigo de toda nuestra literatura actual: de Aleixandre, Gerardo Diego, Cela, Concha Espina, etc. Al Rector, lo del Congreso le gustó y por eso aquí hemos hecho una convocatoria que te envío y nos hemos constituido en Secretaría oficial. El 20 de este mes estaré en San Sebastián.

Por hoy no te escribo más porque estoy como tú en exámenes. Te reitero el agradecimiento por tu invitación. Pronto nos veremos y hablaremos de todo lo Sagrado y lo humano. (Empleo el lápiz porque se me ha acabado la tinta de la estilográfica.) Con plena confianza en nuestra gran amistad y en sus espléndidos frutos, te abraza

Enrique

P.D. Aunque algo visceral no me avergüenzo por decirte que el poder de la Secretaría es tan absoluto como el de Fernando VII. No dependo de nadie sino de su buen sentido[22].

Múgica quería viajar a París por razones políticas y personales, para comprar libros prohibidos, ver cine y respirar las libertades democráticas. Sin embargo, este viaje se ve dificultado tanto por la espera del permiso de la Dirección General de Seguridad como por los problemas económicos de su familia. Mientras tanto, ha seguido trabajando en la secretaría del CUEJ y en una tercera carta, fechada en San Sebastián el 23 de julio de 1954, le comenta también algunos temas poéticos:

Congreso de Escritores Universitarios

Secretaría

San Sebastián 23-Julio 1954

Querido Yves:

Aunque te parezca mentira –¿o la burocracia francesa es tan lenta como la nuestra?– todavía y creo que hasta fin de mes estaré esperando mi salida, no la militar –que ya me la dieron– sino la civil, que cae bajo las buenas gracias de la Dirección general de Seguridad.

¿Recuerdas las cartas de nuestros amigos en las que uno de ellos se oponía a nuestros caritativos proyectos? Pues bien, me ha escrito hace unos días renunciando a su oposición. Lo que quiere decir que la vía está libre y siendo tan ancha ¿dónde podrá llevar?

Aquí estoy trabajando estos días en un informe sobre la situación universitaria pues como secretario del Congreso de Escritores Universitarios me he dado cuenta de que no pueden encararse fecundamente las tareas de éste sin ver cómo está fundamentada la base intelectual de los estudiantes.

Sobre mi viaje ha salido una complicación, ésta económica, en casa no parecen dispuestos a pagarme el billete del ferrocarril: dicen que ha habido muchos gastos y pocas ventas. Ya veremos en qué queda esto.

En Marly, en un campo universitario de trabajo, está un amigo mío. Debe pasarlo bastante aburridamente. Te agradecería si pudieras le enseñaras algo de París: es la primera vez que va por ahí y puede haber rincones que se le escapen. Es un joven muy inteligente y agradable.

¿No querías conocer a los grandes poetas españoles contemporáneos? Pues te recomiendo, si ha llegado a París, el último libro de Aleixandre: Historia del corazón. Es francamente bueno, carece de formalismo y llega a posiciones poéticas realistas. Estoy entusiasmado con él. Mientras lo leo me incita a sugerencias que voy recojiendo [sic] en forma de notas para hacer un ensayo. En el último n.o de Alcalá hay un artículo mío sobre la poesía de Jorge Guillén. Lo escribí hace más de un año y no estoy muy conforme con él. Me han tachado una alusión –Alberti y Miguel Hernández como ejemplos de poetas que en la generación de la Dictadura al enfrentarse con el tema de España no tomaron el fácil y nebuloso camino de los del 98. La pena es que aquí no puedo hablar ya con nadie de poesía. Discutía de ella con Gabriel Celaya pero éste acaba de marchar con su amiga al Congreso de Poesía que se celebra en Santiago.

Por lo demás todo sigue igual excepto la vida, más cara, la gente, más gruñona et tout le reste. Parece que por fin ha llegado la paz a Indochina. ¡Que sus alas crezcan cada día! ¿Qué pasará ahora con los afiches de la «barrage»? Y nada más, querido Yves.

Te abraza

Enrique[23].

Desesperado por su viaje frustrado a París, motivo de un tenso y violento enfrentamiento con su madre ante la sospecha de que la invitación «encubra una celada homosexual», en su cuarta carta, fechada en agosto de 1954 en San Sebastián, le informa también del Congreso poético de Santiago de Compostela, inaugurado el 23 de julio de 1954, así como de la participación de Gabriel Celaya en él, «donde armó el bochinche»[24]:

San Sebastián agosto 1954

Querido Yves:

Hace dos horas escasas de tu conferencia cuando entré en casa. ¿Por qué no estoy ya en París? Ni por falta del visado español, ni por la de los deseos que tengo de estar contigo. Hemos hecho tantos proyectos, soy tan optimista en cuanto a su realización, tan fríamente optimista, que el hecho de tener que aguantar aquí a niñas tontas y a niños que lo parecen me pone furioso.

Menos mal que me consuelo pensando haber hecho algo útil escribiendo aquel ensayo en el que tenías tanto interés. ¡Cómo me agradaría discutirlo contigo! Pero resulta que con todo esto no he comenzado ni a responder a la pregunta. Hela aquí.

En casa no solo no me han dado una peseta –ni para el visado francés– sino que se han opuesto terminantemente a que vaya. Recelan de que tú no solo me invites sino que incluso gentilmente me costees el viaje. ¿Por qué? Sencillamente mi tío que hace poco regresó de un viaje a París volvió horrorizado sobre la inmoralidad homosexual en Francia. Este horror lo han convertido en folletón de la serie negra y recelan de que tu invitación encubra una celada homosexual. Como lo oyes: ni más, ni menos. Tú y yo sabemos la absurdidad de tal idea y sería cobarde tomarla a risa si no me hubiera impedido temporalmente mi viaje.

Por tal motivo es la 3.a vez que tengo un fuerte enfado con la familia.

La primera fue por motivos políticos. Después el inteligente sentido de mi madre se dio cuenta de que me iba volviendo conservador y el motivo fue su negativa a dejarme ir a estudiar a Madrid. Estuve más de tres meses sin hablar palabra con ella. El tercero es éste. Menos mal que me falto solo un año para acabar la carrera y entonces impondré mi voluntad sobre la de ella. Ahora también puedo hacerlo: soy mayor de edad y tengo el pasaporte dispuesto excepto en el requisito del visado francés que tarda solo dos horas. ¿Te parece que acepte tu invitación a pesar de la oposición familiar? Yo lo haría con gusto. Este no hacer nada, este tiempo lastimosamente desperdiciado me consume. Había otras

posibilidades de viaje: que un grupo de estudiantes franceses que se reúnen en una colonia de estudios literarios durante el verano en cualquier ciudad de Francia, o en cualquier sitio que no sea París, habiéndose enterado de mi dirección, me invitan, como a otros estudiantes extranjeros, a darles unas conferencias de poesía española en mi concepto de organizador de los Encuentros entre la Poesía y la Universidad. ¿No hay una unión universitaria francesa o cosa por el estilo? Me gustaría hablar contigo: si me llamas por conferencia llámame de cinco a cinco y media de la tarde[25]; sería mejor sin embargo que me pusieras con antelación un aviso de conferencia para que yo fuera a la telefónica cuando a ti te pareciera oportuno. De todas formas para mí es muy importante el estar contigo.

Mi libro sobre Gabriel Celaya va a salir pronto. Así se lo han dicho en el Congreso de Santiago donde armó el bochinche. Imagínate que la primera cosa que dijo cuando pidió la palabra fue que «El canto personal» de Panero era monstruoso y que él no concebía otro canto que el general, atacando a los que negaban el valor práctico de la poesía dijo que a veces un poema vale más que una bomba y que él estaba dispuesto a poner muchas bombas de esas. Citó también textualmente a Marx y a su conocida idea de que los filósofos han intentado conocer el mundo, ahora se trata de transformarlo. Me ha dicho que ha conocido a unos tipos inteligentes y muy interesantes: un grupo de poetas jóvenes catalanes y Antonio Vilanova. Voy a ver si el curso que viene me los traigo a la Universidad. En cambio el que no le gustó mucho (ilegible) fue el poeta Ramón de Garciasol cuyo valor poético creía mayor. ¡Y yo que pensaba traerlo a la Universidad!

Estoy tan impaciente por recibir tus noticias como por salir de esta ratonera de cualquier forma, ratonera por lo asfixiante, por la inactividad a la que forzosamente encadena. También mi letra es hoy ratonera. Discúlpame. Te abraza

Enrique[26]

CARTAS DE MÚGICA A DIONISIO RIDRUEJO

«Con la satisfacción del nuevo rico» convertido en el todopoderoso secretario

del CUEJ, Múgica le escribe a Ridruejo una carta manuscrita fechada en Madrid el 15 de junio de 1954, con membrete de la secretaría del CUEJ, en donde le envía las convocatorias del Congreso, «nuevo instrumento de diálogo»:

Te adjunto las convocatorias. Como verás no cabe en ellas mayor vaguedad ni menor sentido del compromiso, pero pudiendo y debiendo llenar de contenido esa vaguedad te ruego medites en ese contenido que pudiera darse al nuevo instrumento de Diálogo[27].

En una carta inédita, fechada en San Sebastián el 1 de julio de 1954, Múgica vuelve a pedirle un nuevo favor a Ridruejo, vinculado con su viaje a París por unos motivos políticos que, naturalmente, le oculta:

San Sebastián 1-Julio 1954

Querido Dionisio:

Te escribo estas líneas con una fuerte depresión causada por un catarro que no me deja vivir y por este tiempo tan inclemente cuyo viento barre la playa como si estuviéramos en marzo.

Acabo de llegar a San Sebastián y ya estoy deseando irme. Y más desde que dos amigos de la «pandilla» han pasado la frontera. Me han dado tanta envidia que he pedido en la caja de reclutas un permiso de salida para Francia. Mis amigos han ido a un campo universitario de trabajo en Marly, en los alrededores de París. Me he decidido a lo mismo, pero no a tirar de pico y pala sino a vagabundear por los quai con habitación en casa de mis tíos-abuelos o en el Colegio de España según ande de dinero. Me he pedido la baja en las milicias para vegetar todo el verano en San Sebastián entre la playa, el campo y las chicas en el tenis. Bien está hacerlo –uno se divierte– pero no ha de ser solo la lectura el único pendant a todo ello. Conviene de vez en cuando salir de nuestro celtiberismo, o a lo menos confrontarlo con lo de puertas afuera.

Lo cual me obliga a pedirte un favor más –¡hombre feliz que puedes hacer favores!–. Ver si pudieras mediante un amigo tuyo abreviar el trámite de concesión del permiso militar en el Ministerio del Ejército. Aquí en la caja de reclutas me han dicho que el permiso tarda en llegar de 20 a 30 días, pero si puedo mover alguna influencia bien pudiera llegarme en 8 días.

Justamente el tiempo en que lo pedí. Porque si se retrasa de 20 a 30 días, más después los necesarios para pedir pasaporte y visado, más valdría renunciar a mis proyectos: ¿Quién se atreve con el agosto parisino y cómo renunciar a las corridas de toros agosteñas de aquí, a las que asisto desde «mi más tierna infancia» como a un rito casi sagrado? ¿No pensarás en lo pelmazo que soy? ¿Pero a quién recurrir cuando la dilación burocrática amenaza a uno tan aplastantemente?

Lo de que mis artículos no aparezcan en Revista me da que pensar. ¿Habrá cambiado Puig de opinión? Pero frente a un artículo que le pudo hacer cambiar –el de la poesía social– hay otros dos: el del encuentro entre el arte y la universidad y sobre todo el de la juventud que a ti te parecieron acertados. En agosto próximo y en una colección de libros –«Mirto y Laurel»– de Tetuán sale uno mío sobre la obra de Gabriel Celaya. Está escrito hace 14 meses y plagado de lo que tú llamas «abstractos». Cuando lo releo, pienso que quizá ahora no lo hubiera escrito o lo hubiera modificado profundamente.

¿Cómo has pensado lo del Congreso? ¡Cuidado que te tienen que ser molestas estas interrogantes! Confío plenamente en que me hagas el nuevo favor que te pido. ¡Me han dado una envidia mis dos amigos…!

Sin más te abraza

ENRIQUE[28]

Múgica vuelve a escribirle el 28 de julio de 1954 una carta inédita a Ridruejo desde San Sebastián, impaciente por viajar a París, en donde le habla del libro de Aleixandre y de su epistolario con Jordana y Laín sobre el CUEJ:

San Sebastián 28 de Julio de 1954.

Querido Dionisio:

Me está costando un esfuerzo portentoso el escribirte a máquina –imagíname tortuga– pero se quejan tanto algunos amigos de mi horrible ortografía que prevengo, para que no te sumes a la protesta común.

Estoy esperando el permiso de la bondadosa Dirección de Seguridad para hacer mi viaje; en el entretanto aguanto las películas del Festival de Cine para hacer su crítica en ÍNDICE. He charlado con [Juan Fernández] Figueroa, que está tan en plan de conversador católico internacional que de una película italiana de Genina intentó sacar toda una teología del pecado; menos mal que se acercaron algunos a saludarle.

Menudo atraco habéis dado a los poetas en Santiago, a cambio de pasar unos días sin dar ni golpe les metéis así, por sorpresa, el voto Jacobeo y la «barba» inevitable sobre Macías con la que Gerardo Diego se sentía tan feliz. Menos mal que los estómagos son agradecidos.

Esperando París estoy escribiendo sobre Aleixandre cuya Historia del Corazón me ha parecido su mejor libro y su más auténtico. El mundo del poeta es por vez primera un mundo real en el que todo es tangible y fraterno; hay poemas extraordinarios.

Tenía mucha ilusión en los artículos que te prometieron aparecerían en REVISTA. He releído el que incide sobre la juventud retórica y su fracaso; y creo francamente que no está tan mal como para no publicarlo; te agradecería me dieras noticia sobre ellos.

He recibido carta de Jordana en la que renuncia a su oposición; no me fío ni un pelo. A lo menos es lo suficientemente listo para darse cuenta de que estamos en 1954.

No le he comunicado la carta a Laín por suponer que ya sabrá su contenido. Opino que se debiera dar al Congreso la máxima publicidad para prevenir con el hecho cumplido una eventual marcha atrás de Jordana; en tal sentido un artículo tuyo sobre tu encuentro intelectual con la Universidad actual sería decisivo, francamente decisivo.

Te respetan lo suficiente para oponerse a lo que tú juzgas conveniente.

En espera de tus noticias continuaré comprando REVISTA.

Te deseo unas felices vacaciones. Mis cordiales saludos a tu esposa. Te abraza.

ENRIQUE[29]

1955: LAS TENSIONES CON EL SEU Y LA PROHIBICIÓN DEL CONGRESO

Múgica tuvo que realizar el servicio militar obligatorio en el ejército franquista aquel año 1955 y en nueva carta manuscrita a Ridruejo, con membrete de la Secretaría del CUEJ y fechada en San Sebastián el 1 de abril de 1955, habla de «estos primeros días de cuartel», por lo que debió incorporarse a finales del mes de marzo de 1955, y le informa también sobre la publicación del Boletín[30] y sobre las tensiones entre el CUEJ y el SEU:

Mucho depende de que Laín no se eche atrás y que en su fluctuación entre el Rector de la universidad-consejero del Reino y el intelectual que está harto de todo esto, predomine lo segundo. Y en última instancia todo depende de ti, pues eres el único que puede llevarles adelante[31].

Múgica era un hombre de acción y el hecho de no estar entonces en Madrid por tener que cumplir el servicio militar obligatorio en San Sebastián, le desesperaba. Por ello, en otra carta a Ridruejo, fechada en su ciudad natal el 4 de julio de 1955, realiza «una revisión ética» sobre su actitud política, se plantea su inmediato futuro profesional y le pide una vez más ayuda «en una ocasión fundamental para mi vida»:

Cuando de esta aldea hui a estudiar a Madrid arrastraba conmigo la actitud rencorosa de hijo de un republicano muerto en el exilio, heredero y sostenedor de una mentalidad de excombatiente.

(…) Mi postura política es la misma que antes, lo que ha cambiado ha sido mi actitud excombatiente fuera de la edad de serlo. Hasta hace algo más de un año no me he dado cuenta de que los últimos veinte años nos han conducido al umbral de una situación inédita llena de posibilidades, que era absurdo querer afrontarla con unas actitudes «avanzadas» en la forma pero detenidas realmente en 1936 y que lo que importaba no era el color de la camisa sino el hombre que la llevaba.

Esto al fin y al cabo no es una revisión ideológica sino una revisión ética, que es la que verdaderamente exiges[32].

Desde Madrid le llegan a Múgica noticias confusas sobre el CUEJ, cuya secretaría la ejerce ahora Julio Diamante, ya militante comunista: «Mis amigos dicen que Laín parece echarse atrás». Por ello el 28 de julio de 1955 le escribe una nueva carta inédita a Ridruejo desde San Sebastián en donde despotrica contra el Rector, le pide su ayuda, defiende la necesidad de que el CUEJ se celebre y amenaza en caso contrario con una campaña de prensa internacional:

San Sebastián 28 julio 1955.

Querido Dionisio:

Creo que vamos a entendernos. Las cosas hay que llevarlas hasta el fin. Para dejarlas en medio hubiera sido preferible no iniciarlas.

Viene esto a cuenta del Congreso. Las últimas noticias que sobre él tengo están contenidas en una carta de mis amigos y en el tiempo con que García Escudero nos ha obsequiado en el Arriba el 17 de julio.

Mis amigos dicen que Laín parece echarse atrás porque cuando se le ha

presentado el presupuesto definitivo ha dicho que el Rectorado de Madrid tenía poco dinero y que debiéramos ponernos al habla con los demás rectores para costearlo entre todos. Tendremos defectos, a veces seremos ingenuos pero nunca permitiremos que se nos tome el pelo como a unos imbéciles.

Para nosotros las ideas de jerarquía, obediencia y servicio no dicen absolutamente nada y por ello no se nos puede obligar a aceptar como buenas las razones de Laín y sufrirlas pasivamente, porque el mismo Laín sabe que

a) no es el Rectorado quien va a subvencionar el Congreso sino la Dirección General de Enseñanza Universitaria y ésta lo va a subvencionar porque representamos una fuerza y una inteligencia, cada vez más creciente, en la Universidad.

b) Porque ponemos ahora el habla con los Rectores, en un plano económico, sería retrasar el Congreso hasta las calendas, y, a la postre, hacerlo eventual.

Dada tu influencia sobre Laín es ésta una llamada para que la ejerzas porque si nosotros estamos embarcados en vuestra misma barca y queremos colaborar con vosotros, en el importante –en la España de hoy– sector estudiantil, ya que ofrecéis una real posibilidad para salir del marasmo político e intelectual en el que nos debatimos, también no es menos cierto que no sufriremos a vernos condenados a ser simples receptores de palabras que se obstinan en serlo.

Estoy convencido de que formamos un buen equipo universitario, cada día más coherente y más amplio, y que desde los sucesos estudiantiles de Enero del año pasado nuestra influencia pesa cada vez más en la Universidad, desplazándose a nuestro favor la relación de fuerzas.

Nuestra postura es A, de amistad y colaboración o B: de hostilidad. No cabe una tercera, la de eternos peregrinantes, aguardadores del maná. O es A o es B. No existe C. Una actitud que quiere plantearse en el camino de la democracia tiene que ser respaldada por hechos y por adhesiones.

El Congreso puede y debe ser importante como reagrupación de fuerzas en la Universidad. Como se desenvuelven hoy las cosas políticas es indudable que

ésta se hará. Con vosotros y en reciprocidad con el apoyo de los sectores universitarios más amplios y adecuados o sin vosotros y sin el apoyo recíproco y encima con algo más.

Pero en caso de que el Congreso no salga adelante, estamos dispuestos a armar una campaña internacional sostenida por la prensa liberal.

Primeros hechos que confirman que mis palabras no son vanas.

Amigos míos se han entrevistado con Parrisot, editorialista de política extranjera del diario parisiense Franc-Tireur, que va a publicar una serie de artículos sobre España, que dada la tendencia del diario serán muy comentados entre extensos núcleos intelectuales y sindicales franceses.

Pues bien, mis amigos y Parrisot plantearon la situación de la juventud española, en especial, la universitaria. A Parrisot le gustó extraordinariamente el tono del segundo Boletín del Congreso y expresó su deseo de dedicar un amplio artículo a la situación universitaria española poniendo en su centro de manifiesto al Congreso como la más importante tentativa renovadora que se hacía entre la juventud desde 1939.

Se le hizo desistir de sus propósitos por el momento, pero el hombre dio su promesa formal de que si algo sucedía, v-g: si no se celebraba, convocaría en una conferencia de prensa a los corresponsales extranjeros en parís. Sin comentario.

Otro hecho:

[Ignacio] Iglesias, Secretario General de los Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura ha manifestado a otro de nuestros amigos su enorme interés por el Congreso y su intención de no pasar bajo silencio cualquier maniobra que contra él se intentase.

No olvidemos que Cuadernos tiene una tirada de 35.000 ejemplares, que es extraordinariamente leída por la intelectualidad liberal española e hispanoamericana y que en su n.o último hay un artículo extraordinariamente elogioso para ti, García Escudero, Laín y Tovar como sostenedores de una corriente liberal dentro del catolicismo con la que vale la pena convivir y marchar juntos.

Quizá los señores de Cuadernos (me refiero a los españoles), los que en ellos colaboran (no hay más que leer un índice de los mismos para darse cuenta de su importancia) pudieran tomar la celebración del Congreso como uno de los test que pusiera de manifiesto la adecuación de las palabras a los hechos.

Estos son dos, por nuestra parte. Creemos que de aquí a unos meses la lista se ampliará.

Y conste que estamos dispuestos a hacerlo a pesar del riesgo que entraña.

En el juego uno se tiene que arriesgar. Es la única forma de asumirlo. Pero si algo pasa ya tenemos al causante necesario: a Laín, como responsable de que el Congreso no se haga y de las consecuencias que esto puede acarrearnos. Nunca soportaremos el intento de asfixiarnos.

El artículo de García Escudero que toma como base una de mis editoriales y otro de uno de nuestros amigos sobre el dogmatismo, confirma una vez más mi opinión de que una posición de hombre liberal ganada a pulso, puede echarse a bajo [sic] por tres o cuatro motivos de irreflexión.

Quizás los de los Cuadernos del Congreso por la libertad de la Cultura se equivocaran en su apreciación del hombre que aúna al final de su artículo de modo un tanto forzado la comprensión y los palos, la integración y los tiros.

Quizás vieran bien y la apreciación de García Escudero y su intento de destrucción de una tentativa realmente liberal e integradora fue debida a que la fecha se le subió a la cabeza.

De todas formas le he escrito reconociéndole la importancia extraordinaria del 18 de julio como presupuesto irrevocable de toda política posterior, pero intentando que también él nos reconozca 1955 como el año en que todos de común acuerdo debemos ensayar una nueva política en la Universidad.

Te escribo porque como hombre a quien se debió que nuestra idea empezase y siguiese concretándose, como amigo que quieres verla realizada y para quien la hora de los hechos ha empezado a sonar (¿me podrías remitir una copia del manifiesto que ya debes haber terminado? La trasmitiría a vasquistas y nacionalistas moderados), puedes hacer que los ataques cesen y que las promesas se concreten.

(No te escribo a máquina porque no sé hacerlo. Perdona.)

Estamos convencidos de que es éste el modo de que nuestra colaboración tome cuerpo y la garantía de que la emplearemos adecuadamente y de mutuo acuerdo.

Te rogaría que hicieses un esfuerzo y me escribieses para disipar mis dudas.

Saludos a tu señora. Un fuerte abrazo

ENRIQUE MÚGICA

PD: Mi domicilio está en la calle San Juan - n.o 10-4.o. San Sebastián[33].

Múgica rectifica el tono violento y agrio de esta carta contra Laín, «una indignación infundada» según sus propias palabras, en otra posterior e inédita al propio Ridruejo, fechada en San Sebastián el 1 de agosto de 1955, ya que sus camaradas madrileños le acaban de confirmar que el Rector ha cumplido su compromiso[34]:

San Sebastián, 1-Agosto 1955.

Querido Dionisio:

Estas líneas son para decirte que las anteriores eran realmente lamentables. Todo pasa por no estar en Madrid y no poder valorar, por lo tanto, los sucesos en su auténtica dimensión.

Acaban de telefonearme mis amigos desde Madrid para decirme que ya tienen a su disposición dinero, y el cartel anunciador del Congreso –un estupendo cartel–.

Atribuyeron a Laín una falta de disposición y un echarse atrás, que no era sino falta de ganas por parte del administrador de la Universidad de soltar el dinero.

Tergiversaron los hechos y fui víctima de la tergiversación y de una indignación infundada.

Lo único válido de mi carta que queda es la indignación contra García Escudero que a pesar de vestirse con casaca nueva y más abierta se le ve el forro viejo.

Uno de nuestros amigos ha distribuido el Boletín del Congreso en Barcelona con profusión. Ha caído muy bien y todos –desde Lorenzo Gomis y El Ciervo hasta los catalanistas pasando por los de Laye– tienen ganas de trabajar en él y apretar por medio de él. Lo mismo pasa aquí, en el País.

Creo que estamos en el buen camino. Podemos decir que lo debemos a ti. Has visto justo y nos has incitado con tu ejemplo a seguir juntos por la ruta que has abierto.

Tengo enormes deseos de instalarme a trabajar y a vivir en Madrid. Creo que puedo abrirme paso profesionalmente y participar a tu lado en los acontecimientos y en el quehacer que se nos echa encima y para el que nuestros contactos con la prensa liberal de fuera, pueden ser de gran importancia.

Estamos embarcados en la misma nave y estoy convencido de que sabremos llegar perfectamente al puerto.

Más fuerte que nunca un abrazo.

ENRIQUE[35]

Jordana había viajado a San Sebastián con motivo de la Semana deportiva universitaria y el 11 de agosto de 1955, cuatro horas después de haberse entrevistado con el jefe nacional del SEU, Múgica le escribe una carta inédita a Ridruejo donde le resume su conversación con él:

San Sebastián 11-Agosto 1955

Querido Dionisio:

Perdona nuevamente que estas líneas no estén mecanografiadas. Para que de este verano no pase, asisto diariamente a una academia. Te dirijo esta carta al lugar donde el año anterior vacaste. Creo que será el habitual.

Hace escasamente cuatro horas que he hablado con Jordana. Está aquí con motivo de la Semana deportiva universitaria y he querido plantearle el problema del Congreso y sobre todo el de la integración universitaria (de la que el Congreso es solo una de las caras) bastante a fondo.

Resulta que unos días antes de salir para San Sebastián supo Jordana que hay una orden del ministro de Educación dirigida a Pérez Villanueva y a Laín para que el Congreso sea dirigido exclusivamente por el S.E.U. Afortunadamente parece que la orden no ha sido cursada todavía y Jordana se propone oponerse a ella (al menos es lo que dice; ante este hombre soy siempre reticente íntimamente. no me fío ni un pelo).

Dice que si se nos animó en el ministerio y se reconoció nuestra fuerza por una parte y la necesidad de la colaboración del S.E.U. no es cosa ahora de echarse para atrás y querer echar sobre el S.E.U. la responsabilidad en exclusiva.

Hemos coincidido los dos en que los sucesos estudiantiles de enero del año pasado representaron el brotar de nuevas fuerzas universitarias de matiz intelectual y de tendencia liberal. En realidad más que brotar fue el resurgir de los grupos liberales con una postura práctica nueva.

Desde que terminó la guerra estos grupos se habían inhibido totalmente en la vida de la juventud marcando las distancias con una actitud hecha de escepticismo y hostilidad. Fueron los sucesos de enero provocados y encauzados por elementos liberales principalmente, los que nos hicieron pensar a algunos de nosotros la conveniencia de marchar junto con los elementos que salidos del movimiento, tenían el suficiente prestigio para impulsar el cambio por todos deseado. Afortunadamente nuestra actitud es la que ha terminado por prevalecer en los grupos liberales. Claro que de este último no he dicho nada a Jordana.

En lo que sí hemos estado de acuerdo fue en que se imponía una colaboración estrecha en las actividades universitarias entre los elementos falangistas del S.E.U. y nosotros, y en que el Congreso era el instrumento adecuado para ensayar por vez primera esta colaboración.

He aquí la causa (siempre según Jordana) por la que se opone a la orden ministerial. Ésta tendría el singular efecto de romper la integración universitaria que tan trabajosamente se está forjando, volver a las viejas y resentidas actitudes y sustituir afanes de colaboración por posturas de hostilidad.

Si la orden se llevara a efecto tenemos los suficientes elementos para responder dentro y fuera del país, y estamos dispuestos a hacerlo. Ahora bien, cuando dentro de un mes vuelva a Madrid a examinarme, lo primero que pienso hacer es estudiar contigo la situación y hasta qué punto debe llevarse la respuesta (si se impone) para no cojernos [sic] los dedos y para que lo que hagamos tenga un sentido y sea beneficioso para todos.

La última conversación que tuve contigo fue la primera en la que hablamos claramente y sin rodeos. Creo que abrió el camino para un entendimiento total. Al fin y al cabo fuiste tú quien me enseñó el sentido de la palabra entendimiento y con inteligencia y corazón me hiciste ver lo que yo no percibía, cuánto mancha el sectarismo. Y es que acostumbrado a jugar con las ideas no veía las personas.

Nos esforzamos en actitudes nuevas. Y en contestación parece quererse insistir en tratarnos con mentalidad de excombatientes. Perdona que insista machaconamente sobre ello, que te pida nuevamente que ejerzas tu influencia para que algunos no sigan la política de lo peor, pero no parece sino que debas estar continuamente sobre tus amigos del ministerio para que su estúpido recelo de ver fantasmas por todas partes no les haga desvariar.

Me están haciendo imposible la vida militar. Tuve que asistir a una plática del capellán y mi viejo anticlericalismo barojiano de los 17 años, que ya creía desaparecido, rebrotó ante la pedantería del cura que para que los soldados comentaran lo listo que era sacó a relucir a Demóstenes, Octaviano, Marco Aurelio y pájaros por el estilo. Los chistes que hice a su costa llegaron a «altos» oídos y aquí estoy tildado de anticlerical (¡pobre de mí!) y transformada la buena vida que me daba en algo que prefiero no mentar y además sin perspectivas de acabar sino con el servicio. Si no puedes conseguir del general Rodrigo que para octubre se me traslade a Madrid voy a reventar de asco. Pertenezco a la Agrupación de Transmisiones n.o 6. ¡Si vieras las ganas que tengo de ir allí! Es la esperanza que me anima para no caer moralmente deshecho. ¿Hasta qué punto jóvenes españoles podremos trabajar y contribuir al nacimiento de una España más noble conservando nuestra dignidad sin caer en la adulación? Tú lo pudiste, perteneciste a la generación de la guerra y ella te forjó como al hombre al que

queremos. Pero nosotros ¿tendremos la misma suerte? ¿Hasta dónde podremos contar con nuestros mayores?

Un fuerte abrazo

Enrique Múgica[36].

Sin embargo, el 26 de septiembre de 1955 era nombrado José Antonio Serrano Montalvo nuevo jefe nacional del SEU en sustitución de Jordana. La desesperación personal de Múgica aquel otoño de 1955 llega a su límite en la carta inédita dirigida a Ridruejo el 11 de octubre desde San Sebastián, la última que se conserva de este año en su epistolario:

San Sebastián 11-Octubre 1955.

Querido Dionisio.

Esto es imposible. El cuartel, la hosquedad de mi madre, la lluvia, el recuerdo de Madrid, de mis amigos, las horas muertas… Voy a reventar de melancolía.

Se me cae el alma a los pies. Ayer cuando vi en el No-Do a Madrid me entraron hasta ganas de llorar. Cada vez comprendo menos a mis compañeros vascos para quienes el ideal es estar tumbados horas enteras en un sillón escuchando las radios y levantarse solamente para recorrer los bares despellejando los pequeños chismes de provincia.

Y pensar que excepto las horas del cuartel voy a estar condenado a todo esto sin ganas para nada, ni para estudiar, ni siquiera para leer como debiera. Y encima esta lluvia interminable que aquí cae sin cansarse, que entra en el corazón como la tristeza.

Uno se subleva contra su suerte, pero más adelante ¿tendré fuerza para ello?

Lanzo cebos a ver si puedo arreglar esto. Escribí a uno de mis amigos, que hace

años pasó por idéntica situación que yo, incluso peor, porque él se había «convertido» al protestantismo e incluso en el servicio militar tenía el ardor del neófito. Entonces la mentalidad excombatiente de los militares era aún más pronunciada y el hombre las pasó moradas.

Me ha contestado a vuelta de correo. Te envío la carta tras haberme permitido subrayar lo que de ella parece más interesante. ¿Crees que puede ser una salida? Imagínate a un condenado esperando la solución a su petición de gracia, reduce el caso al mío, perfila las proporciones y tendrás una idea de mi situación.

Con las ganas que tengo de trabajar para mí y para España y que me tenga que morder los puños. ¡Esto es injusto!

No te doy más la lata, Creo que hasta te resulto un poco insoportable, pero qué le voy a hacer si tu amistad es una de las cosas que más estimo en el mundo.

Saludos a Gloria y a Dionisín.

Un fuerte abrazo de

Enrique Múgica.

San Juan 10-4.o drcha.

San Sebastián[37].

Eran los días decisivos para el CUEJ, porque una semana después, el 18 de octubre de 1955, moría José Ortega y Gasset, y en el tercer número del Boletín se daba noticia de su fallecimiento con la publicación de «una esquela del maestro a toda página rodeada por la orla negra del luto, pero sin ninguna cruz. Al pie estas palabras: “JOSÉ ORTEGA Y GASSET. FILÓSOFO LIBERAL ESPAÑOL”»[38]. Tres días después, el 21 de octubre, se celebró un homenaje a Ortega en el edificio de san Bernardo y a continuación tuvo lugar una manifestación multitudinaria de estudiantes hasta su tumba en la Sacramental de San Isidro, donde Diamante leyó textos del filósofo[39].

Finalmente, como sabemos, el CUEJ fue prohibido y la revista Ibérica de Nueva York publicó la noticia:

El Congreso de Escritores Universitarios Jóvenes que iba a celebrarse en el mes de noviembre en Madrid fue prohibido a última hora por el gobierno. Los organizadores como los congresistas eran gente entre los 17 y los 25 años, lo que quiere decir que durante la Guerra Civil no habían nacido o eran muy pequeños. Como dice nuestro comunicante de Madrid: «Mal síntoma si no se fían ya ni de la juventud que han formado cuidadosamente con tanto celo y mimo»[40].

Cuando Múgica pudo regresar a Madrid en enero de 1956, con un permiso militar «de tan solo cinco días para venir a examinarme a Madrid en enero, en una convocatoria especial para terminar la carrera», se reunió con Javier Pradera y Ramón Tamames, también ya entonces militantes comunistas, para intentar una nueva iniciativa aún más audaz, la de convocar un Congreso Nacional de Estudiantes. La publicación del Manifiesto de este también frustrado Congreso desencadenaría los famosos sucesos de febrero de 1956, con la detención de los organizadores del CUEJ (Diamante, López Pacheco, Julián Marcos, Múgica) y del propio Ridruejo, así como la primera crisis de un gobierno franquista con el cese de Joaquín Ruiz Giménez, ministro de Educación, y de Laín Entralgo como Rector de la Universidad madrileña «por decreto de 23 de marzo» de 1956[41].

Aunque el CUEJ fue prohibido por el régimen franquista en noviembre de 1955, la estrategia urdida en 1954 por Semprún y Múgica –«capitoste» y «cerebro» del «grupo comunista» en la Universidad madrileña según un informe policial fechado en Madrid el 10 de noviembre de 1955[42]– con el objetivo expreso de «torcerle el cuello al cisne» seuísta, no iba a resultar ni mucho menos un fracaso.

---

[1] Enrique Múgica Herzog, Itinerario hacia la libertad, Barcelona, Plaza-Janés, 1986, p. 25.

[2] Ibidem, p. 26.

[3] Ibidem.

[4] Jorge Semprún, Autobiografía de Federico Sánchez, Barcelona, Planeta, 1977, p. 59.

[5] E. Múgica, Itinerario, p. 32.

[6] Ibidem, pp. 35-36.

[7] Pablo Lizcano, La generación del 56. La Universidad contra Franco, Barcelona, Grijalbo, 1981, p. 112.

[8] E. Múgica, Itinerario, p. 36.

[9] R. Tamames, Más que unas memorias. Años de aprendizaje, la edad de la razón, Barcelona, RBA, 2013, p. 272.

[10] P. Lizcano, La generación del 56, p. 114.

[11] Felipe Nieto, La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura, Barcelona, Tusquets, 2014. p. 208.

[12] Fernando Sánchez Dragó, Galgo corredor. Los años guerreros (1953-1964), Barcelona, Planeta, 2020, p. 99.

[13] Ibidem, pp. 98-99.

[14] F. Nieto, La aventura comunista, p. 169.

[15] Ibidem, p. 197.

[16] Ibidem, p. 200.

[17] E. Múgica, Itinerario, p. 38.

[18] Ibidem, p. 40.

[19] Ibidem, p. 42.

[20] Caja 125, carpeta 7, Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE).

[21] M. Aznar Soler, «Resistencia estética y realismo literario: el Boletín del Congreso Universitario de Escritores Jóvenes (1955)», en Carme Molinero y Javier Tébar (eds.), VIII Encuentro Internacional de Investigadores del Franquismo / VIII Trobada Internacional d'Investigadors del Franquisme, Barcelona, 21-22 de novembre de 2013, DVD-ROM. Barcelona, CEFID-UAB / Fundació Cipriano García, 2013, pp. 1-24. Una versión actualizada de este artículo de 2013 la he publicado en 2021 como uno de los once estudios de mi libro El Partido Comunista de España y la literatura (1931-1978), Sevilla, Atrapasueños, pp. 385-446.

[22] Caja 125, carpeta 7, AHPCE.

[23] Caja 125, carpeta 7, AHPCE.

[24] Tras la presentación de una «ponencia sobre poesía social, (…) hubo un debate polémico e intenso (con intervenciones "marcadamente marxistas, incluso filocomunistas") que duró hasta la dos de la madrugada y en el que destacó un combativo Gabriel Celaya, defensor de una poesía, hoy, capaz de "transformar el mundo"», afirma Jordi Amat, Las voces del diálogo. Poesía y política en el medio siglo. Barcelona, Península, 2007, p. 239.

[25] Excepto sábado y domingo que son días de pequeña tertulia (Nota de Enrique Múgica).

[26] Caja 125, carpeta 7, AHPCE.

[27] Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH) de Salamanca, Ridruejo 34/1, 354, dos páginas manuscritas con el membrete del «Congreso de Escritores Universitarios. Secretaría»; carta reproducida íntegra en Jordi Gracia (ed.), El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1933-1975, Barcelona, Planeta, 2007, p. 293.

[28] Ridruejo 34/1, 354, CDMH, dos páginas manuscritas con el membrete del «Congreso de Escritores Universitarios. Secretaría».

[29] Ridruejo 34/1, 386-387, CDMH, dos páginas mecanografiadas.

[30] M. Aznar Soler, «Resistencia estética y realismo literario», pp. 1-24.

[31] Ridruejo 34/2, 570, CDMH, dos páginas manuscritas, un folio a doble cara,

con membrete del «Congreso de Escritores Universitarios. Secretaría»; carta reproducida íntegra en J. Gracia (ed.), El valor de la disidencia, p. 315.

[32] Ridruejo 34/2, 656-657, CDMH, cuatro páginas manuscritas a doble cara; carta reproducida íntegra en J. Gracia (ed.), El valor de la disidencia, p. 315.

[33] Ridruejo 34/2, 673, 674, 674 (bis) y 675, CDMH, cuatro folios manuscritos.

[34] «La idea me pareció plausible, y les prometí el módico auxilio que pedían: en el orden económico, si no recuerdo mal, algo así como 15.000 pesetas, procedentes de los escuálidos "fondos culturales" del Rectorado. Ahora bien, como para el Rector de la Universidad no podía existir oficialmente más organización estudiantil que el SEU, supedité ese auxilio al previo acuerdo entre ellos y los jefes del Sindicato», afirma Laín en su Descargo de conciencia, p. 418.

[35] Ridruejo, 34/2 677, CDMH, un folio manuscrito a doble cara.

[36] Ridruejo, 34/2 682, CDMH, cuatro folios manuscritos.

[37] Ridruejo, 34/2 712, CDMH, un folio manuscrito a doble cara.

[38] E. Múgica, Itinerario, p. 43.

[39] M. Aznar Soler, «Resistencia estética y realismo literario», pp. 1-24.

[40] «Congreso prohibido». Ibérica, Nueva York, año 3, 12 (15 de diciembre de 1955), p. 2.

[41] Santos Juliá, Camarada Javier Pradera, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012, p. 48.

[42] «Grupos activos de comunistas e institucionalistas en la Universidad de Madrid», en Roberto Mesa (ed.), Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1982, p. 30.

XX

POSIBILIDADES Y LÍMITES DE LA EXPLORACIÓN DE LA LEGALIDAD. ACCIÓN CINEMATOGRÁFICA Y MILITANCIA EN EL PCE DURANTE LOS AÑOS CINCUENTA

Xose Prieto Souto y Jean-Paul Aubert[1]

Desde finales de los años cuarenta, se puede localizar un cambio de considerables magnitudes en la acción política del PCE. El partido abandona progresivamente la lucha de guerrillas, al constatar que había desaparecido su posibilidad de éxito, y opta por una táctica de infiltración en los aparatos legales del franquismo cuyo objetivo final sería la desestabilización del régimen. De este modo, se da un desplazamiento táctico en la acción clandestina en el interior del Estado, brutalmente reprimida, otorgando un peso específico a los resquicios de lo legal en la intervención opositora.

El presente texto analiza las acciones sobre el campo cinematográfico que la militancia del PCE desarrolló durante la década de los cincuenta, con el objetivo de valorar su presencia e importancia dentro de esa apuesta por el «entrismo» y el trabajo legal, en un contexto en el cual tiene lugar, lo que el historiador Felipe Nieto ha denominado como «giro cultural»[2] en la táctica del partido. Por otro lado, en el impulso inicial de esta investigación, está también el situar estas dinámicas en el contexto de la cultura fílmica del periodo. Algo que completa la comprensión de las formas concretas que adoptan estas prácticas culturales y su interés político, desde sus posibilidades hasta sus límites.

EL TRABAJO POLÍTICO DEL PCE EN EL SECTOR CINEMATOGRÁFICO

En los años iniciales de la década de los cincuenta se produce un agrupamiento de intelectuales del PCE dentro de España cuya actividad vendrá marcada por esta exploración política de la legalidad[3]. Un proceso que tiene en el sector de la cinematografía a Ricardo Muñoz Suay como una de sus figuras clave.

Nacido en Valencia en 1917, Ricardo Muñoz Suay presentaba a inicios de los cincuenta un amplio historial político, tanto en la militancia comunista como en el ámbito de los estudiantes[4]. Dirigente estudiantil durante la Segunda República y la Guerra Civil, represaliado después de ella, consiguió escapar del centro de reclusión de Albatera (Alicante) en 1939 y estuvo escondido en un zulo familiar desde 1940 hasta que en 1945 decidió trasladarse a Madrid. En la capital del Estado logró trabajar en la distribuidora EDICI, retomó su activismo desde la clandestinidad y fue detenido, padeciendo prisión desde 1946 hasta 1949[5].

Después de su salida de la cárcel, Ricardo Muñoz Suay colaboró con revistas culturales como El sobre literario e Índice, en las que se aproximó a la reflexión cinematográfica. Paulatinamente, fue buscando un lugar en la industria del cine español y en 1951 realizó la labor de primer ayudante de dirección en el debut de dos realizadores jóvenes y de gran proyección, con los que mantenía además una afinidad personal. Se trata de la comedia Esa pareja feliz, codirigida por Juan Antonio Bardem y Luis García Berlanga en 1951[6]. Ese mismo año, Muñoz Suay se matriculó en realización en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas (IIEC), comenzando unos estudios en los que nunca se llegará a graduar.

En estos años iniciales de los cincuenta Bardem, Berlanga y Muñoz Suay se incorporan al accionariado de la productora UNINCI que se había fundado en 1949. En ella, Muñoz Suay pasará en 1952 a ser formalmente el responsable de la Dirección General de Producción, tal como se recoge en su vínculo contractual[7]. En ese mismo contrato se puede leer cómo Bardem, Berlanga y Muñoz Suay asumen la obligación con UNINCI de «dedicar toda su actividad como guionistas, directores cinematográficos y técnicos cinematográficos, a esta Sociedad, ofreciendo a la misma sus trabajos originales con preferencia sobre cualquier otra empresa»[8]. Junto con este aspecto, se destaca que: «adquieren el compromiso de preparar en el más breve plazo posible, el guion de una película, de carácter cómico y ambiente andaluz»[9]. Aunque en su versión final su historia no se localiza en Andalucía, por motivos de presupuesto, sino que se busca el efecto cómico de sus personajes «disfrazados» de andaluces, la mención

apunta al origen del que será uno de los largometrajes de mayor influencia en la historiografía del cine español: Bienvenido MISTER MARSHALL (Luis García Berlanga, 1953).

Si nos hemos detenido en la descripción de algunas de las actividades básicas en las que, con respecto al cine, participa Ricardo Muñoz Suay desde su salida de la cárcel en 1949 hasta el año 1953, es para subrayar cómo estas inquietudes y prácticas previas a que retome la relación directa con el PCE le proporcionaron un aprendizaje que tendrá continuidad en su labor partidista, cuando se intervenga tanto en la escritura cinematográfica y en la producción de películas, buscando plataformas legales para la acción política. Cabe, por lo tanto, tener en cuenta que, cuando se inicia su implicación en la organización de intelectuales del partido en el interior del Estado durante los años cincuenta y, específicamente, en su sector cinematográfico, Muñoz Suay había colaborado en revistas culturales abiertas a la reflexión sobre cine, había trabajado en diversas películas, conocía de primera mano el ámbito estudiantil y también el funcionamiento de una empresa cinematográfica. Todas estas actividades le habían llevado a configurar una red de contactos profesionales dentro de la cual se encontraban cineastas que marcarán el rumbo del cine español, como Bardem y Berlanga. A lo que se sumaba un dilatado activismo en la militancia comunista.

El restablecimiento de su vínculo directo con el PCE surgirá a raíz de un viaje a París en 1953 con motivo del rodaje de una película de temática taurina, Sangre y luces (Sang et lumières, 1953), coproducción hispano-francesa que Muñoz Suay codirige junto con Georges Rouquier, ocupándose de la versión española de la cinta[10]. En la capital francesa se produce su contacto con la organización comunista en el exilio y es allí donde mantiene su primera reunión con Jorge Semprún, quien ese mismo año había viajado clandestinamente por primera vez a España enviado por el partido.

En el Archivo Histórico del PCE (AHPCE) se puede encontrar el rastro de la impresión que recibe el partido de este primer encuentro parisino[11]. Antes de entrar en materia sobre los resultados del mismo, el texto se introduce con un perfil biográfico de Muñoz Suay en el que se menciona su formación cinematográfica y su ligazón con la gente de este sector, especialmente con Juan Antonio Bardem y con Luis García Berlanga, a los que en el documento se define políticamente como «abiertamente comunista» al primero, y dentro de una postura «democrática y antiamericana» al segundo. Se atenúa la

participación de Berlanga como soldado de la División Azul durante la Segunda Guerra Mundial y se menciona que sentía «una gran admiración por el cine soviético», aspecto que, sin duda, era del agrado del partido.

Muñoz Suay propone en este primer contacto con Semprún la creación de una productora o una editorial que diese forma a esa labor. Ambas ideas se descartan y en el texto se nos dice que:

La productora la desechamos, porque supone mucho dinero y no es la forma más eficaz. La editorial le dijimos que se puede estudiar, aunque por el momento es mucho dinero.

Más abajo se puede leer sobre la impresión de Ricardo Muñoz Suay que «la publicación de la revista la considera perfectamente posible y está decidido a trabajar para ello; se puede hacer la revista de más prestigio y “cubrirla” bien asegurando su dirección en manos de camaradas». Así, lo que se plantea es que un partido doblemente clandestino, recordemos que por esa época el PCE era también una organización ilegalizada en Francia, debía de aprovechar aquellas fisuras que ofreciese la legalidad, actuando políticamente en el ámbito intelectual del interior del Estado español, algo que se concreta en la posible creación de una revista.

En reuniones posteriores con Semprún, Muñoz Suay deja claro la importante labor que pueden desempeñar los intelectuales y el trasvase que esta actividad alcanzaría a nivel político dentro de un ámbito que, en su opinión, manifiesta una clara influencia ideológica, a veces de forma no consciente, del PCE. Según se recoge en el escrito, Muñoz Suay afirmaría que:

A la vez el papel de los intelectuales es importantísimo. Los intelectuales forman parte de las clases dominantes toda la labor que se haga entre ellos puede tener serias consecuencias políticas[12].

En esta nueva reunión se habla de un núcleo del partido en Madrid, del que formarían parte en un primer momento, junto con Muñoz Suay, el director de cine Juan Antonio Bardem, el doctor José Antonio Hernández y el pintor José Ortega, dedicado a trabajar en el reclutamiento de militantes y en la infiltración de diversas entidades de carácter cultural. El proyecto de generar una revista propia persiste y se asume que mientras la publicación no fuese rentable estaría sostenida por el PCE. Se construyen así los mimbres para la política cultural de la organización comunista en el interior del Estado, en la que los profesionales del cine desempeñarán un papel destacado. Décadas después, el propio Santiago Carrillo recordando ese contexto afirmará que el sector de cine «era el más fuerte que teníamos entre los intelectuales»[13]. La importancia de este sector fue también mencionada por Gregorio Morán en el libro que dedicó a la historia del PCE en la que ya planteaba que «el más dinámico de los sectores fue el cinematográfico, donde Ricardo Muñoz Suay y un grupo de cinéfilos han tenido la idea de crear una revista, Objetivo, en julio de 1953, que servirá, a partir de ahora y mientras dure, como vehículo de cultura progresiva»[14].

La publicación de Objetivo fue celebrada por el pintor José Ortega, componente de ese grupo originario de trabajadores comunistas dedicados a movilizar el sector cultural, en un informe dirigido al Comité Central, en el que destacaba que en el sector del cine había «inquietud y ánimos de combate»[15]. En otra de las microfilmaciones conservadas en el Archivo Histórico del PCE, Objetivo aparece dentro de una relación de revistas calificadas de «marginales», en el sentido de cierta filiación antifranquista, como: «Revista cinematográfica, orientada, por R. Muñoz Suay. Director aparente Figueroa. Agrupa a los elementos progresivos surgidos en el campo de la cinematografía. Barden (sic.), Berlanga, Ducay, etc.»[16]. En realidad, el nacimiento de Objetivo ofrece la continuidad de la labor intelectual que ya había propiciado Muñoz Suay en el campo de la escritura cinematográfica dentro de las páginas de la revista Índice, antes de tomar contacto con Semprún. En su inicio el editor de ambas revistas es el mismo, Juan Fernández Figueroa, y algunas de las firmas que ya habían colaborado con Índice, como Bardem y Eduardo Ducay, conformarán, junto con Muñoz Suay, el núcleo comunista que será mayoritario en el equipo de redacción de Objetivo, que completaba el liberal Paulino Garagorri. De las proximidades con el partido deja evidencia también el hecho de que incluso se llegó a publicar en sus páginas un texto de Jorge Semprún bajo el pseudónimo de Federico S. Artigas[17]. El escrito era una crítica elogiosa de Novio a la vista (Luis García Berlanga, 1953), largometraje en el que Bardem también aparecía acreditado como uno de los guionistas.

Este todavía pequeño grupo de comunistas españoles vinculados al ámbito cinematográfico que se aglutina alrededor de Objetivo participó en el impulso y organización de las conocidas Conversaciones de Salamanca, celebradas en la universidad de esa ciudad entre el 14 y el 19 de mayo de 1955. Contribuyendo decisivamente en su desarrollo tanto con las propuestas teóricas que allí se presentaron y con el pase de algunas películas en las que habían participado.

Estas conversaciones, de gran trascendencia historiográfica en el ámbito del cine español, lograron reunir a sectores ideológicamente heterogéneos de la profesión. En palabras del historiador del cine José Enrique Monterde:

La nómina de participantes fue amplia, puesto que incluyó a buena parte de las tendencias que se movían alrededor de la actividad cinematográfica de aquellos años, desde militantes clandestinos del PCE hasta falangistas no acomodados al franquismo, pasando por diversos sectores católicos o incluso hombres inequívocamente ligados al régimen[18].

Según se puede deducir de un documento conservado en el AHPCE, la valoración contemporánea que se hace de las Conversaciones de Salamanca en el seno del Partido Comunista de España fue positiva, a pesar de la autocrítica que se establece a la hora de proponer medidas para capitalizar su éxito y que este no fuese monopolizado por el sector católico que había participado en el evento salmantino[19]. Algo para lo que se plantea la acción desde Objetivo pues, con ese fin, se anuncia la publicación de dos números de la revista que incluirán aspectos relacionados con las conversaciones salmantinas. De esta revista cinematográfica también se mencionan los problemas existentes con el editor, que en 1955 era ya José Ángel Ezcurra, y con el secretario de redacción, de cuyo sueldo se dice literalmente que «costean conjuntamente nuestros camaradas»[20], lo que da cuenta de la implicación de los mismos en esta experiencia editorial. Por si esto no fuese lo suficientemente explícito en lo que a las relaciones entre el PCE y Objetivo se refiere, en líneas posteriores se añade que, hasta que se encuentre un nuevo secretario, puesto en el que se indica que «debiera estar colocado un miembro del Partido», será Juan Antonio Bardem el que «se encargará, como principal tarea del Partido, de asegurar la dirección efectiva, política, de Objetivo, teniendo en cuenta la gran importancia de este

trabajo»[21].

En este documento se da por hecho la existencia de una organización específica dentro del PCE dedicada al trabajo en el sector cinematográfico. De Muñoz Suay se indica que «Su experiencia política, su formación, toda una serie de condiciones le colocan en una magnífica posición para dirigir realmente la organización de cineastas», sin embargo, se habla de que no desempeña en ella plenamente «el papel de dirección» que le correspondería[22]. De la «organización de cineastas» se afirma que su «vida política (…) es muy deficiente» y que «no se desarrolla numéricamente» porque no se le ha dado al «reclutamiento» la importancia debida. Unas críticas que se matizan destacando que «ha progresado mucho», tanto la organización como «los camaradas que la componen»[23]. El mensaje que se establece es de esperanza con respecto a los réditos políticos que se pueden sacar del trabajo en el sector del cine y de la influyente prolongación que pueden tener las Conversaciones de Salamanca.

Hay, por lo tanto, una mirada de interés desde el PCE hacia el cine y un balance crítico, pero reconociendo progresos, de su organización de cineastas. La acción de esta labor se sitúa explícitamente en la táctica que el partido estaba llevando a cabo, de explorar la legalidad, en combinación con el trabajo clandestino, y de la aspiración pactista con otros sectores ideológicos. En este sentido, resulta, a modo de resumen, especialmente significativo el siguiente párrafo del documento que se ha conservado en el AHPCE y que nos ha servido de guía para las líneas de acción que el partido comunista español estaba desarrollando en 1955 en relación con el campo cinematográfico:

la actividad de la organización de cineastas, con sus aciertos y errores, demuestra la justeza de la línea política del partido, la justeza de la táctica del partido en relación con la combinación de trabajo ilegal y utilización de las posibilidades legales. Demuestra las posibilidades de una labor política con un contenido de F.N., la posibilidad de alianza con toda una serie de fuerzas de la burguesía, bien liberales, bien desgajados del «Movimiento Nacional». La actitud de la organización de cineastas demuestra también cuál es el peso del Partido en la vida nacional[24].

Afirmación que hay que enmarcar dentro de la táctica política propiciada en el V Congreso del PCE celebrado en Praga durante 1954. En este congreso se defiende la configuración de un Frente Nacional Antifranquista para derrocar al régimen[25] y se destaca el rol que los intelectuales pueden jugar en este proceso[26].

Los resultados de este congreso y el papel se le otorgó en él a los intelectuales fueron el centro del número 18 de Cuadernos de Cultura, revista cultural editada por el PCE. En esa publicación se puede encontrar un texto de Jesús Izcaray, uno de los intelectuales orgánicos del partido, que comenta el punto del programa comunista dedicado a los problemas culturales. Del cine, Izcaray subraya su capacidad de vehicular ideas, no necesariamente positivas, y su «poder de comunicación». Además, defiende a las «fuerzas nuevas del cine» que aspiran a hacer «un cine verdaderamente nacional, con aire de la calle, con substancia de vida y con problemas actuales», a pesar de las dificultades que pone para ello el régimen franquista[27]. Se puede detectar una serie de constantes que, con respecto a la cinematografía, defenderá el PCE durante todo el periodo de nuestro análisis y en lo que resta de dictadura: la lucha contra la censura y la defensa de un cine nacional y de corte realista, cuyo desarrollo pleno impediría el franquismo y también el dominio de Hollywood[28].

Dentro de ese mismo número de Cuadernos de Cultura se incluye la intervención que realizó en este congreso Jorge Semprún, que es nombrado en él miembro del Comité Central del PCE. La intervención aparece firmada como Federico Sánchez, el seudónimo más célebre de su actividad política clandestina, y en ella hace una aproximación a diferentes sectores de la vida cultural.

En el ámbito de la producción cinematográfica, Semprún menciona a Bienvenido MISTER MARSHALL, cuyo guion había nacido de una colaboración entre Bardem y Berlanga para UNINCI. Algo que se concretó en la elaboración del argumento y el guion de esta película, en cuya escritura final se suma el historietista, guionista y dramaturgo Miguel Mihura. La dirección del largometraje la terminará asumiendo Berlanga en solitario después de que Bardem, por razones económicas y ante el futuro difuso de que la película pudiese salir adelante, decidiese vender sus acciones de UNINCI[29].

De Bienvenido MISTER MARSHALL, Jorge Semprún y Ricardo Muñoz Suay, quien había desempeñado en la película la tarea de ayudante de dirección, habían hablado en París en 1953, subrayando el hecho de que hubiese logrado

estrenarse. Algo que Muñoz Suay atribuyó a la descomposición del régimen franquista y de su aparato de censura[30]. Además, desde la militancia comunista dedicada al campo de la cultura también se miró celebrativamente hacia la película por las expectativas que abría para la labor del partido en el sector cinematográfico[31].

La mención que hace Semprún en el V Congreso supone situarla como propiciadora «de una fuerte corriente orientada hacia el cine realista»[32] gracias al éxito que había obtenido. Al enclavarla en esta senda del realismo se integraba dentro de la estética que privilegiaba el partido[33]. El realismo estaba en concordancia con la ortodoxia de Moscú, ligaba bien con alguna de las corrientes europeas más renovadoras e influyentes del cine contemporáneo y llevaba implícito una reflexión sobre lo «español» y sus tradiciones culturales «propias»[34]. Además, aunque no la cita por su título, Semprún incluye en su discurso la mención a otra película de Berlanga, Novio a la vista, para hablar sobre los problemas con la censura. En relación al largometraje expresa que: «constituye una sátira acertada de la burguesía reaccionaria franquista, de las castas militares, del falso e “hipócrita cristianismo” de la buena sociedad»[35].

Las referencias a películas que menciona Semprún en su discurso se completan con Todo es posible en Granada (1954), en este caso dirigida por un hombre del régimen como era José Luis Sáenz de Heredia. De ella se destacaba la primera parte en la que se veía una «violenta crítica del modo de vida americano, de los propósitos belicistas del imperialismo yanki»[36]. Algo que en la ponencia se atribuye, más que a la ideología del director, a la capacidad comercial que podían tener este tipo de discursos a la hora de atraer público. El antiamericanismo era un ámbito de interés principal para el partido y ese fue también otro de los aspectos en los que Bienvenido MISTER MARSHALL había forjado sus simpatías, no solo para el PCE sino también para un sector del régimen, conciliando desde una interpretación realizada en clave nacional afinidades en facciones políticas ideológicamente antagónicas.

Dentro del cine, Semprún llama la atención en su intervención en el V Congreso del PCE sobre la importancia de los cineclubs afirmando que tienen «un interés particular»[37] debido a las posibilidades de exhibición que ofrecen a películas sin autorización para hacerlo en los circuitos comerciales, como sucedió con el pase de algunos filmes soviéticos.

Para entender de modo más adecuado este interés, cabe contextualizar

históricamente la actividad de los cineclubs y su utilidad para el trabajo político y resaltar el hecho de que fueron foros de debate en los cuales los intercambios dialécticos sobre la cinematografía no eran ajenos al resto de dinámicas sociales. Es decir, los debates que se producían en ellos desbordaban las disquisiciones sobre la forma cinematográfica para abordar otro tipo de problemáticas. El profesor Manuel Palacio ha visto en este funcionamiento de los cineclubs un ejemplo de la «conciencia crítica en la ciudadanía (esencialmente entre los jóvenes universitarios), que establece un alternativo ordenamiento simbólico de valores y unos procesos de socialización muy distantes de los que había instaurado el franquismo postguerra»[38]. Además, Palacio ha defendido en otra de sus investigaciones que los cineclubs concebidos como un espacio de resistencia fue «un tema central en el prestigio social y cultural del movimiento cineclubista entre los públicos universitarios»[39].

Desde el PCE se era perfectamente consciente de que esta acción en cineclubs revertía también en el ámbito universitario. Semprún recalca en su discurso para el V Congreso de ese partido la importancia de los movimientos estudiantiles[40] y mira hacia la intervención en los cineclubs que dependían del Sindicato de Español Universitario (SEU), la organización de estudiantes permitida por la oficialidad franquista, «dado el estado de descomposición de este, abre las puertas a iniciativas de los estudiantes más audaces y más conscientes»[41].

En una entrevista realizada a Román Gubern, responsable del cineclub universitario de Barcelona entre 1955 y 1957, este recordaba que: «el servicio de cineclubs del SEU estaba lleno de antifranquistas»[42]. Gubern, entre otros[43], también ha apuntado a la militancia comunista de Manuel Rabanal Taylor, quien llegó a ser jefe nacional de los cineclubs del SEU, y no se puede olvidar que en la génesis de las mencionadas Conversaciones de Salamanca está la confluencia del Cineclub del SEU de la universidad salmantina con el equipo de la revista Objetivo.

Tanto los cineclubs, espacios de sociabilización en los que podían tener cabida discursos críticos, como el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas, por las conexiones que abría con el ámbito estudiantil y al ser un centro de formación de futuros profesionales de un medio de masas, fueron dos ejes significativos de la acción del PCE en el campo cinematográfico y se encuentran entre las causas de su influencia creciente en el sector que perduró durante el tardofranquismo y la transición.

Si Ricardo Muñoz Suay fue la persona de referencia a nivel de estructura de partido en interior dentro del sector del cine, en lo que respecta a la proyección pública el militante del PCE más significativo de la organización de cineastas era, sin duda, Juan Antonio Bardem.

Bardem era la «estrella» de la militancia comunista dedicada al cine. Resulta fácil constatar esta popularidad en varios de los documentos del AHPCE. Así, por ejemplo, en uno de los informes firmados por Federico Sánchez y datado en 1955 se puede leer que «de hecho hoy, lo que diga y haga Bardem será norma y orientación para toda la juventud, y no por él, sino por lo que él representa. Es magnífico comprobarlo»[44]. Ese mismo año un entonces joven militante del PCE muy activo en el sector universitario, Javier Pradera, escribía en una de sus cartas: «Voy a menudo a los medios cinematográficos, donde Bardem sigue llevándose los corazones»[45].

A mediados de los cincuenta este cineasta realiza los que serán los dos títulos de mayor repercusión de su filmografía, Muerte de un ciclista (1955), cuya presentación española tuvo lugar en el contexto de las Conversaciones de Salamanca[46] después de su proyección en el Festival de Cannes, y Calle Mayor (1956). Ambos largometrajes eran coproducciones internacionales, con Italia, la primera y con Francia la segunda; los dos fueron reconocidos con los premios FIPRESCI (Fédération internationale de la presse cinématographique) en los festivales cinematográficos más significativos, en el de Cannes y en el de Venecia[47], respectivamente, y componen su mejor momento en cuanto a recepción crítica y prestigio internacional.

Las dos películas fueron celebradas del siguiente modo en el primer número de la revista cultural del PCE Nuestras Ideas, editada en Bélgica y continuadora de la experiencia de Cuadernos de Cultura:

Juan Antonio Bardem con Muerte de un ciclista primero y ahora con Calle Mayor nos ha dado una limpia lección de cómo puede hacerse cine en España[48].

El objetivo último de este texto era establecer un diálogo entre Bardem y Berlanga a propósito de los dos largometrajes que habían sido presentados en la

misma edición del Festival de Venecia, Calabuch (Luis García Berlanga, 1956) [49] y Calle Mayor. En el artículo se llama a superar la oposición excluyente entre el cine de ambos directores, algo en lo que se observa una maniobra del régimen que puede provocar una instrumentalización de este último. Es decir,

frente al dilema «Bardem o Berlanga» que se plantea oficialmente en España, nosotros ya podemos responder «Bardem y Berlanga». Podemos diferenciar pero no oponer; podemos preferir pero no eliminar[50].

No obstante, esta «diferenciación» se resuelve en el artículo con un resultado nada neutro en el que las preferencias se decantan hacia el camarada de partido de un modo evidente. Bardem aparece como el «artista consciente», frente a un Berlanga que «parece ignorar, o querer ignorar, el móvil de sus películas»[51]. De modo explícito se dice que «nuestra idea de lo que ha de ser un intelectual en este tiempo –y, precisamente más, un intelectual español en el mal tiempo de España- concuerda con la figura de Bardem, no concuerda con la figura de Berlanga»[52]. A este último le faltaría «un peso ideológico que dé realidad a su obra»[53]. Así, la película Calle Mayor es calificada de «obra maestra»[54] frente a las películas de Berlanga que se quedan en buenas.

Al margen de las inevitables simpatías hechas desde una lectura de partido, lo cierto es que, tras estos dos largometrajes, Bardem establece una posición preferente en el interior como «punta de lanza de un cine opositor al Régimen franquista»[55], pero también en el extranjero, convirtiéndose en la década de los cincuenta en el cineasta español de «mayor proyección internacional»[56], junto con el exiliado Luis Buñuel. Esta expresión pública de Bardem, y las iniciativas anteriormente mencionadas en relación a la actividad del PCE en el sector del cine, con la capacidad de maniobra de Muñoz Suay, entre bambalinas, y el monitoreo de Semprún, encarnado sigilosamente como Federico Sánchez, servían de expresión de la exitosa actividad que estaba llevando a cabo la organización de cineastas dentro del ámbito de los intelectuales. No obstante, estas exploraciones de lo legal, las acciones generadas y las esperanzas despertadas no tardarían en darse de bruces con la realidad que señalaba represoramente los límites de estas tácticas de infiltración.

LOS LÍMITES DE LA LEGALIDAD

El noveno número, de septiembre-octubre de 1955, fue el último de la revista Objetivo, porque después se cancelará su publicación. Objetivo se había convertido en la vocera de las pretensiones salmantinas, incluyendo ponencias y conclusiones en sus páginas, defendiendo su importancia en artículos y editoriales. En ella se pueden encontrar frases como «lo de Salamanca fue importante»[57]; así se abre el editorial de la revista en julio de 1955, en el que se proclama el nacimiento de «un frente nacional cinematográfico»[58], expresión en la que reverberan las tácticas políticas del PCE en ese momento. También el editorial del ejemplar de agosto de ese año se cierra con un explícito: «Cada minuto que pasa se está comprobando que Salamanca tenía razón»[59]. La revista tan solo duraría un ejemplar más.

Décadas después de su cierre, José Ángel Ezcurra, su editor, apuntó como causas «las probables denuncias que el propio contenido de la revista inspiraría a algunos celadores del orden establecido»[60] y las sospechas hacia el origen de su financiación, aunque su suspensión se llevó a cabo con el pretexto oficial de la omisión de un trámite administrativo[61]. Desaparecía un valioso caballo de Troya dentro de las tácticas de infiltración del PCE y ese reducido pero significativo grupo de militantes comunistas que participó en la experiencia se quedaba sin un órgano de expresión clave para dar a conocer sus posiciones en el sector cinematográfico y extender su influencia en él. No obstante, la necesidad de una revista tras el cierre de Objetivo siguió siendo una de las líneas de acción de la militancia del PCE y continúa con el interés por Cinema Universitario (1955-1963)[62] y, posteriormente, con Nuestro Cine (1961-1971)[63].

A mediados de los cincuenta el hecho de que no se hubiesen tomado medidas coercitivas contra los militantes del PCE dedicados al trabajo político en el sector cinematográfico, a pesar del éxito de sus iniciativas, era visto en el seno del partido como una prueba de la crisis del franquismo, aunque también se planteaba la posibilidad de que esta represión pudiese llegar a suceder[64]. Como así pasó en 1956 cuando el militante de mayor reconocimiento social en el sector del cine, Juan Antonio Bardem, fue detenido durante el rodaje de Calle Mayor poco después de una fuerte contestación estudiantil universitaria en

Madrid que había concluido con varias detenciones y la declaración del Estado de excepción[65]. Bardem ni tan siquiera se encontraba en la capital de España en ese momento y tras su detención, el otro referente del partido en el campo del cine, Ricardo Muñoz Suay, se trasladó a París, huyendo de posibles represalias, e intentó organizar allí una campaña de apoyo internacional en defensa de los detenidos[66].

La documentación que se conserva en el archivo del Colegio de España de París permite constatar los ecos que contemporáneamente tuvo la revuelta madrileña y, específicamente el encarcelamiento de Bardem, entre la comunidad de la Cité internationale universitaire de la capital francesa, y muestra la inquietud gubernamental ante una posible internacionalización del conflicto[67]. La oficialidad franquista, a través de la embajada española en París, se ocupó de requerir información al Colegio de España sobre una serie de personas. En el listado, junto con Bardem y altos dirigentes del PCE en el exilio como Santiago Carrillo, se pueden encontrar nombres de militantes comunistas relacionados con el cine y que habían sido encarcelados en Madrid, como Fernando Sánchez Dragó y Julio Diamante. Ambos eran alumnos del Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas[68], y Diamante incluso había tenido presencia en las Conversaciones de Salamanca a través de la proyección de su cortometraje El proceso (Julio Diamante, 1955). A los ya mencionados, cabría sumar el nombre de Julián Marcos, entonces ya miembro activo del movimiento estudiantil comunista y que será futuro estudiante de la Escuela Oficial de Cine.

Debido a su proyección pública, tanto en el interior como en el extranjero, la figura de Juan Antonio Bardem tuvo un peso específico para la militancia comunista española. Sin embargo, este cineasta nunca volverá a alcanzar las cuotas de prestigio internacional que consiguió con Muerte de un ciclista y Calle Mayor. En los años finales de la década de los cincuenta, Bardem se enfrentó a una doble problemática que lastrará su trayectoria posterior. Por un lado, se incrementaron sus problemas con la censura española y, por otro lado, su capital cultural como cineasta fue decayendo debido a las críticas de las que fueron objeto sus nuevos largometrajes.

Después del éxito de Calle Mayor, Bardem presentó La Venganza (Juan Antonio Bardem, 1958) en el Festival de Cannes, donde obtuvo el premio FIPRESCI. La película también consiguió ser nominada al Oscar en la categoría de mejor film en lengua extranjera. A pesar de estos logros, su recepción a nivel internacional fue dispar y como ha señalado en su libro sobre Bardem Juan Francisco Cerón

Gómez, en aquel Festival de Cannes se «comenzó a romper el consenso internacionalmente establecido sobre su obra y, a partir de entonces, las cosas fueron de mal en peor»[69].

La historia de La Venganza se centra en un grupo de segadores que ponen rumbo común hacia Castilla debido a sus necesidades económicas, a pesar de proceder familias enfrentadas. A lo largo de la película, el protagonismo del mundo de la siega, sus trabajos y sus días, queda envuelto en un melodrama de antiguos rencores a los que pone fin el amor. En ella hay una consciente trasposición de la nueva política de Reconciliación Nacional promulgada por el PCE desde el año 1956 y su narrativa se establece como metáfora de las dos Españas cruentamente enfrentadas, pero para las que existe la esperanza y la posibilidad de entendimiento y reconciliación. En el texto en el que se reflexionó sobre este trabajo de Bardem en la revista comunista Nuestras Ideas se publicó que: «hay que olvidar los episodios pasados, los rencores lejanos, para marchar todos juntos por un camino de paz y trabajo»[70].

No se debe, por lo tanto, desdeñar la ambición política de este largometraje. La posibilidad de dar expresión cinematográfica a valores procedentes del discurso doctrinal y clandestino del PCE en un largometraje que nace con más vocación comercial y que se produce desde una mayor magnitud económica que sus trabajos anteriores, que se rueda en color y que se distribuye internacionalmente por la Metro-Goldwyn-Meyer. Los reconocimientos oficiales que la película también obtuvo en España no nos pueden hacer olvidar su precedente enfrentamiento con la censura, que desfigura el proyecto original[71]. A lo que cabe añadir el sacrificio de una parte significativa de la película por exigencia del estudio estadounidense para su distribución[72].

El siguiente trabajo que dirige Bardem, Sonatas (1959), se estrenó en el prestigioso festival de cine de Venecia, en el que ya había tenido presencia anterior, pero ahora su recepción en el evento veneciano fue un fracaso, incluso en Nuestras Ideas se mencionó el hecho de que las críticas internacionales «han sido ahora generalmente adversas»[73]. Sonatas, coproducción hispano-mexicana, supone el regreso de Bardem a una película de UNINCI después de haber sido nombrado en 1957 presidente de esa empresa cinematográfica. La presidencia de Bardem, junto con la posterior incorporación en la gerencia de Domingo Dominguín, oficializada en 1960, no hizo sino afianzar la hegemonía de los militantes del PCE en UNINCI[74]. Dominguín era un empresario taurino comunista, perteneciente a una saga de toreros que tenía como miembro más

conocido a su hermano Luis Miguel, muy próximo al régimen.

Puede parecer paradójico pero el momento de mayor éxito cinematográfico que logrará UNINCI, en términos de recepción crítica internacional, será también la causa de su declive definitivo. En 1961 la película Viridiana, coproducción hispano-mexicana, dirigida por Luis Buñuel, el cineasta español de mayor proyección internacional en los ámbitos cinéfilos, conseguía ser premiada con el máximo galardón del Festival de Cannes, la Palma de Oro. Viridiana suponía el regreso de Buñuel, exiliado en México y militante del PCE en los años treinta[75], a la dirección de un largometraje rodado en España tras décadas de forzada ausencia. Sin embargo, lo que parecía un éxito que podía ser instrumentalizado por la oficialidad franquista, terminó en una polémica derivada de un editorial crítico sobre la película de L'Osservatore Romano, el periódico del Vaticano. Este escándalo provocó el cese fulminante del director general de Cinematografía y Teatro, José María Muñoz Fontán, quien había sido el encargado de recoger el galardón en Cannes.

El escándalo de Viridiana, con sus derivas legales, administrativas y económicas, se llevó por delante también a UNINCI, señalando así otro de los límites con los que se encontraron esas estrategias de infiltración de la militancia del PCE en el sector cinematográfico. Aunque la película de Buñuel había sido concebida con la vocación de ser proyectada en España dentro de los cauces tradicionales de la institución cinematográfica, no tuvo exhibición legal durante el franquismo y su estreno comercial tuvo lugar el 9 de abril de 1977, curiosamente, el mismo Sábado de Gloria en el cual también se legalizó el PCE.

En su profunda investigación sobre UNINCI, la investigadora, Alicia Salvador Marañón ha llamado la atención sobre el hecho de que no se ha encontrado investigación que pruebe la vinculación orgánica de esta productora con el PCE[76]. En un contexto de dura represión y de labor política clandestina, que pretendía tener desarrollo legal en el ámbito cinematográfico, cualquier tipo de vinculación formalizada sería muy problemática. Asimismo, se debe de señalar que esta hegemonía comunista en UNINCI tiene que entenderse, como parece lógico, dentro de las necesidades, rutinas de trabajo y obligaciones de una empresa cinematográfica. En palabras de Bardem, UNINCI fue «una compañía mercantil capitalista poblada en gran mayoría por militantes del PCE»[77].

La asfixia que vivió UNINCI por las consecuencias de Viridiana provocaron una serie de tensiones que terminaron con la salida de la empresa y del PCE de

Muñoz Suay. El historiador del cine Esteve Riambau ha documentado de forma prolija este proceso lleno de tensiones[78]. La lectura de los testimonios que reúne Riambau en su investigación apuntan hacia el adeudo de varias nóminas y a la reivindicación del pago de sus acciones para abandonar la empresa, pero también a aspectos de índole personal, ideológica y de gestión empresarial, para explicar el distanciamiento de Muñoz Suay con UNINCI. No es extraño que estos diferentes ámbitos se interrelacionasen porque la labor de Ricardo Muñoz Suay en UNINCI era también una labor de partido. Las declaraciones de Juan Antonio Bardem, Jorge Semprún y Santiago Carrillo coinciden en señalar que la situación de Ricardo Muñoz Suay llegó hasta la dirección del partido en París[79]. El propio Bardem viajó a la capital francesa para dar su relato sobre el asunto y fue la organización comunista la que se hizo cargo del pago de su petición, algo que incide en las proximidades que existían entre UNINCI y el PCE. Incluso, Semprún y Muñoz Suay han hablado de que el pago de la labor partidista de este último se hacía en acuerdo con UNINCI[80]. Lo que incidiría en su condición de «plataforma legal» relacionada con los intereses del partido.

La traumática salida de Ricardo Muñoz Suay dejó al PCE sin una figura que había sido referencial no solo para el desarrollo concreto de su táctica con respecto a la cinematografía sino para el trabajo político con los intelectuales, especialmente en la ciudad de Madrid. La intervención política en UNINCI, así como el resto de acciones llevadas a cabo por la organización de cineastas del PCE, a las que nos hemos referido a lo largo de este texto, formaron parte de esas exploraciones de lo legal, de las que se esperaba que el cine y la «penetración ente los intelectuales»[81] pudiesen servir de puente entre la organización comunista y las clases medias de la sociedad. Un contexto en el cual el ámbito de la cultura fue considerado por el partido, tal como ha señalado Felipe Nieto, «como uno de los fundamentales para la lucha contra la dictadura»[82].

LA ASPIRACIÓN MASIVA DESDE UNA REALIDAD CLANDESTINA

Los años sesenta comenzaron para el PCE en los últimos días de 1959 con la celebración en Praga del VI Congreso, en el cual Santiago Carrillo fue nombrado secretario general. Entre los aspectos que se incluyen en la «Resolución Política»

de este congreso está el llamamiento a intervenir sobre el sindicalismo vertical y la acción sobre las organizaciones profesionales para «unir a los trabajadores antifranquistas» como vías para aumentar la base social y la influencia del partido[83]. En 1960, aparece el ámbito del sector del cine, la Asociación Sindical de Directores-Realizadores Españoles de Cinematografía (ASDREC), que entraba dentro de esas tácticas de infiltración en los sindicatos verticales con el objetivo de «romperlos desde dentro», como escribió Juan Antonio Bardem recordando en sus memorias esta experiencia que el mismo encabezó[84]. La ASDREC nació «como un grupo autónomo dentro del Sindicato Nacional del Espectáculo» y «se convirtió en otro de los cauces para la intervención política en el entramado administrativo del cine español»[85].

Por otro lado, en la cinematografía española de los años sesenta se produce una institucionalización de los postulados de las Conversaciones de Salamanca con el regreso en 1962 de José María García Escudero a la dirección general de Cinematografía y Teatro. García Escudero había sido uno de los ponentes salmantinos y su periodo se caracterizó por un aperturismo reformista dentro de los marcos del franquismo. Durante esos años sesenta, los «nuevos cines» en España cobraron forma en las experiencias que se etiquetaron como «Nuevo Cine Español» y «Escuela de Barcelona»[86].

Esta década se caracterizó en el PCE por un proceso de ampliación y ensanchamiento con respecto a las iniciativas y a la militancia, pero tomando como base los cimientos posibilistas construidos en la década anterior. Además, militantes del partido y «compañeros de viaje» siguieron teniendo presencia en cineclubes, en publicaciones, como la mencionada Nuestro Cine, y en el ámbito educativo, ahora a través de la Escuela Oficial de Cine, heredera del Instituto de Investigaciones y Experimentaciones Cinematográficas.

La táctica posibilista del PCE sobrevivirá en su influencia en el sector del cine a la salida de Muñoz Suay y también a la expulsión en 1964 de Jorge Semprún, que había sido responsable orgánico del anterior. Es cierto que, especialmente durante el tardofranquismo, se producen una serie de acontecimientos y procesos que afectan al desarrollo de las iniciativas de los militantes del PCE, desde la aparición de posicionamientos que desde el antifranquismo buscan cuestionar su hegemonía, hasta la emergencia de experiencias cinematográficas que se desarrollan como prácticas fílmicas de transgresión fuera de la legalidad, en las que también participan militantes del PCE y que recogen representaciones que no tendrían cabida dentro del aparato cinematográfico del franquismo[87].

En términos de balance final, no se debe de obviar la importancia de las experiencias señaladas, tanto para la táctica política del PCE pero también para la historia cultural española, y la progresiva, aunque laboriosa y tensa, evolución desde una inicial práctica de vanguardia, en la que un reducido grupo de militantes buscó abrir vías para hacer partido, ocupar posiciones y generar influencia, a una organización de intelectuales más nutrida y en las que el PCE logra aumentar su base social, especialmente durante la década de los sesenta[88]. El cine, un medio legitimado culturalmente y que permitía una amplia recepción en términos de audiencia, fue un fértil terreno para el trabajo político de un partido al que se le impedía cualquier expresión pública y cuya actividad se planteaba desde esta paradójica tarea: la de convertirse en masivo desde su condición clandestina[89].

---

[1] Este texto se ha realizado en el marco investigador de los grupos TECMERIN de la Universidad Carlos III de Madrid y LIRCES de la Université Côte d'Azur. En su génesis, el trabajo doctoral Prácticas fílmicas de transgresión en el Estado español (tardofranquismo y transición democrática) elaborado por Xose Prieto Souto en la Universidad Carlos III de Madrid en el año 2015 sirvió para asentar una primera base investigadora, desde un objeto de estudio más amplio, que ahora, gracias al trabajo en común con Jean-Paul Aubert, ha tomado forma específica en una investigación que la amplía, la revisa y la completa con nueva documentación. Nos gustaría agradecer a los profesores Manuel Palacio y Román Gubern, el haber propiciado esta colaboración y sus orientaciones en algunas de las diferentes fases de este trayecto.

[2] Felipe Nieto, La aventura comunista de Jorge Semprún, Barcelona, Tusquets, 2014, p. 117.

[3] Sobre este proceso de agrupamiento véase Felipe Nieto, «La constitución de la organización comunista de los intelectuales, Madrid, 1953-1954», Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea 20 (2008), pp. 229-247.

[4] Durante la Segunda República se había afiliado a la Unión de Juventudes Comunistas y a la Federación Universitaria Escolar. Además, tuvo una implicación directa en la actividad de la Unión Federal de Estudiantes Hispánicos y su militancia comunista tuvo continuidad cuando se conformaron las Juventudes Socialistas Unificadas. A nivel historiográfico el texto de

referencia sobre la trayectoria política, cinematográfica y vital de Ricardo Muñoz Suay es Esteve Riambau, Ricardo Muñoz Suay. Una vida en sombras, Barcelona, Tusquets, 2007. En este libro se describen con amplitud estos procesos. El propio Muñoz Suay los recuerda en Antonio de Mingo Blasco, Archivo Historia del Trabajo. Catálogo. Colección Jóvenes en Libertad. Testimonios Orales, Madrid, Fundación 1.o de Mayo, diciembre de 2010, pp. 237-250, https://1mayo.ccoo.es/c9f6992b63eb56580adeaf19b4943315000001.pdf (consulta: 18 de agosto de 2020).

[5] Para una mayor información sobre esta cuestión, léase E. Riambau, Ricardo Muñoz Suay, pp. 99-131. El recuerdo de este tiempo de guerra, ocultación y reclusión se puede leer también en Ricardo Muñoz Suay, «Fragmentos de una clandestinidad permanente», Tiempo de historia 92-93 (1982), pp. 66-68.

[6] Sobre esta película se escribió en la revista comunista Cuadernos de la Cultura que: «denota la voluntad de sus autores de apartarse del conformismo cinematográfico y abordar un tema sencillo, cotidiano, real». Esta incardinación en el realismo se concreta hablando de que: «Se denota indudablemente en esta cinta cierta influencia del neorrealismo italiano». Ramón Solórzano, «Perspectivas de un gran cine nacional realista», Cuadernos de Cultura 17 (1954), p. 7.

[7] Documento transcrito en Alicia Salvador Marañón, De ¡Bienvenido, Mr. Marshall! a Viridiana. Historia de UNINCI: Una productora cinematográfica española bajo el franquismo, Madrid, Egeda, 2006, p. 158.

[8] Ibidem.

[9] Ibidem.

[10] Para un mayor detalle del papel de Muñoz Suay en esta película, véanse E. Riambau, Ricardo Muñoz Suay, pp. 217-221 y A. Salvador Marañón, De ¡Bienvenido, Mr. Marshall! a Viridiana, pp. 225-230.

[11] Sin firma, «Resumen de una entrevista mantenida con Ricardo Muñoz Suay que comienza con una pequeña biografía, su ingreso en la Juventud Comunista en 1934, paso por la cárcel y estudios en el Instituto de Cine», Intelectuales y movimiento estudiantil, Jacq. 36, AHPCE.

[12] «Notas firmadas por S., sobre la segunda entrevista con Muñoz Suay, en la que muestra su acuerdo con la actividad y puntos de vista de la situación política, del PCE», Intelectuales y movimiento estudiantil, jacq. 43, AHPCE.

[13] Cita de la entrevista con Esteve Riambau recogida en E. Riambau, Ricardo Muñoz Suay, p. 199.

[14] Gregorio Morán, Miseria, grandeza y agonía del PCE. 1939-1985, Madrid, Akal, 2017, p. 399.

[15] «Informe del camarada José Ortega (pintor) al Comité Central del PCE, sobre la situación moral y económica de los artistas españoles», 1953, Intelectuales y movimiento estudiantil, jacq. 51-53, AHPCE.

[16] «Relación de revistas "marginales" con el lugar de publicación y características, que constituyen núcleos de tertulias de poetas antifranquistas», Intelectuales y movimiento estudiantil, jacq. 47, AHPCE.

[17] Semprún se ha ocupado también de mencionar este hecho, asumiendo la autoría del texto. Jorge Semprún, Autobiografía de Federico Sánchez, Madrid, Diario Público, 2010, p. 219.

[18] José Enrique Monterde, «Continuismo y disidencia (1951-1962)», en Historia del cine español, Madrid, Cátedra, 2009, 6.a edición, p. 282.

[19] «Informe sin firma sobre las actividades, situación y problemática de las organizaciones de intelectuales, estudiantes y cineastas del PCE de Madrid», septiembre de 1955, Intelectuales y movimiento estudiantil, jacq. 667, AHPCE. Este archivo ha sido transcrito y publicado en Emeterio Diez Puertas, Historia del movimiento obrero en la industria española del cine. 1931-1999, Valencia, Ediciones de la Filmoteca, 2001, pp. 217-222.

[20] Citado en E. Díez Puertas, Historia del movimiento obrero, p. 220.

[21] Ibidem.

[22] Ibidem, p. 221.

[23] Ibidem.

[24] Ibidem.

[25] Partido Comunista de España, «Un Frente Nacional Antifranquista para derrocar al franquismo; Un gobierno provisional revolucionario», Mundo Obrero, 1 (1954), p. 3.

[26] Véase el editorial «Los intelectuales en la lucha por la democracia», Cuadernos de Cultura 18 (1955), pp. 4-6.

[27] Jesús Izcaray, «Nuestro programa y las artes», Cuadernos de Cultura, 18 (1955), p. 23.

[28] Sobre los intereses y reflexiones que, con respecto a la cinematografía, se expresan desde el tardofranquismo hasta la legalización del partido en dos de las publicaciones dependientes del PCE, Mundo Obrero y Nuestra Bandera, léase Xose Prieto Souto, «Reflexiones sobre los medios audiovisuales en las publicaciones clandestinas del PCE y de las comisiones de trabajadores y trabajadoras del cine y la televisión», Studies in Spanish and Latin American Cinemas 10.2 (2013), pp. 181-195.

[29] Bardem se ha referido a este suceso en varias ocasiones, por ejemplo, en Antonio Castro, El cine español en el banquillo, Valencia, Fernando Torres, 1974, p. 59.

[30] Sin firma, «Resumen de una entrevista», Intelectuales y movimiento estudiantil, jacq. 36, AHPCE.

[31] Como sucede en el citado informe de José Ortega. «Informe del camarada José Ortega», Intelectuales y movimiento estudiantil, jacq. 51-53, AHPCE.

[32] Federico Sánchez, «Intervenciones de intelectuales en el V Congreso del Partido Comunista de España», Cuadernos de Cultura 18 (1955), p. 9.

[33] De modo contemporáneo este interés queda explícito con respecto al cine en la revista Cuadernos de Cultura, léase R. Solórzano, «Perspectivas», pp. 7-10.

[34] En su concepción sobre el cine español el crítico Florentino Hernández Girbal construirá una propuesta teórica en defensa de la necesidad de que se reencuentre con su propia tradición artística y desarrolle su potencialidad desde lo que le es propio. Como se puede leer en un informe conservado en el AHPCE.

Sin firma, «Informe de Girbal sobre el cine de la postguerra: aspectos técnicos y organización», Intelectuales y movimiento estudiantil, jacq. 39, AHPCE.

[35] F. Sánchez, «Intervenciones de intelectuales», p. 9.

[36] Ibidem.

[37] Ibidem.

[38] Manuel Palacio, «Marcos interpretativos, Transición democrática y cine. Un prólogo y tres consideraciones», en Manuel Palacio (ed.), El cine y la transición política en España, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 19-20.

[39] Manuel Palacio, «Cineclubs y cinefilia: Afinidades electivas», en Jorge Nieto Ferrando y José Miguel Company Ramón (coords.), Por un cine de lo real. Cincuenta años después de las «Conversaciones de Salamanca», Valencia, Ediciones de la Filmoteca, 2006, p. 116.

[40] F. Sánchez, «Intervenciones de intelectuales», p.11.

[41] Ibidem, p. 9.

[42] Email de Román Gubern recibido el 9 de julio de 2014.

[43] Por ejemplo, Jordi Gracia, Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962), Tolouse, Presses Universitaires du Mirail, 1996, p. 54.

[44] «Informe de Federico Sánchez a la dirección del PCE, sobre la situación en España. Incluye también la opinión de Javier Pradera sobre la política internacional del momento», noviembre de 1955, Intelectuales y movimiento estudiantil, jacq. 679, AHPCE.

[45] «Carta de Javier Pradera, escrita en clave, sobre la situación en el interior de la Falange», octubre de 1955, Intelectuales y movimiento estudiantil, jacq. 672, AHPCE.

[46] Juan Francisco Cerón Gómez, «Militancia y posibilismo», en José Luis Castro de Paz y Julio Pérez Perucha (coords.), El cine a codazos: Juan Antonio Bardem, Ourense, Festival Internacional de Cine Independiente de Ourense,

2004, p. 34.

[47] La actriz protagonista de esta película, Betsy Blair, fue también galardonada con una mención especial en la Mostra veneciana.

[48] José Ernesto, «“Calle Mayor y Calabuch”. Bardem y Berlanga», Nuestras Ideas 1 (1957), p. 107.

[49] En relación a su proyección en Venecia, esta película de Berlanga había obtenido el premio de la Organización Católica Internacional de Cine.

[50] J. Ernesto, «Calle Mayor y Calabuch», p 108.

[51] Ibidem, p 107.

[52] Ibidem.

[53] Ibidem, p 108.

[54] Ibidem.

[55] Por utilizar la expresión que se utiliza en José Luis Castro de Paz, «Introducción», en J. L. Castro de Paz y J. Pérez Perucha (coords.), El cine a codazos: Juan Antonio Bardem, p. 15.

[56] Como se ha apuntado en José Enrique Monterde, «Bardem ante la industria», en J. L. Castro de Paz y J. Pérez Perucha (coords.), El cine a codazos: Juan Antonio Bardem, p. 51.

[57] Objetivo, «Editorial de Objetivo», en Jorge Nieto Ferrando y José Miguel Company Ramón (coords.), Por un cine de lo real. Cincuenta años después de las «Conversaciones de Salamanca», Valencia, Ediciones de la Filmoteca, 2006, p. 348.

[58] Ibidem.

[59] Ibidem, p. 352.

[60] José Ángel Ezcurra, «Crónica de un empeño dificultoso», en Alicia Alted y Paul Aubert (eds.), Triunfo en su época. Jornadas organizadas en la Casa de

Velázquez los días 26 y 27 de octubre de 1992, Madrid, École des Hautes Études Hispaniques, Casa de Velázquez, Ediciones Pléyades, 1995, p. 374.

[61] Ibidem.

[62] En un informe del AHPCE se puede leer que Cinema Universitario «empieza a regir con la intervención suficiente de nuestros más directos amigos con lo que ha mejorado su orientación». En «Conjunto de informes dirigidos a la dirección del PCE, de los intelectuales, sobre la situación del país con la opinión que les merece los grupúsculos políticos que van creándose. Preparación de un homenaje a Miguel Hernández y, informe completo del grupo "Resistencia Española". Entrevistas con diferentes personajes políticos del momento», 1960, Intelectuales y movimiento estudiantil, jacq. 227-230, AHPCE.

[63] El profesor Emeterio Díez Puertas ha explicado la articulación de esta revista como continuadora de la labor hecha por Objetivo. Díez Puertas destaca que en Nuestro Cine «se repite la separación entre los editores (la plataforma legal) y el consejo de redacción (la dirección del partido). Ahora son José Monleón y, de nuevo, José Ángel Ezcurra quienes ponen el dinero y quienes actúan de "compañeros de viaje" de los comunistas, mientras el equipo de la revista está compuesto por varios militantes del PCE o del PSUC». E. Díez Puertas, Historia del movimiento obrero, p. 103.

[64] Ibidem, p. 222.

[65] Sobre estos sucesos véase Roberto Mesa, Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, Editorial Complutense, 2006.

[66] Román Gubern, Benito Perojo. Pionerismo y supervivencia, Madrid, Filmoteca Española, 1994, p. 467.

[67] «Informe de la Embajada sobre la repercusión de los sucesos universitarios de Madrid, 1956 por D. Antonio Poch», Sign. 1/2, Archivo del Colegio de España en París.

[68] Asier Aranzubia Cob, Carlos Serrano de Osma. Historia de una obsesión, Leioa, Universidad del País Vasco, 2004, p. 256, https://bit.ly/33WeJ71 (consulta: 5 de diciembre de 2020).

[69] Juan Francisco Cerón Gómez, El cine de Juan Antonio Bardem, Murcia, Universidad de Murcia, 1998, p. 156.

[70] José Ernesto, «“La Venganza” y “Sonatas”», Nuestras Ideas 7 (1959), p. 107.

[71] Juan Francisco Cerón Gómez, «El cine de Juan Antonio Bardem y la censura franquista (1951-1963): las contradicciones de la represión cinematográfica», Imafronte 14 (1999), pp. 28-29.

[72] Ibidem, p. 27.

[73] J. Ernesto, «“La Venganza” y “Sonatas”», p. 106.

[74] Sobre la nueva dirección de UNINCI léase A. Salvador Marañón, De ¡Bienvenido, Mr. Marshall! a Viridiana, pp. 354-360.

[75] Véase al respecto Román Gubern y Paul Hammond, Los años rojos de Luis Buñuel, Madrid, Cátedra, 2009.

[76] A. Salvador Marañón, De ¡Bienvenido, Mr. Marshall! a Viridiana, p. 659.

[77] Juan Antonio Bardem, Y todavía sigue. Memorias de un hombre de cine, Barcelona, Ediciones B, 2002, p. 254.

[78] Esteve Riambau, Ricardo Muñoz Suay, pp. 365-396.

[79] Para las declaraciones de Bardem véase, por ejemplo, J. A. Bardem, Y todavía sigue, pp. 307-308. Los testimonios de Carrillo y Semprún los obtiene Riambau para su investigación sobre Muñoz Suay en E. Riambau, Ricardo Muñoz Suay, pp. 379-381. En relación a este proceso de salida de Muñoz Suay del PCE Bardem atribuye en sus memorias a Santiago Carrillo la siguiente frase que afirma haber dicho solo delante de él: «En otra época este traidor hubiera aparecido en una cuneta» (en J. A. Bardem, Y todavía sigue, p. 308). Preguntado por ella, Semprún dirá: «La frase es monstruosa y Carrillo la dijo delante de mí»; y Carrillo, si bien señala que no cree que la haya dicho afirma que «hasta el año 45 o 48, en España, un cuadro del Partido amenaza con chantajear y llevar a la policía, en ese momento había guerrilleros… Bardem nos presenta a Ricardo como un traidor que nos ha amenazado con llevarnos a la policía. Porque era Muñoz Suay pero, en otro caso, alguien que amenaza así… es una amenaza que

un partido clandestino no acepta», citado en E. Riambau, Ricardo Muñoz Suay, pp. 380-381. El secretario general le envió desde París un mensaje a Ricardo Muñoz, del que no obtendrá respuesta, pidiéndole que fuese a la capital francesa para hablar sobre su situación.

[80] Muñoz Suay se refiere a este aspecto en Carlos Cañeque y Maite Grau, ¡Bienvenido Mr. Berlanga!, Bubok Publising, 2009, p. 315. La referencia de Semprún se puede encontrar en E. Riambau, Ricardo Muñoz Suay, pp. 375-376.

[81] F. Sánchez, «Intervenciones de intelectuales», p. 11.

[82] F. Nieto, La aventura comunista, p. 139.

[83] Partido Comunista de España, «Resolución política del VI Congreso», Mundo Obrero, 15 de febrero de 1960 (número extraordinario), p. 3.

[84] J. A. Bardem, Y todavía sigue, p. 149.

[85] J. F. Cerón Gómez, «Militancia y posibilismo», p. 26.

[86] Para una mayor información sobre los aspectos tan solo enunciados en este párrafo nos remitimos a un trabajo previo en el cual se trataban con una mayor extensión: Jean-Paul Aubert, Seremos Mallarmé. La Escuela de Barcelona: una apuesta modernista, Santander, Shangrila, 2016.

[87] Estas cuestiones han sido ampliamente analizadas en Xose Prieto Souto, Prácticas fílmicas de transgresión en el Estado español (tardofranquismo y transición democrática), Madrid, Universidad Carlos III de Madrid, 2015, https://bit.ly/375Eeos (consulta: 10 de diciembre de 2020).

[88] El historiador Francisco Erice ha matizado la retórica triunfalista que el PCE hizo en el VI Congreso con respecto a su afiliación durante los años anteriores: «Puede admitirse que entre 1954 y 1960 el partido progresó cuantitativamente y perfeccionó su organización, pero no de forma continua y generalizada». Francisco Erice, Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista (1956-1963), Trea, Gijón, 2017, p. 100.

[89] Carme Molinero y Pere Ysàs señalan que «el modelo italiano de partido de masas estuvo siempre presente en las directrices de la política comunista» desde

la segunda mitad de la década de los sesenta y, sobre todo, durante los años setenta; en Carme Molinero y Pere Ysàs, «La izquierda en los años setenta», Historia y Política 20 (2008), p. 24.

XXI

RADIO PIRENAICA: «ÚNICA EMISORA ESPAÑOLA SIN CENSURA DE FRANCO»

Luis Zaragoza Fernández

INTRODUCCIÓN

Es posible que en el recuerdo colectivo del país Radio España Independiente haya quedado y así siga, como un grito antifranquista, exagerado tal vez, triunfalista casi siempre, panfletario sin duda, pero que durante muchos años fue para los vencidos una voz de esperanza, una voz que decía que todo no se había perdido y que, con lucha y sacrificio, podía encontrarse una salida. Fue, en definitiva, un grito de resistencia[1].

Estas palabras de Marcel Plans –que fuera uno de sus redactores– resumen la importancia y el significado de una emisora que fue –y sigue siendo– un caso único tanto en el terreno de la comunicación, como en el político.

Radio España Independiente comenzó a emitir en 1941 y dejó de hacerlo en 1977. Más de cuarenta años después de su cierre, sigue siendo la decana de las emisoras clandestinas. Ninguna otra en el mundo le ha arrebatado el récord de treinta y seis años de emisiones regulares (salvo circunstancias excepcionales que obligaron a interrumpirlas siempre por poco tiempo). Treinta y seis años que dieron para mucho esfuerzo, no pocas esperanzas, algunos episodios oscuros y unas cuantas enormes proezas. En ese récord influyó, por supuesto, la propia duración del franquismo, pero sin duda también intervinieron otros factores, tales como la voluntad del PCE de mantener la emisora –que se puso de

manifiesto en algunos momentos críticos, como en la coyuntura de 1955– y un apoyo internacional –especialmente de la Unión Soviética y de Rumania, pero también de los partidos comunistas de Francia, Italia o Checoslovaquia– derivado del carácter simbólico que había adquirido la causa de la libertad en España desde la Guerra Civil.

En el terreno político, Radio España Independiente fue la voz más destacada –la única, al menos de sus características– de la resistencia al franquismo, el medio de información y de propaganda más importante no solo del PCE, sino de la oposición a la dictadura. Los demás grupos de esa oposición no quisieron, no pudieron o no supieron crear emisoras similares desde las cuales explicar su visión de la realidad y lanzar sus consignas[2]. Y esa circunstancia dio al Partido Comunista un enorme poder de penetración –al menos de forma potencial– en la sociedad española. Hay que recordar que las publicaciones clandestinas de las organizaciones antifranquistas –incluido el PCE– tenían una influencia siempre limitada, pues normalmente solo llegaban a los militantes previamente comprometidos, y en la mayoría de los casos eran muy irregulares en su tirada y en su periodicidad. Sin embargo, Radio España Independiente podía llegar cada noche de forma directa e inmediata –salvando las interferencias provocadas por el Gobierno franquista– no solo a los militantes comunistas, sino a todo el que tuviera un aparato de radio con onda corta. Puede afirmarse que, gracias a La Pirenaica (como se la acabó conociendo popularmente), la voz del PCE no dejó de estar presente en nuestro país ni siquiera en los momentos más duros, cuando la estructura en el interior se hallaba más resquebrajada. Por eso, en especial durante una época, fue esencial como instrumento de encuadramiento de nuevos militantes y de organización del partido en el interior. Si a ello unimos el hecho de que el PCE fue el partido más activo –el único en muchos momentos– del antifranquismo, y que sus postulados definieron a los demás grupos de oposición por aproximación o por negación, podremos comprender la importancia que llegó a tener esta emisora, aunque solo fuera como punto de referencia para adherirse o para oponerse a cuanto transmitía.

La historia de Radio España Independiente no puede siquiera esbozarse sin tener en cuenta todas estas coordenadas: la evolución del Partido Comunista de España (que la dirigió), de la dictadura franquista (contra la que luchaba), de la sociedad española (a la que pretendía llegar con sus mensajes), del movimiento comunista internacional (que le prestaba su apoyo) y de la propia radio como medio de comunicación. A resumir esa historia nos dedicaremos en las páginas siguientes.

NACIMIENTO EN PARTO MÚLTIPLE

La Pirenaica nunca estuvo en los Pirineos. Nació en Moscú el 22 de julio de 1941, justo un mes después de que los nazis invadieran la Unión Soviética. Y no fue la única. Su creación formó parte de una estrategia que comenzó a diseñarse en una reunión de la Internacional Comunista celebrada el 23 de junio. Su secretario general, el búlgaro Georgi Dimitrov, propuso crear emisoras dirigidas a países ocupados por los nazis o sometidos a Gobiernos colaboracionistas, en los que los comunistas eran clandestinos. Serían emisiones impulsadas y coordinadas por la Komintern, que elaborarían dirigentes comunistas exiliados en Moscú, pero se presentarían como portavoces de todos los que quisieran luchar por la libertad y la independencia de cada país.

La Unión Soviética dio luz verde a esta propuesta el 6 de julio. Se trabajó contra reloj para preparar la infraestructura necesaria (salas de redacción, estudios, transmisores…). Al mismo tiempo que Radio España Independiente se pusieron en el aire Deutsche Volkssender (hacia Alemania), Radio Milano-Libertà (Italia), Radio Romania Libera (Rumania), Radio Finlandia Libre, Radio Hristo Botev (Bulgaria), Radio Tadeusz Kosciuszko (Polonia), Radio Lajos Kossuth (Hungría) o Radio Yugoslavia Libre. Estos nombres reflejaban la intención de enmascarar la procedencia comunista de los programas, dándoles un carácter más patriótico: Botev, Kosciuszko y Kossuth tenían en común el ser considerados héroes nacionales de sus países, al haber luchado por su independencia. Por la misma razón, los dirigentes comunistas que se hallaban en Moscú escribían comentarios para las emisoras clandestinas, pero bajo seudónimo, y nunca se ponían ante el micrófono. Para coordinar las emisiones se nombró al italiano Palmiro Togliatti, pero en los momentos cruciales era el propio Dimitrov quien, tras reunirse con los máximos responsables de información soviéticos, transmitía a los jefes de las diferentes redacciones los cambios que se iban produciendo en el desarrollo de la guerra y cómo deberían plasmarse en las líneas editoriales[3].

Su primera directora fue Dolores Ibárruri, «Pasionaria», y al parecer a ella se le ocurrió añadir al nombre de «Radio España Independiente» el subtítulo «Estación Pirenaica», «pensando en España y en la salida por los Pirineos de tantos españoles»[4]. Con independencia de quién lo inspirase y en qué

circunstancias, aquel subtítulo fue un acierto, sin duda, porque podía dar a los oyentes la falsa impresión de que transmitía a las mismas puertas de España. De hecho, durante unos años la emisora y otros medios del PCE sostuvieron explícitamente la ficción de que sus equipos se movían por la cordillera, «entre sus montañas inaccesibles», para evitar la persecución policial[5]. Luego, esas referencias desaparecieron aunque, dicho sea de paso, el gobierno franquista no localizó el emplazamiento de la Pirenaica hasta la década de los setenta, cuando ya se hallaba en Bucarest, y ello gracias a la ayuda de Estados Unidos. Hasta entonces la situaba en Toulouse o en Praga, y así lo aireaba la prensa oficial cada vez que hablaba de la emisora[6].

Tal vez, la evocación de los Pirineos podía dar también a los redactores la ilusión de una mayor cercanía con el país. Unos redactores que tenían que vivir una doble condición: la de clandestinos en el exilio. Ni en los países donde se instaló la emisora podían hablar de su labor, dado el secreto de la operación. Así que debían guardar las precauciones propias de la clandestinidad, sin tener siquiera la compensación de trabajar sobre el terreno, en España. Y, precisamente debido a esa clandestinidad, no podían integrarse plenamente en los países de acogida, como hizo la mayoría de los exiliados. Es más, su círculo de contactos era tan restringido, que los compañeros de trabajo solían serlo también de vecindario y de ocio. Solo cuando a comienzos de los años sesenta llegaron a La Pirenaica nuevos redactores, que acababan de salir de España y que tenían una mentalidad distinta, comenzó a relajarse –siempre con límites– la vida casi claustrofóbica que se había llevado hasta entonces.

Las primeras emisiones fueron de orientación y de propaganda mucho más que de información. Las fuentes eran escasas porque las comunicaciones eran difíciles debido a la guerra y a la clandestinidad. El objetivo esencial era transmitir mensajes del Comité Central (o de los miembros que se hallaban en la URSS), análisis sobre el desarrollo de los acontecimientos, consejos básicos sobre cómo organizar la resistencia activa o pasiva, mensajes cifrados para los grupos clandestinos ficticios o reales del interior, textos cortos para ser impresos o pintados en las paredes, explicaciones genéricas sobre el sentido de la guerra, comentarios a los discursos de los jerarcas franquistas… y, solo cuando se podían obtener, noticias. Por si fuera poco, los constantes bombardeos nazis sobre Moscú daban lugar a frecuentes cortes eléctricos que obligaban a trabajar a la luz de candiles de aceite en los sótanos donde se hallaban los estudios[7]. En octubre de 1941, la proximidad del frente hizo que todo aquel aparato de propaganda fuera evacuado a Ufá, capital de la república autónoma de Bashkiria,

al pie de los Urales, donde en invierno los termómetros podían descender a los cuarenta grados bajo cero. Lejos, cada vez más lejos de los oyentes. Allí estuvieron hasta que en abril de 1943 pudieron regresar a Moscú. Permanecieron en el aire incluso tras la disolución oficial de la Komintern. En junio, en una reunión de los máximos dirigentes de la Unión Soviética encabezada por el propio Stalin, se aprobó la creación de un Departamento de Información Internacional (OMI, en sus siglas rusas), dentro del Comité Central del PCUS, que se encargaría, entre otras cosas, de dirigir las emisiones radiofónicas nacionales clandestinas, que a partir de entonces estarían bajo la cobertura del denominado Instituto Científico 205, dedicado oficialmente a la investigación radiofónica y rebautizado después como Instituto 100[8]. A lo largo de 1944, la mayoría de emisoras fueron desapareciendo. Cuando terminó la guerra mundial, de las creadas en 1941 solo sobrevivía Radio España Independiente.

TIEMPOS DIFÍCILES

La primera década fue la más complicada, por múltiples razones. Aún sangraban demasiado las heridas de la Guerra Civil y la posguerra iba a añadir otras nuevas. España era un país arrasado, con penurias económicas incluso para buena parte de quienes se consideraban vencedores, y en el que el franquismo ejercía contra los vencidos una represión sistemática y multiforme cuya principal víctima era el PCE. Un país notablemente aislado del exterior, por la voluntad autárquica del régimen, por la dificultad de las comunicaciones durante la guerra mundial, y después por el rechazo de las democracias occidentales (que se empezaría a atenuar bien pronto). Un país en el que el Partido Comunista –ya lo hemos dicho– era el que trataba con más ahínco de reconstruirse y reimplantarse, pero sus dirigentes principales no estaban en el interior, sino divididos en diferentes núcleos del exilio, sobre todo en Francia, Hispanoamérica y la URSS. Un partido que además vivió en esos años luchas internas de poder y purgas ideológicas y personales, mientras sus continuos virajes tácticos y estratégicos y el contexto internacional lo aislaban de las demás fuerzas de oposición al franquismo. Un contexto internacional marcado por la guerra mundial y los intensos primeros años de la Guerra Fría, con los recelos y paranoias que provocó a ambos lados del telón de acero.

No era el clima más apto para unas emisiones sosegadas y explicativas. Eran tiempos de un estilo maniqueo, de buenos y malos sin sombras –los que la dirección del Partido «aconsejada» por Moscú consideraba que lo eran en cada momento–, un estilo panfletario con un lenguaje intransigente en el que apenas cabía algo que no fueran proclamas, llamamientos a la movilización y comentarios o informes políticos similares a este de 1951:

La experiencia enseña que el enemigo pone especial empeño en penetrar en el interior del Partido Comunista, porque ve en él la vanguardia aguerrida e incorruptible de las masas oprimidas, y quiere destruirlo […]. No se dan cuenta que la sana sensibilidad popular llega a perdonar en ocasiones los errores o las debilidades, pero no perdona jamás a los renegados ni a los traidores[9].

Dentro del ambiente de sospecha generalizada, de llamadas constantes a la vigilancia revolucionaria frente a las desviaciones ideológicas y a la infiltración del enemigo en las filas del Partido, hay que situar uno de los episodios más oscuros de la historia de La Pirenaica: su contribución a la campaña contra el antiguo secretario general del PSUC, Joan Comorera, no solo prodigándole los insultos propios de la época («perro titista», «miserable delator a sueldo de la policía», «espía del imperialismo», «enemigo de la clase obrera»…), sino incluso divulgando su entrada clandestina en Barcelona, lo que equivalía a ponérselo en bandeja a la policía franquista.

A reforzar ese estilo y ese lenguaje contribuía además que el criterio para seleccionar a los redactores fuera exclusivamente político: eran personas de confianza entre los exiliados en la Unión Soviética. Ello no evitó que Enrique Castro Delgado y Julio Mateu (los directores que sucedieron a «Pasionaria») y parte de la redacción se vieran afectados por las luchas y purgas a las que antes nos referíamos. Castro fue separado del Comité Central del PCE y de la dirección de Radio España Independiente en mayo de 1944, acusado de participar en la conspiración que pretendía promover la candidatura de Jesús Hernández a la Secretaría General del Partido. Castro era soberbio y ambicioso, pero tenía cierta experiencia periodística y, sobre todo, prestigio político y militar adquirido durante la Guerra Civil. Su sustituto, en cambio, no podía aportar al puesto de director otro bagaje que su fidelidad incondicional a la

Unión Soviética y al PCE y su condición de «poeta frustrado por el exilio», como lo definió Eusebio Cimorra, el gran locutor de las emisiones en español de Radio Moscú. Jacinto Barrio, que en esa época trabajaba también en Radio Moscú, contaría muchos años después que por entonces su único conocimiento sobre la existencia de La Pirenaica eran las «frecuentes chanzas matinales en la redacción, sobre las tonterías que soltaba Mateu por una emisora»[10]. Mateu y parte de la redacción se vieron envueltos en 1947 en el llamado «Complot del Lux», que se presentó como una secuela de la anterior conspiración de Jesús Hernández. A Mateu lo reemplazó como director, precisamente, Jacinto Barrio. A comienzos de los años cincuenta, Irene Falcón fue «excluida» de la redacción debido a la relación sentimental que había mantenido durante un tiempo con Bedrich Geminder, uno de los dirigentes checoslovacos purgados en 1951 en el macroproceso-espectáculo de Praga.

También contribuía a reforzar ese estilo y ese lenguaje el hecho de que las noticias llegaban a Moscú con cuentagotas, presumiblemente deformadas en muchos casos, y en buena parte eran imaginadas más que sabidas, por lo que no solo había que exprimirlas al máximo, sino especular con ellas (si se decía que había habido una protesta en Valencia contra la subida de los precios, por ejemplo, ¿por qué no iba a haber ocurrido lo mismo en la siempre combativa Oviedo?). De esta época le viene a «Radio Pirenaica» la fama de exagerada, de tendenciosa, de demagógica que nunca logró desterrar por completo, aunque en honor a la emisora hay que decir que un debate similar sobre su objetividad no se planteó nunca respecto de los medios controlados por el franquismo.

Por si fuera poco, el sueño de la inminente caída de la dictadura tras la victoria aliada en la guerra mundial era más fuerte que nunca, y desde la radio se creía que había que hacer todo lo posible para acelerarla. En esa caída serían decisivos –se pensaba entonces– los grupos de guerrilleros que siguieron luchando después de 1939 y a los que el PCE contribuyó en buena medida a estructurar y mantener, hasta que a finales de los años cuarenta se impuso su desmovilización. «El movimiento guerrillero no solo no desfallece, sino que se desarrolla y consolida a pesar de los repetidos y concentrados esfuerzos del gobierno franquista para destruirlo –se decía en Radio España Independiente aún en 1949–. Llegará el día de pasar a la ofensiva en toda la línea. Y entonces no serán solo un puñado de héroes, sino masas de miles y cientos de miles los que participarán en la lucha abierta para asestar los golpes decisivos a la odiosa tiranía franquista»[11].

Prototípica de aquella forma de hacer radio fue la campaña «Recordad estos nombres», que se emitió a mediados de los años cuarenta. Gracias a las escasas informaciones que conseguían salir de España, la emisora pudo confeccionar listas con nombres de dirigentes falangistas, confidentes, torturadores… Esas listas, junto con la enumeración de los distintos «crímenes» cometidos, se transmitían periódicamente. Tras ella, un golpe de gong introducía la sentencia final, a modo de tribunal popular:

Recordad estos nombres. Ni olvido de los crímenes, ni perdón para los criminales. El pueblo hará justicia[12].

Por último, hay que tener en cuenta que, al principio de las emisiones, existía la incertidumbre sobre si la señal de «Radio Pirenaica» llegaba o no a España. Y era muy difícil comprobarlo. Según las memorias de Dolores Ibárruri, ya a mediados de los años cuarenta llegaron periódicos manuscritos por los guerrilleros de diversas regiones españolas, en los que se reproducían textualmente noticias y comentarios transmitidos por la emisora[13].

RAMÓN MENDEZONA, DIRECTOR

A principios de los años cincuenta, las cosas comenzaron a cambiar. Un primer factor, y crucial, fue que poco a poco se avanzó en lo que podríamos llamar profesionalización de la emisora. Sus redactores y locutores siguieron siendo militantes de confianza del PCE (las condiciones de trabajo no permitían vacilaciones al respecto), pero, dentro de ellas, el Partido pudo ir eligiendo a personas cada vez más adecuadas para el desempeño de un trabajo radiofónico. La dirección de Jacinto Barrio ya supuso un paso adelante en este aspecto (había trabajado en Radio Moscú entre abril de 1945 y febrero de 1947 antes de incorporarse a La Pirenaica). Pero el cambio fundamental se produjo con la llegada de Ramón Mendezona, que dirigiría la emisora desde comienzos de 1951 hasta su cierre en 1977.

«Pedro Aldámiz» (el pseudónimo con el que siempre firmó sus trabajos) daba el perfil adecuado en las tres vertientes en las que debía desarrollar su labor el responsable de una emisora como Radio España Independiente: la profesional, la directiva y la política. En esta última, siempre fue fiel a la estrategia del PCE, dispuesto a estar con el Partido «en sus aciertos y en sus posibles errores», como afirmó durante el pleno del Comité Ejecutivo celebrado del 27 de marzo al 4 de abril de 1964 en el que se discutieron las tesis de Fernando Claudín y «Federico Sánchez». Según todos los que le conocieron, era una persona que no iba a plantear excesivos problemas ideológicos, con independencia de sus opiniones. Según Luis Galán, compañero en La Pirenaica durante veinte años, el mayor defecto de Mendezona «era el triunfalismo y, sobre todo, la versatilidad de criterio, la acomodabilidad, incluso cuando llegó a ser miembro del comité central y del ejecutivo»[14]. En efecto, Mendezona compartió el voluntarismo que tanto se reprochó a los análisis del partido sobre la realidad española, que siempre presentaban a un franquismo en descomposición y a un antifranquismo cada vez más fuerte y unido.

Pero las decisivas para los cambios que vendrían fueron las cualidades que desplegó como redactor, locutor y director. Acumulaba una amplia experiencia radiofónica previa (doce años en Radio Moscú, y antes aún labores vinculadas a la propaganda durante la Guerra Civil). Tenía además una voz extraordinariamente radiogénica, y quienes trabajaron con él le reconocieron una energía inagotable y una eficiencia en la organización que –por citar de nuevo a Luis Galán– le llevaba a ser un auténtico hombre orquesta: «escribía editoriales y revistas de prensa, intervenía en las teatralizaciones, leía comentarios de otros, elegía músicas y ruidos, obtenía grabaciones, pedía piezas de recambio para los aparatos, señalaba a la dirección del PCE los problemas y las necesidades de la emisora»[15]. Abundando en este aspecto,. Jordi Solé Tura, que formó parte de la redacción durante algunos meses, escribió en sus memorias que Mendezona «apenas tenía algún día de descanso y entendía aquella tarea no solo como una manera de vivir y de hacer política, sino también como una manera de ser y de estar en el mundo»[16].

Por otra parte, exhibió un talante dialogante que imprimió a la redacción un funcionamiento democrático. Sin duda había que tener mucha manga ancha y mucha mano izquierda para saber manejar, procurando que no surgieran tensiones y aliviando las que se creaban, una redacción que acabó estando compuesta por personas de distintas generaciones, con experiencias vitales muy diferentes y con visiones a veces discordantes sobre la realidad española y sobre

el partido. «Mendezona era de los que habían participado en la guerra, pero tenía una perspectiva personal y política con un horizonte mucho más amplio, y eso facilitaba nuestra inclusión en ese medio, nos atraía hacia ese mundo», recuerda Manuel Vallejo, uno de los últimos en incorporarse a la redacción[17].

Sin embargo, lo que a la postre resultó determinante en la evolución de la emisora fue que Mendezona se propuso lograr la mayor cercanía posible a España pese a la distancia. Quería saber qué se decía, qué se pensaba, qué se leía, qué se escuchaba…, y que eso se reflejara en el sonido de la emisora. Le preocupaba que el lenguaje en el exilio se hubiera anquilosado y su sueño era que los oyentes de «Radio Pirenaica» no notaran diferencias –formales, se entiende– con las emisoras del interior.

A Mendezona lo acompañó un equipo de personas, que nunca pasaron de doce y que, según Marcel Plans, tenían que hacerlo prácticamente todo: redactar programas, traducir las noticias de las agencias extranjeras, montar y leer los programas, seleccionar la música adecuada, dirigir la grabación, mantener al día y en orden el archivo, clasificar y contestar las cartas que se recibían… Y junto a todo eso procurar vivir de la forma más discreta posible, pasar desapercibidos, evitar neurosis y claustrofobias[18]. Entre esos redactores hubo algunos que llegaron a ser tremendamente populares entre los oyentes. La más destacada fue, sin duda, «Pilar Aragón», pseudónimo de Josefina López, seguramente la locutora más apreciada por los oyentes después del propio Mendezona, gracias sobre todo a que fue la responsable de «El correo de La Pirenaica», uno de los espacios más escuchados.

A BUCAREST

En enero de 1955, justo antes de que empezaran a consolidarse y a percibirse las grandes transformaciones que darían lugar a los años dorados de la radio, La Pirenaica abandonó Moscú y se trasladó a Bucarest. Los soviéticos decidieron el cambio. De hecho, su propósito inicial fue que dejara de emitir. A mediados de los años cincuenta, en los inicios de la distensión posestalinista, la URSS realizó algunos gestos simbólicos hacia la España de Franco: el principal, no vetar su entrada en la ONU, pero también permitir la vuelta de algunos «niños de la

guerra» o liberar a los presos españoles en el gulag. Ante la petición del PCE, decidieron mantener la emisora en el aire, prometieron seguir prestando ayuda técnica (sobre todo la de proporcionar e instalar los transmisores que se iban necesitando), pero la enviaron fuera de su territorio. Una precaución extraña, por cuanto oficialmente no se sabía que emitía desde allí y España y la URSS no mantendrían relaciones diplomáticas hasta 1977. Pero, la geoestrategia…

¿Por qué a Bucarest? Las razones –nunca explicadas por escrito– debieron de apoyarse en dos clases de motivos: los estructurales, derivados de las características del país (que probablemente tuvieron una importancia secundaria) y coyunturales, relacionados con la situación del bloque socialista (que es de suponer que fueron las fundamentales).

Rumanía era un país singular dentro de la Europa del este. Había conservado su idioma y su alfabeto procedentes del latín. Así que, para la adaptación de los españoles, siempre sería más fácil aprender esa lengua que el checo, por ejemplo. El clima era, según los redactores, relativamente parecido al de España, sobre todo en la primavera y el otoño. Y antes de la Segunda Guerra Mundial se encontraba seguramente entre los países más occidentalizados de la región, y su capital era una de las más cosmopolitas.

Ahora bien, como decíamos, mucho más importante fue la situación de Rumanía entre los países de obediencia soviética, por varias razones. Allí había una colonia de exiliados españoles lo suficientemente pequeña como para que nadie hiciera preguntas inapropiadas sobre el trabajo de aquel grupo que llegaba. Además, allí se editó hasta 1956 la revista de la Kominform (el organismo coordinador que en 1947 sustituyó a la extinta Komintern y del que el PCE no formaba parte). Una publicación que, llegado el caso, podría haber servido de tapadera a los redactores de Radio España Independiente y que, como curiosidad, tenía uno de los títulos más largos y menos periodísticos de la historia: Por una paz duradera, por una democracia popular. Su situación social era relativamente estable en comparación con otros países del bloque. Pero, sobre todo, los comunistas rumanos en el poder se lo debían todo a los soviéticos, seguramente más que el resto de la Europa del Este (fueron siempre el partido comunista más pequeño y débil), de modo que podrían hacer el esfuerzo de solidaridad internacionalista que les pedían desde Moscú. Y lo hicieron, hasta el final, con generosidad, porque aquel pequeño país no estaba entre los más desarrollados del bloque socialista y los equipos de «Radio Pirenaica» (llegaron a ser cuatro transmisores de veinticinco, treinta, cincuenta y

cien kilovatios) consumían la energía equivalente a la de una ciudad de doscientos cincuenta mil habitantes[19]. Y a esos gastos había que sumar los de personal.

LOS AÑOS DORADOS

1956 marcó un punto de inflexión en España y en el PCE. En febrero, la universidad de Madrid vio nacer a la protesta a una generación que no había vivido la Guerra Civil, pero sí sus consecuencias. En ese antifranquismo incipiente se mezclaban, además, hijos de vencedores y vencidos. La agitación universitaria, en la que militantes del PCE desempeñaron papeles esenciales, obligó a una crisis de gobierno (primera prueba práctica de que a Franco se le podía torcer la mano, en condiciones favorables). Al año siguiente, una crisis de mayor calado daría entrada en el Gobierno a la «tercera fuerza», el Opus Dei. Sus «tecnócratas» elaboraron un plan de estabilización económica que Franco aprobó a regañadientes en 1959 y que supuso abandonar el sueño autárquico. Comenzaba un desarrollo económico cimentado sobre tres pilares: el turismo, la emigración interior y exterior, y la liberalización de las inversiones extranjeras. Un desarrollo no solo diferido respecto a nuestro entorno, sino descompensado, con grandes contrastes sectoriales y territoriales, pero que mejoró el nivel de vida de buena parte de la población, aunque la civilización del consumismo llegara a lomos del pluriempleo. Los impulsores del «milagro español» pensaban que la prosperidad consolidaría el consenso en torno a la dictadura (a la que para entonces ya se le habían abierto las puertas de los principales organismos políticos y económicos internacionales), y traería definitivamente la paz social y la indiferencia política. Se equivocaron.

También en 1956, y también en febrero, en Moscú, en el XX Congreso del PCUS, Jrushov denunció los crímenes de Stalin y el culto a la personalidad y puso al movimiento comunista en el camino de la coexistencia pacífica con el bloque capitalista y de las fórmulas específicas de cada país para alcanzar el socialismo. Ese verano, espoleado por los nuevos vientos que soplaban desde el Kremlin, el PCE adoptó su política de «reconciliación nacional», que establecía como objetivo no ya la restitución de la legalidad republicana, sino la llegada de una democracia que enterrara los viejos odios y permitiera construir un futuro

colectivo. La nueva línea del Partido suponía en la práctica el triunfo de los «jóvenes» encabezados por Santiago Carrillo, que en 1959, en el VI Congreso del Partido, fue elegido secretario general, mientras a «Pasionaria» se la elevaba al puesto honorífico de presidenta. Desde aquel verano de 1956 hasta 1977 no habría más virajes.

Era un intento serio por salir del aislamiento, por abrirse a la realidad circundante, que seguramente no convencería –así sucedió– a los grupos históricos, pero que podría conectar bien –también ocurrió así– con la oposición que nacía dentro de España y con los antifranquistas sin significación política concreta. Sobre todo cada vez que, por contraste, la dictadura se quitaba su máscara liberalizadora y mostraba su verdadera naturaleza represiva, como ocurrió en 1962-1963 con la detención, proceso y fusilamiento del dirigente comunista Julián Grimau por delitos presuntamente cometidos durante la Guerra Civil, es decir, casi un cuarto de siglo atrás. Prueba de esa mayor conexión con el interior es que el PCE estuvo de forma directa o indirecta tras las múltiples formas de oposición (comisiones obreras, sindicatos estudiantiles, asociaciones de vecinos, colegios profesionales…) que surgieron desde comienzos de los años sesenta.

La Pirenaica reflejó estos cambios y en buena parte supo responder a ellos. De hecho, podemos decir que en 1956 comenzó su época dorada, hasta el punto de que cinco años después el norteamericano Arthur Whitaker, en un libro con el significativo título de España y la defensa de Occidente, la definió como «la más potente de todas las emisoras antifranquistas, que se dice que tiene más oyentes españoles que cualquier otra emisora, española o extranjera», y reconoció que estaba causando a Franco «un problema real»[20]. «Ay, qué bien. Ay, qué bien. Mi vecino la escucha y yo también», decía el estribillo de la canción que se le compuso ese mismo año, 1961, por su vigésimo aniversario, con letra de Antonio Galván y música de Carlos Palacio[21]. Y la frase en esta época se acercó más que nunca a la realidad. Durante muchos años había sido difícil encontrar a ese pueblo poco menos que en insurrección permanente contra el régimen del que hablaba la emisora. Pero desde finales de los cincuenta la protesta se hizo visible y adoptó múltiples formas, de modo que mucha gente sintió la necesidad de buscar canales alternativos a la información oficial. Además, «Radio Pirenaica» se esforzó más que nunca por ser no solo la voz del PCE, sino la del antifranquismo, cubriendo el hueco que las demás organizaciones de oposición no habían llenado. Un esfuerzo que tuvo siempre sus limitaciones, claro, porque nunca dejó de ser una emisora de partido. Pero no

solo recurría ya a textos comunistas, sino cada vez más a publicaciones de otras fuerzas políticas que de una u otra forma compartían los postulados unitarios del PCE, y en especial a las publicaciones que se editaban dentro de España (Cuadernos para el diálogo fue uno de los más tempranos y constantes ejemplos) y que mostraban que algo estaba resquebrajándose en la férrea capa de unidad y adhesión que el franquismo quería transmitir.

El Partido intentó provocar la caída del régimen en dos movilizaciones globales, que pretendían despertar e involucrar a los más diversos sectores sociales, y en las que Radio España Independiente se implicó de lleno: la Jornada de Reconciliación Nacional, en 1958, y la Huelga Nacional Pacífica, en 1959. Gigantescos esfuerzos organizativos y propagandísticos que concluyeron en rotundos fracasos, porque partían de un análisis erróneo sobre la realidad del país y sobre la unidad con otros grupos de la oposición. Pero el PCE promovió, estimuló y acompañó movilizaciones parciales exitosas, como el boicot a los transportes en Madrid los días 7 y 8 de febrero de 1957, en la primera acción a cuya preparación contribuyó REI de una manera directa, según reconoció meses después Ramón Mendezona[22]. O las huelgas que estallaron en la primavera de 1962 sobre todo en Asturias y el País Vasco (mucho más importantes por su extensión y sus consecuencias, y en las que la emisora fue un elemento clave de agitación, pero también de información ante el silencio de los medios controlados por el franquismo). «La causa principal de que estos productores mineros continúen en su intransigente actitud de prolongar el conflicto –afirmaba un informe policial sobre Asturias el 7 de mayo de 1962– es debido a la perniciosa campaña de incitación y continuación a la huelga que viene efectuando diariamente la Radio Pirenaica, cuyas emisiones son escuchadas indudablemente por la mayoría de los vecinos de la cuenca minera»[23].

La campaña sobre Julián Grimau fue uno de los mayores hitos de la emisora y de los que más impacto causaron en sus redactores y en sus oyentes. Fueron meses de emisiones especiales entre noviembre de 1962 y abril de 1963, primero para denunciar las torturas a las que fue sometido por la Brigada Político-Social en «el sombrío caserón de la Puerta del Sol»[24]; luego, para conseguir que fuera juzgado por un tribunal civil y no por un consejo de guerra, de modo que no se pudiera llevar a cabo «un horrendo asesinato tras una parodia judicial»[25]; después, para salvar su vida, cuando fue condenado a muerte; y, por último, para denunciar su fusilamiento. Al hilo de aquella campaña se pudieron oír seguramente los dos discursos más bellos que jamás se leyeron en Radio España Independiente. Los pronunció Dolores Ibárruri, y en los audios –que se

conservan– es difícil encontrar más riqueza de matices. Uno, en la noche del 17 de abril, víspera del consejo de guerra, en el que llegó a apelar a Pilar Primo de Rivera. Otro, a mediodía del 20 de abril, solo unas horas después del crimen.

Julián Grimau muerto es una bandera de lucha –se dijo en él–. Está entre nosotros, vive y vivirá con las nuevas generaciones que avanzan ya por el camino del comunismo, por el camino de la victoria. La vida continúa y continúa la lucha. Julián Grimau ha sido asesinado en nombre de la ley fascista. En nombre de la causa del pueblo, lo mejor de la juventud española viene y vendrá a nosotros, viene y vendrá al Partido Comunista a luchar como luchó Julián Grimau, como lucharon tantos millares de héroes, ejemplo de combatientes revolucionarios, que al caer en la lucha cayeron invencibles[26].

Desde finales de los años cincuenta llegaron a la emisora redactores recién salidos de España, con una mentalidad joven y una visión distinta sobre la situación del país que equilibraba la lejanía no solo geográfica, sino también temporal, en la que podían vivir los más veteranos. Su incorporación refrescó el ambiente de trabajo y contribuyó a renovar el estilo de la radio. Aparecieron en antena las voces femeninas (hasta entonces había redactoras, pero quizá no se las consideraba suficientemente enérgicas para transmitir los contenidos que se suponían propios de una radio clandestina). Se crearon boletines informativos, que en la última etapa llegarían a ser horarios. Se renovó la música, hasta entonces empleada de forma pobre, y se le dio una creciente importancia coincidiendo con el nacimiento y auge de los cantautores en España y en Latinoamérica.

La programación se diversificó no solo para atraer a los distintos sectores de la población española, sino de algún modo para contraprogramar las emisiones autorizadas por la dictadura. Así, las «novelas por radio» ponían en antena de forma seriada clásicos y contemporáneos de la literatura social (El único camino, de Dolores Ibárruri; Cambio de rumbo, de Ignacio Hidalgo de Cisneros; Año tras año, de Armando López Salinas…), como antítesis de las radionovelas que triunfaban en la misma época en las radios del interior con unas moralejas bien diferentes. «España fuera de España» se dirigía a los emigrantes, no para despertar la nostalgia por la tierra abandonada y para tender puentes de contacto

con quienes habían quedado en el país (como hacían espacios como «De España para los españoles» en RNE), sino para buscar su solidaridad en las luchas antifranquistas y su conciencia en la defensa de sus derechos como trabajadores. Las «charlas femeninas» eran el contrapunto de los consultorios sentimentales, morales y de belleza tan en boga en la España de entonces. Aparecieron emisiones dirigidas a Cataluña, a Galicia, al País Vasco, a los campesinos, a los jóvenes… Incluso había un espacio semanal de deportes. Todo ello con el objetivo de que Radio España Independiente fuera una emisora más, que pudiera fidelizar a sus propios oyentes durante todas las horas de emisión ofreciéndoles una programación variada y adaptada a sus gustos y necesidades.

Uno de los programas más recordados y que más impacto causó –una de las proezas de las que hablábamos al comienzo– fue «Antena de Burgos», que los estudiosos del género han definido como un caso «probablemente único en la historia de la radiodifusión clandestina»[27]. Durante tres temporadas, de octubre de 1963 a julio de 1966, Radio España Independiente emitió cada semana un espacio cuyo guion elaboraban los comunistas encarcelados en el penal de Burgos, donde se concentraba el mayor número de presos políticos y donde, por lo tanto, se extremaba la vigilancia en las comunicaciones con el exterior.

Aquellos programas los escribían los presos en tiras de papel biblia aprovechadas por ambas caras, con letra microscópica gracias a una lupa y a una plumilla especial. Era un trabajo que se debía llevar a cabo durante horas por la noche en las celdas, en medio de una constante tensión por el esfuerzo y por la posibilidad de que se produjera cualquier visita sorpresa de los funcionarios que obligara a recoger en segundos el material. Luego, esos textos salían a la calle sobre todo gracias al taller de artesanía de la cárcel, donde se fabricaban objetos con destino al exterior en los que se podían ocultar con ingenio[28]. Los funcionarios nunca consiguieron –aunque lo intentaron a conciencia– saber cómo en aquellas condiciones conseguían salir con regularidad unos espacios en los que se denunciaban sus excesos y sus arbitrariedades, se explicaban las luchas de los presos por conseguir mejores condiciones de vida, se realizaban campañas de solidaridad y a favor de la amnistía, y se rendía homenaje a quienes llevaban lustros encerrados:

Franco les condenó a muerte. ¿Su delito? Defender la libertad. Les fue

conmutada la pena. Pero continuaron cumpliendo condena. Al conmutado, en la concepción franquista, […] se le deja que vaya muriéndose en la cárcel […]. Cada caso, un drama. Y una acusación contra la dictadura […]. Son hombres que están en nuestro corazón y no cejaremos hasta conseguir su libertad. Es una deuda que España tiene contraída con ellos[29].

Esta variedad en la programación fue posible entre otras cosas porque también a finales de los años cincuenta acabó la escasez informativa en la que «Radio Pirenaica» había vivido. En 1956 se consiguió establecer una ligazón orgánica entre la emisora y la estructura de propaganda del PCE –que, aunque parezca mentira, hasta entonces habían funcionado como entes independientes–, con la creación de una comisión «ad hoc» en la dirección del Partido. Gracias a los comunistas rumanos, la emisora pudo disponer de forma extraoficial de los teletipos de hasta ocho agencias informativas, incluidas la soviética TASS (la más fiable durante mucho tiempo para los redactores, por razones obvias) y la española EFE. Un fantasmal Instituto de Periodismo de Bucarest permitió suscribirse a periódicos y revistas editados en España. Cada vez más se utilizarían como material de trabajo y para las emisiones esos artículos de una prensa crítica que, nadando entre multas, expedientes e incluso cierres, nació en el país sobre todo tras la «liberalización» de la Ley de Prensa de 1966.

Por otra parte, durante casi diez años (su periodo de mayor rendimiento fue entre 1959 y 1967) funcionó en Madrid una llamada «redacción interior», cuyo responsable era Francisco Barrio, y en la que colaboraron algunos de los más importantes escritores del realismo social: Armando López Salinas, Antonio Ferres, Andrés Sorel, Alfonso Grosso… En esos años, el PCE volvía a atraer a los intelectuales más comprometidos, y muchos de ellos escribieron crónicas con destino a La Pirenaica (bajo seudónimo, se entiende, porque bastantes problemas tenían ya para tratar de publicar en España unas obras con críticas sociopolíticas más o menos explícitas a la dictadura). Esa redacción se sustituyó en 1967 por otra instalada en París y dirigida por Federico Melchor, que podía establecer un enlace permanente con Bucarest gracias a la conexión mediante télex que facilitaba la agencia TASS. Desde ese momento, se pudieron servir a diario a la emisora textos de publicaciones españolas e internacionales disponibles en la capital francesa, informes territoriales o sectoriales del Partido, artículos de prensa clandestina, etc.

Todo este esfuerzo permitió disponer de cada vez más elementos de análisis sobre la realidad de España y enraizar mejor la radio en la vida cotidiana del país. Además, se fue acortando el lapso de tiempo entre los acontecimientos y su difusión. Por ello, el componente informativo estuvo cada vez más presente en las emisiones de Radio España Independiente, aunque el componente propagandístico nunca dejó de estarlo y aunque la emisora no logró desprenderse por completo de la fama de exagerada de la primera época. Lo cierto es que, sobre todo en sus años dorados, La Pirenaica pudo llenar, en algunos casos con gran eficacia, los silencios de los medios controlados por el franquismo, y no solo en lo relativo a huelgas obreras o a manifestaciones estudiantiles, sino a catástrofes como la rotura de la presa de Ribadelago (Zamora) en 1959, o el accidente aéreo con amenaza radiactiva en Palomares (Almería) en 1966. En esos casos, la comparación de los hechos históricos con las noticias difundidas deja en muy buen lugar a la emisora.

Un elemento decisivo para ese acercamiento a la realidad española –y otra proeza– fueron las cartas de La Pirenaica. Toda emisora necesita la interacción con sus oyentes. Radio España Independiente, también. Se habían empezado ya a recibir cartas desde España a través de los «puentes», los canales clandestinos establecidos por el PCE. A ellos solo podían acceder los militantes, como es lógico, y con todas las precauciones. Pero lo que La Pirenaica necesitaba –lo que Mendezona quería– era ante todo recibir cartas de oyentes no encuadrados aún en el Partido, o de corrientes ideológicas distintas, incluso anticomunistas, pero que quisieran hacer llegar sus noticias y sus comentarios, porque ese sería un termómetro mucho más real para medir la eficacia y la aceptación de la emisora. Ahora bien, ¿cómo podía recibir cartas una radio clandestina sin desvelar el lugar desde el que emitía? A finales de los años cincuenta se resolvió también este problema.

Algunos «partidos hermanos» accedieron a recibir en la sede de sus publicaciones esa correspondencia, que después entregarían a los enlaces del PCE para que la enviaran a Bucarest. La Pirenaica pudo así facilitar en sus emisiones algunas direcciones «de paja» la de L'Humanité, en París; la de la Revista Internacional, en Praga, o la de L'Unità, en Roma. De esta forma, cualquiera podía escribir. Claro que, si los oyentes escuchaban y anotaban esas direcciones, también lo hacía la policía franquista. Por eso, la emisora recomendaba que los «corresponsales» (como se les llamaba) emplearan seudónimos, que no echaran las cartas en los buzones de los lugares donde vivían, y que no dieran datos demasiado explícitos que permitieran identificarles.

La emigración facilitó también el contacto entre los oyentes y «Radio Pirenaica», ya que muchos enviaban cartas a sus familiares en el extranjero para que ellos las reenviaran a las direcciones facilitadas por la emisora con mayor seguridad.

Mil doscientas cartas llegaron a recibirse algunos meses entre 1962 y 1964 (el periodo en el que más llegaron). Pongamos contexto a la cifra. Mil doscientas cartas, buena parte de ellas enviadas desde una España sin libertad a la emisora clandestina de un partido que para la dictadura encarnaba todos los males de la Patria. Mil doscientas cartas escritas en un solo mes, muchas veces con una caligrafía y una ortografía pésimas, por gente que quería contar cosas, expresar cosas. Unas quince mil se conservan en el Archivo Histórico del PCE. Aun aceptando que sean todas las que llegaron, es fácil imaginar que no fueron todas las que se enviaron. Sin duda, muchas fueron interceptadas por la policía, y otras muchas se perdieron al estar mal escrita la dirección de destino. Las cartas que se conservan son de obreros, de campesinos, de estudiantes, pero también de intelectuales, de jubilados, de amas de casa, de comerciantes, de profesionales liberales…

Cartas que hablaban de la emisora (de su calidad de recepción, de su estilo, de su programación, de sus locutores…), que alababan su labor (en muchas se la llamaba «radio verdad»), que elogiaban al PCE y a sus dirigentes (hay también críticas furibundas, pero la mayoría se identificaba con la línea política del Partido, como era previsible), que aportaban donativos económicos para causas concretas o para el fondo del PCE. Cartas que, sobre todo, constituyen hoy un testimonio sociológico de primer orden, porque permiten hacer una radiografía de la España antifranquista (el reverso de la imagen que hacia adentro y hacia fuera quería transmitir la propaganda de la dictadura). Cartas que denunciaban las condiciones de vida de los obreros y campesinos, que informaban de las primeras movilizaciones masivas en fábricas y en minas, que identificaban a los opresores y a los chivatos, que documentaban el fenómeno de la emigración interior y exterior para escapar del hambre y de la represión (con el contraste frecuente entre las esperanzas y las realidades), que expresaban la solidaridad con los represaliados en España y con otros pueblos del mundo, que criticaban la mala calidad de la vivienda, de la educación, de la sanidad, de la cultura…[30]. Esas cartas permitieron que Radio España Independiente pudiera acceder a las noticias cotidianas, a los sucesos de los pueblos más pequeños, a esas informaciones que no daban las agencias de noticias ni las otras emisoras internacionales que transmitían hacia España. Dieron a las emisiones un tono

rico, humano, y las situaron mucho más cerca del país al que se dirigían, aunque la mayoría de ellas venían también impregnadas de un voluntarismo imposible de aislar.

Un último factor que da cuenta de que aquella fue la época dorada de la emisora es el hecho de que, precisamente desde comienzos de los años sesenta, el franquismo intensificó su acción contra ella. El 1 de septiembre de 1941 se había creado el Servicio de Interferencia Radiada, mediante un decreto «personal y reservado» firmado por el entonces subsecretario de la Presidencia, almirante Luis Carrero Blanco. Un reglamento mucho más amplio lo reorganizó el 9 de julio de 1962 (un año muy significativo, como hemos visto en páginas anteriores)[31]. En la primera mitad de los años sesenta se destinaron al menos veinte millones de pesetas a nuevos equipos permanentes y móviles con los que hacer más tupida la red de ruidos. La Pirenaica respondió incrementando la potencia de emisión gracias a la Unión Soviética, variando levemente la longitud de onda para tratar de burlar a los encargados de interferirla, poniendo en marcha las «ondas volantes» (emisiones en las que la programación se redifundía por frecuencias no habituales y sin previo aviso)… Al mismo tiempo, el franquismo perfeccionaba en el Ministerio de Información y Turismo el servicio de escucha (con la subsiguiente elaboración de resúmenes y dosieres temáticos para la contrapropaganda). La llamada Oficina de Enlace, que tenía esta misión, se creó también en 1962.

HACIA EL FINAL

Y en ese momento, justo en ese momento en que la maquinaria comenzaba a estar bien engrasada (aunque para Mendezona nunca lo estuvo del todo, a tenor de sus cartas), en ese momento en el que además aumentaba cada día la conflictividad obrera en el interior…, en ese momento, justo en ese momento, llegó el reflujo. La historia de «Radio Pirenaica» no es –al contrario que la de otras emisoras clandestinas y las organizaciones que están tras ellas– la del ascenso hasta el triunfo final. En sus primeros años había sido el instrumento de información y orientación para unos dirigentes del PCE dispersos y desconectados entre sí. Después se convirtió en el vehículo privilegiado de organización y movilización para los militantes que quedaban descolgados y

para los simpatizantes que deseaban incorporarse a la lucha y no sabían cómo tomar contacto con el Partido. En su época dorada, la audiencia creció rápidamente porque su influencia se extendió más allá de los comunistas, en unos años en los que parecían avecinarse cambios definitivos. Pero, desde finales de la década de los sesenta, La Pirenaica pareció dejar de ser tan necesaria porque los dirigentes, los militantes y las masas comprometidas o no, comenzaron a tener a su disposición canales de información más plurales y más inmediatos. En su último periodo de vida, la emisora fue ante todo un símbolo. Un símbolo de que en España todavía no había libertad de expresión, de que el PCE seguía estando en la clandestinidad, de que aún quedaba un gran trecho por recorrer.

Disminuyeron las cartas y es de suponer que la audiencia. La emisora siguió conservando importantes bolsas de oyentes, sobre todo en las zonas rurales. Continuó siendo un elemento de referencia en momentos puntuales (el asesinato de Carrero Blanco, por ejemplo), porque seguía siendo la vía más rápida de contacto entre la dirección del Partido y sus militantes en el interior (bastaba una conversación telefónica entre Carrillo y Mendezona y la postura oficial salía al aire al instante) y el canal más inmediato para quienes quisieran tener información alternativa en tiempos de crisis. Desarrolló importantes esfuerzos de información y movilización ante el Proceso de Burgos en 1970, el Proceso 1.001 en 1973, la agonía y muerte de Franco en 1975 o la detención de Santiago Carrillo en 1976. Pero, a pesar de todo, podemos decir que la última etapa fue, en cierto modo, de decadencia.

Aunque parezca paradójico, La Pirenaica perdió importancia, en primer lugar, por la mayor ramificación del PCE, presente de forma directa o indirecta en los sectores más diversos y activos de la sociedad española. Ya no hacía tanta falta escuchar una radio de onda corta porque el Partido estaba más cerca. La represión podía bastar para contener de forma momentánea, pero no para detener las protestas y los flujos de información. La emigración y el turismo, que tanto favorecieron al régimen en lo económico, contribuyeron a abrir la mentalidad y las perspectivas de buena parte de la sociedad española. La emigración interior que despobló los campos concentró a muchos obreros (objetivo preferente de la emisora) en grandes cinturones industriales en los que los contactos personales eran mucho más fáciles y la escucha de La Pirenaica bastante más difícil debido a las interferencias. Había también, como decíamos más arriba, unas publicaciones críticas (sobre todo revistas), que se editaban legalmente en España y se citaban en La Pirenaica como un elemento informativo más. Y hay

que tener en cuenta un último aspecto no menor, aunque menos mencionado: en una sociedad en la que la radio ya no era la reina de los comedores, se iban imponiendo receptores más pequeños y baratos que en general no permitían sintonizar la onda corta.

Junto al descenso de la audiencia, otros síntomas permiten hablar de cierta decadencia o precariedad en estos últimos años. Algunos redactores veteranos volvieron a España. Los reemplazos en Bucarest duraban cada vez menos tiempo. La falta de experiencia radiofónica de los nuevos miembros, unida a su alto índice de rotación, contribuían a dar a La Pirenaica una cierta sensación de provisionalidad. Por otra parte, los espacios que tanto éxito habían dado a la emisora («Antena de Burgos», «Novelas por radio», «El correo de La Pirenaica»…), desaparecieron o se quedaron integrados en grandes bloques contenedores. Y eso que siguió ampliándose el horario de emisión, hasta llegar a ser de doce horas diarias tras la muerte de Franco (de siete a nueve de la mañana, de una a tres de la tarde y de cinco de la tarde a una de la madrugada), para tratar de informar al minuto sobre los cambiantes acontecimientos del país.

En 1975, la fuerza del PCE era indiscutible. Seguía siendo el grupo más activo, mejor organizado e implantado en el país. Contaba con una potente penetración sindical a través de Comisiones Obreras. Gracias a la Junta Democrática había hecho al fin realidad el sueño de una plataforma de oposición unitaria, aunque partidos históricos como el PSOE prefirieron no participar e impulsaron una alternativa. Además, comenzaban a acercarse a él sectores de la Iglesia y del Ejército, pilares básicos de la dictadura. Y, por si fuera poco, en política exterior encabezaba una tendencia (que en Moscú se tildó de «revisionista») para hacer compatible el comunismo con la democracia de tipo occidental: el «eurocomunismo». Ese nuevo camino supuso un creciente distanciamiento respecto de la Unión Soviética, iniciado ya en 1968 tras la invasión militar que puso un dramático fin a la «primavera de Praga». Un camino y un distanciamiento que servían, de paso, para empezar a superar una contradicción que el franquismo había explotado constantemente en su propaganda, y que también se podía aplicar a La Pirenaica: ¿cómo era posible –decían desde la dictadura– que la emisora comunista hablara de libertad para España desde un país en el que no la había?

Sí, la fuerza del PCE en 1975 era evidente en el imaginario colectivo y en las acciones prácticas contra la dictadura, y Carrillo adquiría cada vez más fama internacional. Pero Franco murió en la cama el 20 de noviembre y Juan Carlos

de Borbón fue proclamado rey dos días después. Las protestas en las calles y en las fábricas, intensas durante el primer semestre de 1976, pusieron de manifiesto el inmovilismo del primer Gobierno de la monarquía (continuación directa del último Gobierno del franquismo) e hicieron fracasar la operación de reforma limitada que apadrinaba entre otros Manuel Fraga. Pero, cuando Adolfo Suárez llegó a la presidencia en julio de 1976, decidido a caminar hacia la democracia, fue él quien marcó el ritmo. La oposición pudo impedir la continuidad del régimen, pero no derribarlo. Las libertades llegarían no por la soñada «ruptura democrática», sino por transformación de las estructuras, aunque la reforma fuera mucho más lejos de lo que alguno de sus impulsores desde dentro preveían. Y, en esas circunstancias, el PCE –que se veía como la vanguardia del levantamiento popular– tuvo ante todo que centrarse en negociar su legalización antes de las primeras elecciones generales. Finalmente lo consiguió, casi en el último momento, el 9 de abril de 1977. Las elecciones tuvieron lugar el 15 de junio y, con ellas, para sorpresa de muchos, la hegemonía de la izquierda pasó al PSOE. Dicho sea de paso, algunos analistas subrayaron entonces que los candidatos comunistas recibieron gran número de votos en áreas rurales en las que no hicieron una campaña efectiva, de lo que infirieron que probablemente las emisiones de «Radio Pirenaica» habían tenido una influencia decisiva en esos votantes[32].

El 13 de julio se abrieron las que serían Cortes constituyentes, aunque no habían sido convocadas como tales. Al día siguiente, Radio España Independiente emitió por última vez. El PCE, como dijo Ramón Mendezona en su editorial «A manera de despedida», renunciaba al instrumento que tan vital le había sido para «atenerse al juego democrático en igualdad de condiciones con los demás partidos». Cancelaba así el «último vestigio de una clandestinidad que nunca hemos deseado». La emisora había cumplido «su misión». Durante treinta y seis años había sido un canal de orientación, de encuadramiento, de organización, de denuncia, de información alternativa, de movilización… Pero, sobre todo, había llevado «una luz de esperanza a la patria atormentada».

Así hemos sido –decía Mendezona–. Con nuestras limitaciones, con nuestros defectos, pero con un entusiasmo que ha resistido la prueba del tiempo […]. A la natural tristeza que causa el abandonar una labor entrañada y entrañable se une la alegría de ver a nuestro pueblo reconquistar la libertad. Si nuestra labor ha servido en algo para acercar este objetivo, damos por bien empleado todo el

esfuerzo realizado. […] Al juicio de nuestro pueblo nos remitimos[33].

---

[1] Marcel Plans, «Radio España independiente, la “Pirenaica”, entre el mito y la propaganda», en Lluís Bassets (ed.), De las ondas rojas a las radios libres, Barcelona, Gustavo Gili, 1981, p. 118.

[2] La única excepción que consiguió algo de estabilidad fue Radio Euzkadi, que emitió desde Francia entre 1946 y 1954, y desde Venezuela entre 1965 y 1977, vinculada primero al gobierno vasco en el exilio y luego más directamente al PNV. Pero su calidad de recepción fue mucho más deficiente (sobre todo en la etapa venezolana), sus emisiones fueron más irregulares, su influencia estuvo muy localizada y su audiencia fue mucho menor.

[3] Georgi Dimitrov, Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2003, pp. 170, 174, 206, 223-224, 228, 255-256.

[4] Irene Falcón, Asalto a los cielos: mi vida junto a Pasionaria, Madrid, Temas de Hoy, 1996, p. 219.

[5] «Hay que crear los grupos de amigos de Radio España Independiente», Mundo Obrero, 1 de julio de 1951, p. 2.

[6] Por citar solo un ejemplo, un curioso artículo publicado en El Español el 19 de febrero de 1966, titulado «La radio de las tres mentiras» y que se conserva en el Archivo Histórico del PCE (AHPCE), sección REI, caja 165. Lo que llamo el «mito de Praga» ha sobrevivido mucho después de que la emisora desapareciese y se revelasen las verdaderas localizaciones que tuvo a lo largo de su vida, y se ha reflejado en libros, incluso algunos escritos por historiadores prestigiosos y relativamente recientes.

[7] Dolores Ibárruri, Memorias de Pasionaria, 1939-1977: me faltaba España, Barcelona, Planeta, 1984, p. 54.

[8] G. Dimitrov, Diary, pp. 274, 277, 279-280 y 284.

[9] Fernando Claudín, «Los provocadores titistas», 30 de agosto de 1951, tomo

17 de las emisiones de REI, AHPCE.

[10] Apuntes para la autobiografía de Jacinto Barrio, inéditos, facilitados por su hijo José para la realización de mi tesis doctoral.

[11] «Las tareas fundamentales de los guerrilleros en esta etapa de la lucha», 12 de octubre de 1949, Movimiento Guerrillero, caja 105/1.1, AHPCE.

[12] «Recordad estos nombres», 25 de enero de 1951, tomo 3 de las emisiones de Radio España Independiente, AHPCE.

[13] D. Ibárruri, Memorias de Pasionaria, p. 54.

[14] Luis Galán, Después de todo: recuerdos de un periodista de La Pirenaica, Barcelona, Anthropos, 1988, p. 238.

[15] Ibidem.

[16] Jordi Solé Tura, Una historia optimista, Madrid, El País/Aguilar, 1999, p. 167.

[17] Manuel Vallejo en entrevista con el autor.

[18] M. Plans, «Radio España Independiente», p. 123.

[19] Ramón Mendezona, «Epílogo: Radio España Independiente, Estación Pirenaica», en Julian Hale, La radio como arma política, Barcelona, Gustavo Gili, 1979, p. 243.

[20] Arthur P. Whitaker, Spain and defense of the West: ally and liability, Nueva York, Harper and Brothers, 1961, pp. 185 y 378.

[21] Luis Zaragoza Fernández, Radio Pirenaica, la voz de la esperanza antifranquista, Madrid, Marcial Pons, 2008, p. 290.

[22] Intervención de Ramón Mendezona en el Pleno del Comité Central del PCE celebrado del 15 al 20 de agosto de 1957, en Actas del pleno del Comité Central del PC de España, año 1957, tomo I, p. 327, Documentos, AHPCE.

[23] Rubén Vega (coord.), Las huelgas de 1962 en España y su repercusión

internacional: el camino que marcaba Asturias, Gijón, Trea/Fundación Juan Muñiz Zapico, 2002, p. 165.

[24] «Torturas y martirios contra el camarada Julián Grimau», 14 de noviembre de 1962, sección REI, tomo 282, AHPCE.

[25] «Mañana es el consejo de guerra contra Grimau», 16 de abril de 1963 (aparece en la emisión de ese día, pero es evidente que se transmitió el 17), sección REI, tomo 294, AHPCE.

[26] Texto el 20 de abril de 1963, sección REI, tomo 294, AHPCE.

[27] Lawrence C. Soley y John S. Nichols, Clandestine radio broadcasting: a study of revolutionary and counterrevolutionary electronic communication, Westport (Connecticut), Praeger Publishers, 1987, p. 149.

[28] Una descripción más detallada de los procedimientos para escribir y sacar de la cárcel esos textos se encuentra en L. Zaragoza, Radio Pirenaica, pp. 202-203.

[29] Ramón Mendezona, La Pirenaica, historia de una emisora clandestina, Madrid, autor-editor, 1981, p. 84.

[30] Armand Balsebre y Rosario Fontova, Las cartas de La Pirenaica, Madrid, Cátedra, 2014, pp. 10-16.

[31] Una explicación detallada de cómo operaba este servicio de interferencia se encuentra en L. Zaragoza, Radio Pirenaica, pp. 369-371.

[32] L. C. Soley y J. S. Nichols, Clandestine radio broadcasting, p. 21.

[33] «A manera de despedida», 14 de julio de 1977, sección REI, tomo 830, AHPCE.

XXII

CON EL ARMA AL BRAZO. EL PCE Y LA GUERRILLA

Ramón García Piñeiro

OPERACIÓN RECONQUISTA

Durante la década de los cuarenta, el PCE recuperó su condición de partido insurreccional, pero con objetivos remodelados. Hasta 1935, bajo la luz de la experiencia bolchevique, había postulado la conquista del poder mediante una rebelión proletaria, análoga a la protagonizada por los mineros asturianos en 1934. Tras esta experiencia, la derrota en la Guerra Civil y la extinción del pacto germano-soviético, el marco referencial de la lucha de clases fue sustituido por el componente interclasista que caracterizó al movimiento antifascista europeo, cuyo liderazgo fue pretendido por las formaciones comunistas. Con el remozado discurso ya no se pretendía tanto un cambio radical del sistema político como impedir que cristalizara en España un epígono del totalitarismo[1].

Por el derrotero del bloque interclasista discurrieron, además de la propuesta de reactivar «el frente de la sierra», formulada por Vicente Uribe en 1937, tanto la recomendación de Checa, secretario de Organización del PCE, de vertebrar en España un movimiento guerrillero capaz de «crear condiciones de inseguridad, nerviosismo y recargo abrumador de los gastos represivos» y los consejos dados en 1941 a Isidoro Diéguez para reorganizar el Partido en el interior, como la reconstrucción de la organización a ambos lados del Pirineo entre 1942 y 1944 al amparo de la plataforma multipartidista de Unión Nacional[2]. Las fuerzas movilizadas en la Francia ocupada bajo la denominación inicial de XIV Cuerpo de Guerrilleros Españoles, creado en abril de 1942, y remodeladas desde mayo de 1944 en la Agrupación de Guerrilleros Españoles, donde se enrolaron entre

8.000 y 10.000 activistas, tuvieron por objeto incardinar la ya previsible derrota del Eje con el cambio político en España. Para ello, en octubre de 1944 cerca de 4.000 guerrilleros irrumpieron por el valle de Arán y otros pasos pirenaicos con el propósito de delimitar una cabeza de puente en la que asentar un gobierno «unionista» dotado de representatividad que hiciera de revulsivo para galvanizar un levantamiento popular en España, hecho consumado ante el que las potencias aliadas no podrían permanecer impasibles[3]. Contingentes de menores dimensiones se infiltraron por otros pasos con la misión de proteger los flancos, dispersarse por el interior para centuplicar las acciones guerrilleras y abrir frentes secundarios[4]. El plan reprodujo el modelo insurreccional exitoso en Francia: una combinación de ayuda externa, actividad guerrillera y respaldo popular[5].

Aunque la gesta sigue mereciendo un enjuiciamiento laudatorio por un sector de la historiografía, solo mediante una sobredosis de voluntarismo y subjetivismo se pudo suponer que las potencias occidentales procederían como no lo habían hecho en 1936, que los españoles se sublevarían espontáneamente y que, carcomido por su supuesta descomposición interna, bastaba una embestida para que el régimen de Franco se desmoronara. Tal vez la euforia antifascista tras la liberación de Francia, interpretada como el «nuncio» del hundimiento del franquismo, así como el principio de reciprocidad por el protagonismo del republicanismo español en el proceso, pudo suscitar el espejismo de que el apoyo exterior no era una quimera, pero hasta el observador más optimista no podía soslayar que la losa de terrorismo de Estado, censura y hastío que aplastaba a los antifranquistas en el interior no les dejaba margen de maniobra[6].

Poco más cabría esperar del brazo armado de la Junta Suprema de Unión Nacional (JSUN), encabezada por Jesús Monzón, cuyo proceso de arraigo en el interior no había superado la fase embrionaria. En su primer comunicado público, de septiembre de 1943, los sabotajes y «el exterminio de los falangistas recalcitrantes» fueron identificados como principales objetivos, pero, transcurrido un año, cuando se le asignó el cometido de «avanzada de la insurrección nacional», disponía de un «aparato guerrillero que solo se dedicaba a resolver sus problemas económicos»[7]. Se había contactado con las organizaciones armadas surgidas por un impulso endógeno, como la Federación Guerrillera de León-Galicia y el Comité de Milicias Antifascistas de Asturias, pero ambas plataformas, en las que los comunistas eran minoritarios, objetaron las credenciales multipartidistas de UNE y su proyecto insurgente[8]. Según los

delegados que contactaron con ellas, estaban carcomidas por «la pasividad» y supeditaban cualquier iniciativa a que se produjera un desembarco aliado. Por el contrario, detectaron mejor predisposición en la cántabra Brigada Machado, a la que encomendaron misiones de distracción y retención de fuerzas coincidiendo con la apertura del frente pirenaico en octubre de 1944[9]. En Asturias, ningún cometido le fue asignado a Ladreda, jefe de la guerrilla, quien no ocultó su indignación por no haber sido informado de la operación[10].

Como se pretendía compensar la insuficiencia de efectivos con la fuerza de los símbolos, la JSUN había volcado sus energías en la constitución del Ejército Guerrillero del Centro[11]. Durante 1944, se contactó con las partidas dispersas por Extremadura, Ávila, Ciudad Real y Toledo, a las que se pretendía coordinar para que, llegado el momento, sitiaran Madrid, pero su proceso de cristalización en agrupaciones guerrilleras no concordó con los tiempos marcados desde Francia. Tampoco se sincronizó la activación del foco insurgente abierto en Málaga y Granada con el desembarco de partidas procedentes del norte de África. Como en su adiestramiento intervino Santiago Carrillo, quien afirmó que pretendía encabezar una de ellas, se dedujo que compartía los planes insurreccionales de Monzón. Aun así, se sostenía que ya se habían organizado «más de una docena de agrupaciones guerrilleras con un caudal inagotable de experiencias adquiridas en el combate» e invencibles porque «para destruirnos habrá que asesinar a todos los españoles»[12]. Halagüeña perspectiva rebatida por Celestino Uriarte, miembro del Alto Mando Guerrillero, quien reconoció que la infiltración no fue secundada porque «no se había hecho preparativo alguno»[13].

La «operación Reconquista de España» fue, con todo, el acto insurreccional más enérgico protagonizado por el PCE contra el régimen franquista, pero el incendio que quiso provocar solo se propagó por sus filas. La defenestración política de su promotor, Jesús Monzón, adquirió el carácter de purga con la ejecución o degradación de sus colaboradores. Bajo el epíteto del monzonismo no se estigmatizó una variante doctrinal herética o una divergencia táctica, sino una forma de proceder autónoma que fue percibida como un desafío al generalato de la organización. Los dirigentes del PCE, dispersos por tres continentes, confluyeron sobre Francia para retomar el control de una organización que, no solo se había reconstruido a ambos lados de la frontera sin su intervención, sino que había sido capaz de lanzar un ataque frontal al régimen de Franco sin que hubiera sido ordenado por su Buró Político[14]. En el ucase con el que se estigmatizó a Monzón se ha querido ver la longa manus de Stalin, a quien, tras la

delimitación de áreas de influencia, ni le convenía promover acciones guerrilleras en Europa occidental, ni consideraba pertinente reabrir un segundo frente en suelo francés, atribución que no concuerda con las muestras de apoyo a la insurgencia española que trasmitió a Líster por mediación de Dimitrov y a Dolores Ibárruri en febrero de 1945[15].

El despeñamiento político de Monzón catapultó en el escalafón a Carrillo, quien calificó el intento de invasión de «provocación que nos costó no pocas vidas y quebrantos» y se atribuyó el mérito de haber replegado las fuerzas justo antes de que se consumara «una carnicería»[16]. No por ello renunció a la lucha armada, ya que ni puso en cuestión la fragilidad del régimen franquista, ni la predisposición de la población española a sublevarse, circunstancias que se agudizaban en un contexto de repliegue del totalitarismo. Para levantar la moral de los guerrilleros concentrados en Montréjeau, en noviembre de 1944 reiteró que «la insurrección nacional era el único camino posible y justo» para alcanzar la victoria sobre un régimen cuya pervivencia cifró Juan Modesto en «tres mesecillos»[17]. No se contemplaba otra opción que «encender la guerra de guerrillas», consigna esbozada por Dolores Ibárruri el 20 de septiembre y reformulada en Toulouse durante el pleno celebrado en diciembre de 1945, donde encomendó a los guerrilleros que «aceleraran la asfixia desde el interior para hacer posible la ayuda desde el exterior»[18].

Del revés de Arán no se extrajo otra enseñanza que la de sustituir el método de la patada en la puerta por la infiltración de pequeñas partidas, previamente adiestradas en los campos de entrenamiento camuflados en los chantiers controlados por el PCE, las cuales fueron persuadidas de que el escenario español era equiparable al de la Francia ocupada. Se les encomendó la tarea de articular agrupaciones guerrilleras con los huidos dispersos por las serranías, o, donde no existieran, crearlas ex nihilo. También fueron aleccionadas para relegar a quienes habían protagonizado la resistencia comunista durante la etapa de Monzón. Se les inculcó este cometido de forma tan persuasiva que, como reconoció un guerrillero, regresaron a España dispuestos a «soltar el disco de la lección aprendida en Gincla» a todo monzonista que interfiriera en sus propósitos, sin descartar «pegarle un par de tiros a Monzón» si se cruzaba en su camino[19]. Los resultados de la denominada «política de pasos o de goteo» no fueron más halagüeños que los obtenidos mediante el intento de apertura de un frente, pero no se depuraron responsabilidades por ello. De los 2.000 guerrilleros enviados hasta febrero de 1945, 400 no llegaron a destino «por haber sido aniquilados o hechos prisioneros»[20].

UN NUEVO PARADIGMA

La principal novedad que introdujo Carrillo en el proyecto insurreccional del PCE fue atribuir casi en exclusiva el protagonismo opositor a la resistencia armada, decisión a la que se llegó por descarte, y de la que se retractó en 1952, cuando reconoció que había «sobreestimado la importancia de la lucha guerrillera»[21]. Entre 1945 y 1946 recuperó el control del Partido en el interior mediante delegados afines enviados desde el exilio, a los que encomendó la tarea de reactivar la agitación social mediante la promoción de todas las formas de lucha posibles, pero el aparato represivo desbarató estos planes y forzó su repliegue hacia parajes recónditos de la España rural, donde confluyeron con las partidas de huidos procedentes de la guerra y la represión subsiguiente[22]. Fue en este escenario donde se reconfiguró una fuerza armada que ya no estaba adscrita a una plataforma multipartidista, sino supeditada al PCE, quien no descartó la integración de activistas identificados con otras ideologías, pero siempre que acataran sus directrices.

Las formas de encuadramiento adoptadas reprodujeron pautas castrenses, con las Brigadas Mixtas del Ejército Popular de la República, el modelo de la pionera Federación de León-Galicia y la experiencia de la resistencia contra la ocupación nazi en Francia como referencias[23]. Las partidas que aceptaron este modelo organizativo se vertebraron en formaciones jerarquizadas, dotadas de estatutos o códigos de disciplina y pautas de conducta inspiradas en la milicia, entre las que se incluían las graduaciones, el juramento guerrillero y las condecoraciones, pompa militar erosionada con el paso del tiempo[24]. Como prevalecían «las leyes de la guerra», además de la traición, la delación o la deserción, se castigaba con la pena capital el derrotismo, fomentar la desmoralización o la división, la apropiación de bienes, la capitulación ante el enemigo y la indisciplina, conductas equiparadas a la provocación[25].

Se recurrió a este paradigma para constituir entre 1945 y 1946 las agrupaciones de Andalucía (Málaga y Granada), Centro-Extremadura, Norte (Asturias y Cantabria) y Alto Aragón. Como no se pudo hegemonizar la pluralista Federación de León-Galicia, utilizada como modelo, pero menospreciada por su pasividad, y tampoco controlar a las partidas del nordeste leonés, promovieron

como alternativa el Ejército Guerrillero de Galicia, en el que introdujeron la figura del comisario[26]. La agrupación de Levante y Aragón (AGLA), calificada de «creación de laboratorio y termómetro de las intenciones subversivas del PCE», se constituyó con activistas regresados del exilio[27]. Con el Quinto Regimiento como referencia, se le asignó el cometido de erigirse en modelo de la resistencia armada[28]. Se ha sostenido que se preservó la vertiente sur del Pirineo de actividad insurgente para que su persecución no afectara al aparato de pasos, del que dependía el enlace y coordinación con las agrupaciones, pero los factores que coadyuvaron a la conformación de este desierto guerrillero fueron la inexistencia de un sustrato previo de huidos, la remisión de activistas desde Francia sin una infraestructura de apoyo que los acogiera y las purgas internas[29].

La prioridad del PCE era que se hiciera «vida de partido» dentro de las agrupaciones, ya que de ello dependía la disciplina, la combatividad y el carácter político de las acciones[30]. Pretendía, no solo que dedicaran tiempo a estudiar y debatir los documentos de la organización, sino también que paliaran las carencias formativas de los activistas[31]. La AGLA dispuso de escuelas en las que se adiestraba al guerrillero tanto en la vertiente política como en la militar. Para la formación del combatiente y la propaganda se pusieron en circulación casi medio centenar de periódicos, entre los que destacaron Vida guerrillera, El Guerrillero, El Guerrillero Carpetano, Ataque, Por la República, Combate, Ímpetu, El Guerrillero extremeño, Unidad, Lucha y Resistencia.

Proscribió el uso de la fuerza que no estuviera legitimada por la lucha contra la dictadura, ya que en el monte solo tenía cabida la resistencia politizada. Todas las acciones, se especificó en un manual, «deben tener carácter antifranquista»[32]. Ya en las instrucciones dadas a Isidoro Diéguez en 1941 se le encomendó la tarea de contactar con las partidas de huidos para impedir que degeneraran en el bandidaje «y se perdieran para la organización del movimiento revolucionario»[33]. Un año después se insistía en su reconversión en guerrilleros mediante «el perfeccionamiento de los métodos de lucha y combate de acuerdo con las reglas militares», como corresponde a «combatientes armados del antifranquismo»[34]. Ramón Vía reconoció que perseguían al bandolero con la misma «saña que al falangista»; Jesús Bayón se congratuló porque ya no eran vistos como un grupo de atracadores, sino como una fuerza que «lucha por la libertad de España»; y Carrillo se atribuyó el mérito, tanto con su encuadramiento como con la aportación de un proyecto insurgente, de haber roto el círculo de lucha por la subsistencia en el que los huidos se habían

desenvuelto hasta 1945[35].

Para refutar el remoquete de bandoleros con el que pretendía estigmatizarlos el régimen, el PCE procuró que no descuidaran su aseo personal y, sobre todo, cuando se expusieran ante los demás, que vistieran con decoro, preferiblemente uniformados o, cuando menos, con algún distintivo que acreditara el sesgo político de su existencia, ya fuera un brazalete con símbolos reconocidos o mediante la adición de algún emblema[36]. La policía de costumbres que quiso imponer repudiaba la maledicencia, excluía la embriaguez, prohibía la relación amorosa estable, percibida como un factor de desestabilización y como una enmienda a las medidas de seguridad, y exigía que se extremara el decoro en la relación con los enlaces, en particular los del sexo opuesto[37]. Proyectó sobre el activista un patrón de conducta patriótico, altruista y austero, tan ejemplar e imbuido de la «sacralidad» de su misión que descartaba los vicios[38].

Propugnó que concentraran sus energías en sabotear las propiedades de los grandes capitalistas, las infraestructuras de todo tipo y los circuitos económicos de producción y distribución de bienes. No renunciaba a los atentados personales, siempre que se procediera contra delatores, represores o «jerarcas y verdugos falangistas». Como fuerza obligada a surtirse sobre el terreno, no quedaba más remedio que seguir perpetrando atracos, ahora redefinidos como golpes económicos, recuperaciones, expropiaciones, multas o incautaciones, pero procurando que las víctimas fueran paniaguados del régimen[39]. Encarecía que no se desdeñara la comisión de acciones incruentas, de mayor calado subversivo, como la realización de reuniones o asambleas, la distribución de propaganda, los mítines exprés, la ocupación de pueblos, el despliegue de banderas republicanas, la reproducción de consignas mediante pintadas o pancartas y, sobre todo, el encuadramiento de campesinos y trabajadores[40].

Este paradigma guerrillero se impuso por la fuerza, en un tiempo en el que las objeciones se dirimían pistola en mano. Las resistencias más incómodas surgieron entre los correligionarios que habían sorteado la contundencia represiva del régimen sin deponer las armas, ya que ponían en entredicho a los dirigentes que huyeron del país y no compartían el optimismo de quienes regresaban del exilio fascinados por el doble espejismo de la teoría catastrofista del franquismo y la proximidad de la Ítaca republicana. Entre los proscritos figuraron Ladreda y Lucas Reguilón, quien encabezó un foco autónomo de resistencia guerrillera en la llamada zona Mirlo. Confeso propagandista de UNE, cuya promoción impulsó por la serranía de Ávila, protagonizó un retórico estilo

de resistencia, de insólito sesgo pacifista, que desconcertó a quienes porfiaron por acoplar sus fuerzas al modelo propugnado por el PCE[41]. Se dictaron contra él reiteradas órdenes de eliminación, pero la ejecución no llegó a consumarse[42].

De purgas de esta índole no quedaron exentos quienes procedían del exilio, máxime si pasaban por el trance de quedar en libertad tras haber sido detenidos por la policía. Avalados por la genérica condena dictada por Carrillo en Montréjeau, donde sentenció que «cada provocador o delator debía pagar con la vida la traición», se prefirió que prevaleciera la iniquidad del error sobre el riesgo de la duda, como ocurrió con Ramón Escrivá y Juan Ramón Delicado, a quien también acusaron de connivencia con los anarquistas[43]. Resoluciones similares dictadas desde Toulouse, como la orden de liquidar a Alberto Medrano, jefe de la Agrupación Guerrillera de Santander, y a Mateo Obra, dirigente de la Brigada Malumbres, no se consumaron porque se consideraron infundados los cargos que les imputaban[44]. Otras ejecuciones, por el contrario, como las de José Merediz o Luis Montero, se hicieron para preservar a la organización clandestina de redadas que, dados los conocimientos adquiridos por las víctimas, resultaban deletéreas[45].

Con los huidos adscritos a otras ideologías que objetaron el proceso de encuadramiento de las partidas promovido por el PCE se procedió con idéntica contundencia. En la AGLA fueron pasados por las armas los cenetistas a los que se atribuyó la pretensión de segregar a sus correligionarios de la agrupación, como Federico Bada, o que se resistieron a adherirse a ella, como José Ramiá (Pétrol), eliminado «por tener al pueblo aterrorizado con sus acciones delictivas»[46]. Como las víctimas eran antifranquistas, se divulgaba que eran confidentes o bandoleros, sin descartar que se atribuyera la muerte a un accidente fortuito[47].

No fue necesario recurrir a estas argucias para salir al paso de las resistencias a la integración protagonizadas por huidos desideologizados, contra los que el PCE esgrimió los mismos epítetos utilizados por el régimen para denigrar a la guerrilla comunista. Equiparados al bandolero decimonónico, se recomendó su erradicación porque «desprestigian a nuestro glorioso Ejército con sus crímenes» y «Franco los utiliza como servicio de información»[48]. El jefe de la Agrupación de Extremadura instaba a la «captura y desarme» de quien abusara de la población campesina, consejo reiterado en el Manual de orientación político-militar del Ejército Guerrillero de Andalucía, donde se vaticinaba que

«la limpia de degenerados de esta calaña hará que nuestro pueblo tenga más confianza en nosotros»[49]. Pese al uso de métodos tan expeditivos, en noviembre de 1945 se reconocía que solo habían sido capaces de integrar a medio millar de los cuatro mil guerrilleros que subsistían por los montes, principalmente porque estaban «dominados por la pasividad y el bandolerismo»[50].

En el caso de Andalucía se ha recurrido a categorías antropológicas para explicar la renuencia de no pocas partidas a acatar la disciplina comunista. Desde esta perspectiva, la fricción se establecería entre un modelo de «guerrilla política», de ámbito nacional, estructura jerarquizada, carácter ofensivo, ideología compartida y rígidamente militarizada, como la propugnada por el PCE, frente a un estilo alternativo de «guerrilla social», vinculada al territorio, sin proyecto político definido, con pautas de funcionamiento tradicionales, cohesionada por lealtades primordiales, con conducta reactiva, composición igualitaria y, sobre todo, con un marco de actuación local. Desde este enfoque asistiríamos, no tanto a un conflicto ideológico, como a un choque de mentalidades, en el que entraban en colisión experiencias, motivaciones, tradiciones de acción colectiva e imaginarios incompatibles[51].

Lejos de configurar el pretendido Ejército Nacional Guerrillero, las agrupaciones derivaron en un remedo de «feudalismo armado» porque, dadas la distancia, dispersión, heterogeneidad de las fuerzas y limitaciones impuestas por la clandestinidad, no se dispuso de un cauce fluido de comunicación entre el generalato y la clase de tropa[52]. Este fue el principal reto afrontado desde Francia por Carrillo, en quien recayó la tarea de dirigir al movimiento guerrillero, para lo que se dotó de un aparato caracterizado por la lealtad personal. Para la distribución de galones y destinos en España se sirvió de las escuelas guerrilleras camufladas en los chantiers diseminados por el mediodía francés, también utilizadas para ventilar los trapos sucios de la organización[53]. La oficialidad allí adiestrada no estuvo a la altura de la misión encomendada porque, según Carrillo, en dos meses no se les pudo arrancar las deformaciones y vicios heredados de la etapa de Monzón. Más allá del desacierto en la selección de cuadros, reconoció como error que habían sido aleccionados para aplicar miméticamente la experiencia del maquis en Francia y en la convicción del inminente derrumbamiento del régimen de Franco[54].

Con antiguos militantes de las JSU adiestrados en la Academia Planernaya y en las unidades guerrilleras del NKVD, formó su guardia pretoriana. Fueron

adscritos al servicio de enlaces y guías de pasos, a través del que se contactaba con las agrupaciones, se transmitían instrucciones, se recibían informes, se captaban radiogramas y, en su caso, se aplicaban las sentencias de muerte dictadas desde Francia[55]. Destacaron como apparátchiks Ramón Escrivá, Doroteo Ibáñez y José Gros, quien omitió en su biografía cualquier referencia a estos servicios especiales[56]. A ellos se atribuyen, entre otras, las ejecuciones de Corredor Serrano y Bas Aguado, dirigentes de la AGLA renuentes a acatar el viraje táctico, y de Luis Montero.

DEL ORÁCULO DEL KREMLIN A LA EVACUACIÓN A BENEFICIO DE INVENTARIO

El espejismo de la vía insurreccional comenzó a disiparse entre febrero de 1948, cuando una delegación del PCE solicitó a Tito que les proporcionara apoyo aéreo para abastecer a la guerrilla de Levante, y el otoño del mismo año, cuando fueron requeridos en el Kremlin para que, en plena crisis del movimiento comunista internacional, ratificaran su lealtad a la URSS. En el encuentro, Stalin les recomendó que percibieran el cambio de régimen en España como un objetivo a largo plazo y, para acumular fuerzas, les propuso que se infiltraran en las organizaciones franquistas, como habían hecho los bolcheviques en los sindicatos reaccionarios rusos por consejo de Lenin, pero no planteó que desmovilizaran a la guerrilla.

La dirección del PCE acató el giro político sugerido por el «hombre de acero», pero lo aplicó de forma ambivalente hasta 1951, cuando vislumbró una alternativa a la vía insurreccional[57]. El proceso de metabolización se inició en octubre de 1948 en dos reuniones del Buró –a la celebrada en Château Baye (Francia) asistieron guerrilleros de Euzkadi y Galicia–, donde se decidió un repliegue escalonado de la actividad armada[58]. Como se pretendía retornar a la fisonomía tradicional del Partido y recuperar el contacto con los trabajadores para que protagonizaran «la lucha liberadora del pueblo español», se resolvió mantener un retén armado como salvaguarda de los órganos de dirección y blindaje de los equipos de edición de propaganda, tal como había recomendado Stalin[59]. El viraje implicaba que renunciaran a toda acción armada que no estuviera justificada por la autodefensa y la función de escolta asignada, tareas

compatibles con su reconversión en «instructores políticos y organizadores de los campesinos»[60]. No se contempló la completa desmovilización de la guerrilla porque la medida habría supuesto el desmantelamiento de las únicas fuerzas subsistentes en el interior, toda vez que el partido había sido fagocitado por las agrupaciones. No había «otras bases», reconoció Carrillo, quien consideró pertinente mantenerlas para torpedear «las soluciones propuestas por socialistas y moderados como alternativa a Franco»[61].

Levante, Galicia y Asturias fueron los escenarios elegidos para poner a prueba el nuevo derrotero. A la delegación de la AGLA que llegó a Francia en abril de 1949, además de reprocharle que no hubieran tenido más afán que «aniquilar a la Guardia Civil», se le anunció que serían sostenidos económicamente desde el exterior para que se concentraran en restaurar «la ligazón con las masas», tarea que supeditaron a la «transformación de la Agrupación en la base del trabajo político del Partido en Levante»[62]. Para visibilizar el cambio se ordenó que el Estado Mayor pasara a denominarse Comité Regional, que se recuperara la terminología tradicional del partido en detrimento de la castrense y que, como portavoz, El Guerrillero fuera sustituido por Mundo Obrero. Análogo cometido le fue encomendado a los instructores y guerrilleros enviados a Galicia y Asturias, boicoteados, según Carrillo, por los «reyezuelos» enseñoreados de cada zona[63].

Más allá del recelo que el entrismo suscitara, Carrillo se resistía a renunciar a la vía insurreccional y a desmontar el aparato guerrillero porque sobre ambos pilares había cimentado su control de la organización y crédito político. Pese al encuentro con Stalin, se siguió congratulando de que la guerrilla se reforzara sostenida por los campesinos[64]. Todavía en febrero de 1949 recomendaba que se formaran grupos de acción para perpetrar sabotajes y canalizar el apoyo de la población a la guerrilla, cuyas filas podrían reforzar si se descubrían sus actividades[65]. Más dubitativa se mostró Dolores Ibárruri, a quien correspondía hacer tabla rasa del pasado, postrada entre finales de 1948 y el primer semestre de 1950 por una dolencia hepática y la infección pulmonar que le sobrevino tras la extirpación de la vesícula. Ello no fue óbice para que en noviembre de 1949 reconviniera a los redactores de Mundo Obrero por entusiasmarse con las halagüeñas perspectivas de movilización obrera que se abrían mediante la infiltración en los sindicatos verticales[66]. Además, entre la visita a Stalin y septiembre de 1950, cuando el PCE fue ilegalizado en Francia, la dirección consideró prioritario «fortalecer» al Partido depurándolo de los «bandidos titoistas» infiltrados, contra los que se desencadenó una caza de brujas. En esta

etapa de bunkerización, priorizaron «descubrir las raíces de la provocación»[67]. Ante los mensajes contradictorios de los líderes, distanciados por rivalidades y fobias personales, y en un contexto de autismo, ensimismamiento, vigilancia revolucionaria, purgas y autolisis, prevaleció la cauta inercia de seguir vitoreando las acciones guerrilleras.

En vez de reconocer que los guerrilleros no podían reconvertirse en instructores de los campesinos y rampa de lanzamiento del partido desde el monte a los centros industriales, Carrillo sostuvo que el objetivo se había malogrado porque fueron incapaces de comprender la nueva tarea y por el sabotaje de los provocadores que subsistían en el interior. Por ello promovió un agudo repunte de las depuraciones, particularmente virulento en la AGLA, donde, tras la muerte de Pelegrín Pérez, la dirección exiliada creyó pertinente proceder de forma expeditiva contra los «jefecillos» que ponían objeciones a sus decisiones y a quienes las transmitían. Entre los «trosquistas» eliminados por su labor de zapa figuró Joaquín Boj, profesor de la escuela guerrillera de Aguaviva, quien tuvo la osadía de liar cigarrillos con un artículo de Carrillo porque era incomprensible para los campesinos[68].

A la etapa insurreccional no se le puso término por sugerencia de Stalin, sino cuando se asignó un nuevo cometido a los activistas armados y se constató que no estaban bajo control. En 1950, sentenció Carrillo, «no había guerrilleros organizados»[69]. Dada su «descomposición» e indisciplina, ¿merecía la pena asumir riesgos para rescatarlos? ¿No cabría esperar de los evacuados más reproches que reconocimiento hacia la dirección?[70]. Pero de la inexistencia de una orden general de desmovilización tampoco cabe colegir que el PCE aguardara a que la Guardia Civil le despejase el terreno para sustituir la vía insurreccional por el entrismo. Desde enero de 1951, por mandato de Dolores Ibárruri, se iniciaron los preparativos para proceder a una retirada gradual, mantenidos en secreto para facilitar la salida, y entre abril y junio se adoptó la decisión de evacuar a los guerrilleros que subsistían en Levante y Aragón, de los que dos docenas llegaron a Francia un año después[71]. Un militante exiliado sostuvo que Carrillo contactó con él para proporcionar una salida similar a los componentes de la Agrupación Guerrillera de Granada, pero el proyecto no pudo llevarse a cabo[72]. Media docena de granadinos, dos guerrilleros destinados a Asturias y Moncho y su compañera, procedentes de Galicia, llegaron a Francia entre 1951 y 1952, cuya tierra pisaron como espectros de otro tiempo[73]. Su gesto distó de ser el repliegue ordenado de «los cuadros fundamentales y, si fuese posible, de toda la guerrilla» como antesala de la reconciliación nacional

descrito por Santiago Álvarez, quien acabó reconociendo el abismo que se interpuso entre la decisión política de replegar la guerrilla y su ejecución[74].

BATALLAS PERDIDAS

Pocos cadáveres políticos han quedado tan bien sepultados como el proyecto insurreccional del PCE, quien se afanó en remachar los clavos del ataúd. Cuando la Guerra Civil comenzaba a ser un recuerdo lejano, sus dirigentes lamentaron haber prolongado un enfrentamiento armado inviable por la desproporción existente entre medios y fines, entre sus fuerzas y las del adversario. Desde el exilio, entre 1941 y 1951 se alimentó la falacia de la existencia en el interior de un vigoroso movimiento guerrillero, elevado en andas hacia la victoria por una población entusiasmada que lo protegía y esperaba el momento propicio para secundarlo[75]. Para sostener la impostura, se adulteró la realidad, se magnificaron los indicios favorables y se retorcieron los argumentos para que lo evidente pareciera un espejismo y lo inalcanzable una fruta madura a punto de caer, ejercicio de subjetivismo que habría sido disculpable so capa de estimular la esperanza y la moral del activista, si no fuera por el rastro de sufrimiento y vidas truncadas dejado por el camino. Diagnósticos e iniciativas no se cimentaron en realidades, sino en deseos, que expulsaron a las certezas del análisis político[76].

Ni los antifranquistas contemplaron la opción de incorporarse a las unidades guerrilleras, ni, de haberse producido un reclutamiento masivo, disponían de medios para encuadrarlos. Las prácticas de terrorismo de Estado ejercidas sobre la población circunscribieron los apoyos a la guerrilla a gestos aislados. Ni en la coyuntura más propicia, coincidiendo con la reprobación y aislamiento internacional del régimen, se vislumbró predisposición alguna de la población a secundar llamamientos insurreccionales, los cuales no podían llegar a sus destinatarios porque los canales de comunicación estaban rotos y los instrumentos de movilización social se desmantelaban periódicamente. Como se reconoció a principios de los cincuenta, distaron de galvanizar «un movimiento de masas», protagonizando un autismo social que ha sido equiparado al experimentado por Guevara en Bolivia[77].

Cuando llegó el tiempo de la palinodia, los dirigentes exiliados del PCE reconocieron que su reloj se había parado en 1936 y que, durante más de una década, habían supuesto que subsistían a la espera de una señal las masas ideologizadas que habían combatido durante la guerra, sin reparar en que la derrota, la violencia institucional, la persecución cotidiana, el hastío y la miseria habían ocasionado un devastador impacto, no solo en sus filas, sino en su psique colectiva. No se asumieron las consecuencias de la derrota «y de la venganza fascista contra el pueblo», reconoció Carrillo, diagnóstico compartido por Dolores Ibárruri, quien hizo añicos el círculo vicioso en el que estaban instalados al apostillar que «la información que recibimos de los camaradas que van al país es defectuosa y capciosa porque nos quieren demostrar que nuestras afirmaciones son justas»[78]. No solo las masas no estaban dispuestas a movilizarse, sino que, salvo que fueran vecinos, las comunidades locales reaccionaban con miedo u hostilidad ante la presencia de activistas armados porque no estaban dispuestas a prolongar sine die la asfixiante vorágine de violencia desencadenada por la Guerra Civil.

La viabilidad de la guerrilla estuvo supeditada al apoyo exterior, del que nunca dispuso. Careció de consistencia en un breve lapso propicio, entre 1944 y 1946, y no adquirió entidad hasta el contexto de la Guerra Fría, caracterizada por Ibárruri como catástrofe para la causa republicana[79]. Toda esperanza de intervención aliada se desvaneció cuando el régimen de Franco se desmarcó del Eje y optó por la neutralidad. Entre tolerarlo y respaldar a un movimiento armado supeditado al PCE, las potencias occidentales prefirieron la primera opción. La distribución de áreas de influencia en Europa, mediante la que Stalin desactivaba al movimiento comunista en occidente a cambio de disponer de manos libres en su glacis defensivo, condenaba a los guerrilleros españoles a la orfandad internacional[80]. ¿Cabía esperar que desde el Kremlin se brindara la asistencia que se negó a la guerrilla griega, emplazada en un territorio de interés estratégico para la URSS?

La resistencia armada solo arraigó en la España rural. Los únicos sectores estratégicos enclavados dentro de su perímetro fueron los centros extractivos de carbón y wolframio del noroeste. Aunque desde el territorio de la AGLA se vislumbraba el complejo industrial de Sagunto, no figuró como objetivo. Entre 1943 y 1946, los «cazadores», «audaces» o «mosqueteros de ciudad» protagonizaron alguna acción impactante en Barcelona, Madrid, Gijón, Coruña, León, Valencia, Gandía o Bilbao, pero fueron rápidamente desmantelados[81]. Desconectada de las aglomeraciones humanas, donde el PCE no pudo consolidar

núcleos de resistencia armada, así como de los centros neurálgicos del tejido económico, el eco de sus acciones quedó circunscrito a parajes poco habitados y aislados por la censura informativa. Además, como prevaleció la prioridad de la supervivencia sobre cualquier objetivo político, recurrieron a las armas para satisfacer sus necesidades, conducta que los equiparó a una fuerza de ocupación.

El ámbito de actuación de las agrupaciones fue regional y nunca dispusieron de una dirección centralizada que coordinara los focos de insurgencia. Si el jefe de la Federación de León-Galicia reconocía que perdía el contacto con sus partidas durante meses, ¿era viable un Estado Mayor general?[82]. La JSUN distó de vertebrar a las fuerzas adscritas en un Ejército Nacional, las tentativas de establecer en Madrid un Alto Mando fueron neutralizadas por el aparato represivo y no cuajó el proyecto de utilizar a la AGLA como eje vertebrador de la resistencia en el interior. Desde 1946, cada agrupación fue controlada directamente desde el exilio, aislamiento agravado por la discordancia de sus ciclos de actividad y reflujo, lo que facilitaba que «las fuerzas de represión se volcaran sobre las más combativas»[83]. Cristalizaron cuando el franquismo superaba su momento crítico y, además, el declive de unas coincidió con el apogeo de otras.

Internamente quedaron escindidas por la pugna establecida entre los guerrilleros que siempre permanecieron en el país y los que regresaron del exilio. Unos y otros representaban dos estilos divergentes de resistencia armada: abrumada por el peso de la derrota y el despliegue represivo en el caso de los autóctonos, henchida de optimismo por la victoria contra la ocupación nazi en el caso de «los franceses», cuya prevalencia fue percibida como un respaldo a su propio liderazgo por Carrillo, quien relegó a los activistas que no habían salido del país. En su primera estigmatización del monzonismo destacó que la actividad guerrillera había progresado de forma espectacular en el primer semestre de 1945 «porque ya estaba en manos de camaradas enviados directamente desde América y desde aquí por la dirección del partido»[84].

La división se acentuó en el cambio de década, cuando la dirección exiliada remitió a nuevos contingentes de guerrilleros con licencia para neutralizar «con la cuerda o con la pistola» cualquier obstáculo al giro táctico[85]. A la AGLA se envió a «un grupo encabezado por José Gros», no para proceder a la evacuación, sino para restablecer la disciplina y «limpiar la Agrupación», tarea que implicaba eliminar a quienes objetaran las directrices emanadas del exilio[86]. Análoga misión se atribuyó en Galicia a Coronel Benito, designado desde Francia

responsable de la Agrupación, quien la remilitarizó con tal rigidez, sin renunciar al peaje de «liquidaciones», que fue catalogado por los veteranos de infiltrado policial[87]. A los enviados a Asturias se les insistió en que prescindieran de los «viejos guerrilleros», cuya vida podían segar si interferían en sus planes. Con sus métodos expeditivos y sus reproches, entraron en colisión hasta con los «franceses» incorporados a mediados de los cuarenta, principalmente porque, sesgados por las anteojeras de las orientaciones recibidas en el exilio, hicieron caso omiso de las inhóspitas circunstancias en las que se había desenvuelto la actividad guerrillera en el interior, de la que hicieron enjuiciamientos peyorativos. Los reparos a «franceses, maquis, diplomados o polainas» fueron calificados por Carrillo de «sabotajes» al Comité Central, perpetrados por quienes habían «establecido compromisos con el enemigo para entregar a los militantes que el partido enviaba»[88].

La resistencia comunista en la segunda mitad de la década de los cuarenta quedó circunscrita al perímetro de actuación delimitado por las agrupaciones guerrilleras. Dado el cordón sanitario con el que fue aislado en el exilio, el PCE esgrimió su control de la guerrilla antifranquista, la única fuerza tangible de oposición existente en España, para no ser excluido de cualquier iniciativa que tuviera por objeto el cambio de régimen. Como otrora con Unión Nacional, se subsumió bajo la guerrilla, un movimiento antifranquista sin adscripción partidista definida, y canalizó a través de ella sus propuestas, con las que quiso romper el cerco del que fue objeto. A imagen y semejanza del Conseil National de la Résistance impulsado por De Gaulle, en agosto de 1946 propugnó la creación del Consejo Central de la Resistencia, en el que tenían cabida todas las fuerzas opositoras, propuesta que reiteró en mayo de 1948, pero con el subterfugio de utilizar a la AGLA como supuesto adalid del llamamiento[89]. En el verano de ese año, recurrió a una delegación de la agrupación guerrillera para transmitir la iniciativa a los presidentes de la Generalitat, del Gobierno y de la República en el exilio[90]. Hasta tal punto había sido fagocitado por la fuerza armada del interior y se había ocultado bajo ejercicios de ventriloquia como el citado que, decidido el desmantelamiento de la guerrilla, se demoró su aplicación hasta que se vislumbró una alternativa.

La guerrilla arraigó en la España rural, pero distó de ser una expresión de rebeldía campesina cuyo anclaje retrotrae una corriente historiográfica hasta las partidas carlistas[91]. Sin la movilización obrera que precedió a la Guerra Civil, la sublevación militar y la represión franquista, así como la intervención del PCE, ¿se habría dotado el campesinado de un instrumento de lucha análogo al

movimiento guerrillero?[92]. Apelaron al campesinado porque de ello dependía su supervivencia y porque galvanizar su apoyo, vinculado a la «difusión de las soluciones que a los problemas del campo da nuestro programa», fue una prioridad reiterada por la dirección exiliada del PCE, con independencia de que existiera una tradición de movilizaciones campesinas[93]. Su protagonismo en la vertebración de la resistencia armada, aunque fuera por incomparecencia de los demás, ha sido diluido en la misma proporción que han sido sobrevaloradas sus divisiones internas y purgas en el fracaso de su proyecto insurreccional.

El objetivo de desestabilizar al régimen de Franco nunca estuvo al alcance de la guerrilla, pero no por ello dejó de inquietar a quienes ejercían el poder a escala local[94]. Mientras hubo guerrilleros, «los caciques no se atrevieron a hacer barbaridades con los campesinos»[95]. Cristino García sostuvo que no había «cosa que más vuelva locos a estos perros que la lucha guerrillera», afirmación confirmada por Camilo Alonso Vega en su despedida de la Dirección General de la Guardia Civil al reconocer que «perturbaba las comunicaciones, desmoralizaba a las gentes, destrozaba nuestra economía, quebrantaba nuestra autoridad y nos desacreditaba en el exterior»[96]. También cabe establecer un vínculo causal entre la subsistencia de focos de resistencia armada y la neutralidad adoptada durante la Segunda Guerra Mundial[97]. La llama de rebeldía que representaban podría verse avivada si, como consecuencia de la adhesión de España al Eje, recibían apoyo de las fuerzas aliadas, de lo que se podría derivar una mayor receptividad por parte de la población.

Aunque contribuyó a generar una vorágine de violencia que fagocitó a miles de antifranquistas, también proporcionó a quienes se enrolaron en ella, en muchos casos con una cita con la muerte concertada de antemano, una causa por la que seguir luchando y una esperanza. Sirvió de pretexto para que las prácticas más brutales de terrorismo de Estado se prolongaran hasta la década de los cincuenta y para que los victimarios renovaran el «pacto de sangre» sellado para aplastar al vencido, pero también proporcionó satisfacciones a quienes compartieron su proyecto insurgente, por las que acabaron pagando una factura devastadora. Al PCE se le ha recriminado que alimentara con su apoyo a la guerrilla, prolongado demasiado tiempo una opción inviable, pero ¿cuál era la alternativa? Una muerte sumisa, la jactancia del vencedor y el silencio. Caben reproches por los asesinatos de guerrilleros que no comulgaron con ruedas de molino, cuya discrepancia fue tipificada como traición, por el ostracismo al que fueron condenados los que optaron por deponer las armas, o por la damnatio memoriae que se proyectó sobre ellos, pero no por haber librado batallas perdidas, porque a

veces se ganan mañana[98].

---

[1] Juan Andrés Blanco Rodríguez, «Las MAOC y la tesis insurreccional del PCE», Historia Contemporánea 11 (1994), p. 137.

[2] «Informe de Checa sobre la situación del país (y) del partido», Activistas, caja 93, carpeta 49/0, AHPCE. Fernando Hernández Sánchez, Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953), Barcelona, Crítica, 2015, p. 25.

[3] Daniel Arasa, Años 40: los maquis y el PCE, Barcelona, Argos Vergara, 1984, p. 82.

[4] Josep Sánchez Cervelló (ed.), Maquis: el puño que golpeó al franquismo. La Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, Barcelona, Flor de Viento, 2004, p. 65.

[5] Joan Estruch Tobella, El PCE en la clandestinidad. 1936-1956, Madrid, Siglo XXI, 1982, p. 92.

[6] «Manifiesto del Comité de Unión Nacional de Perpignan», 21 de agosto de 1944. Reconquista de España 38, octubre de 1944.

[7] «Llamamiento de la JSUN», 1 de septiembre de 1943. Reconquista de España, febrero-marzo de 1944. «Instrucciones generales para la organización y desarrollo del movimiento guerrillero en el monte y en el llano», Comisión Central Político-Militar de la Delegación del Comité Central del PCE, 1 de octubre de 1944. Lucha, 1 de octubre de 1944. «Informe de Celestino Uriarte», jacq. 297-299, AHPCE.

[8] Secundino Serrano, La guerrilla antifranquista en León (1936-1951), Salamanca, Junta de Castilla y León, 1986, pp. 209 y 219.

[9] «Guerrilleros», 19 de octubre de 1944, Movimiento guerrillero, jacq. 43, AHPCE. Valentín Andrés Gómez, Del mito a la historia. Guerrilleros, maquis y huidos en los montes de Cantabria, Santander, Universidad de Cantabria, 2008, p. 195.

[10] Ramón García Piñeiro, Fugaos. Ladreda y la guerrilla en Asturias (1937-1947), Oviedo, KRK, 2007, p. 296.

[11] Benito Díaz Díaz, Huidos y guerrilleros antifranquistas en el centro de España, 1939-1945, Toledo, Tilia, 2011, p. 165.

[12] «Por un amplio y potente Ejército Guerrillero en el seno de las masas», JSUN, 1 de octubre de 1944.

[13] «Informe de Celestino Uriarte», abril de 1950, jacq. 707-708, AHPCE.

[14] Manuel Azcárate, Derrotas y esperanzas, Barcelona, Tusquets, 1994, p. 283.

[15] Daniel Arasa, Los españoles de Stalin, Barcelona, Belacqua, 2005, p. 421. Francisco Moreno Gómez, La resistencia armada contra Franco, Barcelona, Crítica, 2001, p. 250.

[16] «Informe de Carrillo», 30 de junio de 1945, Dirigentes, correspondencia, carpetas 1 y 2. «Informe de Santiago Carrillo sobre la situación del Partido en las diferentes regiones y provincias de España», 6 de febrero de 1945, jacqs. 5-8, Dirigentes, AHPCE. López Tovar, jefe militar de la operación, sostuvo que Carrillo se limitó a confirmar la orden de retirada que él ya había dado; Jesús de Cos Borbolla, Ni bandidos, ni vencidos, Santander, 2006, p. 208.

[17] «Conferencia de Santiago Carrillo ante un grupo de militantes del partido emigrados a Francia», en Unidad y lucha, Toulouse, Ediciones España Popular, noviembre de 1944. Harmut Heine, «El PCE durante el franquismo», Papeles de la FIM 22 (2004), p. 100.

[18] Dolores Ibárruri, «El movimiento guerrillero, vanguardia de la lucha por la reconquista de España», 20 de septiembre de 1944. «Por la lucha diaria en el aplastamiento del falangismo», REI, 27 de septiembre de 1944, Dirigentes, escritos, 16/2, AHPCE. Y «Para acabar con el franquismo: un gobierno de coalición nacional que organice una consulta democrática», Nuestra Bandera 4, enero-febrero de 1946.

[19] José Manuel Montorio Gonzalvo, Cordillera Ibérica. Recuerdos y olvidos de un guerrillero, Toledo, Tiempo de Cerezas, 2016, p. 28.

[20] «Informe de Santiago Carrillo», 6 de febrero de 1945.

[21] «Carta abierta de la Delegación del CC, a los miembros del partido, simpatizantes y a todos los antifranquistas en general», Nuestra Bandera 1, enero de 1945. «Informe de Santiago Carrillo sobre la situación y actividades del partido en el interior», 3 de marzo de 1952, Documentos, caja 30, leg. 1/2, AHPCE.

[22] Emanuele Treglia, Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero, Madrid, Eneida, 2012, p. 32.

[23] Luis Soto, «La tradición guerrillera de España en su lucha por las libertades», Nuestra Bandera, febrero de 1944.

[24] «A los jefes de las Federaciones y Agrupaciones de Guerrilleros», 10 de agosto de 1945, Movimiento guerrillero, jacq. 63, AHPCE.

[25] «Artículo 23 de los Estatutos de la Agrupación Guerrillera de Levante». «Programa de la Escuela guerrillera de Toulouse», tema 7. «Instrucciones generales por las que ha de regirse la lucha guerrillera», 1 de agosto de 1947.

[26] «Las funciones de los responsables políticos», Revista de Información Político-Militar, 1 de septiembre de 1949. Secundino Serrano, «Notas acerca de la guerrilla antifranquista en la provincia de León», en El movimiento guerrillero de los años cuarenta, Madrid, FIM, 1990, p. 69.

[27] Secundino Serrano, Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista, Madrid, Temas de Hoy, 2003, pp. 190 y 193.

[28] Juan Andrés Blanco Rodríguez, El Quinto Regimiento en la política militar del PCE en la Guerra Civil, Madrid, UNED, 1993, p. 377.

[29] Paloma Fernández Pancorbo, El maquis al norte del Ebro, Sansueña, Diputación General de Aragón, 1988, p. 75. Esther Rodríguez, Els maquis, Barcelona, Cossetània, 2005, p. 89.

[30] Vida Guerrillera, 25 de abril de 1948. «A los militantes del Partido en la Federación Guerrillera Galaico-leonesa», 1 de octubre de 1946. Ataque, junio de 1949.

[31] «Informe de la I.a Agrupación del Ejército Guerrillero de Extremadura y Centro», 10 de agosto de 1946.

[32] «Informe de Santiago Carrillo», 3 de marzo de 1952. Mercedes Yusta, «Una guerra que no dice su nombre. Los usos de la violencia en el contexto de la guerrilla antifranquista», Historia Social 61 (2008), pp. 109-126.

[33] Ángel Ruiz Ayúcar, El Partido Comunista. 37 años de clandestinidad, Madrid, San Martín, 1976, p. 110.

[34] «Los guerrilleros en el combate por la salvación de España», Nuestra Bandera 30 de septiembre de 1942.

[35] «A los jefes, delegados y guerrilleros de la 12 División», 5 de octubre de 1945. «Informe de Ramón Vía», 15 de diciembre de 1945, jacq. 46-53. «Informe de Santiago Carrillo», 30 de junio de 1945, AHPCE.

[36] Fernanda Romeu, Más allá de la utopía: La Agrupación Guerrillera de Levante, Valencia, Alfons el Magnànim, 1987, p. 51.

[37] Artículos 42 y 44 de los Estatutos de la Agrupación Guerrillera de Levante, 15 de septiembre de 1947.

[38] Mercedes Yusta, «La cultura política comunista española durante la Guerra Civil y el primer franquismo: ¿una religión laica?», en Danièle Bussy Genevois (coord.), La laicización a debate (s. XIX y XX), Zaragoza, Fernando el Católico, 2011, pp. 349-374.

[39] Ataque, 1 de noviembre de 1945. «Estado Mayor de la Agrupación Guerrillera de Granada», 1 de abril de 1946.

[40] «Resumen de la lucha guerrillera en España de 1945 a 1950», Movimiento guerrillero, carpeta 2, caja 105, AHPCE.

[41] «UN. Zona M(irlo), ordenanza para el llano», 1 de abril de 1945. «Carta al capitán de la Guardia Civil de Arenas de San Pedro», 7 de abril de 1945. «Pacto de no agresión entre UN y la Guardia Civil», 1 de noviembre de 1945.

[42] Adolfo Lucas Reguilón, El último guerrillero de España, Madrid, Aglag, 1975.

[43] «Carta abierta», Nuestra Bandera 1, enero de 1945. Salvador Fernández Cava, Censo e imágenes de la lucha antifranquista en Levante y Aragón (1945-

1956). Los guerrilleros, Valencia, Llorens, 2017, p. 86.

[44] «Entrevista a Victorio Vicuña», Historia 16 274 (1999), p. 80.

[45] José María Azuaga Rico, «Trayectoria de la Agrupación Guerrillera de Granada», en Julio Aróstegui y Jorge Marco (eds.), El Último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952, Madrid, Libros de la Catarata, 2008, p. 189.

[46] El guerrillero, 3, enero de 1947, Movimiento guerrillero, sig. 14/7, AHPCE. Mercedes Yusta, Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón, 1939-1952, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2003, p. 138.

[47] José Ramón Sanchís Alfonso, Maquis: una historia falseada. La Agrupación Guerrillera de Levante, Zaragoza, 2007, p. 670.

[48] «Instrucciones generales por las que ha de regirse la lucha de guerrillas. Ejército Guerrillero de Andalucía», 1 de agosto de 1947. Lucha, 15 de diciembre de 1945 y 15 de enero de 1947.

[49] «Carta de Carlos (Jesús Bayón) a Quincoces», 20 de julio de 1945, Movimiento guerrillero, caja 105, AHPCE. Eusebio Rodríguez Padilla, El Ejército Guerrillero de Andalucía (1945-1952), Mojácar, Arráez, 2010, p. 565.

[50] «Informe de Agustín Zoroa», 22 de noviembre de 1945, jacq. 14-18, AHPCE.

[51] Jorge Marco, Guerrilleros y vecinos. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista, Granada, Comares, 2012, pp. 92 y 204.

[52] Secundino Serrano, Maquis, p. 373.

[53] Enrique Líster, Así destruyó Carrillo al PCE, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 88 y 89.

[54] «Informe de Santiago Carrillo», 3 de marzo de 1952.

[55] «Cables de la Policía y partes de la Guardia Civil», 1944-1954, AHPCE.

[56] José Gros, Abriendo camino. Relatos de un guerrillero comunista español, Bucarest, Librerie du Globo, 1972.

[57] Gregorio Morán, Miseria y grandeza del PCE, 1939-1985, Barcelona, Planeta, 1986, p. 183.

[58] Dolores Ibárruri, Memorias de Pasionaria. La lucha y la vida, Barcelona, Planeta, 1985, pp. 620-621.

[59] Santiago Carrillo, Memorias, Barcelona, Planeta, 1993, p. 420.

[60] Santiago Carrillo, «Los guerrilleros, instructores políticos y organizadores de los campesinos», Mundo Obrero, 3 de febrero de 1949.

[61] «Informe de Santiago Carrillo», 3 de marzo de 1952. Guy Hermet, Los comunistas en España. Estudio de un movimiento político clandestino, París, Ruedo Ibérico, 1972, p. 49.

[62] «Carta de Vicente Uribe a Dolores Ibárruri», 1948, Movimiento guerrillero, correspondencia, caja 33, carpeta 1, AHPCE. Ataque, 1 de septiembre de 1949.

[63] «Informe de Santiago Carrillo», 3 de marzo de 1952.

[64] Santiago Carrillo, «Sobre la experiencia de dos años de lucha», Nuestra Bandera n.o 31, nov-dic. de 1948.

[65] S. Carrillo, «Los guerrilleros», Mundo Obrero, 3 de febrero de 1949. «Organicemos la lucha campesina», El Guerrillero, 1 de marzo de 1949.

[66] Mundo Obrero, 17 de noviembre y 1 de diciembre de 1949. Manuel Vázquez Montalván, Pasionaria y los siete enanitos, Barcelona, Planeta, 1995, p. 414.

[67] Santiago Carrillo, «A la luz del comunicado de Bucarest», Nuestra Bandera, junio-julio de 1948. Y «Hay que aprender a luchar mejor contra la provocación», Nuestra Bandera 4, febrero-marzo de 1950.

[68] «Informe de Teo», 1951, Movimiento guerrillero, AHPCE. Salvador Fernández Cava, Los guerrilleros de Levante Aragón. El cambio de estrategia (1949-1952), Cuenca, Tomebamba, 2007, p. 67.

[69] Santiago Carrillo, Mañana España, Madrid, Akal, 1976, p. 129.

[70] Francisco Martínez López, Guerrillero contra Franco, León, Diputación Provincial, 2002, p. 115.

[71] «Informe de Francisco Antón y Santiago Carrillo», 5 de enero de 1951, caja 30, carp. 1/2. «Carta de Santiago Carrillo a Dolores Ibárruri», marzo de 1951, caja 34/32. «Informe de Santiago Carrillo», 5 de mayo de 1952, AHPCE.

[72] José María Azuaga Rico, Tiempo de lucha: Granada-Málaga. Represión, resistencia y guerrilla (1939-1952), Granada, Alhulia, 2013, p. 638.

[73] Víctor Manuel Santidrián Arias, Historia do PCE en Galicia (1920-1968), A Coruña, Ediciós do Castro, 2008, p. 366. Xosé Neira Vilas, Guerrilleiros, A Coruña, Ediciós do Castro, 1992, p. 54.

[74] Santiago Álvarez, «Balance y valoración de la lucha guerrillera», en El movimiento guerrillero de los años cuarenta, Madrid, FIM, 1990, p. 159. Y Memoria da guerrilla, Vigo, Edición Xerais, 1991, p. 27.

[75] «El heroísmo de los guerrilleros», España Democrática, 4 de septiembre de 1940. «Nuevas noticas de guerrilleros», España Popular, 21 de enero de 1941. Santiago Carrillo, «La misión del Partido Comunista en la guerra sagrada contra Franco y Falange», Nuestra Bandera, 28 de febrero de 1943.

[76] Jorge Marco, «Encender la guerra de guerrillas. El PCE y la guerrilla antifranquista (1939-1952)», en Violência e sociedade em ditaduras ibero-americanas no século XX. Argentina, Brasil, Espanha e Portugal, Porto Alegre, 2015, p. 118.

[77] «Resumen de la lucha guerrillera»; David Baird, Historia de los maquis. Entre dos fuegos, Almuzara, Córdoba, 2008, p. 136.

[78] «De Dolores al camarada Uribe, a todos los camaradas del Buró Político», Dirigentes, informes, carpeta 31, 13/2, AHPCE.

[79] Harmut Heine, A guerrilla antifranquista en Galicia, Vigo, Edicións Xerais, 1980, p. 260.

[80] Fernando Claudín, La crisis del movimiento comunista. De la Komintern a

la Kominform, París, Ruedo Ibérico, 1970, p. 281.

[81] Carlos Fernández Rodríguez, Madrid clandestino. La reestructuración del PCE en Madrid, 1939-1945, Madrid, Fundación Domingo Malagón, 2002, p. 288.

[82] J. M. Molina, El movimiento clandestino en España, 1939-1949, México, Editores Mexicanos Unidos, 1976, p. 192.

[83] «Informe de Agustín Zoroa», 22 de noviembre de 1945, jacquets 14-18, AHPCE.

[84] «Informe de Carrillo», 30 de junio de 1945.

[85] «Informe de Teo», 1951. David Prieto Jiménez, El maquis en la provincia de Cuenca, Cuenca, Diputación Provincial, 2005, p. 113.

[86] «Informe de F. Antón y Santiago Carrillo sobre Francia y el interior. Ilegalización del PCE en Francia», diciembre de 1950, caja 30, carp. 1/2, AHPCE.

[87] Secundino Serrano, Crónica de los últimos guerrilleros leoneses, 1947-1951, Valladolid, Ámbito, 1989, p. 53.

[88] «Informe de Santiago Carrillo», 3 de marzo de 1952.

[89] «Por la creación de un Consejo Central de Resistencia», Nuestra Bandera, septiembre de 1946. «Ante la situación política hay que llenar España de Consejos de Resistencia y crear un Consejo Central que las agrupe y dirija», Nuestra Bandera, enero-febrero de 1948. «Los Consejos de Resistencia», Revista de información político-militar, 1 de septiembre de 1949.

[90] «Resumen de las conversaciones mantenidas por el Sr. Albornoz con una delegación de la AGLA» y «Resumen de la entrevista de la delegación de AGLA con el presidente de la República», 1 de septiembre de 1948, Movimiento guerrillero, AHPCE.

[91] Mercedes Yusta, «El campesinado y la vertiente social de la guerrilla», en Julio Aróstegui y Jorge Marco (eds.), El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952, Madrid, Catarata, 2008, p. 40.

[92] «Rapport sur l’activite des guerrilles en Espagne», Movimiento guerrillero, jacqs. 95-96, AHPCE.

[93] Mundo Obrero, n.o 157, 17 de febrero de 1949. Sergio González, «El llamamiento de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón y el crecimiento de la lucha y la resistencia nacional contra el régimen de Franco», Nuestra Bandera 29, agosto de 1948.

[94] «Experiencias sobre el trabajo de masas en Asturias, León y Santander», cárcel de Burgos, enero de 1955, AHPCE.

[95] Eduardo Pons Prades, Guerrillas españolas, 1936-1960, Barcelona, Planeta, 1977.

[96] «Carta de Cristino García a su partido y a su pueblo», Represión-cárceles, caja 44, 26/1, AHPCE. Francisco Aguado Sánchez, El maquis en España, Madrid, San Martín, 1975, p. 15.

[97] «Normas para el trabajo militar y guerrillero», Nacionalidades y regiones, caja 79, carpeta 2/7, AHPCE. Santiago Álvarez, «La retirada, la lucha guerrillera y el cambio de táctica», Para una historia del PCE, Madrid, FIM, 1980, p. 153. Fernando Claudín, «Los guerrilleros, destacamento armado de la Unión Nacional del pueblo», Nuestra Bandera, enero-febrero de 1948.

[98] Ramón García Piñeiro, «Entre la amnesia y el flagelo. Elucubraciones en torno a algunos de los episodios más traumáticos en la historia del PCE», Nuestra Historia 2 (2016), p. 248.

XXIII

LA REPRESIÓN FRANQUISTA CONTRA EL PCE EN LOS PRIMEROS AÑOS DE LA POSGUERRA. EL CASO DE MADRID Y SU EXTENSIÓN A OTROS TERRITORIOS

Carlos Fernández Rodríguez

El Partido Comunista de España (PCE) fue la organización política más combativa dentro del grupo de partidos y fuerzas sindicales de izquierda, durante la propia Guerra Civil, pero sobre todo en la dictadura franquista. Fue la fuerza más activa y que con mayor dosis de movilización atrajo a sus filas a miles de militantes. No obstante, el ambiente anticomunista en el conglomerado de fuerzas republicanas tuvo como consecuencia, entre otros motivos, el golpe de Casado, extendiéndose erróneamente que el mito de la conspiración comunista tuvo lugar por los nombramientos de varios oficiales comunistas para ocupar puestos de responsabilidad en el Ejército y este suceso motivo dicho golpe. También fue la agrupación política que protagonizó la resistencia antifranquista, especialmente durante el primer franquismo, y la que mejor estaba preparada para el trabajo clandestino. Dicha lucha se originó incluso antes de que terminara el conflicto bélico, cuando diversos dirigentes comunistas (como Pedro Checa) antes de exiliarse del país, desarrollaron un plan de organización de la militancia de base que preparó al Partido para llevar a cabo sus actividades políticas en condiciones de clandestinidad. Ante la gran cantidad de detenciones ocurridas entre los militantes y simpatizantes comunistas, por parte de las fuerzas casadistas y con posterioridad de los cuerpos de seguridad franquistas y con la salida hacia los exilios de los principales dirigentes del Buró Político y del Comité Central del Partido, este determinó que entre los grupos de camaradas que no habían sido detenidos, se empezaran a reorganizar clandestinamente.

En el desarrollo histórico del PCE en aquellos primeros años de posguerra tuvieron lugar diferentes reestructuraciones en una coyuntura vivida donde

reinaba el desconcierto entre la militancia comunista, intentando salvar sus vidas de la voraz represión franquista. Aquellos cuadros que no estaban escondidos por temor a ser detenidos, iban de boca en boca por los barrios de las principales ciudades como Madrid, Valencia y Barcelona para saber quién o quiénes no habían sido detenidos y empezar a organizar, con muchas dificultades, el trabajo clandestino. Crearon unos pequeños grupos o comités de ayuda a los presos y en el interior de las prisiones acondicionadas para albergar a los centenares de miles de personas que fueron encarceladas, también formaron células de comunistas con la misión de unificar a los camaradas aislados. Las mujeres acudían a las cárceles para obtener información de los reos y visitar a sus familiares encarcelados.

El PCE era la fuerza política antifranquista más preparada para la lucha clandestina contra la dictadura, no solo por su estructura organizativa que era férrea, rígida y disciplinada a unos organismos superiores y en una escala jerárquica de poder, extendida por casi todo el país; sino también por una militancia comunista con una identidad marcada en su cultura de cuadros y dirigentes calificados de revolucionarios, dogmáticos, adoctrinados, abnegados, comprometidos, fieles y fervorosos defensores de sus ideales, principios y apego por su causa y el Partido (en mayúsculas como les gustaba llamar a su organización política). El compromiso político adquirido por aquellos militantes venía desde el conflicto bélico español y la lucha contra el fascismo y derivó en una camaradería especial, singularizando en aquel capital humano, el combate contra el régimen dictatorial franquista.

LA REPRESIÓN FRANQUISTA. DISTINTAS FORMAS DE REPRESIÓN CONTRA SUS ENEMIGOS EJERCIDA DESDE LA VIOLENCIA POLÍTICA

Hay diversos significados desde el punto de vista político de la represión: «una de las posibles acciones reguladoras que los gobiernos adoptan contra los individuos o grupos que desafían las relaciones existentes de poder» o «el empleo o la amenaza de coerción en grado variable, aplicada por los gobiernos sobre los opositores reales o potenciales con vistas a debilitar su resistencia frente a la voluntad de las autoridades». Todo ello comprendido como un conjunto de mecanismos o aparatos dirigidos y orientados para dirigir el control

y la sanción de conductas desorientadas o alejadas en el campo político, social, ideológico… pero como concepción próxima a la idea de violencia política[1].

Incluso antes de terminar la Guerra Civil española, los militares sublevados al mando de Franco ejercieron una represión sistemática y arbitraria contra los derrotados y sus enemigos, constituyendo una de sus principales señas de identidad a lo largo de la existencia de la dictadura franquista. La victoria de los golpistas supuso el desarrollo de los aparatos represores que continuaron con la política de venganza contra los españoles tildados de rojos, antiespañoles, revolucionarios, anticatólicos y asesinos. No solo buscaban una eliminación física de ellos, sino que querían extirparles y hacer desaparecer sus principios políticos, ideológicos y culturales. El franquismo construyó un mecanismo de control y el dominio totalitario usando distintas tácticas, donde las directrices principales fueron la represión y el sometimiento del total de la población a través de la violencia y con un control exhaustivo del sistema represivo. Las tácticas impuestas iban unidas a un extenso abanico de medios de propaganda legalizados y refrendados por un sistema jurídico y legislativo represivo, que expandieron hasta la sumisión de los enemigos del régimen, con una política penitenciaria y de reclusión generalizada contra los vencidos y con la ejecución de muchos de ellos. Una de sus directrices fue acabar con todo intento de organización política, sindical e ideología que tuviera un pensamiento distinto a lo que divulgaba el nuevo régimen. Buscaban el sometimiento social y el acatamiento de las familias republicanas que las llevaría a un escarnio público ante el resto de la población, intentando silenciarlas. A través de las argucias forzosas quisieron legalizar lo ilegal y someter y reprimir a los vencidos. La nueva España se basaba en una jurisdicción militar que legitimó todas sus acciones represoras, consiguiendo grandes beneficios económicos, políticos y sociales que fundamentaron y consolidaron su estructura y el apoyo social a la dictadura.

Los nuevos gobernantes tenían previsto acabar con cualquier atisbo de republicanismo, de movimiento obrero o de ideología política, que no fuera afín a sus nuevos postulados totalitarios, con el beneplácito de la Iglesia católica y de los militares. No solo fue una represión física, sino también política, económica, cultural, sexual, etc.; aquellos individuos sometidos y castigados serían más fácil de desideologizar, ya que su único pensamiento era el hecho de sobrevivir. Con esas actuaciones era como si los enemigos de la nueva España hubieran tenido la culpa del golpe de Estado, siendo criminalizados todos sus actos y generalizándose el miedo a ser detenido y represaliado.

La dictadura franquista basó sus actos represores en un sistema judicial que diera legitimidad a sus actos. Para ello se basaron en una serie de leyes promulgadas que otorgara un armazón legal y un corpus jurídico a sus políticas represivas (la Ley de Responsabilidades Políticas, la Ley de la Represión de la Masonería y el Comunismo, las Leyes de Seguridad del Estado, el Decreto-Ley sobre represión de los delitos de Bandidaje y Terrorismo, etc.). El nuevo régimen aplicó el delito de rebelión militar a través del Código de Justicia Militar para ejecutar a miles de personas detenidas. Para ello extendió el estado de guerra hasta 1948 e ilegalizó las organizaciones políticas y sindicales[2].

Una de las bases del régimen fue la estructura militarizada en los diferentes cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado: la Guardia Civil –que contenía al antiguo cuerpo de Carabineros–, el Ejército y los distintos cuerpos policiales, destacando en el Ministerio de la Gobernación, la Dirección General de Seguridad (DGS) y la Brigada Político Social (BPS). También tuvieron importancia en esa labor represiva los servicios de información (Territorio, Contraespionaje e Interior), los gobernadores civiles y la Secretaría del Movimiento de Falange. Para facilitar el trabajo a las fuerzas de seguridad del Estado, desde los servicios del Ministerio de la Gobernación redactaron informes sobre los enemigos y adversarios del régimen, con sus líneas de actuación, nombres y políticas antifranquistas desarrolladas. Para la confección de aquellos dosieres, los servicios policiales dedicaron bastantes recursos y personal, incluso realizando estadísticas y registros de todo ello. Para dicho trabajo usaron a agentes de la policía instruidos en ocasiones por la Gestapo alemana y con experiencia en trabajos antimarxistas. La información era obtenida por espías de los servicios secretos, por militantes o simpatizantes comunistas que facilitaban testimonios a las fuerzas del orden y también de parte de serenos y de porteros de vivienda falangistas que colaboraban con datos sobre individuos calificados de opositores antifranquistas. Estos informes eran utilizados de manera interna por la policía y por la Guardia Civil en sus trabajos de investigación. Las circulares más importantes eran resumidas por policías de la DGS y eran enviadas al Ministerio del Interior. De aquí, con posterioridad se mandaban a la Secretaría de la Jefatura del Estado, la cual informaba al jefe del Estado[3].

Antes de finalizar la Guerra Civil, Franco había encargado crear la denominada Oficina de Investigación y Propaganda Anticomunista para recopilar y estudiar toda la documentación incautada a las fuerzas republicanas. Luego crearon el Servicio para la recuperación de los Documentos, cuya misión era registrar e incautar la documentación de las sedes y locales de las agrupaciones políticas y

sindicatos de izquierda para utilizar la documentación en el posterior enjuiciamiento de las personas que hubieran defendido la causa republicana. El policía Eduardo Comín Colomer utilizó gran cantidad de esos documentos para escribir varios libros en los que censuraba el comportamiento y la acción de las fuerzas del Frente Popular, destacando su feroz anticomunismo. Con ello creó una publicación titulada Boletines de Información Antimarxista, de uso interno y restringido de la policía, siendo publicados en la DGS. Tuvieron una tirada de 1939 a 1945 con un total de cuarenta boletines y una periodicidad primero de dos semanas, luego mensuales y terminaron siendo editados cada dos meses. Casi la mitad de los números trataron temas del comunismo, seguidos por los masones, los judíos, los anarquistas, los socialistas y el movimiento obrero. Comín Colomer daba una gran importancia al contubernio judeo-masónico y al comunismo como grandes enemigos del nuevo régimen franquista. A finales de 1946, vio la luz el primer número de unos boletines informativos editados por la Comisaria General Político Social, teniendo una periodicidad variable, y se publicó durante toda la dictadura. También eran de uso exclusivo de los policías y en ellos trataban temas políticos, predominantemente comunistas, con las acciones más destacadas, ante todo de propaganda y los listados con nombres de los detenidos[4].

En los métodos represivos utilizados por la policía franquista, se empleaban fichas personales de personas de «moral y condición peligrosa» que hubieran pertenecido a cualquier partido o sindicato contrario a los nuevos postulados dictatoriales. Ya vimos cómo la información era obtenida de los datos ofrecidos por personas adheridas al régimen, incluidas particulares que, por el hecho de denunciar a un vecino, querían vengarse de viejas rencillas o apuntarse tantos con los nuevos gobernantes, con el objetivo de implicarse en el nuevo régimen. En las principales ciudades, los delegados falangistas de las casas, de bloques y de calle informaban sobre aquellos inquilinos e individuos sospechosos de pasados izquierdistas, principalmente la militancia en el PCE. Para ello, el franquismo estructuró una extensa trama de soplones, confidentes y delatores entre la población, incluidos personas que habían defendido la causa republicana. Buscaban la colaboración ciudadana y el compromiso para denunciar a los enemigos de la patria. Estos serían detenidos, depurados, exiliados, desterrados e incluso, fusilados. Aunque las denuncias fueran falsas en gran cantidad, el desarrollo de las mismas seguía su curso, poniendo de manifiesto las técnicas de vigilancia y control continuas contra el vencido, derivando todo ello en una situación de recelos y temores generalizados entre aquella parte de la población que había sido derrotada, con poco deseo de

resistencia ante un estatus de represión feroz como fue el del régimen franquista.

Los ciudadanos empezaron a ver importantes cambios en la realidad social y cotidiana al terminar la Guerra Civil, ya que para cualquier gestión o diligencia a realizar (conseguir cartillas de racionamiento, buscar trabajo, viajar de una provincia a otra, etc.) cualquier persona necesitaba una cédula personal que tenía que ser expedida por algún organismo estatal. Para ello tenían que rellenar una ficha policial con sus datos personales para que la policía comprobara que no tenían ningún antecedente penal, o que hubiera formado parte de alguna organización política o sindical republicana. De igual manera tenían que presentar varios avales de personas afines a los rebeldes vencedores; solamente así podrían tramitar la documentación necesaria. Según el comunista Valentín Gómez, entre finales de 1939 y principios de 1940, los salvoconductos tenían un tamaño de media cuartilla de color entre gris y amarillo, con los datos impresos en el que se indicaba que se podían utilizar para viajar por toda España, menos por la zona fronteriza, que utilizaban otro tipo de salvoconductos. Aunque pudo observar en varias ocasiones como personas afiliadas a Falange y con el carné de esta, no les hizo falta enseñar ningún salvoconducto[5].

EL TEMOR A LAS DELACIONES Y A LOS CONFIDENTES AL SERVICIO DEL RÉGIMEN FRANQUISTA

La década de los años cuarenta del siglo pasado fue, sin lugar a dudas, la etapa de la dictadura donde la represión y la violencia contra los vencidos republicanos, tuvo su periodo más álgido. Un periodo de hambres, miserias, detenciones, fusilamientos y exilios. Una situación histórica marcada en ocasiones por las estrategias marcadas por el exterior, condicionada a las variaciones existentes en la política internacional en pleno desarrollo de la Segunda Guerra Mundial y supeditada en el interior a la posición represiva de Franco y la Falange. En el ámbito de la clandestinidad comunista, uno de los factores que más preocupaba entre la militancia era el miedo a las delaciones y entregas por parte de la gran cantidad de confidentes y agentes dobles que daban información a los servicios de seguridad franquistas. Este hecho conllevó que gran cantidad de cuadros y simpatizantes comunistas estuvieran escondidos y decidieran no participar en el movimiento opositor al franquismo.

Los servicios secretos de información franquista durante esa época formaban parte de la estructura militar y estaban divididos en varios organismos: el Servicio de Información de Falange, la Comisión de Estadística del Alto Estado Mayor, la 2.a Sección y la 2.a Sección BIS en el Estado Mayor del Ejército y el Ministerio de la Gobernación, con la Dirección General de Seguridad. Esta estaba dividida en cuatro grandes comisarías: Fronteras, Identificación, Orden Público e Información. Con la Ley de Policía de 1941, los diferentes Cuerpos de Seguridad del Estado pasaron a denominarse Cuerpos General de Policía, integrándose el Cuerpo de Policía de Tráfico y Armada (a su vez integró al cuerpo de Seguridad y Asalto), el Cuerpo de Investigación y Vigilancia, la Milicia del Partido (falangista) y a la Guardia Civil. El Cuerpo de Policía más destacado era la Brigada de Investigación Social, más conocida como Brigada Político Social (BPS), cuyos atributos estaban reglamentados en la Ley de Vigilancia y Seguridad[6].

La represión franquista podía verse en los múltiples informes que redactaban los servicios del Ministerio de la Gobernación. Toda esa información era básica para las fuerzas del orden franquistas y los servicios de inteligencia (la DGS, la Falange, el aparato militar, etc.). Dedicaban grandes recursos económicos y físicos para confeccionar las estadísticas y los informes para controlar a todos los grupos y organizaciones opositoras al régimen, no solo en España, sino también en el extranjero, destacando por encima de todas el PCE. La dictadura y sus fuerzas opresoras utilizaban a agentes expertos en contenidos antimarxistas, a comunistas que eran delatores, a espías de los servicios secretos que estaban en connivencia con los informadores de otras agencias de información, a porteros y jefes de viviendas falangistas, a serenos, etc.; todos ellos eran esenciales en el organigrama represor franquista, facilitando la información que luego era utilizada por la policía para llevar a cabo su cometido, tras la elaboración de listados con nombres de opositores y de las principales acciones que realizaban los comunistas españoles. Un ejemplo de este tipo de informes lo encontramos en Toledo y provincia, cuando desde la DGS realizaron una memoria sobre el grado de vigilancia y represión a que estaban siendo sometidos los comunistas que estuvieron presos y alcanzaron la libertad, de igual manera que sus familiares y todos aquellos camaradas suyos que esperaban un juicio. El redactor del informe se pavoneaba de las dificultades que pasaban las familias de los reos, exiliados, condenados y fusilados comunistas, ya que no tenían nada para comer y subsistían con lo poco que les quedaba. Esto es una demostración más de la represión vivida por los luchadores antifranquistas y sus familias, de la diaria estigmatización social y deshonra que les tocó vivir. Todos sus movimientos y

sus casas eran vigilados para ver si formaban parte de un comité clandestino o recibían algún paquete o correspondencia. En ocasiones tenían que presentarse en las comisarías de policía y en los cuarteles de la Guardia Civil como forma de tenerlos controlados y no dejarles tranquilos.

El franquismo diseñó un sistema paralelo al de los servicios policiales basado en un grupo de informadores y delatores que daban la información, en muchos casos, sin ningún tipo de medida represiva hacia sus personas. En ocasiones actuaban de esa manera para intentar borrar un pasado republicano e integrarse en el nuevo régimen y en otras ocasiones claudicaban con los nuevos gobernantes ante la falsedad de la adquisición de beneficiosas proposiciones (dejar en libertad a algún familiar preso, el no ser detenido, la obtención de algún cargo en la nueva administración franquista, etc.). Pero el recurso más utilizado para denunciar a un camarada o un compañero de lucha y de organización era el de salvaguardar su propia vida. Es cierto que hubo verdaderos profesionales del soplo y de la denuncia, pero un alto porcentaje de las declaraciones fueron obtenidas bajo la presión de las torturas, que podían provocar hasta la muerte del detenido. Esto causaba el pánico al reo, porque podía quebrantar su capacidad de resistencia. Generalmente no había una doble intencionalidad en la declaración, sino que el represaliado buscaba proteger su propia integridad, paralizando a toda costa la tortura a la que estaba siendo sometido.

Los organismos superiores del PCE indicaban en las instrucciones de comportamiento que, en el caso de sufrir una detención, tenían que ser fuertes y buenos revolucionarios para no denunciar a sus camaradas. Para ello tenían que sacrificarse ante las torturas que iban a sufrir en las comisarías de policía y en los cuarteles de la Guardia Civil. La fortaleza física y psicológica era fundamental para no confesar. Lo que verdaderamente importaba era la organización, el Partido (con P mayúscula como les gustaba recalcar a la militancia y a sus dirigentes) y el resto de cuadros. Los comunistas que resistían los duros interrogatorios eran reconocidos como héroes y mártires de la causa. Moralmente estaban arropados por su Partido y su resistencia personal estaba justificada; de esta manera se creaba un vínculo estrecho entre el militante y su organización política. Pero aquellos que no aguantaban las torturas y declaraban todo lo que sabían, en multitud de ocasiones fueron señalados como desviacionistas y traidores a la línea oficial del Partido. Les quedaba claro que no era lo mismo denunciar sin ninguna represión, que denunciar bajo su propia decisión y parecer. También hubo comunistas que se saltaron las normas básicas de clandestinidad poniendo en peligro a sus compañeros e incluso delatándoles.

En estos casos, si sabían de la existencia de un o una camarada que había delatado a un compañero intentaban que fuera ajusticiado por algún comando guerrillero, en venganza de los que habían caído y para que no siguiera denunciando (hubo decenas de eliminaciones físicas de personas que fueron denunciadas de traición y otras por haber denunciado a comunistas, como el caso de dos serenos en Madrid, asesinados a manos de guerrilleros por haber delatado ante la policía a mujeres y hombres de ser comunistas o simpatizar con el comunismo). No todos los acusados de ser chivatos lo fueron, pero no hay que obviar tampoco que no todos tuvieron un buen comportamiento, ya que dentro de una militancia clandestina tan dura como les tocó vivir en aquellos años de la primera posguerra, las sospechas eran evidentes, comprobándose que un gran número de ellas fueron ciertas, con infiltrados franquistas. Era la ley del más fuerte, o sobrevivías tú o el enemigo y, por ello, había que salvar la vida de los camaradas, ya que valía más la existencia de decenas de personas que la de un chivato o soplón. La dirigente comunista Antonia García Vaquero manifestó ante el tema de las traiciones: «(…) que por lo tanto había que coger al traidor para recriminarle su acción y hacer ver que ese proceder era reprobable»[7].

La policía franquista tuvo otras fuentes de información para detener a los militantes comunistas, gracias a las fuerzas que se sublevaron en el golpe de Casado. Los miembros del Comité Provincial del PCE de Madrid no tuvieron tiempo de quemar todos los archivos y ficheros de sus sedes, antes de que entraran los sublevados golpistas a la capital de España, debido a las detenciones indicadas. Esa documentación eran boletines de afiliación al PCE con fichas biográficas de militantes de distintos radios y sectores que iban dirigidos a la Comisión de Cuadros y que aportaban los cargos y las direcciones de los cuadros durante la Guerra Civil española. Con toda esta información, los miembros del cuerpo de policía supieron quiénes habían formado parte del PCE madrileño y pudieron detenerlos con facilidad[8]. Aún más fácil lo tuvieron con otros grupos de comunistas que fueron encarcelados por las tropas casadistas. El franquismo lo único que tuvo que hacer fue utilizar su sistema represor jurídico para juzgarlos y condenados a muerte, fusilarlos. Hubo diversos tipos de delatores comunistas al servicio policial que facilitaban la información deseada para detener a las distintas estructuras clandestinas del PCE y de la JSU, en las confidencias facilitadas. En el caso de Madrid vamos a ver varios ejemplos de delatores que, con las confidencias, facilitaron la detención de gran cantidad de «camaradas» en los primeros años de posguerra. El primero de ellos es Roberto Conesa Escudero. Este agente doble militó durante la Guerra Civil en la JSU y una vez finalizada esta propuso a varios de sus «camaradas» formar grupos del

SRI para ayudar a los presos comunistas. No obstante, Conesa consiguió engañar a los anteriores y gracias a él hubo muchas detenciones en Madrid de miembros del partido y de la organización juvenil. Gracias a ello y aunque no fue bien visto durante cierto tiempo por sus compañeros, debido a su pasado marxista, poco a poco se fue ganando la confianza de sus superiores, ya fueran comisarios, jefes de policía y jueces. Un informe del Servicio de Información e Investigación de Falange, del distrito de Hospital, indicaba que Conesa, junto a Juan García del Olmo y en connivencia con la BPS, crearon un servicio de colaboradores y debido a sus informes detuvieron a decenas de comunistas. Según el expediente personal de Roberto Conesa, este hizo su presentación en la BPS el 25 de agosto de 1939 (veinte días después del fusilamiento de las llamadas «13 Rosas»), siendo destinado a la comisaría de Palacio. A principios de diciembre del mismo año, el infiltrado recibió una felicitación personal del ministro de la Gobernación, Ramón Serrano Suñer, por la ayuda al mantenimiento del orden público y las medidas desarrolladas por el traslado del féretro de José Antonio Primo de Rivera, llevados desde Alicante al monasterio de San Lorenzo del Escorial[9].

Otro de los delatores fue Juan Miguel Jiménez Moreno, un verdadero experto en el acto de la confidencia, primero para los miembros el Servicio de Inteligencia de la Policía Militar y luego para la BPS. Durante el conflicto luchó para los republicanos, dentro de una unidad guerrillera en el frente de Guadalajara. Una vez finalizada la Guerra Civil, se puso a trabajar como camarero en el bar Metropolitano, situado en la calle madrileña de Bravo Murillo, muy frecuentado por comunistas. Jiménez fue un infiltrado en la organización clandestina y ayudó a desarticular gran cantidad de células del Sector Norte del PCE. A consecuencia de sus informes, facilitó la ubicación y posterior detención de la dirección del PCE en el norte de España. Antonio Parra Álvarez era el responsable de Jiménez en la Policía Militar y tenía su sede de la Brigadilla en la calle de Jorge Juan, 65. Cuando Jiménez tenía información que facilitar, entregaba una nota al jefe de la policía Basilio del Valle Montero, el cual a su vez le daba un documento oficial que le acreditaba para realizar las acciones que quisiera y la libertad de movimientos. Con posterioridad y al disolverse la Brigadilla Especial, Jiménez pasó a colaborar directamente con la BPS, siendo su contacto el policía Caballero Gómez y utilizaba como anagrama de confidente las siglas PCM 1[10].

Gracias a la información delatora de Jiménez, la policía pudo detener a bastantes comunistas, entre ellos al dirigente Manuel Prades Blanco. Este trabajaba en la

taberna de su tío en la calle Ave María, 33 y en las primeras declaraciones ante la policía en la DGS, fingiendo estar desequilibrado y sin sentido, no dijo nada. Pero, ante la detención de su mujer, Petra Morales, sintiéndose presionado para que no la torturan y habiéndole prometido que no le iban a fusilar (promesa incumplida finalmente, ya que fue fusilado el 19 de octubre de 1943), cambio de opinión y declaró ante el juez del Tribunal Especial de Espionaje y Alta Traición, Jesualdo de la Iglesia Rosillo, todo lo que sabía, entregando a sus compañeros del Comité Provincial madrileño. El resumen policial de las manifestaciones de Prades no tiene desperdicio para conocer el grado de implicación del detenido con el nuevo régimen, contra el que días antes había luchado en las filas de una organización antifranquista:

(…) como español solicitó dar cuenta de cuanto sabía a las autoridades al objeto de que se llevara a cabo una labor respecto al comunismo, por entender que la extensión de estas ideas era un mal para el país, habiendo dado toda clase de detalles[11].

Otro delator comunista de infausto recuerdo para sus compañeros fue Eleuterio Lobo Martín. Este había sido enviado por la Delegación del PCE en México para conocer el estado y ayudar en la reorganización de la JSU en España. Tras pasar por Portugal y tener varias entrevistas con algunos de los máximos dirigentes de la Delegación comunista en el interior del país, incluido Heriberto Quiñones, fue detenido. En el juzgado Lobo indicó que haría una declaración muy extensa sobre la organización y sus dirigentes, incluido el aparato en América (otro comunista que a pesar de sus manifestaciones no se libró de pasar por la cárcel). En el sumario, la policía manifestó:

Todas estas declaraciones las hizo ante la policía de Madrid sin haber sido objeto de mal trato ni coacción alguna. (…) en consecuencia relató cuantos detalles sabía y pudieron orientar a la policía de Madrid para sus trabajos y detenciones, sabiendo que cuando salió de la capital, habían sido detenidos la mayoría de los que a por él habían sido acusados[12].

La confidencia de Lobo no fue la única por aquellas fechas, ya que en Lisboa el máximo dirigente del PCE en tierras portuguesas y agente de la Internacional Comunista, Julián Teixeira, también fue detenido por la Policía Internacional y de Defensa del Estado portuguesa (PIDE). En sus declaraciones denunció todo el organigrama clandestino en España, Portugal y América, ayudando a la detención de comunistas portugueses y españoles, entre los que se encontraban el denominado «Grupo de Lisboa», que eran dirigentes españoles procedentes de América para hacerse con el control del PCE en España (entre los detenidos estaban Isidoro Diéguez, Manuel Asarta y Jesús Larrañaga, que fueron fusilados en Madrid el 21 de enero de 1942).

LAS DETENCIONES, LAS TORTURAS Y LA CELEBRACIÓN DE LOS JUICIOS SUMARÍSIMOS

Con la detención de los opositores y las opositoras al régimen arrancaba el desarrollo del procedimiento represivo franquista. Una vez eran detenidos, se les llevaba a las diferentes comisarías de policía (en Madrid hubo quince comisarías de distrito), a los cuarteles de la Guardia Civil y a las delegaciones de Falange. Entre los lugares y edificios de nefasto recuerdo para los que tuvieron que pasar por ellos, estaban: la Jefatura Superior de la policía en la Barcelona Vía Layetana, la comisaria gijonesa de la calle Cabrales, la vieja comisaria sevillana de la Gavidia, la comisaría valenciana en la calle Samaniego, etc. Pero el edificio más emblemático de lo que representó la represión del nuevo régimen fue la Dirección General de Seguridad, situado en la puerta del Sol madrileña. Siguiendo el argot policial: utilizando hábiles métodos interrogatorios o estrechado a preguntas en múltiples y sucesivos interrogatorios, sin iniciar las terribles torturas que les esperaban a los detenidos; asesoraban y sugerían de las más que probables consecuencias que tendría el hecho de no declarar lo que sabían o lo que ellos querían escuchar. En multitud de ocasiones, los funcionarios dedicados a interrogar a los detenidos obtenían las confesiones utilizando terribles torturas y transgrediendo la resistencia del torturado. No era lo mismo obtener averiguaciones sin poner la mano encima al detenido, el cual delataba a compañeros y las actividades del Partido, que claudicar ante las torturas infringidas por la acción represora policial. Algunos de los detenidos comunistas murieron en las comisarías franquistas. Fue el caso del dirigente

asturiano Casto García Roza, que murió a manos de sus verdugos el 22 de septiembre de 1946, en la comisaria gijonesa de la calle Cabrales. También murieron los comunistas Manuel López González, Bonifacio Fernández y José López Espino. Hubo otros casos de asesinatos por parte de los policías franquistas, que los quisieron hacer pasar por suicidios, como el del comunista Eduardo Sánchez Biedma, en el metro de Sol. Y, por último, hubo algunos suicidios frustrados. Fue el caso del comunista Narciso González Rafael, que fue detenido el 20 de febrero de 1944 y tras pasar ciento nueve días en la DGS, recibiendo terribles palizas, intentó suicidarse porque no quería delatar a ningún compañero y por no aguantar el trato inhumano al que fue sometido[13].

La odisea vivida por aquellos que pasaron por esos centros policiales fue indescriptible, ya que muchas personas perdían el conocimiento de las palizas sufridas. Incluso se utilizaban los servicios de boxeadores para los interrogatorios de la DGS, casos como los de Mario de las Heras, Álvaro de los Santos y Heliodoro Ruiz, denunciados por el PCE en el periódico Mundo Obrero, en el que pedían al pueblo madrileño que si se encontraban por la calle a estos «sicarios franquistas» los eliminaran[14]. El historiador Francisco Moreno distingue cuatro tipos de tortura: la de choque o vengativa de las iras reprimidas durante la Guerra Civil, la de los odios personales y venganza de las víctimas de derechas, la tortura judicial que trataba sobre la instrucción de un consejo de guerra participando falangistas y derechistas locales y una posible última tortura, la del mantenimiento del terror que era aplicada por la Guardia Civil en el mundo rural para hacer hablar a los detenidos[15].

El procedimiento era seguido por el juzgado instructor adscrito al Tribunal Militar correspondiente, solicitando información a las comisarias, delegaciones de Falange, etc., para que les informaran de la conducta social y política de los detenidos. Según pasaban los años, en particular a partir de 1944, la maquinaria judicial militar franquista hizo con mayor minuciosidad las causas sumariales, un ejemplo más de que iban perfeccionando su tarea represora contra los enemigos. Generalmente, el corpus documental de una causa donde hubiera bastantes encausados por temas políticos estaba compuesto por: las primeras denuncias, las declaraciones de testigos y familiares de víctimas, la petición de informes y antecedentes penales y políticos, los interrogatorios ante la policía, las pruebas y la documentación de los presos de sus actividades antifranquistas, el informe del fiscal y del abogado «defensor», la sentencia y la tramitación con el visto bueno del auditor y la confirmación de la pena indicada por el capitán general correspondiente. La duración del juicio no pasaba por norma general de

las dos horas, a pesar de que hubo algunos con más de cincuenta inculpados. Las condenas eran variadas y las acusaciones también eran diversas: por delito de rebelión en sus grados de incitación, auxilio o adhesión. Las actividades clasificadas como delitos contra la Seguridad del Estado fueron por las que los comunistas fueron juzgados en su lucha contra la dictadura. Todos esos delitos estaban recogidos en el Código de Justicia Militar, destacando los artículos 238, 240 y los artículos 286 al 288.

En Madrid la mayor parte de los consejos de guerra se celebraron en el Palacio de Justicia de las Salesas, ubicado en la plaza de las Salesas, 3. La Auditoria de Guerra de la Primera Región Militar comprendía militar y judicialmente a Madrid, Levante, Extremadura y la actual Castilla La-Mancha. Entre 1939 y 1949, en dicha Auditoría se instruyeron más de 146.000 expedientes militares, donde fueron encausadas aproximadamente más de 250.000 personas (entre ellos miles de comunistas). Si extrapolamos esos números al resto de las nueve Regiones Militares, y a las diez Auditorías de Guerra Provisionales que el franquismo creó, las cifras de procesados son desbordantes con miles de condenas impuestas. El Juzgado Militar Especial para los Delitos del Espionaje y Comunismo estuvo bajo el cargo del coronel de infantería Enrique Eymar Fernández. Desde su sede, primero en el Paseo del Prado y luego trasladada a la calle del Reloj, 5, tomaba declaraciones a los encausados (también acudía a la prisión de los talleres penitenciarios de Alcalá de Henares y cuando esta cerró, a la prisión toledana de Ocaña). Eymar encarnaba el brazo ejecutor de la represión franquista y su entramado militar. Incluso se creó un Juzgado Especial Militar en manos de Eymar el 24 de enero de 1958, que junto a la Ley de Responsabilidades Políticas de 1939 y la Ley de la Represión de la Masonería y el Comunismo, fue la jurisdicción responsable de la represión política franquista[16].

Debido al aumento de las actividades clandestinas comunistas antifranquistas entre 1943 y 1945 (por importancia, por el incremento de la militancia y por la subida de fugas y protestas en el interior de las cárceles), y al peligro que suponía ello para la defensa del régimen, Eymar hizo una protesta formal ante el juez especial de la Presidencia de Gobierno, el coronel Francisco Javier Planas de Tovar. A eso le añadió el malestar por la política penitenciaria que realizaba el ministro de Justicia, Eduardo Aunós, indicando que desde hacía tiempo se habían relajado y suavizado las condiciones represivas contra los presos, aludiendo incluso un grado de colaboración por parte de ese Ministerio. La protesta se extendió hasta los servicios secretos franquistas y de la DGS por la

denominada «política aperturista» llevada a cabo por Aunós. Eymar fue más allá de las protestas ya que, aparte de enviar un informe al director de la nueva Prisión Provincial de Madrid en Carabanchel, Faustino Rivera de la Torre, en el que mencionaba la presencia de una extensa célula clandestina en la cárcel y que estaba en contacto con otros grupos de oposición al régimen en el extranjero, empezó una investigación por su cuenta utilizando a otros presos anticomunistas como espías y chivatos para obtener información, sin lograr el objetivo propuesto. Planas de Tovar hizo una investigación tomando declaración a altos cargos de la DGS, de la Dirección General de Prisiones y de la Seguridad del Estado. El resultado final de las pesquisas fue que Eymar y la DGS llevaban razón y que era más importante la eliminación de los principales enemigos del régimen (el PCE), que las condiciones de habitabilidad de la población reclusa. A los pocos meses, el director general de Seguridad, Francisco Rodríguez Martínez unificó toda la investigación político social en el juzgado de Eymar, el cual fue premiado a finales de la década de los años cuarenta con una medalla al mérito policial[17].

En la celebración de algunos juicios en los que los procesados eran dirigentes importantes del PCE, asistían corresponsales de agencias de noticias y periodistas extranjeros y comisionados de consulados y de embajadas de diferentes países. Con ello se iniciaban unas campañas internacionales de solidaridad antifranquistas que presionaban al régimen para poder conmutar las penas de muerte. Esto sucedió con varias causas iniciadas contra comunistas (Isabel Alvarado, Mercedes Gómez Otero, María Teresa Toral, Sebastián Zapiraín, Santiago Álvarez, Juana Doña, Cristino García, etc.), en la que en algunos casos pudieron reducir la pena de muerte por otra de treinta años y en otros no. En julio de 1944 se celebró un juicio contra treinta y cuatro comunistas por actividades antifranquistas. Durante el mismo, ante las preguntas del juez al comunista Ángel Cabrera García de por qué se presentó en el juicio en una camilla, llevado por funcionarios de prisiones, el inculpado manifestó que fue por las palizas recibidas en la DGS al romperle la columna vertebral a patadas. Llegado el turno del fiscal alegó, a través de un certificado médico, que los dolores eran producidos por una tuberculosis vertebral que ya tenía. Finalmente, Ángel fue operado el 13 de septiembre del mismo año y salió absuelto de sus cargos[18].

En el seno del entramado de los juzgados franquistas, hubo casos de corrupción y sobornos, entre el personal jurídico, los funcionarios públicos, abogados y militares. Hubo varios casos en el cuerpo de letrados de abogados que

presumiblemente podían hacer desaparecer expedientes judiciales, conseguir rebajar las penas impuestas e incluso la añorada libertad. Por todo ese trabajo cobraban grandes cantidades de dinero (en algunos casos 10.000 pesetas por cada expediente y en otros, 5.000 pesetas). Una verdadera fortuna para unas familias de presos que no tenían ni para comer. Tras realizar el pago, los abogados se quedaban con el dinero y no hacían nada de lo prometido. Fue el caso del abogado Enrique Agustín Márquez, que decía que podía poner en libertad a los presos del Juzgado Militar n.o 20 de Madrid. Otro engaño fue el ocurrido con el abogado Otto Odón Esteire, que cobró dinero por indicar que podía sacar de la prisión de Porlier a los comunistas Jesús Bayón, Manuel Chercoles y otros más. Este suceso fue investigado por las autoridades franquistas, pero tras las indagaciones practicadas, Esteire fue absuelto y el dinero cobrado nunca fue reclamado[19].

LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN, LAS CÁRCELES REPRESORAS Y LOS INTENTOS DE FUGA

Los enemigos al nuevo régimen fueron llevados a diferentes campos de concentración y cárceles a lo largo de todo el país. El franquismo instaló cerca de trescientos campos de concentración y habilitó centenares de colegios, cines, hospitales y sobre todo iglesias y conventos, para instalar centros penitenciarios (en el caso de Madrid habilitaron doce para los hombres y cuatro para las mujeres). Formalizó un sólido sistema represivo y unos procedimientos de encarcelamiento y confinamiento masivo del enemigo. De esta manera, Franco quiso que se cumplieran las condenas según las leyes militares establecidas y se aseguraba un control social a través del sistema implantado. Una política penitenciaria con un modelo de disciplina militar y unos valores de reeducación, tradicionalismo y nacionalcatolicismo. Todo ello se resumía en lo que el director general de Prisiones (hasta mediados de 1942) manifestaba de cómo tenía que ser una cárcel franquista: «la disciplina de un cuartel, la seriedad de un banco y la caridad de un convento». Parte de los detenidos pasaron por batallones de trabajo y en otros disciplinarios, trabajando forzosamente en obras de la nueva administración, con el consiguiente enriquecimiento de grandes empresas y personas afines al Movimiento Nacional, al utilizarlos como mano de obra esclava. La humillación, el sentimiento de derrota y la reevangelización eran

paradigmas fundacionales que la Nueva Patria quiso inculcar a los enemigos de la nueva España. Por todos esos lugares de represión pasaron cerca de 700.000 personas[20]. El exilio fue otra de las consecuencias dramáticas que tuvieron que vivir los republicanos ante el miedo que existía a perder la vida si decidían quedarse. El drama protagonizado por centenares de miles de personas abandonando el país y buscando refugio en otros lugares fue indescriptible. Cerca de medio millón de personas protagonizaron el éxodo republicano español. Una vez llegados a Francia fueron internados en otros campos de concentración y algunos de ellos, al salir en libertad, lucharon en plena Segunda Guerra Mundial dentro de la Resistencia contra el invasor nazi.

Los edificios habilitados como presidios no estaban preparados para albergar a miles de prisioneros que se hacinaban en celdas minúsculas. En el interior de los recintos y cárceles, el entramado carcelario y los funcionarios de prisiones les hacían ver a los presos que cualquier tipo de actividad antifranquista, resistencia, mal comportamiento e intento de fuga sería reprimido y castigado duramente. La Prisión Provincial de Carabanchel, inaugurada en junio de 1944, acogió a los presos de las cárceles de Porlier, Torrijos y Santa Rita. En la nueva prisión, las celdas eran compartidas tanto por presos políticos como por comunes. Contaba con tres patios: uno donde estaban los presos aislados en el periodo de los diez días de entrada, el patio central era el más grande, pasando casi todo el día en él y otro era el patio de los comunes, dividido a su vez en dos galerías de planta baja donde en uno estaban los talleres-reformatorios y en otro la zona de preventivos, lugar en el que permanecían los presos que no habían sido juzgados. En las dos galerías de la planta baja no había ni agua y solo tenían cuatro retretes. En la Prisión Central de Alcalá de Henares fueron destinados bastantes de los comunistas detenidos en Madrid. Las galerías de celdas eran los lugares donde estaban los castigados y los condenados a muerte, conocidos como «dormitorios». De estos había entre 100 y 140, siendo rectangulares y muy mal ventilados, con techos bajos y paredes enyesadas. Los lavabos y duchas eran insuficientes para el elevado número de presos que había en su interior (aproximadamente un wáter para cada 150 personas). Tampoco había agua y tenían que subirla con gavetas del rancho hasta los dormitorios[21]. A pesar de ello, en el interior de las cárceles los presos y las presas comunistas se organizaron en comités con una dirección, realizando diferentes acciones: plantes, publicaciones periódicas y propaganda clandestina confeccionada a mano, impartir clases a los compañeros de alfabetización y de diversas asignaturas, ayudar a camaradas con temas de asesoramiento jurídico para preparar los juicios, etc. Era una manera de mantener el espíritu combativo, de

fortalecimiento personal y de lucha contra las imposiciones dictatoriales y represivas del régimen.

En el interior de las cárceles españoles hubo muchos presos comunistas con pena de muerte. Para evitar que acabaran ante los pelotones de fusilamiento y poder utilizarlos en libertad en los trabajos de reorganización clandestina del Partido, este decidió realizar varios intentos y planes de fuga. La mayoría no obtuvieron éxito, como el intento de fuga fracasado para sacar a varios penados de muerte, entre ellos Adriano Romero, en la cárcel de Ciudad Real; las varias intentonas de preparación de la fuga de Eugenio, Mesón y Ascanio de la prisión madrileña de Porlier; la tentativa de evasión en la misma prisión, primero de los comunistas Américo Tuero y José Wasjblum, más tarde de otros comunistas como Ramón Guerreiro y Jesús Bayón y el fracasado objetivo de escaparse por el desagüe de la celda de Sixto Agudo en la prisión provincial de Sevilla, antes de la celebración de su juicio a finales de 1945. Pero algunos presos sí lograron fugarse, contando en ocasiones con la ayuda de funcionarios de prisiones que trabajaban para el PCE o por la presencia de presos en la administración de las prisiones que ayudaron a poner expedientes de prisioneros en la lista de personas que iban a salir en libertad. En la DGS hubo varias fugas y salidas inesperadas: el 8 de mayo de 1943, el comunista Félix Pascual Herranz Piedecasas saltó desde el baño del piso superior del edificio de la Puerta del Sol utilizando la sábana de su celda, al fingir que estaba indispuesto. Félix ató la sábana a la reja de la ventana, se deslizó por ella hasta la reja del ventanal del piso de abajo y saltó a la calle. El 29 de enero de 1946, Rafael Moreno, Carmen Moreno y José Carretero fueron llevados ante el juez Eymar, quien les comunicó la pena de muerte para ellos y una condena de veinte años para ella. Al regresar al edificio de Gobernación para llevarlos a sus respectivas celdas, un guardia gritó sus nombres diciéndoles que recogieran sus pertenencias y salieran en libertad. Los tres detenidos asombrados y con la tarjeta de libertad en la mano, se fueron rápidamente, Rafael hacía un lado y Carmen y José hacia otro, dirigiéndose estos a la casa de unos amigos para esconderse. Al darse cuenta de lo que había pasado, Eymar enfurecido montó un dispositivo policial sin precedentes en Madrid, llenando las calles con fotos de los tres evadidos para ayudar a su localización (finalmente se exiliaron a México). Parece ser que entre el personal administrativo de la DGS había algún infiltrado del PCE, porque ese día salieron libres más personas. En la prisión de los talleres penitenciarios y de la propia Alcalá de Henares también hubo varias fugas. El propio Rafael Moreno se escapó junto a otros dos compañeros escalando con una cuerda el muro, el 23 de marzo de 1945. El 17 de septiembre de 1944, los comunistas Calixto Pérez

Doñoro, Dionisio Tellado, Luis Espinosa y Cecilio Martín Borja se evadieron de la misma prisión que los anteriores. En la prisión de mujeres de Ventas fue famosa la fuga de las dos presas comunistas condenadas a muerte, María Asunción Rodríguez y Elvira Albelda, el 15 de noviembre de 1944[22].

LA REPRESIÓN FÍSICA CONTRA LOS COMUNISTAS EN MADRID Y PROVINCIA EN CIFRAS, Y LA REPRESIÓN CONTRA EL PCE EN OTROS LUGARES

Entre 1939 y 1944 fueron fusiladas en las tapias del cementerio del Este de Madrid 2.933 personas (entre ellas 80 mujeres). De ese total, 128 personas pertenecían a la JSU y al PCE, siendo su delito haber realizado actividades políticas antifranquistas (representa el 4,36 por 100 del total de fusilamientos). Al cerrar la prisión de Porlier el 11 de marzo de 1944 se abrió la nueva prisión provincial de Carabanchel. En las tapias del cementerio de esta localidad y en el campo de tiro de Campamento fueron fusiladas entre 1944 y 1976, un total de 202 personas, de las que 34 fueron comunistas (en su mayoría miembros de la guerrilla urbana), representando un 16,8 por 100 de los ejecutados. Muchos presos de Carabanchel fueron enviados a la prisión y a los talleres penitenciarios de Alcalá de Henares. Aquí entre 1939 y 1948 fueron fusiladas 268 personas, 30 de ellas fueron militantes del PCE y suponían el 11,2 por 100 del total de los ajusticiados. En resumen, en Madrid y provincia entre 1939 y 1977 fueron fusiladas 3.403 personas, de las que 192 fueron comunistas, cuyo delito fue el combate contra la dictadura franquista. Al cerrarse la prisión de Alcalá de Henares, los presos políticos fueron enviados a la cárcel de Ocaña (Toledo), donde entre 1939 a 1959 fueron fusiladas 1.300 personas. En esta prisión, entre 1947 y 1948 fueron fusilados once comunistas (entre ellos Agustín Zoroa, Lucas Nuño, José Olmedo y otros ocho más, estos acusados injustamente de ser los responsables de la explosión del polvorín militar de Alcalá de Henares que ocasionó la muerte de 24 personas, el 6 de septiembre de 1947)[23].

Las caídas de los Comités Provinciales del PCE en el resto del país fueron numerosas. A las ya relatadas de Madrid, hubo otras no tan numerosas pero sí destacadas en diferentes provincias españolas. En el verano de 1939 cayó toda la organización del norte del país con la detención de más de doscientos

comunistas entre Asturias, Cantabria, Euskadi y Navarra. Por esas mismas fechas también hubo detenciones en el Regional del Levante. Entre noviembre y diciembre de 1941 hubo una gran detención de miembros de la JSU y del PSUC en toda Cataluña. A lo largo de 1941 y 1942 las caídas se fueron multiplicando por distintas zonas: en el Comité Regional de Andalucía, con multitud de detenciones en Sevilla y también en Alicante y Valencia. A principios de 1943 se produjeron bastantes detenciones en Andalucía tras la reorganización del Partido; una situación similar se produjo con la caída de un grupo numeroso de comunistas del Provincial de Euskadi y Navarra, cuando fue desarticulada la Delegación del PCE, cuyo máximo responsable era Jesús Carrera Olascoaga. Otro número considerable de detenciones se produjo entre finales de 1943 y 1944 a lo largo de todo el país, con la Junta Suprema de Unión Nacional como máximo organismo del PCE del interior y con Jesús Monzón al mando. Fueron detenidos centenares de militantes en Madrid, Cataluña y Andalucía (con más de noventa presos solamente en la provincia malagueña). Significativas fueron las detenciones de casi un centenar de militantes en el Provincial de Ceuta y Melilla. Entre 1944 y 1945 las caídas fueron importantes en Madrid, Cataluña, Levante, Galicia, Asturias, Aragón, la actual Castilla La-Mancha (numerosas en varios pueblos de Ciudad Real) e incluso Canarias. La represión franquista se fue haciendo más extensa contra los militantes comunistas, miembros, parte de ellos, de las distintas Agrupaciones Guerrilleras que lideraron la política del PCE de lucha armada contra el régimen dictatorial, hasta finales de la década de los años cuarenta.

---

[1] Eduardo González Calleja, «Sobre el concepto de represión», Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea 6 (2006).

[2] Gutmaro Gómez Bravo, «Venganza tras la victoria: la política represiva del franquismo (1939-1948)», en Ángel Viñas (ed), En el combate por la historia. La República, la Guerra Civil, el franquismo, Barcelona, Pasado&Presente, 2012, pp. 575-592; Mirta Núñez Díaz-Balart (coord), La Gran Represión. Los años de plomo del franquismo, Madrid, Flor del Viento, 2009, pp. 21-52; Julián Casanova, Francisco Espinosa, Conchita Mir y Francisco Moreno, Morir, Matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco, Barcelona, Crítica, 2002; Francisco Moreno Gómez, La victoria sangrienta, 1939-1945. Un estudio de la gran represión franquista para el Memorial Democrática de España, Madrid,

Alpuerto, 2014, y Santiago Vega Sombría, La política del miedo. El papel de la represión en el franquismo, Barcelona, Crítica, 2011.

[3] Partido Comunista de España «Informes de los servicios de Información de la DGS de delitos de la Seguridad del Estado sobre actividades comunistas», Archivos Privados, Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco, Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH).

[4] «Boletín de Información Antimarxista», abril-mayo, 1942, Fondos Contemporáneos, Expedientes Policiales, Exp. H-53142, Archivo Histórico Nacional (AHN); Boletín de Información Antimarxista, DGS, Centro Documental de la Memoria Histórica. Pablo Alcántara Pérez, «El PCE en la lupa de la Brigada Político Social. Los comunistas en los Boletines Policiales (1938-1975)», en Hispania Nova, Revista de Historia Contemporánea 19 (2021), pp. 291-324.

[5] Valentín Gómez Serrano Goyo, 15 de noviembre de 1946, Informes del Interior, Sig. 124-126, AHPCE.

[6] «Servicios de Información franquistas», 20 de julio de 1946, Sg.133-I, Fundación Universitaria y Pedro Oliver Olmo (coord.), La tortura en la España contemporánea, Madrid, Catarata, 2020, pp. 134-136.

[7] Causa sumarial contra Antonia García Sánchez y diecisiete más, 25 de julio de 1939, Causa n.o 3417, Fondo Madrid, leg. 4098, AGHD.

[8] «Boletines de Afiliación al Comité Provincial de Madrid y autobiográficos de militantes de diferentes Radios y Sectores del PCE dirigidos a la Comisión de Cuadros y relación de delegados e invitados a un pleno de Radios y Sectores», 1936-1939, PS-MADRID, Carpeta 86, leg. 1065, Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca (CDMHS).

[9] Lucas Marco y Pablo Alcántara Pérez, «Roberto Conesa, el experto en filtraciones de la Brigada Político Social: sale a la luz el tétrico expediente del policía 25 años después de su muerte», 16 de enero de 2020, https://www.eldiario.es/cv/Roberto-Conesa-Brigada-Politico-Social_0_984101904.html (consulta: 20 de febrero de 2021) y Causa sumarial contra Roberto Conesa Escudero, 1940, Causa n.o 30158, fondo Madrid, caja 2833.

[10] Causa sumarial contra Juan Miguel Jiménez Moreno y otros más, Causa n.o 57956, diciembre de 1939, fondo Madrid, leg. 3343.

[11] Causa sumarial contra Manuel Prades Blanco y otros más, Causa n.o 106773, 1940, fondo Madrid, leg. 6973.

[12] Causa sumarial contra Eleuterio Lobo Marín, Causa n.o 108289, 1940-1941, fondo Madrid, leg. 7519.

[13] Carlos Fernández Rodríguez, Los otros camaradas. El PCE en los orígenes del franquismo (1939-1945), Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, p. 534.

[14] Partido Comunista de España, Mundo Obrero (Hecho a mano), Suplemento local del PCE en la Prisión de Alcalá de Henares, 22 de noviembre de 1945, Prensa, Sig. 12/32, AHPCE.

[15] F. Moreno Gómez, La victoria sangrienta, pp.246-359.

[16] Juan José del Águila Torres, El TOP. La represión de la libertad (1963-1977), Madrid, Ministerio de la Presidencia, 2020.

[17] Gutmaro Gómez Bravo y Jorge Marco Carretero, La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista, 1936-1950, Barcelona, Península, 2011, pp. 254-267.

[18] Causa sumarial contra Ángel Cabrera García y otros más, Causa n.o 119763, diciembre de 1939, fondo Madrid, legs. 2758, 4557 y 5098.

[19] Causa sumarial contra Otto Odon Esteire, Causa n.o 124851, 1944, fondo Madrid, Leg. 7484.

[20] Carlos Hernández de Miguel, Los campos de concentración de Franco, Barcelona, Edic. B, 2019, pp. 38-39.

[21] Partido Comunista de España, «Informe sobre la organización del PCE en la cárcel de Alcalá de Henares y la situación de los presos», Represión Franquista, Anexo (MIcroflim), S.F., Jacq. 3 e «Informe sobre el PCE y otras organizaciones políticas (PSOE y CNT) en la nueva Prisión de Madrid», Represión Franquista, Anexo (Microflim), 1945, jacq. 8, AHPCE.

[22] C. Fernández Rodríguez, Los otros camaradas, pp. 398-402 y pp. 424-428.

[23] Carlos Fernández Rodríguez «La actividad represora contra la militancia comunista en el Madrid de posguerra», Represión franquista en Madrid. Contra la impunidad del franquismo, Memòria Antifranquista del Baix Llobregat 20 (2020), pp. 33-37.

XXIV

DE LOS CONSEJOS DE GUERRA AL TRIBUNAL DE ORDEN PÚBLICO: LA REPRESIÓN SE CIVILIZA

Santiago Vega Sombría

¿Hasta cuándo van a durar los consejos de guerra por delitos de opinión? ¡Que son ya veinte años de consejos de guerra señores! ¡Ya está bien señores!

Miguel Núñez, 1959[1]

INTRODUCCIÓN

Franco se sublevó «matando» y a la altura de 1960 había alcanzado los 140.000 fusilados. Si bien las ejecuciones ya casi han desaparecido, los encarcelados políticos aún se cuentan por miles. Las torturas son norma habitual en las comisarías y cuarteles de la Guardia Civil. Las coacciones, amenazas y abusos sostienen la presión sobre una sociedad paralizada por el terror desde el levantamiento militar iniciado la tarde del 17 de julio de 1936 en Melilla.

La represión, imprescindible para la conquista del poder y para su consolidación, permanece como sostén necesario de la dictadura[2]. La presión se atenúa, pero no desaparece. El carácter militarista de la dictadura se concreta en la obsesión por el «orden público» y el freno a la «subversión». Su responsable directo es el general Camilo Alonso Vega, ministro de Gobernación (1957-1969), antes director de la Guardia Civil (1943-1955) y responsable de la represión contra la

guerrilla. Encabeza la Dirección General de Seguridad (DGS), entre 1957 y 1965, Carlos Arias Navarro, otro «especialista» de la persecución y castigo de los antifranquistas, al que se le achacan más de cuatro mil ejecuciones en Málaga a partir de marzo de 1937[3]. En 1960 los presos políticos se concentraban en prisiones centrales de cumplimiento de penas, preferentemente Alcalá de Henares para las mujeres y Burgos para los hombres. La masificación de las cárceles españolas había desaparecido debido a los fusilamientos, torturas, enfermedades por el hacinamiento o las carencias de alimentación y los indultos para aliviar el coste económico del mantenimiento de los cientos de miles de presos de 1939.

MARCO REPRESIVO

La sublevación militar de julio de 1936 pretendía –y vaya si lo consiguió– acabar con las libertades, el Estado de derecho y la ciudadanía que lo defendía. Con la declaración del estado de guerra, los sublevados tomaron el control de sus territorios y establecieron la militarización de la justicia. A partir del Bando de Guerra los rebeldes se convierten en juez y parte prohibiendo todos los derechos y libertades. Juzgarán y condenarán a muerte o a largas penas de prisión a quienes luchen por ejercerlos. Cesan fulminantemente a los empleados públicos que secundan la huelga contra el golpe de estado de julio. Paralelamente se crean normativas especiales, de carácter excepcional para castigar a todos quienes resisten o se oponen al golpe, ya sea de forma pacífica o por la fuerza: decretos y leyes para depurar de la Administración (central, provincial o municipal) a los funcionarios y profesionales defensores de la legalidad democrática mediante expulsiones temporales o definitivas, multas o expropiaciones de bienes. Antes de finalizada la guerra, la Ley de Responsabilidades Políticas persigue la condena de todas las personas que habían participado, apoyado o defendido a la República o colaborado con el Frente Popular (las sanciones alcanzan hasta los interventores de la coalición en las elecciones de febrero de 1936). Toda esta normativa se aplicaba de igual manera al empleado de más baja categoría profesional y de la localidad más apartada, que al más alto funcionario de un Ministerio o de una Universidad. En cuanto a militancias afectaba desde el afiliado de base al secretario general de las organizaciones perseguidas. Persecución y castigo tenían carácter extensivo e intensivo, pues la pena de

muerte, la pérdida del puesto de trabajo o de todos los bienes eran los castigos más habituales en todos los mecanismos represivos. Se impuso la paralización por el terror[4].

La Victoria de 1939 se construye sobre la imposición y humillación de los vencidos. Continúan las ejecuciones –en torno a 30.000 hasta 1944– y en el universo penitenciario se hacinan cientos de miles de hombres y mujeres que padecen la justicia de Franco. Pero el nuevo Estado necesita para su mantenimiento unas leyes de excepción con disposiciones específicas en la persecución de las y los valientes que aún se atreven a desafiar a la dictadura. La Ley sobre represión de la Masonería y del Comunismo (1940), la Ley de Seguridad del Estado (1941) y el Decreto-Ley sobre represión de los delitos de bandidaje y terrorismo (1947) serán el marco jurídico sobre el que los tribunales militares aplicarán la justicia hasta finales de los años cincuenta. Esta justicia que reprime a los adversarios políticos permanecerá militarizada hasta la creación del Tribunal de Orden Público (TOP) en diciembre de 1963.

La mano de hierro de los consejos de guerra que condena a muerte por reorganizar estructuras partidarias como el PCE y por enfrentarse a la dictadura con las armas a través de la guerrilla, actúa con fuerza durante la década de los cuarenta e inicio de los cincuenta[5]. Cuando la dictadura creía haber superado sus peores momentos de aislamiento internacional, se desarrollan las movilizaciones de 1956 ante las que el régimen va a responder con la creación de un juzgado militar especial estatal. Su objetivo era instruir los procedimientos judiciales derivados de las «actividades extremistas recientemente descubiertas […] se han producido en diversos lugares de la Nación, obedeciendo a una unidad de consigna»[6]. Este juzgado especial prolongó su actividad por seis años con amplias prerrogativas. La dictadura adaptaba su legislación a la realidad de las nuevas formas de oposición de jóvenes que no habían vivido la guerra y que incluso provenían de familias de los vencedores. A su disposición quedaban los detenidos acusados de militancias ilegales. Este juzgado –asignado al coronel Eymar[7]– es el protagonista de esta fase transitoria entre las movilizaciones de 1956 y las de 1962, que suponen un salto cualitativo en el desarrollo de la oposición antifranquista, cuyo número, fuerza y nuevos modos de lucha –junto a la presión exterior– forzarán al régimen a la creación del Tribunal de Orden Público.

1962: LA MOVILIZACIÓN OBRERA FUERZA EL CAMBIO

El diario Pravda y Radio España Independiente (REI) anunciaron que el VI Congreso del PCE sería del 28 al 31 de enero de 1960. En cambio, para la Dirección General de Seguridad esta información era un «movimiento estratégico […] con la finalidad de desorientar cualquier gestión que tratara de realizar la policía». En un alarde de autobombo, la DGS presume de que conocieron antes las fechas reales y después lograron la identificación de los asistentes iniciando una «nueva y penosa labor tendente a lograr la plena identificación de aquellos elementos […] contando, exclusivamente, con señas personales, pues los asistentes figuraban con "nombres de guerra", el éxito de la investigación ha sido total»[8].

Serían detenidos veinticinco asistentes al Congreso, que en palabras de la Policía franquista permitieron «desmontar los organismos comunistas en funcionamiento». Las detenciones son reseñadas como desarticulaciones de brotes comunistas. Llama la atención la calificación de brote, como si se tratara de una enfermedad, en clara línea con esa concepción del comunismo sustentada por el psiquiatra militar franquista Vallejo Nájera. Para completar el diagnóstico médico, se destacaban los «síntomas de la actividad: pasquines y letreros, siembras…» y para finalizar el proceso procedían a su «extirpación»[9].

Cuadro 1. Detenciones a raíz del Congreso de Praga

	Dirigentes	Militantes	Total
Asturias	24	64	88
Badajoz	1	–	1
Barcelona	4	3	7
Bilbao	12	26	38
León	1	5	6

Madrid	9	30	39
San Sebastián	3	–	3
Santa Cruz de Tenerife	1	–	1
Santander	3	5	8
Sevilla	4	5	9
Valencia	2	–	2
Valladolid	5	25	30
Zaragoza	1	5	6
Totales	70	164	234

▪

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del BICGIS del 11/04/1960.

Nos interesa el Congreso de Praga por el cambio de estrategia del PCE que tiene como consecuencia el incremento de actividades de lucha contra la dictadura, lo que traerá aparejada la consiguiente represión. Para hacer frente a las continuas detenciones, el Partido cambia la metodología y comunican sus consignas desde Francia a España, por conducto verbal, como medida de seguridad, utilizando a muchachos jóvenes hijos de españoles residentes en Francia. Estos individuos «conquistados» viajaban a España varias veces al año, y «pueden servir para lo que ya sabemos, y cuya vigilancia y control es imposible de otro modo», ya que en su mayoría carecían de antecedentes en los archivos policiales y no eran sospechosos dada su edad. Circulaban con toda libertad, lo que era muy «interesante» para el Partido[10].

El desarrollo económico despierta en algunos casos o empuja en otros muchos a un movimiento obrero muy distinto al eliminado durante la guerra y posguerra. El año 1962 es clave por el alcance de las movilizaciones obreras, no conocido hasta entonces. De ahí que la visión de los comunistas fuera optimista:

Con las movilizaciones de 1962 […] se estaban superando los tiempos del silencio del plomo y del miedo. La situación ganaba en complejidad y no parecía que fuese un vivir en otro mundo el confiar en el robustecimiento de la oposición a la dictadura. Aunque es verdad que errábamos al juzgar más próximo su fin. Y más contundente[11].

Frente a las protestas obreras iniciadas por los mineros en 1962, el Consejo de ministros del 27 de abril de 1962 establece el estado de excepción en Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa: «La ilegal paralización del trabajo en determinadas minas de carbón y otras empresas, impone la necesidad de salvaguardar, dentro de la Ley, el interés general, […] aplicar las previsiones de los arts. 35 del Fuero de los Españoles, diez número nueve, de la Ley de Régimen Jurídico de la

Administración del Estado y veinticinco de la Ley de Orden Público»[12]. Este mecanismo ya se había empleado en 1956 y 1958 para ámbitos «nacional» y cuencas carboníferas, respectivamente.

Con el estado de excepción, quedaban en suspenso durante tres meses en las provincias referidas los arts. 12 a 16 y 18 del Fuero de los Españoles, entrando en vigor los arts. del 25 a 34 de la Ley de Orden Público de 30 de julio de 1959. No pasaron dos meses cuando el régimen vio necesaria una segunda declaración, que suspendió para todo el territorio nacional y durante dos años los derechos reconocidos en el art. 14 del Fuero de los Españoles, entre otros la libre fijación de residencia. Se mantuvo en vigor hasta marzo de 1964, cuando el régimen celebró los 25 años de paz. El Gobierno lo justificaba en las «campañas que desde el exterior vienen realizándose para dañar el crédito y el prestigio de España han encontrado eco y complicidad en algunas personas, que abusando de las libertades que el Fuero de los Españoles les reconoce, se han sumado a tan indignas maniobras»[13].

Las autoridades gubernativas asumían, entre otras, las siguientes facultades: «a) prohibir la circulación de personas y vehículos en las horas y lugares que en el bando se determinen; la formación de grupos o estacionamientos en la vía pública y los desplazamientos de localidad»[14]. Es una terminología que recuerda los bandos de guerra de 1936. El estado de excepción permite prolongar la permanencia en Comisaría más allá de las 72 horas. El franquismo, en su línea de no reconocer formalmente la existencia de presos políticos, había convertido a la antigua Brigada Político Social (BPS), en Brigada de Investigación Social (BIS), aunque el resumen de 1961 titulaba: Servicios policiales en el orden político social[15]. En sus boletines reconocían que los presos políticos no padecían prisión por actividades delictivas sino por actuaciones políticas, como alegaban sobre Marcos Ana, puesto en libertad el 17 noviembre de 1961 después de cumplir una pena de «23 años de cárcel por sus actividades como miembro del PCE». Este cambio era meramente nominal, en la memoria colectiva antifranquista se ha mantenido la denominación Político Social.

La «nueva» BIS era la encargada de la investigación, persecución y encarcelamiento de los adversarios políticos, así como el sustento principal de los sumarios, pues los consejos de guerra –normalmente en procedimiento sumarísimo– no requerían más prácticas procesales que la información de los interrogatorios y los informes de la BIS. Las detenciones preventivas por la BIS

se multiplican, como vemos en los datos comparados de 1961 y 1962. Mientras que en 1961 son 1335, al año siguiente son ya 2438[16]. El incremento en 1962 es del 80 por 100, especialmente en el apartado «huelgas y conflictos laborales», con un total de 996, que el año anterior no había consignado. Es obvio el ascenso de las detenciones categorizadas como huelgas y conflictos laborales en el año del despertar del movimiento obrero en España. Es la respuesta represiva de la dictadura a la movilización obrera iniciada en Asturias y continuada especialmente en Vizcaya y Guipúzcoa.

Cuadro 2. Detenciones por causas políticas en 1961 y 1962

Ideología/organización de los detenidos
Comunistas
Separatistas
Anarquistas
Socialistas
Republicanos
Indefinidos
Indeterminados de derecha
Indeterminados de izquierda
Masonería
Sectas religiosas
Hermandades Obreras de Acción Católica (HOAC) y Juventud Obrera Católica (
Frente de Liberación Popular (FLP) y Frente de Liberación Nacional (FLN)
Front Obrer de Catalunya
Huelgas y conflictos laborales
Paso clandestino de fronteras

TOTAL

▪

Fuente: Elaboración propia sobre datos de los boletines del 12 y 2 de enero de 1962 y 1963, respectivamente, resúmenes de las detenciones del año anterior.

Estos datos muestran el predominio notorio de los comunistas. En 1961 son 795, lo que representa el 59,55 por 100. Si descontamos los 204 indefinidos, alcanzan el 70,29 por 100 de los que tienen ideología identificada. En 1962 la adscripción comunista desciende hasta 394, pero de los 996 que categorizan como detenciones por «huelgas» y «conflictos laborales», sin anotar filiación política, se sabe que los comunistas eran mayoritarios. Además, ahora los indefinidos suponen 501 (20,34 por 100). A larga distancia se sitúan el resto de militancias mayoritarias durante la Segunda República, perseguidas igualmente por el franquismo: 60 nacionalistas (calificados como separatistas), 57 anarquismo (57), apenas 15 socialistas y 2 republicanos. Son más relevantes las nuevas organizaciones: el Frente de Liberación Popular (FLP), Frente de Liberación Nacional (FLN) y Front Obrer de Catalunya, extensión del FLP en Cataluña[17]. Los 16 apresados de HOAC y JOC, constatan la presencia de elementos católicos en la movilización de 1962. Como resultado de ese incremento de detenciones se desarrollan ese año 14 consejos de guerra (afectaron a 62 procesados), que continuaron hasta el 18 de abril de 1963 con otras 138 personas juzgadas y 128 condenadas[18].

La realidad represiva que vive España es denunciada no solo por la oposición, interior y exterior, sino también por organismos internacionales. El más destacado es el informe de la Comisión Internacional de Juristas de Ginebra, en 1962, «El imperio de la ley en España» en el que criticaba el excesivo uso de la jurisdicción militar para perseguir las protestas sociales[19]. Los estados de excepción declarados ese año constataban las críticas recibidas desde el exterior, así como la respuesta del régimen ante dicha publicación, que fue prohibida. Se desplegó una campaña diplomática para desacreditarlo. No hacían ninguna referencia a la jurisdicción militar, objeto fundamental de crítica en el informe, con lo que admitían sin paliativos que eran ciertas las críticas. Defendían a España como un Estado de derecho, con un poder judicial independiente del poder político, a pesar de que Franco nombraba al presidente del Tribunal Supremo que además era procurador nato en las Cortes. El ministro de Justicia Iturmendi negó la existencia de presos políticos, pues nadie estaba condenado

por ideologías políticas, sino por «actividades delictivas de carácter subversivo, atentatorias al orden social e institucional del país», conductas tipificadas por «todos los códigos penales como delitos contra la seguridad del Estado»[20].

LA VENGANZA DE FRANCO: LA EJECUCIÓN DE JULIÁN GRIMAU

El fusilamiento de Julián Grimau fue el crimen de mayor impacto del tardofranquismo por las repercusiones internacionales que alcanzó, con movilizaciones masivas ante embajadas españolas y por las autoridades que pidieron el indulto, como el Papa Juan XXIII. La dictadura personificó en el dirigente un castigo ejemplar a la oposición comunista que tantos sobresaltos le había dado en 1962 y aprovechó su detención para hacer un proceso sumarísimo al PCE.

Se sucedieron multitud de irregularidades en este proceso. El primer debate se sitúa en la fecha real de detención, pues aunque oficialmente consta el 8 de noviembre de 1962 hay autores que apuntan que había sido un día antes[21]. Inicialmente se instruye procedimiento por intento de suicidio en las dependencias de la DGS de la Puerta del Sol, pues Grimau «al invitarle a que pasase a la Inspección de Guardia […] se volvió rápidamente y tomando un gran impulso, al tiempo que ponía un pie en una silla próxima a una ventana, se arrojó a través de los cristales a la calle»[22]. A las malas prácticas de la BIS se suma el juez instructor de guardia Luis Cabrerizo Botija, que no hace la preceptiva inspección ocular hasta cuatro días después de acaecidos los hechos. Además, acepta como verídicas, sin ninguna comprobación, todas las aseveraciones de la BIS. Desde la guerra habían sido numerosos los casos calificados como «suicidios» y muertes por torturas en los cuarteles de Falange o de la Guardia Civil, comisarías y sedes de la DGS[23]. El sumario por suicidio fue sobreseído en enero de 1962 sin apenas diligencias: no fue permitido el informe de un médico independiente ni declaración de Grimau a propuesta de la defensa, ni recreaciones para verificar si efectivamente había sido un intento de suicidio o, por el contrario, fruto de una actuación policial. José Sandoval narra que tanto a él como al poeta Carlos Álvarez –cuando pasaron por aquel despacho– la Brigada quería convencerles de que su camarada se había lanzado por la ventana[24].

Paralelamente se había sustanciado el sumario 1601/62 consecuencia del segundo atestado de la BIS por su actuación clandestina, completado el mismo día de la detención. Entretanto, Julián Grimau, a consecuencia de la caída desde los despachos de la DGS, tenía dos brazos escayolados y fractura de cráneo, de la que tuvo que ser operado de urgencia en una clínica de la calle General Ricardos en Carabanchel y de ahí trasladado el Hospital Penitenciario de Yeserías[25].

La documentación que tiene la Brigada de Información sobre las actividades políticas ilegales del dirigente comunista en ningún caso podría justificar la pena de muerte. Esta es la razón por la que la Jefatura Superior de Policía de Barcelona prepara y envía al subdirector de la DGS, José de Diego, los días 15 y 29 de noviembre y 5 de diciembre de 1962 unos informes donde se recogen acusaciones sobre la actuación de Grimau durante la guerra en Barcelona en 1938, como jefe de una «checa» en la plaza de Berenguer Grande. Incluyen la declaración de catorce testigos, familiares de personas asesinadas, citados a declarar el 17 de diciembre. En la documentación solo constan sus nombres y apellidos, ni edad, ni domicilio ni relación con los personajes fusilados[26].

Las irregularidades procesales se añaden e incluso superan a las policiales anteriores, pero debido al carácter secreto y la premura de los plazos del sumarísimo, el abogado defensor Amandino Rodríguez no pudo conocerlas ni impugnarlas. El régimen aprovecha las denuncias para lograr la pena máxima. Para preparar el terreno a una dura condena, a comienzos de enero se publican un artículo en Arriba y un folleto Julián Grimau, especialista en checas, editado por el Ministerio de Información y Turismo –dirigido por Manuel Fraga–, en los que se recogen las acusaciones vertidas en las denuncias referidas[27]. Será el último sumarísimo militar basado en hechos acontecidos durante la Guerra Civil. El broche final de las anomalías en el procedimiento fue la designación para el puesto de vocal ponente, único miembro del tribunal militar con conocimientos de Derecho. El elegido sería un veterano impostor que había falsificado su titulación, el comandante auditor Manuel Fernández Martín[28].

Ante el consejo de guerra no fueron convocados los testigos para ratificar las acusaciones presentadas durante la instrucción. El fiscal elevó a la categoría de hechos comprobados las denuncias remitidas por la BIS de Barcelona y pidió pena de muerte. El defensor, el capitán Alejandro Rebollo –pues no estaba permitida la participación de abogados civiles en los consejos de guerra– indicó que las declaraciones de familiares o amigos de las víctimas parecían «vacilantes

e imprecisas, realizadas sin la convicción necesaria para sostener imputaciones tan graves, trasluciendo una actitud dubitativa con el predominio de locuciones como “parece ser”, “se supone”, lo que demostraba la “escasa credibilidad que merecían los testimonios aportados por la acusación”»[29]. Este tipo de aseveraciones tan poco rotundas, vagas e inseguras eran habituales en los consejos de guerra desde la sublevación militar y en el resto de los procedimientos represivos, depuración, responsabilidades civiles y políticas[30].

Una vez conocida la sentencia, se desplegaron todo tipo de acciones para evitar la ejecución, la más simbólica una carta de Dolores Ibárruri a Pilar Primo de Rivera. Hubo manifestaciones ante las embajadas españolas, cartas y declaraciones de Isabel II de Inglaterra, Nikita Jruchsev, así como del Papa, obispos de París, Santiago de Cuba, Milán… Pero la conmutación no llegó y Grimau fue ejecutado. Aún después de su muerte, como no amainaban las críticas a España, se publicaron dos folletos más (desde el Servicio Informativo Español) para justificar el asesinato: Julián Grimau o la Guerra Civil permanente y Crimen o castigo. Documentos inéditos sobre Julián Grimau García[31].

LA CREACIÓN DEL TRIBUNAL DE ORDEN PÚBLICO

Las intensas movilizaciones de 1962 avivaron el debate interno en la dictadura, pues los tecnócratas/aperturistas –frente a los inmovilistas– pretendían limitar el protagonismo de la jurisdicción militar, casualmente el elemento clave de las denuncias del Comité Internacional de Juristas de Ginebra. No era ajena a esa pretendida modernización jurisdiccional la petición de ingreso en el Mercado Común cursada el 9 de febrero de 1962 mediante carta del ministro Castiella. Era preciso mostrar la cara más amable de la dictadura ante la Europa democrática.

El exmagistrado Del Águila se basa en las memorias de Fraga y López Rodó para afirmar que el proyecto de ley para la creación del TOP estaba ya previsto y muy avanzado antes del consejo de guerra que ordenó la ejecución de Grimau: consejos de ministros de 8 de febrero, 18 de marzo, 5 y 19 de abril (víspera del fusilamiento). Denuncia el exjuez que no se aprobó en ese momento pues de forma inmediata decaería la pena de muerte y no podrían condenar de manera

ejemplar al dirigente comunista[32]. La aprobación del proyecto de ley en el consejo de ministros del 3 de mayo confirma la hipótesis de Del Águila, pues un texto de esa categoría legal no se prepara, estudia y aprueba en menos de un mes. Así apareció en la prensa del día siguiente: «Proyecto de ley por el que se crea un tribunal de Orden Público. Desaparece el que entendía en las cuestiones de masonería y comunismo. En los delitos sometidos a jurisdicción militar actuarán en la defensa letrados ordinarios»[33].

En la exposición de motivos la Ley se justificaba en «la evolución de las circunstancias producidas desde entonces [D. 1794/1960] y la conveniencia de acomodar las disposiciones punitivas y jurisdiccionales a los dictados de la realidad social»[34]. Ese decreto incluía en la calificación del delito de rebelión militar, por tanto, sujeto a la jurisdicción castrense, todas las actividades políticas clandestinas. En él se apoyaba la sentencia contra Grimau. En apenas tres años las movilizaciones obreras y la presión internacional habían forzado al régimen a cambiar la legislación represiva.

La creación del Tribunal de Orden Público supone un avance importante porque jueces civiles sustituyen a los jueces militares. Pero continúa la trayectoria nacida junto a la sublevación militar, al establecer una legislación especial y un tribunal político, para juzgar actividades políticas, calificadas como «hechos delictivos»: los definidos como «contra la seguridad exterior del Estado […] contra el Jefe del Estado, las Cortes, Consejo de Ministros y forma de Gobierno […] rebelión […] sedición […] desórdenes públicos […] propagandas ilegales […] siempre que obedezcan a un móvil político o social»[35]. También aquellos hechos de cuyo conocimiento se inhibiera la jurisdicción militar.

En su contundente estudio, Del Águila cuantifica un total de 22.660 procedimientos con un promedio de 2,35 individuos por procedimiento, con lo que habría unas 53.500 personas afectadas. Pero de esos procedimientos apenas culminaron en 3798 sentencias, en torno al 13 por 100, con un total de 8943 procesados (8068 varones y 875 mujeres)[36]. En cuanto a los delitos, se pueden agrupar de la siguiente manera:

Cuadro 3. Clasificación de los delitos

▪

Contra la seguridad interior	9.161
Tenencia de armas, explosivos y terrorismo	1.111
Delitos contra las leyes fundamentales	126
Contra la seguridad exterior	72
Otros conexos	791
Total	11.261

▪

Fuente: J. J. del Águila, El TOP, p. 249.

Los delitos contra la seguridad interior englobaban todas las actividades políticas reconocidas en cualquier Estado de derecho y representan el mayor porcentaje (81,35 por 100) frente a la tenencia de armas, explosivos y terrorismo (9,86 por 100), lo que prueba la apuesta mayoritaria de los antifranquistas por la lucha política pacífica. Destacamos las más repetidas:

Cuadro 4. Delitos incluidos en la calificación contra la seguridad interior

▪

Asociación ilícita	3.658	39,93%	85,01%
Propaganda ilegal	2.622	28,62%	
Reuniones o manifestaciones no pacíficas	1.508	16,46%	
Otros	2.231	14,99%	14,99%

▪

Fuente: Adaptación propia de J. J. del Águila, El TOP, p. 251.

Se evidencia en este cuadro que para la dictadura los comportamientos delictivos más reiterados fueron la asociación ilícita, la propaganda ilegal y las reuniones o manifestaciones, calificadas como no pacíficas por el único motivo de que eran ilegales (juntos alcanzan el 85,01 por 100). Muchos eran procesados por varios delitos y condenados por cada uno de ellos. La mayoría de ellos acumulaban asociación ilícita y propaganda ilegal, que normalmente iban unidas, 6.280 de los 11.261 condenados totales, lo que supone el 55,76 por 100.

Los juicios del TOP fueron un escenario más de lucha contra la dictadura. Procesados y abogados defensores trataban de hacer aflorar las contradicciones del régimen «bonachón» en el NODO y de cara al exterior, pero que conservaba mano de hierro contra la oposición. Tanto los abogados como los antifranquistas que plantaban cara al Tribunal eran castigados. Los primeros podían ser suspendidos temporalmente en sus funciones profesionales, multados o incluso condenados a prisión y los segundos veían incrementada su condena o se les abría un nuevo sumario por desacato. Uno de estos enfrentamientos provocó una huelga de abogados en 1970. El tribunal pretendió celebrar en vista cerrada el segundo juicio contra Horacio Fernández Inguanzo. Su defensor, Manolo López, se negó, por lo que fue procesado por desobediencia, encarcelado y sancionado con 18 meses de suspensión. La sanción originó la solidaridad de los colegas abogados y durante unos meses se suspendieron los juicios en el TOP[37].

LA PERSECUCIÓN DEL ANTIFRANQUISMO

La creación del TOP no acaba con las detenciones ni las torturas, inseparables de la Brigada de Investigación Social. A las continuas redadas policiales para desmantelar las reorganizaciones de los partidos, fundamentalmente el PCE, la militancia respondía con nuevas revitalizaciones. Así lo reconocía la Policía, el PCE, «como es sabido no acepta los fracasos, y las múltiples desarticulaciones

que ha sufrido las considera como experiencias para proseguir la lucha»[38]. Pero, ese entusiasmo no escondía una preocupación tanto entre la dirigencia del exterior, como entre los encarcelados. En la cárcel de Burgos se nombra un responsable para investigar por qué se suceden las numerosas caídas. Vicente Cazcarra y Miguel Núñez lo serán consecutivamente. Las razones más habituales eran las debilidades ante las torturas. No todos resistían como Sánchez Montero o Ramón Ormazábal, varias semanas de palizas. También había descuidos, falta de precauciones o infiltraciones de la Policía[39]. Un ejemplo de estas «debilidades», según la Policía, la padeció Agustín Ibarrola, quien «al fin, aporta alguna prueba de sinceridad y con sus manifestaciones queda al descubierto la actividad de esta organización», todavía incipiente, pero «temible» por la labor que pudiera haber realizado de no haber sido «extirpada», dada la «categoría» de los individuos que la integran y que paulatinamente han sido «desenmascarados y detenidos», entre los que predominan los artistas y del «mundo intelectual» «como ellos se denominan»[40].

Es muy ilustrativo el análisis del dirigente del PSUC Vicente Cazcarra sobre la práctica de las torturas:

Pude comprobar que de las torturas no se libraba, de hecho, ningún detenido. Y tampoco se libraba de practicarlas ninguno de los miembros de la Brigada Político Social, porque tenían todos que hacerlo obligatoriamente. Franco pensaba –era esa una concepción muy antigua y de probada eficacia– que lo mejor en tales casos era pringar a todos los policías, hacerles a todos cómplices y corresponsables. Aun así, no pocos practicaban las torturas «cubriendo solo el expediente» cosa que, de todas formas, no les liberaba de su parte de responsabilidad, y solo unos cuantos, que llegaron a hacerse famosos, se lo tomaban con verdadero celo y torturaban con inenarrable sadismo[41].

Este razonamiento se puede aplicar a toda la represión franquista desde el momento de la sublevación. Franco y el resto de jefes rebeldes fomentaron una especie de «pacto de sangre» que les unió a la suerte de la guerra, implicando a todos en la violencia contra los defensores de la legalidad republicana, que eliminara toda posibilidad de vuelta atrás de los complicados en la represión.

Esas continuas caídas obligaron al Partido a publicar desde Mundo Obrero unas orientaciones que recordaban algunos apartados de los estatutos del PCE. La Policía escribía en sus boletines que el PCE recordaba las obligaciones de todo comunista y convertía en dogma el artículo de los estatutos que prohibía a los comunistas «dar ningún dato a la policía […] cuando un comunista es detenido, su preocupación primordial debe ser proteger al Partido, ser leal a sus camaradas». La postura de un dirigente conocido ante la Policía debía ser la mantenida por Sánchez Montero, «asumir la responsabilidad de dirigente del Partido y negarse a dar ningún dato, cualesquiera que sean las amenazas y brutalidades de que se le haga objeto». No debían firmar ninguna declaración que no estuviera redactada o dictada íntegramente por ellos mismos»[42]. Así actuaron al menos, Ormazábal, Grimau, Ardiaca y Sandoval, según consta en los boletines policiales.

La posición de los miembros del Partido que no tuvieran una personalidad conocida como tales, debía ser negar su pertenencia. Razonaba el PCE: «hoy la propaganda llega a miles de personas ajenas a nuestra organización y su posesión no prueba nada». En este caso negar la pertenencia al Partido ante la Policía no «significa renegar; es una forma de proteger a la organización clandestina, de escapar a la aplicación de las brutales leyes anticomunistas y de poder reincorporarse más rápidamente a la lucha, a las filas del P»[43]. Estas instrucciones de la dirección dieron sus frutos como muestran las «dificultades» sufridas en los interrogatorios por la BIS. «Ha podido apreciarse la unánime postura de los detenidos empeñados en negar hasta los hechos más evidentes, en cumplimiento de ciertas consignas e instrucciones recibidas de sus dirigentes. Les han preparado, en efecto, para resistir los más intensos y prolongados interrogatorios, enseñándoles la forma más eficaz de comportarse ante la intervención policial»[44]. Eso provocaba complicaciones a «la labor de investigación y prevención» encaminada a la «desarticulación» de las organizaciones «subversivas». La policía chocaba con el «mutismo o el no reconocimiento de actividades comprometedoras, en cumplimiento de órdenes del Partido, salvo en el caso de ocupárseles las pruebas materiales, en cuyo momento solo se limitan a reconocer su propia responsabilidad, dentro de las 72 horas legales, en que saben ha de resolverse su situación, dificultando así la labor policial en ese tiempo, a todas luces insuficiente para determinar aquella»[45]. No hay mejor modo de reconocer la necesidad de mayor tiempo de aislamiento para incrementar los malos tratos a los detenidos.

Las detenciones provocaban una paralización de la actividad del Partido por la

propia desaparición de la militancia detenida, pero también porque quienes se libraban de prisión se ocultaban durante un tiempo prudencial. Se cortaban los contactos porque –según la Policía– «resulta indudable que la intervención policial crea un clima de temor en los medios conspirativos y hace suspender tajantemente toda actividad»[46]. Algunos obreros abandonaban incluso sus puestos de trabajo sin recibir siquiera la liquidación, como Víctor Díaz Cardiel en Euskalduna de Villaverde (Madrid)[47]. A partir de ahí la Policía investigaba la relación entre las desapariciones y la organización comunista u otros grupos en la clandestinidad.

LA VIDA EN LAS CÁRCELES DEL TARDOFRANQUISMO

A la finalización de los años cincuenta aún permanecían en la prisión de Burgos 580 presos políticos. De ellos, el 90 por 100 de ideología y militancia comunista. 160 presos tenían conmutada la pena de muerte y más de 200 estaban condenados a 30 años[48]. Cronológicamente, 285 habían sido condenados en guerra o inmediata posguerra, lo que dice mucho del régimen que veinte años después de finalizado el conflicto, todavía el 49,13 por 100 de los presos de Burgos padecieran prisión por consejos de guerra «en caliente». Pero la cárcel de Burgos poco a poco fue perdiendo efectivos, aunque no protagonismo: de los 580 en 1958, pasó a 442 en 1962 y a 272 en 1963. Cáceres adquiere relevancia con sus 300 presos en 1962, mayoritariamente obreros andaluces y extremeños, pero también ya algunos universitarios[49]. Las presas políticas permanecen en Alcalá de Henares, potenciada en 1955, con el traslado de las penadas de la Central de Segovia, transformada en Reformatorio de Mujeres. En 1959 quedaban diez comunistas y «otras 10 o 12 antifascistas cuyos datos se ignoran»[50]. Entre ellas Manuela del Arco, Consuelo García, María Postigo y Guadalupe Giménez, en prisión desde 1941.

A lo largo de los años cincuenta, la dictadura nacional católica se había despojado de los ropajes más fascistas propios de la guerra e inmediata posguerra, como el saludo brazo en alto –ya utilizado solo por los falangistas en sus actos políticos– que tampoco era obligatorio para los presos, ni se les obligaba a cantar el Cara al sol. Pero del peso de la Iglesia aún quedaban pervivencias en las cárceles, como la participación del capellán de prisiones

(funcionario del Ministerio de Justicia) en la Junta de Régimen donde se decidían las normas, sanciones y beneficios penitenciarios para la reclusión de cada centro penitenciario.

Otro de los rasgos de nacionalcatolicismo era el «toque de oración» preceptivo en todas las prisiones, antes del encierro nocturno en las celdas. Todos los reclusos debían permanecer en silencio «descubiertos y firmes», y los funcionarios «estarán al frente de sus secciones en posición de saludo». Pero, sin duda alguna, la pervivencia más onerosa era la asistencia obligatoria a la misa los domingos y «fiestas de guardar». El Reglamento Penitenciario establecía que todos los domingos y días de precepto se diría la Misa en la capilla de cada establecimiento. A ella deberían asistir los vocales de la Junta de Régimen (administrador, médico, capellán y maestro), presididos por el director, así como los funcionarios de servicio salvo los ubicados en los lugares donde «no deba interrumpirse la vigilancia». También asistirían los reclusos excepto quienes al ingresar en la Prisión «hayan acreditado no profesar la religión católica». En este apartado se escudaba la Dirección de la Central de Burgos para rechazar las instancias de los presos políticos que pretendían librarse de la misa. Les fueron devueltas con notas manuscritas al margen: «es denegación, porque a su ingreso NO ACREDITÓ [sic]»[51]. Cuando años después consiguieron eludir la misa, hubieron de soportar en «silencio, compostura y orden […] una lectura moral todo el tiempo que dure el Santo Sacrificio»[52]. Nadie se sorprenderá de que esta lectura fuera elegida por el capellán.

Fueron muchos los castigados con cuarenta días de aislamiento en celdas (con la pérdida de la redención de penas por el trabajo) por negarse a ir a misa, después de haberlo manifestado verbalmente y por escrito por las vías ordinarias. Argumentaron con citas de la encíclica Pacem in Terris de Juan XXIII y emplazaban al director a que comunicara a los franquistas arzobispo de Burgos Pérez Platero y al cardenal primado Plá y Daniel, así como al papa Pablo VI, «en la seguridad de que estas altas jerarquías comprenderán y aprobarán su actitud». Por su parte, Expósito Medina, escribió tantas instancias a lo largo de 1963 para ejercer su derecho a no asistir a misa, que perdió la cuenta de las sanciones que tenía. En febrero de 1964 pidió le aclararan «la sanción o sanciones que pesan sobre él al solicitar la no asistencia a misa». Le respondió una nota manuscrita de puño y letra del director: «tiene tantas sanciones como veces se negó a asistir a los actos religiosos»[53].

La alimentación y las condiciones sanitarias, a pesar del incremento del

presupuesto y del descenso de la población penitenciaria, no habían mejorado sustancialmente. Iniciados los años setenta un informe de Amnistía Internacional denunciaba que, aunque la calidad variaba de unos centros a otros, siempre era «inferior», con «falta casi absoluta de proteínas y verduras». La preparación era «notoriamente deficiente», por lo que «si se toma esta comida durante un periodo más o menos prolongado en el tiempo, tres años o más, es difícil no terminar con alguna lesión en el organismo». Apuntaba que la enfermedad más abundante eran los «trastornos estomacales»; también era fácil encontrarse con «encías sangrantes por falta de vitaminas»[54].

La lucha más prolongada e importante por lo significativa, fue por el estatuto del preso político. De las numerosas huelgas de hambre para su consecución, destacamos la de la prisión de Soria, del 23 de diciembre de 1968 al 1 de enero de 1969. Reclamaban un estatuto, pues decían tener derecho por Ley de 15 de septiembre de 1873 (durante la Primera República). Pedían la aplicación de la libertad condicional, poder redimir por su trabajo y ser respetadas sus ideas políticas y religiosas. Las mujeres de los presos fueron a «misa del gallo» a Soria, y se quedaron encerradas en el templo. De allí marcharon a encerrarse a la iglesia de los jesuitas de la calle Serrano en Madrid[55]. Como los presos mantenían una relación de respeto mutuo con el director de la cárcel, acordaron que se limitarían a no ingerir alimentos, sin alterar el resto de actividades de la prisión. Parece que la falta de firmeza por parte del director, Víctor Griñón, provocó su destitución en febrero y –ya en mayo– el traslado a Segovia de los 25 presos políticos huelguistas.

El antiguo Hospital Asilo Penitenciario, después Prisión Central de Mujeres, tras diez años como Reformatorio de Mujeres, volvía a encerrar presos políticos. El edificio de piedra semidesmantelado se convertía en Centro Penitenciario de Cumplimiento. De los 25 nuevos inquilinos, más de la mitad venían enfermos de Soria, con algún tratamiento o régimen médico. En Segovia les fue retirada la medicación y la dieta. Fueron repartidos en las tres galerías del edificio panóptico y en celdas alternas para mayor aislamiento, como castigo por las acciones en Soria. Mario Diego Capote, que padecía úlcera sangrante tratada en Soria, murió dos días después, el 21. Este suceso provocó la protesta de sus compañeros y el escrito al Juzgado de Instrucción para que investigara las posibles responsabilidades de la dirección de la cárcel.

Como las luchas tras las rejas eran constantes, los castigos eran continuos y paralizaban inmediatamente la redención de penas por el trabajo. Este

mecanismo permitía a los penados acortar su condena a través del trabajo o actividades culturales o deportivas. Pero una y otra vez se les negaba con el pretexto de que no había transcurrido el plazo reglamentario para la «rehabilitación de conducta», es decir, unos meses de «cuarentena» tras las sanciones recaídas. Por ejemplo, Luis Antonio Gil, –condenado a 14 años– cuando llevaba 7 años y 10 meses, contabilizaba sin redención 5 años y 10 meses. Esta arbitrariedad se ponía en práctica también con la libertad condicional, como denunciaron los presos políticos en Segovia. De un total de 27, 16 tenían derecho a ella, que no les fue aplicada. Esto significaba una condena adicional, pues les prolongaba su estancia en prisión[56].

Los indultos se habían puesto en práctica desde la inmediata posguerra en clara conexión con el nacional catolicismo, fundamentado en el perdón ante el pecado –la militancia política– y en contraposición a la amnistía propia del derecho civil. El indulto no se aplicaba a todos los presos que cumplieran los requisitos de condena o tiempo transcurrido. Habitualmente eliminaban esa posibilidad a los militantes destacados del PCE. Pero estos no se amilanaban, sino que denunciaban los incumplimientos de las propias leyes franquistas por parte de sus autoridades. Gervasio Puerta –condenado a 14 años en 1961, anteriormente preso en los años cuarenta y cincuenta– denunció a los integrantes de la Junta de Régimen de Burgos, por «desacato a la autoridad militar», porque no había cumplido «lo ordenado por la autoridad militar». Desestimaron la solicitud del penado, pues no le aplicaron el indulto para la concesión de la libertad condicional, como ocurría a «otros de su misma situación»[57]. Poco después los presos en Segovia denunciaban la no aplicación del indulto de 1971 a «siete vascos y a Díaz Cardiel, Luis Antonio Gil, Antonio Montoya, Francisco Sánchez Ruano, José Sandoval y Jesús Martínez Velasco». Para 13 de los 27 totales, el indulto no había existido hasta ese momento[58].

En la década de los sesenta el incremento de la militancia comunista desemboca en el aumento de la movilización obrera y la apuesta del PCE por las Comisiones Obreras. Se aprecia esta decisión en los boletines editados en Madrid –por ramas industriales: «Metal», «Fraternidad», «El carril», «Construcción»– con el subtítulo «Boletín de Oposición Sindical», que sustituyen en 1966 por «Boletín de ayuda a las Comisiones Obreras». La respuesta del régimen no es otra que la represión, detención y desarticulación de las organizaciones obreras, en las que el protagonismo comunista es patente. Las detenciones de obreros se multiplican. A finales de enero de 1967 son encarcelados los pioneros del sindicalismo Marcelino Camacho y Julián Ariza. Las desarticulaciones de las

Comisiones Obreras serán constantes. Al tiempo que se va incrementando la presencia de presos vascos, catalanes, PCE ml-FRAP, LCR, la hegemonía del PCE en las cárceles se resiente. Sin embargo, la solidaridad entre los presos de distintas ideologías y/o militancias se mantiene firme. Luis Lucio Lobato, fresador y dirigente del PCE de Madrid se declaró en huelga de hambre ante la petición de pena de muerte contra los militantes de ETA, José Antonio Garmendia y Ángel Otaegui, fusilados el 27 de septiembre de 1975[59].

LA REPRESIÓN CONTRA LAS MUJERES

La actividad política específica de las mujeres comunistas fue reclamada desde el boletín Nosotras editado en 1961 e integrado en la Federación Democrática Internacional de Mujeres. Según la Policía estaba dedicado a la «Sección Femenina del Partido». Unos meses después, en noviembre, fueron detenidas Margarita Sánchez Alvaredo y Ana Martínez Elcoroaristizábal, por establecer una «especie de filial de la titulada Unión de Mujeres»[60]. El 15 de mayo de 1962 varias mujeres intelectuales y parejas de intelectuales lideraron una manifestación en la Puerta del Sol de apoyo a los mineros asturianos y de protesta por la actuación gubernamental. La protesta finalizó con la detención de 50 mujeres y 10 hombres. Al año siguiente, un grupo de mujeres de mineros fueron maltratadas por su apoyo a los huelguistas. Especial saña sufrieron Anita Sirgo –compañera de Alfonso Braña, el Perrucu– y Constantina Pérez –compañera de Víctor Bayón–, organizadoras de todo tipo de acciones de apoyo a la huelga de los mineros, materializadas en el simbólico lanzamiento de mazorcas de maíz a los esquiroles o la distribución de propaganda. Ambas fueron detenidas, apaleadas y rapadas, por no delatar a sus camaradas[61].

En una sociedad tan patriarcal como la España franquista donde las mujeres todavía no eran tan numerosas en el trabajo fuera del hogar ni en la militancia política, la represión llegó a ellas en muchos casos a través de sus familiares. Sufrieron la cárcel de sus compañeros y con ella la desaparición de la fuente de ingresos. Se debe reseñar su perseverante colaboración con sus allegados presos. Su papel no se limitaba a la colaboración –tradicionalmente femenina– proporcionándoles comida y ropa limpia. También actuaban como enlaces con el exterior, introducían en las cárceles transistores clandestinos, libros prohibidos

para burlar la censura…[62]. Trabajaban en muchos frentes: las manifestaciones por la amnistía, ayuda económica a las familias más necesitadas, octavillas para las huelgas que se convocaban en ayuda de los trabajadores, lo mismo del campo que de la ciudad. Para Isabel Amil «aquellas mujeres estaban implicadas en todos los frentes, creo que era el frente del Partido más combativo en la clandestinidad»[63]. Las acciones con mayor repercusión eran los encierros en iglesias. En 1968 fue el primero en la catedral de Las Palmas de Gran Canaria, desarrollado en paralelo con la huelga de hambre de los presos en la cárcel. A partir de entonces se multiplicaron por toda la geografía. Entre las muchas iniciativas de las luchas de las mujeres destaca la visibilización internacional con el viaje a Ginebra de cuatro esposas de sindicalistas encarcelados. Acudieron a la 53 Conferencia Internacional de la OIT, para entregar una carta por la libertad sindical en España firmada por 6.000 obreros y obreras de la provincia de Madrid[64].

En el tardofranquismo, la lucha de las mujeres (desde el Partido o el Movimiento Democrático de Mujeres) suponía cárcel, multas y despidos. Muchas jóvenes se hacían militantes por el entorno familiar, como Isabel Amil, hija y nieta de comunistas. Con 18 años hubo de vencer la resistencia de los varones para convertirse en enlace del PCE de Córdoba, hasta que fue detenida en 1961. No se acobardó, fue detenida de nuevo y presa durante siete meses en 1962, otros seis meses en 1965, pasados en Ventas. La cuarta detención supuso una condena de cuatro años, cumplidos en Alcalá de Henares, Sevilla y Córdoba. La vida en la cárcel era difícil, especialmente por el alejamiento de la familia: hijos, compañeros, padres, «total un suplicio, pero pensabas: "Estoy aquí porque quiero un mundo mejor". Entonces reflexionabas y los días te parecían más cortos». El trato era vejatorio, pero «sabíamos cómo imponernos a eso y tratar de hacer que las funcionarias nos respetaran como políticas que éramos». En la prisión coincidió con presas de ETA, del Partido Comunista y «alguna pro-china». Recuerda Isabel: «cuando llegué no había muy buenas relaciones, pero poco a poco empezamos a tener relaciones políticas y llegamos a hacer una huelga de hambre por el maltrato que recibíamos por parte de las funcionarias. Estábamos todas unidas. Ya te digo que la huelga la hicimos conjuntamente todas las organizaciones, y nuestras familias protestaron con nosotras»[65].

Las torturas y malos tratos perduraron hasta el final de la dictadura. En septiembre de 1973, Matilde Muñoz Montero, dirigente del FRAP, padeció los calabozos de la DGS: «la celda estaba en los bajos, era pequeña, sin luz natural, con una bombilla siempre encendida encima de la puerta metálica con un

agujero en el centro a través del cual podía ver un pasillo obscuro y las puertas de otras celdas. Un poyo de cemento y una manta horrible. Me recibió Billy el Niño a bofetadas. Sin preguntar nada. Me salía sangre por la boca y lo dejó. […] Yo no hablaba nada. No conocía a nadie. Las cosas que llevaba encima, documentos y dinero de las cuotas, me los había dado un desconocido y los tenía que entregar a otro desconocido en otra cita. […] Me tumbaron en una tabla y me pusieron corrientes eléctricas en los pies y los tobillos. Me enseñaron álbumes de fotos, pero no conocí a nadie»[66].

En los setenta las presas del FRAP ya eran mayoritarias en algunas cárceles. En Carabanchel en 1973 se contaban en torno a quince. Matilde Muñoz recuerda:

Teníamos una comuna en la que compartíamos comida, golosinas, artículos de droguería, dinero. Había ropa para quien la necesitara. Las familias nos traían comida para todas. Recuerdo que mi suegra nos traía un flan grandísimo y buenísimo. Y mis compañeros de trabajo me mandaban cantidad de jamón estupendo. Casi nunca comíamos el rancho[67].

En cuanto a la vida diaria, las reclusas estaban muy organizadas y, desde la inmediata posguerra, al igual que los varones, realizaban actividades de formación política y cultural, debates, lecturas, trabajo manual y ejercicio físico. Las presas y presos estudiaban, valoraban y opinaban sobre los documentos políticos de sus organizaciones. Tenían una comunicación fluida con el exterior, a quienes proponían acciones para desarrollar, como también ponían en práctica las propuestas de las direcciones. Así continuaron hasta su liberación con el final del franquismo.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El TOP «civilizó» a la dictadura, los jueces civiles sustituyeron a los militares, pero la represión continuó. Las penas eran menores que las dictadas por los consejos de guerra, pero condenaban por actividades políticas y sindicales

habituales en las democracias y los Estados de derecho. Mudaron los métodos, pero las presas y presos políticos permanecían en prisión y persistían las torturas y las arbitrariedades e incumplimientos de las leyes franquistas relativas a los indultos, libertad condicional y redenciones de penas por el trabajo. Se puede apuntar la cifra mínima de 8068 presos y 875 presas políticas, solo con los juzgados por el TOP entre 1963 y 1976[68]. A ellos se deben añadir los centenares de condenados por consejos de guerra por delitos de rebelión, asesinato o terrorismo, como los acusados en el Proceso de Burgos, Salvador Puig Antich o los últimos fusilados en 1975. En definitiva, Franco –que se había sublevado asesinando– murió matando, dirigió y se sirvió de la represión hasta el final de su existencia.

---

[1] Tercer consejo de guerra a Miguel Núñez. Mundo Obrero, 31 de agosto de 1959.

[2] Julio Aróstegui (coord.), Franco: La represión como sistema, Barcelona, Flor del Viento, 2011.

[3] Hugh Thomas, La Guerra Civil española, París, Ruedo Ibérico, 1976.

[4] Julio Prada, La España masacrada. La represión franquista de guerra y posguerra, Madrid, Alianza Editorial, 2010. Santiago Vega Sombría, La política del miedo. El papel de la represión en el franquismo, Barcelona, Crítica, 2011.

[5] Carlos Fernández, Los otros camaradas, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020.

[6] Decreto (D.) de 24 de enero de 1958, Boletín Oficial del Estado (BOE) 12/02/1958.

[7] El teniente coronel de Inválidos Enrique Eymar Fernández fue subdirector del Museo del Ejército en el Madrid republicano durante la guerra. En 1939 consigue ser aceptado como Caballero Mutilado de Guerra por la Patria y tras hacer méritos como juez de prisioneros de guerra, será el titular del Tribunal contra la Masonería y el Comunismo hasta su desaparición en 1958, cuando pasa a desempeñar el nuevo Juzgado.

[8] FC-Mo_INTERIOR_POLICIA_H, Exp. 53103, Boletín Informativo de la Comisaría General de Investigación Social (BICGIS), 11/04/1960, Archivo Histórico Nacional (AHN).

[9] BICGIS, 53103 y 53102, 20/01/1962 y 4/07/1961, respectivamente, AHN.

[10] BICGIS, 53103, 26/02/1962, AHN.

[11] José Sandoval, Una larga caminata. Memorias de un viejo comunista, Sevilla, Muñoz Moya Editores Extremeños / FIM, 2006, p. 125.

[12] D. 13/62 de 4 de mayo. BOE, 5/05/1962.

[13] D. 17/62, BOE, 9/06/1962. Además de estas dos ocasiones en 1962, el estado de excepción se declararía en 1967, habría otros dos en 1968, uno más en 1969, otros dos en 1970: primero solo en Guipúzcoa y el segundo «nacional» y el último en abril de 1975.

[14] Ley 45/59 de Orden Público de 31 de julio, BOE; 31/07/59.

[15] S/N, Informe secreto. DGS, División de Investigación Social, 31/01/1954. «La División de Investigación Social en sus tres meses escasos de gestión…». La Brigada Político Social dependiente de la Jefatura del Servicio Nacional de Seguridad, a las órdenes del coronel José Ungría había entrado en Madrid el 29 de marzo de 1939. El Boletín Informativo n.o 1 de 16/12/1946, «Estrictamente confidencial - circulación reservada a los funcionarios del Cuerpo General de Policía» llevaba el sello de la DGS, de la Comisaría General de Información y de la Brigada Político Social. www.justiciaydictadura.com (consulta: 14 de abril de 2020).

[16] BICGIS, 12/01/1962 AHN. Así consta: «Las cifras totales son mayores que la suma de detenidos porque en los boletines solo se enumeran las intervenciones más destacadas».

[17] Monográfico sobre el FLP del BICGIS, 4/06/1962: El FLP era la «única organización, junto al PCE, que pide la unión de toda las fuerzas antifranquistas. Simpatías con el PCE y PSUC por tener a su favor a la Radio España Independiente».

[18] Angel Suárez y Colectivo 36, Libro blanco sobre las cárceles franquistas

1936-1939, París, Ruedo Ibérico, 1976, p. 131.

[19] Francisco Erice Sebares, Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista 1956-1963, Gijón, Trea, 2017, p. 231.

[20] La Vanguardia, 13 de diciembre de 1962. Bajo el titular: Declaraciones del ministro de Justicia sobre el llamado «Informe de la Comisión Internacional de Juristas».

[21] Amandino Rodríguez Armada y José Antonio Novais, ¿Quién mató a Julián Grimau?, Madrid, Ediciones 99, 1976 y Juan José del Águila, El TOP. La represión de la libertad (1963-1977), Barcelona, Planeta, 2001.

[22] BICGIS, expte. policial 19/11/1962, AHN.

[23] Los jueces siempre otorgaban credibilidad a la Policía, descartaban la posibilidad de existencia de torturas, y en caso de que fueran irrefutables, certificaban que estas no habían sido determinantes para provocar la muerte del detenido. Santiago Vega, «La represión olvidada. Las muertes silenciadas en el Madrid de posguerra», en Fernando Hernández Holgado y Tomás Montero (eds.), Morir en Madrid (1939-1944). Las ejecuciones masivas en la capital, Madrid, Antonio Machado, 2020, pp.109-110.

[24] José Sandoval, Una larga caminata, p. 128. Extremo corroborado por Díaz Cardiel, al que también la Policía hizo el mismo comentario. Testimonio de Víctor Díaz Cardiel, 21/07/2020.

[25] «Actualidades españolas», Represión Franquista, caja 43, carpeta 17, Archivo Histórico del PCE (AHPCE).

[26] J. J. del Águila, El TOP, pp. 117-119.

[27] Arriba, 20 de enero de 1963, y «De un folleto editado por los franquistas», 43/17, AHPCE.

[28] «Recurso de nulidad ante el consejo Supremo de Justicia militar», 43/17, AHPCE. Manuel Fernández fue alférez médico sin conocimientos de medicina y después fiscal militar tras falsificar su acreditación como miembro del Colegio de Abogados de Cáceres. Solo había aprobado tres asignaturas de primero de Derecho en Sevilla. En 1965 se constató judicialmente la farsa y fue condenado

a 18 meses de cárcel.

[29] «Consejo de guerra a Julián Grimau», 43/17, AHPCE.

[30] Julio Prada, La España masacrada, y Santiago Vega, La política del miedo.

[31] J. J. del Águila, El TOP, p. 92.

[32] J. J. del Águila, El TOP, p. 155.

[33] La Vanguardia, 4 de mayo de 1963, p. 6.

[34] El D. 1794/1960 había refundido la Ley de 2 de marzo de 1943 y el Decreto-Ley de 18 de abril de 1947.

[35] Art. 3.o, Ley 154 sobre creación del Juzgado y Tribunales de Orden Público de 2 de diciembre de 1963, BOE, 5/12/1963.

[36] Del Águila afirma que faltan en el estudio 91 sentencias de 1972 por haber desaparecido el libro de sentencias del primer trimestre.

[37] Claudia Cabrero, Irene Díaz, José G. Alén y Rubén Vega, Abogados contra el franquismo. Memoria de un compromiso político 1939-1977, Barcelona, Crítica, 2013, p. 132.

[38] BICGIS, 26/05/1966, AHN.

[39] F. Erice, Militancia clandestina y represión, p. 135.

[40] BICGIS, 4/07/1961, AHN. Ibarrola había sido detenido junto a Ormazábal y otros miembros del PCE en Vizcaya.

[41] Vicente Cazcarra, Era la hora tercia: testimonio de la resistencia antifranquista, Madrid, Una-Luna, 2000, pp. 52. Entre la larga nómina de torturadores destacan los agentes de la BIS, encabezados por su jefe Saturnino Yagüe. Formados a finales de los cincuenta en técnicas anticomunistas por la CIA y el FBI, bajo el presidente Eisenhower. «Desde una cárcel de España, 24 de julio de 1960», 37/1.1, AHPCE; identificaba «los de Diego y Roberto Conesa y Morales o »Carlitos« [reconocido porque tenía una mancha en la cara], Varela y Campos en Madrid; Antonio Juan y Vicente Creix, Polo de Barcelona;

Meseguer y Castro en Bilbao; Cano, Herrero y Albino en Valencia; Recaredo y Ruiz en Oviedo, Gelabert y Latorre en Zaragoza», Melitón Manzanas, jefe de la Brigada de San Sebastián, Manuel Ballesteros (comisario jefe de San Sebastián, 1974-1976), González Pacheco, Pascual Honrado de la Fuente (en Asturias). No les iban a la zaga algunos miembros de la Guardia Civil, especialmente destacados por su crueldad contra los mineros asturianos y sus mujeres.

[42] BICGIS, 2/08/1960, AHN.

[43] BICGIS, 2/08/1960, AHN. Textos del PCE recogidos por la BIS.

[44] BICGIS, 5/09/1961, AHN.

[45] BICGIS, 2/01/1963, AHN.

[46] BICGIS, 5/09/1961, AHN.

[47] Testimonio de Víctor Díaz Cardiel (21/07/2020).

[48] «Los presos comunistas españoles ante el VII congreso del PSOE», s/f 1958, en 37/1.1., AHPCE.

[49] F. Erice, Militancia clandestina y represión, p. 196.

[50] «Lista de camaradas presas en la prisión de mujeres de Alcalá de Henares (Madrid)», en 39/3, AHPCE.

[51] «Escritos de los presos a la Dirección del penal», 37/2.6, AHPCE.

[52] Art. 77 del Reglamento de los Servicios de Prisiones, BOE, 15/03/1956.

[53] «Escritos de los presos a la Dirección del penal», AHPCE.

[54] «Informe preliminar sobre condiciones en las prisiones mandado al gobierno español por Amnesty International en junio de 1972». 37/2.2., AHPCE.

[55] José Sandoval, Una larga caminata, p. 149, y testimonio de V. Díaz Cardiel (21/07/2020).

[56] Apéndice II, «Extracto de un documento hecho en la prisión de Segovia», marzo de 1972, en el Informe de Amnistía Internacional, 37/2.2, AHPCE.

[57] «Instancia de Gervasio Puerta», 14 enero de 1965, 37/2.6, AHPCE.

[58] «Extracto de un documento hecho en la prisión de Segovia», AHPCE.

[59] «Carta de Lucio Lobato al director general de Instituciones Penitenciarias», 25/08/1975, 37/1.1, AHPCE.

[60] BICGIS, 22/11/61, AHN.

[61] Irene Abad, «Reivindicaciones y movilizaciones femeninas desde el PCE durante el segundo franquismo», en Manuel Bueno y Sergio Gálvez (eds.), «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Madrid, Atrapasueños-FIM, 2009, p. 231.

[62] Son famosas las ollas que llevaban las mujeres organizadas en torno a Josefina Samper para sus compañeros de CCOO y PCE, presos en Carabanchel. Marcelino Camacho, Memorias,Confieso que he vivido, Madrid, Temas de hoy, 1999.

[63] Entrevista a Isabel Amil, por Miguel Angel Peña Muñoz, Nuestra Historia 10 (2020).

[64] «Entrevista a Josefina Samper», S/F, con motivo del viaje a Ginebra, 1969. 49/2.12, AHPCE.

[65] Entrevista a Isabel Amil.

[66] Testimonio de Matilde Muñoz, Nuestra Historia 10 (2020).

[67] Testimonio de Matilde Muñoz.

[68] J. J. del Águila, El TOP, p. 247.

XXV

EL PARTIT COMUNISTA CATALÀ, 1926-1931

Ignasi Bea

A mediados de 1926 se cumplían dos años del V Congreso de la Internacional Comunista y de la adopción de la política de bolchevización. Los partidos comunistas se habían lanzado a la depuración de sus filas y el PCE no había sido una excepción. En aquellas fechas, en plena dictadura primorriverista y con la troika Bullejos-Adame-Trilla al frente del partido desde 1925, las pugnas internas y expulsiones se multiplicaron con consecuencias devastadoras para el partido. El resultado: en 1926 el PCE tenía poco más de medio millar de militantes en todo el Estado y, por si fuera poco, a finales de septiembre la Federación Comunista Catalano-Balear amenazaba con abandonar el partido por su disconformidad con los métodos de la dirección. El comunismo organizado en España, entre las dificultades que implicaba la clandestinidad que imponía la dictadura y la política errática y fuertemente sectaria de sus dirigentes y la IC, se encontraba en una situación de precariedad total y absoluta.

Aquel año, sin embargo, no todo serían malas noticias para el comunismo en el Estado. En otoño se darían en Cataluña los primeros pasos para el nacimiento de un partido comunista, al margen del PCE y de la Internacional Comunista, que jugaría un papel destacable en la configuración del mapa marxista catalán de los años treinta: el Partit Comunista Català.

DEL NACIONALISMO RADICAL AL COMUNISMO

Las primeras décadas del siglo XX fueron testigos de fuertes contrastes y

transformaciones. La 1.a Guerra Mundial, más allá de llevarse toda una generación de jóvenes, había certificado el hundimiento de los valores de la Ilustración que hasta el momento habían guiado buena parte de la sociedad occidental. En ese contexto, la revolución rusa deslumbró a toda una generación y supuso una esperanza en todo el mundo, no solamente entre los trabajadores, sino para amplias capas de la población. En Catalunya, además del movimiento obrero, el embrionario separatismo también se vio claramente influido por este contexto de cambio y adopción de nuevos referentes.

Terminada la Gran Guerra, la lucha de clases se había intensificado en España. La ofensiva revolucionaria a nivel mundial, que había empezado con la revolución rusa en 1917 y seguía, después de la revolución alemana y la efímera República Soviética Húngara, con la creación de la Internacional Comunista (IC) en marzo de 1919, impactaba fuertemente en una clase trabajadora que se encontraba en una situación penosa y que había visto cómo su poder adquisitivo había descendido drásticamente. Noticias como el reparto de la tierra entre los campesinos o la incautación de las fábricas fueron recibidas con esperanza e hicieron creer en la posibilidad de materializar aquello que hasta hacía muy poco parecía una utopía. Donde se recibió con mayor entusiasmo lo que estaba pasando en Rusia fue en la organización obrera más fuerte, la CNT, que en 1919 se adhirió provisionalmente a la IC[1]. En Cataluña, donde el anarcosindicalismo era hegemónico, los principales grupos procomunistas surgieron de la Confederación.

En esos años, en Cataluña también se vivió un clima de radicalización a nivel nacional, alentado por las propuestas de Woodrow Wilson referentes al derecho de autodeterminación y el fracaso de la campaña autonomista iniciada en 1918. La radicalización nacionalista fue encabezada por Francesc Macià, un exmilitar que había evolucionado desde el regeneracionismo hacia postulados nítidamente independentistas, que se concretarían en la fundación de Estat Català, primer partido declaradamente independentista, en 1922. En algunos ámbitos, radicalización a nivel social y nacional estarán estrechamente relacionadas, y donde la confluencia de estos dos procesos se dejará ver especialmente será en el sector de jóvenes dependientes de comercio agrupados en torno al Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria (CADCI), que se había convertido en una cantera de militantes nacionalistas radicales. A finales de los años veinte, algunos de estos trabajadores mercantiles se irán aproximando al comunismo.

Estat Català tendrá un papel importante en el proceso de acercamiento entre sectores del nacionalismo radical y el comunismo. Durante los años de la dictadura, el partido había actuado como una especie de frente amplio en que convivían sectores muy diversos del nacionalismo. La ambigüedad a nivel ideológico, no obstante, acabará por alejar a los sectores más izquierdistas, que abandonarán el partido a la búsqueda de una opción que represente mejor sus planteamientos. Antes, en octubre de 1925, Macià había viajado a Moscú con el objetivo de obtener el apoyo soviético a una insurrección armada contra la dictadura, entrevistándose con Bukharin y Zinoviev. En plena pugna entre este último y Stalin, el momento seguramente no era el mejor para satisfacer sus pretensiones. Con un principio de acuerdo sin fecha, Macià volvió decepcionado de su periplo por tierras soviéticas. No obstante, el viaje tuvo una repercusión importante en el mundo separatista, aportando una gran credibilidad a la política de los comunistas sobre la cuestión nacional.

El fracaso del complot de Prats de Molló, en noviembre de 1926, en el que habían participado muchos jóvenes que después se encuadrarán en distintos grupos comunistas, supondrá la dispersión de los miembros de Estat Català. Algunos desde el exilio, otros en el interior o en la cárcel, irán siguiendo distintos caminos que los acercarán al comunismo. Entre todos esos jóvenes, cabe destacar a Martí Vilanova, que en 1920 ya había formado parte de un pequeño grupo en Figueres –Renovació Social– que se declaraba bolchevique[2]. Todo apunta que a Vilanova, que comandaba una de las columnas de combatientes en Prats de Molló, fue quien introdujo las ideas comunistas en Estat Català.

El origen de los promotores del futuro Partit Comunista Català se encuentra en este nacionalismo radical reforzado ante la represión de la dictadura. La revolución rusa y la joven Unión Soviética se convertirán en el referente inmejorable para las ansias de estos jóvenes de ligar su sentimiento nacional y sus inquietudes sociales. La imagen que proyectaba la URSS, de resolución del problema nacional basada en el derecho de autodeterminación y libre federación de repúblicas socialistas, les entusiasmaba y, a su entender, el modelo federativo soviético era fácilmente importable a la realidad de un Estado español plurinacional. En un clima de ebullición y de voluntad de definición política, que tenía su traducción en el creciente mundo de los ateneos y los encuentros en grupos de estudio y discusión, la modernidad social que proponía el comunismo les convencerá y facilitará su adhesión a la causa comunista.

LOS CÍRCULOS DE ESTUDIOS MARXISTAS

La primera piedra del Partido Comunista Català se puso una tarde de otoño de 1926 en Barcelona. Domènec Ramon y Amadeu Bernadó, que habían pasado por Estat Català y conocían a Jordi Arquer, un joven trabajador mercantil, por los artículos que escribía en publicaciones como Justicia Social de la Unió Socialista de Catalunya, fueron a buscarlo a la salida del trabajo y le dijeron que compartían plenamente sus ideas, que ellos también se consideraban comunistas pero que no militaban en el PCE ni tenían ninguna intención de hacerlo. Desde su punto de vista, el PCE actuaba como una delegación de la IC que simplemente implementaba sus directrices sin adaptarlas a las circunstancias españolas ni a la situación concreta de Cataluña[3]. Las intrigas y la situación de crisis permanente en que vivía sumido el partido tampoco ayudaban a hacerlo atractivo para ellos. Coincidentes en sus reticencias hacia el PCE, decidieron canalizar sus inquietudes en otra dirección, organizando unos grupos de estudio para difundir el marxismo entre la juventud. La tarea no era fácil, pero no empezarían de cero. Bernadó y Ramon habían contactado con cenetistas pro bolcheviques –ambos estaban afiliados a la CNT–, antiguos compañeros de Estat Català y con algunos antiguos militantes desencantados del PCE. Desde un primer momento, los tres promotores tuvieron claro que aquellos eran solamente los primeros pasos de un proyecto más ambicioso. Los grupos de estudio debían cumplir la función de agrupar personas alrededor del pensamiento marxista y contribuir a su formación política, con la intención de ir evolucionando hasta la creación de un partido político. De este modo, a finales de 1926 empezaba a funcionar el Círculo de Estudios Marxistas en el Ateneu Enciclopèdic Popular de Barcelona.

El Ateneu Enciclopédico Popular (AEP) había nacido en Barcelona en 1902 de la mano de un grupo de intelectuales y obreros, al calor del intenso asociacionismo social y cultural que se vivía a principios de siglo. Sin filiación política concreta, el AEP pretendía ofrecer educación y cultura a aquellos que se habían visto privados de ella por razones socioeconómicas. En los barrios obreros imperaba la miseria económica y cultural, y asociaciones como el AEP tenían como objetivo acabar con este agravio. Socialistas, anarquistas y comunistas veían en esta educación alternativa una pieza clave para la

emancipación de los trabajadores. En plena dictadura, estos centros asumían un papel aún más importante, ya que, con los partidos políticos prohibidos, resultaban el espacio idóneo para ofrecer charlas, crear grupos de estudio u organizar campañas antirrepresivas. Catalanistas, comunistas y anarquistas se reunían en el AEP, mientras otros, como los sectores cercanos a la Unió Socialista de Catalunya, lo hacían en el Ateneu Polytechnicum. El Círculo de Estudios Marxistas, encuadrado en la Sección de Estudios Políticos y Sociales del AEP, fue sumando efectivos, consolidándose y expandiéndose por toda la ciudad. Fue en los barrios tradicionalmente más proclives al activismo social (Sants, Gràcia, Sant Andreu, el Clot y Horta) donde surgieron nuevos núcleos. A lo largo de los dos años siguientes, los Círculos de Estudios Marxistas se reunieron de forma periódica para tratar y debatir multitud de temas, y organizaron seminarios de formación y difusión del pensamiento marxista. A pesar de su empeño y entusiasmo, que los llevó a engrosar sus filas de manera significativa, los promotores de los Círculos, a finales de 1926, no tenían demasiada formación política. Como años más tarde reconocerían, por aquel entonces, su bagaje teórico se limitaba a la lectura de algunas obras básicas, dedicando la mayor parte del tiempo a discutir de la revolución rusa y Lenin. En aquellos momentos, su visión de la revolución era más idealista que marxista[4].

Los Círculos no tardaron en expandirse más allá de los límites de Barcelona. Desde el inicio de su actividad, jóvenes de distintos rincones del país habían contactado con el grupo de Barcelona para intentar extender la dinámica a otros puntos del territorio. Donde los contactos fueron más fructíferos fue en las comarcas de Lleida, especialmente en la capital. No era casualidad. Era en Lleida donde la Federación Local de la CNT había empezado a publicar Lucha Social en 1919, aglutinando al sector pro bolchevique de la Confederación. Era en Lleida donde las tendencias socialistas habían sido históricamente más influyentes que el anarquismo[5]. Donde los sindicalistas revolucionarios habían hecho más proselitismo durante años y donde se vendían más ejemplares de su periódico, La Batalla. La ciudad que los anarquistas, de manera burlesca, habían bautizado como Mauringrado[6].

Cabe destacar algunas diferencias entre los integrantes de los Círculos de Barcelona y los de Lleida: mientras en Barcelona se componían mayoritariamente de jóvenes provenientes del nacionalismo radical o sin militancia anterior, en Lleida la composición era bastante más heterogénea. En Lleida ciudad y sus alrededores había antiguos militantes de Estat Català, pero también disidentes de la FCC-B, cenetistas, integrantes del grupo de Amigos de

la Unión Soviética de Balaguer y algunos procedentes del republicanismo. El sindicato ferroviario, en sus inicios vinculado a la UGT y más adelante constituido en sindicato independiente, también sería un centro de reclutamiento de futura militancia.

EL NACIMIENTO DEL PARTIDO

A finales de 1928, dos años después de poner en marcha los Círculos de Estudios Marxistas, con una relación fluida y consolidada con los grupos leridanos, se tomó la decisión de dar un paso adelante a nivel organizativo y constituirse como partido político. A su entender, había llegado el momento adecuado, básicamente por dos motivos: de un lado, la complicidad y silencio de los partidos burgueses catalanes ante la dictadura de Primo de Rivera; del otro, porque creían que el anarquismo, que consideraban contradictorio y aberrante, se encontraba en fase de descomposición ideológica. Ante esta coyuntura, hacía falta seguir formándose y trabajando a nivel sindical, pero resultaba imprescindible disponer de un partido de clase que dirigiera el movimiento obrero en la lucha contra la dictadura y por la revolución social.

Jordi Arquer, auténtico nervio y dinamizador político del grupo, había conocido a Joaquín Maurín hacia 1926, cuando este estaba encarcelado y él participaba en la campaña por su libertad. En septiembre de 1928 Arquer era plenamente consciente de que las relaciones entre el PCE y el dirigente de la FCC-B pasaban por su peor momento, así que viajó a París para intentar convencerlo de que él y su grupo formaran parte del partido que estaba a punto de nacer. Tras horas de discusión, Arquer cesó en su empeño. Maurín aún confiaba en tomar las riendas del PCE y reconducir la situación. Maurín no solo rechazó la oferta, sino que invitó a Arquer y los suyos a entrar en la FCC-B para que le ayudaran en su pugna con la dirección del partido. Arquer no logró convencer a Maurín y Maurín tampoco lo consiguió con él. A pesar de todo, el proceso de creación del partido siguió adelante y su constitución tuvo lugar en Lleida, el día de Todos los Santos de 1928, en un depósito de material ferroviario propiedad de un miembro del grupo de Lleida, Sebastià Garsaball. El acto fundacional tuvo que adaptarse a las condiciones de clandestinidad que imponía la dictadura, y de los miembros de Barcelona solamente acudieron Arquer, Bernadó y Ramon. Para no levantar

sospechas concentrando toda la militancia, se hicieron sucesivas reuniones con distintos grupos de Lleida y poblaciones cercanas, donde expusieron la breve declaración de principios del partido, que constaba de cuatro puntos: materialismo histórico, lucha de clases, dictadura del proletariado y derecho de los pueblos a la autodeterminación. Asimismo, se trataron temas organizativos ya que, en adelante, tendrían que actuar en la clandestinidad y habría dificultades para mantener un contacto fluido y regular entre sí. Terminadas las tareas organizativas y con la totalidad de miembros de los grupos leridanos a favor de formar parte del partido, al caer la noche quedaba constituido el Partit Comunista Català (PC Català). Domènec Ramon fue elegido secretario general[7]. El nuevo partido nacía fruto de la suma de dos focos marxistas heterogéneos, unidos por la admiración a la revolución rusa, entre los que se encontraban nacionalistas radicales y sectores descontentos con la política sectaria e ineficaz del PCE.

DE L'OPINIÓ A TREBALL. LA LUCHA POR UN ÓRGANO PROPIO

Entre 1928 y 1930 el PC Català desarrolló un importante trabajo propagandístico a través de distintas publicaciones periódicas. Los primeros escritos de miembros del partido aparecerán en L'Opinió, semanario fundado por Lluhí Vallescà en febrero de 1928, que se había convertido en una especie de portavoz del republicanismo catalanista de izquierdas. Una plataforma para toda la izquierda catalana donde se debatía intensamente sobre la orientación política del movimiento obrero catalán y donde escribían políticos e intelectuales catalanes como Serra i Moret, Marcel·lí Domingo, Ángel Pestaña, Nin, Peiró, Maurín o Jordi Arquer, entre otros. L'Opinió tuvo un papel crucial para el PC Català, ya que facilitó enormemente su labor propagandística y lo ayudó a darse a conocer. Aunque no el único[8], Jordi Arquer fue el miembro del partido más activo en el semanario.

Desde 1925 se publicaba l'Andreuet, una revista del barrio de Sant Andreu, en Barcelona. De carácter cultural y popular, en 1928 actuaba como portavoz de la Societat d'Amics d'Ignasi Iglésies, dramaturgo del barrio conocido como el «poeta de los humildes» y fallecido hacía poco. En 1929, la muerte repentina de su director posibilitó que se hiciera cargo de la revista Pere Cardona, un joven

mecánico que frecuentaba los Círculos Marxistas del AEP. Desde su fundación en 1928, el PC Català se había marcado como objetivo disponer de un periódico propio desde el que poder exponer sus planteamientos políticos, pero no disponía de fondos y sus miembros no querían pedir ayuda económica, ya que querían un partido de clase totalmente autogestionado. Además, debido a la censura, dar de alta nuevas publicaciones implicaba enormes dificultades. Con un simpatizante como director, la presencia de miembros del partido fue aumentando rápidamente. En 1930 el periódico añadió a su nombre Treball y, aunque las noticias culturales no desaparecieron, la conquista del semanario por parte del PC Català se hizo evidente[9].

En la primavera de 1930, el periódico cambia de formato, pasando a publicarse semanalmente y abandonando el nombre local para pasar a ser, simplemente, Treball. A partir de ese momento ya es el periódico del PC Català. Amadeu Bernadó será el director, aunque el papel de redactor-jefe recaerá en Jordi Arquer, auténtica alma de Treball. En ese primer número como órgano del PC Català, la primera página estará presidida por dos fotos de Salvador Seguí i Francesc Layret bajo el título «los precursores de nuestra obra», y servirá para presentar lo que sería el periódico desde aquel momento, con una nueva estructura que contará con una página sindical, una agraria y otra dedicada a la política internacional. En el editorial se expondrán los principales temas que tratará el periódico: la libertad sindical dentro de la CNT y la construcción de un partido político obrero. También se explicará su propuesta a nivel nacional: la Unión de Repúblicas Socialistas de Iberia.

La elaboración, difusión y búsqueda de financiación para Treball, que será la primera publicación comunista en catalán, se convertirán en la tarea principal de los miembros del partido. Se publicarán 42 números[10], de los cuales se imprimirán cada semana 1500 ejemplares, y colaborarán en sus páginas más de 60 personas. Además del periódico, el PC Català pondrá en marcha Edicions Treball, una colección de opúsculos en catalán con el objetivo de incrementar los conocimientos teóricos de los trabajadores. Aunque se proyectó editar muchos títulos, debido a la censura solo será posible editar uno: «Democràcia obrera i democràcia burguesa» de Lenin.

El PC Català también contará con un órgano oficioso en Lleida desde septiembre de 1929, La Señal[11], con un formato prácticamente idéntico a Treball, aunque más centrado en temas sindicales, especialmente ferroviarios. Joan Farré Gassó, miembro del partido en Lleida, será uno de los más habituales en las páginas del

periódico.

UNA ORGANIZACIÓN DESORGANIZADA

La dictadura obligó al partido a actuar, a lo largo de toda su corta historia, de manera clandestina, hasta el punto que nunca, ni en Treball, ni en los actos públicos, ni en los escritos de militantes en otras publicaciones, aparecería el nombre de Partit Comunista Català. En Treball y La Señal, siempre se refirieron a él como Partido Político Obrero o Partido Político Obrero y Campesino. A pesar de las evidentes dificultades para realizar actividad política con normalidad, el partido llegó a aglutinar unos 500 militantes en su momento álgido[12], a finales de 1930. Desde su fundación, y hasta su fusión con la FCC-B, el PC Català fue el grupo comunista con más militancia en Cataluña, con una presencia significativa en Barcelona y Lleida, pero también contó con grupos de militantes en Tarragona, Reus, Valls, Vilanova i La Geltrú, Sitges, Igualada, Terrassa, Sabadell, Manresa, Sant Vicenç de Castellet, Olot, Banyoles y l’Armentera. Atendiendo al número de adheridos, la principal fuerza del partido estuvo en Lleida, donde tenía un centenar de miembros y extendía su influencia sobre unas 300 personas más, entre simpatizantes, suscriptores de Treball y La Señal, y miembros de grupos afines como Joventut Esquerrana. La fuerza intelectual del partido estaba situada en Barcelona, alrededor de la redacción de Treball, ciudad donde también contaba con un centenar de militantes, y donde residían los principales dirigentes. La mayoría de miembros del partido eran muy jóvenes, con una media de edad que rondaba los 25 años[13]. En lo que se refiere a la composición social, el PC Català era un partido de trabajadores: en Barcelona la mayoría de miembros del partido eran trabajadores mercantiles, mientras en Lleida los ferroviarios tenían un peso importante. También había, en menor medida, albañiles, campesinos, trabajadores portuarios, periodistas y algún pequeño tendero.

A nivel organizativo, el PC Català no seguía la clásica estructura leninista, ya que no existía un verdadero aparato de partido. Las tareas políticas, organizativas y sindicales se llevaban a cabo bajo el paraguas de organizaciones de simpatizantes: Amigos de Treball y Amigos de La Señal, que tenían como objetivo encuadrar a los obreros más conscientes y formarlos ideológicamente

para que pudieran asumir cargos de responsabilidad en los sindicatos de cada localidad. El plan de trabajo de los distintos grupos de Amigos se publicaba en las páginas de Treball y La Señal: constituir un grupo en las localidades donde fuese posible, encontrar una sede para reunirse y organizar actividades, crear una biblioteca con referencias de sociología, economía y política y organizar conferencias y debates encarados a la «ilustración permanente y el entrenamiento mental de los miembros». En otras palabras: formar la vanguardia de la clase trabajadora catalana. La poca ortodoxia organizativa también tenía su reflejo en la ausencia de cuotas: los militantes hacían aportaciones cada vez que se requería algún gasto importante, básicamente la edición de Treball[14]. Además, la comunicación regular entre los distintos núcleos se realizaba por carta debido a la dificultad de organizar asambleas generales donde poder reunir toda la militancia. Aparte de la asamblea fundacional en Lleida, se celebraron dos plenarias en Barcelona, con la asistencia de medio centenar de militantes. Los miembros barceloneses del partido acostumbraban a reunirse cada domingo en el Club Excursionista Muntanyenc, situado en el número 7 de la calle del Pi, para charlar sobre cuestiones políticas de todo tipo. El local, propiedad de un macianista, fue la sede más o menos oficial del partido y la dirección donde se recibía la correspondencia de Treball. La militancia de Lleida, por su lado, se reunía en el Centre Lleidatà. Con la actividad pública limitada –no fue hasta el final de la dictadura cuando tomó parte en algunos actos políticos–, el partido basó su actividad en el proselitismo (mediante reuniones de obreros de un municipio, donde exponían los principios y objetivos) y en la propaganda. Editar y difundir Treball y La Señal centraron la mayor parte de sus esfuerzos.

LA CUESTIÓN NACIONAL

Sin la cuestión nacional no se podría entender el PC Català, un partido que había nacido afirmando su identidad en contraposición al comunismo estatal[15] y al margen de la IC, aunque se declaraba «moralmente» miembro de esta, condicionando su adhesión a la existencia de una Sección Catalana. Es cierto que el sucursalismo del PCE respecto a Moscú era uno de los motivos que había llevado a sus promotores a no querer formar parte de él, pero la poca comprensión de la realidad catalana y la problemática nacional eran determinantes, hecho nada extraño atendiendo a la procedencia de los

fundadores del partido.

El derecho de autodeterminación era un punto central en la propuesta del PC Català: era uno de los cuatro puntos fundacionales, a la misma altura que el materialismo histórico, la lucha de clases o la dictadura del proletariado. La resolución de la cuestión nacional, pues, era un punto irrenunciable que partía del derecho de separación y la plena soberanía nacional como requisito previo para una futura Unión de Repúblicas Socialistas Ibéricas. La propuesta, como explica Treball en su primer número como periódico del partido[16], trascendía los límites del Estado: reconocimiento de las distintas naciones peninsulares, garantizar la libertad de cada Estado integrante y estructurarlos políticamente en una Unión de Repúblicas. El PC Català, pues, iba más allá del pragmatismo leninista consistente en tolerar pero no favorecer el divorcio, y apoyar o no en función si el movimiento de liberación nacional podía contribuir a la revolución. Los comunistas no solo debían comprender el fenómeno nacional, sino que debían liderar el movimiento de emancipación nacional, puesto que la burguesía, con intereses que nada tenían que ver con la libertad de los pueblos, había demostrado que no era capaz de hacerlo. El PC Català entendía el problema catalán como un problema de libertad colectiva y, como tal, debía formar parte del problema de igualdad y libertad del proletariado ibérico. Hay que remarcar que la propuesta confederal del partido, sin demasiada concreción, se basaba en la firme creencia de que en la Unión Soviética se había resuelto la cuestión nacional de forma ejemplar, garantizando la libertad de los pueblos. Y aunque en el partido no existía un criterio cien por cien homogéneo sobre la cuestión, la mayoría de sus miembros eran separatistas. No es que los miembros del PC Català procedentes del separatismo abandonaran sus aspiraciones nacionales con la llegada de la revolución rusa y el descubrimiento del comunismo, simplemente replantearon su manera de materializarlas a partir del ejemplo soviético.

La aportación teórica a la cuestión nacional vino de la mano de Jordi Arquer, que a principios de 1930 escribiría De Pi i Margall al comunisme. En el opúsculo, que no se publicaría hasta 1931 debido a la censura, Arquer realizaba una revisión de la doctrina de Pi i Margall, y señalaba los puntos de contacto entre su propuesta y las de Marx y Lenin, enlazando los planteamientos del federalismo de Pi, para el cual el pacto libremente consentido era la única posibilidad de unión entre los pueblos, con la resolución de la cuestión en el socialismo soviético. Arquer hacía suya la defensa del pacto como principio de unión de las nacionalidades en una amplia federación internacional que abarcara todos los

pueblos de la tierra, para concluir que solamente en el socialismo podían verse materializadas las propuestas federales de Pi i Margall.

LIBERTAD DE TENDENCIAS Y DEMOCRACIA SINDICAL

La línea editorial de Treball girará sobre dos ejes, la construcción del Partido Político Obrero y Campesino y la defensa de la libertad sindical y la democracia interna. El PC Català no albergaba ninguna duda sobre cuál era el sindicato donde intervenir, y consideraba la CNT como la organización que mejor interpretaba el espíritu combativo de los trabajadores de Catalunya, planteamiento coincidente con la FCC-B y que lo alejaba, una vez más, del PCE. El partido consideraba que era necesario agrupar a todos los obreros en un único organismo sindical, y que este debía limitarse a las reivindicaciones económicas, dejando la organización de la revolución al partido: «La construcción ideal de una sociedad nueva en sustitución de la sociedad capitalista es una tarea del partido político de la clase obrera o del grupo anarquista, pero siempre al margen de la CNT, para no dividir sus fuerzas ni poner en peligro su unidad»[17]. Era necesario, pues, mantener la Confederación al margen de disputas ideológicas e impedir que estuviera dirigida por una tendencia determinada, con el objetivo de agrupar el mayor número de trabajadores posible. Este planteamiento de la lucha sindical del partido, limitando la lucha obrera a las demandas de mejora inmediatas, podría calificarse de economicismo[18]. No obstante, no debemos descartar que escondiera una razón más poderosa de índole táctica: la conciencia de minoría, ya que la composición de la CNT hacía más factible luchar por la neutralidad ideológica que intentar convencer del comunismo a la mayoría de sus miembros.

En Treball, el partido advertía a menudo que su postura dentro de la CNT sería crítica e inflexible con el objetivo de garantizar su buen funcionamiento. Evidentemente, estos planteamientos chocaban con la mayoría anarcosindicalista existente, provocando continuos enfrentamientos. No fue una tarea fácil, más aún si tenemos en cuenta la reducida fuerza sindical del partido, que prácticamente limitaba su influencia al sindicato de Artes Gráficas y el Mercantil en Barcelona, a los trabajadores del calzado en Sitges[19] y al sindicato ferroviario en Lleida. Así, la denuncia recurrente de los «golpes de estado

libertarios» o la crítica a la línea editorial de Acción o Solidaridad Obrera, encontraría rápida respuesta en las filas anarquistas y anarcosindicalistas, que algunas veces incluso consiguieron impedir que los miembros del PC Català fueran admitidos en algunas conferencias regionales «por el hecho de estar vinculados a un grupo político muy determinado»[20]. El PC Català contraatacaba denunciando que los anarquistas recurrían a todo tipo de artimañas para borrar del mapa todos aquellos sindicatos disconformes con su manera de actuar[21]. También alertaba de graves faltas de democracia interna debida a la toma de decisiones al margen de la asamblea por parte de los dirigentes anarquistas.

La celebración de un congreso de la CNT fue la otra reivindicación importante del partido en el seno de la confederación. El último congreso celebrado, el de la Comedia en 1919, quedaba ya demasiado lejano y la coyuntura había cambiado de manera significativa. Sin ir más lejos, en aquella época todavía no existían los partidos comunistas, así que el PC Català consideraba que se imponía la necesidad de un congreso donde definir normas orgánicas, tácticas y principios.

HISTORIAS RUSAS

Independiente de la IC pero sintiéndose «moralmente» miembro de esta, el PC Català nunca entró en la dinámica de intrigas, luchas intestinas y purgas en que se vio inmerso el movimiento comunista internacional. Aunque la existencia del partido coincidió con la bolchevización y la política de clase contra clase de la IC, el partido siempre se mantuvo al margen. En lo que sí que era claro y rotundo el PC Català era en su admiración hacia la revolución rusa y la defensa de la Unión Soviética, elemento aglutinador de la totalidad de su militancia. El elogio de esta y de los líderes de la revolución fueron una constante en la prensa del partido. En Treball se publicaban textos sobre todo tipo de cuestiones relacionadas con la URSS: se hablaba de los grandes logros de la agricultura, del aumento sin precedentes en la producción de libros, o de la creación de grandes y avanzados complejos fabriles. La influencia soviética también se dejó ver en la importación directa de terminología. El mejor ejemplo, la utilización del término kulak para referirse a los miembros del Institut Agrícola Català de Sant Isidre, asociación de propietarios agrarios catalanes.

El nacimiento del PC Català, a finales de 1928, había tenido lugar poco tiempo después del VI congreso de la IC en que se había adoptado la línea de clase contra clase. El PC Català atacará desde sus órganos a la izquierda burguesa, al socialismo colaboracionista, hablará de social-oportunismo y lo tachará de gendarme del capitalismo. Más allá de este discurso, el partido se mantendrá ambiguo hasta niveles sorprendentes. Así, en Treball se hablaba del «compañero Stalin», se alababa su labor al frente de la URSS y se elogiaban los informes que presentaba[22], mientras en algunos escritos del periódico se defendía la revolución permanente de Trotsky. Del mismo modo, en la lista de publicaciones proyectadas en Edicions Treball convivían obras de Trotsky, Manuilsky o Stalin, en una época en que Trotsky ya había sido expulsado del PCUS[23].

CONTRA LA IZQUIERDA BURGUESA. DE LA LUCHA POR LA AMNISTÍA A LA SUBLEVACIÓN DE JACA

La relación entre las organizaciones republicanas burguesas y el PC Català estuvo caracterizada por un carácter dual. Mientras la propaganda del partido dedicaba artículos vehementes contra aquellos partidos que consideraba representantes de la burguesía y defensores del status quo, el pragmatismo político lo llevó a colaborar de manera puntual con las fuerzas republicanas y de izquierdas con el objetivo de acabar con la monarquía.

El «extremismo estéril» de los anarquistas y el «reformismo castrador» de la izquierda burguesa, en la que incluían a los socialistas, fueron blanco de las críticas del partido en Treball. En línea con la política de clase contra clase y denuncia del social-fascismo, el PC Català también alertaba a menudo del peligro que suponía el socialismo reformista, igual o peor que la burguesía, ya que este actuaba con un disfraz obrero. A pesar de estas profundas diferencias, durante 1930 el PC Català participó en campañas y plataformas unitarias con el objetivo de acabar con la monarquía o conseguir la amnistía para los presos políticos. También fue uno de los firmantes del Manifiesto de Inteligencia Republicana –un programa de mínimos para proclamar una república federal, al lado de la USC, ERC, AC, entre otros– aunque lo abandonó tiempo después[24], y formó parte del Comité Revolucionario de Catalunya surgido a raíz del Pacto de San Sebastián. La participación del PC Català en iniciativas unitarias fue

especialmente activa en la campaña por la amnistía: fue Amadeu Bernadó quien propuso enviar tarjetas postales con las palabras Amnistía-Libertad al general Berenguer, llegando a la cifra de 100.000 postales firmadas[25].

EL BLOC OBRER I CAMPEROL

El PC Català siempre se había visto a sí mismo como un elemento transitorio, no como un artefacto terminado. La construcción del partido de clase que aglutinara obreros y campesinos fue, además de la cuestión sindical, el otro tema principal en las páginas de Treball. En la búsqueda de referentes anteriores que respaldaran sus planteamientos, el PC Català se fijaba especialmente en Salvador Seguí y Francesc Layret. De Salvador Seguí, asesinado por pistoleros del Sindicato Libre, destacaban que los últimos años de su vida había desertado del «confusionismo ácrata», al mismo tiempo que se aproximaba al marxismo, y aseguraban que «hoy militaría bajo la bandera de la Internacional Comunista»[26]. De Layret, abogado laboralista también asesinado cuando ya le daba vueltas a la idea de crear un partido obrero, se destacaba que suponía un magnífico ejemplo de alguien que se había dado cuenta que los obreros debían defender sus intereses más allá del sindicato, y que había mostrado su voluntad de unir reivindicaciones sociales y nacionales mediante un partido obrero de masas, fuerte y catalanista. Justo aquello por lo que luchaba el PC Català.

Si en 1928 Arquer no había convencido a Maurín de entrar a formar parte del PC Català, en julio de 1930 las cosas serían diferentes. Ese mes la FCC-B había sido expulsada del PCE y los contactos entre los miembros de la federación y del PC Català, ya frecuentes, se habían incrementado. En julio, Maurín y Arquer coincidieron en la cárcel, donde dedicaron gran parte del tiempo a discutir sobre el movimiento comunista y su futuro. A diferencia de dos años antes, Maurín había desechado la posibilidad de reconducir un PCE al que tachaba de políticamente incapaz por culpa del izquierdismo de la dirección. Llegados a ese punto, la FCC-B y el PC Català constataron su coincidencia en numerosos aspectos: la incapacidad del PCE para liderar el proletariado del Estado, la propuesta de una primera fase democrática de la revolución en la que obreros, campesinos y movimientos de liberación nacional debían avanzar bajo un programa común para avanzar hacia el socialismo, y el trabajo en el seno de la

CNT en contraposición al «escisionismo» promovido por el PCE. Coincidían también en la cuestión nacional, al creer que los comunistas no solamente debían respetar los movimientos de liberación nacional, sino que debían integrarse en ellos y liderarlos.

En mayo de 1930 el PC Català había creado una comisión con el objetivo de organizar un congreso para estructurar el partido, dotándolo de un verdadero programa y unos estatutos. Con la expulsión de la FCC-B del PCE, los horizontes se ensancharon significativamente. De hecho, en agosto la FCC-B ya había decidido fusionarse con el PC Català[27], así que los contactos entre los dos grupos se intensificaron, así como las reuniones para apuntalar cómo tenía que ser el partido. Estos acercamientos también tuvieron su traducción en forma de publicaciones. En octubre empezó a publicarse la revista teórica La Nueva Era, dónde escribían miembros de ambos grupos, y en diciembre salió L'Hora, un semanario en catalán con una vocación más cultural, dirigido por el miembro del PC Català Daniel Domingo Montserrat. En noviembre, Treball anunciaba que «coincidiendo con el 13.o aniversario de la revolución rusa, se han dado los primeros pasos hacia la unificación política de todos los sectores marxistas bajo la divisa del Partido Político Obrero y Campesino»[28].

El proceso de fusión, bajo el nombre FCC-B y manteniendo La Batalla como órgano de prensa, se produjo oficialmente el 1 de marzo de 1931 en la agrupación comunista de Terrassa. El nuevo partido contaba con 700 militantes, 500 de los cuales procedían del PC Català. El PC Català aportaba capital humano y la FCC-B la experiencia militante. El congreso fundacional creó diez comisiones permanentes de trabajo que integraron, de forma más o menos equilibrada, miembros de los dos grupos[29].

Una de las condiciones del PC Català para la fusión era la creación de una amplia organización de masas, que se vio traducida en la formación del Bloc Obrer i Camperol. El PC Català planteaba esta propuesta con el objetivo de crear una organización de masas que permitiera acercar elementos no comunistas que, no obstante, compartieran determinadas consignas del partido. La FCC-B sería la organización de cuadros y el BOC la organización de masas que, además, actuaría como plataforma electoral. En la práctica, la separación entre FCC-B y BOC acabaría desapareciendo.

Aunque la decisión de confluir con la FCC-B fue apoyada por la mayoría del partido, un pequeño grupo decidió quedarse al margen. Los orígenes de la

disensión se remontaban al inicio del proceso de confluencia, en que la militancia del PC Català quería garantías de que la FCC-B tenía una posición coincidente sobre la cuestión nacional y que no se trataba una simple maniobra táctica. De hecho, Maurín era visto con recelo por parte del partido por su posición sobre la cuestión nacional[30], que muchos no consideraban sincera, y algunos manifestaban su temor a que la nueva organización se fuera alejando del espíritu nacional del partido y adoptara el marco estatal. Además, para este grupo el proceso fue visto como una absorción injustificable, teniendo en cuenta la diferencia de militancia entre los dos grupos. Con dos de los tres fundadores al frente, los disidentes se quedaron con la propiedad de Treball, aunque tan solo editarían tres números más. Después de fundar un grupo de vida efímera –Esquerra Republicana i Antiimperialista–, Amadeu Bernadó acabaría militando en el PSUC y Domènec Ramon en la órbita de Esquerra Republicana.

EL PC CATALÀ

A pesar de su corta trayectoria y la situación poco propicia para la actividad política que implicaba la dictadura primorriverista, el PC Català llegó a aglutinar medio millar de militantes y a desarrollar una importante actividad propagandística, especialmente a través de Treball y La Señal. Fue un partido comunista distinto desde sus inicios. En primer lugar por su origen, no fruto de una escisión del ala izquierda de la socialdemocracia, sino de la confluencia de un grupo de jóvenes procedentes del nacionalismo radical con otro sector descontento por una política del PCE que juzgaban profundamente sectaria e ineficaz. Peculiar, también, por su relación con el movimiento comunista internacional, situándose al margen de la IC pero declarándose moralmente dentro de esta, y por su neutralidad total en las disputas que tuvieron lugar en el movimiento comunista internacional, que en sus años de actividad hacía tiempo que habían sobrepasado el terreno de la simple discrepancia.

Un partido comunista distinto, especialmente, por su enfoque de la cuestión nacional. Su defensa del derecho de autodeterminación para acabar con toda opresión nacional era un punto irrenunciable que iba mucho más allá del pragmatismo leninista. Su propuesta de una Unión de Repúblicas Socialistas Ibéricas, a imagen y semejanza de la URSS, descansaba sobre la creencia que en

la Unión Soviética las distintas repúblicas habían alcanzado la libertad a nivel nacional y que su federación con las demás repúblicas era fruto del libre consentimiento.

Dos años después de su fundación en la clandestinidad –cuatro si empezamos a contar desde la creación de los círculos marxistas–, el PC Català dejaba de existir. Desaparecían las siglas, pero no el proyecto ni las ideas que habían motivado su creación, que se reconducían en el seno de un proyecto político más amplio que tenía como objetivo convertirse en la fuerza hegemónica del comunismo catalán.

---

[1] A pesar de la fuerte oposición de algunos delegados, en el II Congreso de la Confederación, celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid en diciembre de aquel año, se adoptó la siguiente resolución: «Primero: que la CNT se declara firme defensora de los principios de la primera internacional sostenidos por Bakunin, y Segundo, declara que se adhiere provisionalmente a la IC por el carácter revolucionario que la preside, mientras tanto la CNT organiza y convoca el Congreso Obrero Internacional que acuerde las bases por las que ha de regirse la verdadera Internacional de los Trabajadores». Confederación Nacional del Trabajo, Memoria del Congreso celebrado en el teatro de la Comedia de Madrid, los días 10 al 18 de diciembre de 1919, Barcelona, Ediciones de la CNT, 1932, p. 363.

[2] Renovació Social fue un pequeño grupo creado en Figueres en 1920, que publicó una revista homónima. A pesar de tratarse de un grupo local sin más trascendencia, entre sus miembros se encontraban Salvador Dalí o Jaume Miravitlles, este último futuro miembro del PC Català y Comisario de Propaganda de la Generalitat durante la Guerra Civil.

[3] Sobre la descontextualización de las propuestas del PCE, Jordi Arquer decía que «La Antorcha no nos servía, porqué se fabricaba en Madrid, muy influenciada por la III.a Internacional y los residentes en Moscú. En Moscú no conocían el problema catalán. Enviaban paquetes de manifiestos en castellano para los campesinos de Cataluña recomendando la creación de comités de cortijo». Jordi Arquer. «El comunisme independent a Catalunya. Història del Partit Comunista Català, el BOC i el POUM». Conferència a l’Ateneu Barcelonès, 27 de marzo de1976.

[4] Jordi Arquer. Memòries de Jordi Arquer [Enregistrament sonor] / [entrevistat per: Jordi Planes], 1975. Centre d'Estudis Històrics Internacionals de la UB, Pavelló de la República.

[5] Andy Durgan, Comunismo, revolución y movimiento obrero en Cataluña 1920-1936. Los orígenes del POUM, Barcelona, Laertes, 2016, p. 26.

[6] Joaquim Maurín había tenido un papel decisivo en el desarrollo del movimiento obrero en Lleida y sus alrededores, desde la dirección del semanario Lucha Social, como secretario de la Federación Provincial de la CNT, líder político e intelectual de los sindicalistas revolucionarios dentro de la CNT, o dirigente de la FCC-B.

[7] Jordi Arquer, Memòries de Jordi Arquer [Enregistrament sonor] / [entrevistat per: Jordi Planes], 1975. Centre d'Estudis Històrics Internacionals de la UB, Pavelló de la República.

[8] Entre 1928 y 193 escribieron en L'Opinió hasta veinte miembros del PC Català. Los más asiduos, además de Jordi Arquer, eran Jaume Miravitlles, J. B. Xuriguera, Joan Farré i Gassó y Martí Vilanova.

[9] Además de la participación creciente de los miembros del partido, que ya se ocupan plenamente de la revista, en 1930 los artículos son cada vez más definidos ideológicamente, con títulos que dejan poco lugar a dudas: «Política Obrera», «Divisas de combate», «Contra la Izquierda burguesa», etc.

[10] De estos 42 números solamente 39 serán reconocidos por la totalidad del partido. Los 3 restantes serán editados por el grupo contrario a la fusión con la FCC-B, Treball-Tendència, que se quedó con la propiedad del periódico. El último número saldrá el 13 de diciembre de 1930.

[11] La Señal, escrito en castellano a diferencia de Treball, será órgano oficioso y portavoz sindical del partido. A partir del número 19, en mayo de 1930, se publicará en Barcelona como portavoz de la Federación Nacional de Puertos de España y de la Sección Ferroviaria.

[12] Las distintas fuentes no se ponen del todo de acuerdo, probablemente por la dificultad de establecer quién era militante y quién no en la clandestinidad. Si bien todas hablan de más de 300 militantes, Andy Durgan establece en 400-500 los militantes del partido en el momento de la fusión con la FCC-B, a partir de

los documentos del congreso.

[13] Jordi Arquer. Memòries de Jordi Arquer [Enregistrament sonor] / [entrevistat per: Jordi Planes], 1975. Centre d'Estudis Històrics Internacionals de la UB, Pavelló de la República.

[14] En distintos números de Treball se hacen evidentes las dificultades económicas y se pide colaboración e implicación a los simpatizantes para seguir adelante con la publicación.

[15] Años más tarde, Jordi Arquer afirmaba: «Yo nunca habría formado parte de las sobras de un partido, del sucursalismo»; Jordi Arquer, «El comunismo independent a Catalunya. Història del Partit Comunista Català, el BOC i el POUM», conferencia a l'Ateneu Barcelonés, 27 de marzo de 1976.

[16] «Editorial». Treball 8, 19 abril de 1930.

[17] «La línia justa», Treball 16, 14 de junio de 1930.

[18] Francesc Bonamusa, El Bloc Obrer i Camperol. Els primers anys: 1930-32, Barcelona, Editorial Curial, 1974. p. 59.

[19] La «Societat de Constructors del Calçat de Sitges» estuvo vinculada a la UGT hasta mayo de 1930. Treball 12, 17 de mayo de 1930.

[20] El incidente tuvo lugar en la Conferencia regional de la CNT de septiembre de 1930. Treball 33, 11 de octubre de 1930.

[21] «Després de la Conferència Regional», Treball 39, 23 de noviembre de 1930.

[22] «La qüestió catalana i les ensenyances de la URSS», Treball 23, 2 de agosto de 1930.

[23] «¿Troskismo, estalinismo, bujarinismo? Todo eso eran historias rusas. Ninguno de nosotros habría imaginado la aspereza, escabrosidad y el salvajismo que, más adelante, tomarían estas diferenciaciones». Josep Coll y Josep Pané, Josep Rovira. Una vida al servei de Catalunya i el socialisme, Barcelona, Ariel, 1978.

[24] Dos meses después de firmarlo, el PC Català dió por roto el pacto. A su entender, mientras el partido había hecho renuncias para conseguir un programa de mínimos, los grupos republicanos burgueses consideraban que aquel programa era demasiado ambicioso y actuaban de modo electoralista. «La Intel·ligència d'esquerres», Treball 18, 28 de junio de 1930.

[25] Jesús M. Rodés y Enric Ucelay Da Cal, «Una vida significativa. Amadeu Bernadó», L'Avenç 11, diciembre de 1978, pp. 50-53.

[26] «Quina seria avui la posició de Salvador Seguí?», Treball - L'andreuenc 6, 15 de marzo de 1930.

[27] Andy Durgan, Comunismo, revolución y movimiento obrero en Cataluña 1920-1936, p. 59.

[28] Treball, 37, 8 de novembre de 1930.

[29] La comisión de nacionalidades estuvo integrada exclusivamente por miembros del PC Català. Miquel Ferrer i Sanxís, Memòries (1920-1970): 50 anys d'acció política, social i cultural catalana, Barcelona, Fundació Josep Comaposada, 2008, p. 205.

[30] Según Arquer, algunos miembros del partido recelaban de Maurín porque a pesar de saber catalán no lo utilizaba ni lo hablaba. Arquer, que a menudo traducía artículos que Maurín escribía en castellano, afirmaba que el dirigente de la FCC-B «entendía la cuestión nacional pero no la sentía». Jordi Arquer. Memòries de Jordi Arquer [Enregistrament sonor] / [entrevistat per: Jordi Planes], 1975. Centre d'Estudis Històrics Internacionals de la UB, Pavelló de la República.

XXVI

COMUNISTAS LEJOS DE MOSCÚ. EL BOC, LA ICE Y EL POUM (1931-1939)

Manel López Esteve

El 20 de noviembre de 1936, August Thalheimer llegaba a Barcelona procedente de París. Thalheimer era uno de los tantos revolucionarios de todo el mundo que habían llegado a Catalunya a lo largo de 1936 para conocer de primera mano las transformaciones revolucionarias acaecidas tras el fracaso del golpe de estado militar y fascista. Era un destacado dirigente del comunismo alemán, miembro del Partido Comunista de Alemania (Oposición), KPO, que, como la gran mayoría de partidos comunistas no integrados en la Tercera Internacional, consideraban al POUM como su partido de referencia en España[1].

En Barcelona Thalheimer se entrevistó con varios miembros del comité ejecutivo del POUM. Discutió con Andreu Nin y Jordi Arquer sobre la posición del partido respecto a la Unión Soviética, se interesó por la participación del POUM en el gobierno de la Generalitat de Catalunya y conoció de primera mano las actividades del partido. El dirigente del KPO visitó la ciudad de Lleida en la que el POUM tenía un protagonismo importante, la colonia agrícola de Raïmat colectivizada por los poumistas cerca de la misma ciudad, la sede del periódico La Batalla en Barcelona y participó en diversos actos del partido en la capital catalana[2].

En las notas sobre su estancia en Catalunya, Thalheimer anotó las diferencias entre los antiguos miembros del Bloque Obrero y Campesino (BOC) y aquellos provenientes de la Izquierda Comunista de España (ICE). También las divergencias entre los miembros del comité ejecutivo y una buena parte de los militantes del POUM respecto a la Unión Soviética, la apuesta del partido por establecer un gobierno obrero y campesino, la voluntad de ser la dirección

política de una democracia proletaria de base sindical, ya existente en palabras de Andreu Nin, y la oposición frontal con el PSUC. En sus apuntes, Thalheimer había registrado algunos de los aspectos centrales que habían caracterizado el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) desde su fundación, el 29 de septiembre de 1935, en el barrio de Horta de Barcelona[3].

El impacto de la experiencia revolucionaria de octubre de 1934 había sido uno de los factores principales para activar la dinámica de reorganización y unificación de las fuerzas obreras comunistas y socialistas, especialmente en Catalunya, de la que resultaría el POUM en 1935. Un partido comunista alejado de la obediencia de la Tercera Internacional, surgido de la fusión del Bloque Obrero y Campesino (BOC) y la pequeña Izquierda Comunista de España (ICE), con vocación de ser un partido comunista de ámbito español, aunque con una influencia real limitada a Catalunya y opuesto a la estrategia frentepopulista adoptada por la mayoría del movimiento comunista internacional y formalizada en el séptimo y último congreso de la Internacional Comunista en 1935.

El espacio social y político del comunismo disidente tendría en el POUM su máximo referente en el Estado español a partir de 1935. El POUM con dirigentes de prestigio como Joaquim Maurín y Andreu Nin, ocupó desde octubre de 1935 y hasta el inicio de la Guerra Civil el primer papel en el seno de las fuerzas comunistas en Catalunya. Más allá de Catalunya, el nuevo partido tuvo cierta importancia en el País Valencià y Aragón y alguna influencia en Asturias, Galicia, Castilla y el País Vasco. En vísperas del golpe de Estado de julio de 1936 el POUM contaba, según Andreu Nin, con unos 6.000 militantes, que durante la guerra ascenderían a un máximo de 30.000[4].

La importancia del POUM radicaba, más que en su implantación o en su número de militantes, en su capacidad de analizar con cierta habilidad teórica y claridad expositiva la denominada revolución española en relación al ciclo político abierto el 14 de abril de 1931. Si bien tanto las formulaciones teóricas del BOC como las de la ICE, y el POUM posteriormente, partían de una cierta aplicación mecánica del proceso de la revolución rusa y del esquema ortodoxo leninista de 1917, significaron al mismo tiempo, especialmente en el caso de Maurín y el BOC, una tentativa de analizar la realidad española de un modo flexible y concreto para derivar de la misma una posición táctico-estratégica sobre las tareas del proletariado[5].

En este sentido, la experiencia política del BOC, fundamentalmente en

Catalunya, fue de mucha mayor importancia para la fundación del POUM, debido a su mayor dimensión e incidencia, en comparación con la muy escasa militancia de la Izquierda Comunista de Nin. A diferencia de esta última, con una remarcable producción teórica pero con una implantación más que limitada, el BOC disponía de unos miles de militantes concentrados en Catalunya con una cierta capacidad de intervención. Tenía, asimismo, una presencia sindical apreciable a través de los «Sindicatos Autónomos», con unos 40.000 afiliados, expulsados de la CNT en 1932, que intentaron desplegar la táctica del frente único, una cierta influencia entre el movimiento campesino en áreas como las de Lleida y Girona y una dirección formada por cuadros capaces de interpretar con cierto rigor teórico las fases y la caracterización de la revolución democrática iniciada con la proclamación de la República[6].

DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA A LA SEGUNDA REVOLUCIÓN

El 1 de marzo de 1931, la Federación Comunista Catalano Balear (FCC-B) y el Partit Comunista Català (PCC) se unificaron dando lugar a la FCC-B unificada, que en 1932 se transformaría en la Federación Comunista Ibérica (FCI), y al Bloque Obrero y Campesino (BOC). En palabras de Joaquín Maurín, el máximo dirigente del nuevo partido, la bicefalia organizativa entre la FCI y el BOC se debía a la necesidad de disponer de un lugar de «concentración de las masas obreras que se aproximaban al comunismo. El BOC se trocaría en la antesala de la Federación Comunista». De este modo, la Federación Comunista era la organización de los militantes comunistas, «la directora del Bloque Obrero y Campesino» y el Bloque era considerado la organización de masas que agrupaba a los simpatizantes del partido, no necesariamente miembros de la FCI[7].

En la práctica, la distinción entre la FCI y el BOC resultó casi inexistente, hasta el punto de que en 1934 se llegó a la asimilación orgánica del BOC por la FCI. Poco antes de la unificación con la Izquierda Comunista de España (ICE) de Andreu Nin, el BOC/FCI operaba como un mismo partido comunista leninista constituido por células con un radio de acción determinado, un comité central, un comité ejecutivo y regido por los principios del centralismo democrático. Igualmente, la pretensión de crear un amplio bloque obrero y campesino se inscribía en la ortodoxia de la Komintern formulada en 1923-1924 como una

alianza entre obreros y campesinos pobres para atraer a estos últimos a los partidos comunistas.

Lo que separaba al nuevo partido, con su alrededor de 700 militantes tras su fundación, del comunismo del PCE no era ni su heterodoxia analítica y programática ni tampoco su modelo organizativo. Se trataba más bien de la necesidad de los comunistas del BOC de fijar unas tareas, unos tiempos y unas alianzas para llevar a cabo la revolución democrática lejos de la rigidez doctrinal de la independencia de clase y el rechazo a la República del 14 de abril sostenida por el comunismo oficial hasta 1934.

La propuesta de la revolución democrática del BOC que había de realizar el proletariado, los campesinos, los movimientos de liberación nacional y una parte de la juventud respondía a la necesidad de adaptarse a las condiciones de una coyuntura, la del nuevo marco republicano, para hacer avanzar en ella los objetivos de construir un poder obrero y campesino[8]. Por este motivo, la posición del BOC fue criticada durante el primer bienio 1931-1933 desde posiciones más intransigentemente clasistas como las de la Oposición de Izquierdas de Andreu Nin o del mismo PCE por ser confusionista o incluso avalar la colaboración de clases.

El planteamiento del BOC respondía y era operativo, fundamentalmente, para el marco político y la coyuntura catalana. Aunque las aspiraciones de Maurín y el BOC fueron las de convertirse en una vanguardia alternativa al comunismo oficial en toda España, su influencia e implantación nunca llegó ser apreciable más allá de Catalunya. En 1934, de los aproximadamente 5.180 militantes con los que contaba el BOC, unos 4.700 lo eran de las cuatro provincias catalanas[9]. Esta realidad resultaba fundamental para entender el marco y las propuestas táctico-estratégicas del BOC hasta 1935, y también con posterioridad las del POUM, por tres cuestiones centrales propias del marco social y político catalán. Sin las mismas sería difícilmente explicable tanto la propuesta de la revolución democrática, el impulso de la táctica del frente único, la apuesta por la Alianza Obrera o la misma formulación, ya con el POUM, de la revolución democrático socialista.

En primer lugar, el BOC se situó en las coordenadas de articular un proyecto revolucionario de clase que al mismo tiempo fuera nacional-popular. Este planteamiento respondía a la necesidad de desplazar al republicanismo catalanista de ERC de sus espacios de masas y de su papel de intérprete político

de la masa sindical de la CNT. Ambos elementos, un republicanismo de masas y una correspondencia política de este con el movimiento campesino y con las masas libertarias eran completamente distintivos de la realidad catalana. No existían fuera del marco catalán y explican el por qué la propuesta clasista del BOC mezclaba lo nacional y lo popular e incorporaba elementos y reivindicaciones del movimiento nacional catalán como contradicción fundamental en la revolución española.

En segundo lugar, por sus orígenes y características el BOC cumplía una función de partido nacional y de clase y pretendía representar el espacio del comunismo nacional en Catalunya. Esto sucedía porque el BOC era fruto de la experiencia del sindicalismo revolucionario, del leninismo y el nacionalismo separatista catalán. La combinación de estos elementos, la experiencia de los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera, los enfrentamientos con la dirección del PCE y el marco político catalán activado con la proclamación de la República convirtieron al BOC en un partido que defendía la construcción de una vanguardia proletaria, en el esquema ortodoxo leninista, pero afirmando su independencia política respecto a la III Internacional precisamente por la afirmación de una reivindicación nacional propia.

La original posición del BOC, sus posiciones nacional-comunistas, quedarían difuminadas con la formación del POUM y su propuesta de una revolución de clase que relegaba a una posición marginal el componente nacional-popular. La pérdida de este componente produjo una contestación interna importante en el BOC cuando se optó por la unificación con la ICE. El testimonio de una militante de primera hora del BOC, como Maria Manonelles, que continuaría en el POUM, ilustraba claramente estas diferencias:

A mí me gustaba el Bloc (BOC), más que el POUM. No compartía la decisión de Maurín de crear un partido diferente al que ya existía y que estaba muy enraizado y localizado en Cataluña. A nosotros el Bloc nos gustaba tal como era y no sentíamos la necesidad de unirnos con gente que con nosotros tenía bastante poco en común[10].

En tercer y último lugar, la atención que el BOC prestó a la CNT, y al tipo de

sindicalismo que esta representaba, como base e impulso revolucionario de su proyecto político, hundía sus raíces en la realidad específica del movimiento obrero catalán y en la experiencia de una parte considerable de los cuadros del BOC[11]. Muchos de ellos habían transitado del sindicalismo revolucionario al comunismo y consideraban que sin la base de masas sindical de la CNT no era posible construir ni una dirección ni un partido comunista revolucionario. La voluntad sindicalista revolucionaria que articulaba la CNT y el espacio confederal como espacio de poder del movimiento obrero debían ser alineadas en una misma estrategia en la que el partido y el sindicato resultaban piezas fundamentales. A finales de 1931 el BOC consideraba que el avance de la revolución dependía de la creación de un frente único entre la organización económica de los obreros, la CNT, y la organización política, el BOC[12]. Posteriormente esta predisposición hacia la CNT se atenuaría, aunque durante la Guerra Civil difícilmente podríamos explicar la estrategia del POUM sin la misma.

El marco de análisis sobre la revolución democrática elaborado por Maurín fue el punto de partida sobre el que el BOC desarrolló su práctica política. La tesis política aprobada en el primer congreso de la FCCB consideraba que en España no se había realizado aún la revolución democrático-burguesa y que la burguesía estaba incapacitada para realizarla por su ligazón con la gran propiedad agraria, el miedo a la acción de las masas obreras y campesinas y porque la única fuerza progresiva existente era el proletariado[13]. Así pues, las fuerzas motrices de la revolución democrática serian el proletariado, los campesinos pobres, el movimiento nacionalista y una parte importante de la juventud. Ante la proclamación de la República del 14 de abril, el BOC mostró tanto su entusiasmo como su recelo. Pocos días después de la proclamación de la República el BOC hizo público un manifiesto en el que fijaba el carácter del nuevo régimen:

La caiguda de la monarquia no és pas el fi de la revolució com pretenen els diferents sectors burgesos sinó el principi de la vertadera etapa revolucionaria. Espanya necessita portar a cap la revolució democrática.

Las tareas a desarrollar para la consecución de dicha revolución democrática se

concretaban en las siguientes demandas concretas:

Desarmament del Sometent i de la Guàrdia Civil. Armament del poble. Formació de Juntes revolucionàries d'obrers i camperols. Constitució del Tribunal Revolucionari. Extradicció d'Alfons de Borbó per tal que siga jutjat pel poble. La terra pel qui la treballa. Separació de l'església de l'estat i dissolució de les congregacions religioses i confiscació de béns. Dret de les nacionalitats a disposar de llurs destins, inclosa la separació. Abandonament del Marroc. Llibertat completa sense restriccions de cap mena de reunió, associació, manifestació. Abolició dels comités paritaris. Socors als Parats[14].

Tras el 14 de abril, se vivían unos momentos de alta fiebre republicana. Víctor Colomé, en las páginas de La Batalla, consideraba que las masas obreras desprovistas de una educación política de clase habían sido fácilmente influenciables por la demagogia de la izquierda burguesa. De este modo, las masas obreras de toda España estaban influenciadas por la fiebre republicana y en Catalunya por la fiebre republicana y macianista. Colomé vaticinaba el rápido desengaño de las masas obreras con el republicanismo y la quiebra de la revolución democrática en manos de los republicanos. Tres meses más tarde, la misma editorial de La Batalla daba ya por muerta la revolución democrática intentada por la burguesía tras la denominada «semana roja» de Sevilla.

Ni se había producido la separación de la Iglesia del Estado, ni la reforma agraria, ni la liberación de los diversos grupos nacionales ni tampoco la destrucción del Estado monárquico. La revolución democrática debía ser llevada a cabo por la clase trabajadora. En el esquema del BOC, era la clase trabajadora quien había de imponer el triunfo de la revolución democrática, tomar el poder, acabar con el socialfascismo, en la más pura terminología de la Komintern para referirse a la socialdemocracia, y dar impulso a una revolución que, de lo contrario, seria derrotada por el ascenso del fascismo[15].

Ya en el verano de 1931, el BOC apuntaba a la amenaza del fascismo y del golpe militar en caso de que las «verdaderas organizaciones obreras» no hicieran efectiva la revolución democrática. Durante el periodo iniciado con la proclamación republicana del 14 de abril y finalizado con la revolución de

octubre de 1934, del periodo que llevaba de la revolución democrática a la revolución democrático-socialista en el análisis de Maurín, los bloquistas centrarían todos su acción política en desplegar las tareas de la revolución democrática y en articular el frente único revolucionario y las Alianzas Obreras. Por otro lado, las elecciones y la política electoral resultaron durante el mismo periodo un instrumento de agitación, propaganda y extensión organizativa del partido nada desdeñable[16].

Sobre las tareas de la revolución democrática, el BOC se caracterizó por la atención prestada a la cuestión nacional, especialmente hasta 1933 y por la cuestión campesina y el problema de la tierra. La cuestión nacional, fundamentalmente la cuestión nacional catalana, fue considerada des de un principio por los bloquistas como uno de los factores fundamentales para hacer triunfar la revolución democrática. La proclamación de la República Catalana por parte de Francesc Macià había sido vista como el «acto revolucionario más trascendente llevado a cabo el día 14»[17].

El punto de partida del BOC sobre la cuestión nacional en España era el propio del movimiento comunista internacional: la única solución posible a la opresión nacional era el ejercicio del derecho de autodeterminación de los grupos nacionales oprimidos, contemplando la separación y la constitución de estados independientes. Los bloquistas y especialmente Joaquín Maurín defendieron de manera clara hasta 1933 el ejercicio del derecho de autodeterminación como sinónimo de separación y el impulso y participación activa de los comunistas en los movimientos de liberación nacional.

La posición política del BOC descansaba sobre el análisis de que la autodeterminación como separación era un elemento políticamente necesario para que la clase obrera acabara con los restos del poder de la monarquía feudal y con una burguesía impotente que los sostenía. En el II Congreso de la FCC-B se certificó la tesis de aceptar e impulsar «el separatismo como factor de descomposición del estado español si bien como comunistas no somos separatistas en el sentido burgués nacionalista»[18]. La defensa del separatismo y del impulso de los movimientos de liberación nacional iba siempre acompañada en las formulaciones del BOC de la necesaria unidad de la clase obrera y de la futura creación de la Unión de Repúblicas Socialistas de Iberia. La defensa explícita del separatismo por parte de Maurín e incluso la apuesta por impulsar movimientos de reivindicación nacional más allá de Catalunya, País Vasco y Galicia suscitó fuertes críticas por parte de la mayoría de fuerzas

obreras, entre ellas las de Andreu Nin[19].

En la práctica, el BOC centró su actividad política sobre la cuestión nacional en la reivindicación nacional catalana. Con proclamación de la República Catalana el 14 de abril el «el movimiento nacionalista catalán se trocó en poderoso factor revolucionario». El separatismo, según Maurín, había contribuido más que el republicanismo al hundimiento de la monarquía. El paso de la República Catalana a la Generalitat de Catalunya fue atacado por parte del BOC como una imposición del Gobierno provisional de la República. Los bloquistas también denunciaron la supeditación del Gobierno de Catalunya pero mantuvieron una posición confusa hacia la Generalitat y la figura carismática de Macià hasta la aprobación del Estatuto por las cortes de la República. Igualmente, realizaron un severo ataque al proyecto de Estatuto de Autonomía de 1931, pero finalmente el BOC pidió el voto favorable en el referéndum popular celebrado el 2 de agosto de 1931[20]. Tras la aprobación del Estatuto de Autonomía el 9 de septiembre de 1932 por las cortes republicanas, el BOC intensificó sus ataques a ERC, incluso a Macià, a la Unió Socialista de Catalunya y a todos aquellos que habían aceptado un Estatuto que para los bloquistas resultaba toda una claudicación para la libertad nacional de Catalunya.

A partir de 1933, la centralidad de la liberación nacional de Catalunya en el programa táctico-estratégico del BOC menguó y dejó paso al objetivo de obtener la máxima unidad de las fuerzas obreras a través de la construcción del Frente Único. Aun así, la reivindicación activa por parte de los comunistas de la liberación nacional ante el «Estado Imperialista pan-español» se mantuvo como una constante del BOC de manera clara hasta octubre de 1934. A partir de la constitución de la Alianza Obrera de Cataluña (AOC) en diciembre de 1933 y, especialmente, durante el aumento de la tensión política entre el Gobierno catalán y el de la República en 1934, el BOC formuló la necesidad de instaurar la República Catalana como primer paso para la creación de la Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas[21].

La otra gran cuestión de la revolución democrática en la que el BOC focalizó una parte importante de su acción fue la revolución agraria y la cuestión campesina. Joaquín Maurín afirmaría, en su obra Revolución y contrarrevolución en España, que el alfabeto de la revolución comenzaba con la letra a «y la letra a es la revolución agraria. Todo cuanto pueda intentarse de aparentemente transformador, dejando intacto el problema agrario, no será más que episódico, superficial»[22].

Pocos días después de la proclamación de la República, el BOC planteaba a través de la consigna «la tierra para quien la trabaja» el programa necesario para llevar a cabo la revolución agraria. Los puntos fundamentales del programa agrario eran: 1) expropiación sin indemnización de las tierras de los grandes propietarios; 2) nacionalización de la tierra; 3) reparto de la tierra en usufructo entre los que la trabajan; 4) creación de un gran banco agrario para conceder créditos a bajo interés; 5) instalación de granjas agrícolas modelo con maquinaria moderna; 6) libre entrada de abonos químicos para acabar con el monopolio de la Sociedad Anónima Cros; 7) creación de Estaciones de maquinaria agrícola para el alquiler de los campesinos; 8) creación de escuelas agrícolas eminentemente prácticas; 9) respeto de las tierras de los pequeños propietarios[23]. El objetivo del BOC era, tal y como escribió Víctor Colomé como responsable de la Comisión Agraria del partido, el de «la creación de un fuerte movimiento de masas en el campo y la necesidad de soldarlo con el movimiento proletario»[24].

El éxito relativo del BOC para movilizar al campesinado pobre en áreas de Cataluña como las comarcas de Lleida, y en menor medida las de Tarragona y Girona, respondía al hecho que el partido disponía de un programa flexible, de contenidos socialmente avanzados con el objetivo de radicalizar y desbordar demandas que entraban en el marco de la reforma agraria republicana. Disponía también de un núcleo de cuadros formado por campesinos pobres con una amplia capacidad de organizar y vehicular la movilización campesina[25].

El objetivo de la mayoría de los campesinos movilizados en Cataluña a través del potente sindicato de la Unió de Rabassaires y de otros sindicatos directamente influenciados por el BOC como la Unión Provincial Agraria de las comarcas de Lleida era el de convertirse en propietarios de la tierra que trabajaban como apareceros, medieros o rabasaires sin renunciar a las conquistas de carácter parcial, fundamentales para los jornaleros, y asegurar el bienestar de la unidad familiar campesina y la comunidad a través de la pequeña explotación.

El BOC tuvo un pragmatismo y flexibilidad para intervenir políticamente en esta dirección que le reportó una cierta influencia entre el movimiento campesino. La política del BOC se basó en influir en la lucha activada por los rabasaires a través de la Unió de Rabassaires y en impulsar organizaciones autónomas de los campesinos como la Acción Social Agraria de las comarcas de Girona o la Unió Agrària en Lleida. En 1932 los bloquistas llegaron a presidir por poco tiempo Unió de Rabassaires, que tradicionalmente había estado bajo la tutela del

republicanismo catalanista; a lo largo de 1933 y 1934 igualmente desarrollaron una intensa actividad para radicalizar la aplicación de la legislación reformadora de la Generalitat en materia agraria, practicaron una confrontación directa con la patronal agraria del Instituto Catalán de San Isidro y protagonizaron una actividad insurreccional de base campesina durante los hechos de octubre de 1934.

El apoyo sin fisuras a la Ley de contratos de cultivo de la Generalitat en 1934, que «havia estat anulada pels monàrquics i grans propietaris», mostraba el pragmatismo del BOC ante la cuestión agraria. Después de afirmar que la Ley de contratos de cultivo no era la que los campesinos deseaban, el BOC consideraba que constituía un paso adelantes y era necesario defenderla con uñas y dientes[26].

Al mismo tiempo que las tareas fundamentales de la revolución democrática, el BOC, y también la ICE, había apostado decididamente desde su creación por la política del Frente Único como táctica para superar la fragmentación de las fuerzas obreras.

Durante 1931 y 1932, el BOC había lanzado varias propuestas de creación de un Frente Único Revolucionario dirigidas a la CNT. Las propuestas del BOC habían sido del todo menospreciadas por la CNT, pero respondían a la lógica de los comunistas del BOC de articular una formación política revolucionaria en base al potencial del sindicalismo revolucionario y trabajar en el interior de la Confederación a través de la constitución de los grupos de Oposición Sindical Revolucionaria y del control de diversas Federaciones Locales. La insistencia de los bloquistas en la creación de un frente único revolucionario de comunistas, sindicalistas y anarquistas, e incluso en la creación de un órgano conjunto de dirección, fue desvaneciéndose progresivamente hasta que en abril de 1932 la mayoría de federaciones locales dirigidas o influenciadas por el BOC fueron expulsadas de la CNT en el pleno regional celebrado en Sabadell.

A partir de 1933, el BOC planteó su apuesta política de Frente Único en un sentido diferente. El mayor aislamiento del partido respecto a la CNT, el golpe de estado fracasado de Sanjurjo en agosto de 1932, el impacto del ascenso al poder de los nazis en Alemania y una posición cada vez más favorable a la unidad de acción entre los sectores del movimiento obrero fuera de la CNT estuvieron en la base del cambio de rumbo del BOC en su política de Frente Único. Ahora el BOC planteaba la necesidad de la unidad en la acción al

conjunto de fuerzas marxistas y sindicalistas fuera de la CNT en Catalunya y al PSOE y la UGT en el resto del Estado. A diferencia de la táctica propuesta por el PCE y el Partit Comunista de Catalunya (PCdC) de frente único por la base y el llamamiento a los militantes obreros a abandonar las direcciones reformistas de la socialdemocracia, el BOC planteó su apuesta del Frente Único desde una unidad de acción que mantenía la igualdad e independencia entre organizaciones.

A lo largo de 1933, el BOC lanzaría diversas iniciativas para hacer avanzar el Frente Único en el terreno político y sindical. En febrero de 1933, se celebró en Barcelona la Conferencia Obrera sobre el Paro Forzoso que pretendía constituir un Frente Obrero Contra el Paro Forzoso. A la conferencia asistieron unos 47 sindicatos que representaban unos 30.000 obreros y organizaciones como la Unió Socialista de Catalunya[27]. Aunque de la misma surgió un programa que contemplaba desde el subsidio de paro para los parados, el cese de los desahucios a los obreros en paro o la jornada laboral de seis horas, el Frente Unitario contra el paro forzoso no fue mucho más allá de aquellos sindicatos en los que el BOC gozaba de cierta influencia, especialmente fuera de Barcelona. La iniciativa unitaria contra el paro forzoso impulsada por el BOC se enmarcaba en una dinámica unitaria en ascenso entre el movimiento obrero espoleada por el triunfo del fascismo en Alemania y la preparación de la contrarrevolución, que el BOC consideraba podía producirse en España.

Como resultado de esta dinámica y de las conversaciones que el BOC había iniciado con la USC, en marzo de 1933 se constituyó la Alianza Obrera contra el Fascismo. Promovida por el BOC, en ella participaron los Sindicatos de Oposición, la USC, la Federación Catalana del PSOE y la ICE. En el acto de presentación de la misma en el teatro La Bohemia de Barcelona, con una asistencia de unas 8.000 personas, intervinieron Maurín, Juan López, Rafael Vidella, Andreu Nin, Francesc Arín y Josep Vila Cuenca, mostrando así la potencialidad del antifascismo como elemento de activación de la dinámica unitaria entre el movimiento obrero. Durante el año 1933, la Alianza Obrera contra el fascismo desplegó una intensa actividad con actos de todo tipo de agitación y propaganda antifascista por toda Catalunya.

Sería en el terreno sindical en el que la táctica de Frente Único impulsada por el BOC cosecharía sus mayores éxitos. A través de los Frentes Únicos de Trabajadores en sectores como el de la luz y fuerza o el mercantil se consiguió impulsar una movilización compacta de la mayoría de los trabajadores de un mismo ramo y conquistar reivindicaciones laborales importantes. En el caso de

la huelga del Frente Único de Trabajadores Mercantiles (FUTM), los aproximadamente 80.000 trabajadores que habían protagonizado en noviembre de 1933 una de las mayores movilizaciones y huelgas de la Barcelona republicana ganaron un aumento salarial general, la jornada laboral de 8 horas, la abolición del sistema de internado en los comercios y un ambicioso programa de subsidio familiar. Una situación similar se produjo con el Frente Único de Trabajadores de Luz y Fuerza: semana laboral de 44 horas, aumento salarial, indemnización por enfermedad y quince días de vacaciones. En ambos casos el BOC, a través de sus militantes el Sindicato Mercantil o en el sindicato de Luz y Fuerza, desempeñó un papel central tanto en la articulación de estos Frentes Únicos como en el desarrollo de sus movilizaciones[28].

LAS ALIANZAS OBRERAS Y LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

El 9 de diciembre de 1933 se hizo público el manifiesto constitutivo de la Alianza Obrera de Cataluña. El manifiesto estaba firmado por la UGT, los Sindicatos de Oposición, la Federación Catalana del PSOE, la Federación Sindicalista Libertaria, la Unió Socialista de Catalunya, la Esquerra Comunista de Catalunya, el potente sindicato campesino de la Unió de Rabassaires, la Federación de Sindicatos expulsados de la CNT y dirigidos por el BOC y el mismo partido de Maurín[29].

El manifiesto apuntaba el peligro que significaba el avance de la reacción capitalista y el fascismo a nivel mundial, para centrarse posteriormente en la situación que se vivía en España. Las organizaciones obreras de la Alianza se unían para «salvaguardar todas las conquistas logradas hasta hoy por la clase trabajadora (…) y oponernos al entronizamiento de la reacción en nuestro país y evitar cualquier intento de golpe de Estado e instauración de una dictadura»[30]. La Alianza Obrera se constituía como una concreción de la política de Frente Único y, al mismo tiempo, como un dique defensivo ante el proceso de fascistización de la derecha social y política.

Maurín saludó la creación de la Alianza Obrera en Cataluña como un paso trascendental en la política de Frente Único desde sus primeras formulaciones por parte del movimiento comunista internacional en 1921. El mismo Maurín

consideró la constitución de la Alianza Obrera en Catalunya como el primer paso para la extensión del nuevo organismo al resto del Estado. Había tres factores fundamentales que habían influido en la creación de la Alianza Obrera. El primero, el impacto de la llegada al poder del nazismo en Alemania y posteriormente el golpe social fascista en Austria produjeron una importante acción política unitaria de movilización antifascista entre las organizaciones obreras a lo largo de 1933 y 1934. El segundo, el cambio de rumbo tras las elecciones de noviembre de 1933, que habían significado que la CEDA tuviera 117 diputados en las Cortes de la República seguida del Partido Republicano Radical con 104. Y, en tercer lugar, las pretensiones y objetivos del BOC. Los bloquistas fueron los principales impulsores de la política de Frente Único y de la creación de la Alianza Obrera. Tras las elecciones de noviembre de 1933 el BOC lanzó una propuesta a las organizaciones obreras de Cataluña para la constitución de un frente único porque buscaba romper el aislamiento político al que la expulsión de los sindicatos bloquistas de la CNT en 1932 había situado a los comunistas.

La pretensión de Maurín de proyectar y expandir una formación comunista sobre la base del sindicalismo revolucionario no había funcionado a pesar del crecimiento del partido. De lo que se trataba ahora era de, primero, aproximarse al conjunto fragmentado de organizaciones obreras socialistas, sindicalistas y campesinas fuera de las coordenadas del mundo confederal en el marco catalán y a la izquierda del PSOE y la UGT en el marco español.

La primera opción había de posibilitar al BOC su crecimiento y su transformación en una alternativa obrera con capacidad de disputar con la CNT y la segunda había de posibilitar su extensión a escala española[31]. Aunque ambos objetivos quedaron a medio camino, ciertamente la actividad y la relativa extensión de las Alianzas Obreras a lo largo de 1934, así como su acción en la revolución de octubre fueron elementos destacables de la política unitaria de movilización obrera que asumía el antifascismo como aspecto nuclear.

A lo largo de 1934 las Alianzas Obreras se extendieron principalmente en aquellas áreas con una tradicional implantación del BOC y en aquellas en las que el PSOE no era la organización obrera dominante y, por lo tanto, le favorecía la activación de una dinámica unitaria. La misma lógica fue la que siguieron las regionales de la CNT, como en el caso de Asturias. Durante los primeros meses de 1934 se constituyeron Alianzas Obreras en los principales centros industriales del País Valenciano, València, Alcoi, Sagunt y Alacant, en Asturias, con un

núcleo importante del BOC en Mieres, Madrid y algunas ciudades de Andalucía como Almería o Sevilla.

La Alianza Obrera de Catalunya sería la que gozaría de un mayor crecimiento y extensión en concordancia con los planteamientos del BOC. Para el BOC la Alianza Obrera, como expresión del Frente Único, debía desplegar una movilización continuada en todos los ámbitos hasta llegar al punto culminante de la insurrección armada. Huelgas, manifestaciones, actos políticos, acción propagandística o la lucha ideológica debían ejecutarse desde la Alianza. Esta posición contrastaba con la concepción que de la misma tenían los Sindicatos de Oposición en Cataluña y, aún más, con la de los socialistas de la USC y el PSOE. A pesar de estas divergencias, la Alianza Obrera en Catalunya, bajo el impulso del BOC, convocó el 13 de marzo de 1934 una huelga general de 24 horas contra el fascismo en solidaridad con los trabajadores de la construcción y del metal de Madrid que estaban siendo hostigados por el gobierno. La huelga fracasó en la ciudad de Barcelona, pero tuvo un amplio seguimiento en centros industriales de importancia como Sabadell, Manresa, Mataró o Reus. La valoración por parte del Comité de la Alianza fue de un moderado optimismo, aunque la convocatoria de la misma recibió la crítica de los socialistas integrados en la AO. La huelga había permitido desarrollar una acción propia de relativa importancia al margen de la CNT, clarificar la función de una plataforma unitaria en el sentido que planteaba el BOC y, por último, intentar cuestionar el liderazgo del gobierno catalán y de ERC en la confrontación con el gobierno Lerroux[32].

Acciones de este tipo son las que el BOC impulsaría, no solo en Cataluña, durante la primavera y el verano de 1934 en el marco de un proceso de polarización social y política, de un conflicto institucional y constitucional entre el gobierno catalán y el de la República y de un aumento de la conflictividad social agudizada por el impacto del desvalijamiento de las reformas sociales del primer bienio llevadas a cabo por la ofensiva de las derechas. De este modo, cuando en octubre de 1934 la crisis del gobierno Samper dio paso a la entrada de los ministros de la CEDA en el gobierno de la República, las Alianzas Obreras decidieron convocar una huelga general revolucionaria. La entrada de la CEDA en el gobierno de la República se observaba como la luz de alarma que podía hacer efectiva la amenaza del fascismo y conducir a la República española a la misma situación que la producida en Alemania o Austria.

En el caso de Cataluña, el Comité de la Alianza Obrera decidió la noche del 4 al 5 de octubre la declaración de la huelga general revolucionaria, la acción

conjunta con los Ayuntamientos e instituciones gobernadas por ERC, el asalto al poder en aquellos municipios gobernados por las derechas y la proclamación de la República Catalana.

La estrategia de la AO y del BOC en Catalunya pasaba por intentar radicalizar la situación creada a partir del cinco de octubre para conseguir la proclamación de la República Catalana y activar una insurrección social generalizada. En Barcelona, la estrategia de la Alianza se encontró rápidamente en un callejón sin salida: los aliancistas presionaban al Gobierno catalán para que este proclamara la República Catalana, habían paralizado la ciudad y sacado a las calles unos miles de trabajadores dispuestos a enfrentarse a las fuerzas del ejército, pero continuaban sin disponer de la capacidad necesaria para ejecutar una acción de fuerza autónoma que desbordase la iniciativa del gobierno de la Generalitat. La inhibición de la CNT en Barcelona resultó fundamental para relegar a la Alianza Obrera a un papel subsidiario en la capital catalana.

Una realidad muy distinta se dio en otros centros industriales de Cataluña donde la correlación de fuerzas entre las organizaciones de la Alianza y la CNT era favorable a los primeros o en donde se impuso una lógica de colaboración revolucionaria entre todo el movimiento obrero. En ciudades de importancia industrial como Sabadell, Mataró, Vilanova i la Geltrú o Badalona las fuerzas obreristas desbordaron al republicanismo local y al gobierno catalán, transformando la huelga general en una insurrección revolucionaria temporalmente ganadora. Más allá de Catalunya, las Alianzas Obreras tuvieron una cierta iniciativa en la declaración de la huelga general y realizando varias acciones insurreccionales en varias ciudades del País Valenciano como Valencia, Alzira, Xàtiva o Cullera[33].

En Asturias donde la acción insurreccional se convirtió en una auténtica revolución social, la dirección política de la misma correspondió a los órganos emanados de la Alianza Obrera. En la revolución asturiana se configuraron dos niveles diferenciados de poder. Uno de regional con la sucesión de tres comités revolucionarios, y unos poderes locales ejercidos por los Comités revolucionarios que reflejaban la correlación de fuerzas políticas y sindicales existente en cada municipio. El BOC había tenido un protagonismo relativo en la formación y devenir de la Alianza Obrera asturiana y durante la revolución fue en aquellos municipios donde había tenido implantación, como en Mieres, donde tuvo un cierto protagonismo formando parte de los Comités revolucionarios locales[34].

DE LA FUNDACIÓN DEL POUM AL GOLPE DE ESTADO MILITAR Y FASCISTA DE JULIO DE 1936

La experiencia de la revolución de Octubre puso en un primer plano la necesidad de crear un partido comunista fuerte, bien organizado, con un programa revolucionario claro y con capacidad de dirigir políticamente a la clase trabajadora. El 1 de diciembre de 1934, Andreu Nin escribía en el órgano de la Esquerra Comunista que «Sense partit revolucionari no pot haver-hi revolució triomfant. Aquesta és l'única i veritable causa del fracàs de la revolució d'octubre»[35]. Para Nin, resultaba fundamental extender las Alianzas Obreras y los Comités de fábrica para conquistar a la mayoría de la clase obrera y situarla bajo la influencia de aquel partido revolucionario que aún no existía.

El BOC y Maurín coincidían en la misma necesidad señalada por Nin. El BOC analizó que tras la derrota de octubre era necesario para el triunfo de la revolución obrera la unidad de acción del movimiento obrero, un fuerte partido revolucionario en que confiase la mayoría de la clase trabajadora y una justa doctrina marxista-leninista. Resultaba necesaria la constitución del futuro gran partido socialista revolucionario (comunista) del proletariado «que sería, indiscutiblemente, el eje de la Alianza Obrera, dotaría a la clase trabajadora de nuestro país del instrumento de dirección y de combate que se ha encontrado a faltar en la insurrección de octubre»[36].

El acercamiento y coincidencias entre el BOC y la ICE respondían a diversos factores. La ICE disponía de un máximo de 800 militantes repartidos entre Extremadura, Madrid, el País Vasco y Galicia fundamentalmente. En Catalunya tenía una presencia puramente testimonial. La ICE se había ido distanciándose progresivamente del movimiento trotskista internacional desde que en 1932 había decidido constituirse como una alternativa al PCE y dejar de ser una fracción de oposición. En primer lugar, la ICE llegó al convencimiento de que mantenerse únicamente como una fracción, tal y como planteaba la Oposición de Izquierda Internacional trotskista, le llevaría a convertirse en una secta políticamente irrelevante. Igualmente, la ICE también se opuso al denominado viraje francés de Trotski por el que sus seguidores debían integrarse tácticamente en los partidos socialistas para influenciar a las nuevas alas izquierdas de los

mismos. En segundo lugar, para los trotskistas de la ICE el hecho de entablar contactos para la creación de un partido revolucionario, que como hemos apuntado resultaba una absoluta necesidad para Nin, les permitía trasladar sus posiciones al resto de las fuerzas obreras y romper su aislamiento[37].

La activación de una cierta dinámica unitaria de movilización del movimiento obrero desde finales de 1933 y durante todo el 1934 sin duda había reforzado las expectativas de la futura creación de un gran partido revolucionario y unificado del proletariado. La derrota de octubre de 1934 había puesto más aun de manifiesto esta necesidad política entre las fuerzas obreras de matriz marxista. Especialmente en Cataluña, donde el BOC reconocía que quedaba limitada su influencia real, las dinámicas unificadoras ganaron especial importancia a primeros de 1935. Así pues, aunque el BOC lanzó una propuesta de unificación de los partidos obreros españoles sobre la base del marxismo revolucionario, era únicamente en Catalunya donde existían posibilidades de activación de esta dinámica unificadora.

En enero de 1935 se iniciaron una serie de contactos para la construcción de un gran partido obrero unificado entre la Esquerra Comunista, el BOC, la Unió Socialista de Catalunya, el Partit Comunista de Catalunya (PCdC), la Federación Catalana del PSOE i el Partit Català Proletari (PCP). La experiencia de octubre había puesto de manifiesto que las organizaciones marxistas tenían margen de crecimiento e influencia en el movimiento obrero y el conjunto de la política catalana ante una CNT en crisis y una ERC llena de contradicciones. Tres meses después de iniciados los contactos para la construcción de un partido unificado que fuese la dirección política de la clase trabajadora catalana, estas ya se habían resquebrajado. Tan solo el BOC, la Esquerra Comunista y el Partit Català Proletari, una pequeña fuerza separatista y comunista, continuaron con las relaciones para una hipotética unificación. Finalmente, la dinámica unificadora que se había activado con la Alianza Obrera y que la insurrección de octubre había acelerado dio lugar a la constitución del POUM en setiembre de 1935[38]. De esta misma dinámica, aunque con una posición estratégica y táctica bien diferente aparecería también el PSUC en julio de 1936.

El POUM como producto de la fusión entre el BOC y la ICE aparecía con la voluntad de ser un primer paso y una alternativa tanto al PSOE como al PCE en la construcción de aquel partido dirigente que debía orientar la segunda revolución o la revolución democrático-socialista en la formulación de Maurín. En este sentido, la aparición del POUM respondía a una lectura determinada no

solo de la revolución de octubre sino también de la posición a seguir ante la amenaza del fascismo, de la fase en que se encontraba la denominada revolución española y del tipo de revolución necesaria que debía llevar a cabo el proletariado.

En 1935 Maurín publicó Hacia la segunda revolución. El fracaso de la República y la revolución de octubre, en la que sintetizaba el horizonte político que, según el dirigente del BOC, iba a producirse. Para Maurín, España se encontraba en la fase preparatoria de la segunda revolución, la revolución socialista. Octubre había sido el cañonazo histórico que la anunciaba y para llevarla a cabo el proletariado necesitaba forjar dos palancas: «la Alianza Obrera extendiéndose por todo el país y coordinada nacionalmente y un gran partido marxista revolucionario»[39].

Haciendo paralelismos con la revolución rusa de 1917, Maurín consideró que del mismo modo que había sucedido en la Rusia revolucionaria, el proletariado debía llevar a cabo simultáneamente una revolución democrática y una revolución socialista. Ante la amenaza del fascismo, resultaba necesaria la toma del poder por la clase trabajadora y la realización de una revolución democrática y socialista a la vez. El anunciado fracaso de la República democrática y del republicanismo pequeño burgués y la marcha imparable de la burguesía hacia el fascismo fijaban, en el esquema de Maurín, las perspectivas políticas en la disyuntiva de socialismo o fascismo.

Del análisis de Maurín, y también del de Nin, se derivaba una estrategia revolucionaria fundamentada en el frente único proletario, en la toma del poder por la clase trabajadora, en la inminencia de la revolución socialista y en la necesidad de la dictadura del proletariado. Esta estrategia se planteaba en un contexto social y político concreto, el de España pero especialmente el de Cataluña, en el que la dinámica unitaria de la movilización obrera, la creciente centralidad del antifascismo como consecuencia de la represión de octubre y la existencia de amplios sectores populares alérgicos al fascismo, no estrictamente proletarios, hicieron posible que se fraguara otra estrategia revolucionaria de matriz obrera y marxista que acabaría siendo antagónica a la del POUM. Era la estrategia obrera que combinaba antifascismo y revolución para superar a la vez los límites de la República del 14 de abril y combatir el ascenso del fascismo y que sería formulada por aquellas organizaciones marxista catalanas que buscaron una unificación alternativa a la del POUM.

En todo caso, el rumbo tomado por el POUM le obligaría hasta julio de 1936, y todavía más durante la guerra, a ir a contracorriente de la estrategia frentepopulista y a combatir una creciente marginación en el seno de la unidad antifascista después del verano de 1936.

El proceso de unificación entre el BOC y la ICE culminó formalmente en setiembre de 1935, aunque con anterioridad una buena parte de los dirigentes de la ICE colaboraban ya en La Batalla. En julio de 1935 los comités centrales de ambos partidos ya habían aprobado las resoluciones y tesis política del nuevo partido unificado. El cargo de secretario general recayó en Joaquim Maurín y el Comité Ejecutivo estuvo formada por una amplia mayoría de militantes provenientes del BOC, a excepción de Andreu Nin y Narcís Molins i Fàbregas, antiguos dirigentes de la ICE. En la práctica, la unificación supuso la ampliación de la implantación tradicional del BOC en Catalunya, el País Valenciano, Aragón y en menor medida Asturias, con los dispersos y reducidos núcleos de la ICE en Extremadura, País Vasco, Madrid y Galicia.

El nuevo partido fijó un programa y tres tareas fundamentales para que la unificación marxista revolucionaria fuera posible. En relación al programa, la caracterización de la revolución española como revolución democrático-socialista suponía la toma del poder por medio de la insurrección armada. Esta daría lugar a la dictadura del proletariado con unos órganos de poder que no ahogarían la democracia obrera. Las Alianzas obreras deberían pasar por tres fases: primera, ser el órgano del Frente Único proletario; segunda, convertirse en órgano insurreccional y, tercera, en órgano de poder. Había igualmente aspectos clásicos del programa de revolución democrática del BOC: la Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas y «la tierra para quien la trabaja», así como una defensa condicionada de la Unión Soviética y la denuncia de la guerra imperialista. En el plano de la táctica política en favor de la unificación proletaria, el POUM se fijó como objetivos la creación de un Partido Socialista Revolucionario (comunista) que unificara todas las organizaciones marxistas revolucionarias existentes en España. Asimismo, la consecución de la unidad sindical era el segundo elemento importante que el partido debía desplegar. Partiendo de la creciente fragmentación sindical existente en Cataluña, el POUM convocaría una Conferencia de Unidad Sindical en el marco de su estrategia para convertirse en la dirección revolucionaria de la clase obrera. Por último, en el campo de la unidad de acción, del Frente Único, el POUM focalizaba toda su acción en la extensión y ampliación de las Alianzas Obreras, a semejanza de los soviets, como instrumentos centrales de la acción revolucionaria[40].

Entre finales de 1935 y julio de 1936, la acción del POUM se caracterizó por sufrir un progresivo aislamiento, tanto en Cataluña como en el conjunto del Estado, de sus apuestas políticas y sus planteamientos en relación al resto del movimiento obrero y fuerzas políticas. En primer lugar, los llamamientos para la constitución de un nuevo partido unificado dirigidos especialmente a la denominada a la izquierda del PSOE fueron desvaneciéndose rápidamente. La extensión y consolidación de la política frentepopulista entre la mayoría del movimiento obrero, el voto favorable a Azaña como presidente de la República por parte de los socialistas tras las elecciones de febrero de 1936 y el desinterés de los socialistas por las Alianzas Obreras situaron las tentativas de unificación del POUM en terreno baldío. Igualmente, el POUM se quedó en solitario en su apuesta por las Alianzas Obreras. La dinámica frentepopulista activada y asumida por la mayoría de partidos obreros y republicanos de izquierda echo en saco roto la apuesta poumista de la Alianza Obrera como expresión de frente único que podía ser, a la vez, instrumento de movilización, insurreccional y de poder[41].

El POUM había planteado ante unas posibles elecciones, ya a finales de 1935, la constitución de una candidatura de clase y concurrir, precisamente, a las elecciones con las siglas de la Alianza Obrera. Después planteó a PSOE y PCE la constitución de un Frente Obrero como punto de partida para cualquier coalición electoral. Finalmente, el POUM se vio obligado a dar apoyo al pacto electoral del Frente Popular, sin haber podido intervenir en la elaboración de las bases del mismo, e incluso en Cataluña, donde el partido tenia mayor influencia, la presencia de los poumistas se vio limitada a la inclusión de Joaquim Maurín en la candidatura del Front d’Esquerres de Catalunya. El aislamiento de los comunistas del POUM, así como la escasa operatividad del planteamiento de las Alianzas Obreras ante una situación en la que la mayoría de fuerzas obreras se habían situado en otras coordenadas bien diferentes a las de antes de octubre de 1934, se evidenció con su incapacidad para intervenir con cierto margen de maniobra en las estrategias electorales de febrero de 1936. A pesar de esto, el partido se volcó en la campaña electoral, especialmente en Barcelona, y su reacción ante los resultados fue la de considerar la victoria del 16 de febrero como una victoria de las masas obreras, campesinas y de la pequeña burguesía por la amnistía y «vers la segona revolució, vers la revolució democrático-socialista»[42].

Fue únicamente en el terreno sindical en el que el POUM pudo concretar sus planteamientos en una Conferencia de Unidad Sindical realizada en Barcelona

en mayo de 1936. Con la asistencia de unos 200 delegados que representaban a unos 50.000 trabajadores, el congreso aprobó la creación de la Federación Obrera de Unidad Sindical (FOUS). La FOUS estuvo integrada por los antiguos sindicatos expulsados de la CNT en los que el BOC tenía preponderancia y por algunos de los Frentes Únicos de unidad sindical creados a partir de 1933. A pesar de los esfuerzos del POUM para activar una dinámica de unidad sindical en Cataluña, ni la mayoría de los Sindicatos de Oposición que procedían también de la CNT ni mucho menos la CNT, UGT o sindicatos autónomos o de oficios con fuerte implantación en sectores como el mercantil se sumaron al Congreso ni al nuevo proyecto de Federación Sindical[43].

EL POUM DURANTE LA GUERRA CIVIL

El día 19 de julio de 1936, el Comité ejecutivo del POUM y el Comité Central de la Juventud Comunista Ibérica pusieron en circulación un llamamiento a la huelga general, a la lucha hasta la derrota total del fascismo y a la unidad de acción en la Alianza Obrera. La reacción fascista se había alzado en armas contra el pueblo trabajador y la República. De madrugada habían intentado apoderarse de Barcelona, pero la resistencia unánime y enérgica de todos los trabajadores había hecho fracasar su tentativa criminal. Así se describía en la llamada del POUM lo sucedido el 18 de julio en Barcelona. Entre estos trabajadores que combatieron el golpe de Estado militar y fascista estaban los militantes del POUM[44]. Los grupos de acción del partido dirigidos por Josep Rovira habían tomado parte en la lucha callejera contra los golpistas en los puntos más céntricos de la ciudad[45].

Inicialmente el POUM hizo público un programa de reivindicaciones inmediatas para llevar a la práctica. Como el resto de organizaciones obreras, los poumistas tuvieron dificultades para calibrar con rapidez la magnitud de las transformaciones revolucionarios que la derrota del golpe de Estado había desatado en Cataluña. El programa de reivindicaciones contenía demandas como la semana laboral de 36 horas, la reducción de un 25 por 100 del precio de los alquileres, el mantenimiento de las milicias armadas o el control de la producción por los comités de fábrica. Era una combinación de demandas parciales con otras, fruto de la nueva situación creada por la acción

revolucionaria[46]. En los primeros momentos el Comité Ejecutivo del POUM pidió «(…) la immediata constitució d'un autèntic govern de Front Popular, amb la participación directa dels partits obrers que el recolzen. Aquest govern, progressiu en relació a l'actual ha de ser aprofitat per la clase treballadora per a l'aixafament del feixisme, per a la solución favorable de les vagues i per a impulsar la revolució endavant»[47]. El primero de agosto, Andreu Nin se refería a las jornadas de julio como una insurrección que se había transformado en una «perfecta revolución popular» que se orientaba hacia una revolución social, que «ha de desembocar fatalmente en una revolución socialista. Y para esto hay que ir consolidando las posiciones ganadas»[48]. Sería quince días más tarde cuando el Comité Ejecutivo del partido fijaría la posición del POUM ante la situación actual. En este documento quedarían claramente definidas las coordenadas en que la acción del partido se desarrollaría durante la guerra: gobierno obrero formado por partidos de clase y organizaciones sindicales, revolución socialista, asamblea constituyente y comités de obreros, campesinos y combatientes como dirección política y económica de la revolución[49].

La posición de los poumistas se había ido constituyendo, como la del resto de organizaciones obreras, ante un escenario cambiante en el que resultaba extremadamente difícil prefigurar que la quiebra del golpe de estado fascista daría lugar a una serie de transformaciones revolucionarias profundas, a una guerra y a una unidad antifascista ampliamente compartida en verano de 1936. De lo que no cabe duda es que inicialmente las apuestas políticas del POUM se enmarcaron en el principio de unidad antifascista resultante de las jornadas de julio, por mucho que se atacará a la política de Frente Popular y a los partidos de la pequeña burguesía y por mucho que se intentase preservar un proyecto partidista propio claramente diferenciado de los demás.

En las vísperas del 18 de julio el POUM tenía alrededor de unos 6.000 militantes, que a finales del mismo año ascenderían a unos 30.000. El partido contaba con una militancia cohesionada, en crecimiento. Tuvo una rápida capacidad de organizar columnas milicianas hacia el frente de Aragón. Sus militantes participaron activamente en la aparición y constitución de los Comités revolucionarios, también en el proceso de colectivización de la economía. Igualmente, el partido se integró en los nuevos organismos de unidad antifascista, como el Comité Central de Milicias Antifascistas o el Consejo de Economía, nacidos del pacto entre el poder armado de las fuerzas obreras, la CNT y el gobierno de la Generalitat, y el mes de septiembre organizó un secretariado femenino del partido en el proceso de expansión del mismo.

Por otra parte, el POUM tuvo que afrontar el hecho de que su máximo dirigente, Joaquim Maurín, fue detenido y encarcelado porque se hallaba en Galicia cuando se produjo el golpe militar y fascista. Fue Andreu Nin quien pasó a ocupar el cargo de secretario político del partido, aunque nunca fue reconocido como secretario general, tal y como lo había sido Maurín. La evolución del POUM durante la guerra quedaría estrechamente ligada a la figura de Andreu Nin. El hecho de que este no dispusiera de facultades ejecutivas como secretario general marcó la actitud de Nin en muchos momentos, porque algunos de los otros miembros del Comité Ejecutivo manifestaron importantes reticencias ante el antiguo trotskismo del mismo[50].

Para explicar en toda su complejidad la posición política del POUM, su situación y acción política a lo largo de la guerra, resulta fundamental caracterizar las diversas opciones revolucionarias del campo antifascista que cristalizaron en Cataluña tras la derrota del golpe de estado militar y fascista.

El POUM planteó casi desde un primer momento una concepción proletaria de la revolución, la segunda revolución en el esquema de Maurín, en la que el mismo partido era la vanguardia que había de dirigir la nueva situación revolucionaria existente. La debilidad del partido, a pesar de su crecimiento, y el hecho de no disponer de una base de masas propia llevó a los poumistas a pensar que la CNT podía ser esta base de masas necesaria. La propuesta del POUM de constitución de un gobierno obrero y campesino, que en la práctica significaba un gobierno de la CNT, la FAI y el POUM, partía de la suposición, que no llegaría a cumplirse, de que había margen de encuentro estratégico entre un partido marxista que deseaba imponer la dictadura del proletariado y un espacio de poder sindical y social como el que representaba la Confederación. El ataque frontal del POUM a la unidad antifascista tampoco contemplaba que la CNT había apostado desde el mismo mes de julio por la alianza antifascista entre trabajadores y los sectores populares y la clase media antifascista representada por ERC.

Por otra parte, el PSUC planteó la estrategia de la revolución popular como estrategia revolucionaria que partiendo de la unidad antifascista y del nuevo carácter adquirido por el frentepopulismo tras las jornadas de julio pretendía llevar a cabo un determinado tipo de revolución con una alianza de clases determinada. Se trataba de un camino de construcción del socialismo en el que la clase trabajadora era el centro hegemónico de la revolución popular, pero con una base más amplia y una política de alianzas que contemplaba a los

campesinos, sectores populares y las clases medias antifascistas fundamentales en la estructura social catalana. Los poumistas se caracterizaron durante el verano de 1936, pero también en septiembre y octubre, cuando formaban parte del gobierno catalán de unidad antifascista presidido por Josep Tarradellas, por atacar frontalmente cualquier propuesta política revolucionaria de base frentepopulista que definía como un «frenazo a la revolución» o directamente como una forma de contrarrevolución[51]. Igualmente, los poumistas habían subestimado la capacidad del republicanismo catalanista de rehacerse en el contexto de guerra. ERC no solo no había desaparecido, sino que superados los primeros momentos de desconcierto tras el golpe de Estado, el partido recompuso sus amplias parcelas de poder y adaptó su programa de reforma social y defensa de las libertades nacionales de Catalunya al nuevo contexto surgido del 18 de julio.

La posición del POUM durante la guerra y su papel en los momentos claves de la política en la retaguardia de Cataluña, como la crisis del gobierno catalán de unidad antifascista en diciembre de 1936 y los hechos de mayo de 1937, debe ser explicada por la interacción entre la apuesta revolucionaria del partido y el resto de otras opciones revolucionarias del campo antifascista, en relación con las necesidades de la guerra y la política de retaguardia y en relación también al avance de la contrarrevolución fascista de Franco en Catalunya y España. Independientemente de la campaña del PSUC a partir de octubre de 1936, en la que se tildaba al POUM de partido trotskista para vincularlo burdamente a la contrarrevolución y al fascismo, de las difamaciones contra el POUM tras los hechos de mayo de 1937 que lo caracterizaban de quintacolumnista y del miserable secuestro y asesinato de Andreu Nin ejecutado por los agentes soviéticos y avalado políticamente por el PSUC, el POUM articuló una propuesta política, la de la revolución proletaria en el modelo ruso y el gobierno obrero y campesino, que le situó en un punto cada vez de mayor aislamiento. El partido no tenía capacidad de llevar adelante su propuesta por sí mismo y a la vez incrementó la confrontación con el resto de las fuerzas del antifascismo catalán. La combinación de ambos factores hizo posible la creciente marginación política del partido y el grado de represión dirigido sobre el POUM tras los hechos de mayo de 1937[52].

El POUM había participado en los organismos salidos del pacto de unidad antifascista en verano de 1936. El 26 de setiembre del mismo año se integró en el gobierno de la Generalitat de unidad antifascista, con Andreu Nin como consejero de Justicia. Nin y el POUM contribuyeron decididamente al proceso

de recuperación institucional de la Generalitat en el ámbito de la Justicia y ayudando a imponer la autoridad gubernamental en localidades, como la ciudad de Lleida, en la que el Comité Revolucionario local claramente influenciado por el mismo partido tenia autoridad plena. Al mismo tiempo, empero, el POUM mantuvo una posición de crítica y ataque frontal a los acuerdos y la política gubernamental en materia de militarización de las milicias antifascistas o ante el decreto de colectivizaciones aprobado el 24 de octubre de 1936.

La exclusión del POUM del gobierno catalán en diciembre de 1936 marcó el inicio del descenso y aislamiento del partido en el campo antifascista catalán. El motivo de la crisis del gobierno de unidad antifascista iba mucho más allá de la posición del POUM. La cuestión de fondo era el incumplimiento por parte de la CNT-FAI del acuerdo del Comité de Enlace CNT-FAI-UGT-PSUC del 22 de octubre de 1936 que había dado lugar al decreto de colectivizaciones, que regulaba la situación de la propiedad industrial y comercial, legalizaba las apropiaciones sindicales pero salvaguardaba una parcela de pequeña y mediana propiedad privada, a la militarización de las milicias y a la regulación de las armas y el orden público en la retaguardia. El POUM compartía con la CNT también algunos aspectos de la oposición a la política colectivizaciones y a la militarización. Su exclusión del gobierno, planteada por el PSUC, funcionó como una manera de cerrar en falso la contradicción fundamental que habitaba en el campo antifascista: la posición de una CNT que había apostado por una alianza antifascista desde el verano de 1936, pero que contaba en su interior con sectores cualitativa y cuantitativamente importantes que impugnaban dicha alianza y también la participación gubernamental. La CNT aceptó la exclusión de los poumistas pensando en el aumento de sus parcelas de poder desde una óptica sindical.

Una situación similar se produjo durante los hechos de mayo de 1937. Fundamentalmente lo sucedido en Barcelona y otros puntos de Catalunya durante la primera semana de mayo fue una insurrección de anarquistas, de varios sectores de la CNT, que impugnaban la alianza antifascista, la colaboración gubernamental y reaccionaban contra la pérdida de poder en las parcelas que el mundo confederal había dominado desde julio de 1936, esto es, el control del uso de la violencia en las calles, los espacios de poder económico sindical y el control de los aprovisionamientos. El POUM no fue el protagonista de los hechos de mayo ni tampoco estos fueron un «putsch trotskista», como el PSUC los caracterizó. Los hechos de mayo tampoco fueron una provocación del PSUC tal y como sostuvieron los poumistas. El POUM intentó intervenir en la

situación para dirigir un movimiento que pretendía la liquidación del frente antifascista. Los poumistas se dirigieron a la dirección catalana de la CNT para que esta convirtiera los enfrentamientos en una insurrección a fondo, acabase con la colaboración gubernamental y fuera constituido un gobierno estrictamente proletario de la CNT, la FAI y el propio POUM. El Comité de la regional catalana de la CNT no solo no recorrió el sendero de la insurrección, sino que incluso se distanció de los hechos en la prensa oficial y oficiosa confederal los días siguientes[53].

Ante la decisión de la CNT, el POUM planteó una retirada ordenada de la movilización armada, pero fue la única organización que reivindicó la rebelión y la consideró un hecho revolucionario. Los hechos de mayo demostraban para el POUM que había que oponer al Frente Popular Antifascista el Frente Obrero Revolucionario, que significaba la liquidación de la alianza antifascista y por lo tanto combatir el gobierno legítimo de la Generalitat y el de la República.

Esta reivindicación explícita facilitó que la represión y las responsabilidades políticas por los hechos de mayo se focalizaran de manera preferente en el POUM, ya que resultaba un chivo expiatorio que permitía desviar la atención sobre el responsable principal de la insurrección, la CNT. Tras la insurrección de mayo, el PSUC pidió primero la prohibición de La Batalla y después la ilegalización del partido acompañada de una burda acusación de espionaje a favor de Franco elaborada por los servicios secretos soviéticos. El 28 de mayo, el gobierno de la República procedió a la suspensión de La Batalla y a la confiscación de su local. Posteriormente el POUM seria ilegalizado y su dirección detenida el 16 de junio de 1937. El secuestro y asesinato de Andreu Nin por los agentes soviéticos, con una atmosfera política avalada por el PSUC y el PCE, fue el punto álgido y el más deplorable de la represión ejercida contra el partido. El resto de la dirección del partido fue juzgada por el Tribunal central contra delitos de Espionaje y Alta traición en octubre de 1938. La sentencia absolvió a los dirigentes del POUM de la falsa acusación de espionaje, pero los condenó por delito de rebelión a penas de entre once y quince años.

De manera simultánea, se produjo una acción policial por parte del gobierno de la República dirigida a desarticular la dirección del partido y a impedir la reactivación del mismo en la clandestinidad. El 19 de abril de 1938 fueron detenidos los comités ejecutivos clandestinos del partido y las juventudes, dirigidos respectivamente por Jordi Arquer y Wilebaldo Solano, y se procedió a la disolución de la División 29, la División Lenin. La represión judicial contra el

POUM se inscribió en una represión policial y judicial más amplia ejercida por el gobierno de la República contra aquellos sectores, especialmente libertarios, que habían impugnado por la vía de la insurrección la legitimidad de una República en guerra. Aun así, se produjeron diversos casos de represión extrajudicial contra militantes del POUM sumados al de Andreu Nin, tanto en el frente como en la retaguardia[54].

La represión contra los poumistas, la exclusión de sus representantes especialmente de las instituciones de poder local, su ilegalización, la detención y encarcelamiento de decenas de sus militantes y la desarticulación organizativa marcó el ocaso del partido de los comunistas disidentes. Su aislamiento se había acelerado a partir de diciembre de 1936, cuando se le excluyó del gobierno catalán y su estrategia revolucionaria, revolución proletaria, gobierno obrero y campesino e impugnación del Frente Popular Antifascista, había colisionado con el resto de estrategias del campo antifascista catalán. El POUM, aunque continuaría organizado clandestinamente hasta el final de la guerra, y después en el exilio, vio cómo su estrategia revolucionaria se situó en un callejón sin salida por la falta de fuerza del propio partido para llevarla a cabo, por el choque interno en el interior del campo antifascista y finalmente también por la represión.

El espacio y el proyecto político de aquellos comunistas disidentes que había ido creciendo en el marco de una República en paz llegaba a un estado terminal en el contexto de una República en guerra que había de afrontar, no solo el avance de la contrarrevolución del ejército de Franco, sino también la crisis profunda del antifascismo en Catalunya.

---

[1] August Thalheimer, «Notes on a Stay in Catalonia», en Varios Autores, The Spanish civil war. The view front the left, Londres, Socialist Platform. 1992, pp. 268-283. Sobre el KPO y la demoninada oposición de derechas del movimiento comunista, puede verse Robert J. Alexander, The Right Opposition, Londres, Greenwood Press, 1981.

[2] A. Thalheimer, «Notes on a Stay in Catalonia».

[3] El partido se fundó en la casa donde de los militantes de la ICE del barrio barcelonés de Horta Carlota Durany y Francesc de Cabo; Francesc de Cabo,

Nuestros años treinta. Recuerdos de un militante del POUM, Madrid, Sepha, 2005, p. 71.

[4] Las cifras de militantes son las que dio el mismo Andreu Nin en el Comité Central del partido. Ver Boletín Interior del POUM, 15701/1937. Para la implantación territorial del POUM ver Andrew Durgan, Comunismo, revolución y movimiento obrero en Cataluña 1920-1936. Los orígenes del POUM, Barcelona, Laertes, 2016, pp. 301-309.

[5] Para Maurín ver Antonio Monreal, El pensamiento político de Joaquín Maurín, Barcelona, Península, 1984.

[6] Sobre el BOC los estudios de referencia obligada son el pionero de Francesc Bonamusa, El Bloc Obrer i Camperol (1930-1932), Barcelona, Curial, 1974, y el ya citado A. Durgan, Comunismo, revolución y movimiento obrero. Sobre el movimiento trotskista en España y la ICE ver el estudio también pionero de Pelai Pagès, El movimiento trotskista en España (1930-1935), Barcelona, Península, 1977, y la reciente tesis de Sergi Rosés, «Els revolucionaris marxistes a l'Espanya dels anys trenta» Tesis doctoral, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2017.

[7] Joaquín Maurín, El Bloque Obrero y Campesino, Barcelona, CIB, 1932, p. 22.

[8] Un buen análisis sobre el sentido de la revolución democrática para el BOC en F. Bonamusa, El Bloc Obrer i Camperol, pp. 89-111.

[9] A. Durgan, Comunismo, revolución y movimiento obrero, pp. 300-301.

[10] Isabella Lorusso, Voces del POUM, Barcelona, Meubook, 2010, pp. 51-52.

[11] Reflexiones importantes sobre el carácter del BOC y su proyecto político en relación a la realidad social y política catalana de los años treinta se hallan en Ferrán Gallego, La crisis del antifascismo en Cataluña. Barcelona, mayo de 1937, Barcelona, Debolsillo, 2008; José Luis Martín Ramos, La rereguarda en guerra. Catalunya 1936-1939, Barcelona, L'Avenç, 2012; y Ricard Vinyes, La Catalunya Internacional. El frontpopulisme en l'exemple català, Barcelona, Curial, 1983.

[12] La Batalla, 3 de septiembre de 1931, p. 1.

[13] «Tesis política aprobada por el I Congreso de la Federación Comunista Catalano-Balear», La Batalla, 26 de marzo de 1931, p. 2.

[14] «Visca la revolució! Manifest del Bloc Obrer i Camperol a l'opinió», L'Hora, 23 d'abril de 1931.

[15] La Batalla, 30 de julio de 1931, p. 1.

[16] F. Bonamusa, El Bloc Obrer i Camperol, pp. 303-340.

[17] La Batalla, 23 de abril de 1931, p. 1.

[18] La Batalla, 10 de marzo de 1932, p. 3

[19] Sobre Maurín y la cuestión nacional, Andrew Durgan, «Joaquín Maurín y la cuestión nacional», en Pelai Pagès y Pepe Gutiérrez Álvarez (dirs.), El POUM y el caso Nin. Una historia abierta, Barcelona, Laertes, 2014, pp. 211-226. Ver del mismo Maurín entre otros muchos textos J. Maurín, «Las tres etapas de la cuestión nacional», La Batalla, 16 de julio de 1931. La crítica de Nin en «¿A dónde va el Bloque Obrero y Campesino?», en Andreu Nin, Por la Unificación marxista, Madrid, Castellote, 1978, pp. 101-122.

[20] F. Bonamusa, El Bloc Obrer i Camperol, pp. 295-301, y Josep Termes, La Catalanitat obrera. La República Catalana, l'Estatut de 1932 i el moviment obrer, Catarroja-Barcelona, Afers, 2007.

[21] A. Durgan, Comunismo, revolución y movimiento obrero, p. 161.

[22] Joaquín Maurín, Revolución y contrarrevolución en España, París, Ruedo Ibérico, 1966, p. 56.

[23] F. Bonamusa, El Bloc Obrer i Camperol, p. 289, y La Batalla, 24 de marzo de 1932.

[24] La Batalla, 17 de septiembre de 1931.

[25] Jaume Barrull, El Bloc Obrer i Camperol (Lleida, 1919-1937), Lleida, Ajuntament de Lleida, 1990, p. 63-69.

[26] Bloc Obrer i Camperol (FCI), «A Tots els treballadors», Fondo Generalitat

de Catalunya Segona República, Fons 1 UI 120, Arxiu Nacional de Catalunya (ANC).

[27] A. Durgan, Comunismo, revolución y movimiento obrero, pp. 106-120, y Justicia Social, 18 de marzo de 1933, p. 3.

[28] Sobre la movilización de los trabajadores mercantiles, ver Andrew Durgan. «La Huelga general mercanitl de 1933», en Varios Autores, La Historia i els joves historiadors catalans, Barcelona, 1986 y Martí Sans Orenga, Els treballadors mercantils dins el moviment obrer català, Barcelona, Pòrtic 1975.

[29] La explicación de la génesis y desarrollo de la Alianza Obrera realizada por Maurín y el BOC en Mont-Fort, Alianza Obrera, Barcelona, Imprenta Cervantes, 1935.

[30] Sindicalismo, 15 de diciembre de 1933.

[31] Marta Bizcarrondo (ed.), Octubre del 34: Reflexiones sobre una revolución, Madrid, Editorial Ayuso, 1977, pp. 12-47.

[32] Sobre la huelga antifascista del 13 de marzo de 1934, Combate. Diario sindicalista revolucionario, 17 de marzo de 1934, y «Detalls de com es produí la vaga general de 24 hores decretada per l'Aliança Obrera el dia 13 de març de 1934», PS. Barcelona 1944, AHN- Sección Guerra Civil.

[33] Sobre la acción de la Alianza Obrera en la insurrección de octubre en Catalunya, Manuel López Esteve, Els fets d'octubre de 1934 a Catalunya, Barcelona, Base, 2013.

[34] Marta Bizcarrondo (ed.), Octubre del 34, pp. 10-80, y «La insurrección de octubre de 1934 en España» en Estudios de Historia Social 31, 1984, p. 23-36. Sobre Mieres, Paco Ignacio Taibo II, Asturias. Octubre 1934, Barcelona, Crítica, 2013, p. 185-189.

[35] L'Estrella Roja, Organ de l'Esquerra Comunista, 1, 1 de diciembre de 1934, p. 1.

[36] J. Maurín, Revolución y contrarrevolución, p. 222-225.

[37] Pelai Pagès, Andreu Nin. Una vida al servei de la classe obrera, Barcelona,

Laertes, 2008, pp. 157-184.

[38] Ibid., pp.185-193. La visión de Andreu Nin sobre la unificación en «Un pacto de unificación firme y sincero», en A. Nin, Por la Unificación marxista, pp. 459-460.

[39] J. Maurín, Revolución y contrarrevolución, p. 222.

[40] Comité Ejecutivo del POUM, «Qué es y qué quiere el POUM», en Víctor Alba (ed.) La revolución española en la práctica. Documentos del POUM, Madrid, Jucar, 1977, pp. 29-51.

[41] A. Durgan, Comunismo, revolución y movimiento obrero, pp. 221-234.

[42] Comité Executiu del POUM, «Després del triomf electoral. A tots els treballadors», 18 de febrero de 1936. Colección Fulls Volanders. Album 34, AHCB.

[43] Andrew Durgan, «Sindicalismo y marxismo en Cataluña 1931-1936. Hacia la fundación de la Federación Obrera de Unidad Sindical», Historia Social 8 (1990), pp. 29-45.

[44] Comité Executiu del POUM, «Visca la vaga general», 19 de julio de 1936, AHCB. Colección Fulls Volanders. Album 36.

[45] Josep Coll y Josep Pané, Josep Rovira. Una vida al servei de Catalunya i el socialismo, Barcelona, Ariel, 1978, pp. 65-83.

[46] Avant. Organ del Partit Obrer d'Unificació Marxista, 24 de julio de 1936.

[47] Comité Executiu del POUM, «El POUM a la classe treballadora», 18 de juliol de 1936, Colección Fulls Volanders. Album 35, AHCB.

[48] La Vanguardia, 2 de agosto de 1936, p. 3.

[49] Comitè Executiu del POUM, «El POUM davant la situació política actual», 14 de agosto de 1936, AHCB. Colección Fulls Volanders. Album 36.

[50] Sobre Andreu Nin ver las biografías de F. Bonamusa, Andreu Nin y el movimiento comunista en España (1930-1937), Barcelona, Anagrama, 1977 y de

Pelai Pagès, Andreu Nin: su evolución política (1911-1937), Bilbao, Zero, 1975 y Andreu Nin. Una vida al servei de la classe obrera, Barcelona, Laertes, 2008.

[51] Comité Central, «Resoluciones aprobadas en el pleno ampliado de diciembre de 1936», en Víctor Alba (ed.) La revolución española en la práctica. Documentos del POUM, Madrid, Jucar, 1977, p. 107.

[52] Una muy exhaustiva y excelente reconstrucción de la interacción entre las diversas alternativas del campo antifascista en Catalunya, en F. Gallego, Barcelona, mayo de 1937. La crisis del antifascismo en Cataluña, Barcelona, Debate, 2007. José Luis Martín Ramos, La rereguarda en guerra. Catalunya 1936-1939, Barcelona, L'Avenç, 2012, y del mismo autor, Territori capital. La Guerra Civil a Catalunya, 1937-1939, Barcelona, L'Avenç, 2015. Sobre el grado de represión hacia el POUM ver F. Godicheau, «El proceso del POUM: proceso ordinario de una justicia extraordinaria», Historia Contemporánea 29 (2005), pp. 839-869.

[53] Sobre los hechos de mayo de 1937 ver F. Gallego, La crisis del antifascismo. Barcelona, mayo de 1937, Barcelona, Debolsillo, 2008; A. Viñas, El escudo de la República. El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937, Barcelona, Crítica, 2007; P. Pagès, Andreu Nin. Una vida al servei de la classe obrera, pp. 279-294.

[54] Sobre la represión al POUM, Reiner Tosstorff, «El POUM en la ilegalidad bajo Negrín», en Pelai Pagès y Pepe Gutiérrez Álvarez (dirs.), El POUM y el caso Nin. Una historia abierta, Barcelona, Laertes, 2014, pp. 57-85 y del mismo autor El POUM en la revolució espanyola, Barcelona, Base, 2009.

XXVII

EL VALOR CUALITATIVO DEL PSUC: UN NUEVO TIPO DE PARTIDO

Josep Puigsech Farràs

En la historia del comunismo español, fue el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) quien se erigió en una excepción respecto a la trayectoria que había caracterizado a la ortodoxia comunista hasta el momento y, con ello, en una originalidad significativa no solo en la historia del comunismo en España sino también en el conjunto del movimiento obrero del siglo XX en Europa.

La esencia del PSUC como partido unificado, es decir, como fusión voluntaria de socialistas y comunistas en una misma formación para configurar un nuevo tipo de partido marxista en la esfera catalana, española y europea, que tenía en el antifascismo su principal bandera, configuró el valor cualitativo de este nuevo partido desde su nacimiento el 24 de julio de 1936. Dicha lógica se mantuvo intacta hasta marzo de 1938, cuando siguiendo órdenes del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (IC) se inició un paulatino, complejo y sinuoso proceso de conversión del PSUC en un partido comunista y ortodoxo, que implicó el inicio de la erosión de su esencia como partido unificado. Una esencia que acabó desintegrándose en 1949 y, con ello, se esfumó la originalidad que le había marcado desde su primer día de vida aunque, eso sí, continuó intacto el formalismo de la denominación del partido como unificado y su legado histórico como formación unificada[1].

En todo caso, la caracterización del PSUC como partido unificado tuvo dos pilares centrales. En primer lugar, su legitimación en la ortodoxia comunista, además de considerarse unilateralmente parte integrante de la misma, tanto conceptualmente como estratégicamente. En este sentido, hizo uso de todos los referentes canónicos del comunismo ortodoxo desde su primer día de vida: reivindicó el legado de la Revolución Rusa de Octubre de 1917, se identificó sin

tapujos con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y, muy entusiasta e icónicamente, con la figura y liderazgo de Yósif Visaronovich Dugachvili –Stalin–, así como con el legado de Vladímir Ílich Ulianov –Lenin–, además de considerarse unilateralmente adherido a la IC en julio de 1936 y ser reconocido como sección oficial en junio de 1939 por la dirección del organismo internacionalista. Así, pues, el PSUC se identificó conceptualmente con el mundo ruso-soviético surgido a raíz de Octubre de 1917 y las transformaciones que de él se derivaron. Por otro lado, estratégicamente se insertó en la táctica del Frente Popular del VII Congreso de la IC, causa determinante, pero no exclusiva, de su nacimiento. Ello implicó que identificase la IC y su proyecto de Frente Popular como el referente natural del nuevo partido, tanto emocional como organizativamente. Ahora bien, en términos ideológicos, y precisamente por esa misma identificación emocional y organizativa con el Frente Popular, no asumió el comunismo ortodoxo, a diferencia de lo que había sucedido con las formaciones que se alinearon con la IC a partir de su fundación en marzo de 1919. Precisamente el VII Congreso de la IC en el verano de 1935 había supuesto un freno en seco al proyecto de expansión de la revolución comunista que la IC había defendido desde 1919. El Frente Popular marcó como objetivo detener el avance del fascismo y, para ello, apostó por alianzas entre la burguesía progresista y el movimiento obrero, además de promocionar la creación del partido único del proletariado en la esfera marxista, es decir, la fusión de la izquierda socialista y los comunistas en un nuevo tipo de partido marxista, bajo control de los sectores procedentes del comunismo, que se erigiese en la base obrera para frenar el avance del fascismo. El PSUC, pues, se identificaba con esta lógica y, por lo tanto, su esencia era la de un partido de Frente Popular.

El segundo pilar central del PSUC, aunque no suponía ninguna novedad en el escenario marxista catalán desde inicios de los años veinte del siglo pasado, era el tipo de relación que debía establecer con la sección oficial de la IC en España. El Partido Comunista de España (PCE), así como los delegados de la IC que se encontraban en suelo español en julio de 1936, no tuvieron ninguna duda al respecto. El PCE y el delegado argentino Victorio Codovilla, tras echarse las manos a la cabeza por el nacimiento del PSUC –que consideraron precipitado cronológicamente, fuera de cualquier posible control o influencia por su parte, con una esencia unificada y no comunista, así como con una defensa de la cuestión nacional catalana que identificaban en el camino del desviacionismo pequeñoburgués, sin olvidar una base militante y buena parte de cuadros directivos que ofrecían pocas garantías ideológicas–, apostaron inmediatamente por convertir el PSUC en un partido comunista y situarlo como su filial regional

en Cataluña. Mientras tanto, la mayor parte de los cuadros directivos del partido catalán y un elevado número de su militancia se decantaban por mantener la independencia orgánica del PSUC respecto al PCE, que se había conseguido de facto a raíz de la realidad que impuso los primeros meses de la Guerra Civil: imposibilitó materialmente cualquier capacidad de influencia y/o control del PCE y los delegados de la IC en España (Madrid) sobre el PSUC (Barcelona). Esta realidad del contexto español fue sumada a una lógica discursiva. El sector mayoritario del PSUC no dudó en justificar su independencia en base a una lectura de la táctica del Frente Popular como proyecto político en clave no solo de dicotomía entre fascismo y antifascismo, sino también como plataforma para la creación de un nuevo tipo de partido marxista que afrontase los envites del fascismo. El PSUC era ese nuevo tipo de partido, ubicado en un particular pero propio contexto español –Guerra Civil– europeo y mundial –ascenso del fascismo, consolidación y desarrollo de la URSS, hegemonía de las potencias liberales de mediados de los años treinta–. Mientras tanto, el PCE formaba parte de otro contexto. El PCE era considerado un partido comunista clásico ortodoxo y, por extensión, un partido viejo en ese sentido, en la medida que había surgido con las lógicas de una IC de inicios de la década de los años veinte, al calor de las 21 Condiciones, que nada tenían que ver con el contexto español, europeo y mundial de 1936[2].

Así, pues, el PSUC, nacido como una formación unificada e independiente orgánicamente del PCE en 1936, acabaría transformándose en un partido comunista ortodoxo y asumiendo el rol de filial catalana del PCE en 1949. En otras palabras, 1936 había marcado el inicio de una originalidad que, como vemos, finalizó en 1949. No obstante, esta evolución, que tuvo un evidente coste interno al forzar no solo la salida voluntaria sino también la depuración interna de los defensores del proyecto del PSUC como partido unificado e independiente respecto al PCE, no impidió que el partido catalán se erigiese en la principal formación de la lucha antifranquista en Cataluña, como el PCE lo fue en el resto de España[3].

DEL ECO DE LA REVOLUCIÓN RUSA AL INICIO DE LA GUERRA CIVIL

Como hemos visto, el nacimiento del PSUC fue resultado, en buena medida, de

la táctica del VII Congreso de la IC. No obstante, y sin olvidar que dicha táctica había tenido ya un precedente a inicios de 1934 con las movilizaciones populares antifascistas en Francia y Austria contra el avance del fascismo, el nacimiento del PSUC también fue resultado de un conjunto de factores propios del escenario político catalán que se combinaron con el impulso que imprimió la táctica del Frente Popular[4]. En este sentido, merecen destacarse especialmente: 1) la necesidad de acabar con la amplia fragmentación que existía del espacio marxista en Cataluña, tanto para poner punto y final a la debilidad interna que generaba en este campo, como para acabar con la crónica e ineficaz competitividad entre esta multiplicidad de formaciones, en la medida que junto al comunismo heterodoxo del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) –que, por cierto, ya había sido resultado de la fusión de dos formaciones comunistas heterodoxas como el Bloc Obrer i Camperol (BOC) e Izquierda Comunista Española (ICE)–, existían cuatro formaciones más en la esfera marxista como eran la Unió Socialista de Catalunya (USC), la Federació Catalana del Partido Socialista Obrero Española (FC del PSOE), el Partit Català Proletari (PCP) y el Partit Comunista de Catalunya (PCC) en tanto que filial del PCE en Cataluña. Estas cuatro, precisamente, se acabarían fusionando en el PSUC; 2) la necesidad de crear una alternativa sólida en el campo marxista a la hegemonía que ejercía el anarcosindicalismo en el movimiento obrero en Cataluña; 3) la convicción, tras el fracaso de la Revolución de Octubre de 1934 y su posterior represión, que sin la unidad de las formaciones marxistas era inviable cualquier opción de revertir la dinámica represiva que se había ejercido en Cataluña, y en el resto de España, tras Octubre de 1934; 4) el bagaje que había supuesto en Cataluña a nivel organizativo, pero también en movilización social, el eco e impacto de la Revolución Rusa de Octubre de 1917, con una larga trayectoria de incidencia que, de menos a más, había calado en el territorio catalán aunque lejos, muy lejos, de ser hegemónica[5].

La existencia de esta cuádruple causalidad en clave interna catalana, así como su combinación con la dinámica creada por el VII Congreso de la IC, demuestran que nacimiento del PSUC fue algo más que una simple imposición de unas órdenes establecidas desde una dirección en Moscú, que dictaba órdenes a una periferia que obedecía sumisamente y sin capacidad de adaptación a sus territorios de actuación de las órdenes procedentes de la capital soviética. La relación de las formaciones comunistas con Moscú era evidente, pero ello no impedía que en diferentes casos se realizasen intervenciones relevantes por parte de las secciones nacionales en los debates y en las resoluciones acordadas[6], amén de la adaptación propia a situaciones excepcionales como las de una

Guerra Civil como la de España[7], y, más aún, cuando generaron unas dinámicas propias e imprevistas como las que protagonizó el PSUC que, sin lugar a dudas, descolocaron a la IC, tanto por la caracterización ideológica del partido como por su funcionamiento orgánico como partido independiente del PCE. Además, no debe pasarse por alto la importancia de las dinámicas internas de cada Estado para explicar el surgimiento de los movimientos alineados con el comunismo. Al fin y al cabo, las prédicas procedentes de la IC a partir de marzo de 1919 hubieran sido prédicas en el desierto de no contar con un substrato que le hubiera permitido conectar con un movimiento obrero con una larga trayectoria de lucha y organización que, claramente, precedía a 1919. Precisamente, la trayectoria de este movimiento obrero explicaba por qué la Revolución Rusa de Octubre de 1917 tuvo un impacto en España y, más aún, en una región como Cataluña[8].

La Revolución Rusa de Octubre de 1917 generó unas simpatías limitadas en Cataluña. El anarcosindicalismo, con la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) a la cabeza, desde un primer momento mostró empatía con una revolución de la que muy poco conocían, pero de la que apoyaron su lógica de ruptura estructural con el pasado y su apuesta en favor de la revolución obrera. No obstante, el nacimiento de la IC en marzo de 1919 y la consiguiente caracterización de Octubre de 1917 como una revolución comunista, precedido por el impacto de las concesiones que tuvieron que realizar los revolucionarios rusos con el Tratado de Brest-Litovsk, distanciaron el grueso del anarcosindicalismo respecto a Octubre de 1917. No obstante, quedó un pequeño sector anarcosindicalista que siguió identificándose con el modelo de la IC y, a partir de ellos, entre otros colectivos, surgirían los primeros comunistas en Cataluña[9].

El otro foco de atracción comunista en Cataluña se situó en dos sectores que inicialmente mostraron sus distancias, en algunos casos incluso oposición, a Octubre de 1917. En primer lugar, el republicanismo liberal progresista catalán, con el Partit Republicà Català (PRC) como estandarte. Sus simpatías se forjaron a través de una lectura basada en la identificación de esa revolución como un modelo genérico de transformación social a nivel popular y una nueva conceptualización sobre la cuestión nacional basada en el derecho a la autodeterminación de los pueblos oprimidos. No obstante, esta identificación cayó en saco roto tras la creación de la IC y el modelo de adhesión que esta última implicaba, unido al asesinato de quien hasta el momento había sido el máximo valedor del acercamiento del PRC a la Rusia revolucionaria, Francesc

Layret. Sin embargo, algunos pequeños reductos procedentes de este republicanismo liberal acabaron identificados con el proyecto comunista. Y, en segundo lugar, se situaron unos socialistas catalanes que mostraron una inicial ambivalencia respecto a Octubre de 1917. Integrados en el PSOE, inicialmente marcaron distancias respecto a la Rusia revolucionaria, en la medida que este cambio político implicaba alterar las alianzas de la Primera Guerra Mundial. Pero, a su vez, mostraron empatía con la conceptualización de la revolución como instrumento de cambio social y político. Las condiciones de adhesión que implicaba la IC les distanciaron orgánicamente de ella, aunque algunos pequeños sectores realizaron el salto al comunismo. En todo caso, aquellos que se mantuvieron en la esfera socialista, no perdieron nunca la perspectiva de la Rusia revolucionaria. No la apoyaron. Pero tampoco la fustigaron. El mejor ejemplo de todo ello fue la USC, la formación socialista catalana nacida en julio de 1923, que protagonizaría las más lúcidas reflexiones sobre la URSS y el comunismo soviético: tras explicitar su distancia ideológica respecto al comunismo y evidenciar que no establecerían vinculaciones con ella, reconocieron que tanto la URSS como el comunismo habían supuesto un paso adelante para el progreso de la humanidad. Por ello, no debe extrañarnos que en julio de 1936 la USC se fusionase con otra formación socialista y dos comunistas para fundar el PSUC[10].

Así, pues, el comunismo en Cataluña quedó limitado a un pequeño número de militantes, cuya procedencia era de sectores anarcosindicalistas, republicanos liberales nacionalistas y socialistas. Un primer grupo surgió a raíz de la creación del Partido Comunista Español, mientras que un segundo lo fue a través del nacimiento del Partido Comunista Obrero Español. El tercero fue a raíz de la fusión de estos dos partidos en el PCE, con una cifra que se situaría alrededor de la treintena de militantes, conceptualmente ubicados como la filial catalana del PCE.

Ahora bien, la cuestión nacional también dejó su huella. El discurso de la IC favorable a la autodeterminación de los pueblos oprimidos tuvo una particular lectura en determinados sectores del marxismo catalán. Pese a que la IC pensaba en naciones oprimidas dentro de los grandes imperios del momento, en este caso quiso interpretarse como un canto de sirena a las minorías nacionales que formaban parte de cualquier Estado. Ello se tradujo en la creación del Partit Comunista Català en noviembre de 1928, una formación sin equivalente en el resto de España, que se consideraba identificada con los principios rectores de la IC y que, a su vez, apostaba por tesis separatistas, captando tanto a figuras sin

militancia previa, como a sectores procedentes del republicanismo catalán separatista, así como algunos miembros decepcionados con el funcionamiento de la regional catalana del PCE. En este último sentido, en octubre de 1924 el escenario catalán vio el surgimiento de la Federació Comunista Catalano Balear (FCCB), que fusionaba las regionales del PCE en Cataluña y Baleares. Pero mostraba reticencias a la hora de funcionar como una simple regional del PCE, lo que supondría constantes enfrentamientos con la dirección de la sección oficial de la IC en España debido al tipo de mecanismos de funcionamiento que debían adoptarse en el partido, así como las alianzas que debían tejerse, sin dejar de lado qué tipo de políticas de captación de militantes tenían que llevarse a cabo. La historia de la FCCB y la dirección del PCE, especialmente durante la etapa de José Bullejos, estuvo marcada por constantes enfrentamientos entre ambas formaciones[11].

Esta dinámica, lejos de aminorarse, se acentuó durante la primera franja de los años treinta del siglo pasado. El escenario marxista catalán quedó marcado por una escisión profunda en la FCCB, que tras fusionarse con el Partit Comunista Català, dio lugar a una renovada FCCB que nada tenía que ver con la filial regional del PCE en Cataluña. Tras ella se situó la regional del PCE en Cataluña, reconvertida en el Partit Comunista de Catalunya (PCC). Y ello sin olvidar el comunismo heterodoxo del BOC y de la ICE, que acabaron fusionándose en el POUM. Y, por otro lado, el comunismo apostando por tesis separatistas del Partit Proletari, que posteriormente pasaría a denominarse Partit Català Proletari (PCP) [12]. Formalmente, todas estas formaciones podían considerarse heterodoxas, ya que solo una de ellas, la regional catalana del PCE, era reconocida como integrante de la sección nacional española de la IC. El resto, pues, navegaban en un mundo de heterodoxia, bien por sus posiciones antiestalinistas, bien por sus tesis separatistas. El PSUC, por lo tanto, supondría un bálsamo para esta fragmentación del escenario comunista catalán.

EL PSUC, UNA ESENCIA COMO PARTIDO UNIFICADO

Ahora bien, si el PSUC taparía una vieja fuga de agua, como era la crónica fragmentación del espacio comunista en Cataluña –y por extensión en el conjunto del espacio marxista catalán–, automáticamente abriría una nueva,

como sería la de su idiosincrasia como partido unificado.

Esta realidad fue percibida rápidamente por la dirección del PCE, así como por Codovilla y la mayor parte de los delegados de la IC que llegarían a la España republicana durante los meses próximos, como André Marty. Unos y otros radiografiaron el PSUC como un partido que no era comunista, ni desde la vertiente ideológica, ni desde la dimensión orgánica, ni a nivel estructural. Lo mismo sucedió con la dirección de la IC, empezando por Georgi Dimitrov y Dimitri Manuilsky, continuando por el Secretariado Latino de la IC, así como por el Comité Ejecutivo de la misma. Como era previsible, ninguno de ellos reconoció el PSUC como un partido integrado formalmente, ni extraoficialmente, en la IC. Es más, especialmente denunciaron sus desviaciones respecto a la ortodoxia comunista desde un punto de vista ideológico y organizativo, su nacimiento sin seguir las órdenes establecidas desde Madrid o Moscú respecto a una fusión que estaba pensada para el conjunto de España, su precipitación temporal en ejecutar la fusión, así como la falta de incidencia, y más aún de control, sobre el partido tanto por la dirección del PCE como por los delegados de la IC en España.

Ahora bien, ni la dirección de la IC, ni su sección nacional en España, podían negar la realidad. El PSUC no solo era una nueva formación en el escenario político catalán, sino que se había consolidado como partido, había conseguido tener presencia en las estructuras del poder institucional en Cataluña, así como en los escenarios de la movilización social y política en la retaguardia catalana y, además, se reivindicaba unilateralmente como representante de la IC en Cataluña. Por ello, el organismo internacional, aprovechando la intensificación de las relaciones interestatales entre la República Española y la URSS a partir de octubre de 1936, aprovechó para reaccionar ante la realidad de los hechos. El camino diseñado no ofrecía dudas: primero, establecer canales de contacto con el PSUC; segundo, generar alguna capacidad de influencia sobre el partido catalán, a través del vector anterior; y, tercero, conseguir controlar el partido, es decir, tener control sobre su dirección y forzar la conversión de partido unificado a partido comunista ortodoxo.

Para consumar este proyecto, la dirección de IC envió dos delegados a Cataluña con el objetivo específico de encargarse del PSUC. Con ello, acometió el primer estadio del camino que había diseñado para reconducirlo. El delegado húngaro Ernö Gerö fue situado en la consejería política del PSUC, mientras que otro delegado húngaro, identificado como José Martin, se situó en la consejería

militar del partido. Gerö y Martin establecieron un contacto directo con la dirección del PSUC, aunque sin capacidad para incidir sobre el partido, menos para controlarlo y, menos aún, en la medida que Gerö mostró claras simpatías hacia la figura del secretario general del PSUC, Joan Comorera –antiguo miembro de la USC–, y al carácter unificado del partido catalán[13].

Un primer rédito para los intereses de la IC se visualizó en diciembre de 1936. El PSUC jugó un papel determinante, que no exclusivo, en el Gobierno de la Generalitat para expulsar al POUM, considerado como el enemigo trotskista en España por parte de Moscú. Esta tendencia se fortaleció con el papel jugado por el PSUC en los Sucesos de Mayo de 1937, especialmente a raíz de su nueva oposición frontal al POUM, así como su capacidad para hacer frente a la CNT, la otrora poderosa formación hegemónica en el movimiento obrero catalán y principal promotora de la revolución proletaria en la retaguardia catalana tras el inicio de la Guerra Civil.

Los dos elementos que acabamos de indicar potenciaron un ambiente de cierto acercamiento entre el PSUC y la dirección de la IC, la cual cosa se sumó a unas condiciones materiales favorables para ello –especialmente la llegada de Palmiro Togliatti a España como nuevo hombre fuerte de la IC y, a su vez, furibundo opositor respecto al carácter unificado del PSUC; así como la creciente incidencia del Gobierno de la República sobre Cataluña a raíz de los Sucesos de Mayo de 1937, especialmente cuando en otoño del mismo año se trasladó la capital republicana a Barcelona y, con ello, la llegada de la dirección del PCE a la nueva capital republicana–, que explicarían por qué en marzo de 1938 se dio un tercer rédito para los intereses de la IC. Un mes antes, el secretario general del PSUC fue llamado a filas a la capital soviética. Comorera tuvo que afrontar largas sesiones frente a la dirección de la IC y la cúpula del PCE, en las que mostró su fiel compromiso a iniciar la erosión del carácter unificado del PSUC y su transformación en un partido comunista. La dirección de la IC aceptó esta conformidad y, a cambio, realizó una aparente concesión a Comorera que, en realidad, se convertía en un mecanismo que garantizaba, sí o sí, la conversión del PSUC en un partido comunista y, con ello, su creciente subordinación a las órdenes procedentes de Moscú. La dirección de la IC autorizó la existencia de una línea dentro del partido que, tras mostrar su compromiso en la conversión del PSUC en un partido comunista, apostaba por mantener la independencia orgánica respecto al PCE. Esta línea, encabezada por el propio Comorera, comandaría la conversión en un partido comunista ortodoxo a partir de marzo de 1938. No obstante, la dirección de la IC fomentó y legitimó la existencia de una

segunda línea dentro del PSUC. Esta estaba encabezada por los antiguos miembros de la regional catalana del PCE en Cataluña, contaba con el pleno apoyo de la cúpula directiva del PCE así como de Togliatti y, como era previsible, tenía por objetivo situar el PSUC como filial catalana del PCE. Una y otra línea, comprometidas de forma plena con la conversión del PSUC en un partido comunista, iniciaron una compleja e intensa competitividad a partir de marzo de 1938, cuando Comorera regresó a Cataluña, que se mantuvo no solo hasta el final de la Guerra Civil en Cataluña sino durante buena parte del exilio. No sería hasta 1949 cuando la línea favorable a situar el PSUC como su regional catalana consiguió imponerse a su competidora y, con ello, certificar la plena conversión en un partido comunista ortodoxo, incluyendo la expulsión del hasta entonces secretario general, Comorera[14].

Estas percepciones de la dirección del PCE, así como de los delegados de la IC en España y la propia dirección del organismo internacionalista no eran solo percepciones, eran una realidad constatable. Sirvan como ejemplo, entre muchos otros, las evidencias que la estructura interna del partido no correspondía a la de un partido comunista o que sus cuadros dirigentes y su militancia no estaban hegemonizados por comunistas. En primer lugar, el aparato directivo del partido catalán, pese a que asumió el centralismo democrático como elemento de articulación e interrelación de toda la estructura interna del partido, lo hizo en tanto que instrumento organizativo y disciplinario, pero no en base a una identificación ideológica. Además, la dirección del partido quedó en manos del Comité Ejecutivo hasta julio de 1937, fecha de la celebración de la Primera Conferencia Nacional del partido, cuando se estableció tanto un Comité Ejecutivo como un Comité Central del partido y acabó así la anormalidad que había supuesto este Comité Ejecutivo que ejercía las funciones de Comité Ejecutivo y Central hasta julio de 1937[15]. Y, en segundo lugar, no debe olvidarse un dato muy significativo por su simbolismo: el secretario general del PSUC no era de procedencia comunista sino socialista. Ello reflejaba mejor que cualquier otro elemento, cómo el nuevo partido tenía como peso cuantitativo el sector procedente de la USC. Ciertamente, el aparato directivo del PSUC quedó repartido en sus cargos más significativos entre los sectores procedentes de la USC y los miembros de la antigua regional catalana del PCE –en este último caso, con el control del relevante secretariado de organización en manos de Miquel Valdés–. La militancia, como hemos comentado, fue aportada mayoritariamente por la USC, aunque a ella se sumó, junto con la procedente de los otros tres partidos que fundaron el PSUC, un pequeño sector procedente de la izquierda liberal nacionalista y, sobre todo, un importante número de militantes

sin afiliación previa. La extracción social de todo este conglomerado se concentró en los trabajadores del campo y la ciudad –y no en las clases medias– que, por otro lado, era coherente con la lógica de la revolución popular que defendía el partido y que veremos más adelante. Las cifras se situaron, aproximadamente, en unos 7.000/8.000 afiliados en julio de 1936, para pasar a unos 30.000 en el primer trimestre 1937, alrededor de 47.000 en enero de 1938 y, finalmente, un máximo de 63.000 al finalizar la guerra[16].

La cuestión nacional también generó tensiones. El PSUC acusó al PCE de encontrarse aún lejos de la fusión con el sector izquierdista del PSOE, mientras que él ya la había ejecutado en Cataluña. Así, pues, el PCE era desacreditado al haber quedado rezagado en el proyecto de modernización y cambio estructural que había iniciado la IC a través de la táctica del Frente Popular. Mientras el PSUC había conseguido realizar la fusión frentepopulista en Cataluña, el PCE se encontraba aún en una fase incipiente de la misma. Esta lógica conducía a afirmar que en realidad existían dos tipos diferentes de partido: el PSUC era un partido del Frente Popular, unificado; mientras, el PCE era un partido de las 21 Condiciones, ortodoxo. Estos dos modelos eran presentados como antagónicos a la hora de establecer relaciones orgánicas. Y con ello, el PSUC justificaba su independencia orgánica respecto al PCE. La lectura del PSUC conducía a afirmar que solo en el hipotético caso que el PCE materializase su fusión con el sector izquierdista del PSOE y, por ende, se transformase en un partido unificado, estaría en condiciones de establecer relaciones orgánicas con el PSUC, en la medida que uno y otro se encontrarían en la misma fase evolutiva dentro del corpus de la IC[17].

Este esquema que presentaba el PSUC estaba condicionado, en gran medida, por su configuración como un partido nacional. El PSUC no dudó en ningún momento en arriar la bandera del reconocimiento de la soberanía nacional de Cataluña, apostó por la liberación nacional de Cataluña, identificó a esta última como su patria, interpretó el discurso de la IC favorable a la liberación de las naciones oprimidas como un vector propio del partido y, además, consideró el modelo nacional de la URSS como el ejemplo ideal e idílico de resolución de la conflictividad nacional. Así, pues, el PSUC apostaba por el derecho de autodeterminación de Cataluña, pero la meta final no era otra que la creación de una Federación de Repúblicas Ibéricas, que incluyese las diversas naciones que conformaban España. El PSUC consideraba que su proyecto nacional requería: 1) la defensa de la soberanía de las instituciones catalanas, léase la Generalitat, aunque ello no era incompatible, sino todo lo contrario, con la colaboración y

coordinación con el Gobierno de la República; 2) la defensa de la soberanía del propio partido, lo que conducía inexorablemente a su independencia orgánica respecto al PCE; 3) la necesidad de combatir las tesis separatistas en Cataluña, en la medida que las consideraba un atentado contra la solidaridad antifascista entre los diferentes pueblos de España.

Toda esta lógica implicó que el PSUC iniciase una serie de destacadas colisiones no solo con el PCE y la mayor parte de los delegados de la IC, sino también con los miembros del Gobierno de la República que llegaron a Barcelona con el traslado del ejecutivo estatal a la capital catalana, sin dejar de lado las discrepancias que también le generó con Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) y el separatista Estat Català (EC), además de las fricciones con diferentes miembros del Gobierno de la Generalitat. Pero, al margen de estas fricciones, otra derivada era cómo el PSUC, apostando por su independencia orgánica respecto al PCE –fundamentada, como vemos, en gran medida por su conceptualización de la cuestión nacional– cuestionaba la lógica que había definido a la IC desde su fundación: un Estado, un partido[18]. La trayectoria del comunismo español había vivido en sus propias carnes la problemática de incumplir esta máxima, cuando la dirección del organismo internacional acabó forzando la fusión de las dos formaciones comunistas en el PCE[19]. Así, pues, el PSUC, 15 años después, volvía a poner sobre la mesa la viabilidad de la lógica un Estado, un partido: la República Española contaba con una sección oficial, reconocida como tal desde inicios de los años veinte, pero ahora aparecía una segunda formación en España que unilateralmente se consideraba adherida a la IC. Moscú se negó a aceptar dicha adhesión y solo mantuvo el reconocimiento al PCE. No era una cuestión exclusiva de la lógica un Estado, un partido. Era también una reacción contra el carácter unificado del PSUC y todas las derivadas que hemos visto que implicaba. No obstante, el cambio de rumbo iniciado en marzo de 1938 acabaría llevando a una, nuevamente particular, resolución de la IC sobre el PSUC. Moscú reconocería oficialmente, con el asentimiento del PCE, a una segunda sección nacional en España, el PSUC. Sería en el verano de 1939, ya en el inicio del exilio y en un contexto en el que la prioridad seguía siendo la plena conversión del PSUC en un partido comunista.

EL PSUC, UNA PRAXIS FRENTEPOPULISTA

La conceptualización del PSUC como partido unificado implicó, automáticamente, una praxis fundamentada en los principios frentepopulistas. Sin lugar a dudas, el inicio de la sublevación militar en Barcelona precipitó el nacimiento del partido, en la medida que su proceso de fusión estaba ya iniciado desde febrero de 1936, pero con unas direcciones del PCE y PSOE que ejercían un cierto freno temerosas del impacto que esta dinámica regional podía generar en los contactos entre ambos partidos a nivel estatal que, por otro lado, se encontraban en un estado aún incipiente a nivel de poder ejecutar la fusión[20].

El PSUC, en tanto que partido frentepopulista, se situó en un espacio propio dentro de la arena política de la Cataluña posterior al 24 de julio de 1936, distanciado del anarcosindicalismo, del comunismo heterodoxo del POUM, así como del republicanismo liberal progresista de ERC. Y lo hizo a través de apostar, desde el primer momento, por sumar al carácter defensivo del Frente Popular –lucha frente al fascismo–, un carácter propositivo a raíz de la situación creada en España, y particularmente en Cataluña, con el inicio de la Guerra Civil. Esta última implicó una transformación del escenario establecido en febrero de 1936 y también antes del 19 de julio de 1936 en Cataluña, ya que las características con las que se configuró la Guerra Civil requerían lidiar no solo contra el fascismo, sino también afrontar la nueva realidad en la retaguardia (y el frente) que se había transformado tras el inicio de la guerra. El PSUC se decantó por buscar una nueva movilización social –aunque sin llegar al estadio de una revolución obrera o más concretamente de una revolución proletaria de carácter socialista– que implicase la mayor parte de las clases populares, es decir, una apuesta en favor de la revolución popular[21].

El PSUC, como lo harían también figuras centrales del aparato de la IC como Dimitrov o Togilatti, consideraba que el inicio de la Guerra Civil había supuesto un salto cualitativo respecto al modelo de Estado democrático-burgués de la Segunda República. La guerra había forzado su evolución hacia un nuevo modelo de Estado democrático, concretamente un Estado democrático popular –pero que nada tenía que ver con la Democracia Popular de lo que serían los Estados satélites de la URSS durante los años de la Guerra Fría– que profundizaba sus raíces en un modelo auténticamente democrático, en el que los sectores de la izquierda burguesa se situaban al lado de los populares para combatir el fascismo.

Partiendo de esta lógica, en la esfera política el PSUC apostó por llevar a cabo una gestión institucional que recogiese la representatividad del conjunto de las

clases populares. Ello se tradujo en el reconocimiento y recuperación de la autoridad institucional que representaba el Gobierno de la Generalitat. Especialmente la formación del nuevo gobierno de finales de septiembre de 1936, en el que el PSUC ocupaba dos consejerías y en el que también estaban presentes ERC, CNT, POUM, Acció Catalana Republicana –ACR– y Unió de Rabassaires –UR–, se daba por superada definitivamente la etapa del Comité Central de Milicias Antifascistas y su apuesta por la revolución proletaria, situando a dicho Gobierno como único elemento de autoridad real sobre Cataluña. Por otro lado, y en la vertiente económica, el PSUC se decantó por una economía mixta, es decir, la convivencia entre un modelo de propiedad industrial y comercial en forma de nacionalizaciones, de propiedad privada con control obrero y de propiedad municipal en la esfera urbana; mientras que a nivel rural mantuvo un equilibrio entre la pequeña y mediana propiedad privada, así como con la propiedad colectivizada a nivel sindical[22].

Sin lugar a dudas, los Sucesos de Mayo de 1937 situaron el PSUC en un estadio preeminente en el escenario político catalán. Pese a que ERC continuó manteniendo la dirección del Gobierno de la Generalitat, el PSUC ocupó un lugar destacado aprovechando, especialmente, no solo la ilegalización y persecución de un POUM que desde diciembre de 1936 había visto como se iniciaba un enfrentamiento a muerte con el PSUC –y, cómo no, con el consulado soviético y, también, los delegados de la IC en España–, sino también por el debilitamiento de la CNT. Ahora bien, las tensiones evidentes entre PSUC y PCE sobre la idiosincrasia del partido catalán y el tipo de relación orgánica que debía establecerse entre ambos, así como el apoyo del Gobierno Negrín al PCE, situó el PSUC en un escenario que le acabó debilitando su papel gubernamental en Cataluña, especialmente en las esferas del ámbito económico que estaban bajo su control, concretamente las consejerías de Economía por un lado y Abastecimientos por el otro. Esta dinámica se acentuó más aún cuando en enero de 1938 el Gobierno de la República pasó a asumir el conjunto de las competencias de Abastecimientos, sin olvidar la dinámica similar creada en el ámbito de las industrias de guerra en Cataluña, lo que minó apoyos sobre el partido catalán, especialmente entre los campesinos[23].

La firme defensa de la estructura y autoridad del Estado republicano en su forma frentepopulista, así como su distancia respecto a cualquier veleidad de aplicación de una revolución proletaria, fomentó el apoyo del consulado soviético en Barcelona al PSUC. El cónsul Vladímir Antonov-Ovseenko, figura mítica que encabezó el Comité Militar-Revolucionario que asaltó el Palacio de invierno

durante la Revolución de Octubre de 1917, ejerció como representante diplomático en la capital catalana desde el 1 de octubre de 1936 hasta septiembre de 1937. Su llegada se enmarcó en las relaciones estatales que se establecieron entre la República y la URSS tras el inicio de la Guerra Civil. Antonov-Ovseenko, igual que Gerö, se mostró empático con Comorera y con el PSUC. Pero si este último lo hizo en base al carácter unificado del PSUC, Antonov-Ovseenko lo materializó a través de identificarlo como un partido comunista ortodoxo y, por tanto, digno de la confianza de Moscú desde la óptica ideológica. Esta radiografía era profundamente errónea. Pero su desacierto se explicaba porque la atribución del consulado soviético no era la caracterización ideológica del PSUC –tarea que estaba atribuida a la IC y que ya hemos visto–, sino identificar e influir en el papel que tenía que jugar el PSUC en el tablero de las fuerzas políticas de la retaguardia catalana, así como la praxis que tenía que aplicar tanto en la retaguardia como en el frente de batalla[24].

El consulado identificó el PSUC como un partido determinante en el juego de fuerzas políticas en la retaguardia catalana. Lo consideró una formación sólida, consolidada en el escenario político catalán tras julio de 1936, con presencia permanente en el gobierno de la Generalitat y, además, con unas políticas para la retaguardia y el frente de batalla que eran coincidentes con las que defendía el Estado soviético para el conjunto de la República Española: defensa de las instituciones y legalidad republicanas, así como distancia respecto a la revolución proletaria. La Política de Seguridad Colectiva de la URSS buscaba el acercamiento a Londres y París para tejer una alianza antifascista a nivel europeo, que evitase no solo la progresión del fascismo en Europa sino un ataque militar de los países fascistas sobre la URSS. Por ello, desde Moscú se apostó por garantizar tanto a británicos como franceses el compromiso de la URSS con el mantenimiento de los modelos políticos y económicos vigentes en Europa hasta el momento y, con ello, el firme compromiso de dejar abandonada la expansión de la revolución obrera. Así, pues, el consulado soviético en Barcelona vio en el PSUC a su interlocutor natural en este escenario. No obstante, es igualmente cierto que el partido catalán no se convirtió en una correa de transmisión del consulado. La prueba más evidente de ello fueron las destacadas críticas que Antonov-Ovseenko le dirigió. Y en este sentido destacaron: 1) la incapacidad del PSUC para conseguir unas relaciones más fluidas con la CNT; 2) las dificultades que generaba el PSUC para que la CNT y la Federación Anarquista Ibérica (FAI) se integrasen en un frente único con el resto de fuerzas políticas y sindicales de la retaguardia catalana; 3) la actitud intransigente de Comorera desde su consejería, que dificultaba el

funcionamiento del comité de enlace entre la Unión General de Trabajadores (UGT) –sindicato bajo influencia directa del PSUC en el caso de Cataluña– y la FAI; 4) la incapacidad del PSUC para ejercer una presión efectiva sobre el presidente de la Generalitat, Lluís Companys; y 5) la escasa eficiencia de la campaña de agitación y propaganda que el PSUC había llevado a cabo en el frente de batalla.

El cónsul, no obstante, aplaudió las propuestas del PSUC para la retaguardia, especialmente el apoyo incondicional al Gobierno de la Generalitat como única autoridad en el conjunto de Cataluña, en detrimento de los Comités de Milicias Antifascistas y cualquier otro experimento subversivo respecto a la autoridad institucional, que también incluía las patrullas de control. También aplaudió sus propuestas para el frente, fundamentalmente la apuesta para abandonar el modelo de milicias y columnas en favor de un ejército profesional. Cónsul y PSUC también sintonizaron a la hora de afrontar la realidad nacional catalana dentro de unos límites que no alcanzasen la opción separatista, pero que sí implicase un reconocimiento de la realidad nacional catalana. No obstante, el mayor punto de comunión se situó en la oposición y persecución contra el POUM. El PSUC asumió automáticamente la identificación del POUM como enemigo trotskista en España, tal y como se había categorizado desde Moscú. Ello le servía para buscar un puente de contacto y una empatía por parte de la dirección de la IC, en la medida que se convertía en un factor para compensar la desconfianza ideológica que generaba en el aparato directivo de la IC y sus delegados en España el carácter unificado del partido. Ahora bien, el PSUC aprovechaba también esta coyuntura para pasar cuentas a la incompatibilidad política –y en algunos casos también personal– que existía entre ambos partidos[25].

EPÍLOGO. EL PSUC Y SU CAMINO SIN RETORNO

El inicio del exilio no frenó el camino que el PSUC había trazado respecto a su erosión como partido unificado y su inicio de conversión en un partido comunista. Las dos vías de conversión se mantuvieron activas, como también la vigilancia de la dirección de la IC –apoyada inicialmente por el Partido Comunista Francés tras ser el país vecino el escenario en el que se refugiaron la

mayor parte de los cuadros y militantes del partido–. Tampoco debe olvidarse el papel que jugaron los otrora delegados de la IC en España y que ahora utilizaban la derrota republicana para diseñar una causalidad que desacreditase directamente a una u otra línea de conversión. Stepan Minev fue uno de los diferentes delegados en la Guerra Civil española que no dudó en apuntar a Comorera y su vía de conversión como responsable de la derrota republicana en Cataluña. Togliatti no fue menos explícito. Y la dirección del PCE siguió también esa misma línea. No obstante, Comorera y sus seguidores intentaron aprovechar la indefinición del inicio del exilio para obtener réditos respecto a sus adversarios, empezando por la reunión del Comité Central del partido entre el 2 y 3 de marzo de 1939 en París –aunque formalmente se anunció en la localidad de Amberes para evitar la intervención de la policía francesa–. Como era de esperar, los choques y las tensiones entre ambas líneas, y ambos partidos, se acentuaron[26].

En todo caso, el inicio del exilio facilitó la tarea de supervisión y control por parte de la dirección de la IC. Tras pasar por Francia, destacados cuadros directivos del PSUC fueron llamados a Moscú. Comorera o José del Barrio fueron dos de los más significativos. Pero más relevante aún fue la decisión del organismo internacional, con el visto bueno de la dirección del PCE, realizada el 24 de junio de 1939: el PSUC fue reconocido oficialmente como sección nacional de la IC. La decisión era una sorpresa aparente. El organismo internacionalista incumplía así un dogma que hasta el momento había sido considerado intocable: un Estado, un partido. La sección nacional española también daba el visto bueno a esta resolución. Así, pues, el PSUC era reconocido oficialmente y por unanimidad como sección nacional de la IC. España pasaba a tener dos secciones nacionales en la IC. Eso sí, una y otra operaban en el exilio. Y más relevante aún, la nueva sección no era todavía un partido comunista ortodoxo. El PSUC seguía el proceso iniciado en marzo de 1938. No obstante, la erosión de su carácter unificado y, por ende, el proceso de su conversión en partido comunista, tenía una aceleración con este reconocimiento. Al fin y al cabo, la perspectiva del Comité Ejecutivo de la IC, así como de la dirección del PCE, era que se trataba de un reconocimiento formal, simbólico, pero sin capacidad práctica. El PSUC operaba en el exilio. Y, además, con ello se aceleraba la conversión en un partido comunista en la medida que la línea encabezada por Comorera veía cómo formalmente se reconocían las aspiraciones nacionales del PSUC. Esta medida no hacía más que condenar definitivamente el carácter unificado del partido. Comorera y sus correligionarios veían en la IC la garantía para la independencia del PSUC respecto al PCE. No obstante, en

realidad ello implicaba la sentencia a muerte para esta vía. El Comité Ejecutivo de la IC, así como la cúpula directiva del PCE, habían conseguido llevar el PSUC a su terreno de juego. Garantizada de forma plena la conversión en un partido comunista, tal y como había certificado otorgándole el estatus de sección nacional oficial del organismo internacionalista, era solo cuestión de tiempo que la línea partidaria de situar el PSUC como filial regional del PCE obtuviese el triunfo. Así fue. El paso del tiempo, la franja comprendida entre el 24 de junio de 1939 y el 2 de septiembre de 1949 –fecha en la que el Secretariado del PSUC destituyó de su cargo a Comorera– supuso una paulatina, pero eficiente y constante, campaña de penetración y control del aparato directivo del partido por parte de los sectores del PSUC que apostaban por convertirlo en una filial regional del PCE. El apoyo incondicional de la dirección del PCE a esta última, así como la ascensión a los niveles intermedios y superiores en los cuadros directivos por parte de figuras forjadas en las juventudes del PSUC, así como el apoyo de la dirección de la IC hasta su disolución en 1943 y posteriormente del Partido Comunista de Toda la Unión (Bolchevique) a la línea favorable a situar el PSUC como filial regional catalana del PCE, fueron determinantes para explicar la derrota de Comorera y sus correligionarios. Con ello se certificaba la derrota de su vía de conversión. Y también se cerraba el ciclo que había caracterizado el partido hasta ese momento. Otro ciclo, diferente, se iniciaba a partir de este instante[27].

En definitiva, y sin negar el papel central, determinante y de primer nivel que jugó el PSUC, conjuntamente con el PCE, en la lucha antifranquista durante la década de los años cincuenta, sesenta y setenta y que se erigió en un destacado vector de la historia de este partido y de la historia del comunismo en España, el PSUC tuvo en su esencia como partido unificado y su praxis frentepopular el gran valor cualitativo de toda su historia. Ello le convirtió en un partido sin equivalente en la historia del comunismo en España. Pero también fuera del país. Y, más aún, fue nuevamente relevante en la medida que consiguió su reconocimiento como sección nacional de la IC. Todo ello situó la historia del comunismo español, nuevamente, como una historia significativa a nivel mundial, ya que contraviniendo la norma un Estado, un partido, la IC –y la propia dirección del PCE–, reconocieron formalmente el PSUC como sección nacional catalana de la IC. Ciertamente era una resolución con contenido más simbólico que real. Pero una resolución significativa en la lógica del movimiento comunista dirigido desde Moscú[28].

---

[1] Un síntesis de esta trayectoria se encuentra en Josep Puigsech, «Catalan communism: a particular case in a context of change», en José María Faraldo (ed.), Collapsed Empires. The Consequences of 1917 in the Mediterranean and the World, Zürich, LitVertlag, 2020, pp. 168-172.

[2] Esta doble lógica está detallada en Josep Puigsech, Entre Franco y Stalin. El difícil itinerario de los comunistas en Cataluña, 1936-1949, Barcelona, El Viejo Topo, 2009, pp. 13-32 y 101-108. Para el nacimiento del PCE, véase Francisco Erice, «El impacto de la Revolución rusa en el movimiento obrero español: el surgimiento del PCE», en Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds.), 1917. La Revolución rusa cien años después, Madrid, Akal, 2017, pp. 331-356.

[3] Así se constata en Carme Molinero y Pere Ysàs, Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981), Barcelona, L'Avenç, 2010. En esta misma línea, véase también Giaime Pala, El PSUC. L'antifranquisme i la política d'aliances a Catalunya (1956-1977), Barcelona, Base, 2011.

[4] José Luis Martín Ramos, «El partido del Frente Popular», en Giaime Pala (ed.), El PSU de Catalunya, 70 anys de lluita pel socialisme, Barcelona, ACIM/Ediciones de Intervención Cultural, 2008, pp. 21-50.

[5] Véase Andy Durgan, Comunismo, revolución y movimiento obrero en Cataluña 1920-1936. Los orígenes del POUM, Barcelona, Laertes, 2016, pp. 20-67; y Josep Lluís Martín Ramos, Els orígens del Partit Socialista Unificat de Catalunya (1930-1936), Barcelona, Curial, 1977.

[6] José Luis Martín Ramos, El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España, Barcelona, Pasado & Presente, 2016, p. 101.

[7] Fernando Hernández Sánchez, Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 107-147 y 319-379.

[8] Josep Puigsech Farràs, «La generació de la Revolució Russa», en Jaume Camps Girona (coord.), La Revolució que havia de canviar el món. Cent anys del 1917, Tarragona, Publicacions URV, 2018, pp. 86-98.

[9] Josep Puigsech Farràs, «Oktyabrskaya revoliutsiya v Katalonii i yeyo zashitniki», en DDAA, Rossiyskaya revoliutsiya 1917 goda i yeyo mesto v istorii, Moscú, Ves Mir, 2018, pp. 170-180.

[10] Estos dos casos pueden seguirse en Josep Puigsech, La Revolució Russa i Catalunya, Vic, Eumo, 2017, pp. 30-35, 47-49 y 134-139.

[11] Véase A. Durgan, Comunismo, revolución, pp. 39-54.

[12] Ibidem, pp. 64-67; y J. L. Martín Ramos, Els orígens del PSUC, pp. 74-75.

[13] Todas estas cuestiones pueden ampliarse en José Luis Martín Ramos, La rereguarda en guerra. Catalunya, 1936-1937, Barcelona, L'Avenç, 2012, pp. 55-62; y J. Puigsech, Entre Franco y Stalin, pp. 33-50.

[14] Un seguimiento detallado de esta fase se encuentra en J. Puigsech, Entre Franco y Stalin, pp. 50-129. También son relevantes las aportaciones de José Luis Martín Ramos, Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947, Barcelona, Edhasa, 2002, pp. 25-32; y José Luis Martín Ramos, Territori capital. La Guerra Civil a Catalunya, 1937-1939, Barcelona, L'Avenç, 2015, pp. 129-173, 295-313 y 382-435.

[15] Véase Josep Puigsech, Nosaltres, els comunistes catalans. El PSUC i la Internacional Comunista durant la Guerra Civil, Vic, Eumo, 2001, pp. 110-113.

[16] Ibidem, pp. 113-117 y 135-147; y José Luis Martín Ramos, «Un partido de clases trabajadoras y popular», en Josep Puigsech Farràs y Giaime Pala (eds.), Les mans del PSUC. Militància, Barcelona, Generalitat de Catalunya/Memorial Democràtic, 2017, pp. 22-40.

[17] Esta cuestión ha sido tratada con más detalle en Josep Puigsech Farràs, «La encrucijada del comunismo español durante la Guerra Civil. El PCE y las contradicciones de la creación del partido único del proletariado», Studia Historica. Historia Contemporánea 24 (2006), pp. 19-34.

[18] Las tesis del PSUC sobre la cuestión nacional pueden ampliarse en Manel López Esteve, «El PSUC i la lluita per l'alliberament nacional (1936-1939)», en J. Puigsech Farràs y G. Pala (eds.), Les mans del PSUC, pp. 42-61.

[19] En este sentido, consúltese Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, La Internacional Comunista y España, 1919-1939, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 19-34.

[20] Así se evidencia en José Luis Martín Ramos, Guerra y revolución en

Cataluña 1936-1939, Barcelona, Crítica, 2018, pp. 17-19.

[21] Consúltese J. L. Martín Ramos, El Frente Popular, pp. 33-46 y 228-229.

[22] Un seguimiento más detallado está disponible en J. L. Martín Ramos, La rereguarda en guerra, pp. 127-146 y 179-200.

[23] Esta dinámica puede seguirse de forma más detallada en J. L. Martín Ramos, Territori capital, pp. 101-320.

[24] La comparativa entre Gerö y Antonov-Ovseenko se encentra en Josep Puigsech, «Dos variantes del impacto de la Revolución Rusa en la Cataluña de 1936», en Ferran Gallego (coord.), Socialismo, sindicalismo, antifascismo. Ensayos sobre la crisis del siglo

XX

, Vilassar de Dalt, Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo, 2019, pp. 189-210.

[25] Los contactos y relación entre el consulado soviético en Barcelona y el PSUC se encuentran detallados en Josep Puigsech Farràs, «Catalonia, a Very Particular Nation from the Soviet Point of View», en Arnau Gonzàlez i Vilalta (ed.), The Illusion of Statehood. Perceptions of Catalan Independence up to the End of the Spanish Civil War, Brighton/Chicago/Toronto, Sussex Academic Press, 2020, pp. 231-253; y Josep Puigsech Farràs, «El PSUC davant el repte de la diplomàcia soviètica», en J. Puigsech Farràs y G. Pala (ed.), Les mans del PSUC, pp. 62-81.

[26] Véase tanto J. L. Martín Ramos, Rojos contra Franco, pp. 33-62, como J. Puigsech Farràs, Entre Franco y Stalin, pp. 131-200.

[27] Como en la nota anterior, esta trayectoria puede reconstruirse en J. L. Martín Ramos, Rojos contra Franco, pp. 62-376, y especialmente en J. Puigsech Farràs, Entre Franco y Stalin, pp. 201-283. Para el caso concreto de la defenestración de Comorera, aún resulta relevante la aportación de Miquel Caminal, Joan Comorera. Comunisme i nacionalisme (1939-1958), Barcelona, Empúries, 1985. Una visión mucho más sintética del mismo autor se encuentra en Miquel Caminal, «Comorera, un patriota per la llibertat de les persones i dels pobles», en Carme Cebrián (ed.), Joan Comorera torna a casa, Barcelona, Pòrtic,

2009, pp. 387-403.

[28] Esta lógica puede seguirse de forma más detallada en Josep Puigsech Farràs, «Catalonia in the Face of the USSR: Soviet Intervention in the Spanish Civil War, 1936-9», Journal of Contemporary History 56(4) (2021), pp. 1068-1072.

XXVIII

GUARDIANES DE LOS PRINCIPIOS. BREVE HISTORIA DE LA DISIDENCIA ORTODOXA EN EL COMUNISMO ESPAÑOL

(1968-1989)

Eduardo Abad García

En diciembre de 1971, la prestigiosa revista inglesa New Left Review publicaba un artículo sobre el surgimiento de un movimiento disidente dentro del PCE. A lo largo de sus páginas, se analizaban los orígenes y las consecuencias del fenómeno con cierta preocupación. Para el autor de ese ensayo, esta crisis era la más grave acontecida en el partido desde los convulsos años 1931-1932. Por si fuera poco, el motivo no era otro que el surgimiento de una supuesta «fracción pro-soviética» que amenazaba gravemente con dividir al PCE en dos. Además, el origen de esta aparente «traición» se encontraría en una maniobra de Moscú, que pretendía con ello instrumentalizar a los sectores más «stalinistas» del partido. De tal manera, que este movimiento no destacaba por intentar «someter los graves problemas que enfrentan los comunistas españoles a un examen crítico y marxista». Se trataba de una rebelión que tenía por objetivo «llevar a Carrillo a juicio», debido a que este se había atrevido a «romper el cordón umbilical de la incondicionalidad»[1]. El artículo iba firmado por Fernando Claudín, a quien, pese a las cualidades de su escritura, no se le puede etiquetar precisamente como un ensayista imparcial, sobre todo si tenemos en cuenta su expulsión del partido siete años antes por sus heterodoxas tesis políticas[2]. En todo caso, este escrito resulta importante por un doble motivo. En primer lugar, porque se trataba de un estudio pionero en cuanto al análisis del sujeto que será el protagonista de este capítulo: la disidencia ortodoxa en el comunismo español. En segundo lugar, porque esta narrativa llegaría a convertirse en el principal relato utilizado para explicar la idiosincrasia de esta corriente y, además, lejos de desaparecer, permanecerá de forma casi inalterable hasta nuestros días[3].

Sin embargo, más allá de los análisis a vuelapluma de Claudín, una descripción rigurosa de esta disidencia debe asentarse sobre un análisis centrado en los factores sociales y culturales. Especialmente, en todo lo relacionado con los diversos puntos en común existentes entre estos conflictos internos producidos en el seno del comunismo español durante el periodo de 1968-1989. La tesis que aquí se defiende es que la disidencia ortodoxa fue una reacción a la mutación de los parámetros generales de la identidad comunista en el PCE[4]. Los orígenes de este fenómeno fueron variados y todos ellos estuvieron muy relacionados con la cuestión identitaria. Como bien señaló Gregorio Morán, esta disidencia tuvo cierto carácter de oxímoron al atreverse a reivindicar la ortodoxia como una divergencia[5]. Sin embargo, este fenómeno adquirió una fisonomía muy compleja, caracterizada por la existencia de varias oleadas que se fueron desarrollando de forma sucesiva. Esto le otorgó un carácter poliédrico e internamente heterogéneo. La historia de esta disidencia ortodoxa puede dividirse en tres etapas diferenciadas, que he denominado «olas»[6]. Mediante esta metáfora resulta más sencillo comprender tanto su carácter sincrónico como la sinergia existente entre sus diferentes manifestaciones.

A la hora de realizar un breve recorrido por la historia de esta corriente, el punto de partida debe pasar necesariamente por una problematización de las categorías con las que hasta ahora han sido clasificados, especialmente con respecto al tan utilizado término de «prosoviéticos». Por esa razón, he optado por la denominación de comunistas ortodoxos para referirme a este objeto de estudio, ya que resulta mucho más riguroso y adecuado que cualquier otro de los calificativos con los que esquemáticamente se les ha estigmatizado[7]. ¿Cuál era su autopercepción a este respecto? Resulta complicado aportar una respuesta unánime y no exenta de contradicciones. Lo cierto es que la mayor parte de la militancia estudiada mantuvo una relación problemática con la etiqueta de «prosoviéticos». Fundamentalmente, porque percibían que el objetivo de esta forma de referirse a ellos era el de denigrarlos. Sin embargo, el hecho de que acabara siendo la designación más utilizada para clasificar a esta corriente produjo la aparición de un fenómeno peculiar. En algunos casos, algunos militantes y organizaciones llevaron a cabo una reutilización defensiva del término[8]. Lo que antaño había sido un insulto, se convertía de esta manera en un motivo de orgullo. No obstante, se trató de un fenómeno minoritario dentro del conjunto de su historia.

En todo caso, su autopercepción era sencilla: ellos se consideraban como los únicos auténticamente comunistas. Evidentemente, esta afirmación no era la

primera vez que se pronunciaba por parte de sectores divergentes y resulta muy subjetiva. Como alternativa, parece mucho más adecuado la utilización del concepto de comunistas ortodoxos para denominar a este sujeto colectivo. Esta denominación está determinada por el carácter mismo de su movimiento, el cual se encontraba estrechamente ligado a la esencialización de lo que había sido la cultura militante del PCE en clave ortodoxa. Además, es necesario tener en cuenta que esta disidencia se diferenciaba notablemente de otras anteriores, de ahí que fuera la primera verdaderamente ortodoxa. Las escisiones trotskista o maoísta estuvieron caracterizadas por una reivindicación nominal del pasado del PCE que acabó siendo eclipsada por los elementos centrales de su propia cultura política. Los primeros decían ser los auténticos continuadores de los bolcheviques, mientras que los segundos aseguraban ser los herederos directos de Stalin. Sin embargo, en la práctica estos dos movimientos aportaron más elementos novedosos que aquellos que pretendían rescatar del olvido, convirtiéndose en movimientos políticos ex novo[9]. En la mayoría de los casos se trató de divergencias con un fuerte peso juvenil, atraídos por las nuevas dinámicas de la izquierda propias de mayo del 68. Al mismo tiempo, se trató de movimientos muy marginales que apenas produjeron debates internos dentro del PCE. Justo todo lo contrario del sujeto que se estudia en este capítulo. Esto es debido a varios factores que les diferenciarían de otras corrientes disidentes. Por ejemplo, aunque los ortodoxos manejaron una estética más combativa que el PCE, al final, formaron parte de la misma cultura política y su vinculación con el partido fue mucho mayor. Estos comunistas poseyeron algunos rasgos que les vinculaban directamente con la identidad del PCE. No hay que olvidar que ellos tuvieron la legitimidad de contar con varios dirigentes y militantes veteranos, muy vinculados a los liderazgos carismáticos del comunismo español[10]. En este sentido, cobra especial importancia el papel desempeñado por su militancia, convertida en una comunidad de memoria capaz de fabricar una narrativa del pasado, construyendo mitos y héroes convertidos en referentes movilizadores para su entorno[11]. La memoria de los comunistas ortodoxos presenta toda una serie de nuevos mitos y una reelaboración de ciertos aspectos de su visión de la historia construidos para legitimar de esta manera su leitmotiv político. Todos estos aspectos tienen una importancia especial al tratarse de una corriente comunista con claros tintes legitimistas, con una tradición omnipresente en su cultura y fuertemente enraizada en una visión de la historia que justifica su propia existencia ante los cambios producidos en el seno del PCE, los cuales consideraron contrarios a su legado histórico.

No obstante, también hay que tener en cuenta que estos movimientos fueron

fruto de su tiempo. Estas divergencias estuvieron especialmente condicionadas por el contexto general en el cual tuvieron lugar. Por una parte, su origen y desarrollo coincide con un periodo de estancamiento y crisis internacional del movimiento comunista[12]. Por otra, esta disidencia estuvo directamente relacionada con la irrupción del fenómeno del eurocomunismo y la posterior crisis del PCE, incluido el periodo del «desencanto» que acompañó al final de la Transición. Todos estos factores conllevaron cambios que no siempre fueron bien recibidos y que, como consecuencia, producirían varios movimientos disidentes cuyo nexo común se encontraba en la reivindicación de la identidad comunista clásica desde un punto de vista ortodoxo. Es decir, que sus principales rasgos característicos se pueden sintetizar en una reinterpretación tardía de los elementos tradicionales del imaginario político comunista. Por ejemplo, en la reivindicación de los valores del internacionalismo proletario, entre los que la defensa de la URSS continuaba siendo un factor importante. Lo cual no quiere decir que ese fuera necesariamente su único eje vertebrador, sino que se insertaba en el conjunto de una cosmovisión más amplia.

Otra cuestión que resulta necesario realizar para su correcta clasificación es delimitar su posición con respecto al conjunto de las izquierdas. Los comunistas ortodoxos se encuentran en un punto intermedio entre la tradición cultural del PCE y la innovación rupturista de la izquierda revolucionaria[13]. Sin embargo, hasta hace poco su historia resultaba toda una incógnita y abundaban las descripciones caricaturescas. Lo cierto es que, en lo relativo a la corriente que aquí se analiza, este campo de análisis se encontraba prácticamente yermo. Quizás, la principal excepción fueran las investigaciones de Julio Pérez Serrano, quien se ha preocupado por tenerlos bien presentes a la hora de cartografiar la izquierda revolucionaria en su conjunto[14]. También ha habido otras interesantes aportaciones en los últimos años, como las de Víctor Peña, el cual se ha esforzado por profundizar en su faceta más política[15]. En cuanto al autor de estas líneas, durante los últimos seis años se ha convertido en mi principal objeto de investigación, teniendo como resultado varias publicaciones[16]. Aun así, no cabe duda de que el principal motivo por el cual este colectivo siempre ha estado marginado de la historia de los comunistas procede de su propia falta de éxito político. No hay que olvidar que, como bien resaltaba E. P. Thompson, «las vías muertas, las causas perdidas y los propios perdedores caen en el olvido»[17].

Este trabajo ofrece, pues, un repaso global por el fenómeno de la disidencia ortodoxa en el comunismo español a lo largo de dos décadas y tres olas. Durante todos estos años y a través de sus diferentes etapas, el elemento de la identidad

comunista funcionó como un nexo que favoreció la permeabilidad de unas olas con respecto a otras. Por eso fue, sin duda alguna, su principal vector. En suma, el principal objetivo de estas páginas es lograr una visión más rigurosa de una de las facetas menos estudiadas del comunismo español, con el propósito de llegar a una lectura más plural y completa de su historia.

LA PRIMERA OLA

El nacimiento de la primera ola y, por tanto, del origen de esta corriente como tal, estuvo directamente relacionado con la crisis del movimiento comunista internacional de finales de los años sesenta. Las hondas transformaciones vividas en el comunismo mundial tras la crisis de Checoslovaquia provocaron el nacimiento de la disidencia, aunque luego esta sobrepasara con creces los motivos que la habían visto aparecer. Hasta 1968, la URSS había sido el referente central de la autopercepción comunista de forma casi indiscutible. Como factor identitario, sobresalía por su alta funcionalidad dentro del ecosistema simbólico de militantes y «compañeros de viaje»[18]. Convertida en un auténtico capital simbólico, la Unión Soviética trascendió su influencia directa más allá de los sectores veteranos del partido, gracias a la existencia de una continuidad intergeneracional que garantizaba la transmisión de la memoria asociada a esta nación[19]. Otro factor ayudó a la consolidación del referente soviético: la «indigenización» de una amplia fenomenología de atributos y prácticas procedentes de la cultura política de dicho país. De esta manera, el PCE consiguió adaptar el imaginario colectivo soviético a la tradición y cultura locales, lo que permitió insertar a la militancia española dentro de redes de carácter transnacional[20]. Además, otro importante refuerzo a este vínculo se encontraba en los agresivos ataques diarios del Franquismo hacía la URSS, lo que reforzaba el sentimiento de admiración y respeto por la patria soviética[21].

Sin embargo, las verdaderas causas de este movimiento sobrepasaban las cuestiones estrictamente internacionales. Desde los años cincuenta, también fueron apareciendo toda una serie de factores endógenos que mostraban un creciente malestar interno entre las bases y que, posteriormente, serían decisivos para la consolidación de la disidencia ortodoxa. En este sentido, es necesario destacar la importancia que tendría la elaboración de la Política de

Reconciliación Nacional en 1956. Desde este momento, se fueron sucediendo cambios trascendentales en la identidad del PCE que produjeron importantes fisuras en la cohesión del partido. Su origen estaba relacionado con la supresión de una variedad de elementos que, hasta ese momento, habían sustentado su cultura política como parte de un repertorio ritual y simbólico construido a lo largo de los años de clandestinidad y lucha antifranquista. Sin embargo, el verdadero alcance de las consecuencias de su renuncia no se revelaría en toda su amplitud hasta las décadas siguientes[22].

No obstante, lo cierto es que esas tensiones internas acabarían convergiendo con un acontecimiento que poco tenía que ver con la propia realidad española. Y es que, sin lugar a dudas, el salto cualitativo tuvo lugar cuando la dirección del PCE condenó la invasión de Checoslovaquia. Esta circunstancia desató una crisis de dimensiones desconocidas hasta ese momento en el partido. Un buen indicador de la magnitud de dicha crisis se puede apreciar en el hecho de que el conflicto alcanzaría a todos los niveles de su estructura organizativa. En términos generales, lo más grave fue que se extendió un sentimiento de fuerte desasosiego, dado que la militancia se vio obligada a elegir entre el internacionalismo proletario, tal como se había entendido tradicionalmente, y la disciplina de partido[23]. Los informes presentados a los organismos centrales mostraban una realidad incómoda para la dirección del partido. Las informaciones aportadas por parte de los cuadros de distintas partes del interior manifestaban que, al menos en un primer momento, la mayoría de las bases habían simpatizado con la intervención militar en Checoslovaquia. También se advertía una clara segmentación social. Mientras que la militancia de extracción obrera –perfil mayoritario en el PCE– estaba con la URSS, una minoría de intelectuales y universitarios mostraban unas críticas a la invasión aún más radicales que las del propio ejecutivo. Por ejemplo, «Jorge», delegado del partido en Zaragoza, manifestaba cómo la condena del PCE había sido recibida en «las masas» de su zona como «un ataque brutal y desorbitado». Señalando incluso cómo la clase obrera había identificado esta postura con la posición del régimen franquista[24]. En la misma línea se expresaba José Leopoldo Portela, responsable de una asociación cultural asturiana promovida por el partido: «Aquello exasperó a las bases del partido. En Asturias, la mayoría estaba en contra del Comité Central y Ejecutivo. En ese momento, Santiago Carrillo era nuestro mayor enemigo político»[25].

Esta crisis fue vivida con la misma intensidad entre los militantes retenidos en las cárceles franquistas. Así, por ejemplo, Marcelino Camacho, quien se

encontraba en esos momentos en el penal de Carabanchel, reconocía en sus memorias que este episodio había supuesto fuertes enfrentamientos dialécticos con «compañeros más sectarios»[26]. Incluso, Juan Fernández Ania, preso en Jaén, recuerda cómo en su célula habían decidido «en votación enviar una extensa carta en la que manifestábamos nuestro apoyo a las fuerzas del Pacto de Varsovia, escrita en papel de fumar»[27]. Aún más graves fueron las repercusiones de esta crisis entre los militantes del PCE residentes en los países del Este, pues se veían diariamente mucho más expuestos a la narrativa soviética[28].

Esta compleja situación ha de ser interpretada como una rebeldía primitiva motivada por la negativa a aceptar tal decisión, ya que, lógicamente, no contaba con los mimbres necesarios para lograr cambio alguno en la política del PCE[29]. Además, el movimiento estaba completamente desorganizado y muy limitado por la concepción de la disciplina militante, lo que frenaba el alcance de esta dinámica disidente. Con todo, la crisis se convertiría en el mito fundacional de esta corriente, reapropiándose del legado de ese movimiento espontáneo, lo que les otorgó una cierta legitimación al unir su causa al capital simbólico que representaba la URSS y a otros elementos clásicos de la identidad comunista que se encontraban en retroceso[30].

Sin embargo, esta crisis también tuvo importantes consecuencias a medio plazo en donde los ortodoxos eran minoría, los organismos centrales. Fue allí donde Eduardo García (responsable de organización) y Agustín Gómez (responsable de las relaciones con la organización vasca), junto a otros miembros de la dirección, impulsarían una disidencia activa que devino en fraccionalismo. Su resistencia a cuestionar el referente soviético enseguida se vio acompañado de una crítica a muchos otros elementos. Por ejemplo, se denunciaba la falta de democracia interna al mismo tiempo que criticaban la nueva política de alianzas. Incluso, se atacaba directamente el nuevo modelo de socialismo pluralista[31]. Es decir, habían traspasado la línea y se disponían a romper con todos los factores que representaba su enemigo político: el «carrillismo»[32]. El resultado fue nefasto para los divergentes, expulsados y proscritos en 1969. En buena medida, tampoco parecía muy plausible la existencia de ningún otro escenario alternativo a la purga de los disidentes, pues lo cierto es que su manera de plantear sus críticas fue torpe y espontánea, pese a la veteranía de muchos de los dirigentes implicados. Un buen ejemplo de esta improvisación lo muestra la falta de coordinación entre los disidentes ortodoxos en el Comité Central. Justo cuando Eduardo García era expulsado junto a Agustín Gómez, se reactivaron las voces

divergentes. Esta vez su máximo representante fue el antaño «general de cuatro ejércitos» y «hombre-memoria» del comunismo español, Enrique Líster[33]. Su querella se centró en denunciar la falta de democracia interna y en la necesidad de realizar un congreso extraordinario del partido[34]. No obstante, al igual que sus predecesores, sus opciones de éxito eran muy reducidas y sus acciones se saldaron con las expulsiones de Celestino Uriarte, José Bárzana, Luis Sáiz y Luis Balaguer, además de la suya propia[35]. A modo de resumen, lo que caracterizó esta disidencia en la dirección fue el individualismo, la improvisación y la impotencia, por lo que el aparato del partido pudo desbaratar su oposición fácilmente y por etapas.

Pese a estos complicados antecedentes, ambos grupos acabarían convergiendo en una sola plataforma que trató de canalizar el creciente descontento en las bases de la organización. Al fin y al cabo, eran muchos los que compartían las críticas al «carrillismo» y una visión común de lo que debía ser el PCE, muy vinculada a una identidad ortodoxa, donde el relato heroico de la historia del partido servía de horizonte legitimador. Partiendo de esta base, la táctica de la nueva organización escindida fue mantener el mimetismo con el PCE y reclamarse como la «verdadera casa de los comunistas españoles», ya que el partido era en realidad «patrimonio de todos los militantes»[36]. Para lograr cohesionar a los sectores que con cuentagotas iba nutriendo sus filas, llevaron a cabo en 1971 la celebración de un autoproclamado VIII Congreso del PCE a las afueras de París[37].

De ahí nacería el PCE (VIII Congreso), un partido con una corta historia y una estructura bicéfala, fruto de la pugna entre los liderazgos de Eduardo García y Líster, este último mucho más conocido y carismático. El leitmotiv de esta organización era presentarse como «las fuerzas sanas del partido» y en función de esta máxima, el «grupo de Carrillo» era, en realidad, una fracción que debía ser desenmascarada ante toda la militancia por sus «crímenes»[38]. Al contrario que otras organizaciones de la Izquierda Revolucionaria de la época, no se inventaron otras siglas, parecidas pero distintas, ni otro nombre de cabecera de periódico. No pretendían construir otro partido, ellos eran el PCE porque contaban con potentes vínculos con su historia. Sociológicamente, se trataba de una organización pequeña, pero con sólidas bases en la emigración, especialmente en los países de Europa Oriental, donde la escisión fue mucho más acusada[39]. En cuanto a su presencia en el interior, destacó la incorporación de cuadros medios del movimiento obrero, veteranos de la organización que se habían apartado del trabajo cotidiano e incluso de los

conocidos como los «niños de la guerra». Hasta 1972 se puede decir que, aunque se había desbaratado su plan para desbancar a Carrillo, existía cierta confusión en el PCE y sus perspectivas de crecimiento no eran del todo negativas.

No obstante, esa trayectoria se truncó definitivamente tras el aumento de las tensiones entre García, Líster y sus respectivos seguidores. Hasta tal punto, que en 1973 los ortodoxos se habían escindido dando lugar a dos partidos. Por una parte, Eduardo García continuó liderando el grueso de la organización, que en 1973 celebró un nuevo congreso que le otorgaría una nueva nomenclatura: el PCE (VIII-IX Congresos)[40]. Este partido destacó por un mayor seguidismo respecto a la Unión Soviética y por ser una organización muy encerrada en sí misma. Si bien su militancia no era especialmente reducida, su capacidad de acción estuvo bastante limitada a algunos ámbitos de actuación como el movimiento obrero o la solidaridad con los países socialistas. Sociológicamente hablando, el prototipo de militante era un varón, en la cincuentena y dedicado al trabajo sindical. Aunque también tuvieron especial peso sus secciones en los países del Este. La constante búsqueda de reconocimiento por parte del PCUS les llevó a tratar de converger con otras organizaciones comunistas, como fue el caso de la OPI/PCT, con quienes les diferenciaban muchas cosas generacional e ideológicamente. No obstante, en 1980 se produjo la unificación de ambos grupos[41].

La otra parte escindida, que encabezaba Enrique Líster, formó el PCOE en 1973[42]. Unas siglas que evocaban nuevamente la memoria de los comunistas. Numéricamente más reducido, el nombre del partido estuvo asociado indiscutiblemente al de su secretario general. De esta manera, el liderazgo carismático de su figura destacó por antonomasia e, igualmente, la memoria de la guerra tuvo un papel fundamental. Sin embargo, Líster se convirtió, a la vez, en el principal reclamo y el mayor repelente de la organización. Se trataba de personaje popular del comunismo español, una figura de primer orden durante los años de la guerra que se asociaba a la memoria comunista. No obstante, sus formas en política eran desagradables y muy rudimentarias. Su conocido sectarismo truncó muchos de los intentos de confluencia con otras organizaciones comunistas. Curiosamente, en la década de los 80 se produjo una súbita transformación. Ante la crisis permanente del PCOE, Líster decidió reintegrarse en 1986 en el PCE, aunque, debido a las prisas y a las malas formas empleadas, un sector de su militancia continuó con la vida de la organización, ahora ya en una situación de total marginalidad[43].

LA SEGUNDA OLA

Cuando el PCE aún se encontraba conteniendo las consecuencias de la primera fractura, otro movimiento disidente cogió su relevo en las entrañas del partido. Las motivaciones de esta nueva ola comenzaron a fraguarse a comienzos de los años setenta. Sin embargo, su detonante inicial estribaría en unas causas distintas a las de la primera ola, ajenas a la crisis del MCI. De ahí, que ninguna de las organizaciones que formaron parte de esta segunda etapa tuvieran mucha conexión con los países del Este[44]. Además, su existencia no podría explicarse sin la incorporación de nuevos sectores a la militancia comunista en el interior de España. Este proceso facilitó la creación de nuevos modelos militantes más críticos, que chocaban con las estrictas normas de la disciplina de partido y la paulatina moderación de la línea política del PCE. Por lo tanto, el leitmotiv principal para la formación de esta nueva oleada de oposición ortodoxa sería la denuncia de la falta de democracia interna y el descontento con el rumbo político de su organización. En términos generales, también es necesario resaltar que sus componentes estuvieron caracterizados por unas dinámicas más enérgicas e innovadoras que las de sus predecesores[45].

Otro factor destacable era que su experiencia militante se plasmaba en unos repertorios de actuación colectiva propios de las generaciones más noveles de la militancia comunista quienes, disconformes con el «reformismo de la Carrillo», no poseían cauces orgánicos para expresar su descontento. Como consecuencia directa de esta frustración, surgieron formas autónomas e improvisadas de disidencia que irían progresivamente coordinándose y adquiriendo nuevos elementos para la reinterpretación de la cultura comunista clásica. Mediante un complejo proceso, la identidad comunista tradicional era puesta en valor como un elemento cohesionador frente al nuevo rumbo del partido[46]. Desde luego, su composición también fue distinta en términos sociológicos, dado que su militancia estaba formada en su mayor parte por estudiantes universitarios y miembros de profesiones liberales. Estos sectores sociales poseían dinámicas de socialización diferentes a las de la clase obrera y los sectores populares. Además, a nivel intelectual destacaban por poseer una base cultural más profunda y abierta. En la misma línea, la sexualidad o el ocio fueron vividos de acuerdos con las nuevas dinámicas sociales emergentes en aquellos años. Por lo tanto,

incluso su compromiso con el activismo político fue entendido de forma más flexible, alejado de la cosmovisión militante de antaño[47]. Otro aspecto especialmente resaltable fue el nuevo el papel de las mujeres. En esta segunda ola, pese a continuar siendo una minoría, ellas fueron adquiriendo un protagonismo cada vez mayor, gracias a la influencia de las teorías feministas[48].

En este contexto general, tuvo especial importancia la celebración en 1972 del VIII Congreso del PCE. Este acontecimiento se convertiría en el origen simbólico de la segunda ola. La motivación para el nacimiento de este movimiento divergente se encontraba en el malestar existente con motivo de los déficits de participación y pluralidad democráticas del congreso[49]. Sin embargo, todo apunta a que la radicalidad de estas críticas estaba motivada por el contraste que existía entre el espíritu asambleario que se vivía en colegios profesionales y universidades, con la vida interna del PCE[50]. Sea como fuere, a partir de la crisis del VIII congreso se constituirían dos movimientos de oposición ortodoxa: la Oposición de Izquierda del PCE (OPI) y las Células Comunistas (CCCC).

La OPI fue creada en un inicio como una corriente de opinión dentro del partido que pretendía canalizar ese descontento. No obstante, su apuesta por «cambiar el partido desde dentro» nunca estuvo bien planificada y destacó por su improvisación[51]. Una buena muestra de ello fue que, tras su creación en 1973 como corriente interna, organizaciones enteras decidieran darse de baja en el PCE. A esto hubo que sumar que, para aquellos que permanecieron dentro de sus estructuras en una especie de «doble militancia», les esperaba una «doble clandestinidad». Como consecuencia, la mayoría de ellos fueron sancionados y expulsados del partido. Sin embargo, la OPI decidió transformase en el Partido Comunista de los Trabajadores (PCT) en abril de 1977, ante la llegada del nuevo marco político[52]. En esta coyuntura, el nuevo partido participó en numerosas candidaturas electorales que abogaban por la unidad popular en coordinación con otras fuerzas de la izquierda revolucionaria, aunque no consiguieron representación[53]. La organización logró implantarse en varios territorios, entre los que destacaron Asturias, Madrid, Valencia, Andalucía, Euskadi, Valladolid y Cataluña. Un rasgo diferenciador de la OPI/PCT fue su notable producción teórica sobre distintos aspectos estratégicos e ideológicos, aunque una gran parte fuera elaborada particularmente por su máximo responsable, Carlos Delgado[54]. No obstante, sus exiguas fuerzas y su falta de entendimiento con otras organizaciones provocaron un acercamiento a los ortodoxos de la primera

ola. Esta confluencia se plasmó en la creación en 1980 del Partido Comunista Unificado (PCEU), que tuvo una corta y complicada existencia, dado que las dos organizaciones de origen pronto se separarían tras un duro proceso de disputas internas. Sin embargo, con la llegada de la tercera ola, los restos de estos grupos volverían a converger nuevamente[55].

Por su parte, las Células Comunistas fueron una organización ecléctica, con unas peculiaridades únicas dentro de esta corriente. Su origen se remonta a las denuncias de la falta de reconocimiento al trabajo de algunas células por parte de los comités provinciales. Estás críticas convergieron con otras más globales relacionadas con algunas tesis aprobadas en el VIII Congreso y el nuevo rumbo del partido[56]. Sin embargo, destacaban sus carencias en el plano organizativo, muy poco estructurado más allá de las células de base. Su leitmotiv era un tanto peculiar, ya que su existencia era justificada por un punto de los estatutos del PCE que planteaba que las células debían seguir funcionando autónomamente si no tenían contacto con otros órganos del partido. En realidad, utilizaron ese argumento para disociarse del PCE por no compartir su línea ideológica. En cuanto a su autopercepción, esta organización fue especialmente complicada. Tras romper con la dirección del PCE, se autoproclamaron como los representantes legítimos de sus bases. Esta situación provocó estrategias un tanto peculiares. Por ejemplo, tras la legalización del PCE en 1977, las CCCC denunciaban que Carrillo había legalizado otro partido, ya que sus estatutos no eran los elegidos en el último congreso[57]. También resultó muy importante la figura de Pepe Satué, convertido en el líder indiscutible de la organización[58]. Este veterano comunista había entrado en el PCE en 1936 y desde entonces dedicó toda su vida a la militancia. Tras volver del exilio, pasó veinte años en las prisiones franquistas, de 1949 a 1957 en Salamanca y el resto en el penal de Burgos. Durante esas dos décadas de su vida destacó por mostrar siempre una gran tenacidad y espíritu de resistencia[59]. En cierto modo, el origen de Células Comunistas tuvo lugar en la cárcel de Burgos, donde Satué coincidió con varios dirigentes a los que marcó profundamente. Tal fue el caso del principal líder de la futura organización en Canarias, Fernando Sagaseta[60]. Pese a que su universo simbólico evocaba de forma constante la memoria comunista, Satué lograría ejercer un liderazgo muy respetado entre una militancia, donde destacaban personas con un bagaje cultural amplio. Por otra parte, las CCCC tuvieron un peso relevante en los sectores profesionales y entre algunos intelectuales que, descontentos con el rumbo del PCE, no se resignaban a no continuar considerándose militantes del mismo[61].

Durante sus primeros años de existencia, la precaria organización estuvo basada en relaciones muy informales. Por ejemplo, en Canarias, donde tenían la mayor parte de sus militantes, su actividad se caracterizaba por la realización de trabajo interno (seminarios, debates, etc.). De hecho, no fue hasta 1976 cuando comenzó a existir una cierta coordinación estable entre distintos territorios en torno a la revista Hojas de discusión[62]. Lo verdaderamente llamativo es que, precisamente, esa carencia en el ámbito organizativo fue una de sus mayores potencialidades. Gracias a esta situación, los militantes de CCCC priorizaron su trabajo político en los movimientos sociales, lo que les permitió adquirir un gran prestigio como cuadros comunistas[63]. De tal manera que, durante toda la Transición, las personas que formaban parte de esta organización obtendrían algunos logros de importancia. Un ejemplo muy relevante fue el éxito alcanzado en Canarias mediante su participación en la coalición electoral Unión del Pueblo Canario (UPC)[64]. En 1979 esa influencia se concretaría en la elección de Fernando Sagaseta como diputado en el parlamento por la UPC. Además, también consiguieron concejales en Granada, e incluso en Las Palmas de Gran Canaria llegarían al gobierno municipal. Estos niveles de apoyo popular demuestran su implantación entre el tejido social de los territorios donde tenían presencia.

LA TERCERA OLA

A comienzos de la década de 1980, coincidiendo con la crisis general de la izquierda revolucionaria, las dos primeras olas de la disidencia ortodoxa se encontraban en una situación de auténtico bloqueo[65]. Nada hacía presagiar que está década se convertiría en el momento culminante de este movimiento, como efectivamente acabaría sucediendo. De hecho, la irrupción de una tercera ola lograría revertir la situación 180 grados y conseguir algunos éxitos relevantes. El origen de este cambio se encuentra en la difícil situación que vivió el PCE durante estos años y el amplio malestar que sufrieron, especialmente, las bases de la organización. Las complejas causas de este declive se encontraban en el avance de una grave crisis de legitimidad interna y externa motivada por una combinación de factores entre los que cabe destacar aspectos como las derrotas electorales, el descenso de militancia y la pérdida de influencia social. El resultado final fue un debate identitario donde se reconfiguró exponencialmente

el potencial movilizador de la disidencia ortodoxa[66]. Para un sector no desdeñable de la militancia comunista, el eurocomunismo se convirtió en el principal responsable de todo lo que estaba sucediendo en su partido. Lo cierto es que este fenómeno había destacado por su carácter ambiguo e improvisado[67]. No sería desacertado aseverar que el eurocomunismo se convirtió en una pantalla publicitaria para esconder el tacticismo de los dirigentes, quienes aplicando su realpolitik, sacrificaron importantes activos del partido en aras de una moderación que supuestamente facilitaría éxitos en el futuro, aunque estos nunca terminaron por materializarse. En términos globales, la transformación molecular del PCE dio un salto cualitativo tras 1976: se abandonó la organización en células, se radicalizó el tono de las críticas a la URSS e incluso se renunció oficialmente al leninismo en el IX congreso de 1978. Todo esto vino acompañado de otras cuestiones de peso, como, por ejemplo, el abandono de la tradición y las señas de identidad republicanas o la defensa del modelo de pacto social. En síntesis, todos estos cambios suponían una ruptura con lo que hasta ese momento había constituido la identidad de los comunistas españoles, lo que a medio plazo provocaría que muchos militantes optaran por vincularse a la disidencia ortodoxa[68].

Desde luego, la situación en la cual se encontraban los ortodoxos fuera de las estructuras del PCE era muy complicada, aunque la coyuntura podía llegar a otorgarles un gran potencial. No obstante, existía un gran sectarismo entre las distintas organizaciones que impedía, de facto, cualquier paso en una dirección conjunta[69]. Es más, la situación era tan absurda que todos promulgaban la necesidad de unificación, pero como bien señalaba un antiguo militante asturiano «preferíen ser cabeza de ratón que cola de león»[70]. En segundo lugar, la falta de un proyecto creíble e ilusionante estaba provocando que los militantes que abandonaban en masa el PCE se refugiasen en la más absoluta apatía política. Ante esta problemática, la alternativa ortodoxa optó por un mensaje claro y sencillo: «el eurocomunismo nos ha dividido, el marxismo-leninismo nos unirá»[71]. El espíritu unitario se convertiría, de esta manera, en un elemento claramente cohesionador. Una vez más, el estandarte de la identidad comunista era levantado por los disidentes ortodoxos. Sin embargo, lo que había cambiado era el contexto. Este factor de enganche tenía ahora un público más sensible, que veía atractivas sus propuestas ante la debacle del eurocomunismo. Al fin y al cabo, el imaginario cultural de los disidentes ortodoxos apelaba a los sentimientos y resultaba fácil de entender para todos los militantes del PCE. Su proyecto cultural y político pasaba por reconstituir «el Partido», única herramienta verdaderamente válida para la emancipación social. Partiendo de

esta premisa, este movimiento compartía la noción de estar viviendo un «momento histórico» que, en buena medida, fue el factor determinante para que el sectarismo pasara a un segundo plano y fuera posible la unidad de los sectores divergentes[72].

La tercera ola aportó una mayor pluralidad a la disidencia ortodoxa, lo que comportó la aparición de novedades en varios aspectos. En el plano sociológico fue más heterogénea que las dos anteriores. Al tratarse de un movimiento mucho más numeroso, en él acabarían confluyendo militantes con perfiles diversos (veteranos, jóvenes, intelectuales y obreros). Además, tuvo lugar un interesante fenómeno de solapamiento entre las distintas olas. Los restos de las dos olas precedentes se vieron directamente afectadas por este nuevo movimiento, en un proceso de sinergia que concluyó con la integración o destrucción de las mismas. En la fase inicial de 1980-1983 se fueron creando pequeños grupos constituidos como consecuencia de las expulsiones masivas producidas en el PCE. Uno de los pioneros fue la Coordinadora de Leninistas, que lideraba el icónico García Salve, más conocido como el «Cura Paco». Inmediatamente, este grupo confluyó con los restos del PCEU de Carlos Delgado y formaron la Promotora de Recuperación y Unificación de los Comunistas (PRUC), que editaba el periódico Unificación. En 1982 otro grupo vio la luz; se trataba del Movimiento de Recuperación del PCE (MRPCE), a cuya cabeza se encontraban antiguos cuadros del partido como el sindicalista Fidel Alonso[73]. Si bien cuantitativamente estas organizaciones no fueron especialmente numerosas, su fuerza radicaba en su potencial para arrastrar a militantes del PCE, al estar encabezados por líderes de conocido prestigio, cuya figura era motivo de orgullo entre la militancia.

El leitmotiv de esta tercera ola fue, por tanto, la «unidad de los comunistas». Sin embargo, detrás de esta sencilla consigna se escondían puntos de vista muy diversos. Por ejemplo, el PRUC lanzaría una propuesta de celebración de un congreso constituyente desde fechas muy tempranas, pero tuvo que suspenderse a la espera de que se sumaran más grupos indecisos a los que no convencieron inmediatamente. En el origen de esas desavenencias se escondía un debate identitario que generaba agrias polémicas y que estaba directamente relacionado con los matices existentes respecto a su relación con el PCE. En síntesis, las desavenencias se centraban en si este proceso debía darse fuera o dentro de las estructuras organizativas del partido. Sin embargo, no todos los roces se fundamentaban en diferencias tácticas o ideológicas. Los enfrentamientos personales y las acusaciones de todo tipo afloraron rápidamente, por lo que a

cada avance del proceso de unificación surgieron nuevos contratiempos[74].

A pesar de las complicaciones existentes, un hecho vendría a cambiar 180 grados este panorama. En 1981 estallaba una fuerte crisis en el PSUC de Cataluña transformando radicalmente la situación de la tercera ola, otorgándole una fuerza sin precedentes. El creciente malestar en el interior del comunismo catalán se manifestó fehacientemente con motivo de la celebración del V Congreso del PSUC. El resultado de este cónclave rebasó con creces los resultados esperados, gracias a la alianza de distintos sectores disconformes con el rumbo del partido, del cual consideraban responsable al eurocomunismo. La disidencia ortodoxa logró canalizar los múltiples descontentos existentes y nuclearlos en torno a la idea-fuerza de la recuperación de la identidad comunista. La respuesta de la dirección del PCE no se hizo esperar, manifestándose en una serie de maniobras para atajar el problema. Como consecuencia, el resultado del V congreso fue impugnado y miles de militantes fueron expulsados o abandonaron el partido[75]. En esta tesitura, los disidentes se vieron obligados a formar una nueva organización en 1982, el Partit dels Comunistes de Catalunya (PCC). El nuevo partido guardaba algunas diferencias con los pequeños grupos estudiados hasta ahora. En primer lugar, por sus dimensiones cuantitativas. El PCC fue una organización formada por una horquilla de entre 5000 a 7000 militantes, dependiendo del momento. Además, desde un punto de vista cualitativo, contaba con una fuerte implantación en el tejido social catalán y, especialmente, entre la clase obrera[76].

Sin embargo, el PCC tenía la vocación de contribuir a la construcción de un partido ortodoxo en toda España, más allá de su ámbito catalán. Por eso, desde su fundación estuvo en contacto con los distintos movimientos disidentes e incluso reorientó el proceso hacía un objetivo exitoso. Hasta tal punto, que se puede aseverar que su participación resultó decisiva para superar viejos debates, gracias a su papel como figura de autoridad entre los disidentes. Fruto de esos avances, en el verano de 1983 se fundaría la Comisión Estatal de Unidad Comunista (CEUC), formada por el PCC, las Células Comunistas, el PCEU, el MRPCE y el MRUPC. El objetivo de la CEUC era lanzar una fecha para la celebración de un congreso de unidad y hacer un llamamiento a los sectores indecisos que aún permanecían en el PCE para que se unieran al nuevo proyecto. De esta manera, Ignacio Gallego y otros miles de militantes se acabarían sumando a la tercera ola disidente, otorgándole un carácter más plural[77].

En enero de 1984 tuvo lugar el tan ansiado congreso de unidad de los

comunistas. El episodio es recordado por los militantes ortodoxos como un momento lleno de ilusión colectiva. Tras amargas derrotas, por fin parecía que se cosechaban algunos éxitos. Con una importante puesta en escena, se reproducían los distintos elementos del universo simbólico comunista. El partido que surgió de tal evento adquirió la sencilla denominación de Partido Comunista (PC) a secas. Además, desarrolló un gran mimetismo con el PCE y reivindicó su memoria orgánica de una manera especialmente intensa. Por otra parte, el nuevo partido había logrado un éxito importante desde sus inicios. El PC nacía con el reconocimiento explícito de los países socialistas casi al completo, lo cual era un objetivo largamente ansiado durante décadas[78].

En cuanto a su implantación, el partido contaba con unos 20.000 militantes, aunque cerca de la mitad provenían del PCC, quien también estaba sobrerrepresentado en sus órganos centrales. Los dos primeros años de existencia supusieron importantes avances para el partido, que se expandió territorialmente y logró consolidarse políticamente. No obstante, un fallo judicial a principios de 1986 les obligó a renombrarse como Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE). Mientras tanto, la extensión de la crisis orgánica del PCE les beneficiaba directamente, logrando recibir miles de nuevos militantes. En el plano sociopolítico, el partido formó parte de importantes batallas sindicales contra la reconversión y movilizaciones pacifistas contra la OTAN, lo que le generaba un cierto reconocimiento social. Sin embargo, una sensación de aislamiento se extendió entre su dirección. Las previsiones de crecimiento, probablemente poco realistas, no se estaban cumpliendo y, por si eso fuera poco, bajo todos los criterios, el PCE continuaba siendo un partido muy superior al PCPE. A esto había que sumar otro factor determinante: el nuevo rumbo del PCUS bajo la dirección de Gorbachov. El partido soviético, inmerso en su reconversión, consideraba absurdo la existencia de varios partidos comunistas en España y presionó para que los ortodoxos se reintegraran en el PCE[79]. Pocos años antes, el PCPE había decidido llevar a cabo su política de alianzas, lo que le llevó a formar parte de Izquierda Unida desde sus orígenes. No obstante, la existencia de otro partido comunista en el seno de la plataforma de izquierdas incomodaba al PCE, que trataba de marginar al PCPE, dándole un papel testimonial. De forma paralela, ambos partidos comenzarían un proceso de unidad con unos objetivos muy distintos por ambas partes. El PCPE pretendía que, una vez expulsado Carrillo, Gerardo Iglesias asumiera buena parte de los principios clásicos del leninismo. Por su parte, el PCE buscaba, simple y llanamente, la absorción del partido ortodoxo a cambio de algunas prebendas personales para sus dirigentes. Sin embargo, estas propuestas no convencían a la

totalidad de su militancia. Lo que provocó algunos movimientos encaminados a tratar de revertir la situación. En 1987, durante el II congreso del partido, Ignacio Gallego fue destituido como secretario general. Al frente del partido se situó el sindicalista catalán Joan Ramos, que ralentizó el proceso de unificación al demandar que se cumplieran algunos de los requisitos planteados por el partido desde el inicio de las conversaciones. Esta resistencia a la absorción también suponía enfrentarse a la Unión Soviética para reclamar su soberanía, que presionaba junto al PCE para agilizar el proceso. Al no poder conseguirlo, algunos comités provinciales decidieron pasarse unilateralmente al PCE, lo que precipitó que otros muchos cuadros diesen ese mismo paso, entre ellos el exsecretario general Ignacio Gallego. Como consecuencia, el partido sufrió una importante crisis interna, de la que no sería capaz de recuperarse. Por si esto fuera poco, la desaparición de los países del socialismo real supuso el golpe definitivo para el PCPE. Pese a su ortodoxia, la Perestroika había sido asumida positivamente como parte de un proceso de renovación ideológica. Por lo tanto, este fenómeno, que afectaría drásticamente a esta corriente comunista, supondría la pérdida de un importante referente colectivo y un duro golpe emocional para toda su militancia[80].

CONCLUSIONES

La conclusión más relevante de toda esta investigación se encuentra nucleada en torno a dos cuestiones clave: las verdaderas motivaciones que impulsaron la existencia de este movimiento y a sus peculiaridades internas a lo largo de las distintas etapas. Hasta ahora se había insistido de forma reiterada en que detrás las «facciones prosoviéticas» del PCE se encontraba la «sombra» de los países socialistas tratando de presionar y desestabilizar los avances renovadores del comunismo español. De ahí su adhesión a la URSS y su rechazo del eurocomunismo. Sin embargo, desde un punto de vista riguroso no parece haber ni una sola prueba que ratifique esta teoría. Bien al contrario, todas las evidencias apuntan a que se trató de un proceso estrictamente endógeno, fruto de la mutación molecular del comunismo español y su crisis posterior. Es decir, que su verdadero protagonista fue la militancia: los miles de personas que habían comprometido sus vidas a la causa comunista y quienes percibieron de forma negativa las transformaciones en la política y la imagen de PCE durante las dos

décadas aquí estudiadas. Esto no quiere decir que el contexto general no influyera de alguna manera en muchas de las decisiones que llevaron a cabo los comunistas ortodoxos. La frustración que vendría a suponer el resultado final de la Transición o, incluso, la crisis global del movimiento comunista, tuvieron amplias consecuencias. Hasta tal punto, que muchas de sus repercusiones se convirtieron en un notable impulso para el estallido de diversas contradicciones latentes que se manifestarían mediante la creación de varios movimientos discrepantes. Estas disidencias se articularon a lo largo de tres olas, las cuales dialogaron entre si de forma fluida y cuyo nexo común residió en un elemento central: la reapropiación de la identidad comunista clásica.

De la historia de las tres olas también se pueden obtener otras conclusiones globales que es necesario resaltar. El detonante de la primera ola disidente fue la crisis de Checoslovaquia, pero rápidamente se reconfiguraron los elementos de protesta hacia una reivindicación global de la memoria y la cultura política tradicionales. La segunda ola nacía fruto de la falta de democracia interna y la creciente desconfianza ante el giro político del PCE. No obstante, también se denunciaba el abandono de la combatividad y los cambios identitarios del partido. Por último, la tercera ola fue fruto directo de la grave crisis del PCE en el cambio de década. Aunque su composición era más heterogénea, su idea-fuerza se nucleaba en torno a postulados identitarios fácilmente identificables y cohesionadores, lo que le permitió alcanzar algunos logros durante su primera etapa. Sin embargo, el estancamiento de su proyecto político y su coincidencia con el fin del socialismo real supusieron un duro golpe. En todo caso, es necesario recalcar que los disidentes reelaboraron esa supuesta identidad primigenia desde los márgenes, tratando de reapropiarse de la misma y dotándola de nuevos significados. De esta manera, se construyó una «identidad de resistencia» que recorrió de forma transversal las tres olas pese a su pluralidad interna, la diversidad de su origen político y la trayectoria militante de sus miembros.

---

[1] Fernando Claudín, «The Split in the Spanish Communist Party», New Left Review 70 (Noviembre-diciembre de 1971), p. 94.

[2] Para un mayor conocimiento de las posturas políticas del autor en este periodo, ver Fernando Claudín, Documentos de una divergencia comunista, Barcelona, El Viejo Topo, 1978. Jesús Sánchez Rodríguez, Teoría y práctica

democrática en el PCE (1956-1982), Madrid, FIM. Juan Andrade, «Nuevos enfoques, dogmas, herejías y ajustes de cuentas. Un mapa aproximado del pensamiento comunista español en el exilio», Historia Contemporánea 60 (2019), pp. 687-694.

[3] Un ejemplo de este esquema en el ámbito académico reciente se puede ver en Emanuele Treglia, «Los vientos de Checoslovaquia. EL PCE y el 68 del comunismo internacional», en Abdón Mateos y Emanuel Treglia (coords.), Las convulsiones del 68. España y el sur de Europa, Madrid, UNED, 2019, pp. 109-110.

[4] Sobre los cambios identitarios de este periodo ver Emanuele Treglia «Un partido en busca de identidad. La difícil trayectoria del eurocomunismo español», Historia del Presente 18 (2011), pp. 25-41.

[5] Gregorio Morán, Miseria, grandeza y agonía del PCE (1939-1985), Madrid, Akal, 2017, p. 784.

[6] La metáfora de las olas ha sido utilizada recurrentemente para explicar la historia de los movimientos sociales. Immanuel Wallerstein, «Foreword» en William G. Martin (coord.), Making waves. Worldwide Social Movements, 1750-2005, Colorado, Paradigm Publishers, 2008, p. vii.

[7] Todas estas cuestiones están más desarrolladas en Eduardo Abad, «La disidencia ortodoxa en el comunismo español (1968-1989)», tesis doctoral, Oviedo, Universidad de Oviedo, pp. 41-181; y más sintéticamente en «El otoño de Praga. Checoslovaquia y la disidencia ortodoxa en el comunismo español (1968-1989)», Historia Contemporánea 61 (2019), pp. 974-977.

[8] Este fue el caso de los miembros del PCE (VIII-IX Congresos), quienes se mostraban «orgullosos» de ser llamados de dicha manera: «Boletín de información del Partido Comunista de España» 1, junio de 1973, caja n.o 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

[9] Sobre ambas corrientes del comunismo español ver Gonzalo Wilhelmi, Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española (1975-1982), Madrid, Siglo XXI de España, 2016; Julio Pérez Serrano, «“Servir al pueblo” trayectorias del maoísmo en la península Ibérica», Berceo 173 (2017), pp. 199-216; Martí Caussa y Ricard Martínez i Muntada (eds.), Historia de la Liga Comunista Revolucionaria (1970-1991), Madrid, La Oveja Roja, 2014.

[10] Por poner solo algunos casos: Enrique Líster, Agustín Gómez, Pepe Satué, Josep Serradell e Ignacio Gallego.

[11] Carlos Rueda Laffond, Memoria Roja: Una historia cultural de la memoria comunista en España, 1936-1977, Valencia, Publicacións de la Universitat de València, 2018, p. 24.

[12] Sobre las consecuencias globales de este periodo ver David Priestland, Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 396-541.

[13] Para saber más sobre esta compleja relación ver Eduardo Abad, «Contra el aventurerismo de izquierda, contra la claudicación de derecha. Las relaciones de los comunistas ortodoxos con el resto de la Izquierda Revolucionaria en la Transición», en Fundación Salvador Seguí-Madrid (coord.), Las otras protagonistas de la Transición. Izquierda radical y movilizaciones sociales, Madrid, FSS, 2018, pp. 1011-1024.

[14] Julio Pérez Serrano, «Los proyectos revolucionarios en la Transición española: cuestiones teóricas e historiografía», en Zoraida Carandell, Julio Pérez Serrano y otros, La construcción de la democracia en España (1868-2014). Espacios, representaciones, agentes y proyectos, París, Presses Universitaires de Paris Nanterre, 2019, pp. 567-589; Julio Pérez Serrano, «Orto y ocaso de la izquierda revolucionaria en España (1959-1994)», en Rafael Quirosa-Cheyrouze (coord.), Los partidos en la Transición: las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 249-291; Julio Pérez Serrano «Estrategias de la izquierda radical en el segundo franquismo y la Transición (1956-1982)», en Marie-Claude Chaput y Julio Pérez Serrano (eds.), La transición española. Nuevos enfoques para un viejo debate, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015, pp. 95-125.

[15] Víctor Peña González, «Los partidos prosoviéticos ante la Transición. El ejemplo de la OPI-PCT», en Fundación Salvador Seguí-Madrid (coord.), Las otras protagonistas de la Transición. Izquierda radical y movilizaciones sociales, Madrid, FSS Ediciones, 2018, pp. 1023-1032; Víctor Peña, «“¡Por la República Democrática!” Los prosoviéticos españoles en la Transición española», en Ana Sofía Ferreira y Joao Maderia (coords.), As esquerdas radicais ibéricas entre a ditadura e a democracia. Percursos cruzados, Lisboa, Colibrí, 2019, pp. 65-78. Víctor Peña, «El movimiento de Células Comunistas y la recuperación del

Partido Comunista, 1974-1984», Investigaciones históricas 40 (2020), pp. 733-762.

[16] Eduardo Abad, «Entre el internacionalismo proletario y la disciplina de partido. Los comunistas asturianos ante la crisis de Checoslovaquia», Historia del Presente 30 (2017), pp. 155-169; Eduardo Abad, «Contra el aventurerismo»; Eduardo Abad, «Ortodoxos, disidentes y revolucionarios. El proyecto político de los comunistas españoles fieles al campo socialista (1968-1980)», en Teresa M.a Ortega López y otros (eds.), Actas del IX Encuentro Internacional de Investigadores del Franquismo. 80 años de la Guerra Civil española, Sevilla, Fundación de Estudios Sindicales y Cooperación de Andalucía, 2017, pp. 283-292; Eduardo Abad, «El otoño de Praga». Eduardo Abad, «Una ortodoxia transnacional. Notas sobre la historia cruzada entre el PCP y los leninistas españoles», en Ana Sofía Ferreira y Joao Madeira (coords.), As esquerdas radicais ibéricas entre a ditadura e a democracia. Percursos cruzados, Lisboa, Colibrí, 2019, pp. 129-144; Eduardo Abad, La disidencia ortodoxa; Eduardo Abad, «“Viento del este”. La URSS en la cultura militante de los comunistas españoles (1917-1968)», Hispania Nova 19 (2021), pp. 196-228.

[17] Edward P. Thompson, La formación de la clase obrera en Inglaterra, Madrid, Capitán Swing, 2012, p. 30.

[18] Francisco Erice, «El “orgullo” de ser comunista. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles», en Manuel Bueno, Manuel y Sergio Gálvez (eds.), «Nosotros los comunistas»: memoria, identidad e historia social, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2009, p. 150.

[19] El concepto de capital simbólico ha sido acuñado y desarrollado por Bourdieu, Ver Pierre Bourdieu, Raisons pratiques: Sur la théorie de l’action, París, Seuil, 1994, p. 116. Sobre los mecanismos de transmisión de la memoria comunista, ver Carlos Rueda Laffond, Memoria Roja, p. 85.

[20] Carlos Rueda Laffond, Memoria Roja, p. 25.

[21] Encarnación Barranquero Texeira, «El Partido Comunista de España y la propaganda soviética», Revista Historia Actual 6 (2008), p. 96.

[22] Carme Molinero y Pére Ysás, De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982), Barcelona, Crítica, 2016, p. 13; Carme Molinero, «La política de reconciliación nacional. Su contenido durante

el franquismo, su lectura en la Transición», Ayer 66 (2007), pp. 201-225; Francisco Erice, «Los condicionamientos del giro táctico del PCE en 1956: El contexto de la Política de Reconciliación Nacional», Papeles de la FIM 24 (2006), pp. 149-150.

[23] Una descripción pormenorizada de la situación de la crisis en los distintos territorios puede verse en «Apuntes tomados en ocasión de una reunión del Comité Central del 18 septiembre 1968», carp. 49, Divergencias, AHPCE. A día de hoy no existe una investigación sobre el conjunto del PCE, no obstante, existen dos estudios sobre la organización catalana y asturiana que avalan esta tesis: Giaime Pala, «El PSUC y la crisis de Checoslovaquia», en Manuel Bueno Lluch, José Ramón Hinojosa Montalvo Árbol, Carmen García García (coords.), Historia del PCE: I Congreso, 1920-1977, vol. 2, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, pp. 301-312 y Eduardo Abad García, «Entre el internacionalismo».

[24] «Apuntes tomados en ocasión de una reunión del Comité Central del 18 septiembre 1968», carp. 49, Divergencias, AHPCE.

[25] José Leopoldo Portela Gondar, Memorias de José Leopoldo Portela Gondar, A Coruña, Hércules Ediciones, 2007, p. 126.

[26] Marcelino Camacho, Confieso que he luchado, Sevilla, Atrapasueños, 2016, p. 204.

[27] Juan Fernández Ania, La lucha por la democracia en Oviedo, Oviedo, Autoedición, 1993, p. 26.

[28] Matilde Eiroa, Españoles tras el Telón de Acero. El exilio republicano y comunista en la Europa Socialista, Madrid, Marcial Pons, 2018, pp. 122-124. Un estudio pormenorizado de las consecuencias de la crisis de Checoslovaquia para los comunistas españoles en la RDA se puede ver en Aurélie Denoyer, L’exil comme patrie: les refugies communistes espagnols en RDA (1950-1989). Trajectoires individuelles, histoire collective, Université Paris-Est, Universite de Potsdam, 2012, pp. 361-396.

[29] Este concepto, aunque aplicado a otro contexto, tiene su origen en los movimientos arcaicos que se rebelaban contra algunas facetas negativas de la modernidad utilizando mecanismos de resistencia de las sociedades anteriores. Eric Hobsbawm, Rebeldes primitivos: estudio sobre las formas arcaicas de los

movimientos sociales en los siglos XIX y XX, Barcelona, Crítica, 2001. Resulta muy adecuado para describir una modalidad de movimiento político improvisado e instintivo que no posee unas herramientas adaptadas a las nuevas dinámicas y está destinado a fracasar.

[30] Eduardo Abad, «El otoño de Praga», pp. 984-985.

[31] «A los miembros del Partido Comunista de España», Fondo Pedro Sanjurjo, caja n.o 3, AHUO.

[32] La acuñación del concepto de «carrillismo» tiene su origen en los grupos de la izquierda revolucionaria unos pocos años antes; ver Francisco Erice, «Santiago Carrillo y el partido del antifranquismo (1955-1975)», Historia del Presente 24 (2014), p. 11.

[33] Este concepto fue acuñado por el historiador Pierre Nora para hacer referencia a la evocación memorialística de algunas personalidades y está directamente relacionado con su propuesta de «Lieux de memorie», Pierre Nora, «La aventura de Les lieux de memorie», Ayer 32 (1998), p. 20.

[34] Enrique Líster Forján, Así destruyó Carrillo el PCE, Madrid, Planeta, 1983, p. 195.

[35] Gregorio Morán, Miseria y grandeza, p. 452.

[36] «"MUNDO OBRERO" al servicio de la clase obrera y del pueblo español, luchador de la causa de la democracia y el socialismo», Mundo Obrero (cabecera roja) 1 (septiembre de 1970).

[37] «El PCE ha celebrado su VIII Congreso», Mundo Obrero (cabecera roja) 8 (mayo de 1971).

[38] «Algunos acuerdos del VIII Congreso del Partido Comunista de España», Mundo Obrero (cabecera roja) 8 (mayo de 1971).

[39] Buena muestra de ello se puede ver en «Comunicado del PCE en Berlín (R.D.A.)» o «Hungría: reunión plenaria del PCE», aparecidos en Mundo Obrero (cabecera roja) 2 (octubre de 1970). Los informes soviéticos también parecen confirmar este alcance: «Conversaciones con Líster en Sofía», 16 de diciembre de 1970, F. 5. Ser. 62. Exp. 591, RGANI. El caso germanoriental está estudiado

en Aurélie Denoyer, L’exil comme patrie, pp. 375-379.

[40] «Comunicado del Partido Comunista de España», Mundo Obrero (cabecera roja) 59 (noviembre de 1973).

[41] El Secretariado del Comité Central del PCE (Congresos VIII-IX), «Informe del proceso de unidad de las elecciones municipales (3 de abril de 1979) hasta el día de hoy», 2 de septiembre de 1979, Archivo Personal de Eduardo García López. «En la recta final de la unidad», Mundo Obrero (cabecera roja) 135 (marzo de 1980).

[42] «Resolución política del congreso extraordinario del PCOE». Nuestra Bandera, revista teórica y política del Partido Comunista Obrero español 7 (julio de 1973).

[43] «Declaración Política del VII Pleno ampliado del Comité Central del PCOE sobre la celebración del Congreso de los “unificadores”», Unidad y lucha 2 (febrero de 1984). Enrique Líster Forjan, «Por la unificación de los comunistas en el P.C.E. Informe político presentado al XIII Congreso Extraordinario del P.C.O.E.», Madrid, PCOE, 13 de abril de 1986, Archivo Personal de Manuel Calderón. Por qué no hemos ingresado en el Partido Comunista de España, Madrid, abril de 1986.

[44] Tanto la OPI/PCT como las CCCC se mantuvieron inicialmente alejadas de los países socialistas. Tan solo a finales de los años setenta comenzarían algunos contactos con Checoslovaquia. Ver Eduardo Abad, «El otoño de Praga», pp. 993-998.

[45] Carme Molinero y Pere Ysàs, De la hegemonía, pp. 44-46. Giaime Pala, «El militante total. Identidad, trabajo y moral de los comunistas catalanes bajo el franquismo», Cahiers de civilisation espagnole contemporaine 10 (2013).

[46] «Una organización para la revolución», La voz gráfica 2 (agosto-septiembre de 1972). «La necesidad teórica del marxismo-leninismo», La voz gráfica 2 (agosto-septiembre de 1972). Testimonio de Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020. Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero de 2019.

[47] Testimonio de José Gálvez, Gijón, 5 de julio de 2018. Testimonio de Hugo O’Donell, Oviedo, 31 de enero de 2019.

[48] Testimonio de María Jesús Garrido «Chus», Chiclana, 16 de octubre de 2017.

[49] La existencia de malestar por el congreso fue reconocida por la propia organización: Ignacio Gallego, VIII Congreso del Partido Comunista de España. Problemas de organización y modificación a los estatutos, S.l., PCE, 1972.

[50] Testimonio de José Luis Monzón Campos, militante de OPI, reproducido en: Benito Sanz Díaz, «La radicalización del movimiento universitario, 1968-1975. La proliferación de partidos políticos», en Memoria del Antifranquismo, 1939-1975, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, 1999, p. 20.

[51] «La Oposición ¿fracción o tendencia?», Boletín de la Oposición del PCE en Valencia, 1 (1973). «Quienes somos y que queremos», La voz comunista 1 (15 de junio de 1973). Testimonio de José Manuel Álvarez «Pravia», Oviedo, 12 de marzo de 2014.

[52] «Presentación pública del PCT», La voz comunista 1 (mayo de 1977).

[53] Carlos Tuya, «En defensa de la izquierda revolucionaria» Diario 16, 8 de agosto de 1977.

[54] Carlos Tuya, Aspectos fundamentales de la revolución española, Madrid, PCT, 1977 y La función histórica del Estado y la democracia, Madrid, Anagrama, 1980.

[55] Testimonio de Ángel Rendueles, Gijón, 3 de mayo de 2014.

[56] Domingo Garí, Historia del nacionalismo canario, Las Palmas de Gran Canaria- Santa Cruz de Tenerife, Benchomo, 1992, pp. 324-325.

[57] «Etapas conducentes a la escisión», Hojas de discusión 5 (diciembre de 1977).

[58] Sergio Millares, Fernando Sagaseta. La vida de un luchador irremediable, Las Palmas, Centro de Cultura Popular, 1994, p. 181.

[59] «Una nueva ola de terror», España Popular 884 (1 de julio de 1959).

[60] Sergio Millares, Fernando Sagaseta, pp. 181-182

[61] Organización de abogados del PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA, Granada, s.e., s.f. (1977), p. 26.

[62] «Al partido», febrero de 1976, caja n.o 3, Fondo Pedro Sanjurjo «Pieycha», AHUO. «Propósitos», Hojas de discusión 1 (mayo de 1976).

[63] Testimonio de Arturo Borgues, telefónico, 20 de enero de 2020. Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero de 2019. Testimonio de Arón Cohen, Granada, 12 de diciembre de 2017.

[64] Ángel Dámaso, «Nacionalismo canario de izquierdas: La efímera Unión del Pueblo Canario». El futuro del Pasado 6 (2015), pp. 281-317.

[65] Un interesante estudio de la situación en la que se vieron los militantes de la izquierda revolucionaria en esta crisis puede verse en David Beorlegui, Transición y melancolía. La experiencia del desencanto en el País Vasco (1976-1986), Madrid, Postmetrópolis, 2017.

[66] Juan Andrade, El PCE y el PSOE en (la) transición, Madrid, Siglo XXI de España, 2012, pp. 357-365.

[67] Para más información sobre las razones que propiciaron la crisis del eurocomunismo ver Andrea Donofrio, Érase una vez el eurocomunismo. Las razones de un fracaso, Madrid, Tecnos, 2018.

[68] «Juan Ramos: “El eurocomunismo reduce al militante a pegar carteles y pedir votos”», El País, 14 de abril de 1982. Fidel Alonso, «Mi posición en el PCE», El País, 3 de abril de 1981. Francisco García Salve, Por qué somos comunistas, Madrid, Penthalon, 1981, p. 125-317.

[69] «Llamamiento a los comunistas», Unificación, PRUC 1 (diciembre de 1981).

[70] Testimonio de Vicente Rodríguez Terente, Gijón, 10 de marzo de 2014.

[71] «La aventura eurocomunista», Por la unidad, MRPCE, Madrid, septiembre-octubre de 1983.

[72] «Ante la crisis del PCE», MRPCE, Madrid, 13 de junio de 1982, caja n.o 179317, Fondo del MCA, AHA. «Comunicado», Unificación, PRUC 7 (junio-

julio de 1982).

[73] «¿Por qué la coordinadora de leninistas?», Informe 1 (marzo de 1980). «Llamamiento a los comunistas», Unificación 1 (diciembre de 1981). «Ante la crisis de nuestro Partido. A todos los comunistas», Madrid, 25 de enero de 1982, reproducido en Pedro Vega y Peru Erroteta, Los herejes del PCE, Barcelona, Planeta, 1982, p. 318. Francisco García Salve y Fidel Alonso Plaza, Dos voces de clase obrera, Madrid, Grafiper, 1979.

[74] «Un camino por el que no queremos transitar», Unificación 5 (abril de 1982). «Acta del CI», 25 de junio de 1980, Madrid, Archivo Personal de Alberto Hevia.

[75] Carme Molinero y Pere Ysàs, De la hegemonía, pp. 285-286. Joan Tafalla, «Les conseqüències de la transició en el PSUC», en Giaime Pala y Josep Puigsech Farràs (dirs.), Les mans del PSUC: militancia, Barcelona, Memorial Democrátic, 2017. Juan Ramos, Informe político. Reunión de los 29 miembros del Comité Central del PSUC constituidos en dirección provisional, Barcelona, 24 de enero de 1982, p. 16, Fondo Joan Tafalla, Arxiu Josep Serradell. «V Congreso del PSUC», Revista de derecho político 10, 1981. Manuel Sacristán, «A propósito del V Congreso del PSUC», El País, 22 de enero de 1981.

[76] Juan Muñiz, «Informe-Organización. “Promoción 70 aniversario de la Revolución de Octubre”», 5, 6 y 7 de 1987, Fondo Joan Tafalla, Arxiu Josep Serradell.

[77] «Ignacio Gallego dimite de sus cargos en el PCE para impulsar el partido “prosoviético”», El País, 12 de octubre de 1983.

[78] «Crónica del Congreso de Unidad de los Comunistas», Nuevo Rumbo 0 (enero de 1984).

[79] «Delegación a la República Democrática Alemana», sig. 389/1, sección del Comité Central, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

[80] «Crisis en el PCPE a causa de la unidad con el PCE», El País, 18 de septiembre de 1988. «El PCE concluye su proceso de unidad con el apoyo soviético», El País, 15 de enero de 1989. Faustino Zapico, «Sobre la casa común europea», Nuevo Rumbo (primera quincena de abril de 1990).

XXIX

CONSEJISTAS, TROTSKISTAS Y MAOÍSTAS: DISIDENCIAS COMUNISTAS EN ESPAÑA DURANTE LA GUERRA FRÍA[1]

Julio Pérez Serrano

En términos políticos y en su acepción moderna, podemos definir al comunismo como una corriente surgida en las primeras décadas del siglo XX que, basándose en el pensamiento de Marx y Engels y en la experiencia de la Revolución de Octubre, aspira a derrocar el capitalismo y la dominación burguesa, instaurando la dictadura del proletariado mediante un proceso revolucionario. En este marco cabe situar al leninismo, pero también a otras tendencias del marxismo revolucionario que afloran en la crisis de la II Internacional. Es importante señalar esto para comprender que la noción de comunismo, no solo define a los partidos comunistas que se mantuvieron vinculados, bajo diferentes formatos y con mayor o menor autonomía, a la Rusia soviética hasta su desaparición en 1991, sino a todos los movimientos y organizaciones que desde 1917, adoptando o no esta denominación, reivindicaron la tradición revolucionaria del marxismo.

Los espartaquistas, el comunismo de izquierdas, las distintas ramas del trotskismo, el estalinismo y el maoísmo forman parte también, junto al comunismo prosoviético, del amplio elenco de herederos del marxismo revolucionario y, por ende, de la extensa y mal avenida familia política comunista. El legado multiforme de aquel fantasma que recorrió Europa en 1848 englobaría, por tanto, un abanico muy diverso y contradictorio de tendencias.

La existencia de un tronco común no evitó el enfrentamiento, a veces enconado, entre ellas, lo que, a la luz de la experiencia histórica, tuvo efectos muy negativos, restando fuerza y credibilidad al movimiento ante sus potenciales seguidores. La clase obrera, llamada a ser el sujeto histórico de la transformación socialista, se vio así desde muy pronto bombardeada (y desorientada) por

propuestas que, compartiendo lenguaje y referencias teóricas, eran sin embargo incompatibles entre sí y se atribuían mutuamente la responsabilidad de que el capitalismo continuase existiendo.

En las páginas que siguen analizaremos las corrientes disidentes del comunismo en España en el medio siglo que va desde 1939 hasta la Caída del Muro de Berlín. En trabajos precedentes ya hemos abordado el debate historiográfico referido a este universo[2]. Ahora nos centraremos en su articulación como campo disidente durante la Guerra Fría, mostrando la influencia que sobre los actores políticos ejerció este contexto histórico cambiante y fuertemente polarizado, en el que los proyectos revolucionarios parecían viables y contaban con receptivas audiencias. En el caso de España, la pervivencia de la dictadura después de 1945 constituyó una anomalía que condicionó igualmente la acción de las fuerzas opositoras, en las que no siempre fue fácil, ni siquiera para los propios militantes, deslindar la lucha por las libertades del combate por el socialismo[3].

CRISIS Y RECOMPOSICIÓN DE LA DISIDENCIA COMUNISTA HASTA 1967

La influencia consejista y trotskista en España había sido muy limitada antes y durante la Guerra Civil, debido a la presencia mayoritaria de la CNT, que hegemonizaba, desde la óptica libertaria, la crítica antiestalinista. Tras los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona, su organización más representativa, el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), autodefinido como «marxista revolucionario», había desaparecido de facto[4]. Casi sin estructura orgánica, su exigua militancia se refugió en Francia, el Norte de África y América Latina. Descabezado por el asesinato de Andreu Nin y el encarcelamiento de su principal líder, Joaquín Maurín, que a su salida de prisión en 1946 no retornó a la militancia activa, había quedado roto el nexo con la generación de la guerra. Muchos dirigentes se desvincularon o reorientaron sus posiciones, como sucedió con Josep Rovira, fundador del Moviment Socialista de Catalunya (MSC)[5]. Este vacío solo comenzó a ser paliado en 1947, cuando Wilebaldo Solano, antiguo líder de la Juventud Comunista Ibérica (JCI), rama juvenil del POUM, fue elegido secretario general del partido en la conferencia de Toulouse,

celebrada en octubre, con el apoyo del exilio y de pequeños núcleos surgidos en Madrid y Cataluña.

Sucedió lo mismo con los minoritarios «bolcheviques-leninistas» (apelativo utilizado por los trotskistas en los años treinta), también implicados en las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona, e igualmente reprimidos por los gobiernos del Frente Popular y la Generalitat. Los dos núcleos en que se habían dividido durante la guerra, la Sección Bolchevique-Leninista de España (SBLE) y el diminuto Grupo Bolchevique-Leninista (GBL), habían desaparecido. En el exilio surgieron dos focos, el Grupo Español en México de la IV Internacional, liderado por Grandizo Munis y Benjamín Péret, y el Grupo Comunista Internacionalista (GCI), constituido en Francia en 1945, que actuaba como sección española de la IV Internacional[6].

Durante la Segunda Guerra Mundial, Munis y Péret se habían ido alejando de la dirección de la IV Internacional en cuestiones axiales como el antifascismo y la caracterización de la URSS, pues la consideraban un «capitalismo de Estado» y no un «Estado obrero degenerado»[7]. El II Congreso de la IV Internacional, celebrado en París en abril de 1948, ratificó la ruptura. Munis y el GCI, al igual que hicieran en Francia Cornelius Castoriadis y Claude Lefort, fundadores del grupo Socialisme ou Barbarie, abandonaron el trotskismo, acercándose a las posiciones de la izquierda comunista que negaban el carácter obrero a la Rusia soviética. En 1958, el GCI pasó a denominarse Fomento Obrero Revolucionario (FOR). Continuó operando desde Francia hasta el final de la dictadura, difundiendo el boletín Alarma, aunque hasta 1977 no logró establecer un pequeño núcleo en Barcelona.

La coyuntura de 1948 supuso así el relevo generacional en la dirección del POUM y la desaparición orgánica del trotskismo español. Este año también se produjo la ruptura entre Tito y Stalin, que conllevó la expulsión de Yugoslavia de la Kominform en 1948, si bien el impacto político de este cisma tardaría dos décadas en llegar a España. Mucho mayor será el impacto de otro hito que se inscribe en esta decisiva coyuntura, la Revolución china de 1949, que pasará a convertirse en un referente alternativo para el movimiento comunista cuando se materialice la ruptura chino-soviética trece años después.

Como puede verse, hasta mediados de los cincuenta el PCE carecía de verdaderos competidores en el campo de la oposición al franquismo. Pero el año 1956 marcará un antes y un después. En el ámbito internacional, el XX

Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), celebrado en febrero, puso fin al interregno de tres años que sobrevino por la muerte de Stalin. El PCUS marcó distancias con su figura y denunció el autoritarismo y el «culto a la personalidad» que habían caracterizado su largo periodo de gobierno. Poco después, en octubre, este viraje aperturista se vería cuestionado por la insurrección húngara, duramente reprimida por las tropas soviéticas. En tal contexto, el descrédito de la URSS fue amplificado por sus enemigos y actuó como un poderoso acicate para el nacimiento de la llamada «nueva izquierda» (New Left) en Europa occidental y Estados Unidos[8]. Esta nueva generación política, crítica con la «vieja izquierda», a la que consideraban «reformista», burocrática y autoritaria, se definía por su rechazo tanto de la socialdemocracia como del modelo soviético. Durante dos décadas consiguió ser un importante referente crítico para las nuevas hornadas de revolucionarios.

Por lo que se refiere a España, en febrero de 1956 se habían producido acciones de protesta en la Universidad de Madrid. Para dar respuesta a este incipiente movimiento e influido por las orientaciones del XX Congreso del PCUS, el ejecutivo del PCE aprobaría en junio la Política de Reconciliación Nacional, refrendada por el pleno ampliado del Comité Central celebrado en Berlín entre el 25 de julio y el 4 de agosto de 1956. Con ello, el partido pensaba que podía ampliar sus audiencias, tejer alianzas con los sectores no comunistas y establecer un diálogo con los llamados «evolucionistas» del régimen[9].

Pero el PCE no fue el único en valorar la coyuntura de 1956 como una apertura de oportunidades políticas. La experiencia de los «frentes de liberación» que desde 1954 luchaban en Indochina y Argelia por la independencia nacional frente a las potencias imperialistas fue vista por sectores católicos influidos por el marxismo como un modelo para impulsar la revolución española. El Vietcong, el Front de Libération Nationale (FLN) y, sobre todo, el Movimiento 26 de Julio, liderado por Fidel Castro, serán los iconos más influyentes de esta nueva estrategia. En este contexto, nació en 1959 el Frente de Liberación Popular (FLP, conocido popularmente como Felipe), fundado por el diplomático Julio Cerón. Junto con el FLP, el Front Obrer de Catalunya (FOC) y Euskadiko Sozialisten Batasuna (ESBA), sus organizaciones hermanas en Cataluña y Euskadi, constituirán durante una década el referente de la nueva izquierda en España[10].

Las llamadas Organizaciones Frente (FLP-FOC-ESBA), a diferencia de los grupos trotskistas y consejistas del exilio, contaban con presencia en el interior del país, tanto en los centros universitarios como en sectores activos del

incipiente movimiento obrero, algo de lo que aquellos carecían. Se produjo así un relevo en el espacio de la disidencia, que pasó de estar fragmentado en corrientes ideológicas a la unidad de acción que potenciaba la estrategia frentista. Con esta base, el FLP se convirtió desde 1959 en el principal competidor del PCE, agrupando un amplio espectro de tendencias que irían desde el socialismo marxista hasta el comunismo antiestalinista, transformando el ámbito de la oposición revolucionaria a la dictadura en un campo pluriorganizacional[11].

En la década de 1960, este campo se fue poco a poco diversificando, con la aparición de nuevas fuerzas, producto de escisiones en el PCE y en el FLP, y por efecto del creciente interés de sectores nacionalistas y católicos por el marxismo. La evolución social y económica de España en los años del desarrollismo y la apertura al exterior tuvo mucho que ver en este proceso, y de manera muy especial el nuevo ciclo de protesta que se inicia con el movimiento huelguístico de 1962.

En la escena internacional, el factor más influyente fue sin duda la ruptura del Partido Comunista de China (PCCh) con el PCUS. Este cisma, materializado en 1962[12], fue un efecto diferido de la gran conmoción que el viraje soviético de 1956 había supuesto para el hasta entonces disciplinado movimiento comunista internacional[13]. La corriente liderada por Mao Tse-tung y el PCCh, secundada por Enver Hoxha y el Partido del Trabajo de Albania (PTA), no dirigía sus invectivas contra el estalinismo, sino todo lo contrario, se proclamaba «marxista-leninista» y heredera legítima del legado de Stalin frente al «revisionismo» de Jruschov. Aunque en las antípodas de la nueva izquierda, compartía sin embargo con ella la crítica al modelo soviético, al que los líderes chinos y albaneses consideraban también burocrático y autoritario, y la caracterización de la URSS como una potencia social-imperialista, equiparable a los Estados Unidos por su papel en la escena internacional.

Esta nueva disidencia dio lugar a pequeños grupos que intentaron sin éxito influir en las organizaciones del PCE en el exilio. Con el fin de recuperar una identidad comunista que asociaban a Stalin y a la III Internacional, entre octubre y diciembre de 1964 varios de ellos se unificaron en el Partido Comunista de España (marxista-leninista) [PCE(m-l)], el primer referente –aunque bicéfalo– de la tendencia prochina en el conjunto de España[14]. Sin embargo, el partido no logró aprovechar esta ventaja coyuntural y, desde el mismo momento de su fundación, se vio desangrado por luchas internas y constantes escisiones que

pugnaban por encarnar la mayor pureza ideológica[15]. Asimismo, tardaron en introducirse en el interior del país, y para cuando lo hicieron ya habían comenzado a emerger otros grupos más apegados al terreno que aplicaban la «línea de masas» y difundían las entonces novedosas consignas de la Revolución Cultural.

Casi coincidiendo con la fundación del PCE(m-l), en diciembre de 1964 surgió en Barcelona un pequeño núcleo del Partido Obrero Revolucionario (trotskista) [POR(t)]. Estaba adscrito a una escisión liderada por el dirigente argentino Homero Cristali (J. Posadas), que había roto en 1962 con el Secretariado de la IV Internacional, y fue el primer grupo trotskista con presencia en España desde 1948. Aunque desconectado de la tradición de los «bolcheviques-leninistas» españoles, logró instalarse en ámbitos universitarios de Madrid y Barcelona, donde se disputará con el PCE(m-l) el control de la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE) desde mediados de 1967[16].

En diciembre de 1964 se produjo también la primera escisión relevante en el FLP, que afectó a su Federación Exterior, creada en 1962. El motivo de la ruptura fue la línea «gradualista» que, desde su reorganización en 1963, había impulsado la nueva dirección del Frente, partidaria de luchar por la democracia y por las libertades básicas, influida por la crítica de André Gorz al neocapitalismo[17]. A diferencia del PCE, el FLP no pretendía establecer compromisos estables con las fuerzas de la burguesía, sino desarrollar una estrategia para derrocar el capitalismo moderno en las condiciones de los años sesenta. No obstante, esta supuesta «moderación» del FLP, provocó el acercamiento de la Federación Exterior a las Juventudes Socialistas Revolucionarias (JSR), ligadas al POUM en el exilio, con el fin de alumbrar un nuevo partido que retomase el legado «marxista revolucionario», tomando como referentes principales a Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo. Expulsado del FLP, el grupo comenzó a editar la revista Acción Comunista (AC) en enero de 1965, dirigida por Carlos Semprún e influida por la nueva izquierda anglosajona. Pocos meses después, AC se transformó en partido, integrando a miembros de las JSR, de la Federación Exterior del FLP y también a algunos exmilitantes del PCE[18].

Fruto de todo ello, mediada la década de 1960, el comunismo disidente mostraba ya la estructura que iba a consolidarse en las dos décadas siguientes: marxistas-leninistas, trotskistas, marxistas revolucionarios e izquierda comunista, con una cesura que delimitaba a las formaciones estatales, todavía con escasa presencia

en el interior del país, de las que estaban surgiendo en las nacionalidades históricas. La moderación del FLP y el alejamiento de facto del PCE respecto al marxismo-leninismo habían hecho posible que estas corrientes se apropiaran del discurso revolucionario. 1964 fue, como se ha visto, el año clave en esta reconfiguración, en la que no ocupó un lugar secundario la crisis interna del PCE que se saldó con la expulsión del partido, en noviembre, de Fernando Claudín y Jorge Semprún, cuyas posiciones, en cierto modo convergentes con las de André Gorz[19], no solo influyeron de forma indirecta en la reorientación del FLP, sino que lo harán en algunas de las nuevas escisiones que sufrirá el PCE en 1968.

Esta división del campo de la disidencia comunista adquiere una mayor complejidad por la existencia de un eje transversal que provoca la competencia entre organizaciones de la misma corriente. Este eje es el nacionalismo, marcador identitario fruto de la tradición histórica y de la peculiar estructura socioeconómica del Estado español. Como marco delimitador no afecta solo a los comunistas, sino prácticamente a toda la oposición, que reconocía la existencia en España de una cuestión nacional no resuelta, exacerbada por la represión que ejerce la dictadura. En el caso que nos ocupa, la coyuntura de 1956, marcada también por el inicio de la descolonización, estimuló la creación de partidos y frentes de «liberación nacional» en algunos territorios del Estado español[20].

El más destacado de todos ellos es Euskadi Ta Askatasuna (ETA, País Vasco y Libertad). Creada por el grupo Ekin (Acometer), expulsado en 1958 del Partido Nacionalista Vasco (PNV), defendía la «acción directa» para impulsar un movimiento de liberación nacional vasco. No obstante, desde su fundación, en ETA coexistieron dos formas de entender la «liberación nacional»: la nacionalista o abertzale (patriota), centrada en la independencia, y la revolucionaria socialista, inspirada por el marxismo y por las guerrillas tercermundistas. A raíz de las huelgas de mayo de 1962, en ETA va a imponerse esta segunda línea, que llegará a hacerse con la dirección en septiembre de 1965.

Ese mismo mes ingresa en ETA un grupo de jóvenes universitarios de procedencia católica y obreros radicalizados de San Sebastián, que ven en ella el principal referente de la oposición antifranquista en el País Vasco[21]. Instalados en la Oficina Política (dirección en el interior), introdujeron en la organización las ideas de la nueva izquierda, marxista y obrerista, pero en la V Asamblea de ETA, celebrada en diciembre de 1966, son expulsados por la mayoría nacionalista. Algunos, las llamadas «células rojas», se agruparon en torno a la

revista Saioak, pero la mayor parte constituyó en 1967 ETA Berri (Nueva ETA), que combinaba la identidad originaria, reflejada en su denominación, con el leninismo y el influjo coetáneo de la revolución cubana.

En el mismo contexto se fundó en Galicia, en 1964, un partido nacionalista revolucionario, la Unión do Povo Galego (UPG), de ideología marxista-leninista y prochino, como el PCE(m-l), pero alejado de él por la defensa de la liberación nacional de Galicia[22]. Inicialmente minoritario, su influencia no será relevante hasta la década de los setenta. El movimiento de 1968 estimulará también la creación de grupos similares, que ensamblan la lucha por el socialismo con la reivindicación nacionalista, en Cataluña y otras comunidades.

ECLOSIÓN DEL CAMPO DISIDENTE DESDE 1968

En efecto, la coyuntura de 1968 alteró sustancialmente el cuadro que hemos descrito, inaugurando un ciclo que ampliará y diversificará el campo de la disidencia comunista. El «terremoto» de 1968 tuvo diferentes epicentros y provocó enconados debates en el ámbito de la izquierda, desbordada en buena medida por los acontecimientos. De todos los «sesentayochos»[23], los que más influencia tuvieron en el imaginario colectivo son, sin duda, el Mayo francés y la Primavera de Praga. Pero, aunque en apariencia distante, la Revolución Cultural china, iniciada en 1966, puede inscribirse también en esta misma onda, pues comparte rasgos esenciales, como el protagonismo de jóvenes y estudiantes, la exaltación de las pasiones, el radicalismo revolucionario, la iconoclastia, la rebelión contra la autoridad del partido o la mitificación de la violencia[24]. Y cabría añadir el caso de Italia, donde la protesta evolucionará hacia la «autonomía obrera» y la acción directa, inaugurando un decenio, conocido como los «años de plomo», marcado por la práctica de la lucha armada.

La crisis de 1968 posee un carácter global por el hecho de que se manifiesta, casi simultáneamente, en los tres grandes centros del sistema mundial: el Occidente capitalista, el bloque socialista regido por la Unión Soviética y el emergente Tercer Mundo al que la China de Mao pretendía representar. Obviamente, en cada uno de estos «mundos», la contestación adquirió perfiles específicos. No existió un programa común, ni una ideología que permita etiquetar el fenómeno,

más allá de su proclamado carácter revolucionario y su impacto en el campo de la disidencia comunista. En Occidente, la protesta señaló las lacras de la sociedad de consumo capitalista; en el Este de Europa el movimiento apuntó contra la burocracia y la falta de libertad de los regímenes socialistas, y en China la movilización fue impulsada por el propio Mao para erradicar las tradiciones burguesas de la sociedad china y combatir al «revisionismo» en el seno del partido comunista.

En 1968 la sociedad española ya no era la de 1956. Había sufrido una rápida transformación por efecto del crecimiento industrial y urbano, el acceso a la universidad de las clases medias y la intensificación de los contactos con el exterior por la vía de la emigración y el turismo. Todo ello había generado fuertes desequilibrios sociales y territoriales, pero también la expectativa de que los cambios eran posibles, incluso en la esfera política. La dictadura franquista no pudo evitar que, como en Portugal o en Grecia, sectores activos, aunque minoritarios, formados por sindicalistas, católicos, universitarios y nacionalistas, intentaran replicar en España el movimiento del 68. Pero, las condiciones de aislamiento y falta de libertad limitaron mucho la extensión y el impacto de las protestas, focalizadas principalmente en las universidades, los grandes centros industriales y los barrios obreros. La intensidad con que fueron reprimidas provocó la implosión de las Organizaciones Frente, ya muy debilitadas por la agudización de sus contradicciones internas.

Pero la desintegración del FLP no hizo desaparecer el proyecto revolucionario, sino todo lo contrario, dio a luz una constelación de partidos que, con orientaciones ideológicas más definidas, pugnarían por ocupar el campo disidente. En los tradicionales focos del antifranquismo –Cataluña, Madrid, País Vasco, Valencia y el exilio europeo– surgieron organizaciones que encarnaban las variadas experiencias del Mayo francés, la Revolución Cultural, el movimiento autónomo o la autogestión yugoslava, impulsadas todas ellas por una nueva coyuntura histórica caracterizada por la descolonización, el agotamiento del ciclo expansivo iniciado en 1945 y la fractura del sistema bipolar provocada por la aparición de nuevos actores internacionales. Todo ello acarreará una profunda reconfiguración del campo disidente, cuya ampliación en los distintos marcos espaciales (exilio, Estado y territorios históricos) amenazará por primera vez la inveterada hegemonía del PCE en la oposición al franquismo.

El PCE afrontó esta coyuntura de forma coherente con lo que había sido su evolución desde 1956, lo que no hizo sino estimular la disidencia[25]. En el VII

Congreso, celebrado en París en agosto de 1965, había revalidado la estrategia de la revolución democrática, plasmada en 1967 en la «alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura». El desafío del 68 no modificó su rumbo y en agosto de 1972 el VIII Congreso presentó el «pacto para la libertad» como la «vía española al socialismo», evocando las consignas de la Unidad Popular chilena[26]. Ni el rápido derrocamiento de Allende ni la creciente contestación interna alteraron la posición del partido en defensa de la «democracia política y social»[27]. Esta evolución ideológica acabó en el IX Congreso, celebrado en abril de 1978, con el abandono del leninismo y la adopción del eurocomunismo bajo la fórmula, ciertamente confusa en este caso, del «marxismo revolucionario»[28].

Esta conjunción de factores objetivos y subjetivos explica el rápido progreso de la llamada «izquierda revolucionaria», híbrido del maoísmo y la nueva izquierda. La parcelación del campo disidente previa a 1968 se volvió, en solo una década, más compleja, integrando a marxistas-leninistas prochinos, proalbaneses y prosoviéticos, trotskistas de diferentes familias, marxistas revolucionarios y comunistas de izquierda, algunos de ellos en tránsito hacia la autonomía obrera, pero ahora con dos ejes transversales, el territorial, ya mencionado, y el estratégico, vinculado a la práctica de la lucha armada. Veamos cómo se produjo en tan poco tiempo esta auténtica mitosis del campo disidente.

LAS CORRIENTES DEL MARXISMO-LENINISMO

En esta parcela se dará la mayor proliferación de organizaciones y se evidenciarán también con mayor claridad los tres ejes delimitadores que fragmentan el espacio de la disidencia comunista: la ideología, el territorio y el empleo de la violencia. La obra de Lenin y el acervo íntegro de la III Internacional aportan el marco maestro en que se van a mover todos los grupos marxistas-leninistas, que aspiran a dirigir a la clase obrera en su misión histórica: el derrocamiento revolucionario del capitalismo y la edificación de la sociedad sin clases. Los marcos específicos estarán delimitados por la defensa de los «modelos» soviético, chino y albanés, lo que introduce una dinámica interna fuertemente competitiva, rayana a veces en el bloqueo.

La tendencia prosoviética es objeto de otro capítulo, por lo que quedará fuera de

nuestro análisis[29]. Nos centraremos, por tanto, en las corrientes «ultraortodoxas» que condenan el «revisionismo» del PCUS después de 1956[30]. En 1964 habían surgido dos focos muy alejados: el PCE(m-l), en el exterior, y la UPG, circunscrita al territorio gallego. El rasgo común de este primer maoísmo fue su apuesta estratégica por la lucha armada, siguiendo las enseñanzas de Mao Tse-tung sobre la «guerra popular» contra el imperialismo, según las cuales la violencia era un derecho legítimo de los pueblos para liberarse de la opresión[31].

El PCE(m-l) había quedado prácticamente desmantelado tras la detención a comienzos de 1966 de Paulino García Moya (Valera), su responsable en el interior[32]. Liderado desde el exterior por Benita Ganuza (Elena Odena) y Julio Manuel Fernández (Raúl Marco), logró recomponerse en 1969, pero la ayuda de China dejó de llegar en agosto de 1970, coincidiendo con el acercamiento de ese país a los Estados Unidos para facilitar su ingreso en la ONU, lo que sucedió en 1971, y la mejora en las relaciones del PCCh con el PCE. Albania pasó a ser el principal referente del PCE(m-l), que apoyaría sin fisuras desde mediados de los setenta las posiciones estalinistas de Enver Hoxha y las críticas del PTA al «revisionismo» maoísta.

Ante la hipótesis de una transición reformista que asegurase la continuidad del sistema, el partido se decantó en 1971 por la lucha armada, promoviendo el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP), constituido en noviembre de 1973. Su programa de lucha contra la dictadura franquista y el imperialismo yanqui, en pos de la democracia popular, pretendía contrarrestar el de la Junta Democrática, promovida por el PCE[33].

En el verano de 1975 sus comandos perpetraron varios atentados en Madrid, Barcelona y Valencia, a los que siguió una fuerte represión, con cinco ejecuciones, tres miembros del FRAP y dos de ETA, el 27 de septiembre de 1975. Tras esto, la organización se refugió en el exterior. En 1976 renunció a la lucha armada y lanzó la Convención Republicana de los Pueblos de España (CRPE), alternativa a la plataforma de la oposición moderada, Coordinación Democrática. El PCE(m-l) fue legalizado en 1981, pero no logró arraigo y acabó disolviéndose en 1992.

La estrategia de la violencia fue adoptada también por otras fuerzas nacidas en el exilio. En diciembre de 1964 un pequeño grupo liderado por Marcelino Fernández (Suré) se había escindido del PCE(m-l), adoptando las mismas siglas.

Durante cuatro años este otro PCE(m-l) pugnó por ser el referente del maoísmo español. En septiembre de 1968, al calor de las luchas anticoloniales, sus bases se unieron con grupos guevaristas del exilio para crear en Bruselas la Organización de Marxistas-Leninistas de España (OMLE)[34]. Presente en Francia, Bélgica y Suiza, hasta 1970 solo había logrado establecerse en Madrid y en Cádiz. Con la incorporación de la Organización Obreira, en 1972, llegó a Galicia, y más tarde, con el retorno de los emigrantes, se extendió por Cataluña, País Vasco, Andalucía y Levante. Para la OMLE, España era un país capitalista desarrollado, y no una colonia yanqui, semifeudal y atrasada, como afirmaba el PCE(m-l), por lo que la lucha debía tener por objetivo instaurar la dictadura del proletariado y no una democracia popular.

En 1971 asumió el liderazgo Manuel Pérez Martínez (Arenas), que inició la conversión de la OMLE en un partido centralizado de revolucionarios profesionales. El viraje hacia la lucha armada comenzó en junio de 1973 y, tras una intensa campaña de «bolchevización», se materializó en junio de 1975, con la conversión de la OMLE en Partido Comunista de España (reconstituido) [PCE(r)], con los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO) como su brazo armado. Las acciones armadas de los GRAPO comenzaron el uno de octubre, en represalia por los fusilamientos del 27 de septiembre[35]. Lograron realizar atentados de gran impacto, pero ya en los ochenta la presión policial y el aislamiento político acabaron por asfixiar a la organización, que subsistió en la marginalidad practicando atracos y secuestros[36].

La resonancia del 68 va a impulsar un «segundo maoísmo», influido por las consignas de la Revolución Cultural y con un nuevo método de trabajo, la «línea de masas». Los partidos de esta segunda hornada van a surgir en el interior, en los centros industriales y universitarios, nutriéndose de activistas procedente del comunismo oficial, el nacionalismo de izquierdas, el sindicalismo católico y, en menor medida, también de las Organizaciones Frente. El régimen, respondió decretando el estado de excepción el 24 de enero de 1969, que ya había sido impuesto en Guipúzcoa el 3 de agosto de 1968, tras el asesinato por parte de ETA de Melitón Manzanas, jefe de la Brigada Político-Social de Guipúzcoa. Esta decisión marcará el inicio de un periodo de alta conflictividad en el que las organizaciones maoístas canalizaran mayoritariamente el descontento.

El principal foco de la disidencia comunista fue, sin duda, Barcelona. Allí surgió en abril de 1967 el grupo Unidad, escindido del Partit Socialista Unificat de

Catalunya (PSUC)[37], que dio origen al Partido Comunista de España (internacional) [PCE(i)], fundado en Lieja en febrero de 1969. Cuando se constituyó, el PCE(i) ya se había extendido a Madrid, Asturias, Zaragoza y Sevilla. Sufrió continuas caídas y escisiones, dando lugar a un efímero PCE (internacionalista) y al PCE(i) Línea Proletaria[38]. Tras su primer Congreso, celebrado en abril de 1973, que otorgó el liderazgo a Eladio García Castro (Ramón Lobato), asumió la consigna maoísta de la «línea de masas» y se desmarcó claramente de la violencia. Ese mismo año ingresó en la Asamblea de Cataluña.

En febrero de 1975 el PCE(i) cambió su nombre por el de Partido del Trabajo de España (PTE), ya con presencia en todos los territorios, en los centros industriales y en los núcleos jornaleros de Andalucía, y fue admitido en la Junta Democrática[39]. Promovió frentes sectoriales, como la Asociación Democrática de la Mujer (ADM) y la Unión Democrática de Soldados (UDS), e impulsó la Confederación de Sindicatos Unitarios de Trabajadores (CSUT), escindida de CCOO en 1977. En abril de 1977 integró al Partido Comunista de Unificación (PCU), creado en julio de 1976 por la fusión de Lucha de Clases, procedente del FOC, y Larga Marcha hacia la Revolución Socialista, gestada en la Universidad de Zaragoza, a los que se había sumado en octubre Información Obreira, implantada en Galicia.

Concurrió como Frente Democrático de Izquierdas (FDI) a las elecciones de junio de 1977, salvo en Tenerife, donde integró Izquierda Canaria Unida con otros grupos maoístas, y en Cataluña, donde formó parte de la coalición Esquerra de Catalunya, que obtuvo un diputado[40]. Ya muy moderado, en 1978 pidió el voto afirmativo a la Constitución y, tras un nuevo revés electoral en 1979, se unificó con la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), dando lugar al Partido de los Trabajadores (PT). El nuevo partido, acuciado por las deudas y lastrado por las disputas internas, acabó desintegrándose en 1980[41]. El PTE fue, no obstante, la principal referencia de la corriente maoísta durante la Transición.

La Organización Comunista (Bandera Roja) [OC(BR)], creada en julio 1969, tuvo su origen en la Unión de Estudiantes Revolucionarios (UER), desgajada del grupo Unidad en 1968 al estar en desacuerdo con el «izquierdismo» del sector mayoritario que fundaría el PCE(i). Desde 1970 penetró en ámbitos universitarios, obreros y vecinales de Barcelona, incorporando a disidentes del PSUC y del FOC, como Jordi Solé Tura y Alfonso Carlos Comín. En 1972 logró

establecerse en Madrid, Sevilla, Málaga y Valencia, sumando también al colectivo Rebelión, escindido del PCE(m-l) en París. Reflejando este cambio, en 1973 pasó a denominarse Organización Comunista de España (Bandera Roja) [OCE(BR)], definiéndose ya como marxista-leninista, con las revoluciones rusa, china y vietnamita como modelos. Como el PCE(m-l) y el PCE(i), propugnaba la unidad popular para alcanzar la república democrática, pero a diferencia de estos, caracterizaba a España como un capitalismo desarrollado y no se consideraba el auténtico partido comunista, sino el embrión de un partido revolucionario todavía por construir.

El proyecto se vio lastrado por el retorno al PSUC de sus líderes intelectuales en Cataluña (Jordi Solé Tura, Jordi Borja y Alfonso Carlos Comín), en 1974[42], y por la escisión de la organización andaluza en 1975, una parte de la cual pasó al PCE y otra creó el Partido Comunista (Unidad Roja) [PC(UR)] en 1976. Aunque el sector obrero, liderado por Ignasi Faura (José Sierra) continuó en el partido, la OCE(BR) quedó muy debilitada. En las elecciones de 1977 pidió el boicot, al considerar que eran un instrumento del gran capital para perpetuar su dominación. También se opuso a la Constitución de 1978, defendiendo la abstención en el referéndum, y al ingreso de España en la CEE y en la OTAN. Pero los malos resultados electorales y la falta de aliados llevaron a la OCE(BR) a acercarse al PCE, donde acabó (re)integrándose en 1989.

En el País Vasco, ETA Berri se transformó en Komunistak (Comunistas) en agosto de 1969, iniciando una rápida evolución hacia el marxismo-leninismo, a la que apuntan ya sus loas a la Revolución Cultural Proletaria, con motivo del IX Congreso del PCCh[43]. En 1971, sumó una parte de Saioak («células rojas»), también expulsada de ETA, y pasó a denominarse Euskadido Mugimendu Komunista (EMK, Movimiento Comunista Vasco), con una línea maoísta y tercermundista que justificaba la lucha armada[44]. Se constituyó como Movimiento Comunista de España (MCE) en enero de 1972, tras la fusión con la Organización Comunista de Zaragoza (OCZ), procedente del FLP. Entre 1972 y 1976 se integraron grupos afines de otros territorios, como la valenciana Unificación Comunista (UC), la Federación de Comunistas (FECO), con presencia en Madrid y Galicia, y pequeños núcleos de Asturias y Mallorca. Los sectores de UC y FECO que no aceptaron la integración constituyeron Unificación Comunista de España (UCE) en 1975.

El MCE defendía una república popular y democrática que diera el poder a las clases populares y reconociera el derecho a la autodeterminación[45]. En sus

primeros tiempos compartió la idea de que España era una colonia yanqui, que luego abandonó. La apertura de oportunidades que se genera tras la muerte de Franco lo llevó a integrarse en la Plataforma de Convergencia Democrática (PCD), impulsada por el PSOE en 1975, y más tarde en Coordinación Democrática, aceptando la ruptura, pero sin apartarse todavía del maoísmo[46]. En 1976 eliminó la «E» de sus siglas. En las elecciones de 1977 formó parte en el País Vasco de la coalición Euskadiko Ezkerra, que obtuvo un diputado[47]. Hizo campaña contra la Constitución de 1978, pidiendo la abstención, y en febrero de 1979 integró a la Organización de Izquierda Comunista (OIC). Durante los años ochenta, el MC evolucionó hacia un marxismo ecléctico y se centró en los movimientos sociales, convergiendo con la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), con la que se unificó en noviembre de 1991. El nuevo partido, Izquierda Alternativa (IA), se disolvió en 1993 y el sector exMC se reorientó hacia al trabajo asociativo.

La onda del 68 alcanzó también al sindicato católico Acción Sindical de Trabajadores (AST)[48], que ya en 1966 se había declarado «anticapitalista y revolucionario»[49]. En el verano de 1969 acordó en Aranjuez su transformación en partido, adoptando la denominación de Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) en enero de 1970. Durante un tiempo, en su seno coexistieron tres corrientes: una, sindicalista, depositaria del legado de AST; otra, filotrotskista, formada por exmilitantes del FLP, que pronto desapareció, y otra comunista, nutrida por exmilitantes del PCE y estudiantes marxistas-leninistas, que acabó imponiéndose en el verano de 1971. Bajo el liderazgo de José Sanroma (Intxausti), la adscripción al maoísmo se hizo oficial a finales de 1972[50]. Desde Madrid, se extendió a Navarra, y luego a Huelva, Badajoz, La Rioja y Cantabria. Entre diciembre de 1972 y noviembre de 1974 mantuvo contactos con el MCE, pero acabaron sin acuerdo.

Al igual que otros grupos maoístas, defendían la república democrática como etapa de transición a la dictadura del proletariado, y asumían la violencia revolucionaria de masas, pero condenaban el terrorismo individual. Trabajaban en Comisiones Obreras (CCOO), considerando que no debía ser un sindicato más, sino el Frente Único del proletariado que garantizara a la clase obrera el papel dirigente en el proceso revolucionario. Como el MCE, la ORT moderó su línea política y se adhirió en 1974 a la ruptura democrática, incorporándose en 1975 a la PCD y en 1976 a Coordinación Democrática. En 1977, tras la conversión de CCOO en central sindical, promovió la creación del Sindicato Unitario (SU) y concurrió sin éxito a las elecciones generales de junio como

Agrupación Electoral de Trabajadores (AET). Al igual que el PTE, apoyó la Constitución de 1978 para consolidar la democracia, lo que condujo a la efímera fusión con el PTE a la efímera fusión de ambas organizaciones. Su líder, José Sanroma, y otros cuadros pasaron a colaborar con el PSOE tras las elecciones de 1982.

También en Madrid tuvo su origen la organización comunista Octubre, fundada en 1970 por activistas de la FUDE críticos con el «revisionismo» del PCE. Entre sus exdirigentes están José Manuel Roca y Manuel Herranz. Sus referentes eran la Revolución Cultural y el pensamiento de Mao Tse-tung, pero marcaban distancias con el PCE (m-l), rechazando su estrategia de guerra popular y la idea de que España fuera una colonia yanqui. Afirmaban, como el resto de grupos maoístas, que la URSS era un capitalismo de Estado, pero incorporaban elementos heterodoxos, como la crítica a la Segunda República y la defensa de la revolución socialista sin etapas intermedias[51]. Como la OMLE, Octubre rechazaba la democracia popular[52] y los pactos interclasistas, por lo que desde 1975 impulsaron la creación de Comités Obreros.

En 1976 se constituyó la Coordinadora de Comités Obreros y en marzo de 1977 Octubre adoptó el nombre de Unión de Marxistas-Leninistas (UM-L), integrando en al PC(UR), procedente de OC(BR), en septiembre de 1978. En 1979 el partido se fusiona con los Comités Obreros, dando lugar a la Unión Comunista-Comités Obreros (UCCO), promotora del sindicato asambleario Plataformas de Lucha Obrera (PLA). Para la UM-L el régimen de Franco era una «dictadura terrorista de la burguesía» y denunciaban que la transición era solo un cambio en la forma de dominación burguesa, por lo que no participaron en los procesos electorales y rechazaron la Constitución de 1978. En la esfera internacional, criticaron las reformas «burguesas» de Deng Xiaoping y fueron alejándose gradualmente de China, aunque sin cuestionar el aporte de Mao Tse-tung al marxismo-leninismo. Una vez consolidado el sistema democrático en España decaerán hasta disolverse en 1983.

El caso de Força Socialista Federal (FSF) es paradigmático de la deriva izquierdista que vivieron algunos de estos grupos. Nacido en 1964, procedente de Comunitat Catalana (CC), de inspiración socialista y católica, promovió con el FOC las Comisiones de Estudiantes Socialistas (CES). Pero, a finales de 1967, la radicalización de la FSF, promovida por Universitat Popular (UP), su sector universitario, hizo que el FOC se desvinculara. En el verano de 1968, UP y las CES se transformaron en Comités de Huelga Estudiantiles (CHE) y se crearon

los Comités de Huelga Obreros (CHO). Sobre esta base, la FSF adoptó el nombre de Partido Comunista Revolucionario (PCR), con una línea maoespontaneísta[53] que conjugaba influencias del Mayo francés y la Revolución Cultural. En el verano de 1970, una parte abandonó el partido y el grupo restante, más radical y obrerista, se reconstruyó como Partido Comunista Proletario (PCP), organizando acciones violentas en la Universidad de Barcelona hasta su disolución en marzo de 1971, desarticulado por la policía[54].

EL RETORNO DEL TROTSKISMO

Desde 1968 van a multiplicarse las organizaciones que reclaman la identidad trotskista, pero, a diferencia de los grupos maoístas, su militancia será mucho más reducida, al igual que su influencia social y su implantación en el territorio, focalizada en centros industriales y universitarios. Su marco maestro integraba el legado bolchevique leninista, desarrollado de forma autónoma por Trotsky en el programa de transición y la teoría de la revolución permanente. Defendían la experiencia revolucionaria de 1917 y la obra de la III Internacional en sus cuatro primeros congresos (1919-1922), condenando su evolución posterior. Los marcos específicos vienen delimitados por las distintas tendencias que compiten dentro y fuera de la IV Internacional.

Como vimos, en España el trotskismo había desparecido desde que en 1948 el GCI se desvinculó de la IV Internacional. Una década después reapareció con perfiles poco definidos en el seno del FLP, pero no cobró entidad propia hasta la coyuntura de 1968, por el efecto combinado de la implosión de las Organizaciones Frente, la acción de la IV Internacional (fragmentada en dos agrupaciones desde 1953), y la llegada de la onda expansiva del Mayo francés, que trasladó a España el influjo de la Ligue Communiste. De todos estos catalizadores, el más poderoso y permanente fue la IV Internacional, a cuya accidentada evolución estará unida la historia reciente del trotskismo español.

Como reflejo directo de las divisiones de la IV Internacional proliferaron en España organizaciones vinculadas al Secretariado Unificado (SUCI) y a las diferentes estructuras emergidas del Comité Internacional (CICI). El CICI había sido creado en 1953 por los trostkistas «ortodoxos», al romper con el

Secretariado Internacional, liderado por Michel Pablo, acusándolo de contemporizar con la burocracia soviética tras la muerte de Stalin y de apoyar las luchas anticoloniales interclasistas; en 1971 se fragmentó en distintas organizaciones. El SUCI, liderado por Ernest Mandel, surgió en 1963 integrando a la mayoría del Secretariado Internacional y sectores del CICI. Menor y más tardía influencia tuvieron las ramas independientes del trotskismo, principalmente francesas y anglosajonas, que no reclamaban la herencia de la IV Internacional.

Como se ha dicho, el sector posadista escindido del Secretariado Internacional, contrario a la unificación con el CICI, había logrado establecer en Barcelona un núcleo del POR(t) en 1964. Todavía activo en 1971, participó en la fundación de la Asamblea de Cataluña, pero acabó desapareciendo[55]. Por ello, cabe afirmar que la eclosión del trotskismo después de 1968 tiene su origen en el FLP y más concretamente en el grupo Comunismo, escindido del FOC en 1969, tras la dura represión del movimiento estudiantil de 1968 en Barcelona. En 1971 se dividió por el desacuerdo en la adscripción internacional. El sector mayoritario fundó la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), próxima al SUCI, y el minoritario, creó la Fracción Trotskista (FT), vinculada al CICI. En 1972 surgieron dos tendencias en la LCR. La primera, mayoritaria, se adhirió a la corriente mandelista del SUCI, mientras que la segunda creó en 1973 la Liga Comunista (LC), más radical, adscrita a la Tendencia Lenin Trotsky (TLT), inspirada por Nahuel Moreno y el Socialist Workers Party de Estados Unidos. En 1973, la LCR se unificó con ETA(VI), que agrupaba al sector trotskista («mayos»), mayoritario en la VI Asamblea de ETA, dando lugar a LCR-ETA(VI). El partido unificado se consolidó integrando a otros grupos trotskistas[56]. En 1976 retomó el nombre de LCR, salvo en el País Vasco, donde se constituyó la Liga Komunista Iraultzailea (LKI).

En la Transición, la LCR rechazó las alianzas con la burguesía promovidas por el PCE y el PSOE y promovió el Frente Único de los trabajadores para avanzar hacia el socialismo[57]. En las elecciones de 1977, la LC propugnó el boicot, mientras que la LCR impulsó el Frente por la Unidad de los Trabajadores (FUT), formando coalición con AC, la OIC y el POUM. La mayor parte de LC retornó a la LCR en 1978. El partido reunificado hizo campaña contra la Constitución, pero los malos resultados electorales y la pérdida de militantes lo llevaron a centrarse en CCOO, donde creó con el MC la Corriente de Izquierda Sindical, y en los movimientos sociales (feminista, estudiantil y pacifista), con especial dedicación a la campaña por la salida de España de la OTAN en 1986. En 1991,

como se ha visto, la LCR y el MC se unificaron. IA, que se desligó de la IV Internacional, solo duró dos años.

La FT, por su parte, se vio afectada pronto por las disensiones en el CICI. En 1973, tras la escisión de Pierre Lambert, que en 1972 había creado el Comité de Organización para la Reconstrucción de la IV Internacional (CORCI), se separó la Organización Trotskista (OT). El resto de la FT se mantuvo unido al CICI, liderado por Gerry Healy, fundando ese mismo año la Liga Obrera Comunista (LOC). La OT se vio afectada por la división entre los dos líderes del CORCI, Pierre Lambert y Michel Varga, que se saldó con la salida de este último y la creación de la Liga Internacional de Reconstrucción de la IV Internacional (LIRCI). La OT se decantó por la LIRCI, y en 1974 se transformó en Partido Obrero Revolucionario de España (PORE). El nuevo partido, liderado por Arturo Van den Eynde (Aníbal Ramos), se movilizó sin éxito por la huelga general revolucionaria en 1976 y en 1977 propugnó el boicot a las elecciones[58]. No fue legalizado hasta 1983. En 1984 rompió con Varga y fomentó la unión de la LIRCI y la Corriente Internacional Revolucionaria (CIR) en la Unidad Internacional de los Trabajadores-Cuarta Internacional (UIT-CI). En 1992, con presencia casi limitada a Cataluña, el PORE eliminó la «E» de sus siglas[59].

Con la integración de la OT en la LIRCI, el lambertismo desapareció de España hasta que en 1976 un sector de la LC constituyó la Organización Cuarta Internacional (OCI), sección española del CORCI. En 1977 se le sumaron disidentes del PORE y, en 1978, un sector de la LC opuesto a la unificación con LCR. En 1980 la OCI convergió con la Coordinadora Obrera de Agrupaciones Socialistas (COAS), formada por marxistas expulsados del PSOE en 1979, y con trotskistas del POUM, dando lugar al Partido Obrero Socialista Internacionalista (POSI), al que se sumaron fracciones disidentes de la LC y la LCR. En 1982 el POSI apoyó la transformación del CORCI en la Cuarta Internacional-Centro Internacional de Reconstrucción (IV-CIR). Desde finales de los ochenta moderó sus posiciones, trabajando en UGT y adherido al Acuerdo Internacional de los Trabajadores y de los Pueblos (AIT), creado por Lambert en 1991.

La corriente morenista, partidaria de las tesis de Nahuel Moreno, tuvo su origen en España en la Tendencia Socialista Revolucionaria de la LC, que en 1976 abandonó el partido y creó la Liga Socialista Revolucionaria (LSR). En 1977 la LSR se dividió en dos grupos, el mayoritario se integró en el PSOE como tendencia y el otro se sumó a la LCR. En 1979 el primero abandonó el PSOE y se incorporó también a la LCR. Pero en noviembre, tras la ruptura de Moreno

con el SUCI, los morenistas dejaron la LCR y crearon su propia organización, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), adherido a la Fracción Bolchevique (FB) de Moreno[60]. En 1981, la convergencia entre Moreno y Lambert hizo que PST y POSI iniciaran contactos para una posible unidad, abortada meses después por la ruptura entre ambas tendencias internacionales. En 1982, el PST se adhirió a la Liga Internacional de los Trabajadores-Cuarta Internacional (LIT-CI) constituida por Moreno a partir de la FB. El PST se dividió en 1993. El grupo mayoritario, Contra Corriente, abandonó el trotskismo y se volcó en los movimientos sociales, y la corriente minoritaria, La Verdad Socialista, se unió con disidentes del POSI, dando lugar en 1994 al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)[61].

Del resto de las corrientes trotskistas, la del británico Ted Grant, The Militant, integrada desde 1974 en el Comité por una Internacional Obrera (CIO), liderado por Allan Woods, es la única que tuvo cierta presencia en España. Se introdujo en 1976 en las Juventudes Socialistas, controlando el periódico Nuevo Claridad. Fueron expulsados del PSOE y de la UGT en 1978, constituyéndose como Jóvenes por el Socialismo (JPS). En 1986 fundaron el Sindicato de Estudiantes, pero en los noventa las divisiones del CIO dinamitaron la organización española, que se fragmentó en múltiples pequeños grupos.

LA IMPOSIBLE UNIDAD DE LOS MARXISTAS REVOLUCIONARIOS

Aunque históricamente el concepto de marxismo revolucionario define a todas las corrientes que reivindican el carácter revolucionario de la obra de Marx y Engels, en términos políticos fue usado desde 1919, en contraposición con el comunismo leninista y asociado a la crítica de Rosa Luxemburgo. En los años treinta, se utilizó en sentido lato, como sinónimo de antiestalinismo, definiendo a partidos de amplio espectro ideológico defensores de la democracia obrera frente a la dictadura del partido.

En España, en 1969, tras la implosión del FLP, surgieron grupos que integraban a luxemburguistas, consejistas y filotrotskistas bajo el paraguas del marxismo revolucionario. Todos rechazaban el reformismo, las alianzas interclasistas y las que consideraban formas autoritarias y burocráticas tanto del PCE como del

marxismo-leninismo. Defendían la democracia directa y el poder de los consejos obreros. Pero había diferencias entre ellos, pues los consejistas, influidos por Rosa Luxemburgo y el comunismo de izquierda, negaban al partido el papel dirigente en la revolución, que debía ser obra de la propia clase obrera, frente a los trotskistas, que defendían la concepción leninista del partido de vanguardia[62].

El marxismo revolucionario intentó integrar las experiencias del exilio, de la mano del POUM y de las nuevas formaciones surgidas del FLP y del FOC, como AC y la OICE. Durante la dictadura el POUM casi había desaparecido y su dirección en el exilio estaba dividida. A comienzos de los setenta intentó reconstruirse en el interior y en julio de 1973 logró establecer contacto con varias fuerzas de su entorno ideológico, entre ellas AC, para iniciar un proceso de «reagrupamiento de los marxistas revolucionarios» que dotara de entidad a la corriente. Sin embargo, pronto estalló el conflicto por la hegemonía entre el POUM y AC, lo que dejó en suspenso el proyecto.

En Cataluña, jóvenes socialistas intentaron en 1974 refundar el POUM como palanca para relanzar la izquierda revolucionaria. Paralelamente, tras la muerte de Franco, Enric Adroher (Gironella) y otros antiguos militantes poumistas, se integraron en el proceso de unidad socialista que en 1978 daría lugar al Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC). Wilebaldo Solano, por su parte, propugnaba un partido abierto desde la izquierda socialista al trotskismo, la ruptura democrática, un proceso constituyente y la autodeterminación de las nacionalidades[63], pero los jóvenes, opuestos a participar en las elecciones de 1977, se escindieron. El POUM concurrió a esos comicios en el FUT, tras lo cual intentó sin éxito, la unidad con AC y el Colectivo por la Unificación Marxista (CUM)[64]. Luego se volcó en la campaña por el voto negativo a la Constitución de 1978, pero en 1979, consciente de su debilidad, no participó ya en las elecciones y la militancia comenzó a transferirse a otros partidos.

Por lo que respecta a AC, fundada –como vimos– en 1965, en su ecléctico ideario coexistían influencias luxemburguistas, leninistas, trotskistas y del marxismo libertario, sin una adscripción definida a ninguna de ellas. Como había intentado el FLP con su estrategia frentista, aspiraban a construir una organización, en este caso un partido, que integrara a todos los marxistas revolucionarios, por lo que participó en varios intentos frustrados de unificación. En 1976 la dirección de AC se radicalizó, barajando incluso la lucha armada, por lo que una parte de la militancia, sobre todo en Cataluña, pasó al POUM.

Concurrió también a las elecciones de 1977 en la candidatura del FUT, tras lo cual intentó unificarse, como se ha visto, con el POUM y el CUM en 1978. Hizo campaña por la abstención en el referéndum constitucional y poco después se desintegró. El sector trotskista ingresó en la LCR, otros fueron al POUM y los marxistas libertarios a la CNT.

Un sector del FOC, escindido en mayo de 1969, tras la IV Conferencia, creó los Círculos de Formación de Cuadros (CFC), opuestos al control político que el PSUC y el FOC ejercían sobre CCOO. Defendían la autonomía obrera y rechazaban la tutela de los intelectuales y la idea del partido de vanguardia. Los CFC pretendían formar a los trabajadores de forma autónoma, al margen de los partidos, poniendo las bases para la creación de un auténtico partido obrero. Fomentaron por ello las Comisiones Obreras de Empresa (COE), no controladas por el PSUC, articuladas en Plataformas que debían elaborar la teoría revolucionaria a partir de las propias luchas obreras. El grupo estalló en 1970 cuando el sector mayoritario, liderado por Dídac Fábregas, propuso asumir el leninismo, constituyendo en 1971 los Círculos Obreros Comunistas (COC).

En 1974 los COC se unificaron con los Núcleos Obreros Comunistas (NOC), grupos afines surgidos en el País Vasco, dando lugar a la Organización de Izquierda Comunista de España (OICE)[65]. El nuevo partido potenció las Comisiones Obreras Anticapitalistas (COA) y las Plataformas Anticapitalistas, desde las que intentaron promover una Central Única de Trabajadores, democrática e independiente[66]. Desde 1976 la OICE evolucionó hacia un leninismo ecléctico que integraba referencias gramscianas y trotskistas, lo que no le impidió concurrir en el FUT a las elecciones de 1977. Meses después, al ser legalizada (ya sin la «E»), la OIC adoptó una estructura federal y se declaró marxista-leninista, lo que provocó la escisión del sector marxista revolucionario, el CUM, ya mencionado, que acabó disolviéndose. En 1978 la OIC acordó iniciar la fusión con el MC, lo que provocó la salida de Fábregas del partido. La integración se materializó en 1979.

LA IZQUIERDA COMUNISTA: DEL CONSEJISMO A LA AUTONOMÍA OBRERA

Las posiciones de la izquierda comunista germano-holandesa (Herman Gorter, Otto Rühle, Anton Pannekoek…), que constituyeron el núcleo de lo que se conoce como «izquierdismo»[67], no tuvieron presencia en España en el periodo de entreguerras. La primera organización que las asumió fue, como hemos visto, el GCI (luego FOR), tras su ruptura con el trotskismo. Pero el FOR no logró atraer a los sectores izquierdistas del FLP y del FOC. Mantuvo su núcleo en el exilio y tras, la muerte de su líder, Grandizo Munis (alias de Manuel Fernández-Grandizo), desapareció a finales de los ochenta. También en el exterior y con escasa incidencia, actuó el grupo consejista Acción Proletaria (AP), uno de los fundadores en 1975 de la Corriente Comunista Internacionalista, referente del comunismo de izquierdas.

En el interior, la desaparición de la izquierda comunista durante el franquismo provocó una fractura orgánica y generacional que impidió el relanzamiento de la corriente a partir de 1968. Su principal marcador identitario, la defensa del comunismo de los consejos, quedó difuminado por la retórica «consejista» empleada fuera de su contexto ideológico por las organizaciones trotskistas y marxistas revolucionarias. El consejismo pasó a integrar los programas de AC, el POUM y la OIC, pero desvinculado de la cosmovisión izquierdista, que rechazaba frontalmente el leninismo y el papel dirigente del partido en la revolución socialista. Del mismo modo fue usado por grupos autónomos, anarco-marxistas y próximos al comunismo libertario[68].

Esto explica la fragilidad de las organizaciones de la izquierda comunista que surgen a comienzos de los setenta, sus contradicciones y la deriva que las conduce hacia las posiciones asamblearias y antipartido de la autonomía obrera. Tal evolución evidencia la influencia del «movimiento autónomo» italiano. Como expresión tardía del 68, la autonomía obrera integraba aportes del situacionismo y el consejismo. No solo rechazaba la idea del partido de vanguardia, sino la propia existencia de partidos y sindicatos, reivindicando la acción directa y la autoorganización de la clase obrera, aproximándose así al movimiento libertario, del que se distinguían por la reivindicación del marxismo como teoría y método de análisis social.

El principal grupo de esta corriente fue la Unión Comunista de Liberación (UCL), fundada en 1971. Integró a sindicalistas católicos procedentes de los CFC que, como la OICE, habían impulsado las COE y las Plataformas; al sector continuista del FOC, encabezado por Toni Castells y Mercè Soler[69], ya a la corriente sindicalista de AST, liderada en Madrid por Ramón Fernández

Durán[70], que abandonó la ORT en el verano de 1971 cuando esta evolucionó hacia el maoísmo. Su programa muestra el influjo predominante del comunismo de consejos, si bien en un primer momento integró también referencias leninistas. Rechazaban el estalinismo y el trotskismo, como corrientes autoritarias, y aspiraban a unificar a la izquierda comunista, a cuya tradición revolucionaria, antiburocrática y antiautoritaria se sentían apegados. Para alcanzar estos fines, la UCL se definía como «vanguardia transitoria», cuya función sería empujar al movimiento obrero hacia la revolución, fomentando la unidad de acción anticapitalista y trabajando por la creación de un Partido revolucionario.

Además de la UCL surgieron otros grupos. Desde 1969 venía funcionando el Grupo Comunista Revolucionario (GCR), continuador del FOC y de orientación consejista, que integraba a militantes de Mataró y Barcelona[71]. A finales de 1970, exmilitantes del Partido Socialista Valencià liderados por el sociólogo Josep Vicent Marqués, crearon Germanía Socialista (GS), que se definía como organización comunista no autoritaria, con influencias anarquistas y ecologistas. En 1971 surgió Lucha Obrera (LO), escisión de Unión Sindical Obrera (USO) que había defendido su conversión en partido revolucionario, siguiendo el modelo de AST; LO contaba con presencia en la emigración (Alemania y Francia) y en algunos puntos del interior, como Asturias, Madrid, Valladolid, Valencia y, en menor medida, Vizcaya[72]. En octubre 1973, la Oposición Marxista, que había surgido de la convergencia de sectores izquierdistas de AC y del PSOE, adoptó el nombre de Organización Comunista (OC), con posiciones consejistas y asamblearias[73]. El mapa de la izquierda comunista se completó en 1975 con dos escisiones de Octubre: el Partido Marxista Proletario (PMP) e Insurrección. El PMP era un pequeño grupo focalizado en Madrid, influido por el luxemburguismo, al que se incorporaron algunos cuadros de Comisiones Obreras. Insurrección se definía como comunista revolucionario, con enfoques próximos a los de LO y la UCL, con la que mantenía estrechas relaciones a raíz de la huelga madrileña de comienzos de 1976.

Algunos de estos grupos participaron en el «reagrupamiento de los marxistas revolucionarios» impulsado por el POUM, antes aludido, y Lucha Obrera (LO), el grupo más afín. La UCL se sumó en junio de 1974, al igual que AC y su antigua «tendencia», OC. Las Comunas Revolucionarias de Acción Socialista (CRAS), grupo consejista focalizado en Asturias, expresaron su apoyo, aunque finalmente no se integraron. También solicitó participar el PMP, pero no fue admitido por su indefinición ideológica. El objetivo era fomentar la unidad de

acción por la base y extender la unidad de la «izquierda no burocrática» (lo que excluía al trotskismo) hacia todas las corrientes de izquierda comunista, señalando como meta la democracia obrera, un poder ejercido directamente por la clase obrera, sin la tutela o mediación del partido[74]. En 1975 y 1976 se sumaron el GCR e Insurrección. A estas alturas, el POUM y AC ya habían abandonado el proceso[75], que se fue orientando cada vez más hacia la autonomía obrera, reflejando el cansancio por lo que, a mediados del 1976, Insurrección consideraba «la individualista e ineficaz izquierda comunista»[76].

A finales de 1976 OC y la UCL se unificaron bajo las siglas de esta última, lo que actuó como un catalizador para el conjunto. Al fin, en marzo de 1977 las cinco organizaciones comprometidas en el proceso (GCR, UCL, LO, GS e Insurrección) constituyeron la Mesa de Unificación de la Izquierda Revolucionaria (MUIR), de la que nació en mayo el Movimiento de Liberación Comunista (MLC). No obstante, la nueva formación, que pretendía distanciarse del consejismo y el luxemburguismo defendido originariamente por los grupos fusionados, tendrá una vida corta. Tras una negociación frustrada para unificarse con Liberación[77], el principal referente organizado de la autonomía obrera, el MLC se extinguió a mediados de 1978[78]. Habría encarnado la reorientación de la izquierda comunista hacia la autonomía obrera, pero no logró sobrevivir a sus contradicciones. Las posiciones asamblearias y antipartido habían adquirido demasiado peso y eran incompatibles con mantener la entidad orgánica. Algunos exmilitantes optaron por los movimientos sociales, otros continuaron vinculados al movimiento autónomo desde otro tipo de plataformas[79] y muchos abandonaron la actividad.

LOS NACIONALISTAS RADICALES: LA TENTACIÓN DE LA LUCHA ARMADA

En las nacionalidades históricas la lucha armada combinó el nacionalismo y el ideal revolucionario. Ya hemos mencionado los orígenes de ETA a finales de los cincuenta. La lucha armada contra la dictadura franquista comenzó en 1968. En los años sesenta, ETA sufrió, como se ha visto, dos escisiones obreras –ETA Berri y ETA (VI)– que dieron origen a partidos marxistas, pero el sector mayoritario permaneció fiel al nacionalismo. En 1973 se dividió en dos ramas, la

militar (ETA-m) y el Frente Obrero. De esta segunda surgieron nuevas organizaciones marxistas, como Langile Abertzale Iraultzaileen Alderdia (LAIA, Partido Revolucionario de los Trabajadores Patriotas) y, poco después, ETA político-militar (ETA-pm), que en 1977 creó Euskal Iraultzarako Alderdia (EIA, Partido para la Revolución Vasca) para participar en las elecciones a través de Euskadiko Ezkerra (EE). En 1982 ETA-pm se disolvió e integró en EE. LAIA y otros grupos del nacionalismo de izquierda habían creado en 1976 la Koordinadora Abertzale Sozialista (KAS), cuyo programa político, la alternativa KAS, fue el origen de Herri Batasuna (HB, Unidad Popular). Creada en 1978, HB fue sin duda la principal fuerza del nacionalismo radical en España, con amplia representación parlamentaria, autonómica y municipal desde 1979. Desde 1998 promovió la unidad con otras fuerzas radicales vascas bajo diferentes fórmulas[80].

La influencia del comunismo disidente en los grupos vascos que optaron por la lucha armada se percibe ya en la opción de la III Asamblea de ETA (1964) por la guerra revolucionaria para combatir el «colonialismo» español. En la IV Asamblea (1965) se gestaron ETA Berri y las «células rojas» y, aunque de mayoría nacionalista, la V Asamblea (1967-1968) ratificó la estrategia de la guerra popular. La VI Asamblea (1970) vio renacer al maoísmo, en los llamados «minos», Barnuruntz y otros grupos. Ciertamente, sin el binomio nacionalismo-maoísmo sería imposible comprender la extensión de la violencia revolucionaria que se constata después del 68[81] .

En Cataluña, la referencia del nacionalismo revolucionario será el Partit Socialista d'Alliberament Nacional dels Països Catalans (PSAN), fundado en 1969 por sectores juveniles y universitarios procedentes del Front Nacional de Catalunya (FNC). Se definía como partido de clase, revolucionario, marxista y pancatalanista, un espacio que el PSUC, con el que colaboraban en acciones unitarias, no podía cubrir[82]. Sin ser maoísta, defendía la Revolución Cultural e integraba aportes estratégicos de Mao, como la revolución por etapas y la creación de frentes antimonopolistas. En 1973 el sector más radical se escindió, dando lugar en 1974 al PSAN-provisional, partidario de la lucha armada y aliado de ETA[83], que en 1979 se transformó en Independentistes dels Països Catalans (IPC). Otros disidentes del PSAN, junto con antiguos miembros del Exèrcit Popular Català (EPOCA) y del Front d'Alliberament de Catalunya (FAC), creado en 1969 y convertido al maoísmo en 1973, fundaron en 1978 Terra Lliure, la principal organización armada catalana[84]. En 1984, el PSAN e IPC promovieron el Moviment de Defensa de la Terra (MDT), que actuó como la

rama política de Terra Lliure hasta su disolución en 1991, concurriendo a las elecciones desde 1987 como Candidatura d' Unitat Popular (CUP).

En Galicia el grupo más importante fue la ya mencionada Unión do Povo Galego (UPG), de ideología marxista-leninista, pro-china y partidaria de la independencia[85]. Su expansión se debió a la acción de Estudantes Revolucionarios Galegos (ERGA), muy activa entre 1972 y 1988. Inicialmente tuvo relación con el PSAN-p, ETA-pm, IRA y grupos armados portugueses como la LUAR y las BR[86]. Sin embargo, en la Transición, terminó optando por la vía política, promoviendo la Asemblea Nacional-Popular Galega (AN-PG), con la que concurrió a las elecciones de 1977 como Bloque Nacional-Popular Galego (BN-PG), transformado en 1982 en Bloque Nacionalista Galego (BNG). La moderación del BNG provocó dos escisiones en la UPG en 1986: una dio lugar al Exército Guerrilheiro do Povo Galego Ceive (EGPGC), que actuó entre 1986 y 1991, respaldado por la Assembleia do Povo Unido (APU) como brazo político, y la otra al Partido Comunista de Liberación Nacional (PCLN), que poco después creó Frente Popular Galega (FPG), donde acabó disolviéndose en 1990.

CONCLUSIONES

La dinámica de la disidencia comunista en España en el medio siglo largo que abarca este estudio permite extraer algunas conclusiones. Por las características de este campo, fuertemente ideologizado, las influencias más destacadas son las derivadas de la interacción compleja entre las grandes familias del movimiento comunista: la liderada por la Unión Soviética, la IV Internacional y las tendencias «ultraortodoxas» encabezadas por el PCCh y el PTA, con menor incidencia de las corrientes internacionalistas del comunismo de izquierdas, cuyo nicho es ocupado a mediados de los setenta por la autonomía obrera. Estos condicionantes internacionales marcarán la agenda y definirán en cada momento el universo de posibles. Las organizaciones elaborarán sus estrategias y programas en función de los principios y de las tradiciones ideológicas de cada corriente, generando marcos específicos muy rígidos, rayanos en el dogmatismo, lo que provocará frecuentes conflictos identitarios en la militancia, que a menudo desembocan en desafecciones, rupturas, y enconadas luchas entre

grupos competidores, en un campo pluriorganizacional cada vez más poblado.

La capacidad de los dirigentes para alinear los marcos de las organizaciones de modo que respondan a las demandas de sus militantes y simpatizantes demostró ser mínima en todas las corrientes. La discrepancia se entendió demasiado a menudo como una quiebra de la disciplina y como una amenaza para la integridad del proyecto, por lo que debía ser rápida y duramente combatida. Un caso palmario es la campaña de «bolchevización» que llevó a cabo la OMLE desde el otoño de 1974 hasta junio de 1975 para evitar que se extendiera el contagio de la Revolución de los Claveles. Esta desconexión tendrá un efecto directo sobre los marcos de motivación, cada vez más identitarios e irracionales, en los que desempeñan un papel predominante los rituales de paso, el culto a la figura del líder y la autoafirmación sectaria.

Comparando esta dinámica con la de los partidos de la izquierda tradicional, el PCE y el PSOE, se observa cómo en estos prima la adaptación a la realidad y la elaboración de marcos de acción colectiva flexibles, teniendo en cuenta los condicionantes del mundo exterior[87]. La disidencia comunista opera de forma muy distinta, aferrada a la creencia de que determinados universos teóricos aportan claves infalibles para la transformación de la sociedad. Esta forma de actuar explica los debates abstractos que sobre la «revolución pendiente» (si democrática popular o socialista) se dieron entre los distintos grupos, llegando a constituir elementos centrales de su identidad, cuando en la mayoría de los casos los análisis de situación y las propuestas programáticas eran muy parecidos. Paralelamente, el discurso público, difundido por los medios de comunicación de masas, iba ganando terreno, configurando unos estereotipos y unas identidades colectivas cada vez más incompatibles con las consignas radicales[88].

Este fetichismo de la teoría no solo afectó a los marcos de diagnóstico, sino también a los de pronóstico, en los que se introdujo, sin que existieran las mínimas condiciones, la estrategia de la lucha armada, aplicando de forma mecánica las «enseñanzas» de las revoluciones tercermundistas. Prueba de ello es que, con marcos de diagnóstico contrapuestos, como los del PCE(m-l), que consideraba a España un país semifeudal y atrasado, por lo que propugnaba una revolución democrática, y el PCE(r), que la definía como un país capitalista desarrollado, defendiendo en consecuencia una revolución socialista, ambos adoptaran la estrategia de la guerra popular, creando para ello el FRAP y los GRAPO, respectivamente. Si no se tiene en cuenta la influencia teórica de Mao Tse-tung, entendida de forma mecanicista y dogmática, es imposible explicarlo.

Aunque el eje de la violencia atraviesa también, y muy especialmente, a las organizaciones revolucionarias de las nacionalidades históricas, sus marcos de diagnóstico manifiestan sin embargo un mayor apego a la realidad, por lo que su arraigo y continuidad en el tiempo han sido mayores. No obstante, en su evolución se puede también observar claramente cómo la primacía de lo ideológico incide negativamente restringiendo y sesgando las audiencias, situando en desventaja a los revolucionarios frente a sus competidores «reformistas». La gran mutación de estos grupos se dará en la década de los noventa, cuando adopten estrategias políticas y formas de acción más apegadas al terreno, alejándose gradualmente de la lucha armada, sin renunciar a sus objetivos estratégicos.

En suma, la historia de la disidencia comunista, como la del conjunto de la izquierda revolucionaria, se nos presenta todavía como un gran arsenal de ideas, experiencias y realizaciones necesitado de una mayor y más profunda indagación. La etapa de la recuperación documental y del análisis empírico ha dado como resultado que este heterogéneo y contradictorio sujeto histórico haya comenzado a tomar cuerpo, ocupando un espacio propio en los libros de historia. Aunque todavía hay mucho por hacer en este sentido, se nos antoja que ahora procede mejorar la calidad de las preguntas, diversificando y haciendo más complejos los enfoques, lo que sin duda nos ayudará a conocer mejor y a interpretar críticamente el mundo en que vivimos.

---

[1] Este texto es fruto del proyecto Del antifranquismo a la marginalidad: disidencias políticas y culturales en la Transición española a la democracia (HAR2016-79134-R), financiado por la Agencia Estatal de Investigación (AEI) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER).

[2] Julio Pérez Serrano, «Los proyectos revolucionarios en la Transición española: cuestiones teóricas e historiografía», en Zoraida Carandell, Julio Pérez Serrano, Mercè Pujol y Allison Taillot, La construcción de la democracia en España (1868-2014). Espacios, representaciones, agentes y proyectos, Nanterre, Presses Universitaires de Paris Nanterre, 2019, pp. 567-589.

[3] Julio Pérez Serrano, «Actualidad del debate sobre la transición democrática en España», en Carmen González Martínez (ed.), Transiciones políticas contemporáneas. Singularidades nacionales de un fenómeno global, Madrid,

Fondo de Cultura Económica, 2018, p. 35.

[4] El POUM había sido fundado en septiembre de 1935 e integraba al Bloc Obrer i Camperol (BOC), liderado por Joaquín Maurín, y a la Izquierda Comunista de España (ICE), comandada por Andreu Nin.

[5] Pelai Pagès, El Partit Obrer d'Unificació Marxista durant la transició democràtica (1974-1981), Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials, 1998, p. 3.

[6] Agustín Guillamón, Documentación histórica del trosquismo español (1936-1948). De la Guerra Civil a la ruptura con la IV Internacional [1996], Valencia, Alexandría Proletaria, 2004, pp. 23-24.

[7] Sobre la génesis de esta corriente, véase G. Munis. Jalones de derrota, promesa de victoria. Crítica y teoría de la revolución española (1930-1939), Bilbao, Zero, 1977.

[8] Véase Massimo Teodori, Las nuevas izquierdas europeas (1956-1976), Barcelona, Blume, 1978, 3 vols.

[9] Comité Central del PCE: «Declaración del Partido Comunista de España: Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español, junio de 1956», Boletín de Información (Praga), año VI, núm. extraordinario, 1.o de julio de 1956.

[10] Julio Antonio García Alcalá, Historia del Felipe (FLP, FOC y ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, pp. 138-141.

[11] Sobre el concepto, véase Bert Klandermans, «La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizacionales», en Enrique Laraña y Joseph Gusfield (eds.), Los nuevos movimientos sociales: de la identidad a la ideología, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994, pp. 203-214.

[12] Julio Pérez Serrano, «"Servir al pueblo": trayectorias del maoísmo en la península Ibérica». Berceo 173 (2017), p. 200.

[13] Lilly Marcou, El movimiento comunista internacional desde 1945, Madrid, Siglo XXI de España, 1981, p. 50.

[14] Entre 1964 y 1968 existieron dos grupos que se disputaron las siglas (infra, en este mismo capítulo). J. Pérez Serrano, «Orto y ocaso de la izquierda revolucionaria en España (1959-1994)», en Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, Rafael (ed.), Los partidos en la Transición: las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, p. 255.

[15] Véase José Catalán Deus, Del FRAP a Podemos. Crónica de medio siglo: un viaje por la reciente historia española con Ricardo Acero y sus compañeros, Madrid, Muñoz Moya, 2015, vol. 1: Los prochinos y su quimera.

[16] Elena Hernández Sandoica, Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Marc Baldó Lacomba, Estudiantes contra Franco (1939-1975): Oposición política y movilización juvenil, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, pp. 198-199. FUDE había sido fue fundada por miembros del PCE, el FLP y la Agrupación Socialista Universitaria (ASU) en 1961, pero el PCE la abandonó en 1967 para impulsar el Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios (SDEU).

[17] André Gorz, Stratégie ouvrière et neocapitalisme, París, Édicions du Seuil, 1964.

[18] Fernando Ruiz y Joaquín Romero (eds.), Los partidos marxistas. Sus dirigentes, sus programas, Barcelona, Anagrama, 1977, pp. 169-170.

[19] Véase la reseña de Torcuato S. di Tella sobre ambos autores en Desarrollo Económico 22/87 (1982), pp. 443-445,

[20] Fermí Rubiralta, De Castelao a Mao. O novo nacionalismo radical galego (1959-1974). Orixes, configuración e desenvolvemento inicial da UPG, Santiago de Compostela, Laiovento, 1998.

[21] J. Pérez Serrano, «Orto y ocaso», p. 268.

[22] «Editorial», Terra e tempo, Nadal (1972), pp. 1-2. Para una panorámica, véase F. Rubiralta, De Castelao a Mao.

[23] Estados Unidos, México, Argentina, Alemania, Italia, Francia, Checoslovaquia, Polonia…, véase Ricardo Martín de la Guardia (coord.), «Los diversos "Sesentayochos" en Europa y América», dossier en Revista de Occidente 444 (2018), pp. 5-60.

[24] Lorenzo Peña, ¡Abajo la oligarquía! ¡Muera el imperialismo yanqui!: anhelos y decepciones de un antifascista revolucionario, Brenes (Sevilla), Muñoz Moya, 2011, p. 157.

[25] Juan Andrade, El PCE y el PSOE en (la) Transición: La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político, Madrid, Siglo XXI de España, 2012, pp. 69-127.

[26] VIII Congreso del Partido Comunista de España, [s.l.], [s.e.], 1972.

[27] Segunda Conferencia Nacional del Partido Comunista de España. Manifiesto programa del Partido Comunista de España, París, Colección Ebro, 1975.

[28] Noveno Congreso del Partido Comunista de España, 19-23 abril 1978, Barcelona, Crítica, 1979.

[29] Sobre el impacto del 68 como catalizador de esta tendencia, véase Eduardo Abad, «El otoño de Praga. Checoslovaquia y la disidencia ortodoxa en el comunismo español (1968-1989)», Historia Contemporánea 61 (2019), pp. 971-1003.

[30] Julio Pérez Serrano, «Radical Left in Portugal and Spain (1960-2010)», en Beltrán Roca, Emma Martin-Diaz e Ibán Diaz-Parra (eds.), Challenging austerity. Radical left and social movements in the South of Europe, Abingdon, Routledge, 2018, pp. 19-20.

[31] UPG, Textes du programme provisoire de l'Union du Peuple Galicien (UPG), juin 1972, p. 29.

[32] J. Pérez Serrano, «Orto y ocaso», p. 256.

[33] Lorenzo Castro Moral, «El terrorismo revolucionario marxista-leninista en España», Historia del Presente 14/2 (2009), pp. 44-45.

[34] Julio Pérez Serrano, «La revolución en ciclostil: propaganda "marxista-leninista" en España (1963-1992)», en Matilde Eiroa San Francisco (coord.), La Transición en directo: narrativas digitales de una historia reciente. Madrid, Síntesis, 2021, p. 206.

[35] Esta dinámica acción-reacción-acción generó una escalada de violencia que marcó toda la Transición, Cf. Sophie Baby, Le mythe de la transition pacifique. Violence et politique en Espagne (1975–1982), Madrid, Casa de Velázquez, 2013.

[36] Horacio Roldán Barbero, Los GRAPO: Un estudio criminológico, Granada, Comares, 2008; Lorenzo Castro Moral, Terrorismo y afirmación revolucionaria: el caso del PCE(r)-GRAPO [Tesis doctoral], Madrid, UNED, 2000.

[37] Partido del Trabajo de España (PTE). Grupos subversivos clandestinos, 14. [s.l.], [s.e.], 1977, p. 1.

[38] El PCE(i)-Línea Proletaria retomará la sigla cuando en 1975 el PCE(i) adopte el nombre de Partido del Trabajo de España (PTE).

[39] José Luis Martín Ramos (ed.), Pan, Trabajo y Libertad. Historia del Partido del Trabajo de España, Barcelona, El Viejo Topo, 2011.

[40] Formaban la coalición el PTE y Esquerra Republicana de Catalunya (ERC). Fue electo el líder de ERC, Heribert Barrera.

[41] Gonzalo Wilhelmi, Romper el Consenso. La Izquierda Radical en la Transición Española (1975-1982), Madrid, Siglo XXI de España, 2016, pp. 263-270.

[42] Giaime Pala, «Una semilla de discordia. La entrada de Bandera Roja en el PSUC», Revista HMiC: historia moderna i contemporània IX (2011), pp. 140-162; Josep María Solé Soldevila, «Bandera Roja (1968-1974)» [Tesis doctoral], Barcelona, Universitat de Barcelona, 2018, pp. 602-612

[43] Komunistak, 2, junio de 1969, p. 6.

[44] M. Landa, «Perspectivas de desarrollo de la lucha armada revolucionaria en España a la luz del marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse-tung», Komunistak 5, marzo de 1971, p. 4-10.

[45] Línea política e ideológica aprobada en el I Congreso de Movimiento Comunista de España, septiembre 1975, [s.l.], 1975, p. 27.

[46] Josepa Cucó i Giner, «Recuperando una Memoria en la Penumbra. El

Movimiento Comunista y las Transformaciones de la Extrema Izquierda Española». Historia y Política 20/2 (2008), pp. 73-96.

[47] La coalición, formada por el MC y Euskal Iraultzarako Alderdia (EIA), brazo político de ETA (político-militar), obtuvo un diputado, Francisco Letamendía, y un senador, Juan María Bandrés, ambos de EIA. Patxi Iturrioz, de MC, fue diputado unos meses tras la dimisión de Letamendía en 1978.

[48] AST fue creada a comienzos de los sesenta por grupos del apostolado obrero, principalmente la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) y Vanguardia Obrera Juvenil (VOJ), Cf. Consuelo Laiz Castro, La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1995, p. 53.

[49] AST, Declaración de principios de la Acción Sindical de Trabajadores-AST, [Madrid], AST, 1966, p. 2.

[50] «Levantemos la bandera de la República Democrático-Popular», En lucha 11, diciembre de 1972, pp. 28-32.

[51] Valentín Brugos, «Octubre. Teoría y práctica de una propuesta revolucionaria», en Las otras protagonistas de la transición. Izquierda radical y movimientos sociales, Madrid, Fundación Salvador Seguí, 2018, p. 1028.

[52] Véase La cuestión popular, Madrid, Ediciones Socialistas, 1974.

[53] El «maoespontaneismo» fue un producto del movimiento estudiantil del 68 que combina populismo, espontaneísmo y antiautoritarismo, Cf. Daniel Bensaïd y Camille Scalabrino, Le deuxième souffle. Problèmes du mouvement étudiant, París, Maspero, 1969, pp. 30-38 (Cahiers «Rouge», 12).

[54] Iván Bordetas Jiménez y Anna Sánchez Sorribas, L'antifranquisme oblidat: de la dissidència cristiana al comunisme revolucionari (1953-1972), Barcelona, Base, 2019, pp. 308-309.

[55] Rafael Iniesta de Manresa, La premsa trotskista (1939-2000): Catàleg de les publicacions troskistes a les biblioteques catalanes, Barcelona, Servei de Publicacions UAB, 2003, p. 18.

[56] En 1974 la LCR incorporó a la Fracción Bolchevique-Leninista (FB-L),

escindida de la FT, y a la Fracción Leninista de ETA(VI) («minos»), que no habían participado en la unificación de LCR-ETA(VI).

[57] Martí Caussa y Ricard Martínez i Muntada (eds.), Historia de la Liga Comunista Revolucionaria (1970-1991), Madrid, La Oveja Roja, 2014.

[58] R. Iniesta, La prensa trotskista, p. 28.

[59] En 2013 el POR adoptó el nombre de La Aurora - Organización Marxista.

[60] J. Pérez Serrano, «Orto y ocaso», pp. 284-285.

[61] El PRT se fusionó en 2002 con Izquierda Revolucionaria (IR) en el PRT-IR, hoy Corriente Roja.

[62] Julio Pérez Serrano, «Estrategias de la izquierda radical en el segundo franquismo y la Transición (1956-1982)», en Marie-Claude Chaput y Julio Pérez Serrano (eds.), La transición española, nuevos enfoques para un viejo debate, Madrid, Biblioteca Nueva, p. 104.

[63] Antonio Ubierna, Qué es el trotsquismo, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976, p. 79.

[64] José Manuel Roca (coord.), El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992), Madrid, Los Libros de la Catarata, 1994, p. 57.

[65] Véase Joel Sans Molas, «Militància, vida i revolució en els anys 70: l'experiència de l'Organització d'Esquerra Comunista (OIC)» [Tesis doctoral]. Barcelona, Universirtat Autònoma de Barcelona, 2017.

[66] Juantxo Estebaranz «La eclosión de la corriente asamblearia (1969-1975)», Viento Sur 115 (2011), pp. 76-77.

[67] Término acuñado por Lenin en La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo (1920), donde critica las posiciones de la izquierda germano-holandesa.

[68] Los principales son los Grupos Obreros Autónomos (GOA), el Movimiento Ibérico de Liberación-Grupos Autónomos de Combate (MIL-GAT) y los Grupos

de Acción Revolucionaria Internacionalista (GARI), Cf. Felipe Pasajes (pseud. de Fernando Paniagua), «Arqueología de la autonomía obrera en Barcelona, 1964-1973», en Espai en Blanc (coord.), Luchas autónomas en los años setenta. Del antagonismo obrero al malestar social, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008, pp. 73-112.

[69] J. A. García Alcalá, Historia del Felipe, p. 259.

[70] Jaime Pastor, «Ignacio Fernández de Castro (1919-2011). El largo aprendizaje de la "escuela de la vida"», Viento Sur 119 (2011), p. 100.

[71] Entre ellos, el abogado laboralista Josep María Manté, uno de los promotores del Partido Sindicalista en 1976, Cf. Gerardo Duelo, Diccionario de grupos, fuerzas y partidos políticos españoles, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1977, p. 108.

[72] Eva Bermúdez-Figueroa, Julio Pérez Serrano y Beltrán Roca, «El precio de la autonomía sindical durante la Transición española: el caso de la Unión Sindical Obrera en la provincia de Cádiz», Tempo e Argumento 11/27 (2019), p. 364.

[73] El cambio de nombre se produjo al incorporarse el grupo sevillano, Cf. Alberto Carrillo-Linares, Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977), Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2008, p. 419.

[74] Boletín por el reagrupamiento de los marxistas revolucionarios 1, enero de 1975, p. 2.

[75] J. Pérez Serrano, «Orto y ocaso», p. 276.

[76] Insurrección 3, julio de 1976, p. 4.

[77] Liberación se unió a pequeños colectivos de toda la geografía española y creó en marzo de 1978 Autonomía Obrera, que en menos de un año había dejado de existir, Cf. G. Wilhelmi, Romper el consenso, p. 191.

[78] Miquel Amorós y Jaime Semprún, Los incontrolados. Crónicas de la España salvaje, 1976-1981, Barcelona, Klinamen y Biblioteca Social Hermanos Quero, 2004, p. 52.

[79] Gonzalo Casanova y otros, Armarse sobre las ruinas. Historia del movimiento autónomo en Madrid (1985-1999), Madrid, Potencial Hardcore, 2002, p. 11.

[80] Gaizka Fernández Soldevilla y Raúl López Romo, Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical, 1958-2012, Madrid, Tecnos, 2012.

[81] Imanol Lizarralde, Teoría francesa y estrategia del MLNV (1967-2015), San Sebastián, Aranalde, 2016, pp. 14-39.

[82] Roger Buch, El Partit Socialista d'Alliberament Nacional dels Països Catalans (PSAN) (1968-1980). Evolució política i anàlisi interna d'un partit revolucionari i independentista [Tesis doctoral], Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2010, pp. 77-81. Una breve síntesis en Roger Buch i Ros, El Partit Socialista d'Alliberament Nacional dels Països Catalans (1974-1980), Barcelona, ICPS, 1995.

[83] David Bassa y otros, L'independentisme català, 1979-1984, Barcelona, Llibres de l'Index, 1985.

[84] Jaume Fernández Calvet, Terra Lliure, 1979-1985, Barcelona, Llamp, 1986; C. Sastre y otros, Terra Lliure. Punto de partida 1979-1995. Una biografia autorizada, Barcelona, Txalaparta, 2012.

[85] F. Rubiralta, De Castelao a Mao.

[86] La Liga de União e de Acção Revolucionária (LUAR) y las Brigadas Revolucionárias (BR) eran grupos armados de inspiración guevarista, Cf. Manuel Loff, «¿Revolución versus Transición? Visiones de España desde el Portugal revolucionario y posrevolucionario», Gerónimo de Ustáriz 20 (2004), p. 24.

[87] Como se demuestra ampliamente en J. Andrade, El PCE y el PSOE.

[88] Sobre la mitificación de la transición, Julio Pérez Serrano, «Funcionalidad y límites de la transición a la democracia como paradigma historiográfico», en María Ángeles Naval y Zoraida Carandell (eds.), La transición sentimental. Literatura y cultura en España desde los años setenta, Madrid, Visor Libros y Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016, pp. 67-89.

SIGLAS (TOMO 2)

ABI	Acuerdo Básico Interconfederal
AC	Acció Catalana
AC	Acción Comunista
ACIM	Associació Catala d’Investigacions Marxistes
ACR	Acció Catalana Republicana
ADEC	Associació Democràtica d’Estudiants de Catalunya
ADM	Asociación Democrática de la Mujer
AEIHM	Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres
AEP	Ateneu Enciclopédic Popular
AET	Agrupación Electoral de Trabajadores
AFA	Agrupaciones Femeninas Antifascistas
AFL-CIO	American Federation of Labor- Congress of Industrial Organizati
AFOHSA	Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias
AGA	Archivo General de la Administración
AGDGC	Archivo General de la Delegación del Gobierno en Cataluña
AGE	Alternativa Galega de Esquerda / Alternativa Gallega de Izquierd
AGHD	Archivo General e Histórico de Defensa
AGLA	Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón
AHA	Archivo Histórico de Asturias
AHC	Asociación de Historia Contemporánea
AHCB	Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona
AH CC OO	Archivo Histórico de Comisiones Obreras
AHCCOO-A	Archivo Histórico de Comisiones Obreras de Andalucía
AHCONC	Arxiu Històric de la CONC / Archivo Histórico de la CONC
AHN	Archivo Histórico Nacional
AHF10M	Archivo Histórico de la Fundación 10 de Marzo
AHPCE	Archivo Histórico del PCE
AHPT	Arxiu Històric Provincial de Tarragona
AHT	Archivo Histórico del Trabajo (Fundación 1.o de Mayo)
AHUO	Archivo Histórico de la Universidad de Oviedo
AMA	Agrupación de Mujeres Antifascistas
AMI	Acuerdo Marco Interconfederal
ANC	Arxiu Nacional de Catalunya

ANE	Acuerdo Nacional sobre Empleo
ANPG/AN-PG	Asemblea Nacional-Popular Galega
AO	Alianza Obrera
AOC	Alianza Obrera de Cataluña
AP	Acción Proletaria
APE-APEs	Asociaciones Profesionales de Estudiantes
APFV	Archivo Personal de Francesc Vicens
APU	Assembleia do Povo Unido / Asamblea del Pueblo Unido
ASDREC	Asociación Sindical de Directores-Realizadores Españoles de Ci
AST	Acción Sindical de Trabajadores
ASU	Agrupación Socialista Universitaria
AUPEPM	Asociación Universitaria para el Estudio de los Problemas de la
AUS	Amigos de la Unión Soviética
BCE	Banco Central Europeo
BICGIS	Boletín Informativo de la Comisaría General de Investigación So
BIS	Brigada de Investigación Social
BN-PG	Bloque Nacional-Popular Galego
BNG	Bloque Nacionalista Galego
BOC	Bloc Obrer i Camperol / Bloque Obrero y Campesino
BOE	Boletín Oficial del Estado
BPS	Brigada Político Social
BR	Brigadas Revoluicionárias (Portugal)
BUF	British Union of Fascists / Unión Británica de Fascistas
CADCI	Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria
CC	Comité Central
CC	Comunitat Catalana / Comunidad Catalana
CCCC	Células Comunistas
CC CC	Comisiones Campesinas
CC OO	Comisiones Obreras
CCU	Comités de Coordinación Universitarios
CDMH	Centro Documental de la Memoria Histórica
CDMH-S	Centro Documental de la Memoria Histórica – Salamanca
CE	Comité Ejecutivo
CEDA	Confederación Española de Derechas Autónomas
CEDIB-UAB	Centre d'Estudis sobre Dictadures i Democràcies- Universidad A
CEE	Comunidad Económica Europea
CEOE	Confederación Española de Organizaciones Empresariales
CES	Comisiones de Estudiantes Socialistas
CEUC	Comisión Estatal de Unidad Comunista

CFC	Círculos de Formación de Cuadros
CGIL	Confederazione Generale Italiana del Lavoro / Confederación Ge
CGT	Confédération Général du Travail / Confederación General del Tr
CGTU	Confederación General del Trabajo Unitaria
CHE	Comités de Huelga Estudiantiles
CHO	Comités de Huelga Obreros
CIA	Central Intelligence Agency / Agencia Central de Inteligencia
CICI	Comité Internacional de la Cuarta Internacional
CIO	Comité por una Internacional Obrera
CIR	Corriente Internacional Revolucionaria
CIS	Centro de Investigaciones Sociológicas
CiU	Convergència i Unió
CLM	Comisión para la Liberación de la Mujer
CMF	Comité Mondial des Femmes (Contre la Guerre et le Fascisme / (
CMR	Crítica Marxista de la Religión
CNRS	Centre National de la Recherche Scientifique / Centro Nacional d
CNES	Comisión Nacional de Educación del Soldado
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
COA	Comisiones Obreras Anticapitalistas
COAC	Comisiones Obreras Agrarias y Campesinas
COAS	Coordinadora Obrera de Agrupaciones Socialistas
COC	Círculos Obreros Comunistas
COE	Comisiones Obreras de Empresa
CONC	Comissió Obrera Nacional de Catalunya / Comisión Obrera Naci
CORCI	Comité de Organización para la Reconstrucción de la IV Internac
CP	Comisión Permanente
CPGB	Communist Party of Great Britain / Partido Comunista de Gran B
CRAS	Comunas Revolucionarias de Acción Socialista
CRPE	Convención Republicana de los Pueblos de España
CS	Confederación Sindical
CSUT	Confederación de Sindicatos Unitarios de Trabajadores
CUEJ	Congreso Universitario de Escritores Jóvenes
CUM	Colectivo por la Unificación Marxista
CUP	Candidatura d’Unitat Popular
DERD	Delegación del Estado para la Recuperación de Documentos
DGS	Dirección General de Seguridad
EB	Ezker Batua / Izquierda Unida
EC	Estat Català
EE	Euskadiko Esquerra / Izquierda de Euskadi

EE UU	Estados Unidos
EGPGC	Exército Guerrilheiro do Povo Galego Ceive / Ejército Guerriller
EIA	Euskal Iraultzarako Alderdia / Partido para la Revolución Vasca
EMK	Euskadido Mugimendu Komunista / Movimiento Comunista Vas
EPK	Euskadiko Partidu Komunista / Partido Comunista de Euskadi
EPOCA	Exèrcit Popular Català
ERC	Esquerra Republicana de Catalunya
ERGA	Estudantes Revolucionarios Galegos
ESBA	Euskadiko Sozialisten Batasuna / Unión de los Socialistas de Eus
ET	Estatuto de los Trabajadores
ETA	Euskadi Ta Askatasuna / País Vasco y Libertad
ETA m	ETA Militar
ETA p-m	ETA Político-militar
EUiA	Esquerra Unida i Alternativa / Izquierda Unida y Alternativa
EUPV	Esquerra Unida del País Valencià
EVO	Entrega Vínica Obligatoria
FAC	Front d'Alliberament de Catalunya / Frente de Liberación de Cat
FAI	Federación Anarquista Ibérica
FBI	Federal Bureau of Investigation / Buró Federal de Investigacione
FB-L	Fracción Bolchevique-Leninista
FCCB / FCC-B	Federació Comunista Catalano-Balear / Federación Comunista C
FC DEL PSOE	Federación catalana del PSOE
FCDO	Federación Cultural Deportiva Obrera
FCI	Federación Comunista Ibérica
FDI	Frente Democrático de Izquierdas
FDIM	Federación Democrática Internacional de Mujeres
FECO	Federación de Comunistas
FET-JONS	Falange Española Tradicionalista y de las JONS (Juntas de Ofens
FIM	Fundación de Investigaciones Marxistas
FIPRESCI	Fédération Internationale de la Presse Cinématographique / Feder
FJS	Federación de Juventudes Socialistas
FLM	Frente para la Liberación de las Mujeres
FLN	Frente de Liberación Nacional
FLN	Front de Libération Nationale / Frente de Liberación Nacional (A
FLP	Frente de Liberación Popular
FMI	Fondo Monetario Internacional
FNC	Front Nacional de Catalunya / Frente Nacional de Cataluña
FNEC	Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya / Federación Naci
FOC	Front Obrer de Catalunya / Frente Obrero de Cataluña

FOR	Fomento Obrero Revolucionario
FORPPA	Fondo de Ordenación y Regulación de Producciones y Precios A
FOUS	Federación Obrera de Unidad Sindical
FPG	Frente Popular Galego
FRAP	Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico
FSF	Força Socialista Federal / Fuerza Socialista Federal
FSS	Fundación Salvador Seguí
FT	Fracción Trotskista
FTT-UGT	Federación de Trabajadores de la Tierra-UGT
FUC	Front Universitari de Catalunya / Frente Universitario de Cataluñ
FUDE	Federación Universitaria Democrática Española
FUE	Federación Universitaria Escolar
FUT	Frente por la Unidad de los Trabajadores
FUTM	Frente Único de Trabajadores Mercantiles
GARI	Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista
GBS	Grupo Bolchevique Socialista
GBL	Grupo Bolchevique Leninista
GCI	Grupo Comunista Internacionalista
GCR	Grupo Comunista Revolucionario
GOA	Grupos Obreros Autónomos
GS	Germania Socialista
GRAPO	Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre
HB	Herri Batasuna / Unidad Popular
HOAC	Hermandades Obreras de Acción Católica
IA	Izquierda Alternativa
IC	Internacional Comunista
ICE	Izquierda Comunista Española
ICV	Iniciativa per Catalunya Verds
IEE	Institut d’Études Européennes / Instituto de Estudios Europeos
IIEC	Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas
IJC	Internacional Juvenil Comunista
IJS	Internacional Juvenil Socialista
INI	Instituto Nacional de Industria
IOS	Internacional Obrera Socialista
IPC	Independentistes dels Països Catalans
IPV	Iniciativa del Poble Valencià
IR	Izquierda Revolucionaria
IRA	Irish Republican Army / Ejército Republicano Irlandés
ISR	Internacional Sindical Roja

IU	Izquierda Unida
IV-CIR	Cuarta Internacional-Centro Internacional de Reconstrucción
IX	Izquierda Xunida / Izquierda Unida
JARC	Juventudes de Acción Rural y Católica
JCI	Juventud Comunista Ibérica
JGS	Jóvenes Guardias Socialistas (Bélgica)
JCM	Juventud Comunista Madrileña
JOC	Juventud(es) Obrera(s) Cristiana(s) / Juventud(es) Obrera(s) Cató
JPS	Jóvenes por el Socialismo
JRN	Jornada de Reconciliación Nacional
JSM	Juventud Socialista Madrileña
JSR	Juventudes Socialistas Revolucionarias
JSU	Juventud Socialista Unificada
JSUC	Joventuts Socialistes Unificades de Catalunya
JSUN	Junta Suprema de Unión Nacional
KAS	Koordinadora Abertzale Sozialista / Coordinadora Socialista Patr
KGB	Comité para la Seguridad del Estado
KJVD	Kommunistischer Jugendverband Deutschlands / Liga Juvenil Co
KOMSOMOL	Kommunisticheski Soyuz Molodioshi / Unión Comunista de la Ju
KPD	Kommunistische Partei Deutschlands / Partido Comunista Alemá
KPO	Kommunistische Partei Deutschlands (Opposition) / Partido Com
KPÖ	Kommunistische Partei Österreichs / Partido Comunista Austríac
LAIA	Langile Abertzale Iraultzaileen Alderdia / Partido Revolucionario
LC	Liga Comunista
LCR	Liga Comunista Revolucionaria
LCR-ETA (VI)	Liga Comunista Revolucionaria – ETA (VI Asamblea)
LIMPL	Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad
LIRCI	Liga Internacional de Reconstrucción de la IV Internacional
LIT-CI	Liga Internacional de los Trabajadores-Cuarta Internacional
LKI	Liga Komunista Iraultzailea / Liga Comunista Revolucionaria
LLY	Labour League of Youth / Liga de la Juventud Laborista (Gran B
LO	Lucha Obrera
LOAPA	Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico
LOC	Liga Obrera Comunista
LSR	Liga Socialista Revolucionaria
LUAR	Liga de Uniao de Açção Revolucionária
MAOC	Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas
MC / MCE	Movimiento Comunista / Movimiento Comunista de España
MCA	Movimiento Comunista de Asturias

MCI	Movimiento Comunista Internacional
MDM	Movimiento Democrático de Mujeres
MDM-MLM	Movimiento Democrático de Mujeres - Movimiento de Liberació
MDT	Moviment de Defensa de la Terra
MECS	Modelo Español de Concertación Social
MIL-GAT	Movimiento Ibérico de Liberación-Grupos Autónomos de Comba
MIT	Massachusetts Institute of Technology / Instituto Tecnológico de
MLC	Movimiento de Liberación Comunista
MLNV	Movimiento de Liberación Nacional Vasco
MRPCE	Movimiento por la Recuperación del PCE
MRUPC	Movimiento para la Recuperación y Unificación del Partido Com
MSC	Moviment Socialista de Catalunya / Movimiento Socialista de Ca
MUIR	Mesa de Unificación de la Izquierda Revolucionaria
NKVD	Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos
NOC	Núcleos Obreros Comunistas
NODO	Noticiarios y Documentales (Noticiario Cinematográfico Españo
OC	Organización Comunista
OC (BR)	Organización Comunista (Bandera Roja)
OCDE	Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico
OCI	Organización Cuarta Internacional
OCZ	Organización Comunista de Zaragoza
OIC/OICE	Organización de Izquierda Comunista / Organización de Izquierd
OIT	Organización Internacional del Trabajo
OMI	Departamento de Información Internacional (URSS)
OMLE	Organización de Marxistas-Leninistas de España
ONU	Organización de Naciones Unidas
OPI	Oposición de Izquierdas (del PCE)
OPI / PCT	Oposición de Izquierdas / Partido Comunista de los Trabajadores
ORT	Organización Revolucionaria de Trabajadores
OSE	Organización Sindical Española
OSO	Oposición Sindical Obrera
OT	Organización Trotskista
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PC	Partido Comunista
PC (UR)	Partido Comunista (Unidad Roja)
PCA	Partido Comunista de Andalucía
PC Català	Partit Comunista Català
PCC	Partit dels Comunistes de Catalunya / Partido de los Comunistas
PCCh	Partido Comunista Chino

PCdC	Partit Comunista de Catalunya
PCD	Plataforma de Convergencia Democrática
PCE	Partido Comunista de España
PCE (i)	Partido Comunista de España (internacional)
PCE (m-l)	Partido Comunista de España (marxista-leninista)
PCE (r)	Partido Comunista de España (reconstituido)
PCE (viii-ix)	Partido Comunista de España (Octavo y Noveno Congresos)
PCEU	Partido Comunista de España Unificado
PCF	Partido Comunista Francés
PCG	Partido Comunista de Galicia
PCI	Partido Comunista Italiano
PCLN	Partido Comunista de Liberación Nacional
PCOE	Partido Comunista Obrero Español
PCP	Partit Català Proletari
PCP	Partido Comunista Proletario
PCP	Partido Comunista Portugués
PCPE	Partido Comunista de los Pueblos de España
PCPV	Partit Comunista del País Valencià / Partido Comunista del País
PCR	Partido Comunista Revolucionario
PCT	Partido Comunista de los Trabajadores
PCU	Partido Comunista de Unificación
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética
PEMP	Plan Económico a Medio Plazo
PIDE	Policía Internacional y de Defensa del Estado (Portugal)
PLA	Plataformas de Lucha Obrera
PMP	Partido Marxista Proletario
PNV	Partido Nacionalista Vasco
POR(t)	Partido Obrero Revolucionario (trotskista)
PORE	Partido Obrero Revolucionario de España
POSI	Partido Obrero Socialista Internacionalista
POUM	Partido Obrero de Unificación Marxista
POUP	Partido Obrero Unificado de Polonia
PP	Partido Popular
PRC	Partit Republicà Català
PRT	Partido Revolucionario de los Trabajadores
PRUC	Promotora de Recuperación y Unificación de los Comunistas
PSAN	Partit Socialista d'Alliberament Nacional / Partido Socialista de
PSAN-p	Partit Socialista d'Alliberament Nacional – provisional
PSC	Partit dels Socialistes de Catalunya / Partido de los Socialistas de

PSD	Partido Social Demócrata
PSI	Partido Socialista del Interior
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PSPV	Partit Socialista del País Valencià
PST	Partido Socialista de los Trabajadores
PSU-PSUC	Partit Socialista Unificat de Catalunya / Partido Socialista Unific
PT	Partido de los Trabajadores
PTA	Partido del Trabajo de Albania
PTE	Partido del Trabajo de España
RDA	República Democrática Alemana
REI	Radio España Independiente
RGANI	Archivo Estatal Ruso de Historia Moderna
RGASPI	Archivo Estatal de Historia Social y Política de Rusia
RILU	Red International of Labour Unions / Internacional Sindical Roja
RNE	Radio Nacional de España
SAJ	Sozialistische Arbeiter-Jugend / Juventud Socialista Obrera
SBLE	Sección Bolchevique-Leninista de España
SDAP	Socialdemokratische Arbeiterpartei Österreichs / Partido Sociald
SDE	Sindicatos Democráticos de Estudiantes
SDEU	Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios
SDEUB	Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barc
SDEUM	Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Mad
SERL	Sistema Español de Relaciones Laborales
SEU	Sindicato Español Universitario
SFIO	Section Française de l'Internationale Ouvrière / Sección France
SPD	Sozialdemocratische Partei Deutschlands / Partido Socialdemócr
SRI	Socorro Rojo Internacional
SSA	Seguridad Social Agraria
SU	Sindicato Unitario
SUCI	Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional
SUT	Servicio Universitario del Trabajo
SYRIZA	Synaspismós Rizospastikís Aristerás / Coalición de la Izquierda
TASS	Agencia de Información Telegráfica de Rusia
TLT	Tendencia Lenin-Trotsky
TOP	Tribunal de Orden Público
UAB	Universitat Autònoma de Barcelona
UB	Universitat de Barcelona
UC/UCE	Unificación Comunista / Unificación Comunista de España
UCA	Universidad Centro Americana

UCCO	Unión Comunista – Comités Obreros
UCD	Unión de Centro Democrático
UCL	Unión Comunista de Liberación
UCLM	Universidad de Castilla-La Mancha
UDS	Unión Democrática de Soldados
UE	Unión Europea
UER	Unión de Estudiantes Revolucionarios
UFEH	Unión Federal de Estudiantes Hispánicos
UGT	Unión General de Trabajadores
UIL	Unión de Intelectuales Libres
UIT-CI	Unidad Internacional de los Trabajadores-Cuarta Internacional
UJCE	Unión de Juventudes Comunistas de España
UMAE	Unión de Mujeres Antifascistas Españolas
UME	Unión de Mujeres Españolas
UM-L	Unión de Marxistas Leninistas
UN / UNE	Unión Nacional / Unión Nacional Española
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México
UNED	Universidad Nacional de Educación a Distancia
UNEF	Union Nationale des Étudiants de France / Unión Nacional de Es
UNESCO	United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization
UNINCI	Unión Industrial Cinematográfica
UP	Unidad Popular
UP	Unidos/as Podemos
UP	Universitat Popular / Universidad Popular
UPC	Unión del Pueblo Canario
UPG	Unión do Povo Galego / Unión del Pueblo Gallego
UR	Unió de Rabassaires
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USC	Unió Socialista de Catalunya / Unión Socialista de Cataluña
USO	Unión Sindical Obrera
USPD	Unabhängige Socialdemokratische Partei Deutschlands / Partido
VOJ	Vanguardia Obrera Juvenil
YCI	Young Communist International / Internacional Juvenil Comunis
YCL	Young Communist League / Liga Comunista Juvenil (Gran Breta

BIBLIOGRAFÍA

Abad Buil, Irene, «Movimiento Democrático de Mujeres. Un vehículo para la búsqueda de una nueva ciudadanía femenina en la transición española», en Actes del Congrés La Transció de la dictadura franquista a la democracia, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2005, pp. 245-252.

—, Leandro Saún y Carmen Casas. Organización política clandestina en la Zaragoza de los años 40, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2008.

—, «Breve aproximación al análisis del republicanismo de las mujeres de preso del franquismo. De la solidaridad a las peticiones de amnistía. Proceso de reafirmación», en Claudia Cabrero Blanco y otros (eds.), La escarapela tricolor. El republicanismo en la España contemporánea, Oviedo, Universidad de Oviedo / KRK Ediciones, 2008, pp. 567-578.

—, «Las dimensiones de la “represión sexuada” durante la dictadura franquista», Revista de Historia Jerónimo Zurita 84 (2009), pp. 65-86.

—, «Reivindicaciones y movilizaciones femeninas desde el PCE durante el segundo franquismo», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Madrid-Sevilla, FIM / Atrapasueños, 2010, pp. 231-252.

—, En las puertas de prisión. De la solidaridad a la concienciación política de las mujeres de los presos del franquismo, Barcelona, Icaria, 2012.

Abad, Irene y Heredia, Iván, Leandro Saún y Carmen Casas. Organización política clandestina en la Zaragoza de los años 40, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2008.

Abad Buil, Irene; Marías Cadenas, Sescún y Heredia Urzáiz, Iván, «Castigos “de género” y violencia política en la España de Posguerra. Hacia un concepto de “represión sexuada” sobre las mujeres republicanas», en Alejandra Ibarra (coord.), No es país para jóvenes. Encuentro de jóvenes investigadores en Historia Contemporánea, Granada, Instituto Valentín Foronda, 2012.

Abad García, Eduardo, «Entre el internacionalismo proletario y la disciplina de partido. Los comunistas asturianos ante la crisis de Checoslovaquia», Historia del Presente 30 (2017), pp. 155-169.

—, «Ortodoxos, disidentes y revolucionarios. El proyecto político de los comunistas españoles fieles al campo socialista (1968-1980)», en Teresa M.a Ortega López y otros (eds.), Actas del IX Encuentro Internacional de Investigadores del Franquismo. 80 años de la Guerra Civil española, Sevilla, Fundación de Estudios Sindicales y Cooperación de Andalucía, 2017, pp. 283-292.

—, «Contra el aventurerismo de izquierda, contra la claudicación de derecha. Las relaciones de los comunistas ortodoxos con el resto de la Izquierda Revolucionaria en la Transición», en Fundación Salvador Seguí-Madrid (coord.), Las otras protagonistas de la Transición. Izquierda radical y movilizaciones sociales, Madrid, FSS, 2018, pp. 1011-1024.

—, «Una ortodoxia transnacional. Notas sobre la historia cruzada entre el PCP y los leninistas españoles», en Ana Sofía Ferreira y Joao Maderia (coords.), As esquerdas radicais ibéricas entre a ditadura e a democracia. Percursos cruzados, Lisboa, Colibrí, 2019, pp. 129-144.

—, «El otoño de Praga. Checoslovaquia y la disidencia ortodoxa en el comunismo español (1968-1989)», Historia Contemporánea 61 (2019), pp. 971-1003.

—, «La disidencia ortodoxa en el comunismo español (1968-1989)», tesis doctoral, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2020.

Abellán, Manuel, Censura y creación literaria en España (1939-1976), Barcelona, Península, 1980.

Aguado, Ana, «La Historia de las mujeres como Historia Social», en María Isabel del Val Valdivieso y otras (coords.), La historia de las mujeres: una revisión historiográfica, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004, pp. 57-72.

—, «Identidades de género y culturas políticas en la Segunda República», Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea 7 (2008), pp. 123-141.

Aguado Sánchez, Francisco, El maquis en España, Madrid, San Martín, 1975.

—, El maquis en sus documentos, Madrid, San Martín, 1976.

Agudo Blanco, Sixto, En la «Resistencia» francesa. Memorias, Zaragoza, Anubar, 1985.

—, Memorias, 1962-1996, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998.

Águila, Juan José del, El TOP. La represión de la libertad (1963-1977), Barcelona, Planeta, 2001.

—, TOPDAT una base de datos para explotar, Madrid, Fundación Abogados de Atocha, 2007

—, «La represión política a través de la jurisdicción de guerra y sucesivas jurisdicciones especiales del franquismo», Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea, 1 extr. (2015), pp. 211-242.

—, El TOP. La represión de la libertad (1963-1977), Madrid, Ministerio de la Presidencia, 2020.

Aisa, Ferran, Una història de Barcelona: Ateneu Enciclopèdic Popular, 1902-1999, Barcelona, Virus, 2000.

—, El laberint roig: Victor Colomer i Joaquim Maurín, mestres i revolucionaris, Barcelona, Pagès, 2006.

—, Contrarevolució. Els fets de Maig de 1937, Barcelona, Edicions 1984, 2007.

Al proletariado español, Madrid, s.l, s.e., s.f. [1920].

Álamo Felices, Francisco, La novela social española. Conformación ideológica, teoría y crítica, Almería, Universidad de Almería, 1996.

—, La censura franquista en la novela española de postguerra (Análisis e informes), Granada, I&CILe, 2005.

Alares, Gustavo Alares, «El vivero eterno de la esencia española. Colonización y discurso agrarista en la España de Franco», en Alberto Sabio (coord.), Colonos, territorio y Estado. Los pueblos del agua de Bárdenas, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010, pp. 57-80.

Alba, Víctor (ed.), La revolución española en la práctica. Documentos del POUM, Madrid, Júcar, 1977.

—, Historia del Partido Comunista en España. Ensayo de interpretación histórica, Barcelona, Planeta, 1979.

Alberti, Rafael (ed.), Romancero general de la guerra española, Buenos Aires, Patronato Hispano-Argentino de Cultura, 1944.

—, Obras completas. Poesía (1920-1938), Madrid, Aguilar, 1988.

—, Prosas encontradas, Barcelona, Seix Barral, 2000.

—, La arboleda perdida. Primero y Segundo libros (1902-1931), Madrid, Alianza, 2002.

—, La arboleda perdida. Tercero y Cuarto libros (1931-1987), Madrid, Alianza, 2002.

Alcántara Pérez, Pablo, «El PCE en la lupa de la Brigada Político Social. Los comunistas en los Boletines Policiales (1938-1975)», Hispania Nova, Revista de Historia Contemporánea 19 (2021), pp. 291-324.

Alexander, Robert J., The Right Opposition, Londres, Greenwood Press, 1981.

Alonso, V. L., Crisis agrarias y luchas campesinas, 1970-1976, Madrid, Ayuso, 1976.

Alonso Montero, Xesús, Intelectuais marxistas e militantes comunistas en Galicia (1926-2006), Vigo, Ediciós Xerais, 2007.

Alted, Alicia; Nicolás Marín, Encarna y González Martell, Roger, Los niños de la guerra de España en la Unión Soviética. De la evacuación al retorno (1937-1999), Madrid, Fundación Largo Caballero, 1999.

Álvarez, Héctor; Sarmiento Tomás y Martínez, David, «La reconstrucción del PCE en la provincia de León, 1965-1975», en Manuel Bueno, José Hinojosa y Carmen García (coord.), Historia del PCE. I Congreso, 1920-1977, Madrid, FIM, 2007, vol. II, pp. 243-254.

Álvarez, Natividad y otras, Aportaciones a la cuestión femenina, Madrid, Akal, 1977.

Álvarez, Santiago, «La retirada, la lucha guerrillera y el cambio de táctica», Para una historia del PCE, Madrid, FIM, 1980, pp. 137-166.

—, Memoria da guerrilla, Vigo, Ediciós Xerais, 1991.

Álvarez, Santiago y otros, «Balance y valoración de la lucha guerrillera», en El movimiento guerrillero de los años cuarenta, Madrid, FIM, 1990, pp. 193-223.

Álvarez, Segis, La Juventud Socialista Unificada de España. Sus orígenes, actividades, Moscú, 1962, texto mecanografiado.

Álvarez Cobelas, José, Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970), Madrid, Siglo XXI de España, 2004.

Amat, Jordi, Las voces del diálogo. Poesía y política en el medio siglo, Barcelona, Península, 2007.

—, Com una pàtria. Vida de Josep Benet, Barcelona, Edicions 62, 2017.

Amorós, Mario, El hilo rojo. Memorias de dos familias obreras, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2012.

—, El correo del exilio. Cartas a Radio España Independiente (1962-1964), Madrid, Fundación Domingo Malagón, 2014.

Amorós, Miquel; y Semprún, Jaime, Los incontrolados. Crónicas de la España salvaje, 1976-1981, Barcelona, Klinamen / Biblioteca Social Hermanos Quero, 2004.

Ana, Marcos, Decidme cómo es un árbol. Memoria de la prisión y la vida, Barcelona, Umbriel, 2007.

Anderson, Perry, Considerations of Western Marxism, Londres, Verso, 1976.

Andrade Blanco, Juan, El PCE y el PSOE en (la) transición. Evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político, Madrid, Siglo

XXI de España, 2012.

—, «Con su propia voz. Los militantes de base ante el cambio ideológico del PCE y el PSOE en la etapa central de la Transición española», Historia Social 73 (2012), pp. 123-143.

—, «Nuevos enfoques, dogmas, herejías y ajustes de cuentas. Un mapa aproximado del pensamiento comunista español en el exilio», Historia Contemporánea 60 (2019), pp. 687-694.

Andrade Blanco, Juan y Hernández Sánchez, Fernando (eds.), 1917. La Revolución rusa cien años después, Madrid, Akal, 2017.

Andrés Gómez, Valentín, Del mito a la historia. Guerrilleros, maquis y huidos en los montes de Cantabria, Santander, Universidad de Cantabria, 2008.

Anguera, Pere y otros, Primer Congrés d’Història de l’Independentisme Català, Reus, Edicions del Centre de Lectura de Reus, 2008.

Anguita, Julio, Mitín Fiesta del PCE´96, s.l., s.e., s.f. Disponible en: http://archivo.juventudes.org/textos/Julio%20Anguita/Mitin%20Fiesta%20PCE9

Anguita, Julio y Andrade, Juan, Atraco a la memoria. Un recorrido histórico por la vida de Julio Anguita, Madrid, Akal, 2015.

Anónimo, Pueblo cautivo (1946), Madrid, Hiperión-Peralta, 1978.

Aranzubia Cobo, Asier, Carlos Serrano de Osma. Historia de una obsesión, Leioa, Universidad del País Vasco, 2004, https://bit.ly/33WeJ71.

Arasa, Daniel, Años 40: los maquis y el PCE Barcelona, Argos Vergara, 1984.

—, Los españoles de Stalin. Barcelona, Belacqua, 2005.

Arbaiza, Mercedes, «Dones en Transició: El feminismo como acontecimiento emocional», en Teresa María Ortega, Ana Aguado y Elena Hernández Sandoica (eds.), Mujeres, Dones, Mulleres, Emakumeak. Estudios sobre la historia de las mujeres y del género, Madrid, Cátedra, 2019, pp. 267-286.

Arcas, Fernando y Sanjuán, Luis, «Juan Rejano. Periodismo y compromiso

político en la II República», en María José Porro Herrera y Blas Sánchez Dueñas (eds.), El exilio literario andaluz de 1939, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2011, pp. 253-286.

Arco, Miguel Ángel del, «“Los auténticos representantes del campo español”: Hermandades Sindicales de Labradores y generación de adhesión y consentimiento hacia el franquismo», Historia Social 84 (2016), pp. 93-112.

Ariemma, Iginio, La izquierda de Bruno Trentin, Papeles en campo abierto, septiembre de 2014, https://encampoabierto.files.wordpress.com/2014/10/brunotrentin_eca.pdf.

Ariza, Julián, La Confederación Sindical de Comisiones Obreras, Madrid, Avance, 1977.

Arnabat, Ramón, «La represión: el ADN del franquismo español», Cuadernos de Historia 39 (2013), pp. 33-59.

Arnau, Roger (ed.), Marxisme català i qüestió nacional catalana, 1930-1936: textos de moviments i partits polítics, París, Edicions Catalanes de París, 1974.

Aróstegui, Julio (coord.), Franco: La represión como sistema, Barcelona, Flor del Viento, 2011.

Aróstegui, Julio y Marco, Jorge (eds.), El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952, Madrid, La Catarata, 2008.

Arquer, Jordi:, El comunisme i la qüestió nacional i colonial. Lenin, Stalin i Bukharin, Barcelona, Edicions de l’Arc de Barà, 1930.

—, De Pi i Margall al comunisme. Barcelona, L’Hora, 1931.

—, Los comunistas ante el problema de las nacionalidades ibéricas, Barcelona, Ediciones de Panorama Contemporáneo, 1931.

—, «El comunisme independent a Catalunya. Història del Partit Comunista Català, el BOC i el POUM», Conferència al’Ateneu Barcelonès, 27-03-1976.

Arranz, Luis: «Los “cien niños” y la formación del PCE», en Contribuciones a la historia del PCE, Madrid, FIM, 2004, pp. 95-173

Arregui, Cecilio: ¡Por rojo! Memorias, Bilbao, Estudios Gráficos, 1983.

Arriero Ranz, Francisco, «El Movimiento Democrático de Mujeres: de la lucha antifranquista a la conciencia feminista (1964-1975)», en Actes del Congrés La Transcició de la dictadura franquista a la democracia, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2005, pp. 253-263.

—, El Movimiento Democrático de Mujeres. De la lucha contra Franco al feminismo, Madrid, La Catarata, 2016.

Aub, Max, Diarios (1939-1972), Barcelona, Alba, 1998.

Aubert, Jean-Paul, Seremos Mallarmé. La Escuela de Barcelona: una apuesta modernista, Santander, Shangrila, 2016.

Augustin Puerta, Mercedes, Feminismo: identidad personal y lucha colectiva. Análisis del movimiento feminista español en los años 1975 a 1985, Granada, Universidad de Granada, 2003.

Avilés Farré, Juan, La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931), Madrid, UNED-Biblioteca Nueva, 1999.

—, Pasionaria. La mujer y el mito, Barcelona, Plaza y Janés, 2005.

Azcárate, Manuel, Crisis del eurocomunismo, Barcelona, Argos Vergara, 1982.

—, «Prólogo», en Adam Schaff, El comunismo en la encrucijada, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 7-16.

—, Derrotas y esperanzas. La República, la Guerra Civil y la Resistencia, Barcelona, Tusquets, 1994.

Azcárate, Manuel y Sandoval, José Sandoval, 986 días de lucha, Moscú, Progreso, 1965.

Aznar Soler, Manuel, Literatura española y antifascismo (1927-1939), Valencia, Generalitat Valenciana, 1987.

—, «El Partido Comunista de España y la literatura del exilio republicano», en Manuel Aznar Soler, El exilio literario español de 1939: Actas del Primer

Congreso Internacional, Barcelona, GEXEL, 1999, vol. 2, pp. 15-56.

—, «Los intelectuales y la política cultural del Partido Comunista de España, (1939-1959)», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Sevilla, FIM-Atrapasueños, 2009, pp. 367-388.

—, «Resistencia estética y realismo literario: el Boletín del Congreso Universitario de Escritores Jóvenes (1955)», en Carme Molinero y Javier Tébar (eds.), VIII Encuentro Internacional de Investigadores del Franquismo / VIII Trobada Internacional d'Investigadors del Franquisme, Barcelona, 21-22 de novembre de 2013, DVD-ROM, Barcelona, CEFID-UAB / Fundació Cipriano García, 2013, pp. 1-24.

—, El Partido Comunista de España y la literatura (1931-1978). Once estudios sobre escritores, intelectuales y política, Sevilla, Atrapasueños, 2021.

—, La Resistencia silenciada. El Congreso Universitario de Escritores Jóvenes (1954-1955), Sevilla, Renacimiento, 2021.

Azuaga Rico, José María, «Trayectoria de la Agrupación Guerrillera de Granada», en Julio Aróstegui y Jorge Marco (eds.), El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952, Madrid, Libros de la Catarata, 2008, pp. 174-210.

—, Tiempo de lucha: Granada-Málaga. Represión, resistencia y guerrilla (1939-1952), Granada, Alhulia, 2013.

Babiano Mora, José, Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977), Madrid, Siglo XXI de España, 1995.

—, Paternalismo industrial y disciplina fabril en España (1938-1959), Madrid, CES, 1998.

—, «El mundo del trabajo durante el franquismo. Algunos comentarios en relación con la historiografía», Ayer 88 (2012), pp. 229-243.

Babiano Mora, José; Pérez Pérez, José Antonio y Tébar Hurtado, Javier, «La Huelga general en el siglo XX español: retórica, mito e instrumento», Annales

littéraires de l’Université de Franche-Comté 703 (2015), pp. 331-341.

Babiano Mora, José y Tébar Hurtado, Javier, «La parábola del sindicato en España. Los movimientos sindicales en la Transición “larga” a través del caso de CCOO (1975-1986)», en Damián Alberto González Madrid, Manuel Ortiz Heras y Juan Sisinio Pérez Garzón (eds.), La Historia: lost in translation? Actas del XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2017, pp. 1471-1484.

Baby, Sophie, Le mythe de la transition pacifique. Violence et politique en Espagne (1975–1982), Madrid, Casa de Velázquez, 2013.

Backo, Bronislaw, «La fabrication d’un charisme», Revue européene des sciences sociales 57 (1981), pp. 29-44.

Badiou, Alain, L’hypothèse communiste, París, Lignes, 2009.

—, «The Communist Idea and the Question of Terror», en Slavoj Žižek (ed), The Idea of Communism 2. The New York Conference, Londres, Verso, 2013, pp. 32-45.

Baird, David, Historia de los maquis. Entre dos fuegos, Córdoba, Almuzara, 2008.

Balance de un mes de lucha, s.l., s.e., s.f. [1936].

Balcells, Albert, La polèmica de 1928 entorn de l’anarquisme a Catalunya, Barcelona, Nova Terra, 1973.

— (dir.), Història de Catalunya, Barcelona, L’Esfera dels llibres, 2005.

Balfour, Sebastian, Dictatorship, workers, and the City. Labour in Greater Barcelona since 1939, Oxford Clarendon Press, 1989.

Balibar, Etienne, «Communism as Commitment, Imagination, and Politics», en Slavoj Žižek (ed.), The Idea of Communism, Londres, Verso, 2013.

Balsebre, Armand y Fontova, Rosario, Las cartas de La Pirenaica. Memorias del antifranquismo, Madrid, Cátedra, 2014.

Ballester, David, Els anys de la guerra. La UGT de Catalunya (1936-1939), Barcelona, Fundació Josep Comaposada, 1998.

Ballesteros, F., El enlace sindical, Madrid, Centro de Estudios Sindicales Organización Sindical de FET y de las JONS, 1958.

Barral, Carlos, Los años sin excusa, Barcelona, Barral, 1978.

Barranquero Teixeira, Encarnación, Cayetano Bolívar. Su trayectoria política, Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 2006.

—, «El Partido Comunista de España y la propaganda soviética», Revista Historia Actual 6 (2008), pp. 89-102.

—, «Ángeles o demonios. Representaciones, discursos y militancia de las mujeres comunistas», Arenal 19/1 (2012), pp. 103-140.

Barrera Beitia, Enrique, Ferrol, 1931-1951. De la República a la posguerra, Ferrol, Embora, 2005.

Barrero, Óscar, Historia de la literatura contemporánea (1939-1990), Madrid, Istmo, 1992.

Barrio Alonso, Ángeles, Por la razón y el derecho. Historia de la negociación colectiva en España (1850-2012), Granada, Comares, 2014.

Barrull, Jaume, El Bloc Obrer i Camperol. Lleida 1919-1937, Lleida, Ajuntament de Lleida, 1990.

Bassa, David y otros, L'independentisme català, 1979-1984, Barcelona, Llibres de l'Índex, 1985.

Bastida, Francisco, Las sentencias del Tribunal Supremo, Barcelona, Ariel, 1986.

Bayón García, Víctor Manuel, Crónica de una lucha. Mi actividad en el Partido Comunista de España, León, Partido Comunista de León, 2011.

Baxell, Richard, «Cable Street: the Road to Spain», conferencia inédita, s.f. http://www.academia.edu/10765448/Cable_Street_-_the_road_to_Spain.

Becerra Mayor, David, «Introducción» a Armando López Salinas, La mina, Madrid, Akal, 2013.

—, El realismo social en España. Historia de un olvido, Roma, Quodlibet, 2017.

—, «Leer desde la ruptura. Propuesta teórica para explorar el potencial político de una genealogía interrumpida», Kamchatka. Revista de análisis cultural 14 (2019), pp. 319-348.

—, «La institución literaria y el proceso de autonomización de la literatura en el franquismo», en Évelyne Ricci y Melissa Lecointre (eds.), La cultura de los vencedores: literatura y normalización. Nuevas redes culturales en la inmediata España de posguerra (1939-1945), París, en prensa.

Bengoechea Echaondo, Soledad, Les dones del PSUC, Barcelona, Els arbres de Farenheith, 2013.

Benito, Carmen, La clase obrera asturiana durante el franquismo, Madrid, Siglo XXI de España, 1993.

Benjamin, Walter, «El autor como productor», en Tentativas sobre Brecht. Iluminaciones III, Madrid, Taurus, 1991.

—, «Capitalism as Religion», en Marcus Bullock y Michael W. Jennings (eds.), Selected Writings I, 1913-1926, Cambridge (MA), Belknap Press, 2004.

—, Tesis sobre la Historia y otros fragmentos, México, Ítaca, 2008.

Bensaïd, Daniel y Scalabrino, Camille, Le deuxième soufflé. Problèmes du mouvement étudiant, París, Maspero, 1969.

Beorlegui, David, Transición y melancolía. La experiencia del desencanto en el País Vasco (1976-1986), Madrid, Postmetrópolis, 2017.

—, «Expectativas de género en las luchas obreras del tardofranquismo y la Transición: feminismo y memoria en el Gran Bilbao (1975-1979)», Historia Social 88 (2017), pp. 47-62.

Bermúdez Figueroa, Eva; Pérez Serrano, Julio y Roca, Beltrán, «El precio de la autonomía sindical durante la Transición española: el caso de la Unión Sindical

Obrera en la provincia de Cádiz», Tempo e Argumento 11, 27 (2019), pp. 359-386.

Bernal Rodríguez, Antonio-Miguel, «Sindicalismo jornalero y campesino en España (1939-2000)», en Ángel Luis López Villaverde y Manuel Ortiz Heras (coords.), Entre surcos y arados. El asociacionismo agrario en la España del siglo XX, Cuenca, Ediciones UC-LM, 2001, pp. 17-46.

Bértolo, Constantino, «La narrativa de los “realismos”», en Varios Autores, El realismo social en la literatura española. Homenaje a Juan García Hortelano, Málaga, Fundación Domingo Malagón/Diputación de Málaga, 2007.

Biografía. Dolores Ibárruri. «Pasionaria», Madrid, Prensa Obrera, 1938.

Bizcarrondo, Marta (ed.), Octubre del 34: Reflexiones sobre una revolución, Madrid, Editorial Ayuso, 1977.

—, «El marco histórico de la revolución», Estudios de Historia Social 31 (1984), pp. 23-36.

Blanco Rodríguez, Juan Andrés, El Quinto Regimiento en la política militar del PCE en la Guerra Civil, Madrid, UNED, 1993.

—, «Las MAOC y la tesis insurreccional del PCE», Historia Contemporánea 11 (1994), pp. 129-152.

Bloch, Ernst, El principio esperanza, Madrid, Aguilar, 1977, vol. I.

—, The principle of Hope. Volume One, Cambridge (MA), MIT Press, 1986.

Bolinches, Emilia, Pilar Soler. Rebelde con causa, Valencia, PUV, 2013.

Bonamusa, Francesc, El Bloc Obrer i Camperol. Els primers anys: 1930-32, Barcelona, Curial, 1974.

—, Andreu Nin y el movimiento comunista en España, 1930-1937, Barcelona, Anagrama, 1977.

Bosch, Rafael, La novela española del siglo XX, Nueva York, Las Americas, 1970, vol. II

Bourdieu, Pierre, Raisons pratiques: Sur la théorie de l'action, París, Seuil, 1994.

—, Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire, París Seuil, 1998.

Bragado Rodríguez, Eduardo y Lago Peñas, Pedro, «Acción política e sindical e interacción estratéxica en Galicia. O caso do estaleiro Vulcano (1936-1966)», Grial 151 (2001), pp. 469-474

Branciforte, Laura, El Socorro Rojo Internacional (1923-1939). Relatos de la solidaridad antifascista, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011.

Branciforte, Laura y Orsi, Rocío (eds.), La guillotina del poder. Género y acción socio-política, Madrid, Plaza y Valdés, 2015.

Brandenberger, Ernst David, «Stalin as a symbol: a case study of the personality cult ans its construction», en Sarah Davies y James Harris (eds.), Stalin. A New History, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 249-270.

Brandenberger, Ernst David y Zelenov, Mikhail (eds.), Stalin's master narrative. A critical edition of the history of the Communist Party of the Soviet Union (Bolsheviks), short course, New Haven, Yale University Press, 2019.

Braskén, Kasper, «Making Anti-Fascism Transnational: The Origins of Communist and Socialist Articulations of Resistance in Europe, 1923–1924», Contemporary European History 25/4 (novembre 2016), pp. 573596.

Bravo, Anna, «Mujeres y Segunda Guerra Mundial: estrategias cotidianas, resistencia civil y problemas de interpretación», en Mary Nash y Susanna Tavera (eds.), Las mujeres y las guerras. El papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea, Barcelona, Icaria, 2003, pp. 239-254.

Brecht, Bertolt, El compromiso en literatura y arte, Barcelona, Península, 1973.

—, Poemas y canciones, Madrid, Alianza, 1999.

Brooks, Jeffrey, Thank You, comrade Stalin! Soviet public culture from Revolution to Cold War, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

Brugos, Valentín, «Octubre. Teoría y práctica de una propuesta revolucionaria», en Las otras protagonistas de la transición. Izquierda radical y movimientos

sociales, Madrid, Fundación Salvador Seguí, 2018, pp. 1025-1034.

Buch I Ros, Roger, El Partit Socialista d’Alliberament Nacional dels Països Catalans (1974-1980), Barcelona, ICPS, 1995.

—, «El Partit Socialista d’Alliberament Nacional dels Països Catalans (PSAN) (1968-1980). Evolució política i anàlisi interna d’un partit revolucionari i independentista», tesis doctoral, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2010.

Bueno Lluch, Manuel y Gálvez Biesca, Sergio, «Un paso más en el proceso de “normalización historiográfica” de la historia del PCE», Cuadernos de Historia Contemporánea 27 (2005), pp. 317-322.

— (eds.), «Nosotros, los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Madrid-Sevilla, FIM-Atrapasueños, 2009.

—, «Por una historia social del comunismo. Notas de aproximación», en Manuel Bueno y Sergio Gálvez (coords.), «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Sevilla Fundación de Investigaciones Marxistas / Atrapasueños, 2009, pp. 9-39.

Bueno Lluch, Manuel; Hinojosa, José y García, Carmen (coords.), Historia del PCE. I Congreso 1920-1977, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, 2 vols.

Bullejos, José, La Comintern en España. Recuerdos de mi vida, México, Impresiones Modernas, 1972.

Burguera López, Mónica y Schmidt-Nowara, Christopher, «Introducción. El atraso y sus descontentos: entre el cambio social y el giro cultural», en Mónica Burguera y Christopher Schmidt-Nowara (eds.), Historias de España contemporánea. Cambio social y giro cultural, València, Publicacions de la Universitat de València, 2008, pp. 11-16.

Burke, Peter, Formas de historia cultural, Madrid, Alianza, 2000.

Caballero, Magdalena, Compañeros de viaje. Historia y memoria de las asociaciones de amistad hispano-soviéticas, Murcia, Editum, 2009.

Cabana, Ana, «De imposible consenso. Actitudes de consentimiento hacia el franquismo en el mundo rural (1940-1960)», Historia Social 71 (2011), pp. 89-106

Cabana, Ana y Lanero, David, «Movilización social en la Galicia rural del tardofranquismo (1960-1977)», Historia Agraria 48 (2009), pp. 111-132.

Cabo, Francesc de, Nuestros años treinta. Recuerdos de un militante del POUM, Madrid, Sepha, 2005.

Cabrero Blanco, Claudia, Mujeres contra el franquismo (Asturias 1937-1952). Vida cotidiana, represión y resistencia, Oviedo, KRK, 2006.

—, «Asturias. las mujeres y las huelgas», en José Babiano Mora (ed.), Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo, Madrid, Catarata, 2007, pp. 189-244.

—, «Militancia, resistencia y solidaridad. Las mujeres comunistas y la lucha clandestina del primer franquismo», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros, los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Madrid-Sevilla, FIM-Atrapasueños, 2009, pp. 205-229.

—, «Género, antifranquismo y ciudadanía. Mujeres y movimiento vecinal en la Asturias del desarrollismo y el tardofranquismo», Historia del Presente 16/2, (2010), pp. 9-26.

—, «Tejiendo las redes de la democracia. Resistencias cotidianas de las mujeres durante la dictadura franquista», en Mercedes Yusta e Ignacio Peiró (coords.), Resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 197-217.

Cabrero Blanco, Claudia; Díaz, Irene; Alén, José G. y Vega, Rubén, Abogados contra el franquismo. Memoria de un compromiso político 1939-1977, Barcelona, Crítica, 2013.

Calver, Jasmine, The Comité Mondial Des Femmes Contre La Guerre et Le Fascisme : Anti-Fascist, Feminist, and Communist Activism in the 1930s, University of Northumbria, 2019.

Calvo Romero, Sergio, «El PCE ante la prueba de las urnas», Ayer 86 (2012),

pp. 197-224.

Camacho, Marcelino, Charlas en la prisión, Barcelona, Laia, 1976.

—, Confieso que he luchado. Memorias, Madrid, Temas de Hoy, 1990.

—, Confieso que he luchado, Sevilla, Atrapasueños, 2016.

Caminal, Miquel, Joan Comorera. Comunisme i nacionalisme (1939-1958), Barcelona, Empúries, 1985. 3 vols.

—, «Comorera, un patriota per la llibertat de les persones i dels pobles», en Carme Cebrián (ed.), Joan Comorera torna a casa, Barcelona, Pòrtic, 2009, pp. 387-403.

Camino, Alejandro, «La influencia de las mujeres españolas en los resultados de las elecciones generales de 1933», Revista Historia Autónoma 11 (2017), pp. 179-197.

Canning, Kathleen, «El género y la política de formación de clase social: nuevas reflexiones sobre la historia del movimiento obrero alemán», Arenal. Revista de Historia de las Mujeres 2, vol, 2 (1995), pp. 175-218.

—, «La història feminista després del gir lingüístic. Historiar el discurs i l'experiència», en Ana Aguado (ed.), Les dones i la història. Afers 33-34 (1999), pp. 303-341.

Cañeque, Carlos y Grau, Maite, ¡Bienvenido Mr. Berlanga!, Madrid, Bubok Publishing, 2009.

Carle, Emmanuelle, «Gabrielle Duchêne et la recherche d'une autre route: entre le pacifisme féministe et l'antifascisme», tesis doctoral, Montreal, McGill University, 2005.

Carrillo, Santiago, Informe al pleno del Comité Central del PCE, París, Partido Comunista Francés, 1956.

—, Después de Franco, ¿qué?, París, Éditions Sociales, 1965.

—, Nuevos enfoques a problemas de hoy, París, Éditions Sociales, 1967.

—, (prol), Un futuro para España: la democracia económica y política, París, Colección Ebro / Éditions de la Librairie du Globe, 1967.

—, Hacia el post-franquismo, París, Ebro, 1974.

—, Mañana España. Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo, Madrid, Akal, 1976.

—, Memoria de la transición, Barcelona, Grijalbo, 1983.

—, Memorias, Barcelona, Planeta, 1993.

—, Memorias, Barcelona, Planeta, 2006.

Carrillo-Linares, Alberto, Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977), Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2008.

Carvajal, Pedro, Julián Grimau. El último muerto de la Guerra Civil, Madrid, Aguilar, 2003.

Casanellas, Pau, «“Hasta el fin”. Cultura revolucionaria y práctica armada en la crisis del franquismo», Ayer 92 (2013), pp. 21-46.

—, Morir matando. El franquismo ante la práctica armada, 1968-1977, Madrid, Catarata, 2014.

Casanova, Eudaldo, El Partido Comunista de España 1920-1991, Zaragoza, Saberes Inútiles, 2018.

Casanova, Julián, «Rebelión y revolución», en Santos Juliá (coord.), Víctimas de la Guerra Civil, Madrid, Temas de Hoy, 1999, pp. 55-185.

Casanova, Julián; Espinosa, Francisco y Mir, Conchita, Morir, Matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco, Barcelona, Crítica, 2002.

Casanova, Gonzalo y otros, Armarse sobre las ruinas. Historia del movimiento autónomo en Madrid (1985-1999), Madrid, Potencial Hardcore, 2002.

Castiella, Txema, Antoni Gutiérrez Díaz, el Guti. L’optimisme de la voluntat, Barcelona, Edicions 62, 2020.

Castro, Antonio, El cine español en el banquillo, Valencia, Fernando Torres, 1974.

Castro de Paz, José Luis, «Introducción», en José Luis Castro de Paz y Julio Pérez Perucha (coords.), El cine a codazos: Juan Antonio Bardem, Ourense, Festival Internacional de Cine Independiente de Ourense, 2004.

Castro Moral, Lorenzo, «Terrorismo y afirmación revolucionaria: el caso del PCE(r)-GRAPO», tesis doctoral, Madrid, UNED, 2000.

—, «El Terrorismo Revolucionario Marxista-Leninista en España», Historia del Presente 14 (2009), pp. 39-56.

Catalán Deus, José, Del FRAP a Podemos. Crónica de medio siglo: un viaje por la reciente historia española con Ricardo Acro y sus compañeros, Madrid, Muñoz Moya, 2015, 12 tomos.

Caussa, Martí y Martínez i Muntada, Ricard (eds.), Historia de la Liga Comunista Revolucionaria (1970-1991), Madrid, La Oveja Roja, 2014.

Cazcarra, Vicente, Era la hora tercia: testimonio de la resistencia antifranquista, Madrid, UnaLuna, 2000.

Ceamanos Llorens, Roberto, «La historiografía francesa sobre el PCF. Controversias científicas y polémicas», Historia del Presente 16 (2010), pp. 97-112.

—, «Solidaridad antifascista francesa y Octubre de 1934», Cahiers de civilisation espagnole contemporaine [https://journals.openedition.org/ccec/10296].

Cebrián, Carme, Estimat PSUC, Barcelona, Empúries, 1997.

Cenarro, Angela, «Movilización femenina para la guerra total (1936-1939), un ejercicio comparativo», Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales 16 (2006), pp. 159-182.

Cerón Gómez, Juan Francisco, El cine de Juan Antonio Bardem, Murcia, Universidad de Murcia, 1998.

—, «El cine de Juan Antonio Bardem y la censura franquista (1951-1963), las contradicciones de la represión cinematográfica», Imafronte 14 (1999), pp. 23-36.

—, «Militancia y posibilismo», en José Luis Castro de Paz y Julio Pérez Perucha (coords.), El cine a codazos: Juan Antonio Bardem, Ourense, Festival Internacional de Cine Independiente de Ourense, 2004, pp. 23-37.

Chaput, Marie-Claude y Pérez Serrano, Julio (eds.), La transición española, nuevos enfoques para un viejo debate, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015.

Civantos, Alejandro, «La revolución editorial de El Nuevo Romanticismo», en César de Vicente Hernando (ed.), Una generación perdida. El tiempo de la literatura de avanzada (1925-1935), Miami, Stockcero, 2013, pp. 125-144.

Claudín, Fernando, La crisis del movimiento comunista. De la Komintern a la Kominform, París, Ruedo Ibérico, 1970.

—, «The Split in the Spanish Communist Party», New Left Review 70 (1971), pp. 75-99.

—, «El nuevo movimiento obrero español», en Lucio Magri y otros, Movimiento obrero y acción política, México, Era,1975,

—, Eurocomunismo y socialismo, Madrid, Siglo XXI de España, 1977.

—, Documentos de una divergencia comunista, Barcelona, El Viejo Topo, 1978.

—, Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general, Barcelona, Planeta, 1983.

Codovilla, Victorio, José Díaz. Ejemplo de dirigente obrero y popular de la época staliniana, Buenos Aires, Anteo, 1942.

Colomer, Jaume, La temptació separatista a Catalunya: Els orígens (1895-1917), Barcelona, Columna Assaig, 1995.

Colomina, Inmaculada, «La influencia de la iconografía soviética en el imaginario colectivo de la izquierda española en los años 30», Espacio. Tiempo y Forma. Serie V. Historia contemporánea 21 (2009), pp. 101-116.

Coll, Josep y Pané, Josep, Josep Rovira: Una vida al servei de Catalunya i del socialisme, Esplugues de Llobregat, Ariel, 1978.

Coll i Pigem, Maria, Al Paranimf! La primera revolta estudiantil, Barcelona, Base, 2017.

Comín, Alfonso Carlos, Cristianos en el partido, comunistas en la Iglesia, Barcelona, Laia, 1977.

—, Por qué soy marxista y otras confesiones, Barcelona, Laia, 1979.

Comín Colomer, Eduardo, El comunismo en España (1919-1936), Madrid, Publicaciones Españolas, 1951.

—, Historia del Partido Comunista de España, Madrid, Editora Nacional, 1965-67, 3 vols.

Comisión de la Mujer del PCE, La liberación de la mujer: proyecto de programa del PCE-Comisión de la mujer del Comité Central, Madrid, PCE, 1978.

—, Propuestas sobre aborto y contracepción, Madrid, PCE, 1980.

—, Encuentros sobre feminismo y política. Marzo 81, Madrid, FIM, 1981.

El comunismo en España, Madrid, Imprenta Sáez Hermanos, 1932.

Confederación Nacional del Trabajo, Memoria del Congreso celebrado en el teatro de la Comedia de Madrid, los días 10 al 18 de diciembre de 1919, Barcelona, Ediciones de la CNT, 1932.

Cordero Olivero, Inmaculada y Lemús López, Encarnación, «La malla de cristal: actividad política y vida de las comunistas andaluzas en la clandestinidad de los años cuarenta», Spagna contemporanea 15 (1999), pp. 101-120.

Cornell, Richard, Youth and Communism: An Historical Analysis of International Communist Youth Movements. Nueva York, Walker, 1965.

—, Revolutionary Vanguard: The Early Years of the Communist Youth International 1914-1924, Toronto-Buffalo-Londres, University of Toronto Press, 1982

Cos Borbolla, Jesús de, Ni bandidos, ni vencidos, Santander, Del Autor, 2006.

Cossías, Tomás, La lucha contra el maquis en España, Madrid, Editora Nacional, 1956.

Courtois, Stéphane y otros, El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión, Madrid, Espasa-Planeta, 1998 (también en Ediciones B, 2010 y Arzalia Ediciones, 2021).

Crespo, Horacio, «Para una historiografía del comunismo: algunas observaciones de método», en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo (eds.), El comunismo: otras miradas desde América Latina, México, UNAM, 2007, pp. 69-92.

¿Crimen o castigo? Documentos inéditos sobre Julián Grimau García, Madrid, Servicio Informativo Español, 1963.

Cruz, Rafael, «La organización del PCE (1920-1934)», Estudios de Historia Social 31 (1984), pp. 223-312.

—, El Partido Comunista de España en la II República, Madrid, Alianza, 1987.

—, «Como Cristo sobre las aguas. La cultura política bolchevique en España», en Antonio Morales Moya (coord.), Ideologías y movimientos políticos, Madrid, Nuevo Milenio, 1992, pp. 187-202.

—, Pasionaria. Dolores Ibárruri, historia y símbolo, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

—, El arte que inflama. La creación de una literatura bolchevique en España. 1931-1936, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

Cruz Chamizo, Laura, «La influencia del feminismo en el ideal del militante comunista en la transición a la democracia (1975-1982)», comunicación presentada al IX Encuentro de Investigadores del Franquismo, Granada, 10 y 11 de marzo de 2016.

Cucó i Giner, Josepa, «Recuperando una Memoria en la Penumbra. El Movimiento Comunista y las Transformaciones de la Extrema Izquierda Española», Historia y Política 20/2 (2008), pp. 73-96.

La cuestión popular. Madrid, Ediciones Socialistas, 1974.

Cuevas Gutiérrez, Tomasa, Mujeres en las cárceles franquistas, Madrid, Casa de Campo, 1982.

—, Cárcel de mujeres, 1939-1945, Barcelona, Siroco, 1985.

—, Mujeres de la resistencia, Barcelona, Siroco, 1986.

—, Testimonio de mujeres en las cárceles franquistas, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004.

Culla, Joan B., El catalanisme d'esquerra (1928-36), Barcelona, Curial, 1977.

Curry, Tim, «Varda Burstyn, The Rites of Men: Manhood, Politics and the Culture of Sport», Contemporary Sociology 30, 5 (septiembre 2001), pp. 496-497.

Dámaso, Ángel, «Nacionalismo canario de izquierdas: La efímera Unión del Pueblo Canario», El futuro del Pasado 6 (2015), pp. 281-317.

Del Búfalo, Marco, «Las relaciones entre el PCE y el PCI (1962-1981), en el contexto de la crisis del movimiento comunista internacional», tesis doctoral, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2017.

Del Moral, Marta, Acción colectiva femenina en Madrid (1909-1931), Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2012.

Delporte, Christian, «Les jeunesses socialistes dans l'entre-deux-guerres», Le Mouvement Social 157 (1991), pp. 33-66.

Denoyer, Aurélie, «L'exil comme patrie: les refugies communistes espagnols en RDA (1950-1989). Trajectoires individuelles, histoire collective», París, Universite Paris-Est / Universite de Potsdam, 2012.

—, L'exil comme patrie. Les réfugiés communistes espagnols en RDA (1950-1989), Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2017.

Dermenjian, Geneviève y Loiseau, Dominique, «Itinéraires de femmes communistes», en Olivier Fillieule y Patricia Roux (eds.), Le sexe du

militantisme, París, Presses de Sciences Po, 2009, pp. 93-113.

Derrida, Jacques, Spectres de Marx. L'État de la dette, le travail du deuil et la nouvelle Internationale, París, Galilée, 1993.

Deutscher, Isaac, «La conciencia de los ex-comunistas», abril de 1950, Marxist Internet Archive [https://www.marxists.org/espanol/deutscher/1950/conciencia_ex-comunistas.htm].

Devillard, María José; Pazos, Álvaro; Castillo, Susana y Medina, Nuria, Los niños españoles en la URSS (1937-1997), narración y memoria, Barcelona, Ariel, 2001.

Di Febo, Giuliana, Resistencia y movimiento de mujeres en España, 1936-1976, Barcelona, Icaria, 1979.

Di Michelle, Andrea, «I diversi volti del ruralismo fascista», Italia Contemporánea 199 (1995), pp. 243-267.

Díaz, Elías, Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975), Madrid, Tecnos, 1983.

Díaz, Irene, Vanguardia obrera e insurrección firmada. La huelga minera de 1963 y las contradicciones de la dictadura franquista, Gijón, Ateneo Obrero de Gijón, 2006.

Diaz, Irene, Gómez Alén, José y Vega, Rubén, Cruz 16: un despacho histórico de la abogacía democrática. 1965-1977, Madrid, Fundación Abogados de Atocha, 2015.

Díaz, Irene; Alén, José G.; Vega, Rubén, Cristina, Manuela y Paca. Tres vidas cruzadas, entre la justicia y el compromiso. Barcelona, Península, 2017.

Díaz, José, Las enseñanzas de Stalin, guía luminoso para los comunistas españoles, México, Editorial Popular, 1940.

—, Tres años de lucha, Barcelona, Laia, 1978, vol. I.

Díaz Alonso, Diego, Disputar las banderas. Los comunistas, España y las

cuestiones nacionales (1921-1982), Gijón, Trea, 2019.

Díaz Díaz, Benito, Huidos y guerrilleros antifranquistas en el centro de España, 1939-1945, Toledo, Tilia, 2011.

—, Jesús Bayón, Un asturiano al frente del PCE. De la secretaría general a guerrillero en el centro de España (1936-1946), Toledo, Almud, 2015.

Díaz-Geada, Alba, O campo en movemento. O papel do sindicalismo labrego no rural galego do tardofranquismo e da transición (1964-1986), Santiago de Compostela, Publicaciones de la USC, 2011.

Díaz-Salazar, Rafael, El proyecto de Gramsci, Barcelona, Anthropos, 1991.

Diez Puertas, Emeterio, Historia del movimiento obrero en la industria española del cine, 1931-1999, Valencia, Ediciones de la Filmoteca, 2001.

Dimitrov, Georgi, Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2003.

Dogliani, Patrizia, La «Scuola della reclute»: l’Internazionale giovanile socialista dalla fine dell’Ottocento alla prima guerra mondiale, Turín, Einaudi, 1983

—, «Lo sport operaio tra le due guerre. L’Ufficio Internazionale del Lavoro e il tempo libero», Ludus. Sport & Loisir 1, 1 (abril de 1992), pp. 51-61.

—, Storia dei Giovani, Milán, Bruno Mondadori, 2003.

Domènech, Xavier, «El problema de la conflictividad bajo el franquismo: saliendo del paradigma», Historia Social 42 (2002), pp. 123-144.

—, Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños, grandes cambios, 1956-1969, Madrid, La Catarata, 2008.

—, Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Luchas de clases, dictadura y democracia (1939-1977), Barcelona, Icaria, 2012.

—, Un haz de naciones. El Estado y la plurinacionalidad en España (1830 -2017), Barcelona, Península, 2020.

Domínguez, Javier, Organizaciones obreras cristianas en la oposición al franquismo, 1951-1975, Bilbao, Ediciones El Mensajero, 1985.

Domínguez Prats, Pilar, De ciudadanas a exiliadas. Un estudio sobre las republicanas españolas en México, Madrid, Cinca, 2009.

Domínguez Rama, Ana, «¿Revolución o Reconciliación? Orígenes y conformación del Partido Comunista de España (marxista-leninista)», en Manuel Bueno (coord.), Comunicaciones del II Congreso de historia del PCE: de la resistencia antifranquista a la creación de Izquierda Unida. Un enfoque social (CD.), Madrid, FIM, 2007.

Donofrio, Andrea, Érase una vez el eurocomunismo. Las razones de un fracaso, Madrid, Tecnos, 2018.

Doña, Juana, Desde la noche y la niebla (Mujeres en las cárceles franquistas). Novela-testimonio, Madrid, De la Torre, 1978.

The draft programme of the Young Communist International, Londres, Publishing House of the Young Communist International, 1925.

Dreyfus, Michel, PCF. Crises et dissidences de 1920 à nos jours, Bruselas, Éditions Complexe, 1990.

Dreyfus, Michel y otros (dirs.), Le siècle des communismes, París, Les Éditions de l'Atelier, 2000.

Dreyfus-Armand, Génevieve, El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la Guerra Civil a la muerte de Franco, Barcelona, Crítica, 2000.

Dubois, Jacques, L'institution de la littérature, Bruselas, Labor, 1978.

Duelo, Gerardo, Diccionario de grupos, fuerzas y partidos políticos españoles, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1977.

Dullin, Sabine y Studer, Brigitte, «Communism + Transnational: the Rediscovered Equation of Internationalism in the Comintern Years», Twentieth Century Communism 14 (2018), pp. 66-95.

Durgan, Andrew, «La Huelga general mercantil de 1933», en Varios Autores, La

Historia i els joves historiadors catalans, Barcelona, 1986.

—, «Sindicalismo y marxismo en Cataluña 1931-1936. Hacia la fundación de la Federación Obrera de Unidad Sindical», Historia Social 8 (1990), pp. 29-45

—, BOC 1930-36. El Bloque Obrero y Campesino, Barcelona, Laertes, 1996.

—, «Joaquín Maurín y la cuestión nacional», en Pelai Pagès y Pepe Gutiérrez Álvarez (dirs.), El POUM y el caso Nin. Una historia abierta, Barcelona, Laertes, 2014, pp. 211-226.

—, Comunismo, revolución y movimiento obrero en Cataluña 1920-1936. Los orígenes del POUM, Barcelona, Laertes, 2016.

Edinger, Lewis J., «German Social Democracy and Hitler’s “National Revolution” of 1933: A Study in Democratic Leadership», World Politics 5, 3 (abril de 1953), pp. 330-367.

Eiroa, Matilde, «Represión, restricción, manipulación: estrategias para la ordenación de la sociedad y del Estado», Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea 6 (2006).

—, Españoles tras el Telón de Acero. El exilio republicano y comunista en la Europa socialista, Madrid, Marcial Pons, 2018.

Eley, Geoff, Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000, Barcelona, Crítica, 2003.

Elorza, Antonio, «El anarcosindicalismo español bajo la dictadura (1923-1930). La génesis de la Federación Anarquista Ibérica (I)», Revista de Trabajo 44-45 (1972), pp. 315-453.

—, «La CNT bajo la dictadura (1923-1930) (II)», Revista de Trabajo 39-40 (1973), pp. 123-218.

Elorza, Antonio y Bizcarrondo, Marta, Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939, Barcelona, Crítica, 1999.

Eppe, Heinrich, La fuerza de la solidaridad. Ochenta años de Internacional Socialista de Juventudes, Bonn, International Union of Socialist Youth, 1987.

Erice, Francisco, «Mujeres comunistas. La militancia femenina en el comunismo asturiano, de los orígenes al final del franquismo», en Francisco Erice (coord.), Los comunistas en Asturias (1920-1982), Gijón, Trea, 1996, pp. 313-344.

—, «Condición obrera y actitudes ante el conflicto. Los trabajadores asturianos a comienzos de la década de 1960», en Rubén Vega García, Las huelgas de 1962 en Asturias, Gijón, Trea, 2002, pp. 93-114.

—, «Combates por el pasado y apologías de la memoria, a propósito de la represión franquista», Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea 6 (2006).

—, «Los condicionamientos del giro táctico del PCE en 1956: El contexto de la Política de Reconciliación Nacional», Papeles de la FIM 24 (2006), 2.a época, pp. 129-150.

—, «La política sindical del PCE en los orígenes de las Comisiones Obreras: las confusiones en torno a la OSO», en Manuel Bueno, José Hinojosa y Carmen García (coords.), Historia del PCE: I Congreso (1920-1977), Madrid, FIM, 2007, t. II, pp. 107-119.

—, «El “orgullo de ser comunista”. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros, los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Madrid-Sevilla, FIM-Atrapasueños, 2009, pp. 139-183.

—, Evolución histórica del PCE (1). De los orígenes a la lucha guerrillera. Madrid, Partido Comunista de España, 2012.

—, «Santiago Carrillo y el partido del antifranquismo (1955-1975)», Historia del presente, 24 (2014), pp. 43-57.

—, «Memoria colectiva de los comunistas españoles bajo el franquismo. Alcance y mecanismos de construcción de una memoria clandestina», en Actas del XII Congreso de la AHC, Madrid, AHC, 2014, pp. 3789-3814.

—, «El Partido Comunista de España, el giro de 1956 y la lectura selectiva del XX Congreso», Nuestra Historia 2 (2016), pp. 66-88.

—, Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la

subversión comunista (1956-1963), Oviedo, Trea, 2017.

—, «El impacto de la Revolución rusa en el movimiento obrero español: el surgimiento del PCE», en Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds.), 1917. La Revolución rusa cien años después, Madrid, Akal, 2017, pp. 331-356.

—, (coord.), Los comunistas en Asturias, 1920-1982, Gijón, Trea, 1996.

Errázuiz, Javier, «El movimiento estudiantil madrileño durante el curso 1975-1976: auge y agotamiento de un actor fundamental en la lucha contra el franquismo», Ayer 99 (2015), pp. 199-224.

Escalera Cordero, Matías, «Año tras año, una novela de los derrotados y los vencidos de ayer para los vencidos y los derrotados de hoy», Revista de crítica literaria marxista 5 (2011), pp. 72-76.

Espinosa Maestre, Francisco y García Márquez, José María, Por la religión y por la patria. La Iglesia y el golpe militar de julio de 1936, Barcelona, Crítica, 2014.

Esteban, José, Ahora que recuerdo. Memorias literarias, Madrid, Reino de Cordelia, 2019.

Estebaranz, Juantxo, «La eclosión de la corriente asamblearia (1969-1975)», Viento Sur 115 (2011), pp. 72-78.

Estivill, Ángel, Lina Odena: la gran heroína de las juventudes revolucionarias de España, Barcelona, Maucci, 1936.

Estruch Tobella, Joan, Historia del PCE 1920-1939, Barcelona, El Viejo Topo, 1978.

—, El PCE en la clandestinidad. 1936-1956, Madrid, Siglo XXI de España, 1982.

—, Historia oculta del PCE, Madrid, Temas de Hoy, 2000.

Evans, Richard J., Eric Hobsbawm. A Life in History, Londres, Abacus, 2019.

Ezcurra, José Ángel, «Crónica de un empeño dificultoso», en Alicia Alted y Paul Aubert (eds.), Triunfo en su época. Jornadas organizadas en la Casa de

Velázquez los días 26 y 27 de octubre de 1992, Madrid, École des Hautes Études Hispaniques, Casa de Velázquez, Ediciones Pléyades, 1995, pp. 43-54.

Falcón, Irene, Asalto a los cielos: mi vida junto a Pasionaria, Madrid, Temas de Hoy, 1996.

Fanés, Fèlix, La Vaga de tramvies del 1951. Una cronica de Barcelona, Barcelona, Laia, 1977.

Faraldo, José María, «Entangled Eurocommunism: Santiago Carrillo, the Spanish Communist Party and the Eastern Bloc during the Spanish Transition to Democracy, 1968-1982», Contemporary European History 26(4) (2017), pp. 647-668.

—, Las redes del terror. Las policías secretas comunistas y su legado, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2018.

— (ed.), Collapsed Empires. The consequences of 1917 in the Mediterranean and the World, Zúrich, Lit, 2020.

Federación de Juventudes Socialistas de España, Memoria del V Congreso, Madrid, Gráfica Socialista, 1934.

Federación Local de Sociedades Obreras de San Sebastián, Proyecto de plataforma que presenta a la conferencia nacional pro unidad sindical de lucha de clases, la Comisión Nacional de Unidad, Barcelona, Ediciones Frente Único, 1932.

Fédération Démocratique Internationale des Femmes, Congrès International des Femmes: compte rendu des travaux du Congrès qui s’est tenu à París du 26 novembre au 1er décembre 1945, París, 1945.

Fernández, David y Gabriel, Anna, August Gil Matamala. Al principi de tot hi ha la guerra, València, Sembra Llibres, 2017.

Fernández Ania, Juan, La lucha por la democracia en Oviedo, Oviedo, Del Autor, 1993.

Fernández Buey, Francisco, «Estudiantes y profesores universitarios contra Franco. De los sindicatos democráticos estudiantiles al movimiento de

profesores no numerarios (1966-1975)», en Juan José Carreras Ares y Miguel Ángel Ruiz Carnicer (eds.), La Universidad española bajo el régimen de Franco, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989, pp. 469-496.

—, Por una universidad democrática, Barcelona, El Viejo Topo, 2009.

—, «Cinco calas en la historia del comunismo del siglo XX. Para el libro blanco del comunismo», Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Social 152 (2020-2021), pp. 101-114.

Fernández, Francisco y Rodríguez, Juan Carlos, «60 años de la muerte de Gramsci», Rebelión, 26 de Agosto de 2012 [https://rebelion.org/60-anos-de-la-muerte-de-gramsci/].

Fernández Cáceres, María Francisca, «Orígenes de una disidencia. Manuel Sacristán en las revistas Estilo y Quadrante», Historia y Política 30 (2013), pp. 225-249.

Fernández Calvet, Jaume, Terra Lliure, 1979-1985, Barcelona, Llamp, 1986.

Fernández Cava, Salvador, Los guerrilleros de Levante Aragón. El cambio de estrategia (1949-1952), Cuenca, Tomebamba, 2007.

—, Censo e imágenes de la lucha antifranquista en Levante y Aragón (1945-1956). Los guerrilleros, Valencia, Llorens, 2017.

Fernández Durán, Ramón, «De la autonomía de los 70 a la del siglo XXI», en Gonzalo Casanova y otros, Armarse sobre las ruinas. Historia del movimiento autónomo en Madrid (1985-1999), Madrid, Potencial Hardcore, 2002, pp. 10-15.

Fernández Luceño, María Victoria, José Díaz Ramos. Aproximación a la vida de un luchador obrero, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992.

Fernández Pancorbo, Paloma, El maquis al norte del Ebro, Sansueña, Diputación General de Aragón, 1988.

Fernández Rodríguez, Carlos, Madrid clandestino. La reestructuración del PCE en Madrid, 1939-1945, Madrid, Fundación Domingo Malagón, 2002.

—, «La actividad represora contra la militancia comunista en el Madrid de

posguerra», en Represión franquista en Madrid. Contra la impunidad del franquismo, Memòria Antifranquista del Baix Llobregat 20, 2020, pp. 33-37.

—, Los otros camaradas. El PCE en los orígenes del franquismo (1939-1945), Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020.

Fernández Soldevilla, Gaizka y López Romo, Raúl, Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical, 1958-2012, Madrid, Tecnos, 2012.

Ferrer, Cristian, Lluitadors quotidians. L’antifranquisme, el canvi polític i la construcció de la democràcia al Montsià (1972-1979), Lleida, Edicions de la UdL, 2014.

—, «Espais d’oposició al franquisme més enllà de la Gran Barcelona», tesis doctoral, Barcelona, UAB, 2018.

—, «El PSUC y el trabajo en el campo. El movimiento campesino entre el franquismo y la transición», en Daniel Lanero (ed.), El disputado voto de los labriegos. Cambio, conflicto y continuidad política en la España rural (1968-1982), Granada, Comares, 2018, pp. 111-134.

—, «La fase expansiva del antifranquismo, 1962-1976. Presencia, espacios y redes del PSUC en comarcas», Nuestra Historia 3 (2017), pp. 18-38.

Ferrer, Cristian y Puig, Guillem, «Vivir de la tierra. Organización, conflicto y cambio en la Cataluña agraria: la Unió de Pagesos, 1973-1979», Investigaciones Históricas 40 (2020), pp. 85-112.

Ferrer, Miquel, Memòries, 1920-1970. 50 anys de d’acció política, social i cultural catalana, Barcelona, Pagès Editors, 2009.

Ferrer i Sanxís, Miquel, Memòries (1920-1970), 50 anys d’acció política, social i cultural catalana, Barcelona, Fundació Josep Comaposada, 2008.

Ferres, Antonio, Memorias de un hombre perdido, Madrid, Debate, 2002.

Ferris, José Luis, Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta, Madrid, Temas de Hoy, 2010.

Figes, Orlando y Kolonitskii, Boris, Interpretar la revolución rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917, Madrid, Biblioteca Nueva / Universitat de València, 2001.

Figuères, Léo, La jeunesse militante. Chronique d'un jeune communiste des années 30-50, París, Les Éditions Sociales, 1971.

— (present.), La jeunesse et le communisme, choix de textes marxistes présentés par Leo Figueres, París, Editions Sociales, 1963 (2.a ed.).

Fischer, Ernst, Recuerdos y reflexiones, Madrid, Siglo XXI de España, 1976.

Fischman, Robert M., Organización obrera y retorno a la democracia en España, Madrid, CIS / Siglo XXI de España, 1996.

Fonseca, Carlos, Trece rosas rojas. La historia más conmovedora de la Guerra Civil, Madrid, Temas de Hoy, 2004.

Fontana i Lázaro, Josep, «Los comunistas en el final de la dictadura», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad e historia social, Sevilla Fundación de Investigaciones Marxistas / Atrapasueños, 2009, pp. 405-418.

Forcadell, Carlos, Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español 1914-1918, Barcelona, Crítica, 1978.

Forcadell, Carlos y Montero, Laura, «Del campo a la ciudad: Zaragoza en el nuevo sindicalismo de CCOO», en D. Ruiz (dir.), Historia de Comisiones Obreras (1958-1988), Madrid, Siglo XXI de España, 1993, pp. 315-344.

Forja de comunistas. 24 lecciones para una escuela de cuadros, Albacete, Flores, 1978.

Forti, Steven, El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras, Santiago de Compostela, Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, 2014.

Fox Maura, Soledad, Ida y vuelta. La vida de Jorge Semprún, Barcelona, Debate, 2016.

Franco, Elena, Denuncias y represión en años de posguerra. El Tribunal de

Responsabilidades Políticas en Huesca, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2005.

Fuentes, María Candelaria y Cobo, Francisco, La tierra para quien la trabaja. Los comunistas, la sociedad rural andaluza y la conquista de la democracia (1956-1983), Granada, Universidad de Granada, 2016.

Fuentes, Víctor, La marcha al pueblo en las letras españolas (1917-1936), Madrid, De la Torre, 2006.

Fuertes, Carlos y Gómez Roda, Alberto, El Tribunal de Orden Público en el país valenciano, Valencia, FEISCCOOPV, 2011.

Fuertes Muñoz, Carlos, Vivir la dictadura. La evolución de las actitudes sociales hacia el franquismo, Granada, Comares, 2017.

Fundación Nacional Francisco Franco, Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1992, t. II-2.

Furet, François, El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

Gabriel, Pere, El moviment obrer a Mallorca, Barcelona, Curial, 1973.

—, «Cultura popular democrática, lenguaje político y lengua en Cataluña», en Rafael Rodríguez Valdés, Rubén Cega y Xulio Viejo (eds.), Llingua, clase y sociedá, Uvieu, Trabe, 2008, pp. 305-362.

—, Un sindicalismo de guerra, 1936-1939. Historia de la UGT, vol. 4, Madrid, Siglo XXI de España, 2011.

Gahete Muñoz, Soraya, «¿Sexo contra sexo o clase contra clase? El género y la clase en los debates del feminismo español (1975-1980)», Kamchatka. Revista de análisis cultural 14 (2019), pp. 245-266.

Galán, Luis, Después de todo: recuerdos de un periodista de La Pirenaica, Barcelona, Anthropos, 1988.

Gálvez Biesca, Sergio, «Del socialismo a la modernización: los fundamentos de

la «misión histórica» del PSOE en la Transición», Historia del Presente 8 (2006), pp. 199-218.

—, «La “extraña” derrota del movimiento obrero», en S. Gálvez (coord.), La clase trabajadora, después del Estatuto de los Trabajadores y sus reformas, dossier monográfico en Papeles de la FIM 26/27 (2008), pp. 7-28.

—, «Modernización socialista y reforma laboral (1982-1992)», tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2013.

—, «La “construcción” de Santiago Carrillo (1983-2013)», Historia del Presente 24 (2014), pp. 77-92.

—, La gran huelga general El sindicalismo contra «la modernización socialista», Madrid, Siglo XXI de España, 2018.

Gálvez Yagüe, Jesús, «Cuatro cartas inéditas de Rafael Alberti a José Herrera Petere», en José Herrera Petere. Vanguardia y exilio, Guadalajara, Diputación de Guadalajara, 2010, pp. 195-212.

Gallego, Ferran, Barcelona, mayo de 1937. La crisis del antifascismo en Cataluña, Barcelona, Debate, 2007.

—, La crisis del antifascismo en Cataluña. Barcelona, mayo de 1937, Barcelona, Debolsillo, 2008.

Gallego, Ignacio, VIII Congreso del Partido Comunista de España. Problemas de organización y modificación a los estatutos, S/l, PCE, 1972.

García, Hugo, «Historia de un mito político: el peligro comunista en el discurso de las derechas españolas (1918-1936)», Historia Social 51 (2005), p. 5-12.

—, «Was there an Antifascist Culture in Spain during the 30’s?», en Hugo García y otros, Rethinking Antifascism. History, Memory and Politics, 1921-1945, Londres/Nueva York, Berghahn Books, 2016, pp. 92-113.

García Alcalá, Julio Antonio, Historia del Felipe (FLP, FOC y ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria, Madrid, Centro de Estudios Políticos, 2001.

García Fernández, Javier, Tierra y libertad. Sindicato Obreros del Campo, cuestión agraria y democratización del mundo rural en Andalucía, Barcelona, Icaria, 2017.

García Ferrer, Joan Manuel y ROM, Martí, Joaquín Jordá, Barcelona, Associació d’Enginyers Industrials de Catalunya, 2001.

—, Francesc Vicens, Barcelona, Col·legi d’Enginyers de Catalunya, 2003.

García de León, M.a Antonia, Rebeldes ilustradas (La otra Transición), Barcelona, Anthropos, 2008.

García Hortelano, Juan, El grupo poético de los años cincuenta, Madrid, Taurus, 1978.

García Iglesias, José Manuel y Santidrián Arias, Víctor Manuel, A autoridade na palabra. Biografía do comunista Paco Filgueiras, 1920-1976, Santiago, Fundación 10 de Marzo, 2006.

García Piñeiro, Ramón, Los mineros asturianos bajo el franquismo (1937-1962), Madrid, Fundación 1.o de Mayo, 1990.

—, «La huelga del silencio. Hojas de calendario», en R. Vega (coord.), Hay una luz en Asturias. Las huelgas de 1962 en Asturias, Gijón, Fundación Juan Muñiz Zapico / Trea, 2002, pp. 63-91.

—, «Mujeres en huelga», en Rubén Vega García (coord.), Las huelgas de 1962 en Asturias, Gijón, Fundación Juan Muñiz Zapico / Trea, 2002, pp. 242-256.

—, Fugaos. Ladreda y la guerrilla en Asturias (1937-1947), Oviedo, KRK, 2007.

—, Luchadores del ocaso: represión, guerrilla y violencia política en la Asturias de posguerra (1937-1952), Oviedo, KRK, 2015.

—, «Entre la amnesia y el flagelo. Elucubraciones en torno a algunos de los episodios más traumáticos en la historia del PCE», Nuestra Historia 2 (2016), pp. 245-249.

—, «Organizaciones agrarias y movilizaciones campesinas en la Asturias franquista», en Manuel Ortiz Heras (coord.), Memoria e Historia del franquismo,

Cuenca, UC-LM, 2005.

García Prieto, Beatriz, «La represión franquista sobre las mujeres leonesas (1936-1950)». trabajo de fin de máster, León, Universidad de León, 2016.

García Salve, Francisco, Por qué somos comunistas, Madrid, Penthalon, 1981.

García Salve, Francisco y Alonso Plaza, Fidel, Dos voces de clase obrera, Madrid, Grafiper, 1979.

Garí, Domingo, Historia del nacionalismo canario, Las Palmas de Gran Canaria-Santa Cruz de Tenerife, Benchomo, 1992.

Garrido, Magdalena y González, Carmen, «El Puente a la Transición y su Resultado Final. Actitudes del PCE y de la militancia comunista en la Transición Española», Revista de Historia Actual 6 (2008), pp. 71-87.

Gascón, Antonio y Moreno, Manuel, Lina Odena. Una mujer, Barcelona, Comissió d'Alliberament de la Dona Lina Odena - PCC, Caepisa, 1996.

Gascón Ricao, Antonio, Beltrán, El esquinazau, Jaca, Pirineum, 2002.

Gimeno Igual, Joan, «Situar el hoy en el mañana. Comisiones Obreras en la transición y la democracia 1976-1991», tesis doctoral, Barcelona, UAB, 2019.

—, «Comisiones Obreras ante las actitudes políticas de la clase trabajadora española: entre el cambio posible y el cambio necesario (1980-1986)», Nuestra historia 6 (2018), pp. 69-90.

Ginard i Féron, David, Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España (1931-1942), Palma, Compañía Literaria-Documenta Balear, 1991.

—, La resistencia antifranquista a Mallorca (1939-1948), Palma, Compañía Loteraria-Documenta Balear, 1991.

—, L'oposició antifranquista i els comunistes mallorquins (1939-1977), Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1998.

—, Matilde Landa. De la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas, Barcelona, Flor del Viento, 2005.

—, «La represión contra los vencidos y los resistentes en la posguerra española (1939-1948)», en Margalida Capellà y David Ginard (coords.), Represión política, justicia y reparación. La memoria histórica en perspectiva jurídica (1936-2008), Mallorca, La Compañía Literaria-Documenta Balear, 2009, pp. 43-102.

—, «“La madre de todos los camaradas”. Dolores Ibárruri como símbolo movilizador, de la Guerra Civil a la transición posfranquista», Ayer 90 (2013), pp. 189-216.

—, Aurora Picornell. Feminismo, comunismo y memoria republicana en el siglo XX, Granada, Comares, 2018.

—, «Francisca Bosch (1932-1992), dirigente del PCE de las Baleares en la clandestinidad», Nuestra Historia 5 (2018), pp. 184-188.

— (dir.), Les revolucions de 1917. Europa, Espanya, Illes Balears, Palma, Lleonard Muntaner, 2019.

Gómez, Helios, ¡Viva Octubre! Dessins sur la Revolution Espagnole, Bruselas, Bolyn, 1936.

Gómez, Mayte, El largo viaje. Política y cultura en la evolución del Partido Comunista de España. 1920-1939, Madrid, Ediciones de la Torre, 2006.

Gómez Alén, José, As CC.OO. de Galicia e a conflictividade laboral durante o franquismo, Vigo, Xerais, 1995.

—, «La nueva conflictividad industrial. La experiencia de Galicia», en Isidro Sánchez, Manuel Ortiz y David Ruiz (coords.), España franquista. Causa general y actitudes sociales ante la dictadura, Universidad de Castilla la Mancha, Albacete, 1993. pp. 213-232.

—, «Galicia 1962. El eco del silencio», en Rubén Vega García, «El camino que marcaba Asturias». Las Huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional, Gijón, Trea / Fundación Juan Muñiz Zapico, 2002, pp. 277-302.

—, «La Pirenaica: la subversión en las ondas», en Rubén Vega García (coord.), Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional, Gijón, Fundación Juan Muñiz Zapico / Trea, 2002, pp. 93-142.

—, «Vigo and Ferrol 1972. Two Strikes, one Strategy», en Antonio Simoes do Paço, Raquel Varela y Sjaak van der Velden (Coords.), Strikes and Social Conflicts. Towards a Global History. Lisboa, Universidade Nova de Lisboa, 2012, pp. 213-232.

—, «Conflicto obrero y protesta política en Galicia. Las ciudades de Vigo y Ferrol, 1960-1980», en Javier Tebar Hurtado (ed.), El movimiento obrero en la gran ciudad, Barcelona, El Viejo Topo, 2013, pp. 243-272.

Gómez Alén, José y Santidrián Arias, Víctor, Historia de Comisións Obreiras de Galicia nos seus documentos, Sada, Ediciós do Castro, 1996.

—, «Vigo Obreiro. O primeiro periodico das CCOO de Vigo», en Vigo Obreiro. Edición facsímile, Santiago Fundación 10 de Marzo, 1997, pp. 15-31.

—, O dez de Marzo, Unha data na historia, Santiago, Noroeste ensaio, 1997.

—, Catálogo Exposición A prensa clandestina no franquismo, Santiago de Compostela, Fundación 10 de Marzo, 2000.

Gómez Bravo, Gutmaro, «Venganza tras la victoria: la política represiva del franquismo (1939-1948)», en Ángel Viñas (ed.), En el combate por la historia. La República, la Guerra Civil, el franquismo, Pasado & Presente, 2012, pp.575-592.

Gómez Bravo, Gutmaro y Marco Carretero, Jorge, La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista, 1936-1950, Barcelona, Península, 2011, pp. 254-267.

Gómez López-Quiñones, Antonio, La guerra persistente, Madrid, Iberoamericana, 2006.

Gómez López-Quiñones, Antonio y Winter, Ulrich (eds.), Cruzar la línea roja. Hacia una arqueología del imaginario comunista ibérico (1930-2017), Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2017.

Gómez Roda, Alberto, Comisiones Obreras y represión franquista: Valencia 1958-1972, Valencia, PUV, 2004.

González, Anabel, El feminismo en España, hoy, Madrid, Zero-Zyx, 1979.

González de Andrés, Enrique, La economía franquista y su evolución. Los análisis económicos del Partido Comunista de España, Madrid, La Catarata, 2014.

—, ¿Reforma o ruptura? Una aproximación a las políticas del Partido Comunista de España entre 1973 y 1977. Programa, discurso y acción sociopolítica, Barcelona. El Viejo Topo, 2017.

González Calleja, Eduardo: «Sobre el concepto de represión», Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea 6 (2006).

—, Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España Contemporánea. 1865-2008, Madrid, Alianza, 2009.

—, En nombre de la autoridad. La defensa del orden publico durante la Segunda República española (1931-1936), Granada, Comares, 2014.

González Duro, Enrique, Las rapadas. El franquismo contra la mujer, Madrid, Siglo XXI de España de España, 2012.

Gordon, Carlos, «Prensa clandestina y movimiento obrero en el franquismo», en Varios Autores, Amordazada y perseguida. Catálogo de la prensa clandestina y el exilio. Hemeroteca de la Fundación 1.o de Mayo, Madrid, Fundación 1.o de mayo, 2005, pp. 265-296.

Gorz, André, Stratégie ouvrière et neocapitalisme, París, Du Seuil, 1964.

Goulemont, Jean Marie, Pour l’amour de Staline. La face cachée du communisme français, París, CNRS, 2009.

Goytisolo, Juan, Coto Vedado, Madrid, Alianza, 1985.

Goytisolo, Luis, Estatua con palomas, Barcelona, Destino, 1992.

—, Cosas que pasan, Madrid, Siruela, 2009.

Goytisolo, Juan y Vázquez Montalbán, Manuel, «Recordando a Octavi Pellisa», Mientras Tanto 55 (septiembre-octubre 1993), pp. 84-93.

Gracia, Fernando y Sierra, Gabriela, Abanderados del socialismo. Historia de las

Juventudes Socialistas en Aragón, Zaragoza, Amarga Memoria, 2010.

Gracia, Jordi, Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962), Tolouse, Presses Universitaires du Mirail, 1996.

—, Javier Pradera o el poder de la izquierda. Medio siglo de cultura democrática, Barcelona, Anagrama, 2019.

— (ed.), El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1933-1975, Barcelona, Planeta, 2007.

Graham, Helen, The Spanish Republic at War, Cambridge, Cambridge University Pres, 2002.

Gramsci, Antonio, Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno, Madrid, Nueva Visión, 1980.

Grau Biosca, Elena, «Giulina Adinolfi. Un pensamiento vivo», en Joan Benach, Xavier Juncosa y Salvador López Arnal (eds.), Del pensar, del vivir, del hacer. Escritos sobre «Integral Sacristán» de Xavier Juncosa, Barcelona, El Viejo Topo, 2006, pp. 181-184.

Grimaldos, Alfredo, La CIA en España. Espionaje, intrigas y política al servicio de Washington, Barcelona, Debate, 2006.

Groppo, Bruno, «L'antifascisme dans la culture politique communiste», en Jean Vigreux et Serge Wolikow (dirs.), Cultures communistes au XXe siècle: entre guerre et modernité, París, La Dispute, 2003, pp. 81-94.

Groppo, Bruno y Pudal, Bernard, «Une réalité multiple et controversée», en Le siècle des communismes, París, Les Editions de l'Atelier, 2000, pp. 19-25.

Gros, José, Abriendo camino. Relatos de un guerrillero comunista español, Bucarest, Livrairie du Globe, 1972.

Gross, Babette, Willi Münzenberg. Una biografía política, Vitoria, IKUSAGER, 2007.

Gruber, Helmut, «Willi Munzenberg's German Communist Propaganda Empire 1921-1933», The Journal of Modern History 38, 3 (septiembre 1966), pp. 278-

297.

Gubern, Román, Benito Perojo. Pionerismo y supervivencia, Madrid, Filmoteca Española, 1994.

Gubern, Román y Hammond, Paul, Los años rojos de Luis Buñuel, Madrid, Cátedra, 2009.

Guichonnet, Paul, «El socialismo italiano», en Jacques Droz (dir.), Historia General del Socialismo. De 1918 a 1945, Barcelona, Destino, 1985, pp. 242-275.

Guillamón, Agustín, Documentación histórica del trosquismo español (1936-1948). De la Guerra Civil a la ruptura con la IV Internacional, Valencia, Alexandría Proletaria, 2004.

Guixé, Jordi, L'Europa de Franco. L'esquerra antifranquista i la «caça de bruixes» a l'inici de la guerra freda. França 1943-1951, Barcelona Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2002.

Gutiérrez, Esther, «La represión sexuada del franquismo», tesis doctoral, Tarragona, Universitat Rovira i Virgili, 2012.

Gutiérrez, Pepe, Elogio de la militancia. La historia de Joan Rodríguez, comunista del PSUC, Barcelona, El Viejo Topo, 2004.

—, Un ramo de rosas rojas y una foto. Variaciones sobre el proceso del POUM, Barcelona, Laertes, 2009.

Gutiérrez Lloret, Rosa Ana, «¡Hagámoslo por Dios y por la patria! La organización de las mujeres católicas en las elecciones de noviembre de 1933», Historia Constitucional 19 (2018), pp. 251-285.

Haan, Francisca de, «Aspirations for a Better World: The Early Years of the Women's International Democratic Federation (1945-1950)», Feministische Studien 27.2 (2009), pp. 241-257.

Habermas, Jürgen, The Philosophical Discourse of Modernity, Cambridge (MA), MIT Press, 1987.

Hacia la revolución, Madrid, Imprenta de Felipe Peña, s.f. [1919].

Hacia la unidad de lucha de clase. Plataforma de acción de los partidarios de la unidad sindical, Barcelona, Ediciones Unidad Sindical. 1932.

Hajek, Milos, Historia de la Tercera Internacional. La política de frente único, Barcelona, Crítica, 1984.

Halbwachs, Maurice, La memoria colectiva, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.

Halfin, Igal, Terror in my Soul. Communist Autobiographies on Trial, Cambridge, Harvard University Press, 2003.

Hardt, Michael y Negri, Antonio, Imperio, Barcelona, Paidós, 2002.

Heine, Harmut, A guerrilla antifranquista en Galicia, Vigo, Ediciónś Xerais, 1980.

—, La oposición política al franquismo. De 1939 a 1952, Barcelona, Crítica, 1983.

Hellbeck, Jochen, «Galaxy of Black Stars: the Power of Soviet Biography», American Historical Review 114-3 (2009), pp. 615-624.

Heller, Klaus y Plamper, Jan (eds.), Personality cults in Stalinism, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2004.

Hermet, Guy, Los comunistas en España. Estudio de un movimiento político clandestino, París, Ruedo Ibérico, 1972.

Hermanos, Juan, El fin de la esperanza. Testimonio, Madrid, Tecnos, 1998.

Hernández Burgos, Claudia, Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura, 1963-1976, Granada, EUG, 2013.

Hernández Holgado, Fernando, Soledad Real, Madrid, Ediciones del Orto, 2001.

—, Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas: de la República al franquismo, 1931-1941, Madrid, Marcial Pons, 2003.

—, «Manolita del Arco Palacio (1920-2006). Reseña biográfica, bibliografía y

testimonios seleccionados», Hispania Nova: Revista de historia contemporánea 6 (2006).

—, «Juana Doña y el manantial de la memoria. Memorias de las cárceles franquistas de mujeres (1978-2007)», Arenal 22/2 (2015), pp. 283-309.

Hernández de Miguel, Carlos, Los campos de concentración de Franco, Barcelona, Ediciones B, 2019.

Hernández Sánchez, Fernando, Comunistas sin partido. Jesús Hernández. Ministro en la Guerra Civil, disidente en el exilio, Madrid, Raíces, 2007.

—, «El PCE en la Guerra Civil», tesis de Doctorado, Madrid, 2010.

—, Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil, Barcelona, Crítica, 2010.

—, Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953), Barcelona, Crítica, 2015.

—, La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco (1944-1950), Barcelona, Pasado & Presente, 2018.

Hernández Sandoica, Elena; Ruiz Carnicer, Miguel Ángel y Baldó Lacomba, Marc, Estudiantes contra Franco (1939-1975), Oposición política y movilización juvenil, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.

Herrera, Antonio, La construcción de la democracia en el campo (1975-1988). El sindicalismo agrario socialista en la Transición española, Madrid, Ministerio de Agricultura, 2007.

—, «¡Derechos para todos! Las luchas por un estado de bienestar para el mundo rural», en Rafael Quirosa-Cheyrouze y Emilia Martos (eds.), La transición desde otra perspectiva. Democratización y mundo rural, Madrid, Sílex, 2019, pp. 53-72.

Herrera Petere, José, Obras completas. Poesía I, Guadalajara, Diputación de Guadalajara, 2007.

—, Obras completas. Narrativa I, Guadalajara, Diputación de Guadalajara, 2009.

Herrerín López, Ángel, La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975), Madrid, Siglo XXI de España, 2004.

Herrmann, Gina, Written in Red. The Communist Memoir in Spain, Chicago, University of Illinois Press, 2009.

Higueras, Gabriel, Historia y Perestroika. La revisión de la historia soviética en tiempos de Gorbachov (1987-1991), Huelva, Universidad de Huelva, 2015.

Hinojosa Duran, José, «El PCE en Extremadura durante la II República», memoria de licenciatura, Universidad de Extremadura, 1995.

Hobsbawm, Eric, Rebeldes primitivos: estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, Barcelona, Crítica, 2001.

—, «Introducción», en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), La invención de la tradición, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 7-21.

—, Interesting Times. A Twentieth-Century Life, Londres, Abacus, 2003.

—, Años interesantes, Barcelona, Critica, 2003.

—, How to Change the World. Reflections on Marx and Marxism, New Haven, Yale University Press, 2011.

Holt, Robert T., «Age as a Factor in the Recruitment of Communist Leadership», The American Political Science Review 48, 2 (junio 1954), pp. 486-499.

Horn, Gerd-Rainer, European socialists respond to fascism: ideology, activism and contingency in the 1930s, Oxford, Oxford University Press, 1996.

—, «The Social Origins of Unity Sentiments in the German Socialist Underground, 1933 to 1936», en David E. Barclay y Eric D. Weitz (eds.), Between Reform and Revolution. German Socialism and Communism from 1840 to 1990, Nueva York-Oxford, Berghahn Books, 1998, pp. 341-355.

Howson, Gerald, Armas para España. La historia no contada de la Guerra Civil española, Barcelona, Península, 2000.

Hyman, Richard, Understanding European Trade Unionism. Between Market,

Class & Society, Londres, Sage, 2001.

Ibañez Ortega, Norberto y Pérez Pérez, José Antonio, Ormazábal. Biografía de un comunista vasco (1910-1982), Madrid, Latorre Literaria, 2005.

Ibarra, Pedro, «Bases y desarrollo del nuevo movimiento obrero en Vizcaya, (1951-1967)», en Javier Tusell, Alicia Alted, Abdón Mateos (coords.), La oposición al Régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación, tomo I, vol. 2, 1990.

Ibarra Güell, Pedro y García Marroquín, Chelo, «De la primavera de 1956 a Lejona 1978. Comisiones Obreras de Euskadi», en D. Ruiz, Historia de Comisiones Obreras (1958-1988), Madrid, Siglo XXI de España de España, 1993, pp. 111-137.

Ibárruri, Dolores, Un pleno histórico, s.l., Ediciones del Partido Comunista de España, 1937.

—, El único camino, Moscú, Progreso, 1960.

—, El único camino, Barcelona, Bruguera, 1979.

—, El único camino, Madrid, Castalia-Instituto de la Mujer, 1992.

—, Memorias de Pasionaria, 1939-1977: me faltaba España, Barcelona, Planeta, 1984.

Ibárruri, Dolores y otros, Historia del Partido Comunista de España (versión abreviada), Varsovia, Ediciones Polonia, 1960.

—, Guerra y revolución en España, Moscú, Progreso, 1966-1977, 4 vols.

Iniesta de Manresa, Rafael, La premsa trotskista (1939-2000), Catàleg de les publicacions troskistes a les biblioteques catalanes, Barcelona, Servei de Publicacions UAB, 2003.

L'Internationale de la jeunesse socialiste, Son développement et son activité pendant les années de 1935 à 1938, París, Secrétariat de l'Internationale de la Jeunesse Socialiste, 1939

Iordache, Luiza, En el Gulag. Españoles republicanos en los campos de concentración de Stalin, Barcelona, RBA, 2014.

Iribarren, Sara, La liberación de la mujer, París, Ebro, 1973.

Jardón, Pelayo, Margarita Nelken: del feminismo a la revolución, Madrid, Sanz y Torres, 2013.

La jeunesse et le communisme. Choix de textes marxistes présentés par Léo Figuères, París, Editions Sociales, 1963 (2.a ed.).

Jiménez, Ildefonso, Memorias de un comunista, Córdoba, Puntoreklamo, 2007.

Joly, Maud, «Posguerra y represión "sexuada": las republicanas rapadas por los franquistas (1936-1950)», en Enfrontaments civils: posguerres i reconstruccions, Lleida, Actas del II Congreso de la Asociación Recerques: Historia, Economía y Cultura, 2002.

Jordà, Martí, El referent nacional del marxisme català, fi de segle XIX-1924, Girona, Del autor, 1997.

—, Les Idees d'emancipació nacional dels partits marxistes catalans: 1924-1979, Girona, Del autor, 2000.

Juliá, Santos, «La Internacional Comunista: de la ofensiva revolucionaria al Frente Popular», en Mercedes Cabrera, Santos Juliá y Pablo Martín Aceña (comp.), Europa en crisis, 1919-1939, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1991, pp. 287-317.

—, Elogio de Historia en tiempos de Memoria, Madrid, Marcial Pons, 2011.

—, Camarada Javier Pradera, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012.

Julián Grimau: el hombre, el crimen, la protesta, París, Editions Sociales, 1963.

Juncosa, Xavier, Integral Sacristán, Barcelona, El Viejo Topo, 2006.

Juventudes Libertarias. Comité Regional de Centro, Rutas juveniles, Madrid, Gráficas Aurora, 1937.

Juventudes Socialistas Unificadas, La J.S.U. en el Ejército Popular, s.l., Comisión Nacional de Educación del Soldado (JSU), s.f.

Kaplan, Temma, «Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona,1910-1918», en James S. Amelang y Mary Nash (eds.), Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990. pp. 267-296.

—, «Luchar por la democracia: formas de organización de las mujeres entre los años cincuenta y los años setenta», en Ana Aguado (ed.), Mujeres, regulación de conflictos sociales y cultura de la paz, Valencia, Institut Universitari d'Estudis de la Dona/ Universitat de Valencia, 1999, pp. 89-107.

—, «Social movements of women and the public good», en Cristina Borderías y Mercè Renom (eds.), Dones en moviment (s). Segles XVIII-XXI, Barcelona, Icaria- Editoria/Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2008, pp. 19-47.

Kelly, Catriona, Comrade Pavlik: the rise and the fall of a Soviet boy hero, Londres, Granta books, 2005.

Kelly, Liz, «Wars against Women: Sexual Violence, Sexual Politics and the Militarised States», en Susie Jacobs, Ruth Jacobson y Jennifer Marchbank (eds.), States of Conflict: Gender, Violence and Resistance, Nueva York, Zed Books, 2000, pp. 45-65.

Kharitonova, Natalia, «La Internacional comunista, la Organización Internacional de Escritores Revolucionarios y el movimiento de artistas revolucionarios españoles», en Institut d'Études Européennes - IEE - Documento 37 (01/2005), p. 4, [http://www.uclouvain.be/cps/ucl/doc/euro/documents/Kharitonova37.pdf].

Kirschenbaum, Lisa A., International Communism and the Spanish Civil War. Solidarity and Suspicion, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.

Klandermans, Bert, «La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizacionales», en Enrique Laraña y Joseph Gusfield (eds), Los nuevos movimientos sociales: de la identidad a la ideología, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994, pp. 183-219.

Klöne, Arnold y von Hellfeld, Matthias, Die Betrogene Generation: Jugend in Deutschland unter dem Faschismus: Quellen und Dokumente, Colonia, Pahl-Rugenstein, 1985.

Kornetis, Kostis, «"Let's get laid because it's the end of the world": sexuality, gender and the Spanish Left in late Fracoism and the Transición», European Review of History 22, 1 (2015), pp. 176-198.

Koulianou-Manolopoulou, Panagiota y Fernández Villanueva, Concepción, «Relatos culturales y discursos jurídicos sobre la violación», Athenea Digital: revista de pensamiento e investigación social 14 (2008), pp. 1-20.

Kowalsky, Daniel, La Unión Soviética y la Guerra Civil española: una revisión crítica, Barcelona, Crítica, 2003.

Klöne, Arnold y Hellfeld, Matthias von, Die Betrogene Generation: Jugend in Deutschland unter dem Faschismus: Quellen und Dokumente, Colonia, Pahl-Rugenstein, 1985.

Labanyi, Jo, «Censorship or the Fear of Mass Culture», en Helen Graham y Jo Labanyi (eds.), Spanish Cultural Studies. An introduction, Oxford, Oxford University Press, 2010.

Lago Peñas, Pedro, La construcción del movimiento sindical en sistemas políticos autoritarios. Las Comisiones Obreras de Galicia (1966-1975), Madrid, La Catarata, 2011.

Laín Entralgo, Pedro, Descargo de conciencia (1930-1960), Barcelona, Barral, 1976.

Laiz, Consuelo, La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española, Madrid, La Catarata, 1995.

Lamelas, Antonio, La Transición en Abril. Biografía política de Fernando Abril Martorell, Barcelona, Ariel, 2004.

Langreo, Alicia, «Del campesino al empresario agrario: los conflictos actuales del medio rural», en María Antonia García de León (coord.), El campo y la ciudad. Sociedad rural y cambio social, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1996, pp. 45-78.

Laporte, Norman y Morgan, Kevin, «Kings among their Subjects? Ernst Thälmann, Harry Pollitt and the Leadership Cult as Stalinization», en Norman LaPorte y otros (eds.), Bolshevism, Stalinism, and the Comintern. Perspectives on Stalinization, Londres, Palgrave, 2008, pp. 124-145.

Lardín Oliver, Antoni, Obrers comunistes. El PSUC a les empreses catalanes durant el primer franquisme (1939-1959), Valls, Cossitània, 2007.

Larraz, Fernando, Letricidio español. Censura y novela durante el franquismo, Gijón, Trea, 2014.

Lavabre, Marie-Claire, Le fil rouge. Sociologie de la mémoire communiste, París, FNSP, 1994.

—, «Cadres de la mémoire communiste et mémoires du communisme», en Claude Pennetier y Bernard Pudal (eds.), Autobiographies, autocritiques, aveux dans le monde communiste, París, Belin, 2002, pp. 293-310.

Lavau, Georges, À quoi sert le Parti communiste français?, París, Fayard, 1981.

Layton-Henry, Zig, «Labour´s Lost Youth», Journal of Contemporary History 11, 2/3 (1976), pp. 275-308.

Lazar, Marc, «Au service du Parti», Communisme 5 (1984), pp. 138-142.

—, «L'invention et la désagrégation de la culture communiste», Vingtième Siècle 44 (1994), pp. 9-18.

—, «Le parti et le don de soi», Vingtième Siècle 60 (1998), pp. 35-42.

Le Bourgeois, Jacques, «Le culte du chef à travers l'image de Staline Ou un exemple de construction d'un mythe», Cahiers de Psychologie Politique 12 (2009), pp. 105-129.

Leese, Daniel, «The Cult of Personality and Symbolic Politics», en Stephen A. Smith, The Oxford Handbook of the History of Communism, Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 339-354.

Lenin, Vladimir Ilich, Acerca de los sindicatos, Madrid, Akal, 1975.

Lewin, Moshe, El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?, Barcelona, Critica, 2006.

Lewis, Helena, The Politics of Surrealism, Nueva York, Paragon House, 1988.

León, María Teresa, Memoria de la melancolía, Madrid, Castalia, 1998.

Lillo, Natacha, La petite Espagne de la Plaine-Saint-Denis: 1900-1980, París, Autrement, 2004.

Limia Pérez, Eulogio, Reseña general del problema del bandolerismo en España después de la guerra de liberación, Madrid, Dirección General de la Guardia Civil, 1957.

Lina Odena, heroína del pueblo, Madrid, Editora España-América, 1936.

Lister Forján, Enrique, Así destruyó Carrillo al PCE, Barcelona, Planeta, 1983.

Lizarralde, Imanol, Teoría francesa y estrategia del MLNV (1967-2015), San Sebastián, Aranalde, 2016.

Lizcano, Pablo, La generación del 56. La Universidad contra Franco, Barcelona, Grijalbo, 1981.

Loff, Manuel, «¿Revolución versus Transición? Visiones de España desde el Portugal revolucionario y posrevolucionario», Gerónimo de Ustáriz 20 (2004), pp.17-44.

López, Manolo, Mañana a las once a la Plaza de la Cebada, Albacete, Bomarzo, 2009.

López Arnal, Salvador (ed.), Universidad y Democracia. La lucha estudiantil contra el franquismo, Barcelona, El Viejo Topo, 2016.

López Castillo, Antonio, Las Juventudes Socialistas Unificadas de Almería, Almería, Editorial Universidad de Almería, 2016

López Esteve, Manel, Els fets d’octubre de 1934 a Catalunya, Barcelona, Base, 2013.

—, «El PSUC i la lluita per l'alliberament nacional (1936-1939)», en Josep Puigsech Farràs y Giaime Pala (eds.), Les mans del PSUC: militancia, Barcelona, Memorial Democràtic, 2017, pp. 42-61.

López Hernandez, M.a Teresa, «El PCE y el feminismo en España (1960-1982)», Investigaciones Feministas 2 (2011), pp. 299-318.

López Pina, Antonio (coord.), Generación del 56, Madrid, Marcial Pons, 2010.

López Salinas, Armando y Ferres, Antonio, Caminando por Las Hurdes, Barcelona, Seix Barral, 1974.

Lorusso, Isabela, Voces del POUM, Barcelona, Meubook, 2010.

Losovsky, Alexander, Crisis económica y luchas obreras. Crisis mundial y deberes del movimiento sindical revolucionario. Informe presentado al 5.o Congreso de la Internacional Sindical Roja. Moscou, sept. 1930, Moscú, Biblioteca de la Internacional Sindical Roja, 1930.

Losovsky, Drizdo, La Internacional Sindical Roja, Madrid, Akal, 1978.

Löwy, Michael, The War of Gods. Religion and Politics in Latin America, Londres, Verso, 1996.

Lucas Reguilon, Adolfo, El último guerrillero de España, Madrid, Aglag, 1975.

La lucha por la bolchevización del partido, Baños y Aguilar, Madrid, s.f., [1933].

Luque Balbona, David, Las huelgas en España, 1905-2010, Alzira, Germania, 2013.

Luza, Radomir, History of the International Socialist Youth Movement, Leyden, A.W. Sijthoff, 1970.

Lladonosa, Manuel, Catalanisme i moviment obrer. El CADCI entre 1903 i 1923, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1988.

Llona, Miren, «Género e identidad de clase. La construcción de la clase obrera vizcaína durante el primer tercio del siglo XX», Historia Social 54 (2006), pp.

95-111.

—, «La imagen viril de Pasionaria. Los significados simbólicos de Dolores Ibárruri en la II República y la Guerra Civil», Historia y Política 36 (2016), pp. 263-287.

Macarro Vera, José Manuel, La utopía revolucionaria. Sevilla en la 2.a República, Sevilla, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla, 1985.

Mancebo, María Fernanda, «Manuel Tuñón de Lara: una juventud comprometida con la causa antifascista. III. La posguerra», en José Luis de la Granja Sainz (coord.), Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1994, pp. 61-65.

Mandel, Ernest, Crítica del eurocomunismo, Barcelona, Fontamara, 1978.

Mangini, Shirley, Las modernas de Madrid: las grandes intelectuales españolas de la vanguardia, Barcelona, Península, 2001.

Marco, Jorge, Guerrilleros y vecinos. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista, Granada, Comares, 2012.

Marco, Jorge, «Encender la guerra de guerrillas. El PCE y la guerrilla antifranquista (1939-1952)», en Violência e sociedade em ditaduras ibero-americanas no século XX. Argentina, Brasil, Espanha e Portugal, Porto Alegre, 2015, pp. 101-122.

Marco, Lucas y Alcántara Pérez, Pablo, «Roberto Conesa, el experto en filtraciones de la Brigada Político Social: sale a la luz el tétrico expediente del policía 25 años después de su muerte», 16 de enero de 2020 [https://www.eldiario.es/cv/Roberto-Conesa-Brigada-Politico-Social_0_984101904.html].

Marcou, Lilly, El movimiento comunista internacional desde 1945, Madrid, Siglo XXI de España, 1981.

Marín Arce, José María, «Condicionantes económicos y sociales de la transición», en Carme Molinero (ed.), La transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y la consolidación de la democracia, Barcelona, Península, 2006, pp. 81-116.

Marsal, Juan Francisco, Pensar bajo el franquismo, Barcelona, Península, 1978.

Martín, Óscar, A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977, Madrid, Catarata, 2008.

Martín, Víctor; Studer, Luana y Jerez, Luis, «Algunos apuntes sobre la cuestión agraria en Canarias durante el tardofranquismo y la transición: las luchas aparceras en Gran Canaria», en Aarón León Álvarez (coord.), La Transición en Canarias, La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 2018, pp. 317-344.

Martín de la Guardia, Ricardo (coord.), «Los diversos "Sesentayochos" en Europa y América», dossier en Revista de Occidente 444 (2018), pp. 5-60.

Martín Gijón, Mario, «"Entre dos corrientes de aire". Sobre un poema inédito de Rafael Alberti, su crisis poética y la amistad con José Herrera Petere», Espéculo. Estudios Literarios 36 (2007) [http://www.ucm.es/info/especulo/numero36/alberti.html].

—, «José Herrera Petere y el Partido Comunista de España. Historia desconocida de un distanciamiento», Laberintos 10-11 (2008), pp. 61-78.

—, Una poesía de la presencia. José Herrera Petere en el surrealismo, la guerra y el exilio, Valencia, Pre-Textos, 2009.

—, Entre el compromiso y la fantasía. La obra narrativa y dramática de José Herrera Petere, Sevilla, Renacimiento, 2010.

—, «La poesía durante la Guerra Civil española en el frente y la retaguardia de la zona republicana. Notas para una revisión», Monteagudo 16 (2011), pp. 181-201.

—, «Cumbres de Extremadura de José Herrera Petere: la primera "novela de guerrilleros"», Quimera. Revista de literatura 419 (2018), pp. 30-33.

Martín Nájera, Aurelio, «Tomás Meabe Bilbao: Fundador de las Juventudes Socialistas», en Enrique Moral (coord.), Tomás Meabe, Fundador de las Juventudes Socialistas (En el centenario de su fallecimiento, 1915-2015), Madrid, Pablo Iglesias, 2015, pp. 151-168.

Martín Ramos, José Luis, Els orígens del Partit Socialista Unificat de Catalunya

1930-1936, Barcelona, Curial, 1977.

—, «El socialismo español», en Donald Sassoon, Cien años de socialismo, Barcelona, Edhasa, 2001, pp. 851-934.

—, Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947, Barcelona, Edhasa, 2002.

—, «La afiliación del PSUC durante la Guerra Civil (1936-1939), volumen, distribución territorial y composición social», Revista HMiC: història moderna i contemporània, 5 (2007), pp. 237-262.

—, «El partido del Frente Popular», en Giaime Pala (ed.), El PSU de Catalunya, 70 anys de lluita pel socialisme, Barcelona, ACIM, 2008, pp. 21-50.

—, «Los orígenes de una nueva formación», en José Luís Martín Ramos (coord.), Pan, Trabajo y Libertad. Historia del Partido del Trabajo de España, Barcelona, El viejo Topo, 2011, pp. 19-66.

—, La rereguarda en guerra. Catalunya, 1936-1937, Barcelona, L'Avenç, 2012.

—, Territori capital. La Guerra Civil a Catalunya, 1937-1939, Barcelona, L'Avenç, 2015.

—, El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España, Barcelona, Pasado & Presente, 2015.

—, «Un partido de clases trabajadoras y popular», en Josep Puigsech Fàrràs y Giaime Pala (eds.), Les mans del PSUC. Militància, Barcelona, Generalitat de Catalunya / Memorial Democràtic, 2017, pp. 22-40.

—, Guerra y revolución en Cataluña 1936-1939, Barcelona, Crítica, 2018.

—, Historia del PCE, Madrid, Catarata, 2021.

— (ed.), Pan, Trabajo y Libertad. Historia del Partido del Trabajo de España, Barcelona, El Viejo Topo, 2011.

Martín Valverde, Antonio y otros, La legislación social en la Historia de España. De la revolución liberal a 1936, Madrid, Congreso de los Diputados, 1987.

Martínez Fiol, David, Daniel Domingo Montserrat, 1900-1968: entre el marxisme i el nacionalisme radical, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2001.

Martínez Foronda, Alfonso, «Historia de Comisiones Obreras de Andalucía: desde su origen hasta la constitución como sindicato», en Alfonso Martínez (coord.), La conquista de la libertad. Historia de las Comisiones Obreras de Andalucía (1962-2000), Cádiz, Fundación de Estudios Sindicales, 2005, pp. 29-472.

— (coord.), La conquista de la libertad. Historia de las Comisiones Obreras de Andalucía (1962-2000), Puerto Real, Fundación de Estudios Sindicales, 2003.

Martínez Foronda, Alfonso; Sánchez Rodrigo, Pedro y Baena Luque, Eloísa, La resistencia andaluza ante el Tribunal de Orden Público en Andalucía (1963-1977), Sevilla, Fundación de Estudios Sindicales, 2014.

Martínez Hoyos, Francisco, La cruz y el martillo. Alfonso Carlos Comín y los cristianos comunistas, Barcelona, Rubeo, 2009.

Martínez López, Francisco, Guerrillero contra Franco, León, Diputación Provincial de León, 2002.

Martorell, Manuel, Jesús Monzón: el líder comunista olvidado por la historia, Pamplona, Pamiela, 2000.

Marx, Karl, Die deutsche Ideologie, Berlín, Marx-Engels-Verlag, 1932.

—, Das Kapital, Berlín, Dietz, 1962.

—, El Capital. Volume I, Nueva York, Penguin, 1990

—, Marx on Religion, en John Raines (ed.), Philadelphia, Temple University Press, 2002.

—, Critique of Hegel's Dialectic and General Philosophy, en John Raines (ed.), Marx on Religion, Philadelphia: Temple University Press, 2002.

—, Critique of Hegel's Philosophy of Right (1844), en J. Raines (ed.), Marx on Religion, Philadelphia, Temple University Press, 2002.

—, Concerning Feuerbach, en John Raines (ed.), Marx on Religion, Philadelphia, Temple University Press, 2002.

—, Critique of Hegel’s Dialectic and General Philosophy, en John Raines (ed.), Marx on Religion, Philadelphia, Temple University Press, 2002.

—, Concerning Feuerbach, en John Raines (ed.), Marx on Religion, Philadelphia, Temple University Press, 2002.

—, «Excerpts from Capital (1867)», en John Raines (ed.), Marx on Religion, Philadelphia, Temple University Press, 2002.

—, The 18th Brumaire of Louis Bonaparte, Nueva York, International Publishers, 2008.

Mateos, Abdón, «Comunistas, socialistas y sindicalistas ante las elecciones del “Sindicato Vertical”», Revista de la Facultad de Geografía e Historia 1 (1987), pp. 379-411.

—, Contra la dictadura franquista, 1939-1975. Historia de la UGT, vol. 4, Madrid, Siglo XXI de España, 2008.

Matorras, Enrique, El comunismo en España. Sus orientaciones. Su organización. Sus procedimientos, Madrid, s/e., 1935.

Maurín, Joaquin, El Bloque Obrero y Campesino. Origen, actividad, perspectives, Barcelona, C.I.B., 1932.

—, Revolución y contrarrevolución en España, París, Ruedo Ibérico, 1966.

Mayayo, Andreu, De pagesos a ciutadans. Cent anys de sindicalisme i cooperativisme agraris a Catalunya (1893-1994), Catarroja, Afers, 1995.

Mayayo, Andreu y Tebar, Javier (eds.), En el laberinto. Las izquierdas en el sur de Europa (1968-1982), Granada, Comares, 2018.

Mccarthy, Margaret, Generation in Revolt, Londres, William Heineman Ltd., 1953.

Mcdermott, Kevin y Agnew, Jeremy, The Comintern. A History of Internacional

Communism from Lenin to Stalin, Basingstoke y Londres, Macmillan Press, 1996.

Meaker, Gerald, La izquierda revolucionaria en España 1914-1923, Barcelona, Ariel, 1978.

Medvedev, Zhores y Medveded, Roy, El Stalin desconocido, Barcelona, Crítica, 2005.

Melchor, Federico, Movilización de la Juventud contra la guerra, México, Ediciones «Juventud de España» (JSU), s.f.

Mendezona, Ramón, «Epílogo: Radio España Independiente, Estación Pirenaica», en Julian Hale, La radio como arma política, Barcelona, Gustavo Gili, 1979, pp. 226-243.

—, La Pirenaica, historia de una emisora clandestina, Madrid, Del autor, 1981.

Merkl, Peter, The Making of a Stormtrooper, Princeton (New Jersey), Princeton University Press, 1980.

Merson, Allan, Communist Resistance in Nazi Germany, Londres, Lawrence and Wishart, 1985.

Mesa, Roberto (ed.), Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1982.

Míguez González, Santiago, La preparación de la transición a la democracia en España, Zaragoza, Prensas Universitarias de la Universidad de Zaragoza, 1990.

Millares, Sergio, Fernando Sagaseta. La vida de un luchador irremediable, Las Palmas, Centro de Cultura Popular, 1994.

Mingo Blasco, José Antonio, «La resistencia individual en el Trabajo, Madrid, 1940-1975», en Álvaro Soto (dir.), Clase obrera. Conflicto laboral y representación sindical. Evolución sociolaboral de Madrid, 1939-1991, Madrid, GPS, 1994, pp. 143-163.

Mingo Blasco, Antonio de, Archivo Historia del Trabajo. Catálogo. Colección

Jóvenes en Libertad. Testimonios Orales, Madrid, Fundación 1.o de Mayo, diciembre de 2010 [https://1mayo.ccoo.es/c9f6992b63eb56580adeaf19b4943315000001.pdf].

Ministerio de Presidencia-Fundación Primero de Mayo, Catálogo. Colección Jóvenes en Libertad. Testimonios Orales, Madrid, s.e., 2010.

Ministerio de Trabajo, Datos estadísticos de 1979, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1979.

Molas, Isidre (ed.), Diccionari dels Partits polítics catalans, segle XX, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 2000.

Molina, J. M., El movimiento clandestino en España, 1939-1949, México, Editores Mexicanos Unidos, 1976.

Molinero, Carme, «La política de reconciliación nacional. Su contenido durante el franquismo, su lectura en la Transición», Ayer 66 (2007), pp. 201-225.

— (ed.), La transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y la consolidación de la democracia, Barcelona, Península, 2006, pp. 81-116.

Molinero, Carme e Ysàs, Pere: Patria justicia y pan. Nivell de vida i condicions de treball a Catalunya, 1939-1951, Barcelona, La Magrana, 1985.

—, «Movimientos sociales y actitudes políticas en la crisis del franquismo», Historia Contemporánea 8 (1992), pp. 269-280.

—, Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista, Madrid, Siglo XXI de España, 1998.

—, El Règim franquista, Feixisme, modernizació i consens, Vic, Eumo, 2003.

—, «El partido del antifranquismo (1956-1977)», en Manuel Bueno, José Hinojosa y Carmen García (coords.), Historia del PCE. I Congreso (1920-1977), Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, vol. II, pp. 13-32.

—, «La izquierda en los años setenta», Historia y Política 20 (2008), pp. 21-42.

—, La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977, Barcelona, Crítica, 2008.

—, Els anys del PSUC. El Partit de l'antifranquisme (1956-1981), Barcelona, L'Avenç, 2010.

—, De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982), Barcelona, Crítica, 2017.

—, La transición. Historia y relatos, Madrid, Siglo XXI de España, 2018.

Molinero, Carme; Tébar, Javier e Ysàs, Pere, «Comisiones Obreras de Cataluña», en David Ruiz (dir), Historia de Comisiones Obreras (1958-1988), Madrid, Siglo XXI de España, 1993, pp. 69-110.

Mont-Fort, Alianza Obrera, Barcelona, Imprenta Cervantes, 1935.

Monreal, Antonio, El pensamiento político de Joaquín Maurín, Barcelona, Península, 1984.

Monterde, José Enrique, «Bardem ante la industria», en José Luis Castro de Paz y Julio Pérez Perucha (coords.), El cine a codazos: Juan Antonio Bardem, Ourense, Festival Internacional de Cine Independiente de Ourense, 2004, pp. 39-52.

—, «Continuismo y disidencia (1951-1962)», en Historia del cine español, Madrid, Cátedra, 2009, 6.a ed., pp. 239-293.

Montorio Gonzalvo, José Manuel, Cordillera Ibérica. Recuerdos y olvidos de un guerrillero, Toledo, Tiempo de Cerezas, 2016.

Mora, Constancia de la, Doble esplendor, Madrid, Gadir, 2004.

Morales Ruiz, Rafael, «Aproximación a la historia del Sindicato de Obreros del Campo de Andalucía», en Manuel González de Molina y José Antonio Parejo (coord.), La Historia de Andalucía a debate. Campesinos y jornaleros, Sevilla, Anthropos, 2004, vol. I, pp. 179-206.

Morán, Fernando, Novela y semidesarrollo, Madrid, Taurus, 1971.

Morán, Gregorio, Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985, Barcelona, Planeta, 1986.

—, Miseria, grandeza y agonía del PCE. 1939-1985, Madrid, Akal, 2017.

Moreno, Juan, Comisiones Obreras en la Dictadura, Madrid, Fundación 1.o de Mayo, 2011.

Moreno, Rodrigo, Memorias de comunista, Lleida, Milenio, 2002.

Moreno Gómez, Francisco, La última utopía. Apuntes para la historia del PCE en Andalucía, Córdoba, Comité Provincial del PCA, 1995.

—, La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla. El Centro-Sur de España, de Madrid al Guadalquivir, Barcelona, Crítica, 2001.

—, La victoria sangrienta, 1939-1945. Un estudio de la gran represión franquista para el Memorial Democrática de España, Madrid, Alpuerto, 2014.

Moreno Sáez, Francisco, El Partido Comunista en la provincia de Alicante, Alicante, Compas, 2011.

Moreno Sardá, Amparo, Mujeres en lucha. El movimiento feminista en España, Barcelona, Anagrama, 1977.

Moreno Seco, Mónica, «Mujer y culturas políticas en el franquismo y el antifranquismo», en Ana Aguado y. M. Teresa Ortega, Mujeres y culturas políticas, Pasado y memoria. Revista de Historia Contemporánea 7 (2008), pp. 165-185.

—, «Compromiso político y feminismo en el universo comunista de la Transición», Cuestiones de Género 8 (2013), pp. 43-60.

—, «A la sombra de Pasionaria. Mujeres y militancia comunista (1960-1982)», en María Dolores Ramos (ed.), Tejedoras de ciudadanía. Culturas políticas, feminismos y luchas democráticas en España, Málaga, Universidad de Málaga, 2014, pp. 257-282.

—, «Parti communiste et féminisme. De l’antifascisme à la transition démocratique en Espagne», Vingtième Siècle 126 (2015), pp. 133-146.

—, «Sexo, Marx y nova cançó. Género, política y vida privada en la juventud comunista de los años setenta», Historia Contemporánea 54 (2017), pp. 47-84.

—, «Entre la disciplina y la transgresión. Pilar Brabo, dirigente y diputada comunista en la Transición», Spagna Contemporanea 55 (2019), pp. 83-102.

—, «Género, transgresión y militancia en la izquierda radical de los años setenta», en Teresa María Ortega, Ana Aguado y Elena Hernández Sandoica (eds.), Mujeres, dones, mulleres, emakumeak. Estudios sobre la historia de las mujeres y del género, Madrid, Cátedra, 2019, pp. 287-301.

Morgan, Kevin, International Communism and the Cult of the Individual: Leaders, Tribunes and Martyrs under Lenin and Stalin, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2016.

Morin, Edgar, Autocrítica, Barcelona, Kairós, 1976.

Moro, Jose María, «Información y propaganda», en Rubén Vega García (coord.), Hay una luz en Asturias… Las huelgas de 1962 en Asturias, Gijón, Trea, 2002, pp. 257-279.

Mosse, George L., The Images of Man. The Creation of Modern Masculinity, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1998.

Moyano, Eduardo, Corporatismo y agricultura. Asociaciones profesionales y articulación de intereses en la agricultura española, Madrid, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios, 1984.

Múgica Herzog, Enrique, Itinerario hacia la libertad, Barcelona, Plaza-Janés, 1986.

Mujal-León, Eusebio, «The Domestic and International Evolution of the Spanish Communist Party», en Rudolf Tökés (ed.), Eurocommunism and Détente, Nueva York, New York University Press, 1978.

—, Communism and Political Change in Spain, Bloomington, Indiana UP, 1983.

Munis, G[randizo], Jalones de derrota, promesa de victoria. Crítica y teoría de la revolución española (1930-1939), Bilbao, Zero, 1977.

Muñoz, Jaume, Perseguint la llibertat. La construcción de l'espai socialista a Catalunya (1945-1982), Barcelona, L'Avenç, 2019.

Muñoz Encinar, Laura, «De la exhumación de cuerpos al conocimiento histórico. Análisis de la represión irregular franquista a partir de la excavación de fosas comunes en Extremadura (1936-1948)», tesis doctoral, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2016.

Muñoz Lloret, Teresa, Josep M. Castellet. Retrat de personatge en grup, Barcelona, Edicions 62, 2006.

Muñoz Rubio, Miguel. «“Tierpenec”. La construcción táctica del “infiltracionismo” del PCE», Investigaciones Históricas 39 (2019), pp. 645-702.

Muñoz Soro, Javier, Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo, Madrid, Marcial Pons, 2006.

Muñoz Suay, Ricardo, «Operación realismo», Imprevu IX (1978), pp. 175-178.

—, «Fragmentos de una clandestinidad permanente», Tiempo de Historia 92-93 (1982), pp. 66-69.

Murillo Aced, Irene, En defensa de mi hogar y mi pan, estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de posguerra, 1936-1945, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013.

—, «Dignidad, supervivencia y luto. Agencias y resistencias de mujeres aragonesas de guerra y posguerra», en Mercedes Yusta e Ignacio Peiró (coords.), Resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 149-174.

Nagel, Caroline: «Nations Unbound? Migration, Culture, and the Limits of the Transnationalism-Diaspora Narratives», Political Geography 20 (2001), pp. 247-258.

Nash, Mary, Mujer y movimiento obrero en España, 1931-1939, Barcelona, Fontamara, 1981.

—, Rojas: las mujeres republicanas en la Guerra Civil, Madrid, Taurus, 1999.

—, Dones en Transició. De la resistència política a la legitimitat feminista, les dones en la Barcelona de la Transició, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2007.

Nicolás Marín, Encarna y Alted Vigil, Alicia, Disidencias en el franquismo (1939-1975), Murcia, Diego Marín, 1999.

Neira Vilas, Xosé, Guerrilleiros, A Coruña, Ediciós do Castro, 1992.

Nieto, Felipe, «La constitución de la organización comunista de los intelectuales, Madrid, 1953-1954», Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea 20 (2008), pp. 229-247.

—, La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura, Barcelona, Tusquets, 2014.

Nieto Ferrando, Jorge y Company Ramón, José Miguel (coords.), Por un cine de lo real. Cincuenta años después de las «Conversaciones de Salamanca, Valencia, Ediciones de la Filmoteca, 2006.

Nin, Andreu, Los movimientos de emancipación nacional, Barcelona, Fontamara, 1977.

—, Por la Unificación marxista, Madrid, Castellote, 1978.

Nistal, Fernando, El papel del Partido Comunista de España en la Transición, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2015.

Nora, Pierre, «La aventura de Les lieux de memorie», Ayer 32 (1998), pp. 17-34.

Núñez, Antonio, «Encuentro con A. López Salinas», Ínsula 230 (1966).

Núñez Díaz-Balart, Mirta (coord), La Gran Represión. Los años de plomo del franquismo, Barcelona, Flor del Viento, 2009.

Núñez Seixas, Xosé Manoel, ¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la Guerra Civil española (1936-1939), Madrid, Marcial Pons, 2006.

Oliver Olmo, Pedro (coord), La tortura en la España contemporánea, Madrid, La

Catarata, 2020.

Olmos García, Francisco, «Novela y novelistas españoles de hoy (Introducción y encuesta)», Les langues néo-latines 174 (octubre-noviembre, 1965), pp. 34-62.

Organización de abogados del Partido Comunista de España, Granada, s.e., s.f. (1977).

Ortega López, Teresa M., Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza. Granada, 1936-1977, Granada, Universidad de Granada, 2003.

Ortiz Heras, Manuel, «Políticas sociales en la España rural desde el tardofranquismo a la transición: la sanidad en tiempos de mudanza y protesta», en Rafael Quirosa-Cheyrouze y Emilia Martos (eds.), La transición desde otra perspectiva. Democratización y mundo rural, Madrid, Sílex, 2019, pp. 121-147.

—, «Aproximación a las Comisiones Campesinas en Castilla-La Mancha (1939-1988)», en Ángel Luis López y Manuel Ortiz Heras (coord.), Entre surcos y arados. El asociacionismo agrario en la España del siglo XX, Cuenca, Ediciones UC-LM, 2001, pp. 211-235.

Osuna, Rafael, Las revistas españolas entre dos dictaduras: 1931-1939, Valencia, Pre-Textos, 1986.

Padilla, Javier, A finales de enero. La historia de amor más trágica de la Transición, Barcelona, Tusquets, 2019.

Pagès, Pelai, «Dissidències comunistes en el si de la III Internacional: l'Esquerra Comunista d'Espanya», tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 1975.

—, Andreu Nin: su evolución política (1911-1937), Bilbao, Zero, 1975

—, El movimiento trotskista en España (1930-1935), Barcelona, Península, 1977.

—, Historia del Partido Comunista de España. Desde su fundación en abril de 1920 hasta el final de la dictadura de Primo de Rivera, enero de 1930, Barcelona, Hacer, 1978.

—, El Partit Obrer d'Unificació Marxista durant la transició democràtica (1974-1981), Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials, 1998.

—, Diccionari biogràfic del moviment obrer als Països Catalans, Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona / Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2000.

—, Andreu Nin, una vida al servei de la classe obrera, Barcelona, Laertes, 2009.

—, Perseguint Andreu Nin. Informes, telegrames i confidències de la policia espanyola, Barcelona, Base, 2019.

Pagés, Pelai y Gutiérrez Álvarez, Pepe (dirs.), La Revolución Rusa pasó por aquí, Barcelona, Laertes, 2017.

Pala, Giaime, «Sobre el camarada Ricardo. El PSUC y la dimisión de Manuel Sacristán (1969-1970)», Mientras Tanto 96 (2005), pp. 47-75.

—, «Entre paternalismo e igualitarismo. El PSUC y la cuestión de la mujer en los años del tardofranquismo», Mientras Tanto 97 (2005), pp. 133-148.

—, «El PSUC y la crisis de Checoslovaquia», en Manuel Bueno Lluch, José Ramón Hinojosa y Carmen García García (coords.), Historia del PCE: I Congreso, 1920-1977, Oviedo, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, vol. 2, pp. 301-312.

—, «El intelectual y el partido. Notas sobre la trayectoria política de Manuel Sacristán en el PSUC», en Salvador López Arnal e Iñaki Vázquez (eds.), El legado de un maestro. Homenaje a Manuel Sacristán, Vilassar de Dalt, FIM/Ediciones de Intervención Cultural, 2007, pp. 29-38.

—, «Teoría, práctica militante y cultura política del Partit Socialista Unificat de Catalunya (1968-1977)», tesis doctoral, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 2009.

—, «Els dubtes de l'intel·lectual. La crisi Claudín-Semprún al PSUC (1964-1965)», Afers. Full de recerca i pensament 66 (2010), pp. 463-478.

—, «El frente cultural. Sobre la trayectoria de la revista Nous Horitzons», Spagna contemporanea 38 (2010), pp. 85-107.

—, «Una semilla de discordia. La entrada de Bandera Roja en el PSUC», Revista HMiC: Història Moderna i Contemporània 9 (2011), pp. 140-162.

—, «La sombra de Zdanov. Notas sobre la revista cultural del PSUC Cultura Nacional (1954-1955)», Cercles. Revista d'història cultural 14 (2011), pp. 201-228.

—, El PSUC. L'antifranquisme i la política d'aliances a Catalunya (1956-1977), Barcelona, Base, 2011.

—, «Marxisme i cultura catalana. Nota sobre els Quaderns de cultura catalana (1959-1960)», Els Marges 93 (2011), pp. 32-46.

—, «El militante total. Identidad, trabajo y moral de los comunistas catalanes bajo el franquismo», Cahiers de Civilisation espagnole contemporaine 10 (2013) [https://journals.openedition.org/ccec/4642].

—, «El partido y la ciudad. Modelos de organización y militancia del PSUC clandestino (1963-1975)», Historia Contemporánea 50 (2015), pp. 195-222.

—, Cultura clandestina. Los intelectuales del PSUC bajo el franquismo, Granada, Comares, 2016.

—, «Nación y revolución social. El pensamiento y la acción del joven Jordi Solé Tura», Historia y Política 41 (2019), pp. 273-303.

Pala, Giaime y Nencioni, Tommaso (eds), El inicio del fin del mito soviético. Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga, Barcelona, El Viejo Topo, 2008.

—, «La nueva orientación de 1968. El PCE-PSUC ante la Primavera de Praga», en Giaime Pala y Tommaso Nencioni (eds.), El inicio del fin del mito soviético. Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga, Barcelona, El Viejo Topo, 2008, pp. 139-201.

Palacio, Manuel, «Cineclubs y cinefilia: Afinidades electivas», en Jorge Nieto Ferrando y José Miguel Company Ramón (coords.), Por un cine de lo real. Cincuenta años después de las «Conversaciones de Salamanca», Valencia, Ediciones de la Filmoteca, 2006, pp. 109-118.

—, «Marcos interpretativos, Transición democrática y cine. Un prólogo y tres consideraciones», en Manuel Palacio (ed.), El cine y la transición política en España, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 19-30.

Pàmies, Tomàs y Pamiès, Teresa, Testament a Praga, Barcelona, Destino, 1976.

Paniagua, Javier; Prats, Joaquim y Piqueras, José Antonio, «Josep Fontana, pasado y presente», Aula historia social 4 (1999), pp. 5-13.

Parramon, Clara-Carme, «Dones, inmigració, moviments veïnals i benestar (1970-1980)», en Cristina Borderías y Mercè Renom (eds.), Dones en moviment (s). Segles XVIII-XXI, Barcelona, Icaria- Editoria/Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2008, pp. 117-133.

Partido Comunista De España, Estatutos y Tesis, Madrid, M. Tutor, 1922.

—, Mensaje del Partido Comunista de España a los intelectuales patriotas, México, Ediciones Nuestro Tiempo, 1954.

—, Hacia la libertad. Octavo Congreso del Partido Comunista de España, París, Éditions Sociales, 1972.

—, Manifiesto Programa del Partido Comunista de España, París, Librairie du Globe / Ebro, 1975.

—, Hacia la liberación de la mujer. Informe aprobado en la I Conferencia del PCE sobre la cuestión femenina, Madrid, PCE, 1976.

—, El Pacto de la Moncloa, Madrid, Comisión de Información y Propaganda del Comité Provincial del P.C.E., 1977.

—, Ponencia sobre política sindical del Partido. 1977, Madrid, Conferencia Provincial de Madrid del Partido Comunista de España, 1977.

—, 9.o Congreso del Partido Comunista de España. 19/23 abril 1978. Resoluciones, Madrid, PCE, 1978.

—, Por la liberación de la mujer. Manifiesto del Partido Comunista de España, Madrid, PCE, 1978.

—, Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos. Madrid 19-23 de abril de 1978, Madrid, Ediciones PCE, 1978.

—, Noveno Congreso del Partido Comunista de España. 19-23 de abril de 1978, Barcelona, Crítica, 1978.

—, Estatutos del Partido Comunista de España. Aprobados en el 9.o Congreso. 19/23 abril de 1978, Madrid, Iberdos, 1978.

—, Los comunistas en el movimiento obrero. Reunión de militantes obreros comunistas. Madrid 17-18 de mayo, Madrid, Comisión de Propaganda del PCE, 1980.

—, El P.C.E. informa. El Estatuto de los Trabajadores. Debate en el Congreso, Madrid, Edissa, 1980.

—, La situación económica y las propuestas del PCE. La política sindical de los comunistas. 11 y 12 de marzo de 1983, Madrid, Partido Comunista de España, 1983.

—, Una alternativa a la crisis. Las propuestas del PCE, Barcelona, Planeta, 1985.

—, Manifiesto de la Secretaría de Movimientos Sociales ante el 30 aniversario de la Constitución española, Madrid, s.e., 2008.

Partit Socialista Unificat de Catalunya, Projecte de Programa, s.l., PSUC, 1976.

—, PSUC. IV Congrés, amb la veu de tots, Barcelona, Laie, 1977.

La Pasionaria, París, Bureau d´Éditions, 1937.

Pasionaria. Una leyenda que se podía tocar, Madrid, Atrapasueños, 2014.

Pastor, Jaime: «Ignacio Fernández de Castro (1919-2011). El largo aprendizaje de la “escuela de la vida”», Viento Sur 119 (2011), pp. 99-103.

Payne, Stanley, Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939), Barcelona, Plaza y Janés, 2003.

Pedraza, Felipe B. y Rodríguez Cáceres, Milagros, Manual de literatura

española. Posguerra: narradores, Berriozar, Cénlit, 1981.

Peiró, Antonio, Eva en los infiernos. Las mujeres asesinadas en Aragón durante la Guerra Civil y la posguerra, Zaragoza, Comuniter, 2018.

Pennetier, Claude y Pudal, Bernard, «Du parti bolchevik au parti stalinien», en Autores Varios, Le siècle des communismes, París, Les Editions de l'Atelier, 2000, pp. 333-358.

—, «Les mauvais sujets du stalinisme», en Brigitte Studer y Josette Bouvard (eds.), Parler de soi sous Staline: La construction identitaire dans le communisme des anées trente, París, Maison des sciences de l'homme, 2002, pp. 65-95.

— (eds), Autobiographies, autocritiques, aveux dans le monde communiste, París, Belin, 2002.

— (dirs.), Le sujet communiste. Identités militantes et laboratoires du «moi», Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2014.

Peña, Lorenzo, ¡Abajo la oligarquía! ¡Muera el imperialismo yanqui!: anhelos y decepciones de un antifascista revolucionario, Brenes (Sevilla), Muñoz Moya, 2011.

Peña González, Víctor, «Los partidos prosoviéticos ante la Transición. El ejemplo de la OPI-PCT», en Fundación Salvador Seguí-Madrid (coord.), Las otras protagonistas de la Transición. Izquierda radical y movilizaciones sociales, Madrid, FSS, 2018, pp. 1023-1032.

—, «"¡Por la República Democrática!" Los prosoviéticos españoles en la Transición española», en Ana Sofía Ferreira y Joao Maderia (coords.), As esquerdas radicais ibéricas entre a ditadura e a democracia. Percursos cruzados, Lisboa, Colibrí, 2019, pp. 65-78.

Pérez, José Antonio, Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao (1958-1977). Trabajadores, convenios y conflictos, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

Pérez Amorós, Francisco, «Estudio preliminar», en María Jesús Espuny Tomás y Olga Paz Torres (coords.), El Proyecto de Ley de Acción Sindical en la Empresa

de 1978, Barcelona, Servei de Publicacions UAB, 2006, pp.

Pérez Díaz, Víctor, Clase obrera, partidos y sindicatos, Madrid, Fundación INI, 1979.

Pérez Serrano, Julio: «Orto y ocaso de la izquierda revolucionaria en España (1959-1994)», en Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (ed.), Los partidos en la Transición: las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 249-289.

—, «Estrategias de la izquierda radical en el segundo franquismo y la Transición (1956-1982)», en Marie-Claude Chaput y Julio Pérez Serrano (eds.), La transición española, nuevos enfoques para un viejo debate, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015, pp. 95-125.

—, «Funcionalidad y límites de la transición a la democracia como paradigma historiográfico», en María Ángeles Naval y Zoraida Carandell (eds.), La transición sentimental. Literatura y cultura en España desde los años setenta, Madrid, Visor / Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016, pp. 67-89.

—, «“Servir al pueblo”: trayectorias del maoísmo en la Península Ibérica», Berceo 173 (2017), pp. 199-216.

—, «Actualidad del debate sobre la transición democrática en España», en Carmen González Martínez (ed.), Transiciones políticas contemporáneas. Singularidades nacionales de un fenómeno global, México, Fondo de Cultura Económica, 2018, pp. 23-40.

—, «Radical Left in Portugal and Spain (1960-2010)», en Beltrán Roca, Emma Martin-Diaz e Ibán Diaz-Parra (eds.), Challenging austerity. Radical left and social movements in the South of Europe, Abingdon, Routledge, 2018, pp. 17-47.

—, «Los proyectos revolucionarios en la Transición española: cuestiones teóricas e historiografía», en Zoraida Carandell, Julio Pérez Serano y otros, La construcción de la democracia en España (1868-2014). Espacios, representaciones, agentes y proyectos, París, Presses Universitaires de Paris Nanterre, 2019, pp. 567-589.

Pérez Solís, Óscar, Memorias de mi amigo Óscar Perea, Madrid, Renacimiento,

1929.

Pestaña, Ángel, Informe de mi estancia en la U.R.S.S., Madrid, Editorial ZYX, 1968.

Plamper, Jan, The Stalin cult. A study in the alchemy of power, Yale, Yale University Press, 2012.

Pike, David Wingeate, Jours de gloire. Jours de Honte. Le parti communiste d’Espagne en France depuis son arrivée en 1939 jusqu’à son départ en 1950, París, SEDES, 1984.

—, In the service of Stalin: The Spanish Communists in exile 1939-1945, Oxford, Clarendon, 1993.

Pinilla, Alfonso, La legalización del PCE. La historia no contada 1974-1977, Madrid, Alianza, 2017.

Plan de choque de la Unión de Juventudes Comunistas de España, ¡¡Por su realización antes del II Congreso!!, (Madrid), Juventud Roja, s.f.

Plans, Marcel, «Radio España independiente, la “Pirenaica”, entre el mito y la propaganda», en Lluís Bassets (ed.), De las ondas rojas a las radios libres, Barcelona, Gustavo Gili, 1981, pp. 114-130.

Plataforma de lucha aprobada por el primer congreso de la Confederación General del Trabajo Unitaria, celebrado en Madrid los días 26, 27, 28, 29 y 30 de abril de 1934, Madrid, 1934.

Plaza, Antonio: «El Teatro Proletario en Madrid. Del grupo Nosotros a la compañía de teatro proletario de César Falcón (1931-1934)», Kamchatka. Revista de análisis cultural 14 (2019), pp. 137-147.

El poeta «Marcos Ana» (páginas de un proceso), s/l, s/e, s/f.

Pons Prades, Eduardo, Guerrillas españolas, 1936-1960, Barcelona, Planeta, 1977.

Portela Gondar, José Leopoldo, Memorias de José Leopoldo Portela Gondar, A Coruña, Hércules, 2007.

Poulantzas, Nicos, Las crisis de las dictaduras. Portugal, Grecia, España, México, Siglo XXI de España, 1976.

Prada, Julio, La España masacrada. La represión franquista de guerra y posguerra, Madrid, Alianza, 2010.

Preston, Paul, El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo, Madrid, Debate, 2013.

Priestland, David, Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo, Barcelona, Crítica, 2010.

Prieto Jiménez, David, El maquis en la provincia de Cuenca, Cuenca, Diputación Provincial de Cuenca, 2005.

Prieto Souto, Xosé, «Reflexiones sobre los medios audiovisuales en las publicaciones clandestinas del PCE y de las comisiones de trabajadores y trabajadoras del cine y la televisión», Studies in Spanish and Latin American Cinemas 10.2 (2013), pp. 181-195.

—, Prácticas fílmicas de transgresión en el Estado español (tardofranquismo y transición democrática), Madrid, Universidad Carlos III, 2015 [https://bit.ly/375Eeos].

Programme of the Young Communist International, Londres, The Young Communist League of Great Britain, 1929.

Pudal, Bernard: «Los enfoques teóricos y metodológicos de la militancia», Revista de Sociología 25 (2011), pp. 17-35.

Pudal, Bernard y Pennetier, Claude, Le souffle d’octobre 1917: L’engagement des communistes français, Ivry-sur-Seine, Éditions de l’Atelier / Éditions ouvrières, 2017.

Puente Fernández, José Manuel, El guardián de la Revolución. Historia del Partido Comunista en Cantabria (1921-1937), Torrelavega, Librucos, 2015.

Puig i Grau, Arnau, Dau al Set. Una filosofía de la existencia, Barcelona, Flor del Viento, 2003.

Puigsech Farràs, Josep, Nosaltres, els comunistes catalans. El PSUC i la

Internacional Comunista durant la Guerra Civil, Vic, Eumo, 2001.

—, «La encrucijada del comunismo español durante la Guerra Civil. El PCE y las contradicciones de la creación del partido único del proletariado», Studia Historica. Historia Contemporánea 24 (2006), pp. 19-34.

—, Entre Franco y Stalin. El difícil itinerario de los comunistas en Cataluña. 1936-1949, Barcelona, El Viejo Topo, 2009.

—, La Revolució Russa i Catalunya, Vic, Eumo, 2017.

—, «El PSUC davant el repte de la diplomàcia soviètica», en Josep Puigsech Farràs y Giaime Pala (ed.), Les mans del PSUC, Les mans del PSUC: militancia, Barcelona, Memorial Democrátic, 2017, pp. 62-81.

—, «La generació de la Revolució Russa», en Jaume Camps Girona (coord.), La Revolució que havia de canviar el món. Cent anys del 1917, Tarragona, Publicacions URV, 2018, pp. 86-98.

—, «Oktyabrskaya revoliutsiya v Katalonii i yeyo zashitniki», en Varios Autores, Rossiyskaya revoliutsiya 1917 goda i yeyo mesto v istorii, Moscú, Ves Mir, 2018, pp. 170-180.

—, «Catalonia, a Very Particular Nation from the Soviet Point of View», en Arnau Gonzàlez i Vilalta (ed.), The Illusion of Statehood. Perceptions of Catalan Independence up to the End of the Spanish Civil War, Brighton / Chicago / Toronto, Sussex Academic Press, 2020, pp. 231-253.

—, «Catalan communism: a particular case in a context of change», en José María Faraldo (ed.), Collapsed Empires. The Consequences of 1917 in the Mediterranean and the World, Zúrich, LitVertlag, 2020, pp. 168-172.

—, «Dos variantes del impacto de la Revolución Rusa en la Cataluña de 1936», en Ferran Gallego (coord.), Socialismo, sindicalismo, antifascismo. Ensayos sobre la crisis del siglo XX, Barcelona, El Viejo Topo, 2019, pp. 189-210.

—, «Catalan communism: a particular case in a context of change», en José María Faraldo (ed.), Collapsed Empires. The Consequences of 1917 in the Mediterranean and the World, Zürich, LitVertlag, 2020, pp. 168-172.

Puigsech Farràs, Josep y Pala, Giame (eds), Les mans del PSUC: militància, Barcelona, Memorial Democràtic, 2017.

Quaggio, Giulia, «La cuestión femenina en el PSOE de la Transición: de la marginación a las cuotas», Arenal 24, 1 (2017), pp. 219-253.

¿Qué dará el gobierno obrero y campesino a la juventud trabajadora? Programa del Gobierno Obrero y Campesino para la juventud. Plataforma de reivindicaciones inmediatas, Madrid, Juventud Roja, 1934.

Quirosa-Cheyrouze, Rafael y Martos, Emilia (eds.), La transición desde otra perspectiva. Democratización y mundo rural, Madrid, Sílex, 2019.

Radcliff, Pamela, «Ciudadanas: las mujeres de las Asociaciones de Vecinos y la identidad de género en los años setenta», en Víctor Pérez Quintana y Pablo Sánchez León (eds.), Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008, Madrid, Catarata, 2008, pp. 54-78.

Radosh, Ronald; Habeck, Mary R. y Sevostianov, Grigory (eds.), España traicionada. Stalin y la Guerra Civil, Barcelona, Planeta, 2002.

Raines, John (ed.), Marx on Religion, Philadelphia, Temple University Press, 2002.

Ramiro Fernández, Luis, Cambio y adaptación en la izquierda: la evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000), Madrid, CIS, 2004.

Ramos, Victoria, Catálogo de los fondos del Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1997-2000, 2 vols.

Ramos Palomo, María Dolores, «Feminismo y acción colectiva en la España de la primera mitad del siglo XX», en M. Ortiz Heras, D. Ruiz González e I. Sánchez Sánchez (coords.), Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pp. 379-403.

Ramos Ramos, Gemma, «Tranvías y conflictividad social en Barcelona (marzo de 1951), actitudes políticas y sociales de una huelga mítica», Historia contemporánea 5 (1991), pp. 203-220.

Redondo, Jesús Ángel, «Lluvia de siglas en el campo: el sindicalismo agrario en la provincia de Valladolid durante la transición (1975-1980)», Historia y Política 44 (2020), pp. 337-368.

Redondo Abal, Francisco Xavier, Arelas de liberdade na Galiza. Galegos perante o tribunal de Orde Pública (TOPGAL, 1964-1976), Santiago, Laiovento, 2017.

Rees, Tim y Thorpe, Andrew, «Introduction», en Tim Rees y Andrew Thorpe (eds.), International Communism and the Communist International,1919-1943, Manchester y Nueva York, Manchester UP, 1998, pp. 1-14.

Rejano, Juan, «Testimonio», en Ascensión Hernández de León-Portilla (ed.), España desde México. Vida y testimonio de transterrados, México, UNAM, 1978.

—, Artículos y ensayos, Sevilla, Renacimiento, 2000.

—, Poesía Completa, Córdoba, Diputación de Córdoba, 2003.

Los renegados del comunismo en España, Barcelona, Edeya, 1932.

Renyer, Jaume y Pujol, Enric (dirs), Pensament polític als Països Catalans, 1714-2014, Barcelona, Pòrtic, 2007.

Resolutions Adopted at the 4th Congress of the Young Communist International, s.l, s.e. (Comité Ejecutivo de la IJC), s.f.

The results of two congresses: The Fifth Congress of the Communist International and the Fourth Congress of the Y.C.I., s.l. (Suecia), Executive Committee of the Young Communist International, 1924.

Riambau, Esteve, Ricardo Muñoz Suay. Una vida en sombras. Biografía, Barcelona, Tusquets, 2007.

Ricoeur, Paul, La memoria, la Historia, el olvido, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Richards, Michel, «Falange, autarquía i crisis. La vaga general de 1951 a Barcelona», Segle XX. Revista catalana d’història 3 (2010), pp. 95-124.

Riquer, Borja de, La dictadura de Franco, Barcelona/Madrid, Crítica/Marcial Pons, 2010.

Rivera, Antonio, Señas de identidad. El País Vasco visto por la izquierda histórica, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

Rodés, Jesús M. y Ucelay da Cal, Enric. «Una vida significativa. Amadeu Bernadó», L'Avenç 11 (1978), pp. 50-53.

Roca, José Manuel (coord.), El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992), Madrid, La Catarata, 1994.

Rodríguez, Esther, Els maquis, Barcelona, Cossetània, 2005.

Rodríguez, Juan Carlos, La norma literaria, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1994.

Rodríguez Álvarez, Miguel José, «Entrevista: Victorio Vicuña, maquis comunista: el PCE mando liquidar a muchos de los nuestros», Historia 16 274 (1999), pp. 76-83.

Rodríguez Armada, Amandino y Novais, José Antonio, ¿Quién mató a Julián Grimau?, Madrid, Ediciones 99, 1976.

Rodríguez-Flores Parra, Vega, Fer país. Comunismo valenciano y problema nacional (1970-1982), Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2018.

Rodríguez López, Emmanuel, Por qué fracaso la democracia en España. La Transición y el régimen del ´78, Madrid, Traficantes de Sueños, 2015.

Rodríguez Padilla, Eusebio, El Ejército Guerrillero de Andalucía (1945-1952), Mojácar, Arráez, 2010.

Rodrígez Puértolas, Julio y otros, Historia social de la literatura española, Madrid, Akal, 2000, vol. II.

Rodríguez Tejada, Sergio, Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia, Valencia, PUV, 2009.

Rohrwasser, Michael, Der Stalinismus und die Renegaten. Die Literatur der

Exkommunisten, Stuttgart, Metzler, 1991.

Rojas Claros, Francisco, «Una editorial para los nuevos tiempos: Ciencia Nueva, (1965-1970)», Historia del Presente 2 (2005), pp. 103-120.

Roldán Barbero, Horacio, Los GRAPO: Un estudio criminológico, Granada, Comares, 2008.

Román, Gloria, «“Queridos camaradas…”. Resistencias cotidianas en el mundo rural alto-andaluz de los sesenta a través de las cartas de “La Pirenaica”», en Gloria Román y Juan A. Santana (coord.), Tiempo de dictadura. Experiencias cotidianas durante la guerra, el franquismo y la democracia, Granada, EUG, 2018, pp. 129-148.

Román, Gloria y Santana, Juan A. (coord.), Tiempo de dictadura. Experiencias cotidianas durante la guerra, el franquismo y la democracia, Granada, EUG, 2018.

Romeu Alfaro, Fernanda, Más allá de la utopía: la Agrupación Guerrillera de Levante, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1987.

—, El silencio roto: las mujeres contra el franquismo, Barcelona, El Viejo Topo, 2002.

Rosal, Amaro del, «Consideraciones y vivencias sobre la fundación del PCE y sus primeros años», en Contribuciones a la historia del PCE, Madrid, FIM, 2004, pp. 73-93.

Rosenhaft, Eve, «Organising the »Lumpenproletariat«: Cliques and Communists in Berlin during the Weimar Republic», en Richard J. Evans (Ed.), The German Working Class 1888-1933: The Politics of Everyday life, Londres, Croom Helm, 1982, pp. 174-219.

Rosés, Sergi, «Els revolucionaris marxistes a l’Espanya dels anys trenta», tesis doctoral, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2017.

Rubiralta, Fermí, El Nuevo Nacionalismo Radical. Los Casos Gallego, Catalán y Vasco (1959-1973), San Sebastián, Tercera Prensa, 1997.

—, De Castelao a Mao. O novo nacionalismo radical galego (1959-1974).

Orixes, configuración e desenvolvemento inicial da UPG, Santiago de Compostela, Laiovento, 1998.

—, Una història de l'independentisme polític català: De Francesc Macià a Josep Lluís Carod-Rovira, Lleida, Pagès, 2004.

Rueda Laffond, José Carlos, «Perder el miedo, romper el mito. Reflexión mediática y representación del Partido Comunista entre el Franquismo y la Transición», Hispania LXXV, 251 (2015), pp. 833-862.

—, «Fábricas de comunistas: escuelas de Partido y estrategias orgánicas en los años treinta», Historia y Política 40 (2018), pp. 263-297.

—, Memoria roja. Una historia cultural de la memoria comunista en España (1931-1977), Valencia, PUV, 2018.

—, «Autorretratos en rojo: explorando la autobiografía comunista», Journal of Spanish Cultural Studies 19, 4 (2018), pp. 407-426.

—, «Autocrítica: prácticas y estrategias en la cultura comunista, 1927-1939», Historia Social 98 (2020), pp. 39-59.

Ruiz, David, El movimiento obrero en Asturias: de la industrialización a la Segunda República, Oviedo, Amigos de Asturias, 1968.

— (dir.), Historia de Comisiones Obreras (1958-1988), Madrid, Siglo XXI de España, 1993.

—, «De la supervivencia a la negociación. Actitudes obreras en las primeras décadas de la dictadura (1939-1958)», en David Ruiz (coord.), Historia de Comisiones Obreras (1958-1988), Madrid, Siglo XXI de España, 1993, pp. 47-68.

—, «De la guerrilla a las fábricas. Oposición al franquismo del Partido Comunista de España (1948-1962)», Espacio, Tiempo y Forma 13 (2000), pp. 105-124.

Ruiz, Encarna, Historia de las Comisiones Obreras de Sevilla. Primera parte. De la dictadura franquista a la legalización, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2002.

Ruiz, Fernando y Romero, Joaquín (eds.), Los partidos marxistas. Sus dirigentes, sus programas, Barcelona, Anagrama, 1977.

Ruiz Ayúcar, Ángel, El Partido Comunista. 37 años de clandestinidad, Madrid, San Martín, 1976.

—, Crónica agitada de ocho años tranquilos 1963-1970, Madrid, San Martín, 1974.

Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, El Sindicato Español Universitario (SEU) 1939-1965, Madrid, Siglo XXI de España, 1996.

Sabio, Alberto, Labrar democracia y sembrar sindicalismo. La Unión de Agricultores y Ganaderos de Aragón (1975-2000), Zaragoza, UAGA, 2001

—, «Tractores no amarillos. Protesta y politización de la explotación familiar agraria en España, 1970-1980», en Rafael Quirosa-Cheyrouze y Emilia Martos (eds.), La transición desde otra perspectiva. Democratización y mundo rural, Madrid, Sílex, 2019, pp. 213-234.

Saborit Colomer, Andrés, Asturias y sus hombres, Oviedo, KRK / Fundación José Barreiro, 2004.

Sacristàn, Manuel, «La militancia de cristianos en el Partido Comunista», Materiales, 1 (1977), pp. 101-112.

—, Pacifismo, ecologismo y política alternativa, Madrid, Diario Público, 2009.

Sagardoy Bengoechea, José Antonio y León Blanco, David, El poder sindical en España, Barcelona, Planeta/IEE, 1982.

Salaün, Serge: «Poetas "de oficio" y vocaciones incipientes durante la Guerra de España», en François Botrel y Serge Salaün (eds.), Creación y público en la literatura española, Madrid, Castalia, 1974, pp. 181-215.

—, «Las vanguardias políticas. La cuestión estética», en Javier Pérez Bazo (ed.), La Vanguardia en España. Arte y Literatura, Toulouse, CRIC, 1998, pp. 209-226.

Salvador Marañón, Alicia, De ¡Bienvenido, Mr. Marshall! a Viridiana. Historia de UNINCI: Una productora cinematográfica española bajo el franquismo,

Madrid, Egeda, 2006.

San José, Begoña, «Feminismo y sindicalismo durante la transición democrática española (1976-1982)», en Carmen Martínez Ten, Purificación Gutiérrez López y Pilar González Ruiz (eds.), El movimiento feminista en España en los años 70, Madrid, Cátedra, 2009, pp. 335-368.

Sánchez, Cristina, «Purificar y purgar. La Guerra Civil en las Cinco Villas desde una perspectiva feminista», Filanderas. Revista Interdisciplinar de Estudios Feministas 4 (2019), pp. 7-25.

Sánchez Albornoz, Nicolás, «Prólogo», en Manuel Lamana, Otros hombres, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, 1989, pp. 9-18.

—, Cárceles y exilios, Barcelona, Anagrama, 2012.

Sánchez Cervelló, Josep (ed.), Maquis: el puño que golpeó al franquismo. La Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, Barcelona, Flor de Viento, 2004.

Sánchez Dragó, Fernando, Galgo corredor. Los años guerreros (1953-1964), Barcelona, Planeta, 2020.

Sánchez Montero, Simón, Camino de libertad. Memorias, Madrid, Temas de Hoy, 1997.

Sánchez Moreno, Alejandro, José Díaz. Una vida en lucha, Córdoba, Almuzara, 2013.

Sánchez Ortiz de Zárate, Carmen, «Mujeres Antifascistas» [http://lahistoriaenlamemoria.blogspot.com/p/asociacion-de-mujeres-antifascistas.html].

Sánchez Rodríguez, Jesús, Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982), Madrid, FIM, 2004.

Sánchez Sánchez, Isidro, «El asociacionismo agrario en Castilla-La Mancha», en Ángel Luis López y Manuel Ortiz Heras (coord.), Entre surcos y arados. El asociacionismo agrario en la España del siglo XX, Cuenca, Ediciones UC-LM, 2001, pp. 171-210.

—, «El Pan de los fuertes: La “Buena Prensa” en España», en Julio de la Cueva Merino y Ángel Luis López Villaverde (eds.), Clericalismo y asociacionismo católico en España: de la restauración a la transición, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2005, pp. 63-94.

Sanchís Alfonso, José Ramón, Maquis: una historia falseada. La Agrupación Guerrillera de Levante (desde lo orígenes hasta 1947), Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2007.

Sancho Galán, Jordi, «“Nuestro 68 fue el 66”. El movimiento estudiantil de Barcelona en el marco global de los sesentayochos (1965-1969)», Historia del Presente 34 (2019), pp. 161-176.

Sandoval, José, Una larga caminata. Memorias de un viejo comunista, Brenes, Muñoz Moya Editores Extremeños / FIM, 2006.

Sanfeliu, Luz, «La enseñanza de lo público. El asociacionismo feminista progresista durante la II República», Historia Social 82 (2015), pp. 149166.

Sans Molas, Joel, «Militància, vida i revolució en els anys 70: l’experiència de l’Organització d’Esquerra Comunista (OIC)», tesis doctoral, Barcelona, Universirtat Autònoma de Barcelona, 2017.

Sans Orenga, Martí, Els treballadors mercantils dins el moviment obrer català, Barcelona, Pòrtic, 1975.

Santidrián Arias, Víctor, Comunismo y sindicalismo en la España del siglo XX (1920-1936), Madrid, Fundación 1.o de Mayo, 2006.

—, Historia do PCE en Galicia (1920-1968), A Coruña, Ediciós do Castro, 2008.

—, «Resistencia fiscal y “guerras agrarias”. La movilización del campesinado gallego ante la lógica industrializadora», en Daniel Lanero (ed.), Por surcos y calles. Movilización social e identidades en Galicia y el País Vasco (1968-1980), Madrid, Catarata, 2013, pp. 108-138.

Santullano, Gabriel, La prensa clandestina en Asturias, Oviedo, KRK, 2006.

Sanz Díaz, Benito, «La radicalización del movimiento universitario, 1968-1975. La proliferación de partidos políticos», en Benito Sanz Díaz y Ramón Ignacio

Rodríguez Bello (eds.), Memoria del Antifranquismo. 1939-1975, Valencia, Universitat de Valencia, 1999, pp. 276-345.

Sartorius, Nicolás, El resurgir del movimiento obrero, Barcelona, Laia, 1975.

—, El sindicalismo de nuevo tipo. Ensayos sobre Comisiones Obreras, Barcelona, Laia, 1977.

Sartorius, Nicolás y Alfaya, Javier, La memoria insumisa, Madrid, Espasa Calpe, 1999.

Sartorius, Nicolás y Sabio, Alberto, El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España (noviembre de 1975-junio de 1977), Madrid, Temas de Hoy, 2007.

Sastre, Carles; Benítez, Carles y Muste, Pep, Terra Lliure. Punto de partida 1979-1995. Una biografía autorizada, Tafalla, Txalaparta, 2012.

Schauff, Frank y Sans, Guillén, La victoria frustrada. La Unión Soviética, la Internacional Comunista y la Guerra Civil española, Barcelona, Debate, 2008.

Scribner, Charity, Requiem for Communism, Cambridge (MA), The MIT Press, 2003.

Segunda Conferencia Nacional del PCE, Manifiesto programa del Partido Comunista de España, PCE, 1975.

Segura Peñas, Luis, Comunistas en tierra de olivos. Historia del PCE en la provincia de Jaén, 1921-1986, Jaén, Universidad de Jaén, 2019.

Semprún, Jorge, Autobiografía de Federico Sánchez, Barcelona, Planeta, 1977.

Sender Begué, Rosalía, Luchando por la liberación de la mujer. Valencia, 1969-1981, Valencia, PUV, 2006.

Serra, Maurizio, Les frères séparés. Drieu La Rochelle, Aragon, Malraux face à l'Histoire, París, La Table Ronde, 2011.

Serrano, Secundino, La guerrilla antifranquista en León (1936-1951), Salamanca, Junta de Castilla y León, 1986.

—, Crónica de los últimos guerrilleros leoneses, 1947-1951, Valladolid, Ámbito, 1989.

—, «Notas acerca de la guerrilla antifranquista en la provincia de León», en El movimiento guerrillero de los años cuarenta, Madrid, FIM, 1990, pp. 65-71.

—, Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista, Madrid, Temas de Hoy, 2003.

Service, Robert, Stalin. Una biografía, Madrid, Siglo XXI de España, 2006.

Sevilla, Julia y otras (coords.), Las mujeres parlamentarias en la legislatura constituyente, Madrid, Cortes Generales-Ministerio de la Presidencia, 2006.

Sevillano Calero, Francisco, Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil, Madrid, Alianza 2007.

Silvestrini, María Teresa, «Trasformare la società. Pratiche politiche e percorsi di donne nel partito comunista a Torino, 1943-1990», en María Teresa Silvestrini, Caterina Simiand y Simona Urso (eds.), Donne e politica: La presenza femminile nei partiti politici dell'Italia repubblicana: Torino, 1945-1990, Milán, Franco Angeli, 2005, pp. 181-350.

Simelio, Nuria, Prensa de información general durante la transición política española (1974-1984), pervivencias y cambios en la representación de las relaciones sociales, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2007.

Los sindicatos en la revolución española, Barcelona, Publicaciones Edeya, 1932.

Sirockin, Pat, The story of Labour Youth, [London], Scarr, s. f. [¿1960?].

Smith, Sidonie y Watson, Julia, Reading Autobiography. A Guide for Interpretating Life Narratives, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2001.

Soldevila Durante, Ignacio, La novela desde 1936, en Historia de la literatura española actual, Madrid, Alhambra, 1982, vol. II.

Solé Soldevila, Josep María, «Bandera Roja (1968-1974)», tesis doctoral, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2018.

Solé Tura, Jordi, «La cuestión comunista como cuestión política general», en Enrico Berlinguer, La «cuestión comunista», Barcelona, Fontamara, 1977, pp. 9-21.

—, Una historia optimista. Memorias, Madrid, Aguilar, 1999.

—, Una història optimista. Memòries, Barcelona, Edicions 62, 1999.

Soler, Alejandra, La vida es un río caudaloso con peligrosos rápidos. Al final de todo… sigo comunista, Valencia, PUV, 2009.

Soler Vidal, Josep, Fidelitat a un poble. Escrits, 1931-1965, Barcelona, Curial, 1988.

Soley, Lawrence C. y Nichols, John S., Clandestine radio broadcasting: a study of revolutionary and counterrevolutionary electronic communication, Westport (Connecticut), Praeger Publishers, 1987.

Sorel, Andrés, Antimemorias de un comunista incómodo. De la Pirenaica a Podemos, Barcelona, Península, 2016.

Soto Carmona, Álvaro, «Comisiones Obreras en la transición y consolidación democrática. De la asamblea de Barcelona a la Huelga General del 14-D», en David Ruiz (dir.), Historia de Comisiones Obrera (1958-1988), Madrid, Siglo XXI de España, 1993, pp. 451-521.

Soto Martín, Fernando, A ras de tierra, Madrid, Akal, 1976.

Souto Kustrín, Sandra, «De la paramilitarización al fracaso: las insurrecciones sociales de 1934 en Viena y Madrid», Pasado y Memoria 2 (2003), pp. 193-220.

—, «“El mundo ha llegado a ser consciente de su juventud como nunca antes”: Juventud y movilización política en la Europa de entreguerras», en Manuela Marín (ed.), «Jóvenes en la historia», Mélanges de la Casa de Velázquez 34/1 (2004), pp. 179-215

—, «Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?». Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936), Madrid, Siglo XXI de España, 2004.

—, «La juventud y el Eje durante la Segunda Guerra Mundial: Compromiso,

disidencia y resistencia. Los casos alemán, italiano y francés», en Encarna Nicolás y Carmen González, Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy, Murcia, EDITUM, 2008.

—, «Tradición, modernidad y necesidades bélicas: organización y movilización de la mujer joven en la República en guerra», en Laura Branciforte y Rocío Orsí (eds.), Ritmos contemporáneos. Género, política y sociedad en los siglos XIX y XX, Madrid, Dykinson, 2012, pp. 119-147.

—, Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República española, Valencia, PUV, 2013.

—, «Democracia, antifascismo y revolución. Las juventudes obreras en la Europa de entreguerras», en Aurora Bosch, Teresa Carnero y Sergio Valero (eds.), Entre la reforma y la revolución. La construcción de la democracia desde la izquierda, Granada, Comares, 2013, pp. 69-87.

—, «Jóvenes, marxista y revolucionarios», en Fernando del Rey Reguillo y Manuel Álvarez Tardío, Políticas del odio. Violencia y crisis de las democracias en el mundo de entreguerras, Madrid, Tecnos, 2017, pp. 115-165.

—, «Una unificación inacabada: la formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (verano 1934-verano 1936)», Nuestra Bandera 50 (2021), pp. 229-239.

Springall, John: «“Young England, Rise up, and Listen!”: The Political Dimensions of Youth Protest and Generation Conflict in Britain, 1919-1939», en D. Dowe (ed.), Jugendprotest und Generationenkonflikt in Europa im 20. Jahrhundert. Deutschland, England, Frankreich und Italien im Vergleich, Bonn, Verlag Neue Gesellschaft, 1986, pp. 151-163.

Stachura, Peter D.: «The Social and Welfare Implications of Youth Unemployment in Weimar Germany, 1929-1923», en Peter D. Stachura (ed.), Unemployment and the Great Depression in Weimar Germany, Londres, Macmillan, 1986, pp. 121-148.

Steinberg, David A., «The Workers’ Sport Internationals, 1920-28», Journal of Contemporary History 13, 2 (abril de 1978), pp. 233-251.

Strazzeri, Víctor, «Forging socialism through democracy: a critical review

survey of literature on Eurocommunism», Twentieth Century Communism 17 (2019), pp. 26-66.

Studer, Brigitte, The Transnational World of the Cominternians, Basingstoke, Palgrave Mc Millan, 2015.

Studer, Brigitte; Unfried, Berthold y Herrmann, Irène (eds.), Parler de soi sous Staline. La construction identitaire dans le communisme des années trente, París, Maison des Sciences de l’Homme, 2002.

Suárez, Ángel y Colectivo 36, Libro blanco sobre las cárceles franquistas 1936-1939, París, Ruedo Ibérico, 1976.

Suárez Cortina, Manuel, Entre cirios y garrotes. Política y religión en la España contemporánea, 1808-1936, Santander / Cuenca, Editorial de la Universidad de Cantabria / Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2014.

Subirats, Eduardo, Después de la lluvia. Sobre la ambigua modernidad española, Madrid, Temas de Hoy, 1993.

Tafalla, Joan, «Les conseqüències de la transició en el PSUC», en Giaime Pala y Josep Puigsech Farràs (dirs.), Les mans del PSUC: militància, Barcelona, Memorial Democràtic, 2017, pp. 258-278.

Tagüeña, Manuel, Testimonio de dos guerras, México, Oasis, 1973.

Taibo II, Paco Ignacio, Asturias. Octubre 1934, Barcelona, Crítica, 2013.

Tamames, Ramón, Más que unas memorias. Años de aprendizaje, la edad de la razón, Barcelona, RBA, 2013.

Tarrow, Sidney, Poder en movimiento, Madrid, Alianza, 2004.

Tartatowsky, Danielle, Les Manifestations de rue en France: 1918-1968, París, Publications de la Sorbonne, 1997.

Tébar Hurtado, Javier, «Sindicalismo y política. La polémica comunista sobre la unidad sindical en la transición española», en António Simoes do Paço, Raquel Varela, Sjaak Van der Velden (coords.), Strikes and Social Conflicts. Towards a global history. Lisboa, International Association Strikes and Social Conflicts,

2012, pp. 152-161.

—, «El movimiento obrero durante la transición y en democracia», en Carme Molinero y Pere Ysàs, Las izquierdas en tiempos de transición, València, PUV, 2016, pp. 169-194.

— (ed.), El movimiento obrero en la gran ciudad: de la movilización sociopolítica a la crisis económica, Barcelona, EIC-El Viejo Topo, 2011.

— (ed.), «Resistencia ordinaria». La militancia y el antifranquismo catalán ante el Tribunal de Orden Público (1963-1977), Valencia, PUV, 2012.

Teodori, Massimo, Las nuevas izquierdas europeas (1956-1976), Barcelona, Blume, 1978, 3 vols.

Termes, Josep, Històries de la Catalunya treballadora, Barcelona, Empúries, 2000.

—, La catalanitat obrera. La República Catalana, l'Estatut de 1932 i el Moviment Obrer, Barcelona, Afers, 2007.

— (ed.), Fons Jordi Arquer. Correspondència 1939-1981, Barcelona, Afers, 2004.

Tétard, Françoise, «Jeunesse: sujet ou objet de politiques? La dimension politique de la jeunesse en France, de la première a la deuxième guerre mondiale», en Dieter Dowe, (ed.), Jugendprotest und Generationenkonflikt in Europa im 20. Jahrhundert. Deutschland, England, Frankreich und Italien im Vergleich, Bonn, Verlag Neue Gesellschaft, 1986, pp. 179-188.

Thalheimer, August, «Notes on a Stay in Catalonia», en Varios Autores, The Spanish civil war. The view front the left, Londres, Socialist Platform, 1992, pp. 268-283.

Thalmann, Rita, «L'oubli des femmes dans l'historiographie de la Résistance», Clio: Histoire, femmes, sociétés 1, pp. 21-35.

Thomas, Hugh, La Guerra Civil española, París, Ruedo Ibérico, 1976.

Thomas, Peter, The Gramscian Moment. Philosophy, Hegemony and Marxism,

Chicago, Haymarket Books, 2009.

Thompson, Edward P., La formación de la clase obrera en Inglaterra, Madrid, Capitán Swing, 2012.

Thorpe, Andrew, «The Communist Internacional and the British Communist Party», en T. Rees y A. Thorpe, International Communism and the Communist International, 1919-1943, Manchester y Nueva York, Manchester UP, 1998, pp. 67-86.

—, «The Membership of the Communist Party of Great Britain, 1920-1945», The Historical Journal 43, 3 (septiembre de 2000), pp. 777-800.

Toller, Ernst, Entre la II República y la Guerra Civil española, Granada, Comares, 2019.

Tona Nadalmai, Abelard, Memòries d’un nacionalista català: del nacionalisme radical al comunisme. Història menuda 1922-1932, Barcelona, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1994.

Torres Nebrera, Gregorio, «Entre el clavel y la espada: Los varios registros poéticos de Rafael Alberti en la primera poesía de exilio». Rafael Alberti libro a libro. El poeta en su centenario (1902-2002), Cádiz, Universidad de Cádiz, 2003, pp. 233-264.

Toscano, Alberto, «The Open Secret of Real Abstraction», Rethinking Marxism 20, 2 (2008), pp. 273-287.

Tosstorff, Reiner, El POUM en la revolució espanyola, Barcelona, Base, 2009.

—, «El POUM en la ilegalidad bajo Negrín», en Pelai Pagès y Pepe Gutiérrez Álvarez (dirs.), El POUM y el caso Nin. Una historia abierta, Barcelona, Laertes, 2014, pp. 57-85.

—, The Red International of Labour Unions (RILU), 1920-1937, Chicago, Haymarket Books, 2018.

Trat, Josette, «Aux racines de l’idéologie “familialiste” du PCF», en Christine Delphy y Sylvie Chaperon (dirs.), Cinquantenaire du Deuxième Sexe: Colloque International Simone de Beauvoir, París, Syllepse, 2002, pp. 380-386.

Traverso, Enzo, Left-Wing Melancholia. Marxism, History, and Memory, Nueva York, Columbia University Press, 2017.

—, Melancolía de izquierda. Después de las utopías, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.

Treglia, Emanuele, «Un partido en busca de identidad. La difícil trayectoria del eurocomunismo español», Historia del Presente 18 (2011), pp. 25-41.

—, Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero, Madrid, Eneida, 2012.

—, «El PCE y el movimiento comunista internacional (1969-1977)», Cuadernos de Historia Contemporánea 37 (2015), pp. 225-255.

—, «Contra el nuevo orden mundial. El comunismo español ante la posguerra fría», Pasado y Memoria 19 (2019), pp. 127-155.

—, «Los vientos de Checoslovaquia. EL PCE y el 68 del comunismo internacional», en Abdón Mateos y Emanuel Treglia (coords.), Las convulsiones del 68. España y el sur de Europa, Madrid, UNED, 2019, pp. 95-115.

Trentin, Bruno, La ciudad del trabajo. Izquierda y crisis del fordismo, Madrid, Fundación 1.o de Mayo, 2012.

Trías Vejarano, Juan, «Presentación», en Contribuciones a la historia del PCE, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004, pp. 7-8.

Tubella, Imma, Jaume Compte i el Partit Català Proletari, Barcelona, La Magrana, 1979.

Tuñón de Lara, Manuel, El movimiento obrero en la historia de España, Madrid, Taurus, 1972.

—, «El poder y la oposición», en José Antonio Biescas y Manuel Tuñón de Lara, España bajo la dictadura franquista (1939-1975), Barcelona, Labor, 1980, pp. 165-431.

—, «De la dictadura de Primo de Rivera al Congreso de Sevilla», en Contribuciones a la historia del PCE, Madrid, FIM, 2004, pp. 175-204.

Tuya, Carlos, Aspectos fundamentales de la revolución española, Madrid, PCT, 1977.

—, La función histórica del Estado y la democracia, Madrid, Anagrama, 1980.

Ubierna, Antonio, Qué es el trotsquismo, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976.

Ucelay da Cal, Enric y Esculies, Joan, Macià al país dels soviets, Barcelona, Edicions 1984, 2015.

Un año de lucha guerrillera en Levante, Mundo Obrero, s.l., s.e., s.f., [1947-48].

Uribe, Vicente, Memorias de un ministro comunista de la República, Sevilla, Renacimiento, 2019.

Valiente Fernández, Celia, «Movimientos sociales y Estados: la movilización feminista en España desde los años sesenta», Sistema 61 (2001), pp. 31-58.

Valverde, María José, «Continuidad o renovación: El PCE 1956-1965», tesis doctoral, Universidad de Málaga, 2003.

Vallejo Nágera, Antonio, Eugenesia de la hispanidad y regeneración de la raza, Burgos, Editorial Española, 1937.

Varin, Jacques, Jeunes comme J.C. Sur la Jeunesse Communiste. Tome I, de 1920 à 1939, París, Éditions Sociales, 1975,

Varios Autores, España canta a Cuba, París, Ruedo Ibérico, 1962.

Varios Autores, Versos para Antonio Machado, París, Ruedo Ibérico, 1962.

Varios Autores, La estrategia sindical, Barcelona, Nova Terra, 1968.

Varios Autores, Los comunistas en la Historia de Albacete 1920-1979, Albacete, Partido Comunista de España, 1990.

Varios Autores, «Les Jornades Catalanes de la Dona des del PSUC», en El feminisme al PSUC. Els anys setenta i vuitanta del segle XX, PSUC, 2010, pp. 42-53 [http://elfeminismealpsuc.adpc.cat/quisom.html].

Varo Moral, Nadia, Las militantes ante el espejo. Clase y género en las CC.OO.

del área de Barcelona (1964-1978), Alzira, Germania, 2014.

Vázquez Montalbán, Manuel, Asesinato en el Comité Central, Barcelona, Planeta, 1981.

—, Pasionaria y los siete enanitos, Barcelona, Planeta, 1995.

—, Crónica sentimental de la transición, Barcelona, Debolsillo, 2010.

Vega, Pedro y Erroteta, Peru, Los herejes del PCE, Barcelona, Planeta, 1982.

Vega García, Rubén, «Las fuerzas del trabajo: los comunistas en el movimiento obrero durante el franquismo», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad social e historia social, Madrid, FIM-Atrapasueños, 2009, pp. 309-363.

— (coord.), El camino que marcaba Asturias. Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional, Gijón, Trea/Fundación Juan Muñiz Zapico, 2002.

— (coord.), Hay una luz en Asturias… Las huelgas de 1962 en Asturias, Gijón, Trea / Fundación Juan Muñiz Zapico, 2002.

Vega García, Rubén y Serrano Ortega, Begoña, Clandestinidad, represión y lucha política. El movimiento obrero en Gijón bajo el franquismo, (1937-1962), Gijón, Ayuntamiento de Gijón, 1998.

Vega Sombría, Santiago, La política del miedo. El papel de la represión en el franquismo, Barcelona, Crítica, 2011.

—, «La represión olvidada. Las muertes silenciadas en el Madrid de posguerra», en Fernando H. Holgado y Tomás Montero (eds.), Morir en Madrid (1939-1944). Las ejecuciones masivas en la capital, Madrid, Antonio Machado, 2020, pp. 101-111.

Verdugo Martí, Vicenta, «El Movimiento Democrático de Mujeres: el compromiso político por una ciudadanía democrática», en Ana Aguado y Luz Sanfeliu (eds.), Caminos de democracia. Ciudadanías y culturas democráticas en el siglo XX, Granada, Comares, 2014, pp. 115-132.

VI Congreso del Partido Comunista de España. 40 años del Partido Comunista

de España, sus raíces, su base ideológica, sus actividades. Informe presentado por la camarada Dolores Ibárruri, Praga, Ediciones Boletín de Información, 1960.

Vicente Hernando, César de, «El realismo social en las revistas culturales comunistas de posguerra (una lectura sin conclusiones)», Revista de crítica literaria marxista 5 (2011), pp. 21-29.

Villagarcía, Luis, Una juventud truncada. Memorias de un comunista, Alicante, Club Universitario, 2002.

Vinyes, Ricard, La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas 1934-1936, Madrid, Siglo XXI de España, 1978.

—, La Catalunya Internacional. El frontpopulisme en l’exemple català, Barcelona, Curial, 1983.

—, La presència ignorada. La cultura comunista a Catalunya (1840-1931), Barcelona, Edicions 62, 1989.

—, Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas, Madrid, Temas de Hoy, 2002.

Viñas, Ángel, El escudo de la República. El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937, Barcelona, Crítica, 2007.

Viñas, Ángel y Hernández Sánchez, Fernando, El desplome de la República, Barcelona, Crítica, 2010.

Virgile, Fabrile, «Le sexe blessé», en François Rouquet, Fabrile Virgile y Danièle Voldmann, Amour, guerres et sexualité, 1914-1945, Gallimard BDIC/Musée de l’Ármée, 2007, pp. 138-144.

Wallerstein, Immanuel, «Foreword», en William G. Martin (coord.), Making waves. Worldwide Social Movements, 1750-2005, Colorado, Paradigm Publishers, 2008.

Wheleer, Robert F., «German Labour and the KOMINTERN. A Problem of Generations?», Journal of Social History 7, 3 (primavera de 1974), pp. 304-321

Wilhelmi, Gonzalo, Romper el Consenso. La Izquierda Radical en la Transición Española (1975–1982), Madrid, Siglo XXI de España, 2016.

Whitaker, Arthur P., Spain and defense of the West: ally and liability, Nueva York, Harper and Brothers, 1961.

Wilis, Edward H., Whatever Happened to Tom Mix? The story of one of my lives, Londres, Cassell, 1970.

Wolff, Michael, «Unamos las fuerzas de la nueva generación», Informe presentado al VI Congreso de la Internacional Juvenil Comunista, Bilbao, Editorial Joven Guardia, s.f.

The Young Communist International between the Fourth and the Fifth Congresses, 1924-1928, Londres, Communist Party of Great Britain, 1928.

Ysàs, Pere, Disidencia y Subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975, Barcelona, Crítica, 2004.

—, «La crisis de la dictadura franquista», en Carme Molinero (ed.), La Transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia, Barcelona, Península, 2006, pp. 27-58.

Yusta, Mercedes, «Sujetos femeninos en espacios “masculinos”: la resistencia al franquismo de las mujeres aragonesas, 1940-1950», en V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. El siglo XX: balance y perspectivas, Valencia, Fundación Cañada Blanch, 2000, pp. 257-264.

—, Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón, 1939-1952, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.

—, «Rebeldía individual, compromiso familiar, acción colectiva: las mujeres en la resistencia al franquismo durante los años cuarenta», Historia del Presente 4 (2004), pp. 63-92.

—, «Una guerra que no dice su nombre. Los usos de la violencia en el contexto de la guerrilla antifranquista», Historia Social 61 (2008), pp. 109-126.

—, «El campesinado y la vertiente social de la guerrilla», en Julio Aróstegui y

Jorge Marco (eds.), El último frente: la resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 39-58.

—, Madres coraje contra Franco. La Unión de Mujeres Españolas en Francia, del antifascismo a la Guerra Fría, Madrid, Cátedra, 2009.

—, «Réinventer l’antifascisme au féminin: la Fédération Démocratique Internationale des Femmes et le début de la Guerre Froide», Témoigner entre histoire et mémoire. Revue pluridisciplinaire de la Fondation Auschwitz 104 (2009), pp. 91-104.

—, «La cultura política comunista española durante la Guerra Civil y el primer franquismo: ¿una religión laica?», en Danièle Bussy Genevois (coord.), La laicización a debate (ss. XIX y XX), Zaragoza, Fernando el Católico, 2011, pp. 349-374.

—, «The Strained Courtship between Antifascism and Feminism: From the Women’s World Committee (1934) to the Women’s International Democratic Federation (1945)», en Hugo García y otros (coords.), Rethinking Antifascism. History, Memory and Politics, 1921-1945, Londres/Nueva York, Berghahn Books, 2016, pp. 167-184.

—, «Mujeres para después de una guerra mundial. La Federación Democrática International de Mujeres, empoderamiento femenino a comienzos de la guerra fría (1945-1951)», en Henar Gallego y Carmina García Herrero (eds.), Autoridad, poder e influencia. Mujeres que hacen historia, Barcelona, Icaria, 2018, pp. 129-155.

—, «Femmes d’acier. Les communistes espagnoles et la Federation Democratique Internationale des Femmes (1945-1950)», Hispania Nova 18 (2020), pp. 599-628.

Zaragoza Fernández, Luis, Radio Pirenaica. La voz de la esperanza antifranquista, Madrid, Marcial Pons, 2008.

—, Las flores y los tanques. Un regreso a la Primavera de Praga, Madrid, Cátedra, 2018.

Žižek, Slavoj, The Sublime Object of Ideology, Londres, Verso, 1989.

—, «Remembering, Repeating, and Working Through», en Lenin 2017, Londres/Nueva York, Verso Books, 2017.

LOS AUTORES

Irene Abad Buil, doctora en Historia, es profesora de Historia en Enseñanzas Medias en el Colegio Salesiano San Bernardo (Huesca) y profesora asociada de Didáctica de las Ciencias Sociales en la Universidad de Zaragoza. Sus principales líneas de investigación son las mujeres de los presos políticos del franquismo, la represión sexuada y la oposición política al franquismo. Es autora del documental «Fuimos mujeres de preso» (2012) y, entre otras publicaciones, del libro En las puertas de prisión: Represión, solidaridad y movilización en los extramuros de las cárceles franquistas (2012).

Eduardo Abad García es doctorando en Historia Contemporánea por la Universidad de Oviedo, con una tesis sobre la disidencia ortodoxa en el comunismo español desde la perspectiva de la historia social y cultural. Ha realizado estancias de investigación en la Universidad Nova de Lisboa, Oporto y Oxford. Su investigación ha abordado temas como la militancia comunista, la represión franquista o la violencia política en la Transición. De entre sus últimas publicaciones, se pueden destacar «Franco's shadow. Notes on fascist violence during late Francoism and the Transition in Asturias» (2020) o «A contracorriente. Las disidencias ortodoxas en el comunismo español (1968-1989)» (2021).

Jean-Paul Aubert es catedrático de la Universidad Côte d'Azur (Niza-Francia). Director de la Graduate School and Research Arts and Humanities y Presidente del Grimh (Grupo de Reflexión sobre la Imagen en el Mundo Hispánico), sus investigaciones se centran en la historia y estética del cine español, tema al que ha dedicado más de cincuenta obras, incluidos varios libros. Entre sus trabajos recientes destaca Seremos Mallarmé. La Escuela de Barcelona: una apuesta modernista (2016).

Manuel Aznar Soler, catedrático de Literatura española contemporánea de la Universitat Autònoma de Barcelona, es fundador y director desde 1993 del Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL). Entre sus últimas publicaciones caben destacar El Partido Comunista de España y la literatura (1931-1978). Once estudios sobre escritores, intelectuales y política (2021) y La Resistencia silenciada. Historia del Congreso Universitario de Escritores Jóvenes y edición facsímil de su Boletín (Madrid, 1954-1955) (2021).

Ignasi Bea Seguí, profesor de Geografía e Historia en Enseñanza Secundaria, es licenciado en Ciencias Políticas y Máster en Historia Contemporánea por la Universitat Autònoma de Barcelona. Ha estudiado el Partido Comunista Catalán, sobre el cual está preparando un libro, y los orígenes del comunismo independiente en Cataluña. Es autor de En Cristiano. Policia i Guàrdia Civil contra la Llengua catalana (2013).

David Becerra Mayor es profesor de Literatura española en la Universidad Autónoma de Madrid. Se dedica al estudio de la ideología de los textos literarios. Es autor, entre otros libros, de La novela de la no-ideología (2013), La Guerra Civil como moda literaria (2015), El realismo social en España: historia de un olvido (2017) y Después del acontecimiento (2021). Es responsable de la sección de Estética y Literatura de la Fundación de Investigaciones Marxistas.

Claudia Cabrero Blanco es doctora en Historia por la Universidad de Oviedo. Sus investigaciones se han centrado en la historia de género, la historia oral y la historia social, con especial atención al protagonismo femenino en el antifranquismo. Entre sus publicaciones destacan Mujeres contra el franquismo. Asturias, 1937-1952. Vida cotidiana, represión y resistencia (2006), y contribuciones en obras colectivas como «Nosotros los comunistas». Memoria, identidad e historia social (2009), El movimiento obrero en Asturias durante el franquismo. 1937-1977 (2013); Represión, resistencias, memoria. Las mujeres bajo la dictadura franquista (2013) o Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas: resistencias femeninas en la España moderna y contemporáneas (2015).

Diego Díaz Alonso es doctor en Historia por la Universidad de Oviedo. Es autor de Disputar las banderas. Los comunistas, España y las cuestiones nacionales (1920-1982) y Pasionaria. La inesperada vida de Dolores Ibárruri (2021). Ha colaborado en los libros colectivos El movimiento obrero en Asturias durante el franquismo (2013), El proceso separatista en Cataluña. Análisis de un pasado reciente (2017) y El antifranquismo asturiano en (la) Transición (2021). Es colaborador habitual de El Salto y director del medio digital Nortes.

Carlos Fernández Rodríguez es doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Su labor de investigación ha sido diversa, centrándose en los últimos años en la historia de la oposición al franquismo y la historia social de la militancia comunista. Entre sus publicaciones destacan Madrid clandestino. La reestructuración del PCE, 1939-1945 (2002), La lucha es tu vida. Retrato de nueve mujeres republicanas combatientes (2008) y Los otros camaradas: El PCE en los orígenes del franquismo (1939-1945) (2020).

Cristian Ferrer es profesor de Historia contemporánea en la Universitat Autònoma de Barcelona. Sus investigaciones se centran en el estudio de la conflictividad sociopolítica bajo el franquismo y en el análisis de su desarrollo territorial en áreas rurales y periurbanas, con una especial atención al papel de los comunistas. En esta línea ha publicado Lluitadors quotidians (2014) y Sota els peus del franquisme (2018). Es miembro de la junta ampliada del Ateneu Memòria Popular y forma parte del consejo de redacción de Nuestra Historia.

Sergio Gálvez Biesca es Doctor en Historia Contemporánea y jefe de Servicio del Archivo Central del Ministerio de Trabajo y Economía Social. En la actualidad forma parte del Equipo de Investigación del proyecto «Historia, Memoria y Sociedad Digital. Nuevas formas de transmisión del pasado. la transición política a la democracia». Entre otras colaboraciones y membresías, es investigador del Ibero American Institute of the Hague. Asimismo, forma parte de la Section on Archives and Human Rights on he International Council on Archives. Entre sus publicaciones destaca La gran huelga general. El sindicalismo contra la «modernización socialista» (2017).

Ramón García Piñeiro es profesor del IES Galileo Galilei de Navia (Asturias). Se ha especializado en la realización de estudios sobre la clase obrera, la movilización social, la conflictividad laboral y la resistencia armada bajo el franquismo. Ha publicado Los mineros asturianos bajo el franquismo (1990), Fugaos. Ladreda y la guerrilla en Asturias (2007), Mineros, sindicalismo y huelgas (2008), Luchadores del ocaso. Represión, guerrilla y violencia política en la Asturias de posguerra (2015) y Atlas-guía de la represión, la guerrilla y la violencia política en Asturias, 1937-1958 (2017).

Joan Gimeno i Igual es doctor en Historia Contemporánea por la Universitat Autònoma de Barcelona y miembro del Centre d’Estudis sobre Dictadures i Democràcies (CEDID). Sus líneas de investigación han tenido por objeto los movimientos sociales, en especial el sindical, durante el tardofranquismo, la transición y la primera década de gobiernos socialistas. De entre las diferentes culturas políticas que informan el movimiento obrero, ha dedicado especial atención a la comunista. Actualmente es técnico de investigación en el CEDID-UAB.

David Ginard es profesor titular de Historia Contemporánea en la Universitat de les Illes Balears. En los últimos años, ha centrado sus investigaciones en la historia del comunismo, del movimiento obrero durante la guerra y el franquismo, y de las mujeres antifascistas. Entre sus publicaciones destacan Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España (1931-1942) (2000), Matilde Landa. De la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas (2005) y Aurora Picornell. Feminismo, comunismo y memoria republicana en el siglo XX (2018).

José Gómez Alén, catedrático de Enseñanza Media, ha orientado sus investigaciones hacia la conflictividad laboral y el mundo del trabajo. Ha publicado As Comisións Obreiras de Galicia e a conflictividade laboral durante o franquismo (1995) y Manuel Amor Deus. Unha biografía da resistencia obreira ao franquismo (2008). Es co-autor de Astilleros en el Arco Atlántico. Trabajo,

historia y patrimonio (2013); Abogados contra el franquismo. Memoria de un compromiso político, 1939-1977 (2013) y editor de Historiografía, Marxismo y compromiso político en España. Del franquismo a la actualidad (2018).

Antonio Gómez L.-Quiñones es profesor titular de Literatura Española y Literatura Comparada en Dartmouth College. Sus áreas de investigación son las relaciones entre filosofía y literatura, el marxismo europeo, estética, la memoria histórica, la nostalgia política y la crisis del neoliberalismo. Sus últimos proyectos han abordado el populismo en España, como en el dossier especial en Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies (2017), y las relaciones entre marxismo y hermenéutica, como en La lupa roja. Ensayos sobre hermenéutica y marxismo (2019). Su próximo monográfico aborda la recepción del pensamiento político y cultural de Antonio Gramsci en España.

Manel López Esteve es doctor en historia por la Universitat Pompeu Fabra y profesor de Historia contemporánea en la Universitat de Lleida. Ha centrado sus investigaciones en la historia social y política de Cataluña, España y Europa durante el periodo de entreguerras. Entre sus obras destacan Los hechos de octubre de 1934 en Cataluña, resultado de su tesis doctoral dirigida por Josep Fontana y obra de referencia sobre la cuestión; o La derrota de la revolución catalanista de 1934, con Enric Ucelay-Da Cal y Arnau González Vilalta. Ha participado en diversas obras colectivas y ha publicado artículos en revistas especializadas y de divulgación, y es miembro del consejo de redacción de los Plecs d’Història Local, del Seminario de Historia del PSUC y del Grupo de Investigación en Naciones y Soberanía de la UPF.

Mario Martín Gijón es doctor en Filología Hispánica. Ejerció la docencia en las universidades de Marburgo (Alemania) y Brno (República Checa). Actualmente es profesor en la Universidad de Extremadura y miembro del Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL). Es autor de media docena de monografías, entre las que pueden destacarse Una poesía de la presencia. José Herrera Petere en el surrealismo, la guerra y el destierro (2009), Los (anti)intelectuales de la derecha en España. De Giménez Caballero a Jiménez Losantos (2011), La patria

imaginada de Máximo José Kahn. Vida y obra de un escritor de tres exilios (2013) y La Resistencia franco-española (1936-1950) (2014). Asimismo, es autor de varios poemarios, novelas y libros de relatos.

Mónica Moreno es profesora titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Alicante. Se ha especializado en la historia de género, interesándose sobre todo por el compromiso político, social y feminista de las mujeres en el siglo XX español. Ha coordinado monográficos sobre esta cuestión en Arbor (2020), Historia del Presente (con B. Ortuño, 2019), Historia Contemporánea (con A. Cases, 2017) y Ayer (con B. Ortuño, 2015). Algunas de sus publicaciones recientes son Activistas, creadoras y transgresoras. Disidencias y representaciones (2020) y, con H. Gallego, Cómo enseñamos la historia (de las mujeres) (2017).

Giaime Pala es doctor en Historia por la Universitat Pompeu Fabra y docente de Historia Contemporánea en la Universitat de Girona. Sus investigaciones se han centrado sobre todo en la historia de los intelectuales y en la historia del comunismo español. Entre sus trabajos destacan El PSUC. L’antifranquisme i la política d’aliances a Catalunya (1956-1977) (2011), Cultura clandestina. Los intelectuales del PSUC bajo el franquismo (2016) y La fuerza y el consenso. Ensayo sobre Gramsci como historiador (2021).

Felipe Nieto es profesor de Historia del Mundo Actual en la UNED e investigador. Ha realizado estudios sobre comunismo y el exilio («Derrota, éxodo y dispersión de los comunistas españoles», 2011), la historia del PCE («Los contextos de la Reconciliación Nacional del PCE»), y sobre Jorge Semprún y los intelectuales antifranquistas (La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y crisis, 2014). Es coeditor del Teatro Completo de Jorge Semprún (2021).

Julio Pérez Serrano es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Cádiz. En los últimos años, ha centrado sus investigaciones en los procesos

de modernización política y en la historia de las corrientes disidentes del comunismo. Entre sus publicaciones destacan La transición española: nuevos enfoques para un viejo debate (2015); Granada durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930): los retos de la modernización autoritaria (2020), y La izquierda revolucionaria en el laberinto de la Revolución de los Claveles (2021).

Xose Prieto Souto es profesor ayudante doctor en la Universidad Carlos III de Madrid, miembro del grupo de investigación TECMERIN y del equipo I+D+i «Cine y televisión en España en la era del cambio digital y la globalización (1998-2008): Identidades, consumo y formas de producción». Entre sus trabajos recientes destacan la co-dirección del proyecto audiovisual «Vestigios en Súper-8: Una crónica amateur de los años del cambio» (2018), la co-autoría del libro Respirar con la imagen. Conversaciones sobre montaje con Teresa Font (2018), la participación en el comisariado de la exposición «L'ultimo Espaliú e il contesto italiano» (2019) y la edición del libro El último Espaliú (2020).

Josep Puigsech es profesor agregado de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona. Su investigación se ha focalizado en las relaciones del movimiento comunista internacional en España, y especialmente en Cataluña, entre 1919 y 1949, desde ópticas como las relaciones con la Internacional Comunista, el ámbito diplomático o el impacto de la Revolución Rusa de 1917 y, actualmente, la lógica de los primeros años del exilio. Entre sus obras destacan Falsa leyenda del Kremlin. El consulado y la URSS en la Guerra Civil española (2014), La Revolució Russa i Catalunya (2017) o la edición conjunta de la obra Viajeros en el país de los sóviets (2019).

José Carlos Rueda Laffond es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid. Sus líneas de trabajo se han centrado en la historia sociocultural, la historia de la imagen, la representación histórica en los medios audiovisuales, las relaciones entre historia y memoria o la cultura política comunista. Es autor de Memoria roja. Una historia cultural de la memoria comunista en España, 1931-1977 (2018) y, junto a Juan Francisco Fuentes, es editor es autor del Diccionario de símbolos políticos y sociales del

siglo XX español (2021).

Jordi Sancho Galán es doctor en Historia comparada, política y social por la Universitat Autònoma de Barcelona e investigador del Centre d’Estudis sobre Dictadures i Democràcies (CEDID-UAB). Ha centrado sus investigaciones en las interacciones entre juventud, culturas políticas y movimientos y movilización social en los años cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX. Entre sus trabajos destaca su tesis doctoral El PSUC y la Universidad. Organización, movimientos y movilización universitaria durante el franquismo (1956-1977) (2021).

Sandra Souto Kustrín, doctora en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid, es científica titular del Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y profesora asociada en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense. Autora de numerosas publicaciones sobre la Segunda República y la Guerra civil y sobre la juventud y la movilización juvenil en la Europa de entreguerras; entre ellos se destacan «Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?». Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936) (2004) y Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República española (2013).

Víctor Manuel Santidrián Arias es profesor de educación secundaria en el IES do Milladoiro (Ames, A Coruña). Escribe sobre enseñanza de la Historia, la historia del PCE o la represión franquista. Entre sus publicaciones destacan Historia do PCE en Galicia (2002), Manuel Bravo Silvares «Mariño» (2005) y Enrique Líster: el antimilitarista que llegó a general (2018).

Javier Tébar Hurtado es profesor agregado de Historia Contemporánea en la Universidad de Barcelona. Ha centrado sus investigaciones en la historia del trabajo y del sindicalismo durante el siglo XX. Algunas de sus últimas publicaciones son, con José Babiano, 14D, historia y memoria de la huelga general: el día que se paralizó España (2018); con Joan Gimeno, Restos y rastros. Memorias obreras, patrimonio y nuevos usos de los espacios industriales

(2020); o, con Rosa Torán, Vivir en dictadura: la desmemoria del franquismo (2021).

Santiago Vega Sombría es profesor de Historia del IES Diego Velázquez de Torrelodones y de la Universidad Complutense de Madrid. Investigador y divulgador sobre la Segunda República, la Guerra de España y la dictadura franquista, entre sus publicaciones destacan De la esperanza a la persecución (2005), Tras las rejas franquistas (2008); La política del miedo. El papel de la represión en el franquismo (2011); y Segovianos al servicio de la República (2015).

Mercedes Yusta Rodrigo es catedrática de Historia de España Contemporánea en la Universidad Paris 8 y miembro honorario del Institut Universitaire de France. Sus investigaciones se centran principalmente en la resistencia antifranquista y las organizaciones femeninas antifascistas. Entro otros trabajos, es autora de Madres Coraje contra Franco (2009) y ha coordinado, con Adriana Valobra, Queridas camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas (2017), y con Laurent Douzou, La Résistance à l’épreuve du genre (2018).

Luis Zaragoza es periodista en Radio Nacional de España y profesor asociado en la Universidad Carlos III de Madrid. Sus investigaciones se han centrado en la historia de la radio (como ejemplo, el libro Voces en las sombras: una historia de las radios clandestinas, 2016) y la historia del comunismo (como ejemplo, el libro Las flores y los tanques: un regreso a la Primavera de Praga, 2018). En la convergencia de ambas líneas se encuentra su libro Radio Pirenaica: la voz de la esperanza antifranquista (2008).